La Ciudad De Dios

San Agustín

Introducción de Francisco Montes de Oca.

INTRODUCCIÓN

Del mismo modo que un cuerpo humano minado por la vejez llama a las enfermedades, así el Imperio Romano, a fines del siglo IV, llamaba a su seno a los Bárbaros. Y vinieron, en efecto: y llegaron, no sólo como estaban todos habituados a verlos antaño, es decir, como soldados más o menos encuadrados, sino por tribus enteras, con mujeres y niños, con carromatos, carretas de bagajes, caballerías de reserva, animales y rebaños. El término exacto para designar aquel fenómeno, mucho más que la palabra española invasión, que hace pensar, sobre todo, en la entrada de un ejército en un país, sería el alemán Völkerwanderung, migración de pueblos. Lo que el universo mediterráneo había conocido más de mil años antes de nuestra Era, cuando los invasores arios, griegos y latinos, habían asaltado los viejos imperios, volvió a reproducirse a partir de fines del siglo IV. Uno de los episodios que mayor trascendencia tuvo y que más conmoción causó en el seno del Imperio fue el saqueo de Roma por las tropas de Alarico en el año 410. Acontecimiento terrible, que depositó un dejo de tristeza aun en los espíritus más firmes, aunque no fue totalmente inesperado. El propio San Agustín se sintió profundamente conmovido.

Llevaba en el corazón el destino del Imperio, por lo ligado que lo creía al destino de la Iglesia. Dos años antes había sabido con gran consternación, por una carta del presbítero Victoriano, cómo los vándalos habían invadido la infortunada España y cómo habían incendiado sistemáticamente todas las basílicas y asesinado, casi sin excepción, a cuantos siervos de Dios pudieron capturar. Y a comienzos del 409, cuando los visigodos amenazaron por vez primera la Ciudad eterna, reprendía Agustín a una matrona allí residente, porque, habiéndole escrito tres veces, nada le contaba sobre la situación de Roma: "Tu última carta no me dice nada sobre vuestras tribulaciones. Y querría saber qué hay de cierto en un confuso rumor llegado hasta mí acerca de una amenaza a la Ciudad" El temor del obispo de Hipona se convertiría en desoladora realidad en menos de dos años. Roma, la inexpugnable Roma, fue conquistada por Alarico y entregada al saqueo; la Ciudad eterna tuvo que confesarse mortal. La fecha del 24 de agosto de 410 sonó en los oídos romanos como la campana de la agonía. Durante cuatro días consecutivos se desencadenó allí un frenesí de crímenes y de violencias, en una atmósfera de pánico. Pocos días después llegaba al África la terrible nueva: ¡Roma acababa de ser saqueada por los bárbaros! La vieja capital, inviolada desde los lejanos tiempos de la invasión gala, había sido forzada por las bandas de un godo y gemía todavía bajo el peso de sus ultrajes. Y tras la nueva, fueron llegando algunos de los que lograron escapar a la catástrofe. Veíase desembarcar, en

atuendo mísero y con la mirada turbada, a aristócratas fugitivos portadores de los más ilustres apellidos romanos.

Se escuchaban sus relatos acerca de los actos de terror en la ciudad, los palacios incendiados, los jardines de Salustio en llamas, la casa de los ricos, la sangre que manchaba los mármoles de los foros, los carros de los bárbaros atestados de objetos preciosos robados y maltrechos. Familias enteras habían quedado aniquiladas, habían sido asesinados senadores, violadas vírgenes consagradas a Dios, y la anciana Marcela había sido abandonada por muerta en su palacio del Ayentino, por no haber podido mostrar a los bárbaros asaltantes ningún escondrijo de oro y haberles rogado solamente que respetaran el honor de su joven compañera Principia. Se los oía con horror y se repetían por doquiera sus relatos, mientras ellos, los últimos romanos, se daban prisa en abandonar la minúscula ciudad portuaria y marchaban a Cartago, donde inmediatamente ocupaban otra vez localidades en el teatro, y donde, con la presencia de los fugitivos romanos, la locura y barahúnda eran mayores que antes. Pero la impresión de la caída de Roma no podía borrarse fácilmente. El mundo parecía decapitado. "¡Cómo han caído las torres!", leían los ascetas en Jeremías y pensaban en la torre de la muralla aureliana. "¡Qué solitaria está la ciudad, antes populosa!", pensaban las gentes pías, cuando oían hablar del espantoso vacío que siguiera al saqueo, de cómo aullaban los canes en los palacios desiertos, de cómo salían los supervivientes, agotados por el hambre, después de cinco días de forzada abstinencia, de las basílicas, y se daban la mano para sostenerse en pie por las calles cubiertas de cadáveres, mientras chirriaban, camino del sur, por la Vía Apia, los carros cargados de oro y plata y de jóvenes y muchachas cautivas. Es cierto que Alarico y sus soldados no permanecieron más que tres días en la Ciudad eterna, después de haberla saqueado a ciencia y conciencia; es cierto que se instituyó una fiesta conmemorativa para celebrar el aniversario de su liberación. Con todo la caída de la capital tuvo una resonancia inmensa y durable por todo el Imperio. Puede resultarnos hoy a nosotros un tanto difícil de comprender: contemplada de lejos, la entrada de los bárbaros en la Ciudad eterna quizá no nos parezca más que un incidente banal. La administración del Imperio, y el emperador Honorio mismo, hacía varios años que ya no residían ahí. Retirados a Ravena, fortalecidos detrás de una fuerte cintura de lagunas, se hallaban a buen recaudo desde el 404, y dispuestos a proseguir, sin sentirse inquietados seriamente, aquellas bajas intrigas que constituían lo esencial de sus preocupaciones cotidianas. Por lo demás, al cabo de pocos años los mismos contemporáneos se dieron cuenta de que nada había cambiado en sus costumbres, de que el Imperio sobrevivía a todas las catástrofes y de que no había lugar para inquietarse por un desastre tan rápidamente reparado. Pero de momento no fue así.

Tremendamente sacudidos en sus ánimos paganos y cristianos pusiéronse por una vez de acuerdo para plañir juntos las calamidades que les afectaban igualmente. Hacía largo tiempo que venían, atribuyendo los primeros todas las desventuras de Roma al hecho de que los cristianos hubiesen abandonado a sus antiguos dioses. Pero también estos empezaron a repetir con otras palabras y en diferente sentido la misma cantinela: ¿"Dónde están ahora las memoriae de los apóstoles?", oía decir el obispo a sus gentes. "¿De qué le ha valido a Roma poseer a Pedro y a Pablo? Antes estaba en pie la ciudad, ahora ha caído". Los que así murmuraban eran cristianos y no podía replicarles el prelado de Hipona, como a los no cristianos, que un pagano como Radagaiso, que ofrecía puntualmente cada día sacrificios a los dioses, fue vencido, y Alarico, que era cristiano, fue vencedor. Difícilmente

podía alegar esto ante cristianos descontentos. ¿No era Alarico arriano? ¿Y tenía que caer la Ciudad eterna precisamente ahora cuando estaba ceñida por una corona de sepulcros de mártires? El viejo pecado bíblico de la murmuración volvía a levantar cabeza entre aquellos fieles, presa del abatimiento, y no era permitido al pastor permanecer callado.

Cuando, súbitamente y casi sin lucha, sucumbió la Ciudad, recibió Agustín las primeras noticias, en una casa de campo en que, por prescripción médica, tenía que descansar un verano enteró. Inmediatamente mandó una carta a Hipona, exhortando al pueblo y clero á cooperar en vez de lamentarse, a acoger y vestir a los fugitivos que afluían, y a hacerlo mejor de lo que lo hicieran antes. Y a las diversas quejas de los murmuradores les va a salir al paso con argumentos exclusivamente cristianos, que dominan diferentes sermones de los años 410 y 411. La catástrofe de Roma es una intervención divina. Dios es un médico que corta la carne podrida de nuestra civilización. Este mundo es un horno en que la paja arde al fuego; el oro, en cambio, sale purificado y ennoblecido. Es una prensa que separa el aceite del deshecho sin valor; el deshecho es negro y tiene que desaguar por el canal. El canal se pone así más sucio, pero el aceite sale más puro. Los que murmuran son el deshecho; el que entra en sí y se convierte, es el aceite puro. El día de San Pedro y San Pablo del año 411, diez meses después del saqueo, Agustín se dejó caer, como sin pretenderlo, en el tema del destino de la Ciudad y la lamentación que no enmudecía nunca. Y es su respuesta, que arranca de un pasaje de la Carta de San Pablo a los Romanos sobre la relatividad de todo sufrimiento terreno, un soberano ejemplo de improvisación en el púlpito: "Está escrito que los sufrimientos de este tiempo no pueden compararse con la gloria por venir que ha de revelarse en nosotros. Si es así, que nadie de vosotros piense hoy carnalmente. No es este el momento. El mundo ha sido sacudido, el hombre viejo despojado, la carne prensada: dad, por tanto, libre curso al espíritu.

El cuerpo de Pedro está en Roma, dice la gente, el cuerpo de Pablo está en Roma, el cuerpo de Lorenzo está en Roma, los cuerpos de otros muchos mártires están en Roma, y, sin embargo, Roma está en la miseria, Roma está devastada, Roma está en la desolación; ha sido pisoteada e incendiada. ¿Dónde están ahora las memoriae de los apóstoles? -¿Qué dices, hombre? -Lo que he dicho: ¡Cuánta calamidad no está pasando Roma! ¿Dónde están ahora las memorias de los apóstoles? -Allí están, allí están ciertamente, pero no en ti. ¡Ojalá estuvieran en ti! Tu, quienquiera que. seas, que así te expresas y tan neciamente juzgas, quienquiera que tú seas, ¡ojalá estuvieran en ti las memorias de los apóstoles! ¡Ojalá te acordaras de ellos! Entonces verías si se les ha prometido dicha temporal o eterna. Porque si la memoria del apóstol es realmente viva en ti, oye lo que dice: La ligera carga de la tribulación temporal nos depara un peso grande sobre toda ponderación de gloria eterna; porque lo que vemos es temporal y lo que no vemos es eterno. En Pedro mismo fue temporal la carne y no quieres tú que sean temporales las piedras de Roma. Pedro reina con el Señor, el cuerpo del apóstol Pedro yace en alguna parte, y su recuerdo ha de despertar en ti el amor a lo eterno, para que no sigas pegado a la tierra, sino que, con el apóstol, pienses en el cielo. ¿Por qué estás, entonces, triste y lloras porque se han derrumbado piedras y maderos, y han muerto hombres mortales?... Lo que Cristo guarda, ¿se lo lleva acaso el godo? ¿Es que las memoriae de los apóstoles tenían que haberos preservado para siempre vuestros teatros de locos? ¿Es que murió y fue sepultado Pedro para que jamás caiga de los teatros una piedra?" No, Dios obra con justicia y quita a los niños malos las golosinas de las manos. Basta ya de pecar y murmurar. ¡Qué vergüenza que anden los cristianos

lamentándose de que Roma ha ardido en época cristiana. Roma ha ardido ya tres, veces: bajo los galos, bajo Nerón y ahora con Alarico. ¿Qué sacamos de irritarnos? ¿Para qué rechinar de dientes contra Dios, porque arde lo que tiene costumbre de arder? Arde la Roma de Rómulo, ¿hay algo de extraño en ello? Todo el mundo creado por Dios arderá un día. ¡Pero es que la ciudad perece cuando en ella se ofrece el sacrificio cristiano? ¿Y por qué fue arrasada su madre Troya, cuando se ofrecían los sacrificios a los dioses? Lo sucedido ha sucedido porque el mundo tiene que meditar y, además, después de la predicación del Evangelio, es mucho más culpable que antes. Por lo demás, aun cuando Agustín no creía en la eternidad del Imperio, le resultaba difícil imaginar un mundo sin él. El fin del uno era para él el fin del otro. No acertaba a divisar una edad media tras los bárbaros. En este sentido su pensamiento era doblemente escatológico. Pero, según su creencia, el Imperio había sido probado, que no cambiado; y, como esto había sucedido ya incontables veces, Roma tenía aún la posibilidad de levantarse de nuevo. Claro que le preocupaban más las almas inmortales que los reveses exteriores del destino.

Sus amonestaciones, a veces conmovedoras, contra una civilización que era la suya y que en realidad, había construido algo más que teatros, le eran inspiradas por esta superior solicitud. No se dirigían contra la ruina mayestática de una Roma agonizante, sino contra los enanos de poca fe y murmuradores que, en el desierto cristiano del siglo Y, echaban de menos tristemente la opulenta casa de la servidumbre, las ollas y cebollas del paganismo. Entre los paganos, por su parte, era corriente la versión de que la caída de Roma no era más que un castigo infligido por los dioses a aquellos que les habían vuelto las espaldas. Lo cual no era otra cosa que enmarcar el suceso reciente en el marco de una antigua polémica. Por Tertuliano y otros apologistas sabemos cómo hacían responsable a la nueva religión de todas las catástrofes: desbordamientos del Tiber, sequías, temblores de tierra, peste o hambre. Eran desgracias que, según ellos, no acontecieron cuando se ofrecían sacrificios a los dioses de la ciudad; solo eran imputables a esta religión, enemiga de la re- pública. Si hemos de creer al historiador, Zosimo, buen número de paganos se habrían dirigido al prefecto de Roma, poco antes de que se produjese su toma por Alarico, a fin de demandarle autorización para ofrecer de nuevo sacrificios. Y el papa Inocencio I se habría avenido a hacer la vista gorda ante esta infracción a las leyes cristianas, con tal de que esos sacrificios fuesen celebrados en privado, sin solemnidad externa. A lo que habrían advertido los peticionarios que las ceremonias exigidas por los dioses no podían ser eficaces para proteger a Roma si no se efectuaban públicamente en presencia del senado. Naturalmente habría sido imposible satisfacer esta nueva exigencia y el asunto no pasó de ahí.

Mas la ciudad había sido ocupada y esto había proporcionado a los paganos excelentes pretextos para renovar sus lamentaciones, con más acritud que nunca: "Ha sido en tiempos del cristianismo cuando Roma ha sido devastada, alegaban ellos, cuando el hierro y el fuego han devastado Roma... Mientras nosotros pudimos ofrecer sacrificios a nuestros dioses, Roma permanecía incólume, Roma estaba floreciente. En cambio hoy, cuando han reemplazado vuestros sacrificios a los nuestros, cuando los ofrecéis por doquier a vuestro Dios, cuando no se nos permite sacrificar a nuestros dioses, he ahí lo que ha sucedido a Roma". Durante los primeros meses que siguieron al memorable saqueo, creyó Agustín que bastaría con responder a todas las objeciones, de cualquier parte que viniesen, por medio de su predicación, tanto más cuanto que los moradores de la capital se pusieron a reparar las ruinas y a reanudar una existencia normal, mientras que los fugitivos refugiados en Cartago

y en toda África, seguían escandalizando con su indolencia y mala conducta. Los ejemplos que ofrecían los habitantes de Roma y los refugiados no bastaban, sin embargo, para aplacar a los adversarios del cristianismo, que siguieron acusando a la doctrina cristiana: "Se tenía buen cuidado de hacer notar a los fieles, escribe el Santo, que su Cristo no les había socorrido, y este argumento había hecho mella en muchos de ellos, ya que nada permitía, en la catástrofe, pretender que Dios había hecho una discriminación entre los buenos y los malos. Si nosotros, que somos pecadores, hemos merecido estos males, ¿por qué han sido muertos por el hierro de los bárbaros los servidores de Dios y conducidas al cautiverio sus servidoras?

Las Escrituras prometen que por diez justos no hará perecer Dios la ciudad, ¿es qué no había en Roma cincuenta justos? Entre tantos fieles, entre tantos religiosos, entre tantos continentes, entre tantos siervos y siervas de Dios, ¿no se han podido hallar cincuenta justos, ni cuarenta, ni treinta, ni veinte, ni diez?... Muchos han sido llevados cautivos, muchos han sido muertos, muchos han sufrido diversas torturas. ¡Tantos horrores se nos han contado! Y, a la inversa, entre los que han salvado la vida gracias al asilo cristiano, no pocos eran paganos. ¿Por qué se extiende esa divina misericordia hasta a los impíos y a los ingratos?" En el grupo de paganos que más animosidad mostraban entonces contra el cristianismo figuraba un rico individuo de Roma llamado Volusiano. Era hermano de Albina y tío de Santa Melania, la joven. Esta notable familia romana ofrecía un espectáculo un tanto extraño desde el punto de vista religioso. El padre, Probo, que vemos discurrir en las Saturnales de Macrobio, había sido el amigo íntimo de Símaco y pontífice de la diosa Vesta. Sus primas Marcela y Asela habían convertido en convento su palacio del Aventino, y más tarde en escuela bíblica, bajo la dirección de San Jerónimo. Sus dos hijas, Albina y Leta, eran cristianas fervorosas, y el antiguo pontífice pagano veía a la pequeña Paula, consagrada a Dios desde jovencita, saltar sobre sus rodillas balbuceando el Aleluya de Cristo. Volusiano, a ejemplo de su padre, permanecía alejado del cristianismo y multiplicaba contra él las objeciones. En conversaciones con sus amigos pretendía que "de ninguna manera convienen al Estado la predicación y la doctrina cristiana, porque preceptos como no devolver a nadie mal por mal, presentar la otra mejilla a quien te abofetea en la derecha, dejar también el manto a quien quiere litigar contigo para arrebatar la túnica y caminar dos millas con quien te ha contratado para una, son nefastos para la conducta del Estado, y se oponen al bien de la República.

Si el enemigo arrebata una provincia del Imperio, ¿habrá que renunciar a reconquistarla con las armas? Si han sobrevenido tales desventuras al Estado, es evidente que la culpa la tienen, los emperadores cristianos por observar la religión de Cristo". El tribuno Marcelino, gran amigo y sostén de Agustín en la lucha, contra el donatismo el mismo que presidiera en junio del 411 la magna conferencia entre obispos católicos y los de aquella secta-, está al tanto de tales reproches y se dirige, impresionado, al Santo para ponerle al corriente de las ideas que circulaban en los medios frecuentados por Volusiano, y para preguntarle qué clase de respuesta habría que dar a esas interrogaciones. También Volusiano había entrado ya en relación con Agustín y le escribía, por su parte, proponiéndole nuevas objeciones sobre la encarnación del Hijo de Dios, en nombre propio y en el de un grupo de amigos. A entrambos corresponsales dirige el de Hipona sendas misivas extensas y bien documentadas. En la que envía a Marcelino hace notar que la impugnación se vuelve contra sus autores.

Criticando la mansedumbre y generosidad de Cristo, critican igualmente los paganos a sus más grandes escritores: "¿No escribió Salustio de los grandes hombres que gobernaron y engrandecieron la República, que preferían perdonar las injurias a vengarlas? ¿No alabo Cicerón a César por no saber olvidar más que una cosa: las ofensas? "Cuando leen esto en sus autores, aclaman, aplauden... Y he aquí que oyendo la misma enseñanza, por mandato de la autoridad divina, acusan a nuestra religión de ser enemiga del Estado". Llegado al final de su carta, se da cuenta el autor de que se ha extendido demasiado, aunque no tanto como lo reclamaría la importancia del asunto. Ruega a Marcelino que recoja otras objeciones, que "yo responderé a ellas, con la ayuda de Dios, en nuevas cartas o con libros". Palabras éstas últimas que encierran una especie de promesa y responden fielmente a los deseos expresados por Marcelino, cuando pedía a su amigo de Hipona que, para responder cabalmente a Volusiano, escribiera algún libro, que, eran sus palabras, "sería de enorme utilidad en las presentes circunstancias". Y, en efecto, iba a responder a Volusiano y a los paganos todos, no en una carta dirigida a algún individuo en particular, sino en un libro para el público de entonces y del porvenir: iba a componer La Ciudad de Dios. La correspondencia entre Agustín de un lado y Volusiano y Marcelino de otro, tuvo lugar en el curso de los primeros meses del 412. Es decir, que había transcurrido año y medio desde la toma de Roma por Alarico y que las dificultades específicas que planteara tan sonado acontecimiento, habían perdido ya mucha de su virulencia.

El año 411 se le había pasado al obispo de Hipona; parte en los preparativos para la conferencia con los donatistas, parte en poder llevar a la práctica los resultados logrados en el curso de aquella discusión. No pudo encontrar reposo para ocuparse detenidamente de problemas apologéticos. Sólo al año siguiente pudo estar dispuesto para emprender la redacción de la obra acariciada. Por lo que no hay que tomar en sentido demasiado estricto lo que leemos en las Retractaciones: "En el entretanto fue destruida Roma por la invasión e ímpetu arrollador de los godos, acaudillados por Alarico. Fue aquel un gran desastre. Los adoradores de muchos falsos dioses, a quienes llamamos paganos de ordinario, empeñados en hacer responsable de dicho desastre a la religión cristiana, comenzaron a blasfemar del Dios verdadero con una acritud y un amargor desusado hasta entonces. Por lo que yo, ardiendo en celo por la casa de Dios, decidí escribir estos libros de la Ciudad de Dios contra sus blasfemias o errores. La obra me tuvo ocupado algunos años, porque se me interponían otros mil asuntos que no podía diferir y cuya solución me preocupaba primordialmente."

En conjunto, los recuerdos que evoca San Agustín en esta información son exactos, pero incompletos. No nos dice que las primeras objeciones lanzadas después del saqueo de Roma partieron de los cristianos mismos. No habla más que de los paganos, lo que le permite justificar el carácter marcadamente apologético de su obra. No explica; sobre todo, por qué se ha visto obligado a responder a dificultades especiales, surgidas a propósito de un pasajero acontecimiento histórico, con una obra inmensa, que comporta una vista de conjunto sobre la historia del universo desde la creación de los ángeles, o la historia de la humanidad desde la creación de Adán, y que se desarrolla hasta los últimos días del mundo. En realidad, es lícito pensar que San Agustín abrigaba desde hacía muchos años el deseo de escribir esta vasta obra sobre la ciudad de Dios, o, más exactamente, sobre las dos ciudades que se reparten hoy día el imperio del mundo. Durante largo tiempo no pudo llevarlo a la práctica.

La caída de Roma, los deseos de Marcelino le impulsaron a poner manos a la obra. Pero en su proyecto no se trataba únicamente de descartar algunas dificultades pasajeras; había que mostrar la conducta de la Providencia en los asuntos de este mundo, y es preciso subrayar el hecho de que, desde las primeras palabras de su prefacio a Marcelino, indica con toda precisión la finalidad que se ha propuesto y hasta los grandes lineamientos del plan que pretende seguir, al paso que no desliza la más mínima alusión en ese prefacio a la caída de Roma: "He emprendido, a instancias tuyas, carísimo hijo Marcelino, en esta obra que te había prometido, la defensa, contra aquellos que anteponen sus dioses a su Fundador, de la gloriosísima Ciudad de Dios considerada, tanto en el actual curso de los tiempos, cuando, viviendo de la fe, realiza su peregrinación en medio de los impíos, como en aquella estabilidad del descanso eterno, que ahora espera por la paciencia, hasta que la justicia se convierta en juicio, y luego ha de alcanzar por una suprema victoria en una paz perfecta. Grande y ardua empresa. Pero Dios es nuestro ayudador. Por lo cual también de la Ciudad terrena, que en su afán de dominar, aunque le estén sujetos los pueblos, está dominada ella por la pasión de la hegemonía, será menester hablar, sin omitir nada de lo que reclama el plan de esta obra ni de lo que me permita mi capacidad."

Es verdad que los primeros libros de la obra y, sobre todo, los capítulos iniciales del primer libro se destinan a refutar las objeciones particulares provocadas por la toma de Roma. Pero enseguida se da uno cuenta de que esas objeciones apenas interesan ni al autor ni a sus eventuales lectores. Estos casi se han olvidado ya de las catastróficas jornadas del 410. Han transcurrido dos años desde entonces; los refugiados regresaron a la Península, la vieja capital renació de sus cenizas. Agustín persigue un designio más vasto, precisado ya al final del primer libro: "Recuerde la Ciudad de Dios que entre sus mismos enemigos están ocultos algunos que han de ser conciudadanos, porque no piense que es infructuoso, mientras aún anda entre ellos, que los soporte como enemigos hasta el día en que llegue a acogerlos como creyentes. Del mismo modo que en el curso de su peregrinación por el mundo, la Ciudad de Dios cuenta en su seno con hombres unidos a ella por la participación de los sacramentos, que no compartirán con ella el destino eterno de los santos... De hecho, las dos ciudades están mezcladas y entreveradas en este mundo hasta que el último juicio las separe. Quiero, pues, en la medida en que me ayude la gracia divina, exponer lo que estimo deber decir sobre su origen, su progreso y el fin que les espera." Vastísimo es el programa así trazado: largos años necesitaría el Santo para llevarlo a cabo. * * * Obra de circunstancias, como casi todas las suyas, La Ciudad de Dios es un gigantesco drama teándrico en veintidós libros, síntesis de la historia universal y divina, sin duda la obra más extraordinaria que haya podido suscitar el largo conflicto que, desde el siglo I al siglo VI, colocó frente a frente al mundo antiguo agonizante con el cristianismo naciente.

Obra imperfecta, ciertamente, repleta de digresiones, de episodios, de demoras, de prolongaciones, en la que no todo es del mismo trigo puro. La proyección, en el más allá del espacio y del tiempo, de lo que el Santo sabe por haberlo experimentado él mismo, en un presente cargado de su propio pasado y de su propio porvenir, le, llevó a consideraciones aventuradas, discutibles o francamente erróneas. Pero la obra resulta de una excepcional calidad por el plan que la inspira, y de un inmenso alcance por las perspectivas que abrió a la humanidad. En las Retractaciones resume así el autor el plan que ha seguido al escribir el De Civitate Dei: "Los cinco primeros libros refutan la tesis de los

que hacen depender la prosperidad terrestre del culto dedicado por los paganos a los falsos dioses y pretenden que, si surgieron tantos males que nos abaten, es porque ese culto fue proscrito. Los cinco libros siguientes se alzan contra los que aseguran que estas desgracias no han sido ni serán perdonadas jamás a los mortales, que unas veces, terribles y otras soportables, se diversifican según los lugares, los tiempos, las personas, pero que sostienen por otra parte, que el culto de una multitud de dioses con los sacrificios que se les ofrecen, son útiles para la vida futura después de la muerte.

Estos diez primeros libros son, por tanto, la refutación de las opiniones erróneas y hostiles a la religión cristiana. Pero para no exponerme al reproche de haber refutado únicamente las ideas ajenas sin establecer las nuestras, consagramos a esta última tarea la segunda parte de la obra, que comprende doce libros. Por lo demás, incluso en los diez primeros, no hemos dejado de exponer nuestros puntos de vista, allí donde era necesario, al igual que en los doce últimos hemos tenido que refutar también las opiniones adversas. Por consiguiente, de estos doce libros, los primeros tratan del origen de las dos Ciudades, la de Dios y la, del mundo; los cuatro siguientes explican su desenvolvimiento o su progreso, y los cuatro últimos los, fines que les son asignados. El conjunto de estos veintidós libros tiene por objeto las dos Ciudades. Sin embargo, recibieron su título de la mejor de las dos; por eso preferí titularlos La Ciudad de Dios." En carta dirigida a los monjes Pedro y Abraham, escrita entre 417 y 419, es decir, cuando aún faltaba mucho para dar remate a la obra, pero cuando ya había avanzado el trabajo lo suficiente como para que fuese posible prever la continuación, el obispo de Hipona da los siguientes informes sobre las ideas directrices que ha seguido: "He terminado ya diez volúmenes bastante extensos. Los cinco primeros refutan a aquellos que defienden como necesario el culto de muchos dioses y no el de uno solo, sumo y verdadero, para alcanzar o retener esta felicidad terrena y temporal. Los otros cinco van contra aquellos que rechazan con hinchazón y orgullo la doctrina de la salud y creen llegar a la felicidad que se espera después de esta vida, mediante el culto de los demonios y de muchos dioses. En los tres últimos de estos cinco libros refuto a sus filósofos más famosos.

De los que faltan, a partir del undécimo, sea cual fuere su número, ya he terminado tres, y traigo entre manos el cuarto. Contendrán lo que nosotros sostenemos y creemos acerca de la Ciudad de Dios. No sea que parezca que, en esta obra, sólo he querido refutar las opiniones ajenas y no proclamar las nuestras." La Ciudad de Dios, pues, divídese en dos partes: la una negativa, de carácter polémico contra los paganos (libros I-X), subdividida, a su vez, en dos secciones: los dioses no aseguran a sus adoradores los bienes materiales (I-V); menos todavía les aseguran la prosperidad espiritual (VI-X); -la otra positiva, que suministra la explicación cristiana de la historia (libros XI- XXII), subdividida asimismo en tres secciones: origen de la Ciudad de Dios, de la creación del mundo al pecado original (XI- XIV); historia de las dos ciudades; que progresan la una contra la otra y, por así decirlo, la una en la otra (XV-XVIII); los fines últimos de las dos ciudades (XIX-XXII) Y es obvio que San Agustín se propuso desde un principio tratar en su conjunto la historia de las dos ciudades, desde su origen a su consumación final; la sola mención de la Ciudad de Dios en la primera línea de la obra, bastaría para confirmarlo. Cuando comenzó su trabajo sabía ya muy bien el Santo lo que quería hacer y que no se proponía tan solo, ni siquiera principalmente, tomar la defensa de la religión cristiana contra: sus acusadores más o

menos malévolos, sino que quería recordar en su conjunto la maravillosa historia de la Ciudad de Dios.

En el año 412 hacía ya mucho tiempo que el autor venia meditando acerca de la oposición de las dos ciudades; la toma de Roma y el recrudecimiento de la oposición solamente le empujaron a no retardar más una obra de cuyo contenido estaba bien compenetrado. No cabe la menor duda de que fue el propio Agustín quien dividió su obra en veintidós libros. En todo momento habla, indicando la cifra, de los libros que constituyen La Ciudad de Dios, y sus divisiones son exactamente las que nos ha transmitido la tradición manuscrita. Por lo demás, al obrar así no hizo más que conformarse a un uso tradicional que correspondía a exigencias de orden material. Un libro basta para llenar un papiro de dimensión corriente; cuando se llena el papiro se acaba el libro. Una obra poco extensa no lleva, pues, más que un solo libro; una obra importante cuenta con varios. Así es como Agustín declara, al fin de las Retractaciones, que ha compuesto hasta la fecha noventa y tres obras, o sea doscientos treinta y dos libros.

El libro es así, por la fuerza de las cosas, la unidad fundamental, y debe leerse, si no de un tirón, al menos como formando un todo cuyas partes son inseparables una de otra. Más difícil es determinar si fue también él quien dividió los libros en capítulos. Y más todavía si fue el autor de los títulos que preceden a cada uno de los capítulos. Lo cierto es que están muy lejos de ser recientes esos títulos y su uso se fue imponiendo progresivamente. Vamos a dar a continuación el contenido sumario de la obra, tal como lo resume M. Bendiscioli. Las devastaciones y estragos efectuados por los godos no han dañado lo que verdaderamente vale; a lo más han constituido una prueba saludable y una advertencia elocuente para los cristianos demasiado apegados a los bienes terrenales (libro I). Los males morales y los males físicos afligieron también a la humanidad cuando el culto de los dioses estaba en pleno vigor y aun no existía el cristianismo.

La prosperidad y el incremento del Imperio romano no pueden haber sido obra de los dioses venerados por los romanos: basta examinar la mitología para comprobar su incoherencia y puerilidad. No son los falsos dioses, sino el Dios único y verdadero quien distribuye los reinos según sus designios, que no por estar ocultos para nosotros son menos verdaderos. Es la Providencia divina, no el azar epicúreo, ni el hado estoico, quien ha otorgado a Roma su imperio en premio a sus virtudes, naturales y como indemnización por la felicidad eterna que nunca hubiera conseguido. El celebrado celo de los romanos por su patria terrena ha de ser aviso y ejemplo para los cristianos al aspirar a la patria celestial (II-V) Esta primera sección va enderezada contra los qué opinan que se debe adorar a los dioses con miras a alcanzar los bienes materiales, es decir, contra el vulgo. En la segunda sección de la primera parte -consagrada a la polémica antipagana pasa a refutar a los que afirman que se debe practicar el culto de los dioses para obtener la felicidad ultraterrena. Estos son filósofos y por eso la polémica va dirigida principalmente contra ellos; y, sobre todo, contra su tentativa de justificar de algún modo el núcleo de la religión popular. El más autorizado de estos defensores es Varrón. San Agustín piensa que basta con refutar las justificaciones de este eminente teólogo pagano para dar por demolida la pretensión pagana de asegurar con el politeísmo la felicidad ultraterrena (VI-VII). Pero los filósofos no se han limitado a esto; han intentado, además, elaborar una teoría de los dioses, diversa de la de los poetas, y de las instituciones públicas. Una "teología natural" que Agustín reconstruye y

pulveriza, siguiendo la trayectoria del pensamiento griego, desde los milesios a Platón y 195 neoplatónicos (VIII-X).

El motivo fundamental de la polémica es: para los presocráticos, la incomprensión de la inmaterialidad de Dios y de su cualidad de Creador; para Platón, la ignorancia del hecho de la Redención y de todo el contenido de la Revelación cristiana; para los neoplatónicos, la imposibilidad de conciliar su demonología con la omnipotencia y la perfección divinas. En la segunda parte, el autor pasa de tratar el problema casi exclusivamente de modo polémico y negativo, a tratarlo; ante todo, de modo expositivo y dogmático. No basta demostrar la incoherencia y lo infundado del culto politeísta; es menester probar que, en efecto, toda la verdad se encuentra en el cristianismo, y cómo él satisface a un mismo tiempo al corazón y a la inteligencia, y es verdaderamente el camino de liberación del mal y de la, infelicidad.

He aquí, pues, la descripción cristiana del mundo, no tanto del físico como del moral, basado en la aspiración a la felicidad. Esta descripción se desarrolla en tres fases. Primero se discute el origen de la sociedad en general, de la "ciudad", principiando por examinar el comienzo absoluto de lo que no es Dios, es decir, la creación, y aclarando así que con ella ha tenido origen el tiempo, que es el surco señalado por la mutabilidad de las criaturas; de aquí viene la consideración del origen y de las características de las dos ciudades del culto; la creación de los ángeles (Ciudad de Dios) y el origen de la de los malvados, con la rebelión de los ángeles soberbios y sus consecuencias en la vida humana y su destino (XI), ya que la historia de las dos ciudades entre los hombres tiene como preámbulo necesario la de las dos ciudades ultraterrenas: de los ángeles felices sujetos a Dios con sumisión y amor y de los demonios desventurados y rebeldes.

En la caracterización de la ciudad terrena tienen extensa parte tres cuestiones: la del mal, que se explica como una deficiencia de perfección y cuya causa se achaca a un desvío de la voluntad respecto al bien supremo, que es Dios, hacia el individuo; la cuestión de la muerte en su sentido relativo (separación del alma del cuerpo: primera muerte) y en su sentido absoluto (muerte del alma: segunda muerte), con su separación sin remedio de Dios (XII); y la cuestión del pecado original, de su naturaleza (desobediencia y orgullo), de sus manifestaciones (rebelión de la carne, concupiscencia, debilitamiento de la voluntad), y de sus efectos principales (XIII). Estos efectos pueden advertirse en toda la vida psíquica, que se muestra trastornada y perturbada por el predominio de las pasiones; es significativo a este respecto el sentimiento del pudor (XIV).

La segunda fase es la que considera los desarrollos de las dos ciudades: de la carnal, fundada en el amor de sí mismo, y de la espiritual, fundada en el amor de Dios. Cada una posee su propia manera de vivir y de gozar. La ciudad terrena finca su residencia y su felicidad relativa aquí abajo; la ciudad de Dios está sobre la tierra meramente de paso, en espera de la felicidad celeste. La ciudad terrena procede del fratricidio de Caín, mientras que la de Dios remonta sus comienzos hasta Abel. Cada una continúa en la serie de las generaciones que enumera la Biblia desde el Diluvio (XV), pasando por Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, los Jueces (XVI), mientras se afirman las grandes monarquías de Babilonia y de Asiria. Y ello con un permanente significado simbólico, ya que las vicisitudes de Noé, de los Patriarcas, de Moisés y de otros personajes bíblicos semejantes prefiguran místicamente la ciudad de Dios en su peregrinación. Lo mismo vale para la época de los

profetas, que señala el momento culminante y la crisis irreparable de Israel, realidad y símbolo al mismo tiempo de la ciudad de Dios.

También aquí el significado simbólico profético predomina sobre el histórico (XVII). La ciudad terrena se desenvuelve, después de Noé y la dispersión de los pueblos, en las grandes monarquías orientales, de las cuales el autor da noticia valiéndose de la Crónica de Eusebio de Cesarea, en los reinados helénicos y en la Roma antigua; para esto se sirve prudentemente de Varrón. Aquí queda subrayado el carácter mixto de la historia humana, la imposibilidad de distinguir en ella la ciudad terrena de la ciudad celeste, que siguen siendo dos realidades metafísicas, cuya separación empírica, sensible, queda reservada al juicio final de Dios. Esto vale, de modo particular, para los primeros siglos de la era cristiana, en que la Iglesia, la Ciudad de Dios, vive mezclada con la ciudad del mundo, hasta el punto de albergar en ella también hombres carnales, aunque tal vez deseosos de redención. De ahí las persecuciones, las herejías, los escándalos que, con todo, tienen su función beneficiosa sobre la ciudad de Dios metafísica: sus santos (XVIII). La tercera fase se refiere al resultado final de las dos ciudades: felicidad eterna para la una, infelicidad también eterna para la otra. Aquí (XIX) se vuelve a tratar extensamente la cuestión de la verdadera naturaleza de la felicidad y de su carácter necesariamente transcendental, divino. De aquí la confutación de los estoicos, que presumían arribar a ella por sus propios medios: la vida humana, vista con ojos realistas, es desorden, apasionamiento, violencia. La racionalidad y la paz no son de este mundo, ni es aquí donde las cosas reciben su valoración definitiva.

Esta depende del juicio futuro de Dios (XX). A su luz, el vicio se revelará como tal, aunque aquí abajo se presente con el aspecto fascinador de la virtud y de la felicidad. Nada seguro se sabe acerca de cuándo vendrá ni cómo se desarrollará. Desde luego, el juez será el Cristo glorioso, y la última fase de la historia humana estará muy agitada por luchas espirituales y acontecimientos físicos gigantescos; y ciertamente el fin y el juicio representaran una regeneración, una palingenesia del mundo. Entonces tendrá lugar también la distinción real de las dos ciudades. A la ciudad del mundo tocará una eternidad de dolor, a la vez moral y físico (XXI); eternidad de pena contra la cual no valen ni las objeciones físicas derivadas de la pretendida imposibilidad de un fuego que no se consume, ni las morales, que dependen de una presunta desproporción entre un pecado temporal y un castigo eterno: la gravedad del cual será, no obstante, proporcionada en intensidad a la entidad de la culpa.

En cambio, a los santos quedará reservada la bienaventuranza eterna (XXII); no sólo para las almas en la contemplación de Dios, sino para los propios cuerpos que resucitarán a una vida real, aunque diversa de la terrena. La forma de la resurrección no está clara; pero, el hecho, a pesar de las objeciones de los platónicos, es cierto; como es seguro que, aun siendo la Ciudad de Dios en primer lugar obra de la predestinación divina, no es indiferente para ella la orientación del libre albedrío humano. La observación de la vida psíquica podrá dar a entender cuál ha de ser la bienaventuranza eterna como satisfacción de las exigencias positivas del hombre. Ella será, por lo tanto, el gran sábado, la paz suprema en el reino de Dios. Tal es, en resumen, esta gran obra de la antigüedad cristiana, síntesis amplísima que abarca la historia de toda la raza humana y sus destinos, en términos de tiempo y eternidad, y en la que se plantea decididamente, la cuestión de las relaciones entre el Estado y la sociedad humana en general, según los principios cristianos.

En consecuencia su influjo en el desarrollo del pensamiento europeo tiene una importancia incalculable. Osorio y Carlomagno, Gregorio I y Gregorio VII, Santo Tomás y Bossuet, todos sin excepción, la han conceptuado como la expresión clásica del pensamiento, político cristiano y de la actitud cristiana frente a la historia. Y en los tiempos modernos sigue conservando su vigencia. De todos los escritos de los Santos Padres es el único que el historiador secular no se atreve a desdeñar de forma definitiva, y el siglo XIX opinó que esa obra justifica que se considere a San Agustín como el fundador de la filosofía de la historia. Ciertamente La Ciudad de Dios no es una teoría filosófica de la historia en el sentido de inducción racional de los hechos históricos. No descubre nada nuevo sobre la historia, considerando ésta sencillamente como el resultado de una serie de principios universales. Lo que San Agustín nos ofrece es una síntesis de historia universal a la luz de los principios cristianos. Su teoría de la historia procede estrictamente de la que tiene sobre la naturaleza humana, que a la vez deriva de su teología de la creación y de la gracia.

No es teoría racional si se considera que se inicia y termina con dogmas revelados; pero sí es racional por la lógica estricta de su procedimiento e implica una teoría definidamente filosófica y racional sobre la naturaleza de la sociedad y de la ley, y la relación entre la vida social y la ética. San Agustín leyó en su experiencia propia la verdad universal que en ella estaba contenida. Leyó, en el presente que es, el misterioso presentimiento del porvenir que no es todavía, y que, no obstante, como el pasado que no es ya, revive y se perpetúa en la imagen presente de la memoria, existe ya, y nos es presente por sus causas y por sus signos precursores, como dice en las Confesiones. La Ciudad de Dios extiende a la humanidad el tiempo que él había percibido en su interior: este tiempo, ambivalente, que es el del envejecimiento y de la espera, de la dominación del pecado y de la liberación del alma, resuelve su dualidad por la mediación del Verbo encarnado, en el advenimiento de esa plenitud de los tiempos que reunirá todas las cosas en Jesucristo. Inmensa esperanza que recorre el universo, que lo sacude, que le hace presente en cada instante el fin de su progreso, que le salva de sus calamidades y de sus caídas, puesto que todas, y el pecado mismo con sus consecuencias, concurren, por caminos misteriosos, sólo de Dios conocidos, al advenimiento del Reino sustraído al envejecimiento, ya que, en lo eterno, hay coincidencia de lo temporal y de lo intemporal, de las existencias y de las esencias, en el seno del Ser que permanece. La distensio misma de nuestro tiempo en nosotros se encamina a ello por la tensio o la intentio del alma, que es una extensio animi ad superiora, que reúne en sí las cosas pasadas, presentes y futuras. Imagen lejana, porque el acto de sobrepasar el tiempo es don de Dios, pero imagen ejemplar y real, como se ve por la Iglesia, que está en el tiempo aun siendo eterna. Añadamos a esto que se encuentra en La Ciudad de Dios el primer ensayo grandioso y coherente de coordinar la marcha de los acontecimientos y el progreso de la humanidad con la lucha incesante entre los hombres esclavos del hombre y los hombres que son los servidores de Dios. Desde este punto de vista, la vida de la humanidad entera se ostenta como un maravilloso poema que se desarrolla a lo largo de los siglos -saeculorum tanquam pulcherrimum cermen (XI, 18)-. Poema del que uno mismo no puede recorrer sus páginas sin sentir un inmenso amor y una intensa admiración por el modulador inefable que creó el mundo con el tiempo, que regula su orden y sus armonías, poniendo de acuerdo los contrarios y adaptándolos a los tiempos.

Este Dios que ve y quiere y mueve todos los seres inmutablemente, que creó todas las cosas por bondad, tanto las pequeñas como las grandes, señalándolas todas, y en primer lugar al

alma humana, con la impronta de la Trinidad divina. En esta historia, ni el azar o lo que con este nombre denominamos, ni el destino o la fortuna representan papel alguno, ni los designios o las pasiones de los hombres son los que disponen; porque todo, en último término, está ordenado a Dios y entra en sus planes, sin que su presencia constriña la libertad del hombre y su libre elección. Es decir, que no hay otras causas eficientes que las causas voluntarias, dependientes todas ellas de la voluntad de Dios; pues no tienen más eficacia que la que Dios les presta. Siempre son, al mismo, tiempo, actuantes y actuadas; únicamente Dios hace y no es hecho. Causa itaque rerum, quae facit non fit, Deus est; aliae vero causae et faciunt et fiunt. Después de lo cual, una vez que la causalidad haya terminado su trabajo, Dios descansará, y estaremos nosotros mismos en la paz. Veremos y amaremos, amaremos y alabaremos en el Reino sin fin.

Así, quiéralo o no lo quiera el hombre, tome o no conciencia de ello, se preste por su concurso o por su resistencia, de todo lo cual Dios extrae igualmente partido, todo progreso de la humanidad se realiza en el sentido de un aumento de la ciudad celeste a expensas de la ciudad terrena, o, como dirá el poeta Baudelaire, de una disminución de las huellas del pecado original. Noción singularmente más profunda y más próxima a nosotros, observa con justicia Rudolf Eucken, que la concepción hegeliana de un devenir inmanente, y, con mucha más razón, que su contrapartida marxista de un materialismo histórico, que no retiene de los hechos más que su apariencia externa o una imagen parcial, con frecuencia deformada. En la visión agustiniana, son retenidos todos los elementos, pero colocados en su lugar debido, y reciben su sentido de la conducta invisible de Dios, cuyos eternos designios transcurren en la duración al igual que la gracia se incorpora a la naturaleza, sin privarle en nada de su espontaneidad, ni al hombre de su libertad, sino, por el contrario, perfeccionándola, de tal suerte que ser plenamente libre para el hombre es obedecer a los designios de Dios. Es La Ciudad de Dios la obra que expresa, mejor que ninguna otra, la polifacética personalidad de San Agustín, a un mismo tiempo exegeta, metafísico, psicólogo y teólogo. En ella confluyen, emergiendo de cuando en cuando, los motivos de obras precedentes, que han formado tanta parte de la vida intelectual y religiosa del Padre africano: el antimaniqueismo y el antiplatonismo del De la verdadera religión y de las Confesiones; el antidonatismo y el antipelagianismo que nutren las largas digresiones acerca de los problemas internos de la Iglesia.

En ella todo es orgánico. Reanudada y abandonada mil veces, su redacción se lleva a cabo entre el 412 y el 426, y se presenta sobrecargada por las polémicas circunstanciales. Si no es, repetimos, una filosofía de la historia -de la historia San Agustín conocía muy poco-, sí es una metafísica de la sociedad, es decir, una determinación de lo permanente en lo mudable de las conductas humanas, de las fuerzas secretas que deciden el diverso comportamiento de individuos y naciones. Lo que en las Confesiones hiciera para el individuo, reduciendo el drama de los afectos y de las inquietudes del hombre en particular al drama Dios-Hombre, lo hace San Agustín en el De civitate Dei acentuando los elementos propiamente teológicos y bíblicos.

Sólo que aquí las pasiones y las ambiciones son las desencadenadas por la primera voluntad humana, la de Adán, que se ha preferido a Dios. Aquí la gracia redentora libera no sólo a Agustín sino a todos los hombres, llamados, a la salvación de la "masa de los pecadores" en Adán. La lucha entre las dos ciudades, que, estriba respectivamente sobre el amor sui y el

amor Dei, es el reflejo social de la lucha entre el viejo y el nuevo Adán en cada uno de nosotros. * * * Hemos indicado que el de Hipona empleó no menos de catorce años en la redacción de la que no pocos consideran su obra maestra, La Ciudad de Dios. Del 412 al 426 trabajó en este grandioso libro, sin descuidar por ello sus habituales tareas episcopales, sin remitir en lo más mínimo en su cara ocupación de predicar la palabra divina y sin que sufriese mengua su siempre copiosa correspondencia. Le vemos durante esos años desplazarse, para no perder la costumbre, en largos y fatigosos viajes. Son los años de la áspera pugna pelagiana y aún no han concluido las enojosas disputas con los empecinados donatistas. Y todavía le queda tiempo para sostener prolongadas conferencias con el español Paulo Orosio, que tan bien asimilara en su Historia las lecciones del maestro, para discutir con Emérito de Cesárea y para conseguir la retractación del monje francés Leporio. Y, lo que es más asombroso, para componer otras muchas obras de la más varia doctrina. Porque, alternando con la composición de La Ciudad de Dios, brotaron de su pluma más de una veintena de diversos tratados, tales como Sobre el origen del alma, Contra los priscilianistas y los origenistas, Sobre la presencia de Dios, De la gracia de Cristo y del pecado original, Contra un adversario de la ley y de los profetas, Contra la mentira, De la fe, de la esperanza y de la caridad, De los matrimonios adúlteros, De las bodas y de la concupiscencia, Contra Gaudencio, Cuestiones sobre el Heptateuco, por enumerar algunos.

Ateniéndonos al orden seguido en La Ciudad de Dios, y tomando en cuenta algunos datos contenidos en la misma, podríamos rastrear las etapas de su redacción sin necesidad apenas de apoyarnos en argumentos extrínsecos. Aquel gran amigo del Santo, el tribuno Marcelino, cuya epístola fue el motivo determinante para la composición de esta magna obra a él dedicada, pereció ejecutado en septiembre del 413, acusado de atentar contra la seguridad del Estado. Antes de su muerte habían sido concluidos y publicados los tres primeros libros. El autor mismo nos informa, a punto de terminar el quinto, de que ha editado por separado estos tres libros y la dedicatoria a Marcelino precisa la fecha de su aparición. Nos da cuenta asimismo, del éxito alcanzado por su obra, que, asegura, circula sin cesar de mano en mano. Que esos tres primeros libros tuvieron una entusiasta acogida nos lo confirma un testimonio de fines del 414; una carta dirigida a San Agustín por el vicario de África, Macedonio, dándole cuenta de los sentimientos y reflexiones que en él ha suscitado la lectura de las primicias de su obra: "He acabado de leer tus libros, le escribe. Me han entusiasmado hasta el punto de alejar de mí todas mis restantes preocupaciones.

Muchos son los aspectos que me han sorprendido, de tal suerte que no sé qué admirar más, si la perfección del sacerdocio, o las doctrinas filosóficas o el pleno conocimiento de la historia o lo agradable de la elocuencia.. Los espíritus más neciamente obstinados han tenido que convencerse, a la vista de los siglos felices cuyo recuerdo evocan, de que peores acontecimientos han tenido lugar... Tú te has servido del ejemplo más conmovedor de las recientes calamidades; aunque has fundado sólidamente tu argumentación, yo hubiera preferido, de haber sido posible, que no le hubieras concedido tanta importancia. Mas cuando aquellos a quienes hay que convencer de necedad han comenzado a quejarse de aquellos acontecimientos, no hay más remedio que extraer de los mismos las pruebas de la verdad." Bien significativos son estos últimos párrafos, porque demuestran que, apenas al día siguiente de la invasión, ya no era del agrado de muchos el recordar con insistencia el saqueo de Roma, y que, a la mención de los recientes sucesos se prefería el relato de

antiguas catástrofes: la lección que proporcionaban, por ser menos hiriente, no era tan desagradable.

En su larga respuesta a Macedonio no alude Agustín al reproche de su corresponsal. Se limita a hablarle de la verdadera felicidad y de sus condiciones, y no hace alusión alguna a los tres primeros libros de La Ciudad de Dios mas que para recordar que allí había tratado largamente la cuestión del suicidio. Tal vez el propio obispo habría caído en la cuenta de que era ya demasiado tarde para insistir en la ferocidad de las hordas de Alarico. El caso es que los dos libros siguientes, como ya cabe observar, por lo demás, en el segundo y en el tercero, se elevan a reflexiones más generales. Su redacción ocupa los últimos meses del 413 y el año 414. Está acabada en el 415, como lo atestigua una carta dirigida al obispo Evodio a fines de ese mismo año. Es menester leer todo el pasaje referente a La Ciudad de Dios, porque nos suministra preciosa información, no sólo acerca de los libros ya terminados, sino también acerca de los que faltan por escribir: "Añadí dos nuevos libros a los otros tres de La Ciudad de Dios contra los demonícolas, que son sus enemigos.

Creo que en estos cinco libros he, discutido bastante contra aquellos que, por razón de la felicidad de la presente vida, creen que debemos adorar a sus dioses, y se oponen al nombre cristiano por creer que les impedimos su felicidad. En adelante, según prometí en el primer libro, tengo que hablar contra aquellos que, por razón de la vida que sigue a la muerte, juzgan necesario el culto de sus dioses, sin saber que cabalmente por esa vida somos nosotros cristianos." Con renovado ardor prosigue Agustín su tarea a partir del 415; en el 417 ha terminado ya el libro décimo y, con él, la primera parte de la obra que había acometido. Es lo que declara abiertamente al final de dicho libro: "Por esta razón, en estos diez libros, aunque menos de lo que esperaba de mí la intención de algunos, con todo, he satisfecho el deseo de otros, con la ayuda del Dios verdadero y del Señor, refutando las contradicciones de los impíos, que prefieren sus dioses al Fundador de la Ciudad Santa, sobre la que nos propusimos disertar.

De estos diez libros, los cinco primeros los escribí contra aquellos que juzgan que a los dioses se les debe culto por los bienes de esta vida, y los cinco últimos, contra los que piensan que se les debe por la vida que seguirá a la muerte. En adelante, como prometí en el libro primero, diré, con la ayuda de Dios, lo que crea conveniente decir sobre el origen, sobre el desarrollo y sobre los fines de las dos ciudades, que, como he dicho también, andan en este siglo entreveradas y mezcladas la una con la otra." La fecha está claramente indicada por Paulo Orosio en el prefacio de su Historia contra los paganos. Esta obra, redactada a instancias del propio Agustín, para servir de complemento a La Ciudad de Dios, está destinada a probar que las invasiones bárbaras no han sido una calamidad excepcional; que las guerras y matanzas son de todos los tiempos, y que los romanos contemporáneos no tienen por qué sorprenderse de ellas si se sienten más débiles que los bárbaros.

Nos consta que esta obra fue redactada en 417. Acababa de publicarse entonces la edición de los diez primeros libros de San Agustín y su luz se difundía por el mundo entero. Aunque al principio del libro undécimo se cree obligado el Santo a repetir una vez más las ideas fundamentales que se propone desarrollar y que ya había esbozado al final del anterior, eso no nos debe mover a pensar que hubo de transcurrir mucho tiempo entre la composición de uno y de otro, puesto que del libro duodécimo se hace ya mención en el De

Trinitate, tratado que no parece ser muy posterior al 417. El libro XIV está citado en el Contra un adversario de la, ley y de los profetas, que data de hacia el 420., Tratase en este opúsculo del pecado original y de la desobediencia del primer hombre, temas éstos, dice Agustín, que ha abordado más ampliamente en otras partes y, sobre todo, en el libro XIV de La Ciudad de Dios. En los libros XV y XVI, se utilizan con frecuencia las Cuestiones sobre el Heptateuco, que parecen haber sido redactadas después del 418 y antes del 420.

Comparando la lista de los lugares paralelos échase de ver bien a las claras la imposibilidad de una relación inversa, porque un cierto número de problemas, apenas esbozados en las Cuestiones, están resueltos en su obra maestra. Queda así fijado el término a quo de la redacción de esos dos libros, pero no podemos decir otro tanto del término ad quem. Como el libro, XVIII se inicia con una especie de recapitulación, en la que el autor se cree obligado a resumir lo que ya ha expuesto con anterioridad y lo que le queda aún por exponer, nos sentimos impulsados a preguntarnos si no habrán sido publicados juntos los libros XIV-XVII. Como quiera que sea, el libro decimoctavo no ofrece visos de ser anterior al 425. Figuran en él algunos datos cronológicos que serían preciosos para fijar la fecha en que fue compuesto el libro si no fuesen tan imprecisos. El conjunto de la obra estaba terminado antes de escribir las Retractaciones, es decir, antes del 427, puesto que en este último escrito pudo estampar San Agustín: "Esta gran obra de La Ciudad de Dios quedó, por fin, concluida en veintidós libros." Y adivinase en ese "por fin" como un suspiro de alivio. Después de haber trabajado durante tanto tiempo, tras incontables trastornos y zozobras, siente el autor la alegría de haber arribado al término de la empresa que se había señalado.

Sus últimas palabras, al concluir el libro XXII, habían sido para expresar la misma satisfacción de la obra terminada: "Estoy en que ya he saldado, con la ayuda de Dios, la deuda de esta inmensa obra. Que me perdonen los que la encuentren demasiado corta o demasiado larga. Y quienes estén satisfechos con ella, agradecidos den gracias no á mí, sino a Dios conmigo. Así sea." No es menester insistir en que una obra tan considerable, y cuya consumación exigiera tantos años, fue editada en varias veces. Gracias a las indicaciones suministradas por el autor mismo podemos seguir de cerca las diversas fases de esa publicación.

Los tres primeros libros, ya lo hemos visto, comenzaron por ser editados aparte y dedicados a Marcelino, apenas se acabó su redacción. Una segunda edición aparecida en 415 contenía los cinco primeros. En el 417, hácese referencia, en el prefacio de Orosio a su Historia, a una nueva edición que no contaba con menos de diez libros mientras el once estaba ya en preparación. En el 418 o 419, según toda probabilidad, una carta dirigida a los monjes Pedro y Abraham proporciona nueva información. Después de haberse referido a los diez primeros libros que son del dominio público y que ellos pueden leer, si es que no lo, han hecho ya, dirigiéndose al presbítero Firmo, añade Agustín que ha dado cima a los tres libros siguientes y que está en proceso de composición el decimocuarto. En éste se responde a todas las preguntas planteadas por Pedro y Abraham. De donde verosímilmente se puede concluir que hubo de ser publicado junto con los tres precedentes, si es que no lo fue con los trece en un futuro muy próximo. No parece que después de esa publicación de los catorce primeros libros haya habido ninguna otra para el conjunto de la obra antes de acabarla toda. A lo sumo se podría preguntar si cada uno de los libros sucesivos fue

publicado aisladamente, a medida que se iba componiendo. No tenemos ningún vestigio cierto de una tal publicación, que, por lo demás, pugna un tanto con la costumbre de San Agustín.

Una vez que hubo puesto punto final a La Ciudad, de Dios, procedió el autor a una revisión de conjunto de la obra para asegurar su perfecta corrección, y envió el manuscrito a Firmo, que era una especie de agente literario suyo, su librero o su editor en Cartago. El manuscrito dirigido a, Firmo constaba de veintidós cuadernos separados, uno por cada libro, y aconsejaba el Santo que no se leyesen en un solo volumen que sería desmesurado, sino en dos o en cinco. Por último, tras haber invitado a Firmo a leer atentamente todo su tratado, prosigue Agustín: "Por lo que se refiere a los libros de mi Ciudad de Dios que todavía no poseen nuestros hermanos de Cartago, te ruego que se los facilites a quienes te los pidan, para que saquen copia.

No se los des a gran número de personas, sino a uno o a dos y que éstos a su vez se los den a otros. Por lo que toca a tus amigos personales, sean miembros del pueblo cristiano deseosos de instruirse o sean paganos que pueden, según tu opinión, ser liberados de sus errores, con la gracia de Dios, por la lectura de mi obra, a ti te corresponde decidir como comunicárselos." De manera que el ejemplar de La Ciudad de Dios dirigido a Firmo no estaba destinado más que a él, que debería permitir sacar una Copia a todos Ios cristianos que lo deseasen. Hasta los mismos paganos, podían tener acceso a ese ejemplar, bajo la responsabilidad de Firmo. Así se cierra la larga y compleja historia de la composición de esta magna obra.

Emprendida con ardor en defensa de la Iglesia, abandonada en varias ocasiones, reanudada otras tantas hasta su consumación definitiva, esa obra maestra de San Agustín no, cesó de solicitar su atención durante quince años. Fácilmente se comprende, pues, si se tiene presente el gran lapso de tiempo que necesitó el autor para llevarla a cabo, que ha de haber, en ella algunos desórdenes en su composición, algunas repeticiones en la distribución de los materiales. Defectos que podemos ir descubriendo con solo seguir el plan establecido por el obispo de Hipona. Pero defectos que en ningún momento alcanzaron a impedir la extraña fascinación que ejerciera sobre sus contemporáneos tan colosal obra, como no impiden que todavía en nuestros días suscite la admiración de cuantos reflexivamente la leyeren. CRONOLOGIA 350. Magencio se hace proclamar emperador. Muerte de Constante.

Los hunos en Europa Oriental. Mefila traduce la Biblia al gótico. Edad de oro de la cultura hindú y del sánscrito. 351. Lucha de Constancio contra los usurpadores. 352. Constancio, último superviviente entre los hijos de Constantino, reconquista Italia y la Galia al usurpador Magencio. 353. Muerte de Magencio. Constancio emperador único. Constancio favorece al arrianismo. 354. Nace Agustín en Tagaste el 13 de noviembre. 355. Los francos, alamanes y sajones invaden la Galia. Juliano es designado césar y enviado a la Galia contra los alamanes. 356. Victoria de Juliano en Estrasburgo (Argentoratum), y liberación de las Galias. 358. El patriarca Hillel II fija el calendario hebreo. 360. Juliano el apóstata se proclama emperador en París, rebelándose contra Constancio. 361.

Agustín estudiante en Tagaste. 362, Juliano resucita el antiguo paganismo. Lucha religiosa con el cristianismo. 363. En guerra con los persas sasánidas, Juliano el apóstata, que había

llegado victorioso hasta Ctesifonte, es derrotado y muerto. Joviano emperador. Paz desastrosa con los persas. 364. Valentiniano es nombrado emperador, asociándose, para Oriente, con su hermano Valente. Nueva invasión de los. alamanes en la Galia, rechazada por Valentiniano. 365. Usurpación de Procopio, que es derrotado por Valente. 367.

Marcha Agustín a Madaura a estudiar gramática. Guerra de Valente contra los godos y de Valentiniano contra los alamanes. 368. Teodosio el Viejo pacifica la Bretaña romana. 370. Interrumpe Agustín los estudios durante un año y permanece en Tagaste. Fallece su padre Patricio. Los persas conquistan Armenia. 371. Agustín estudiante, en Cartago. Comienza sus relaciones con la madre de Adeodato. 372. Rebelión en África del jefe bereber Firmus. Introducción del budismo en Corea. Nacimiento de Adeodato. 373.

Florece en China Hui Youan, fundador de una secta budista. Lee Agustín el Hortensius de Cicerón y se convierte a la filosofía. Se adhiere al maniqueísmo. 374. Los hunos atraviesan el Volga, siguiendo su avance hacia el Oeste. San Ambrosio, obispo de Milán. Agustín profesor en Tagaste. 375. Graciano emperador en Oriente y Valentiniano II coemperador en Occidente. Los hunos aniquilan el reino ostrogodo y empujan a los visigodos hacia el Sur. Son aceptados los visigodos en el imperio de Oriente. Chaudragupta II, rey en la India. 376. Agustín profesor en Cartago. 377. Graciano derrota a los alamanes. 378. Sublevación de los visigodos. Valente es derrotado y muerto por los godos en la batalla de Andrinópolis. 379. Teodosio es asociado al imperio por Graciano. 380.Teodosio abandona a los visigodos la Panonia, y establece a los ostrogodos en el sur del Danubio. Restablece el cristianismo como religión del Estado. Historia de Roma de Amiano Marcelino. 381. Concilio ecuménico de Constantinopla; derrota definitiva del arrianismo.

Escribe Agustín el De pulchro et apto. 382. Establecimiento de los visigodos en Mesia. Comienzan las dudas de Agustín contra el maniqueísmo. 383. En Occidente, usurpación de Máximo, asesino de Graciano. Conversaciones de Agustín con Fausto. 384. Comienza San Jerónimo la traducción de la Biblia. Relación sobre el ara de la Victoria de Símaco. Agustín se aparta del maniqueísmo. Profesorado en Roma. Es nombrado profesor en Milán, donde comienza a oír a San Ambrosio. Decide ser catecúmeno. 385.

Agustín orador oficial. Panegírico de Bauton y de Valentiniano II. Llegada, de Mónica. 386. Dinastía de los Wei, en el norte de China. Lucha de San Ambrosio con la emperatriz Justina. Descubre Agustín la filosofía neoplatónica. Lee las Epístolas de San Pablo. Se convierte y parte a Casiciaco. Escribe los primeros Diálogos. 387. Máximo arrebata Italia a Valentiniano II. Regresa Agustín a Milán, donde recibe el bautismo con Alipio y Adeodato. Muerte de Mónica en Ostia. Estancia de Agustín en Roma.. 388. Teodosio derrota a Máximo. Valentiniano II bajo la tutela del franco Arbogasto. Parte Agustín a África. 389. Agustín comienza su vida monástica en Tagaste. Muerte de Adeodato. 391. Valerio, obispo de Hipona, ordena sacerdote a Agustín. Funda un segundo monasterio. 392. Arbogasto asesina a Valentiniano II y proclama emperador a Eugenio. Conmoción ante el empuje de los hunos.

Los vándalos son rechazados hacia el Oeste, por los alanos que los siguen. Estilicón derrota a los bárbaros en el Danubio. Disputa de Agustín con el maniqueo Fortunato. 393. Últimos juegos olímpicos en Grecia. Sínodo de Hipona donde Agustín predica sobre la fe y el

símbolo. 394. Teodosio, vencedor de Eugenio, en Aquileya, se proclama único emperador. 395. Muerte de Teodosio el Grande. División del Imperio: Arcadio en Oriente y Honorio en Occidente, bajo la regencia de Estilicón. Alarico rey de los visigodos. 396. Los visigodos en Iliria. Fin de los misterios de Eleusis. Es nombrado Agustín obispo auxiliar de Valerio y lo consagra Megalio, el primado de Numidia. 397. Intrigas en la corte de Arcadio, dominado por su mujer Eudoxia; triunfo del partido antigermano; renacimiento nacional bizantino. Vida de San Martín de Tours de Sulpicio Severo. Asiste Agustín a un concilio de Cartago. Muere Valerio y la sucede Agustín como obispo de Hipona. 398. San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla. San Agustín escribe las CONFESIONES. Controversia con Fortunio. 399. Los vándalos entran en la Galia. Los hunos llegan al Elba. Yezdegerd I, rey de Persia. Tolerancia del cristianismo. Entrevista de Agustín con Crispín, obispo donatista de Calama. 400. Llega Pelagio a Roma. Florecen Macrobio y Kalidasa. 401.

Primera tentativa de los visigodos en Italia. Asiste Agustín a un concilio de Cartago. Lucha con los donatistas. 402. El emperador Honorio se refugia en Ravena, futura residencia imperial. 404. Acude Agustín al concilio de Cartago. 405. El ostrogodo Radagaiso en Italia. 406. Estilicón derrota a Radagaiso en Fiésole. Vándalos, alanos, suevos y burgundios se establecen en Galia. 407. Usurpación de Constantino III en Bretaña, prontamente evacuada. 408. Teodosio II sucede a Arcadio como emperador de Oriente. Marcha de Alarico sobre Roma. 409. Vándalos, suevos y alanos, entran en España. 410. Conquista y saqueo de Roma por los visigodos de Alarico. Muerte de Alarico. 411. Constantino III restablece la autoridad romana en la Galia. Conferencia en Cartago entre católicos y donatistas. Comienza la polémica pelagiana. 412. Los visigodos en la Galia meridional. Comienza Agustín LA CIUDAD DE DÍOS. 413. Rebelión de Heraclio en África, pronta y salvajemente reprimida. Los burgundios se establecen en el Rin. Nuevo amurallamiento de Constantinopla por Teodosio II. 414. Ataúlfo, caudillo de los visigodos casa con Gala Placidia, hermanastra del emperador Honorio. Orosio se entrevista con Agustín. 415.

En las luchas contra los paganos en Alejandría muere Hipátia. 416. Se establecen los visigodos en España. Fundación del reino visigodo de Toulouse. Asiste Agustín al concilio de Milevi contra los pelagianos. 417. Historia contra los paganos de Paulo Orosio. 418. Teodorico I sucede a Walia como rey de los visigodos. Taulouse se anexa a Aquitania. Disputa de Agustín con Emérito de Cesarea donatista. 419. Reino de los suevos en el noroeste de España. Nuevamente Agustín en Cartago. 420. Anglosajones y jutos se instalan en Bretaña. Comienza la dinastía de los Sung en China. Varanes V, rey de Persia; persecución al cristianismo. Consigue Agustín la retractación de Leporio. 422. Paz entre Bizancio y los persas. 425. Valentiniano III, emperador de Occidente. Regencia de Gala Placidia y más tarde de Aecio. Ataque de los hunos a Persia. 426. Termina San Agustín La Ciudad de Dios y nombra a Heraclio obispo auxiliar. 427. Rebelión, en África, del conde Bonifacio. 428. Los persas en Armenia. Controversia nestoriana. Conferencia de Agustín con el obispo arriano Maximino. 429. Los vándalos pasan al África durante el reinado de Genserico. Código teodosiano. 430. Muere San Agustín el 28 de agosto mientras Genserico sitia Hipona. 431. Concilio ecuménico de Efeso, que condena las doctrinas de Nestorio y Pelapio. 432.

Rivalidad entre Aecio y Bonifacio. Evangelización de Irlanda por San Patricio. 437. Atila, rey de los hunos. 439. Conquista de Cartago por los vándalos. 440. León I papa. Guerras entre Atila y Teodosio II. PROEMIO En esta obra, que va dirigida a ti, y te es debida mediante mi palabra, Marcelino, hijo carísimo, pretendo defender la gloriosa Ciudad de Dios, así la que vive y se sustenta con la fe en el discurso y mundanza de los tiempos, mientras es peregrina entre los pecadores, como la que reside en la estabilidad del eterno descanso, el cual espera con tolerancia hasta que la Divina Justicia tenga a juicio, y ha de conseguirle después completamente en la victoria final y perpetua paz que ha de sobrevenir; pretendo, digo, defenderla contra los que prefieren y dan antelación a sus falsos dioses, respecto del verdadero Dios, Señor y Autor de ella. Encargo es verdaderamente grande, arduo y dificultoso; pero el Omnipotente nos auxiliará. Por cuanto estoy suficientemente persuadido del gran esfuerzo que es necesario para dar a entender a los soberbios cuán estimable y magnífica es la virtud de la humildad, con la cual todas las cosas terrenas, no precisamente las que usurpamos con la arrogancia y presunción humana, sino las que nos dispensa la divina gracia, trascienden y sobrepujan las más altas cumbres y eminencias de la tierra, que con el transcurso y vicisitud de los tiempos están ya como presagiando su ruina y total destrucción.

El Rey, Fundador y Legislador de la Ciudad de que pretendemos hablar es, pues, Aquel mismo que en la Escritura indicó con las señales más evidentes a, su amado pueblo el genuino sentido de aquel celebrado y divino oráculo, cuyas enérgicas expresiones claramente expresan “que Dios se opone a los soberbios, pero que al mismo tiempo concede su gracia a los humildes”. Pero este particular don, que es propio y peculiar de Dios, también le pretende el inflado espíritu del hombre soberbio y envanecido, queriendo que entre sus alabanzas y encomios se celebre como un hecho digno del recuerdo de toda la posteridad “que perdona a los humildes y rendidos y sujeta a los soberbios”. Y así', tampoco pasaremos en silencio acerca de la Ciudad terrena (que mientras más ambiciosamente pretende reinar con despotismo, por más que las naciones oprimidas con su insoportable yugo la rindan obediencia y vasallaje, el mismo apetito de dominar viene a reinar sobre ella) nada, de cuanto pide la naturaleza de esta obra, y lo que yo penetro con mis luces intelectuales.

LIBRO PRIMERO LA DEVASTACIÓN DE ROMA NO FUE CASTIGO DE LOS DIOSES DEBIDO AL CRISTIANISMO

CAPITULO PRIMERO

De los enemigos del nombre cristiano, y de cómo éstos fueron perdonados por los bárbaros, por reverencia de Cristo, después de haber sido vencidos en el saqueo y destrucción de la ciudad Hijos de esta misma ciudad son los enemigos contra quienes hemos de defender la Ciudad de Dios, no obstante que muchos, abjurando sus errores, vienen a ser buenos ciudadanos; pero la mayor parte la manifiestan un odio inexorable y eficaz, mostrándose tan ingratos y desconocidos a los evidentes beneficios del Redentor, que en la actualidad no podrían mover contra ella sus maldicientes lenguas si cuando huían el cuello de la segur vengadora de su contrario no hallaran la vida, con que tanto se ensoberbecen, en sus sagrados templos. Por ventura, ¿no persiguen el nombre de Cristo los mismos romanos a quienes por respeto y reverencia a este gran Dios, perdonaron la vida los bárbaros?.

Testigos son de esta verdad las capillas de los mártires y las basílicas de los Apóstoles, que en la devastación de Roma acogieron dentro de sí a los que precipitadamente, y temerosos de perder sus vidas, en la fuga ponían sus esperanzas, en cuyo número se comprendieron no sólo los gentiles, sino también los cristianos. Hasta estos lugares sagrados venía ejecutando su furor el enemigo, pero allí mismo se amortiguaba o apagaba el furor del encarnizado asesino, y, al fin, a estos sagrados lugares conducían los piadosos enemigos a los que, hallados fuera de los santos asilos, hablan perdonado las vidas, para que no cayesen en las manos de los que no usaban ejercitar semejante piedad, por lo que es muy digno de notar que una nación tan feroz, que en todas partes se manifestaba cruel y sanguinaria, haciendo crueles estragos, luego que se aproximó a los templos y capillas, donde la estaba prohibida su profanación, así como el ejercer las violencias que en otras partes la fuera permitido por derecho de la guerra, refrenaba del todo el ímpetu furioso de su espada desprendiéndose igualmente del afecto de codicia que la poseía de hacer una gran presa en ciudad tan rica y abastecida.

De esta manera libertaron su, vidas muchos que al presente infaman y murmuran de los tiempos cristianos, imputando a Cristo los trabajos y penalidades que Roma padeció, v, no atribuyendo a este gran Dios el beneficio incomparable que consiguieron por respeto a su santo nombre de conservarles las vidas; antes por el contrario, cada uno, respectivamente, hacía depender este feliz suceso de la influencia benéfica del hado, o de su buena suerte, cuando, si lo reflexionasen con madurez, deberían atribuir Ias molestias y penalidades que sufrieron por la mano vengadora de sus enemigos a los inescrutables arcanos y sabias disposiciones de la Providencia divina, que acostumbra a corregir y aniquilar con los funestos efectos que presagia una guerra cruel los vicios y las corrompidas costumbres de los hombres, y siempre que los buenos hacen una vida loable e incorregible suele, a veces, ejercitar su paciencia con semejantes tribulaciones, para proporcionarles la aureola de su mérito; y cuando ya tiene probada su conformidad, dispone transferir los trabajos a otro lugar, o detenerlos todavía en esta vida para otros designios que nuestra limitada trascendencia no puede penetrar. Deberían, por la misma causa, estos vanos impugnadores atribuir a los tiempos en que florecía el dogma católico la particular gracia de haberles hecho merced de sus vidas los bárbaros, contra el estilo observado en la guerra, sin otro

respeto que por indicar su sumisión y reverencia a Jesucristo, concediéndoles este singular favor en cualquier lugar que los hallaban, y con especialidad a los que se acogían al sagrado de los templos dedicados al augusto nombre de nuestro Dios (los que eran sumamente espaciosos y capaces de una multitud numerosa), para que de este modo se manifestasen superabundantemente los rasgos de su misericordia y piedad.

De esta constante doctrina podrían aprovecharse para tributar las más reverentes gracias a Dios, acudiendo verdaderamente y sin ficción al seguro de su santo nombre, con el fin de librarse por este medio de las perpetuas penas y tormentos del fuego eterno, así como de su presente destrucción; porque muchos de estos que veis que con tanta libertad y desacato hacen escarnio de los siervos de Jesucristo no hubieran huido de su ruina y muerte si no fingiesen que eran católicos; y ahora su desagradecimiento, soberbia y sacrílega demencia, con dañado corazón se opone a aquel santo nombre, que en el tiempo de sus infortunios le sirvió de antemural, irritando de este modo la divina, justicia y, dando motivo a que su ingratitud sea castigada con aquel abismo de males y dolores que están preparados perpetuamente a los malos, pues su con- fesión, creencia y gratitud fue no de corazón, sino con la boca, por poder disfrutar más tiempo de las felicidades momentáneas y caducas de esta vida.

CAPITULO II

Que jamás ha habido guerra en que los vencedores perdonasen a los vencidos por respeto y amor a los dioses de éstos Y supuesto que están escritas en los anales del mundo y en los fastos de los antiguos tantas guerras acaecidas antes y después de la fundación y restablecimiento de Roma y su Imperio, lean y manifiesten estos insensatos un solo pasaje, una sola línea, donde se diga que los gentiles hayan tomado alguna ciudad en que los vencedores perdonasen a los que se habían acogido (como lugar de refugio) a los templos de sus dioses. Pongan patente un solo lugar donde se refiera que en alguna ocasión mandó un capitán bárbaro, entrando por asalto y a fuerza de armas en una plaza, que no molestasen ni hiciesen mal a todos aquellos que se hallasen en tal o tal templo. ¿Por ventura, no vio Eneas a Príamo violando con su sangre las aras que él mismo había consagrado? Diómedes y Ulises, degollando las guardias del alcázar y torre del homenaje, ¿no arrebataron el sagrado Paladión, atreviéndose a profanar con sus sangrientas manos las virginales vendas, de la diosa?.

Aunque no es positivo que de resultas de tan trágico suceso comenzaron a amainar y desfallecer las esperanzas de los griegos; pues en seguida vencieron y destruyeron a Troya a sangre y fuego, degollando a Príamo que se había guarecido bajo la religiosidad de los altares. Sería a vista de este acaecimiento una proposición quimérica el sostener que Troya se perdió porque perdió a Minerva; porque ¿qué diremos que perdió primero la misma Minerva para que ella se perdiese? ¿Fueron por ventura sus guardas? Y esto seguramente es lo más cierto, pues, degollados, luego la pudieron robar, ya que la defensa de los hombres no dependía de la imagen, antes más bien, la de ésta dependía de la de aquellos. Y estas naciones ilusas, ¿cómo adoraban y daban culto (precisamente para que los defendiese a ellos y a su patria) a aquella deidad que no pudo guardar a sus mismos centinelas?

CAPITULO III

Cuán imprudentes fueron los romanos en creer que los dioses Penates, que no pudieron guardar a Troya, les habían de aprovechar a ellos Y ved aquí demostrado a qué especie de dioses encomendaron los romanos la conservación de su ciudad: ¡oh error sobremanera lastimoso! Enójanse con nosotros porque referimos la inútil protección que les prestan sus dioses, y no se irritan de sus escritores (autores de tantas patrañas), que, para entenderlos y comprenderlos, aprontaron su dinero, teniendo a aquellos que se los leían por muy dignos de ser honrados con salario público y otros honores. Digo, pues, que en Virgilio, donde estudian los niños, se hallan todas estas ficciones, y leyendo un poeta tan famoso como sabio, en los primeros años de la pubertad, no se les puede olvidar tan fácilmente, según la sentencia de Horacio, "que el olor que una vez se pega a una vasija nueva le dura después para siempre". Introduce pues, Virgilio a Juno, enojada y contraria de los troyanos, que dice a Eolo, rey de los vientos, procurando irritarle contra ellos: "Una gente enemiga mía va navegando por el mar Tirreno, y lleva consigo a Italia Troya y sus dioses vencidos"; ¿y es posible que unos hombres prudentes y circunspectos encomendasen la guarda de su ciudad de Roma a estos dioses vencidos, sólo con el objeto de que ella jamás fuese entrada de sus enemigos? Pero a esta objeción terminante contestarán alegando que expresiones tan enérgicas y coléricas las dijo Juno como mujer airada y resen- tida, no sabiendo lo que raciocinaba.

Sin embargo, oigamos al mismo Eneas,, a quien frecuentemente llama piadoso, y atendamos con reflexión a su sentimiento: "Ved aquí a Panto, sacerdote del Alcázar, y de Febo, abrazado él mismo con los vencidos dioses, y con un pequeño nieto suyo de la mano que, corriendo despavorido, se acerca hacia mi puerta." No dice que los mismos dioses (a quienes no duda llamar vencidos) se los encomendaron a su defensa, sino que no encargó la suya a estas deidades, pues le dice Héctor "en tus manos encomienda Troya su religión y sus domésticos dioses." Si Virgilio, pues, a estos falsos dioses los confiesa vencidos y ultrajados, y asegura que su conservación fue encargada a un hombre para que lo librase de la muerte huyendo con ellos, ¿no es locura imaginar que se obró prudentemente cuando a Roma se dieron semejantes patronos, y que, si no los perdiera esta ínclita ciudad, no podría ser tomada ni destruida?.

Mas claro: reverenciar y dar culto a unos dioses humillados, abatidos y vencidos, a quienes tienen por sus tutelares, ¿qué otra cosa es que tener, no buenos dioses, sino malos demonios? Acaso no será más cordura creer, no que Roma jamás experimentaría este estrago, si ellos no se perdieran primero, sino que mucho antes se hubieran perdido, si Roma, con todo su poder, no los hubiera guardado? Porque, ¿quién habrá que, si quiere reflexionar un instante, no advierta que fue presunción ilusoria el persuadirse que no pudo ser tomada Roma bajo el amparo de unos defensores vencidos, y que al fin sufrió su ruina porque perdió los dioses que la custodiaban, pudiendo ser mejor la causa de este desastre el haber querido tener patronos que se habían de perder, y podían ser humillados fácilmente, sin que fuesen capaces de evitarlo? Y cuando los poetas escribían tales patrañas de sus dioses, no fue antojo que les vino de mentir, sino que a hombres sensatos, estando en su cabal juicio, les hizo fuerza la verdad para decirla y confesarla sinceramente. Pero de esta materia trataremos copiosamente y con más oportunidad en otro lugar. Ahora únicamente

declararé, del mejor modo que me sea posible, cuanto habla empezado a decir sobre los ingratos moradores de la saqueada Roma.

Estos, blasfemando y profiriendo execrables expresiones, imputan a Jesucristo las calamidades que ellos justamente padecen por la perversidad de su vida y sus detestables crímenes, y al mismo tiempo no advierten que se les perdona la vida por reverencia a nuestro Redentor, llegando su desvergüenza a impugnar el santo nombre de este gran Dios con las mismas palabras con que falsa y cautelosamente usurparon tan glorioso dictado para librar su vida, o, por mejor decir, aquellas lenguas que de miedo refrenaron en los lugares consagrados a su divinidad, para poder estar allí seguros, y adonde por respeto a él lo estuvieron de sus enemigos; desde allí, libres de la persecución, las sacaron alevemente, para disparar contra él malignas imprecaciones y maldiciones escandalosas.

CAPITULO IV

Cómo el asilo de Juno, lugar privilegiado que había en Troya para los delincuentes, no libró a ninguno de la furia de los griegos, y cómo los templos de los Apóstoles ampararon del furor de los bárbaros todos los que se acogieron a ellos La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano, en los lugares consagrados a sus dioses no pudo amparar a los suyos ni librarlos del fuego y cuchillo de los griegos, siendo así que era nación que adoraba unos mismos dioses; por el contrario, “pusieron en el asilo y templo de Juno a Phenix, y al bravo Ulises para guarda del botín; Aquí depositaban las preciosas alhajas de Troya, que conducían de todas partes, las que extraían de los templos que incendiaron, las mesas de los dioses, los tazones de oro macizo y las ropas que robaban; alrededor estaban los niños y sus medrosas madres, en una prolongada fila, obser- vando el rigor del saqueo.

En efecto: eligieron un templo consagrado a la deidad de Juno, no con el ánimo de que de él no se pudiesen extraer los cautivos, sino para que dentro de él fuesen encerrados con mayor seguridad. Compara, pues, ahora aquel asilo y lugar privilegiado, no ya dedicado a un dios ordinario o de la turba común, sino consagrado a la hermana y mujer del mismo Júpiter y reina de todas las deidades, con las iglesias de nuestros Santos Apóstoles, y observa si puede formarse paralelo entre unos y otros asilos. En Troya los vencedores conducían como en triunfo los despojos y presas que habían robado de los templos: abrasados y de las estatuas y tesoros de los dioses, con ánimo de distribuir el botín entre todos y no de comunicarlo o restituirlo a los miserables vencidos; pero en Roma volvían con reverencia y decoro las alhajas, que, hurtadas en diversos lugares, averiguaban pertenecer a los templos y santas capillas. En Troya los vencidos: perdían la libertad, y en Roma la conservaban ilesa con todas sus pertenencias. Allá prendían, encerraban y cautivaban a los vencidos, y acá se prohibía rigurosamente el cautiverio. En Troya encerraban y aprisionaban los vencedores a lo: que estaban señalados para esclavos, y en Roma conducían piadosamente a los godos a sus respectivos hogares a los que habían de ser rescatados y puestos en libertad. Finalmente, allá la arrogancia y ambición de los inconstantes griegos escogió para sus usos y quiméricas supersticiones el templo de Juno; acá la misericordia y respeto de los godos (a pesar de ser nación bárbara e indisciplinada) escogió las iglesias de Cristo para asilo y amparo de sus fieles. Si no es que quieran decir que los griegos, en su victoria, respetaron los templos de los dioses comunes, no

atreviéndose a matar ni cautivar en ellos a los miserables y vencidos troyanos que a ellos se acogían. Y concebido esto, diremos que Virgilio fingió aquellos sucesos conforme al estilo de los poetas; pero lo cierto es que él nos pintó con los más bellos coloridos la práctica que suelen observar los enemigos cuando saquean y destruyen las ciudades.

CAPITULO V

Lo que sintió Julio César sobre lo que comúnmente suelen hacer los enemigos cuando entran por fuerza en las ciudades Julio César, en el dictamen que dio en el Senado sobre los conjurados, insertó elegantemente aquella norma que regularmente siguen los vencedores en las ciudades conquistadas, según lo refiere Salustio, historiador tan verídico como sabio. "Es ordinario, dice, en la guerra, el forzar las doncellas, robar los muchachos, arrancar los tiernos hijos de los pechos de sus madres, ser violentadas las casadas y madres de familia, y practicar todo cuanto se le antoja a la insolencia de los vencedores; saquear los templos y casas, llevándolo todo a sangre y fuego, y, finalmente, ver las calles, las plazas... todo lleno de armas, cuerpos muertos, sangre vertida, confusión y lamentos." Si César no mencionara en este lugar los templos, acaso pensaríamos que los enemigos solían respetar los lugares sagrados. Esta profanación temían los templos romanos les había de sobrevenir, causada, no por mano de enemigos, sino por la de Catilina y sus aliados, nobilísimos senadores y ciudadanos romanos; pero, ¿qué podía esperarse de una gente infiel y parricida?

CAPITULO VI

Que ni los mismos romanos jamás entraron por fuerza en alguna ciudad de modo que perdonasen a los vencidos, que se guarecían en los templos Pero ¿qué necesidad hay de discurrir por tantas naciones que han sostenido crueles guerras entre sí, las que no perdonaron a los vencidos que se acogieron al sagrado de sus templos?. Observemos a los mismos romanos, recorramos el dilatado campo de su conducta, y examinemos a fondo sus prendas, en cuya especial alabanza se dijo: "que tenían por blasón perdonar a los rendidos y abatir a los soberbios; y que siendo ofendidos quisieron más perdonar a sus enemigos que ejecutar en sus cervices la venganza.

Pero, supuesto que esta nación avasalladora conquistó y saqueó un crecido número de ciudades que abrazan casi el ámbito de la tierra, con sólo el designio de extender y dilatar su dominación e imperio, díganos si en alguna historia se lee que hayan exceptuado de sus rigores los templos donde librasen sus cuellos los que se acogían a su sagrado. ¿Diremos, acaso, que así lo practicaron, y que sus historiadores pasaron en silencio una particularidad tan esencial? ¿Cómo es posible que los que andaban cazando acciones gloriosas para atribuírselas a esta nación belicosa, buscándolas curiosamente en todos los lugares y tiempos, hubieran omitido un hecho tan señalado, que, según su sentir, es el rasgo característico de la piedad, el más notable y digno de encomios? De Marco Marcelo, famoso capitán romano que ganó la insigne ciudad de Siracusa, se refiere que la lloró viéndose precisado a arruinarla, y que antes de derramar la sangre de sus moradores vertió él sobre ella sus lágrimas, cuidó también de la honestidad, queriendo se observase rigurosamente este precepto, a pesar de ser los siracusanos sus enemigos.

Y para que todo esto se ejecutase como apetecía, antes que como vencedor mandase acometer y dar el asalto a la ciudad, hizo publicar un bando por el que se prescribía que nadie hiciese fuerza a todo el que fuese libre; con todo, asolaron la ciudad, conforme al estilo de la guerra, y no se halla monumento que nos manifieste que un general tan casto y clemente como Marcelo mandase no se molestase a los que se refugiasen en tal o cual templo. Lo cual, sin duda, no se hubiera pasado por alto, así como tampoco se pasaron en silencio las lágrimas de Marcelo y el bando que mandó publicar en los reales a favor de la honestidad. Quinto Fabio Máximo, que destruyó la ciudad de Tarento, es celebrado porque no permitió se saquea- sen ni maltratasen las estatuas de los dioses. Esta orden procedió de que, consultándole su secretario qué disponía se hiciese de las imágenes y estatuas de los dioses, de las que muchas habían sido ya cogidas, aun en términos graciosos y burlescos, manifestó su templanza, pues deseando saber de qué calidad eran las estatuas, y respondiéndole que no sólo eran muchas en número y grandeza, sino también que estaban armadas, dijo con donaire: "Dejémosles a los tarentinos sus dioses airados." Pero, supuesto que los historiadores romanos no pudieron dejar de contar las lágrimas de Marcelo, ni el donaire de Fabio, ni la honesta clemencia de aquél y la graciosa moderación de éste, ¿cómo lo omitieran si ambos hubiesen perdonado alguna persona por reverencia a alguno de sus dioses, mandando que no se diese muerte ni cautivase a los que se refugiasen en el templo?

CAPITULO VII

Que lo que hubo de rigor en la destrucción de Roma sucedió según el estilo de la guerra, y lo que de clemencia provino del poder del nombre de Cristo Todo cuanto acaeció en este último saco de Roma: efusión de sangre, ruina de edificios, robos, incendios, lamentos y aflicción, procedía del estilo ordinario de la guerra; pero lo que se experimentó y debió tenerse por un caso extraordinario, fue que la crueldad bárbara del vencedor se mostrase tan mansa y benigna, que eligiese y señalase unas iglesias sumamente capaces para que se acogiese y salvase en ellas el pueblo, donde a nadie se quitase la vida ni fuese extraído; adonde los enemigos que fuesen piadosos pudiesen conducir a muchos para librarlos de la muerte, y de donde los que fuesen crueles no pudiesen sacar a ninguno para reducirle a esclavitud; éstos son, ciertamente, efectos de la misericordia divina. Pero si hay alguno tan procaz de no advertir que esta particular gracia debe atribuirse a nombre de Cristo y a los tiempos cristianos, sin duda está ciego; o no lo ve y no lo celebra es ingrato, y de que se opone a los que celebran con júbilo y gratitud este sin beneficio es un insensato. No permita Dios que ningún cuerdo quiera imputar esta maravilla a la fuerza de los bárbaros. El que puso terror en los ánimos fieros, el que los refrenó, el que milagrosamente los templó, fue Aquel mismo que mucho antes habla dicho por su Profeta: "Tomaré enmienda de ellos castigando sus culpas y pecados, enviándoles el azote de las guerras, hambre y peste; pero no despediré de ellos mi misericordia ni alzaré la mano del cumplimiento de la palabra que les tengo dada".

CAPITULO VIII

De los bienes y males, que por la mayor parte, son comunes a los buenos y malos No obstante, dirá alguno: ¿por qué se comunica esta misericordia del Altísimo a los impíos e ingratos?, y respondemos, no por otro motivo, sino porque usa de ella con nosotros. ¿Y quién es tan benigno para con todos? "El mismo que hace que cada día salga el sol para los buenos y para los malos, y que llueva sobre los justos y los pecadores". Porque aunque es cierto que algunos, meditando atentamente sobre este punto, se arrepentirán y enmendarán de su pecado, otros, como dice el Apóstol, "no haciendo caso del inmenso tesoro de la divina bondad y paciencia con que los espera, se acumulan, con la dureza y obstinación incorregible de su corazón, el tesoro de la divina ira, la cual se les manifestará en aquel tremendo día, cuando vendrá airado a juzgar el justo Juez, el cual compensará a cada uno, según las obras que hubiere hecho". Con todo, hemos de entender que la paciencia de Dios respecto de los malos es para convidarlos a la penitencia, dándoles tiempo para su conversión; y el azote y penalidades con que aflige a los justos es para enseñarles a tener sufrimiento, y que su recompensa sea digna de mayor premio.

Además de esto, la misericordia de Dios usa de benignidad con los buenos para regalarlos después y conducirlos a la posesión de los bienes celestiales; y su severidad y justicia usa de rigor con los malos para castigarlos como merecen, pues es innegable que el Omnipotente tiene aparejados en la otra vida a los justos unos bienes de los que no gozarán los pecadores, y a éstos unos tormentos tan crueles, con los que no serán molestados los buenos; pero al mismo tiempo quiso que estos bienes y males temporales de la vida mortal fuesen comunes a los unos y a los otros, para que ni apeteciésemos con demasiada codicia los bienes de que vemos gozan también los malos, ni huyésemos torpemente de los males e infortunios que observamos envía también Dios de ordinario a los buenos; aunque hay una diferencia notable en el modo con que usamos de estas cosas, así de las que llaman prósperas como de las que señalan como adversas; porque el bueno, ni se ensoberbece con los bienes temporales, ni con los males se quebranta; mas al pecador le envía Dios adversidades, ya que en el tiempo de la prosperidad se estraga con las pasiones, separándose de las verdaderas sendas de la virtud. Sin embargo, en muchas ocasiones muestra Dios también en la distribución de prosperidad y calamidades con más evidencia su alto poder; porque, si de presente castigase severamente todos los pecados, podría creerse que nada reservaba para el juicio final; y, por otra parte, si en la vida mortal no diese claramente algún castigo a la variedad de delitos, creerían los mortales que no había Providencia Divina. Del mismo modo debe entenderse en cuanto a las felicidades terrenas, las cuales, si el Omnipotente no las concediese con mano liberal a algunos que se las piden con humillación, diríamos que esta particular prerrogativa no pertenecía a la omnipotencia de un Dios tan grande, tan justo y compasivo, y, por consiguiente, si fuese tan franco que las concediese a cuantos las exigen de su bondad, entenderla nuestra fragilidad y limitado entendimiento que no debíamos servirle por otro motivo que por la esperanza de iguales premios, y semejantes gracias no nos harían piadosos y religiosos, sino codiciosos y avarientos.

Siendo tan cierta esta doctrina, aunque los buenos y malos juntamente hayan sido afligidos con tribulaciones y. gravísimos males, no por eso dejan de distinguirse entre sí porque no sean distintos los males que unos y otros han padecido; pues se compadece muy bien la diferencia de los atribulados con la semejanza de las tribulaciones, y, a pesar de que sufran un mismo tormento, con todo, no es una misma cosa la virtud y el vicio; porque así como

con un mismo fuego resplandece el oro, descubriendo sus quilates, y la paja humea, y con un mismo trillo se quebranta la arista, y el grano se limpia; y asimismo, aunque se expriman con un mismo peso y husillo el aceite y el alpechín, no por eso se confunden entre sí; así también una misma adversidad prueba, purifica y afina a los buenos, y a los malos los reprueba, destruye y aniquila; por consiguiente, en una misma calamidad, los pecadores abominan y blasfeman de Dios, y los justos le glorifican y piden misericordia; consistiendo la diferencia de tan varios sentimientos, no en la calidad del mal que se padece, sino en la de las personas que lo sufren; porque, movidos de un mismo modo, exhala el cieno un hedor insufrible y el ungüento precioso una fragancia suavísima.

CAPITULO IV

De las causas por qué castiga Dios juntamente a los buenos y a los malos ¿Qué han padecido los cristianos en aquella común calamidad, que, considerado con imparcialidad, no les haya valido para mayor aprovechamiento suyo? Lo primero, porque reflexionando con humildad los pecados por los cuales indignado Dios ha enviado al mundo tantas calamidades, aunque ellos estén distantes de ser pecaminosos, viciosos e impíos, con todo, no se tienen por tan exentos de toda culpa que puedan persuadirse no merecen la pena de las calamidades temporales. Además de esto, cada uno, por más ajustado que viva, a veces se deja arrastrar de la carnal concupiscencia, y aunque no se dilate hasta llegar a lo sumo del pecado, al golfo de los vicios y a la impiedad más abominable, sin embargo, degeneran en pecados, o raros, o tanto más ordinarios cuanto son más ligeros.

Exceptuados éstos, ¿dónde hallaremos fácilmente quien a estos mismos (por cuya horrenda soberbia, lujuria y avaricia, y por cuyos abominables pecados e impiedades, Dios, según que nos lo tiene amenazado repetidas veces por los Profetas, envía tribulaciones a la tierra) les trate del modo que merecen y viva con ellos de la manera que con semejantes debe vivirse? Pues de ordinario se les disimula, sin enseñarlos ni advertirlos de su fatal estado, y a veces ni se les increpa ni corrige, ya sea porque nos molesta esa fatiga tan interesante al bien de las almas, ya porque nos causa pudor ofenderles, cara a cara, reprendiéndoles sus demasías, ya porque deseamos excusar enemistades que acaso nos impidan y perjudiquen en nuestros intereses temporales o en, los que pretende nuestra ambición o en, los que teme perder nuestra flaqueza; de modo que, aunque a los justos ofenda y desagrade la vida de los pecadores, y por este motivo no incurran al fin en el terrible anatema que a los malos les está prevenido en el estado futuro, con todo, porque perdonan y no reprenden los pecados graves de los impíos, temerosos de los suyos, aunque ligeros y veniales, con justa razón les alcanza juntamente con ellos el azote temporal de las desdichas, aunque no el castigo eterno y las horribles penas del infierno.

Así pues, con justa causa gustan de las amarguras de esta vida, cuando Dios los aflige juntamente con los malos, porque, deleitándose en las dulzuras del estado presente, no quisieron mostrarles la errada senda que seguían cuando pecaban, y siempre que cualquiera deja de reprender y corregir a los que obran mal, porque espera ocasión más' oportuna, o porque recela que los pecadores pueden empeorarse con el rigor de sus correcciones, o porque no impidan a los débiles, necesitados de una doctrina sana, que vivan ajustadamente, o los persigan y separen de la verdadera creencia, no parece que es ocasión

de codicia, sino consejo de caridad. La culpa está en que los que viven bien y aborrecen los vicios de los malos, disimulan los pecados de aquellos a quienes debieran reprender, procurando no ofenderlos porque no les acusen de las acciones que, los inocentes usan lícitamente; aunque este saludable ejercicio deberían practicarlo con aquel anhelo y santo celo del que deben estar internamente inspirados los que se contemplan como peregrinos en este mundo y únicamente aspiran a obtener la dicha de gozar la celestial patria.

En esta suposición, no sólo los flacos, los que viven en el estado conyugal y tienen sucesión o procuran tenerla y poseen casa y familias (con quienes habla el Apóstol, enseñándoles y amonestándolos cómo deben vivir las mujeres con sus maridos y éstos con aquéllas, los hijos con sus padres y los padres con sus hijos, los criados con sus señores y los señores con sus criados) procuran adquirir las cosas temporales y terrenas, perdiendo su dominio contra su voluntad, por cuyo respeto no se atreven a corregir a aquellos cuya vida escandalosa y abominable les da en rostro, sino también los que están ya en estado de mayor perfección, libres del vinculo y obligaciones del matrimonio, pasando su vida con una humilde mesa y traje; éstos, digo, por la mayor parte, consultando a su fama y bienestar, y temiendo las asechanzas y violencias de los impíos, dejan de reprenderlos; y aunque no los teman en tanto grado que para hacer lo mismo que ellos se rindan a sus amenazas y maldades, con todo, aquellos pecados en que no tienen comunicación unos con otros, por lo común no los quieren reprender, pudiendo, quizá, con su corrección lograr la enmienda de algunos, y, cuando ésta les parece imposible, recelan que por esta acción, llena de caridad, corra peligro su crédito y Vida; no porque consideren que su fama y vida es necesaria para la utilidad y enseñanza del prójimo, sino porque se apodera de su corazón flaco la falsa idea de que son dignas, de aprecio las lisonjeras razones con que los tratan los pecadores, y que, por otra parte, apetecen vivir en concordia entre los hombres durante la breve época de su existencia; y, si alguna vez temen la critica del vulgo y el tormento de la carne o de la muerte, esto es por algunos efectos que produce la codicia en los corazones, y no por lo que se debe a la caridad.

Esta, en mi sentir, es una grave causa, porque juntamente con los malos atribula Dios a los buenos cuando quiere castigar las corrompidas costumbres con la aflicción de las penas temporales. A un mismo tiempo derrama sobre unos y otros las calamidades y los infortunios, no porque juntamente viven mal, sino porque aman la vida temporal como ellos, y estas molestias que sufren son comunes a los justos y a los pecadores, aunque no las padecen de un mismo modo; por esta causa los buenos deben despreciar esta vida caduca y de tan corta duración, para que los pecadores, reprendidos con sus saludables consejos, consigan la eterna y siempre feliz; y cuando no quieren asentir a tan santas máximas ni asociarse con los buenos para obtener el último galardón, los 'debemos sufrir y amar de corazón, porque mientras existen en esta vida mortal, es siempre problemático y dudoso si mudarán la voluntad volviéndose a su Dios y Criador.

En lo cual no sólo son muy desiguales, sino que están más expuestos a su condenación aquellos de quienes dice Dios por su Profeta: "El otro morirá, sin duda, justamente por su pecado, pero a los centinelas yo los castigaré como a sus homicidas", porque para este fin están puestas las atalayas o centinelas, esto es, los Propósitos y Prelados eclesiásticos, para que no dejen de reprender los pecados y procurar la salvación de las almas; mas no por eso estará totalmente exento de esta culpa aquel que, aunque no sea Prelado, con todo, en las

personas con quienes vive y conversa ve muchas acciones que reprender, y no lo hace por no chocar con sus índoles y genios fuertes, o por respeto a los bienes que posee lícitamente, en cuya posesión se deleita más de lo que exige la razón.

En cuanto a lo segundo, los buenos tienen que examinar otra causa, y es el por qué Dios los aflige con calamidades temporales, como lo hizo Job, y, considerada atentamente, conocerá que el Altísimo opera con admirable, probidad y por un medio tan esencial a nuestra salud, para que de este modo se conozca el hombre a sí mismo y aprenda a amar a Dios con virtud y sin interés. Examinadas atentamente estas razones, veamos si acaso ha sucedido algún trabajo a los fieles y temerosos de Dios que no se les haya convertido en bien, a no ser que pretendamos decir es vana aquella sentencia del apóstol, donde dice. "Que es infalible que a los que aman a Dios, todas las cosas, así prósperas como adversas, les son ayudas de costa para su mayor bien."

CAPITULO X

Que los Santos no pierden nada con la pérdida de las cosas temporales Si dicen que perdieron cuanto poseían, pregunto: ¿Perdieron la fe? ¿Perdieron la religión? ¿Perdieron los bienes del hombre interior, que es el rico en los ojos de Dios? Estas son las riquezas y el caudal de los cristianos, a quienes el esclarecido Apóstol de las gentes decía: "Grande riqueza es vivir en el servicio de Dios, y contentarse con lo suficiente y necesario, porque así como al nacer no metimos con nosotros cosa alguna en este mundo, así tampoco, al morir, la podremos llevar. Teniendo, pues, que comer y vestir, contentémonos con eso; porque los que procuran hacerse ricos caen en varias tentaciones y lazos, en muchos deseos, no sólo necios, sino perniciosos, que anegan a los hombres en la muerte y condenación eterna; porque la avaricia es la raíz de todos los males, y cebados en ella algunos, y siguiéndola perdieron la fe y se enredaron en muchos do- lores. Aquellos que en el saqueo de Roma perdieron los bienes de la tierra, si los poseían del modo que lo habían oído a este pobre en lo exterior, y rico en lo interior, esto es, si usaban del mundo como si no usaran de él, pudieron decir lo que Job, gravemente tentado y nunca vencido: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a la tierra.

El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; como al Señor le agradó, así se ha hecho; sea el nombre del Señor bendito", para que, en efecto, como buen siervo estimase por rica y crecida hacienda la voluntad y gracia de su Señor; enriqueciese, sirviéndole con el espíritu, y no se entristeciese ni le causase pena el dejar en vida lo que había de dejar bien presto muriendo. Pero los más débiles y flacos, que estaban adheridos con todo su corazón a estos bienes temporales, aunque no lo antepusiesen al amor de Jesucristo, vieron con dolor, perdiéndolos, cuánto pecaron estimándolos con demasiado afecto; pues tan grande fue su sentimiento en este infortunio como los dolores que padecieron, según afirma el Apóstol, y dejo referido, y así convenía que se les enseñase también con la doctrina la experiencia a los que por tanto tanto tiempo no hicieron caso de la disciplina de la palabra, pues cuando

dijo el Apóstol Pablo “que los que procuran hacerse ricos caen en varias tentaciones”, sin duda que en las riquezas no reprende la hacienda, sino la codicia.

El mismo Santo Apóstol ordena en otro lugar a su discípulo Timoteo el siguiente reglamento para que anuncie entre las gentes, y le dice: “Que mande a los que son ricos en este mundo que no se ensoberbezcan ni confíen y pongan su esperanza en la instabilidad e incertidumbre de sus riquezas, sino en Dios vivo, que es el que nos ha dado todo lo necesario para nuestro sustento y consuelo con grande abundancia; que hagan bien, y sean ricos de buenas obras y fáciles en repartir con los necesitados, y humanos en el comunicarse, atesorando para lo sucesivo un fundamento sólido para alcanzar la vida eterna. Los que así dispusieron de sus haberes recibieron un extraordinario consuelo, reparando sus pequeñas quiebras con un excesivo interés y ganancia, pues dando con espontánea voluntad lo pusieron en mejor cobro, formándose un tesoro inagotable en el cielo, sin entristecerse por la privación de la posesión de unos bienes que, retenidos, más fácilmente se hubieran menoscabado y consumido.

Estos bienes pudieron muy bien haber perecido en esta vida mortal por los fatales accidentes que ordinariamente acaecen, los cuales, en vida, pudieron poner en las manos del Señor. Los que no se separaron de los divinos consejos de Jesucristo, que por boca de San Mateo nos dice: “No queráis congregar tesoros en la tierra, adonde la polilla y el moho los corrompen, y adonde los ladrones los desentierran y hurtan, sino atesoraos los tesoros en el cielo, adonde no llega el ladrón ni la polilla lo corrompe, porque adonde estuviere vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” En el tiempo de la tribulación y de las calamidades experimentaron con cuánta discreción obraron en no haber desechado el consejo del Divino Maestro, fidelísimo y segurísimo custodio.

Pero si algunos se lisonjearon de haber tenido guardadas sus riquezas adonde por acaso sucedió que no llegase el enemigo, ¿con cuánta más certidumbre y seguridad pudieron alegrarse los que, por consejo de su Dios, transfirieron sus haberes al lugar donde de ningún modo podía penetrar todo el poder del vencedor? Y así nuestro Paulino, Obispo de Nola, que, de hombre poderoso se hizo voluntariamente pobre cuando los godos destruyeron la ciudad de Nola, una vez ya en su poder (según que luego lo supimos por él mismo) hacía oración a Dios con el mayor fervor, implorando su piedad por estas enérgicas expresiones: “Señor, no padezca yo vejaciones por el oro ni por la plata, porque Vos sabéis dónde está toda mi hacienda.” Y estas palabras manifestaban evidentemente que todos sus haberes los había depositado en donde le había aconsejado aquel gran Dios; el cual había dicho, previendo los males futuro:, que estas calamidades habían de venir al mundo, y por eso los que obedecieron a las persuasiones del Redentor, formando su tesoro principal donde y como debían, cuando los bárbaros saquearon las casas y talaron los campos no perdieron ni aun las mismas riquezas terrenas; mas aquellos a quienes pesó por no haber asentido al consejo divino dudoso del fin que tendrían sus haberes, echaron de ver ciertamente, si no ya con la ciencia del vaticinio, a lo menos con la experiencia, lo que debían haber dispuesto para asegurar perpetuamente sus bienes.

Dirán que hubo también algunos cristianos buenos que fueron atormentados por los godos sólo porque les pusiesen de manifiesto sus riquezas; con todo, éstos no pudieron entregar ni perder aquel mismo bien con que ellos eran buenos, y si tuvieron por más útil padecer

ultrajes y tormentos que manifestar y dar sus fortunas; haberes, seguramente, que no eran buenos; pero a éstos, que tanta pena sufrían por la pérdida del oro; era necesario advertirles cuánto se debía tolerar por Cristo para que aprendiesen a amar, especialmente al que se enriquece y padece por Dios, esperando la bienaventuranza, y no a la plata ni al oro, pues en apesadumbrarse por la pérdida de estos metales fuera una acción pecaminosa, ya los ocultasen mintiendo, ya los manifestasen y entregasen diciendo la verdad; porque en la fuerza de los mayores tormentos nadie perdió a Cristo ni su protección, confesando, y ninguno conservó el oro sino negando, y por eso las mismas afrentas que les daban instrucciones seguras para creer debían amar el bien incorruptible y eterno eran, quizá, de más provecho que los bienes por cuya adhesión y sin ningún fruto eran atormentados sus dueños; y si hubo algunos que, aunque nada tenían que poseer patente, cómo no los daban crédito, los molestaron con injurias y malos tratamientos, también éstos, acaso, desearían gozar grandes haberes, por cuyo afecto no eran pobres con una voluntad santa y sincera, y éste es el motivo porque - era necesario persuadirles que no era la hacienda, sino la codicia de ella la que merecia semejantes aflicciones; pero si por profesar una vida perfecta e intachable no tenían atesorado oro ni plata, no sé ciertamente si aconteció acaso a alguno de éstos que le atormentasen creyendo que tenía bienes; y, dado el caso de que así sucediese, sin duda, el que en los tormentos confesaba su pobreza, a Cristo confesaba; pero aun cuando no mereciese ser creído de los enemigos, con todo, el confesor de tan loable pobreza no pudo ser afligido sin la esperanza del premio y remuneración que le estaba preparada en el Cielo.

CAPITULO XI

Del fin de la vida temporal ya sea breve ya sea larga Mas se dirá perecieron muchos cristianos al fuerte azote del hambre, que duró por mucho tiempo, y respondo que este infortunio pudieron convertirle en utilidad propia los buenos, sufriéndole piadosa y religiosamente, porque aquellos a quienes consumió el hambre se libraron de las calamidades de esta vida, como sucede en una enfermedad corporal; y los que aún quedaron vivos, este mismo azote les suministró los documentos más eficaces no sólo para vivir con parsimonia y frugalidad, sino para ayunar por más tiempo del ordinario. Si añaden que muchos cristianos murieron también a los filos de la espada, y que otros perecieron con crueles y espantosas muertes, digo que si estas penalidades no deben apesadumbrar, es una ridiculez pensarlo así, pues ciertamente es una aflicción común a todos los que han nacido en esta vida; sin embargo, es innegable que ninguno murió que alguna vez no hubiese de morir; y el fin de la vida, así a la que es larga como a la que es corta, las iguala y hace que sean una misma cosa, ya que lo que dejó una vez de ser no es mejor ni peor, ni más largo ni más corto.

Y ¿qué importa se acabe la vida con cualquier género de muerte, si al que muere no puede obligársele a que muera segunda vez, y, siendo manifiesto que a cada uno de los mortales le están amenazando innumerables muertes en las repetidas ocasiones que cada día se ofrecen en esta vida, mientras está incierto cuál de ella le ha de sobrevenir? Pregunto si es mejor sufrir una, muriendo, o temerlas todas, viviendo. No ignoro con cuánto temor elegimos antes el vivir largos años debajo del imperio de un continuado sobresalto y amenazas de tantas muertes, que muriendo de una, no temer en adelante ninguna; pero una cosa es lo que

el sentido de la carne, como débil, rehúsa con temor, y otra lo que la razón bien ponderada y examinada convence. No debe tenerse por mala muerte aquella a que precedió buena vida, porque no hace mala a la muerte sino lo que a ésta sigue indefectiblemente; por esto los que necesariamente han de morir, no deben hacer caso de lo que les sucede en su muerte, sino del destino adonde se les fuerza marchar en muriendo. Sabiendo, pues, los cristianos, que fue mucho mejor la muerte del pobre siervo de Dios "que murió entre las lenguas de los perros que lamían sus heridas, que la del impío rico que murió entre la púrpura y la holanda", ¿de qué inconveniente pudieron ser a los muertos que vivieron bien aquellos horrendos género de muertes con que fueron despedazados?

CAPITULO XII

De la sepultura de los cuerpos humanos, la cual, aunque se les deniegue, a los cristianos no les quita nada Pero dirán que, siendo tan crecido el número de los muertos, tampoco hubo lugar espacioso para sepultarlos. Respondo que la fe de los buenos no teme sufrir este infortunio, acordándose que tiene Dios prometido que ni las bestias que los comen y consumen han de ser parte para ofender a los cuerpos que han de resucitar, "pues ni un cabello de su cabeza se les ha de perder". Tampoco dijera la misma verdad por San Mateo "No temáis a los que matan al cuerpo y no pueden mataros el alma", si fuese inconveniente para la vida futura todo cuanto los enemigos quisieran hacer de los cuerpos de los difuntos; a no ser que haya alguno tan necio que pretenda defender, no debemos temer antes de la muerte a los que matan el cuerpo, precisamente por el hecho de darle muerte, sino después de la muerte, porque no impidan la sepultura del cuerpo; luego es tanto lo que dice el mismo Cristo, que pueden matar el cuerpo y no más, si tienen facultad, para poder disponer tan absolutamente de los cuerpos muertos; pero Dios nos libre de imaginar ser incierto lo que dice la misma Verdad.

Bien confesamos que estos homicidas obran seguramente por sí cuando quitan la vida, pues cuando ejecutan la misma acción en el cuerpo hay sentido; pero muerto ya el cuerpo, nada les queda que hacer, pues ya no hay sentido alguno que pueda padecer; no obstante, es cierto que a muchos cuerpos de los cristianos no les cubrió la tierra, así como lo es que no hubo persona alguna que pudiese apartarlos del, cielo y de la tierra, la cual llena con su divina presencia. Aquel mismo que sabe cómo ha de resucitar lo que crió. Y aunque por boca de su real profeta dice: "Arrojaron los cadáveres de sus siervos para que se los comiesen las aves, y las carnes de tus Santos, las bestias de la tierra. Derramaron su sangre alrededor de Jerusalén como agua, y no había quien les diese sepultura"; mas lo dijo por exagerar la impiedad de los que lo hicieron, que no la infelicidad de los que la padecieron; porque, aunque estas acciones, a los ojos de los hombres, parezcan duras y terribles; pero a los del Señor "siempre fue preciosa la muerte de sus Santos"; y así, el disponer todas las cosas que se refieren al honor y utilidad del difunto, como son: cuidar del entierro, elegir la sepultura, preparar las exequias, funeral y pompa de ellas, más podemos caracterizarlas por consuelo de los vivos que por socorro de los muertos. Y si no, díganme qué provecho se sigue al impío de ser sepultado en un rico túmulo y que se le erija un precioso mausoleo, y les confesaré que al justo no perjudica ser sepultado en una pobre hoya o en ninguna.

Famosas exequias fueron aquellas que la turba de sus siervos consagró a la memoria de su Señor, tan impío como poderoso, adornando su yerto cuerpo con holandas y púrpura; pero más magnificas fueron a los ojos de aquel gran Dios las que se hicieron al pobre Lázaro, llagado, por ministerio de los ángeles, quienes no le enterraron en un suntuoso sepulcro de mármol, sino que depositaron su cuerpo en el seno de Abraham. Los enemigos de nuestra santa religión se burlan de esta santa doctrina, contra quienes nos hemos encargado de la defensa de la Ciudad de Dios, y, con todo observamos que tampoco sus filósofos cuidaron de la sepultura de sus difuntos; antes, por el contrario, observamos que, en repetidas ocasiones, ejércitos enteros muertos por la patria no cuidaron de elegir lugar donde, después de muertos, fuesen sepultados, y menos, de que las bestias podrían devorarlos dejándolos desamparados en los campos; por esta razón pudieron felizmente decir los poetas: “Que el cielo cubre al que no tiene losa”. Por esta misma razón no debieran baldonar a los cristianos sobre los cuerpos que quedaron sin sepultura, a quienes promete Dios la reformación de sus cuerpos, como de todos lo: miembros, renovándoselos en un momento con increíbles mejoras.

CAPITULO XIII

De la forma que tienen los Santos en sepultar los cuerpos No obstante lo que llevamos expuesto, decimos que no se deben menospreciar, ni arrojarse los cadáveres de los difuntos, especialmente los de los justos y fieles, de quienes se ha servido el, Espíritu Santo “como de unos vasos de elección e instrumentos para todas las obras buenas”; porque si los vestidos, anillos y otras alhajas de los padres, las estiman sobremanera sus hijos cuanto es mayor el respeto y afecto que les tuvieron, así también deben ser apreciados los propios cuerpos que les son aún más familiares y aún más inmediatos que ningún género de vestidura; pues éstas no son cosas que nos sirven para el adorno o defensa que exteriormente nos ponemos, sino que son parte de la misma naturaleza. Y así, vemos que los entierros de los antiguos justos se hicieron en su tiempo con mucha piedad, y que se celebraron sus exequias, y se proveyeron de sepultura, encargando en vida a sus hijos el modo con que debían sepultar o trasladar sus cuerpos. Tobías es celebrado por testimonio de un ángel de haber alcanzado la gracia y amistad de Dios ejercitando su piedad de enterrar los muertos. El mismo Señor, habiendo de resucitar al tercero día, celebró la buena obra de María Magdalena, y encargó se celebrase el haber derramado el ungüento precioso sobre Su Majestad, porque lo hizo para sepultarle; y en el Evangelio, hace honorífica mención San Juan de José de Arimatea y Nicodemus, que, bajaron de la cruz el santo cuerpo de Jesucristo, y procuraron con diligencia y reverencia amortajarle y enterrarle; sin embargo, no hemos de entender que las autoridades alegadas pretenden enseñar que hay algún sentido en los cuerpos muertos; por el contrario, nos significan que los, cuerpos de los muertos están, como todas las cosas, bajo la providencia de Dios, a quien agradan semejantes oficios de piedad, para confirmar la fe de la resurrección.

Donde también aprendemos para nuestra salud cuán grande puede ser el premio y remuneración de las limosnas que distribuimos entre los vivos indigentes, pues a Dios no se le pasa por alto ni aun el pequeño oficio de sepultar los difuntos, que ejercemos con caridad y rectitud de ánimo, nos ha de proporcionar una recompensa muy superior a nuestro mérito. También debemos observar que cuanto ordenaron los santos Patriarcas sobre los

enterramientos o traslaciones de los cuerpos quisieron lo tuviésemos presente como enunciado con espíritu profético; mas no hay causa para que nos detengamos en este punto; basta, pues, lo que va insinuado, y si las cosas que en este mundo son indispensables para sustentarse los vivos, como son comer y vestir, aunque nos falten con grave dolor nuestro, con todo, no disminuyen en los buenos la virtud de la paciencia ni destierran del corazón la piedad y religión, antes si, ejercitándola, la alientan y fecundizan en tanto grado; por lo mismo, las cosas precisas para los entierros y sepulturas de los difuntos, aun cuando faltasen, no harán míseros ni indigentes a los que están ya descansando en las moradas de los justos; y así cuando en el saco de Roma echaron de menos este beneficio los cuerpos cristianos, no fue culpa de los vivos, pues no pudieron ejecutar libremente esta obra piadosa, ni pena de los muertos, porque ya no podían sentirla.

CAPITULO XIV

Del cautiverio de los Santos, y cómo jamás les faltó el divino consuelo Sí dijesen que muchos cristianos fueron llevados en cautiverio, confieso que fue infortunio grande si, por acaso, los condujeron donde no hallasen a su Dios; mas, para templar esta calamidad, tenemos también en las sagradas letras grandes consuelos. Cautivos estuvieron los tres jóvenes, cautivo estuvo Daniel y otros profetas, y no les faltó Dios para su consuelo. Del mismo modo, tampoco desamparó a sus fieles en el tiempo de la tiranía y de la opresión de gente, aunque bárbara, humana, el mismo que no desamparó a su profeta ni aun en el vientre de la ballena. A pesar de la certeza de estos hechos, los incrédulos a quienes instruimos en estas saludables máximas intentan desacreditarlas, negándolas la fe que merecen, y, con todo, en sus falsos escritos creen que Arión Metimneo, famoso músico de cítara, habiéndose arrojado al mar, le recibió en sus espaldas un delfín y le sacó a tierra; pero replicarán que el suceso de Jonás es más increíble, y, sin duda, puede decirse que es más increíble, porque es más admirable, y más admirable, porque es más poderoso.

CAPITULO XV

De Régulo, en quien hay un ejemplo de que se debe sufrir el cautiverio aun voluntariamente por la religión, lo que no pudo aprovecharle por adorar a los dioses Los contrarios de nuestra religión tienen entre sus varones insignes un noble ejemplo de cómo debe sufrirse voluntariamente el cautiverio por causa de la religión. Marco Atilio Régulo, general del ejército romano, fue prisionero de los cartagineses, quienes teniendo por más interesante que los romanos les restituyesen los prisioneros, que ellos tenían que conservar los suyos, para tratar de este asunto enviaron a Roma a Régulo en compañía de sus embajadores, tomándole ante todas cosas juramento de qué si no se concluía favorablemente lo que pretendía la República, se volvería a Cartago. Vino a Roma Régulo, y en el Senado persuadió lo contrario, pareciéndole no convenía a los intereses de la República romana el trocar los prisioneros.

Concluido este negocio, ninguno de los suyos le forzó a que volviese a poder de sus enemigos; pero no por eso dejó Régulo de cumplir su juramento. Llegado que fue a Cartago, y dada puntual razón de la resolución del Senado, resentidos los cartagineses, con exquisitos y horribles tormentos le quitaron la vida, porque metiéndole en un estrecho

madero, donde por fuerza estuviese en pie, habiendo clavado en él por todas partes agudísimos puntas, de modo que no pudiese inclinarse a ningún lado sin que gravemente se lastimase, le mataron entre los demás tormentos con no dejarle morir naturalmente. Con razón, pues, celebran la virtud, que fue mayor que la desventura, con ser tan grande; pero, sin embargo estos males le vaticinaban ya el juramento que había hecho por los dioses, quienes absolutamente prohibían ejecutar tales atrocidades en el género humano, como sostienen sus adoradores. Mas ahora pregunto: si esas falsas deidades, que eran reverenciadas de los hombres para que los hiciesen prósperos en la vida presente, quisieron o permitieron que al mismo que juró la verdad se le diesen tormentos tan acerbos, ¿qué providencia más dura pudieran tomar cuando estuvieran enojados con un perjuro? ,Pero, por cuanto creo que con este solo argumento no concluiré ni dejaré convencido lo uno ni lo otro, continúo así.

Es cierto que Régulo adoró y dio culto a los dioses, de modo que por la fe del juramento ni se quedó en su patria ni se retiró a otra parte, sino que quiso volverse a la prisión, donde había de ser maltratado de sus crueles enemigos; si pensó que esta acción tan heroica le importaba para esta vida, cuyo horrendo fin experimentó en sí mismo, sin duda, se engañaba; porque con su ejemplo nos dio un prudente documento de que los dioses nada contribuían para su felicidad temporal, pues adorándolos Régulo fue, sin embargo, vencido y preso, y porque no quiso hacer otra cosa, sino que cumplir exactamente lo que había jurado por los, falsos dioses, murió atormentado con un nuevo nunca visto y horrible género de muerte; pero si la religión de los dioses da después de esta vida la felicidad, como por premio, ¿por qué calumnian a los tiempos cristianos, diciendo que le vino a Roma aquella calamidad por haber dejado la religión de sus dioses? ¿Pues, acaso, reverenciándoles con tanto respeto, pudo ser tan infeliz como lo fue Régulo? Puede que acaso haya alguno que contra una verdad tan palpable se oponga todavía con tanto furor y extraordinaria ceguedad, que se atreva a defender que, generalmente, toda una ciudad que tributa culto a los dioses no puede serlo, porque de estos dioses es más a propósito el poder para conservar a muchos que a cada uno en particular, ya que la multitud consta de los particulares.

Si confiesan que Régulo, en su cautiverio y corporales tormentos, pudo ser dichoso por la virtud del alma, búsquese antes la verdadera virtud con que pueda ser también feliz la ciudad, ya que la ciudad no es dichosa por una cosa y el hombre por otra, pues la ciudad no es otra cosa que muchos hombres unidos en sociedad para defender mutuamente sus derechos. No disputo aquí cuál fue la virtud de Régulo; basta por ahora decir que este famoso ejemplo les hace confesar, aunque no quieran, que no deben adorarse los dioses por los bienes corporales o por los acaecimientos que exteriormente sucedan al hombre, puesto que el mismo Régulo quiso más carecer de tantas dichas que ofender a los dioses por quienes había jurado. ¿Pero, qué haremos con unos hombres que se glorían de que tuvieron tal ciudadano cual temen que no sea su ciudad, y si no temen, confiesan de buena fe que casi lo mismo que sucedió a Régulo pudo suceder a la ciudad, observando su culto y religión con tanta exactitud como él, y dejen de calumniar los tiempos cristianos?

Mas por cuanto la disputa empezó sobre los cristianos, que igualmente fueron conducidos a la prisión y al cautiverio, dense cuenta de este suceso y enmudezcan los que por esta ocasión, con desenvoltura e imprudencia, se burlan de la verdadera religión; porque si fue ignominia de sus dioses que el que más se esmeraba en su servicio por guardarles la fe del

juramento creciese de su patria, no teniendo otra; y que, cautivo en poder de sus enemigos, muriese con una prolija muerte y nuevo género de crueldad, mucho menos debe ser reprendido el nombre cristiano por la cautividad de los suyos, pues viviendo con la verdadera esperanza de conseguir la perpetua posesión de la patria celestial, aun en sus propias tierras saben que son peregrinos.

CAPITULO XVI

SI las violencias que quizá padecieron las santas doncellas en su cautiverio pudieron contaminar la virtud del ánimo sin el consentimiento de la voluntad Piensan seguramente que ponen un crimen enorme a los cristianos cuando, exagerando su cautiverio, añaden también que se cometieron impurezas, no sólo en las casadas y doncellas, sino también en las monjas, aunque en este punto ni la fe, ni la piedad, ni la misma virtud que se apellida castidad, sino nuestro frágil discurso es el que, entre el pudor y la razón, se, halla como en caos de confusiones o en un aprieto, del que no puede evadirse sin peligro; mas en esta materia no cuidamos tanto de contestar a los extraños como de consolar a los nuestros. En cuanto a lo primero, sea, pues, fundamento fijo, sólido e incontestable, que la virtud con que vivimos rectamente desde el alcázar del alma ejerce su imperio sobre los miembros del cuerpo, y que éste se hace santo con el uso y medio de una voluntad santa, y estando ella incorrupta y firme, cualquiera cosa que otro hiciere del cuerpo o en el cuerpo que sin pecado propio no se pueda evitar, es sin culpa del que padece, y por cuanto no sólo se pueden cometer en un cuerpo ajeno acciones que causen dolor, sino también gusto sensual, lo que así se cometió, aunque no quita la honestidad, que con ánimo constante se conservé, con todo causa pudor para que así no se crea que se perpetró con anuencia de la voluntad lo que acaso no pudo ejecutarse sin algún deleite carnal; y por este motivo, ¿qué humano afecto habrá que no excuse o perdone a las que se dieron muerte por no sufrir esta calamidad? Pero respecto de las otras que no se mataron por librarse con su muerte de un pecado ajeno, cualesquiera que les acuse de este defecto, si le padecieron, no se excusa de ser reputado por necio.

CAPITULO XVII

De la muerte voluntaria por miedo de la pena o deshonra Si a ninguno de los hombres es lícito matar a otro de propia autoridad, aunque verdaderamente sea culpado, porque ni la ley divina ni la humana nos da facultad para quitarle la vida; sin duda que el que se mata a sí mismo también es homicida, haciéndose tanto más culpado cuando se dio muerte, cuanta menos razón tuvo para matarse; porque si justamente abominamos de la acción de Judas y la misma verdad condena su deliberación, pues con ahorcarse más acrecentó que satisfizo el crimen de su traición (ya que, desesperado ya de la divina misericordia y pesaroso de su pecado, no dio lugar a arrepentirse y hacer una saludable penitencia", ¿cuánto más debe abstenerse de quitarse la vida el que con muerte tan infeliz nada tiene en sí que castigar? Y en esto hay notable diferencia, porque Judas, cuando se dio muerte, la dio a un hombre malvado, y, con todo, acabó esta vida no sólo culpado en la muerte del Redentor, sino en la suya propia, pues aunque se mató por un pecado suyo, en su muerte hizo otro pecado.

CAPITULO XVIII

De la torpeza ajena y violenta que padece en su forzado cuerpo una persona contra su voluntad Pregunto, pues, ¿por qué el hombre, que a nadie ofende ni hace mal, ha de hacerse mal a sí propio y quitándose la vida ha de matar a un hombre sin culpa, por no sufrir la culpa de otro, cometiendo contra sí un pecado propio, porque no. se cometa en él el ajeno? Dirán: porque teme ser manchado con ajena torpeza; pero siendo, como es, la honestidad una virtud del alma, y teniendo, como tiene, por compañera la fortaleza, con la cual puede resolver el padecer ante cualesquiera aflicciones que consentir en un solo pecado, y no estando, como no está, en la mano y facultad del hombre más magnánimo y honesto lo que puede suceder de su cuerpo, sino sólo el consentir con la voluntad o disentir, ¿quién habrá que tenga entendimiento sano que juzgue que pierde su honestidad, si acaso en su cautivo y violentado cuerpo se saciase la sensualidad ajena?

Porque si de este modo se pierde la honestidad, no será virtud del alma ni será de los bienes con que se vive virtuosamente, sino será de lo: bienes del cuerpo, como son las fuerzas, la hermosura, la complexión sana y otras cualidades semejantes, las cuales dotes, aunque decaigan en nosotros, de ninguna manera nos acortan la vida buena y virtuosa; y si la honestidad corresponde a al- guna de estas prendas tan estimadas, ¿por qué procuramos, aun con riesgo del cuerpo, que no se nos pierda? Pero si toca a los bienes del alma, aunque sea forzado y padezca el cuerpo, no por eso se pierde; antes bien, siempre que la santa continencia no se rinda a las impurezas de la carnal concupiscencia, santifica también el mismo cuerpo. Por tanto, cuando con invencible propósito persevera en no rendirse, tampoco se pierde la castidad del mismo cuerpo, porque está constante la voluntad en usar bien y santamente de él, y cuanto consiste en él, también la facultad.

El cuerpo no es santo porque sus miembros estén íntegros o exentos de tocamientos torpes, pues pueden, por diversos accidentes, siendo heridos, padecer fuerza, y a veces observamos que los médicos, haciendo sus curaciones, ejecutan en los remedios que causan horror. Una partera examinando con la mano la virginidad de una doncella, lo fuese por odio o por ignorancia en su profesión, o por acaso, andándola registrando, la echó a perder y dejó inútil; no creo por eso que haya alguno tan necio que presuma que perdió la doncella por esta acción la santidad de su cuerpo, aunque perdiese la integridad de la parte lacerada; y así cuando permanece firme el propósito de la voluntad por el cual merece ser santificado el cuerpo, tampoco la violencia de ajena sensualidad le quita al mismo cuerpo la santidad que conserva in violable la perseverancia en su continencia. Pregunto: si una mujer fuese con voluntad depravada, y trocado el propósito que había hecho a Dios a que la deshonrase uno que la había seducido y engañado, antes que llegue al paraje designado, mientras va aún caminando, ¿diremos que es ésta santa en el cuerpo, habiendo ya perdido la santidad del alma con que se santificaba el cuerpo? Dios nos libre de semejante error. De esta doctrina debemos deducir que, así como se pierde la santidad del cuerpo, perdida ya la del alma, aunque el cuerpo quede íntegro e intacto, así tampoco se pierde la santidad del cuerpo quedando entera la santidad del alma, no obstante de que el cuerpo padezca violencia; por lo cual, si una mujer que fuese forzada violentamente sin consentimiento suyo, y padeció menoscabo en su cuerpo con pecado ajeno, no tiene que castigar en sí, matándose

voluntariamente, ¿cuánto más antes que nada suceda, porque no venga a cometer un homicidio cierto, estando el mismo pecado, aunque ajeno, todavía incierto?

Por ventura, ¿se atreverán a contradecir a esta razón tan evidente con que probamos que cuando se violenta un cuerpo, sin haber habido mutación en el propósito de la castidad, consintiendo en el pecado, es sólo culpa de aquel que conoce por fuerza a la mujer, y no de la que es forzada y de ningún modo consiente con quien la conoce? ¿Tendrán atrevimiento, digo, a contradecir estas reflexiones aquellos contra quienes defendemos que no sólo las conciencias, sino también los cuerpos de las mujeres cristianas que padecieron fuerza en el cautiverio fueron inculpables y santos?

CAPITULO XIX

De Lucrecia, que se mató por haber sido forzada Celebran y ensalzan los antiguos con repetidas alabanzas a Lucrecia, ilustre romana, por su honestidad y haber padecido la afrenta de ser forzada por el hijo del rey Tarquino el Soberbio. Luego que salió de tan apretado lance, descubrió la insolencia de Sexto a su marido Colatino y a su deudo Junio Bruto, varones esclarecidos por su linaje y valor, empeñándolos en la venganza; pero, impaciente y dolorosa de la torpeza cometida en su persona, se quitó al punto la vida. A vista de este lamentable suceso, ¿qué diremos? ¿En qué concepto hemos de tener a Lucrecia, en el de casta o en el de adúltera? Pero quién hay que repare en esta controversia? A este propósito, con verdad y elegancia, dijo un célebre político en una declaración: “Maravillosa cosa; dos fueron, y uno sólo cometió el adulterio; caso estupendo, pero cierto.” Porque, dando a entender que en esta acción en el uno había habido un apetito torpe y en la otra una voluntad casta, y atendiendo a lo que resultó, no de la unión de los miembros, sino de la diversidad de los ánimos; dos, dice, fueron, y uno sólo cometió el adulterio. Pero ¿qué novedad es ésta que veo castigada con mayor rigor a la que no cometió el adulterio?.

A Sexto, que es el causante, le destierran de su patria juntamente con su padre, y a Lucrecia la veo acabar su inocente vida con la pena más acerba que prescribe la ley: si no es deshonesta la que padece forzada, tampoco es justa la que castiga a la honesta. A vosotros apelo, leyes y magistrados romanos, pues aun después, de cometidos los delitos jamás permitisteis matar libremente a un facineroso sin formarle primero proceso, ventilar su causa por los trámites del Derecho y condenarle luego; si alguno presentase esta causa en vuestro tribunal y os constase por legítimas pruebas que habían muerto a una señora, no sólo sin oírla ni condenarla, sino también siendo casta e inocente, pregunto: ¿no castigaríais semejante delito con el rigor y severidad que merece?.

Esto hizo aquella celebrada Lucrecia: a la inocente, casta y forzada Lucrecia la mató la misma Lucrecia; sentenciadlo vosotros, y si os excusáis diciendo no podéis ejecutarlo porque no está presente para poderla castigar, ¿por qué razón a la misma que mató a una mujer casta e inocente la celebráis con tantas alabanzas? Aunque a presencia de los jueces infernales, cuales comúnmente nos los fingen vuestros poetas, de ningún modo podéis defenderla estando ya condenada entre aquellos que con su propia mano, sin culpa, se dieron muerte, y, aburridos de su vida, fueron pródigos de sus almas a quien. deseando

volver acá no la dejan ya las irrevocables leyes y la odiosa laguna con sus tristes ondas la detiene; por ventura, ¿no está allí porque se mató, no inocentemente, sino porque la remordió la conciencia? ¿Qué sabemos lo que ella solamente pudo saber, si llevada de su deleite consintió con Sexto que la violentaba, y, arrepentida de la fealdad de esta acción, tuvo tanto sentimiento que creyese no podía satisfacer tan horrendo crimen sino con su muerte? Pero ni aun así debía matarse, si podía acaso hacer alguna penitencia que la aprovechase delante de sus dioses.

Con todo, si por fortuna es así, y fue falsa la conjetura de que dos fueron en el acto y uno sólo el que cometió el adulterio, cuando, por el contrario, se presumía que ambos lo perpetraron, el uno con evidente fuerza y la otra con interior consentimiento, en este caso Lucrecia no se mató inocente ni exenta de culpa, y por este motivo los que defienden su causa podrán decir que no está en los infiernos entre aquellos que sin culpa se dieron la muerte con sus propias manos; pero de tal modo se estrecha por ambos extremos el argumento, que si se excusa el homicidio se confirma el adulterio, y si se purga éste se le acumula aquél; por fin, no es dable dar fácil solución a este dilema: si es adúltera, ¿por qué la alaban?, y si es honesta, ¿por qué la matan? Mas respecto de nosotros, éste es un ilustre ejemplo para convencer a los que, ajenos de imaginar con rectitud, se burlan de las cristianas que fueron violadas en su cautiverio, y para nuestro consuelo bastan los dignos loores con que otros han ensalzado a Lucrecia, repitiendo que dos fueron y uno cometió el adulterio, porque todo el pueblo romano quiso mejor creer que en Lucrecia no hubo consentimiento que denigrase su honor, que persuadirse que accedió sin constancia a un crimen tan grave. Así es que el haberse quitado la vida por sus propias manos no fue porque fuese adúltera, aunque lo padeció inculpablemente; ni por amor a la castidad, sino por flaqueza y temor de la vergüenza.

Tuvo, pues, vergüenza de la torpeza ajena que se había cometido en ella, aunque no con ella, y siendo como era mujer romana, ilustre por sangre y ambiciosa de honores, temió creyese él vulgo que la violencia que había sufrido en vida había sido con voluntad suya; por esto quiso poner a los ojos de los hombres aquella pena con que se castigó, para que fuese testigo de su voluntad ante aquellos a quienes no podía manifestar su conciencia. Tuvo, pues, un pudor inimitable y un justo recelo de que alguno presumiese había sido cómplice en el delito, si la injuria que Sexto había cometido torpemente en su persona la sufriese con paciencia. Mas no lo practicaron así las mujeres cristianas, que habiendo tolerado igual desventura aun viven; pero tampoco vengaron en si el pecado ajeno, por no añadir a las culpas ajenas las propias, como lo hicieran, si porque el enemigo con brutal apetito sació en ellas sus torpes deseos, ellas precisamente por el pudor público fueran homicidas de sí mismas.

Es que tenían dentro de sí mismas la gloria de su honestidad, el testimonio de su conciencia, que ponen delante de los ojos de su Dios, y no desean más cuando obran con rectitud ni pretenden otra cosa por no apartarse de la autoridad de la ley divina, aunque a veces se expongan a las sospechas humanas.

CAPITULO XX

Que no hay autoridad que permita en ningún caso a los cristianos el quitarse a sí propios la vida Por eso, no sin motivo, vemos que en ninguno de los libros santos y canónicos se dice que Dios nos mande o permita que nos demos la muerte a nosotros propios, ni aun por conseguir la inmortalidad, ni por excusarnos o libertarnos de cualquiera calamidad o desventura.

Debemos asimismo entender que nos comprende a nosotros la ley, cuando dice Dios, por boca de Moisés: "no matarás", porque no añadió a tu prójimo, así como cuando nos vedó decir falso testimonio, añadió: "no dirás falso testimonio contra tu prójimo"; mas no por eso, si alguno dijere falso testimonio contra sí mismo, ha de pensar que se excusa de este pecado, porque la regla de amar al prójimo la tomó el mismo autor del amor de si mismo, pues dice la Escritura: "amarás a tu prójimo como a ti mismo", y si no menos incurre en la culpa de un falso testimonio el que contra sí propio le dice que si le dijera contra su prójimo, aunque en el precepto donde se prohíbe el falso testimonio se prohíbe específicamente contra el prójimo, y acaso puede figurárseles a los que no lo entienden bien que no está vedado que uno le diga contra sí mismo; cuánto más se debe entender que no es licito al hombre el matarse a sí mismo, pues donde dice la Escritura "no matarás", aunque después no añada otra particularidad, se entiende que a ninguno exceptúa, ni aun al mismo a quien se lo manda. Por este motivo hay algunos que quieren extender este precepto a las bestias, de modo que no podemos matar ninguna de ellas; pero si esto es cierto en su hipótesis, ¿por qué no incluyen las hierbas y todo que por la raíz se sustenta y planta en la tierra?.

Pues todos estos vegetales, aunque no sientan, con todo se dice que viven y, por consiguiente, pueden morir; así pues, siempre que las hicieren fuerza las podrán matar, en comprobación de esta doctrina, el apóstol de las gentes, hablando de semejantes semillas dice: "Lo que tú siembras no se vivifica si no muere primero"; y el salmista dijo: "matóles sus vidas con granizo". Y acaso cuando nos mandan no matarás", ¿diremos que es pecado arrancar una planta? Y si así lo concediésemos, ¿no caeríamos en el error de los maniqueos? Dejando, pues, a un lado estos dislates, cuando dice "no matarás", debemos comprender que esto no pudo decirse de las plantas, porque en ellas no hay sentido; ni de los irracionales, como son: aves, peces, brutos y reptiles, porque carecen de entendimiento para comunicarse con nosotros; y así, por justa disposición del Criador, su vida y muerte está sujeta a nuestras necesidades y voluntad. Resta, Pues, que entendamos lo que Dios prescribe respecto al hombre: dice "no matarás", es decir, a otro hombre; luego ni a ti propio, porque el que se mata a sí no mata a otro que a un hombre.

CAPITULO XXI

De las muertes de hombres en que no hay homicidio A pesar de lo arriba dicho, el mismo legislador que así lo mandó expresamente señaló varias excepciones, como son, siempre que Dios expresamente mandase quitar la vida a un hombre, ya sea prescribiéndolo por medio de alguna ley o previniéndolo en términos claros, en cuyo caso no mata quien presta su ministerio obedeciendo al que manda, así como la espada es instrumento del que la usa; por consiguiente, no violan este precepto, "no matarás", los que por orden de Dios declararon guerras o representando la potestad pública y obrando según el imperio de la

justicia castigaron a los facinerosos y perversos quitándoles la vida. Por esta causa, Abraham, estando resuelto a sacrificar al hijo único que tenía, no solamente no fue notado de crueldad, sino que fue ensalzado y alabado por su piedad para con Dios, pues aunque, cumpliendo el mandato divino, determinó quitar la vida a Isaac, no efectuó esta acción por ejecutar un hecho pecaminoso, sino por obedecer a los preceptos de Dios, y éste es el motivo porque se duda, con razón, si se debe tener por mandamiento expreso de Dios lo que ejecutó Jepté matando a su hija cuando salió al encuentro para darle el parabién de su victoria, en conformidad con el voto solemne que había hecho de sacrificar a Dios el primero que saliese a recibirle cuando volviese victorioso.

Y la muerte de Sansón no por otra causa se justifica cuando justamente con los enemigos quiso perecer bajo las ruinas del templo, sino porque secretamente se lo había inspirado el espíritu de Dios, por cuyo medio hizo acciones milagrosas que causan admiración. Exceptuados, pues, estos casos y personas a quienes el Omnipotente manda matar expresamente o la ley que justifica este hecho y presta su autoridad, cualquiera otro que quitase la vida a un hombre, ya sea a sí mismo, ya a otro, incurre en el crimen de homicidio.

CAPITULO XXII

Que en, ningún caso puede llamarse a la muerte voluntaria grandeza de ánimo Todos los que han ejecutado en sus personas muerte voluntaria podrán ser, acaso, dignos de admiración por su grandeza de ánimo, mas no alabados por cuerdos y sabios; aunque si con exactitud consultásemos a la razón (móvil de nuestras acciones), advertiríamos no debe llamarse grandeza de ánimo cuando uno, no pudiendo sufrir algunas adversidades o pecados de otros, se mata a sí mismo porque en este caso muestra más claramente su flaqueza, no pudiendo tolerar la dura servidumbre de su cuerpo o la necia opinión del vulgo; pero si deberá tenerse por grandeza de ánimo la de aquel que sabe soportar las penalidades de la vida y no huye de ellas, como la del que sabe despreciar las ilusiones del juicio humano, particularmente las del vulgo, cuya mayor parte está generalmente impregnada de errores, si atendemos a las máximas que dicta la luz y la pureza de una conciencia sana.

Y si se cree que es una acción capaz de realizar la grandeza de ánimo de un corazón constante el matarse a sí mismo, sin duda que Cleombroto es singular en esta constancia, pues de él refieren que, habiendo leído el libro de Platón donde trata de la inmortalidad del alma, se arrojó de un muro, y de este modo pasó de la vida presente a la futura, teniéndola por la más dichosa, ya que no le había obligado ninguna calamidad ni culpa verdadera o falsa a matarse por no po- derla sufrir y sólo su grandeza de ánimo fue la que excitó su constancia a romper los suaves lazos de la vida con que se hallaba aprisionado; pero de que cita acción fue temeraria y no efecto de admirable fortaleza, pudo desengañarle el mismo Platón, quien seguramente se hubiera muerto a sí mismo y mandado a los hombres lo ejecutasen así, si reflexionando sobre la inmortalidad del alma, no creyera que semejante despecho no solamente no debía practicarse, sino que debía prohibirse.

CAPITULO XXIII

Sobre el concepto que debe formarse del ejemplo de Catón, que, no pudiendo sufrir la victoria de César, se mató Dirán que muchos se mataron por no venir en poder de sus enemigos; pero, por ahora, no disputamos si se hizo, sino si se debió hacer, en atención a que, en iguales circunstancias, a los ejemplos debemos anteponer la razón con quien concuerdan éstos, y no cualesquiera de ellos, sino los que son tanto más dignos de imitar cuanto son más excelentes en piedad. No lo hicieron ni los patriarcas, ni los profetas, ni los apóstoles hicieron esto.

El mismo Cristo Señor Nuestro, cuando aconsejó a sus discípulos que siempre que padeciesen persecución huyesen de una ciudad a otra, les pudo decir que se quitasen la vida para no venir a manos de sus perseguidores; y si el Redentor no mandó ni aconsejó que de este modo saliesen los apóstoles de esta vida miserable (a quienes en muriendo, prometió tenerles preparadas las moradas eternas), aunque nos opongan los gentiles cuantos ejemplares quieran, es manifiesto que semejante atentado no es lícito a los que adoran a un Dios verdadero; no obstante que las naciones que no conocieron a Dios, a excepción de Lucrecia, no hallan otros personajes con cuyo ejemplo puedan eludir nuestra doctrina sólo Catón, precisamente porque fuese quien ejecutó en sí este crimen, fue reputado entre los hombres por bien y docto.

Y éste es el motivo que puede hacer creer a algunos que cuando Catón tomó esta deliberación, podía hacerse, o que él tenía facultad para ejecutarlo cuando lo puso en práctica: Pero de un hecho tan temerario, ¿qué podré yo decir sino que algunas personas doctas, amigos suyos, que con más cordura le disuadían de su determinación, consideración esta acción como hija de un espíritu débil y no de un corazón fuerte? Pues por ella venía a manifestar, no la virtud que huye de las acciones torpes, sino la flaqueza que no puede sufrir las adversidades, lo cual dio a entender el mismo Catón en la persona de su hijo; porque si era cosa vergonzosa vivir bajo los triunfos y protección de César, como lo aconsejaba a su hijo, a quien persuadió tuviese confianza, que alcanzaría de la benignidad de César cuanto le pidiese, ¿por qué no le excitó a que, imitando su ejemplo, se matase con él?.

Si Torcuato, loablemente, quita la vida a su hijo, que contra su orden presentó la batalla al enemigo, no obstante de quedar vencedor, ¿por qué Catón vencido perdona a su hijo vencido, no habiéndose perdonado a sí propio? ¿Por ventura era acaso acción más humillante ser vencedor contra el mandato que contra el decoro de sufrir al vencedor? Luego Catón no tuvo por ignominioso vivir bajo la tutela de César vencedor; pues si hubiera sentido lo contrario, con su propia espada libertaría a su hijo de esta deshonra. ¿Y cuál pudo ser el motivo de esta persuasión paterna? Sin duda no fue otro tan singular como fue el amor que tuvo a su hijo, a quien quiso que César perdonase; tanta fue la envidia que tuvo de la gloria del mismo César, porque no llegase el caso de ser perdonado de éste, como refieren que lo dijo César, o para expresarlo con más suavidad, tanta fue la vergüenza de hacerse prisionero de su enemigo.

CAPITULO XXIV

Que 'en la virtud en que Régulo superó a ,Catón se aventajan, mucho más los cristianos Los incrédulos, contra cuyas opiniones disputamos, no quieren que antepongamos a Catón, un varón tan santo como fue Job, que quiso más padecer en su cuerpo horribles y pestíferos males, que, con darse muerte, carecer de todos aquellos tormentos, o a otros santos que, por el irrefragable testimonio de nuestros libros, tan autorizados como dignos de fe, consta quisieron más sufrir el cautiverio de sus enemigos que darse a sí propios la muerte.

Con todo, por lo que resulta de los libros de estos fanáticos, a M. Catón podemos preferir Marco Régulo, en atención a que Catón jamás venció en campal batalla a César, siendo así que César había vencido a Catón, el cual, viéndose vencido, no quiso postrar su orgullosa cerviz sujetándose a su albedrío, y por no rendirse quiso más matarse a si propio; pero Régulo había ya batido y vencido varias veces a los cartagineses, y siendo aún general, había alcanzado para el Imperio romano una señalada victoria, no lastimosa para sus mismos ciudadanos, sino célebre por ser de sus enemigos; y, con todo, vencido al fin por los africanos, quiso más sufrir sus injurias sirviendo como esclavo que huir de la esclavitud dándose la muerte; y así, bajo el yugo de los cartagineses, mostró paciencia, y en el amor a su patria constancia, no privando a los enemigos de un cuerpo ya vencido, ni a sus ciudadanos de un ánimo invencible.
Jamás tuvo la idea de quitarse la vida por insufribles que fuesen sus calamidades, y esto lo hizo por el deseo de conservar la vida; cuya presunción ratificó cuando, en virtud del juramento referido, volvió sin recelo al poder de sus contrarios, a quienes había causado en el Senado mayor perjuicio con sus raciocinios y dictamen que en campaña con su acreditado valor y temibles ejércitos. Así, pues, un tan gran menospreciador de la vida presente, que quiso más terminar su carrera entre enemigos crueles, padeciendo toda suerte de desdichas, que darse por sí mismo la muerte, sin duda que tuvo por horrendo crimen que el hombre a sí mismo se quite la vida.

Entre todos sus varones insignes en virtud, armas y letras, no hacen alarde los romanos de otro mejor que de Régulo, a quien ni la felicidad le perdió; pues con tantas victorias murió pobre, ni la infelicidad quebrantó su constante ánimo, puesto que volvió sin temor a una servidumbre tan fiera, sólo por atender la felicidad de su patria; y si tales hombres, acérrimos defensores de Roma y de sus dioses (a quienes adoraban con el mayor respeto, observando religiosamente los juramentos que por ellos hacían), pudieron quitar la vida a sus enemigos, atendiendo el derecho de la guerra, éstos, ya que la veían conservada por la piedad del vencedor, no quisieron matarse a sí propios; pues no temiendo los horrores de la muerte, tuvieron por más acertado sufrir el yugo de sus señores que tomársela por sus propias manos.

A vista de tales ejemplos, ¿con cuánta mayor razón los cristianos, que adoran a un Dios verdadero y aspiran a la patria celestial, deben guardarse de cometer este pecado, siempre que la Divina Providencia los sujete al imperio de sus enemigos, ya para probar la rectitud de su corazón, ya para su corrección? Pues es indudable que en tal calamidad no los desampara aquel gran Dios, que, siendo el Señor de los señores, vino en traje tan humilde a

este mundo, para enseñarnos con su ejemplo a practicar la humildad, por lo cual, aquellos mismos a quienes ninguna ley, derecho militar ni práctica autoriza para atar al enemigo vencido, deben ser más cuidadosos en conservar vidas y no quebrantar las divinas sanciones.

CAPITULO XXV

Que no se debe evitar un pecado con otro pecado ¿Qué error tan craso es el que se apodera de nuestra imaginación cuando llega a persuadir al hombre se mate a sí mismo, ya sea porque su enemigo pecó contra él, o por que no peque cuando no se atreve a matar al mismo enemigo que peca o ha de pecar? Dirán que se debe temer que el cuerpo, sujeto al apetito sensual del enemigo, convide y atraiga con él demasiado regaló al alma a consentir en el pecado; y por eso añaden que debe matarse uno a sí mismo, no ya por el pecado ajeno, sino por el suyo propio antes que le cometa; pero de ningún modo consentirá en tal flaqueza un alma que acceda al apetito carnal, irritada con el torpe deseo de otro; un alma, digo, que está más sujeta a Dios y a su admirable sabiduría que el apetito corporal; y si es una acción detestable y una maldad abominable el matarse el hombre a sí mismo, como la misma verdad nos lo predica, ¿quién será tan necio que diga: pequemos ahora para que no pequemos después; cometamos ahora el homicidio, no sea que después caigamos en adulterio? Pregunto: si dado caso que domine en nuestros corazones con tanto despotismo la maldad, que no escojamos ni echemos mano de la inocencia, sino de los pecados, ¿no será mejor el adulterio incierto futuro que el homicidio cierto de presente? ¿No sería menos culpable cometer un pecado que se pueda restaurar con la penitencia que cometer otro en que no se deja tiempo para hacerla?.

Esto he dicho por aquellos que por evitar el pecado, no ajeno, sino propio (no sea que a causa del ajeno apetito vengan a consentir también con el propio irritado), piensan que deben hacerse fuerza a sí y matarse. Pero líbrenos Dios que el alma cristiana que confía en su Dios, teniendo puesta en él su esperanza y estribando en su favor y ayuda, caiga, se rinda y ceda a un deleite carnal para consentir en una torpeza, aumentando un delito con otro delito. Y si la resistencia carnal, que había aun en los miembros moribundos, se mueve como por un privilegio suyo contra el de nuestra voluntad, cuánto más será (sin mediar culpa) en el cuerpo del que no consiente, si se halla (sin culpa) en el cuerpo del que duerme.

CAPITULO XXVI

Cuando vemos que los Santos hicieron cosas que, no son lícitas, ¿cómo debemos creer que las hicieron? Pero instarán diciendo que algunas santas mujeres, en tiempo de la persecución, por librarse de los bárbaros que perseguían su honestidad, se arrojaron en los ríos, cuyas arrebatadas aguas habían de ahogarlas, precisamente, y que de esto murieron, a las que, sin embargo, la Iglesia celebra con particular veneración en sus martirologios. De éstas no me atreveré a afirmar cosa alguna sin preceder un juicio muy circunstanciado, porque ignoro si el Espíritu Santo persuadió a la Iglesia con testimonios fidedignos a que celebrase su memoria; y puede ser que sea así. ¿Y quién podrá averiguar si estas heroínas lo hicieron no seducidas de la humana ignorancia, sino inspiradas por alguna revelación

divina, y no errando, sino obedeciendo a los altos e inescrutables decretos del Criador? Así como de Sansón no es justo que creamos otra cosa, sino lo que nos dice la Escritura y exponen los Santos Padres; y cuando Dios así lo prescribe, ¿quién osará poner tacha en tal obediencia? ¿Quién criticará una obra piadosa?.

Pero no por eso obrará bien quien se determinare a sacrificar su hijo a Dios, movido de que Abraham lo hizo, y que de esta acción le resultó una gloria incomparable y su justificación; porque también el soldado, cuando, obedeciendo a su capitán, a quien inmediatamente está sujeto, mata a un hombre, por ninguna ley civil incurre en la culpa de homicida; antes, por el contrario, si no obedece a la voz de su jefe, incurre en la pena de los transgresores de las leyes militares, y si lo ejecutase por su propia autoridad y sin mandato, incurrirá en la culpa de haber derramado sangre humana; así pues, por la misma razón que le castigarán si lo ejecuta sin ser mandado, por la misma le castigarán si no lo hiciera mandándoselo; y si esto sucede cuando lo manda un general, ¿con cuánta más razón si así lo prescribiese el Criador? El que oye que no es lícito matarse, hágalo si así se lo previene Aquel cuyo mandamiento no se puede traspasar, pero atienda con el mayor cuidado si el divino mandato vacila en alguna incertidumbre.

Nosotros, por lo que oímos, examinamos la conciencia, mas no nos usurpamos e¡ juzgar de lo que nos es oculto, pues nadie sabe lo que pasa en el hombre, sino su espíritu, que está con él. Lo que decimos, lo que afirmamos, lo que en todas maneras aprobamos, es que ninguno debe darse la muerte de su propia voluntad, como con achaque de excusar las molestias temporales, porque puede caer en las eternas; ninguno debe hacerlo por pecados ajenos, porque por el mismo hecho no se haga reo de un pecado propio gravísimo y mayor que aquel a quien no tocaba el ajeno; ninguno por pecados pasados, porque para éstos tenemos más necesidad de la vida, para enmendarlos con la penitencia, y ninguno por deseo de mejor vida que espera en muriendo, porque a los culpados en su muerte, después de muertos, no les aguarda mejor vida.

CAPITULO XXVII

Si por evitar el pecado se debe tomar muerte voluntaria Réstanos una causa que exponer, de la que ya habíamos empezado a tratar, y es que es muy importante darse la muerte por no caer en el pecado, ya sea convidado por la blandura del deleite o forzado por la crudeza del dolor; pero; si admitiésemos esta causa, pasaría tan adelante, que nos obligase a exhortar a los hombres a que se matasen, especialmente cuando, habiéndose purificado con el agua del bautismo, acaban de recibir el perdón de todos sus pecados, porque entonces es tiempo a propósito para guardarse de todos los pecados que pueden sobrevenir cuando ya están perdonados; lo cual, si se hace bien en la muerte voluntaria, ¿por qué no se hará entonces más que nunca? ¿Por qué todos los que se bautizan no se matan? ¿Por qué, habiéndose una vez librado, vuelven nuevamente a meterse en tantos peligros como hay en esta vida, siendo fácil medio para huir de todos el darse muerte?.

Y diciendo la Escritura “que quien ama el peligro cae en él”, ¿por qué motivos se aman tantos y tan graves peligros? O, si no se aman verdaderamente, ¿por qué se meten los hombres en ellos? ¿Para qué se queda en esta vida aquel a quien es lícito irse de ella? Por

ventura, ¿puede haber error tan disparatado, que trastorne el juicio de un hombre y no le deje reflexionar en aquella verdad que, si no se debe matar por no caer en pecado, viviendo en poder del que la cautivó; piense que le está bien el vivir para sufrir al mismo mundo, lleno a todas horas de tentaciones, y tales cuales se podían, viviendo, temer debajo la sujeción de un señor, y otras innumerables, sin las cuales no se vive en este mundo? ¿Para qué, pues, consumimos el tiempo en las acostumbradas exhortaciones, siempre que procuramos persuadir a los bautizados, o la integridad virginal, o la continencia vidual, o la fe del casto matrimonio, teniendo un atajo libre de todos los peligros de pecar, para que todos los que pudiésemos persuadir que se den muerte en acabando de recibir la remisión de sus pecados, los enviemos al Señor con las conciencias más sanas y más puras?.

Si alguno cree que puede ejecutar o persuadir esta doctrina, no sólo es ignorante, sino loco. ¿Con qué valor dirá a un hombre: Mátate, porque a tus pecados veniales acaso no añadas alguno grave viviendo, tal vez, en poder de un bárbaro o sensual, quien no puede decir sino con impiedad: Mátate, en estando absuelto de tus pecados, porque no vuelvas a caer en otro acaso más graves viviendo en un mundo tan engañoso, cercado de lazos y deleites, tan furioso, con tanto número de nefandas crueldades, y tan enemigo, con tantos errores y sobresaltos? Y si se dice que esto es maldad, sin duda lo es matarse, pues si pudiera haber alguna justa causa para hacerlo voluntariamente, ciertamente no habría otra más arreglada que ésta, y supuesto que ésta no lo es, luego ninguna hay para cometer un delito tan execrable Y esto, ¡oh fieles de Jesucristo!, no amargue vuestra vida; si de vuestra honestidad acaso se burló el enemigo, grande y verdadero consuelo os queda si tenéis la segura conciencia de no haber consentido a los pecados de los que Dios permitió pecasen en vosotros.

CAPITULO XXVIII

Por qué permitió Dios que la pasión del enemigo se cebase en los cuerpos de los continentes Y si acaso preguntáis por qué permitió Dios tan horribles crímenes, diré con el Apóstol: “Alta es, sin duda, y que se pierde de vista la providencia del Autor y Gobernador del mundo, incomprensibles sus juicios e investigables sus ideas y caminos”. Con todo, preguntádselo fielmente y examinad vuestras conciencias, no sea que os hayáis engreído demasiado por la gracia de la virginidad y continencia, o por el privilegio de la castidad, y llevadas de la complacencia de las humanas alabanzas, envidiéis también esta prerrogativa a otras.
No acuso lo que ignoro, ni oigo lo que a la pregunta os responden vuestros corazones. No obstante, si respondieren que es así, no debéis maravillaros que hayáis perdido la fama con que pretendíais conquistar los corazones de los hombres, si os ha quedado lo que no se pueden manifestar a los hombres, que es el pudor. Si no consentisteis con los que pecaron con vosotras, a la gracia divina, para que no se, pierda, se le añade el divino favor, y a la humana gloria para que no se la estime ni aprecie sucede el humano baldón.

En lo uno y lo otro os podéis consolar las pusilánimes, pues por un lado fuisteis probadas y por otro castigadas, por uno justificadas y por otro enmendadas; pero a las que su corazón, preguntado, les responde que jamás se ensoberbecieron por el bien de la virginidad, o de la viudez o del casto matrimonio, y que no despreciaron, sino que se acomodaron con las

humildes, alegrándose con temor y respeto por la merced que Dios les había concedido, y no envidiando a ninguno la excelencia de otra santidad y castidad igual o más excelente, antes bien, sin hacer caso de la humana gloria, que suele ser tanto mayor cuanto el bien que pide la alabanza es más raro y singular, habían deseado que fuese mayor el número de éstas que no el que entre pocas fuesen ellas las más ilustres.

Tampoco las que fueron tales, si acaso a algunas de ellas lastimó su honra la bárbara licencia, deben irritarse contra la divina permisión, ni crean que por esto no cuida Dios de estas cosas, porque permite lo que ninguno comete impunemente. De estos pecados, los unos, como contrapeso de nuestros torpes apetitos, se nos perdonan en la vida presente por oculto juicio de Dios, pero otros se reservan para el último y tremendo juicio, que será patente a todos los mortales; y acaso también estas señoras, a quienes asegura el testimonio de su conciencia de no haberse envanecido ni engreído por el bien de la castidad, padeciendo, no obstante, violencia en sus cuerpos, tenían oculta alguna flaqueza que pudiera degenerar en soberbia, si en aquella miserable forma escaparán de la humillación con que las sujetó la barbarie del vencedor. Así como la muerte arrebató a algunos porque la malicia no les trastornase el juicio, así a éstas se les arrebató violentamente una cierta interior prerrogativa, para que la prosperidad no desvir- tuase su modestia.

A las unas y a las otras, que con respecto a su cuerpo les habían padecido afrenta alguna contra su honestidad, o eran ya soberbias, o acaso podrían ensoberbecerse si la violencia del enemigo no las hubiera tocado; pero esta acción no fue causa de perder la castidad, sino de recomendarles la humildad, proveyó Dios en lance tan crítico; de pronto remedió a la soberbia presente de las unas, y a la que amenazaba en lo sucesivo a las otras. Sin embargo, no se debe omitir que algunas que padecieron violencia pudo ser creyesen que el bien de la continencia era bien exterior del cuerpo, y que se poseía incorrupto mientras no sufriese torpeza de alguno, y que no consistía únicamente en la constancia de la voluntad, que estriba en el favor divino para que sea santo el cuerpo y el espíritu, y, finalmente, que este bien no es de calidad que no se pueda perder, aunque le pe se a la voluntad.

Del, cual error quizá salieron con la experiencia, porque, cuando consideran con qué conciencia sirvieron a Dios y con fe cierta, creen que a los que así sirven invocan de ningún modo puede desampararlos, y, por último, no dudan lo agradable que es a sus divinos ojos la castidad, observan al mismo tiempo es infalible consecuencia que en ninguna manera permitiría sucediesen semejantes infortunios a sus santos si por ellos pudieran perder la santidad e incorruptibilidad de costumbres que el mismo autor de la Naturaleza les concedió y aprecia en ellos.

CAPITULO XXIX

Qué deben responder los cristianos a los infieles cuando los baldonan de que no los libró Cristo de la furia de los enemigos Tienen, pues, todos los hijos del verdadero Dios su consuelo, no falaz ni fundado en la vana confianza de las cosas mudables, caducas y terrenas, antes más bien, pasan la vida temporal sin tener que arrepentirse de ella, porque en un breve transcurso se ensayan para la eterna, usando de los bienes terrenos como peregrinos, sin dejarse arrebatar de sus ligeras representaciones y sufriendo con notable

conformidad los males que prueban su constancia o corrigen su vida; pero los que se burlan de los suaves medios de que Dios se sirve para acrisolar nuestra justificación, diciendo al hombre perseguido cuando le ven rodeado de calamidades temporales: “¿Adónde está tu Dios?”, digan ellos, ¿adónde están sus dioses cuando padecen iguales infortunios, pues para eximirse de tales vejaciones, o acuden a su adoración, o pretenden que se deben adorar?.

Pero los atribulados por la mano poderosa constantemente responden: “Nuestro Dios, en todas partes y en todo lugar está presente, sin estar limitadamente encerrado en un solo lugar, pues es tan visible su omnipotencia, que puede hallarse presente estando oculto y ausente sin moverse. Este gran Señor, siempre que nos lastima con calamidades y adversidades, lo hace, o por examinar el grado en que se hallan nuestros méritos, o para castigar nuestras culpas, teniéndonos preparado el premio eterno por haber sufrido con constancia estos temporales Infortunios; pero, ¿quién sois vosotros para que yo me entregue a raciocinar con vosotros ni de vuestros dioses, cuanto más de mi Dios, que es terrible sobre todos los dioses, porque todos los dioses de los gentiles son demonios, y sólo el Señor crió los Cielos?”

CAPITULO XXX

Que desean abundar en abominables prosperidades los que se quejan de los tiempos cristianos Si viviera aquel insigne Escipión Nasica, que fue ya vuestro pontífice (a quien, al mismo tiempo que estaba más encendida la segunda guerra Púnica, burlando la República una persona de la más excelente bondad para recibir la madre de los dioses que transportaban de Frigia, le escogió unánimemente todo el Senado para desempeñar este honorífico encargó), este ínclito héroe, el grande Escipión, digo, cuyo mismo rostro no os atreveríais a mirar, él reprimiría vuestra altanería.

Porque, pregunto, si queréis que os diga mi sentir: cuando os veis afligidos con las adversidades, ¿acaso os quejáis por otro motivo de los tiempos cristianos, sino porque apetecéis tener seguros y libres de temores vuestros deleites, vuestros apetitos, y entregaros a una vida viciosa, sin que en ella se experimente molestia ni pena alguna? Y la razón es obvia y convincente, porque vosotros no deseáis la paz y abundancia de bienes para usar de ellos honestamente, es decir, con sobriedad, frugalidad y templanza, sino para buscar con inmensa prodigalidad infinita variedad de deleites, y lo que sucede entonces es que, con las prosperidades, renacen en la vida y las costumbres unos males e infortunios tan intolerables, que hacen más estragos en los corazones humanos que la furia irritada de los enemigos más crueles.

Aquel Escipión, vuestro pontífice máximo, aquel grande hombre; superior en bondad a todos los patricios romanos, según el juicio del Senado, temiendo en vosotros esta calamidad, resistía a la destrucción de Cartago, émula y competidora en, aquella época del pueblo romano, contradiciendo a Catón, cuyo dictamen era se destruyese temeroso del ocio y de la seguridad, que es enemiga de los ánimos flacos, y viendo que era importante y necesario el miedo, como tutor idóneo de la flaqueza infantil de sus ciudadanos; mas no se engañó en este modo de pensar, porque la experiencia acreditó cuán cierto era lo que exponía, pues, destruida Cartago, esto es, habiendo ya sacudido y desterrado de sus ánimos el terror que tenía amedrentados a los romanos, inmediatamente se sucedieron tan crecidos

males, nacidos de las prosperidades, que; rota la concordia primeramente con las sediciones populares, crueles y sangrientas, después, enlazándose unas revolu- ciones con otras, con las guerras civiles, se hizo tanto estrago, se derramó tanta sangre, creció tan insensiblemente la bárbara crueldad de las prescripciones y robos, que aquellos mismos ínclitos romanos que, viviendo moderadamente, temían recibir algún daño de sus enemigos, perdida la moderación y la inocencia de costumbres, vinieron a padecer terribles infortunios, ejecutados por la fiera mano de sus propios ciudadanos; finalmente, el insaciable apetito de reinar, que entre los otros vicios comunes a todos los hombres ocupaba el primer lugar, especialmente en los corazones de los romanos, después que salió con victoria respecto de muy pocos, y ésos no muy poderosos, al fin, habiendo quebrantado las fuerzas de los demás, los vino a oprimir también con duro yugo de la servidumbre.

CAPITULO XXXI

Con, qué vicios y por qué grados fue creciendo en los romanos el deseo de reinar Y ¿cómo había de aquietarse este deseo en aquellos ánimos soberbios, sino hasta el instante mismo en que con la continuación de los honores acabase de llegar la potestad real que a todos sujetase? Lo cierto es que no hubiera habido posibilidad para continuar tales dignidades, sino prevaleciera la ambición.

Tampoco hubiera dominado la ambición si no fuera porque ya Roma estaba estragada con la abundancia de riquezas, deleites y festines; es innegable que el pueblo llegó a ser codicioso y vicioso en su trato y regalo por las propiedades pasadas, como sentía prudentemente el insigne Nasica, cuando era de dictamen que no se destruyese la ciudad más populosa, más fuerte y más poderosa de los enemigos, a fin de que el terror refrenase el apetito, y, moderado éste, no excediese en sus regalos y deleites; templados éstos no creciese la codicia, y, atajados estos vicios, floreciese y se fomentase la virtud, importante para la existencia del poder romano, permaneciendo y conservándose consiguientemente la libertad que, naturalmente, había de seguir a esta virtud.

De estos principios y del aplaudido amor a la patria procedió lo que el mismo pontífice máximo (escogido por el Senado unánimemente como el varón más insigne en bondad) impidió para evitar graves inconvenientes, y fue que, teniendo resuelto el Senado fabricar un amplio teatro, puso en juego toda su elocuencia para persuadir que no debía ejecutarse, haciendo ver a aquel respetable Congreso en un enérgico discurso no era conveniente permitiesen el que se introdujesen paulatinamente en las varoniles costumbres de su patria los deleites, sensualidades y regalos de Grecia, y menos, consintiesen en que una peregrina superfluidad y fausto se estableciese, pues no serviría más que para destruir y corromper el valor y virtud romana.

Fue tan eficaz el raciocinio de Nasica y tanta impresión hizo en los ánimos de los magistrados, que, movidos de sus poderosas razones, ordenaron los senadores que de allí adelante no se pusiesen los bancos o escaños que entonces solían poner en lugar de teatro y acostumbraban a usar para ver los juegos. ¿Con cuánta diligencia hubiera desterrado, Nasica de Roma los juegos escénicos si se hubiera atrevido a oponerse a la autoridad de los que él tenía por dioses y no sabía que eran demonios? Y, en caso que lo supiese, creía que

primero debía aplacarles con las funciones que menospreciarles, pues en estos tiempos aún no se había declarado ni predicado a las gentes la doctrina del Cielo, la cual, purificando el corazón con la fe, pudiera enderezar el afecto humano para procurar con humildad las cosas celestiales librándole al mismo tiempo de la sujeción de los demonios.

CAPITULO XXXII

Del origen de los juegos escénicos Con todo, sabed los que ignoráis, y advertid los que disimuláis no saberlo y murmuráis contra el que os vino a librar de vuestra esclavitud, que los juegos escénicos, espectáculos de torpezas y vivo retrato de la humana vanidad, se instituyeron primeramente en Roma, no por los vicios de los hombres, sino por mandato de vuestros dioses. Ciertamente fuera más tolerable que dieseis honor y culto divino a aquel esclarecido Escipión, que no el que adoraseis semejantes dioses, cuando éstos no eran mejores que su pontífice.

Advertid y escuchad, si el juicio, trastornado tiempo ha con los errores que ha bebido en el maternal pecho, os deja considerar algún punto que sea conforme a razón. Los dioses, para aplacar la pestilencia de los cuerpos, mandaron que se les hiciesen los juegos escénicos; y vuestro pontífice, porque se preservasen de la infección de los ánimos, estorbó el que se edificase el teatro. Si os quedó en el entendimiento alguna luz con que conozcáis, podéis preferir el ánimo al cuerpo; elegid a quien habéis de adorar. Aquella decantada pestilencia de los cadáveres no cesó tampoco entonces, a pesar de observar fielmente las fiestas prescritas; por cuanto en un pueblo belicoso y acostumbrado de antemano a solos los juegos circenses, no sólo se introdujeron la delicadeza y la lascivia de los juegos escénicos, sino que, observando la perspicaz astucia de los malignos espíritus que aquel contagio, había de cesar, llegado su total complemento, procuró con esta ocasión enviarles otro mucho más grave (que es la, que principalmente les agrada), no en los cuerpos, sino en las costumbres, el cual cegó con tan oscuras tinieblas los ánimos de los miserables y los estragó con tan reiteradas torpezas, que, aún al presente (que será quizá increíble si viniere a noticia de nuestros descendientes), después de destruida Roma, los que estaban atacados de aquella enfermedad contagiosa, y huyendo de ella pudieron llegar a Cartago, cada día concurren a porfía a los teatros, por el ansia y desatino de ver estos juegos.

CAPITULO XXXIII

De los vicios de los romanos, los cuales no pudo enmendar la destrucción de su patria ¡Oh juicios sin juicio! ¡Qué error!, o, por mejor decir, ¡qué furor es éste tan grande, que llorando vuestra ruina -según he oído- las naciones orientales y haciendo públicas demostraciones de sentimiento y tristeza las mayores ciudades que hay en las partes más remotas de la tierra, vosotros busquéis aún los teatros, entréis en ellos hasta llenarlos del todo, y ejecutéis mayores desvaríos que antes! Esta ruina e infección de los ánimos, este estrago de la bondad y de la virtud, es lo que temía en vosotros el ínclito Escipión cuando prohibía severamente que se edifiquen teatros; cuando examinaba en su interior que las prosperidades fácilmente estragarían vuestros corazones, y cuando quería que no vivieseis

seguros del terror de vuestros enemigos, porque no tenía aquel celebrado héroe por feliz la República que tenía los muros de pie y las costumbres por el suelo.

Pero en vosotros pudo más la ingeniosa astucia y seducción de los impíos demonios que las providencias justas de hom- bres sensatos, de donde se infiere necesariamente que los males que hacéis no queréis imputároslos a vosotros; pero los que padecéis los imputáis a los tiempos cristianos, ya que en la época de la seguridad no pretendéis la paz de la República, sino la libertad de vuestros vicios, los que no pudisteis enmendar con las adversidades, porque ya vuestro corazón estaba pervertido con las prosperidades. Quería Escipión que os pusiera miedo el enemigo para que no cayeseis en el vicio, y vosotros, aún hollados y abatidos por el enemigo, no quisisteis desistir del vicio, perdisteis el fruto de la tribulación, habéis venido a ser miserables y quedado contagiados con vuestros pasados excesos; y, con todo, si lográis el vivir, debéis creer es por singular merced de Dios, que, con perdonaros, os advierte que os enmendéis haciendo penitencia.

Por último, hombres ingratos, debéis estar persuadidos íntimamente que este gran Dios usó con vosotros la grande misericordia de libraros de la furia, del enemigo amparándoos bajo el nombre de sus siervos o en lugares y oratorios de sus mártires, adonde os acogíais y salvabais vuestras vidas.

CAPITULO XXXIV

De la clemencia de Dios con que mitigó la destrucción de Roma Refieren que Rómulo y Remo hicieron un asilo o lugar privilegiado adonde cualquiera que se acogiese fuese libre de cualquier daño o pena merecida, procurando con este ardid acrecentar la población de la ciudad que fundaban; maravilloso ejemplo precedió a la presente ruina para que sobre él se aumentase la gloria de Jesucristo, y los que arruinaron a Roma hicieron lo mismo que habían antes establecido sus fundadores, pero con esta diferencia: que éstos lo ejecutaron para suplir el número de sus ciudadanos, que era muy escaso, si había de formarse una población tan numerosa como apetecían, y aquellos igualmente lo practicaron por conservar el considerable número de hombres que había en ella. Responda a sus contrarios la familla redimida con la sangre de Jesucristo, y su peregrina ciudad, si más copiosa y cómodamente pudiere, estas y otras cosas semejantes.

CAPITULO XXXV

De los hijos de la iglesia que hay encubiertos entre los impíos, y de los falsos cristianos que hay dentro de la iglesia Pero acuérdese que entre estos sus amigos hay algunos ocultos que han de ser ciudadanos suyos; porque no juzgue es sin fruto, aun mientras conversa con ellos, que sufra a los que la aborrecen y persiguen hasta que finalmente se declaren y manifiesten; así como en la Ciudad de Dios, mientras es peregrina en el mundo, hay algunos que gozan al presente en ella de la comunión de los sacramentos, los cuales, sin embargo, no se han de hallar con ella en la patria eterna de los Santos, y de éstos unos hay ocultos y otros descubiertos, quienes con los enemigos de la religión no dudan en murmurar contra Dios, cuyo sacramento traen, acudiendo unas veces en su compañía a los teatros, y otras con nosotros a las iglesias.

Pero de la enmienda aún de algunos de éstos con más razón no debemos perder la esperanza, pues entre los mismos enemigos declarados vemos que hay encubiertos algunos amigos predestinados sin que ellos mismos lo conozcan; porque estas' dos ciudades en este siglo andan confusas y entre sf mezcladas, hasta que se distinga en el juicio final, de cuyo nacimiento, progresos y fin, con el favor de Dios, diré lo que me pareciere a propósito para mayor gloria de la Ciudad de Dios, la cual campeará mucho más cotejada con sus contrarios.

CAPITULO XXXVI

De lo que se ha de tratar en el siguiente discurso Pero todavía me quedan que decir algunas razones contra los que atribuyen las pérdidas de la República romana a nuestra religión, porque les prohíbe ésta que sacrifiquen a sus dioses; referiré también cuántas calamidades me pudieren ocurrir, o cuántas me parecieren dignas de referirse, que padeció aquella ciudad, o las provincias que estaban debajo de su Imperio, antes que se prohibiesen sus sacrificios.

Todas las cuales, sin duda, nos las atribuyeran si tuvieran entonces, o noticia de nuestra religión, o les prohibiera así sus sacrílegos sacrificios. Después manifestaré cuáles fueron sus costumbres y por qué causa quiso, el verdadero Dios -en cuya mano están todos los imperios- ayudarles para acrecentar el suyo, y cómo en nada favorecieron los que ellos tenían por sus dioses, antes por el contrario, cuánto daño les causaron con sus engaños. Últimamente, hablaré contra los que, refutados y convencidos con argumentos insolubles, procuran defender la adoración de los dioses, no por la utilidad que se saca de ellos en vida, sino por la que se espera después de la muerte.

En la cuestión si no me engaño, habrá mucho más en que entender, y será digna de que se trate con mayor esmero, de modo que en ella vengamos a disputar contra los filósofos, y no cualesquiera, sino contra los que entre ellos son de mejor fama y nombre, y concuerdan en muchas cosas con nosotros; es a saber, en la inmortalidad del alma, en que el verdadero Dios creó al mundo y en la admirable Providencia con que gobierna todo lo que creó; mas porque es justo que los refutemos también en los puntos que opinan contra nosotros, no dejaré tampoco de dar satisfacción a esta parte, para que, refutadas las impías

contradicciones conforme a las fuerzas que Dios me diere, presentemos la Ciudad de Dios y la verdadera religión, mediante la cual se nos promete con verdad la eterna bienaventuranza. Así con esto concluyo este libro, para que lo que tenemos dispuesto lo comencemos en un nuevo libro.

LIBRO SEGUNDO DEGRADACIÓN DE ROMA ANTES DE CRISTO

CAPITULO PRIMERO

Del método que se ha de observar al exponer este tratado Si el pervertido y estragado corazón del hombre no se atreviera comúnmente a oponerse a la razón y a la verdad sólida y evidente, sino que sujetara su enferma ignorancia a la doctrina sana, como a medicina, hasta que con los auxilios de Dios, y mediante la fe de la religión y de una piedad edificante recobrara la salud, no tendrían necesidad de emplear muchas razones los que sienten bien y declaran lo que entienden con palabras convenientes vara convencer y destruir cualquier error de los que opinan vanamente lo contrario. Mas porque en la presente época la dolencia más incurable y más contagiosa de las almas necias es aquella con que sus discursos e imaginaciones sin razón ni fundamento, aun después de haberle dado una instrucción tal cual está obligado a suministrar un hombre a otro, o de pura ceguedad, que les impide ver aun los objetos más perceptibles, o por tenaz obstinación, que le impele a no admitir aun aquello mismo que registran sus ojos, defienden sus temerarios caprichos como si fueran la misma razón y verdad, es fuerza que en la mayor parte de las materias que hayan de proponerse seamos algo extensos, aun en los asuntos por su esencia evidentes, como si las propusiéramos, no a los que tienen ojos para verlas, sino a los que andan a tientas y a ojos cerrados, para que las toquen y palpen. Pero ¿qué fin tendría la disputa d a qué límites habrían de ceñirse las expresiones si hubiéramos de contestar siempre a los que nos responden? Porque aquellos que no pueden entender lo que decimos, o son tan inflexibles por la repugnancia de sus juicios, que, aun dado el caso que lo perciban, no quieren desistir de su tenacidad, responden como dice la Escritura: “Profieren expresiones impías, no cansándose jamás de ser vanos.”

Cuyas contradicciones, si tantas veces las hubiéramos de refutar cuantas ellos se han empeñado con obstinación en sostener sus errores, ya ves ¡cuán prolija, molesta e infructífera seria esta fatiga!, por lo cual ni tú propio -¡carísimo hijo mío Marcelino!- ni los demás a quienes nuestras penosas tareas serán útiles para conservaros en el amor y caridad de Jesucristo, gustaría fueseis jueces de mis obras, pues los incrédulos echan siempre de menos las respuestas, aunque oigan contradecir algún punto que hayan leído, y son como aquellas mujercillas de quienes dice él Apóstol “que aprenden siempre y nunca acaban de conseguir la ciencia de la verdad”.

CAPITULO II

De las materias que se han resuelto en el primer libro Habiendo comenzado a hablar en el libro anterior de la Ciudad de Dios, en cuya defensa (con el divino auxilio) he emprendido toda esta obra, decimos que, en primer lugar, se me ofreció responder con exactitud y extensión a los que imputan a la religión cristiana las crueles guerras con que es agitado el

universo, y, principalmente, el último saqueo y destrucción que hicieron los bárbaros en Roma; no por otro motivo, sino porque prohíbe el culto de los demonios y sus nefarios sacrificios, debiendo antes atribuir a Jesucristo el que por reverencia a su santo nombre y contra el instituto de la guerra, les concedieron los godos lugares religiosos y capaces donde se pudiesen acoger libremente; quienes en muchas acciones que ejecutaron demostraron que no solamente habían honrado y respetado el culto debido al Salvador, sino también que, ocupados del temor, presumieron no era lícito ejecutar lo que permitía el derecho de la guerra.

Con este motivo se ofreció la cuestión de por qué causa fueron comunes estos divinos beneficios a los impíos e ingratos y, asimismo, por qué los sucesos ásperos y lastimosos que acaecieron en la toma de la ciudad afligieron juntamente a los buenos y a los malos. Para dar cumplida solución a esta cuestión, que encierra otras varias (pues todo lo que ordinariamente observamos, así beneficios divinos como desgracias humanas, que los unos y los otros acontecen indiferentemente muchas veces a los que viven bien y mal, convenía, me he detenido algún le excitar los corazones de algunos incrédulos); para resolver, digo, especialmente para consolar a las mujeres santas y castas en quienes ejecutó con violencia el enemigo, y que no perdieron la prenda de la honestidad, aunque las lastimasen el pudor y empacho de presentarse después en público, pues así podía reducir seguramente a que no les pesase de vivir a las que no tenían culpa de qué arrepentirse.

Después dije algunas cosas contra aquellos que se rebelan contra los cristianos incluidos en las expresadas calamidades, como también contra las mujeres virtuosas y honestas que padecieron fuerza, siendo así que ellos son torpes e infames por sus costumbres y conducta, en lo que degeneran de aquella decantada virtud romana, de donde se precian descender; y mucho más desdicen con sus obras de ser dignos sucesores de aquellos ínclitos romanos, de quienes refieren las historias acciones famosas, propias solamente de una virtud sólida y elevada; y lo que es más, han reducido a la antigua Roma (fundada gracias a la diligencia de los antiguos, fomentada y acrecentada con su industria y valor) a un estado más deplorable y abominable que cuando el enemigo la arruinó, porque en su ruinas cayeron solamente las piedras y los maderos, en la que éstos la han preparado han caído por tierra los más vistosos edificios y ornamentos, no de los muros, sino de las costumbres, haciendo más daño en sus corazones el ardor de sus sensuales apetitos que el fuego en los edificios de aquella ciudad; y con esto concluí el primer libro.

Ahora expondré todas las calamidades que ha padecido Roma desde su fundación, así dentro, como en las provincias sujetas a su Imperio; todas las cuales, ciertamente, las atribuyeran a la religión cristiana si entonces la doctrina evangélica predicara libremente contra sus falsos y seductores dioses.

CAPITULO III

De cómo se ha de aprovechar la historia que expone los trabajos acaecidos a los romanos cuando adoraban los dioses y antes que se propagase la religión cristiana Pero advierte que cuando refiero estas particularidades hablo todavía con los ignorantes, de quienes dimanó aquel refrán común: “No llueve, la culpa es de los cristianos”; porque entre ellos hay algunos instruidos en su literatura y aficionados a la Historia, por la cual saben todo esto. Pero estos engreídos y preocupados literatos, para malquistarnos con la turba de los ignorantes, fingen o disimulan que no tienen tal noticia, queriendo dar a entender al mismo tiempo al vulgo que las calamidades y aflicciones con que en ciertos tiempos conviene castigar a los hombres, suceden por culpa del nombre cristiano, el cual se extiende y propaga con aplauso y fama por todo el ámbito de la tierra, mientras que se desmembra la reputación de sus dioses.

Recorran, pues, con nosotros los tiempos anteriores a la venida del Salvador, y a la deseada época en que su augusto nombre se manifestó a las gentes con aquella gloria y majestad que en vano envidian, y advertirán con cuántas calamidades ha sido afligido incesantemente al Imperio romano, y en ellas excusan y defiendan a sus dioses si pueden; y si es que los adoran por no padecer estas desgracias, de las cuales, si ahora sufren alguna, procuran echarnos la culpa, pregunto: ¿Por qué permitieron los dioses que a sus adoradores les sucediesen las calamidades que he de referir, antes que les molestase el nom- bre de Cristo y prohibiese sus sacrificios?

CAPITULO IV

Que los que adoraban a los dioses jamás recibieron de ellos precepto alguno de virtud, y que en sus fiestas celebraron muchas torpezas y deshonestidades Y en cuanto a lo primero, por lo que se refiere a las costumbres, ¿por qué causa no procuraron sus dioses que no las tuviesen tan abominables? El Dios verdadero no hizo caso de aquellos que no le adoraban; pero los dioses, cuya veneración se quejan estos hombres ingratos que se les prohíbe, ¿por qué no auxiliaron con saludables leyes a sus adoradores para que pudiesen vivir bien y santamente? ciertamente, era justo que así como éstos cuidaban de sus sacrificios, así atendieran aquellos a su vida; pero a esta objeción responden que cada uno es malo porque quiere. ¿Y quién lo negará? Con todo eso, era cargo indispensable de los dioses a quienes consultaban no ocultar al pueblo que les rendía adoración los preceptos y mandamientos necesarios para vivir ajustadamente, antes manifestárselos con toda claridad, hablarles por medio de sus adivinos, reprenderles sus pecados, amenazar con los castigos más severos a los que viviesen mal, y prometer premios proporcionados a los que viviesen bien. ¿Cuándo se oyó en los templos de estas falsas deidades clamar contra los vicios y engrandecer las virtudes? Íbamos nosotros, siendo jóvenes, a los espectáculos y juegos sagrados, observábamos los linfáticos o furiosos, oíamos los músicos y gustábamos de los torpes juegos que se celebraban en honra de los dioses y las diosas.

A la Celeste virgen, y a Berecynthia, madre de todos los dioses, en el día solemne que la sacaban procesionalmente, delante de sus andas la cantaban los corrompidos actores cánticos tan obscenos, que no sería justo lo oyera, no digo la madre de los dioses, pero ni la de cualquier senador o persona honesta; y, lo que es más, ni aun las madres de estos mismos actores, porque guarda para con los padres el respeto y pudor humano cierta

reverencia que no puede quitársela aun la misma torpeza; y así las mismas expresiones feas y abominables que decían ejecutaban (y que se avergonzaran los mismos actores de hacerlas por vía de ensayo en sus casas y en presencia de sus madres) las hacían por las calles públicas delante de la madre de los dioses, observándolo y oyéndolo el concurso innumerable de gentes que se congregaba a estas fiestas.

Pero si aquella muchedumbre pudo hallarse presente a estas funciones, permitiéndoselo la curiosidad, por lo menos por el escándalo público y ofensa a la castidad debieron confundirse. Y ¿a qué llamaremos sacrilegios, si éstas eran ceremonias sagradas? ¿qué profanación, si aquélla era purificación? A estas indecentes operaciones llamaban férculos, o, como si dijéramos, platos en que los demonios celebraran una especie de convite, y usando de estos manjares, se apacentaban y complacían. Y ¿quién hay tan inconsiderado que no advirtiera qué clase de espíritus son los que gustan de semejantes torpezas? Esto es, aquellos que ignoran que hay espíritus inmundos que engañan a las gentes con el dictado de dioses; o los que hacen tal vida, que en ella desean tener antes a éstos propicios, o temen tenerlos enojados más que al verdadero Dios.

CAPITULO V

De las torpes deshonestidades con que honraban a la madre de los dioses sus devotos Bien desearía en el presente asunto no tener por jueces a los que procuran, primero que oponerse, entretenerse con los vicios de su mala vida y costumbres; y únicamente apetecería tener por mi censor al mismo Escipión Nasica, a quien el Senado eligió, como hombre de suma bondad, para recibir la estatua de la madre de los dioses, que introdujeron con pompa y aparato en la ciudad. Este nos diría si deseaba que su madre hubiera hecho tantos beneficios a la República, que por ellos se la decretaran las honras divinas, así como consta que los griegos, los, romanos y otras naciones las decretaron a ciertos hombres, por la gran, estimación que hicieron de las gracias que de ellos recibieron, creyendo que, colocados en el número de los inmortales, estaban ya admitidos en el catálogo de los dioses.

Ciertamente que una felicidad tan grande, si fuera posible, la apetecería Escipión para su madre. Pero si le preguntáramos enseguida si le gustaría que entre sus divinos honores se celebraran las torpezas y deshonestidades, seguramente clamaría que quería más que su madre permaneciese muerta, sin sentido alguno, que, constituida diosa, viviese para oír semejantes obscenidades. No es posible que un senador romano, perseverando en el sano juicio con que prohibió se edificase un teatro en una ciudad poblada de gente valerosa, gustara que se diese culto a su madre en tales términos, que, contada entre las diosas, la aplacaron con ceremonias tales, que estando solamente en la clase de las matronas le ofenderían.

Tampoco podría persuadirse que el pudor natural de una mujer honrada se transformaba con la divinidad en el extremo contrario, de modo que los que la adoraban la invocasen con tales honras, que cuando se dijesen semejantes denuestos contra alguno y oyéndolo en vida no se tapara los oídos y huyera de tales insolencias, se corrieran y avergonzaran de ella sus deudos, marido e hijos. Y si esta madre de los dioses, que tuviera vergüenza aun el hombre más abandonado y miserable de tenerla como madre propia, para apoderarse de los ánimos

de los romanos buscó un hombre extremadamente bueno, no para hacerle tal con sus consejos y auxilio, sino para pervertirle con sus engaños; en todo semejante, pues, a aquélla mujer de quien dice la Escritura “que va pescando las preciosas almas de los hombres” para que aquel ánimo dotado de un excelente natural, engreído con este divino testimonio y teniéndose por extremadamente bueno, no buscase la verdadera piedad y religión, sin la cual cualquier índole, aunque buena, se desvanece y precipita con la soberbia. ¿Y cómo había de buscar aquella diosa, si no es cautelosamente, a. un hombre tan justificado cuando para sus ceremonias, aun las más sagradas, hace elección de aquellas que no gustan los hombres honrados se representen en sus banquetes?

CAPITULO VI

Que los dioses de los paganos nunca establecieron doctrina para bien vivir De aquí se sigue necesariamente no vigilaban aquellos dioses en la vida y costumbres de las ciudades y naciones que les rendían culto; y esto, sin duda, lo ejecutaban con el fin de dejarlas que se saciasen de tan horrendos y abominables males, no precisamente en sus campos y viñas, no en sus casas y riquezas, finalmente, no en su cuerpo, que está sujeto al alma, sino en la propia alma, en el mismo espíritu que gobierna al cuerpo, entregándose así a todos los vicios, sin temor de algún precepto o mandamiento suyo que se lo prohibiese. Y en caso que vedasen semejantes torpezas, es importantísimo nos lo averigüen y prueben; si bien es cierto que permitían ciertos susurros inspirados en los oídos de algunos, bien pocos y tal cual instruidos, como una secreta y misteriosa religión, con que dicen se aprende la bondad y santidad de vida. Y si no, muestren los lugares que se hayan alguna vez consagrado para semejantes reuniones, no donde se representen los juegos con torpes expresiones y acciones de los farsantes, ni donde se solemnizan las fiestas fugales, en cuyas funciones dan rienda suelta a todas las deshonestidades, porque huyen de todo género de pudor y virtud, sino adonde el pueblo pudiese oír lo que mandaban los dioses acerca de refrenar la avaricia, moderar la ambición, cercenar el fausto y deleites, y adonde pudiesen estos miserables aprender lo que, reprendiendo a los hombres, enseña Persio: “Aprended, dice, oh miserables mortales, y procurad con el auxilio de la Filosofía conocer las causas y principios de las cosas natu- rales; quién y qué sois con un conocimiento propio y exacto, y para qué fin nacisteis en esta vida; aprended un modo de vivir que sea honesto, comprended cuán breve y frágil es la vida y por qué lo sea la humana inconstancia; entended cuál es lo más sustancial de las riquezas, qué es lo que se debe desear, y pedid a Dios el provecho y utilidad del dinero con su verdadero uso; y para no ser pródigos ni escasos, aprended lo que se debe de dar y emplear en los enemigos y deudos, en los padres y en la patria, y considerad la vocación y estado que Dios os dio, para que viváis con- tentos con vuestra suerte.” Dígannos: ¿en qué lugares o templos se acostumbran dictar semejantes preceptos y documentos que enseñasen los dioses y adonde acudiesen a oírlas las naciones que los adoran, como nosotros podemos señalar iglesias fundadas con este laudable objeto en todas partes que ha sido admitida la religión cristiana?

CAPITULO VII

Que poco aprovecha lo que ha inventado la Filosofía sin la autoridad divina, pues a uno que es inclinado a los vicios, más le mueve lo que hicieron los dioses que lo que los hombres averiguaron Si acaso alegaren en contraposición de lo que llevamos expuesto las famosas escuelas y disputas de los filósofos, digo, lo primero: que estos insignes liceos no tuvieron su origen en Roma, sino en Grecia, y si ya pueden llamarse en la actualidad romanos, porque. Grecia ha venido a ser provincia romana y estar sujeta a su imperio, no son preceptos y documentos de los dioses, sino invenciones de los hombres, quienes, poseyendo naturalmente sutilísimos ingenios, procuraron con la fecundidad de su discurso descubrir lo que estaba encubierto en los arcanos de la Naturaleza, buscando con la mayor exactitud aquello que se debía desear o huir en la vida y costumbres; y, por último, que aquel arcano, observando escrupulosamente las reglas del discurso y argumentación, concluía con cierto y necesario enlace de términos, o no concluía, o repugnaba.

Algunos de estos celebres filósofos hallaron y conocieron, con el auxilio divino, cosas grandes, así como erraron en otras que no podían alcanzar por la debilidad de conocimientos que por sí posee la humana naturaleza, especialmente cuando a su altanería y caprichos se oponía la Divina Providencia; con lo cual se nos hace ver claramente cómo el campo de la piedad y de la religión comienza en la humildad hasta elevarse al Cielo, de todo lo cual tendremos después tiempo para discurrir y disputar, si fuese la voluntad de nuestro gran Dios. Con todo, si los filósofos encontraron algunos medios que puedan servir para vivir bien y conseguir la bienaventuranza, ¿con cuánta más razón se les debería haber decretado las honras divinas? ¿Cuánto más decente y plausible fuera se leyeran en el templo sus libros de Platón, que no que en los templos de los demonios se castraran los galos, se consagraran los hombres más impúdicos, se dieran de cuchilladas los furiosos y se ejercieran todos los demás actos de crueldad y torpeza, o torpemente crueles, o torpemente torpes, que suelen celebrarse en las fiestas y entre las ceremonias sagradas de los dioses? ¿Cuánto más importante sería para instruir y enseñar a la juventud la justicia y buenas costumbres, leer públicamente las leyes de los dioses, que alabar vanamente las leyes e instituciones de los antepasados? Porque todos los que adoran a semejantes dioses, luego que les tienta el apetito, como dice Persio, abrasados de un vivo fuego sensual, más ponen la mira en lo que Júpiter hizo que en lo que Platón enseñó, o en lo que a Catón le pareció.

Por eso leemos en Terencio de un mozo vicioso y distraído que, mirando un cuadro colocado en la pared, donde estaba primorosamente pintado el suceso de que en cierto tiempo Júpiter hizo llover en el regazo de Danae el rocío de oro, fundó en esta alusión la causa y defensa de su torpeza y mala conducta, jactándose que en ella imitaba a un dios ¿Y a qué dios dice? A aquel que hace temblar los más altos templos y edificios, tronando desde el cielo; ¿y yo, siendo un puro hombre, no lo había de hacer? En verdad que así lo he ejecutado y de muy buena gana.

CAPITULO VIII

De los juegos escénicos donde, aunque se referían las torpezas de los dioses, ellos no se ofenden, antes se aplacan Dirán acaso los defensores de estos falsos dioses que no se

enseñan estas obscenidades en las ceremonias sagradas de los dioses, como se ven escritas en las fábulas de los poetas. No pretendo decir que aquellas misteriosas ceremonias son aún más obscenas que las del teatro: sólo digo lo mismo que persuade la historia a los que lo niegan, y lo es, que los juegos escénicos donde reinan las ficciones de los poetas, no los inventaron e introdujeron los romanos en las ceremonias sagradas de sus dioses por motivo de ignorancia, sino que los mismos dioses establecieron que les celebrasen solemnemente estos juegos y los consagrasen en honor suyo, mandándoselo rigurosamente; y, si así puede decirse, obligándolos por fuerza a practicarlo; todo lo cual toqué breve y concisamente en el libro primero: así es que, por autoridad de los Pontífices, y con motivo de acrecentarse el cruel azote de la peste, se instituyeron los juegos escénicos en Roma. ¿Quién habrá, pues, que en el orden y método de su vida no juzgue que debe seguir mejor lo que se hace en los juegos escénicos, instituidos por autoridad divina; que lo que se halla escrito en las leyes promulgadas por los hombres?.

Si los poetas falsamente delinearon y pintaron a Júpiter como adúltero, sin duda que estos dioses, si fuesen cautos, se debían enojar y tomar completa satisfacción de la injuria, pues por medio de estos humanos juegos se les motejaba de una maldad tan execrable, aunque no por eso dejaban de celebrarla. Y aun esto es lo más tolerable que se halla en los juegos escénicos, digo las comedias y las tragedias, es a saber, las fábulas de los poetas compuestas para representarlas en los espectáculos que contienen en realidad muchas acciones torpes, aunque a lo menos en las palabras no se hallan obscenidades y deshonestidades, y éstas procuran los ancianos que las lean y aprendan los jóvenes entre los estudios que llaman honestos y liberales.

CAPITULO IX

De lo que sintieron lo antiguos romanos sobre el reprimir la licencia de los poetas, la cual los griegos siguiendo el parecer de los dioses, quisieron que fuese libre Y lo, que acerca de estas funciones sintieron los antiguos romanos nos lo dice Cicerón en su libro cuarto de República, donde discutiendo Escipión varias materias, dice: “Jamás las comedias, si no lo exigiera así el actual método de vivir, pudieran conseguir que se admitiesen con aplauso en el teatro sus torpezas”. Algunos griegos antiguos guardaron cierta analogía en su errada opinión, entre quienes permitía la ley que en la comedia dijesen lo que quisiesen; y de quien les pareciera. Por esta razón, en los mismos libros dice Escipión el Africano: “¿Quién ha habido en la comedia que no haya sido zaherido, o, por mejor decir, quién ha escapado de su crítica, o quién se ha visto perdonado?” Y bien que haya ofendido solamente a Cleón, Cleofonte e Hipérbolo, hombres plebeyos de mala vida, y sediciosos contra la República. “Pasemos, dice, por esto, aunque a semejantes personas fuera mejor que las notara o reprendiera el censor que no el poeta. Pero que a Pericles, después de haber gobernado con suma autoridad y prudencia su República por tantos años, ya habiendo paz, ya guerras continuadas, le ultrajen con sus versos y los reciten en el teatro, es tan impropio como si nuestro Plauto o Nevio quisieran decir mal de Publio y Neyo Escipión, o Cecilio de Marco Catón”.

Poco más adelante dice: “Al contrario, nuestras Doce Tablas, aunque a pocos crímenes impusieron la pena capital, les pareció conveniente establecer esta pena, siempre que

alguno representase o compusiese versos que causasen nota o infamia a alguno. Sabia constitución es ésta seguramente, ya que debemos tener nuestra vida sujeta a la decisión jurídica y sus legitimas determinaciones, y no a los gracejos y ficciones de los poetas; además de esto, tampoco debemos oír ignominia, alguna de boca de otro, sino de modo que podamos contestar y defendernos en juicio.” Estas expresiones me pareció conveniente sacarlas de Cicerón en dicho libro cuarto, dejando algunas expresiones como están, o mudándolas algún tanto para que se entiendan mejor, porque importan mucho, para lo que voy a explicar, si tuviese capacidad para ello. Añade Cicerón después otras particularidades, y concluye el asunto propuesto, manifestando que los antiguos romanos aborrecieron el que a ninguno en vida le alabasen o vituperasen en el teatro.

Pero esta libertad, como ya dije, los griegos (aunque con menos pudor y más acierto) quisieron permitirla, advirtiendo que sus dioses gustaban se representasen en las fábulas escénicas las ignominias y abominaciones, no sólo de los hombres, sino también de los dioses, ya fuesen ficciones de poetas, ya fuesen verdaderas, maldades de los dioses las que recitaban en los teatros, y ¡ojalá que a sus adoradores les pareciesen sólo dignas de ser reídas y no imitadas! Fue, sin duda, demasiada soberbia y atrevimiento respetar la fama de los principales ciudadanos, cuando sus dioses quisieron no se respetase su propio honor; porque las razones que alegan en su defensa sólo significan no ser cierto lo que dicen contra sus dioses, sino falso y fingido; y por el mismo hecho es mayor, maldad, si atendéis al respeto que se debe a la religión. Y si consideráis la malicia de los demonios, ¿qué espíritus puede haber más astutos y sagaces para engañar? Pues cuando se propala una expresión injuriosa contra un príncipe que es bueno y útil a su patria, pregunto: ¿esta acción no es más indigna, cuanto más remota de la verdad y más ajena de su conducta? ¿Y qué castigo, por terrible que sea, será bastante cuando se hace a Dios esta injuria tan atroz?

CAPITULO X

De la astucia de los demonios para engañarnos, queriendo que se cuenten sus culpas, falsas o verdaderas Pero los malignos espíritus, a quienes tienen por dioses, se complacen en que se cuenten de ellos aun las obscenidades que nunca cometieron, a trueque de empeñar y trabar las almas de los hombres con semejantes opiniones como con redes, y llevarlos consigo a los tormentos que les están aparejados; ya las hayan cometido hombres a quienes desean los tengan por dioses los que se lisonjean en la ceguedad e ignorancia humana, y con el fin de que los adoren también por tales, se entremeten con infinitas cautelas y artificios perjudiciales y engañosos; ya no hayan sido realmente cometidas por hombre alguno, las cuales gustan los espíritus falaces que se finjan de los dioses, a fin de que parezca hay autoridad bastante para cometer torpezas y obscenidades, viendo que, al parecer, traen su derivación y ejemplo del mismo Cielo a la tierra.

Viendo, pues, los griegos que servían a tales dioses, que en los teatros se representaban semejantes ignominias contra la santidad de sus dioses, no les pareció era razón les perdonasen de modo alguno los poetas, ya fuese por querer aun en esto asemejarse a sus dioses, o por temer que, pretendiendo mejor fama y prefiriéndose por este motivo a ellos, los enojasen y provocasen su ira. Y ésta es la razón de la razón por qué a los autores y representantes escénicos de estas fábulas los tenían por merecedores de las honras y cargos

más importantes de la ciudad; pues como se refiere en el citado libro República, el elocuentísimo ateniense Esquines, después de haber representado tragedias en su juventud, entró en el gobierno de la República; y Aristodemo, autor también trágico, fue enviado en varias ocasiones por los atenienses en calidad de embajador al rey Filipo de Macedonia, sobre negocios gravísimos de paz y guerra. Porque estaban persuadidos de que no era razón tener por infames a los mismos que representaban los juegos escénicos, de los cuales veían que gustaban sus dioses.

CAPITULO XI

Cómo entre los griegos admitieron a los autores escénicos al gobierno de la República, porque les pareció no era razón menospreciar a aquellos por cuyo medio aplacaban a los dioses Esta política, aunque torpe, la seguían los griegos por ser muy conforme al placer de sus dioses, sin atreverse a eximir la vida y, costumbres de sus ciudadanos de las mordaces lenguas de los poetas y farsantes, observando estaba sujeta a sus dicterios y reprensión la de los dioses.

Fundados en estos principios, creyeron que no solamente no debían despreciar a los hombres que representaban en el teatro estas impiedades, de que se agradaban sus dioses, a quienes adoraban; antes, por el contrario, debían honrarlos con más distinción; ¿pues qué causa podían hallar para tener por honrados a los sacerdotes por cuyo ministerio ofrecían sacrificios agradables a los dioses, y al mismo tiempo tener por viles a los autores escénicos, por cuyo medio sabían tributaban a los dioses aquel honor que ellos habían establecido? Y más cuando así lo pedían los dioses, y aun se enojaban cuando suspendían tales funciones; y, lo que es más, advirtiendo que el erudito Labeón hace también distinción de cultos entre los dioses buenos y los malos, diciendo que los malos se aplacan con sangre y con sacrificios tristes y los buenos con, servicios alegres y placenteros, como son, según afirma, los juegos, banquetes y mesas que preparaban a los dioses en los templos, de todo lo cual hablaremos después particularmente, si Dios nos lo permite. Ahora, lo que se refiere al asunto de que vamos tratan, do es que, ya atribuyan a los dioses indiferentemente y sin distinción de buenos y de malos todas las operaciones como si fuesen todos buenos (porque no es razón que sean los dioses malos, aunque por ser todos espíritus inmundos todos son malos), ya les sirvan, como le pareció a Labeón, con cierta distinción, señalando para, los unos ciertos ritos y ceremonias y para los otros otras diferentes, diremos que con justa causa los griegos tienen por honrados así a los sacerdotes por cuyo ministerio se les ofrece el sacrificio como a los autores escénicos, por cuyo medio se les celebran los juegos; pues así no pueden acusarles de que agravian, o, generalmente a todos los dioses, si es que todos gustan de los juegos, o, lo que sería más indigno, a los que tienen por buenos, si únicamente éstos son aficionados a tales diversiones.

CAPITULO XII

Que los romanos, con quitar a los poetas contra los hombres la libertad que les concedieron contra los dioses, sintieron mejor de si que de sus dioses Pero los romanos, como se gloría Escipión en la mencionada obra República, no quisieron tener expuesta su vida y fama a los

dicterios e injurias de los poetas, antes por el contrario, impusieron la pena capital contra cualquiera que se atreviese a hacer semejantes poemas, la cual ley sin duda promulgaron en favor suyo y con sobrado fundamento; mas respecto de sus dioses, esta constitución era irreligiosa y contraria a su decoro, y el motivo de esta indolencia pudo consistir en que, como observasen que sus dioses sufrían, no sólo con paciencia, sino con placer, ser tratados de los poetas con denuestos e injurias, presumieron asimismo eran indignos de los dicterios con que se profanaba la autoridad de los dioses, y para esto se abroquelaron con una sanción tan rigurosa, permitiendo, sin embargo, el que se mezclasen en las solemnidades y fiestas las afrentas con que injuriaban a los dioses. ¡Que sea posible, Escipión, que alabes y encarezcas el haber prohibido a los poetas romanos la licencia de que no puedan notar con ignominia a ningún ciudadano romano, viendo que ellos no han perdonado a ninguno de vuestros dioses! ¿Es posible que os haya parecido más estimable la reputación de vuestro Senado que la del Capitolio, o, por mejor decir, la de toda Roma, más que la de todo el Cielo, que prohibieseis severamente por medio de una autorizada sanción a los poetas vomitasen la ponzoña de sus lenguas contra el honor de vuestros ciudadanos, y el que sin temor del castigo y contra la majestad de sus mismos dioses pudiesen zaherirles con sus frecuentes dicterios y afrentas ningún senador, ningún censor, ningún príncipe, ningún pontífice lo prohíba? Fue, por cierto, reprensible que Plauto y Nevio hablasen mal de Publio y Neyo Escipión y Cecilio de Marco Catón; pero ¿por qué reputáis por una acción justa y calificada el que vuestro Terencio, refiriendo el delito de Júpiter Optimo Máximo, excitase el apetito sensual de la juventud?

CAPITULO XIII

Que debían echar de ver los romanos que sus dioses, que gustaban los honrasen con tan torpes juegos y solemnidades, eran indignos del culto divino Parece que, si viviera Escipión, acaso me respondería: “¿Cómo hemos de querer nosotros se castiguen aquellos crímenes que los mismos dioses constituyeron por ritos sagrados, cuando no sólo introdujeron en Roma los juegos escénicos, en los cuales se celebran, dicen, y representan semejantes indecencias, sino que mandaron también que se les dedicasen e hiciesen en honra suya?” Pero ¿y cómo instruidos en estos principios no llegaron a comprender que no eran verdaderos dioses, ni de modo alguno dignos de que la República les diese el honor y culto que se debe a Dios? Porque aquellos mismos que debían, por justas causas, no reverenciarlos, si hubieran deseado que se representaran los juegos escénicos con afrenta de los romanos, pregunto: ¿cómo los tuvieron por dioses y creyeron dignos de adorarlos? ¿Cómo no echaron de ver que eran espíritus abominables, que, con ansia de engañarlos, les pidieron que en honra suya les celebrasen sus torpezas y crímenes abominables?.

Además de esto, los romanos, aunque estaban ya bajo el yugo de una religión tan perversa que les inclinaba a dar culto a unos dioses que veían habían querido les consagrasen las representaciones obscenas de los juegos escénicos; con todo, mirando a su autoridad y decoro, no quisieron honrar a los ministros y representantes de semejantes fábulas, como lo ejecutaron los griegos, sino que, como dice Escipión y refiere Cicerón, considerando el arte de los cómicos y el teatro como ejercicio ignominioso, no solamente no quisieron que sus actores gozasen de los privilegios y honores comunes a los demás ciudadanos romanos,

sino que hasta los privaron de su tribu, conforme a lo resuelto en la visita que practicaron los censores.

Determinación verdaderamente prudente y digna de que se refiera entre las alabanzas de los romanos, pero yo quisiera que se siguiera a sí misma y se imitara a sí propia en tan acertadas decisiones: porque, reflexionad un poco ¿está muy bien ordenado que a cualquiera ciudadano romano que eligiese el oficio de los farsantes, no sólo le admitiesen a la obtención de honor alguno, sino que por orden del censor no le dejasen siquiera permanecer en su propia tribu? ¡Oh, glorioso decreto de una ciudad esclarecida, tan deseosa de alabanza como en el fondo verdaderamente romana! Pero, respóndanme: ¿qué motivo tuvieron para privar a los escénicos de todos los cargos de la ciudad, y, sin embargo, los mismos juegos los dedicaron al honor de sus dioses? Pasaron ciertamente muchos años en que la virtud romana no conoció los ejercicios del teatro, los cuales, silos hubieran buscado por humana diversión, su introducción, sin duda, hubiera procedido del vicio y relajación de las costumbres humanas; pero no nacieron de este principio: los dioses mismos fueron los que pidieron se les sirviese con ellos; y a vista de este particular precepto, ¿cómo menosprecian al actor por cuyo ministerio se sirve a Dios? ¿Y con qué valor se tacha y castiga al que representa la fábula en el teatro, al mismo tiempo que se adora al que lo pide? En esta controversia se hallan desavenidos en sus dictámenes los griegos y los romanos. Los griegos opinan que hacen bien en honrar a los actores, supuesto que adoran a los dioses que les piden tales juegos, y los romanos no consienten que se deslustre y desacredite con los actores una tribu de gente plebeya, cuanto más el orden de los senadores.

Mas en ésta disputa se resuelve el punto de la cuestión con este argu- mento: proponen los griegos: si han de adorarse los tales dioses, por la misma razón debe honrarse a los que ejecuten sus juegos; resumen los romanos: Ahora bien; de ningún modo" se debe dar honor a tales hombres. Concluyen los cristianos: luego por ninguna razón se deben adorar tales dioses.

CAPITULO XIV

Que Platón, que no admitió a los poetas en una ciudad de buenas costumbres, es mejor que los dioses que quisieron los honrasen con juegos escénicos Pregunto aún más: ¿por qué razón no hemos de tener por infames, como a los actores, a los mismos poetas que componen estas fábulas, a quienes por la ley de las Doce Tablas se les prohíbe el ofender la fama de los ciudadanos y se les permite lanzar tantas ignominias contra los dioses? ¿Cómo puede caber en una razón rectamente dirigida, y menos en la justicia, que se tengan por infames los actores y los dioses, y al mismo tiempo se honre a los autores? ¿Acaso en este particular hemos de dar la gloria al griego Platón, quien, fundando una ciudad tal cual era conforme a razón, fue de parecer se desterrasen de ella los poetas como enemigos de la tranquilidad pública? Platón no pudo sufrir las injurias que se hacían a los dioses; pero tampoco quiso que se estragasen los ánimos de los ciudadanos con ficciones y mentiras.

Cotejemos ahora la condición humana de Platón, que destierra a los poetas de la ciudad porque no seduzcan a los ciudadanos con falsas imágenes, con la divinidad de los dioses, que desean y piden que los honren con los juegos escénicos. Platón, aunque no lo

persuadió, con todo, disertando sobre estos puntos y atendiendo a la disolución y lascivia de los griegos, aconsejó que no se escribiesen semejantes obscenidades. Pero los dioses, mandándolo expresamente, obligaron con toda su autoridad y aun hicieron que la gravedad, y modestia de los romanos les representase tales funciones; y no se contentaron precisamente con que se les recitasen semejantes torpezas, sino que quisieron se las dedicasen y solemnemente se las celebrasen. ¿Y a quién con más justa causa debía mandar la ciudad romana Se tributasen honores como a Dios, a Platón, que prohibía estas maldades y abominaciones, o a los demonios, que gustaban de estos delirios de los hombres, a quienes Platón no pudo desengañar, ni persuadir la verdad? Fundado en estas razones, Labeón opinó que debíamos colocar y contar a Platón entre los semidioses, como a Hércules y Rómulo; y respecto de los semidioses, les pospone o coloca en el orden siguiente a los héroes, aunque a unos y otros coloca entre los dioses; pero Platón, a quien llama semidiós, no dudo debe ser preferido y antepuesto, no sólo a los héroes, sino a los mismos dioses.

Las leyes de los romanos corresponden de algún modo con la doctrina de Platón, en cuanto éste condena absolutamente todas las ficciones poéticas; y ciertamente quitan a los poetas la licencia de infamar directamente a los hombres. Platón extermina y prohíbe a los poetas el habitar en la ciudad, y los romanos destierran a los actores y les cierran el paso para poder subir a los honores y prerrogativas correspondientes a los demás ciudadanos; y si del mismo modo se atrevieran con los dioses que deseen y resuelven los juegos escénicos, acaso lograran exterminarlos del todo: luego de ninguna manera pudieran esperar los romanos de sus dioses leyes bien combinadas para establecer las buenas costumbres o para corregir las malas; antes los vencen y convencen con sus desatinadas constituciones; porque ellos les piden los juegos escénicos en honra suya, y éstos privan de todos los honores correspondientes a su estado a los actores escénicos. Ordenan los romanos igualmente que se celebren por medio de las ficciones poéticas las acciones abominables de los dioses, y al mismo tiempo refrenan la libertad de los Poetas, prohibiéndoles injuriar a los hombres. Pero el semidiós Platón, no sólo se opuso al apetito descabellado de los dioses, sino que enseñó cuál era lo más conforme a la índole natural de los romanos, pues no quiso habitasen en una ciudad tan bien formada los mismos poetas, o los que, por mejor decir, mentían a su albedrío o proponían a los hombres acciones injustas que imitasen o representasen los crímenes de sus dioses Nosotros no defendemos que Platón es dios, ni semidiós, ni le comparamos a los ángeles buenos del verdadero Dios, ni a los profetas, ni a los apóstoles, ni a los mártires de Jesucristo, ni a algún hombre cristiano, y la razón de este dictamen la daremos en su lugar, pero, con todo, supuesto que quieren sostener fue semidiós, me parece debemos anteponerle, si no a Rómulo y a Hércules (aunque de Platón no ha habido historiador alguno o poeta que diga o finja que dio muerte a su hermano, ni haya cometido otra maldad), por lo menos debe ser preferido a Príapo o a un cinocéfalo, o, finalmente, a la fiebre, que son dioses que los temían los romanos, parte de otras naciones y parte los consagraban ellos propios.

¿Y de qué modo habían de prohibir el culto de semejantes dioses, y menos oponerse con sabios preceptos y leyes a tantos vicios como los que amenazan al corazón humano y a las costumbres del hombre? ¿O cómo habían de extirpar aquellos que naturalmente nacen y están arraigados en él? Mas, por el contrario, todos éstos procuraron fomentar y aun acrecentar, queriendo que tales torpezas suyas, o como si lo fuesen, se divulgasen por el

pueblo por medio de las fiestas y juegos del teatro, para que, como con autoridad divina, se encendiese naturalmente el apetito humano, no obstante estar clamando contra este desenfreno en vano Cicerón, quien, tratando de los poetas, "a los cuales, como les divierten, dice, la voz y el aplauso del pueblo, como si fuese un perfecto y eminente maestro, ¡ qué de tinieblas introducen.!, ¡cuántos miedos infunden!, ¡qué de pasiones y apetitos inflaman!"

CAPITULO XV

Que los romanos hicieron para sí algunos dioses, movidos, no por razón, sino por lisonja Y ¿qué razón tuvo esta nación belicosa para adoptarse estos dioses, que no fuese más una pura lisonja en la elección que hicieron de ellos, aun de los mismos que eran falsos? Pues a Platón, a quien respetan por semidiós (que tanto estudió y escribió sobre estas materias, procurando que las costumbres humanas no adoleciesen ni se corrompiesen con los males y vicios del alma, que son los que principalmente se deben huir), no le tuvieron por digno de un pequeño templo, y a Rómulo le antepusieron a muchos dioses, no obstante que la doctrina que ellos consideran como misteriosa y oculta le celebre más por semidiós que por dios, y en esta conformidad le crearon también un sacerdote que llamaban Flamen, cuya especie de sacerdocio fue tan excelente y autorizado en las funciones y ceremonias sagradas de los romanos, que usaban la insignia de un birreta de mitra, la que usaban los tres flamines que servían a los tres dioses, como eran un flamen dial para Júpiter, otro marcial para Marte y otro quirinal para Rómulo; pero habiendo canonizado a éste, y habiéndole colocado en el Cielo como por dios en atención a lo mucho que le estimaban sus ciudadanos, se llamó después Quirino, y así con esta honra quedó Rómulo preferido a Neptuno y a Plutón, hermanos de Júpiter, y al mismo Saturno, padre de éstos, confiriéndole como a dios grande el sumo sacerdocio que habían dado a Júpiter y Marte, como a su padre, y quizá por su respeto.

CAPITULO XVI

Que si los dioses tuvieran algún cuidado de la justicia, de su mano debieran recibir los romanos leyes para vivir, antes que pedirlas prestadas a otras naciones Si pudieran los romanos haber obtenido de sus dioses leyes para vivir y gobernarse, no hubieran ido algunos años después de la fundación de Roma a pedir a los atenienses que les prestasen las leyes de Solón, aunque de éstas tampoco usaron del modo que las hallaron escritas, sino que procuraron corregirlas y mejorarlas conforme a sus usos; no obstante que Licurgo fingió había dispuesto que las leyes que dio a los lacedemonios con autoridad del oráculo de Apolo, lo cual, con justa razón, no quisieron creer los romanos, y por eso no las admitieron en todas sus partes, Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo en el reino, dicen que promulgó algunas leyes, las cuales no eran suficientes para el gobierno de su Estado, y al mismo tiempo estableció ceremonias del culto religioso; pero no aseguran que estos, estatutos los recibiesen de mano de sus dioses; así éstos no cuidaron de que sus adoradores no poseyesen los vicios del alma, de la vida y de las costumbres, que son tan grandes, que algunos doctos romanos afirman que con estos males perecen las Repúblicas, estando aún las ciudades en pie; antes procuraron, como dejamos probado, el que se acrecentasen.

CAPITULO XVII

Del robo de las sabinas y de otras maldades que reinaron en Roma, aun en los tiempos que tenían por buenos Pero diremos acaso que el motivo que tuvieron los dioses para no dar leyes al pueblo romano fue porque, como dice Salustio, la justicia y equidad reinaban entre ellos no tanto por las leyes cuanto por su buen natural; y yo creo que de esta justicia y equidad provino el robo de las sabinas; porque, ¿qué cosa más justa y más santa hay que engañar a las hijas de sus vecinos, bajo el pretexto de fiestas y espectáculos, y no recibirlas por mujeres con voluntad de sus padres, sino robarlas por fuerza, según cada uno podía?. Porque si fuera mal hecho el negarlas los sabinos cuando se las pidieron, ¿cuánto peor fue el robarlas, no dándoselas? Más justa fuera la guerra con una nación que hubiera negado sus hijas a sus vecinos por mujeres después de habérselas pedido que con las que pretendían, después se las volviesen por habérselas robado.

Esto hubiera sido entonces más conforme a razón, pues, en tales circunstancias, Marte pudiera favorecer a su hijo en la guerra, en venganza de la injuria que se les hacia en negarles sus hijas por mujeres, consiguiendo de este modo las que pretendían; porque con el derecho de la guerra, siendo vencedor, acaso tomaría justamente las que sin razón le habían negado; lo que sucedió muy al contrario -ya que sin motivo ni derecho robó las que no le habían sido concedida-, sosteniendo injusta guerra con sus padres, que justamente se agraviaron de un crimen tan atroz. Sólo hubo en este hecho un lance que verdaderamente pudo tenerse por suceso de suma importancia y de mayor ventura, que, aunque en memoria de este engaño permanecieron las fiestas del circo, con todo, este ejemplo no se aprobó en aquella magnífica ciudad; y fue que los romanos cometieron un error muy craso, más en haber canonizado por su dios a Rómulo, después de ejecutado el rapto, que en prohibir que ninguna ley o costumbre autorizase el hecho de imitar semejante robo.

De esta justicia y bondad resultó que, después de desterrados el rey Tarquino y sus hijos, de los cuales Sexto había forzado a Lucrecia, el cónsul Junio Bruto hizo por la fuerza que Lucio Tarquino Colatino, marido de Lucrecia, y su compañero en el consulado, hombre inocente y virtuoso, que sólo el nombre y parentesco que tenía con los Tarquinos renunciase el oficio, no permitiéndole vivir en la ciudad, cuya acción fea efectuó con auxilio o permisión del pueblo, de quien el mismo Colatino habla recibido el consulado, así como Bruto.

De esta justicia y bondad dimanó que Marco Camilo, varón singular de aquel tiempo, que al cabo de diez años de guerra, en que el ejército romano tantas veces había tenido tan funestos sucesos que estuvo en términos de ser combatida la misma Roma, venció con extraordinaria felicidad a los de Veyos, acérrimos enemigos del pueblo romano, ganándoles su capital; pero siendo examinado Camilo en el Senado sobre su conducta en la guerra, la cual determinación extraña motivó el odio implacable de sus antagonistas y la insolencia de los tribunos del pueblo, halló tan ingrata la ciudad que le debía su libertad, que, estando seguro de su condenación, se salió de ella, desterrándose voluntariamente; y a pesar de estar ausente multaron en 10,000 dineros a aquel héroe, que nuevamente había de volver a librar a su patria de las incursiones y armas de los galos. Estoy ya fastidiado de referir relaciones tan abominables e injustas con que fue afligida Roma, cuando los poderosos procuraban

subyugar al pueblo y éste rehusaba sujetarse; procediendo las ca- bezas de ambos partidos más con pasión y deseo de vencer, que con intención de atender a lo que era razón y justicia.

CAPITULO XVIII

Lo que escribe Salustio de las costumbres de los romanos, así de las que estaban reprimidas con el miedo, como de las que estaban sueltas y libres con la seguridad Seré, pues, breve, y me aprovecharé del incontestable testimonio de Salustio, quien habiendo dicho en honor de los romanos (que es de donde empezamos nuestra exposición) que la justicia y bondad entre ellos florecía no tanto por las leyes cuanto por su buen natural, celebrando la gloriosa época en que, desterrados los reyes, insensiblemente y en breve tiempo aquella admirable ciudad; sin embargo, el mismo Salustio, en el libro primero de su historia y en las primeras páginas, confiesa que, casi en el mismo instante en que, extinguido el poder real se estableció el consular, padeció la República considerables vejaciones y agravios de los poderosos; por lo que resultaron divisiones entre el pueblo y los senadores, sin referir las discordias y daños que en seguida acaecieron; pues habiendo dicho cómo el pueblo romano había vivido con laudables costumbres y mucha concordia, aun en aquellos tiempos calamitosos en que la segunda y última guerra de Cartago atrajo considerables males, y habiendo asimismo expuesto que la causa de esta felicidad fue, no el amor de la justicia, sino el miedo de la poca seguridad de la paz que había mientras vivía Cartago en su grandeza, que era la razón porque también Nasica no quería que se destruyera a Cartago, para de este modo reprimir la disolución, conservar las buenas costumbres y refrenar con el miedo los vicios, añade:

“Pero la discordia, la avaricia, la ambición y los demás vicios y desgracias que suelen resultar de las prosperidades, crecieron extraordinariamente después de la destrucción de Cartago, para que lo entendiésemos que antes no sólo solían nacer, sino igualmente crecer, los vicios”; y dando la razón por qué se explica en estos términos, prosigue diciendo: “Porque hubo vejaciones y agravios que cometían los poderosos, de donde procedía la división entre los senadores y el pueblo, y otras discordias domésticas en el principio, cuando apenas había cesado la autoridad de los reyes, viviendo los hombres con equidad y modestia mientras duró el miedo de Tarquino y la peligrosa guerra con los etruscos.” ¿Veis cómo también el miedo fue la causa de haber vivido un espacio de tiempo tan corto, después de desterrados los reyes, con alguna equidad y honestidad; pues se temía la guerra que el rey Tarquino, despojado del reino, excitaba, y hacía contra los romanos, aliados de los etruscos? Advierte, pues, ahora lo que añade en seguida:

“Comenzaron los padres a tratar al pueblo como a esclavo, disponiendo de su vida y de sus espaldas, al modo que acostumbran los reyes, defraudándolos del repartimiento de los campos, quedándose ellos solos con el gobierno y autoridad, sin conferir con los demás parte alguna. Oprimido el pueblo con un gobierno tan tiránico, y principalmente con el peso de las deudas y usuras, sufriendo igualmente con la continuación de las guerras, el tributo y la milicia, se amotinó y acudió armado al monte Sacro y al Aventino, donde eligió para su gobierno tribunos de la plebe y estableció varias leyes; no teniendo otro fin más feliz las discordias de uno y otro bando que la segunda guerra Púnica. ¿Veis desde qué tiempo, esto

es, poco después de ser desterrados los reyes, cómo se portaron entre silos romanos, de quienes se dice que la justicia y bondad valía entre ellos no tanto por las leyes como por su buen natural? Pues si vemos que fueron tales aquellos tiempos en que dicen fue virtuosa, inocente y hermosa la República romana, qué nos parece podemos ya decir o pensar de aquellos célebres romanos que les sucedieron, en cuya época, habiéndose transformado paulatinamente para usar de los términos del mismo historiador), de hermosa y buena se hizo muy mala y disoluta, es a saber: después de la destrucción de Cartago, como lo insinuó el mismo Salustio; y del modo que este historiador recopila y describe estos tiempos que pueden examinarse en su historia, es fácil observar con cuánta malicia y corrupción de costumbres, nacida de las prosperidades, se fueron corrompiendo hasta el desdichado tiempo de las guerras civiles.

Desde esta época, dice, las costumbres de los antepasados, no poco a poco como antes, sino como un arroyo que se precipita, se relajaron en tanto grado y la juventud se estragó tanto con las galas, deleites y avaricia, que con razón se dijo de ella que había nacido una gente que no podía tener haciendo ni sufrir que otros la tuviesen. Dice Salustio muchas cosas acerca de los vicios de Sila y de los demás desórdenes de la República, en lo que convienen todos los escritores, aunque se diferencian mucho en la elocuencia. Ya veis, a lo que entiendo, y cualquiera persona que quiera advertirlo fácilmente podrá notar, la relajación y corrupción de costumbres en que estaba sumergida Roma antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Acaeció, pues, esta desenfrenada disolución no sólo antes que Cristo encarnase y predicase personalmente su divina doctrina, sino también aun antes que naciese de la Virgen Santísima; y supuesto no se atrevieron a imputar los graves males acaecidos por aquellos tiempos, ya fuesen los tolerables al principio o los intolerables y horribles sucedidos después de la destrucción de Cartago; no atreviéndose, digo, a imputarlos a sus dioses, que con maligna astucia sembraban en los humanos corazones unas opiniones y principios prevaricadores de donde naciesen semejantes vicios, ¿por qué tienen la osadía de atribuir los males presentes a Cristo, quien por medio de una doctrina sana nos libra, por una parte, de la adoración de los falsos y seductores dioses, y por otra, abominando y anatematizando con autoridad divina esta perjudicial y contagiosa codicia de los hombres, poco a poco va entresacando de todas las partes del mundo corrompidas, y aun destruidas, con estos males, su dichosa familia, para ir estableciendo y fundando con ella la ciudad que es eterna y verdaderamente gloriosa, no por voto y como un aplauso de la humana vanidad, sino a juicio de la misma verdad, que es Dios?

CAPITULO XIX

De la corrupción que hubo en la República romana antes que Cristo prohibiese el culto de los dioses Y ved aquí cómo la República romana (lo cual no soy yo el primero que lo digo, sino que sus cronistas, de quienes a costa de muchas tareas y molestias lo aprendimos, lo dijeron muchos años antes de la venida de Cristo) poco a poco se fue mudando, y de hermosa y virtuosa se convirtió en mala y disoluta. Ved aquí cómo antes de la gloriosa venida del Salvador, y después de la destrucción de Cartago, las costumbres de sus antepasados no paulatinamente como antes, sino como una rápida avenida de un arroyo, se

entregaron y relajaron en tanto grado, que la juventud se corrompió con la superfluidad de las galas, deleites y codicia. Léannos algunos preceptos que hayan promulgado sus dioses contra el lujo, regalo y ambición del pueblo romano, a quien ojalá hubieran callado las cosas santas y modestas y no le hubieran pedido también las torpes y abominables, para acreditarlas mediante el oráculo de su falsa divinidad con más daño de sus adoradores.

Lean los nuestros, así los Profetas como el santo Evangelio, los hechos apostólicos y las epístolas canónicas, y observarán en todos estos admirables escritos gran abundancia y copia de máximas saludables y de persuasiones convincentes, predicadas al pueblo mediante el influjo del espíritu divino, contra la avaricia y lujuria, no excitando el ruidoso estrépito y vocería que se oye a los filósofos desde su cátedras, sino tronando como desde unos oráculos y nubes de Dios, y, sin embargo, no imputan a sus dioses el haberse convertido la República antes de la venida de Cristo en disoluta y perversa, con los fuertes incentivos del deleite, del lujo, del regalo y con costumbres tan torpes como sanguinarias; antes bien, cualquiera aflicción que sufre en la presente situación su soberbia y molicie la atribuyen al influjo de la religión cristiana, cuyos preceptos sobre las costumbres sanas y virtuosas, si los oyesen y juntamente se aprovechasen de ellos los reyes de la tierra, los jóvenes y las doncellas y todas las naciones juntas, los príncipes y los jueces de la tierra, los ancianos y los mozos, todos los de edad capaz de juicios, hombres y mujeres, y aquellos a quienes habla San Juan Bautista, los mismos publicanos y soldados, no sólo ilustraría y adornaría la República con su felicidad las tierras de esta vida presente, sino que subiría a la cumbre de la vida eterna para reinar eternamente y con perpetua dicha; pero por cuanto uno lo oye y otro lo desprecia, y los más son aficionados más a la perniciosa condescendencia y atractivo de los vicios que al importante rigor y aspereza de las virtudes, se les notifica y manda a los siervos de Jesucristo que tengan paciencia y sufran, ya sean reyes, príncipes, ya jueces, soldados, de provincias, ricos, pobres, libres, esclavos, de cualquier condición que sean, hombres y mujeres, que toleren, digo (si así conviene), aun a la República más disoluta y perversa, y que con este sufrimiento granjearán y conseguirán un elevado y distinguido lugar en aquella santa y augusta Corte de los Ángeles y República celestial, cuyas leyes y ordenanzas son la misma voluntad de Dios.

CAPITULO XX

Cuál es la felicidad de que quieren y las costumbres con que quieren vivir los que culpan los tiempos de la religión cristiana Aunque los que aprecian y adoran a los dioses, cuyos crímenes y maldades se lisonjean de imitar, de ningún modo procuran atender a la conservación de una República mala y disoluta, con tal que ésta exista o que florezca en abundancia de bienes y gloriosas victorias; o lo que es mayor felicidad, con tal que goce de una paz segura y estable, ¿qué nos importa a nosotros? Antes bien, lo que a cada uno interesa más es que cualquiera aumente continuamente sus riquezas, con las cuales haya para sostener los diarios gastos, y, del mismo modo, es que fuere más poderoso pueda sujetar igualmente a los más necesitados, o que obedezcan a los ricos los más pobres, sólo para conseguir la comida y aliviar su necesidad, y para que a la sombra de su amparo gocen del ocio y de la quietud, y se sirvan los ricos de los indigentes para sus ministerios respectivos, y para la, ostentación de su pompa y fausto; que el pueblo aplauda, no a los que le persuaden lo que le importa, sino a los que le proporcionan gustos y deleites; que no se

les mande cosa dura, ni se les prohíba cosa torpe; que los reyes no atiendan a si son buenos y virtuosos sus vasallos, sino a si obedecen sus órdenes; que las provincias sirvan a los reyes, no como gobernadores o primeros directores de sus costumbres, sino como a señores o dueños absolutos de sus haciendas y como a proveedores o dispensadores de sus deleites y regalos, y al mismo tiempo que los honren y reverencien, no sinceramente o de corazón, sino que los teman servilmente; que castiguen severamente las leyes primero lo que ofende a la vida ajena que lo que daña a la vida propia; que ninguno lleve a la presencia del juez, sino al que fuere perjudicial a los bienes, casa o salud ajena, o fuere importuno o nocivo por sus costumbres relajadas; que en lo demás, con sus afectos o deudos, o de los haberes de éstos, o de cuales quiera que condescendiere haga cada uno lo que más le agradare; que asimismo haya abundancia de mujeres públicas, para todos los que quisiesen participar de ellas, o particularmente para los que no pueden tenerlas en su casa; que se edifiquen grandes, magníficas y suntuosas casas donde se frecuenten los saraos y convites, y donde, según le pareciere a cada uno, de día y de noche, juegue, beba, se divierta, gaste y triunfe; que continúen sin interrupción los bailes, hiervan los teatros con el aplauso y voces de alegría; que se conmuevan con la representación de actos deshonestos y todo género de deleites tan abominables y torpes, y que sea tenido por enemigo público el que no gustare de esta felicidad; que a cualquiera que intentase alterarla o quitarla puedan todos, libremente, echarle adonde no le oigan, le destierren donde no sea visto y le saquen de entre los vivientes; que sean tenidos por verdaderos dioses los que procuraron que el pueblo consiguiese esta felicidad y, conseguida, supieron inventar medios para conservársela; que los reverencien y tributen del modo que les fuera más agradable; que pidan los juegos y fiestas que fuesen de su voluntad y pudiesen alcanzar de sus adoradores, con tal que procuren con todo su esfuerzo que esta felicidad momentánea esté segura de las invasiones del enemigo, de los funestos efectos del contagio y de cualquiera .otra calamidad; ¿y quién de sano juicio habrá que quiera comparar esta República, no digo yo con el Imperio romano, sino con la casa de Sardanápalo, quien, siendo por algún tiempo rey de los asirios, se entregó con tanta demasía a los deleites que mando se escribiese en su sepulcro que después de muerto sólo conservaba lo que había devorado y consumido en vida su torpe apetito? Si la suerte hubiera dado a los romanos por rey a Sardanápalo, y contemporizara y disimulara estas torpezas sin contradecirles de modo alguno, sin duda de mejor gana le consagraran templo y flamen que los antiguos romanos a Rómulo.

CAPITULO XXI

Lo que sintió Cicerón de la República romana Pero si no hicieron caso del erudito escritor que llamó a la República romana mala y disoluta, ni cuidan de que esté poseída de cualesquiera torpezas y costumbres abominables y corrompidas, con tal que exista y persevere; digan cómo no solo se hizo procaz y disoluta, como dice Salustio, sino que, según enseña Cicerón, en aquella época había ya perecido del todo la República, sin quedar rastro ni memoria de ella Introduce, pues, en el raciocinio este sabio orador al valeroso Escipión, aquel mismo que destruyó Cartago, disertando sobre la República en un tiempo en que ya se sospechaba y advertía que estaba vacilante y expuesta a ser destruida con los vicios y corrupción de costumbres, sobre lo que elegantemente habla Salustio.

Suscitose, pues, esta controversia en el tiempo en que ya uno de los Gracos había muerto, en cuyo gobierno -como escribe Salustio- tuvieron principio graves discordias, y de cuya muerte se hace mención en los mismos libros; y habiendo dicho Escipión al fin del libro segundo, que “así como se debe guardar en la citara, en la flauta y en la canción una cierta consonancia de distintas y diferentes voces, la cual, si se muda, disuena, ofende y no la puede sufrir un oído delicado, y esta misma consonancia, aunque de diferentes voces, con sólo contemplarlas y arreglarías a una perfecta modulación, se hace grata y suave al oído; así también una ciudad compuesta de diferentes órdenes y estados, altos, medios y bajos, como voces bien templadas, con la conformidad y concordia de partes de entre sí tan diferentes, vive concorde y tranquila; lo que llaman los músicos en el cántico armonía, esto era en la ciudad la concordia, que es un estrecho e importante vínculo para la conservación de toda la República, la cual de ningún modo podía existir sin la justicia”; pero disertando después dilatada y copiosamente sobre lo que interesaba el que hubiese justicia en la ciudad, como de los graves daños que se seguían en todo Estado que no se observaba; tomó la mano Filón, uno de los que disputaban, y pidió que se averiguase más circunstancialmente esta opinión, tratándose con más extensión de la justicia, porque comúnmente se decía que era imposible regir y gobernar una República sin injusticia, y por esto fue Escipión de parecer convenía aclarar y ventilar esta duda, diciendo “le parecía que era nada cuanto hasta entonces habían hablado acerca del gobierno de la República, y que aún podría decir más, a no estar confirmado y fuera de toda ambigüedad que era falso el principio de que sin justicia podía regirse un pueblo, así como era cierto el otro, de que es imposible gobernar una República sin una recta justicia”.

Y habiendo diferido la resolución de esta cuestión para el día siguiente, en el tercer libro se trató de esta materia copiosamente, refiriendo las disputas que ocurrieron para su decisión. El mismo Filón siguió el partido de los que opinaban era imposible regir la República sin injusticia, justificándose en primer lugar para que no se creyese que él realmente era de este parecer, y disertó con mucha energía en favor de la injusticia, y contra la justicia, dando a entender quería manifestar con ejemplos y razones verosímiles que aquélla interesaba a la República y ésta era inútil. Entonces Lelio, a ruegos de los senadores, empezando a defender con nervio y eficacia la justicia, ratificó, y aun aseguró cuanto pudo la opinión contraria, hasta demostrar que no había cosa más contraria al régimen y conservación de una ciudad que la injusticia, y que era absolutamente imposible gobernar un Estado y hacer que perseverase en su grandeza, sino obrando con rectitud y justicia.

Examinada y ventilada esta cuestión por el tiempo que se creyó suficiente, volvió Escipión al mismo asunto que había dejado, tornando a repetir y elogiar su concisa definición de la Republica, en la que había asentado que era algo del pueblo; y resuelve que pueblo no es cualquiera congreso que compone la multitud, sino una junta asociada unánimemente y sujeta a unas mismas leyes y bien común. Después demuestra cuánto importa la definición para las disputas, y de sus definiciones colige que entonces es República, esto es, bien útil al pueblo, cuando, se gobierna bien y de acuerdo, ya sea por un rey, ya por algunos patricios, ya por todo el pueblo; pero siempre que el rey fuese injusto, a quien llamó tirano, como acostumbraban los griegos, injustos serían los principales encargados del gobierno, cuya concordia y unión dijo era parcialidad; o injusto sería el mismo pueblo, para quien no halló nombre usado, y por eso le llamó también tirano; no era ya República viciosa, como el día anterior habían dicho, sino que, como manifestaba el argumento y razones deducidas

de las establecidas definiciones, de ningún modo era República, porque no era bien útil al pueblo, apoderándose de ella el tirano con parcialidad; ni el mismo pueblo era ya pueblo si era justo, porque no representaba ya la multitud unida y ligada por unas mismas leyes y bien común, como se ha definido al pueblo.

Cuando la República romana era de tal condición cual la pintó Salustio, no era ya mala y disoluta, como él dice, sino que totalmente no era ya República, como se confirmó en la disputa que se suscitó sobre ella entre sus principales patricios que la gober- naban, así como el mismo Tulio, hablando no ya en nombre de Escipión ni de otro alguno, sino por si mismo, lo mostró al principio del libro quinto, alegando en su favor el verso del poeta Ennio, que dice: "Que conservan la República romana en su primitivo esplendor las antiguas buenas costumbres y los muchos hombres excelentes que había producido."

El cual verso, dice él, "me parece que, o por su concisión o sencillez, le pronunció como si fuese tomado de algún oráculo, porque ni los varones excelentes, si, no estuviera tan bien formada y acostumbrada la ciudad, ni las cos- tumbres, si no presidieran y gobernaran estos insignes varones, hubieran podido establecer ni conservar una República tan dilatada con un dominio en su gobierno tan justo y tan extendido; así pues, en los tiempos pasados, las mismas costumbres o la buena conducta de nuestra patria elegía varones insignes, quienes conservaban en su primer esplendor las costumbres e instituciones de sus mayores; pero nuestro siglo, habiendo recibido el gobierno del Estado como una pintura hermosa que se deteriora y desmejora con la antigüedad, no solamente no cuidó de renovar los mismos colores que solía tener, pero ni procuró que por lo menos conservase la forma y sus últimos perfiles; porque ¿que retenemos ya de las antiguas costumbres con que dice estaba en pie la República romana, las cuales vemos tan desacreditadas y olvidadas, que no sólo se estiman, pero ni aun las conocen? Y de los varones puede decir que las mismas costumbres perecieron por falta de hombres que las practicasen, de cuya desventura no solamente hemos, de dar la razón, sino que también, como reos de un crimen capital, hemos de dar cuenta ante el juez de esta causa, en atención a que por nuestros propios vicios, no por accidente alguno, conservamos de la República sólo el nombre; pero la sustancia de ella realmente hace ya tiempo que la perdimos".

Esto confesaba Cicerón, aunque mucho después de la muerte de Africano, a quien hizo disertar en sus libros sobre la República, pero todavía, antes de la venida de Jesucristo, y si esto se hubiera pensado y divulgado cuando ya florecía la religión cristiana, ¿quién hubiera entre éstos que no le pareciera que se debía imputar esta relajación a los cristianos? ¿Por qué no procuraron sus dioses que no pereciera ni se perdiera entonces aquella República, la cual Cicerón, muchos años antes que Cristo naciese de la Santísima Virgen, tan lastimosamente llora por perdida? Examine atentamente los que tanto ensalzan, qué tal fue aun en la época en que florecieron aquellos antiguos varones y celebradas costumbres; si acaso floreció en ella la verdadera justicia, o si quizá entonces tampoco vivía por el rigor de las costumbres, sino que estaba pintada con bellos colores, la cual aun el mismo Cicerón, ignorándolo cuando la celebraba y prefería, lo expresó; pero en otro lugar hablaremos de esto, si Dios lo quiere, procurando manifestar a su tiempo, conforme a las definiciones del mismo Cicerón, cuán brevemente explicó lo que era República y lo que era pueblo en persona de Escipión, conformándose con él otros muchos pareceres, ya fuesen suyos o de los que introduce en la misma disputa, donde sostiene que aquélla nunca fue República,

porque jamás hubo en ella verdadera justicia; pero, según las definiciones más probables en su clase, fue antiguamente República, y mejor la gobernaron y administraron los antiguos romanos que los que se siguieron después; en atención a que no hay verdadera justicia, sino en aquella República cuyo Fundador, Legislador y Gobernador es Cristo, si acaso nos agrada el llamarla República, pues no podemos negar que ella es un bien útil al pueblo; pero si este nombre, que en otros lugares se toma en diferente acepción, estuviese acaso algo distante del uso de nuestro modo de hablar, por lo menos la verdadera justicia se halló, en aquella ciudad de quien dice la Sagrada Escritura: "¡Cuán gloriosas cosas están dichas de la, Ciudad de Dios!"

CAPITULO XXII

Que jamás cuidaron los dioses de los romanos de que no se estragase y perdiese la República por las malas costumbres Por lo que se refiere a la presente cuestión, por más famosa que digan fue, o es, la República, según el sentir de sus más clásicos autores, ya mucho antes de la venida de Cristo se había hecho mala y disoluta, o por mejor decir, no era ya tal República, y había perecido del todo con sus perversas costumbres; luego para que no se extinguiese, los dioses, sus protectores, debieran dar particulares preceptos al pueblo que los adoraba para uniformar su vida y costumbres, siendo así que los reverenciaba y daba culto en tantos templos, con tantos sacerdotes, con tanta diferencia de sacrificios; con tantas y tan diversas ceremonias, fiestas y solemnidades, con tantos y tan costosos regocijos y representaciones teatrales; en todo lo cual no hicieron los demonios otra cosa que fomentar su culto, no cuidando de inquirir cómo vivían antes, y procurando que viviesen mal; pero si todo esto lo hicieron por puro miedo en honra y honor de los dioses, o si éstos les dieron algunos saludables preceptos, tráiganlos, manifiéstenlos y léannos qué leyes fueron aquellas que dieron los dioses a Roma y violaron los Gracos cuando la turbaron con funestas sediciones, cual fueron Mario, Cinna y Carbón, que fomentaron las guerras civiles, cuyas causas fueron muy injustas, y las prosiguieron con grande odio y crueldad y con mucha mayor las acabaron, las cuales, finalmente, el mismo Sila, cuya vida y costumbres, con las impiedades que cometió, según las pinta Salustio, y otros historiadores, ¿a quién no causan horror? ¿Quién no confesará que entonces pereció aquella República? ¿Acaso por semejantes costumbres experimentadas reiteradamente en Roma se atreverán, como suelen, a alegar en defensa de sus dioses aquella expresión de Virgilio en el libro 2 de la Eneida, donde dice "que todos los dioses que sustentaba en pie aquel Imperio se marcharon, desamparando sus templos y aras?"

Si lo primero es así, no tienen que quejarse de la religión cristiana, pretendiendo que, ofendidos de ella sus dioses, los desampararon; pues sus antepasados muchos años antes, con sus costumbres, los espantaron como a moscas de los altares de Roma; pero, con todo, ¿adónde estaba esta numerosa turba de dioses cuando, mucho antes que se estragasen y corrompiesen las antiguas costumbres, los galos tomaron y quemaron a Roma? ¿Acaso estando presentes dormían? Entonces, habiéndose apoderado el enemigo de toda la ciudad, sólo quedó ileso el monte Capitolino, el cual también le hubieran tomado si, durmiendo los dioses, por lo menos no estuvieran de vela los gansos; de cuyo suceso resultó que vino a caer Roma casi en la misma superstición de los egipcios, que adoran a las bestias y a las aves, dedicando sus solemnidades al ganso; mas no disputo, por ahora, en estos males

casuales que conciernen más al cuerpo que al alma, y suceden por mano del enemigo o por otra desgracia o casualidad. Ahora únicamente trato de la relajación de las costumbres, las cuales, perdiendo al principio poco a poco sus bellos colores y despeñándose después al modo de la avenida de un arroyo arrebatado, causaron, aunque subsistían las casas y los muros, tanta ruina en la República, que autores gravísimos de los suyos no dudan en afirmar que se perdió entonces; y para que así fuese hicieron muy bien en marcharse todos los dioses, desamparando sus templos y aras, si la ciudad menospreció los preceptos que les habían dado sobre vivir bien, con rectitud y justicia; pero, pregunto ahora: ¿quiénes eran estos dioses que no quisieron vivir ni conversar con un pueblo que los adoraba, al que viviendo escandalosamente no enseñaron a vivir bien?

CAPITULO XXIII

Que las mudanzas de las cosas temporales no dependen del favor o contrariedad. de los demonios, sino de la voluntad del verdadero Dios ¿Acaso no se puede demostrar que, aunque estos falsos dioses o deidades alentaron y ayudaron a los romanos a satisfacer sus torpes apetitos, sin embargo, no les asistieron para refrenarlos? ¿Por qué los que favorecieron a Mario, hombre nuevo y de baja condición, cruel autor y ejecutor de las guerras civiles, para que fuese siete veces cónsul, y que en su séptimo consulado viniera a morir viejo y lleno de años, no le patrocinaron asimismo a fin de que no cayera en manos de Sila, que había de entrar luego vencedor? ¿Por qué no le ayudaron también para que se amansara y evitara tantas y tan inmensas crueldades como hizo? Pues si para esta empresa no le ayudaron sus dioses, ya expresamente confiesa que, sin tener uno a sus dioses propicios y favorables, es factible que consiga la temporal felicidad que tan sin término codician, y que pueden algunos hombres, como fue Mario, a despecho y contra las disposiciones y 'voluntad de los dioses, adquirir y gozar de salud, fuerzas y riquezas de honras y dignidades y larga vida; y que pueden igualmente algunos hombres, como fue Régulo, padecer y morir muerte afrentosa en cautiverio, servidumbre, pobreza y desconsuelo, estando en gracia de los dioses, y si conceden que esto es así, confiesan en breves palabras que de nada sirven, y que en vano los reverencian; porque si procuraron que el pueblo se instruyese en los principios más opuestos a las virtudes del alma y a la honestidad de la vida, cuyo premio debe esperar después de la muerte, y si en estos bienes transitorios y temporales ni pueden dañar a los que aborrecen ni favorecer a los que aman, ¿para qué los adoran y para qué con tanto anhelo? ¿Por qué murmuran en los tiempos adversos y desgraciados, como si ofendidos se hubieran ido, y al mismo tiempo con impías imprecaciones injurian la religión cristiana? Y si en estas cosas tienen poder para hacer bien o mal, ¿por qué en ellas favorecieron a Mario siendo un hombre tan malo, y fueron infieles a Régulo siendo tan bueno? Y acaso con este procedimiento, ¿no hacen ver claramente que son sumamente injustos y malos?.

Pero si por estos motivos creyeron que deben ser aún más temidos y reverenciados, tampoco esto debe creerse, porque es sabido que del mismo modo los adoró Régulo que Mario, y no por eso nos parezca se debe escoger la mala vida, porque se presume que los dioses favorecieron más a Mario que a Régulo, ya que Metelo, uno de los mejores y más famosos romanos, que tuvo hijos dignos del consulado, fue también dichoso en las cosas temporales, y Catilina, uno de los peores, fue desdichado, perseguido de la pobreza y murió

vencido en la guerra que tan injustamente había promovido. Verdadera y cierta es solamente la felicidad que consiguen los buenos que adoran a Dios, y es de quien solamente la pueden alcanzar, pues cuando se iba corrompiendo y perdiendo Roma con las malas costumbres, no tomaron providencia alguna sus dioses para corregirlas o enmendarlas y para que no se aniquilase, antes cooperaron a su depravación, corrupción y completa destrucción. Ni por eso se finjan bue- nos como aparentando en cierto modo que, ofendidos de las culpas y crímenes de los ciudadanos, se ausentaron, pues seguramente estaban allí; con lo cual ellos mismos se descubren y conocen, puesto que al fin no pudieron ayudarlos con sus consejos, ni pudieron encubrirse callando.

Paso por alto el que los minturnenses, excitados de Ia compasión, encomendaron los sucesos de Mario a la diosa Marica, a, quien rendían adoración en un bosque contiguo al lugar y consagrado a su hombre, para que le favoreciese y diese prósperos sucesos en todas sus empresas; y sólo advierto que, vuelto a su primera prosperidad desde la suma desesperación, caminó fiero y cruel contra Roma, llevando consigo un poderoso y formidable ejército, adonde cuán sangrienta fue su victoria, cuán cruel y cuánto más fiera que la de cualquier enemigo, léanlo los que quisieren en los autores que la escribieron. Pero esto, como digo, lo omito, ni quiero atribuir a no sé qué Marica la sangrienta felicidad de Mario, sino a la oculta providencia de Dios, para tapar la boca a los, incrédulos y para librar de su ceguedad y error a los que tratan este punto, no con compasión, sino que lo advierten con prudencia, porque aunque en estos acontecimientos pueden algo los demonios, es tanto su poder cuantas son las facultades que les concede el oculto juicio del que es Todopoderoso, para que, en vista de tales desengaños, no apreciemos demasiado las felicidades terrenas, las cuales como a Mario, se dispensan también por la mayor parte a los malos, ni tampoco mirándola bajo otro aspecto la tengamos por mala, viendo que, a despecho de los demonios, la han tenido también por lo mismo muchos santos y verdaderos siervos del que es un solo Dios verdadero; ni, finalmente, entendamos que debemos acatar o temer a estos impuros espíritus por los bienes o males de la tierra; porque así como los hombres malos no pueden hacer en la tierra todo lo que quieren, así tampoco ellos, sino en cuanto se les permite por orden de aquel gran Dios, cuyos juicios nadie los puede comprender plenamente y nadie justamente reprender.

CAPITULO XXIV

De las proezas que hizo Sila, a quien mostraron favorecer Ios dioses El mismo Sila, cuyos tiempos fueron tales que se hacían desear los pasados (a pesar de que a los ojos humanos parecía el reformador de las costumbres), luego que movió su ejército para marchar a Roma contra Mario, escribe Tito Livio que, al ofrecer sacrificios a los dioses, tuvo tan prósperas señales, que Postumio -sacrificador y adivino en este holocausto- se obligó a pagar con su cabeza si no cumplía Sila todo cuanto tenía proyectado en su corazón con el favor de los dioses. Y ved aquí cómo no se habían ausentado los dioses desamparando los sagrarios y las aras, supuesto que presagiaban los sucesos de la guerra y no cuidaban de la corrección del mismo Sila. Prometíanle, adivinando los futuros contingentes, grande felicidad, y no refrenaban su codicia amenazándole con los más severos castigos; después, manteniendo la guerra de Asia contra Mitrídates, le envió a decir Júpiter con Lucio Ticio que había de vencer a Mitrídates, y así sucedió; pero en adelante, tratando de volver a Roma y vengar

con guerra civil las injurias que le habían hecho a él y a sus amigos, el mismo Júpiter volvió a enviar a decirle con un soldado de la legión sexta, que anteriormente le había anunciado la victoria contra Mitrídates, y que entonces le prometía darle fuerzas y valor para recobrar y restaurar, no sin mucha sangre de los enemigos, la República.

Entonces preguntó qué forma o figura tenía el que se le había aparecido al soldado, y respondiendo éste cumplidamente, se acordó Sila de lo que primero le había referido Ticio cuando de su parte le trajo el aviso de que había de Vencer a Mitrídates. ¿Qué podrán responder a esta objeción si les preguntamos por qué razón los dioses cuidaron de anunciar estos sucesos como felices, y ninguno de ellos atendió a corregirlos con sus amonestaciones, o recordar al mismo Sila las futuras desgracias públicas, si sabían que había de causar tantos males con sus horribles guerras civiles, las cuales no sólo habían de estragar, sino arruinar totalmente la República? En efecto, se demuestra bien claro quiénes son los demonios, como muchas veces lo he insinuado. Sabemos nosotros por el incontrastable testimonio de la Sagrada Escritura, y su calidad y circunstancias nos muestran, que hacen su negocio porque les tengan por dioses, adoren y ofrezcan votos, que, uniéndose con éstos los que se les ofrecen, tengan juntamente con ellos delante del juicio de Dios una causa de muy mala condición.

Después de llegado Sila a Tarento y sacrificado allí, vio en lo más elevado del hígado del becerro como una imagen o representación de una corona de oro. Entonces Postumio -el adivino de quien se ha hecho mención- le dijo que aquella señal quería dar a entender una famosa victoria que había de conseguir de sus enemigos; por lo que le mandó que sólo él comiese de aquel sacrificio. Pasado un breve rato un esclavo de Lucio Poncio, adivinando, dio voces, diciendo: “Sila, mensajero soy de Belona; la victoria es tuya”; añadiendo a estas palabras las siguientes: “Que se había de quemar el Capitolio.” Dicho esto, se apartó del campo, donde estaba alojado el ejército, y al día siguiente vol- vió aún más conmovido, y dando terribles voces, dijo que el Capitolio se había quemado, lo que era cierto, aunque era muy fácil que el demonio lo hubiese previsto y manifestado luego. Pero es digno de advertir lo que hace principalmente á nuestro propósito, y es, bajo qué dioses gustan estar los que blasfeman del Salvador, que es quien pone en libertad las voluntades de los fieles, sacándolas del dominio de los demonios.

Dio voces del hombre, vaticinando: “Tuya es la victoria, Sila”; y para que se creyese que lo decía con espíritu divino, anunció también lo que era posible sucediese y después acaeció, estando, sin embargo, muy distante aquel por quien el espíritu hablaba; pero no dio voces, diciendo: “Guárdate de cometer maldades, Sila”, las cuales, siendo vencedor cometió en Roma el mismo que en el hígado del becerro, por singular señal de su victoria, tuvo la visión de la corona de oro. Y si semejantes señales acostumbraban a dar los dioses buenos y no los impíos demonios, sin duda que en las entrañas de la víctima prometerían primero abominables males y muy perniciosos al mismo Sila: en atención a que la victoria no fue de tanto inte- rés y honor a su dignidad cuanto fue perjudicial a su codicia, con la cual sucedió que, anhelando ensoberbecido y ufano las prosperidades, fue mayor la ruina y muerte que se hizo a si mismo en sus costumbres que el estrago que hizo a sus enemigos en sus personas y bienes.

Estos fatales acaecimientos, que verdaderamente son tristes y dignos de lágrimas, no los anunciaban los dioses ni en las entrañas de las víctimas sacrificadas, ni con agüeros, sueños o adivinaciones de alguno, porque más temían que se corrigiese, que no que fuese vencido; antes procuraban lo posible que el vencedor de sus mismos ciudadanos se rindiese vencido y cautivo a los vicios nefandos, y por ellos más estrechamente a los mismos demonios.

CAPITULO XXV

Cuánto incitan al hombre a los vicios los espíritus malignos, cuando para hacer las maldades interponen su ejemplo como una autoridad divina Y de cuanto va referido, ¿quién no entiende, quién no advierte, sino es el que gusta más de seguir e imitar semejantes dioses que apartarse con la divina gracia de su infame compañía, cuánto procuran los malignos espíritus acreditar los vicios y maldades con su ejemplo como con autoridad divina? En cuya comprobación decimos, que en una espaciosa llanura de tierra de campaña, adonde poco después los ejércitos civiles se dieron una reñida batalla, los vieron a ellos mismos pelear entre sí; allí se oyeron primero grandes rumores y estruendos, y luego refirieron muchos que habían visto por algunos días pelear mutuamente dos ejércitos; y, concluida la batalla, hallaron como huellas de hombres y caballos, cuantas pudieran imaginarse en un encuentro igual.

Ahora, pues, si de veras pelearon los dioses entre sí, no se culpen ya las guerras civiles entre los hombres, sino considérese la malicia o miseria de estos dioses; y si fingieron que pelearon, ¿qué otra cosa hicieron sino trayendo entre sí los romanos guerras civiles, darles a entender no cometían maldad alguna teniendo aquel ejemplo de los dioses? A la sazón ya habían comenzado las guerras civiles y precedido algunos casos horrorosos y abominables de tan fieras batallas; y asimismo había ya conmovido los corazones de muchos el fatal suceso acaecido a un soldado que, despojando a otro que había muerto; descubriendo su cuerpo, conoció que era su hermano, y abominando de las guerras civiles, se mató a sí mismo en el mismo lugar, haciendo así compañía al difunto cuerpo de su hermano, lo cual sin duda les movía, persuadía, no precisamente a que se avergonzasen y arrepintiesen de una maldad tan execrable, sino a que creciese más y más el furor de tan perjudiciales guerras; luego estos demonios a quienes los tenían por dioses y les parecía debían adorarlos y reverenciarlos, quisieron aparecerse a los hombres peleando entre sí, para que, a vista de este espectáculo, no revelase el afecto y amor de una misma patria semejantes encuentros y combates; antes el pecado y error humano se excusase con el ejemplo divino.

Con este ardid prescribieron también los malignos espíritus que se les consagrasen los juegos escénicos, de los que he referido ya circunstancialmente algunas particularidades, y en los que han celebrado tantas abominaciones de los dioses, así en los cánticos y músicas del teatro como en las representaciones de las fábulas, para que todo el que creyese que ellos hicieron tales acciones, lo mismo que el que no lo creyese, a pesar de ver que ellos querían gustosamente que se les ofreciesen semejantes fiestas, seguramente los imitase; y para que ninguno imagine cuando los poetas cuentan que pelearon entre sí, que habían

escrito contra los dioses injurias y oprobios, y no acciones propias de su divinidad, ellos mismos, para engañar a los hombres, confirmaron los dichos de los poetas, mostrando a los ojos humanos sus batallas, no sólo por medio de los actores en el teatro, sino también por sí mismos en el campo. Nos ha movido a referir esto el observar que sus propios autores no dudaron en decir y escribir, que muchos años antes de las guerras civiles se había perdido la República romana con las perversas costumbres de sus ciudadanos, y que no había quedado sombra de República antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo; cuya perdición no imputan a sus dioses los que atribuyen a Cristo, los males transitorios y temporales con que los buenos, ya vivan, o ya mueran, no pueden perecer.

Habiendo nuestro, gran Dios dado tantos preceptos contra las malas costumbres y en favor de las buenas, y no habiendo tratado sus dioses negocio alguno por medio de semejantes preceptos con el pueblo que los adoraba, para que aquella República no se perdiese, antes corrompiendo las mismas costumbres con su ejemplo y detestable autoridad, hicieron que totalmente se perdiese, de la cual - a lo que entiendo- ninguno se atreviera ya a decir que se perdió entonces, porque se marcharon todos los dioses; desamparando los sagrarios y las aras como afectos a las virtudes y ofendidos de los vicios de los hombres; pues por tantas señales de sacrificios, agüeros y adivinaciones con que deseaban recomendar su divinidad y presciencia y dar a entender conocían lo futuro y favorecían en las guerras, quedan convencidos de que estaban presentes; y si de veras se hubieran ido, sin duda con más piedad y clemencia se hubieran portado los romanos en las guerras civiles, aunque no se lo inspiran las instigaciones de los dioses, sino sólo sus pasiones y deseos ambiciosos.

CAPITULO XXVI

De los avisos y consejos secretos que dieron los demonios tocante a las buenas costumbres, aprendiéndose por otra parte públicamente todo género de maldades en sus fiestas Siendo esto así, y habiéndose manifestado públicamente las torpezas, junto con las crueldades y afrentas de los dioses, y sus crímenes, verdaderos o fingidos, pidiéndolo ellos mismos y enojándose si no se ejecutaban, teniéndolos consagrados en ciertas solemnidades y habiendo pasado tan adelante que los han propuesto en los teatros a vista de todo el concurso como dignos de ser imitados, ¿qué significa el que estos mismos demonios, que en semejantes deleites se entremeten y confiesan que son espíritus inmundos y que sus crímenes y maldades, sean verdaderas o fingidas, y con apetecer que se las celebren, rogándoselo a los disolutos, y consiguiéndolo por fuerza de los modestos, se declaren ser autores de la vida disoluta y torpe?.

Con todo, se asegura que allá en sus sagrarios y en lo más secreto de sus templos, dan algunos preceptos para practicar las buenas costumbres a algunas personas como escogidas, predestinadas o consagradas a su deidad; y si esto fuese cierto, por el mismo hecho se convence de más engañosa la malicia de los malignos espíritus; porque es tan poderosa la fuerza de la bondad y de la honestidad, que toda o casi toda la naturaleza humana se conmueve con su alabanza, y jamás llega a tan torpe y viciosa que del todo se estrague y pierda el sentido de la honestidad; en esta inteligencia, si la malicia de los espíritus infernales no se transfigura a veces -como nos lo advierte la Sagrada Escritura- en ángel de luz, no puede salir con su pretensión, reducida únicamente a engañarnos; así que en público

la impura y detestable torpeza por todas partes se vende a todo el pueblo, con notable estruendo y rumor, pero en secreto la honestidad fingida apenas la oyen algunos pocos; la publicidad es para las cosas abominables y vergonzosas, y el secreto para las honestas y loables; la virtud está oculta y la maldad descubierta; el mal que se hace y practica convida a todos los que le ven, y el bien que se predica apenas halla alguno que le oiga, como si lo honesto fuera vergonzoso y lo torpe, digno de gloria.

Pero ¿dónde se obra tan impíamente sino en los templos de los demonios? ¿En los tabernáculos de los embustes y engaños? Pues lo primero lo ejecutaron para coger y prender a los virtuosos y honestos, que son pocos en número, y lo segundo porque no se corrijan y enmienden los muchos que son torpes y viciosos dónde y cuándo aprendiesen sus escogidos los preceptos de la celestial honestidad, lo ignoramos. Con todo, en el frontispicio del mismo templo adonde veíamos colocado aquel otro simulacro todos los que de todas partes concurríamos acomodándonos donde cada uno podía estar mejor, con gran atención veíamos los juegos que se hacían; pero volviendo los ojos a un lado, observábamos la pompa, fausto y aparato de las rameras, y volviéndonos a otros, veíamos la virgen diosa, y cómo adoraban humildemente a ésta, y celebraban delante de la otra tantas torpezas. No vimos allí ningún mimo recatado y honesto, en actora que manifestase alguna modestia o pudor; antes todos cumplían exactamente todos los oficios de deshonestidad e impureza. Sabían lo que agradaba al ídolo virginal, y representaban lo que la matrona más prudente podía llevar del templo a su casa.

Algunas que eran más pundonorosas volvían los rostros por no mirar los torpes meneos de los actores, y, teniendo pudor de ver el arte y dechado de las impurezas, le aprendían reparándolo con disimulo; pues por estar los hombres presentes tenían vergüenza, y no se atrevían a mirar con Iibertad los ademanes y posturas deshonestas; pero al mismo tiempo no osaban condenar con ánimo casto las ceremonias sagradas de la deidad que reverenciaban. En fin, presentaban públicamente estas obscenidades para que se aprendiese en el templo aquello que para ejecutarlo, por lo menos en casa, se busca el aposento más oculto; sería sin duda cosa extraña el que hubiera allí algún pudor en los mortales, para no cometer libremente las torpezas humanas que religiosamente aprendían delante de los dioses, habiendo de tenerlos airados si no procuraban representarlas en honra suya. Porque, ¿qué otro espíritu con secreto instinto mueve las almas perversas y depravadas, las insta para que se cometan adulterios y se apacienta y complace en los cometidos, sino el que se deleita con semejantes juegos escénicos, poniendo en los templos los simulacros de los demonios ya gustando en los juegos de las imágenes y retratos de los vicios, murmurando en lo secreto lo que toca a la justicia, para seducir aun a los pocos buenos, y frecuentando en lo público lo que nos excita a la torpeza, para apoderarse de infinitos malos?

CAPITULO XXVII

Con cuánta pérdida de la moralidad pública hayan consagrado los romanos, para aplacar a sus dioses, las torpezas de los juegos Tulio, aquel tan grave y tan excelso filósofo, cuando

comenzó a ejercer el oficio de edil, clamaba delante del pueblo que entre las demás cosas que pertenecían a su oficio era una aplacar a la diosa Flora con la solemnidad de los juegos, los cuales suelen celebrarse con tanta más religión cuanta es mayor la torpeza. Dice en otro lugar, siendo ya cónsul, que en un grave peligro en que se vio la ciudad se habían continuado los juegos por diez días, y que no se había omitido circunstancia alguna para aplacar a los dioses; como si no fuera más conveniente enojar a semejantes dioses con la modestia que aplacarlos con la torpeza, y hacerlos con la honestidad enemigos antes que ablandarlos con tanta disolución; porque no pudieran causar tan graves daños por más fiereza y crueldad que usaran los enemigos por cuyo respeto los aplacaban, como causaban ellos con hacer aplacar con tan abominables impurezas; pues para excusar el daño que se temía causaría el enemigo en los cuerpos, se aplacaban los dioses de tal manera, que se extinguía la fuerza y el valor en los ánimos, supuesto que aquellos dioses no se habían de poner a la defensa contra los que combatían los muros, si primero no daban en tierra y arruinaban las buenas costumbres.

Esta satisfacción ofrecida a semejantes dioses, deshonesta, impura, disoluta, desenfrenada y torpe en extremo, condenó a sus ministros en el honor el honrado pundonor y buen natural de los primeros romanos, los privó de su tribu, los reconoció por torpes y deshonestos, y los dio por infames. Esta satisfacción, digo, digna de vergüenza y de que la abomine la verdadera religión; estas fábulas torpes y llenas de calumnias contra los dioses, y estas ignominiosas acciones de los dioses, maligna y torpemente fingidas, o más maligna y torpemente cometidas, dándoles públicamente ojos para ver y orejas para oír tales impurezas, las aprendía generalmente toda la ciudad. Estas representaciones veía que agradaban a los dioses, y por tanto, creía que no sólo las debía recitar públicamente, sino que era razón imitarlas también, y no aquel no sé qué de bueno o de honesto que se manifestaba a tan po- cos y tan en secreto; mas de tal modo se decía, que más temían que no se supiese y divulgase que el que no se ejecutase.

CAPITULO XXVIII

De la saludable doctrina de la religión cristiana Quéjanse, pues, y murmuran los hombres perversos e ingratos y los que están más profunda y estrechamente oprimidos del maligno espíritu de que los sacan mediante el nombre de Jesucristo del infernal yugo y penosa compañía de estas impuras potestades, y de que los transfieren de la tenebrosa noche de la abominable impiedad a la luz de la saludable piedad v religión; danse por sentidos de que el pueblo acuda a las iglesias con una modesta concurrencia y con una distinción honesta de hombres y mujeres, adonde se les enseña cuánta razón es que vivan bien en la vida presente, para que después de ella merezcan vivir eternamente en la bienaventuranza; donde oyendo predicar y explicar desde la cátedra del Espíritu Santo en presencia de todos la Sagrada Escritura y la doctrina evangélica, a fin de que los que obran con rectitud la oigan para obtener el eterno premio, y los que así no lo hacen, lo oigan para su juicio y eterna condenación; y donde cuando acuden algunos que se burlan de esta santa doctrina, toda su insolencia e inmodestia, o la dejan con una repentina mudanza o se ataja y refrena en parte con el temor o el pudor; porque allí no se les propone cosa torpe o mal hecha para verla o imitarla, ya que, o se les enseñan los preceptos y mandamientos del verdadero Dios,

o se refieren sus maravillas y estupendos milagros, o se alaban y engrandecen sus dones y misericordias, o se piden sus beneficios y, mercedes.

CAPITULO XXIX

Exhortación a los romanos para que dejen el culto de los dioses Esto es lo que principalmente debes desear, ¡oh generosa estirpe de la antigua Roma! ¡Oh descendencia ilustre de los Régulos, Escévolas, Escipiones y Fabricios! Esto es lo que principalmente debes apetecer; en esto principalmente es en lo que te debes apartar de aquella torpe vanidad y engañosa malignidad de los demonios.

Si florece en ti naturalmente alguna obra buena, no se purifica y perfecciona sino con la verdadera piedad, y con la impiedad se estraga y viene a sentir el rigor de la justicia. Acaba ahora de escoger el medio que has de seguir para que seas sin error alguno alabada, no en ti, sino en el Dios verdadero; porque aunque entonces alcanzaste la gloria y alabanza popular, sin embargo, por oculto juicio de la divina Providencia te faltó la verdadera religión que poder elegir. Despierta ya este día como has despertado ya en algunos, de cuya virtud perfecta y de las calamidades que han padecido por la verdadera fe nos gloriamos; pues, peleando por todas partes con las contrarias potestades y venciéndolas muriendo valerosamente, con su sangre nos han ganado esta patria. A ella te convidamos y exhortamos para que acrecientes el número de sus ciudadanos, cuyo asilo en alguna manera podemos decir que es la remisión verdadera de los pecados.

No des oídos a los que desdicen y degeneran de ti; a los que murmuran de Cristo o de los cristianos y se quejan como de los tiempos malos buscando épocas en que se pase, no una vida quieta, sino una en que se goce cumplidamente de la malicia humana. Esto nunca te agradó a ti, ni aun por la eterna patria. Ahora, echa mano y abraza la celestial, por la cual será muy poco lo que trabajarás, y en ella verdaderamente y para siempre reinarás, porque allí, ni el fuego vestal, ni la piedra o ídolo del Capitolio, sino el que es uno y verdadero Dios, que sin poner límites en las grandezas que ha de tener, ni a los años que ha de durar, te dará un imperio que no tenga fin. No quieras andar tras los dioses falsos y engañosos; antes deséchalos y desprécialos, abrazando la verdadera libertad.

No son dioses, son espíritus malignos a quienes causa envidia y da pena tu eterna felicidad. No parece que envidió tanto Juno a los troyanos, de quienes desciendes según la carne, los romanos alcázares, cuanto estos demonios, que todavía piensas que son dioses, envidian a todo género de hombres las sillas eternas y celestiales. Y tú misma en muchos condenaste a estos espíritus cuando los aplacaste con juegos, y a los hombres, por cuyo ministerio celebraste los mismos juegos, los diste por infames. Déjate poner en libertad del poder de los inmundos espíritus, los cuales colocaron sobre tus cervices el yugo de su ignominia para consagraría a sí propios y celebrarla en su nombre.

A los que representaban las culpas y crímenes de los dioses los excluiste de tus honores y privilegios; ruega, pues, al verdadero Dios que excluya de ti aquellos dioses que se deleitan con sus culpas, verdaderas, que es mayor ignominia, o falsas, que es cosa maliciosa. Si bien, por lo que a ti se refería, no quisiste que tuviesen parte en la ciudad los representantes

y los escénicos. Despierta y abre aún más los ojos; de ningún modo se aplaca la Divina Majestad con los medios con que se desacredita y profana la dignidad humana. ¿Cómo, pues piensan tener a los dioses que gustan de semejantes honras en el número de las santas potestades del cielo, pues a los hombres por cuyo medio se les tributan estos honores, imaginaste que no merecían que los tuviesen en el número del más ínfimo ciudadano romano? Sin comparación, es más ilustre la ciudad soberana donde la victoria es la verdad, donde la dignidad es la santidad, donde la paz es la felicidad, donde la vida es la eternidad, mucho menos que no admite en su compañía semejantes dioses, pues tú en la tuya tuviste vergüenza de admitir a tales hombres. Por tanto, si deseas alcanzar la ciudad bienaventurada, huye del trato con los demonios.

Sin razón e indignamente adoran personas honestas a los que se aplacan por medió de ministros torpes. Destierra a éstos y exclúyelos de tu compañía por la purificación cristiana, como excluiste a aquellos de tus honras y privilegios, por la reforma del censor, y lo que toca a los bienes carnales, de los cuales solamente quieren gozar los malos, y lo que pertenece a los trabajos y males carnales, los cuales no quieren padecer solos. Y como ni aun en éstos tienen estos demonios el poder que se imagina (y aunque le tuvieran, con todo, deberíamos antes despreciar estos bienes y males, que por ellos adorar a los demonios, y adorándolos, privarnos de poder llegar a aquella gloria que ellos nos envidian; pero ni aun en esto pueden lo que creen aquellos que por esto nos procuran persuadir que se deben adorar); esto después lo veremos, para que aquí demos fin a este libro.

LIBRO TERCERO CALAMIDADES DE ROMA ANTES DE CRISTO

CAPITULO PRIMERO

De las adversidades que sólo temen los malos, y que siempre ha padecido el mundo mientras adoraba a los dioses Ya me parece que hemos dicho lo bastante de los males de las costumbres y de los del alma, que son de los que principalmente nos debemos guardar y cómo los falsos dioses no procuraron favorecer al pueblo que los adoraba, a fin de que no fuese oprimido con tanta multitud de males; antes, por el contrario, pusieron todo su esfuerzo en que gravemente fuese afligido. Ahora me resta decir de los males que éstos no quieren padecer, como son el hambre, las enfermedades, la guerra, el despojo de sus bienes, ser cautivos y muertos, y otras calamidades semejantes a éstas que apuntamos ya en el libro primero, porque éstas sólo los malos tienen por calamidades, no siendo ellas las que, los hacen malos; ni tienen pudor (entre las Cosas buenas que alaban) en ser malos los mismos que las engrandecen, y más les pesa una mala silla donde descansar que mala vida, como si fuera el sumo bien del hombre tener todas las cosas buenas fuera de sí mismo.

Pero ni aun de estos males que solamente temen los excusaron o libraron sus dioses cuando libremente los adoraban, porque, cuando en diferentes tiempos y lugares padecía el linaje humano innumerables e increíbles calamidades antes de la venida de nuestro redentor Jesucristo, ¿qué otros dioses que éstos adoraba todo el Universo, a excepción del pueblo hebreo y algunas personas de fuera de este mismo pueblo, dondequiera que por ocultó y

justo juicio de Dios merecieron los tuviese de su mano la divina gracia? Mas por no ser demasiado largo omitiré los gravísimos males de todas las demás naciones, y sólo referiré lo que pertenece a Roma y al romano Imperio, esto es, propiamente a la misma ciudad, y todo lo que las demás, que por todo el mundo estaban confederadas con ella o sujetas a su dominio, padecieron antes de la venida de Jesucristo, cuando ya pertenecían, por decirlo así, al cuerpo de su República.

CAPITULO II

Si los dioses a quienes los romanos y griegos adoraban de un mismo modo tuvieron causas para permitir la destrucción de Troya Primeramente la misma Troya o Ilion, de donde trae su origen el pueblo romano (porque no es razón que lo omitamos o disimulemos, como lo insinué en el libro primero, capítulo IV), teniendo y adorando unos mismos dioses, ¿por qué fue vencida, tomada y asolada por los griegos? Príamo, dice Virgilio, pagó el juramento que quebrantó su padre Laomedonte; luego es cierto que Apolo y Neptuno sirvieron a Laomedonte por jornal, pues aseguran les prometió pagarles su trabajo y que se lo juró falsamente.

Me causa admiración que Apolo, famoso adivino, trabajase en una obra tan grande, y no previese que Laomedonte no había de cumplirle lo pactado; aunque no era justo que tampoco Neptuno, su tío, hermano y rey del, mar, ignorase las cosas futuras, pues a éste le introduce Homero presagiando gloriosos sucesos de la descendencia de Eneas, cuyos sucesores vinieron a ser los que fundaron a Roma, habiendo vivido, según dice el mismo poeta, antes de la fundación de aquella ciudad, a quien también arrebató en una nube, como dice, porque no le matase Aquiles; deseando, por otra parte, trastornar desde los fundamentos los muros de la fementida Troya que había fabricado con sus manos, como confiesa Virgilio. No sabiendo, pues, dioses tan grandes, Neptuno y Apolo, que Laomedonte les había de negar el premio de sus tareas, edificaron graciosamente a unos ingratos los muros de Troya. Adviertan no sea peor creer en tales dioses que el no haberles guardado el juramento hecho por ellos, porque eso, ni aun el mismo Homero lo creyó fácilmente, pues pinta a Neptuno peleando contra los troyanos y a Apolo en favor de éstos, diciendo la fábula que el uno y el otro quedaron ofendidos por la infracción del juramento.

Luego si creen en tales fábulas, avergüéncense de adorar a semejantes dioses, y si no las creen, no nos aleguen los perjurios troyanos, o admírense de que los dioses castigasen a los perjuros troyanos y de que amasen a los romanos. Porque, ¿de dónde diremos provino que la conjuración de Catilina, formada en una ciudad tan populosa como relajada, tuviese asimismo tan grande número de personas que la siguiesen, si no de la mano y la lengua que sustentaba la fuerza de la conspiración, con el perjurio o con la sangre civil? ¿Y qué otra cosa hacían los senadores tantas veces sobornados en los juicios, tantas el pueblo en los sufragios o en las causas que ante él pasaban, por medio de las arengas que les hacían, sino perjurar también? Porque en la época en que florecían costumbres tan detestables se observaba el antiguo rito de jurar, no para guardarse de pecar con el miedo o freno de la religión, sino para añadirles perjurios al crecido número de los demás crímenes.

CAPITULO III

Que no fue posible que se ofendiesen los dioses con el adulterio de Paris, siendo cosa muy usada entre ellos, como dicen Así que no hay causa legítima por la cual los dioses que sostuvieron, como dicen, aquel Imperio, probándose que fueron vencidos por los griegos, nación más poderosa que ellos, se finjan enojados contra los troyanos porque no les guardaron el juramento: ni tampoco (como algunos los defienden) se irritaron por el adulterio de Paris para dejar a Troya, en atención a que ellos suelen ser autores y maestros (no vengadores) de los más horrendos crímenes. "La ciudad de Roma (dice Salustio), según yo lo he entendido, la fundaron y poseyeron al principio los troyanos, que, fugitivos de su patria con el caudillo Eneas, andaban vagando por la tierra sin tener aún asiento fijo"; luego si los dioses creyeron conveniente vengar el adulterio de Paris fuera razón que le castigaran antes los troyanos o también en los romanos, supuesto que la madre de Eneas fue la que cometió este crimen: ¿y por qué motivo condenaban en Paris aquel pecado los que disimulaban en Venus su crimen con Anquises, que produjo el nacimiento de Eneas? ¿Fue acaso porque aquél se hizo contra la voluntad de Menelao, y éste con el beneplácito de Vulcano? Pero yo creo que los dioses no son tan celosos de sus mujeres, que no gusten de comunicarlas a los hombres. Acaso parecerá que voy satirizando las fábulas y que no trato con gravedad causa de tanto momento; luego no creamos, si os parece, que Eneas fue hijo de Venus, y esto es lo que os concedo, con tal que tampoco se diga que Rómulo fue hijo de Marte; y si éste lo es, ¿por qué no lo ha de ser el otro? ¿Por ventura es ilícito que los dioses se mezclen con las, mujeres de los hombres, y es lícito que los hombres se mezclen con las diosas? Dura e increíble condición que lo que por derecho de Venus le fue lícito a Marte, esto, en su propio derecho, no lo sea lícito a la misma Venus. Con todo, lo uno y lo otro está admitido y confirmado por autoridad romana, porque no menos creyó el moderno César era Venus su abuela, que el antiguo Rómulo ser Marte su padre.

CAPITULO IV

Del parecer de Varrón, que dijo era útil se finjan los hombres nacidos de los dioses Dirá alguno: ¿y crees tú esto?, y yo respondo que de ninguna manera lo creo. Pues aun su docto Varrón, aunque no lo afirma con certeza, con todo, casi confiesa que es falso. Dice que interesa a las ciudades que las personas de valor, a pesar de ser falso, se tengan por hijos de los dioses, para que de este modo el corazón humano, como alentado con la confianza de la divina estirpe, emprenda con mayor ánimo y denuedo las acciones grandes, las examine con más madurez y eficacia y con la misma seguridad las acabe más felizmente. Este dictamen de Varrón, referido como pude con mis palabras, ya veis cuán grande portillo abre a la falsedad, cuando entendamos que se pudieron ya inventar y fingir muchas ceremonias sagradas, y como religiosas, cuando pensemos que aprovechan e importan a los ciudadanos romanos las mentiras aun sobre los mismos dioses.

CAPITULO V

Que no se prueba que los dioses castigaron el adulterio de Paris, pues en la madre de Rómulo le dejaron sin castigo Pero si pudo Venus con Anquises parir a Eneas, o Marte de la unión con la hija de Numitor engendrar a Rómulo, dejémoslo por ahora, porque casi otra semejante cuestión se origina igualmente de nuestras Escrituras, cuando se pregunta si los ángeles prevaricadores se juntaron con las hijas de los hombres, de donde nacieron unos gigantes, esto es, unos hombres de estatura elevada y fuertes, con que se pobló entonces la tierra.

Pero, entre tanto, nuestro discurso abrazará lo uno y lo otro; porque si es cierto lo que entre ellos se lee de la madre de Eneas y del padre de Rómulo, ¿cómo pueden los dioses enfadarse de los adulterios de los hombres, sufriéndolos ellos entre sí con tanta conformidad? Y si es falso, tampoco pueden enojarse de los verdaderos adulterios humanos los que se deleitan aun de los suyos fingidos, y más que si el crimen de Marte no se cree, tampoco puede creerse el de Venus. Así que con ningún ejemplo divino, se puede defender la causa de la madre de Rómulo, en atención a que Silvia fue sacerdotisa vestal, y por eso debieran los dioses vengar antes este crimen sacrílego contra los romanos que el adulterio de Paris contra los troyanos. Era, pues, un delito tan execrable entre los antiguos romanos éste, que enterraban vivas a las sacerdotisas vestales, convencidas de deshonestidad; y a las mujeres adúlteras, aunque las afligían lo bastante, con todo, no era con ningún género de muerte cruel, pero acostumbraban a castigar con más rigor a los que pecaban contra los sagrarios divinos, que no a los que manchaban los lechos humanos.

CAPITULO VI

Del parricidio de Rómulo, no vengado por los dioses Y añado otra circunstancia, y es que, si tanto se irritaron los dioses de los pecados de los hombres, que ofendidos del rapto de Paris asolaron a Troya a sangre y fuego, pudiera moverles. Más contra los romanos la muerte impía del hermano de Rómulo, que contra los troyanos la burla hecha al esposo griego: sin duda más debía irritarles el parricidio cometido en una ciudad recién fundada, que el adulterio de la que ya reinaba, cuya investigación nada importa para el asunto que ahora tratamos; esto es, si el asesinato le mandó hacer Rómulo, o si le ejecutó él mismo, lo cual muchos lo niegan sin reflexión, otros por vergüenza lo ponen en duda, y algunos de pena disimulan.

Y para que no nos detengamos en averiguar con demasiada diligencia esta circunstancia, atendiendo a los testimonios de tantos escritores, consta claramente que mataron al hermano de Rómulo, no los enemigos, ni los extraños, sino el mismo Rómulo, que ejecutó por sí mismo el fratricidio, o mandó se hiciese; y aun cuando así fuese, parece tuvo mejor derecho para decretarlo, pues Rómulo era el primer jefe y legislador de los romanos, y Paris no lo era de los troyanos. ¿Por qué razón provocó la ira de los dioses contra los troyanos aquel que robó la mujer ajena y Rómulo, que mató a su hermano, excitó y convidó a los mismos dioses a que tomasen sobre sí la tutela y amparo de los romanos? Y si este delito ni le cometió ni le mandó ejecutar Rómulo, no obstante que la trasgresión era digna de castigo, toda la ciudad fue la que le hizo, porque toda pasó por él y no hizo caso de él; y no

mató precisamente a su hermano, sino lo que es más notable, a su mismo padre; en atención a que el uno y el otro fue su fundador, y quitando al uno alevosamente la vida no le dejaron reinar, creo que no hay para qué insinuar el castigo que mereció Troya para que la desamparasen los dioses, y así pudiese perecer, y el bien que mereció Roma para que hiciesen en ella asiento los dioses y pudiese creer, a no ser que digamos que, vencidos, huyeron de Troya y se vinieron a Roma para engañar también a estos nuevos fundadores de la República romana; sin embargo, de que es más cierto el que se quedaron en Troya para engañar, como suelen, a los que habían de ir a vivir en aquellas tierras, y ejercitando en Roma los mismos artificios de sus retiradas seducciones, fueron ensalzadas con mayores glorias, siendo adorados con extraordinarios honores.

CAPITULO VII

De la destrucción de Ilion, asolada por Fimbria, capitán de Mario Y para explicarnos con más sencillez, decimos que, cuando ya pululaban las guerras civiles, ¿en qué había pecado la miserable ciudad de Ilion para que Fimbria, hombre facineroso del bando y parcialidad de Mario, la asolase con mayor fiereza e inhumanidad que antiguamente lo hicieron los griegos? Entonces al menos escaparon muchos huyendo, y muchos hechos cautivos a lo menos vivieron, aunque en servidumbre; pero Fimbria mandó, ante todo promulgar un bando por el cual ordenaba que a ninguno se perdonase, y así quemó y abrasó toda la ciudad y sus moradores.

Este impío decreto se mereció la ciudad de Ilion, no por mano de los griegos, a quienes había irritado con sus maldades, sino por la de los romanos, a quienes había propagado con sus calamidades, no favoreciendo para estorbar tantas desgracias los dioses que los unos y los otros comúnmente adoraban, o lo que es más cierto, no pudiendo ayudarles en infortunio tan grave. ¿Acaso entonces, desamparando sus sagrarios y aras se habían ausentado todos los dioses que sostenían en pie aquel lugar después que los griegos le quemaron y asolaron? Y si se habían ido, deseo saber la causa; y cuanto más la examino, hallo que tanto mejor es la de los ciudadanos cuanto es peor la de los dioses; porque los habitantes cerraron las puertas a Fimbria sólo por conservar la ciudad a Sila, y él, enojado, les puso fuego, los abrasó y destruyó del todo; hasta entonces Sila era capitán de la mejor parte civil, y hasta entonces procuraba con las armas recobrar la República; pero de estos buenos principios aún no hablan llegado a experimentarse los malos fines. ¿Qué deliberación más justa y concertada pudieron tomar en tal apuro los vecinos de aquella ciudad? ¿Cuál más honesta? ¿Cuál más fiel? ¿Qué acción más digna de la amistad y parentesco que tenían con Roma que conservar la ciudad en defensa de la mejor causa de los romanos y cerrar las puertas a un parricida de la República romana? Pero en cuán grande ruina y destrucción suya se les convirtió esta generosa acción, véanlos los defensores de los dioses que desamparasen éstos a los adúlteros y que dejasen Ilion en poder de las llamas griegas, para que de sus cenizas naciese Roma más casta, sea enhorabuena; pero, ¿por qué causa desampararon después la ciudad cuna, de los roma- nos, no rebelándose contra Roma su noble hijo, sino guardando la fe más constante y piadosa al que en ella tenía mejor causa? Y, sin embargo, la dejaron para que la asolase, no a los más valientes griegos, sino al hombre más torpe de los romanos. Y si no agradaba a los dioses la

parcialidad de Sila, que es para quien los infelices moradores guardaban su ciudad cuando cerraron las puertas, ¿por qué prometían tantas felicidades al mismo Sila?

Con esta demostración se conoce igualmente que son más lisonjeros de los felices que protectores de los desdichados: luego no fue asolado entonces ya Ilion porque ellos le desampararon; ya que los demonios, que están siempre vigilantes para engañar, hicieron lo que pudieron; pues habiendo arruinado y quemado con el lugar todos los ídolos, sólo el de Minerva, dicen, como escribe Livio, que en una ruina tan grande de sus templos quedó entero, no porque se dijese en su alabanza: "¡Oh dioses patrios, bajo cuyo amparo está siempre Troya!" Sino porque no se dijese para su defensa que se habían ido todos los dioses, desamparando sus sagrarios y aras, en atención a que se les permitió pudiesen conservar aquel ídolo, no para que por este hecho se probase que eran poderosos, sino para que se viese que les eran favorables.

CAPITULO VIII

Si fue prudente encomendarse Roma a los dioses de Troya ¡Qué prudente deliberación fue encomendar la, conservación de Roma a los dioses troyanos, después de haber visto por experiencia lo que pasó en Troya! Dirá alguno que ya estaban acostumbrados a vivir en Roma cuan do Fimbria asoló Ilion; pero, ¿dónde estaba el simulacro de Minerva? Y si estaban en Roma cuando Fimbria destruyó Ilion, ¿acaso cuando los galos tomaron y abrasaron a Roma estaba en Ilion? Pero como tienen perspicaz el oído y veloz el movimiento, al graznido de los gansos volvieron en seguida para defender siquiera la roca del Capitolio, que solamente había quedado; mas para poder venir a defender el resto de la ciudad llegó el aviso tarde.

CAPITULO IX

Si la paz que hubo en tiempo de Numa se debe creer que fue obra de los dioses Créese también que éstos ayudaron a Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, para que gozase la paz que disfrutó en todo su reinado, y a que cerrase las puertas de Jano, que suelen estar abiertas en tiempo de guerra; es, a saber, porque enseñó a los romanos muchos ritos y ceremonias sagradas. A éste se le pudiera dar el parabién del ocio y quietud que gozó en el tiempo de su reinado, si pudiera emplearla en proyectos saludables, y, dejándose de una curiosidad perniciosa, se aplicara con verdadera piedad a buscar al Dios verdadero. Mas no fueron los dioses los que le concedieron el reposo, y es creíble que menos le engañaran si no le hallaran tan ocioso, porque cuanto menos ocupado le hallaron, tanto más le empeñaron en sus detestables designios y cuáles fueron sus pretensiones y los artículos con que pudo introducir para sí o para la ciudad semejantes dioses, lo refiere Varrón, de lo cual, si fuere la voluntad de Dios, hablaremos más largamente en su lugar; pero ahora, porque tratamos de sus beneficios, decimos que grande. y singular merced es la paz, mas las incomparables gracias del verdadero Dios son comunes por la mayor parte, como el sol, el agua y otros medios importantes para la vida, para los ingratos y gente perdida; y si este tan particular bien le hicieron los dioses a Roma o a Pompilio, ¿por qué después jamás se le hicieron al Imperio romano en tiempos mejores y más loables? ¿Eran, acaso, más

interesantes los ritos y ceremonias sagradas cuando se instituían que cuando, después de instituidas, se celebraban?.

Ahora bien; entonces no existían, sino que se estaban instituyendo, y después ya existían y para que aprovechasen se guardaban. ¿Cuál fue la causa de que los cincuenta y tres años, o como otros quieren, treinta y nueve, se pasaron con tanta paz reinando Numa, y después, establecidas ya, las ceremonias sagradas y teniendo ya por protectores a los mismos dioses que habían sido honrados con las mismas ceremonias, apenas después de tantos años, desde la fundación de Roma hasta Augusto César, se refiera uno por gran milagro, concluida la primera guerra pánica, en que pudieron los romanos cerrar las puertas de la guerra?

CAPITULO X

Si se debió desear que el imperio romano creciese con tan rabiosas guerras, pudiendo estar seguro, con lo que creció en tiempo de Numa Responderán acaso que el Imperio romano no podía extender tanto por todo el mundo su dominio y ganar tan grande gloria y fama, si no es con las guerras continuas, sucediéndose sin interrupción las unas a las otras. Graciosa razón por cierto; para que fuera dilatado el Imperio, ¿qué necesidad tenía de estar en guerra? Pregunto: en los cuerpos humanos, ¿no es más conveniente tener una pequeña estatura con salud, que llegar a una grandeza gigantesca con perpetuas aflicciones, y cuando hayáis llegado, no descansar, sino vivir con mayores males cuando son mayores los miembros? ¿Y qué mal hubiera sido, o qué bien no hubiera sucedido, si duraran aquellos tiempos que notó Salustiano, cuando dice: “Al principio los reyes (porque en el mundo éste fue el primer nombre que tuvo el mando y el imperio) fueron diferentes: unos ejercitaban el ingenio, otros el cuerpo, los hombres pasaban su vida sin codicia, y cada uno estaba sobradamente con lo suyo?”. ¿Acaso, para que creciera tanto el Imperio, fue necesario lo que aborrece Virgilio, diciendo “que a poco vino la edad peor y achacosa, y sucesivamente la rabia de la guerra y la ansia de poseer?” Mas seguramente se excusan con justa causa los romanos de tantas guerras como emprendieron e hicieron, con decir estaban obligados a resistir a los enemigos que imprudentemente les perseguían, y que no era la codicia de alcanzar gloria y alabanza humana, sino la necesidad de defender su vida y libertad la que les incitaba a tomar las armas.

Sea así enhorabuena: “porque después que su República (como escribe el mismo Salustio) se engrandeció con las leyes, costumbres y posesiones, y parecía que estaba harto próspera y poderosa, como sucede las más veces en las cosas humanas, de la opulencia y riqueza nació la envidia y la emulación: así que los reyes y pueblos comarcanos los comenzaron a tentar con la guerra, y pocos de sus amigos acudieron en su favor, pues los demás, aterrados con el miedo, hurtaron el cuerpo a los peligros; pero los romanos, diligentes en la paz y en la guerra, comenzaron a darse prisa, disponíanse con denuedo, animábanse los unos a los otros, salían al encuentro a sus enemigos, defendían con las armas su libertad, padres y patria; mas después habiéndose librado con su valor de los peligros inminentes que les rodeaban, se aplicaron a socorrer a sus amigos, aliados y confederados, empezando con esta política a granjear amistades más con hacer que con recibir beneficios”.

Con estos medios suaves se acrecentó honestamente Roma; pero reinando Numa, para que hubiese una paz tan estable y prolongada, pregunto: si les acometían los enemigos e incitaban con la guerra, o si acaso no había recelos de ésta, para que así pudiese perseverar aquella paz; pues si entonces era provocada Roma con la guerra y no resistía a las armas con las armas, con la traza que se apaciguaban los enemigos sin ser vencidos en campal batalla y sin causarles temor con ningún ímpetu de guerra, con la misma traza podía Roma reinar siempre en paz, teniendo cerradas las puertas de Jano, y si esto no estuvo en su mano, luego no tuvo Roma paz todo el tiempo que quisieron sus dioses, sino el que quisieron los hombres, sus comarcanos, que no se la turbaron con hostilidad alguna; si no es que semejantes dioses se atrevan también a vender al hombre lo que otro hombre quiso o no quiso. Es verdad que esta alternativa de acontecimientos coincide con el vicio propio y culpa de los malos, que opinan que se les permite a estos demonios el atemorizarles, o animarles sus corazones; pero si siempre dependiesen de su arbitrio tales sucesos, y por otra oculta y superior potestad no se hiciese muchas veces lo contrario de lo que ellos pretenden, siempre tendrían en su mano la paz y las victorias en la guerra, las cuales, las más de las veces, acontecen según disponen y mueven los ánimos de los hombres.

CAPITULO XI

De la estatua de Apolo Cumano, cuyas lágrimas se creyó que pronosticaron la destrucción de los griegos por no poderles ayudar Y con todo, por la mayor parte suceden semejantes acontecimientos contra su voluntad, según lo confiesan las fábulas, que mienten mucho y apenas tienen indicio de cosa que sea verosímil, y también las mismas historias romanas, en cuya comprobación decimos que no por otro motivo se tuvo aviso que Apolo Cumano lloró cuatro días continuos, al tiempo que sostenían guerra los romanos contra los aqueos y contra el rey Aristónico; pero atemorizados los arúspices con este prodigio, y siendo de parecer que se debía echar en el mar aquel ídolo, intercedieron los ancianos de Cumas, diciendo que otro semejante milagro se había visto en la misma estatua en tiempo de la guerra de Antioco y en la de Jerjes, afirmando que en ellas les había sido próspera la fortuna a los romanos, pues por decreto del Senado le habían enviado sus dones a Apolo. En virtud de esta contestación congregaron entonces otros arúspices más prácticos, y examinando el caso con la debida circunspección, respondieron unánimemente que las lágrimas de la estatua de Apolo eran favorables a los romanos, porque Cumas era colonia griega, y que llorando Apolo había significado llanto y desgracias a las tierras de donde le habían traído, esto es, a la misma Grecia. Después de breve tiempo vino la nueva fatal de haber sido vencido y preso el rey Aristónico, quien seguramente no quisiera Apolo que fuera vencido, y de ello le pesaba, significándolo con lágrimas de su piedra, por lo que no tan fuera de propósito nos pintan como veraz la condición de los demonios los poetas con sus versos verosímiles, aunque fabulosos; porque en Virgilio leemos que Diana se duele y aflige por Camila, y que Hércules llora por Palante, advirtiendo que le habían de matar; por esta causa quizá también Numa Pompilio, gozando de una suave y larga paz, pero ignorando por beneficio de quién le provenía aquella felicidad, sin procurar indagarlo, estando Ocioso imaginando a qué dioses encomendaría la salud de los romanos y la conservación de su reino, y opinando que el verdadero y poderoso Dios no cuidaba de las cosas terrenas, y acordándose al mismo tiempo que los dioses troyanos, que Eneas había traído, no habían podido conservar por mucho tiempo ni el reino de Troya ni el de Lavinio,

que el mismo Eneas había fundado, le pareció seria bueno proveerse de otros para añadirlos a los primeros que con Rómulo habían pasado a Roma, o a los que habían de pasar después de la destrucción de Alba, poniéndoselos, o por guardas como a fugitivos, o por ayuda y socorro como a poco poderosos.

CAPITULO XII

Cuántos dioses añadieron los romanos, fuera de los que hizo Numa, cuya multitud no les ayudó ni sirvió de nada Con todo, no quiso contentarse con tributar culto a todos los dioses, como estableció en ella Numa Pompilio, sino que trató de añadir otros infinitos. Entonces aún no se había fundado el suntuoso templo de Júpiter, pues el rey Tarquino fue el que fabricó el Capitolio. Esculapio de Epidauro vino a Roma para poder, pues era sabio médico, ejercer en aquella noble ciudad su arte con más gloria y fama; y la madre de los dioses fue conducida no sé de qué ciudad del Pesinunte, por parecer impropio que, presidiendo ya y reinando el hijo en el monte Capitolino, estuviese ella escondida en un lugar de tan poco nombre; la cual, si es cierto que es madre de todos los dioses, no sólo vino a Roma después de algunos de sus hijos, sino que también precedió o otros que habían de venir después de ella.

Me causa extraordinaria admiración que esta diosa pariese al Cinocéfalo, que transcurridos muchos años vino de Egipto, y si procreó igualmente a la diosa Calentura, averígüelo Esculapio, su biznieto; con todo, cualquiera que fuese su madre, me parece que no se atreverán los dioses peregrinos o forasteros a decir que es mal nacida y de baja condición una diosa que es ciudadana romana, estando bajo la protección de tantos dioses. ¿Y quién habrá que pueda contar los naturales y advenedizos, los celestes, terrestres, infernales, los del mar, fuentes y ríos, y, como dice Varrón, los ciertos e inciertos, y los de todo género, como se contienen en los animales, machos y hembras? Estando, pues, bajo la tutela de tantos dioses romanos, no sería razón que fuera perseguida y afligida con tan grandes y horribles calamidades, como de muchas referiré algunas pocas, pues con una tan grande humareda, como si fuese señal de atalaya, vino a juntar para su defensa una infinidad de dioses a quienes poder erigir y dedicar templos, altares, sacerdotes y sacrificios, ofendiendo con tan horrendos holocaustos al verdadero Dios, a quien sólo se deben estos cultos, practicados con la mayor veneración; y aunque vivió más dichosa con menos número, con todo, cuanto mayor se hizo, le pareció era menester proveerse de más, como una nave de marineros desahuciada, a lo que presumo, y sinceramente persuadida de que aquellos pocos -bajo cuya tutela había vivido más arregladamente en comparación de sus ordinarios excesos- no bastaban a socorrer a su grandeza, puesto que en el principio, y en tiempo de los mismos reyes, a excepción de Numa Pompilio, de quien he hablado ya, es notorio cuántos males causaron aquellas discordias y contiendas, que llegaron a quitar la vida al hermano de Rómulo.

CAPITULO XIII

Con que derecho y capitulaciones alcanzaron los romanos las primeras mujeres en casamiento Del mismo modo, ni Juno, que con su Júpiter fomentaba ya y favorecía a los

romanos y a la gente togada, ni la misma Venus pudo ayudar a los descendientes de su Eneas para que pudiesen haber mujeres conforme a razón; llegando a tanto extremo la falta de ellas, que se vieron precisados a robarías por engaño, y después del rapto tuvieron necesidad de tomar las armas contra los suegros, y dotar a las tristes mujeres que por el agravio recibido en la sangre de sus padres no estaban aún reconciliadas con sus maridos; ¿y dirán todavía que en esta guerra salieron los romanos vencedores de sus vecinos? Y estas victorias, pregunto, ¿cuántas heridas y muertes costaron, así de parientes como de los comarcanos? Por amor a un César y a un Pompeyo, suegro y yerno, ha- biendo ya muerto la hija de César, mujer de Pompeyo, exclama Lucano, excitado de un justo dolor, resultó la más que civil batalla de los campos de Emacia, y del derecho adquirido con una acción abominable dimanó el ser necesario que venciesen los romanos para conseguir por fuerza, con las manos bañadas en sangre de sus suegros, los miserables brazos de sus hijas, y también para que ellas no se atreviesen a llorar la muerte de sus padres, por no ofender la gloria de sus maridos, las cuales, mientras ellos peleaban, estaban suspensas e indecisas, sin saber para quiénes habían de pedir a Dios la victoria Tales bodas ofreció al pueblo romano Venus, sino Belona, o acaso Alecto, aquella infernal furia que, cuando los favorecía ya Juno, tuvo contra ellos más licencia que cuando con sus ruegos la estimulaba contra Eneas; más venturoso fue el cautiverio de Andrómaca que los matrimonios de los romanos; porque Pirro, aun después que gozó de sus brazos, ya cautiva, a ninguno de los troyanos quitó la vida; pero los romanos mataban en los reencuentros a los suegros cuyas hijas abrazaban ya en sus tálamos.

Andrómaca, sujeta ya a la voluntad del vencedor, sólo pudo sentir la muerte de los suyos, mas no temerla; las otras, casadas con los que andaban actualmente en la guerra, temían cuando iban sus maridos a ellas, las muertes de sus padres, y cuando volvían se lamentaban sin poder temer ni sentir libremente, porque por las muertes de sus ciudadanos, padres, deudos y hermanos, piadosamente se entristecían, o por las victorias de sus maridos cruelmente se alegraban. A estas tristes circunstancias se añadía que, como son varios los sucesos de la guerra, algunas, al filo de la espada de sus padres, perdían a sus maridos, y otras, con las espadas de los unos y de los otros, los padres y los maridos.

No fueron tampoco de poco momento los terribles aprietos y peligros que sufrieron los romanos, pues llegaron sus enemigos a poner cerco a la ciudad, defendiéndose los sitiados a puertas cerradas; pero habiéndolas abiertas por traición y entrado el enemigo dentro de los muros, se dio aquella tan abominable y cruel batalla en la misma plaza entre los suegros y los yernos, en la que iban también de vencida los raptores, y, a veces, huyendo a sus casas, deslustraban más gravemente sus pasadas victorias, aunque de la misma manera fueron éstas vergonzosas y lastimosas. Aquí fue donde Rómulo, desahuciado ya del valor de los suyos, hizo oración a Júpiter, pidiéndole hiciese que se detuviesen y parasen los suyos; de donde le vino a Júpiter el nombre de Estator. Ni con esta providencia se hubieran acabado tantos daños, si las mismas hijas, desgreñadas, desmelenadas, no se pusieran de repente por medio, y postradas a los pies de sus padres no aplacaran su justo enojo, no con las armas victoriosas, sino con piadosas y humildes lágrimas. Tranquilizados los ánimos y acordados por ambas partes los conciertos, Rómulo fue obligado a admitir por socio en el reino a Tito Tacio, rey de los sabinos, siendo así que antes no había podido sufrir la compañía de su hermano Remo en el gobierno. Y ¿cómo había de tolerar a Tacio el que no sufrió a un hermano gemelo? Así pues, le quitó también la vida, y quedó solo con el reino. ¿Qué

condiciones de matrimonios son éstas? ¿Qué motivos de guerras? ¿Qué modo de conservar la fraternidad, afinidad, sociedad y divinidad? Finalmente, ¿qué vida y costumbres éstas de una ciudad que está bajo la tutela de tantos dioses? ¿Notáis cuán grandes cosas pudiera decir sobre esto si no cuidara de lo que resta y me apresurara a tratar otras materias?

CAPITULO XIV

De la injusta guerra que los romanos hicieron a los albanos y de la victoria que alcanzaron por codicia de reinar Y ¿qué fue lo que sucedió en Roma después de la muerte de Numa cuando la gobernaban los reyes sus sucesores? ¿Con cuánto perjuicio, no sólo suyo, sino también de los romanos, fueron provocados los albanos a tomar las armas? En efecto, la paz de Numa fue tanto más vergonzosa cuanto fueron más frecuentes las derrotas que padecieron alternativamente los ejércitos romano y albano, de que se siguió el menoscabo y quebranto de ambas ciudades, porque la ínclita ciudad de Alba, fundada por Ascanio, hijo de Eneas (la cual era madre más próxima de Roma que Troya), siendo provocada por el rey Tulo Hostilio, tomó las armas y peleó, y peleando quedaron ambas igualmente destrozadas; y así determinaron fiar los sucesos de la guerra, por una y otra parte, a los tres hermanos mellizos. Salieron al campo, de la parte de los romanos, tres Horacios, y de los albanos, tres Curiacios; éstos mataron a dos Horacios, un Horacio maté a los tres Curiacios, y así quedo Roma con la victoria, habiendo padecido también en esta última batalla la desgracia de que de tres, uno solo volvió vivo a casa. Y ¿para quién fue el daño de los unos de Venus, para los nietos de Júpiter los otros? ¿Para quién el llanto, sino para el linaje de Eneas, para la descendencia de Ascanio, para los nietos de Júpiter? Esta guerra fue más que civil, pues peleó la ciudad hija con la ciudad madre. Causó asimismo este combate postrero de los mellizos otro fiero y horrible mal, porque como eran ambos pueblos antes amigos, por ser vecinos y deudos, pues la hermana de los Horacios estaba desposada con uno de los Curiacios, ésta, luego que vio los tristes despojos de su esposo en poder de su hermano victorioso, no pudo disimular ni contener las lágrimas, y por una acción tan natural la asesinó su propio hermano.

Estoy firmemente persuadido que el afecto de esta sola mujer fue más humano que el de todo el pueblo romano; porque imagino que la que poseía ya a su marido por medio de la fe dada en los esponsales, y acaso también doliéndose de su hermano, viendo que había muerto a Curiacio, a quien había prometido a su hermana en matrimonio, creo, digo, que sus lágrimas no fueron culpables, y así, en Virgilio, el piadoso Eneas, con justa causa, se duele y lastima de la muerte del enemigo, aun del que él mató por su propia mano; asimismo Marcelo, considerando la ciudad de Siracusa y que había caído en un momento entre sus manos toda la grandeza y gloria que poco antes tenía, pensando en la suerte común, con lágrimas, se compadeció de su fatal suerte.

Por el amor natural que mutuamente nos debemos, suplico nos dé licencia el ser humano para que, sin llorar una mujer a su difunto esposo, muerto por mano de su hermano, supuesto que los hombres pudieron llorar, aun con gloria y aplauso, a los enemigos que habían vencido; así que, al mismo tiempo que aquella mujer lloraba la muerte que su hermano había dado a su esposo, Roma se alegraba de haber peleado con tanta fiereza contra la ciudad, su madre, y de haber vencido con tanta efusión de sangre de parientes de

una y otra parte. ¿Para qué alegan en mi favor el nombre de alabanzas o el nombre de victoria? Quítense las sombras de la vana opinión, examínense las obras imparcialmente, pondérense y júzguense desnudas de todo afecto. Dígase el crimen de Alba, como se decía el adulterio de Troya, y seguramente que no se hallará ninguna de su clase, ninguna que se le parezca cualquier flojedad o descuido me preinstigar a los hombres al manejo de las armas y aficionarlos a desacostumbradas victorias y a los triunfos. Por aquel pecado se vino a cometer una maldad tan execrable como fue la guerra entre amigos y parientes, y este crimen tan grave bien de paso le toca Salustio, porque, habiendo referido en compendio (alabando los tiempos antiguos, cuando pasaban su vida los hombres sin codicia y vivía cada uno contento con lo suyo), dice "que después que comenzaron Ciro en Asia, y los lacedemonios y atenienses en Grecia, a subyugar las ciudades y naciones y a tener por motivo justo para declarar la guerra el insaciable apetito de reinar, y a juzgar que la mayor gloria consistía en poseer un dilatado Imperio", con lo demás que empezó allí a relacionar, me basta por ahora el haber referido hasta aquí sus palabras; este deseo de reinar mete a, los hombres en grandes trabajos y quebrantos.

Vencida entonces de este epíteto, Roma triunfaba de haber vencido a Alba, y doraba su crimen con el pomposo nombre de gloria, porque, según dice la Sagrada Escritura, "el pecador se jacta en los perversos deseos de su alma, y el inicuo se ve celebrado". Quítense, pues, las engañosas celadas y las máscaras con que se disfrazan todas las cosas, para que sinceramente se examinen y consideren. Nadie me diga: aquel y el otro es grande porque combatió con éste y aquél y venció; pues también combaten los gladiadores y vencen del mismo modo, y esta crueldad tiene igualmente por premio la, alabanza; pero en mi concepto, tengo por más laudable pagar la pena de cualquier flojedad o descuido que pretender la gloria de aquellas armas; y con todo, si saliesen al teatro y a la arena a combatir entre sí un par de gladiadores que el uno fuese padre y el otro hijo, ¿quién pudiera sufrir semejante espectáculo? ¿Quién no lo estorbara? ¿Cómo, pues, pudo ser gloriosa la guerra que se hizo entre dos ciudades madre e hija? ¿Hubo, por ventura, aquí alguna diferencia porque no hubo arena, o porque se llenaron los campos más extendidos y espaciosos con los cadáveres no de los gladiadores, sino de infinitos de uno y otro pueblo? ¿Acaso porque estos combates y batallas no las cercaba algún anfiteatro, sino todo el orbe? ¿O porque se mostraba aquel impío espectáculo a los entonces presentes y a los venideros hasta donde se extiende esta fama?.

Con todo, aquellos dioses patronos del Imperio romano, y que, como en un teatro, estaban mirando estos debates padecían entre sí los impulsos de la pasión que tenía cada uno a la parte que favorecía, hasta que la hermana de los Horacios, como habían sido muertos los tres Curiacios, también ella, muriendo a manos de su hermano, entró con sus dos hermanos a ocupar el número de los otros tres de la otra parte, para que así no tuviera menos muertos la vencedora Roma. Después, para conseguir el fruto de la victoria, asolaron a Alba, donde después de Ilion, destruido por los grie- gos, y después de Lavinio, donde el rey Latino puso por rey al fugitivo Eneas, habitaron finalmente aquellos dioses troyanos. Pero, según lo tenían ya de costumbre, quizá también se habían ausentado ya de allí, y por eso fue destruida. Fuéronse, en efecto, y desampararon sus sagrarios y aras todos los dioses que mantuvieron en pie aquel Imperio. Y ved aquí cómo se fueron ya la tercera vez, para que a la cuarta, por justa providencia, se les encomendase Roma; porque igualmente les descontentó" Alba, donde echando del reino a su hermano, reinó Amulio, y al mismo

tiempo les había agradado Roma, donde, habiendo muerto a su hermano, había reinado Rómulo; pero antes que fuese asolada Alba, dicen, toda la gente del pueblo se mandó pasar a Roma, para que de ambas se hiciese una ciudad sola; y dado que fue así, con todo, aquella ciudad, que fue donde reinó Ascanio y tercer domicilio de los dioses troyanos, siendo ciudad madre, fue destruida por su hija, y para que de las reliquias que habían quedado de la guerra, de los dos pueblos se hiciera una miserable unión y sociedad, primeramente se hubo de derramar tanta sangre de una y otra parte. ¿Qué diré ya en particular cómo en tiempo de los demás reyes estas mismas guerras se renovaron tantas veces, cuando parecía que se habían ya acabado con tantas victorias y que, al parecer, aparentaban habían haber desaparecido finalmente con tantos estragos? ¿Cómo en una y otra ocasión, después de ajustadas alianzas y paces, tornaron a renovarse entre los, yernos y suegros, y entre sus descendientes y posteridad? No pequeño indicio de esta calamidad fue que ninguno de ellos cerrase las puertas de la guerra; luego ninguno de ellos reinó en paz bajo la tutela y amparo de tantos dioses.

CAPITULO XV

Cuál fue la vida y el fin que tuvieron los reyes de los romanos Y ¿cuál fue el fin que tuvieron estos reyes? De Rómulo, vean lo que dice la lisonjera fábula, que fue recibido y canonizado por Dios en el Cielo, y asimismo, observen lo que algunos escritores romanos dijeron, que por su ferocidad le hicieron pedazos en el Senado, sobornando con crecidos dones a Julio Próculo para que dijese se le había aparecido y mandado que dijese al pueblo romano le admitiese en el número de los dioses, con lo que el pueblo, que había empezado a desabrirse con el Senado, se había reprimido y aplacado, y por qué sucedió también eclipsarse el sol, lo cual, ignorando el vulgo que acaece en ciertos tiempos por su natural curso y movimiento, lo atribuyeron a los méritos de Rómulo, como en realidad de verdad si llorara el sol por el mismo caso se debía creer que le habían muerto y que esta maldad la manifestaba con eclipsarse aun la misma luz del día, como realmente sucedió cuando fue crucificado nuestro Señor Jesucristo por la crueldad e impiedad de los judíos. Es prueba convincente de que aquel eclipse no sucedió por el curso regular de los astros el ver que entonces cayó la Pascua de los judíos -que se celebraba solemnemente- estando la luna llena, y el eclipse regular del sol no sucede sino al fin de la luna.

Cicerón bien claro da a entender que la admisión de Rómulo entre los dioses fue más opinión vulgar que una realidad, pues alabándole en los libros de República, en persona de Escipión dice: “Tanto alcanzó, que como no se le viese, habiéndose de pronto oscurecido el sol, se creyó que le habían recibido en el número de los dioses, cosa que jamás ningún hombre pudo alcanzar sin estar dotado de singular valor”; y en lo que dice que de repente dejó de ser visto, sin duda se entiende así, o la violencia de la tempestad o el secreto con que le dieron muerte; pues otros escritores suyos, al eclipse de sol añaden también una imprevista tempestad, la cual, sin duda, o dio ocasión y tiempo a aquella muerte, o ella misma fue la que acabó con Rómulo; porque de Tulo Hostilio, que fue su tercer rey (constando de Rómulo que murió igualmente herido de un rayo), dice en los mismos libros Cicerón que no se creyó del mismo modo que le recibieron a éste entre los dioses muriendo de la manera insinuada, en atención a que lo que probaban por acaso, esto es, creían de Rómulo los romanos, no quisieron divulgarlo, es decir, disminuirlo y desacreditarlo, si

concedían fácilmente esta prerrogativa a otro. Dice asimismo, expresamente, en aquellas invectivas: “A Rómulo, que fundó esta ciudad, le hemos colocado entre los dioses inmortales con el amor y con la fama”; para demostrar que no sucedió realmente, sino que por los méritos de su valor, junto con el afecto que le profesaban se echó esta voz y corrió esta fama. Y en el diálogo de Hortensio, hablando de los ordinarios eclipses del sol, dice así: “De modo que se noten las mismas tinieblas que hubo en la muerte de Rómulo, que sucedió en el eclipse del sol.”

Es cierto que aquí no dudó llamarIa muerte de hombre, porque desempeñaba más el cargo de averiguar la verdad que el de hacer un panegírico; pero los demás reyes del pueblo romano, a excepción de Numa Pompilio y Anco Marcio, que murieron de enfermedad natural, ¿acaso no expiraron con horribles muertes? A Tulo Hostilio, como dije (el que venció y asoló la ciudad de Alba), un rayo le abrasó con todo su palacio. Tarquino Prisco murió por traición de los hijos de su antecesor. Servio Tulo falleció por el enorme crimen de su yerno Tarquino el Soberbio, que le sucedió en el reino, y, con todo, no se fueron los dioses, desamparando sus sagrarios y aras, no obstante haberse cometido tan gran parricidio en el rey más justo y virtuoso de aquel pueblo. Sin embargo, estos espíritus preocupados dicen que al proceder así con la miserable Troya y dejarla para que la asolasen y abrasasen los griegos, les movió el adulterio de Paris, contra lo cual, justamente, se opone que el mismo Tarquino sucedió en el reino al suegro, a quien había matado.

A este infame parricida, con la muerte de su suegro le vieron aquellos dioses reinar, triunfar en muchas batallas y edificar con los despojos de ellas el Capitolio, sin desamparar ellos el lugar; antes hallándose presentes y de asiento a todos estos lances sufriendo que su rey Júpiter los presidiese y reinase sobre ellos en aquel elevado templo, esto es, construido por mano de un parricida, pues entonces aún no era inocente cuando edificó el Capitolio, y después, por su mala conducta y crueldad, fue echado de la ciudad entrando a poseer el mismo reino (o donde había de edificar el Capitolio) por medio de una abominable maldad y execrable crimen; pues cuando después le echaron los romanos del reino y le desterraron de los muros de la ciudad no fue porque él tuviese culpa en la violación de Lucrecia, porque éste fue pecado de su hijo, que le cometió no sólo sin saberlo, sino estando ausente, pues estaba a la sazón combatiendo la ciudad de Ardea y dirigiendo la guerra del pueblo romano.

Ignoramos qué hubiera hecho si a su noticia llegara el delito que había cometido su hijo; y, con todo, sin saber su dictamen y voluntad, y sin hacer la prueba de ella, el pueblo le privó del reino, y habiendo recogido el ejército (a quien ordenaron que, dejase de seguir al rey y a sus banderas), le cerraron después las puertas de la ciudad y no le permitie- ron entrar dentro de ella; pero después de frecuentes y penosas guerras con que afligió a los romanos, procurando se conjurasen contra ellos sus comarcanos, viéndose absolutamente desamparado de sus antiguos aliados, en cuyo favor confiaba, y que no le era posible recobrar la corona, vivió en paz, según dicen, catorce años como persona particular en el Túsculo, cerca de Roma, y envejeció con su mujer, muriendo con muerte quizás más digna de envidia que la de su suegro, que murió por alevosía de su yerno y no ignorándolo su hija, según dicen.

Y con todo, a este Tarquino no le llamaron los romanos el cruel o el malvado, sino el soberbio, no pudiendo acaso sufrir ellos su real fausto y soberbia, por otra semejante

soberbia de que estaban dominados sus corazones. ¿Y por qué razón del crimen que cometió en matar a su suegro y a su buen rey hicieron tan poco caso, que en seguida le colocaron en el trono? Como si en este acto no cometieran ellos mayor culpa y maldad recompensando tan extraordinariamente un crimen tan alevoso; y con todo, no se fueron los dioses desamparando sus sagrarios y aras, si no es, que acaso haya alguno que intente defenderlos diciendo que por eso se quedaron en Roma, más para poder castigar a los romanos afligiéndolos que para ayudarlos con beneficios contentándolos con victorias vanas y destruyéndolos con crueles guerras. Esta fue la vida por casi doscientos cuarenta y tres años que se pasó en Roma bajo el gobierno de los reyes, en el tiempo tan alabado por sus escritores, hasta que echaron a Tarquino el Soberbio, por casi doscientos cuarenta y tres años, habiendo dilatado el Imperio con todas aquellas victorias compradas y habidas a costa de tanta sangre y de tantas desgracias, apenas veinte millas alrededor de Roma, espacio tan corto, que al presente no se puede comparar con ninguna de las ciudades de Getulia.

CAPITULO XVI

De los primeros cónsules que tuvieron los romanos; cómo el uno de ellos echó al otro de su patria, y después de haber cometido en Roma enormes, parricidios, murió dando la muerte a su enemigo A esta época debemos añadir también la otra hasta la cual dice Salustio que se vivió justa y moderadamente, mientras duró el miedo que tenían a las armas de Tarquino y se terminó la peligrosa guerra que sostuvieron con los etruscos; porque todo, el tiempo que éstos favorecieron a Tarquino en la pretensión de recobrar el reino padeció Roma una guerra cruel; y por eso dice que se gobernó la República justa y moderadamente, forzados del terror y no por amor a la justicia. En, este tiempo, que fue sumamente breve, cuán funesto fue el daño en que se incluyeron los cónsules, extinguida ya la potestad real, porque no llegaron a cumplir el año; pues Junio Bruto, despojando de su oficio a su compañero Lucio Tarquino Colatino, le desterró de la ciudad, y, a poco, viniendo a las manos en una batalla con su Contrario, cayeron ambos muertos, habiendo el primero quitado antes la vida a sus propios hijos y a los hermanos de su mujer, porque tuvo noticia de que se habían conjurado para restituir a Tarquino.

Esta hazaña, después de haberla contado Virgilio como famosamente luego, piadosamente, tuvo horror de ella, porque habiendo dicho "que por conservar la dulce libertad el mismo padre hará dar la muerte a sus, hijos por haber maquinado contra ellos nuevas guerras"; luego exclama y dice: "Desgraciado, en fin, como quiera que entendieren este hecho los venideros." Como quiera, dice, que los sucesos tomaren este hecho; esto es, como quiera que le engrandecieren y alabaren. En efecto, el que mata a sus hijos es desgraciado y desdichado, y como para consuelo de este infeliz, añadió: "Vencióle el amor de la patria y la inmensa ambición de gloria." ¿Por ventura en Bruto, que mató a sus hijos (y que habiendo dado muerte a su enemigo, hijo de Tarquino, quedando él muerto de mano del mismo, no pudo vivir más, antes el mismo Tarquino vivió después de él), no parece que quedó vengada la inocencia de Colatino, su colega, que, siendo buen ciudadano, después de desterrado Tarquino, padeció inculpablemente lo que el mismo tirano merecía? Y aun el mismo Bruto, dicen, era pariente de Tarquino. Pero, en efecto, a Colatino le perjudicó la semejanza en el nombre, porque también se llamaba Tarquino; forzáranle, pues, a que muere el nombre y no la patria, y, al fin, a que en su nombre faltara esta voz y se llamara

solamente Lucio Colatino; mas por esto nada perdió en su reputación, ni lo que sin desdoro alguno pudiera perder, y menos fue motivo para que al primer cónsul le depusieran de su cargo, y para que a un buen ciudadano le desterraran de su patria. ¿Es posible que sea gloria y grandeza un crimen tan execrable de Junio Bruto, tan abominable y tan sin utilidad dc la República? ¿Acaso para cometer este crimen le venció el amor de la patria y la inmensa ambición de gloria?

En efecto; después de desterrado Tarquino el Tirano, el pueblo eligió por cónsul, juntamente con Bruto, a Lucio Tarquino Colatino, marido de Lucrecia; pero con cuánta justicia atendió el pueblo a la vida y costumbres y no al nombre de su ciudadano, y con cuánta impiedad Bruto, al tomar posesión de aquella primera y nueva dignidad, privó a su colega de la patria, y del oficio, a quien pudiera fácilmente privar del nombre, si éste le ofendía, es cosa fácil de ver. Estas maldades se cometieron y estos desastres sucedieron cuando en aquella República los romanos se gobernaban y vivían justa y moderadamente. Asimismo, Lucrecio (a quien habían puesto en lugar de Bruto), antes de concluirse aquel mismo año, murió de una enfermedad, y así Publio Valerio, que sucedió a Colatino, y Marco Horacio, que entró en lugar del difunto Lucrecio, terminaron aquel año funesto y desgraciado en que hubo cinco cónsules; en este mismo, la República romana instituyó el oficio y potestad del consulado.

CAPITULO XVII

De las calamidades que padeció la República romana después que comenzó el imperio de los cónsules, sin que la favoreciesen los dioses que adoraba Entonces, habiendo respirado un poco del miedo que reinaba en sus corazones, no porque habían cesado las guerras, sino porque no les estrechaban con tanto rigor, es a saber, acabado el tiempo en que se rigieron justa y moderadamente de esta manera: “Después comenzaron los senadores a tratar al pueblo como esclavos, disponiendo de su vida y de sus espaldas al modo que acostumbraban los reyes defraudándolos del repartimiento de los campos, cargándose ellos con todas las propiedades y excluyendo a los demás del gobierno. Irritado el pueblo con estas crueldades, y, principalmente viéndose oprimido con los gravámenes de las deudas públicas y de las usura sufriendo y soportando a un tiempo con la ocasión de las continuas guerras la malicia y el tributo, acudió, armado al monte Sagrado y al Aventino, y entonces estableció para la defensa de sus derechos tribunos de la plebe y otras leyes, poniendo fin a las discordias y debates que reinaron entre ambos partidos la segunda guerra púnica.” ¿Para qué me detengo, pues, en escribir tantos sucesos, o para qué molesto a los que los hubieren de leer?

Cuán miserable haya sido aquella República en tan largo tiempo, y por tantos años como mediaron hasta la segunda guerra púnica, con la inquietud continua de las guerras de afuera y con las discordias y sediciones de dentro, Salustio nos lo ha referido sumariamente; y así, aquellas victorias no fueron alegrías y contentos sólidos de bienaventurados, sino consuelos vanos de miserables, y unos motivos extraños y celos de personas inquietas que los convidaban a emprender y sufrir más y más terribles trabajos; y no se enojen con nosotros los virtuosos y juiciosos romanos, aun que no hay causa para pedírselo ni advertírselo, pues es evidente que no se han de irritar con nosotros en modo alguno, porque ni referimos cosas

más pesadas ni las decimos más gravemente que sus propios autores; sin embargo, de que en el estilo y en el tiempo que, nos queda libre somos muy inferiores, y, con todo, para estudiar y aprender estos autores no sólo trabajaron ellos mismos, sino que hacen también trabajar en ellos a sus hijos; y los que se enojan ¿cómo me sufrieran si yo insinuase lo que dice Salustio? “Nacieron muchas revoluciones y discordias, y, al fin, las guerras civiles, pretendiendo ambiciosamente ser los señores absolutos bajo el honesto y disfrazado título de favorecer la causa de los padres o del pueblo, algunos pocos de los más poderosos, cuya gracia y fortuna seguían la mayor parte, concedían el honor de ciudadanos a los buenos y a los malos, no por los méritos o servicios que hubiesen hecho a la República, estando todos igualmente corrompidos, sino según que cada uno era más rico y más poderoso, para agraviar a otros; porque defendían la causa presente, y lo que se antojaba se tenía por bueno”. Y si a aquellos historiadores les pareció que tocaba a la honesta libertad no pasar en silencio las calamidades de su propia ciudad, a quien en otros muchos lugares les ha sido forzoso alabarla con grande gloria y exageración, ya que, efectivamente, no disfrutaban de la otra más verdadera, adonde se han de admitir y recibir los ciudadanos eternos, ¿qué obligación nos liga a nosotros (cuya esperanza en Dios, cuanto es mejor y más cierta, tanto debe ser mayor nuestra libertad), viendo que imputan y atribuyen a nuestro Señor Jesucristo los infortunios y calamidades presentes, Para desviar a los débiles y menos entendidos y enajenarlos de aquella ciudad, la única en que se ha de vivir eterna y bienaventuradamente?

Ni tampoco contra sus dioses decimos cosas más abominables que sus mismos autores, que ellos leen y alaban, pues de ellos hemos tomado nuestros discursos, y en ningún modo somos aptos para referir tales y tantas particularidades como ellos dicen. ¿Dónde, pues, estaban aquellos dioses que por la pequeña y engañosa felicidad de este mundo creen ellos que deben ser adorados, cuando los romanos, a quienes con falsa y diabólica astucia se vendían para que les rindiesen culto andaban afligidos con tantas calamidades? ¿Dónde estaban cuando los forajidos y esclavos mataron al cónsul Valerio, procurando ganar el Capitolio que ellos habían ocupado, en el cual aprieto, con más facilidad pudo él socorrer el templo de Júpiter que a él la turba de tantos dioses con su rey Optimo Máximo, cuyo templo había librado del furor de sus enemigos? ¿Dónde estaban cuando fatigada la ciudad con infinitas desgracias, causadas por las sediciones y discordias civiles, y permaneciendo en parte sosegada, mientras esperaban el regreso de los embajadores que habían enviado a Atenas para que les comunicasen sus leyes, fue asolada con una insufrible hambre y cruel pestilencia? ¿Dónde estaban cuando, en otra ocasión, padeciendo hambre el pueblo, creó por primera vez un prefecto que cuidase de la provisión del pan, y creciendo el hambre sobremanera, Espurio Melio, por haber proveído libremente de trigo al hambriento pueblo, incurrió en el crimen de haber intentado alzarse con el señorío de la República, siendo a instancia del mismo prefecto, por orden expresa del dictador Lucio Quincio, viejo ya decrépito, asesinado por Quinto Servilio, general de la caballería, ni sin una terrible y peligrosa revolución de la ciudad? ¿Dónde estaban cuando, en una cruel peste, viéndose el pueblo fatigado por mucho tiempo y sin remedio con sus dioses inútiles, determinó hacerles nuevos lectisternios, lo que jamás antes había hecho, para lo cual solían colocar unos lechos o mesas ricamente aderezadas en honra de los dioses, de donde esta ceremonia sagrada, o, por mejor decir, sacrílega, tomó el nombre? ¿Dónde estaban cuando por diez años continuos, peleando con mal suceso contra los veyos, el ejército romano padeció muchos y muy terribles estragos y calamidades, los que se hubieran acrecentado si al cabo no le socorriera Furio Camilo, a quien después condenó la ingrata ciudad? ¿Dónde estaban

cuando los galos ocuparon a Roma y la saquearon, quemaron e hicieron infinitas muertes? ¿Dónde cuando aquella funesta peste causó tan terribles daños, en la cual murió también Furio Camilo, que defendió a aquella República ingrata primeramente de las armas de los veyos y después la libertó de la irrupción de los galos, y con ocasión de este contagio mortífero se introdujeron los juegos escénicos, que fue otra nueva infección en las costumbres y vida humana, que es lo más doloroso, aunque quedaron ilesos los cuerpos de los romanos? ¿Dónde estaban cuando se fomentó otra pestilencia más grave, nacida, a lo que se sospecha, de los mortales venenos de las matronas, cuya vida y costumbres causaron más funestas desgracias que la mayor peste? ¿O cuando en las Horcas Caudinas, estando cercados por los samnitas ambos cónsules, con su ejército, fueron forzados a concluir con ellos unas paces tan vergonzosas, quedando en rehenes 600 caballeros romanos, y los demás, perdidas las armas y despojados de sus insignias y vestidos, pasaron humildemente debajo del yugo de los enemigos? ¿O cuando estando todos gravemente enfermos de la peste muchos perecieron en el ejército, a causa de los rayos que cayeron del cielo? ¿O cuando asimismo, por otro intolerable y funesto contagio, fue obligada Roma a traer de Epidauro a Esculapio, como a dios médico, porque a Júpiter, rey universal de todos, que ya había mucho tiempo que presidía en el Capitolio, las muchas liviandades a que se entregó siendo joven no le dieron, quizá, lugar para estudiar la Medicina? ¿O cuando, conjurándose a un mismo tiempo sus enemigos los lucanos, brucios, samnitas, etruscos y galos senones, primeramente les mataron sus embajadores y después rompieron y derrotaron el ejército con su pretor, muriendo con él siete tribunos y 13,000 soldados? ¿O cuando en Roma, después de graves y largas discordias, en las cuales, al fin, el pueblo se amotinó y retiró al Janicolo? Siendo tan terrible este infortunio y calamidad, que por su causa hicieron dictador a Hortensio, nombramiento que sólo se ejecutaba en los mayores apuros, quien habiendo sosegado al pueblo murió en el mismo cargo, suceso que antes no había acaecido a ningún dictador, el cual, para aquellos dioses, teniendo ya presente a Esculapio, fue culpa más grave. Después de esto surgieron por todas partes tantas y tan crueles guerras, que, por falta de soldados, recibían en la milicia a los proletarios, los cuales se llamaron así porque su único y principal encargo era multiplicar la prole y generación, no pudiendo por su pobreza servir en la guerra. Entonces los tarentinos trajeron en su favor a Pirro, rey de Grecia (cuyo nombre, en aquel tiempo, era muy famoso), quien se declaró enemigo acérrimo de los romanos; y consultando éste al dios Apolo sobre el suceso que había .de tener la guerra, le respondió con un oráculo tan ambiguo, que cualquiera de las dos cosas que sucediese podía quedar con la reputación y crédito de adivino, porque dijo así: Dico te, Pyrrhe vincere posse romanos, y de esta manera, ya los romanos venciesen a Pirro, o Pirro a los romanos, el agorero seguramente podía esperar el éxito, cualquiera de las dos cosas que sucediesen Y ¿qué estrago y matanza padeció uno y otro ejército? No obstante, Pirro fue más venturoso en el combate, de modo que ya pudiera, interpretando en su favor a Apolo, publicarle y celebrarle por adivino si luego en esta batalla no llevaran lo mejor los romanos.

En medio de la tribulación y despecho que causaban las guerras, sobrevino igualmente una peligrosa peste en las mujeres, porque antes de que al tiempo natural pudiesen parir las criaturas, morían con ellas, estando aún embarazadas, en lo cual, a lo que entiendo, se excusaba Esculapio, diciendo que él profesaba la facultad de médico mayor y no la de partera; del mismo modo perecía el ganado, siendo ya tan terrible la mortandad, que llegaron a persuadirse las gentes que se había de extinguir la generación de los animales. Y ¿qué diré de aquel invierno tan memorable en la Historia, que fue sobremanera cruel y

riguroso, durando en la plaza por espacio de cuarenta días la nieve tan elevada, que ponía horror, helando también el Tiber? Si esto sucediera en nuestros tiempos, ¡qué de cosas y cuán grandes nos dijeran éstos! Y asimismo, ¿cuánto duró el rigor de aquella funesta peste? ¿Cuán excesivo fue el número de los que mató? La cual, como empezase a continuar aún más gravemente por otro año, teniendo en vano presente a Esculapio, acudieron a los libros Sibilinos, que son un género de oráculos; según refiere Cicerón en los libros de Divinatione, en que más se suele creer a los intérpretes que conjeturan como pueden o como quieren sobre las cosas dudosas.

Entonces, pues, dijeron que la causa del contagio era porque muchas personas particulares tenían ocupadas varias de las casas consagradas a los dioses; y así libraron en esta ocasión a Esculapio de la indisculpable calumnia de ignorancia o desidia; ¿y por qué motivo, pregunto, se habían ido muchos a vivir en aquellas casas sin prohibírselo ninguno, sino porque inútilmente y por mucho tiempo habían acudido a pedir remedio a tanta multitud de dioses? Así, poco a poco, los que los reverenciaban desamparaban las casas para que, como baldías; por lo menos sin ofensa de nadie, pudiesen volver a servir a las necesidades de los hombres, y las que entonces, con toda diligencia, se renovaron y taparon con ocasión de aplacar la peste, si no volvieron a estar otra vez de la misma manera encubiertas y por haberlas desamparado, sin duda que no se tuviera por tan grande la noticia y erudición de Varrón, pues escribiendo de las casas consagradas a los dioses, refiere tantas de que no se tenía noticia y estaban olvidadas; pero entonces, más procurando inventar una aparente disculpa para con los dioses que el remedio necesario para atajar la peste.

CAPITULO XVIII

Cuán graves calamidades afligieron a los romanos en tiempo de las guerras púnicas, habiendo deseado y pedido en balde el auxilio y favor de sus dioses En el tiempo en que se sostenían las guerras púnicas o cartaginesas, vacilando entre uno y otro Imperio, como in cierta y dudosa, la victoria, y haciendo estos dos poderosos pueblos fuertes y costosas jornadas, ¿qué reinos de menos reputación fueron destruidos? ¿Qué de ciudades populosas e ilustres asoladas? ¿Cuántas afligidas? ¿Cuántas perdidas? ¿Qué de provincias y tierras taladas de extremo a extremo? ¿Cuántas veces fueron vencidos los de acá, y vencedores los de allá? ¿Cuántos perecieron, ya de soldados peleando, ya de los pueblos que no peleaban y estaban en paz? Y si intentáramos referir la infinidad de naves que quedaron sumergidas también en los combates navales y anegadas con diversas tempestades, borrascas y temporales contrarios, ¿qué otra cosa vendríamos a ser nosotros que historiadores? Entonces, despavorida y turbada con un extraordinario miedo la ciudad de Roma, acudió presurosa a buscar remedios vanos e irresistibles. Renovaron por autoridad de los libros Sibilinos los juegos seculares, cuya solemnidad, habiéndose establecido de cien en cien años, y en los tiempos mejores habiéndose olvidado su memoria, se habían dejado ya de celebrar.

Renovaron también los pontífices los juegos consagrados a los dioses infernales, estando también éstos ya olvidados con los muchos años que habían pasado sin solemnizarse; porque, en efecto, cuando los renovaron, como se habían enriquecido los dioses infernales con tanta copia y multitud de los que se morían, gustaban por lo mismo ya de jugar, en

atención a que, seguramente, los tristes y miserables hombres, haciéndose rabiosa guerra, mostrando su valor y corazón sanguinario, alcanzando el uno y otro hemisferio funestas victorias, celebraban solemnes juegos a los demonios y banquetes abundantes y suntuosos a los dioses del infierno. No sucedió ciertamente tragedia más lamentable en la primera guerra púnica que el haber sido vencidos en ella los romanos; siendo hecho prisionero de guerra Régulo, de quien hicimos mención en el primero y segundo libros, persona sin duda de gran valor, que, primero había venido y dominado a los cartagineses, el cual hubiera podido terminar la primera guerra púnica, si por una extraordinaria ansia de gloria y alabanza no hubiera pedido a los rendidos cartagineses con- diciones más duras de las que ellos podían sufrir.

Si la prisión impensada de aquel célebre general, si la esclavitud y servidumbre indigna, si la fidelidad del juramento y la bárbara crueldad de su muerte no avergüenza a los dioses, sin duda es cierto que son de bronce y que no tienen gota de sangre que les pueda salir al rostro; al mismo tiempo no faltaron dentro de sus propios hogares gravísimos males y desgracias; porque, saliendo de madre el río Tiber fuera de lo acostumbrado, arruinó casi toda la parte baja de la ciudad, llevándose parte con el furioso ímpetu y avenida, y derribando parte con la humedad reconcentrada en tanto tiempo como estuvieron detenidas las aguas en las calles. Siguió a esta desgracia la del fuego, más perjudicial que la anterior, pues prendiendo por la plaza en los mas altos y encumbrados techos, no quisieron perdonar ni aun el templo de Vesta, su mayor amigo y familiar, adonde acostumbraban las que no eran tan honradas vírgenes conservar el fuego y darle, añadiéndole con diligencia leña, como una perpetua vida en donde el fuego entonces no sólo vivía, sino que se fomentaba más y más, de cuyo ímpetu y vigor, aturdidas las vírgenes, no pudiendo salvar de tan voraz incendio aquellos fatales dioses que habían ya oprimido tres ciudades donde habían tenido su residencia, el pontífice Metelo, olvidado en cierto modo de su vida y atravesando valerosamente por medio de las llamas, los sacó ilesos, saliendo él bastante chamuscado, porque ni aun a él le tocó el fuego, ni tampoco había allí dios, que aun cuando le hubiera no huyera más bien, podemos decir que el hombre pudo ser de más importancia a los dioses del templo de Vesta que ellos al hombre.

Y si a sí propios no se podían defender del fuego, ¿a aquella ciudad, cuyo principio, esplendor y conservación se creía que amparaban, en qué la pudieran ayudar contra las aguas y las llamas, como, en efecto, la misma experiencia manifestó que nada pudieron? No les hiciéramos estas objeciones si dijeran que aquellos dioses los habían instituido no para custodia de los bienes temporales, sino para significar los eternos; y así, aunque sucediese perderse por ser cosas corporales y visibles, nada se perdía de aquellos objetos en, cuya significación fueron instituidos, y que se podían renovar y reparar de nuevo para el mismo defecto; pero es cierto que con extraña ceguedad creen que fue posible alcanzar con aquellos dioses, que no podían perecer, que no, pudiese acabar la salud corporal y la felicidad temporal de la ciudad; y así, cuando los manifestamos que, permaneciendo aún salvos sus dioses, les sucedió o el estrago en la salud, o la infelicidad, aún tienen valor para no mudar o abandonar la opinión que no pueden defender.

CAPITULO XIX

De los trabajos de la segunda guerra púnica, en que gastaron las fuerzas de una y otra parte Y viniendo a tratar de la segunda guerra púnica, sería largo de contar el estrago que estos dos pueblos se hicieron mutuamente con tantas guerras como en tantas partes entre sí sostuvieron, de modo que, en sentir aún de los que tomaron de propósito a su cargo no tanto de referir las guerras romanas como el elogiar al Imperio romano, más representación tuvo de vencido el que venció, porque levantando Aníbal formidables ejércitos en España y pasando los montes Pirineos, atravesando y corriendo Francia, rompiendo los Alpes, acrecentando sus fuerzas con tanto rodeo, talando y sujetando cuanto se le ponía por delante y dando consigo, como una impetuosa e imprevista avenida, en el centro de Italia, ¡cuán sangrienta se hizo la guerra, qué de reencuentros y choques hubo, qué de veces fueron vencidos los romanos, qué de pueblos se humillaron y rindieron al enemigo, cuántos de éstos fueron entrados a fuerza de armas y saqueados, cuán crueles y horribles batallas se dieron, y muchas veces con gloria de Aníbal y ruina y desdoro de los romanos! ¿Qué diré, pues, de aquella derrota horrible digna de admiración, padecida en Cannas, donde Aníbal, no obstante ser cruel, con todo, saciado ya de la sangre de sus enemigos, dice que mandó a sus soldados que los perdonasen las vidas, enviando allí a Cartago tres celemines de anillos de oro, para dar a entender que en el combate había dado muerte a tantos individuos de la nobleza romana, que más fácilmente se pudieron medir que contar; y asimismo para que se conjeturase el estrago del ejército que murió sin anillos, que sería, sin duda, tanto más numeroso cuanto más débil? Finalmente, después de esta batalla sobrevino tan notable falta de gente para la guerra, que los romanos se reemplazaban y echaban mano de hombres facinerosos, ofreciéndoles el perdón de sus crímenes, dando también libertad a los esclavos, y, con todos no tanto suplieron cuanto formaron un vergonzoso ejército. Estos esclavos (pero no agravemos a los ya libertos) que habían de pelear por la República, faltándoles las armas ofensivas y defensivas, se vieron precisados a tomar las de los templos, como si dijeran los romanos a su dioses: “Dejad lo que tanto tiempo habéis tenido en vano, por si acaso nuestros esclavos pueden hacer algo de provecho con lo que vosotros, siendo nuestros dioses, no habéis podido emprender acción alguna heroica.

Entonces, estando exhaustos igualmente el erario público para pagar el sueldo del ejército, vinieron las haciendas de los particulares a servir al beneficio común en tanto grado, que dando todos los ciudadanos cuanto poseían, el mismo Senado no se reservó, alhaja alguna de oro, a excepción de varios anillos y joyeles, insignias miserables de su dignidad, y así toda la gente. de las demás clases y tribus. ¿Quién pudiera tolerar a éstos si en nuestros tiempos vinieran a esta necesidad, apenas pudiéndoles sufrir ahora, cuando por un superfluo deleite dan más a los cómicos que entonces dieron a las legiones por el servicio de salvar la República de un peligro extremo?

CAPITULO XX

De la destrucción de los saguntinos, a los cuales, muriendo por conservar la amistad de los romanos, no les socorrían los dioses de los romanos Pero entre todas las calamidades que sucedieron en la segunda guerra púnica, ninguna hubo más lastimosa ni más digna de compasión y justa queja. Porque esta ciudad de España, por ser amiga y confederada del pueblo romano, y por observar constantemente su asustad, fue destruida, y de esta

conquista quebrantando la paz con los romanos, tomó ocasión Aníbal para irritarlos y obligarlos a la guerra.

Cercó, pues, bárbaramente a Sagunto, lo cual, sabido en Roma, enviaron sus embajadores a Aníbal para que levantase el sitio, y, no haciendo caso de sus ruegos, marcharon a Cartago, donde, querellándose de la infracción de la paz y sin concluir cosa alguna, volvieron a Roma. Mientras andábase en estas dilaciones, la infeliz Sagunto, ciudad opulentísima y aliada de la República romana, fue destruida por los cartagineses al cabo de ocho o nueve meses de cerco, cuya ruina causa horror al leerlo, cuanto más al escribir cómo aconteció; sin embargo, la referiré brevemente, porque interesa al asunto que tratamos. Primeramente se fue consumiendo por el hambre, pues aseguran que al nos comieron los cuerpos muertos e sus mismos compatriotas; después, reducida al mayor extremo con la penuria y escasez de todas las cosas necesarias a la vida y a su propia defensa, por no verse m aun cautiva en manos de Aníbal, formó en la plaza pública una grande hoguera, y, degollando a todos sus amados hijos y parientes y demás ciudadanos, se arrojaron todos en ella. Hicieran aquí alguna admirable acción los dioses glotones y seductores, hambrientos de buenos bocados y manjares de los sacrificios, y empeñados solamente en alucinar a los idiotas con la oscuridad y la ambigüedad de sus engañosos presagios. Obraran aquí algún prodigio estupendo y socorrieran a una nación amiga del pueblo romano, y no dejaran perecer a la que se sepultaba voluntariamente en sus ruinas por conservar su amistad en atención a que ellos fueron los que presidieron en la unión y confederación que ella estipuló con la República romana.

Así que, por observar escrupulosamente los sagrados tratados y conciertos que, presidiendo o autorizando estas falsas deidades, había concluido con verdadera voluntad, ligado con la amistad y estrechado con juramento inviolable, fue cercada, ocupada y asolada por un hombre pérfido y fementido. Si estos dioses fueron los que después espantaron y ahuyentaron a Aníbal de los muros de Roma con crueles tempestades y encendidos rayos, entonces, con tiempo, debieran obrar alguno de estos particulares prodigios, pues se atrevió a decir que con más justa razón pudieron enviar la tempestad en favor de los amigos de los romanos, expuestos al inminente riesgo de perderse puesto que, por no faltar a la fe dada a los romanos, estaban en peligro de perecer, y entonces, totalmente faltos de ayuda, que en favor de los mismos romanos, que peleaban y corrían riesgo por sí, y contra Aníbal teman en sí mismos bastante auxilio; luego si fueran tutores y defensores de la felicidad y gloria de Roma, debieran haberla librado de una culpa tan grave como fue la ruina de Sagunto. Pero ahora consideremos cuán neciamente creen que no se perdió Roma por la defensa de estos dioses cuando andaba victorioso Aníbal si vemos que no pudieron socorrer a la ciudad de Sagunto para que no se perdiese por guardar a Roma su amistad.

Si el pueblo de Sagunto fuera cristiano y padeciera algún infortunio como éste por la fe evangélica (aunque no se hubiera él profanado a sí mismo, matándose a fuego y sangre), y si padeciera su destrucción por la fe evangélica, la sufriría con aquella esperanza que creyó en Jesucristo, y gozaría del premio y galardón, no de un brevísimo tiempo, sino de una eternidad sin fin. Pero en favor de estos dioses, los cuales dicen que por eso deben ser adorados y por eso se buscan para adorarlos, para asegurar la felicidad de estos bienes temporales y transitorios, ¿qué nos han de responder sus defensores sobre la pérdida de los saguntinos, sino lo mismo que sobre la muerte de Régulo? Porque la diferencia que hay es

que aquél fue una persona particular, y ésta una ciudad entera; pero la causa de la ruina de ambos fue el querer guardar puntualmente la lealtad, pues por ésta quiso el otro volverse a poder de sus enemigos, y ésta no quiso entregarse; ¿luego la lealtad observada inviolablemente, provoca la ira de los dioses? ¿O es, acaso, cierto que pueden también, teniendo propicios a los dioses, perderse no sólo cualesquiera hombres, sino también las ciudades enteras? Elijan, pues, lo que más les agradare, porque si ofenden a estos dioses con una fidelidad bien guardada, busquen a los pérfidos y fementidos que los adoren; pero si teniéndolos aún propicios pueden perderse y acabar los hombres, y las ciudades ser afligidas con muchos y graves tormentos, sin provecho ni fruto alguno de esta felicidad los adoran. Dejen, pues, de enojarse los que entienden y creen que ha causado su desgracia el haber perdido los templos y sacrificios de estos dioses, porque pudieran, no sólo sin haberlos perdido, sino teniéndolos aún de su parte propicios y favorables, no como ahora, quejarse de su infortunio y miseria, sino, como entonces Régulo y los saguntinos, perderse y perecer también del todo con horribles calamidades y tormentos.

CAPITULO XXI

De la ingratitud que usó Roma con Escipión, su libertador, y las costumbres que hubo en ella, cuando cuenta Salustio que era muy buena Además de esto, en el tiempo que medió entre la segunda y última guerra púnica, cuando dice Salustio que vivieron los romanos con costumbres muy buenas y mucha concordia (porque varias acciones omito atendiendo a ser breve en esta obra); en este tiempo, pues, de tan buenas costumbres y tanta concordia, aquel Escipión que libró a Roma y a Italia, que acabó tan honrosamente la segunda guerra púnica, tan horrible, tan sangrienta y tan peligrosa; aquel vencedor de Aníbal, domador de Cartago, aquel cuya vida se refiere que desde su juventud fue encomendada a los dioses y criada en los templos, cedió a las acusaciones de sus enemigos, y desterrado de su patria (a quien había dado la vida y libertad con su valor), pasó y acabó el resto de su vida en Linterno, después de su famoso triunfo, con tan poca afición a Roma, que dicen mandó que ni aun le enterrasen en ingrata patria. Después de estos su sucesos, habiendo triunfado el procónsul Gn. Manlio de los gálatas, comenzó a cundir por Roma la molicie de Asia, aún más perjudicial que el mayor enemigo: porque entonces dicen fue la primera vez que se vieron lechos labrados de metal y preciosos tapetes.

Entonces se comenzaron a usar en los banquetes mozas que cantaban y otras licenciosas desenvolturas; mas ahora no es mi intención otra que la de tratar de los males que impacientemente padecen los hombres, y no de los que ellos causan voluntariamente: y así aquellas gloriosas acciones que referí de Escipión, de cómo cediendo a sus enemigos murió fuera de su patria, a la cual había libertado, hacen más el propósito de lo que vamos, anunciando; pues los dioses de Roma, cuyos templos había defendido Escipión de los rigores de Aníbal, no le correspondieron a sus continuas fatigas, adorándolos ellos solamente por esta felicidad; pero como Salustio dijo que entonces florecieron allí las buenas costumbres, por esto me pareció referir lo de la molicie del Asia, para que se entienda también que Salustio dijo aquellas expresiones, hablando en comparación de los demás tiempos, en los cuales, sin duda, con las gravísimas discordias, fueron las costumbres mucho peores, porque entonces también, esto es, entre la segunda y última guerra cartaginesa, se publicó la ley Voconia, por la cual se mandaba “que ninguno dejase

por su heredero a mujer alguna, aunque fuese hija única suya.” No sé que se pueda decir o imaginar orden más injusta que esta ley.

Con todo, en aquel espacio de tiempo que duraron las dos guerras púnicas, fue mal tolerable la desventura, pues solamente con las guerras padecía el ejército de afuera, pero con las victorias se consolaba y en la ciudad no habla discordia alguna, como en otros tiempos; mas en la última guerra púnica, de un golpe fue asolada y totalmente destruida la émula y competidora del Imperio romano por el otro segundo Escipión, que por esto se llamó por sobrenombre el Africano; y desde este tiempo en adelante fue combatida la República romana con tantos infortunios que hace demostrarle que con la prosperidad y seguridad (de donde corrompiéndose en extremo las costumbres, nacieron acumuladamente aquellos males” hizo más estrago y daño Cartago con su rápida ruina que lo había hecho en tanto tiempo manteniéndose en pie contra su enemigo. En todo este tiempo, hasta Augusto César, quien parece no quitó del todo a los romanos, según la opinión de éstos, la libertad gloriosa, sino la perniciosa que totalmente estaba ya descaecida y muerta, y que, revocándolo todo y reduciéndolo al real albedrío, renovó en cierto modo la República arruinada ya y perdida casi con los males y achaques de la vejez; en todo este tiempo, pues, omito unas y otras derrotas de ejércitos nacidas de varias causas, y la paz numantina violada con tan horrible ignominia, porque volaron, en efecto, las aves de la jaula y dieron, como dicen, mal agüero al cónsul Mancino, como si por tantos años en que aquella pequeña ciudad, estando cercada, había afligido al ejército romano, empezando ya a poner terror a la misma República romana, los demás capitanes también hubieran ido contra ella con mal agüero.

CAPITULO XXII

Del edicto del rey Mitrídates, en que mandó matar a todos los ciudadanos romanos que se hallasen en Asia Pero como dejo insinuado, omito estos sucesos, aunque no puedo pasar en silencio cómo Mitrídates, rey de Asía, mandó matar en un día todos los ciudadanos romanos, dondequiera que se hallasen en Asia, así los peregrinos y transeúntes como otra innumerable multitud de mercaderes y negociantes ocupados en sus tratos, y así se ejecutó. ¡Cuán lastimosa tragedia fue ver en un momento matar de repente e impíamente a todos éstos dondequiera que los hallaban, en el campo, en el camino, en las villas, en casa, en la calle, en la plaza, en el templo, en la cama, en la mesa! ¡Qué de gemidos habría de los que morían, qué de lágrimas de los que veían esta catástrofe, y acaso también de los mismos que los mataban! ¡Cuán; dura fuerza se hacía a los huéspedes, no sólo en haber de examinar con sus propios ojos, y en sus casas, aquellas desgraciadas muertes, sino también en haber de ejecutarlas por sí mismos, trocando repentinamente el semblante apacible y humano para ejecutar en tiempo de tranquila paz un crimen tan horrendo, matándose de un golpe, por decirlo así, lo mismo los matadores como los muertos, pues si el uno recibía la muerte en el cuerpo, el otro la recibía en el alma! ¿Acaso todos éstos no habían apreciado asimismo los agüeros? ¿No tenían dioses domésticos y públicos a quienes pudieran consultar cuando partieron de sus tierras a aquella infeliz peregrinación? Y, si' esto es cierto, no tienen los incrédulos en este punto de qué quejarse de nuestros tiempos, pues hace tiempo que los romanos no se ocupan de estas vanidades; mas si acaso los consultaron, digamos: ¿de qué

les aprovecharon semejantes cosas, cuando por solas las leyes humanas, sin que nadie lo prohibiese, fueron. licitas semejantes cosas?

CAPITULO XXIII

De ¡os males interiores que padeció la República romana con un prodigio que precedió, que fue rabiar todos los animales de que se sirve ordinariamente el hombre Pero empecemos ya a referir brevemente, como pudiéremos, aquellas calamidades que, cuanto más interiores, fueron tanto más funestas, las discordias civiles; o, por mejor decir, inciviles e inhumanas, no ya sediciones, sino guerras urbanas dentro de Roma, donde se derramó tanta sangre, donde los que favorecían las diversas parcialidades usaban de mayor rigor contra los otros, no ya con porfiadas demandas, contestaciones y destempladas voces, sino con las espadas y las armas; pues las guerras sociales, serviles y civiles, ¿cuánta sangre romana hicieron derramar, cuántas tierras talaron y asolaron en Italia? Y antes que se moviesen contra Roma los aliados del Lacio, todos los animales que están ordinariamente sujetos al servicio del hombre, como son perros, caballos, jumentos, bueyes y las demás bestias y ganados que están bajo su dominio, se embravecieron repentinamente, y, olvidados de su doméstica mansedumbre, se salieron de las casas y andaban sueltos, huyendo por varias partes, no sólo de los no conocidos, sino de sus propios dueños, con daño mortal o peligro del que se atrevía a acosarlos de cerca. Y si esto fue solamente un presagio que de suyo fue un mal tan enorme, ¿cuán grande fatalidad fue aquella que vaticinó? Si igual desgracia sucediera en nuestros tiempos, sin duda que sentiríamos a los incrédulos aún más rabiosos que los otros a sus animales.

CAPITULO XXIV

De la discordia civil causada por las sediciones de los gracos La causa que motivó las guerras civiles fueron las sediciones de los Gracos, nacidas de la promulgación de las leyes agrarias sobre el repartimiento de los campos, por las que se mandaba distribuir entre el pueblo las heredades que los nobles poseían con injusto título; pero el querer remediar una injusticia tan inveterada fue proyecto muy arriesgado, o, por mejor decir, como enseñó la experiencia, muy pernicioso. ¡Qué de muertes sucedieron cuando asesinaron al primer Graco, y cuántas hubo, pasado algún tiempo, cuando quitaron la vida al otro hermano! A los nobles y plebeyos los mataban los ministros de Justicia, no conforme a lo que dictaban las leyes y procediendo contra ellos jurídicamente, sino en movimientos sediciosos y pendencias, combatiéndose mutuamente con las armas. Después muerto el segundo Graco, el cónsul Lucio Opimio quien dentro de Roma movió contra él las armas y habiéndole vencido y muerto, hizo un considerable estrago en los ciudadanos, procediendo ya entonces por vía judicial persiguiendo a los demás conjurados, dicen que mató a tres mil hombres, de donde puede colegirse la infinidad de muertos que pudo haber en las frecuentes revoluciones y choques, cuando hubo tanta en los tribunales, después de examinadas escrupulosamente las causas. El homicida de Graco vendió al cónsul su cabeza por tanta cantidad de oro como pesaba; pues ésta había sido la recompensa ofrecida por Opimio, y en seguida quitaron la vida al consular Marco Fulvio, con sus hijos.

CAPITULO XXV

Del templo que edificaron por decreto del Senado a la Concordia en el lugar donde las sediciones y muertes tuvieron lugar Y mediante un elegante decreto del Senado, edificaron un templo a la Concordia en el mismo lugar donde se dio aquel funesto y sangriento tumulto, en el que murieron tantos ciudadanos de todas clases y condiciones, para que, como testigo ocular del merecido castigo de los Gracos, diese en los ojos de los que oraban y hacían sus arengas al pueblo y les escarmentase la memoria de tan lamentable catástrofe. Y esto, ¿qué otra cosa fue que hacer mofa de los dioses, erigiendo un templo a una diosa que si estuviera en la ciudad no se sepultara en sus ruinas ,con tantas disensiones, a no ser que, culpada la Concordia porque desamparó los corazones de los ciudadanos, mereciese que la encerrasen en aquel templo como en una cárcel? Y pregunto: si quisieron acomodarse a los acontecimientos que pasaron, ¿por qué no fabricaron más bien un templo a la Discordia? ¿Acaso traen alguna razón poderosa para que la Concordia sea diosa y la Discordia no lo sea; y según la distinción de Labeón, ésta sea buena y aquélla mala? Esto supuesto, no parece le movió otra razón para deliberar de este modo, sino el haber visto en Roma un templo dedicado, no sólo a la Fiebre, sino a la Salud; luego de la misma manera, no solamente debieron erigir templo a la Concordia, sino también a la Discordia.

Así que en gran peligro quisieron vivir los romanos teniendo enojada a una diosa tan mala, sin acordarse de la destrucción de Troya, que tuvo su principio en haberla ofendido; porque ella fue la que, por no haber sido convidada entre los dioses, trazó la competencia de las tres diosas con la manzana de oro, de donde nació la lid y pendencia de éstas, la victoria de Venus, el robo de Elena y la destrucción de Troya; por lo cual, si acaso irritada porque no mereció te- ner en Roma templo alguno entre los dioses, turbada hasta entonces con tan grandes alborotos la ciudad, ¿cuánto más furiosamente se pudo enojar viendo en el lugar de aquella horrible matanza; esto es, en el lugar de sus hazañas, edificado un templo a su enemiga? Cuando nos reímos de estas vanidades se indignan y enojan estos doctos sabios, y con todo, ellos, que adoran a los dioses buenos y malos, no pueden soltar esta dificultad de la Concordia y Discordia, ya se olvidasen de estas diosas y antepusiesen a ellas las diosas Fiebre y Belona, a quienes construyeron templos en lo antiguo, ya también las adorasen a ellas; pues desamparándolos así, la Concordia, la feroz Discordia los condujo hasta meterlos en las guerras civiles.

CAPITULO XXVI

De las diversas suertes de guerras que se siguieron después que edificaron el templo de la Concordia Curioso baluarte contra las sediciones fue poner a los ojos de los que hablaban al pueblo el templo de la Concordia por testigo, memoria de la muerte y castigo de los Gracos La utilidad que de esto sacaron lo manifiesta el fatal suceso de las calamidades que se siguieron; pues desde entonces procuraron los que hablaban no separarse del ejemplo de los Gracos; antes salir con lo que ellos pretendieron, como fueron Lucio Saturnino, tribuno del pueblo y Gayo Servilio, pretor, y mucho después Marco Druso. De cuyas sediciones y alborotos resultaron primeramente infinitas muertes, encendiéndose después el fuego de las guerras sociales, con las cuales padeció mucho Italia, llegando a sufrir una infeliz

desolación y destrucción. En seguida acaeció la guerra de los esclavos y las guerras civiles, en las cuales hubo reñidos encuentros y batallas, derramándose mucha sangre, de manera que casi todas las gentes de Italia, en que principalmente consistía la fuerza del Imperio romano, fueron domadas con una fiera barbarie; tuvo principio la guerra de los esclavos de un corto número; esto es, de menos que de setenta gladiadores; pero ¿a cuán crecido número, fuerte, feroz y bravo llegó? ¿Qué de generales romanos venció aquel limitado ejército? ¿Qué de provincias y ciudades destruyó? En fin, fueron tantas, que apenas lo pudieron declarar circunstanciadamente los que escribieron la historia. Y no sólo hubo esta guerra de los esclavos, sino que también antes de ella, gentes viles y de baja condición talaron la provincia de Macedonia, y después Sicilia y toda la costa del mar; y ¿quién podrá referir conforme a su grandeza cuán grandes y horrendos fueron al principio los latrocinios y cuán poderosa fue la guerra de los corsarios que vino después?

CAPITULO XXVII

De las guerras civiles entre Mario y Sila Y cuando Mario, ensangrentado ya con la sangre de sus ciudadanos, habiendo muerto y degollado a infinitos del partido contrario, vencido, se fue huyendo de Roma, respirando apenas por un breve rato la ciudad -por usar las palabras de Tulio-, "venció de nuevo Cinna a Mario. Entonces, con la muerte de hombres tan esclarecidos, murió la refulgente antorcha, honor y gloría de esta ínclita ciudad. Vengó después Sila la crueldad de esta victoria, y no es menester referir con cuánta pérdida de ciudadanos y con cuánto daño de la República fue", porque de esta venganza, que fue más perniciosa que si los delitos que se castigaban quedaran sin castigo, dice también Lucano: "Fue peor el remedio que la enfermedad y profundizó demasiado la mano por donde cundía el mal." Perecieron los culpados, más en un tiempo en que solamente quedaban los culpables; y en esta lastimosa situación se dio libertad a los odios, corrió presurosamente la ira y el rencor, sin miedo al freno de las leyes.

En esta guerra de Mario y Sila, además de los que murieron fuera, en los combates, también dentro de Roma se llenaron de muertos las calles, plazas, teatros y templos, de modo que apenas se pudiera imaginar cuándo los vencedores hicieron mayor matanza, si cuando vencían, o después de haber vencido; pues en la victoria de Mario, cuando volvió del destierro, además de las muertes que se hicieron a cada paso por todas partes, la cabeza del cónsul Octavio se puso en la tribuna; degollaron en sus mismas casas a César y a Fimbria; hicieron pedazos a los Crasos, padre e hijo, al uno en presencia del otro; Bebio y Numitor perecieron arrastrados con unos garfios, derramando por el suelo sus entrañas. Catulo, tomando veneno, se libró de las manos de sus enemigos. Merula, que era sacerdote de Júpiter, abriéndose las venas, sacrificó su vida a Júpiter; y delante del mismo Mario daban luego la muerte a quienes al saludarle no alargaban la mano.

CAPITULO XXVIII

Cuál fue la victoria de Sila, que fue la que vengó la crueldad de Mario La victoria de Sila, que siguió luego (la que, en efecto, vengó la crueldad pasada a fuerza de mucha sangre de los ciudadanos, con cuyo derramamiento y a cuya costa se había conseguido terminada ya

la guerra, permaneciendo todavía las enemistades), ejecutó aún más fieramente su rigor en la paz. Después de las primeras y recientes muertes que ejecutó Mario el mayor, habían ya he- cho otras aún más horribles Mario el joven y Carbón, que eran del mismo partido de Mario, sobre quienes, viniendo enseguida Sila, desesperados, no sólo de la victoria, sino también de la misma vida, llenaron toda la ciudad de cadáveres, así con sus propias muertes como con las ajenas; porque, además del daño que por diversas partes hicieron, cercaron también el Senado, y de la misma curia, como de una cárcel, los iban sacando al matadero.

El pontífice Mucio Escévola (cuya dignidad entre los romanos era la más sagrada, como el templo de Vesta, donde servía", se abrazó con la misma ara, y allí le degollaron; y aquel fuego, que con perpetuo cuidado y vigilancia de las vírgenes siempre ardía, casi pudo apagarse con la sangre del sumo sacerdote. Enseguida entró Sila victorioso en la ciudad, habiendo primeramente, en el camino, en un lugar público (encarnizándose no ya la guerra, sino la paz), degollado, no peleando, sino por expreso mandato, siete mil hombres que se le habían rendido desarmados del todo. Y como por toda la ciudad cualquiera partidario de Sila mataba al que quería, era imposible contar los muertos; hasta que advirtieron a Sila que era conveniente dejar a algunos con la vida, para que hubiese a quien pudiesen mandar los vencedores. Entonces, habiéndose ya aplacado la desenfrenada licencia de matar que por todas partes se observaba incesantemente, se propuso con grandes parabienes y aplauso una tabla que contenía dos mil personas que se habían de matar y proscribir del estado noble, contándose así de los caballeros como de los senadores un número sumamente crecido; pero daba consuelo solamente el ver que tenía fin, y no por ver morir a tantos era tanta la aflicción como era la alegría de ver a los demás libres del temor. Sin embargo, de la misma seguridad de los demás (aunque cruel e inhumana) hubo motivos suficientes para compadecer y llorar los exquisitos géneros de muertes que padecieron algunos de los que fueron condenados a muerte; porque hubo hombre a quien, sin instrumento alguno, le hicieron pedazos entre las manos, despedazando los verdugos a un hombre vivo con más fiereza que acostumbran las mismas fieras despedazar un cuerpo muerto. A otro, habiéndole sacado los ojos y cortándole parte por parte sus miembros, le hicieron vivir penando entre horribles tormentos, o, por mejor decir, le hicieron morir muchas veces. Vendiéronse en almoneda, como si fueran granjas, algunas nobles ciudades, y entre ellas una, como si mandaran matar a un particular delincuente, decretaron toda ella pasada a cuchillo. Todo esto se hizo en paz, después de concluida guerra, no por abreviar en conseguir la victoria, sino por no despreciar la ya alcanzada. Compitió la paz sobre cuál era más cruel con la guerra, y venció; porque la guerra mató a los armados, y la paz, a los desnudos. La guerra se fundaba en que el herido, si podía, hiriese; mas la paz estribaba no en que el que escapase viviese, sino' que muriese sin hacer resistencia.

CAPITULO XXIX

Compara la entrada de los godos con las calamidades que padecieron los romanos, así de los galos como de los autores y caudillos de las guerras civiles ¿Qué furor de gentes extrañas, qué crueldad de bárbaros se puede comparar a esta victoria de ciudadanos conseguida contra sus mismos ciudadanos? ¿Qué espectáculo vio Roma más funesto, más horrible y feroz? ¿Fue, por ventura, más inhumana la entrada que en tiempos antiguos hicieron los galos, y poco hace los godos, que la fiereza que usaron Mario y Sila y otros

insignes varones de su partido, que eran como lumbreras de esta ciudad, con sus propios miembros? Es verdad que los galos pasaron a cuchillo a los senadores y a todos cuantos pudieron hallar en la ciudad, a excepción de los que habitaban en la roca del Capitolio, los cuales se defendieron por todos los medios.

Con todo, a los que se habían guarecido en aquel lugar les vendieron a lo menos las vidas a trueque de oro, las cuales, aunque no pudieron quitárselas con las armas, sin embargo pudieron consumírselas con el cerco. Y por lo que se refiere a los godos, fueron tantos los senadores a quienes perdonaron la vida, que causa admiración que se la quitasen a algunos; pero, al contrario, Sila, viviendo todavía Mario, entró victorioso en el mismo Capitolio (el cual estuvo seguro del furor de los galos), para ponerse a decretar allí las muertes de sus compatriotas; y habiendo huido Mario, escapando para volver más fiero y más cruel, éste, en el Capitolio, por consultas y decreto del Senado, privó a infinitos de la vida y de la hacienda; y los del partido de Mario, estando ausente Sila, ¿qué cosa hubo de las que se tienen por sagradas a quien ellos perdonasen, cuando ni per- donaron a Mucio, que era su ciudadano, senador y pontífice, teniendo asida con infelices brazos la misma ara, adonde estaba -como dicen-el hado y la fortuna de los romanos? Y aquella última tabla o lista de Sila, dejando aparte otras innumerables muertes, 'no degolló ella sola más senadores que los que fueron maltratados por los godos?

CAPITULO XXX

De la conexión de muchas guerras que precedieron antes de la venida de Jesucristo ¿Con qué ánimo, pues, con qué valor, desvergüenza, ignorancia o, mejor decir, locura, no se atreven a imputar aquellos desastres a sus dioses, y estos los atribuyen a nuestro Señor Jesucristo? Las crueles guerras civiles; más funestas aún, por confesión de sus propios autores, que todas las demás guerras tenidas con sus enemigos (pues con ellas se tuvo a aquella República no tanto por perseguida, sino por totalmente destruida), nacieron mucho antes de la venida de Jesucristo, y por una serie de malvadas causas, después de la guerra de Mario y Sila, llegaron las de Sertorio y Catilina, uno de los cuales había sido proscrito y vendido por Sila, y el otro se había criado con él; en seguida vino la guerra entre Lépido y Catulo, y de estos uno quería abrogar lo que había hecho Sila, y el otro lo quería sostener; siguióse la de Pompeyo y César, de los cuales, Pompeyo había sido del partido de Sila, a cuyo poder y dignidad había ya llegado, y aun pasado, lo cual no podía tolerar César, por no ser tanto como él; pero al fin logró conseguirla y aún mayor, habiendo vencido y muerto a Pompeyo. Finalmente, continuaron las guerras hasta el otro César, que después se llamó Augusto -en cuyo tiempo nació Jesucristo- y porque también este Augusto sostuvo muchas guerras civiles, y en ellas murieron innumerables hombres ilustres, entre los cuales uno fue Cicerón, aquel elocuente maestro en el arte de gobernar la República.

Asimismo Cayo César (el que venció a Pompeyo y usó con tanta clemencia la victoria), haciendo merced a sus enemigos de las vidas y dignidades, como si fuera tirano y se conjugaron contra él algunos nobles senadores, bajo pretexto de la libertad republicana, y le dieron de puñaladas en el mismo Senado, a cuyo poder absoluto y gobierno déspota parece aspiraba después Antonio, bien diferente de él en su condición, contaminado y corrompido con todos los vicios, a quien se opuso animosamente Cicerón, bajo el pretexto de la misma

libertad patria. Entonces comenzó a descubrirse el otro César, joven de esperanzas y bella índole, hijo adoptivo de Cayo julio César, quien como llevo dicho, se llamó después Augusto. A este mancebo ilustre, para que su poder creciese contra el de Antonio, favorecía Cicerón, prometiéndose que Octavio, aniquilado y oprimido el orgullo de Antonio, restituiría a la República su primitiva libertad; pero estaba tan obcecado y era poco previsor de las consecuencias futuras, que el mismo Octavio, cuya dignidad y poder fomentaba, permitió después, y concedió, como por una capitulación de concordia, a Antonio, que pudiese matar a Cicerón, y aquella misma libertad republicana, en cuyo favor había perorado tantas veces Cicerón, la puso bajo su dominio.

CAPITULO XXXI

Con qué poco pudor imputan a Cristo los presentes desastres aquellos a quienes no se les permite que adores a sus dioses, habiendo habido tantas calamidades en el tiempo que los adoraban Acusen a sus dioses por tan reiteradas desgracias los que se muestran desagradecidos a nuestro Salvador por tantos beneficios. Por lo menos cuando sucedían aquellos males hervían de gente las aras de los dioses y exhalaban de sí el olor del incienso Sabeo y de las frescas y olorosas guirnaldas. Los sacerdocios eran ilustres, los lugares sagrados, lugar de placer; se frecuentaban los sacrificios, los juegos y diversiones en los templos, al mismo tiempo que por todas partes se derramaba tanta sangre de los ciudadanos por los mismos ciudadanos, no solo en cualquiera lugar, sino entre los mismos altares de los dioses. No escogió Cicerón templo donde acogerse, porque consideró que en vano le había escogido Mucio; pero estos ingratos que con menos motivo se quejan de los tiempos cristianos, o se acogieron de los lugares dedicados a Cristo, o los mismos bárbaros los condujeron a ellos para que librasen sus vidas.

Esto tengo por cierto, y cualquiera que lo mirase sin pasión, fácilmente advertirá (por omitir muchas particularidades que ya he referido y otras que me pareció largo contarlas) que si los hombres recibieran la fe cristiana antes de las guerras púnicas y sucedieran tantas desgracias y estragos como en aquellas guerras padeció África y Europa, ninguno de éstos que ahora nos persiguen lo atribuyera sino a la religión cristiana; y mucho más insufribles fueran sus voces y lamentos por lo que se refiere a los romanos, si después de haber recibido y promulgado la religión cristiana, hubiera sucedido la entrada de los galos o la ruina y destrucción que causó la impetuosa avenida del río Tiber y el fuego, o lo que sobrepuja a todas las calamidades, aquellas guerras civiles y demás infortunios que sucedieron, tan contrarios al humano crédito, que se tuvieron por prodigios, los que sucedieran en los tiempos cristianos, ¿a quiénes se lo habían de atribuir como culpas sino a los cristianos? Paso en silencio, pues, los sucesos que fueron más admirables que perjudiciales, de cómo hablaron los bueyes: cómo las criaturas que aún no habían nacido pronunciaron algunas palabras dentro del vientre de sus madres; cómo volaron las serpientes; cómo las gallinas se convirtieron en gallos y las mujeres en hombres, y otros portentos de esta jaez, que se hallaban estampados en sus libros, no en los fabulosos, sino en los históricos, ya sean verdaderos, ya sean falsos, que causan a los hombres no daño, sino espanto y admiración; asimismo aquel raro suceso de cuando llovió tierra, greda y piedras, en cuya expresión no se entiende que apedreó, como cuando se entiende el granizo por este nombre, sino que realmente cayeron piedras, cantos y guijarros; esto, sin duda, que

pudo hacer también mucho daño. Leemos en sus autores que, derramándose y bajando llamas de fuego desde la cumbre del monte Etna a la costa vecina, hirvió tanto el mar, que se abrasaron los peñascos y se derritió la pez y resina de las naves; este suceso causó terribles daños.

Aunque fue una maravilla increíble. En otra ocasión, con el mismo fuego, escriben que se cubrió Sicilia de tanta cantidad de ceniza, que las casas de la ciudad de Catania, oprimidas por el peso, dieron en tierra; y, compadecidos de esta calamidad, los romanos les perdonaron benignamente el tributo de aquel año; también refieren en sus historias que en África, siendo ya provincia sujeta a la República romana, hubo tanta multitud de langosta que anublaban el sol, las cuales, después de consumir los frutos de la tierra, hasta las hojas de los árboles, dicen que formaron una inmensa e impenetrable nube y dio consigo en el mar, y que muriendo allí, y volviendo el agua a arrojarlas a la costa, inficionándose con ellas la atmósfera, aseguran que causó tan terrible peste, que, según su testimonio, solo en el reino de Masinisa perecieron 80,000 personas, y muchas más en las tierras próximas a la costa. Entonces afirman que en Utica, de 30,000 soldados que había de guarnición quedaron vivos sólo diez. No puede darse semejante fanatismo como el que nos persigue y obliga a que respondamos que el suceso más mínimo de éstos que hubiese acontecido en la actual época le atribuirían el influjo y profesión de la religión cristiana, si le vieran en los tiempos cristianos. Y, con todo, no imputan estas desgracias a sus dioses, cuya religión procuran establecer por no padecer iguales calamidades o menores habiéndolas padecido mayores los que antes los adoraban.

LIBRO CUARTO LA GRANDEZA DE ROMA ES DON DE DIOS

CAPITULO PRIMERO

De lo que se ha dicho en el libro primero Debiendo empezar ya a tratar de la ciudad de Dios, fui de parecer que debía responder, en primer lugar, a los enemigos, quienes, como viven arrastrados de los gustos y deleites terrenos, apeteciendo con ansia los bienes caducos y perecederos, cualquiera adversidad que padecen, cuando Dios, usando de su misericordia, los avisa, suspendiendo el castigarlos con todo rigor y justicia, lo atribuyen a religión cristiana, la cual es solamente la verdadera y saludable, religión, y porque entre ellos hay también vulgo estúpido e ignorante, se arrebatan con mayor ardor e irritan contra nosotros, como excitados y sostenidos de la autoridad respetable de los doctos; persuadiéndose los necios que los sucesos extraordinarios que acaecen con la vicisitud de los tiempos no solían acontecer en las épocas pasadas.

Confirman su falsa opinión con disimular que lo ignoran, no obstante que saben que es falso, para que de este modo se puedan persuadir los entendimientos humanos ser justa la queja que manifiestan tener contra nosotros, porque lo que fue necesario demostrar por los mismos libros que escribieron sus historiadores dándonos una noticia extensa y circunstanciada de la historia y sucesos ocurridos en los tiempos pasados, que es muy al

contrario de, lo que opinan; y asimismo enseñar que los dioses falsos que entonces adoraban públicamente y ahora todavía adoran en secreto, son unos espíritus inmundos, perversos y engañosos demonios, tan procaces, que tienen su mayor deleite y complacencia en oír y examinar las culpas y maldades más execrables, sean ciertas o fingidas, aunque seguramente suyas, las cuales quisieron se celebrasen y anunciasen solemnemente en sus fiestas, a fin de que la humana imbecilidad no se ruborizase en perpetrar acciones feas y reprensibles, teniendo por imitadores de las más impías a las mismas deidades, lo cual no he probado yo precisamente por meras conjeturas falibles, sino ya por lo sucedido en nuestros tiempos, en los que yo mismo vi hacer y celebrar semejantes torpezas en honor de los dioses, ya por lo que está escrito en autores que dejaron a la posteridad el recuerdo de estas torpezas, considerándolas no como infames, sino como honoríficas y apreciables a sus dioses.

De modo que el docto Varrón, de grande autoridad entre los gentiles, escribiendo unos libros que trataban de las cosas divinas y humanas, y distribuyendo, conforme a la calidad de cada uno, en unos las materias divinas y en otros las humanas a lo menos no colocó los juegos escénicos entre las cosas humanas, sino entre las divinas, siendo seguramente cierto que si en Roma hubiera solamente personas honestas y virtuosas, ni aun en las cosas humanas fuera justas que hubiera juegos escénicos; lo cual, ciertamente, no estableció Varrón por su propia autoridad, sino como nacido y criado en Roma, los halló considerados entre las cosas divinas. Y porque al fin del libro primero expusimos en compendio lo que en adelante habíamos de referir, y parte de ello dijimos en los dos libros siguientes, reconozco la obligación en que estoy empeñado de cumplir en lo restante con la esperanza de los lectores.

CAPITULO II

De lo que se contiene en el libro segundo y tercero Prometimos, pues, hablar contra los que atribuyeron las calamidades padecidas en la República romana a nuestra religión, y referir extensamente todos los males y penalidades grandes y pequeños que nos ocurriesen, o los suficientes para demostrar claramente los que padeció Roma y las provincias que estaban bajo su Imperio antes de que se prohibieran absolutamente los sacrificios. Todos los cuales infortunios, sin duda, nos los atribuyeran si entonces tuvieran ellos noticia de nuestra religión, o les vedase sus sacrílegas oblaciones: este punto, a lo que creo, le hemos explicado bastantemente en el libro segundo y tercero. En el segundo, cuando tratamos de los males de las costumbres, que se deben estimar por los únicos y por los más grandes, y en el tercero, cuando tratamos de las calamidades que temen los necios y huyen de padecer; es, a saber: de los males corporales y de las cosas exteriores, las cuales por mayor parte sufren también los buenos; pero, al contrario, las desgracias con que empeoran sus costumbres las toleran, no digo con paciencia, sino con mucho gusto. Ha sido sumamente limitada la relación que he dado de las desgracias de Roma y de su Imperio, y de éstas no he referido todas las ocurridas hasta Augusto César; pues si me hubiera propuesto contar y exagerarlas todas, no las que se causan los hombres mutuamente unos a otros, como son los estragos y ruinas que motivan las guerras, sino las que atraen a la tierra los elementos celestes, las que resumió Apuleyo. en el libro que escribió del mundo, diciendo que todas las cosas de la tierra sufren cambios y destrucciones, porque asegura, para decirlo con. sus

palabras, que se abrió la tierra con terribles temblores, se tragó ciudades enteras y mucha gente; que rompiéndose las cataratas del cielo se anegaron provincias enteras; que las que anteriormente había sido continente y tierra firme quedaron aisladas por el mar; que otras, por el descenso del mar, se hicieron accesibles a pie enjuto; que fueron asoladas y destruidas hermosas ciudades con furiosos vientos y tempestades; que de las nubes descendió fuego, con que perecieron y fueron abrasadas algunas regiones en el Oriente; que en el Occidente, las frecuentes avenidas de los ríos causaron igual estrago, y que en tiempos antiguos, abriéndose y despeñándose de las cumbres, del monte Etna hacia abajo aquellas encendidas bocas con divino incendio, corrieron ríos de llamas y fuego, como si fuesen una impetuosa avenida de agua.

Si estas particularidades y otras semejantes intentara yo recopilar (las que se hallan en varias historias de donde podría trasladarlas), ¿cuándo acabaría de referir las que acontecieron en aquellos lastimosos tiempos, antes que el nombre de Cristo reprimiese a los incrédulos sus vanidades y contradicciones a la verdadera fe? Prometí asimismo patentizar cuáles fueron las costumbres que quiso favorecer para acrecentar con ellas el imperio el verdadero Dios, en cuya potestad están todos los reinos, y por qué causa y cuán poco les auxiliaron estos que tienen por dioses, o, por mejor decir, cuántos daños les causaron con sus seducciones y falacias; sobre lo cual advierto ahora que me conviene hablar, y aún más del acrecentamiento del Imperio romano, porque del pernicioso engaño de los demonios, a quienes adoraban como a dioses, y de los grandes daños que ha causado en sus costumbres su culto, queda ya dicho lo suficiente, especialmente en el libro segundo. En el discurso de los tres libros, donde lo juzgué a propósito, referí igualmente los imponderables consuelos que en medio de los trabajos de la guerra envía Dios a los buenos y a los malos por amor a su santo nombre, a quien, al contrario de lo que se acostumbra en campaña, tuvieron los bárbaros tanto respeto, tributando obediencia y reconocimiento al augusto nombre de Aquel que hace salga el sol sobre los buenos y los malos, y que llueva sobre los justos y los injustos.

CAPITULO III

Si la grandeza del Imperio que no se alcanza sino con la guerra, se debe contar entre los bienes que llaman, así de los felices como de los sabios Veamos ya y examinemos las causas que puedan alegar para demostrar la grandeza y duración tan dilatada del Imperio romano, no sea que se atrevan a atribuirla a estos dioses, a quienes pretenden haber reverenciado y servido honestamente con juegos torpes y por ministerio de hombres impúdicos; aunque primero quisiera indagar en qué razón o prudencia humana se funda, que no pudiendo probar sean felices los hombres que andan siempre poseídos de un tenebroso temor y una sangrienta codicia en los estragos de la guerra y en derramar la sangre de sus ciudadanos o de otros enemigos, aunque siempre humana (tanto que solemos comparar al vidrio el contento y alegría de estos tales que frágilmente resplandece, de quien con más horror tememos no se nos quiebre de improviso), con todo, quieran gloriarse de la opulencia y extensión de su Imperio. Y para que esto se entienda más fácilmente y no nos desvanezcamos llevados del viento de la vanidad, y no escandalicemos la vista de nuestro entendimiento con voces de grande bulto, oyendo pueblos, reinos, provincias, pongamos dos hombres, porque así como las letras en un escrito, cada hombre se considera como

principio y elemento de una ciudad y de un reino, por más grande y extenso que sea. Supongamos que el uno de éstos es pobre y el otro muy rico; pero este contristado con temores, consumido de melancolía, abrazado de codicia, nunca seguro, siempre inquieto, batallando con perpetuas contiendas y enemistades, que con estas miserias va acrecentando sobremanera su patrimonio, y con tales incrementos va acumulando también grandísimos cuidados; y el de mediana hacienda, contento con su corto caudal,, acomodado a sus facultades, muy querido de sus deudos, vecinos confidentes y amigos, gozando de una paz dulce, piadoso en la religión, de corazón benigno, de cuerpo sano, ordenado en la vida, honesto en las costumbres y seguro en conciencia, No sé si pueda haber alguno tan necio que se atreva a poner en duda sobre a cuál de éstos, haya de preferir. Así, pues, como en estos dos hombres, así en dos familias, así en dos pueblos, así en dos reinos se sigue la misma razón de semejanza e igualdad, la cual, aplicada con acuerdo, si corrigiésemos los ojos de nuestro entendimiento, fácilmente advertiríamos dónde se halla la vanidad y dónde la felicidad; por lo cual, si se adora al verdadero Dios y le sirven con verdaderos sacrificios con buena vida y costumbres, es útil e importante que los buenos reinen mucho tiempo con crecidos honores; cuya felicidad no es precisamente útil a ellos solos, sino a aquellos sobre quienes reinan; pues por lo que se refiere a éstos, su religión y santidad (que son grandes dones de Dios) les basta para conseguir la verdadera felicidad, con la que pueden pasar dichosamente esta vida y después alcanzar la eterna.

En la tierra se concede el reino a los buenos, no tanto por utilidad suya como de las cosas humanas; pero el reino que se da a los malos, antes es en daño de los que reinan, pues estragan y destruyen sus almas con la mayor libertad de pecar, aunque a los súbditos y a los que los sirven no les puede perjudicar sino su propio pecado; pues todos cuantos perjuicios causan los malos señores a los justos no es pena del pecado, sino prueba de la virtud, por tanto, el bueno, aunque sirva, es libre, y el malo, aunque reine, es esclavo, y no de sólo un hombre, sino, lo que es más pesado, de tantos señores como vicios le dominan, de los cuales, tratando la Escritura, dice: “que por el mismo hecho de dejarse uno vencer o rendir a otro, viene a ser su esclavo”.

CAPITULO IV

Cuán semejante a los latrocinios son los reinos sin justicia Sin la virtud de la justicia, ¿qué son los reinos sino unos execrables latrocinios? Y éstos, ¿qué son sino unos reducidos reinos? Estos son ciertamente una junta de hombres gobernada por su príncipe la que está unida entre si con pacto de sociedad, distribuyendo el botín y las conquistas conforme a las leyes y condiciones que mutuamente establecieron. Esta sociedad, digo, cuando llega a crecer con el concurso de gentes abandonadas, de modo que tenga ya lugares, funde poblaciones fuertes, y magnificas, ocupe ciudades y sojuzgue pueblos, toma otro nombre más ilustre llamándose reino, al cual se le concede ya al descubierto, no la ambición que ha dejado, sino la libertad, sin miedo de las vigorosas leyes que se le han añadido; y por eso con mucha gracia y verdad respondió un corsario, siendo preso, a Alejandro Magno, preguntándole este rey qué le parecía cómo tenía inquieto y turbado el mar, con arrogante libertad le dijo: y ¿qué te parece a ti cómo tienes conmovido y turbado todo el mundo? Mas porque yo ejecuto mis piraterías con un pequeño bajel me llaman ladrón, y a ti, porque las haces con formidables ejércitos, te llaman rey.

CAPITULO V

De los gladiadores fugitivos, cuyo poder vino a ser semejante a la dignidad real Por lo cual dejo de examinar qué clase de hombres fueron los que juntó Rómulo para la fundación de su nuevo Estado, resultando en beneficio suyo la nueva creación del Imperio; pues que se valió de este medio para que con aquella nueva forma de vida, en la que tomaban parte y participaban de los intereses comunes de la nueva ciudad, dejasen el temor de las personas que merecían por sus demasías, y este temor los impelía a cometer crímenes más detestables, y desde entonces viviesen con más sosiego entre los hombres.

Digo que el Imperio romano, siendo ya grande y poderoso con las muchas naciones que había sujetado, terrible su nombre a las demás, experimentó terribles vaivenes de la fortuna, y temió con justa razón, viéndose con gran dificultad para poder escapar de una terrible calamidad, cuando ciertos gladiadores, bien pocos en número, huyéndose a Campania de la escuela donde se ejercitaban, juntaron un formidable ejército que, acaudillado por tres famosos jefes, destruyeron cruelmente gran parte de Italia Dígannos: ¿qué dios ayudó a los rebeldes para que, de un pequeño latrocinio, llegasen a poseer un reino, que puso terror a tantas y tan exorbitantes fuerzas de los romanos? ¿Acaso porque duraron poco tiempo se ha de negar que no les ayudó Dios, como si la vida de cualquier hombre fuese muy prolongada? Luego, bajo este supuesto, a nadie favorecen los dioses para que reine, pues todos se mueren presto, ni se debe tener por beneficio lo que dura poco tiempo en cada hombre, y lo que en todos se desvanece como humo. ¿Qué les importa a los que en tiempo de Rómulo adoraron los dioses, y hace, tantos años que murieron, que después de su fallecimiento haya crecido tanto el Imperio romano, mientras ellos están en los infiernos? Si buenas o malas, sus causas no interesan al asunto que tratamos, y esto se debe entender de todos los que por el mismo Imperio (aunque muriendo unos, y sucediendo en su lugar otros, se extienda y dilate por largos años), en pocos días y con otra vida lo pasaron presurosa y arrebatadamente, cargados y oprimidos con el insoportable peso de sus acciones cri- minales. Y si, con todo, los beneficios de un breve tiempo se deben atribuir al favor y ayuda de los dioses, no poco ayudaron a los gladiadores, que rompieron las cadenas de su servidumbre y cautiverio, huyeron y se pusieron en salvo, juntaron un ejército numeroso y poderoso, y obedeciendo a los consejos y preceptos de sus caudillos y reyes, causando terror a la formidable Roma, resistiendo con valor y denuedo a algunos generales romanos, tomaron y saquearon muchas poblaciones, gozaron de muchas victorias y de los deleites que quisieron, hicieron todo cuanto les proponía su apetito, eso mismo hicieron, hasta que finalmente fueron vencidos (cuya gloria costó bastante sangre a los romanos), y vivieron reinando con poder y majestad. Pero descendamos a asuntos de mayor momento.

CAPITULO VI

De la codicia del rey Nino, que por extender su dominio fue el primero que movió guerra a sus vecinos Justino, que, siguiendo a Trogo Pompeyo, escribió un compendio, de la Historia griega, o, por mejor decir, universal, comienza su obra de esta manera: “Al principio del mundo el imperio de las naciones le tuvieron los reyes, quienes eran elevados

al alto grado de la majestad, no por ambición popular, sino por la buena opinión que los hombres tenían de su conducta. Los pueblos se gobernaban sin leyes, sirviendo de tales los arbitrios y dictámenes de los reyes, los cuales estaban acostumbrados más a defender que a dilatar ambiciosamente los términos de su imperio. El reino que cada uno poseía se incluía dentro de los límites de su patria. Nino, rey de los asirios, fue el primero que con nueva codicia y deseo de dominar, mudó esta antigua costumbre conservada de unos a otros desde sus antepasados.

Este monarca fue el primero que movió guerra a sus vecinos, y sujetó, como no sabían aún hacer resistencia, todas las naciones situadas hasta los confines de Libra"; y más adelante añade: "Nino robusteció el poder de su codiciado dominio con un largo reinado. Habiendo, pues, sujetado a sus comarcanos, como con el acrecentamiento de las fuerzas militares pasase con más pujanza contra otras naciones, y siendo la victoria que acababa de conseguir instrumento para la siguiente, sojuzgó las provincias y naciones de todo el Oriente." Sea lo que fuere el crédito que se debe dar a Justino o a Trogo (porque otras historias más verdaderas manifiestan que mintieron en algunos particulares); con todo, consta también entre los otros escritores que el rey Nino fue el que extendió fuera de los límites regulares el reino de los asirios, durando por tan largos años, que el Imperio romano no ha podido igualársele en el tiempo; pues según escriben los cronologistas, el reino de los asirios, contando desde el primer año en que Nino empezó a reinar hasta que pasó a los medos, duró mil doscientos cuarenta años El mover guerra a sus vecinos, pasar después a invadir a otros, afligir y sujetar los pueblos sin tener para ello causa justa, sólo por ambición de dominar, ¿cómo debe llamarse sino un grande latrocinio?

CAPITULO VII

Si los dioses han dado o dejado de dar su ayuda a los reinos de la tierra para su esplendor y decadencia Si el reino de los asirios fue tan opulento y permaneció por tantos siglos sin el favor de los dioses, ¿por qué el de los romanos, que se ha extendido por tan dilatadas regiones y ha durado tantos años, se ha de atribuir su permanencia a la protección de los dioses de los romanos, cuando lo mismo pasa en el uno y en el otro? Y si dijesen que la conservación de aquél debe atribuirse también al auxilio y favor de los dioses, pregunto: De qué dioses? Si las otras naciones que domó y sujetó Nino no adoraban entonces otros dioses, o si tenían los asirios dioses propios que fuesen como artífices más diestros para fundar y conservar Imperios, pregunto: ¿Se murieron, acaso, cuando ellos perdieron igualmente el Imperio? ¿O por qué no les recompensaron sus penosos cuidados, o por qué ofreciéndoles mayor recompensa, quisieron más pasarse a los medos, y de aquí otra vez, convidándolos Ciro y proponiéndolos tal vez partidos más ventajosos, a los persas? Los cuales, en muchas y dilatadas tierras de Oriente, después del reino de Alejandro de Macedonia, que fue grande en las posesiones y brevísimo en su duración, todavía perseveran hasta ahora en su reino. Y si esto es cierto, o son infieles los dioses que, desamparando a los suyos, se pasan a los enemigos (cuya traición no ejecutó Camilo, siendo hombre, cuando habiendo vencido y conquistado para Roma una ciudad, su mayor émula y enemiga, ella le correspondió ingrata, a la cual, a pesar de este desagradecimiento, olvidado después de sus agravios y acordándose del amor de su patria, la volvió a librar segunda vez de la invasión de los galos) o no son tan fuertes y valerosos cómo es natural

sean los dioses, pues pueden ser vencidos por industria o por humanas fuerzas; o cuando traen en sí guerra no son los hombres quienes vencen a los dioses, sino que acaso los dioses propios de una ciudad vencen a los otros. Luego también estos falsos númenes se enemistan mutuamente, defendiendo cada uno a los de su partido. Luego no debió Roma adorar más a sus dioses que a los extraños, por quienes eran favorecidos sus adoradores. Finalmente, como quiera que sea este paso, huida o abandono de los dioses en las batallas, con todo, aún no se había predicado en aquellos tiempos y en aquellas tierras el nombre de Jesucristo cuando se perdieron tan poderosos reinos o pasaron a otras manos su poder y majestad con crueles estragos y guerras; porque si al cabo de mil doscientos años y los que van hasta que se arruinó el Imperio de los asirios, predicara ya allí la religión cristiana otro reino eterno, y prohibiera la sacrílega adoración, de los falsos dioses, ¿qué otra cosa dijeran los hombres ilusos de aquella nación, sino que el reino que había existido por tantos años no se pudo perder por otra causa sino por haber desamparado su religión y abrazado la cristiana? En esta alucinación, que pudo suceder, mírense éstos como en un espejo y tengan pudor, si acaso conservan alguno, de quejarse de semejante acaecimientos; aunque la ruina del Imperio romano más ha sido aflicción que mudanza, la que le acaeció igualmente en otros tiempos muy anteriores a la promulgación del nombre de Jesucristo y de su ley evangélica, reponiéndose al fin de aquella aflicción; y por eso no debemos desconfiar en esta época, porque en esto, ¿quién sabe la voluntad de Dios?

CAPITULO VIII

Qué dioses piensan los romanos que les han acrecentado y conservado su imperio, habiéndoles parecido que apenas se podía encomendar a estos dioses, y cada uno de por si, el amparo de una sola cosa Parece muy a propósito veamos ahora entre la turba de dioses que adoraban los romanos cuáles creen ellos fueron los que acrecentaron o conservaron aquel Imperio. ¿Por qué en empresa tan famosa y de tan alta dignidad no se atreven a conceder alguna parte de gloria a la diosa Cloacina, o la Volupia, llamada así de coluptale, que es el deleite, o la Libentina, denominada así de libidini, que es el apetito torpe, o al Vaticano, que preside a los llantos de las criaturas, o la Cunina, que cuida sus cunas? ¿Y cómo pudiéramos acabar de referir en un solo lugar de este libro todos los nombres de los dioses o diosas, que apenas caben en abultados volúmenes, dando a cada dios un oficio propio y peculiar para cada ministerio? No se contentaron, pues, con encomendar el cuidado del campo a un dios particular, sino que encargaron la labranza rural a Rusina, las cumbres de los montes al dios Jugatino, los collados a la diosa Colatina, los valles a Valona. Ni tampoco pudieron hallar una Segecia, tal que de una vez se encargase y cuidase de las mieses, sino que las mieses sembradas, en tanto que estaban debajo de la tierra, quisieron que las tuviese a su cargo la diosa Seya; y cuando habían ya salido de la tierra y criado caña y espiga, la diosa Segecia; y el grano ya cogido y encerrado en las trojes para que se guardase seguramente, la diosa Tutilina; para lo cual no parecía bastante la Segecia, mientras la mies llegaba desde que comenzaba a verdeguear hasta las secas aristas. Y, con todo eso, no bastó a los hombres amantes de los dioses este desengaño para evitar que la miserable alma no se sujetase torpemente a la turba de los demonios, huyendo los castos abrazos de un solo Dios verdadero.

Encomendaron, pues, a Proserpina los granos que brotan y nacen; al dios Noduto los nudos y articulaciones de las cañas; a la diosa Volutina los capullos y envoltorios de las espigas, y a la diosa Patelena, cuando se abren estos capullos para que salga la espiga; a la diosa Hostilina, cuando las mieses se igualan con nuevas aristas, porque los antiguos, al igualar, dijeron hostire; a la diosa Flora, cuando las mieses florecen; a Lacturcia, cuando están en leche; a la diosa Matura, cuando maduran; a la diosa Runcina, cuándo los arrancan de la tierra; y no lo refiero todo, porque me ruborizo de lo que ellos no se avergüenzan. Esto he dicho precisamente para que se entienda que de ningún modo se atreverán a decir que, estos dioses fundaron, acrecentaron y conservaron el Imperio romano; pues en tal conformidad daban a cada uno su oficio, pues a ninguno encargaban todos en general. ¿Cuándo Segecia había de cuidar del Imperio, si no era lícito cuidar a un mismo tiempo de las mieses y de los árboles? ¿Cuándo había de cuidar de las armas Cunina, si su poder no se extendía más que a velar sobre las cunas de los niños? ¿Cuándo Noduto les había de ayudar en la guerra, si su poder ni siquiera se extendía al cuidado del capullo de la espiga, sino tan sólo a los nudos de la caña? Cada uno pone en su casa un portero, y porque es hombre, es, sin duda, bastante. Estos pusieron tres dioses: Fórculo, para las puertas; Cardea, para los quicios; Limentino, para los umbrales. ¿Acaso era imposible que Fórculo pudiese cuidar juntamente de las puertas, quicios y umbrales?

CAPITULO IX

Si la grandeza del imperio romano y el haber durado tanto se debe atribuir a Júpiter, a quien sus adoradores tienen por el supremo de los dioses Dejada, pues, a un lado por tiempo breve la turba de estos dioses particulares, es necesario pasemos a indagar el oficio y cargo de los dioses mayores, con que Roma ha llegado a creer en tanto grado que ha tenido el dominio sobre tantas naciones crecido número de siglos. Luego, en efecto, esta gloria se debe a Júpiter Optimo Máximo, ya que quieren que éste sea el rey de todos los dioses y diosas; lo cual manifiesta su cetro y la elevada roca Tarpeya en el Capitolio. De este dios refieren, aunque por un poeta, que se dijo muy bien Jovis omnia plena, que todo estaba lleno de Júpiter. Este -cree Varrón- es el que adoraban también los que veneran a un solo dios sin necesidad de imágenes, aunque le llaman con otro nombre; y si esto es así ¿por qué le trataron tan mal en Roma, así como algunos, igualmente, entre las de-más naciones, erigiéndole estatuas, lo cual al mismo Varrón le desconcertó tanto, que con ser contra el uso y depravada costumbre de una ciudad tan populosa, no dudó en escribir que los que en los pueblos instituyeron estatuas les quitaron el temor y les añadieron error?

CAPITULO X

Las opiniones que siguieron los que pusieron diferentes dioses en diversas partes del mundo Y ¿por qué ponen a su lado también a su esposa, Juno, y permiten que ésta se llame hermana y esposa? Por qué motivo por Júpiter entendemos el cielo, y por Juno el aire, siendo así que estos dos elementos están juntos, el uno más alto y el otro más bajo? Luego no es aquel dé quien se dijo que todo estaba lleno de Júpiter, si alguna parte la llena

también Juno. ¿Por ventura cada uno de ellos hinche el cielo y el aire, y ambos están juntamente en estos dos elementos y en cada uno de ellos? ¿Por qué causa atribuyen el cielo a Júpiter y el aire a Juno? Finalmente, si estos dos solos fuesen bastantes, ¿para qué el mar le atribuyen a Neptuno, y la tierra a Plutón? Y porque éstos no estuvieran tampoco sin sus mujeres, les añadieron, a Neptuno, Salacia, y a Plutón, Proserpina; pues así como Juno, dicen, ocupa la parte inferior del cielo, esto es, el aire, así Salacia ocupa la parte inferior del mar, y Proserpina la de la tierra. Buscan solícitos estratagemas para sostener sus fábulas, y no las hallan; pues si esto fuese así, sus mayores mejor dijeran que los elementos del mundo eran tres, que no cuatro, para que a cada elemento le cupiera su casamiento con los dioses; no obstante, es cierto que afirman ser una cosa el cielo y otra el aire; y el agua, ya sea la de arriba o la de abajo, seguramente sea agua. Pero supongo que sea diferente; ¿acaso es tanta la diferencia que la inferior no sea agua? Y la tierra, ¿qué puede ser otra cosa que tierra, por más diferente que sea, y más cuando con estos tres o cuatro elementos estará ya perfeccionado todo el mundo corpóreo? Minerva, ¿dónde estará? ¿Qué lugar ocupará? ¿Cuál llenará? Ya, juntamente con los otros, la tienen puesta en el Capitolio, aunque no es hija de ambos; y si dicen que Minerva ocupa la parte superior del cielo, y por esta causa fingen los Poetas que nació de la cabeza de Júpiter, ¿por qué motivo no tienen a ésta por reina de los dioses, que es superior a Júpiter? ¿Es por ventura porque es impropio preferir una hija a su padre'? Y si ésta es la causa, ¿por qué no se hizo esta justicia a Saturno con el mismo Júpiter? ¿Es por ventura porque fue vencido? ¿Luego pelearon? De ninguna manera, dicen, sino que esto es cosa de fábulas.

Sea así enhorabuena; no creamos a las fábulas y tengamos mejor concepto de los dioses; mas ¿por que no le han dado al padre de Júpiter, ya que no lugar más alto, por lo menos uno igual en honra? Porque Saturno, dicen, es la longitud del tiempo. Luego adoran al tiempo los que adoran a Saturno, y suficientemente se nos insinúa que el rey de los dioses, Júpiter, es hijo del tiempo. ¿Qué expresión indigna se profiere cuando se dice que Júpiter y Juno son hijos del tiempo, si él es el Cielo y ella la Tierra, supuesto que el Cielo y la Tierra son cosas criadas? Esto también lo confiesan sus doctos y sabios en sus libros, y no lo tomo de ficciones poéticas, sino de los libros de los filósofos, donde dijo Virgilio: “Entonces el Cielo, padre todopoderoso, con fecundas lluvias desciende en el regazo de su festiva esposa”; esto es, en el regazo de la Tellus o Tierra, porque también quieren que haya algunas diferencias, y en la misma tierra una cosa piensan que es la Tierra, otra Tellus, otra Tellumón, y tienen a todos éstos como dioses, llamándolos con sus propios nombres y con sus oficios distintos, y reverenciando a cada uno en particular con sus aras y sacrificios. A la misma Tierra denominan también madre de los dioses; de modo que viene ya a ser más tolerable lo que fingen los poetas, si, según los libros de éstos, no los poéticos, sino los que tratan de su religión, Juno no sólo es hermana y mujer, sino también madre de Júpiter. Esta misma Tierra quieren que sea Ceres, la misma también, Vesta, aunque, por la mayor parte afirmen que Vesta no es sino el fuego que pertenece a los hogares, sin los cuales no puede pasar la ciudad, y que por esto le suelen servir las vírgenes, porque así como de la virgen no nace cosa alguna, tampoco del fuego, Toda esta vanidad fue preciso que la desterrase y deshiciese el que nació de la Virgen; porque ¿quién podría sufrir que tributando tanto honor al fuego y atribuyéndole tanta castidad, algunas veces no tenga pudor de decir que Vesta es también Venus, para que en sus siervas sea vana la virginidad tan estimada y honrada? Por que si Vesta fue Venus, ¿cómo la podría servir legítimamente las vírgenes no imitando a Venus? ¿Por ventura hay dos Venus, una virgen y otra casada? O, por mejor decir, hay tres:

una, de las vírgenes, la cual se llama también Vesta; otra, de las casadas, y otra, de las camareras. A ésta también los fenicios ofrecían sus oblaciones, resultantes de la torpe ganancia que hacían sus hijas con sus cuerpos antes que las diesen en matrimonio a sus maridos. ¿Cuál de estas matronas es la de Vulcano? Sin duda que no, es la virgen, porque tiene mando, y por ningún caso será tampoco la ramera, porque no parece que hacemos agravio al hijo de Juno, auxiliar de Minerva; luego se infiere que ésta es la que pertenece a las casadas; pero no queremos que la imiten en lo que ella hizo con Marte. Otra vez, dicen, volvéis a las fábulas; mas ¿qué razón o qué justicia es ésta, agraviarse de ,nosotros porque hablamos de sus dioses y no agraviarse de sus propios cuando tan de buena gana se ponen a mirar en los teatros como se representan semejantes delitos de sus dioses, y, lo que es más increíble, si constantemente no se probase con la experiencia que estos mismos crímenes teatrales de sus dioses se instituyeron en honor de su divinidad?

CAPITULO XI

De muchos dioses que los maestros y doctores de los paganos defienden que son un mismo Júpiter Por más razones y argumentos filosóficos que quieran alegar, jamás podrán sostener que Júpiter es ya el alma de este mundo corpóreo que llena y mueve toda esta máquina, fabricada y compuesta de los cuatro elementos o de cuantos quisieren añadir; con tal que ceda su parte a su hermana y hermanos, ya sea el Cielo, de modo que tenga abrazada por encima a Juno, que es el aire y tiene debajo de sí; ya sea todo el Cielo, juntamente con el aire, y fertilice con fecundas lluvias y semillas la tierra, como a su mujer, y a la misma como a su madre; supuesto que tan extraña mezcla de parentescos en los dioses no se tiene por acción criminal; ya porque no sea necesario discurrir particularmente por todas sus cualidades si es un solo dios, de quien creen algunos habló el poeta cuando dijo “que Dios se difunde por todas las tierras, por todos los golfos y senos del mar, y por toda la profunda máquina del Cielo”. Pues bien; el que en el Cielo es Júpiter; en el aire, Juno; en el mar, Neptuno; en las partes inferiores del mar, Salacia; en la tierra, Plutón; en la parte inferior de la tierra, Proserpina; en los domésticos hogares, Vesta en las fraguas de los herreros, Vulcano; en los astros, el Sol, Luna y Estrellas; en los adivinos, Apolo; en las mercaderías, Mercurio; en Jano, el que comienza; en Término, el que acaba; en el tiempo, Saturno; Marte y Belona, en las guerras; Uber, en las viñas; Ceres, en las mieses; Diana, en las selvas; Minerva, en los ingenios; finalmente, sea Júpiter también la turba de dioses plebeyos; él sea el que preside, con el nombre de Libero, a la semilla o virtud generativa de los varones, y con nombre dc Ubera, a la de las mujeres; él sea Diespiter, el que lleva a feliz término los nacimientos; él sea la diosa Mena, a quien encargaron los menstruos de las mujeres; él sea Lucina, a quien invocan las que paren; él sea el que ayuda a los que nacen, recibiéndolos en el regazo de la tierra, y llámese Opis, el que en los llantos de las criaturas les abra la boca, y Ilámese dios Vaticano el que las levante de la tierra, y llámese la diosa Levana; el que tenga cuenta de las cunas, llámese diosa Cunina; no sea otro sino sea el mismo en aquellas diosas que dicen su suerte a, los que nacen, y se llaman Carmentes; tenga cargo de los sucesos fortuitos, y llámese Fortuna; ya representando a la diosa Ruma, dé leche a las criaturas, porque los antiguos al pecho llamaban ruma; en la diosa Potina, dé de beber bebida; en la diosa Educa, la comida; del pavor de los niños llámese Pavencia; de la esperanza que viene, Venilla; del deleite, Volupia; del acto generativo, Agenoria; de los estímulos con que se mueve el hombre con exceso al acto sexual llámese la diosa Estímula;

sea la diosa Estrenua haciéndole estrenuo y diligente; Numeria, que le enseñe a numerar y contar; Camena, a cantar; él sea el dios Conso dándole consejos, los que particularmente no son adorados, ¿cómo no temen, habiendo aplacado a tan pocos, vivir teniendo airado contra si a todo el Cielo? Y si adoran y tributan culto a todas las estrellas, porque están contenidas en Júpiter, a quien reverencian, con este atajo pudieran en él solo venerar a todos, pues así ninguna se enojara, pues que, en sólo Júpiter se rogaba a todas, y ninguna era despreciada; mas adorando a unas se daría justa causa a otras de enojarse por ser adoradas las cuales son muchas más, sin comparación, mayormente cuando estando ellas resplandecientes desde su elevado asiento, se les prefiera hasta el mismo Príapo desnudo y torpemente armado.

CAPITULO XII

De la opinión de los que pensaron que Dios era el alma del mundo y que el mundo era el cuerpo de Dios Y ¿qué diremos del otro absurdo? ¿Acaso no es asunto que debe excitar los ingenios expertos, y aun a los que no sean muy agudos? En este punto no hay necesidad de poseer elevada exce- lencia de ingenio para que, dejada la manía de porfiar, pueda cualquiera advertir que, si Dios es el alma del mundo, y que respecto de esta alma el mundo se considera como cuerpo, de suerte que sea un animal que conste de alma y cuerpo; Y si este dios es un seno de la Naturaleza que en sí mismo contiene todas las cosas, de modo que de su alma, que vivifica toda esta máquina, se extraigan y tomen las vidas y almas de todos los vivientes, conforme a la suerte de cada uno que nace, no puede quedar de modo alguno cosa que no sea parte de Dios; y si esto es verdad, ¿quién no echa de ver la gran irreverencia e inconciencia que se sigue de que pisando uno cualquier cosa haya de pisar y hollar parte de Dios, y que matando cualquier animal haya de matar parte de Dios? No quiero referir todas las reflexiones que pueden ocurrir a los que lo consideraren maduramente, y no se pueden indicar sin pudor.

CAPITULO XlII

De los que dicen que sólo los animales racionales son parte del que es un solo Dios Y si se obstinan en sostener la errada máxima de que solamente los animales racionales, como son los hombres, son partes de Dios, no puedo comprender cómo, si todo el mundo es Dios, separan de sus partes a las bestias. Pero ¿a qué es necesario porfiar? Del mismo animal, esto es, del hombre, ¿qué mayor extravagancia pudiera creerse si se intentara defender que azotan parte de Dios cuando azotan a un muchacho? Pues querer hacer a las partes de Dios lascivas, perversas, impías y totalmente culpables, ¿quién lo podrá sufrir, sino el que del todo estuviere loco? Finalmente, ¿para qué se ha de enojar con los que no le adoran, si sus partes son las que no le veneran? Resta, pues, que digan que todos los dioses tienen sus peculiares vidas, que cada uno vive de por sí y que, ninguno de ellos es parte de otro, sino que se deben adorar todos los que pueden ser conocidos y adorados, porque son tantos, que no todos lo pueden ser, y entre ellos, como Júpiter preside como rey, entiendo se persuaden que él les fundó y acrecentó el Imperio romano.

Y si este prodigio no le obró esta deidad suprema, ¿cuál será el que creerán pudo emprender obra tan majestuosa estando ocupados todos los, demás en sus oficios y cargos propios, sin que nadie se entremeta en el cargo del otro? ¿Luego puede ser que el rey de los dioses propagase y amplificase el reino de los hombres?

CAPITULO XIV

Que sin razón atribuyen a Júpiter el aumento de los reinos, pues si, como dicen, la victoria es odiosa, ella sola bastará para este negocio Pregunto ahora lo primero: ¿por qué también el mismo reino no es algún dios? ¿Y por qué no lo será así, si la victoria es dios? ¿O qué, necesidad hay de Júpiter en este asunto si nos favorece la Victoria, la tenemos propicia y siempre acude en favor de los que quiere que sean vencedores? Con el socorro y favor de esta diosa, aunque esté quedo e inmóvil Júpiter, y ocupado en otros negocios, ¿qué naciones no se sujetaran? ¿Qué reinos no se rindieran? ¿Es acaso porque aborrecen los buenos el pelear con injusta causa, y provocar con voluntaria guerra por el ansia de dilatar los términos de su Imperio a los vecinos que están pacíficos y no agravian ni causan perjuicios a sus comarcanos? Verdaderamente que si así lo sienten, lo apruebo y alabo.

CAPITULO XV

Si conviene a los buenos querer extender su reino Consideren, pues, con atención, no sea ajeno del proceder de un hombre de bien el gustar de la grandeza de! reino, porque el ser malos aquellos a quienes se declaró justamente la guerra sirvió para que creciese el reino, el cual sin duda fuera pequeño y limitado si la quietud y bondad de los vecinos comarcanos, con alguna injuria, no provocara contra sí la guerra; pero si permaneciesen con tanta felicidad las cosas humanas, gozando los hombres con quietud de sus haberes, todos los reinos fueran pequeños en sus limites, viviendo alegres con la paz y concordia de sus vecinos, y así hubiera en el mundo muchos reinos de diferentes naciones, así como hay en Roma infinitas casas compuestas de un número considerable de ciudadanos; y por eso el suscitar guerras y continuarías, como el dilatar del reino, sojuzgando gentes y pueblos, a los malos les parece felicidad y a los buenos necesidad; mas porque sería peor que los malos, procaces e injuriosos, se enseñoreasen de los buenos y pacíficos, no fuera de propósito, sino muy al caso, se llama también este trastorno felicidad.

Con todo, seguramente, es dicha más apreciable tener amigo a un buen vecino que sujetar por fuerza al malo belicoso. Perversos deseos son desear tener odios y temores, para poder tener triunfos. Luego si sosteniendo juntos guerras, no impías ni injustas, pudieron los romanos conquistar un Imperio tan dilatado, ¿acaso deben o están obligados a adorar igualmente como a diosa a la injusticia ajena? Pues observamos que ésta cooperó mucho para conseguir esta grandeza y posesión vasta del Imperio, en atención a que ella misma formaba malévolos, para que hubiese con quien sostener justa guerra, y así acrecentar el Imperio; ¿y por qué motivo no será diosa del mismo modo la maldad, a lo menos de las otras naciones, si el Pavor, la Palidez y la Fiebre merecieron ser diosas de los romanos? Así que con estas dos, esto es, con la maldad ajena y con la diosa Victoria, levantando las causas y ocasiones de la guerra la maldad, y acabándola con dicho fin la Victoria, creció el

Imperio sin hacer nada Júpiter; porque ¿qué parte pudiera tener aquí Júpiter, supuesto que los sucesos que pudieran considerarse como beneficios suyos los tienen por dioses, los llaman dioses y los adoran como dioses, y a éstos llaman e invocan en vez de sus partes? Aunque pudieran tener aquí alguna parte si él se llamara también reino, como se llama la otra victoria; y si el reino es don y merced de Júpiter, ¿por qué no ha de tenerse la victoria por beneficio suyo? Y, sin duda, se tuviera por tal, si conocieran y adoraran, no a la pedirían en el Capitolio, sino al verdadero Rey de Reyes y Señor de Señores.

CAPITULO XVI

Cuál fue la causa por que, atribuyendo los romanos a cada cosa y a cada movimiento su dios, pusieron el templo de la Quietud fuera de las puertas de Roma Pero me causa grande admiración el observar que, atribuyendo los romanos su dios respectivo a cada objeto, y a casi todos los movimientos naturales en particular, llamando diosa Agenoria a la que los excita a obrar; diosa Estímula a la que los estimulaba con exceso a obrar desordenadamente; diosa Murcia, a la que con demasía los dejaba mover y hacía al hombre, como dice Pomponio, murcidum; esto es, demasiado flojo e inactivo; diosa Estrenía, a la que los hacía diligentes.

A todos estos dioses y diosas les señalaron públicas fiestas; pero a la que llamaban Quietud, porque concedía quietud y descanso, teniendo su templo fuera de la puerta Colina, no quisieron recibirla públicamente. Ignoro si fue esta deliberación indicio seguro de su ánimo inquieto, o si acaso nos quisieron dar a entender que él que adoraba aquella turba, no de dioses verdaderos, sino de demonios, no podía gozar de quietud y reposo, a que nos llama y con vida el verdadero médico, diciendo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas”.

CAPITULO XVII

Pregúntase si, teniendo Júpiter el poder supremo, se debió tener por diosa a la Victoria ¿Dirán seguramente que Júpiter es quien envía con los mensajes felices a la diosa Victoria, y que ella, como, obediente al rey de los dioses, va adonde él se lo manda y allí hace su residencia? Esta particular prerrogativa se dice con verdad no de aquel Júpiter, a quien según su opinión suponen rey de los dioses, sino de aquel verdadero rey de los siglos, que envía no la victoria, que no es sustancia, sino a su ángel, haciendo que venza el que le ama de corazón, cuyo consejo y altas disposiciones pueden ser ocultas, pero no injustas;, que si la Victoria es diosa, ¿por qué no es dios también el Triunfo y se une con la Victoria, como marido, o como hermano, o como hijo? Tales absurdos idearon los antiguos gentiles, respecto de sus dioses, los cuales si los poetas lo fingieran y nosotros los reprendiéramos, respondieran que eran ridículas patrañas de los poetas, y no cualidades que se debían atribuir a los verdaderos dioses. Con todo, no se reían de sí mismos no digo cuando leían semejantes desatinos en los poetas, pero ni cuando los adoraban en sus templos; y en tales circunstancias debieran, pues, suplicar y dirigir sus oraciones a Júpiter en todas sus necesidades, acudieron a él solo con sus votos y ruegos; porque si la Victoria es diosa y está

subordinada a este rey, no pudiera o no se atreviera a contradecirle, antes más bien cumplirla exactamente su voluntad.

CAPITULO XVIII

Por qué tuvieron por dioses distintos a la Felicidad y a la Fortuna Supuesto que la Felicidad es también diosa, le fue erigido templo, mereció ara, le dedicaron ceremonias propias; luego debieran adorar a ésta sola, porque donde ésta se halle, ¿qué bien no habrá? Pero ¿qué significa que del mismo modo tienen y adoran por diosa la Fortuna? ¿Es, por ventura, una cosa la felicidad y otra la fortuna? Sin duda, la fortuna puede ser también mala; pero la felicidad, si fuera mala, no será felicidad; pues ciertamente todos los dioses varones y hembras (si es que en ellos hay diferencia de sexos) no los debemos tener sino por buenos. Esto lo enseña Platón y lo enseñan otros filósofos y los más insignes príncipes de los pueblos. Y como la diosa Fortuna a veces es buena y a veces es mala, ¿acaso cuando es mala no es diosa, sino que de repente se convierte en espíritu maligno? ¿Cuántas son estas diosas?.

Sin duda, cuantos son los hombres afortunados; esto es, de buena fortuna; porque habiendo otros muchos juntamente, esto es, en una misma época, de mala fortuna, pregunto: si ella fuera tal, ¿sería juntamente buena y mala; para esto, una, y para los otros, otra? O la que es diosa, ¿es acaso siempre buena? Luego de esta manera ella es la felicidad, y si lo es, ¿para qué las ponen diversos nombres? Pero esto, dicen, se puede sufrir, porque también acostumbramos llamar a una misma cosa con diferentes nombres. ¿A qué vienen entonces diversos templos, diversas aras y sacrificios? Dicen que la causa es porque felicidad es la que tienen los buenos por sus merecimientos; pero la fortuna que se dice buena viene fortuitamente a los buenos y a los malos, sin tener en cuenta sus méritos, y por eso se, llama también fortuna. ¿Cómo es buena la que sin juicio ni discreción viene a los buenos y a los malos? ¿Y para qué la adoran siendo tan ciega y ofreciéndose a cada paso a cualquier persona, de modo que por la mayor parte desampara a los que la adoran y se hace de la parte de los que la desprecian? Y si es que aprovechan o sacan alguna utilidad los que la tributan culto de manera que ella los atienda y los ame, y tiene en cuenta los méritos y no viene por acaso. ¿Dónde está, pues, aquella definición de la Fortuna? ¿Y por qué se llamó Fortuna del caso fortuito? Porque es cierto que no aprovecha el rendirla adoración si es fortuna; pero si acude a sus devotos, y a los que la reverencian, de modo que utilizase su influjo, no es fortuna. ¿O es que Júpiter la puede enviar donde quiera? Entonces adórenle sólo a él; porque no puede resistir a sus mandatos ni dejar de ir adonde Júpiter quisiere. Pero, en fin, adórenla si quieren los malos, que no se preocupan de adquirir méritos con que granjear el afecto de la diosa Felicidad.

CAPITULO XIX

De la Fortuna femenil Tanto poder atribuyen a esta diosa que llaman Fortuna, que la estatua que la dedicaron las matronas y se llamó Fortuna femenil refieren que habló y dijo, no una vez, sino dos, que legítimamente la habían dedicado las matronas, de lo cual, dado que sea verdad, no hay por qué maravillarnos: porque el engañarnos de este modo no es difícil a los malignos espíritus, cuyas cautelas debieran éstos advertir mucho mejor por este ejemplar,

viendo que, habló una diosa que socorre por acaso y no por méritos, supuesto que vino a ser la fortuna parlera y la felicidad muda, ¿y con qué objeto, sino para que los hombres no cuidasen de vivir bien, habiendo ganado para sí la Fortuna que los puede hace? dichosos sin ningún merecimiento suyo? Si la Fortuna había de hablar, por lo menos hablara no la mujeril, sino la varonil, a fin de que no pareciese que las mismas que habían dedicado la estatua habían también fingido tan gran portento por la locuacidad de las mujeres.

CAPITULO XX

De la virtud y fe, a quienes los paganos honraron con templos y sacrificios, dejándose otras cosas buenas que asimismo debían adorar, si se concedía rectamente a las otras la divinidad Hicieron asimismo diosa a la Verdad, y si en realidad lo fuera, debiera ser preferida a muchas; pero supuesto que no es diosa, sino un don particular de Dios, pidámosla a Aquel que solamente la puede dar, y desaparecerá como humo toda la canalla de los dioses falsos. Mas ¿por qué motivo tuvieron por diosa a la Fe y la dedicaron templo y altar, a quien el que prudentemente lo reconoce, se convierte a sí mismo en templo y morada para ella? ¿Y de dónde saben ellos qué cosa sea fe, cuyo primero y principal deber es que se crea en el verdadero Dios? ¿Y por qué no se contentaron con sola la Virtud? ¿Por ventura no está allí también la fe, pues observaron que la virtud se divide en cuatro especies: prudencia, justicia, fortaleza y templanza? Y cómo cada una de éstas tienen sus especies subalternas, debajo de la justicia está comprendida la fe, y tiene el primer lugar entre cualquiera de nosotros que sabe lo que es: Justos ex fide vivit, “que el justo vive por la fe”; pero me admiro de estos que tienen ansia por aglomerar dioses. ¿Cómo o por qué causa, si la Fe es diosa, agraviaron a otras diosas sin hacer caso de ellas a quienes asimismo pudieran dedicar templos y aras? ¿Por qué no mereció ser diosa la templanza, habiendo alcanzado con su nombre no pequeña gloria algunos príncipes romanos? ¿Por qué razón, finalmente, no es diosa la fortaleza, la que favoreció a Murcio cuando extendió su diestra sobre las llamas; la que favoreció a Murcio cuando se arrojó por la defensa de su patria en un boquerón abierto en la tierra; la que motivó pudieran venerar a un solo Dios, cuyas partes entienden que favoreció a Decio padre y a Decio hijo cuando ofrecieron sus vidas a los dioses por salvar el ejército? Si es que había en todos estos campeones verdadera fortaleza, de lo cual ahora no tratamos, ¿por qué la prudencia y sabiduría del nombre genérico de la misma virtud se reverencian y sobreentienden todas? Luego por el mismo motivo pudieran venerar a un solo Dios, cuyas partes entienden que son todos los demás, y así es, que en la virtud sola se contienen igualmente la Fe y la Pureza, las cuales, sin embargo, merecieron se las erigiese altares en sus propios templos.

CAPITULO XXI

Que los que no conocían un solo Dios, por lo menos se debieran contentar con la virtud y con la felicidad A estas virtudes de que acabamos de hablar las hizo diosas no la verdad, sino el capricho humano; pues de hecho son dones del verdadero Dios, no diosas. Con todo, donde está la virtud y la felicidad, ¿para qué buscan otra causa? ¿Qué le ha de bastar a quien no le es suficiente la virtud y la felicidad? La virtud comprende en sí todas las acciones loables que se deben practicar, y la felicidad todas las que se pueden desear; si

porque les concediera éstas adoraban a Júpiter (que, en efecto, si la grandeza y duración larga del Imperio es algún bien, pertenece en cierto modo a la felicidad), ¿por qué, pregunto, no entendieron que eran dones de Dios y no diosas? Y si pensaron que eran divinidades, a lo menos no debieron buscar la demás turba numerosa de dioses, pues, considerados atentamente los oficios respectivos de todos ellos, los cuales fingieron como quisieron, según que a cada uno le pareció, busque si quieren alguna prerrogativa que pueda conceder algún dios al hombre, mediante la cual se haya virtuoso y consiga la felicidad. ¿Qué razón había para pedir doctrina a Mercurio o a Minerva, comprendiéndola toda en sí la virtud? Los antiguos nos definieron la virtud, diciendo "que era arte de vivir bien y rectamente", de la cual (como en griego se dice apern la Virtud) se entiende, que tomaron los latinos su derivación y tradujeron el nombre de arte, y si la virtud no podía recaer sino en el ingenios, ¿qué necesidad había del dios padre Cacio para que los hiciera cautos, esto es, agudos, pudiendo desempeñar este ministerio la felicidad? Porque el nacer uno ingenioso, a la felicidad pertenece; y así, aunque no pudo ser reverenciada la diosa Felicidad por el que aún no había nacido para que lisonjeándola en su favor le concediera este don gratuito, con todo, pudo hacer gracia a sus padres, sus devotos, para que les naciesen los hijos ingeniosos. ¿Qué necesidad había de que las que estaban de parto invocasen a Lucina, pues si tenían propicia a la felicidad, no sólo habían de tener feliz parto, sino también buenos hijos? ¿Qué necesidad había de encomendar a la diosa Opis las criaturas que nacían; al dios Vaticano las que lloraban; a la diosa Cunina las que estaban en las cunas; a la diosa Rumina las que mamaban; al dios Estalino las que se tenían ya en pie; a la diosa Adeona las que llegaban; a la Abeona las que partían; a la diosa Mente, para que las diera buena muerte y entendimiento; al dios Volumno y a la diosa Volumna, para que quisiesen cosas buenas; a los dioses Nupciales, para que las casaran bien; a los dioses Agrestes, para que los proporcionaran abundantes, Y copiosos frutos, y principalmente a la misma diosa Fructesea; a Marte y Belona, para que guerreasen con éxito; a la diosa Victoria, para que venciesen; al dios Honor, para que fuesen honrados; al dios Esculano y a su hijo Argentino, para que tuviesen dinero de vellón y plata? Y por eso tuvieron a Esculano por parte de Argentino, porque primero se principió a usar la moneda de vellón y después la de plata; pero me admiro que el Argentino no engendrase a Aurino, pues que a poco tiempo empezó a usarse la de oro; pues si éstos tuvieran por dios a éste, así como antepusieron a Júpiter Saturno, así también prefieran el Aurino a su padre Argentino y a su abuelo Esculano. ¿Qué necesidad había por el interés de estos bienes del cuerpo, o de los del alma, o de los exteriores, de adorar e invocar tanta multitud de dioses, que ni yo Ios he podido contar todos, ni ellos han podido proveer ni destinar a todos los bienes humanos, distribuidos menudamente y a cada uno de por sí, sus imbéciles y particulares dioses, pudiendo con un atajo importante y fácil conceder todos estos bienes la diosa Felicidad por sí sola; en cuyo caso, no sólo no buscaran otro alguno para alcanzar los bienes, pero ni aun para excusar los males? ¿Para qué habían de llamar para aliviar a los cansados a la diosa Fessonia; para rebatir los enemigos, a la diosa Pelonia; para cuidar a los enfermos, al médico Apolo o Esculapio, o a ambos juntos, cuando hubiese mucho peligro? ¿Qué falta les haría implorar el favor del dios Epinense para que les arrancase las espinas o abrojos del campo, ni a la diosa Rubigo para que no se les aneblasen las mieses, estando la Felicidad sola presente, con cuyo auxilio no se ofrecerían males algunos, o fácilmente se evitarían? Finalmente, puesto que hablamos de estas dos diosas, Virtud y Felicidad, si ésta es premio de la virtud, no es diosa, sino don de Dios, y si es diosa, ¿por qué no diremos que también ella da virtud, ya que el con-seguirla es una inestimable felicidad?

CAPITULO XXII

De la ciencia del culto de los dioses, la cual se gloria Varrón haberla el enseñado a los romanos ¿Cómo se atreve a vender Varrón por un beneficio muy apreciable a sus ciudadanos no sólo el darles cuenta de los dioses a quienes deben venerar los romanos, sino el enseñarlos también lo que pertenece a cada uno? Así como, dice, no aprovecha que sepan los hombres el nombre y circunstancias de un médico si no saben que es médico, así, dice, no aprovecha saber que es dios Esculapio, sin saber asimismo que ayuda a recobrar la salud, y por esto ignoras lo que debes pedir.

Esta misma doctrina enseña con otra semejante muy a propósito, diciendo que no sólo ninguno puede vivir acomodadamente, pero que ni absolutamente puede vivir si no sabe quién es el carpintero, quién el pintor, quién el albañil a quien pueda pedir lo que necesita de su oficio, de quien pueda ayudarse para que le encamine y le enseñe lo que hubiere de hacer, y de este mismo modo nadie duda que es útil el conocimiento de los dioses, si supiere la facultad o poder que cada dios tiene sobre cada cosa; "porque de esta investigación resultarán el que podamos, dice, saber a qué dios debemos llamar e invocar para cada cosa, y no ejecutaremos lo que acostumbraban los bufones de las comedias pidiendo el agua a Baco y a las ninfas el vino". Grande utilidad, por cierto, ¿y quién no se lo agradecería a este sabio escritor si enseñara la verdad y manifestara con expresiones sencillas y concluyentes el modo como debían los hombres reverenciar a un solo Dios verdadero, de quien proceden todos los bienes?

CAPITULO XXIII

De la Felicidad, a quien los romanos, con tener a muchos dioses, en mucho tiempo no adoraron con culto divino, siendo ella sola bastante en lugar de todos Pero, volviendo a lo que íbamos hablando, si sus libros y los puntos tocantes a su religión son verdaderos, y la Felicidad es diosa, ¿por qué no crearon a ésta sola por divinidad, supuesto que todo podría concederlo, y sin dificultad hacer a cualquiera dichoso? ¿Quién hay, por acaso, que desee alcanzar alguna cosa por otro fin que por ser feliz y dichoso? ¿Por qué, finalmente, después de tantos príncipes romanos, vino Lúculo a dedicar templo, tan tarde, a una diosa tan célebre y poderosa? ¿Por qué razón el mismo Rómulo, ya que deseaba fundar una ciudad feliz, no edificó, antes que a otro, a ésta un templo? ¿Y para qué suplicó gracia alguna a los demás dioses, pues nada le faltaría si tuviese sólo a ésta propicia? Porque ni él fuera en sus principios rey ni, según ellos lo predican, después dios, si no hubiera tenido a está diosa por su favorita. ¿Para qué dio Rómulo por dioses a Jano, Júpiter, Marte, Pico, Fauno, Tiberino, Hércules, si hay otros? ¿Para qué Tito Tacio les añadió a Saturno, Opis, el Sol, la Luna, Vulcano, la Luz y los demás que aumentó, entre los cuales puso a la diosa Cloacina, si para nada valen dejándose a la Felicidad? ¿Para qué añadió Numa tantos dioses y tantas diosas si no hizo caso de ésta? ¿Es, por ventura, porque entre tanta turba no la vio?.

El rey Hostilio tampoco hubiera introducido nuevamente por dioses para tenerlos propicios al pavor y a la palidez si se conociera y adorara a esta diosa, porque en presencia de la Felicidad todo pavor y palidez se ausentaron, no por, haberlos aplacado, sino que, contra su voluntad, se marcharan. Y asimismo, ¿qué diremos fue el motivo de que, no obstante haberse extendido por diferentes provincias la dominación romana, sin embargo, todavía ninguno adoraba a la Felicidad? ¿Diremos, acaso, que por esto fue el Imperio más grande y feliz? Mas ¿cómo podría haber verdadera felicidad donde no había verdadera piedad y religión?, puesto que la piedad es el culto del verdadero Dios, y no el culto de los dioses falsos, que son tan dioses como demonios; con todo, aun después de haber recibido ya en el número sus falsos dioses a la Felicidad, sobrevino poco después aquella terrible infelicidad causada de las guerras civiles. ¿Diremos, acaso, que el motivo de esta catástrofe dimanó de haberse enojado con justa causa la Felicidad por haberla convidado tan tarde y por no honrarla, sino para afrentarla, con especialidad viendo que juntamente con ella tributaban rendidos cultos a Príapo y a Cloacina, al Pavor y a la Palidez, a la Fiebre y a los demás, no dioses que se debían adorar, sino vicios de los que adoraban? Finalmente, si les pareció conveniente venerar a una tan célebre diosa en compañía de una turba tan infame, ¿por qué siquiera no la adoraban y reverenciaban con más solemnidad que a los otros? ¿Quién ha de sufrir que no colocasen a la Felicidad ni aun entre los dioses Cosentes, que dicen asisten al consejo de Júpiter, ni entre los dioses que llaman Sabetos, dedicándola algún templo que, por la excelencia del lugar y la majestad del edificio, fuera preeminente? ¿Y por qué no debía ser más suntuoso que el del mismo Júpiter? ¿Pues quién dio el reino a Júpiter, sino la Felicidad? Si, pero fue feliz cuando reinó, y mejor es, sin duda, la felicidad que el reino, porque es infalible que fácilmente hallaréis quien rehúse ser rey, pero no hallaréis ninguno que no quiera ser feliz; luego si consultaran a los mismos dioses, por vía de prestigio o agüeros, o de cualquier otro modo que éstos entienden que pueden ser consultados, si, por ventura, querían ceder su lugar a la Felicidad, aun en el caso que el paraje donde hubiese de erigirse a la Felicidad su mayor y más suntuoso templo estuviese ocupado con algunos templos y altares de otros dioses, hasta el mismo Júpiter cediera el suyo a la Felicidad y señalara la misma cumbre del monte Capitolino, lo que ninguno contradijera si no opusiera a la Felicidad, sino lo que es imposible, el que, quisiese ser infeliz.

Es evidente que si se lo preguntaran a Júpiter, no practicara, lo que hicieron con él los dioses Marte, Término y Juventas, que no quisieron de modo alguno cederle su lugar, no obstante ser el mayor y su rey; pues, según refieren sus historias, queriendo el rey Tarquino fabricar el Capitolio y observando que el paraje que le parecía más digno y acomodado, le tenían ya ocupado algunos dioses extraños, no atreviéndose a deliberar cosa alguna contra la voluntad de éstos, y creyendo que de su voluntad, gustosamente, cederían el lugar a un dios tan grande y que era su príncipe (por haber copiosa abundancia de ellos en el Capitolio), tomando su agüero procuró saber por el oráculo si querían conceder el lugar a Júpiter, y todos convinieron en desocuparle a excepción de los referidos Marte, Término y Juventas; por esta causa se dispuso la fábrica del Capitolio de tal modo, que quedaron igualmente dentro de él estos tres tan desconocidos y con señales tan oscuras, que apenas lo sabían hombres doctísimos; así que en ninguna manera despreciara Júpiter a la Felicidad, como a él le despreciaron Marte, Término y Juventas; y aun estos mismos que no cedieron a Júpiter, sin duda que cedieran su lugar a la Felicidad que les dio por rey a Júpiter, o si no se le dejaran no lo hicieran por menosprecio, sino porque quisieran más ser desconocidos en casa de la Felicidad que ser sin ella ilustres en sus propios lugares.

Y así, colocada la Felicidad en un lugar tan alto y eminente, supieran todos los ciudadanos adónde habían de acudir en busca de ayuda y favor para el cumplimiento de todos sus buenos deseos. Conducidos de la misma Naturaleza, sin hacer caso de la muchedumbre superflua de los demás dioses, adoraran a sola la Felicidad; a ella sólo fueran las rogativas, sólo su templo frecuentaran los ciudadanos que quisiesen ser felices, y no habría uno solo que no lo quisiera hacer. Ella misma fuera a la que los hombres dirigieran sus plegarias, ella sola a la que implorasen y rogasen entre todos los dioses, y aun estos mismos; porque ¿quién hay que quiera alcanzar alguna gracia de un dios, sino la felicidad, o lo que piensa que importa para la felicidad? Por tanto, si la Felicidad tiene en su mano el comunicarse a la persona que quisiere (y tiénelo, sin duda, si es diosa", ¿qué ignorancia tan crasa es pedirla a otro dios, pudiéndola alcanzar de ella propia? Luego debieran estimar a esta diosa sobre todos los dioses, honrándola también con darla el mejor lugar; porque, según se lee en sus historias, los antiguos romanos tributaron adoraciones a no sé qué Sunmiano, a quien atribuían el descenso de los rayos que calan de noche, aunque con más reli- giosidad que a Júpiter, a quien pertenecía la dirección de los rayos que caían de día; pero después que edificaron a Júpiter aquel templo más magnífico y suntuoso por su excelencia y majestad, acudió a él tal multitud de gentes, que apenas se halla ya quien se acuerde siquiera de haber leído el nombre de Sunmiano, el cual no se oye ya en boca de alguno. Y si la Felicidad no es diosa, como es cierto, porque es don de Dios, búsquese a aquel Dios que nos la pueda dar, y dejen la multitud prejuiciosa de los falsos dioses, la cual sigue la ilusa turba de los hombres ignorantes, haciendo sus dioses a los dones de Dios, ofendiendo con la obstinación de su arrogante y pervertida voluntad al mismo de quien es peculiar la distribución de estos dones; porque no le puede faltar infelicidad al que reverencia a la felicidad como diosa y deja a Dios, dador y dispensador de la verdadera felicidad; así como no puede carecer de hambre el que lame pan pintado y no lo pide al que lo tiene verdadero y puede darlo.

CAPITULO XXIV

Cómo defienden los paganos el adorar por dioses a los mismos dones de Dios Pero quiero que veamos y consideremos sus razones: ¿Tan necios, dicen, hemos de creer que fueron nuestros antepasados, que no entendieron que estas cosas eran dones y beneficios di-vinos y no dioses? Sino que, como sabían que semejantes gracias nadie las conseguía si no es concediéndolas algún dios a los dioses, cuyos nombres ignoraban, les ponían el nombre de los objetos y cosas que veían que ellos daban, sacando de allí algunos nombres.

Como de bello dijeron Belona, y no bellum; de las cunas, Cunina, y no cuna; de las segetes o mieses, Segecia, y no seges; de las pomas o manzanas Pomona, y no pomo; de los bueyes Bubona, y no buey, o también, sin alterar ni la palabra, sino denominándolas con sus propios nombres, como Pecunia se dijo de la diosa que da el dinero, sin tener de ningún modo por dios a la misma pecunia; así se llamó Virtud la que concede la virtud; Honor, el que da la honra; Concordia, la que da concordia; Victoria, la que da victoria; y por eso dicen que cuando llaman diosa a la Felicidad no se atiende a la que se da, sino al dios que la

da. Con esta razón que nos han suministrado, con mayor facilidad persuadiremos a los que no fueren de ánimos demasiado obstinados.

CAPITULO XXV

Que se debe adorar a un solo Dios, cuyo nombre, aunque no se sepa, con todo, se ve que es dador de la felicidad Pero si ya echó de ver la humana flaqueza que la felicidad no la podía conceder sino algún dios, sintiendo esto mismo los hombres que adoraban tanta multitud de dioses, y entre ellos al mismo Júpiter, rey de los dioses, porque ignoraban el nombre del que concedía la felicidad, por eso quisieron llamarle con el nombre peculiar de la gracia que entendían que daba; luego suficientemente nos dan a entender que ni aun el mismo Júpiter, a quien ya adoraban, les podía dar la felicidad, sino aquel a quien con el nombre de la misma felicidad les parecía que se debía adorar; y apruebo, ciertamente, lo que ellos creyeron, que daba la felicidad un dios a quien no conocían; luego busquen a éste, adórenle; éste basta. Repudien el orgullo y tráfico de innumerables demonios; no baste este dios a quien no le basta su don; a aquél, digo, no le baste, para que adore y reverencie al Dios dador de felicidad, a quien no le basta ni satisface la misma felicidad; pero al que le es suficiente (pues que no tiene el hombre objeto que deba desear más) sirva a un solo Dios dador de la felicidad. No es éste el que ellos llaman Júpiter, porque si le reconocieran a éste por dispensador de la felicidad, sin duda que no buscaran otro u otra del nombre de la misma felicidad que les concediera esta particular gracia, ni fueran de parecer que debían adorar al mismo Júpiter por sus muchas maldades.

CAPITULO XXVI

De los fuegos escénicos que pidieron los dioses a los que los adoraban Pero “crímenes tan obscenos los finge Homero -dice Tulio-, así como las acciones humanas que transfirió, a los dioses, y yo quisiera más que trasladara las divinas a nosotros”. Con razón desagradó a tan eximio orador y filósofo la relación del poeta, porque en ella no hizo más que suponer, falsamente, culpas y crímenes de los dioses; mas ¿por qué causa celebra los juegos escénicos, donde estos delitos se cantan y representan en honor de los dioses, y los más doctos entre ellos los colocan entre los ritos tocantes al culto divino? Aquí pudiera clamar Cicerón no contra las ficciones de los poetas, sino contra las costumbres de sus mayores. ¿Pero, acaso, no debían exclamar también ellos en su defensa, diciendo en qué hemos pecado nosotros? Los mismos dioses nos pidieron que hiciéramos estos juegos en honra suya; rigurosamente nos lo mandaron, y nos amenazaron con terribles calamidades si no los ejecutábamos, y porque por accidentes extraordinarios omitimos alguna particularidad de ellos, o los suspendimos algún tiempo, nos castigaron severamente, y porque practicamos lo que dejamos de hacer por breves instantes, se mostraron contentos y apiadados.

Entre sus virtudes y hechos maravillosos se refiere el siguiente: Dijéronle en sueños a Tiro Latino, labrador romano, padre de familia, fuese y avisase al Senado que volviesen a celebrar de nuevo los juegos romanos. El primer día en que debían hacerlos sacaron al suplicio a un malhechor en presencia del pueblo romano, y como pretendían realmente los dioses lograr un completo júbilo y regocijo en los juegos, les ofendió la triste y rigurosa

justicia pública; y como el que había sido advertido en sueños no se atrevió al día siguiente a ejecutar lo que le mandaron, la segunda noche le volvieron a prevenir lo mismo con más rigor, y perdió la vida su hijo mayor, porque no lo practicó; la tercera noche le dijeron que le amenazaba aún mayor castigo si no ejecutaba la orden; y no atreviéndose, a pesar de la cruel amenaza, cayó enfermo con un mal terrible y maligno; entonces, por consejo de sus amigos, dio, al fin, cuenta a los senadores, haciéndose conducir en una litera al Senado; y luego que declaró su misterioso sueño, recobró inmediatamente la salud, volviéndose a pie, sano y bueno, a su casa.

Atónito el Senado con tan estupendo portento, mandó, que se volviesen a celebrar los juegos, gastando en ellos cuatro veces mayor cantidad de la acostumbrada. ¿Qué hombre juicioso y sensato habrá que no advierta cómo los hombres sujetos a los infernales espíritus (de cuyo poderío no los puede librar otro que la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro) fueron forzados a hacer en honor de estos dioses acciones que con justa razón se podían tener por torpes? Porque en los juegos escénicos es notorio se celebran las culpas y ficciones poéticas de los dioses, los cuales se renovaron por orden del Senado, habiéndole apremiado a ello los dioses.

En tales fiestas, los obscenos y deshonestos farsantes cantaban, representaban y aplacaban a Júpiter de un modo extraordinario, manifestando claramente cómo era un profanador y corruptor de la honestidad. Si los sucesos reiterados en el teatro eran fingidos, enojárase en hora buena; pero si se holgaba y lisonjeaba de sus crímenes supuestos, ¿cómo había de ser reverenciado si no sirviendo al demonio? ¿Es posible que había de fundar, dilatar y conservar el Imperio romano este hombre, el más abatido e infame, que cualquier romano a quien no agradaran ciertamente semejantes torpezas? ¿Y había de dar la felicidad el que tan infelizmente se hacía venerar y si así no le reverenciaban, se enojaba en extremo?

CAPITULO XXVII

De tres géneros de dioses de que habló el pontífice Escévola Refieren las historias que el doctísimo pontífice Escévola trató de tres géneros de dioses, de los cuales, el uno introdujeron los poetas, otro los filósofos y el tercero algunos príncipes de la ciudad. El primero dice que es una patraña, porque suponen muchas operaciones indignas del carácter de los dioses. El segundo, que no conviene a las ciudades, porque tiene algunas cosas superfluas, y otras también que nos conviene las sepa el pueblo: lo superfluo no es ahora tan digno de tenerse en cuenta, pues aun entre los doctos se suele decir que lo superfluo no daña; pero ¿cuáles son aquellas particularidades que, publicadas, dañan al vulgo? El saber que Hércules, Esculapio, Cástor y Pólux no son dioses, pues escriben los doctos que fueron hombres, y que murieron como hombres; y ¿qué más?, que de los que son realmente dioses no tienen las ciudades verdaderas imágenes, porque el que es verdadero Dios no tiene sexo, ni edad, ni ciertos y determinados miembros del cuerpo. Esto no quiere el pontífice que lo sepa el pueblo, porque no las tiene por falsas; luego opinó es bueno que sean engañadas las ciudades en materia de religión. Lo cual no duda afirmar el mismo Varrón en los libros de las cosas divinas. ¡Graciosa religión para que acuda a ella el enfermo en busca de su remedio, e indagando él la verdad para librarse, creamos que le está bien el engañarse en las mismas historias! No se omite tampoco la razón por qué Escévola no admite el género

poético de los dioses, y es porque de tal manera afean y desfiguran a los dioses, que ni siquiera se pueden comparar a los hombres de bien, haciendo al uno ladrón y al otro adúltero.

Y del mismo modo hacen que digan o hagan algunas cosas fuera de su orden natural, torpe y neciamente, publicando que tres diosas compitieron entre sí sobre quién llevaría el premio de la hermosura, y que las dos, por haber sido vencidas por Venus, destruyeron a Troya; que las diosas se casan con los hombres; que Saturno se comía a sus hijos; en fin, que no se puede fingir engaño alguno sobre horrendos monstruos o vicios que no se halle allí; todo lo cual es muy ajeno a la naturaleza de los dioses. ¡Oh Escévola, pontífice máximo! Destierra los juegos, si puedes; manda al pueblo que no haga tales honores a los dioses inmortales, con los que se deleite en admirarse de las culpas y delitos de los dioses, y se le antoja de imitar lo que es posible y fácil, y si te respondiere el pueblo: “Vosotros, pontífices, nos enseñasteis esta doctrina”, acude y ruega a los mismos dioses, por cuya sugestión lo mandaste, que ordene no se ejecuten semejantes fiestas por ellos; las cuales, si son malas, por la misma razón en ninguna conformidad es justo que se crean de la majestad de los dioses; pues mayor injuria es la que se hace a éstos suponiendo libremente y sin temor semejantes abominaciones de ellos, pero no te oirán, son demonios, enseñan máximas perversas, gustan de torpezas, no sólo no las tienen por injuria cuando fingen de ellos estas liviandades, sino que no pueden sufrir de modo alguno la contumelia que reciben cuando estas torpezas no se representan en sus solemnidades. Ya, pues, si de estos juegos os quejaseis a Júpiter, especialmente por razón de que en ellos se representa la mayor parte de sus culpas y horrendos crímenes, acaso, aunque tengáis y confeséis a Júpiter por persona que rige y gobierna todo este mundo, por el mismo hecho de meterle vosotros entre la turba de los otros y adorarle juntamente con ellos y decir que es su reino, le hacéis una notable injuria.

CAPITULO XXVIII

Si para alcanzar y dilatar el Imperio les aprovechó a los romanos el culto de sus dioses Luego de ningún modo semejantes dioses como éstos que se aplacan; o, por mejor decir, se infaman con tales honores, que es mayor culpa el gastar de ellos siendo falsos que si se dijeran de ellos con verdad; de ningún modo, digo, estos dioses pudieron acrecentar y conservar el Imperio romano; porque si pudieran hacerlo, dispensaran antes esta gracia tan particular a los griegos, quienes en iguales solemnidades divinas, esto es, en los juegos escénicos, los honraron con mucho más respeto y más dignamente, supuesto que ni aun a si propios se eximieron de la mordaz crítica de los poetas con que veían afrentar a los dioses, concediéndoles permiso para que trataren mal a quien se les antojase, y a los mismos actores no los tuvieron por personas abominables ni infames, antes los estimaron por beneméritos dignos de grandes honras y dignidades.

Con todo, así como los romanos, pudieron tener la moneda de oro, aunque no veneraran al dios Aurino, y así como pudieron tener la de plata y la de bronce, aunque no tuvieran a Argentino ni a su padre, Esculano, y de este modo todo lo demás cuya narración fastidia, así también, aunque por ningún titulo pudieran tener el Imperio contra la voluntad del verdadero Dios, sin embargo, aun cuando ignoraran o vilipendiaran a estos dioses falsos,

conocieran o veneraran a Aquel uno y solo con fe sincera y buenas cos- tumbres, y no sólo gozaran en la tierra de un reino mucho más apreciable, cualquiera que fuese, grande o pequeño, sino que después de éste alcanzaran el eterno, ya le tuvieran aquí o no le tuvieran.

CAPITULO XXIX

De la falsedad del agüero que pareció haber pronosticado la fortaleza y estabilidad del imperio romano ¿Y qué fue lo que dicen haber sido un maravilloso agüero? Digo lo que referí poco antes: que Marte, Término y Juventas no quisieron ceder su lugar a Júpiter, rey de los dioses, porque con esto, dicen, pronosticaron que la nación Marcial, esto es, los romanos, a nadie habían de ceder el lugar que ocupasen; que ninguno había de mudar los términos y límites romanos por respeto al dios Término, y que la juventud romana, por la diosa Juventas, a nadie había de ceder en valor y constancia.

Advertían, pues, el aprecio en que tenían al rey de sus dioses y dador de su reino, supuesto que le oponían tales agüeros, teniendo por presagio muy favorable el que no se le hubiera cedido el lugar preeminente; aunque si esto es cierto, nada tienen que temer, ya que no han de confesar ingenuamente que sus dioses, que no quisieron ceder a Júpiter, cedieron por necesidad a Cristo, puesto que sin detrimento ni menoscabo de los límites del Imperio pudieron ceder al Salvador los lugares en donde residían, y, principalmente, los corazones de los fieles. No obstante, antes que Cristo viniese, al mundo en carne mortal; antes, en fin, que se escribiesen estos sucesos que referimos y citamos de sus libros, y después que en tiempo de Tarquino tuvieron aquel agüero, fue derrotado en distintas ocasiones el ejército romano; esto es, le hicieron huir, y demostró ser falso el agüero que aquella juventud no había cedido a Júpiter; la gente marcial, vencida por los galos, fue atropellada y degollada dentro de la misma Roma y los límites del Imperio, pasándose muchas ciudades al partido de Aníbal, se encogieron y estrecharon grandemente.

Así salieron vanos sus admirables agüeros, y quedó contra Júpiter la contumacia, no de los dioses, sino de los demonios, porque una cosa es no haber cedido, y otra el haber vuelto al lugar desde donde habían cedido, aunque también después. en las provincias del Oriente se mudaron los límites del Imperio romano, queriéndolo así el emperador Adriano. Este concedió graciosamente al Imperio de los persas tres hermosas provincias: Armenia, Mesopotamia. y Asiria, de suerte que el dios Término, que, según éstos, defendía los límites romanos, y que por aquel admirable agüero no cedió su lugar a Júpiter, parece que temió más a Adriano, rey de los hombres, que al rey de los dioses; y habiéndose recobrado en esta época estas provincias, casi en nuestros tiempos retrocedieron nuevamente los límites, cuando el emperador Juliano, dado a los oráculos de aquellos dioses, con demasiado atrevimiento mandó quemar las naves en que se llevaban los bastimentos, con cuya falta el ejército, habiendo muerto luego el emperador de una herida que le dieron los enemigos, vino a padecer tanta necesidad, que fuera imposible escapar nadie, viéndose acometidos por todas partes, y los soldados, turbados con la muerte de su general, si por medio de la paz no se pusieran los límites del Imperio donde hoy perseveran, aunque no con tanto menoscabo como los concedió Adriano; pero fijos, en efecto, por medio de un tratado amistoso. Luego, con vano agüero, el dios Término no cedió a Júpiter, pues cedió a la voluntad de Adriano; cedió a la temeridad de Juliano y a la necesidad de Joviano. Bien

advirtieron estos lances los romanos más inteligentes y graves; pero eran poco poderosos para rebatir las inveteradas y corrompidas costumbres de una ciudad que estaba ligada con los ritos y ceremonias de los demonios, y ellos, aunque entendían que todo aquello era vanidad, eran de opinión que se debía tributar el culto divino que se debe a Dios, a la Naturaleza criada, que está sujeta a la, providencia e imperio de un solo Dios verdadero; sirviendo, como dice el Apóstol, "antes a la criatura que, al Criador, que es bendito para siempre". El auxilio de este Dios verdadero era necesario para que nos enviara varones santos y verdaderamente píos que murieran por la verdadera religión, a fin de que se desterrara de entre los que viven y siguen la falsa.

CAPITULO XXX

Qué opinan los gentiles de los dioses que adoran Cicerón, siendo miembro del Colegio de Augures o Adivinos, se burla de los agüeros y reprende a los que disponen el método y régimen de su vida por las voces del cuervo y de la corneja. Pero éste académico, que sostiene que todas las cosas son inciertas, no merece crédito ni autoridad alguna en está materia. En sus libros, y en el segundo, De la naturaleza de los dioses, disputa en persona de Quinto Lucio Balbo, y aunque admite tas supersticiones que se derivan de la naturaleza de las cosas, como las físicas y filosóficas, con todo, reprueba la institución de los simulacros o ídolos y las opiniones falsas, diciendo de este modo: "¿Veis cómo de las cosas físicas que descubrieron y hallaron los hombres con utilidad y provecho de la humana sociedad tomaron ocasión para fingir e inventar dioses fabulosos? Lo cual fue motivo de formarse muchas opiniones falsas, de errores turbulentos y de supersticiones casi propias de viejas; porque conocemos la fisonomía de los dioses, su edad, vestido y ornato, y asimismo el sexo, los casamientos, parentescos y todo ello reducido al modo y talle de nuestra humana flaqueza, pues nos lo introducen con ánimos perturbados; conocemos, asimismo, los apetitos de los dioses, sus melancolías. y enojos, ni estuvieron exentos (según refieren las fábulas) de disensiones y guerras, no sólo, como vemos en Homero, cuando los dioses, unos favoreciendo una facción y otros la otra, ayudaban a dos ejércitos contrarios, sino también cuando sostuvieron sus propias guerras, como las que tuvieron con los titanes o gigantes.

Estas particularidades no sólo se dicen, sino que se creen muy neciamente, y en realidad no son más que sofismas llenos de vanidad y de suma liviandad." Y ved aquí, entretanto, palpable lo que confiesan los que defienden a los dioses de los gentiles; pues cuando añade después que esta doctrina pertenece a la superstición, y aun a la religión que él parece enseña, según los estoicos, "porque no sólo los filósofos, dicen, sino también nuestros antepasados, distinguieron la superstición de la religión, en atención a que todo el día rezaban y sacrificaban para que les sobreviviesen sus hijos supérstites, por lo cual los llamamos supersticiosos". ¿Quién no advierte que Cicerón procura aquí, por temor de no contravenir al uso y costumbre de su ciudad, alabar la religión de sus ma- yores, y queriéndola distinguir de la superstición no halla medio para poderlo hacer? Porque silos progenitores llamaron supersticiosos a los que todo el día rezaban y sacrificaban, ¿acaso no los denominaron así los que idearon, no sin reprenderlo aquél, las estatuas de los dioses, de diferente edad, vestido, sexo, sus casamientos y parentescos? Estas preocupaciones, sin duda, cuando se reprenden como supersticiosas, la misma culpa comprende a los

antepasados, que establecieron y adoraron semejantes estatuas, que a él mismo, que por más que procurar con el sacrificio de su elocuencia desenvolverse y librarse de ella, con todo, le era necesario tributarles culto, por no exponerse a los rigores de un pueblo iluso; ni tampoco lo que dice aquí Cicerón y defiende con tanta energía se atreviera a mentarlo, perorando delante del pueblo. Demos, pues, los cristianos gracias a Dios nuestro Señor, no al cielo ni a la tierra, como éste enseña, sino al que hizo el cielo y la tierra, de que estas supersticiones, que este Balbo como balbuciente apenas reprende, las derribó por la elevada humildad de Cristo, por la predicación de los Apóstoles, por la fe de los mártires, que mueren por la verdad y viven con ella, las derribó, digo, y desterró no sólo de los corazones religiosos, sino de los templos supersticiosos, con libre servidumbre de los suyos.

CAPITULO XXXI

De las opiniones de Varrón, que, aunque reprueba la persuasión que tenía el pueblo, y no llega a alcanzar la noticia del verdadero Dios, con todo, es de parecer que se debía adorar un solo Dios Pues qué, el mismo Varrón (de quien nos pesa que haya colocado entre los asuntos de la religión los juegos escénicos, aunque esto no fuese de su dictamen, pues en muchos lugares, como religioso, exhorta al culto de los dioses), ¿acaso no confiesa que no sigue por parecer propio las cosas que refiere instituyó la ciudad de Roma acerca de este punto, de modo que no duda decir que, si él fundara de nuevo aquella ciudad, dedicara los dioses y los nombres de éstos según la fábula de su naturaleza? Pero dice que le precisa seguir como estaba recibida por los antiguos en el pueblo viejo, la historia de sus nombres y sobrenombres, así como elles nos la dejaron, y escribir y examinarlos atentamente, llevando la mira y procurando que el vulgo se incline antes a reverenciarlos que a menospreciarlos; con las cuales palabras este hombre indiscreto, bastantemente nos da a entender que no declara todo lo que él solo despreciaba, sino lo que parecía que había de vilipendiar el mismo vulgo, si no lo pasase en silencio. Pareciera esto, hablando de las religiones, no dijera claramente que muchas cosas hay verdaderas que no sólo no es útil que las sepa el vulgo, sino también, dado que sean falsas, es conveniente que el pueblo lo entienda de otra manera; y por esto los griegos ocultaron con silencio y entre paredes sus mayores secretos y misterios.

Aquí realmente nos descubrió toda la traza de los presumidos de sabios, por quienes se gobiernan las ciudades y los pueblos, aunque de estas seducciones y estos maravillosos gustan los malignos demonios pues igualmente están en posesión de los seductores y de los seducidos, y de su posesión y dominio no hay quien los pueda librar, sino, es la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro. Dice también el mismo sabio y discreto autor que es Dios los que creyeron era un espíritu, que con movimiento y discurso gobierna: el mundo; con cuyo sentir, aunque no alcanzó un conocimiento exacto y genuino de la verdad (porque el Dios verdadero no es precisamente el alma del mundo, sino más bien el Criador y Hacedor de este espíritu), con todo, si pudiera eximirse de las opiniones que estaban ya tan recibidas por la costumbre, confesara y persuadiera eficazmente que se debía adorar a un solo Dios, que con movimiento y razón el Universo; de modo que sobre este punto sólo

quedara con la indecisa la cuestión y duda en cuanto que es espíritu, y no como debiera decir, Criador del alma.

Dice asimismo que los antiguos romanos, por más de ciento setenta años, adoraron y veneraron a los dioses sin estatuas; y “si esto, añade, perseverara todavía, con más castidad y santidad se reverenciaran los dioses”, Y en apoyo de su parecer cita, entre otros, por testigo la nación de los judíos, no dudando de concluir su discurso diciendo: “Que los primeros que introdujeron en el pueblo las estatuas de los dioses quitaron el miedo a los ciudadanos y los indujeron a nuevos errores”; advirtiendo, como prudente, que fácilmente podía despreciar a los dioses por la imperfección de sus imágenes; al decir no sólo que enseñaron errores, sino que les indujeron, quiere dar a entender ciertamente que también sin las estatuas, había ya errores.

Por eso, cuando dice que sólo acertaron a indicar lo que era Dios los que se persuadieron era el alma que gobernaba el mundo, y es de parecer que más casta y santamente se guarda la religión sin estatuas, ¿quién no advierte cuánto se aproximó al conocimiento de la verdad? Porque si se atreviera a oponerse a un error tan antiguo, sin duda que diría: lo uno que había un solo Dios, por cuya providencia creía que se gobernaba el mundo! y lo otro que éste debía adorarse sin representación sensible Y así, hallándose tan cercano a las primeras nociones de la verdadera religión, acaso cayera fácilmente en la cuenta, opinando que el alma era mudable, para de este modo poder entender que Dios verdadero era una naturaleza inmutable que había criado asimismo a la misma alma.

Y siendo esto cierto, todas las vanidades ilusorias de muchos dioses, de que semejantes autores han hecho mención en sus libros, más han sido obligados por ocultos juicios de Dios a confesarías como son que procurando persuadirlas. Cuando citamos algunos testimonios de éstos, los alegamos para convencer a esos que no quieren advertir de cuán terrible y maligna potestad de los espíritus infernales nos libra el incruento sacrificio de la sangre santísima que por nosotros se derramó y el don y gracia del espíritu que por él se nos comunica.

CAPITULO XXXII

Con qué pretexto quisieron los príncipes gentiles que perseverasen entre sus vasallos las falsas religiones Dice también que por lo que se refiere a las generaciones de los dioses, el pueblo se inclinó más a la autoridad de los poetas que a la de los físicos, y que por lo mismo sus antepasados, esto es, los antiguos romanos, creyeron como indudable el sexo y generaciones de los dioses, y creyeron que entre ellos habla también casamientos; lo cual, ciertamente, parece que no lo hicieran si no fuera porque el empeño y principal pretensión de los prudentes y sabios del siglo fue engañar al pueblo su color de religión, y en esto mismo no sólo adorar, sino imitar también a los demonios, que principalmente intentan seducirnos; porque así como los demonios no pueden poseer sino a los que han engañado, así también los príncipes, no digo los justos, sino los que son semejantes a los demonios, lo mismo que sabían era mentira y vanidad con nombre de religión, como si fuera verdad lo persuadieron al pueblo, pareciéndoles que de este modo estrechaban más en él el vínculo de

la unión civil, para tenerle así obediente y sujeto; y con tal traza, ¿cómo el flaco e ignorante podría evadirse a un tiempo de los engaños de los príncipes y de los espíritus infernales?

CAPITULO XXXIII

Que todos los reyes y reinos están dispuestos y ordenados por el decreto y potestad del verdadero Dios Aquel gran Dios, autor y único dispensador de la felicidad, esto es, el Dios verdadero, es el único que da los reinos de la tierra a los buenos y a los malos, no temerariamente y como por acaso, pues es Dios y no fortuna, sino según el orden natural de las cosas y de los tiempos, que es oculto a nosotros y muy conocido a El, al cual orden de los tiempos no sirve y se acomoda como súbdito, sitio que El, como Señor absoluto, le gobierna con admirable sabiduría, y como gobernador le dispone; mas la felicidad no la concede sino a los buenos, por cuanto ésta la pueden tener y no tener los que sirven; pueden también no tenerla y tenerla los que reinan, la cual, sin embargo, será perfecta y cumplida en la vida eterna, donde ya ninguno servirá a otro; y por eso concede los reinos de la tierra a los buenos y a los malos, para que los que le sirven y adoran y son aún pequeñuelos en el aprovechamiento del espíritu no deseen ni le pidan estas gracias y mercedes como un don grande y estimable. Y éste es el misterio del Viejo Testamento, en donde estaba oculto y encubierto el Nuevo, porque allí todas las promesas y dones eran terrenos y temporales, predicando al mismo tiempo, aunque no claramente, los que entonces eran inteligentes y espirituales, la eternidad que significaban aquellas cosas temporales, y en qué dones de Dios consistía la verdadera felicidad.

CAPITULO XXXIV

Del reino de los judíos, el cual instituyó y conservó¿ el que es sólo y verdadero Dios, mientras que ellos perseveraron en la verdadera religión Para que se conociese también que los bienes terrenos, a que sólo aspiran los que no saben imaginar con más utilidad espiritual, estaban en manos dcl mismo Dios, y no en la multitud de dioses falsos (los cuales creían los romanos antes de ahora se debían adorar), multiplicó en Egipto su pueblo, que era en número muy corto, de donde le sacó libre de la servidumbre con maravillosos prodigios y señales; y, con todo, no invocaron a Lucina aquellas mujeres, cuando para que, de un modo admirable, se multiplicasen e increíblemente creciese aquella nación, las fecundó; él fue quien libró sus hijos varones; él fue quien los guardó de las manos y furia de los egipcios, que los perseguían y deseaban matarles; todas sus criaturas, sin la diosa Rumina, mamaron; sin la Cunina estuvieron en las cunas; sin la Educa y Potina comenzaron a comer y a beber, y sin tantos dioses de niños se criaron; sin los dioses conyugales se casaron, sin invocar a Neptuno se les dividió el mar y concedió paso franco, y anegó, tornando a juntar sus ondas, a los enemigos que iban en su seguimiento; ni consagraron alguna diosa Manina cuando les llovió maná del Cielo, ni cuando, estando muertos de sed, la piedra herida con la misteriosa vara, les brotó abundancia de agua, adoraron a las ninfas y linfas; sin los desaforados misterios de Marte y de Belona emprendieron sus guerras; y aunque es verdad que sin la victoria no vencieron, mas no la tuvieron por diosa, sino por un beneficio singular de Dios.

Tuvieron mieses sin Segecia; sin Bobona bueyes; miel sin Melona; pomos y frutas sin Pomona; y, en efecto, todo aquello por lo que los romanos creyeron debían acudir a suplicar a tanta turba de falsos dioses, lo tuvieron con mucha más bendición y abundancia de la mano de un solo Dios verdadero; y si no pelearan contra El con curiosidad impía, acudiendo como hechizados con arte mágica a los dioses de los gentiles y a sus ídolos, y, últimamente, dando la muerte a Cristo, perseveraran en la posesión del mismo reino, aunque no tan espacioso, pero sí más dichoso. Y si ahora andan tan derramados por casi todas las tierras y naciones, es providencia inescrutable de aquel único y solo Dios verdadero, para que, viendo cómo se destruyen por todas partes las estatuas, aras, bosques y templos de los falsos dioses, y se prohíben sus sacrificios, se prueba y verifique por sus libros mismos lo propio que muchos tiempos antes estaba profetizado, porque leyendo en los nuestros no piensen acaso que es invención y ficción nuestra; pero lo que se sigue es necesario que lo veamos en el libro siguiente.

LIBRO QUINTO EL HADO Y LA PROVIDENCIA DIVINA PROEMIO

Puesto que consta que el colmo, de todo cuanto debe desearse es la felicidad, la cual no es diosa, sino don particular de Dios, y que por eso los hombres no deben adorar otro dios, sino sólo al que puede hacerles felices, por cuyo motivo, si ésta fuera diosa, con razón se diría que a ella sola se debía tributar culto; veamos ya, según estos principios, por qué razón Dios, que puede dar los bienes que pueden gozar también los que no son buenos, y por el mismo caso los que no son felices, quiso que el Imperio romano fuese tan dilatado y que durase por tanto tiempo. Supuesto, pues, que esta tan admirable resolución no la causó la muchedumbre de dioses falsos que ellos adoraban, y basta por ahora lo que hemos ya referido acerca de ella; después diremos más donde nos pareciere a propósito.

CAPITULO PRIMERO

Que la felicidad del imperio romano y de todos los reinos no es casual ni debida a la posición de las estrellas La causa, pues, de la grandeza y amplificación del Imperio romano no es fortuita ni fatal, según el sentir de los que afirman que las cosas fortuitas son las que, o no reconocen causa alguna, o suceden sin algún orden razonable, y las fatales, las que acontecen por la necesidad de cierto orden y contra la voluntad de Dios y de los hombres.

Sin duda alguna, que la Divina providencia es la que funda los reinos de la tierra; y si ningún entusiasta atribuye su erección al hado, fundado en que por el nombre de hado se entiende la misma voluntad o poder de Dios, siga su opinión y refrene la lengua; y este tal ¿por qué no dirá al principio lo que ha de decir al fin cuando le preguntaren que- entiende por hado? Porque cuando lo oyen los hombres, según el común modo de hablar, no entienden por esta voz sino la fuerza de la constitución de las estrellas, calculada según el estado en que se hallan cuando uno nace o es concebido; cuya operación intentan varios eximir de la voluntad de Dios, aunque otros quieren que este efecto dependa asimismo de ella; pero a los que son de opinión que sin la voluntad de Dios las estrellas decretan lo que hemos de practicar o lo que tenemos de bueno o padecemos de malo, no hay motivo para que les den oídos ni crédito, no sólo los que profesan la verdadera religión, sino los que

siguen el culto de cualesquiera dioses, aunque falsos; porque esta opinión errónea ¿qué otra cosa hace que persuadir que de ningún modo se adore a dios alguno, ni se le haga oración? Contra éstos, al presente, no disputamos, sino contra los que contradicen a la religión cristiana en defensa de los que ellos tienen por dioses; pero los que se persuaden estar dependiente de la voluntad de Dios la constitución de las estrellas, que en alguna manera decretan o fallan cuál es cada uno y lo que le sucede de bueno y de malo, si juzgan que las estrellas tienen este poder recibido del supremo poder de Dios, de modo que determinen voluntariamente estos efectos, hacen grande injuria al Cielo, en cuyo clarísimo consejo (digámoslo así) e ilustrísima corte, piensan que se decretan las maldades que se han de perpetrar por los malvados: que si tales las acordara alguna ciudad de la tierra por decreto de los hombres, debiera ser destruida y asolada. ¿Y qué imperio y jurisdicción le queda después a Dios sobre las acciones de los hombres si las atribuyen a la necesidad del Cielo, o, por mejor decir, a la fatal constelación de los astros, siendo este gran Dios el Señor absoluto y Criador de los hombres y de las estrellas?.

Si dicen que las estrellas no decretan estos sucesos a su albedrío, aunque hayan obtenido facultad del sumo Dios, sino que en causar tales necesidades cumplen puntualmente sus mandatos, ¿es posible que hemos de sentir de Dios lo que nos pareció impropio sentir de la voluntad de las estrellas? Si instan, diciendo que las estrellas significan los futuros contingentes, pero que no los ejecutan, de modo que aquella constitución sea como una voz que anuncia lo que está por venir, mas que no sea causa de ello (porque esta opinión fue de algunos filósofos bastante ignorantes), no suelen explicarse así los matemáticos, de forma que digan de esta manera: “Marte, puesto en tal disposición, anuncia un homicidio”, sino que dicen: “Hace un homicida”; pero aun cuando concedamos que no se expresan como deben, y que es necesario tomen de los filósofos la regla de cómo han de hablar para pronosticar lo que piensan que alcanzan para la constitución dc las estrellas, ¿qué arcano tan profundo o dificultad tan intrincada es ésta, que jamás pudieron dar la razón por qué en la vida de los mellizos nacidos de un parto, en sus acciones, sucesos, profesiones, artes, oficios, en todo lo demás que toca a la vida humana y en la misma muerte, hay por la mayor parte tanta diferencia, que les son más parecidos y semejantes en cuanto a es-tas cualidades muchos extraños que los mismos mellizos entre sí, a quienes, al nacer, los dividió un corto espacio de tiempo, y al ser concebidos con un mismo acto, y aun en un mismo movimiento, los engendraron sus, padres?

CAPITULO II

De la disposición semejante y desemejante de dos mellizos Refiere Cicerón que Hipócrates, insigne médico, escribe que, habiendo caído enfermos dos hermanos a un mismo tiempo, viendo que su enfermedad en un mismo instante crecía y en el mismo declinaba, sospechó que eran gemelos, de quienes el estoico Posidonio, aficionado en extremo a la Astrología, solía decir que habían nacido bajo una misma constelación, que en la misma fueron concebidos, de modo que lo que el médico decía pertenecía a la correspondencia o semejanza que tenían entre si por su disposición física, el filósofo astrólogo lo atribuía a la influencia y constitución de las estrellas que se reconoció al tiempo que nacieron y fueron concebidos.

En este punto es mucho más creíble y común la conjetura de los médicos, pues conforme a la disposición corporal que tenían los padres, pudieron disponerse los primeros materiales de la generación, de modo que, recibiendo el cuerpo de la madre los mismos principios nutritivos, naciesen los hijos de igual disposición, fuera buena o mala; después, criándose en una misma casa, con unos propios alimentos, sobre cuyas circunstancias dicen los médicos que el aire, el sitio del lugar y la naturaleza de las aguas pueden mucho para preparar bien o mal el cuerpo y acostumbrándose también a unos mismos ejercicios, es natural tuviesen los cuerpos tan semejantes, que de un mismo modo se dispusieran para estar enfermos a un tiempo, y por unas mismas causas; pero querer atribuir la igualdad y semejanza de esta enfermedad a la disposición del cielo y de las estrellas que se observó cuando los engendraron o cuando nacieron, siendo muy posible que se concibiesen y naciesen tantos de diverso género y de diferentes afectos y sucesos en un mismo tiempo, en una misma región y tierra colocada bajo un mismo cielo y clima, no sé si puede darse mayor temeridad; aunque en este país hemos conocido mellizos que han tenido no sólo diferentes acciones y peregrinaciones, sino que han padecido diferentes enfermedades; de lo cual, en mi sentir, pudiera dar fácilmente la causa Hipócrates, diciendo que con el uso de diferentes alimentos y ejercicios que proceden, no de la templanza del cuerpo, sino de la voluntad del ánimo, les pudo suceder tener diferentes disposiciones; y seria harto maravilloso que en este caso Posidonio o cualquier otro defensor del hado o influencia de las estrellas pudiera hallar qué replicar, a no ser queriendo trastornar los juicios de los ignorantes con fenómenos raros que no saben ni entienden; pues los que intentan persuadir, computando el pequeño espacio que tuvieron entre si los mellizos mientras nacieron con respecto a la partícula del cielo, donde se coloca la nota de la hora que llaman horóscopo, o no puede el signo tanto cuanta es la diversidad que hay en las voluntades, acciones, costumbres y sucesos de los gemelos, o pueden aún más estas cualidades que la misma bajeza o nobleza del linaje de los mellizos, cuya mayor diversidad no la calculan, sino la hora en que cada uno nace; y por consiguiente, si tan presto viene a nacer uno como otro permaneciendo en igual grado la misma parte o punto del horóscopo, luego deberán ser del todo semejantes o iguales en sus propiedades, lo cual es imposible hallarse en ningunos mellizos. Y si la dilación del segundo en el nacimiento muda el horóscopo, luego los padres serán diferentes, cuya circunstancia no puede verificarse en los mellizos.

CAPITULO III

Del argumento que Nigidio, astrólogo, tomó de la rueda del ollero en la cuestión de los gemelos. Así que en vano se alega en comprobación de esta doctrina aquella famosa invención de la rueda del ollero, de la cual refieren se valió Nigidio para responder hallándose atajado en esta cuestión, por lo cual le vinieron a llamar Fígulo, pues habiendo impelido y sacudido con toda su fuerza a la rueda, corriendo ésta la señaló con suma presteza, como si fuera en un determinado paraje de ella, con tinta dos veces; después, parando la rueda, hallaron los dos puntos que había señalado en las extremidades de ella no poco distantes entre sí; “del mismo modo, dice, siendo tan imperceptible la velocidad con que se mueve el cielo, aunque uno tras otro nazca con tanta presteza con cuanta yo herí dos veces la rueda, es mucho mayor la ligereza del cielo en su curso; de este principio, prosigue, dimanan todas las diferencias tan singulares que refieren hay en las costumbres y sucesos de los mellizos”. Esta ficción es más frágil que las mismas ollas que se forjan con

las vueltas de aquella rueda, porque si tanto importa en el cielo (lo que no puede comprenderse en las constelaciones) que a uno de los gemelos le venga la herencia y al otro no, ¿cómo se atreven a los que no son mellizos (examinando sus constelaciones) a pronosticarles sucesos que pertenecen a aquel secreto que nadie puede comprender, notándolos y atribuyéndolos a los puntos y momentos en que nacen las cria- turas? Y si estos acaecimientos los pronostican en los nacimientos de los otros porque conciernen a espacios y tiempos más largos, aquellos puntos y momentos de partes tan menudas que pueden tener entre sí los gemelos cuando nacen, atribuyéndose a cosas mínimas, sobre que no se suele consultar a los astrólogos (porque quién ha de preguntar cuándo se sienta uno, cuándo se posea o cuándo come), ¿por ventura diremos esto cuando en las, costumbres, acciones y sucesos de los mellizos hallamos tantas y tan diferentes propiedades?

CAPITULO IV

De tos hermanos gemelos Esaú y Jacob, y de la diferencia tan grande que hubo, entre ellos en sus costumbres y acciones Nacieron dos gemelos en tiempo de los antiguos padres (por hablar de los más insignes), de tal suerte en uno tras el otro, que el segundo tuvo asida la planta del pie del primero. Hubo tanta diversidad en su vida y costumbres, tanta desigualdad en sus acciones y tanta diferencia en el amor de sus padres, que esta distancia les hizo entre sí enemigos. ¿Acaso refieren las historias esta particularidad de que andando el uno el otro estaba sentado, durmiendo el uno el otro velaba, y hablando el uno el otro callaba, todo lo cual pertenece a aquellas menudencias que no pueden comprender los que describen la constitución de las estrellas, bajo cuyos auspicios nace cada uno, para que en su vista puedan consultar a los matemáticos? El uno pasó su vida sirviendo a sueldo, el otro no sirvió; el uno era amado de su madre, el otro no lo era; el uno perdió la dignidad que entre ellos era tenida en mucho aprecio, y el otro la alcanzó; ¿pues qué diré de la diversidad que hubo en sus mujeres, hijos y hacienda? Y si estas cosas se dicen porque se atiende no a las diferencias pequeñísimas de tiempo que hay entre los mellizos; sino a es- pacios de tiempo más considerables, ¿a qué viene la rueda del ollero, sino para que a los hombres que tienen el corazón de barro los tenga al retortero, para que no queden en mal lugar las vanidades de los matemáticos?

CAPITULO V

Cómo se, convence a los astrólogos de la vanidad de su ciencia ¿Y qué practican, finalmente, aquellos mismos cuya enfermedad, porque a un mismo tiempo crecía y declinaba, Hipócrates, mirándolo como médico, sospechó que eran gemelos? ¿Por ventura no es argumento suficiente contra los que quieren atribuir a las estrellas lo que procedía de una misma templanza y disposición física de los cuerpos? Pregunto: ¿por qué de una misma manera y a un mismo tiempo no enfermaban el uno tras el otro, como habían nacido, pues seguramente no pudieron nacer ambos juntamente? Y si no fue de momento para que cayeran enfermos en diferentes tiempos el haber nacido en distintas estaciones, ¿por qué pretenden que vale para la diferencia de las otras propiedades la diferencia del tiempo en que nacen? Pregunto asimismo: ¿por qué pudieron peregrinar en diferentes tiempos, y en diferentes tiempos casarse, engendrar hijos y no pudieron por la misma causa enfermar

también en diferentes tiempos? Porque si la desigualdad y dilación en el nacer mudó el horóscopo y causó desproporción y diferencia en las demás cualidades, ¿por qué razón perseveró en las enfermedades lo que tenían los que fueron concebidos con igualdad a un mismo tiempo? Y si la suerte o hado de la buena o mala disposición consiste en la concepción, y la de los demás sucesos en el nacimiento, no debieran vaticinar nada acerca de la salud, mirando las constelaciones del nacimiento, supuesto que no pueden observar la hora de la concepción.

Y si vaticinan las enfermedades sin examinar el horóscopo de la concepción, ¿por qué las significan los puntos y momentos en que nacen? Pregunto: ¿cómo po- drían pronosticar a cualquiera de aquellos mellizos, observando la hora de su nacimiento, cuándo habla de estar enfermo, si el otro que no nació en la misma hora necesariamente había de enfermar a un mismo tiempo? Pregunto más: si hay tanta distancia de tiempo en el nacimiento de los mellizos, que por ello sea preciso sucederles diferentes constelaciones por el horóscopo diferente, y por esto resultan distintos todos los ángulos cárdines, a los cuales atribuyen un influjo tan particular, que de ellos quieren procedan diferentes hados y suertes, ¿por dónde pudo suceder esto, pues la concepción de ellos no pudo ser en diferente tiempo? Y si dos concebidos en un mismo momento pudieran tener diferentes hados para nacer, ¿por qué otros dos que nacieron en un mismo instante de tiempo no pueden tener diferentes hados para vivir y morir? Pues si un mismo momento en que ambos fueron concebidos no impidió que naciese el uno primero y el otro después, ¿por qué causa, si nacen dos en un momento, ha de haber algún motivo que impida que muera el uno primero y el otro después? Si un momento en la concepción causa el que los gemelos tengan diferentes suertes hasta en el vientre de su madre, ¿por qué un instante en el nacimiento no motivará que otros dos cualesquiera tengan diferentes suertes en la tierra, y así se quiten todas las ficciones de esta arte, o, mejor decir, vanidad? ¿Qué misterio se encierra en que los concebidos eh un mismo tiempo, en un mismo momento, debajo, de una misma porción del cielo, tengan diferentes suertes, que los impelan a nacer en diferente hora, y que dos nacidos igualmente de dos madres en un momento de tiempo, debajo de una misma constelación del cielo, no pueden tener diferentes suertes que los traigan a diferente necesidad de vivir o de morir? ¿Acaso los concebidos no participan de la influencia de los hados sino cuando llega el momento de nacer? ¿Cómo, pues, aseguran que si se halla la hora de la concepción pueden adivinar muchas maravillas? ¿Y cómo defienden también algunos que un sabio escogió la hora en que se había de juntar con su esposa, y mediante una lección tan prudente logró engendrar un hermoso y perfecto hijo? ¿Cómo, finalmente, decía Posidonio, aquel grande astrólogo y filósofo, de los dos gemelos, que la causa de haber enfermado en un mismo tiempo consistió en que nacieron en un mismo momento, y en uno mismo fueron concebidos? Sin duda, parece, añadió la concepción, porque no le dijesen que no pudieron nacer precisamente en un mismo tiempo lo que era notorio fueron concebidos en un mismo momento, y por no atribuir la particularidad de haber enfermado de un mismo mal y a un mismo tiempo a la igual templanza o disposición del cuerpo; antes más bien, por imputar y hacer dependiente de las estrellas aquella misma igualdad y semejanza de enfermedad. Y si tanto puede para la igualdad de los hados la concepción, no se habían de mudar estos mismos hados con el nacimiento, o si se in- mutan los hados de los gemelos porque nacen en diferentes tiempos, ¿por qué no hemos de imaginar con más justa causa que ya se habían mudado para que naciesen en diferentes tiempos? ¡Que no pueda la voluntad de los vivos

mudar los hados del nacimiento, pudiendo el orden de hacer mudar los hados de la concepción, es admirable, sin duda!

CAPITULO VI

Los mellizos de distinto sexo Además, en las concepciones de los mielgos que han tenido lugar en el mismo momento, ¿de dónde procede que bajo una misma constelación fatal se conciba uno varón, y otra, hembra? Conocemos gemelos de distinto sexo. Ambos viven aún, ambos están aún en la flor de la edad. Aunque ellos tienen rasgos corporales semejantes entre sí, cuanto es posible entre seres de diferente sexo, con todo, en el comportamiento y tren de vida son tan dispares, que, fuera de las acciones femeninas, que necesariamente se han de diferenciar de las viriles, él milita en el oficio de conde y casi siempre está de viaje fuera de casa, y ella no se separa del suelo patrio y del propio campo. Más aún (cosa más increíble si se da fe a los hados de los astros, y no extraña si se consideran las voluntades de los hombres y los dones de Dios), él es casado y ella virgen consagrada a Dios; él, padre de muchos hijos; ella ni se casó siquiera. ¿Todavía es grande el poder del horóscopo? Sobre cuánta sea su vacuidad, ya diserté bastante. Pero, cualquiera que sea, dicen que influye en el nacimiento. ¿Acaso también en la concepción, donde es manifiesto que hay un solo ayuntamiento carnal? Y es tal el orden de la naturaleza; que, en concibiendo una vez la mujer, no puede concebir después otro.

De donde resulta necesariamente que los mellizos son concebidos en el mismo momento. ¿Acaso, porque nacieron bajo diverso horóscopo, se cambió, al nacer, a aquél en varón y a ésta en hembra? Puede, pues sostenerse no de todo punto absurdamente que ciertos influjos sidéreos valen para solas las diferencias corporales, como vemos también variar los tiempos del año en las salidas y puestas del sol y aumentarse y disminuirse algunas cosas con los crecientes y menguantes de la luna, como los erizos, las conchas y los admirables oleajes del océano, y que las voluntades de los hombres no se subordinan a las posiciones de los astros.

El que éstos ahora se esfuercen por hacer depender de ellas nuestros actos, nos previene para que investiguemos cómo esta su razón no puede probarse ni aun en los cuerpos. ¿Qué hay tan concerniente al cuerpo como el sexo? Y, sin embargo, bajo la misma posición de los astros pudieron concebirse mellizos de distinto sexo. Por tanto, ¿qué mayor disparate puede decirse o imaginarse que pensar que la posición sideral, que fue una misma para la concepción de ambos, no pudo hacer que, con quien tenía una misma constelación, no tuviera sexo distinto, y pensar que la posición sideral que presidía la hora del nacimiento pudo hacer que discrepara tanto de él por la santidad virginal?

CAPITULO VII

De la elección del día para tomar mujer o para plantar o sembrar alguna semilla en el campo ¿Quién ha de poder sufrir el oír que con hacer elección de ciertos días procuran formar con sus acciones unos nuevos hados? En efecto; no tuvo otro tal felicidad que lograse tener un hijo admirable; antes, por el contrario, supo le había de engendrar soez y despreciable, y por eso el hombre docto escogió hora determinada; luego hizo el hado que

no tenía, por el mismo hecho comenzó a ser fatal, lo que no fue en su nacimiento. ¡Oh estupidez singular! Hacerse elección del día para tomar mujer, porque de no hacerlo así hubiera podido suceder en fecha no propicia ¿Dónde está, pues, lo que decretaron las estrellas cuando nació? Puede, acaso, el hombre mudar con la elección del día lo que le estaba ya decretado, y aquello que él determinó con la elección del día ¿no lo podrá mudar otra potestad? Mas si los hombres solos, y no todos los entes que están colocados debajo del cielo, están sujetos a las constelaciones, ¿por qué escogen días acomodados para plantar viñas, árboles o mieses, y otros para domar el ganado o para echar los machos a las hembras, para que se multipliquen las yeguas o los bueyes, y todo lo que es de esta clase? Y si las elecciones de los días valen para estos ejercicios por causa de que la posición de las estrellas domina sobre todos los cuerpos terrenos animados o inanimados, según la diversidad de los momentos de los tiempos, consideren cuán innumerables son las producciones que debajo de un mismo punto de tiempo nacen o salen de la tierra o empiezan a crecer, y, con todo, tienen tan diferentes fines, que a cualquier niño le obligan a que se ría y mofe de estas observaciones; porque ¿quién hay tan falto de juicio que se atreva a decir que todos los árboles, todas las plantas y hierbas, todas las bestias, reptiles, aves, peces, gusanillos e insectos participan, cada uno respectivamente, de diferentes momentos en su nacimiento?

Con todo, suelen algunos, para experimentar la pericia de los astrólogos, representarles las constelaciones de algunos animales brutos, cuyos nacimientos han observado diligentemente en su casa para este efecto, y reputan por excelentes astrólogos a los que, habiendo visto las constelaciones, responden que no nació hombre, sino alguna bestia, atreviéndose a decir igualmente la calidad de la bestia, si es a propósito y acomodada para la lana, para carga, para el arado o para la custodia de la casa; y porque tienen su sabiduría hasta en los hados de los perros, responden a todo con grande aclamación de los que se admiran de su vana ciencia; tan necios proceden los hombres, que imaginan que cuando nace el hombre se impiden los demás nacimientos de las cosas naturales, de manera que debajo de una misma región del cielo, no nazca con él ni una mosca; pero si admiten el argumento, éste, paso a paso y poco a poco, los hace ir de las moscas a los camellos y elefantes.

Tampoco quieren advertir que haciendo elección del día para sembrar el campo, la grande muchedumbre de granos que cae juntamente en el suelo, juntamente nace, y, nacida, espiga, grana y blanquea; y con todo, entre ellas, a unas mismas espigas, que son de un mismo tiempo que las otras, sembradas, nacidas y criadas juntas, las destruye la niebla, a otras las consumen las aves y a otras las arrancan los hombres. ¿Cómo han de decir que tuvieron diferentes constelaciones estas semillas, que ven tienen tan diferentes fines? Por ventura, ¿se avergonzarán y dejarán de elegir días para estas investigaciones, y negarán que no pertenecen a los decretos del cielo, y sólo sujetarán al imperio de las estrellas al hombre, a quien sólo en la tierra dio Dios voluntad libre? Considerando todas estas justas reflexiones con la meditación debida, no sin razón se cree que cuando los astrólogos ,admirablemente pronostican muchos sucesos que salen verdaderos, esto sucede por oculto instinto de los espíritus no buenos, a cuyo cargo está el plantar y establecer en los hombres estas falsas y dañosas opiniones de los hados o influjos de las estrellas, y no por algún arte que observa y nota el horóscopo, porque no le hay.

CAPITULO VIII

De los que entienden por hado, no la posición de los astros, sino la trabazón de las causas que penden de la voluntad divina Pero los que entienden por nombre de hado, no la constitución de los astros tomo se halla cuando se engendra, o nace, o crece alguna especie, sino la trabazón y orden de todas las causas con que se hace todo lo que se hace, no hay razón para que nosotros nos cansemos ni porfiemos obstinadamente con ellos sobre la cuestión del nombre, supuesto que el mismo orden y trabazón de las causas la atribuyen a la voluntad y potestad del Dios sumo, de quien se cree con realidad y verdad que sabe todas las cosas antes que se hagan, y que no deja alguna sin orden: de quien dependen todas las potestades, aunque no dependen de él todas las voluntades; que llamen estos hados con especialidad a la misma voluntad del sumo Dios, cuyo poder sin resistencia se difunde por todo lo criado, se prueba con estos versos, que son, si no me engaño, de Séneca “Llévame, Sumo Padre y Señor del alto Cielo, adonde quiera que quisieres; obedeceré sin dilación alguna. Ved aquí, en resumen, que, supuesto el caso que no quiera, he de seguirte, aunque no quiera, y haré, por fuerza, siendo malo, lo que pude hacer de grado siendo bueno. Al que quiere llévanle suavemente los hados, y al que no quiere, por fuerza.”

Así que con este último verso, evidentemente llamó hados a la que había llamado voluntad del Sumo Padre, a quien dice que está dispuesto a obedecer, para que queriéndolo le lleven de grado y suavemente, y no queriendo no le llevan por fuerza; porque, en efecto, al que quiere le llevan suavemente los hados, y al que se resiste, por fuerza. Apoyan también esta sentencia aquellos versos de Homero que Cicerón puso en el idioma latino, y dicen: “Tales son las voluntades de los hombres, cuales son las influencias que al mismo padre Júpiter le parece enviar sobre la tierra.” Y aunque fuera de poca autoridad en esta cuestión el parecer del poeta, mas porque dice que los estoicos (que son los que defienden la fuerza del hado) suelen citar estos versos de Homero, no se trata ya de la opinión del Poeta, sino de la de estos filósofos, ya que con estos versos que citan en la materia, que tratan del hado manifiestamente, declaran qué es lo que sienten que es hado, supuesto que le llaman Júpiter, el cual piensan y entienden que es el sumo Dios, de quien dicen que depende la trabazón de los hados.

CAPITULO IX

De ¡a presciencia de Dios y de ¡a libre voluntad del hombre contra la definición de Cicerón A estos filósofos de tal modo procura refutar Cicerón, que le parece no ser bastante poderoso contra ellos si no es quitando la adivinación, la cual procura destruir, diciendo que no hay ciencia de las cosas futuras, y ésta pretende probar con todas sus fuerzas intelectuales que es del todo ninguna, así en Dios como en los hombres; que no hay predicción o profecía de ningún futuro; niega, por consiguiente, la presciencia de Dios, procura enervar, desautorizar y dar por el suelo con vanos y lisonjeros argumentos todas las profecías más claras que la luz; y opóniéndose a sí mismo algunos oráculos, a que fácilmente se puede a satisfacción; no obstante, cuando refuta estas conjeturas de los matemáticos de contestar, con todo, tampoco triunfa su elocuencia, porque realmente ellas son tales, que mutuamente se destruyen y confunden.

Con todo eso, son mucho más tolerables aún los que opinan ser infalibles los hados de las estrellas que Cicerón, que quita la presciencia de las cosas futuras; porque confesar que hay Dios y negar que sepa lo venidero es caer en un claro desvarío, lo cual, advertido por este elocuente orador, procuró asimismo establecer como inconcuso aquel verdadero axioma que se halla en la Escritura: "Dijo el necio en su corazón: no hay Dios"; aunque no en su nombre. Porque echó de ver cuan odioso y grave problema era éste; y por lo mismo, aunque procuró disputase Cota, apoyando la hipótesis contra los estoicos en los libros de la naturaleza de los dioses; con todo, quiso más declararse en favor de Lucio Balbo, a quien persuadió defendiese el sistema de los estoicos, que por Cota, que pretende establecer como principio innegable que no hay naturaleza alguna divina;. pero en los libros de Divinationes, hablando él mismo, refute claramente la presciencia de los futuros, todo lo cual parece lo hace por no conceder que hay hado, y echar por tierra la libertad de la voluntad o libre albedrío; pues estaba imbuido en el error de que concediendo la ciencia de lo venidero se seguía necesariamente conceder la influencia del hado, de forma que en ningún modo se pudiera negar; mas como quiera que sean las prolijas y perplejas disputas y conferencias de los filósofos, nosotros, así como confesamos que hay un sumo y verdadero Dios, así también confesamos su voluntad divina, sumo poder y presciencia; y no por eso tememos que hacemos involuntariamente lo que practicamos con libre voluntad, porque sabía ya que lo habíamos de ejecutar Aquel cuya presciencia es infalible.

Esta justa repulsa temió Cicerón por el mismo hecho de combatir la presciencia, y los estoicos igualmente, por no verse precisados a confesar sinceramente ni decir que todas las cosas se hacían necesariamente, no obstante que al mismo tiempo sostenían que todas se hacían por el hado. Pero con especialidad, ¿qué fue lo que temió Cicerón en la presciencia de los futuros para que así procurase derribarla y destruirla con un raciocinio tan impío? Es, a saber, porque si se saben todas las cosas venideras, con el mismo orden que se sabe sucederán han de acontecer; y si han de acontecer con este orden, Dios, que lo sabe, ab aeterno, observa cierto y determinado orden; y si hay cierto orden en las cosas, necesariamente le hay también en las causas, ya que no puede ejecutarse operación alguna a que no preceda la causa eficiente, y si hay cierto orden de causas con que se efectúa todo cuanto se hace, "con el hado, dice, se hacen todas las cosas que se hacen, lo cual, si fuese cierto, nada está en nuestra potestad, y no hay libre albedrío en la voluntad; y si esto lo concedemos, prosigue, todas las acciones de la vida humana van por el suelo. En vano se promulgan leyes, en vano se aplican reprensiones, elogios, ignominias y exhortaciones, y sin justicia se prometen premios a los buenos y penas a los malos. Por este motivo, para que no se sigan estas consecuencias tan temerarias, funestas y perniciosas a las cosas humanas, no consiente que haya presciencia de los futuros, reduciendo Cicerón, y poniendo a un hombre Pío y temeroso de Dios en la estrechez de elegir una de dos vías: o que hay alguna acción dependiente de nuestra voluntad, o que hay presciencia de lo venidero; pues le parece que ambas po- siciones no pueden ser ciertas, sino que si se concede la una se debe negar la otra; que si escogemos la presciencia de los futuros, quitamos el libre albedrío de la voluntad, y si elegimos éste, quitamos la presciencia del porvenir.

El, pues, como varón tan docto y científico, atendiendo mucho y con mucha discreción y pericia a todo lo que toca a la vida humana, entre estos dos extremos escogió por más adecuado el libre albedrío de la voluntad, y para confirmarle y establecerle con solidez

niega la presciencia de los futuros; y' así, queriendo hacer a los hombres Iibres, los hace sacrílegos; pero un corazón piadoso y temeroso de Dios hace elección de lo uno y de lo otro. “Y ¿cómo es posible esto?, dice; porque si hay presciencia de lo venidero, síganse todas aquellas consecuencias que están entre sí trabadas, hasta que lleguemos al extremo de confesar que no hay acción alguna dependiente de nuestra voluntad, y si alguna depende de nuestra voluntad, por lo mismos grados llegamos a conocer que no hay presciencia de los futuros, porque por todas ellas volveremos a raciocinar así, si hay libre albedrío, no todas las cosas se hacen fatalmente; y s¡ no se hacen todas fatalmente, no de todas hay cierto y determinado orden de causas.

Si no hay cierto orden de causas, tampoco hay cierto orden de cosas para la presciencia de Dios, las cuales no se pueden hacer sin causas, antecedentes y eficientes; si no hay cierto orden de las cosas para la presciencia de Dios, no todas las cosas suceden así como El las sabía que habían de suceder. Y si no suceden así todas las cosas, como El sabía que habían de acontecer, no hay, dice, en Dios presciencia de los futuros”. Nosotros confesamos sinceramente contra esta sacrílega e impía presunción, que Dios sabe todas las cosas antes que se hagan, y que nosotros ejecutamos voluntariamente todo lo que sentimos, y conocemos que lo hacemos queriéndolo así; pero no decimos que todas las cosas se hacen fatalmente, antes afirmamos que nada se hace fatalmente, porque el nombre de hado, donde le ponen los que comúnmente hablan, eso es, en la constitución de las estrellas, bajo cuyos auspicios fue concebido o nació cada uno (porque esto vanamente se asegura), probamos y demostramos que nada vale; y el orden de las causas, en cuya influencia puede mucho la voluntad divina, ni le negamos ni le llamamos con nombre de hado, sino que es, acaso, entendamos que fatum se dijo de fando, esto es, de hablar; porque no podemos negar que dice la Sagrada Escritura: “Una vez habló Dios y oí estas dos, cosas: que hay en ti, mi Dios, potestad y misericordia, y que recompensarás a cada uno según sus obras”.

En las palabras primeras, donde dice “una vez habló”, se entiende infaliblemente, esto es, inconmutablemente habló así, como conocer inconmutablemente todas las cosas que han de suceder, y las que El ha de hacer; así que en esta conformidad pudiéramos llamar y derivar el hado de fando, si no estuviera admitido comúnmente el entenderse otra cosa distinta por este nombre, a cuya excepción no queremos que se inclinen los corazones de los hombres. Y no se sigue que si para Dios hay cierto orden de todas las causas, luego por lo mismo nada ha de depender del albedrío de nuestra voluntad; porque aun nuestras mismas voluntades están en el orden de las causas, el que es cierto y determinado respecto de Dios, y se comprende en su presciencia, pues las voluntades humanas son también causas de las acciones humanas; y así el que sabía todas las causas eficientes de las cosas, sin duda que en ellas no pudo ignorar nuestras voluntades, de las cuales tenía ciencia cierta eran causas de nuestras obras; porque aun lo que el mismo Cicerón concede, que no se ejecuta acción alguna sin que preceda causa eficiente, basta para convencerle en esta cuestión; y ¿qué le aprovecha lo que dice, que, aunque liada se hace sin causa, toda causa es fatal, porque hay causa fortuita, natural y voluntaria? Basta su confesión cuando dice que todo cuanto se hace no se hace sino precediendo causa; pues nosotros no decimos que las causas que se llaman fortuitas, de donde vino el nombre de la fortuna, son ningunas, sino ocultas y secretas, y éstas las atribuimos, o a la voluntad del verdadero Dios, o á la de cualesquiera espíritus, y las que son naturales no las separamos de la suprema voluntad de aquel que es Autor y Criador de todas las naturalezas. Las causas voluntarias, o son de Dios, o de los ángeles, o

de los hombres, o de cualesquiera animales; pero al mismo tiempo deben llamarse voluntades los movimientos de los animales irracionales, con los que practican ciertas acciones, según su naturaleza, cuando apetecen alguna cosa buena o mala, o la evitan; y también se dicen voluntades las de los ángeles, ya sean de los buenos, que llamamos ángeles de Dios, ya de los malos, a quienes denominamos ángeles del diablo, y también demonios; asimismo las de los hombres, es a saber, de los buenos y de los malos; de lo cual se deduce que no son causas eficientes de todo lo que se hace, sino las voluntarias de aquella naturaleza que es espíritu de vida; porque el aire se llama igualmente espíritu, mas porque es cuerpo no es espíritu de vida.

El espíritu de vida que vivifica todas las cosas y es el Criador de todos los cuerpos y espíritus criados, es el mismo Dios, que es Espíritu no criado. En su voluntad se reconoce un poder absoluto, que dirige, ayuda y fomenta las voluntades buenas de los espíritus criados; las malas juzga y condena, todas las ordena, y a algunas da potestad, y a otras no. Porque así como es Cria- dor de todas las naturalezas, así es dador y liberal dispensador de todas las potestades; no de las voluntades, porque las malas voluntades no proceden de Dios en atención a que son contra el orden de la naturaleza que procede de él. Así que los cuerpos son los que están más sujetos a las voluntades, algunos a las nuestras, esto es, a las de todos los animales mortales, y más a las de los hombres que a las de las bestias; y algunos a las de los ángeles, aunque todos, principalmente, están subordinados a la voluntad de Dios, de quien también dependen todas sus voluntades, porque ellas no tienen otra potestad que las que El les concede.

Por eso decimos que la causa que hace y no es hecha, o más claro, es activa y no pasiva, es Dios; pero las otras causas hacen y son hechas, como son espíritus creados, y especialmente los racionales. Las causas corporales, que son más pasivas que activas, no se deben contar entre las causas eficientes; porque sólo pueden lo que hacen de ellas las voluntades de los espíritus. Y ¿cómo el orden de las causas (el cual es conocido a la presencia de Dios) hace que no dependa cosa alguna de nuestra voluntad supuesto que nuestras voluntades tienen lugar privilegiado en el mismo orden de las causas? Compóngase como pueda Cicerón, y arguya nerviosa y eficazmente con los estoicos, que sostienen que este orden de las causas es fatal, o, por mejor decir, le llaman con el nombre de hado (lo que nosotros abominamos) principalmente por el nombre, que suele tomarse en mal sentido.

Y en cuanto niega que la serie de todas las causas no es certísima y notoria a la paciencia de Dios, abominamos más de él nosotros que los estoicos, porque o niega que hay Dios (como bajo el nombre de otra persona lo procuro persuadir en los libros de la naturaleza de los dioses), o si confiesa que hay Dios, negando que Dios sepa lo venidero, dice lo mismo que el otro necio en su corazón: Non est Deus, no hay Dios; pues el que no sabe lo futuro, sin duda, no es Dios, y así también nuestras voluntades tanto pueden cuanto supo ya y quiso Dios que pudiesen, y por lo mismo, todo lo que pueden ciertamente lo pueden, y lo que ellas han de venir a hacer en todo acontecimiento lo han de hacer, porque sabía que habían de poder y lo había de hacer Aquel cuya presciencia es infalible y no se puede engañar. Por tanto, si yo hubiera de dar el nombre de hado a alguna cosa, diría antes que el hado era de la naturaleza inferior, y que puede menos; y que la voluntad es de la superior y más poderosa, que tiene a la otra en su potestad; que decir que se quita el albedrío de nuestra voluntad con

aquel orden de las causas, a quien los estoicos a su modo, aunque no comúnmente recibido, llaman hado.

CAPITULO X

Si domina alguna necesidad en las voluntades de los hombres Así que tampoco se debe temer aquella necesidad por cuyo recelo procuraron los estoicos distinguir las causas, eximiendo a algunas de las necesidades y a otras sujetándolas a ella; y entre las que no quisieron que dependiesen de la necesidad pusieron también a nuestras voluntades, para que, en efecto, no dejasen de ser libres si se sujetaban a la necesidad. Porque si hemos de llamar necesidad propia a la que no está en nuestra facultad, sino qué, aunque nos resistamos hace lo que ella puede, como es la necesidad de morir, es claro que nuestras voluntades, con que vivimos bien o mal, no están subordinadas a esta necesidad, supuesto que ejecutamos muchas acciones que, si no quisiésemos, las omitiríamos; a lo cual, primeramente, pertenece el mismo querer; porque si queremos es, si no queremos no es; porque no quisiéramos si no quisiéramos. Y si se llama y define por necesidad aquella por la cual decimos es necesario que, alguna cosa sea así o no se haga a no sé por qué hemos de temer que ésta nos quite la libertad de la voluntad, pues no ponemos la vida de Dios y su presencia debajo de esta necesidad; porque digamos es necesario que Dios siempre viva y que lo sepa todo, así como no se disminuye su poder cuando decimos que no puede morir ni engañarse; porque de tal manera no puedo esto, que si lo pudiese, sin duda, sería menos facultad. Por esto se dice con justa causa todopoderoso, el que con todo no puede morir ni engañarse; pues se dice todopoderoso haciendo lo que quiere y no padeciendo lo que no quiere; lo cual, si le sucediese, no sería todopoderoso, y por lo mismo no puede algunas cosas, porque es todopoderoso. Así también, cuando decimos es necesario que cuando queremos sea con libre albedrío sin duda, decimos verdad, y no por eso sujetamos el libre albedrío a la necesidad que quita la libertad. Así que las voluntades son nuestras, y ellas hacen todo lo que queriendo hacemos, lo que no se haría si no quisiésemos; y en todo aquello que cada uno padece, no queriendo, por voluntad de otros hombres, también vale la voluntad, aunque no es voluntad de aquel hombre, sino potestad dé Dios; porque si fuera sólo voluntad, y no pudiese lo que quisiese, quedaría impedida con otra voluntad más poderosa.

Con todo, aun entonces, habiendo querer habría voluntad, y no sería de otro, sino de aquel que quisiese, aunque no lo pudiese lograr; y así todo lo que padece el hombre fuera de su voluntad no lo debe atribuir a las voluntades humanas o angélicas o de algún otro espíritu cria- dor, sino a la de Aquel que da potestad a los que quiere. Luego, no porque Dios quisiese lo que había de depender de nuestra voluntad deja de haber algo a nuestra libre determinación. Por otra parte, si que previó lo que había de suceder en nuestra voluntad vio verdaderamente algo, se sigue que aun conociéndolo él, hay cosas de que puede disponer nuestra voluntad, por lo cual de ningún modo somos forzados, aunque admitimos la presciencia de Dios, a quitar el albedrío de la voluntad, ni aún cuando admitamos el libre albedrío, a negar que Dios (impiedad sería imaginarIo) sabe los futuros, sino que lo uno y lo otro tenemos, y lo uno y lo otro fiel y verdaderamente confesamos: lo primero, para que creamos con firmeza esto otro, y lo segundo, para que vivamos bien; y mal se vive si no se

cree bien de Dios; por lo cual, este gran Dios nos libre de negar su presciencia intentando ser libres, con cuyo soberano auxilio somos libres o lo seremos.

Y así no son en vano las leyes, las reprensiones, exhortaciones, alabanzas y vituperios; porque también sabía que habían de ser útiles, y valen tanto cuanto sabía ya que habían de valer; las oraciones sirven para alcanzar las gracias que sabía ya había de conceder a los que acudiesen a él con sus ruegos: y por eso, justamente, están establecidos premios a las obras buenas, y castigos a los pecados. Ni tampoco paca el hombre, porque sabía ya Dios que había de pecar, antes por lo mismo, no se duda de que peca cuando peca, pues Aquel a cuya presciencia es infalible y no se puede engañar, sabía ya que no el hado, ni la fortuna, ni otra causa, sino él, había de pecar. El cual, si no quiere, sin duda, no peca; pero si no quisiese pecar, también sabía ya Dios este su buen pensamiento.

CAPITULO XI

De la providencia universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo El sumo y verdadero Dios Padre, con su unigénito Hijo y el Espíritu Santo, cuyas tres divinas personas son una esencia, un solo Dios todopoderoso, Criador y Hacedor de todas las almas y de todos los cuerpos, por cuya participación son felices todos los que son verdadera y no vanamente dichosos; el que hizo al hombre animal racional, alma y cuerpo; el que en pecando el hombre no le dejó sin castigo ni sin misericordia; el que a los buenos y a los malos les dio también ser con las piedras, vida vegetativa con las plantas, vida sensitiva con las bestias, vida intelectiva sólo con los ángeles de quien procede todo género, toda especie y todo orden; de quien dimana la medida, número y peso; de quien pro viene todo lo que naturalmente tiene ser de cualquier género, de cualquiera estimación que sea. de quien resultan las semillas de las formas y las formas de las semillas, y sus movimientos el que dio igualmente a la carne su origen, hermosura. salud. fecundidad para propagarse, disposición de miembros equilibrio en la salud; y el que así mismo concedió a¡ alma irracional me moría, sentido y apetito, y a la racional, además de estas cualidades, espíritu. inteligencia y voluntad; y el que no sólo al cielo y a la tierra, no sólo al ángel y al hombre, pero ni aun a las delicadas telas de las entrañas de un pequeñito y humilde animal, ni a la plumita de un pájaro, ni a la florecita de una hierba, ni a la hoja del árbol dejó sin su conveniencia, y con una quieta posesión de sus partes, de ningún modo debe creerse que quiera estén fuera de las leyes de su providencia los reinos de los hombres, sus señoríos y servidumbres.

CAPITULO XII

Cuáles fueron las costumbres de los antiguos romanos con que merecieron que el verdadero Dios, aunque no le adorasen, les acrecentase su imperio Por lo cual, examinemos ahora cuáles fueron las costumbres de los romanos, a quienes quiso favorecer el verdadero Dios, y los motivos por que tuvo a bien dilatar y acrecentar su Imperio aquel Señor en cuya potestad están también los reinos de la tierra. Y con el fin de averiguar este punto más completamente, escribí en el libro pasado a este propósito, manifestando cómo en este importante asunto no han tenido ni tienen potestad alguna los dioses a quienes ellos

adoraron con varios ritos, y para el mismo intento sirve lo que hasta aquí hemos tratado en este libro sobre la cuestión del hado; y no sé que nadie que estuviese ya persuadido de que el Imperio romano ni se aumentó, ni se conservó por el culto y religión que tributaba a los falsos númenes, a qué hado pueda atribuir su silencio, sino a la poderosa voluntad del sumo y verdadero Dios.

Así que los antiguos y primeros romanos, según lo indica y celebra su historia, aunque como las demás naciones (a excepción del pueblo hebreo) adorasen a los falsos dioses y sacrificasen en holocausto sus víctimas, no a Dios, sino a los demonios; “con todo, eran aficionados a elogios, eran liberales en el dinero y tenían por riquezas bastantes una gloria inmortal”; a ésta amaron ardientemente, por ésta quisieron vivir, y por ésta no dudaron morir. Todos los demás deseos los refrenaron, contentándose con sólo el extraordinario apetito de gloria; finalmente, porque el servir parecía ejercicio infame, y el ser señores y dominar, glorioso, quisieron que su patria primeramente fuese libre, y después procuraron que fuese señora absoluta. De aquí nació que, no pudiendo sufrir el dominio de los reyes, “establecieron su gobierno anual nombrando dos gobernadores, a quienes llamaron cónsules de consulendo, no reyes o señores de reinar o dominar” con despotismo.

Aunque, en efecto, los reyes parece que se dijeron así de regir y gobernar; pues el reino se deriva de los reyes, y la etimología de éstos, como queda dicho, de regir, paro el fausto y pompa real no se tuvo por oficio y cargo de persona que rige y gobierna; no se estimó por benevolencia y amor de persona que aconseja y mira por el bien y utilidad pública, sino por soberbia y altivez de persona que manda. Desterrado, pues, el rey Tarquino, y establecidos los cónsules, siguiéronse los sucesos que el mismo autor refirió entre las alabanzas de los romanos: “Que la ciudad -cosa increible-, habiendo conseguido la libertad, cuanto mayor fue su incremento, tanto creció en ella el deseo de honra y gloria”. Esta ambición del honor y deseo de gloria proporcionó todas aquellas maravillosas heroicidades, tan gloriosas a los ojos y estimación de los hombres. Elogia el mismo Salustio por ínclitos hombres de su tiempo a Marco Catón y a Cayo César, diciendo hacía muchos años que no había tenido la República persona que fuese heroica por su valor; pero que en su tiempo hablan florecido aquellos dos excelentes y valerosos campeones, aunque, diferentes en la condición, ideas y proyectos, y entre las alabanzas con que elogia el mérito de César, pone que deseaba para si el generalato (mejor dijera toda la autoridad republicana reunida en su persona), un ejército numeroso y una nueva y continuada guerra, donde poder demostrar su valor y heroísmo. Y por eso confiaba en los ardientes deseos de los hombres famosos por su heroicidad y fortaleza, para que provocasen las miserables gentes a la guerra y las hostigase Belona con su sangriento látigo, a fin de que de este modo hubiese ocasión para poder ellos manifestar su valor La causa de estos deseos, sin duda, era aquella insaciable ansia de honra y de gloria a que aspiraban.

Por esto, primeramente por amor a la libertad, y después por afición al señorío y por codicia de la honra y de la gloria, hicieron muchas acciones admirables. Confirma lo uno y lo otro el insigne poeta, diciendo: “A Tarquino echado de Roma, pretendía Porsena restablecer en su reino, y con grueso ejército la sitió; mas los ínclitos romanos por su libertad se arrojaban a las armas con extraordinario denuedo y fiereza.” Así que entonces tuvieron ellos por acción heroica o morir como fuertes y valerosos soldados, o vivir con libertad; pero luego que consiguieron la libertad, se encendieron tanto en el deseo de gloria, que les pareció

poco sola la libertad, si no alcanzaban igualmente el dominio y señorío, teniendo por grande suceso lo que el mismo poeta en persona de Júpiter dice: “También Juno la áspera, la que ahora altera amedrentando los elementos mar, tierra y aire, mudará sus consejos para mejor parte, favorecerá conmigo a los romanos, señores de todo el mundo, y a la gente togada. Así lo he tenido a bien de acordarlo. Vendrá tiempo, pa- sando años, en que el linaje de Asaraco apremiará con cautiverio a Ftía, y a la noble Micenas, y se enseñoreará, vencidos los griegos”. Todo lo cual Virgilio refiere altamente, aunque introduce a Júpiter como que profetiza lo venidero; pero él lo dice como ya pasado, y lo observa como presente. He querido alegar este testimonio para demostrar que los romanos, después de obtenida la libertad, estimaron tanto el mando y señorío, que le colocaban entre uno de sus mayores elogios. De aquí procede la expresión del mismo poeta, quien prefiriendo a las profesiones y artes de las demás naciones la pretensión de los romanos, reducida al punto primordial de reinar, mandar, sojuzgar y conquistar otras naciones, dice: “Otros harán tan al vivo las imágenes que parezca que respiran; no lo pongo en duda. Otros en el mármol esculpirán al vivo los rostros. Otros abogarán mejor, escribirán altamente de la astronomía de los mo- vimientos de los cielos y de los aspectos de los signos. Tú, oh romano, no te olvides de regir a los pueblos con Imperio; guarda solos estos preceptos; procura siempre conservar la paz, favoreciendo a los desvalidos y no perdonando a ningún poderoso”. Estas artes y profesiones las ejercitaban con tanta más destreza, cuanto menos se entregaban a los deleites y a todos los ejercicios que embotan y enflaquecen el vigor del ánimo y del cuerpo, deseando y acumulando riquezas, y con ellas estragando las costumbres, robando a sus infelices ciudadanos y gastando pródigamente con los torpes actores; y las los que habían pasado y sobrepujado ya semejantes deslices y defectos en las costumbres, y eran ricos y poderosos cuando esto escribía Salustio y cantaba Virgilio, no aspiraban al honor y a la gloria por medio de aquellas artes, sino con cautelas y engaños; y así dice él mismo: “Pero al principio más ocupados tuvo los ánimos y corazones de los hombres la ambición que la avaricia, aunque este vicio frisa más y es más llegado a la virtud; pues la gloria, la honra y el mando igualmente los desean el bueno y el malo; mas el uno, dice, aspira a la obtención por el camino verdadero, y el otro (porque le faltan medios limpios) procura alcanzarlo con cautelas y engaños.” Los medios limpios son: llegar por la virtud, y no por una ambición engañosa, a la honra, a la gloria y al mando, todas las cuales felicidades desean igualmente el bueno y el malo; aunque el bueno las procura por el verdadero camino, y este camino es la virtud, por la cual procura ascender como al fin apetecido a la cumbre de la gloría, del honor y del mando; y que estas particularidades las tuviesen naturalmente fijas en sus corazones los romanos, nos lo manifiestan asimismo los templos de los dioses que tenían, el de la Virtud y el del Honor, los cuales los edificaron contiguos y pegados el uno al otro, teniendo por dioses los dones peculiares que con acede Dios gratuitamente a los mortales.

De donde puede colegirse el fin que se hablan propuesto, que era el de la virtud, y adónde la referían los que eran buenos, es a saber, a la honra; porque los malos tampoco poseían la virtud, aunque aspiraban al honor, el cual procuraban conseguir por medios detestables, esto es, con cautelas y engaños. Con más justa razón elogió a Catón, de quien dice que cuanto menos pretendía la gloria tanto más ella le seguía; porque la gloria de que ellos andaban tan codiciosos es el juicio y opinión de los hombres que juzgan y sienten bien de los hombres. Y así es mejor la virtud, que no se contenta con el testimonio de los hombres, sino con el de su propia conciencia, por lo que dice el apóstol: “Nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia. Y en otro lugar: “Examine cada uno sus obras, y cuando

su conciencia no le remordiere, entonces se podrá gloriar por lo que ve en sí solo, y no por lo que ve en otro".

Así que la virtud no debe caminar detrás del honor, de la gloria y del mando, que los buenos apetecían y adonde pretendían llegar por buenos medios, sino que estas cualidades deben seguir a la virtud; porque no es verdadera virtud, sino la que camina a aquel fin donde está el sumo bien del hombre, y así los honores que pidió Catón no los debió pedir, sino que la ciudad estaba obligada a dárselos por su virtud, sin pedirlo; pero habiendo en aquel tiempo dos personas grandes y excelentes en virtud, César y Catón, parece que la virtud de Catón se aproximó más a la verdad que la de César; por lo cual, en sentir del mismo Catón, veamos qué tal fue la ciudad en su tiempo, y qué tal lo fue antes. "No penséis, dice, que nuestros antepasados acrecentaron la República con las armas. si así fuera, tuviéramosla mucho más hermosa, porque tenemos mayor abundancia de aliados y de ciudadanos, amén de más armas y caballos que ellos. Pero hubo otras cosas que los hicieron grandes, y de que carecemos nosotros: en casa, la industria; fuera, el justo imperio y el ánimo libre en el dictaminar y exento de culpa y de pasión. En lugar de esto, nosotros gozamos del lujo y la avaricia, en público de pobreza y en privado de opulencia. Alabamos las riquezas, seguimos la inactividad.

No hacemos diferencia alguna entre los buenos y los malos. Todos los premios de la virtud están en manos de la ambición. Y no es maravilla, donde cada uno de vosotros se interesa en privado por la persona, donde, en casa se da a los placeres, y aquí se hace esclavo del dinero y del favor. De todo lo cual se sigue que se acomete a la república como a una víctima sin defensa". Quien oye estas palabras de Catón o de Salustio, se imagina que todos o la mayor parte de los viejos romanos de aquel tiempo conformaban sus vidas con las alabanzas que se les prodigan. Y no es así. De lo contrario, no fuera verdadero lo que el mismo escribe, que ya cité en el libro II de esta obra, donde dice que las vejaciones de los poderosos, y por ellas la escisión entre el pueblo y el senado y otras discordias domésticas, existieron ya desde el principio. Y no más que después de la expulsión de los reyes, en tanto que duró el miedo de Tarquino y la difícil guerra mantenida contra Etruria, se vivió con equidad y moderación.

Después los patricios se empeñaron en tratar al pueblo como a esclavo, en maltratarle a usanza de los reyes, en removerlos del campo y en gobernar ellos sin contar para nada con los demás. El fin de tales disensiones fue la segunda guerra púnica, al paso que unos querían ser señores y otros se negaban a ser siervos. Una vez más, comenzó a cundir un grave miedo, y a cohibir los ánimos, inquietos y preocupados por aquellos disturbios, y a revocar a la concordia civil. Pero unos pocos, buenos según su módulo, administraban grandes haciendas y, tolerados y atemperados aquellos males, crecía aquella república por la providencia de esos pocos buenos, como atestigua el mismo historiador que, leyendo y oyendo el las muchas y preclaras hazañas realizadas en paz y en guerra, por tierra y por mar, por el pueblo romano, se interesó por averiguar qué cosa sostuvo principalmente tan grandes hazañas. Sabía él que muchas veces los romanos habían peleado con un puñado de soldados contra grandes legiones de enemigos; conocía las guerras libradas con escasas riquezas contra opulentos reyes. Y dijo que, después de mucho pensar, le constaba que la egregia virtud de unos pocos ciudadanos había realizado todo aquello, y que el mismo hecho era la causa de que la pobreza venciera a las riquezas, y la poquedad a la multitud.

“Mas luego que el lujo y la desidia, dice, corrompió la ciudad, tomó la república con su grandeza a dar pábulo a los vicios de los emperadores y de los magistrados”, Catón elogió también la virtud de unos pocos que aspiraban a la gloria, al honor y al mando por el verdadero camino, esto es, por la virtud misma. De aquí se originaba la industria doméstica mencionada por Catón, para que el erario fuera caudaloso, y las haciendas privadas fueran de poca monta. Corrompidas las costumbres, el vicio hizo todo lo contrario: públicamente, la pobreza, y en privado, la opulencia.

CAPITULO XIII

Del amor de la alabanza que, aunque es vicio se le tiene por virtud, porque por el cohíbense mayores vicios Por eso, habiendo brillado ya por largo tiempo los reinos de Oriente. quiso Dios se constituyera también el occidental, que fuera posterior en el tiempo, pero más floreciente en la extensión y grandeza de imperio. Y lo concedió para amansar las graves males de muchas naciones a tales hombres, que mediante el honor, la alabanza y la gloria velaban por la patria, en la que buscaban la propia gloria. No dudaron en anteponer a su propia vida la salud de la patria, aplastando por este único vicio, o sea, por el amor de la alabanza, la codicia del dinero y muchos otros vicios.

Con más, cuerda visión apunta él que conoce que el amor de la alabanza es un vicio, cosa que, no se oculta ni al poeta Horacio, que dice: “¿Te engalla el amor de la alabanza? Hay remedios certeros en este librito que, leído tres veces y con sencillez, te podrán aliviar grandemente.” Y el mismo, en verso lírico, canta así para refrenar la libido de dominio: “Reinarás, domando tu insaciable espíritu, más anchurosamente que si juntaras Libia con la lejana Cádiz y te sirvieran las dos Cartagos.” Sin embargo, los que no refrenan sus libidos más torpes, rogando con piadosa fe al Espíritu Santo y amando la belleza inteligible, sino más bien por la codicia de la alabanza humana y de la gloria, no son santos ciertamente, pero sí menos torpes. Tulio mismo no pudo disimular esto en los libros que escribió Sobre la República, donde habla. de la constitución del príncipe en una ciudad, y dice que hay que alimentarlo con la gloria. A renglón seguido refiere que el amor de la gloria, inspiró a sus mayores muchas maravillas. No sólo no oponían resistencia a este vicio, sino que juzgaban que debía ser alentado y encendido, en la convicción de que era útil para la república. Ni en los mismos libros de filosofía, donde lo afirma con mayor claridad, oculta Tulio, esta peste. Hablando de los estudios, que cumple seguir por el verdadero bien, no por la vanidad de la alabanza humana, inserta esta sentencia universal y general: “El honor es el alimento de las artes, y todos se apasionan por los estudios por la gloria, y siempre yacen olvidadas las ciencias desacreditadas entre algunos.”

CAPITULO XIV

De cómo se debe cercenar el deseo de la humana alabanza, porque toda la honra y gloria de los justos está puesta en Dios Es más conveniente resistir con firmeza este apetito que dejarse vencer de él; porque tanto más es uno parecido a. Dios, cuanto está más limpio y puro de semejante inmundicia. La cual, aunque en la vida presente no se desarraigue totalmente del corazón humano, por cuanto no deja de tentar aun a los espíritus bien

aprovechados, a lo menos vénzase el deseo de gloria con el amor de la justicia, para que si en alguno hay ciertos sentimientos nobles que entre los mundanos suelen ser despreciados, el mismo amor de la alabanza humana se avergüence y se retire ante el amor de la verdad, porque este vicio es tan enemigo de la fe (que se debe a Dios cuando hay en el corazón mayor deseo de gloria que temor o amor de Dios), que dijo el Señor: "¿Cómo podéis vosotros creer, pretendiendo ser honrados y estimados los unos de los otros, andando a caza de la gloria vana del mundo, olvidados de aquella que sólo Dios os puede dar?" Y asimismo dice el evangelista San Juan de algunos que habían creído en él y temían confesarle públicamente: "estimaron más la gloria y alabanza de los hombres que la de Dios". Lo que no hicieron los Santos Apóstoles, quienes predicando el nombre de Jesucristo en parajes y provincias dónde no sólo no le estimaban (porque, como dijo un sabio, están abatidas y olvidadas siempre las cosas de las que todos generalmente no hacen caso ni aprecian), sino que también le aborrecían en extremo, conservando en la memoria lo que habían oído a su divino Maestro y verdadero médico de sus almas: "Si alguno no me estimare y me negare delante de los hombres, también lo negaré yo delante de mi Padre, que está en los Cielos, y delante de los ángeles de Dios".

Entre las maldiciones y oprobios, entre las gravísimas persecuciones y crueles tormentos, no dejaron de proseguir en la predicación de la salud de los hombres. aun cuando resultaba en notable ofensa de los hombres. Y aun cuando haciendo y diciendo cosas divinas, y viviendo divinamente después de haber conquistado en algún modo la dureza de los corazones, e introducido la paz de la justicia y santidad, alcanzaron en la iglesia de Cristo una suma gloria, sin embargo, no descansaron en ella como fin y blanco de su virtud, sino que atribuyendo esto mismo a gloria de Dios por cuya singular gracia y beneficio eran tales, con este divino fuego encendían asimismo a los que persuadían que le amasen que también a éstos les hiciese tales; porque les había enseñado su divino Maestro que no fuesen buenos por sólo la honra y gloria de los hombres, diciendo: "Guardaos, no hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres porque ellos las vean, porque de esta manera, perderéis el premio de vuestro Padre, que está en los Cielos". Pero, por otra parte, porque entendiendo estas expresiones en sentido contrario, no temiesen y dejasen de agradar a los hombres, y fuesen de menos fruto estando encubiertos, y siendo buenos, mostrándoles con qué fin se habían de manifestar: "resplandezcan, dice, vuestras obras delante de los hombres, de suerte que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos".

Así que no lo practiquéis porque os vean, esto es, n con intención de que pongan los ojos en vosotros, pues por vosotros sois nada, sino porque glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos, porque, vueltos a El, sean como vosotros. Esta máxima siguieron los mártires, quienes se aventajaron y excedieron a los Escévolas, a los Curcios y Decios, no sólo en, la verdadera virtud (por lo que en efecto les hicieron ventaja en la verdadera religión), sino también en la innumerable multitud, no tomando por si mismos las penas y tormentos, sino sufriendo con paciencia los que otros les daban. Pero, como aquéllos vivían en la ciudad terrena, y se habían propuesto por ella, como fin principal de todas sus obligaciones, su salvación y que reinase, no en el Cielo, sino en la tierra, no en la vida eterna, no en el tránsito de los que mueren y en la sucesión de los que habían de morir, ¿qué habían de amar y estimar sino la honra Y gloria con que querían también después de muertos vivir en las lenguas de los pregoneros de sus alabanzas?

CAPITULO XV

Del premio temporal con que pagó Dios las costumbres de los romanos Aquellos a quienes no habla de dar Dios vida eterna en compañía de sus santos ángeles en su celestial ciudad, a la que llegamos por el camino de la verdadera piedad, la cual no rinde el culto que los griegos llaman la patria si no es a un solo Dios verdadero si a éstos no les concediera ni aun esta gloria terrena, dándoles un excelente Imperio, no les premiara y pagara sus buenas artes, esto es, sus virtudes, con que procuraban llegar a tanta gloria. Porque de aquellos que parece practican alguna acción buena para que los alaben y honren los hombres, dice también el Señor: "De verdad os dije que y a recibieron su recompensa. Pues bien, éstos despreciaron sus intereses particulares por el interés común, esto es, por la República, y por su tesoro resistieron a la avaricia, dieron libremente su parecer en el Senado por el bien de su patria, viviendo inculpablemente conforme a sus leyes y refrenando sus apetitos. Y con todas estas operaciones, como por un verdadero camino aspiraron al honor, al Imperio y a la gloria, y así fueron honrados en casi todas las naciones, fueron señores y dieron leyes a muchas gentes, y en la actualidad tienen mucha gloria y fama en los libros e historias por así toda la redondez del Universo, y, por consiguiente, no se pueden quejar de la justicia del sumo y verdadero Dios, supuesto que en esta parte recibieron su premio.

CAPITULO XVI

Del premio de los ciudadanos santos de la Ciudad Eterna, a quienes pueden aprovechar los ejemplos de Las virtudes de los romanos Pero muy distante de éste es el premio y galardón de los santos que sufren también en esta vida con paciencia los oprobios por la verdad de Dios, con la cual tienen ojeriza los amigos de este mundo. Aquélla es la Ciudad sempiterna, allí ninguno nace, porque ninguno muere, donde la felicidad es verdadera y cumplida, no diosa, sino don de Dios. De allí procede la prenda que tenemos de nuestra fe, en tanto que, peregrinando por acá, suspiramos por su hermosura. Allí no nace el sol sobre los buenos y sobre los malos, sino que el sol de justicia sólo abriga a los buenos; allí no habrá necesidad de mucha industria y trabajo para enriquecer el erario y tesoro público con los pobres y escasos bienes de los particulares, donde el tesoro de la verdad es común.

Por tanto, debemos creer que no se dilató el romano Imperio sólo por la gloria y honor de los hombres, a fin de que aquel galardón se diera a aquellos hombres, sino también para que los ciudadanos de la Ciudad Eterna, en tanto que acá son peregrinos, pongan los ojos con diligencia y cordura en semejantes ejemplos, y vean el amor tan grande que deben ellos tener a la patria celestial por la vida eterna, cuando tanto amor tuvieron sus ciudadanos a la terrena por la gloria y alabanza humana CAPlTULO XVII Qué fruto sacaron los romanos con La guerra y cuánto hicieron a los que vencieron Por lo respectivo a esta vida mortal, que en pocos días se goza y se acaba, ¿qué importa que viva el hombre que ha de morir bajo cualquiera imperio o señorío, si los que gobiernan y mandan no nos compelen a ejecutar operaciones impías e injustas? ¿Acaso fueron de algún daño o inconveniente los romanos a las naciones, a quienes después de reducidas a su dominación impusieron sus leyes, sino sólo en cuanto esto se hizo por medio de crueles guerras? Lo cual, si se hiciera

con piedad, lo mismo se lograra con mejor suceso, aunque fuera ninguna la gloria de los que triunfaban.

Porque tampoco los romanos dejaban de vivir debajo de sus propias leyes que imponían a los otros; lo que si se hiciera sin intervención de Marte y Belona, de modo que no tuviera lugar la victoria no venciendo nadie, donde nadie había peleado, ¿no fuera una misma suerte y condición de los romanos y la de las demás gentes? Mayormente si luego se determinara lo que después se deliberó grata y humanamente, ordenando que todos los vasallos que pertenecían al Imperio romano gozasen de la naturaleza y privilegio de la ciudad, disfrutando el honor de los ciudadanos romanos, siendo así común a todos la prerrogativa que antes era peculiar de muy pocos, a excepción de aquel pueblo que no tuviese campos propios y se sustentase y viviese de los públicos, cuyo sustento con más dulzura y beneficencia lo sacaran de los que se conformaban voluntariamente con esta sanción por mano de los prudentes gobernadores de la República que consiguiéndolo por fuerza de los vencidos.

Porque no veo que importe para la salud y buenas costumbres y para las mismas dignidades de los hombres que unos sean vencedores y otros vencidos, salvo aquel vano fausto de la honra humana, con el cual recibieron su galardón los que tanta ansia tuvieron de él, y tantas guerras sostuvieron por su logro. ¿Por ventura los campos y haciendas de los vencidos no pagan su tributo? ¿Acaso pueden ellos aprender y saber lo que los otros no pueden? ¿Por ventura no hay muchos senadores en otras provincias que ni aun de vista conocen a Roma? Echemos a un lado la vanagloria. Y ¿qué son todos los hombres sino hombres? Que si la perversidad del siglo permitiera que los virtuosos fueran los más honrados, aun de este modo no habría motivo para estimar en mucho la honra humana, porque es humo de ningún peso y de ningún momento; pero aprovechémonos también en estos sucesos de los beneficios de Dios nuestro Señor.

Consideremos cuántas bellas ocasiones despreciaron, cuántas desgracias sufrieron, qué de apetitos propios vencieron por la gloria humana los que la merecieron alcanzar como galardón y premio de sus virtudes, y válganos también esta consideración para reprimir la soberbia; pues habiendo tanta diferencia entre la ciudad donde nos han prometido que hemos de reinar y entre esta terrena, cuanta hay del cielo a la tierra, del gozo temporal a la vida eterna, de los vanos elogios a la gloria sólida, de la compañía de los mortales a la sociedad de los ángeles, de la luz del sol y de la luna a la luz del que hizo el sol y a la luna, no les parezca que han hecho una acción heroica los ciudadanos de tan excelente patria, si por conseguirla practicaren alguna obra buena o su fueren con paciencia algunas malas cuando los otros, por alcanzar esta terrena, hicieron tantas proezas y sufrieron tantos infortunos, mayormente cuando el perdón de los pecados, que va recogiendo los ciudadanos dispersos a aquella eterna patria, tiene alguna semejanza con el asilo de Rómulo, donde la remisión de cualesquiera delitos fue el mejor aliciente para congregar los hombres y fundar aquella célebre ciudad.

CAPITULO XVIII

Cuán ajenos de vanagloria deban estar los cristianos, si hicieren alguna loable acción por el amor de la eterna patria, habiendo hecho tanto Ios romanos por La gloria humana y por la ciudad eterna ¡Qué acción tan heroica será despreciar todos los deleites y regalos de este mundo, por más apreciables que sean, por aquella eterna y celestial patria, si por esta temporal y terrena se animó Bruto a degollar a sus propios hijos, temeraria resolución a la que nunca se obliga en aquélla! Pero, realmente, más dificultoso es el matar a los hijos que lo que debemos nosotros hacer por ésta, y se reduce a que los tesoros que hablamos de congregar y guardar para los hijos, o los repartamos con los pobres o los abandonemos si hubiere alguna tentación que nos fuerce a hacerlo por la fe y la justicia. Pues ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas de la tierra, pues que lo hemos de perder en vida, o muriendo nosotros, han de venir a poder de quien no sabemos o de quien no quisiéramos, sino Dios es el que nos hace felices, que es la verdadera riqueza y tesoro de nuestras almas; además que Bruto, por haber muerto a sus hijos, aun el mismo poeta que le elogia le tiene por infeliz y despreciado, porque dice: “Y siendo padre poco dichoso, castigará a sus hijos que mueven guerras, deseando la libertad amable de la patria, lleven como llevaren esto sus descendientes”. Pero en el verso que se sigue consuela al miserable héroe, diciendo: “A esto le obligó el amor de la patria y el deseo desordenado de ser celebrado en el mundo”; estas dos cualidades, la libertad y el deseo de elogios, son las que movieron a los romanos a hacer empresas heroicas y maravillosas.

Luego, si por obtener la libertad de los que eran mortales y habían de morir, y por el deseo de la lisonja humana, que son cualidades que apetecen los hombres, pudo un padre matar a sus hijos, ¿que acción heroica será, por la verdadera libertad que nos exime de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte y no por la codicia de las humanas alabanzas, sino por el amor y caridad de libertar los hombres, no de la tiranía del rey Tarquino, sino de la de los demonios y de Luzbel, su príncipe, no digo ya matamos a los hijos, sino que a los pobres de Jesucristo los tenemos en lugar de hijos? Asimismo, si otro príncipe romano llamado Torcuato, quitó la vida a su hijo porque, siendo provocado del enemigo, con ánimo y brío juvenil peleó, no contra su patria, sino en favor de ella; mas saliendo victorioso porque dio la batalla contra su orden y mandato, esto es, contra lo que el general, su padre, le había mandado, porque no fuese mayor inconveniente el ejemplo de no haber obedecido la orden de su general: qué gloria hubo en matar al enemigo, ¿para qué se han de jactar los que por las órdenes y mandamientos de la patria celestial desprecian todos los bienes de la tierra que se estiman y aman menos que los hi- jos?

Si Furio Camilo, después de haber apartado de las cervices de su ingrata patria el yugo de los veyos, sus inexorables enemigos, y no obstante de haberle condenado y desterrado de ella por envidia sus émulos, con todo, la libertó segunda vez del poder de los galos, porque no tenía otra mejor patria adonde pudiese vivir con más gloria, ¿por qué se ha de ensoberbecer como si ejecutara alguna acción plausible el que, habiendo acaso padecido en la Iglesia alguna gravísima injuria en su honra por los enemigos carnales, no se pasó a sus enemigos, los herejes, o porque él mismo no levantó contra ella herejía alguna, sino que antes la defendió cuanto pudo de los perniciosos errores de los herejes, no habiendo otra ciudad, no donde se pase la vida con honor y aplauso de los hombres, sino donde se pueda conseguir la vida eterna'? Mucio, para que se efectuara la paz con el rey Porsena, que tenía muy apretados a los romanos con su ejercito, porque no pudo matar al mismo Porsena, y por yerro mató a otro por él, puso la mano en presencia del rey sobre unas brasas que en

una ara estaban ardiendo, asegurándole que otros tan valerosos como él se habían conjurado en su muerte, y teniendo el rey su fortaleza y asechanzas, sin dilación ajustó la paz y alzó la mano de aquella guerra; pues, si esto sucedió así, ¿quién ha de zaherir o dar en cara al rey sus méritos, no al de los Cielos, aun cuando hubiere aventurado por él, no digo yo una mano, no haciéndolo de su voluntad, sino aun cuando padeciendo por alguna persecución, dejare abrasar todo su cuerpo?

Si Curcio, ar- mado, arremetiendo el caballo, se arrojó con él en un boquerón por donde se había abierto la tierra, porque en esta acción heroica obedecía a los oráculos de sus dioses, que ordenaron que echasen allí la mejor prenda que tuviesen los romanos, y no pudiendo entender otra cosa, advirtiendo que florecían en hombres y armas, sino que era necesario por mandado de los dioses que se arrojase en aquella horrible abertura algún hombre armado, ¿cómo se atreve a decir que ha hecho algo grande por la eterna patria el que cayendo en poder de algún enemigo de su fe, muriese no arrojándose voluntariamente al riesgo de semejante muerte, sino lanzado por su enemigo; ya que tiene otro oráculo más cierto de su Señor, y del rey de su patria, donde le dice: "¿No queráis temer a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma?" Si los Decios, consagrando su vida en cierto modo, se ofrecieron solemnemente a la muerte para que con ella y con su sangre, aplacada la ira de los dioses, se librase el ejército romano, en ninguna manera se ensoberbezcan los santos mártires, como si hicieran alguna acción digna de alcanzar parte en aquella patria, donde hay eterna y verdadera felicidad, si amando hasta derramar su sangre, no sólo a sus hermanos, por quienes era derramada, sino, como Dios se lo manda, a los mismos enemigos que se la hacían derramar, pelearon con fe llena de caridad y con caridad llena de fe. Marco Pulvilo en el acto de dedicar el templo de Júpiter, Juno y Minerva, advirtiéndole cautelosamente sus émulos y envidiosos que su hijo era muerto, para que turbado con tan triste nueva dejase la dedicación y la honra y gloria de ella la llevase su compañero, hizo tan poco caso de la noticia, que mandó cuidasen de su sepultura, triunfando de esta manera en su corazón la codicia de gloria del sentimiento de la pérdida de su hijo: ¿pues qué heroicidad dirá que ha hecho por la predicación del Santo Evangelio con que se libran de multitud de errores los ciudadanos de la soberana patria, aquel a quien estando solícito de la sepultura de su padre, le dice el Señor: "Sígueme y deja a los muertos enterrar sus muertos"?

Si Marco Régulo, por no quebrantar juramento prestado en manos de sus crueles enemigos quiso volver a su poder desde la misma Roma, porque, según dicen, respondió a los romanos que le querían detener, que después que había sido esclavo de los africanos no podía tener allí el estado y dignidad de un noble y honrado ciudadano, y los cartagineses, porque peroró contra ellos en el Senado romano, le mataron con graves tormentos, ¿qué tormentos no se deben despreciar por la fe de aquella patria, a cuya bienaventuranza nos conduce la misma fe? ¿O qué es lo que se le da a Dios en retorno por todas las mercedes que nos hace, aun cuando por la fe que se le debe padeciere el hombre otro tanto cuanto padeció Régulo por la fe que debía a sus perniciosos enemigos? ¿Y cómo se atreverá el cristiano a alabarse de la pobreza que voluntariamente ha abrazado para caminar en la peregrinación de esta vida más desembarazada por el camino que lleva a la patria, adonde las verdaderas riquezas es el mismo Dios, oyendo y leyendo que Lucio Valerio, cogiéndole la muerte siendo cónsul, murió tan pobre, que le enterraron ¿ hicieron sus exequias con la suma que el pueblo contribuyó de limosna?

¿Qué dirá oyendo o leyendo que a Quinto Cincinato, que poseía entre su hacienda tanto cuanto podían arar en un día cuatro yugadas de bueyes, labrándolo y cultivándolo todo con sus propias manos, le sacaron del arado para crearle dictador, cuya dignidad era aún más honrada y apreciada que la de cónsul, y que después de haber vencido a los enemigos y adquirido una suma gloria, perseveró viviendo en el mismo estado? ¿O qué estupenda acción se alabará que hizo el que por ningún premio de este mundo se dejó apartar de la compañía de la eterna patria, viendo que no pudieron tantas dádivas y dones de Pirro, rey de los epirotas, prometiéndole aun la cuarta parte de su reino, mudar a Fabricio de dictamen, ni precisarle por este arbitrio a que dejase la ciudad de Roma, queriendo más vivir en ella como particular en su pobreza, sin oficio público alguno? Porque teniendo ellos su República, esto es, la hacienda del pueblo, la hacienda de la patria, la hacienda Común, opulenta y próspera, experimentaron en sus casas tanta pobreza que echaron del Senado, compuesto de hombres indigentes, y privaron de los honores de la magistratura por nota y visita del censor, a uno de ellos que había sido cónsul dos veces, porque se averiguó que poseía una vajilla cuyo valor ascendía como hasta diez libras de plata.

Si estos mismos eran tan pobres, éstos, con cuyos triunfos crecía el tesoro público, ¿acaso todos los cristianos que con otro fin más laudable hacen comunes sus riquezas, conforme a lo que se escribe en los hechos apostólicos, “que la distribuían entre todos, conforme a la necesidad de cada uno, y ninguno decía que tenía cosa alguna propia, sino que todo era de todos en común” no advierten que no les debe mover la lisonjera aura de la vanagloria cuando ejecuten acción semejante por alcanzar la compañía de los ángeles; habiendo los otros hecho casi otro tanto por conservar la gloria de los romanos? Estas y otras operaciones semejantes, si alguna de ellas se halla en sus historias, ¿cuándo fueran tan públicas y notorias, cuándo la fama las celebrara tanto, si el Imperio romano, tan extendido por todo el mundo, no se hubiere amplificado con magníficos sucesos? Así que, con este Imperio tan vasto y dilatado, de tanta duración, tan célebre y glorioso por virtudes de tantos y tan famosos hombres, recompensó Dios, no sólo a la intención de estos insignes romanos con el premio que pretendían, sino que también nos propuso ejemplos necesarios para nuestra advertencia y utilidad espiritual, a fin de que, si no poseyésemos las virtudes a que comoquiera son tan parecidas éstas que los romanos ejercitaron por la gloria de la ciudad terrena, sino las tuviésemos por la ciudad de Dios, nos avergoncemos y confundamos; y si las tuviésemos, no nos, ensoberbezcamos. Porque, como dice el Apóstol. “no son dignas las pasiones de éste tiempo de la gloria que se ha de manifestar en nosotros”; pero para la gloria humana y la de este siglo, por bastante loable, y digna de imitación se tuvo la ejemplar vida que éstos hacían.

Y por lo mismo también concedió Dios a los judíos que crucificaron a Jesucristo, revelándonos en el Nuevo Testamento lo que había estado encubierto en el Viejo, y manifestándonos que debemos adorar un solo D¡os, no por los beneficios terrenos y temporales que la Providencia divina, sin diferencia, distribuye entre los buenos y los malos, sino por la vida eterna, por los dones y premios perpetuos y por la compañía de la misma ciudad soberana, con muy justa razón, digo, concedió y entregó a los judíos a la gloria de los gentiles, para que éstos, que buscaron y consiguieron con la sombra de algunas virtudes de gloria terrena, venciesen a los que con sus grandes vicios quitaron

afrentosamente la vida y despreciaron al dador y dispensador de la verdadera gloria y ciudad eterna.

CAPITULO XIX

De La diferencia que hay entre el deseo de gloria y el deseo de dominar Pero hay notable diferencia entre el deseo de la gloria humana y el deseo del dominio y señorío; pues aunque sea fácil que el que gusta con exceso de la gloria humana apetezca también con gran vehemencia el dominio, con todo los que codician la verdadera gloria, aunque sea de las humanas alabanzas, procuran no disgustar a los que hacen recta estimación y discreción de las cosas; porque hay muchas circunstancias buenas en las costumbres, de las cuales muchos opinan bien y las estiman, no obstante que algunos no las posean, y procuran por ellas aspirar a la gloria, al imperio y al dominio, de quien dice Salustio que lo solicitan por el verdadero camino.

Pero cualquiera que sin deseo de la gloria con que teme el hombre disgustar a los que hacen justa estimación de las cosas, desea el imperio y dominio, aun públicamente por manifiestas maldades, por lo general procura alcanzar lo que apetece; y así el que anhela la adquisición de la gloria, una de dos: o la procura por el verdadero camino, o, a lo menos, por vía de cautelas y engaños, queriendo parecer bueno no siéndolo. Por eso es gran virtud del que posee las virtudes menospreciar la gloria, porque el desprecio de ella está presente a los ojos de Dios, sin cuidar de descubrirse al juicio y aprecio de los hombres. Pues cualquiera acción que ejecutare a los ojos de los mortales, a fin de dar a entender que desprecia la gloria si creen que lo hace para mayor alabanza, esto es, para mayor gloria, no hay cómo pueda mostrar al juicio de los sospechosos que es su intención muy distinta de la que ellos imaginan.

Mas el que vilipendia los juicios de los que le elogian, menosprecia también la temeridad de los maliciosos, cuya salvación, si él es verdaderamente bueno, no desprecia; porque es tan justo el que tiene las virtudes que dimanan del espíritu de Dios, que ama aun a sus mismos enemigos y de tal modo los estima, que a los maldicientes y que murmuran de él, corregidos y enmendados los desea tener por com- pañeros, no en la patria terrena, sino en la del Cielo, y por lo que se refiere a los que le alaban, aunque no, haya asunto de que ponderen sus virtudes; pero no deja de hacer caudal de que le amen, ni quiere engañar a éstos. cuando le elogian por no engañarlos cuando le aman. Y por eso procura en cuanto puede que antes sea glorificado aquel señor de quien tiene el hombre todo lo que en él con razón puede engrandecer. Mas el que menosprecia la gloria y apetece el mando y señorío, excede al de las bestias en crueldades y torpezas. Y tales fueron algunos romanos, que después de haber dado a través con el anhelo de su reputación, no por eso se desprendieron del deseo insaciable del dominio.

De muchos de éstos nos da noticia exacta la Historia; pero el que primero subió a la cumbre, y como a la torre de homenaje de este vicio, fue el emperador Nerón, tan disoluto y afeminado, que pareciera que no se podía temer de él operación propia de hombre, sino tan cruel que debería decirse con razón no podía haber en él sentimientos mujeriles si no se supiera. Ni tampoco estos tales llegan a ser príncipes y señores sino por la disposición de la

divina Providencia, cuando a ella le parece que los defectos humanos merecen tales señores.

Claramente lo dice Dios, hablando en los Proverbios, su infinita sabiduría: “Por mí reinan los reyes, y los tiranos por mí son señores de la tierra”. Mas por cuanto por los tiranos no se dejarán de entender los reyes perversos y malos, y no según el antiguo modo de hablar, los poderosos, como dijo Virgilio: “Gran parte y segura prenda de la paz y amistad que deseo será para mi el haber tocado la diestra de vuestro tirano”; muy claramente se dice de Dios en otro lugar: “Que hace reine un príncipe malo por los pecados del pueblo”; por lo cual, aunque según mi posibilidad he declarado bastantemente la causa por qué Dios verdadero uno y justo, ayudó a los romanos que fueron buenos, según cierta forma de ciudad terrena, para que alcanzasen la gloria y extensión de tan grande Imperio; sin embargo, pudo haber también otra causa más secreta, y debió ser los diversos méritos del género hu- mano, los cuales conoce Dios mejor que nosotros; y sea lo que fuere, con tal que conste entre todos los que son verdaderamente piadosos que ninguno, sin la verdadera piedad, esto es, sin el verdadero culto del verdadero Dios, puede tener verdadera virtud, y que ésta no es verdadera cuando sirve a la gloria humana; con todo, los ciudadanos que no lo son de la Ciudad Eterna, que en las divinas letras se llama la Ciudad de Dios, son más importantes y útiles a la ciudad terrena cuando tienen también esta virtud, que no cuando se hallan sin ella. Y cuando los que profesan verdadera religión viven bien y han cultivado esta ciencia de gobernar cl pueblo, por la misericordia de Dios alcanzan esta alta potestad, no hay felicidad mayor para las cosas humanas. Y estos tales, todas cuantas virtudes pueden adquirir en esta vida no las atribuyen sino a la divina gracia, que fue servida dárselas a los que las quisieron, creyeron y pidieron, y juntamente con esto saben lo mucho que les falta para llegar a la perfección de la justicia, cual la hay en la compañía de aquellos santos ángeles, para la cual se procuran disponer y acomodar. Y por más que se alabe y celebre, la virtud, que sin la verdadera religión sirve a la gloria de los hombres, en ninguna manera se debe comparar con los pequeños principios de los santos, cuya esperanza se funda y estriba en la divina misericordia.

CAPITULO XX

Que tan torpemente sirven las virtudes a la gloria humana como al deleite del cuerpo Acostumbran los filósofos, que Ponen fin de la bienaventuranza humana en la misma virtud, para avergonzar a algunos otros de su misma profesión, que, aunque aprueban las virtudes, con todo, las miden con el fin del deleite corporal, pareciéndoles que éste se debe desear por sí mismo, y las virtudes por él; suelen, digo, pintar de palabra una tabla, donde esté sentado el deleite en un trono real como una reina delicada y regalada, a quien estén sujetas como criadas las virtudes, pendientes o colgadas de su boca, para hacer lo que les ordenare, mandando a la prudencia que busque con vigilancia arbitrio para que reine el deleite y se conserve; previniendo a la justicia que acuda con los beneficios que pueda para granjear las amistades que fueren necesarias para conseguir las comodidades corporales; que a nadie haga injuria, para que estando en su vigor las leyes, pueda el deleite vivir seguro; ordenando a la fortaleza que si al cuerpo le sobreviniere algún dolor, por el cual no le sea forzoso el morir, tenga a su señora, esto es, al deleite, fuertemente impreso en su imaginación, para que con la memoria de los pasados contentos y gustos alivie el rigor de la

presente aflicción; prescribiendo a la templanza que se sirva moderadamente de los alimentos y de los objetos que le causaren gusto, de modo que por la demasía no turbe a la salud algún manjar dañoso, y padezca notable menoscabo el deleite.

El mayor que hay le hacen igualmente consistir los epicúreos en la salud de cuerpo; y así las virtudes, con toda la autoridad de su gloria, servirán al deleite como a una mujercilla imperiosa y deshonesta. Dicen que no puede idearse representación más ignominiosa y fea que esta pintura, ni que más ofenda a los ojos de los buenos, y dicen la verdad. Con todo, soy de dictamen no llegará la pintura bastantemente al decoro que se le debe, si también fijamos otro tal, adonde las virtudes sirvan a la gloria humana; porque, aunque esta gloria no sea una regalada mujer, con todo, es muy arrogante y tiene mucho de vanidad. Y así no será razón que la sirva lo sólido y macizo que tienen las virtudes, de manera que nada provea la prudencia, nada distribuya la justicia, nada sufra la fortaleza, nada modere la templanza, sino con el fin de complacer a los hombres y de que sirva al viento instable de la vanagloria.

Tampoco se separarán de esta fealdad los que como vilipendiadores de la gloria no hacen caso de los juicios ajenos, se tienen por sabios y están muy pegados y complacidos de su ciencia Porque la virtud de éstos, si alguna tienen, en cierto modo se viene a sujetar a la alabanza humana, puesto que el que está agradado de sí mismo no deja de ser hombre; pero el que con verdadera religión cree y espera en Dios, a quien ama, más mira y atiende a las cualidades en que está desagradado de sí, que a aquéllas, si hay algunas en él, que no tanto le agraden a él cuanto a la misma verdad, y esto con que puede ya agradar, no lo atribuye sino a la misericordia de Aquel a quien teme desagradar, dándole gracias por los males de que le ha sanado, y suplicándole por la curación de los otros que tiene todavía por sanar.

CAPITULO XXI

Que la disposición del Imperio romano fue por mano del verdadero Dios, de quien dimana toda potestad, y con cuya providencia se gobierna todo Siendo cierta, como lo es, esta doctrina, no atribuyamos la facultad de dar el reino y señorío sino al verdadero Dios, que concede la eterna felicidad en el reino de los Cielos a sólo los piadosos; y el reino de la tierra a los píos y a los impíos, como le agrada a aquel a quien si no es, con muy justa razón nada place. Pues, aunque hemos ya hablado de lo que quiso des- cubrirnos para que lo supiésemos, con todo, es demasiado empeño para nosotros, y sobrepuja sin comparación nuestras fuerzas querer juzgar de los secretos humanos y examinar con toda claridad los méritos de los reinos. Así que aquel Dios verdadero que no deja de juzgar ni de favorecer al linaje humano, fue el mismo que dio el reino a los romanos cuando quiso y en cuanto quiso, y el que le dio a los asirios, y también a los persas, de quienes dicen sus historias adoraban solamente a dos dioses, uno bueno y otro malo; por no hacer referencia ahora del pueblo hebreo, de quien ya dije lo que juzgué suficiente, y cómo no adoró sino a un solo Dios, y en qué tiempo reinó.

El que dio a los persas mieses sin el culto de la diosa Segecia, el que les concedió tantos beneficios y frutos de la tierra sin intervenir el culto prestado a tantos dioses como éstos multiplican, dando a cada producción el suyo, y aun a cada una muchos, el mismo también

les dio el reino sin la adoración de aquéllos, por cuyo culto creyeron éstos que vinieron a reinar. Y del mismo modo les dispensó también a los hombres, siendo el que dio el reino a Mario el mismo que le dio a Cayo César; el que a Augusto, el mismo también a Nerón; el que a los Vespasianos, padre e hijo, benignos y piadosos emperadores, el mismo le dio igualmente al cruel Domiciano; y ¿por qué no vamos discurriendo por todos en particular? El que le dio al católico Constantino, el mismo le dio al, apóstata Juliano, cuyo buen natural le estragó por el anheló y codicia de reinar una sacrílega y abominable curiosidad.

En estos vanos pronósticos y oráculos esta enfrascado este impío monarca cuando, asegurado en la certeza de la victoria, mandó poner fuego a los bajeles en que conducía el bastimento necesario para sus soldados; después, empeñándose con mucho ardimiento en empresas temerarias e imposibles, y muriendo a manos de sus enemigos en pago de su veleidad, dejó su ejército en tierra enemiga tan escaso de vituallas y víveres, que no pudieron salvarse ni escapar de riesgo tan inminente si, contra el buen agüero del dios Término, de quien tratamos en el libro pasado, no demudaran los términos y mojones del Imperio romano; porque el dios Término, que no quiso ceder a Júpiter, cedió a la necesidad. Estos sucesos, ciertamente, sólo el Dios verdadero los rige y gobierna como le agrada. Y aunque sea con secretas y ocultas causas, ¿hemos, por ventura, de imaginar por eso que son injustas?

CAPITULO XXII

Que los tiempos y sucesos de las guerras penden de la voluntad de Dios Y así como está en su albedrío, justos juicios y misericordia el atribular o consolar a los hombres, así también está en su mano el tiempo y duración de las guerras, pudiendo disponer libremente que unas se acaben presto y otras más tarde. Con invencible presteza y brevedad concluyó Pompeyo la guerra contra los piratas, y Escipión la tercera guerra púnica, y también la que sustentó contra los fugitivos gladiadores, aunque con pérdida de muchos generales y dos cónsules romanos, y con el quebranto y destrucción miserable de Italia; no obstante que al tercer año, después de haber concluido y acabado muchas conquistas, se finalizó. Los Picenos, Marios y Pelignos, no ya naciones extranjeras, sino italianas, después de haber servido largo tiempo y con mucha afición bajo el yugo romano, sojuzgando muchas naciones a este Imperio, hasta destruir a Cartago, procuraron recobrar su primitiva libertad.

Y esta guerra de Italia, en la que muchas veces fueron vencidos los romanos, muriendo dos cónsules y otros nobles senadores, con todo, no duró mucho, porque se acabó al quinto año; pero la segunda guerra púnica, durando dieciocho años, con terribles daños y calamidades de la República, quebrantó y casi consumió las fuerzas de Roma; porque en solas dos batallas murieron casi 70,000 de los romanos. La primera guerra púnica duró veintitrés años, y la mitri- dática, cuarenta. Y porque nadie juzgue que los primeros ensayos de los romanos fueron más felices y poderosos para concluir más presto las guerras en aquellos tiempos pasados, tan celebrados en todo género de virtud, la guerra samnítica duró casi cincuenta años, en la que los romanos salieron derrotados, que los obligaron a pasar debajo del yugo. Mas por cuanto no amaban la gloria por la justicia, sino que parece amaban la justicia por la gloria, rompieron dolorosamente la paz y concordia que ajustaron con sus enemigos.

Refiero esta particularidad, porque muchos que no tienen noticia exacta de los sucesos pasados, y aun algunos que disimulan lo que saben, si advierten que en los tiempos cristianos dura un poco más tiempo alguna guerra, luego con extraordinaria arrogancia se conmueven contra nuestra religión, exclamando que si no estuviera ella en el mundo y se adoraran los dioses con la religión antigua, que ya la virtud y el valor de los romanos, que con ayuda de Marte y Belona acabó con tanta rapidez tantas guerras, también hubiera concluido ligeramente con aquélla. Acuérdense, pues, los que lo han leído cuán largas y prolijas guerras sostuvieron los antiguos romanos, y cuán varios sucesos y lastimosas pérdidas. según acostumbra a turbarse el mundo, como un mar borrascoso con varias tempestades, que motivan semejantes trabajos confiesen al fin lo que no quieren, y dejen de mover sus blasfemas lenguas contra Dios, de perderse a sí mismo y de engañar a los ignorantes.

CAPITULO XXIII

De la guerra en que Radagaiso, rey de los godos, que adoraba a los demonios, en un día fue vencido con su poderoso ejército Pero lo que en nuestros tiempos, y hace pocos años, obró Dios con admiración universal y ostentando su infinita misericordia, no sólo no lo refieren con acción de gracias, sino que cuanto es en sí procuran sepultarlo en el olvido, si fuese posible, para que ninguno tenga noticia de ello.

Este prodigio, si nosotros le pasásemos también en silencio, seríamos tan ingratos como ellos. Estando Radagaiso, señor de los godos, con un grueso y formidable ejército cerca de Roma, amenazando a las cervices de los romanos su airada segur, fue roto y vencido en un día con tanta presteza, que sin haber ni un solo muerto, pero ni aun un herido entre los romanos, murieron más de 100,000 de los godos; y siendo Radagaiso hecho prisionero, pagó con la vida la pena merecida por su atentado.

Y si aquel que era tan impío entrara en Roma con tan numeroso y feroz ejército, ¿a quién perdonara? ¿A qué lugares de mártires respetara? ¿En qué persona temiera a Dios, cuya sangre no derramara, cuya castidad no violara? ¿Y qué de bondades publicaran éstos en favor de sus dioses? ¿Con cuánta arrogancia nos dieran en rostro que por eso había vencido, por eso había sido tan poderoso, porque cada día aplacaba y granjeaba la voluntad de los dioses con sus sacrificios, que no permitía a los romanos ofrecer la religión cristiana: pues aproximándose ya al lugar donde por permisión divina fue vencido, corriendo entonces su fama por todas partes, oí decir en Cartago que los paganos creían, esparcían y divulgaban que él, por tener a sus dioses por amigos y protectores, a quienes era notorio que sacrificaba diariamente, no podía, de ningún modo ser vencido por los que no hacían semejantes sacrificios a los dioses romanos ni permitían que nadie los hiciera? Y dejan los miserables de ser agradecidos a una tan singular misericordia de Dios como ésta; pues habiendo determinado castigar con la invasión de los bárbaros la mala vida y costumbres de los hombres dignos de otro mayor castigo, templó su indignación con tanta mansedumbre, que permitió ante todas cosas que milagrosamente Radagaiso fuese vencido, para que no se diese la gloria, para derribar los ánimos de los débiles a los demonios, a quienes constaba que él rendía culto y adoración.

Y, además de esto, siendo después entrada Roma por aquellos bárbaros, hizo que, contra el uso y costumbre de todas las guerras pasadas, los mismos amparasen, por reverencia a la religión cristiana, a los que se acogían a los lugares santos, los cuales eran tan contrarios por respeto del nombre cristiano a los mismos demonios y a los ritos de los impíos sacrificios en que el otro confiaba, que parecía que sustentaban más cruel y sangrienta la guerra con ellos que con los hombres; con cuyos prodigiosos triunfos, el verdadero Señor y Gobernador del mundo, primeramente, castigó a los romanos con misericordia, y después, venciendo maravillosamente a los que sacrificaban a los demonios, demostró que aquellos sacrificios no eran necesarios para conseguir el remedio en las presentes calamidades, sólo con el loable objeto de que los que no fuesen muy obstinados y pertinaces, sino que con prudencia considerasen el milagro, no abdicasen la verdadera religión por los infortunios y necesidades presentes; antes la tuviesen más asidua con la fidelísima esperanza de alcanzar la vida eterna.

CAPITULO XXIV

Cuán verdadera y grande sea la felicidad de los emperadores cristianos Tampoco decimos que fueron dichosos y felices algunos emperadores cristianos porque reinaron largos años, porque muriendo con muerte apacible dejaron a sus hijos en el Imperio, porque sujetaron a los enemigos de la República, o porque pudieron no sólo guardarse de sus ciudadanos rebeldes, que se habían levantado contra ellos, sino también oprimirlos. Porque estos y otros semejantes bienes o consuelos de esta trabajosa vida también los merecieron y recibieron algunos idólatras de los demonios que no pertenecen al reino de Dios, al que pertenecen éstos. Y esto lo permitió por su misericordia, para que los que creyeren en él no deseasen ni le pidiesen estas felicidades como sumamente buenas. Sin embargo, los llamamos felices y dichosos; cuando reinan justamente, cuando entre las lenguas de los que los engrandecen y entre las sumisiones de los que humildemente los saludan no se ensoberbecen, sino que se acuerdan y conocen que son hombres; cuando hacen que su dignidad y potestad sirva a la Divina Majestad para dilatar cuanto pudiesen su culto y religión; cuando temen, aman y reverencian a Dios; cuando aprecian sobremanera aquel reino donde no hay temor de tener consorte que se le quite; cuando son tardos y remisos en vengarse y fáciles en perdonar; cuando esta venganza la hacen forzados de la necesidad del gobierno y defensa de la República, no por Satisfacer su rencor, y cuando le conceden este perdón, no porque el delito quede sin castigo, sino por la esperanza que hay de corrección; cuando lo que a veces, obligados, ordenan ,con aspereza y rigor lo recompensan con la blandura y suavidad de la misericordia, y con la liberalidad y largueza de las mercedes y beneficios que hacen; cuando los gustos están en ellos tanto más a raya cuanto pudieran ser más libres; cuando gustan más de ser señores de sus apetitos que de cualesquiera naciones, y cuando ejercen todas estas virtudes no por el ansia y deseo de la vanagloria, o por el amor de la felicidad eterna; cuando, en fin, por sus pecados no dejan de ofrecer sacrificios de humildad, compasión y oración a su verdadero Dios. Tales emperadores cristianos como éstos decimos que son felices, ahora en esperanza, y después realmente cuando viniere el cumplimiento de lo que esperamos.

CAPITULO XXV

De las prosperidades que Dios dio al cristiano emperador Constantino La bondad de Dios, a fin de que los hombres que tenían creído debían adorarle por la vida eterna no pensasen que ninguno podía conseguir las dignidades y reinos de la tierra, sino los que adorasen a los demonios, porque estos espíritus en semejantes asuntos pueden mucho, enriqueció al emperador Constantino, que no tributaba adoración a los demonios, sino al mismo Dios verdadero, de tantos bienes terrenos cuantos nadie se atreviera a desear. Concedióle asimismo que fundase una ciudad, compañera del Imperio romano, como hija de la misma Roma; pero sin levantar en ella templo ni estatua alguna consagrados a los demonios, reinó muchos años, poseyó y conservó siendo él solo emperador augusto de todo el orbe romano; en la administración y dirección de la guerra fue feliz y victorioso; en oprimir los tiranos tuvo grande prosperidad.

Cargado de años, murió de los achaques de la vejez, dejando a sus hijos por sucesores en el Imperio. Además, para que ningún emperador apeteciese profesar el cristianismo por el interés de alcanzar la felicidad de Constantino, debiendo ser cada uno cristiano sólo por hacerse digno de conseguir la vida eterna, se llevó mucho antes, a Joviano que a Juliano, permitiendo que Graciano muriese a manos del hierro cruel, aunque con más humanidad que el gran Pompeyo, que adoraba a los dioses romanos; porque a aquél no le pudo vengar a Catón, a quien dejó en cierto modo por sucesor en la guerra civil; pero a éste, aunque las almas piadosas no tengan necesidad de semejantes consuelos, le vengó Teodosio, a quien había tomado por compañero en el Imperio, no obstante tener un hermano pequeño, deseando más amistad sincera que mando despótico.

CAPITULO XXVI

De la fe y, religión del emperador Teodosio Y así Teodosio, en vida, no sólo le guardó la fe que le debía, sino también después de muerto; porque habiendo Máximo, que fue el que le dio a él la muerte, echado del Imperio a Valentiniano, su hermano, que era aún muy pequeño, Teodosio, como cristiano, acogió al huérfano y pupilo, asociándole en la parte de su Imperio; amparó con afecto de padre al que desamparado de todos los auxilios humanos, sin dificultad alguna, podía quitarle de delante, si reinara en su corazón más la codicia de extender su Imperio y señorío que el deseo de hacer bien. Y así, acogiéndole y conservándole la dignidad imperial, le alentó más y consoló con toda clase de delicadezas y atenciones.

Después, notando que con aquella deliberación se había hecho Máximo muy terrible, áspero y cruel, en el mayor aprieto y angustias que le causaban sus cuidados, no acudió a las curiosidades sacrílegas e ilícitas; antes, por el contrario, envió su embajada a un santo varón que habitaba en el yermo de Egipto, llamado Juan, el cual, por la fama que corría de él, entendía que era siervo muy estimado de Dios, y que tenía espíritu de profecía, de quien tuvo aviso cierto de que vencería a su enemigo; luego, habiendo muerto al tirano Máximo, restituyó al joven Valentiniano, con una reverencia llena de misericordia, en la parte de su Imperio de que le habían despojado. Y muerto éste dentro de breve tiempo, ya fuese por asechanzas o por cualquier otro motivo, o bien por casualidad, lleno de confianza por la

respuesta profética que había recibido, venció y oprimió a otro tirano, llamado Eugenio, que en lugar de Valentiniano había sido elegido ilegítimamente en el Imperio, peleando contra su formidable ejército más con la oración que con la espada.
A soldados que se hallaban presentes al referir que les sucedió arrancarles de las manos las armas arrojadizas, corriendo un viento furiosísimo de la parte de Teodosio contra los enemigos, el cual no sólo les arrebataba violentamente todo lo que arrojaban, sino que los mismos dardos que les tiraban se volvían contra los que los esgrimían; por los cual, también el poeta Claudiano, aunque enemigo del nombre de Cristo, con todo, en honra y alabanza suya, dijo: "¡Oh, sobremanera regalado y querido de Dios, por quien el cielo y los vientos conjurados al son de las trompetas acuden en su favor!" Habiendo conseguido la victoria, como lo había creído y dicho, hizo derribar una estatua de Júpiter, que contra él, no sé con qué ritos, se había consagrado y colocado en los Alpes; y como los rayos que tenían estas imágenes eran de oro, y diciendo sus adalides entre las burlas que permitía aquella alegría, que quisieran ser heridos de aquellos rayos, se les concedió la petición con júbilo y benignidad.

A los hijos de sus enemigos que habían muerto, no ya por orden suya, sino arrebatados del ímpetu y furia de la guerra, acogiéndose, aun no siendo cristianos, a la Iglesia, con esta ocasión quiso que fuesen cristianos, y como tales los amó con caridad cristiana, y no sólo no les quitó la hacienda, sino que los acrecentó y honró con oficios y dignidades. No permitió después de la victoria que ninguno con este motivo se pudiese vengar de sus particulares enemistades. En las guerras civiles no se portó como Cinna, Mario, Sila y otros semejantes, que después de acabadas no quisieron que se terminasen, antes tuvo más pena de verlas comenzadas que ánimo de que, concluidas, fuesen en daño de ninguno.

Entre todas estas revoluciones, desde su ingreso en el Imperio, no deja de ayudar y socorrer a las necesidades de la Iglesia promulgando leyes justas y benignas, la cual el hereje emperador Valente, favoreciendo a los arrianos, había afligido en extremo, y se preciaba más de ser miembro de esta Iglesia que de reinar en la tierra. Mandó que se derribasen los ídolos de los gentiles, sabiendo bien que ni aun los bienes de la tierra están en mano de los demonios, sino en la del verdadero Dios. ¿Y qué acción hubo más admirable que su religiosa humildad? Fue el caso que se vio obligado por el pueblo, a instancias de algunos. que andaban a su lado, a. castigar un grave crimen que cometieron los tesalónicos, a quienes ya por intercesión de algunos obispos había prometido el perdón. Por esto fue corregido conforme al estilo de la disciplina eclesiástica, y fue tal su compunción que, rogando a Dios el pueblo por él, más lágrimas derramó viendo postrada en la tierra la majestad del emperador que temor había manifestado cuando le vio cegado por la ira.

Estas admirables acciones y otras buenas obras hizo que sería largo referirlas, llevando siempre consigo el desprendimiento del humo temporal de cualquier gloria y lisonja humana, de cuyas buenas operaciones el premio es la eterna felicidad, la cual sólo da Dios a los verdaderamente piadosos Pero todas las demás cualidades, ya, sean las más celebradas fortunas o los subsidios necesarios de ésta vida, como son el mismo mundo, la luz, el aire, la tierra, el agua, los frutos, el alma del mismo hombre, el cuerpo, los sentidos, el espíritu y la vida lo da Dios a los buenos y a los malos, en lo cual se incluye también cualquiera

grandeza o exaltación al trono, lo cual dispensa igualmente este gran Dios según lo piden los tiempos.

Según esto, advierto que únicamente me resta responder a aquellos que, refutados y convencidos con manifiestas razones y documentos, con que se demuestra evidentemente que para la obtención de estas felicidades temporales, que solos los necios desean tener, no aprovecha el número crecido de los dioses falsos, procuran, no obstante, defender que se deben adorar esos númenes, no por el provecho y comodidad de la vida presente, sino por la futura que se espera después de la muerte. Pues a los que por las amistades mundanas quieren adorar vanidades, y se quejan que no los permiten entregarse a los gustos y bagatelas de los sentidos, me parece que en estos cinco libros les hemos respondido lo necesario. De los cuales, habiendo sacado a luz los tres primeros, y empezando a andar ya en manos de muchos, oí decir que algunos habían tomado la pluma y disponían no sé qué respuesta contra ellos. Después me informaron asimismo que habían escrito, pero que aguardaban tiempo para darlo al público a su salvo; a los cuales advierto que no deseen lo que no les está. bien, porque es muy fácil parecer que ha respondido uno con no haber querido callar. Y ¿qué cosa hay más locuaz y sobrada de palabras que la vanidad? La cual no por eso puede lo que la verdad; pues si quisiera, puede también dar muchas más voces que la verdad; si no, considérenlo todo muy bien, y si acaso, mirándolo sin pasión de las partes, les pareciere que es de tal calidad que más pueden echarlo a barato que desbaratarlo con su procaz locuacidad y con su satírica y ridícula liviandad, repórtense y den de mano a sus vaciedades, y quieran más ser antes corre- gidos por los prudentes que alabados por los imprudentes.

Porque si aguardan tiempo, no para decir libremente la verdad, sino para tener licencia de decir mal, Dios los libre de que les suceda lo que dice Tulio de uno, que por la licencia que tenía de pecar se llamaba feliz. ¡Oh miserable del que tuvo semejante licencia para pecar! Y así cualquiera que imaginare que es feliz por la licencia que tiene de maldecir, será mucho más dichoso si de ningún modo usare de tal permiso pudiendo aún ahora, dejando aparte la vanidad de la arrogancia, como con pretexto de querer saber la verdad, contradecir cuanto quisiere y cuanto fuere posible oír y saber honesta, grave y libremente lo que hace al caso de boca de aquellos con quienes, confiriéndolo en sana paz, lo preguntaren.

LIBRO SEXTO TEOLOGÍA MÍTICA Y CIVIL DE VARRÓN PROEMIO

Me parece que he disputado bastante en estos cinco libros pasados contra los que temerariamente sostienen que por la importancia y comodidad de la vida mortal, y por el goce de los bienes terrenos, deben adorarse con el rito y adoración que los griegos llaman latría, y se debe únicamente al solo Dios verdadero, a muchos y falsos dioses, de los cuales la verdad católica evidencia que son simulacros inútiles, o espíritus inmundos y perniciosos demonios, o por lo menos criaturas, y no el mismo Criador. Y ¿quién no advierte que para una necedad y pertinacia tan grandes no bastan estos cinco libros ni otros infinitos por más que sean muchos en el número? En atención a que se reputa por gloria y honra de la humana lisonja no rendirse a todos los contrastes de una verdad acrisolada, cuando resulta en perjuicio sin duda de aquel en quien reina tan monstruoso vicio.

Porque también una enfermedad peligrosa contra toda la industria del ?que la cura es invencible, no precisamente porque cause daño alguno al médico, sino por el que resulta al enfermo considerado como incurable. Pero las personas que lo que leen lo examinan con madurez y circunspección habiéndolo entendido y considerado sin ninguna, o a lo menos no con demasiada obstinación en el error en que se veían sumergidos, echarán de ver fácilmente que con estos cinco libros que hemos concluido hemos satisfecho bastantemente a más de lo que exigía la necesidad de la cuestión, antes que haber quedado cortos, y no podrán poner en duda que toda esa odiosidad que los necios se esfuerzan en arrojar contra la religión cristiana, tomando pie de las calamidades de este mundo y de la fragilidad y vicisitudes de las cosas terrenas, con disimulo, más aún, con la aprobación de los doctos que obrando contra su conciencia se hacen necios por su loca impiedad, no dudarán, digo, que es un juicio vacío completamente de todo sentido y razón y llenó de vana temeridad y odio malvado.

CAPITULO PRIMERO

De los que dicen que adoran a los dioses, no por esta vida presente, sino por la eterna Ahora, pues, porque según lo pide nuestra promesa habremos también de refutar y desengañar a los que intentan defender que debe tributarse adoración a los dioses de los gentiles, que destruyen la religión cristiana, no por los intereses y felicidades de esta vida, sino por la que después de la muerte se espera, quiero dar principio a mi discurso por el verdadero oráculo del salmista rey, donde se lee: “Bienaventurado el hombre que pone toda su confianza en Dios, y el que no se aparta de El, ni fingió las vanidades y los falsos desvaríos.” Con todo, entre todas las ilusorias doctrinas y falsos despropósitos, los que más tolerablemente se pueden oír son los de los filósofos a quienes no satisfizo la opinión y error universal de las gentes, que de- dicaron simulacros a los dioses, suponiendo muchas falsedades de los que llaman dioses inmortales, las cuales, siendo falsas e impías, las fingieron o, una vez fingidas, las creyeron, y, creídas, las introdujeron en el culto y ceremonias de su religión. Con estos tales, que aunque no diciéndolo libremente, pero si al menos en sus obras, como entre dientes aseguraban que no aprovechan semejantes desatinos, no del todo fuera de propósito se tratará esta cuestión: si conviene adorar por la vida que se espera después de la muerte, no a un solo Dios, que hizo todo lo criado espiritual y corporal, sino a muchos dioses, de quienes algunos de los mismos filósofos, entre ellos los más acreditados y sabios, sintieron que fueron criados por aquél solo y colocados en un lugar sublime.

Porque ¿quién sufrirá se diga y defienda que los dioses de que hicimos mención en el libro IV, a quienes se atribuye a cada uno, respectivamente, su oficio y cargo de negocios de poco momento, conceden a los mortales la vida eterna? ¿Por ventura aquellos sabios y científicos varones que se glorían por un beneficio digno del mayor aprecio el haber escrito y enseñado, para que se supiese, el método y motivo con que se había de suplicar a cada uno de los dioses, y qué era lo que se les debía pedir, a fin de que, inconsiderada y neciamente, como suele hacerse por risa y mofa en el teatro, no pidiesen agua a Baco y vino a las ninfas, aconsejaran a ninguno rogase a los dioses inmortales que cuando hubiese pedido a las ninfas vino y le respondiesen: “Nosotras sólo tenemos agua, eso pedidlo a

Baco", dijese entonces prudentemente: "Si no tenéis vino, a lo menos dadme la vida eterna"? ¿Qué idea puede haber más monstruosa que este disparate? ¿Acaso excitadas a risa, porque suelen ser fáciles en reír, a no ser que afecten engañar, como que son demonios, no responderán al que así les rogare: "Hombre de bien, ¿pensáis que tenemos en nuestra mano la vida, siendo así que habéis oído repetidas veces que ni aun disponemos de vida?" Así que es Una necedad y desvarío insufrible pedir o esperar la vida eterna de semejantes dioses, de quienes se dice que cada partecilla de esta trabajosa y breve vida, y si hay alguna que pertenezca a su fomento, incremento y sustento, la tiene debajo de su amparo; pero es con tal restricción, que lo que está bajó la tutela y disposición de uno lo deben pedir a otro, de que resulta se tenga por tan absurda, imposible y temeraria tal potestad, como lo son los donaires y disparates del bobo de la farsa, y cuando esto lo hacen actores ingeniosos ante el público, con razón se ríen de ellos en el teatro y cuando lo hacen los necios ignorándolo, con más justa causa se burlan y mofan de ellos en el mundo.

Con mucho ingenio descubrieron los doctos y dejaron escrito en sus obras a qué dios o diosa de los que fundaron las ciudades se debería acudir en busca de diversos remedios; es a saber, qué es lo que se debía pedir a Baco, a las ninfas, a Vulcano, y así a los demás; de lo que parte referí en el libro IV y parte me pareció conveniente pasarlo en silencio, y si es un error notable pedir vino a Ceres, pan a Baco, agua a Vulcano y fuego a las ninfas, ¿cuánto mayor disparate será pedir a alguno de éstos la vida eterna? Por lo mismo, si cuando preguntábamos acerca del reino de la tierra qué dioses o diosas debía creerse que le podían dar, habiendo examinado este punto, averiguamos era muy ajeno de la verdad el pensar que los reinos, a lo menos de la tierra, los daba ninguno de los que componen tanta multitud de falsos dioses.

Por ventura, ¿no será una disparatada impiedad el creer que la vida eterna, que sin duda alguna y sin comparación se debe preferir a todos los reinos de la tierra, la pueda dar a nadie ninguno de ellos? Porque está fuera de toda controversia que semejantes dioses no podían dar ni aun el reino de la tierra, por sólo el especioso título de ser ellos dioses grandes y soberanos; siendo estos dones tan viles y despreciables, que no se dignarían cuidar de ellos, viéndose en tan encumbrada fortuna, a no ser que digamos que por más que uno, con justa razón vilipendie, consideran- do la fragilidad humana, los caducos títulos del reino de la tierra, estos dioses fueron de tal calidad. que parecieron indignos de que se les confiase la distribución y conservación de ellas, no obstante de ser correspondiente a su alta dignidad encomendárselas y ponerlas bajo su custodia Y, por consiguiente, si conforme a lo que manifestamos en los dos libros anteriores, ninguno de los que componen la turba de los dioses, ya sea de los plebeyos o de los patricios, es idóneo para dar los reinos mortales a los mortales, ¿cuánto menos podrá de mortales hacer inmortales? Y más que si lo tratamos con los que defienden deben ser adorados los dioses, no por las facilidades de la vida presente, sino por la futura, acaso nos dirán que de ninguna manera se les debe tributar veneración, a lo menos por aquellas cosas que se les atribuyen como repartidas entre ellos y propias de la potestad peculiar de cada uno, porque así lo persuada la luz de la verdad, sino porque así lo introdujo la opinión común, fundada en la vanidad humana y en el fanatismo, como se persuaden los que sostienen que su culto es necesario para sufragar a las necesidades de la vida mortal, contra quienes en los cinco libros precedentes he disputado lo preciso cuanto me ha sido posible.

Pero siendo, como es, innegable nuestra doctrina; si la edad de los que adoran a la diosa Juventas fuera más feliz y florida, y la de los que la desprecian se acabara en el verdor de su juventud, o en ella, como en un cuerpo cargado de años, quedarán yertos y fríos; si la fortuna Barbada con más gracia y donaire vistiera las quijadas de sus devotos, y a los que no lo fuesen los viéramos lampiños y mal barbados, dijéramos muy bien que hasta aquí cada una de estas diosas podía en alguna manera limitarse a sus peculiares oficios, y, por consiguiente, que no se debía pedir ni a la Juventas la vida eterna, pues no podía dar ni aun la barba; ni de la fortuna Barbada se debía esperar cosa buena después de esta vida, porque durante ella no tenía autoridad alguna para conceder siquiera aquella misma edad en que suele nacer la barba.

Mas ahora, no siendo necesario su culto ni aun para las cosas que ellos entienden que les están sujetas, ya que muchos que fueron devotos dé la diosa Juventas no florecieron en aquella edad, y muchos que no lo fueron gozaron del vigor de la juventud; y asimismo algunos que se encomendaron a la fortuna Barbada, o no tuvieron barbas o las tuvieron muy escasas; y si hay algunos que por conseguir de ella las barbas la reverencian, los barbados que la desprecian se mofan y burlan de ellos. ¿Es posible que esté tan obcecado el corazón humano que viendo está lleno de embelecos y es inútil el culto de los dioses para obtener estos bienes temporales y momentáneos, sobre los que dicen que cada uno preside particularmente a su objeto, crea que sea importante para conseguir vida eterna? Esta, ni aun aquellos, han osado afirmar que la pueden dar; ni aun aquellos, digo, que para que el vulgo necio los adorase, porque pensaban que eran muchos en demasía, y que ninguno debía estar ocioso, les repartieron con tanta prolijidad y menudencia todos estos oficios temporales.

CAPITULO II

Qué es lo que se debe creer que sintió Varrón de los dioses de los gentiles, cuyos linajes y sacrificios, de que él dio noticia fueron tales, que hubiera usado con ellos de más reverencia si del todo los hubiera pasado en silencio ¿Quién anduvo buscando todas estas particularidades con más curiosidad que Marco Varrón? ¿Quién las descubrió más doctamente? ¿Quién las consideró con más atención? ¿Quién las distinguió con más exactitud y las escribió con más profusión y diligencia? Este escritor, aunque no es en el estilo y lenguaje muy suave, con todo, inserta tanta doctrina y tan buenas sen- tencias, que en todo género de erudición y letras que nosotros llamamos humanas y ellos liberales, enseña tanto al que busca la ciencia cuanto Cicerón deleita al que se complace en la hermosura de la frase.

Finalmente, el mismo Tulio habla de éste con tanta aprobación, que dice en los libros académicos que la disputa la tuvo con Marco Varrón, sujeto, dice, entre todos sin controversia agudísimo y sin ninguna duda doctísimo; no le llama elocuentísimo o fecundísimo, porque en realidad de verdad en la retórica y elocuencia con mucho no llega a igualarse con los muy elocuentes y fecundos, sino entre todos, sin disputa, agu- dísimo. En aquellos libros, digo, en los académicos, donde pretende probar que todas las cosas son dudosas, le distinguió con el apreciable título de doctísimo. Verdaderamente que de esta prenda estaba tan cierto, que quitó la duda que suele poner en todo, como si habiendo de

tratar de este célebre escritor, conforme a la costumbre que tienen los académicos de dudar de todo, se hubiera olvidado de que era académico.

Y en el libro I, celebrando las obras que escribió el mismo Varrón: “Andando, dice, nosotros peregrinando y errantes por nuestra ciudad como si fuéramos forasteros, tus libros puedo asegurar nos encaminaron y tornaron a casa, para que, al fin, pudiéramos advertir quiénes éramos y adónde estábamos; tú nos declaraste la edad de nuestra patria, tú las descripciones de los tiempos, tú la razón de la religión, el oficio de los sacerdotes, la disciplina doméstica y pública de los sitios, regiones, pueblos y de todas las cosas divinas y humanas nos declaraste los nombres, géneros, oficios y causas”. Este Varrón, pues, es de tan excelente e insigne doctrina, que brevemente recopila su elogio Terenciano, en este elegante y conciso verso “Varrón por todas partes doctísimo.” Leyó tanto, que causa admiración tuviese tiempo para escribir sobre ninguna materia; y, sin embargo, escribió tantos volúmenes cuantos apenas es fácil persuadirse que ninguno pudo jamás leer.

Este Varrón, digo, tan perspicaz e instruido, si escribiera contra las cosas divinas, de que escribió también y dijera que no eran cosas religiosas, sino supersticiosas, no sé si escribiera en ellas cosas tan dignas de risa, tan impertinentes y tan abominables. Con todo, adoró a estos mismos dioses y fue de dictamen que se debían reverenciar, tanto, que en los mismos libros dice teme no se pierdan, no por violencia causada por los enemigos, sino por negligencia de los ciudadanos. De esta inminente ruina dice que los libra depositándolos y guardándolos en la memoria de los buenos, por medio de aquellos sus libros, con una diligencia harto más provechosa que la que es fama usó Metelo cuando libró su estatua de Vesta, y Eneas sus Penates del voraz incendio de Troya. Y con todo, deja allí escritas a la posteridad sentencias dignas que los sabios y los ignorantes las desechen y algunas sumamente contrarias a las verdades de la religión. En virtud de este proceder, ¿qué debemos pensar sino que este hombre, siendo muy ingenioso y docto, aunque no libre por la gracia del Espíritu Santo, se halló oprimido de la detestable costumbre y leyes de su patria, y, con todo, no quiso pasar en silencio las causas que le movían, so color de encomendar la religión?

CAPITULO III

La división que hace Varrón de los libros que compuso acerca de las antigüedades de las cosas humanas y divinas Habiendo escrito cuarenta y un libros sobre las antigüedades, los dividió según materias divinas y humanas. En estas últimas consume veinticinco, en las divinas dieciséis, siguiendo en la división de materias esta distribución; de forma que reparte en cuatro partes veinticuatro libros concernientes a las cosas humanas, designando seis a cada parte. Allí trata por extenso quiénes, dónde, cuándo y qué llevan a cabo. Así que en los seis primeros habla de los hombres, en los seis segundos de los lugares, en los seis terceros de los tiempos, y en los seis últimos de las cosas; y así cuatro veces seis hacen veinticuatro.

Pero, además, colocó uno por sí solo, al principio, que en común habla de todos los asuntos propuestos. El que trata asimismo de las cosas divinas guardó el mismo método en la división, por lo respectivo a los ritos y víctimas que se deben ofrecer a los dioses, ya que

los hombres, en determinados lugares y tiempos les ofrecen el culto divino. Las cuatro materias que, he dicho las comprendió en cada tres libros: en los tres primeros trata de los hombres; en los tres siguientes, de los lugares; en el tercer grupo, de los tiempos; en los tres últimos, del culto divino; designando en ese lugar, por medio de una sencilla distinción, quiénes, dónde, cuándo y qué ofrecen. Mas porque convenía decir -que era lo que principalmente se esperaba de él- quiénes eran aquellos a quienes se ofrece, trató también de los mismos dioses en los tres postreros, para que cinco veces tres fuesen quince, y son entre todos, como he dicho, dieciséis; porque al principio puso uno de por sí, que primero habla en común de todos.

Y acabado éste, luego, conforme a la división hecha en las cinco partes, los primeros que pertenecen a los hombres los reparte de este modo: en el primero trata de los pontífices; en el segundo, de los augures o adivinos; en el tercero, de los quince varones que atendían a las funciones sagradas. Los tres segundos, que miran a los lugares, de esta manera: en el primero trata de los oratorios; en el segundo, de los templos sagrados; en el tercero, de los lugares religiosos; y los tres que siguen luego, que conciernen a los tiempos, esto es, a los días festivos, que en el primero habla de las ferias, en el segundo de los juegos circenses, en el tercero de los escénicos. Los del cuarto ternario, que pertenecen a las cosas sagradas; los divide así: en el primero diserta sobre las consagraciones; en el segundo, de la reverencia y culto particular, y en el tercero, del público. A éste, como aparato de los asuntos que ha de exponer en los tres que restan, siguen, en último lugar, los mismos dioses, en cuyo honor ha empleado todas sus tareas literarias, por este orden: en el primero trata de los dioses ciertos; en el segundo, de los inciertos; en el tercero y último, de los dioses escogidos.

CAPITULO IV

Que, conforme a la disputa de Varrón, entre los que adoran a los dioses, las cosas humanas son más antiguas que las divinas De lo que hemos ya insinuado y dios adelante puede fácilmente advertir el que obstinadamente no fuere enemigo de sí propio, que en toda esta traza, en esta hermosa y sutil distribución y distinción, en vano se busca y espera la vida eterna, que imprudentemente la quieren y desean. Porque toda esta doctrina, o es invención de los hombres o de los demonios, y no de los demonios que ellos llaman buenos, sino, por hablar más claro, de los espíritus inmundos o, más ciertamente, malignos, los cuales con admirable odio y envidia ocultamente plantan en los juicios de los impíos unas opiniones erróneas y perniciosas con que el alma más y más se vaya desvaneciendo y no pueda acomodarse ni adaptarse con la inmutable y eterna verdad; y en oca- siones, evidentemente, las infunden en los sentidos y las confirman con los embelecos y engaños que les es posible imaginar.

Este mismo Varrón confiesa que por eso no escribió en primer lugar de las cosas humanas y después de las divinas, porque antes hubo ciudades, y después éstas ordenaron e instituyeron las ceremonias de la religión. Pero, al mismo tiempo, es indudable que a la verdadera religión no la fundó ninguna ciudad de la tierra, antes sí, ella es la que establece una ciudad verdaderamente celestial. Y ésta nos la inspira y enseña el verdadero Dios, que

da la vida eterna a los que de corazón le sirven. La razón en que se funda Varrón cuando confiesa que por eso escribió primeramente de las cosas humanas y después de las divinas, porque éstas, fueron instituidas y ordenadas por los hombres, es ésta: "Así como es primero el pintor que la tabla pintada, primero el arquitecto que el edificio, así son primero las ciudades que las instituciones que ordenaron estas mismas." Aunque dice que escribiera antes de los dioses y después de los hombres, si escribiera sobre toda la naturaleza de los dioses, como si escribiera aquí de alguna y no de toda, o como si alguna naturaleza de los dioses, aunque no sea toda, no debe ser primero que la de los hombres. Cuanto más que en los tres últimos libros, tratando cuidadosamente de los dioses ciertos, de los inciertos y de los escogidos, parece que no omite ninguna naturaleza de los dioses. ¿Qué significa, pues, lo que dice? "¿Si escribiéramos de toda la naturaleza de los dioses y de los hombres, primero concluyéramos con la divina que tocáramos a la humana?" Porque, o escribe de toda la naturaleza de los dioses, o de alguna o de ninguna; si de toda, debe ser preferida, sin duda, a las cosas humanas; si de alguna, ¿por qué también ésta no ha de preceder a las cosas humanas? ¿Acaso no merece alguna parte de los dioses ser antepuesta aun a toda la naturaleza de los hombres? Y si es demasiado que alguna parte divina logre preferencia generalmente sobre todas las cosas humanas, por lo menos será razón que se anteponga siquiera a las romanas, puesto que escribió los libros relativos a las cosas humanas, no precisamente por lo que respecta a todo el orbe de la tierra, sino en cuanto conciernen a sola Roma.

A los cuales, sin embargo, en los libros de las cosas divinas, dijo que, según el orden analítico que habla observado en escribir, con razón los, había antepuesto, así como debe ser preferido el pintor a la tabla pintada, el arquitecto al edificio, confesando con toda claridad que estas cosas divinas, igualmente que la pintura y el edificio, son instituciones que deben su erección a los hombres. Resta, por último, sepamos que no escribió sobre naturaleza alguna de los dioses, lo cual no lo quiso hacer claramente y al descubierto; antes lo dejó a la consideración de los que lo entienden, Pues cuando se dice "no toda", comúnmente se entiende ",alguna"; pero puede entenderse asimismo "ninguna", porque la que es ninguna, ni es todo ni es alguna; en atención a que, como él dice: "Sí escribiera de toda la naturaleza de los dioses, en el orden de la escritura debiera preferiría a las cosas humanas"; y conforme lo dice a voces, la verdad, aunque él lo calla, debiera anteponerla por lo menos, a las glorias romanas, cuando no fuera toda, a lo menos alguna; es así que con razón se pospone, luego no quiere hacer alusión a los dioses, donde se infiere que no quiso preferir las cosas humanas a las divinas; antes, por el contrario, a las verdaderas no quiso anteponer las falsas; pues en cuanto escribió acerca de las cosas humanas siguió la historia según el orden de los sucesos y acaecimientos; mas en lo que llama cosas divinas, ¿qué autoridad siguió sino meras conjeturas y sueños fantásticos? Esto es, en efecto, lo que quiso con tanta sutileza dar a entender, no sólo escribiendo últimamente de éstas y no de aquéllas sino también dando la razón por qué lo hizo así. La cual, si omitiera, acaso esto mismo que hizo lo defendieran otros de diversa manera; pero en la misma causa que dio no dejó lugar a los otros para sospechar lo que quisiesen a su albedrío.

Con pruebas bien concluyentes y con razones harto claras dio a entender que prefirió los hombres a las instituciones humanas, y no la naturaleza humana a la naturaleza de los dioses. Y por esto confieso ingenuamente que Varrón escribió los libros pertenecientes a las cosas divinas, no según el idioma de la verdad que concierne a la naturaleza, sino según la

falsedad que toca al error. Lo cual reprodujo más extensamente en otro lugar, como lo insinúe en el Libro IV, diciendo que él seguirá gustosamente el estilo y traza de la naturaleza si él fundara una nueva ciudad; pero, como había hallado una ya fundada, no pudo sino acomodarse y seguir las prácticas de ella.

CAPITULO V

De los tres géneros de Teología, según Varrón fabulosa, natural y civil ¿Y de qué aprecio es la proposición por la que sostiene que hay tres géneros de Teología, esto es, ciencia de los dioses, de los cuales el uno se llama mítico, el otro físico y el tercero civil? Al primer género le denominaremos con propiedad fabuloso, que es lo mismo que m¡thicon, pues mithos, en griego, quiere decir fábula: que al segundo llamemos natural, ya la costumbre de hablar así lo exige; al tercero, que se llama civil, él mismo le nombró en lengua latina. Después dice llaman mítico aquel del que usan los poetas, físico del que los filósofos, civil del que usa el pueblo. "En el primero, dice, se hallan infinitas ficciones indignas de la naturaleza de los inmortales; por cuanto en él se advierte cómo un dios nació de la cabeza, otro procedió de un muslo, otro de unas gotas de sangre.

En él se lee cómo los dioses fueron ladrones, adúlteros y cómo sirvieron a los hombres; finalmente, en él atribuyen a los dioses todas las criminalidades que no sólo puede cometer un hombre, sino también aquellas que apenas se pueden acumular al más vil y despreciable. Aquí, a lo menos, donde pudo, donde se atrevió y donde le pareció que pudo hacerlo sin costarle molestia alguna, declaró con razones patéticas y demostrativas y sin obscuridad o ambigüedad, cuán grande agravio e injuria se hacía a la naturaleza de los dioses fingiendo de ellos mentirosas fábulas; explicóse en términos tan insinuantes y propios, porque hablaba no de la Teología natural, no de la civil, sino de la fabulosa, a la cual le pareció debía culpar y reprender libremente. Veamos lo que dice de lo segundo: "El segundo género es, dice, el que he enseñado, del cual nos dejaron escritos los filósofos muchos libros, donde se expone qué sean los dioses, de qué género y calidad, desde qué tiempo proceden, si son ab aeterno, si constan de fuego, como creyó Heráclito, si de números; como Pitágoras; si de átomos, como Epicuro, y otros desvaríos seme- jantes más acomodados para oídos entre paredes, en las escuelas, que afuera en el trato humano y conversación social." No culpó o reprendió proposición alguna relativa al género que llama físico y pertenece a los filósofos; sólo refirió las controversias que existen entre ellos, de las que han nacido tanta multitud de sectas, como se advierte, todas tan discordantes entre sí. Con todo, separó de este género, sacándole del trato común, esto es, de las investigaciones del vulgo y encerrándole dentro de las escuelas y sus paredes.

Mas al otro, esto es, al primero, mentiroso y obsceno, no le apartó ni exterminó de las ciudades. ¡Oh, verdaderamente religiosos oídos los del vulgo, y sobre todo los de un romano! Lo que los filósofos disputan acerca de los dioses inmortales no lo pueden oír y lo que cantan los poetas y representan los farsantes, porque todo es indigno de la naturaleza de los inmortales, y porque son crímenes que pueden recaer no sólo en cualquier hombre, sino en el más bajo, humilde y despreciable; no sólo lo toleran, sino que oyen con gusto; y no contentos con esto, resuelven autorizadamente que esto es lo que agrada a los mismos dioses, y que por medio de semejantes representaciones teatrales debe aplacarse su ira. Diré

alguno: estos dos géneros, mítico y físico, esto es, el fabuloso y el natural, debemos distinguirlos del civil, de que ahora tratamos, así como él los distinguió, y veamos ya cómo declara el civil. Bien considero las razones que militan para que se deba distinguir del fabuloso, supuesto que es falso, torpe e indigno; mas el querer distinguir el natural del civil, ¿qué otra cosa es, sino confesar que el mismo civil es asimismo mentiroso? Porque si aquél es natural, ¿qué tiene de reprensible para que se deba excluir? Y si éste que se llama civil no es natural, ¿qué mérito tiene para que se deba admitir? Esta es, en efecto, la causa porque primero escribió de las cosas humanas y últimamente de las divinas; pues en éstas no siguió la naturaleza de los dioses, sino las intrucciones de los hombres.

Examinemos, pues, al mismo tiempo la Teología civil: "El tercer género es, dice, el que en las ciudades los ciudadanos, con especialidad los sacerdotes, deben saber y administrar, en el cual se incluye qué dioses deben adorarse y reverenciar públicamente, qué ritos y sacrificios es razón que cada uno les ofrezca." Veamos ahora también lo que se sigue: "La primera Teología, dice, principalmente es acomodada para el teatro; la segunda, para el mundo; la tercera, para la ciudad." ¿Quién no echa de ver a cuál dio la primacía? Sin duda que a la segunda, de la que dijo arriba cómo era peculiar a los filósofos, porque ésta, añade, que pertenece al mundo, es la que éstos reputan por la más excelente de todas. Pero las otras dos Teologías, la primera y la tercera, es a saber, la del teatro y la de la ciudad, ¿las distinguió o las separó? Porque advertimos que no porque una cosa sea propia de la ciudad puede consiguientemente pertenecer al mundo, aunque vemos que las ciudades están en el mundo; pues es posible acontezca que la ciudad instruida y fundada en opiniones falsas adore y crea tales cosas, cuya naturaleza no se halla en parte alguna del mundo o fuera de su ámbito. Y el teatro, ¿dónde está sino en la ciudad? ¿Y quién instituyó el teatro sino la ciudad? ¿Y por qué le instituyó sino por afición a los juegos escénicos? ¿Y dónde se hallan colocados los juegos escénicos sino entre las cosas divinas, de las cuales se escriben estos libros con tanto ingenio y agudeza?

CAPITULO VI

De ¡a Teología mítica, esto es, fabulosa, y de la civil, contra Varrón ¡Oh Marco Varrón! Eres ciertamente el más ingenioso entre todos los hombres, y, sin duda, el más sabio; pero hombre, en fin, y no Dios; y, por lo mismo, aunque no ha sido elevado a la cumbre de la verdad y de la libertad por el espíritu de Dios para ver y publicar las maravillas divinas, bien echas de ver cuánta diferencia se debe hacer entre las cosas divinas y entre las fruslerías y mentiras humanas; pero temes ofender las erróneas opiniones y las pervertidas costumbres del pueblo, que las ha recibido entre las supersticiones públicas; asimismo, notas que estas ficciones repugnan a la naturaleza de los dioses, aun de aquellos que la flaqueza del espíritu humano imagina destruidos en los elementos de este mundo; tú lo echas de ver cuando por todas partes las consideras, y todo cuanto tenéis escrito en vuestros libros lo dice a voces: ¿qué hace aquí, aunque sea excelentísimo, el humano ingenio? ¿De qué te sirve en tal conflicto la sabiduría humana, aunque tan vasta y tan inmensa? ¿Deseas adorar los dioses naturales y eres forzado a venerar los civiles? Hallaste que los unos eran fabulosos, contra quienes pudiste libremente decir tu sentir, y, sin embargo, aun contra tu misma voluntad, viniste a salpicar en los civiles. ¿Por qué confiesas que los fabulosos son acomodados para el teatro, los naturales para el mundo, los civiles para la ciudad, siendo,

como es, el mundo obra de todo un Dios, y las ciudades y los teatros invenciones humanas, y no siendo los dioses, de quienes se burlan y ríen en los teatros, otros que los que se adoran en los templos, y no dedicando los juegos a otros que a los que ofrecéis las víctimas y sacrificios? Con cuánta más libertad y con cuánta más sutileza hicieras esta división, diciendo que unos eran dioses naturales y otros instituidos por los hombres. Pero que de los establecidos por los hombres, una cosa enseña la doctrina de los poetas, otra la de los sacerdotes, aunque una y otra profesan entre sí una amistad mutua, por lo que ambas tienen de falsas; y de una y otra gustan los demonios, a quienes ofende la doctrina de la verdad.

Dejando a un lado por un breve rato la Teología que llaman natural, de la cual hablaremos después, ¿os parece, acaso, que debemos perder o esperar la vida eterna de los dioses poéticos, teátricos, juglares y escénicos? Ni por pensamiento; antes nos libre Dios de cometer tan execrable y sacrílego desatino. ¿Acaso interpondremos nuestros ruegos para suplicar nos concedan la vida eterna unos dioses que gustan oír unos desvaríos, y se aplacan cuando se refieren y frecuentan en semejantes lugares sus culpas? Ninguno, a lo que pienso, ha llegado con su desvarío a un tan grande despeñadero de tan loca impiedad.

De donde se infiere que nadie alcanza la vida eterna con la Teología fabulosa, ni con la civil; porque una va, sembrando doctrinas detestables, fingiendo de los dioses acciones torpes, y la otra, con el aplauso que las presta, las va segando y cogiendo; la una esparce mentiras, la otra las coge; la una recrimina a las deidades con supuestas culpas, la otra recibe y abraza entre las cosas divinas los juegos donde se celebran tales crímenes; la una, adornada con la poesía humana, pregona abominables ficciones de los dioses; la otra consagra esta misma poesía a las solemnidades de los mismos dioses; la una canta las impurezas y bellaquerías de los dioses, la otra las estima sobremanera; la una las publica y finge, y la otra o las confirma por verdaderas o se deleita aun con las falsas; ambas son seguramente torpes, ambas odiosas; pero la una -que es la teátrica-, profesa públicamente la torpeza, y la otra -que es la civil-, se adorna con la obscenidad de aquella. ¿Es posible que hemos, de esperar alcanzar la vida eterna con lo que ésta, caduca y temporal, se profana? Y si adultera la vida el comercio y trato con los hombres facinerosos cuando se entrometen a hacer consentir nuestros afectos y voluntades en sus maldades, ¿cómo no ha de profanarla y pervertir la sociedad con los demonios, que se adoran y veneran con sus culpas? Si éstas son verdaderas, ¿qué malos los que son adorados?; si falsas, ¿cuán mal son adorados? Cuando esto decimos, quizá parecerá al que fuere demasiado ignorante en esta materia que sólo las impurezas que se celebran de semejantes dioses son indignas de la, Majestad Divina; ridículas y abominables las que cantan los poetas y se representan en los juegos escénicos; pero los sacramentos que celebran, no los histriones, sino los sacerdotes, son limpios, puros y ajenos de toda esta impiedad e indecencia.

Si esto fuese así, jamás nadie fuera de parecer que se celebrasen en honra y reverencia de los dioses las torpezas que pasan en el teatro, nunca ordenaran los mismos dioses que públicamente se representaran; mas no se ruborizan de hacer semejantes abominaciones en obsequio de los dioses, en los teatros, porque lo mismo se practica en los templos; finalmente, el mismo autor referido, procurando distinguir la Teología civil de la fabulosa, y formar una tercera Teología en su género, más quiso que la entendiésemos compuesta de la una y de la otra que distinta y separada de ambas. Y así dice que lo que escriben los

poetas es menos de lo que debe seguir el pueblo, y lo que los filósofos es más de lo que conviene escu- driñar al vulgo.

Asegurando asimismo que, “no obstante de estar tan encontradas entre sí una y otra doctrinas, sin embargo, están recibidas no pocas opiniones de tantos géneros en el gobierno de los pueblos; con lo cual, lo que fuere común con los poetas, lo escribiremos juntamente con lo civil, aunque entre éstos debemos más arrimarnos y comunicar con los filósofos que con los poetas” Luego no del todo habla con los poetas, aunque en otro lugar dice que, por, lo respectivo a las generaciones de los dioses, el pueblo se inclinó más a la autoridad de los poetas que a la de los físicos, por cuanto aquí designa lo que debía hacer, y allí lo que se hacía. Los físicos, añade, escribieron para la utilidad común, y los poetas para deleitar. Y así, según este sentir, lo que han escrito estos poetas y lo que no debe seguir el pueblo son las culpas de los dioses, los cuales con todo deleitan, igualmente así al pueblo como a los dioses. Porque a fin de deleitar, escriben, como dicen los poetas, y no para aprovechar; y con todo, escriben lo que los dioses pueden apetecer y el pueblo se lo pueda representar.

CAPITULO VII

De la semejanza y conveniencia que hay entre la Teología civil y fabulosa Así que la Teología civil se reduce a la Teología fabulosa, teatral, escénica, llena de preceptos indignos y torpes, y toda esta que justamente parece se debe reprender o condenar es parte de la otra, que, según su dictamen, se, debe reverenciar y adorar, y parte no por cierto despreciable (como lo pienso demostrar); la cual no sólo no es distinta ni ajena en todas sus partes de todo lo que es cuerpo, sino que del todo es muy conforme con ella, y convenientemente, como miembro de un mismo cuerpo, se la han acomodado. y juntado con ella. Y si no, digan, ¿qué nos manifiestan aquellas estatuas, las formas, las edades, los sexos y hábitos de los dioses? ¿Por ventura consideran los poetas a Júpiter barbado y a Mercurio desbarbado, y los pontífices no? Pregunto: ¿fueron los cómicos solos los que atribuyeron enormes crímenes a Priapo, y no los sacerdotes? ¿O le presentan en los lugares sagrados a la pública adoración bajo otro aspecto, o con distintos adornos cuando le sacan para que se rían de él en los teatros? ¿Acaso los come- diantes representan a Saturno viejo y a Apolo joven, o de una manera diferente como están sus estatuas en los templos? ¿Por qué, preguntó, Fórculo, que preside las puertas y Lementino el umbral, son dioses varones, y Cardea, que custodia los quicios, es hembra? ¿Acaso no se hallan estas simplezas en los libros relativos, a las cosas divinas, las cuales, poetas graves las tuvieron por indignas de incluirlas en sus obras?

¿Por qué causa Diana, la del teatro, trae armas, y la de la ciudad no es más que una simple doncella? ¿Por qué motivo Apolo, el de la escena es citarista, y el de Delfos no ejercita tal arte? Pero todos estos despropósitos son tolerables respecto de otros más torpes. ¿Qué sintieron del mismo Júpiter los que colocaron al ama que le crió en el Capitolio? ¿Por ventura por este hecho no confirmaron la opinión del Evemero, quien, no con fabulosa locuacidad, sino con exactitud histórica, escribió que todos estos dioses fueron hombres, y hombres mortales? Igualmente, los que fingieron a los dioses Epulones parásitos convidados a la mesa de Júpiter, ¿qué otra cosa quisieron que fuesen sino unas ceremonias de pura farsa? Porque si en el teatro dijera el bobo o el gracioso que en el convite de Júpiter

hubo también sus parásitos, sin duda que parecería que había intentado con este donaire hacer reír a la gente; pero lo dijo Varrón, y no en ocasión que escarnecía a los dioses, sino cuando los recomendaba y celebraba. Testigos fidedignos de que lo escribió así con los libros, no los pertenecientes a las cosas humanas, sino los que tratan de las divinas, y no en parte donde explicaba los juegos escénicos, sino donde enseñaba al mundo los ritos del Capitolio; finalmente, de estas ficciones se deja vilmente vencer, confesando que así como supieron de los dioses que tuvieron forma humana, así también creyeron que gustaban de los humanos deleites.

CAPITULO VIII

De las interpretaciones de las razones naturales que procuran aducir los doctores paganos en favor de sus dioses Sin embargo, dicen que todo esto tiene ciertas interpretaciones fisiológicas, esto es, razones naturales, como si nosotros en la presente controversia buscásemos la Fisiología y no la Teología; es decir, no la razón de la naturaleza, sino la de Dios, porque, aunque el verdadero Dios es Dios, no por opinión, sino por naturaleza, con todo, no toda naturaleza es Dios, pues, en efecto, la del hombre, la de la bestia, la del árbol, la de la piedra, es naturaleza, y nada de esto es Dios; y si, cuando tratamos de los misterios de la madre de los dioses, lo principal de esta interpretación consiste en que la madre de los dioses es la tierra, ¿para qué pasamos adelante en la imaginación? ¿Para qué escudriñamos lo demás? ¿Qué argumento hay que concluya con más evidencia en favor de los que sostienen que todos estos dioses fueron 'hombres? Y en esta conformidad son terrígenas e hijos de la tierra, así como la tierra es su madre; pero en la verdadera Teología, la tierra es obra de Dios y no madre; con todo, como quiera que interpreten sus misterios y los refieran a la naturaleza de las cosas, el ser hombres afeminados no es según el orden de lo natural, sino contra toda la naturaleza.

Esta dolencia, este crimen, esta ignominia es la que se practica entre aquellas ceremonias, lo que en las corrompidas costumbres de los hombres apenas se confiesa en los tormentos; y si estas ceremonias, que, según se demuestra, son más abominables que las torpezas escénicas, se excusan y purgan porque tienen sus interpretaciones, con las que se manifiesta que significan la naturaleza de las cosas, ¿por qué no se excusará y purificará asimismo lo que dicen los poetas? Pues que ellos han interpretado muchas cosas de la misma manera, y esto de forma que lo más horrible y abominable que cuentan como de que Saturno se comió a sus hijos, lo exponen así algunos; que todo cuanto el dilatado transcurso del tiempo, significado por el nombre de Saturno, engendra, él mismo lo consume. O, como piensa el mismo Varrón, porque Saturno pertenece a las semillas, las cuales vuelven a caer en la misma tierra de donde traen su origen, y otros de otra manera, y así lo demás concerniente al asunto Y con todo ello, se llama Teología fabulosa, la cual, con todas estas sus interpretaciones, reprenden, desechan y condenan; y porque ha fingido acciones impropias del carácter de los dioses, no sólo con razón la diferencia de la natural, que es propia de las filósofos, sino también de la civil, de que, tratamos, de la que dicen que pertenece a las ciudades y al pueblo, lo cual ha sido con este fin, porque como los hombres ingeniosos y doctos que escriben de estas materias observaron que ambas Teologías eran dignas de condenación, así la fabulosa como la civil, y se atrevieron a condenar aquélla y no ésta, propusieron aquélla para condenarla, y a ésta, que era su semejante, la pusieron en público

para que se comparase con la otra no para que la escogiesen, sino para que se entendiese que era digna de desechar juntamente con la otra, y de esta manera, sin riesgo alguno de los que temían reprender la Teología civil, dando de mano a la una y a la otra, que llaman natural, hállase lugar en los corazones de los que mejor sienten.

Porque la civil y la fabulosa, ambas son fabulosas y ambas civiles, ambas las hallará fabulosas el que prudentemente considerare las vanidades y las torpezas de ambas, y ambas civiles, el que advierte incluidos los juegos escénicos, que pertenecen a la fabulosa, entre las fiestas de los dioses civiles y entre las cosas divinas de las ciudades Esto supuesto, ¿cómo se puede atribuir el poder de dar la vida eterna a ninguno de estos dioses, a quienes sus propias estatuas, sus ritos y religión convencen que son semejantes a los dioses fabulosos que claramente reprueban, y muy parecidos a ellos en las formas, edades, sexo, hábito, matrimonios, generaciones, ritos? En todo lo cual se conoce que, o fueron hombres, y que conforme a la vida y muerte de cada uno les ordenaron sus peculiares ritos y solemnidades, insinuándoles y aun asegurándoles este error y ceguera los demonios, o que realmente fueron unos espíritus inmundos, que se entrometieron en su voluntad, favorecidos de cualquier ocasión ventajosa para engañar los juicios humanos.

CAPITULO IX

De los oficios que cada uno de los dioses tiene ¿Y qué diremos de los oficios peculiares de los dioses, repartidos tan vilmente y tan por menudo, por los cuales, dicen, es menester suplicarles conforme al destino y oficio que cada uno tiene? Sobre cuyo punto hemos ya dicho bastante, aunque no todo lo que había que decir; pues, ¿por ventura no se conforma más esta doctrina con los chistes y donaires de la farsa que con la autoridad y dignidad de los dioses? Si proveyese uno de dos amas a un hijo suyo para que la una no le diese más que la comida, y la otra la bebida, así como los romanos designaron para este encargo dos diosas: Educa y Potina, sin duda parecería que perdía el juicio, y que hacía en su casa una acción semejante a las que practica el cómico en el teatro con una desvergüenza extraordinaria. El mismo Varrón confiesa que semejantes obscenidades era imposible las hiciesen aquellas mujeres ministras de Baco, sino enajenadas de juicio, aunque después estas abominables fiestas llegaron a ofender tanto los ojos del Senado, más cuerdo y modesto, que las extinguió y abolió por un solemne decreto; y a lo menos, al fin quizá, echaron de ver lo que influyen los espíritus inmundos sobre los corazones humanos cuando los tienen por dioses.

Estas impurezas, a buen seguro que no se ejecutaran en los teatros, porque allí se burlan, juegan y no andan furiosos; no obstante, el adorar dioses que gusten también de semejantes fiestas es una especie de furor. ¿Y de qué valor es aquella proposición, donde haciendo distinción del religioso y supersticioso, dice que el supersticioso teme a los dioses, y que el religioso sólo los respeta como a padres, y no los teme como a enemigos; añadiendo que todos son tan buenos, que les es más fácil el perdonar; a los culpados que el ofender al inocente? Con todo, refiere que a la mujer, después del parto, la ponen tres dioses de centinela, para que de noche no entre el dios Silvano y la cause alguna molestia; que para significar estos guardas, tres hombres, por la noche, visitan y rondan los umbrales de la casa, y que primeramente hieren el umbral con un hacha, después le golpean con mazo y

mano de mortero, y, por último, le barren con unas escobas, a fin de que con estos símbolos de la labranza y cultivo se prohiba la entrada al dios Silvano, ya que no se cortan ni se podan los árboles sin hierro, ni el farro se hace sin el mazo con que le deshacen, ni el grano de las mieses se junta sin las escobas, y que de estas tres cosas tomaron sus nombres tres dioses: Intercidona, de la intercisión o del partir de la hacha; Pilumno, del pilón o mazo; Daverra, de las escobas, para que con el amparo de estos dioses la mujer estuviese segura e indemne contra las furiosas invasiones del dios Silvano; y así contra la fuerza y rigor de un dios injurioso y malo, no aprovechara la guarda de los buenos, si no fueran muchos contra uno, y contrastaran al áspero, horrendo, inculto y en realidad silvestre, como con sus contrarios, con los símbolos de la labranza y cultivo. ¿Es ésta, pregunto, la inocencia de los dioses, ésta la concordia? ¿Son éstos los dioses saludables de las ciudades, más dignos ciertamente de befa y risa que los escarnios de poetas y teatros? Váyanse, pues, y procuren distinguir con la sutileza que pudieren la teología civil de la fabulosa, las ciudades de los teatros, los templos de las escenas, los ritos de los pontífices, de los versos de los poetas, como las cosas honestas, de las torpes; las verdaderas, de las falsas; las graves, de las livianas; las veras, de las burlas, y las que se deben desear de las que se deben huir. Bien entendemos lo que pretende; conocen que la teología teatral y fabulosa depende de la civil, y que de los versos de los poetas, como de un espejo cristalino, resulta su retrato; y por eso, cuando hablan de ésta que no se atreven a condenar, con más libertad arguyen y reprenden aquélla, que es su imagen, para que los que advierten sus deseos abominen también el mismo original de ésta, cuyo dechado e imagen es aquélla, la cual, con todo, los mismos dioses, viéndose en ella como en un espejo, la aman; de modo que se descubre y echa de ver mejor en ambos lo que ellos son, y que tales son; y así también, con terribles amenazas, forzaron a los que los adoraban a que les dedicasen las impurezas. de la teología fabulosa, la pusiesen en sus solemnidades y la tuviesen entre sus cosas sagradas, en lo que, por una parte, nos enseñaron con la mayor evidencia que ellos eran unos espíritus torpes, y por otra, a la teología teatral, tan abatida y reprobada, la hicieron miembro y parte de la civil, que es en cierto modo escogida y aprobada, para siendo toda ella generalmente obscena y engañosa, Y estando llena en sí misma de dioses fingidos, una parte estuviese en la liturgia de los sacerdotes y otra en los versos de los poetas.

Y si contiene igualmente otras partes, más, es otra cuestión; por ahora, por lo que se refiere a la división de Varrón, me parece que bastantemente he demostrado cómo la teología urbana y teatral pertenece a una misma civil; y así, participando ambas de unas mismas torpezas absurdas, impropiedades y falsedades, no hay motivo para que personas religiosas y piadosas imaginen esperar de la una y de la otra la vida eterna.

Finalmente, hasta el mismo Varrón refiere y enumera los dioses, comenzando desde la concepción del hombre. Empieza por Jano y va siguiendo la serie de los dioses hasta la muerte del hombre decrépito, y concluye con los dioses, que pertenecen al mismo hombre, hasta llegar a la diosa Nenia, que es la que se invoca en los entierros de los ancianos; después sigue declarando otros dioses, que pertenecen, no al mismo hombre, sino a las cosas que son propias del hombre, como es el sustento, el vestido y todo lo demás que es necesario para la vida, manifestando en todos estos ramos cuál es el oficio de cada uno, y por qué se debe acudir y suplicar a cada uno de ellos; pero con toda esta su exactitud y curiosidad, no se hallará que demostró o nombró un solo Dios a quien se daba pedir la vida eterna, y solamente por ella sola somos en realidad cristianos.

En vista de esto, ¿quién será tan estúpido que no advierta que este hombre, declarando con tanta prolijidad la teología civil, manifestando que es tan semejante a la fabulosa, impía, detestable e ignominiosa, e indicando con sobrada evidencia que la fabulosa es parte de ésta, no hace sino preparar el camino en los corazones de los hombres a la natural, la cual, dice, perte- nece a los filósofos, lo que desempeña con tanta sutileza, que reprende abiertamente la fabulosa, y aunque no se atreve a motejar la civil, no obstante, al tiempo de declararla y examinarla, muestra cómo es reprensible; y así, reprobadas la una y la otra, a juicio de los que lo entienden bien, quede sola la natural, para que usen de ella; de lo cual, con el auxilio del verdadero Dios. trataremos con más extensión en su lugar.

CAPITULO X

De la libertad con que Séneca reprendió la teología civil, con más vigor que Varrón la fabulosa. Pero la libertad que faltó, a Varrón para reprender a cara descubierta y con desahogo, como la otra, esta teología urbana tan parecida la teatral, no faltó, aunque no del todo, pero sí en alguna parte, a Anneo Séneca, que por varios indicios sabemos floreció en tiempo de nuestros santos apóstoles, porque la tuvo en la pluma, aunque le faltó en la vida. Y así, en el libro que escribió contra las supersticiones, más abundantemente y con mayor vehemencia reprende esta teología civil y urbana que Varrón la teatral y fabulosa; pues tratando de las estatuas: “dedican -dice- a los dioses sagrados, inmortales e inviolables en materia vilísima e inmóvil, vistiéndolos de formas propias de hombres, fieras y peces, y a algunos los hacen de ambos sexos y de diferentes cuerpos, llamándolos dioses, los cuales, si tomaran espíritu y vida y de improviso los encontraran, los tuvieran por monstruos”.

Después, un poco más abajo, habiendo referido los dictámenes de algunos filósofos, y celebrando la teología na- tural se opuso a sí mismo una duda, y dice: “Aquí dirá alguno: ¿He de sufrir yo a Platón y al peripatético Estratón, que el uno hizo a Dios sin cuerpo y el otro sin alma?” Y respondiendo a este argumento, dice: “¿Te parecen más verdaderos los sueños de Tito Tacio, o los de Rómulo, o los de Tulio Hostilio? Tito Tacio dedicó a la diosa Cloacina, Rómulo a Pico Tiberino, Hostilio al Pavor y a la Palidez, afectos pestilenciales del hombre, de los cuales el uno es un movimiento o alteración del ánimo espantado y despavorido, y el otro del cuerpo, y no es enfermedad, sino color; ¿y has de creer que éstos son dioses, canonizándolos y colocándolos en el cielo?” De los mismos ritos, atroces y torpes, ¿acaso no escribió también con la mayor libertad? “El uno - dice- se corta las partes que tiene de hombre, y el otro los músculos de los brazos: ¿cómo o cuándo temen a los dioses airados los que, así granjean y lisonjean los propicios? Parece que por ningún motivo se deben reverenciar los dioses, si es que igualmente quieren se les tribute este honor.

Tan grande es el furor y desvarío de un juicio perturbado y sacado de sus quicios, que piensan aplacar a los dioses con sacrificios tales que ni aun los hombres más bárbaros, traídos por argumento de fábulas y tragedias crueles, se muestran más inhumanos y atroces que ellos. Los tiranos, aunque hicieron pedazos los miembros de al- gunos, sin embargo, a nadie mandaron que se los despedazase a sí propio. A algunos han castrado por contemplar o contemporizarse con el apetito sensual de algunos príncipes; mas ninguno puso en sí mismo las manos por mandato de algún señor para dejar de ser hombres. A sí propios se

despedazaron en los templos, y bañados en su propia sangre y mortales heridas, imploraron el favor de sus mentidas deidades; si alguno tiene lugar de ver lo que hacen y lo que padecen, advertirá acciones tan indecentes e impropias de los honestos, tan indignas de los libertinos, tan desemejantes y contrarias a las de los cuerdos y sensatos, que no dudaría decir que están dementes y furiosos si fueran menos en número; pero ahora la numerosa multitud de fanáticos sirve para que los tengan por juiciosos." Pues lo que insinúa que pasa en el mismo Capitolio, y lo que, sin miedo alguno, reprende severamente, ¿quién creerá que lo ejecutan, sino personas que escarnecen de ello o que están furiosas? Y así, habiéndose reído porque en las funciones sagradas de los egipcios lloraban el haber perdido a Osiris, y luego inmediatamente manifestaban particular alegría de haberle hallado, viendo que el perderle y el hallarle era fingido; aunque el dolor y alegría de los que nada perdieron y nada hallaron, realmente le representaban: "con todo dice- ésta locura y furor tiene su tiempo limitado; es tolerable volverse locos una vez en el año.

Vine al Capitolio; vergüenza causará el descubrir la demencia que un furor ridículo ha tomado por oficio: uno hace como que presenta los nombres al dios, otro se ocupa en avisar a Júpiter las horas, otro se muestra que es lector, otro untador, que con un irrisible menear de brazos contrahace al que unta. Hay algunas mujeres que fingen están aderezando los cabellos a Juno y a Minerva, y estando no sólo lejos de la estatua, sino del templo, mueven sus dedos como quien está componiendo y tocando a otra. Hay otras que tienen el espejo, otras que llaman a los dioses para que les favorezcan en sus pleitos. Hay quien les ofrece memoriales y les informa de su causa: un excelente archimimo, o director de escena, anciano ya decrépito, cada día iba a recitar en el Capitolio, como si los dioses oyeran de buena gana al que los hombres habían ya dejado. Allí veréis ociosos todo género de oficiales, asistiendo al servicio de los dioses inmortales." Y poco después dice: "éstos, aunque ofrecen al dios un ministerio superfluo y excusado, sin embargo, no es torpe ni infame: hay algunas mujeres que están sentadas en el Capitolio, persuadidas de que Júpiter está enamorado de ellas, sin tener respeto ni miedo a Juno, no obstante de ser (si quisierais creer a los poetas) una diosa colérica e iracunda".

Esta libertad no la tuvo Varrón; solo se atrevió a reprender la teología poética, sin meterse con la civil, a la que éste fustigó. Con todo, si atendiéramos a la verdad. peores son los templos donde se ejecutan estas abominaciones que los teatros en donde se fingen. Y así, en orden a los ritos de la teología civil, aconseja Séneca al sabio "que no los conserve religiosamente en el corazón, sino que los finja en las obras, porque dice: todo lo cual guardará el sabio como las sanciones establecidas por la ley, pero no como agradables a los dioses. Y poco después añade: "Pues que hacemos también casamientos con los dioses, y aun esto no es piadosa y legítimamente, por cuanto casamos a hermanos con hermanas. A Belona casamos con Marte, a Venus con Vulcano, a Salacia con Neptuno; aunque a algunos los dejamos solteros, como si les hubiera faltado con quién, principalmente habiendo algunas viudas como Populonia o Fulgora, y la diosa Rumina, a quienes no me espanto no hubiese quien las pidiese. Toda esta turba plebeya de dioses, la cual por largo tiempo la amontonó una dilatada y sucesiva superstición, la adoramos - dice- en tales términos, que parece que su culto y veneración pertenece más al uso ya adaptado." Por lo tanto, ni aquellas sus leyes civiles, ni el uso y la costumbre instituyeron en la teología civil cosa que fuese agradable a los dioses, o fuese de importancia; pero éste, a quien los filósofos, sus maestros, hicieron así libre, como que era ilustre senador del pueblo romano, reverenciaba

lo que reprendía, practicaba lo que condenaba, lo que culpaba adoraba; y, en efecto, la Filosofía le había enseñado adecuadas máximas para que no fuese supersticioso en el mundo; mas él, por amor y respeto a las leyes civiles y a las costumbres establecidas, aunque no ejecutase lo que el escénico finge en el teatro, sin embargo, le imitaba en el templo, que es tanto peor y más reprensible; pues lo que hacía por ficción lo hacía de modo que el pueblo pensaba lo hacía de veras, y el actor de burlas; y fingiendo, antes deleitaba que engañaba.

CAPITULO XI

Lo que sintió Séneca de los judíos Séneca, entre otras supersticiones relativas a la teología civil, reprende igualmente los ritos de los judíos, con especialidad la solemnidad del sábado, diciendo que la celebran inútilmente; porque en los días que interponen cada siete días, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de su vida, y se, malbaratan muchas cosas dejándolas de hacer al tiempo que debieran; pero no se atrevió a hacer mención de los cristianos, que ya entonces eran aborrecidos de los judíos, ni en bien ni en mal, o por no alabarlos quebrantando la antigua costumbre de su patria, o por no reprenderlos quizá contra su voluntad; pero hablando de los judíos, dice: “Y con todo eso, han cundido y prevalecido tanto las costumbres y método de vivir de esta malvada nación, que están ya recibidas por todas las provincias de la tierra, y los vencidos han dado leyes a los vencedores.”

Admirábase diciendo esto, y no sabía lo que Dios obraba; al fin puso su parecer, significando lo que sentía acerca de aquellos ritos, y dice así: “Con todo, ellos saben y entienden las causas en que se fundan sus ritos y ceremonias, y la mayor parte del pueblo hace lo que ignora por qué lo hace”; pero sobre los ritos de los judíos, las causas porque fueron instituidos por la autoridad divina, la ma- nera que se observó en su establecimiento, y cómo después por la misma autoridad en el tiempo en que convino se los quitaron al pueblo de Dios, a quien fue servido revelar el misterio de la vida eterna, ya en otra parte lo hemos expuesto, principalmente cuando disputamos contra los maniqueos, y en estos libros lo manifestaremos también en lugar más oportuno.

CAPITULO XII

Que descubierta la vanidad de los dioses de los gentiles, es, sin duda, que no pueden ellos dar a ninguno la vida eterna, pues que no ayudan tampoco para esta vida temporal Mas ahora acerca de estas tres teologías que los griegos llaman mítica, física y política, y en idioma latino pueden llamarse fabulosa, natural y civil, de ésta hemos demostrado que no se debe esperar la vida eterna; tampoco de la fabulosa, a la cual, aún los mismos que adoran muchos y falsos dioses, con bastante libertad reprenden; y menos de la civil, cuya parte principal se convence ser la fabulosa, descubriéndose que es muy semejante a ella y aun peor; pero si no pareciese suficiente a los incrédulos lo que hemos referido en este libro, añada también lo que hemos dicho copiosamente en los precedentes, y especialmente en el IV, hablando de Dios, dador y dispensador de la felicidad.

Porque ¿a quién debieran consagrarse los hombres por amor de la vida eterna, sino sólo a la felicidad, si ésta fuera diosa? Y, supuesto que no lo es, sino un don de Dios, ¿a qué dios sino al dador de la felicidad nos hemos de consagrar los que con piadosa caridad amamos y deseamos la vida eterna, donde se halla la verdadera y completa felicidad? Que ninguno de los dioses que con tanta torpeza se reverencian, y que si no los adoran más torpemente se enojan, aunque se confiesan ellos mismos por espíritus inmundos; que ninguno de és- tos, digo, sea dador de la felicidad, creo que por lo que llevamos referido ninguno tiene que dudar; y el que no da la felicidad, ¿cómo podrá dar la vida eterna? ¿Cuál es la causa porque llamamos vida eterna aquella donde hay felicidad sin fin? Pues si el alma vive en las penas eternas, donde también los espíritus malignos han de ser atormentados, mejor debe ser llamada aquélla muerte eterna que, vida; porque no hay muerte mayor ni más temible que aquella donde no muere la muerte; pero como la naturaleza del alma, que fue criada inmortal, no puede existir sin alguna vida, cualquiera que sea, su muerte más infausta es hallarse ajena y privada de la vida de Dios en la eternidad del tormento. De donde se infiere que la vida eterna, esto es, la feliz y bienaventurada sin fin, sólo la da el que da la verdadera felicidad; la cual, por cuanto está demostrado que no la pueden dar los dioses que reverencian esta teología civil, por lo mismo, no sólo no se les debe venerar por interés de las cosas temporales y terrenas, según lo manifestamos en los cinco libros anteriores, pero mucho menos por la vida eterna que esperamos después de la muerte; lo cual hemos probado en este solo libro, aprovechándonos también de las máximas establecidas en los precedentes, y por cuanto suele estar demasiado arraigada la malicia de una envejecida costumbre, si a alguno le pareciere que hemos dicho poco en razón de condenar y desterrar, esta teología civil, atienda con diligencia a lo que con el favor de Dios estudiaremos en el libro siguiente.

LIBRO SEPTIMO LOS DIOSES SELECTOS DE LA TEOLOGÍA CIVIL PROEMIO

Si pareciere que soy algo más exacto y prolijo en procurar arrancar y extirpar las perversas y envejecidas opiniones contrarias a la verdadera religión, las cuales tenía arraigadas profunda y obstinadamente en los corazones meticulosos el error en que tanto tiempo había estado el género humano; y si vieren dedicar mis tareas literarias, y según lo que alcanzan mil facultades intelectuales cooperar, con la gracia de aquel que como verdadero Dios es poderoso, para extirparlas (aunque los ingenios que son más vivos y superiores en la comprensión quedan y suficientemente satisfechos con los libros que dejamos explicados), lo habrán de sufrir con paciencia; y por amor a la salud eterna de sus prójimos, entender no es superfluo lo que ya respecto de ellos echan de ver que no es necesario. Grande negocio, y muy interesante es el que se hace cuando se predica y enseña que se debe buscar y adorar la verdadera y realmente santa esencia divina, y aun cuando ella no nos deje suministrar los medios necesarios para sustentar la humana fragilidad de que al presente estamos vestidos; sin embargo, la causa final por que se debe buscar y adorar, no es el humo transitorio de esta vida mortal, sino la vida dichosa y bien aventurada, que no es otra sino la eterna.

CAPITULO PRIMERO

Si habiéndonos constado que no hay divinidad en la teología civil, debemos creer que la debemos hallar en los dioses que llaman selectos o escogidos. Que esta divinidad, o, por decirlo así, deidad (porque ya tampoco los nuestros se recelan de usar de esta palabra, por traducir del idioma griego lo que ellos llaman Ceoteta), que esta divinidad o deidad, digo, no se halla en la teología denominada civil (de la cual disputó Marco Varrón en 16 libros), es decir, que la felicidad de la vida eterna no se alcanza con el culto de semejantes dioses, cuales instituyeron las ciudades, y del modo que ellas establecieron fuesen adorados; a quien esta verdad no hubiera aún convencido con la doctrina propuesta en el libro VI que acabamos de concluir, en leyendo acaso éste, no tendrá que desear más para la averiguación de esta cuestión; porque es factible piense alguno que por la vida bienaventurada, que no es otra sino la eterna, se debe tributar adoración a los dioses selectos y principales que Varrón comprendió en el último libro, de los cuales tratamos ya: sobre este punto no digo lo que indica Tertuliano, quizá con más donaire que verdad: "Que si los dioses se escogen como las cebollas, sin duda que los demás se juzgan por impertinentes"; no digo esto porque observo que de los escogidos se eligen igualmente algunos para algún otro objeto mayor y más excelente; así como en la milicia luego que se ha levantado y escogido la gente bisoña, de ésta también se eligen para algún lance mayor y más importante de la guerra los más útiles, y cuando en la Iglesia se escogen y eligen los propósitos y cabezas, no por eso reprueban a las demás, llamándose con razón todos los buenos fieles escogidos.

Elígense para un edificio las piedras angulares, sin reprobar las demás, que sirven para otros destinos y partes del edificio. Escógense las uvas para comer, sin reprobar las demás que dejamos para beber, y no hay necesidad de discurrir por otros ramos, siendo este asunto sumamente claro; por lo cual, no porque algunos dioses sean escogidos entre muchos, se debe menospreciar, o, al que escribió sobre ellos, o a los que los adoran, o a los mismos dioses, antes se debe advertir quiénes sean éstos y para que efecto los escogieron.

CAPITULO II

Cuáles son los dioses elegidos y si se les excluye de los oficios de los dioses plebeyos Varrón enumera y encarece en uno de sus libros estos dioses elegidos: Jano, Júpiter, Saturno, Genio, Mercurio, Apolo, Marte, Vulcano, Neptuno, Sol, Orco, el padre Libero, la Tierra, Ceres; Juno, la Luna, Diana, Minerva, Venus y Vesta. Poco más o menos, entre todos son veinte, doce machos y ocho hembras. Se pregunta si estos dioses llámanse elegidos por sus mayores administraciones en el mundo o porque son más conocidos por los pueblos y se les rinde mayor culto. Si es precisamente porque son de orden superior las obras que administran, no debíamos haberlos encontrado entre aquella turba de dioses casi plebeyos, destinados a trabajillos casi insignificantes. Comencemos por Jano. Este, cuando se concibe la prole, de donde toman principio todas las obras, distribuidas al por menor a los dioses pequeños, abre la puerta para recibir el semen. Allí se halla también Saturno por el semen mismo. Allí alienta también Libero, que, haciendo derramar el semen, libra al varón. Allí también L¡bera, que otros quieren que sea Venus a la vez, que presta a la hembra el mismo servicio, con el fin de que también ella, emi- tido el semen, quede libre.

Todos éstos son de los llamados selectos. Pero también se halla allí la diosa Mena, que preside los menstruos al correr. Esta, aunque es hija de Júpiter, es plebeya. La provincia de

los menstruos corrientes asígnala el mismo autor en el libro de los dioses selectos a Juno, que es la reina de los elegidos. Lucina, como Juno, con la susodicha Mena, su hijastra, preside la menstruación. Allí hacen acto de presencia también dos obscurísimas divinidades, Vitunno y Sentino, de los cuales uno da la vida a la criatura; y otro, los sentidos. En realidad, dan mucho más, siendo tan vulgares, que los otros próceres y selectos. Porque ¿qué es, sin vida y sin sentido, lo que la mujer lleva en su seno sino un no sé qué abyectisimo y comparable al cieno y al polvo?

CAPITULO III

Nulidad de la razón aducida para mostrar la elección de algunos dioses, siendo más excelente el cometido asignado a muchos inferiores 1. ¿Cuál fue la causa que compelió a tantos dioses elegidos a entregarse a las obras más insignificantes, cuando en la partición de esta munificencia son superados por Vitunno y por Sentino, que duermen en las sombras de una obscura fama? Da Jano, dios selecto, entrada al semen y le abre la puerta, por así decirlo. Confiere Saturno, también selecto, el semen mismo, y Libero, selecto, a su vez confiere la emisión del semen a los varones. Esto mismo confiere Libera, que es Ceres o Venus, a las hembras.

Da Juno, la elegida, pero no sola, sino con Mena, hija de Júpiter, los menstruos corrientes para el crecimiento de lo concebido. Confiere el obscuro y plebeyo Vitunno la vida, y el obscuro y plebeyo Sentino el sentido, funciones ambas que sobrepujan las de los otros dioses en la misma proporción que la vida y, el sentido son superados por el entendimiento y la razón. Como los seres racionales y dotados de entendimiento son más poderosos, sin duda, que los que viven y sienten sin entendimiento y sin razón, como las bestias, así los seres dotados de vida y de sentido merecidamente llevan la preferencia a los que ni viven ni sienten. Se debió, pues, colocar entre los dioses selectos a Vitunno, vivificador, y a Sentino, sensificador, antes que a Jano, admisor del semen, y que a Saturno, dador o creador del mismo, y que a Libero y a Libera, movedores o emisores de él. Es monstruosa la sola imaginación de los sémenes sin vida y sin sentido. Estos dones escogidos no los dan los dioses selectos, sino ciertos dioses desconocidos y que están al margen de la dignidad de éstos.

Si encuentran respuesta adecuada para atribuir, y no sin razón, a Jano el poder de todos los principios, precisamente en que abre la puerta a la concepción, y para asignar, el de todos los sémenes a Saturno, en que no puede separarse la seminación del hombre de su propia operación; y asimismo, para imputar a Libero y a Libera el poder de emitir los sémenes todos, en que presiden también lo tocante a la sustitución de los hombres, y para decir que la facultad de purgar y dar a luz es privativa de Juno, precisamente en que no falta a las purgaciones de las mujeres y a los partos de los hombres, busquen respuesta para Vitunno y Sentino, si quieren que estos dioses presidan a todo lo que vive y siente. Si conceden esto, consideren la sublimidad del lugar en que han de colocarlos, porque nacen de semen se da en la tierra y sobre la tierra; en cambio, vivir y sentir, según opinan ellos, se da también en los dioses del cielo. Si dicen que éstas solas son las atribuciones de Vitunno y Sentino, vivir en la carne y adminicular a los sentidos, ¿por qué aquel Dios que hace vivir y sentir a todas

las cosas no dará también vida y sentido a la carne, extendiendo con su operación universal este don a los partos? ¿Qué necesidad hay de Vitunno y de Sentino?

Si Aquel que con su regencia universal preside la vida y los sentidos confió estas cosas carnales, como bajas y humildes, a éstos como a siervos suyos, ¿están los dioses selectos tan faltos de domésticos, que no encuentren a quienes confiar estas cosas, sino que con toda su nobleza, causa aparente de su altivez, se ven obligados a desempeñar las mismas funciones que los plebeyos? Juno, elegida y reina, esposa y hermana de Júpiter, es Iterduca de los niños y ejerce su oficio con dos diosas de las más vulgares, con Abeona y con Adeona. Allí colocaron también a la diosa Mente encargada de dar buena mente a los niños, y no se la elevó al rango de los dioses selectos, como si pudiera proporcionarse algo mayor al hombre. En cambio, se elevó a ese rango a Juno, por ser Iterduca y Domiduca, como si fuera de algún provecho tomar el camino y ser conducido a casa si la mente no es buena. Los electores no tuvieron a bien enumerar la diosa que da este bien entre los dioses selectos. Sin duda que ésta debe ser antepuesta aun a Minerva, a la cual atribuyeron, entre tantas obras pequeñas, la memoria de los niños. ¿Quién pondrá en tela de juicio que es mucho mejor tener una buena mente que una memoria de las más prodigiosas? Nadie que tenga buena mente es malo, mientras que algunos pésimos tienen una memoria asombrosa. Estos son tanto peores cuanto menos pueden olvidar lo mal que imaginan.

Con todo, Minerva está entre los dioses selectos, y la diosa Mente se halla arrinconada entre la canalla. ¿Qué diré de la Virtud? ¿Qué de la Felicidad? Ya he dicho mucho sobre ellas en el libro IV. Teniéndolas entre las diosas, no quisieron honrarlas con un puesto entre los dioses selectos, y honraron a Marte y a Orco, uno hacedor de muertes, y otro, receptor de las mismas 2. Viendo, como vemos, a los dioses de la elite confundidos en sus mezquinas funciones con los dioses inferiores, como miembros del senado con el populacho, y hallando, como hallamos, que algunos de los dioses que no han creído dignos de ser elegidos tienen oficios mucho más importantes y nobles que los llamados selectos, no podemos menos de pensar que se les llama selectos y primates no por su más prestante gobierno del mundo, sino porque han tenido la fortuna de ser más conocidos por los pueblos. Por eso dice Varrón que a algunos dioses padres y a algunas diosas madres les sobrevino la plebeyez, igual que a los hombres.

Si, pues, la Felicidad no cumplió que estuviera entre los dioses selectos justamente quizá porque alcanzaron tal nobleza no por sus méritos, sino fortuitamente, siquiera, colóquese entre ellos, o mejor, antes que ellos, a la Fortuna. Esta diosa, creen, confiere a cada uno sus bienes no por disposición racional, sino a la buena de Dios, a tontas y a locas. Esta debió ocupar el primer puesto entre los dioses selectos, ya que entre ellos hizo la principal ostentación de su poder. La razón es que los vemos escogidos, no por su destacada virtud, no por una felicidad racional, sino por el temerario poder de la Fortuna, según el sentir de sus adoradores.

Tal vez el mismo disertísimo Salustio tiene la atención fija en aquellos dioses, cuando escribe: “En realidad de verdad, la Fortuna señorea todas las cosas. Ella lo enaltece y lo encubre todo, más por capricho que por verdad.” No puede hallarse el porqué de que se encomie a Venus y se encubra a la Virtud, siendo así que a una y a otra consagraron ellos por diosas y no hay cotejo posible en sus méritos. Y si mereció ser ennoblecida cabalmente

por ser más apetecida, pues es indudable que aman muchos más a Venus que a la Virtud, ¿por qué se elogió a la diosa Minerva y se dejó en la penumbra a la diosa Pecunia, siendo así que entre los mortales halaga mucho más la avaricia que la pericia? Aun entre los mismos que cultivan el arte te verás negro para encontrar un hombre cuyo arte no sea venal a costa de dinero. Siempre se estima más el fin que mueve a la obra que la obra hecha. Si esta selección ha sido obra del juicio de la insensata chusma, ¿por qué no se ha preferido la diosa Pecunia a Minerva, pues que hay muchos artífices por el dinero?

Y si esta distinción es obra de unos cuantos sabios, ¿por qué no han preferido la Virtud a Venus, cuando la razón la prefiere con mucho? Siquiera, como he dicho, la Fortuna, que, según el parecer de los que creen en sus muchas atribuciones, señorea todas las cosas y las enaltece y encubre más por capricho que por verdad, debiera ocupar el primer puesto entre los dioses elegidos, ya que goza de vara tan alta con los dioses, es verdad y que es tanto su valimiento, que, por su temerario juicio, ensalza a los que quiere y encubre a los que le place. ¿O es que no le fue posible colocarse allí, quizá no por otra razón que porque la Fortuna misma creyó tener fortuna ad- versa? Luego, se opuso a sí misma, puesto que, haciendo nobles a los otros, no se ennobleció a sí misma.

CAPITULO IV

Que mejor se portaron con los dioses inferiores, quienes no son infamados con oprobio alguno, que con los selectos, cuyas increíbles torpezas se celebran en sus funciones Todo el que fuese deseoso de la humana gloria y alabanza celebraría a estos dioses selectos, y los llamaría afortunados si no los viese escogidos más para sufrir injurias que para obtener honores; porque su misma vileza tejió y formó aquella ínfima turba para no cubrirse de oprobios. Nosotros nos mofamos seguramente cuando los vemos distribuidos (repartidos entre sí sus respectivos encargos, con las ficciones de las opiniones humanas) como arrendadores de alcabalas, o como artífices de las obras de plata, donde para que salga perfecto un pequeño vaso pasa por las manos de muchos artífices, cuando podría perfeccionarse por un oficial instruido en su arte. Aunque no se opinó lo contrario, resolviendo que debía consultarse a la multitud de los artífices, pues se deliberó así para que cada uno de ellos aprendiese breve, y fácilmente cada una de las .partes de su oficio, y todos ellos. no fuesen obligados a perfeccionarse tardíamente y con dificultad en un arte sola. Con todo eso, apenas se halla uno de los dioses no selectos, que por algún crimen abominable no haya incurrido en mala fama; y apenas nin- guno de los elegidos que no tuviese sobre su honor una singular nota de alguna insigne afrenta: éstos descendieron a los humildes ministerios de éstos, y aquéllos no llegaron a perpetrar los detestables y públicos crímenes de aquéllos.

De Jano no me ocurre fácilmente acción alguna que pertenezca a su deshonor e infamia; y acaso fue tal, que observó una vida inocente, absteniéndose de los delitos y pecados obscenos que a los demás se acumulan; recibió, pues, con benignidad y cariño a Saturno cuando andaba huido vagando por todas partes: partió con su huésped el reino, fundando cada uno de éstos una ciudad, Jano a Janículo, y Saturno a Saturnia; pero los que en el culto de los dioses apetecen todo desdoro a aquel cuya vida hallaron menos torpe, deshonraron su estatua con una monstruosa deformidad, pintándole ya con dos caras, ya con cuatro, como

gemelo; ¿por ventura, quisieron que porque muchos dioses escogidos, perpetrando los más horrendos crímenes, habían perdido la frente, siendo éste el más inocente, apareciese con mayor número de frentes?

CAPITULO V

De la doctrina secreta de los paganos, y de sus razones físicas Pero mejor será oír sus propias interpretaciones físicas con que procuran, bajo el pretexto de exponer una doctrina más profunda, disimular la abominación y torpezas de sus miserables errores: primeramente Varrón exagera sobremanera estas interpretaciones, diciendo que los antiguos fingieron las estatuas, las insignias y ornamentos de los dioses, para que, viéndolos con los ojos corporales los que hubiesen penetrado y aprendido la misteriosa doctrina, pudiesen examinar con los del entendimiento el alma del mundo y sus partes, esto es, los verdaderos dioses; y que los que fabricaron sus estatuas en figura humana, parece lo hicieron así por cuanto el espíritu de los mortales, que reside en el cuerpo humano, es muy semejante al alma inmortal, como si para designar los dioses se pusiesen algunos vasos; y en el templo de Libero se colocase una vasija que sirva de traer vino, para significar el vino, tomando por lo que contiene lo contenido Esto supuesto, decimos que por la estatua que tiene forma humana se significa el alma racional, porque en ella, como en un vaso, suele existir esta naturaleza, la cual creen que es dios o los dioses.

Esta es misteriosa doctrina que había penetrado el doctísimo Varrón, de donde pudo deducir y enseñar estas máximas. Pero ¡oh hombre ingeniosísimo!, por ventura, alucinado con los misterios de esta doctrina, ¿te has olvidado de aquella tu innata prudencia, con que con mucho juicio sentiste que las primeras estatuas que notaste en el pueblo no sólo quitaron el temor a sus ciudadanos, sino acrecentaron y añadieron errores condenables, y que más santamente reverenciaron a los dioses sin estatuas los antiguos romanos? Porque éstos te dieron autoridad para que te atrevieras a propalar tal injuria contra los romanos que después se siguieron. Pues aun concedido que los antiguos hubieran venerado las estatuas, no hubiera sido mejor entregarle al silencio por el temor popular de que te hallas poseído, que con la ocasión de exponer estas perniciosas y vanas ficciones. publicar y pregonar con una vanidad y arrogancia extraordinaria los misterios de tan detestable doctrina? Sin embargo, está tu alma, tan docta e ingeniosa (por lo que te tenemos mucha lástima) no obstante de hallarse ilustrada con los misterios de esta doctrina, de ningún modo pudo llegar a conocer al sumo Dios, esto es, a Aquel por quien fue hecha, no con quien fue formada el alma; no a aquel cuya porción es, sino cuya hechura y criatura es; no al que es el alma de todos, sino al que es el criador de todas las almas, por cuya ilustración llega a ser el alma bienaventurada, si no corresponde ingrata a sus beneficios: pero qué tales sean y en cuánto se deben estimar los misterios de esta doctrina, lo que se sigue lo manifestará.

Confiesa, con todo, el doctísimo Varrón que el alma del mundo y sus partes son verdaderos dioses; de este principio se deduce que toda su teología, que es, en efecto, la natural, a quien atribuye una singular autoridad, cuanto se pudo extender fue hasta la naturaleza del alma racional; porque de la natural muy poco dice en el prólogo de este libro, donde veremos si por las interpretaciones fisiológicas puede referir a esta teología natural la civil, que fue la última donde escribió de los dioses escogidos, que, si puede hacerlo, toda será

natural. ¿Y qué necesidad había de distinguir con tanto cuidado la civil de ella? Y si la distinción fue buena, supuesto que ni la natural, que tanto le contenta, es verdadera, porque se extiende únicamente hasta el alma, y no hasta el verdadero Dios, que crió la misma alma, cuánto más despreciable será y falsa la civil, pues se ocupa principalmente en disertar acerca de la naturaleza de los cuerpos, como lo mostrarán sus mismas interpretaciones que con tanta exactitud y escrupulosidad han examinado y referido estos espíritus fanáticos, de los cuales necesariamente habré de referir alguna particularidad.

CAPITULO VI

De la opinión de Varrón, que pensó que Dios era el alma del mundo, y que, con todo, en sus partes tenía muchas almas, y que la naturaleza de éstas es divina Dice, pues, el mismo Varrón, hablando en el prólogo todavía de la teología natural, que él es de opinión que Dios es el alma del mundo a quien los griegos llaman Kosmos, y que este mismo mundo, es dios; pero que así como el hombre sabio, constando de cuerpo y alma, se dice sabio por aquella parte del alma que le ennoblece, así el mundo se dice dios por la misma parte del alma, por cuanto consta de alma y cuerpo. Aquí parece confiesa, como quiera, un dios; mas por introducir también otros muchos, añade que el mundo se divide en dos partes: en cielo y tierra; y el cielo en otras dos: éter y aire; y la tierra en agua y tierra, de cuyos elementos asegura ser el supremo el éter; el segundo el aire; el tercero el agua, y el ínfimo la tierra; y que todas estas cuatro partes están pobladas de almas, esto es, que en la parte etérea y en el aire se hallan las dos de los mortales; en el agua y en la tierra las de los inmortales; que desde la suprema esfera del cielo hasta el círculo de la luna, las almas etéreas son los astros y las estrellas; que éstos, que son dioses celestiales, no sólo se ven con el entendimiento, sino que también se observan con los ojos, que entre el círculo de la luna y la última región de las nubes y vientos están las almas etéreas; pero que éstas se alcanzan a ver sólo con el entendimiento, y no con los ojos; y que se llaman Heroas, Lares y Genios. Esta es, en efecto, la teología natural que brevemente propone en este su preámbulo, la cual le contentó no sólo a él, sino también a muchos filósofos; de la cual trataremos más particularmente cuando, auxiliados del verdadero Dios, hubiéremos concluido con lo que resta de la civil, por lo que se refiere a los dioses escogidos.

CAPITULO VII

Si fue conforme a razón hacer dos dioses distintos a Jano y Término Pregunto, pues, de Jano, por quien comenzó Varrón la genealogía de los dioses, ¿quién es? Responden que es el mundo. Breve sin duda y clara la respuesta. Mas ¿por qué dicen pertenecen a éste los principios de las cosas naturales, y los fines a otro, que llaman Término? Porque con respecto a los principios y fines, cuentan que dedicaron a estos dioses dos meses (además de los diez que empiezan desde marzo hasta diciembre), januario o enero a Jano, y febrero a Término; y por lo mismo, dicen que en el mismo mes de febrero se celebran las fiestas terminales, en las que practican la ceremonia de la purificación que llaman Februo, de que la misma deidad tomó su apellido; pero pregunto, ¿cómo los principios de las cosas naturales pertenecen acaso al mundo, que es Jano, y no le pertenecen los fines, de suerte que sea necesario acomodar y proveer a los fines de otro dios? ¿Acaso todas las cosas que

insinúan se hacen en este mundo, no confiesan también que se terminan en este mismo mundo? ¿Qué impertinencia es ésta; darle la mitad del poder en cuanto al ejercicio, y dos caras en las estatuas?

¿Por ventura no interpretaran con más propiedad a este dios de dos caras, si dijeran que Jano y Término eran una misma deidad y acomodaran, la una cara a los principios, y a los fines la otra, pues el que hace alguna cosa debe atender a lo uno y a lo otro; porque siempre que uno se mueve a producir cualquier acción que sea, si no mira al principio tampoco mira al fin? Y así es necesario que la memoria, cuando se pone a recordar alguna especie, tenga juntamente consigo la intención de mirar al fin; porque al que se le olvidare lo que comenzó, ¿cómo ha de poder concluirlo? Y si entendieran que la vida bienaventurada principiaba en este mundo y que acababa fuera de él, y por lo mismo atribuyeran a Jano, esto es, al mundo, la potestad sola de los principios, sin duda que prefirieran y pusieran antes de él a Término, y a éste no le excluyeran del número de los dioses escogidos, aunque ahora, cuándo consideran igualmente en estos dioses los principios y fines de las cosas temporales, con todo, debía ser preferido y más honrado Término; porque es indecible el contento que experimenta cuando se pone fin a una obra, ,ya que los principios siempre están llenos de dificultades hasta que se conducen a buen fin, el cual, principalmente, atiende, procura, espera y sumamente desea el que empieza alguna cosa, y no se ve contento y satisfecho con lo comenzado si no lo acaba.

CAPITULO VIII

Por qué razón los que adoran a Jano fingieron su imagen de dos caras, la cual, con todo, quieren también que la veamos de cuatro Pero salga ya al público la interpretación de la estatua de Jano Bifronte, o de dos caras: dicen que tiene dos, una delante y otra a las espaldas, porque el hueco de nuestra boca, cuando la abrimos, parece semejante al mundo, y así al paladar los griegos le llamaron Uranon, y algunos poetas latinos le llamaron cielo. Desde este hueco de la boca se ve una puerta o entrada, de la parte de afuera, hacia los dientes, y otra de la parte de adentro, hacia la garganta. Ved aquí en lo que ha parado el mundo, por adaptar el nombre griego o poético que significa nuestro paladar; pero esto ¿qué tiene que ver con el alma? ¿Qué con la vida eterna? Adórese a este dios por solas las salivas, supuesto que ambas puertas del paladar se abren delante del cielo, ya para tragarlas o ya para expelerlas. ¿Y qué mayor absurdo que no hallar en el mismo mundo dos puertas contrapuestas, una enfrente de otra, por las cuales pueda recibir algún alimento dentro o expelerlo afuera?

Tampoco nuestra boca y garganta tienen semejante con el mundo, y menos el querer fingir, en Jano la imagen del mundo por solo el paladar, cuya semejanza no tiene Jano; y cuando le hacen de cuatro caras y le llaman Jano Gémino, lo interpretan por las cuatro partes del mundo, como si el mundo tendiese la vista y mirase algún objeto de afuera, como Jano le observa por todas sus caras; además, si Jano es el mundo, y éste consta de cuatro partes, falsa es la estatua de Jano que tiene dos caras; o, si es verdadero, por que también en el nombre de Oriente y Occidente sabemos entender todo el mundo, pregunto: cuando nombramos las otras dos partes, del Septentrión y del Mediodía, ¿por qué llaman a aquel Jano de cuatro caras Gémino? ¿Hemos de llamar igualmente al mundo Gémino?

Ciertamente, no tienen expresiones adecuadas para poder interpretar y acomodar las cuatro puertas que están abiertas para los que entran y salen, a semejanza del mundo, así como las tuvieron, por lo menos, para poderlo decir de Jano Brifonte, en boca del hombre si no es que los socorra Neptuno dándoles partes de un pez, que además de la abertura de la boca y de la garganta tengan también otras dos a la diestra y a la siniestra, y, sin embargo de tantas, puertas, no hay alma que se pueda escapar de tal ilusión, si no es la que oye a la misma verdad, que le dice: Ego sum Janus. Yo, soy la puerta.

CAPITULO IX

De la potestad de Júpiter y de la comparación de ésta con Jano Declaramos, pues, quién es el que quieren entendamos por Jove, a quien llaman también Júpiter; es un dios, responden, que tiene dominio y potestad absoluta sobre las causas que obran en el mundo; y cuán grande sea esta excelencia o prerrogativa, lo declara el celebrado verso de Virgilio, "dichoso el que consigue saber las causas de las cosas"; pero la razón por que se prefiere Jano, nos la insinúa el ingenioso y docto Varrón, cuando dice: "Jano ejerce potestad sobre las cosas primeras, y Júpiter sobre las principales"; así que con razón Júpiter es tenido por rey o monarca de todos; porque lo sumo vence a lo primero, pues aunque lo primero preceda en tiempo, sin embargo, lo sumo se le aventaja en dignidad; pero esto estuviera bien dicho cuando en las cosas que se hacen se distinguieran las primeras y las sumas, así como el principio de una acción es el partir y lo sumo el llegar; el principio de ella es empezar a aprender, y lo sumo, alcanzar la ciencia; y así en todas las cosas lo primero es el principio, y lo sumo el fin; mas este punto ya le tenemos averiguado entre Jano y Término; con todo, las causas que se atribuyen a Júpiter son las eficientes, y no los efectos a las cosas hechas, no siendo posible de modo alguno que ni aun en tiempo sean primero que ellas los efectos o cosas hechas, o los principios de las hechas, porque siempre es primero la causa eficiente y activa que la que es hecho o pasiva; por lo cual, si tocan y pertenecen a Jano los principios de las cosas que se hacen o están hechas, no por eso son primero que las causas eficientes que atribuyen a Júpiter, 'pues así como no se hace cosa alguna, así tampoco se empieza a hacer alguna a que no haya precedido su causa eficiente, y realmente si a este dios, en cuya suprema potestad, están todas las causas de todas las naturalezas hechas, y de las cosas naturales llaman los gentiles Júpiter, y le reverencian con tantas ignominias y tan abominables culpas, más sacrílegos son que si no le tuviesen por dios.

Y así, más acertadamente obrarían poniendo a otro que mereciera y le cuadrara aquella torpe y obscena veneración el nombre de Júpiter, colocando en su lugar algún objeto vano de que blasfemaran, como dicen que a Saturno le pusieron una piedra para que la comiese en lugar de su hijo, que no decir que este dios truena y adultera, gobierna todo el mundo y comete tantas maldades, y que tiene en su mano las causas sumas de todas las naturalezas y cosas naturales, y que las suyas no son buenas. Asimismo pregunto: ¿qué lugar dan entre los dioses a Júpiter, si Jano es el mundo? Porque, según la doctrina de este autor, el alma del mundo y sus partes son los verdaderos dioses, y así, todo lo que esto no fuere, según éstos, sin duda no será el verdadero dios. ¿Dirán, por Ventura, que Júpiter es el alma del mundo y Jano su cuerpo; esto es, este mundo visible? Si así lo persuaden, no habrá motivo

para poder decir que Jano es dios, porque el cuerpo del mundo no es dios, aun según su mismo sentir, sino el alma del mundo y sus partes.

Por, lo que el mismo Varrón dice claramente que su opinión es que Dios es el alma del mundo, y que este mismo mundo es Dios, pero que así como el hombre sabio, constando de alma y cuerpo, sin embargo, se dice sabio por el alma que le ennoblece, el mundo se dice dios por la misma alma, constando, como consta también, de alma y de cuerpo; de donde se infiere que el cuerpo solo del mundo no es dios, sino, o sola su alma, o juntamente el cuerpo y el alma; por la misma razón, si Jano es el mundo y dios es Jano, ¿querrán acaso decir que Júpiter, para que pueda ser dios, es necesario sea alguna parte de Jano? Antes, por el contrario, suelen atribuir el poder absoluto sobre todo el universo a Júpiter, y por eso dijo Virgilio "que todo el mundo estaba lleno de Júpiter" Así que Júpiter, para que sea dios, y especialmente rey y monarca de los dioses, no puede ima- ginar sea otro que el mundo, para que así reine sobre los demás dioses, que según éstos son sus partes. Conforme a esta opinión, el mismo Varrón, en el libro que compuso distinto de éstos, acerca del culto y reverencia de los dioses, declara unos versos de Valerio Sorano, que dicen así: "Júpiter todopoderoso es el progenitor de los reyes, de las cosas naturales y de todos los dioses, y el progenitor de los dioses es un dios y todos los dioses."

CAPITULO X

Si es buena la distinción de Jano y de Júpiter Siendo, pues, Jano y Júpiter el mundo, y siendo uno solo el mundo. ¿por qué son dos dioses Jano y Júpiter? ¿Por qué de por sí tienen sus templos, sus aras, diversos ritos y diferentes estatuas? Si es porque una es la virtud y naturaleza de los principios y otra la de las causas, y la primera tomó el nombre de Jano y la segunda de Júpiter, pregunto: si porque un juez tenga en diferentes negocios dos jurisdicciones o dos ciencias, ¿hemos de decir que por cuanto es distinta la, virtud y la, naturaleza de cada una de ésta, por eso son dos jueces o dos artífices? Y en iguales circunstancias, porque un mismo dios tenga potestad sobre los principios y él mismo la tenga sobre las causas, ¿acaso por eso es forzoso imaginemos dos dioses, porque los principios y las causas son dos cosas? Y si esto les parece que es conforme a razón, también dirán que el mismo Júpiter será tantos dioses cuantos son los sobrenombres que le han puesto con relación a tantas facultades como tiene y ejerce, ya que son muchas y diversas las causas por las cuales le pusieron tantos sobrenombres, de los cuales referiré algunos.

CAPITULO XI

De los sobrenombres de Júpiter que se refieren no a muchos dioses, sino a uno mismo Llámanle vencedor, invicto, auxiliador, impulsador, estator, cien pies, Supinal, Tigilio, Almo, Rumino y de otras maneras que sería largo el referirlas. Todos estos sobrenombres pusieron a un solo dios con respecto a diferentes causas y potestades, y, con todo, no en atención a tantos objetos, le obligaron a que fuese otros tantos dioses, porque todo lo vencía y de nadie era vencido, pues socorría a los que lo habían menester, tenía poder para impeler, estar permanente, establecer, trastornar, sos- tenía y sustentaba el mundo con una

viga o puntal, todo lo mantiene y sustenta, y, finalmente, con la ruma, esto es, los pechos, cría los animales. Entre estas prerrogativas como hemos visto, algunas son grandes y otras pequeñas, y con todo, dicen que uno es el que lo hace todo.

Pienso que las causas y principios, de las cosas, que es el motivo por que quisieron que un mundo fuese dos dioses, Júpiter y Jano, están entre sí más conexas que su opinión, mediante la cual aseguran que contiene en si al mundo, y que da la leche a los animales; y, no obstante, para desempeñar estos dos ministerios, tan distintos entre sí en virtud y en dignidad, no fue preciso que fuesen dos dioses, sino un Júpiter, que por el primero se llamó Tigilo, viga o puntal, que tiene y sustenta, y por el segundo, Rumino, que da el pecho; no quiero decir que por dar el pecho a los animales que maman, mejor se le pudo llamar Juno que Júpiter, mayormente habiendo también otra diosa Rumina, que en este cargo le podía ayudar a servir, porque imagino responderán que Juno no es otra que Júpiter, conforme a los versos de Valerio Sorano, donde dice: "Júpiter todopoderoso es el progenitor de los reyes, de las cosas naturales y de los dioses y progenitora de los dioses." Pero pregunto ¿por qué se llamó también Rumino, pues es el mismo en el concepto de los que quizá con alguna más exactitud y curiosidad lo consideran, aquella diosa Rumina? Porque si con razón parecía impropio de la majestad de las diosas que en una sola espiga uno cuidase del nudo de la caña y otro del hollejo, ¿cuánto más indecoroso es que de un oficio tan ínfimo y bajo como es dar de mamar a los animales, cuide la autoridad de los dioses, que el uno de ellos sea Júpiter, que es el rey monarca de todos, y que esto no lo haga siquiera con su esposa, sino con una deidad humilde y desconocida, como es Rumina, y el propio Rumino; Rumino, acaso, por los machos que maman, y Rumina por las hembras? Cómo diría yo que no quisieron poner nombre de mujer a Júpiter, si en aquellos versos no le llamaran asimismo progenitor y progenitora, y entre otros nombres suyos no leyera que también se llama Pecunia, a cuya diosa hallamos entre aquellos oficiales munuscularios, como lo dijimos en, el libro IV; pero ya que la Pecunia la tienen los varones y las hembras, véanlo ellos por qué no se llamó igualmente Pecunia y Pecunio, como Rumina y Rumino.

CAPITULO XII

Que también Júpiter se llama Pecunia ¡Y con cuánto donaire y gracejo dieron razón de este nombre! "Llamábase también, dicen, Pecunia, porque todas las cosas son o dependen de la Pecunia." ¡Oh, qué plausible razón de nombre del dios! Antes aquel cuyas son todas las cosas es envilecido e injuriado siempre que se le llama pecunia o dinero; porque, respecto de todo cuanto hay en el Cielo y en la tierra, ¿qué es el dinero, en general, con respecto a cuanto posee el hombre con nombre de dinero? Pero, en efecto, la codicia puso a Júpiter este nombre, para que el que ama el dinero le parezca que ama no a cualquiera dios, sino al mismo rey y monarca de todos; mas fuera otra cosa muy diferente si se llamara riquezas, porque una cosa es riqueza y otra el dinero; porque llamamos ricos a los sabios, virtuosos y buenos, quienes, o no tienen dinero, o muy poco, y, con todo, son, en realidad, más ricos en virtudes, cuyo ornamento les basta aun en las necesidades corporales, contentándose con lo que poseen; y llamamos pobres a los codiciosos que están siempre suspirando, deseando y anhelando por las riquezas del mundo, sin embargo en su mayor abundancia no es posible dejen de tener necesidad, y al mismo Dios verdadero, con razón, le llamamos rico no por el

dinero, sino por su omnipotencia. Llámense también ricos los adinerados, mas en el interior son pobres si son ambiciosos; asimismo se llaman pobres los que no tienen dinero; pero interiormente son ricos si son sabios.

¿En qué estimación debe tener, pues, el sabio la Teología en la cual el rey y monarca de los dioses toma el nombre de aquel objeto: "que ningún verdadero sabio, deseó", y cuanto más con- gruamente, si se aprendiera con esta, doctrina alguna máxima saludable que fuese útil para la vida eterna, llamaran a Dios, que es gobernador del mundo, no dinero, sino sabiduría, cuyo amor nos purifica de la inmundicia de la codicia, esto es, del afecto y deseo desordenado del dinero?

CAPITULO XIII

Que declarando qué cosa es Saturno y qué es Genio, enseñan que el uno y el otro es un solo Júpiter Pero ¿qué necesidad hay de que hablemos más de este Júpiter a quien acaso se deben referir todas las otras deidades. sólo con el objeto de refutar la opinión que establece muchos dioses, supuesto que éste es el mismo que todos, ya sea teniéndolos por sus portes o potestades, ya sea que la virtud del alma, la cual imaginan difundida por todos los seres creados, haya tomado de Ias partes de esta máquina, de las cuales se compone este mundo visible, y de los diversos oficios y cargos de la naturaleza sus nombres, como si fuera de muchos dioses? Porque ¿qué es Saturno? "Es uno de los principales dioses, dice, en cuya potestad y dominio están todas las sementeras." Por ventura, la exposición de los versos de Valerio Sorano ¿no nos persuade, claramente que Júpiter es el mundo, y que expele de sí todas las semillas, y que asimismo las recibe en si? Luego él es en cuya mano está el dominio de todas las sementeras ¿Qué cosa es Genio? Es un dios, dice, que preside y tiene potestad sobre todo cuanto se engendra." ¿Y quién otro imaginan ellos tiene esta facultad, sino el mundo, de quien dice que Júpiter todopoderoso es progenitor y progenitora? Y cuando, en otro lugar, añade que el genio es el alma racional de cada uno, y que por eso cada uno tiene su genio particular, y que la tal alma del mundo es diosa, a esto mismo, sin duda, lo reduce, para que se crea que la misma alma del mundo es como un genio universal; luego éste es el mismo a quien llaman Júpiter; porque si todo genio es dios, y toda alma del hombre es genio, se sigue que toda alma del hombre sea dios; y si el mismo absurdo y desvarío nos compele a abominarlos, resta que llamen singularmente y como por excelencia dios a aquel genio de quien aseguran que es el alma del mundo, y, por consiguiente; Júpiter.

CAPITULO XIV

De los oficios de Mercurio y de Marte Pero a Mercurio y a Marte, ya que no hallaron medio para referirlos y acomodarlos entre algunas partes del mundo y entre las obras de Dios que se observan en los elementos, pudieran acomodarlos siquiera entre las operaciones de los hombres, designándolos por presidentes y ministros del habla y de la guerra; y el uno de éstos, que es Mercurio, si tiene la potestad de infundir el habla igualmente a los dioses, tendrá dominio también sobre el mismo rey de los dioses, si es que Júpiter habla conforme

a su voluntad y albedrío, o toma de él la virtud y facultad de hablar, lo cual ciertamente es un disparate.

Si dijeren que sólo se le atribuye la facultad de conceder el habla a los hombres, no es creíble quisiese Júpiter humillarse al oficio vil de dar de mamar no sólo a los niños, sino también a las bestias, por lo que se llamó Rumino, y se resistiese a que le tocase el cuidado y cargo de nuestra lengua, con que nos aventajamos a los irracionales. Conforme a esta doctrina, se deduce que uno mismo es Júpiter y Mercurio; y si la misma habla se llama Mercurio, como lo demuestran las interpretaciones que han escrito sobre la etimología y derivación de su nombre, por eso dicen se llamó Mercurio, como que corre por medio, por cuanto el habla, corre por medio entre los hombres; y por lo mismo se llamó Hermes en griego, porque el habla o la interpretación, que sin duda pertenece al habla, se llama Hermenia, por cuyo motivo preside sobre las mercaderías; porque entre los que venden y compran andan de por medio las palabras. Y ésta es la causa porque le ponen alas sobre la cabeza y en los pies, queriendo significar que vuela por los aires muy ligera la palabra, y que por eso se llamó mensajero, porque por medio de la palabra damos aviso y noticia de nuestros pensamientos y conceptos.

Si Mercurio, pues, es la misma palabra, aun por confesión de ellos, no es dios. Pero como hacen dioses a los que son demonios, suplicando y adorando a los espíritus inmundos, vienen a caer en poder de los que no son dioses, sino demonios De la misma manera, como no pudieron hallar para Marte algún elemento o parte del mundo adonde como quiera ejercitara alguna obra natural, dijeron que era dios de la guerra, que es obra de los hombres y no de la codicia; luego si la felicidad nos diera una paz sólida y perpetua, Marte no tuviera en qué entender; y si Marte es la misma guerra, así como Mercurio la palabra, ojalá que cuán claro está que no es dios, así no haya tampoco guerra que ni aun fingidamente se llame dios.

CAPITULO XV

De algunas estrellas a las que los gentiles pusieron los nombres de sus dioses Sino es que acaso estas estrellas sean los dioses cuyos nombres les pusieron, porque a una estrella llaman Mercurio, y asimismo a otra Marte; sin embargo, allí, esto es, en el globo celeste, está también la que llaman Júpiter, y, con todo, según éstos, el mundo es Júpiter; del mismo modo la que llaman Saturno, y, no obstante, además de ella le atribuyen otra no pequeña sustancia, es a saber: la de todas las simientes; allí también aquélla, que es la más clara y resplandeciente de todas, que llaman Venus, y, sin embargo, esta misma Venus quieren que sea también la Luna, aunque entre sí mismos sobre esta radiante y refulgente estrella sostienen una reñida controversia, así como sobre la manzana de oro la sustentaron Juno y Venus, porque el lucero unos dicen que es de Venus, y otros de Juno; pero, como acostumbra, vence Venus, pues son muchos mas los que atribuyen esta estrella a Venus, no hallándose apenas uno que sienta lo contrario.

¿Y quién podía dejar, de reírse al ver que dicen que Júpiter es rey y monarca de todos, observando, al mismo tiempo, que su estrella queda muy atrás en resplandor y claridad

respecto de la mucha que tiene la estrella de Venus; pues tanto más refulgente y resplandeciente debía ser aquélla que las demás, cuanto es Júpiter más poderoso que todos? Responden que así parece, porque ésta que notamos menos resplandeciente está más elevada y mucho más distante de la tierra; luego si la dignidad mayor mereció lugar más alto, ¿por qué allí Saturno está más elevado que Júpiter? ¿Cómo no pudo la vanidad de la fábula que hizo rey a Júpiter llegar hasta las estrellas, antes, por el contrario, permitió consiguiese Saturno en el cielo la gloria y preeminencia que no pudo adquirir en su reino ni en el Capitolio? ¿Por qué razón a Jano no le cupo alguna estrella?

Si es porque el mundo y todos están contenidos en él, también Júpiter es el mundo, y con todo eso la tiene. ¿O acaso éste negoció como pudo sus intereses, y en lugar de una estrella que no le cupo entre los astros se proveyó de tantas caras en la tierra? Asimismo, si por sólo las estrellas tienen a Mercurio y a Marte por partes del mundo para poderlos considerar como dioses supuestos, que, en realidad, la palabra y la guerra no son partes del mundo, sino actos y operaciones de los hombres, ¿por qué causa a Aries, a Tauro, Cáncer, a Escorpión y los demás semejantes a éstos, que reputan por signos celestes, y constan cada uno no de una sola estrella, sino de muchas, y dicen que están colocados más arriba en el supremo cielo, donde un movimiento más constante da a las estrellas un curso inalterable, por qué razón, digo, a éstos no les dedicaron aras, ni sacrificios, ni templos, ni los tuvieron por dioses, ni co- locaron no digo en el número de los escogidos, mas ni entre los humildes y casi plebeyos?

CAPITULO XVI

De Apolo y Diana y de los demás dioses escogidos, que quisieron fueran partes del mundo
A Apolo, aunque le tienen por adivino y médico, con todo, para poderle colocar en alguna parte del mundo, dicen que él es también el Sol, y asimismo su hermana Diana la Luna, que obtiene la intendencia de los caminos, queriendo sea doncella, porque no pare o produce cosa alguna, y asegurando que ambos tienen saetas, porque estas dos estrellas llegan con sus rayos desde el cielo hasta la tierra. Vulcano quieren que sea el fuego del mundo; Neptuno, las aguas; el padre Plutón, esto es, el orco o infierno, la parte terrena e ínfima del mundo. Libero y Ceres hacen presidentes de las semillas, o al uno, de las masculinas, y a la otra, de las femeninas, o a él que presida a la humedad, y a ella la sequedad de las semillas; todas las cuales virtudes se refieren, en efecto, al mundo, esto es, a Júpiter; pues por lo mismo se dijo progenitor y progenitora, porque echa y produce de si todas las semillas y las recibe en sí.

Igualmente quieren que la gran madre sea la misma, Ceres, de la cual dicen no ser otra que la tierra, a la cual llaman también Juno, y por eso la atribuyen las causas segundas de las cosas, con haber dicho de Júpiter que es progenitor y progenitora de los dioses, porque, según ellos, todo el mundo es el mismo Júpiter; a Minerva también, porque la designaron para que presidiese las artes humanas, y no hallaron estrella donde colocarla, dijeron que era, o la suprema parte etérea o la Luna; y de la misma Vesta creyeron era la mayor o más principal de todas las diosas, porque es la tierra; aunque al mismo tiempo imaginaron que se debía atribuir a ésta el fuego del mundo, más ligero, que pertenece y sirve para los usos ordinarios de los hombres, y no el violento, cual es el de Vulcano; y por eso quieren que

todos estos dioses escogidos sean este mundo; algunos todo él generalmente, otros sus partes; todo generalmente, como Júpiter; sus partes, como el Genio, la gran Madre, el Sol, la Luna, o, por mejor decir, Apolo y Diana; y, a veces, a un dios hacen muchas cosas, y otras a una cosa designan muchos dioses, fundados en que un dios abraza muchas, con el mismo Júpiter, pues éste es todo el mundo, éste sólo el cielo, y éste es y se llama estrella. Asimismo, Juno, la señora dispensadora de las causas segundas, es también el aire, la tierra y, si venciera a Venus, del mismo modo la estrella. De la misma manera, Minerva es la suprema parte etérea y la misma Luna, la cual imaginan que está en el lugar más ínfimo de la región etérea; y una misma cosa la hacen muchos dioses en esta conformidad, pues el mundo es Jano y es Júpiter; asimismo, la tierra es Juno, es la gran Madre y, es Ceres.

CAPITULO XVII

Que el mismo Varrón tuvo por dudosas sus opiniones acerca de los dioses Y así como todo lo que he puesto por ejemplo no explica, antes oscurece, este punto, así es en todo lo demás, pues conforme los lleva y arroja el ímpetu de su opinión errónea, así se abalanzan a esto y dejan aquello, tanto, que el mismo Varrón, primero, quiso dudar de todo que afirmar cosa alguna. Porque habiendo concluido el primer libro de los tres últimos que hablan de los dioses ciertos, empezando a tratar de los dioses inciertos, dice: “No porque en este libro tenga por dudosas las opiniones que hay acerca de los dioses debo ser reprendido, porque al que le pareciere que conviene y puede resolverse, lo podrá hacer cuando las hubiere leído; yo, respecto de mí, más fácilmente me persuadiré a que lo que dije en el primer libro lo tenga por dudoso, que no lo que hubiere de escribir en éste lo, resuelva todo como cierto e indudable.” Y así hizo incierto no sólo este libro de los dioses inciertos, sino también aquel de los ciertos; y en este tercero, relativo a los dioses escogidos, después que hizo su preámbulo, tomando para ello lo que le pareció de la teología natural, habiendo de comenzar a tratar de las vanidades y desarregladas ficciones de la teología civil, a cuyo examen imparcial no sólo no le dirigía ni encaminaba la verdad sencilla, sino que también le hacía grande fuerza y violencia la autoridad de sus antepasados:

“De los dioses públicos, dice, del pueblo romano escribiré en este libro, a quienes dedicaron templos y los celebraron adornándolos con muchas estatuas; mas como escribe Xenófanes Colonio, pondré lo que imagino y no lo que como cierto defiendo; porque de hombres es el dudar sobre estas cosas, y de Dios el saberlas.” Así que, habiendo de tratar de las instituciones hechas por los hombres con temor y recelo, promete exponer, no sucesos ignorados y que no les da crédito, sino máximas sobre las que hay opinión y razón para dudar; porque no del mismo modo que sabía que había mundo, que había, cielo y tierra, y veía al cielo resplandeciente y adornado de estrellas, y a la tierra fértil y poblada de semillas, y todo lo demás en esta conformidad, ni de la misma manera que creía cierta y firmemente que toda esta máquina y naturaleza se regía y gobernaba por una cierta virtud invisible y muy poderosa, así en los propios términos podía afirmar de Jano que era el mundo, o averiguar de Saturno cómo era padre de Júpiter, cómo vino a ser su súbdito y vasallo reinando Júpiter, y todo lo demás correspondiente al asunto.

CAPITULO XVIII

Cual sea la causa más creíble de donde nació el error del paganismo De todo lo cual la razón más verosímil y más creíble que se alega es cuando dicen que fueron hombres y que a cada uno de ellos le instituyeron su culto divino y peculiares solemnidades los mismos que por adulación y lisonja quisieron formar los dioses; conformándose en este punto con la condición de los dioses, con sus costumbres, con sus acciones y sucesos acaecidos, y cundiendo este culto paulatinamente por los ánimos de los hombres, semejantes a los demonios y amigos de estas sutilezas, se divulgó por todo el mundo su santificación, adornándola por su parte las ficciones y mentiras de los poetas, y encaminándolos e induciéndolos a su adoración los cautelosos espíritus; pero más fácilmente pudo suceder que el impío joven, temeroso de que su cruel padre le matase, y codicioso del reino, echase y despojase de él a su mismo padre, que es lo que Varrón interpreta cuando dice que Saturno, su padre, fue vencido por Júpiter, su hijo; porque primero es la causa que pertenece a Júpiter que la simiente que toca a Saturno, pues si esto fuera cierto, nunca Saturno fuera primero, ni sería padre de Júpiter, pues siempre la causa precede a la simiente y jamás precede o se engendra de la simiente; pero mientras procura adornar, como con interpretaciones naturales, fábulas vanas y algunos hechos particulares de los hombres, aun los hombres más ingeniosos se meten en un caos tan lleno de confusiones, que nos es forzoso dolernos y compadecemos de su vanidad.

CAPITULO XIX

De las interpretaciones de los que sacan razón para adorar a Saturno “Refiere -dice- que Saturno acostumbraba a comer y devorar lo mismo que de él nacía (esto es, sus hijos), volviendo las semillas al mismo lugar donde eran procreadas, y el haberle puesto en lugar de Júpiter un terrón para se le tragase, significa - dice- que los hombres, en sus sementeras, comenzaron con sus manos a enterrar debajo de la tierra las mieses, antes que se inventase el arado.” Luego la tierra debió llamarse Saturno, y no las semillas, porque ella en algún modo es la que se traga lo que había engendrado, cuando las semillas, que habían nacido de ella, vuelven otra vez a su seno. Sobre lo que añaden que porque Júpiter tomó y se comió un terrón, ¿qué importa esta necedad para lo que insinúan que los hombres con sus manos cubrieron la semilla en el terrón de la tierra? ¿Acaso no se lo tragó, como lo demás, porque se cubrió con un terrón de tierra? Esto se dice y suena del mismo modo, que si el que opuso el terrón quitara y escondiera la semilla, así como refieren que ofreciendo a Saturno el terrón, le quitaron de delante a Júpiter, y no como si cubriendo la semilla con el terrón, no hiciera que se le tragase mucho mejor. Y más que, entendido así, la semilla es Júpiter, y no causa de la semilla, como poco antes indicamos, ¿pero qué han de hacer unos hombres que, como interpretan necedades, no hallan qué poder decir con discreción? «Tiene una hoz, dicen, que alude a la agricultura.” Y a la verdad, cuando él reinaba aún no se conocía la agricultura; y por eso añaden que fueron sus tiempos los primeros según que el mismo interpreta las fábulas y patrañas, porque los primeros hombres se sustentaban y vivían de las semillas que voluntariamente producía la tierra. ¿Por ventura, tomó la hoz luego que perdió el cetro, para que después de haber reinado en los primeros tiempos con descanso, reinando su hilo se diese a la labranza y al trabajo? “Después -dice- que por esta causa

algunos le solían ofrecer en holocausto niños, como los cartagineses; y otras personas mayores, como los galos, porque la mejor de las semillas es el género humano.”

De esta cruel superstición, ¿para qué hemos de hablar más? Antes debemos advertir y tener por indudable que todas estas interpretaciones no se refieren al verdadero Dios (que es una naturaleza viva, incorpórea e inmutable, a quien debe pedirse sinceramente la vida bienaventurada, que ha de durar siempre), sino que todos sus fines vienen a parar en cosas corporales, temporales, mudables y mortales. “Lo que refieren las fábulas -dice- que Saturno castró al cielo su padre, significa que la semilla divina está en la potestad de Saturno y no del cielo.” Esta proposición, la misma razón la convence de fabulosa, porque en el cielo no nace cosa alguna de la semilla; pero adviertan que si Saturno es hijo del cielo, es también hijo de Júpiter. Porque muchos afirman con toda aseveración que el cielo es el mismo Júpiter. Por eso estas reflexiones que no caminan por la senda de la verdad por la mayor parte, aunque ninguno las violente, ellas mismas se destruyen. Dice “que se llamó Cronón, que en griego significa el espacio de tiempo, sin el cual -añade- la semilla no puede fecundizar”. Estas particularidades y otras infinitas se dicen de Saturno, y todas se refieren a la semilla; pero si Saturno es bastante por sí solo, ejerciendo un poder, absoluto, como figuran tiene sobre las semillas, ¿a qué para ellas buscan otros dioses, principalmente a Libero y Libera, que es Ceres, de quienes (por lo que se refiere a las semillas) vuelve a referir tantas virtudes especiales como si nada hubiera dicho de Saturno?

CAPITULO XX

De los sacramentos de Ceres Eleusina Entre los ritos de Ceres, los más celebrados son los eleusinos, los cuales fueron muy famosos en Atenas. Acerca de los cuales, este autor nada interpreta, sino lo que toca al trigo descubierto por Ceres, y lo perteneciente a Proserpina, a quien perdió llevándosela robada al Orco. “Esta -dice- significa la fecundidad de las semillas, la cual, habiendo faltado por una temporada, y estando triste la tierra con su ausencia, de esta esterilidad nació una nueva opinión y fama, de que el Orco se había llevado a la hija de Ceres; esto es, a la fecundidad, que de Proserpendo se llamó Proserpina y que la detuvo por algún tiempo en los infiernos; lo cual, como lo celebrasen con tristeza y llanto público, y volviese nuevamente la misma fecundidad, restituida Proserpina, renació la alegría, por cuyo motivo se le instituyeron sus peculiares solemnidades.” Dice después “que se practican muchas ceremonias en sus sacrificios y festividades que no pertenecen sino precisamente a la invención de las mieses”.

CAPITULO XXI

Torpeza de los sacrificios celebrados en honor de Libero Los misterios de Libero, a quien hicieron presidir las semillas líquidas y, por tanto, no sólo los licores de los frutos, de entre los cuales ocupa el primer lugar, en cierto modo, el vino, sino también los sémenes de los animales; ruborízame decir a cuánta tor- peza llegaron, y ruborízame por la prolijidad del discurso, pero no por su arrogante enervamiento. Entre las cosas que me veo precisado a silenciar, porque son muchas, una es ésta: En las encrucijadas de Italia se celebraban los misterios de Libero -dice Varrón-, y con tal libertinaje y torpeza, que en su honor se

reverenciaban las vergüenzas de los hombres. Y esto se hacía no en privado, donde fuera más verecundo, sino en público, triunfando así la carnal torpeza.

Este impúdico miembro, durante las festividades de Libero, era colocado con grande honor en carrozas y paseado primeramente del campo a las encrucijadas y luego hasta la ciudad. En la villa llamada Lavinio se dedicaba todo un mes a festejar a Libero. En estos días usaban todos las palabras más indecorosas, hasta que aquel miembro, en procesión por las calles, reposaba por fin en su lugar. A este miembro deshonesto era preciso que una honestísima madre de familia le impusiera públicamente la corona. De esta suerte debía amansarse al dios Libero para el mayor rendimiento de las cosechas. Así debía repelerse el hechizo de los campos, a fin de que la matrona se viera obligada a hacer en público lo que ni la meretriz, si fueran espectadoras las matronas, debió permitirse en las tablas. Sólo una razón fundó la creencia de que Saturno no era suficiente para las semillas. Esta era el que el alma inmunda hallara ocasión para multiplicar sus dioses, y privada, en premio de su inmundicia, del único y verdadero Dios y prostituida por muchos y falsos dioses, ávida de una mayor inmundicia, llamara a estos sacrilegios sacramentos y a sí misma se entregara a la canalla de sucios demonios para ser violada y mancillada.

CAPITULO XXII

De Neptuno, Salacia y Venilia Supuesto que, en efecto, tenía ya Neptuno por socia en el poder a su mujer, Salacia, la cual dijeron era el agua de la parte más ínfima y profunda del mar, ¿por qué motivo juntaron también con ella a Venilia, sino para que sin justa causa que persuadiese el culto divino y una religión necesaria, sólo por la voluntariedad de un alma contaminada con los vicios más detestables, se multiplicara la invocación de los demonios? Pero salga a la luz la exposición de la famosa teología, que reprima con sus razones esta reprensión. “Venilia -dice- es la onda que viene a la orilla, y Salacia la que vuelve al mar”, ¿por qué razón, pues, forman dos diosas siendo una la onda que va y viene? En efecto, esto es liviandad extremada que hierve por haber muchos dioses, pues aunque el agua que va, y viene no sean dos, con todo, con ocasión de esta ilusión, convidando a los demonios se profana más el alma que va a los infiernos y no vuelve.

Por vida vuestra, Varrón, o vosotros, que habéis leído los libros de estos hombres tan doctos presumís que habéis aprendido una doctrina admirable, interpretadme esto: no quiero decir conforme a aquella eterna e inmutable naturaleza, la cual es solamente Dios, sino siquiera según el alma del mundo y sus partes, que tenéis vosotros por verdaderos dioses. Como quiera que sea, es error más tolerable hicieseis que fuera vuestro dios Neptuno, aquella parte del alma del mundo que discurre por el mar; pero que sea posible que la onda que se dirige a la costa y la que vuelve al mar sean dos partes del mundo, ¿quién de vosotros está fuera de sí que se pueda persuadir de tan extraña ilusión? ¿Por qué os las designaron como diosas, sino porque proveyó la providencia de aquellos sabios, vuestros predecesores, no que os gobernasen más demonios, que son los que número de dioses, sino que os poseyeran y gustan de estas ficciones y vanidades lisonjeras? ¿Y por qué, pregunto, Salacia, según esta exposición, perdió la parte inferior del mar, donde estaba sujeta a su marido? ¿Por qué, diciendo ahora que es la onda que va y viene, me la venís a

colocar en la superficie? ¿Es por ventura porque su esposo se enamoró de Venilia, y, enojada, ella le arrojó y desposeyó de la parte superior del mar?

CAPITULO XXIII

De la tierra, la cual confirma Varrón que es diosa, porque el alma del mundo, que él sostiene que es Dios, discurre también por esta ínfima parte de su cuerpo, y le comunica su virtud divina Una es, sin duda, la tierra, la cual vemos poblada de animales distintos entre sí; pero ésta, que es un cuerpo grandioso entre los elementos y la ínfima parte del mundo, pregunto: ¿por qué motivo quieren que sea diosa? ¿Es acaso porque es fecunda? Y conforme a esta razón, ¿por qué causa no serán con mejor título dioses los hombres, que labrándola y cultivándola la hacen más frugal y fecunda, digo cuando la aran y no cuando la adoran? "La parte del alma del mundo -dicen- que discurre por ella, la hace diosa"; como, si no estuviera más ciertamente el alma en los hombres, la cual, si reside en éstos no hay cuestión; y, con todo, a los hombres no los tienen por dioses, antes, por el contrario (lo que es más lamentable), los sujetan con admirable y miserable error a éstos que no son dioses y son menos que ellos, reverenciándolos y tributándoles culto. Por lo menos, el mismo Varrón, en el citado libro de los dioses escogidos, dice: "que hay tres grados o clases de alma en cualquiera naturaleza, y generalmente en toda ella. El uno que pasa y discurre por todas las partes corporales que viven y no tienen sentido, sino solamente vigor para vivir, y supone que esta virtud en nuestro cuerpo se comunica y esparce por los huesos, uñas y cabellos, de la misma manera que en el mundo los árboles se sustentan y crecen, y en cierto modo viven.

Llama segundo grado del alma aquel en que hay sentido, asegurando que esta virtud se comunica a los ojos, orejas, narices, boca y tacto. El tercer grado del alma dice que es el sumo y supremo, que se llama ánimo, en el cual preside la inteligencia, de la cual, a excepción del hombre, carecen todos los mortales; y esta parte del alma en el mundo dice que se llama dios, y en nosotros genio. Y añade que hay también piedras y esta tierra que vemos, a las cuales no se les comunica el sentido, que son como los huesos y uñas del dios; que el sol, la luna y las estrellas que contemplamos son los sentidos de que usa; que el éter es su alma, cuya fuerza, que llega hasta los astros, hace dioses a las mismas estrellas, y por su medio convierte a lo que llega a la tierra en diosa Tellus, y a lo que pasa al mar lo hace dios Neptuno." Vuelva, pues, de esta que piensa ser teología natural, donde, como para tomar algún descanso y aliento, cansado y fatigado de tantos rodeos, se había acogido y divertido. Vuelva, digo, vuelva a la civil, aquí le tengo todavía, mientras discurro un rato acerca de ella; aún no me introduzco a disputar en si la tierra y las piedras son semejantes a nuestros huesos y uñas, ni tampoco en si así como carecen de sentido carecen también de inteligencia, o en si dicen que nuestros huesos y uñas tienen inteligencia porque están en el hombre, que tiene inteligencia; sin duda, tan necio es el que dice que éstos son los dioses en el mundo, como lo es el que asegura que en nosotros los huesos y las uñas son los hombres.

Pero esta controversia acaso es asunto cuya investigación pertenece a los filósofos; por ahora todavía quiero sostener la cuestión con ese político; esto es, civil; porque, puede ser que aun cuando parece quiso levantar un poco la cabeza, acogiéndose a la libertad de la teología natural, con todo, andando aún vacilante aquél, desde éste también fijase la vista

en ella y que esto lo dijo porque no se entienda y crea que sus antepasados u otras ciudades adoraron vanamente a la tierra y a Neptuno. Mas lo que ahora pregunto es: ¿cómo la parte del alma del mundo que se difunde y comunica por la tierra, siendo, como es, una la tierra, no hizo igualmente una diosa, la que en su sentir es Tellus? Y si lo hizo así, ¿dónde estará el Orco, hermano de Júpiter y Neptuno, a quien llaman el padre Plutón? ¿Adónde Proserpina, su mujer, que según otra opinión que se hallaba en los mismos libros, dicen que es, no la fecundidad de la tierra, sino su parte inferior?

Si dicen que la parte del alma del mundo, cuando se difunde y comunica por la parte superior de la tierra, hace dios al padre Plutón, y cuando por la inferior hace diosa a Proserpina, la Tellus, ¿qué será? Porque el todo, que era ella, está dividido de tal manera en estas dos partes y dioses, que no puede hallarse quién sea esta tercera y dónde esté, a no ser que diga alguno que juntos estos dioses, Orco y Proserpina, constituyen una diosa, Tellus, y que no son ya tres, sino una o dos; con todo, tres dicen que son, por tres se tienen, tres se adoran con sus aras, con sus templos, con sus sacramentos, con sus imágenes, con sus sacerdotes, y por medio de éstos, tam- bién con sus falsos y engañosos demonios, que profanan y abusan de la pobre alma del hombre; pero, respóndanme todavía: ¿por qué parte de la tierra se difunde y comunica la parte del alma del mundo para hacer al dios Tellumón? No da otra contesta- ción, sino que una misma tierra contiene dos virtudes: una masculina, que produce las semillas, y otra femenina, que las recibe y cría, y por eso de la virtud de la femenina se llamó Tellus, y de la masculina, Tellumón; pero supuesta esta doctrina, ¿por qué motivo los pontífices como él lo insinúa, aumentando aún otros dos, sacrifican a cuatro: a Tellus, Tellumón, Altor y Rusor? Ya hemos hablado de la Tellus y de Tellumón, mas ¿por qué se ofrecen víctimas a Altor? Porque, dice, de la tierra se sustenta todo lo que nace. ¿Por qué a Rusor? Porque dice que de nuevo todo vuelve a la tierra.

CAPITULO XXIV

De los sobrenombres de la tierra y sus significaciones, las cuales, aunque demostraban muchas cosas, no por eso debían confirmar las opiniones de muchos dioses Luego una misma tierra, por estas cuatro virtudes, debía tener cuatro sobrenombres, y no era el caso de crear cuatro dioses, ¿Cómo hay un Júpiter con tantos sobrenombres y un Juno con otros tantos, en todos los cuales, dicen, se hallan diferentes virtudes que pertenecen a un dios o a una diosa, y no muchos sobrenombres que constituyen asimismo muchos dioses? Pero verdaderamente que así como algunas veces aun a las más viles y prostituidas mujercillas les pesa, se cansan y avergüenzan de la canalla que con sus deshonestidades han traído tras sí, de la misma manera el alma que ha dado en ser obscena y se ha sometido al apetito de los espíritus inmundos, cuando al principio gustó más de sensualidad, tanto más en repetidas ocasiones se arrepintió de haber multiplicado dioses para rendírseles, y ser profanada de ellos; porque hasta el mismo Varrón, corrido y avergonzado de la multitud de los dioses, quiere que la tierra, o Tellus, no sea más que una diosa.

“A la misma -dice- llaman la gran Madre, asegurando que el tener el tamboril significa que ella es el orbe de la tierra, y las torres en la cabeza, que tiene villas y lugares: que el fingir alrededor de ella asientos es porque moviéndose todas las cosas, ella permanece inmóvil; que el haber dispuesto sirviesen a esta diosa los galos, significa que los que carecen de

simiente es menester sigan la tierra porque en ella se hallan todas las cosas; el andar saltando y brincando junto a ella, es una advertencia -dice- a los que labran la tierra para que no se sienten, porque siempre hay que hacer en su cultivo: el sonido de los tamboriles y el ruido que se hace sacudiendo la herramienta y las manos y otras cosas de este jaez significa lo que pasa en la labranza del campo. Es de cobre, porque los antiguos, antes que descubriesen el hierro, la labraban con cobre. Acompáñanla -dice- con un león suelto y manso, para demostrar que no hay pedazo de tierra tan áspero y silvestre que no convenga ararlo y cultivarlo. Después añade y dice que el haber llamado a la madre Tellus con muchos nombres y sobrenombres ha dado ocasión de entender que son muchos dioses. La Tellus -dice- piensan que es Opis, porque obrando, opere, y trabajando en ella con el continuo cultivo se mejora; Madre, porque pare y produce muchas cosas; magna o grande, porque pare y produce el mantenimiento; Proserpina, porque de ella nacen y gracias a ella, como que trepan, Proserpere, las mieses; Vesta, porque se viste de hierbas, y de este modo -dice-, no fuera de propósito, reducen a ésta otras diosas. Luego si es una sola diosa ésta, que, averiguada la verdad, tampoco lo es, ¿para qué la hacen muchas? Sean de una sola tantos nombres y no haya tantas diosas como nombres; pero la autoridad del error en que vivieron sus antepasados les hace mucha fuerza, y al mismo Varrón, después de haber dado este parecer, le hace titubear; porque, añade y dice:

"Lo cual no se opone a la opinión de nuestros predecesores acerca de estas diosas, pensando que son muchas." ¿Y cómo no ha de ser contradictorio, siendo absolutamente distinto tener una diosa muchos nombres o ser muchas diosas? "Con todo, puede ser -dice- que una misma cosa sea una, y en ella algunas cosas sean muchas." Concedo que en un hombre haya muchas particularidades; ¿luego por esto también habrá muchos hombres? De la misma manera, porque en una misma diosa hay muchas cualidades, ¿acaso por eso ha de haber también muchas diosas? Pero dividan como quieran, junten, multipliquen y vuelvan a multiplicar y a enredarlo todo.

Esto son, en efecto, los insignes misterios de Tellus y de la gran Madre, viniendo a reducirse todo su poder a las semillas mortales y corruptibles, y al cultivo de la tierra. ¡Y que sea posible que cuantas sandeces se refieren a éstas y paran en esta limitada potestad, el tamboril, las torres, los hombres castrados o galos, el furioso brincar y sacudir de miembros, el ruido de los cencerros, la ficción de los leones, puedan prometer a ninguno la vida eterna! ¡Y que sea posible que los galos castrados se dediquen al servicio de esa diosa magna, para significar que los que carecen del semen generativo han menester seguir la tierra, como sí, por el contrario, la misma servidumbre no les hiciese tener necesidad de simiente! ¿Por qué cuando sirviendo a esta diosa, o no teniendo simiente la adquieren, o sirviendo a esta diosa teniendo simiente la pierden? ¿Esto es interpretar o desatinar? Y no se advierte y considera lo que han prevalecido los malignos espíritus, que con no haber atrevido a ofrecer con estos ritos cosa ninguna grande, con todo, pudieron pedir cosas tan horribles y crueles. Si la tierra no fuera diosa trabajando los hombres, pusieran las manos en ella, para alcanzar por ella las semillas y no las pusieren cruelmente en sí para perder la simiente por amor a ella. Si no fuera diosa, de tal modo se hiciera fecunda con las manos ajenas, que no obligara a los hombres a hacerse estériles con las suyas propias.

CAPITULO XXV

Interpretación hallada por la ciencia de los sabios griegos sobre la mutilación de Atis No menciona a Atis ni busca explicación para él. En memoria de su amor se castraba el galo. Pero los griegos doctos y sabios no pudieron callar causa tan santa y esclarecida. El célebre filósofo Porfirio dice que Atis simboliza las flores, por el aspecto pri- maveral de la tierra, más bello que en las demás estaciones, y que está castrado, porque la flor cae antes que el fruto. Luego no compararon la flor al hombre mismo o a aquella semejanza de hombre llamado Atis, sino a las partes viriles. Estas, en vida de él, cayeron, mejor diría, no cayeron ni se las cogieron, pero sí se las desgarraron. Y, perdida aquella flor, no se siguió fruto alguno, sino la esterilidad. ¿Qué significa este resto de él y qué lo que quedó en el emasculado? ¿A qué hace referencia? ¿Qué interpretación se da de ello? ¿Por ventura sus esfuerzos impotentes e inútiles no hacen ver que debe creerse sobre el hombre mutilado lo que corrió la fama y se dio al público? Con razón soslayó. Varrón este punto y no quiso tocarlo porque no se ocultó a varón tan sabio.

CAPITULO XXVI

Torpeza de los misterios de la gran Madre Tampoco quiso decir nada Varrón, ni recuerdo haberlo leído en parte alguna, sobre los bardajes consagrados a la gran Madre, injuriosos para el pudor de uno y otro sexo. Aun hoy en día, con los cabellos perfumados, con color quebrado, miembros lánguidos y paso afeminado, andan pidiendo al pueblo por las calles y plazas de Cartago, y así pasan su vida torpemente. Faltó explicación, se ruborizó la razón, y la lengua guardó silencio. La grandeza, no de la divinidad, sino de la bellaquería de la gran Madre, superó a la de todos los dioses hijos. A este monstruo, ni la monstruosidad de Jano es comparable. Aquél tenía deformidad sólo en sus simulacros; ésta tiene en sus misterios deforme crueldad. Aquél tenía miembros añadidos en piedra; ésta los tiene perdidos en los hombres. Este descoco no es superado por tantos y tamaños estupros del propio Júpiter. Aquél, entre corruptelas femeninas, infamó el cielo con solo Ganímedes; ésta, con tantos bardajes de profesión y públicos, profanó la tierra e hizo injuria al cielo. Quizá podamos cotejar a ésta o anteponer a ella en este género de torpísima crueldad a Saturno, de quien se cuenta que castró a su padre.

Pero, en los misterios de Saturno, a los hombres les fue hacedero morir a manos ajenos y no ser castrados por las propias. Devoró él a los hijos, según cantan los poetas. De ello los físicos dan la interpretación que quieren. La historia dice simplemente que los mató. Y si los cartagineses les sacrificaban sus hijos, es usanza que no admitieron los romanos. Sin embargo, esta gran Madre de los dioses introdujo en los templos romanos a los eunucos, y conservó esta cruel costumbre en la creencia de que ayudaba las fuerzas de los romanos extirpando la virilidad en los hombres. ¿Qué son, comparados con este mal, los robos de

Mercurio, la lascivia de Venus, los estupros y las torpezas de los demás, que citara tomándolo de los libros si no se cantaran y se representaran diariamente en los teatros? ¿Qué son éstos comparados con la grandeza de tamaña bellaquería, sólo pertenencia de la gran Madre? Y esto con el agravante de decir que son ficciones de los poetas, como si los poetas fingieran también que son gratas y aceptas a los dioses. Demos por bueno que el que se canten o se escriba, sea audacia o petulancia de los poetas. Pero el que se añadan por mandato y extorsión de los dioses a las cosas divinas y a sus honras, ¿qué es sino culpa de los dioses, mas aún, confesión de demonios y decepción de miserables? En todo caso, aquello de que la Madre de los dioses mereció culto por la consagración de los eunucos, no lo fingieron los poetas, sino que ellos prefirieron horrorizarse a versificarlo.

¿Quién se ha de consagrar a estos dioses selectos para vivir después de la muerte felizmente, si, consagrado a ellos antes de morir, no puede vivir honestamente, sometido a tan feas supersticiones y rendido a tan inmundos demonios? Todo esto, dice, se refiere al mundo. Considere no sea más bien a lo inmundo. ¿Qué no puede referirse al mundo de lo que se prueba que está en el mundo? Nosotros, empero, buscamos un espíritu que, enclavado en la religión verdadera, no adore al mundo como a su Dios, sino que alabe al mundo como a obra de Dios por Dios, y, purificado de las humanas sordideces, llegue limpió a Dios, Hacedor del mundo.

CAPITULO XXVII

De las ficciones y quimeras de los fisiólogos o naturales, que ni adoran al verdadero Dios, ni con el culto y veneración con que se le debe adorar Cuando considero las mismas fisiologías o exposiciones naturales con que los hombres doctos e ingeniosos procuran convertir las cosas humanas en divinas, advierto que no pudieron revocar o atribuir cosa alguna sino a obras temporales y terrenas y a la naturaleza corpórea que, aunque invisible, con todo es mudable, cuyo defecto no se halla en el verdadero Dios.

Y si esto lo aplicaran a la religión con significaciones siquiera convenientes (aunque fuera lastimoso, porque con ellas no se daría noticia exacta, ni publicaría el nombre de Dios verdadero), con todo en alguna manera fuera tolerable, viendo que no se hacían ni se prescribían preceptos tan abominables y torpes; pero ahora, siendo como es una acción impía y detestable que el alma adore por verdadero Dios (con que sólo morando él en ella es dichosa y bienaventurada) al cuerpo o alma, ¿cuánto más nefando será tributar culto a estas sustancias, para que el cuerpo y el alma del que si las adora no alcance salud ni gloria humana? Por lo cuál, cuando se adora con templo, sacerdote y sacrificio (honor que sólo se debe al verdadero Dios) algún elemento del mundo, o algún espíritu criado, aunque no sea inmundo y malo, no por eso es malo, porque son malas las ceremonias con que lo adoran, sino porque son tales que con ellas sólo se debe adorar a Aquel a quien se debe, tal culto y religión. Y si alguno opinase que adora a un solo Dios verdadero, esto es, al creador de todas las almas y cuerpos con disparates y monstruosidades de imágenes, con sacrificios de homicidios, y con fiestas de juegos y espectáculos torpes y abominables, no por eso peca, por cuanto no debe adorarse al mismo que adora, sino porque tributa culto al que deben reverenciar, no como se debe venerar; y el que con semejantes obscenidades; esto es, con obras torpes y obscenas, adorare al verdadero Dios no peca precisamente porque no deba

ser adorado aquel a quien adora, sino porque no le adora como debe; pero, en cambio, él, con tales torpezas, adora no al verdadero Dios, es decir, al autor del alma y del cuerpo, sino a la criatura (aunque no sea mala; ya ésta sea alma, ya sea cuerpo, ya sea juntamente alma y cuerpo), dos veces peca contra Dios; lo uno porque adora por Dios a lo que no es dios, y lo otro porque le adora con tales ritos con los que no se debe adorar ni a Dios ni a los que no es Dios; pero en qué términos, esto es, cuán torpemente hayan tributado adoración éstos a las mentidas deidades, fácil es conocerlo. Y qué hayan adorado, y a quienes, seria dificultoso indagarlo, si no dijeran sus historias cómo ofrecieron a sus dioses (pidiéndoselo ellos con amenazas y terrores) aquellos mismos holocaustos y ceremonias que confiesan por abominables y torpes; y así, quitados los rodeos, resulta que con toda esta teología civil, han convidado e introducido a los impíos demonios e inmundos espíritus en las necias y vistosas imágenes, y por ellos igualmente en los estúpidos corazones para que, los posean.

CAPITULO XXVIII

Que la doctrina que trae Varrón sobre la teología no es consecuente consigo misma ¿Qué utilidad se sigue de que el docto e ingenioso Varrón procure, y no pueda, con una sutil y delicada doctrina reducir todos estos dioses al cielo y a la tierra? Sin duda se le van de las manos, se le deslizan, se le escapan y caen; porque habiendo de tratar de las hembras, esto es, de las diosas, dice: ¿Cómo insinué en el primer libro de los lugares, donde hemos considerado dos principios y orígenes que traen los dioses del cielo y de la tierra, por lo que éstos unos se dicen celestes y otros terrestres, así como arriba principiamos por el cielo cuando tratamos de Jano, que unos dijeron era el cielo, otros el mundo, así, hablando de los hombres, empezaremos a escribir de la tierra.”

Bien advierto cuán penosa molestia es la que padece tal y tan elevado ingenio, dejándose arrastrar de una razón verosímil, “mediante la cual sostiene que el cielo es el que hace, y la tierra la que padece”; y por eso atribuye al uno la virtud masculina y a la otra la femenina, sin reflexionar que el que hizo hados a ambos es el que desempeña todas estas funciones con su virtud propia. Conforme a esta exposición, interpreta en el libro precedente los famosos misterios de los Samotraces, diciendo: “Declarará y escribirá algunas particularidades de que no tienen noticia ni aun los suyos, a quienes casi religiosamente promete enviárselas, porque insinúa allí que él ha deducido, por muchos indicios que ha visto en las estatuas, que una cosa significa el cielo, otra la tierra, otras los ejemplos o dechados de las cosas que Platón llamó ideas. Por el cielo quiere se entienda Júpiter, por la tierra Juno, por las ideas Minerva, estableciendo igualmente que el cielo es el que hace o el principal agente, la tierra de quien se forma la idea según la cual se hace.”

Sobre este particular no quiere decir, como afirmó Platón, “que estas ideas tienen tanta virtud que el cielo, conforme a ellas, no sólo obró en la producción de otros seres, sino que fue hecho también el mismo cielo”. Lo que digo es que este autor en el libro de los dioses selectos destruyó la razón relativa a los tres dioses con que había casi abarcado toda su idea, por cuanto al cielo atribuye los dioses masculinos, los femeninos a la tierra, entre los cuales puso a Minerva, a quien la había colocado anteriormente sobre el mismo cielo.

Asimismo Neptuno, que es dios varón, reside en el mar, el cual pertenece más a la tierra que al cielo; finalmente, del padre Ditis, que en el lenguaje griego se llama Plutón, también varón, hermano de ambos, dicen es dios terrestre, que preside la parte superior de la tierra, y en la inferior tiene a su mujer, Proserpina. ¿Acaso no es un medio extraordinario y ridículo el que usa para reducir los dioses al cielo y las diosas a la tierra? ¿Qué tiene este discurso de sólido, qué de constante, de cordura, de resolución y certeza? En efecto: la Tellus o tierra es el principio y origen de las diosas, es a saber, la gran Madre con quien anda la turba de los espíritus abominables y torpes, los afeminados, bardajes castrados, los que se cortan y laceran los miembros, los que andan saltando y brincando alrededor de ella como dementes y atolondrados. ¿A qué viene decir que es cabeza de los dioses Jano, y de las diosas la tierra, si ni allá constituye una cabeza el error, ni acá la hace sana y cuerda el furor? ¿Para qué procuran en vano reducir estas supuestas cualidades al mundo como si se pudiera adorar al mundo por verdadero dios O a la criatura por su creador? Si una verdad manifiesta los deja plenamente convencidos de que nada pueden sobre este punto, refieran solamente tales patrañas a los hombres muertos y a los malvados demonios, y no habrá más pleitos.

CAPITULO XXIX

Que todo lo que los fisiólogos y filósofos naturales refieren al mundo y a sus partes lo debían referir a un solo Dios verdadero Porque todo cuanto estos escritores insinúan de tales deidades, como fundados en razones físicas y naturales, lo refieren al mundo: seguramente que sin escrúpulo de sentir sacrílegamente lo podemos atribuir con más justa razón al verdadero Dios, que hizo el mundo y es el Criador de todas las almas y cuerpos, y se puede advertir mediante este raciocinio. Nosotros adoramos a Dios, no al cielo ni a la tierra, de los cuales consta este mundo, ni alma ni a las almas que se hallan repartidas entré todos y cualesquiera vivientes, sino a Dios, que hizo el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos, el cual creó todas las almas, así las que viven y carecen de sentido y de razón, como las que sienten y usan también de la razón.

CAPITULO XXX

Cómo se distingue el criador de la criatura para que no se adoren por uno tantos dioses cuantas son las obras de un mismo autor Empezando a discurrir ya por los efectos, o por las obras admirables de Dios, que es uno solo y verdadero, por respeto de las cuales, mientras procuran éstos, como con cierta honestidad, interpretar ritos torpes y abominables, vienen a multiplicar y a establecer muchos dioses, y todos falsos; nosotros adoramos a aquel Dios que a las naturalezas que crió las dio los principios y fines de su sustancia y movimiento; a Aquel que tiene en su mano, conoce y dispone las causas de las cosas;

a Aquel que crió la virtud de las semillas, formó el alma racional para que le sirviese a sus inescrutables designios; les dio el uso y facultad de hablar; repartió a los espíritus que fue su voluntad el singular don de vaticinar lo venidero, y por medio de quienes quiera ¿las dice, y por medio de las personas que son de su agrado destierra las enfermedades; a Aquel que preside también riguroso cuando conviene castigar y corregir el linaje humano, en los

principios, progresos y fines de las mismas guerras; a Aquel que no sólo crió, sino que también gobierna el vehemente y violento fuego de este mundo conforme al temperamento de la inmensa naturaleza: que es criador y gobernador de todas las aguas: que hizo el sol, astro el más resplandeciente de todas las luces corpóreas que se ven en el hemisferio, comunicándole virtud y movimiento conforme a su esfera; que hasta a los mismos condenados al infierno no niega su dominio y potestad; que sustituye y concede a las cosas mortales y caducas sus simientes, alimentos, así secos como líquidos; que fundó la tierra y la fecunda; que reparte sus frutos a las bestias y a los hombres; que conoce y ordena las causas, no sólo principales, sino también las subsiguientes o accesorias; que dio a la luna su curso y movimiento; que suministra con las mutaciones de los lugares los caminos por el cielo y por la tierra; que a los entendimientos humanos que crió les concedió también para el auxilio y alivio de su vida y naturaleza una noticia exacta y conocimientos de varias ciencias y artes; que a las sociedades y familias de los hombres concedió para los usos ordinarios e indispensables el beneficio del fuego de la tierra, de que se pudiesen servir en los hogares y en las luces.

Estos son, en efecto, los cargos que el ingenioso y erudito Varrón, fundado en ciertas interpretaciones físicas y naturales, o tomadas de otro, o halladas por su propia conjetura, anduvo indeciso y confuso para distribuirlos y repartirlos entre los dioses escogidos. Y estas admirables obras son las que hace y en las que entiende Aquel que es un solo Dios verdadero; aunque este mismo Dios, así como está dondequiera, todo, sin estar encerrado en ningún lugar, ni atado o ceñido a una sola cosa, sin ser divisible en partes y de ninguna parte mudable, llena el cielo y la tierra con su presente omnipotencia. Y así, sin estar ausente su naturaleza, también administra todo lo que crió con tan particular sabiduría, que a cada cosa la deja ejercer libremente y ejecutar sus acciones propias; porque aun cuando no puede haber cosa alguna sin él, no obstante ninguna es lo que él. Hace también muchas cosas por medio de los ángeles; pero si no es consigo propio, no hace felices a los ángeles; por lo mismo, aunque por algunas causas ocultas envía ángeles a los hombres, con todo, no hace felices a los hombres con los ángeles, sino consigo propio, como a los ángeles. De este solo y verdadero Dios esperamos nosotros la vida eterna.

CAPITULO XXXI

De qué beneficios de Dios gozan propiamente los que siguen la verdad, además de los que a todos comunica la divina liberalidad Por cuanto nosotros, además de estos beneficios comunes, que por medio de esta recta administración y gobierno del mundo (del cual ya hemos dicho algunas particularidades), distribuye este gran Dios a los buenos y a los malos, tenemos de su Divina Majestad un indicio seguro y propio de los justos, del grande amor que nos profesa; aunque no podamos darle las debidas gra- cias por el ser que tenemos, de que vivimos, de que vemos el cielo y la tierra, de que tenemos entendimiento y razón, con que podemos buscar a este mismo que crió todas las cosas, debemos, sin embargo, corresponderle agradecidos, observando exactamente su santa ley; pero de que estando nosotros cargados y sumergidos en horribles pecados, sin dedicarnos, como debiéramos, a la contemplación de su luz, ciegos de amor y afición a las tinieblas, esto es, al pecado, no nos haya desamparado y dejado del todo, antes más bien nos haya enviado a su Unigénito,

para que haciéndose hombre por nosotros y padeciendo afrentosa muerte conociésemos cuánto estima Dios al hombre; nos purificásemos con aquel incruento sacrificio de todas nuestras culpas e infundiendo con su espíritu en nuestros corazones su inefable amor, superadas todas las dificultades, viniesen a conseguir el descanso eterno y a gozar de la inmensa dulzura de su contemplación y visión beatífica. ¿Qué corazones, qué lenguas pretenderán ser bastantes para darle las debidas gracias?

CAPITULO XXXII

Que el misterio de la redención de Jesucristo nunca faltó en los siglos pasados, y que siempre se predicó y manifestó con diversas figuras y significaciones Este misterio de la vida eterna viene de atrás, y ya desde el principio de la creación del hombre se predicó por ministerio de los ángeles, a quienes convenía, por medio de ciertas señales y ritos acomodados, a aquellos tiempos. Después se juntó el pueblo hebreo bajo una cierta forma de República que prefiguró este oculto sacramento, donde parte por algunos que lo entendían y parte por otros que eran incapaces de comprenderlo, se anunció todo cuanto por la venida de Cristo hasta ahora ha sucedido y en adelante ha de suceder.

Después se derramó esta nación entre los gentiles, mediante el incontrastable testimonio de las escrituras, donde estaba profetizada la salud eterna por medio de Jesucristo. Porque no sólo las profecías que en el sagrado texto se escriben, ni tampoco solamente los preceptos que conforman la vida y la piedad, y se expresan en aquellos libros, sino también los sacramentos, los sacerdotes, el Tabernáculo o templo, los altares, los sacrificios, las ceremonias, los días festivos y todo lo demás perteneciente al culto que se debe a Dios, que en griego, propiamente, se llama latría, nos significaron y anunciaron todo aquello que para la vida eterna de los fieles creemos que se ha cumplido en Cristo, vemos que se cumple y esperamos que se ha de cumplir.

CAPITULO XXXIII

Que sólo por medio de la Religión cristiana se pudo descubrir el engaño de los malignos espíritus que gustan del error en los hombres Por esta religión, verdadera y única, se pudo descubrir que los dioses de los gentiles eran sumamente impuros y unos obscenos demonios, que con ocasión de algunas personas difuntas, y so color de las criaturas humanas, procuraron los tuviesen por dioses, gustando con detestable y abominable soberbia de los honores casi divinos, que no eran otra cosa que un complejo de acciones criminales y nefandas, envidiando a los hombres la conversión a su verdadero Dios.

De cuyo cruel e impío poder y dominio se libró el hombre, creyendo sinceramente en Aquel que para levantarnos nos dio un ejemplo de humildad tan especial, cuanto fue mayor la soberbia por la que ellos cayeron destronados. Del número de éstos son no sólo aquellos de quienes hemos ya referido varias particularidades y otras semejantes que han infestado las demás naciones y provincias, sino también de que ahora tratamos, como escogidos para componer el Senado de los dioses, y a la verdad elegidos por la grandeza y publicidad de sus culpas no por la dignidad y méritos de sus virtudes, cuyos misterios, procurando Varrón

reducirlos a razones naturales, buscando cómo dar un color honesto a las acciones torpes, no acaba de hallar cosa que le cuadre ni convenga, porque las causas que imagina, o, por mejor decir, quiere que se imaginen, no son causas de aquellos sacramentos. Porque si lo fuesen, no sólo éstas, sino también otras cualesquiera de esta especie, aunque no perteneciesen al verdadero Dios y a la vida eterna, que es la que en religión se debe buscar únicamente, con todo, dando cualquiera razón de la naturaleza de las cosas, mitigarían algún tanto la ofensa y escándalo que había causado su imponderable torpeza y desvarío, no entendido en la celebración de sus sacramentos, como lo procuró hacer el mismo Varrón en algunas fábulas teatrales o en los misterios de los templos, donde no con la semejanza de os templos dio por buenos los teatros, sino antes con la semejanza de los teatros condenó los templos; sin embargo, como quiera procuró aplacar el sentido ofendido y escandalizado con las obscenidades que le causaban horror, dando la razón a las causas naturales.

CAPITULO XXXIV

De los libros de Numa Pompilio, los cuales mandó quemar el Senado por que no se publicasen las causas que en ellos se contenían de los ritos Con todo, por el contrario, descubrimos (como el mismo docto autor lo escribe, citando los libros de Numa Pompilio), que no se pudieron tolerar de ningún modo las causas que allí se dan de los misterios de sus dioses, y no sólo las tuvieron por dignas de que, leyéndolas, viniesen a noticia de personas religiosas, pero ni aun quisieron que escritas se guardasen en el archivo de las tinieblas; por lo mismo quiero ya decir lo que prometí explicar en su propio lugar, en el libro III de esta obra.

Porque, según refiere el mismo Varrón en el libro del culto de los dioses: “Cierto hombre, llamado Terencio, poseía una heredad en el Janículo, y un quintero suyo, arando con sus bueyes junto a la sepultura de Numa Pompilio, extrajo con el arado, debajo de la tierra, los libros donde estaban escritas las causas de los ritos que había instituido este monarca; y trayéndolos a la ciudad los entregó al Pretor, el cual, leyendo los títulos, pareciéndole asunto de importancia, los remitió al Senado, donde habiéndose leído algunas causas principales porque cada rito se había establecido en la religión, el Senado siguió el parecer del muerto Numa, y, como buenos religiosos, los senadores decretaron que el Pretor mandase quemar aquellos libros. Crea cada uno lo que él imagina, o, por mejor decir, cualquier famoso defensor de tan grande impiedad diga lo que le impele a decir su furiosa obstinación.

A mí me basta advertir que las causas de los ritos que escribió el rey Pompilio, fundador de los misterios y religión de los romanos, fueron tales, que no convino tuviesen noticia de ellas ni el pueblo, ni el Senado ni aun los mismos sacerdotes, como también que el mismo Numa Pompilio, con curiosidad ilícita Y supersticiosa, llegó a saber y penetrar aquellos secretos de los demonios, los cuales, aunque los escribió para avisarse a sí mismo con su lectura, sin embargo, con ser rey que a nadie temía, ni se atrevió a enseñarlos a sus vasallos, ni a destruirlos borrándolos o consumiéndolos del todo; de suerte que lo que quiso que ninguno lo supiese por no instruir a los hombres en máximas obscenas y nefandas, y lo que temió violar por no provocar contra sí la ira de los dioses, lo enterró y sepultó donde le pareció más seguro, no creyendo que podía llegar el arado a su sepultura; pero temiendo el

Senado condenar la religión de sus antepasados, y hallándose por esto forzado a seguir el parecer de Numa, con todo, reputó aquellos libros por tan perniciosos, que no quiso mandar se volviesen a enterrar (porque la curiosidad humana no diese con más vehemencia en buscar lo que ya se había divulgado), sino que las llamas consumiesen tan abominables memorias, pareciéndole era ya necesario celebrar aquellos ritos, tuvo por más tolerable el error, todas las veces que se ignorasen sus causas, que no el permitir se supiese públicamente, lo cual era exponerse a que se alborotase y turbase la ciudad.

CAPITULO XXXV

De la hidromancia con que anduvo engañado Numa, viendo algunas imágenes de los demonios Por cuanto aun al mismo Numa (como no tuvo ningún profeta de Dios, ningún ángel santo que le ilustrase) le fue preciso usar de la hidromancia para poder ver en el agua las imágenes de los dioses, o, por mejor decir, los engaños de los demonios, y así le instruyesen en lo que debía ordenar y observar acerca de la religión. "Este modo de adivinar, dice el mismo Varrón, que vino de Persia, del cual usó Numa, y después el filósofo Pitágoras, donde no sin intervención de sangre dice que se hacen sus preguntas a las sombras infernales, y añade que en griego se llama Necromancia"; la cual, ya se llame hidromancia o necromancia, es lo mismo que adonde aparecen, o parece que adivinan los muertos. Con qué arte se ejecute, examinen lo ellos; porque no intento indicar que estas artes, aun antes de la venida de nuestro Salvador, entre los mismos gentiles se solían prohibir con leyes rigurosas y castigarlas con severísimas penas. No quiero, digo, indicarlo, porque acaso entonces se permitían y eran lícitas semejantes especulaciones; pero es indudable que con estas artes aprendió Pompilio aquellos ritos de la religión, cuyo ejercicio divulgó y cuyas causas enterró; por eso se receló él mismo de lo que aprendió, y el Senado quemó los libros en que se contenían estas necedades; en esta inteligencia, ¿para qué Varrón me quiere alegar no sé qué otras causas, al parecer físicas de aquellos ritos; que si los insinuados libros se hallaran, sin duda no los quemaran; ni acaso estos que escribió y dedicó Varrón al pontífice Cayo César y dio a luz tampoco los quemaran los senadores si realmente las contuvieran? Así que, por haber descubierto Numa Pompilio el agua con que hacía la hidro- mancia, por eso se dice que tuvo por mujer a la ninfa Egeria, como se declara en el libro de Varrón arriba citado.

De este modo, la verdad de las cosas, mezclándola con mentiras se suele convertir en fábulas. En aquella hidromancia, aquél curiosísimo rey romano aprendió los ritos que habían de conservar, los pontífices en sus libros y a las causas de ellos, las cuales, a excepción de él, quiso que ninguno las supiese; y, así, habiéndolas escrito separadamente, hizo en cierto modo que muriesen y acabasen consigo, cuando procuró desterrarlas del conocimiento de los hombres y sepultarlas. En dichos libros, o había tan abominables y perjudiciales máximas de que gustaban los demonios (que por ellas se advertía cómo toda la teología civil era maldita, aun en sentir de los que en los mismos misterios habían recibido tantas nociones vergonzosas y abominables), o se descubría que no era otra cosa que hombres muertos todos aquellos que casi todas las naciones, por una dilatada serie de siglos, habían creído eran dioses inmortales, supuesto que se complacían igualmente de semejantes ritos los mismos demonios, que con la vana apariencia de falsos portentos se

suponían y entrometían allí para que los adorasen por los mismos muertos a quienes ellos habían procurado fuesen reputados por dioses.

Pero, por oculta providencia del verdadero Dios, sucedió que, estando en gracia y reconciliados con su amigo Pompilio, por medio de aquellas artes con que se pudo ejercer la hidromancia, se les permitiese que le confesasen con claridad todas, aquellas patrañas, y, con todo, no se les permitió le advirtiesen que cuando muriese procurase antes quemarlas que enterrarlas, pues para que no se supiese no pudieron ni impedir al arado que las extrajo afuera, ni la pluma de Varrón, por cuyo medio llegó hasta nuestros tiempos la noticia circunstanciada de cuánto pasó sobre este asunto; siendo, como es, sabido que no pueden ejecutar lo que no se les permite, sin embargo, se les permite en muchas ocasiones, por alto y justo juicio del sumo Dios, por los pecados de aquellos respecto de quienes es conveniente que solamente los aflijan o también los sujeten y engañen; y cuán pernicioso y ajeno del culto del verdadero Dios pareció lo que se contenía en aquellos libros, se puede inferir de la providencia del Senado, que más quiso quemar lo que Pompilio había escondido que temer lo que temió él mismo, que no pudo atreverse a practicar una acción tan generosa.

El que no desea tener en la vida futura vida feliz, ni en la presente una verdaderamente piadosa y religiosa, con tales misterios busque la muerte eterna; pero el que no quiere tener comunicación con los malignos demonios, no tema la perniciosa superstición con que son adorados, sino reconozca la verdadera religión con que se descubren y vencen.

LIBRO OCTAVO DIOSES DE LA TEOLOGÍA NATURAL DE VARRÓN

CAPITULO PRIMERO

Sobre la cuestión de la teología natural, y que ésta se ha de averiguar con los filósofos más excelentes y sabios Ahora es preciso procedamos con mas circunspección y escrupulosidad que en la resolución y explicación de las cuestiones tratadas en los libros anteriores; pues hemos de hablar de la teología natural no con cualquiera especie de personas (porque no es novelesca ni civil, esto es, teatral o urbana, que la una alaba las culpas de los dioses y la otra descubre sus apetitos más abominables, y, por consiguiente, deseos de espíritus malignos antes que de dioses), sino con filósofos, cuyo nombre en latín significa “amantes de la sabiduría”,. y si la verdadera sabiduría es Dios, que crió todas las cosas conforme a lo que le enseñó la autoridad divina y la misma verdad, el verdadero filósofo es el que ama a Dios; mas no hallándose la Filosofía en todos los que se precian de este glorioso dictado (porque no son ciertamente amadores de la verdadera sabiduría todos los que se llaman filósofos), necesitamos escoger entre todos aquellos de cuyas opiniones hemos podido tener noticia por la lectura de los libros, con quienes muy al caso podamos tratar de esta materia; porque no pretendo en esta obra refutar todas las opiniones vanas de todos los filósofos, sino solamente las que se refieren a la Teología (expresión griega que sabemos significa los conocimientos que tenemos de Dios), y éstos no los de todos, sino únicamente los de

aquellos que, aunque conceden que hay Dios, y que cuida y vigila sobre las cosas humanas, con todo, imaginan que no es suficiente el culto y religión de un solo Dios inmutable para conseguir una vida bienaventurada más allá de la muerte, sino que a este efecto Aquel que es uno crió e instituyó muchos para que los adorásemos. Estos ya dejan muy atrás la opinión de Varrón y se aproximan más a la verdad; porque él solo pudo abarcar en su teología natural el mudo o su alma; pero éstos sobre toda la naturaleza del alma confiesan que hay Dios, que hizo no sólo este mundo visible, que ordinariamente se comprende bajo el nombre de cielo y tierra, sino también todas cuantas almas hay, y que a la racional e intelectual, cuál es el alma del hombre, con la participación y comunicación de su luz inmutable e incorpórea, la hace bienaventurada y dichosa, y ninguno que haya leído este punto con alguna reflexión ignora que estos filósofos son los que llamamos platónicos, derivando su nombre del de su maestro Platón.

CAPITULO II

De dos géneros de filósofos, esto es, del itálico y jónico, y de sus autores. De Platón, brevemente tocaré lo que me pareciese necesario para la presente cuestión, refiriendo primero los que en la profesión de las mismas letras le precedieron. Por lo que se refiere a la literatura griega, que es el idioma que se tiene por mas ilustre entre los demás de los gentiles, de dos sectas de filósofos se hace en ella mención. La una, llamada itálica, por aquella parte de Italia que antiguamente se llamó Magna Grecia.

La otra, jónica, en las tierras que ahora se llaman Grecia. La itálica tuvo por su autor y corifeo a Pitágoras Samio, de quien, según es fama, tuvo principio el, nombre de Filosofía, porque llamándose antes sabios los que en algún modo parecía que se aventajaban a los otros con el buen ejemplo de su vida, preguntado éste qué facultad era la que profesaba, respondió que era filósofo, esto es, estudioso y aficionado a la sabiduría, pues el manifestarse por sabio parecía acción muy arrogante y altanera El príncipe y jefe de la secta jónica fue Thales Milesio, uno de aquellos siete que llamaron sabios. Los seis se diferenciaban y distinguían entre sí en la forma de su profesión y en ciertos preceptos acomodados para vivir bien; pero Thales fue tan excelente y aventajado, que habiendo inquirido y examinado menudamente la naturaleza y puesto por escrito sus disputas, dejó sucesores de su doctrina, y fue admirable, especialmente porque habiendo comprendido el movimiento de los astros, llegó a saber pronosticar los eclipses del Sol y de la Luna. Sin embargo, creyó que el agua era principio de todas las cosas, y que de ella recibían su existencia todos los elementos del mundo, y el mismo mundo y cuanto en él nace, no atribuyendo a la mente divina nada de esta obra que, observada la estructura del mundo, aparece tan admirable.

A éste sucedió Anaximandro, su discípulo, y mudó de opinión en cuanto a la naturaleza de las cosas, porque le pareció que no nacían, o se producían, cómo defendía Thales, del agua, sino que cada cosa debía su origen a sus peculiares principios; los cuales sostuvo que eran infinitos y que engendraban infinitos mundos y todo cuanto en ellos nacía, y que estos mundos unas veces se disolvían y otras renacían tanto cuanto cada uno pudo durar en su tiempo, sin atribuir tampoco en estas obras del Universo algún poder o influencia a la mente divina. Este dejó a Anaxímenes por su discípulo y sucesor, quien atri- buyó todas las

cosas naturales al aire infinito; no negó los dioses ni los pasó en silencio, mas no creyó que ellos hubiesen criado el aire, sino que del aire nacieron ellos.

Anaxágoras, discípulo de éste, fue de dictamen que la mente divina era la que hacía todas las cosas que vemos, y dijo que todas las cosas, según sus tamaños y especies propias, se hacían de la materia infinita, que consta de partes semejantes u homogénea pero todas por mano de la mente divina. Asimismo Diógenes, otro discípulo de Anaxímenes, enseñó que el aire era la materia de todas las cosas, de la cual se hacían y formaban; pero que al mismo tiempo participaba de la mente divina, sin la cual nada se podía hacer de él. Sucedió a Anaxágoras su discípulo Arquelao, quien igualmente opinó que de tal modo constaban todas las cosas de aquellas partículas entre sí semejantes u homogéneas de que formaban, que aseguraba tenían también mente, la cual, uniendo o disolviendo los cuerpos eternos, esto es, aquellas partículas, hacía todas las cosas. Discípulo de éste dicen que fue Sócrates, maestro de Platón, por quien hemos referido brevemente todo lo dicho.

CAPITULO III

De la doctrina de Sócrates Escriben algunos que Sócrates fue el primero que acomodó y dirigió toda la Filosofía al loable objeto de corregir y arreglar las costumbres, habiendo empleado sus penosas tareas literarias los filósofos que le precedieron precisamente en el estudio y contemplación de las cosas físicas, esto es, naturales, dejando a un lado la de las morales, tan interesantes como necesarias al bien de la sociedad; pero no me parece fácil averiguar si Sócrates adoptó este medio por estar íntimamente penetrado y enfadado de la oscuridad e incertidumbre de las cosas, y por este motivo se aplicó a estudiar algún objeto claro y cierto que fuese necesario para la consecución de la vida eterna y feliz, por sola la cual parece se desveló y trabajó con más industria que todos los filósofos, o, como algunos sospechan, pensando más benignamente de él, no quería que ánimos contaminados por los apetitos y desórdenes terrenos presumiesen extenderse a las cosas divinas.

Pues advertía que andaban solícitos inquiriendo las causas de las cosas, y como las primeras y principales entendía que no dependían sino de la voluntad de un solo Dios verda- dero, le parecía que no se podían comprender sino con ánimo puro y sencillo, y por eso se debía trabajar en purificar la vida con buenas costumbres, para que, descargado y libre el ánimo de los apetitos que le oprimían, con su vigor natural se elevase a la contemplación de las cosas eternas, y con la limpieza y pureza de la inteligencia pudiese ver la naturaleza de la luz incorpórea e inmutable, adonde con firme estabilidad viven las causas de todas las naturalezas criadas. Sin embargo, consta que con la admirable gracia y agudísimo donaire que tenía en disputar, aun en las mismas cuestiones morales, a las que parecía había aplicado todo su entendimiento, notó y dio la vaya a los necios e ignorantes que presumen saber mucho, confesando su ignorancia o disimulando su ciencia.

Por lo cual, habiéndose ganado enemigos que le imputaron calumniosamente una fea criminalidad, fue condenado y muerto, aunque después la misma ciudad de Atenas, que públicamente le había condenado, públicamente le lloró, revolviendo la indignación del pueblo contra los dos sujetos que le acusaron, de forma que el uno pereció a manos del furioso pueblo, y el otro se, libertó de igual infortunio desterrándose voluntariamente para

siempre. Sócrates, pues, tan famoso e insigne en vida y muerte, dejó muchos discípulos que siguieron su doctrina, cuyo estudio principalmente se ocupó en las controversias y doctrinas morales, donde se trata del sumo bien, sin el cual el hombre no puede ser dichoso ni bienaventurado.

Mas como este bien no le hallasen clara y evidentemente en los escritos y disputas de Sócrates, pues afirma por una parte lo que destruye por otra, tomaron de allí lo que cada uno quiso y colocaron el fin del sumo bien donde a cada uno le pareció o con el objeto que más le agradó. Llaman fin del bien aquel que, alcanzando, hace al que lo posee bienaventurado y feliz, y fueron tan diversos los pareceres y opiniones que tuvieron los socráticos acerca de este último fin (apenas se puede creer que pudiese haber tantos entre discípulos de un mismo maestro), que algunos dijeron que el deleite era el sumo bien, como Aristipo; otros, que la virtud, como Antístenes, y de esta manera otros muchos tuvieron otras y diferentes opiniones, que seria cosa larga referirlas todas.

CAPITULO IV

De Platón, que fue el principal entre los discípulos de Sócrates, y dividió toda la Filosofía en tres partes Entre los discípulos de Sócrates, no sin justa razón floreció con nombre y gloria tan excelente Platón, que oscureció la de todos los demás. Ateniense de sangre y de familia ilustre, aventajando con su maravilloso ingenio a todos sus condiscípulos, con todo, desestimando su caudal y pareciéndole que ni éste ni la doctrina de Sócrates era bastante para llegar a perfeccionarse en el estudio de la Filosofía, dio en peregrinar por cuantos países le fue posible, acudiendo a todas partes donde le convidaba la fama de que podía aprender a instruirse en alguna ciencia útil y singular. Así aprendió en Egipto toda la literatura que allí se apreciaba como grande y se enseñaba, de donde, navegando hacia las regiones de Italia, en la que era célebre y famoso el nombre de los pitagóricos, comprendió fácilmente todo lo que entonces florecía de la Filosofía itálica, oyendo a los demás eminentes doctores que había entre ellos. Amando como amaba sobre todos a su maestro Sócrates, le introduce casi en todos sus diálogos, ha- ciéndole autor, y que diga aun lo mismo que Platón había aprendido de otros, o lo que él, con cuanta inteligencia pudo, había conseguido, mezclándolo todo y sazonándolo con la sal, donaire y disputas de su maestro.

Así pues, consistiendo el estudio de la Sabiduría en la acción y contemplación, de modo que una parte puede llamarse activa y la otra contemplativa (la activa concerniente al modo de pasar la vida, esto es, de arreglar las costumbres, y la contemplativa, a la meditación de las causas naturales y contemplación de la verdad sincera), de Sócrates dicen que se señaló en la activa, y de Pitágoras que se dedicó más a la contemplación, empleando en ella todo cuanto pudo las fuerzas de su entendimiento, y por eso elogian a Platón, porque, abrazando y uniendo lo uno en lo otro, puso en su perfección la Filosofía, la que distribuye en tres partes.

La primera es la moral, la cual principalmente consiste en la acción; la segunda es la natural, que se ocupa en la contemplación; la tercera es la racional, que distingue lo verdadero de lo falso, la cual, aunque sea necesaria para la una y para la otra, esto es para la acción y contemplación, sin embargo, a la contemplación es a quien principalmente toca

averiguar y descubrir la verdad. Por eso esta división tripartita no es contraria a la división según la cual toda la sabiduría consiste en la acción y contemplación. Pero ¿qué sintió Platón de estas cosas o de cada una de ellas, esto es, dónde entendió o creyó que estaba el fin de todas las acciones? ¿Dónde la causa de todas las naturalezas? ¿Dónde la luz de todas las razones? Imagino que sería asunto largo el declararlo, y que no es bueno tampoco afirmarlo temerariamente. Porque, como procura guardar el estilo conocido de disimular lo que sabe o lo que siente, propio de su maestro Sócrates, a quien introduce en sus libros disputando, y a él le agradó igualmente este estilo, sucede que aun en asuntos graves tampoco se puedan echar de ver fácilmente las opiniones del mismo Platón.

Mas de lo que se lee en sus escritos, o de lo que dijo, o de lo que refiere que otros pensaron y a él le agradó, importan que refiramos algunas particularidades y las pongamos en esta obra, ya sean en favor de la verdadera religión, que es la que profesa y defiende nuestra fe, o ya parezca que le son contrarias por lo tocante a la cuestión de un solo Dios y de muchos, el cual nos afirma y enseña que se debe adorar la doctrina de la religión católica, por la vida que después de la muerte ha de ser verdaderamente bienaventurada.

Acaso los que se celebran y tienen fama que con más agudeza y verdad entendieron y siguieron a Platón como al más famoso y excelente entre los demás filósofos gentiles, acerca de Dios sienten y opinan claramen- te que en él se halla la causa de la humana subsistencia, la razón de la inteligencia y el orden de la vida; cuyos atributos es sabido pertenecen, el uno, a la parte natural; el segundo, a la racional, y el tercero, a la moral. Pues si el hombre fue criado tal, como por la cualidad que en él es la más excelente de todas, y le hace superior a todos los entes, alcance lo que excede a cuantas dichas y felicidades pueden conseguirse; esto es, el conocimiento y visión beatífica de un solo Dios verdadero, sumamente bueno, justo y omnipotente, sin el cual no hay naturaleza que pueda subsistir por sí, ni doctrina que nos alumbre, ni costumbre que nos convenga, búsquese, pues, a este gran Dios en quien tendremos nuestra felicidad segura, sígase a este mismo en quien todos lo tenemos cierto, y ámese de corazón a éste, en quien todo lo tendremos bueno.

CAPITULO V

Que de la teología se debe disputar principalmente con los platónicos, cuya opinión se debe preferir a los dogmas y sectas de todos los filósofos Si, pues, Platón dijo que el sabio era el verdadero imitador, conocedor y amador de este gran Dios, con cuya participación es feliz y bienaventurado, ¿qué necesidad hay de examinar los demás filósofos, si ninguno de ellos se aproximó tanto a nosotros como los platónicos? Seguramente debe ceder a éstos no sólo la teología fabulosa, que con los crímenes de los dioses divierte y deleita a los impíos, e igualmente la civil, en la cual los impuros y obscenos demonios, con el dictado pomposo de dioses, seduciendo con engaños a los hombres entregados a los placeres de la tierra, quisieron tener los errores humanos por sus honores divinos, y para que viesen ocularmente en los juegos sus abominables culpas, tuvieron a sus falsos adoradores por ecónomos y directores de sus vanidades, pues por medio de ellos despertaban y excitaban con aquella profesión soez e inmunda a otros menos cantos a ejercer su culto y devoción, y de los

mismos espectadores tomaban y establecían para sí otros juegos más deleitables. Así que si se ejecuta alguna acción en sus templos que tenga visos de honesta, se lustra y mancilla mezclándose con la torpeza y profanidad de los teatros, y todas las obscenidades que se ejecutan en las escenas son loables comparada con ellas la deshonestidad y torpeza de los templos.

Ceda también a estos filósofos todo cuanto Varrón interpretó sobre estos misterios, acomodándolos al cielo y a la tierra, a las semillas y producción de cosas mortales y corruptibles, pues ni se significan con aquellos vanos ritos las cosas que él pretende insinuar y dar a entender, por lo cual la verdad no va asociada del mismo influjo que él supone, ni aun cuando lo manifestara realmente; sin embargo, el alma racional no debía adorar como a su Dios a objetos que en el orden natural le son inferiores, ni había de tener y preferir como deidades a unos entes inanimados, sobre quienes el verdadero Dios la prefirió y antepuso Cédales asimismo toda la doctrina concerniente a este punto, que Numa Pompilio procuró esconder, sepultándola consigo mismo, y descubriéndola el arado la mandó quemar el Senado.

En este género podemos incluir igualmente, sólo por sentir con humanidad y rectitud de la conducta de Numa, todo cuanto escribe Alejandro de Macedonia a su madre, que le descubrió y confió León, gran sacerdote y ministro de los divinos misterios de los egipcios, en cuyo escrito no sólo Pico y Fauno, Eneas y Rómulo, y aun Hércules, Esculapio y Baco, hijo de Semele, los hermanos Tindaridas y otros mortales se tienen y están comprendidos en el catálogo de los dioses, sino también los mismos dioses principales que designaron sus antepasados, a quienes sin nombrar parece que los apunta Cicerón en sus Cuestiones Tusculanas, Júpiter, Juno, Saturno, Vulcano, Vesta y otros muchos que procura Varrón referir a las partes y elementos del mundo, de quienes se hace ver sin la menor ambigüedad que fueron hombres. Porque temiendo este insigne sacerdote un severo castigo por haber revelado los misterios, suplica a Alejandro que luego que haya escrito y dado noticia a su madre de lo contenido mande quemar su carta.

No sólo, pues, cuanto contienen estas dos teologías, es a saber, la fabulosa y la civil, debe ceder a los filósofos platónicos, que confesaron que el Dios verdadero era el autor de todas las causas, el ilustrador de la verdad y el dador de la bienaventuranza, sino que también deben ceder a los ínclitos varones que tuvieron una noticia exacta de un Dios tan grande tan justo, esto es, a todos los otros filósofos que, gobernados por una razón recta y atendiendo sólo a las cualidades del cuerpo, creyeron que los principios de la Naturaleza eran corporales, así como Thales imaginó que era el agua; Anaxímenes, el aire; los estoicos, el fuego; Epicuro, los átomos, esto es, unos menudos corpúsculos que ni pueden dividirse ni sentirse, y otros varios que no es necesario nos detengamos a referir, quienes sostuvieron que los cuerpos, o simples o compuestos, vivientes o no vivientes, pero en realidad cuerpos, eran la causa y principio de las cosas. Pues algunos de ellos, como fueron los epicúreos, creyeron que de las cosas no vivas podían engendrarlas las vivas, y de los vivientes, formarse los vivientes y no vivientes, auque, en efecto, confesaban que de lo corpóreo se hacían cosas corpóreas. Los estoicos creyeron que el fuego, que es uno de los cuatro elementos de que consta este mundo visible, era el viviente, el sabio, el hacedor del mismo mundo y todo cuanto hay en él, y que este mismo fuego era Dios.

Estos y todos sus semejantes sólo pudieron imaginar las patrañas que les pintaron confusamente sus limitados entendimientos, sujetos a los sentidos de la carne. Porque en si tenían lo que no veían, y dentro de sí imaginaban lo que fuera habían visto, aun cuando no lo veían, sino sólo lo imaginaban. Y esto, delante de tal pensamiento, ya no es cuerpo, sino semejanza de cuerpo. Aquella representación con que se observa en el ánimo esta semejanza del cuerpo, ni es cuerpo ni semejanza de él, y aquello con que se ve y se juzga si esta representación es hermosa o fea, sin duda es mejor que lo mismo que se juzga. Este es el espíritu del hombre y la naturaleza del alma racional, la cual, en efecto, no es cuerpo, supuesto que la representación del cuerpo, cuando se ve y se juzga en el ánimo del que imagina y piensa, tampoco es cuerpo.

Luego no es ni tierra, ni agua, ni aire, ni fuego, de cuyos cuatro cuerpos, que llamamos cuatro elementos, vemos que está compuesto este mundo corpóreo. Y si nuestro espíritu no es cuerpo, ¿cómo Dios, que es criador de este espíritu, es cuerpo? Cedan, pues, también estos filósofos, como hemos dicho, a los platónicos, y cédanles asimismo aquellos que, aunque no se atrevieron a decir que Dios era cuerpo, sin embargo, creyeron que nuestro espíritu era de la misma naturaleza que él; tan poco poderosa fue a excitarlos y desengañarlos la mutabilidad tan palpable de nuestro espíritu, que el intentar atribuirla a la naturaleza divina sería impiedad abominable. Pero añade que con el cuerpo se muda y altera la naturaleza del alma, aunque por su esencia es inmutable. Con más razón debieran entonces decir que la carne se hiere con algún cuerpo, y que, sin embargo, por sí misma es incapaz de ser herida. Lo cierto es que lo que es inmutable con ninguna cosa se puede cambiar, y lo que con el cuerpo puede mudarse con algo se puede mudar y no puede llamarse inmutable.

CAPITULO VI

De lo que sintieron los platónicos en la parte de la Filosofía que se llama física Observaron estos filósofos, que con justa causa vemos preferidos a los demás en fama y gloria, que ninguna especie de cuerpo es Dios; por cuyo motivo trascendieron e hicieron análisis de todos los cuerpos para hallar a Dios. Advirtieron que todo cuanto era mudable o estaba sujeto a las leves de la instabilidad no era el sumo Dios, y así dirigieron todos sus discursos a examinar y averiguar la esencia y cualidades de todas las almas y espíritus instables, para descubrir en ellas al mismo Dios.

Notaron aún más, que toda forma existente en cualquier ente mudable con la que recibe su primitivo ser, de cualquier modo o naturaleza que sea, no puede ser sino dependiente de aquel ente superior que realmente tiene ser y es inmutable. Por lo cual ni el cuerpo de todo el mundo, con sus figuras, cualidades, movimiento concertado, ni los elementos que están ordenados desde el cielo hasta la tierra, ni cualesquiera cuerpos que haya en ellos, ni todas las vidas, así las que nutre y contiene, como la de los árboles y vegetales o la que además de esta cualidad entiende y discurre como la de los hombres, o la que no tiene necesidad de la nutrición, sino que únicamente contiene, siente y entiende, cual es la de los ángeles, no puede ser sino dependiente de aquel que simple y absolutamente tiene ser, porque en él no es una cosa el ser y otra el vivir, como si pudiese ser no viviendo, ni es una cosa el vivir y; otra el entender, como si pudiese vivir no entendiendo, ni es una cosa en él el entender y

otra el ser bienaventurado, sino que es lo mismo que en él es vivir, entender y ser bienaventurado; esto es, en él el ser. Por causa de esta inmutabilidad y simplicidad vinieron a conocerle y a inferir que él hizo todas estas cosas y que no pudo ser hecho por alguno.

Pues consideraron que todo lo que tiene ser, o es cuerpo o vida, y que la vida es una cualidad más apreciable que el cuerpo, y que la especie o forma del cuerpo era sensible, y la de la vida, inteligible, por cuya razón prefirieron, la especie y forma inteligible a la sensible. Llamamos sensibles los objetos que pueden percibirse con la vista y con el tacto del cuerpo; inteligibles, los que se pueden comprender con la vista y reflexión del entendimiento; pues no hay hermosura o belleza corporal, ya sea en el estado de quietud del cuerpo, como es la figura, ya sea en el movimiento, como es el cántico o la música, de la que no pueda ser juez árbitro el alma.

Lo cual, sin duda, no pudiera ser si no residiera en ella esta apreciable especie, que no tiene grandeza de mole, ni ruido de voces, ni espacio de lugar o tiempo. Y si esta cualidad no fuese mudable, tampoco juzgarla una mejor que otro de las especies sensibles; mejor el más ingenioso que el más estúpido, mejor el sabio que el ignorante, mejor el más ejercitado que el menos práctico, y aun uno mismo cuando va aprovechando mejor ciertamente que antes.

Ahora bien, lo que admite más y menos, sin duda que es mudable; por cuyo motivo los hombres instruidos, ingeniosos y ejercitados en estas materias vinieron a entender que la primera especie no residía en estas, cosas, sujetas a tal mutabilidad. Advirtiendo, pues éstos que el cuerpo y el alma eran más y menos especiosos, y que, si pudieran carecer de toda especie, serian absolutamente nada, conocieron que existía alguna causa donde estuviese y residiese la primera especie inmutable, y por lo mismo incomparable, creyendo con razón que allí estaba el principio de todas las cosas, el que había sido hecho de ninguno, y por quien habían sido criados todos los seres. “De modo que la noticia que pueden tener los hombres de Dios, ésa se la manifestó Él mismo, cuando con la luz de su entendimiento vieron las cosas invisibles de Dios, rastreándolas por las cosas criadas, por la fábrica y artificio maravilloso de este mundo; y cuando observaron su sempiterna virtud y divinidad, por cuyas manos pasaron asimismo todas estas cosas visibles. Y temporales”. Basta este autorizado testimonio, por lo concerniente a la parte que llaman física, esto es, natural.

CAPITULO VII

Por cuanto, más aventajados que los demás, deben tenerse los platónicos en La lógica, esto es, en la filosofía racional Por lo que toca a la doctrina en que consiste la otra parte, que llaman lógica, esto es, racional, de ningún modo se pueden comparar con ellos los que colocan el examen y juicio de la verdad en los sentidos corporales, pareciéndoles que todo cuanto se sabe y aprende se debe tantear y medir con sus inconstantes y engañosas reglas, como los epicúreos, y cualesquiera otros que siguen la misma opinión, y también los estoicos, quienes, habiendo ejercitado con la mayor agudeza y energía el arte de disputar, que llaman Dialéctica, fueron de dictamen que ésta se debía derivar de los sentidos del cuerpo; diciendo que por estos principios concebía el alma aquellas nociones que llaman Ennoias con que declaran las cosas que definen, y que de ellos procede y dimana toda la

forma y estilo con que se aprende y enseña. Sobre cuya aserción no puede menos de llenarme de admiración cuando dicen que no son hermosos sino los sabios, y al mismo tiempo no puedo comprender con qué sentidos del cuerpo ven esta hermosura, y con qué ojos carnales advierten la forma y belleza de la sabiduría. Mas estos otros, que con razón anteponemos a los demás, distinguieron las cosas que vemos con el entendimiento de las que tocamos con los sentidos, no defraudando a los sentidos lo que pueden en virtud de sus facultades, ni dándoles más de lo que pueden; y dijeron que la luz del entendimiento para aprender y saber todas las cosas era el mismo Dios, por quien fueron hechas todas.

CAPITULO VIII

Que también en la filosofía moral tienen el primer lugar los platónicos La tercera y última parte es la moral, que en griego dicen Ethica, donde se busca aquel sumo bien, al cual, refiriendo nosotros todas nuestras acciones, deseándolo por sí solo y no por otro, y consiguiéndolo, al fin, no tengamos que buscar más para ser bienaventurados. Por cuya razón se llama también fin, pues por él deseamos las otras cosas; mas a aquel sumo bien no se le busca sino por sí propio.

Este bien beatificó unos dijeron que le venía al hombre del cuerpo, otros del alma, otros de ambos juntamente; porque advertían que el hombre constaba de alma y cuerpo, creyendo, por consiguiente, que de una de estas partes integrales o de ambas, podía procederles el bien, digo el bien final, con que fuesen verdaderamente felices, adonde enderezasen y refiriesen todas .sus acciones morales, y después de haberlo conseguido no buscaron objeto alguno a qué referirlo.

Por cuya causa los que se dice añadieron un tercer género de bienes, que llaman extrínsecos, como es el honor, la gloria, el dinero y otras cosas semejantes, no le aumentaron como si fuese bien final, esto es, digno de apetecerse por sí mismo, sino por otro bien, por el cual este género de bien era bueno para los buenos y malo para los malos. Así, los que pusieron el bien del hombre en el alma o en el cuerpo, o en lo uno y en lo otro, no sintieron otra cosa sino que se debía colocar en el hombre; mas los que le designaron en el cuerpo, le colocaron en la parte más soez del hombre; y los que en el alma, en la parte más noble; y los que en lo uno y en lo otro, en todo el hombre. Pues ya sea en una parte o en todo el hombre; ello, no es sino el hombre. Y no porque haya estas tres diferencias se formaron solas tres sectas de filósofos, sino muchas; pues entre ellos se conocieron muchas y diversas opiniones sobre el bien del cuerpo, el bien del alma y el bien de ambos juntos.

Cedan, pues, todos éstos a aquellos filósofos que dijeron que era bienaventurado el hombre, no el que gozaba del cuerpo, ni el que goza del alma, sino el que gozaba de Dios, no como goza el alma del cuerpo; o de sí misma, o como el amigo del amigo, sino como el ojo de la luz; si se hubieren de alegar algunas razones dé éstos para demostrar qué sean o qué tal sean estas semejanzas, con el favor del mismo Dios, lo declararemos en otro lugar lo mejor que nos fuese posible Baste por ahora decir que Platón determinó en que el fin del sumo bien era vivir según la virtud, el cual solamente podía alcanzar el, que tenía conocimiento de Dios y le imitaba en sus operaciones, y que no era por otra causa bienaventurado; por

eso no duda asegurar que filosofar rectamente es amar a Dios de corazón, cuya naturaleza es incorpórea.

De cuya doctrina se infiere, efectivamente, que entonces será bienaventurado el estudioso y amigo de la sabiduría (que esto quiere decir filósofo) cuando principiare a gozar de Dios. Pues aunque no sea siempre feliz el que goza del objeto amado (porque muchos, apreciando lo que no debe amarse, son miserables, y mucho más cuando de ello gozan); sin embargo, ninguno es bienaventurado si no goza de lo que ama, pues los mismos que aman los objetos que no deben amar no imaginan que son felices, sino cuando los gozan. Cuando uno disfruta aquello mismo que ama y aprecia al verdadero y sumo bien, ¿quién sino un hombre estúpido y miserable puede negar que es bienaventurado? Este mismo verdadero y sumo bien, dice Platón que es Dios, y por eso desea que el filósofo sea amante de Dios; pues supuesto que la filosofía pretende y endereza sus especulaciones al goce de la vida bienaventurada, gozando de Dios será feliz el que amare a Dios.

CAPITULO IX

De la filosofía que más se acercó a la verdad de la fe católica Cualesquiera filósofos que sintieron así del sumo y verdadero Dios, es, a saber, opinaron que e, autor de las cosas criadas, luz de las que deben conocerse y bien de las que deben ejecutarse, y que de el tenemos el principio de nuestra naturaleza y la felicidad de nuestra vida, ya se llamen con mas propiedad platónicos, ya tenga su secta cualquiera otro nombre, ya hayan sido solamente los principales de la secta jónica los que sintieron de este modo, como fue el mismo Platón y los que entendieron bien sus dogmas; ya fuesen también los discípulos de la secta itálica, por amor y respeto a Pitágoras y sus defensores, y si acaso hubo otros filósofos del mismo dictamen; ya, asimismo, los que entre otras naciones han sido tenidos por sabios o filósofos, a saber: los atlánticos, líbicos, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, franceses, españoles, y si, por fortuna, existen otros que hayan entendido y enseñado esto mismo, todos los preferimos a los demás y confesamos ingenuamente son los que más se han aproximado a nuestra opinión.

CAPITULO X

Excelencia del cristianismo religioso entre todas las teorías filosóficas Aunque el cristiano, versado únicamente en la literatura eclesiástica, ignore acaso el nombre de los platónicos y no tenga la menor noticia de si hubo entre los griegos dos sectas de filósofos, jónicos e itálicos; sin embargo, no está tan ignorante de las cosas humanas que no sepa que los filósofos profesan: o el estudio de la sabiduría o la misma sabiduría. Con todo, se guarda de los que filosofan y no saben más que cuántos son los elementos de este mundo, sin extenderse al conocimiento de Dios, por quien fue criado el mundo. Así está advertido por el precepto apostólico, que dice: “Guardaos no os engañe ninguno en la filosofía y con vanas, seducciones, conforme a los elementos de este mundo” Mas porque no imagine que todos son iguales, atienda lo que el mismo apóstol refiere de algunos de ellos. “Porque todo

cuanto puede saberse naturalmente de Dios lo com- prendieron ellos; no obstante este conocimiento, se lo deben a Dios, porque, él se lo manifestó, si no por medio de los profetas, a los menos se lo dio a conocer por las maravillas del mundo, pues las cosas invisibles de Dios se dejan ver con la luz del entendimiento, entendiéndolas e infiriéndolas por las hechas desde la creación del mundo, y se deja también ver su eterna virtud y divinidad."

Y hablando con los atenienses, después, de referir un incomprensible misterio de Dios que muy pocos podían entender: "Que en él vivimos, nos movemos y somos", añadió: "como dijeron algunos de los vuestros". Sabe guardarse muy bien de estos mismos en los puntos en que erraron; porque donde dice el apóstol que por cosas criadas les manifestó Dios cómo con la luz de su entendimiento pudiesen ver las invisibles, también dice que no reverenciaron ni adoraron como debían al mismo Dios, pues tributaron a otros que no debían el honor y gloria que sólo se debe dar a Él solo "Porque conociendo a Dios, sin embargo, no le dieron la gloria y honra a Dios, ni le dieron gracias, sino que, ensoberbecidos, devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas.

Y mientras que se jactaban de sabios pararon en ser unos necios, hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen del hombre corruptible y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible e inmortal". En cuya expresión, sin duda, entendió a los romanos, griegos y egipcios que se gloriaban de sabios, aunque de este punto trataremos después con ellos mismos. Pero en cuanto concuerdan con nosotros en la confesión de un solo Dios, autor y criador de este mundo, quien no sólo sobre todos los cuerpos es incorpóreo, sino también sobre todas las almas es incorruptible, principio nuestro, luz nuestra, bien nuestro; en esto preferimos estos filósofos a todos los demás. Aunque el cristiano ignorante de la doctrina de estos filósofos no use en sus disputas los términos y expresiones que no aprendió, de modo que la parte en que se trata de la investigación de la naturaleza la llame: o natural en latín o física en griego; racional o lógica donde se enseña demostrativamente el criterio de la verdad y método de discurrir y raciocinar; y moral o ética, donde se trata de las costumbres y del último fin de los bienes que deben desearse y de los males que se deben evitar; no por eso ignora que recibimos de un solo Dios verdadero y todopoderoso la naturaleza con que nos formó a su imagen y semejanza la doctrina inconcusa con que podamos conocerle a Él y a nosotros mismos, y la gracia con que, uniéndonos con él, seamos bienaventurados.

Así, que ésta es la causa por que anteponemos estos filósofos a los demás; porque habiendo éstos consumido su ingenio y estudio en la inquisición de las causas naturales, y en saber el método de aprender v de, vivir, aquellos, con sólo conocer a Dios, hallaron y descubrieron la causa de la creación del mundo, la verdadera luz para percibir la verdad, y la verdadera fuente para beber en sus cristalinas aguas la felicidad. Ya sean, pues, los platónicos, ya cualesquiera filósofos de otra nación, los que sienten así de, Dios, opinan del mismo modo que nosotros. No obstante, tuvimos por conveniente tratar esta controversia más con los platónicos que con otros, porque su erudición y sabiduría es más conocida; pues aun los griegos, cuyo idioma es el que más florece entre los gentiles, la celebraron mucho, y asimismo los latinos, excitados o de su excelencia o de su gloria, se entregaron a ella con

más gusto y voluntad, y traduciéndola en su lengua nativa, la han ido ilustrando y ennobleciendo más.

CAPITULO XI

De dónde pudo Platón alcanzar aquella noticia con que tanto se acercó a la doctrina cristiana Admíranse algunos de los que se han unido a nuestra sociedad por la gracia de Jesucristo, cuando oyen o leen que Platón opinó con tanto acierto acerca de Dios, observando asimismo que su doctrina concuerda en gran parte con las verdades incontrastables de nuestra religión; por lo que imaginan muchos que cuando fue a Egipto oyó allí al profeta Jeremías, o que en la misma peregrinación leyó los libros de los profetas, cuya opinión he estampado en algunos de mis escritos.

Pero ajustado cabalmente el cómputo de los tiempos conforme a las reglas de la cronología, resulta que desde la época en que profetizó Jeremías hasta que nació Platón transcurrieron casi cien años; y habiendo vivido sólo ochenta y uno, contando desde el año en, que murió hasta el tiempo en que Ptolomeo, rey de Egipto, envió a pedir a los judíos las escrituras de los profetas de su nación hebrea, y mandó interpretarlas y conservarlas por medio de la exposición de los setenta intérpretes hebreos que sabían también el idioma griego, pasaron casi sesenta años; de lo cual se infiere que Platón, en su peregrinación, ni pudo ver a Jeremías, como que había muerto tantos años antes, ni leer las mismas escrituras, que aún no se habían traducido al griego, cuya lengua poseía, a no ser que digamos que, siendo este filósofo tan aplicado al estudio y tan instruido en las ciencias, tuvo noticia de ellas por intérprete, así como la tuvo de las egipcias, no para traducirlas por escrito (lo cual dicen logró Ptolomeo que se efectuase a costa de una considerable gracia que les dispensó y por el temor que podía inspirarles el mandato real), sino para aprender según su capacidad cuanto en ellas se contenía, comunicándole y tratándolo con otros sabios. Y que así pueda presumirse parece lo persuaden los incontestables testimonios que se hallan en el Génesis, donde se lee:

“Al principio hizo Dios el cielo y la tierra; la tierra estaba informe y vacía, y había tinieblas sobre el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.” Y en el Timeo, de Platón, que es un libro que escribió sobre la creación del mundo, dice que Dios, en aquella admirable obra, juntó primeramente la tierra, y el fuego. Es evidente que al fuego le señala por verdadero lugar el cielo y a la tierra la misma tierra. Esta expresión tiene cierta analogía con lo que dice la Escritura, que al principio hizo Dios el cielo y la tie- rra. Después los otros dos medios (con cuya interposición pudiesen coadunarse entre sí estos extremos) dice que son el agua y el aire; por lo que sospechan que entendió del mismo modo aquella expresión: que el espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Porque advirtiendo con poca circunspección en qué sentido suele llamar la Escritura el espíritu de Dios (supuesto que el aire se dice también espíritu), parece pudo entender que en el citado lugar se hizo mención de los cuatro elementos. Asimismo, cuando insinúa Platón que el filósofo es amante de Dios no hay objeto que más nos encienda en la lectura de las sagradas letras; especialmente aquella expresión me excita a creer que Platón no dejó de instruirse en los libros, donde se refiere que el ángel habló en nombre de Dios al santo Moisés, de modo que, preguntándole

éste qué nombre tenía el que le mandaba ir a poner en libertad al pueblo hebreo, sacándole de la servidumbre de Egipto, le respondió:

"Yo soy el que soy, y dirás a los hijos de Israel: el que es, me envió a vosotros"; como dando a entender que las cosas que son mudables son nada en comparación del que verdaderamente es, porque es inmutable. Esta divina sentencia defendió acérrimamente Platón, y la recomendó con el mayor encargo; y dudo si se hallará descrita en los libros de cuántos sabios precedieron a Platón, si no es en el lugar donde se dijo: "Yo soy el que soy: el que es me envió a vosotros."

CAPITULO XII

Que también los platónicos, aunque sintieron bien de un solo Dios verdadero, con todo, fueron de parecer que debían adorarse muchos dioses Pero en cualquiera libro que él aprendiese esta divina sentencia, ya fuese en los escritos de los que le precedieron, o como dice el Apóstol: "Que lo que naturalmente se puede conocer de Dios, lo alcanzaron, porque él se lo manifestó; pues las causas invisibles de Dios se dejan ver con la luz del entendimiento, por las ejecutadas desde la creación del mundo, y asimismo su sem- piterna virtud y divinidad", me parece ahora que con justa causa he elegido a los filósofos platónicos para ventilar esta cuestión que al presente tenemos entre manos, porque en ella se trata de la teología natural, donde se investiga si debe adorarse a un solo Dios o a muchos por el interés de la felicidad que debe conseguirse en la vida futura.

Lo cual creo que he declarado suficientemente en los libros anteriores. Elegí principalmente a estos filósofos, porque cuanto mejor sintieron acerca de un solo Dios que hizo el cielo y la tierra, tanto más son tenidos por ilustres entre los demás; y los que después les sucedieron los prefirieron a todos en tanto grado, que habiendo Aristóteles, discípulo de Platón, hombre de excelente ingenio, y aunque en el estilo y elocuencia inferior a Platón, no obstante, superior a otros muchos, habiendo, digo, establecido la secta Peri-patética (llamada así porque paseándose solía explicar y disputar) y congregando aun en vida de su maestro con su grande fama muchos discípulos que seguían su secta, y habiendo después de la muerte de Platón, Speusipo, hijo de su hermana, y Xenócrates, su querido discípulo, sucedídole en su escuela, que se llamaba Academia (por lo que así ellos como sus sucesores se denominaron académicos); con todo, los filósofos más modernos y famosos y que tuvieron por conveniente seguir a Platón, no quisieron llamarse peripatéticos o académicos, sino platónicos, entre quienes son muy nombrados Plotino, Jámblico y Porfirio, griegos, y en ambas lenguas, esto es, en la griega y latina, ha sido muy insigne platónico Apuleyo el Africano. Pero todos éstos, los demás, sus semejantes y el mismo Platón, siguieron la opinión de que se debían adorar muchos dioses.

CAPITULO XIII

De la sentencia de Platón, en que establece que los dioses no son sino buenos y amigos de las virtudes Y así, aunque en otros puntos, y algunos bastante graves, sean también de distinta opinión, sin embargo, como el artículo que acabo de referir importa mucho y la controversia que tratamos es acerca de lo mismo, les pregunto en primer lugar: ¿A qué dioses les parece debe darse culto y veneración, a los buenos o a los malos, o debe tributarse a unos y otros? Pero sobre este punto tenemos expresa la sentencia de Platón, que dice que todos los dioses son buenos, y ninguno de ellos es malo.

Luego se sigue que este culto y adoración debe darse a los buenos; porque, entonces, se hace este culto a los dioses cuando se hace a los buenos, supuesto que no serán dioses si no fuesen buenos. Y si esto es cierto (pues de los dioses no es razón se imagine lo contrario), sin duda que resulta vana y fútil la opinión de algunos que presumen que deben aplacarse con sacrificios a los dioses malos porque no nos dallen, y que debemos invocar a los buenos para que nos favorezcan; puesto que no hay dioses malos y el culto, como dicen, debe tributarse a los buenos.

¿Quiénes son, pues, los que se Iisonjean y gustan de los juegos escénicos y piden que se los mezclen con los ritos divinos, y que en su nombre y honor se celebren? Cuyo poder, aunque no sea indicio de que son nada en la omnipotencia, sin embargo, este afecto es un signo demostrativo y real de que son malos. Porque es innegable la opinión de Platón sobre los juegos escénicos cuando a los mismos poetas, porque habían compuesto obras tan obscenas e indignas de la bondad y majestad de los dioses, fue de dictamen que se les desterrase de la ciudad. ¿Qué dioses son éstos, que sobre los juegos escénicos debaten y se oponen al mismo Platón? Por cuanto este insigne filósofo no puede tolerar que infamen a los dioses con crímenes supuestos, y éstos prescriben que, con la exposición de sus propias culpas, se celebren sus fiestas.

Finalmente, cuando estas deidades mandaron restaurar los juegos escénicos, pidiendo cosas torpes, se manifestaron asimismo malignos con los daños que causaron quitando a Tito Latino un hijo y postrándole en una penosa y pe- ligrosa dolencia, solamente porque rehusó cumplir su mandato; mas Platón, sin embargo de ser tan inicuos, es de dictamen que no se les debe temer, antes perseverando constante en su opinión, no duda en desterrar de una República bien ordenada todas las sacrílegas futilezas y ficciones de los poetas, de las que los dioses, por lo que participan de la abominación y de la torpeza, se complacen y deleitan. Como ya insinué en el libro II, Labeón coloca a Platón entre los semidioses.

El cual Labeón opina que los dioses malos se aplacan con sacrificios cruentos y con semejantes medios, y los buenos con juegos y festividades de regocijo y alegría. Pero ¿cuál es la causa porque el semidiós Platón se atreve con tanta constancia a abolir aquellos placeres y deleites que tiene por torpes, privando de este festejo, no como quiera a los semidioses, sino a los mismos dioses, y lo que es más reparable, a los buenos? Cuyas deidades, evidentemente, comprueban cuán falso sea el dictamen de Labeón, supuesto que en el suceso de Latino no sólo se mostraron lascivos y deseosos de fiestas, sino también crueles y terribles. Declarérennos, pues, este misterio, los platónicos, que sustentan la opinión de su maestro, defendiendo que todos los dioses son buenos y honestos, y que en la práctica de las virtudes son socios inseparables de los sabios, y que sentir lo contrario de

alguno de los dioses es impiedad. Dicen: nos agrada declararlo. Pues oigámoslos con atención.

CAPITULO XIV

De la opinión de los que dicen que las almas racionales son de tres clases, a saber: las que hay en los dioses celestiales, en los demonios aéreos y en los hombres terrenos Todos los animales, dicen, que tienen alma racional, se dividen en tres clases: en dioses, hombres y demonios. Los dioses ocupan el lugar más elevado, los hombres el más humilde y los demonios el medio entre unos y otros. Por lo que el lugar propio de los dioses es el cielo, el de los hombres la tierra y el de los demonios el aire. Y así como tienen diferentes lugares, tienen también diferentes naturalezas.

Por lo cual los dioses son mejores que los hombres y los demonios; los hombres son inferiores a los dioses y demonios, y como lo son en el orden de los elementos, así lo son también en la diferencia de los méritos Los demo- nios, puesto que están en medio, así como deben ser pospuestos a los dioses, debajo de los cuales habitan, así se deben preferir a los hombres sobre quienes moran. Porque con los dioses participan de la inmortalidad de los cuerpos, y con los hombres de las pasiones del alma, y así no es maravilla, dicen, que gusten también de las torpezas de los juegos y de las ficciones de los poetas, supuesto que están sujetos asimismo a las pasiones humanas, de que los dioses están muy ajenos y totalmente libres.

De todo lo cual se infiere que cuando abomina y prohíbe Platón las ficciones poéticas no quita el gusto y entretenimiento de los juegos escénicos a los dioses, todos los cuales son buenos y excelsos, sino a los demonios. Si esto es cierto, aunque también lo hallemos escrito en otros (sin embargo, Apuleyo Madurense, platónico, escribió sólo sobre este punto un libro que intituló el Dios de Sócrates, donde examina y declara de qué clase era el dios que tenía consigo Sócrates, con quien profesaba estrecha amistad, el cual dicen que acostumbraba advertirle dejase de hacer alguna acción cuando el suceso no podía serle favorable; pero Apuleyo claramente afirma, y abundantemente confirma que aquél no era dios, sino demonio, cuando disputa con la mayor exactitud sobre la opinión de Platón de la alteza de los dioses, de la, bajeza de los hombres y de la medianía de los demonios), si esto es indudable, pregunto: ¿Cómo se atrevió Platón, desterrando de la ciudad a los poetas, a quitar las diversiones del teatro, ya que no a los dioses, a quienes eximió del contagio humano, a lo menos a los mismos demonios, sino porque así advirtió que el alma del hombre, aun cuando reside en el cuerpo humano, por el resplandor de la virtud y de la honestidad, no hace caso de los obscenos mandatos de los demonios y abomina de su inmundicia? Y si Platón, por sus sentimientos honestos, lo reprende y prohíbe, sin duda que los demonios lo pidieron y mandaron torpemente. Luego, o Apuleyo se engaña, y el dios que Sócrates tuvo por amigo no fue de este orden, o Platón siente cosas entre sí contrarias, honrando por una parte a los demonios y por otra desterrando sus deleites y festejos de una República virtuosa y bien gobernada, o no debemos dar el parabién a Sócrates de su amistad con el, demonio, la cual causó tanto rubor al mismo Apuleyo, que intituló su libro con el nombre del Dios de Sócrates, debiéndole llamar, según su doctrina, en que tan

diligente y copiosamente distingue los dioses de los demonios, no del dios, sino del demonio de Sócrates.

Y quiso mejor poner este nombre en el mismo discurso que no el título del libro, pues merced a la sana y verdadera doctrina que dio luz a las tinieblas de los hombres, todos, o casi todos, tienen tanto horror al nombre de demonio, que cualquiera que antes del discurso de Apuleyo, en que se acredita, Ia dignidad de los demonios, leyera el título del demonio de Sócrates, entendiera que aquel hombre no había estado en su sano juicio. Y el mismo Apuleyo ¿qué halló que alabar en los demonios sino la sutileza y firmeza de sus cuerpos y el lugar elevado donde habitan? Pues de sus costumbres, hablando de todos en general, no sólo no refirió alguna buena, sino muchas malas.

Finalmente, leyendo aquel libro, no hay quien deje de admirarse que ellos hayan querido que en su culto y veneración les sirvan igualmente con las torpezas y deshonestidades del teatro, y queriendo que les tengan por dioses, puedan holgarse y lisonjearse con las culpas de los dioses, y qué todo aquello de que en sus fiestas se ríen, o con horror abominan por su impura solemnidad, o por su torpe crueldad pueda, convenir a sus apetitos y afectos.

CAPITULO XV

Que ni por razón de los cuerpos aéreos, ni por habitar en lugar superior, se aventajaban los demonios a los hombres Por lo cual; un corazón verdaderamente religioso y rendido al verdadero Dios, considerando estas futilezas, de ningún modo debe pensar que los demonios son mejores que él porqué tienen cuerpos más bien organizados, pues por la misma razón pudiera igualmente ser aventajado por muchas bestias, que en la viveza de los sentidos, en la facilidad y ligereza de los movimientos, en la robustez de las fuerzas, en la firmeza y solidez de los cuerpos, nos hacen conocida ventaja. ¿Qué hombre puede igualarse en la perspicacia de la vista con las águilas y los buitres; en el olfato con los perros; en la velocidad con las liebres, con los ciervos y con las aves; en el valor con los leones y elefantes; en la vida larga con las serpientes, de quienes se dice que dejando los despojos de la senectud, y mudando su antigua túnica, vuelven a remozar? Pero así como en el discurso y la razón somos más excelentes que éstos, así también, viviendo bien y virtuosamente, debemos ser mejores que los demonios.

Por esta causa la divina Providencia concedió ciertos dones corporales más singulares a estos animales, a quienes nosotros seguramente hacemos ventaja, para recomendarnos de este modo que tuviésemos cuidado de cultivar aquella parte en que les hacemos ventaja con mucha mayor diligencia que el cuerpo, y para que aprendiésemos a despreciar la excelencia corporal que observamos tenían también los demonios en comparación de la buena y virtuosa vida, en que les hacemos ventaja; esperando igualmente nosotros la inmortalidad de los cuerpos, no la que ha de ser atormentada con penas eternas, sino a la que preceda y acompañe la limpieza y pureza de las almas Por lo que respecta a la superioridad del lugar, excita la risa el pensar que porque ellos habitan en el aire y nosotros en la tierra se nos deben anteponer, pues si así fuera, también pueden ser preferidas a nosotros todas las aves del cielo.

Y si dijesen que las aves, cuando están cansadas de volar o tienen necesidad de suministrar algún sustento al cuerpo se vuelvan a la tierra, o para descansar o para comer, y que estas operaciones no las hacen los demonios, pregunto: ¿Acaso intentarán decir que las aves nos aventajan a nosotros, y los demonios a las aves? Y si esto es un desatino, no hay motivo para que creamos que porque habitan en elemento más elevado son dignos de que nos rindamos a ellos con afecto de religión.

Porque así como es posible que las aves del aire no sólo no se nos antepongan a nosotros, que somos terrestres, sino también se nos rindan y sujeten por la dignidad del alma racional que tenemos, así es posible que los demonios, aunque sean más aéreos, no por eso sean mejores que nosotros, que somos terrestres, porque el aire está más alto que la tierra, sino que debemos ser preferidos, porque la desesperación de ellos de ninguna manera se debe comparar con la esperanza de los hombres piadosos y temerosos de Dios.

Pues aun la razón de Platón, que dispone con cierta proporción los cuatro elementos, entrometiendo entre los dos extremos, que son el fuego movible y la tierra inmoble, los medios, que son el aire y el agua (de modo que cuando, el aire es más superior que el agua, y el fuego más que el aire, tanto más superior es el agua que la tierra), con bastante claridad nos desengañan para que no deseamos estimar los méritos y dignidad de los animales por los grados de los elementos. Aun el mismo Apuleyo, con los demás, confiesa que el hombre es animal terrestre, quien, no obstante, es, sin comparación, más excelente, y se aventaja a los animales acuáticos, aunque prefiera Platón las aguas a la tierra; para que así entendamos que cuando se trata del mérito y dignidad de las almas, no debemos guardar el mismo orden que vemos hay en los grados de los cuerpos, sino que es posible que una alma mejor habite en cuerpo inferior y una peor en cuerpo superior.

CAPITULO XVI

Lo que sintió Apuleyo platónico de las costumbres de los demonios Hablando, pues, este mismo platónico de la condición de los demonios, dice que padecen las mismas pasiones del alma que los hombres; que se enojan e irritan con las injurias; que se aplacan con los dones; que gustan de honores y se complacen con diferentes sacrificios y ritos, y que se enojan cuando se deja de hacer alguna ceremonia en ellos. Entre otras cosas, dice tam- bién que a ellos pertenecen las adivinaciones de los augures, arúspices, adivinos v sueños; que son los autores de los milagros o maravillas de los magos o sabios.

Y definiéndolos brevemente, dice que los demonios, en su clase, son animales; en el ánimo, pasivos; en el entendimiento, racionales; en el cuerpo, aéreos, y en el tiempo, eternos; y que de estas cinco cualidades, las tres primeras son comunes a nosotros, la cuarta es propia suya, y la quinta común con los dioses Pero advierto que entre las tres primeras que tienen comunes con nosotros, dos las tienen también con los dioses.

Porque dice que los dioses son asimismo animales, y a cada cual distribuye en su respectivo elemento; a nosotros nos coloca entre los animales terrestres con los demás que viven en la tierra y sienten; entre los acuáticos, a los peces y otros animales que nadan; entre los aéreos, a los demonios; entre los etéreos, a los dioses. Y en cuanto los demonios son en su género animales, esta cualidad no sólo la tienen común con los hombres, sino también con los dioses y con los brutos; en cuanto son racionales, convienen con los dioses y con los hombres; en cuanto son eternos, sólo con los dioses; en cuanto son pasivos en el ánimo, sólo con los hombres; en cuanto son aéreos en el cuerpo, esto lo tienen ellos solos.

Así no es extraño que en su género sean animales, supuesto que lo son también los brutos; porque en el tiempo sean racionales, no son más que nos otros, que también lo somos; y el que sean eternos, ¿qué tiene de bueno si no son bienaventurados? Porque mejor es la felicidad temporal que la eternidad miserable. Porque en el ánimo sean pasivos, ¿cómo pueden ser más que nosotros, pues también lo somos, ni tampoco lo fuéramos si no fuéramos miserables? Que en el cuerpo sean aéreos, ¿en cuánto debe apreciarse esta cualidad, ya que a cualquier cuerpo se aventaja el alma, y en el culto de religión que se debe por parte del alma, de ningún modo se debe a una naturaleza inferior al alma? Si entre las prendas recomendables que refiere de los demonios pusiera la virtud, la sabiduría, la felicidad, y dijera que éstos las tenían comunes y eternas con los dioses, sin duda que expresara alguna cualidad digna de apetecerse, y, por consiguiente, muy apreciable; sin embargo, no por eso deberíamos adorarlos como a Dios, sino antes a aquel de quien nos constara que ellos lo habían recibido.

¿Cuánto menos serán dignos del culto divino unos animales aéreos que para esto son racionales, para que puedan ser míseros; para esto pasivos, para que sean miserables; para esto eternos, para que no puedan acabar con la miseria?

CAPITULO XVII

Si es razón que el hombre adore aquellos espíritus de cuyos vicios le conviene librarse Por dejar lo demás y tratar solamente de lo que dice que los demonios tienen común con nosotros, esto es, las pasiones del alma; si todos los cuatro elementos están llenos cada uno de sus animales, el fuego y el aire de los inmortales, agua y tierra de los mortales, pregunto: ¿Por qué las almas de los demonios padecen turbaciones y tormentos de las pasiones? Porque per- turbación es lo que en griego se dice phatos, por lo cual los llamó en el ánimo pasivos; pues, palabra por palabra, pathos se dijera pasión, que es un movimiento del ánimo contra la razón.

¿Por qué motivo hay esta cualidad en los ánimos de los demonios, no habiéndola en los brutos? Pues cuando se echa de ver alguna circunstancia como esta en los brutos, no es perturbación, dado que no es contra razón, de que carecen los brutos. Y que en los hombres haya estas perturbaciones, lo causa la ignorancia o la miseria, porque aun no somos bienaventurados con aquella perfección de sabiduría que se nos promete al fin, cuando estuviéramos libres de esta mortalidad.

Pero los dioses dicen que no padecen estas perturbaciones, porque no sólo son eternos, sino también bienaventurados, pues las mismas almas racionales dicen que tienen también ellos, aunque puras y purificadas de toda mácula y contagio. Por lo cual, si los dioses no se perturban por ser animales bienaventurados y no miserables, y los brutos no se perturban porque son animales que ni pueden ser bienaventurados ni miserables, resta que los demonios, como los hombres, se perturben, precisamente porque son animales no bienaventurados, sino miserables. ¿Por qué ignorancia, pues, o, por mejor decir, por qué demencia nos sujetamos por medio de alguna religión a los demonios, supuesto que por la religión verdadera nos libertamos del vicio en que somos semejantes a ellos?

Porque siendo los demonios espíritus a quienes incita y hostiga la ira (como Apuleyo, aun forzado, lo confiesa, no obstante que les perdona y disimula mu- chos defectos y los tenga por dignos de que los honren como a dioses), a nosotros la verdadera religión nos manda que no nos dejemos dominar de la ira, sino que la resistamos tenazmente.

Y dejándose los demonios atraer con dones y dádivas por nosotros, nos prescribe la verdadera religión que no favorezcamos a ninguno excitados por los dones. Y dejándose los demonios ablandar y mitigar con las honras, a nosotros nos manda la verdadera religión que de ningún modo nos muevan semejantes ficciones. Y aborreciendo los demonios a algunos hombres y amando a otros, no con juicio prudente y desapa- sionado, sino, como él dice, con ánimo pasivo, a nosotros nos encarga la verdadera religión que amemos aun a nuestros enemigos.

Finalmente todo aquel ímpetu del corazón y amargura del espíritu y todas las turbulencias y tempestades del alma con que dice que los demonios fluctúan y se atormentan, nos manda la verdadera religión que las dejemos. Qué razón, pues, hay sino una ignorancia y error miserable, para que te humilles reverenciando a quien deseas ser desemejante viviendo, y que religiosamente adores a quien no quieres imitar, siendo el sumo o principal dogma de la religión imitar al que adoras?

CAPITULO XVIII

Qué tal sea la religión que enseña que los hombres, para encaminarse a los dioses buenos, deben aprovecharse del patrocinio o intercesión de los demonios En vano Apuleyo y todos los que con él sienten les hicieron este honor, poniéndolos en el aire, en medio, entre el cielo y la tierra, de modo que como ningún dios se mezcla o comunica con el hombre (lo que dice enseñó Platón), ellos sirvan para llevar las oraciones de los hombres a los dioses, y de allí volver a los hombres con lo que han conseguido con ellos. Porque los que creyeron esto tuvieron por cosa indigna que se mezclaran con los dioses los hombres y los hombres con los dioses, y por cosa digna que se mezclasen los demonios con los dioses y con los hombres, para que de aquí lleven nuestras peticiones, y de allá las traigan despachadas; de modo que el hombre casto, honesto y ajeno a las abominaciones de las artes mágicas, tome por patronos para que le oigan los dioses a aquellos que aman y gustan de cosas, las cuales no amándolas él se hace más digno, para que más fácilmente y de mejor gana le oigan;

porque ellos gustan de las torpezas y abominaciones de la escena, de las cuales no se agrada la honestidad.

En las hechicerías y maleficios gustan “de mil modos y artificios de hacer mal”, de lo que no se complace la inocencia. Luego la castidad y la inocencia, si quisieren alcanzar alguna gracia de los dioses, no podrán por sus méritos, sino interviniendo sus enemigos. No hay motivo para que éste nos procure justificar las ficciones poéticas y las futilezas del teatro. Tenemos contra ellas a Platón, su maestro, y para ellos de tanta autoridad; a no ser que el pudor humano se tenga en tan poco que no sólo apruebe las torpezas, sino también se persuada que se complace en ellas la pureza divina.

CAPITULO XIX

De la impiedad del arte mágica, la cual se funda en el patrocinio de los malignos espíritus Por lo que toca a las artes mágicas, de las cuales a algunos demasiado infelices y demasiado impíos se les antoja gloriarse, alegaré contra ellos la misma luz de este mundo. Porque ¿con qué causa se castigan estas ficciones tan severamente con el rigor de las leyes, si son obras de los dioses a quienes se debe respeto y veneración? ¿Acaso establecieron los cristianos estas leyes con que se procede contra las artes mágicas? ¿Y por qué otra razón, sino porque estos maleficios son en perjuicio de los hombres, dijo el ilustre poeta: “Por los dioses te juro, y por tu dulce vida, querida hermana, que contra mi voluntad acudo a las artes mágicas”; y lo que en otra parte dice asimismo de estas artes:

“He visto transferir las mieses sembradas de un extremo a otro”; porque con esta pestilente y abominable arte dicen que los frutos ajenos los suelen trasladar de unas a otras tierras? Y Cicerón ¿no refiere que en las doce tablas, esto es, en las leyes más antiguas de los romanos, hay establecida pena de muerte contra el que usare de ellas? Finalmente, pregunto al mismo Apuleyo: ¿fue él acusado delante de los jueces cristianos por las artes mágicas? Las cuales, supuesto que se las pusieron por **CAPITULO** de residencia, si sabía que eran divinas, religiosas y con- formes a las operaciones de las potestades divinas, no sólo debían confesarlas, sino también profesarlas, condenando antes las leyes que las prohibían y reputaban por perjudiciales, que tenerlas por admirables y dignas de veneración. Porque de este modo o les persuadiera a los jueces su parecer, o cuando ellos quisiesen atenerse al tenor de las injustas leyes y le condenasen a él, predicador y elogiador de semejantes artes a la pena de muerte, los mismos demonios darían a su alma el premio que merecía, pues por publicar sus divinas obras no temió perder la vida.

Como nuestros mártires, acusándolos criminalmente por defender la religión cristiana, con la que sabían habían de salvarse y ser gloriosos para siempre, no quisieron, negándola, libertarse de las penas temporales, sino que confesándola, profesándola, predicándola y sufriendo por ella fiel y valerosamente acerbos tormentos y muriendo seguramente en Dios confundieron las leyes con que se la prohibían y las hicieron mudar Existe una oración de este filósofo platónico muy extensa y elegante, en la cual se defiende y justifica del crimen que le acumulaban de profesar las artes mágicas, y no quiere defender de otra manera su inocencia sino negando, lo que no puede cometer un inocente.

Y todas las maravillas de los magos, las cuales con razón siente que deben condenarse, se hacen por arte y obra de los demonios, y ya que se persuade que deben adorarse, advierta lo que enseña cuando dice que son necesarios para que lleven nuestras oraciones a los dioses, puesto que debemos huir de sus obras si queremos que nues- tras oraciones lleguen delante del verdadero Dios. Pregunto lo segundo: ¿qué especie de oraciones le parece llevan los demonios de los hombres a los dioses buenos, las mágicas o las lícitas? Si las mágicas, los dioses no gustan de ellas; si las lícitas, no las quieren por medio de tales arbitrios. Y si el pecador, arrepentido mayormente por haber cometido alguna culpa má- gica, ruega, ¿es posible que consiga el perdón por intercesión de aquellos con cuyo favor le pesa haber caído en tan torpe culpa? ¿O acaso los mismos demonios, para poder alcanzar la remisión a los que se arrepienten, hacen también primero penitencia por haberlos engañado, para que se les perdone? Esto jamás se ha dicho de los demonios; porque, si fuese así, de ningún modo se atreverían a desear la honra y culto que se debe a Dios los que por medio de la penitencia apetecían alcanzar la gracia del perdón; porque en lo uno hay una soberbia digna de abominación y en lo otro una humildad digna de compasión.

CAPITULO XX

Si sé debe creer que los dioses buenos de mejor gana se comunican con los demonios que con los hombres Pero ciertamente dirán que hay una causa muy convincente, por la cual es indispensable que los demonios sean medianeros entre los dioses y entre los hombres, para que lleven los deseos y peticiones de los hombres a los dioses y de éstos traigan las respuestas dé las gracias que hubieren alcanzado a los hombres. Y pregunto: ¿Cuál es esta causa y cuánta la necesidad? Porque ningún Dios, dicen, se mezcla o comunica con el hombre.

Donosa santidad la de Dios, que no se comunica con el hombre humilde, y se comunica con el demonio arrogante; no se comunica con el hombre arrepentido, y se comunica con el demonio engañador; no se comunica con el hombre, que se acoge al amparo de su divinidad, y se comunica con el demonio, que finge tener divinidad; no se comunica con el hombre, que le pide perdón de la culpa; y se comunica con el demonio, que le persuade; no se comunica con el hombre, que por medio de los libros filosóficos destierra a los poetas de una República bien ordenada, y se comunica con el demonio, que, por medio de los juegos escénicos, pide a los principales magnates y pontífices de la ciudad los escarnios que hacen de ellos los poetas; no se comunica con el hombre, que prohíbe las ficciones de las culpas de los dioses, y se comunica con el demonio, que gusta y se deleita con los supuestos crímenes de los dioses; no se comunica con el hombre, que con justas leyes castiga los delitos e inepcias de los mágicos, y se comunica con el demonio, que enseña y practica las artes mágicas; no se comunica con el hombre, que huye de imitar a los demonios, y se comunica con el demonio, que anda a caza para engañar a los hombres.

CAPITULO XXI

Si los dioses se aprovechan de los demonios para que les sirvan de mensajeros e intérpretes, y si ignoran que los engañan o quieren ser engañados por ellos La necesidad tan grande de

sostener un disparate e indignidad tan calificada, es porque los dioses del cielo que cuidan de las cosas humanas, sin duda no supieron lo que hacían los hombres en la tierra si los demonios aéreos no se lo avisaran; porque la región celeste está muy distante de la tierra, y es muy elevada, y el aire confina por una parte con ella y por otra con la tierra. ioh admirable sabiduría!

¿Qué otra cosa sienten estos sabios de los dioses, los cuales sostienen que todos son buenos, sino que cuidan de las cosas humanas por no parecer indignos del culto y veneración que les tributan y que por la distancia de los elementos ignoran, las cosas humanas, para que se entienda que los demonios son necesarios, Y así se crea que también ellos deben ser adorados, para que por ellos puedan saber los dioses lo que pasa en las cosas humanas, y cuando fuese menester acudir al socorro de los hombres? Si esto es cierto, estos dioses, buenos tienen más noticia del demonio por la contigüidad del cuerpo que del hombre por la bondad del alma. ioh necesidad digna de la mayor compasión, o, por mejor decir, vanidad ridícula y abominable, por no llamarla ilusión fútil y despreciable! Porque si los dioses pueden ver nuestra alma con la suya libre de los impedimentos del cuerpo, para esta operación no necesitan de intermediarios los demonios; y si los dioses de la región etérea conocen por su cuerpo los indicios corporales de las almas, como son el semblante, el habla, el movimiento, infiriendo así lo que les anuncian los demonios, pueden ser también engañados con los embustes y mentiras de los demonios, esa divinidad no puede ignorar nuestras acciones.

Tuviera especial complacencia en que me dijeran estos alucinados eruditos si los demonios comunicaron a los dioses cómo desagradaron a Platón las ficciones de los Poetas sobre las culpas de los dioses, y les encubrieron que ellos, se complacían con los festejos; o si les callaron lo uno y lo otro, y no quisieron que los dioses supiesen cosa alguna acerca de este asunto; o si les descubrieron lo uno y lo otro; la prudencia religiosa de Platón para con los dioses, y su apetito perjudicial al honor de los dioses; o, si, aunque quisieron encubrir a los dioses, el dictamen de Platón, reducido a no querer permitir que fuesen infamados los dioses con crímenes supuestos por la impía licencia de los poetas, sin embargo, no tuvieron pudor ni temor en manifestarles su propia vileza de que gustaban de los juegos escénicos, en los que se celebraban las ignominiosas criminalidades de los dioses. De estas cuatro razones que les propongo, elijan la que más les agrade, y consideren en cualquiera de ellas con cuánta impiedad sienten de los dioses buenos; porque si escogiesen la primera, han de conceder precisamente que no pudieron los dioses buenos vivir con el virtuoso Platón, porque prohibía la publicación de sus enormes relaciones, y que vivieron sin embargo, con los demonios malos, que se lisonjeaban con la celebración de sus maldades; y que los dioses buenos no conocían al hombre bueno que distaba mucho de ellos, sino por medio de los malos demonios, a quienes, teniéndolos tan próximos, no podían conocer.

Si eligiesen la segunda, y dijesen que lo uno y lo otro les callaron los demonios, de modo que los dioses por ningún motivo tuvieron noticia, ni de la religiosa ley de Platón, ni del sacrílego gusto y deleite de los demonios, ¿qué suceso de importancia pueden saber los dioses de los acontecimientos humanos, por medio de la legacía de los demonios, cuando ignoran las saludables sanciones que decretan por la religión los hombres virtuosos, en honor de los dioses buenos, contra el voluptuoso deseo de los malos demonios? Y si escogiesen la tercera y respondieren que no sólo tuvieron noticia por medio de los mismos

demonios del sentir de Platón, que vedaba la manifestación de los afrentosos dicterios de los dioses, sino también de la lascivia y maldad de los demonios, que se entretienen y recrean con las injurias de los dioses, pregunto: ¿esto es dar aviso o hacer mofa? ¿Y los dioses oyen lo uno y lo otro, y lo conocen y sufren con tanta conformidad, que no sólo no rehúsan la comunicación con los malignos demonios y desean y obran acciones tan contrarias a la dignidad de los. dioses y a la religión de Platón, sino que por medio de estos impíos vecinos, al buen Platón, estando muy distantes de ellos, le remiten sus dones?

Pues de tal modo los unió entre sí el orden de los elementos, que pueden comunicarse con los que les agravian, y con Platón, que los defiende, no pueden; sabiendo lo uno y lo otro, aunque no son poderosos para mudar la constitución del aire y de la tierra. Y si escogieren la cuarta, peor es que las demás; porque ¿quién ha de sufrir que los demonios digan a los dioses inmortales las ignominias y culpas que los poetas les suponen, y los indignos escarnios que se les hacen en los teatros, y el ardiente gusto y suavísimo deleite con que los mismos demonios se entretienen con estas fruslerías? A vista de esta doctrina deben confundirse y callar cuando Platón, con gravedad filosófica, fue de parecer que se desterrasen estas infamias de una República bien ordenada, de modo que ya con esto los dioses buenos se vean obli- gados a saber por estos medios las obscenidades de estos perversos: no ajenas, sino de los mismos que se las dicen; y no los permiten y dejan saber lo contrario a ellas, es decir, las bondades de los filósofos; siendo lo primero en agravio y lo segundo en honra de los mismos dioses.

CAPITULO XXII

Que se debe dejar el culto de los demonios contra Apuleyo Y puesto que no debe adoptarse ninguna de estas cuatro cosas, porque con cualesquiera de ellas no se sienta tan impíamente de los dioses, resta que de ningún modo debe creerse lo que procura persuadirnos Apuleyo y cualesquiera otros filósofos que son de su dictamen, y sostienen que de tal manera están colocados en el lugar medio los demonios entre los dioses y los hombres, que son como internuncios e intérpretes, para que desde acá lleven nuestras peticiones y de allá nos traigan las gracias de los dioses, sino que son unos espíritus deseosísimos de hacer mal, ajenos totalmente de lo que es justo y bueno, llenos de soberbia, carcomidos de envidia, forjados de engaños y cautelas que habitan en la región del aire, porque cuando los echaron de la altura del cielo superior (lo que merecieron por la culpa y transgresión irreiterable” los condenaron a este lugar como a cárcel conveniente para ellos; y no porque la región del aire era superior en el sitio a la tierra y al agua, por eso también ellos en el mérito son superiores a los hombres, los cuales fácilmente los exceden y hacen ventaja, no en el cuerpo terreno, sino en haber escogido en su favor al verdadero Dios, y en la conciencia piadosa y temerosa de Dios.

Y aunque es verdad que ellos se apoderaron de muchos que son indignos de la participación de la verdadera religión como de cautivos y súbditos suyos, persuadiendo a la mayor parte de éstos que son dioses, embelecándolos con señales maravillosas y engañosas de obras y adivinaciones; sin embargo, a otros que miraron y consideraron con más atención sus vicios, no pudieron persuadirles que eran dioses, y así fingieron que eran entre los dioses y los hombres los internuncios, y los que alcanzaban de ellos los beneficios; mas ni aun esta

honra quisieron se les diese los que tampoco creían que eran dioses, por- que advertían que eran malos; porque éstos eran de opinión que todos los dioses eran buenos; y, con todo, no se atrevían a decir que del todo eran indignos del honor que se debe a Dios, principalmente por no ofender al pueblo el cual veían que con tantos sacrificios y templos los honraba y servía por una envejecida superstición.

CAPITULO XXIII

Lo que sintió Hermes Trimegisto de la idolatría, y de dónde pudo saber que se habían de suprimir las supersticiones de Egipto De modo diverso sintió y escribió de ellos Hermes, egipcio, a quien llaman Trimegisto; pues Apuleyo, aun cuando conceda que no son dioses, pero diciendo que son medianeros entre los dioses y los hombres, de modo que son necesarios a los hombres para el trato con los mismos dioses, no diferencia su culto de la religión de los dioses superiores.

Mas el egipcio dice que hay unos dioses que los hizo el sumo Dios, y otros que los hicieron los hombres. El que oye esto como yo lo he puesto, entiende que habla de los simulacros que son obras de las manos de los hombres; con todo, dice que las imágenes visibles y palpables son como cuerpos de los dioses, y que hay en éstos ciertos espíritus atraídos allí que tienen algún poder, ya sea para hacer mal, ya para cumplir algunos votos y deseos de los que los honran y reverencian con culto divino.

El enlazar, pues, y juntar estos espíritus invisibles por cierta parte con los visibles de materia corpórea, de manera que los simulacros dedicados y sujetos a aquellos espíritus sean como unos cuerpos animados, esto dicen que es hacer dioses, y que en los hombres hay esta grande y admirable potestad de formar dioses. Extractaré las palabras de este egipcio cómo se hallan traducidas en nuestro idioma: “y porque, dice él, nos notifican que hablemos de la cognación y comunicación de los hombres y de los dioses, mira, ¡oh Asclepio!, la potestad y vigor del hombre: así como el Señor y Padre, o, lo que es lo mismo, Dios, es hacedor y autor de los dioses celestiales, así el hombre es el fabricador de los dioses que están en los templos contentos de la proximidad del hombre.” Y poco después añade:

“La humanidad de tal modo persevera en aquella imitación de la divinidad, acordándose siempre de su naturaleza humana y de su origen, que así como el Padre y Señor, por que fuesen semejantes a él, hizo a los dioses eternos, así el hombre hizo y figuró a sus dioses semejantes a él a la similitud de su rostro.” Aquí, habiéndole Asclepio, con quien principalmente conferenciaba, respondido y dicho: “¿Habláis, ¡oh Trimegisto!, de las estatuas?”; entonces dice: “¡Oh Asclepio! Ves estatuas, como tú mismo desconfías, estatuas animadas llenas de sentido y espíritu, y que ejecutan tales y tan grandes maravillas.

Estatuas que saben lo futuro, adivinan y dicen en diferentes cosas lo que acaso ignora cualquier adivino; que causan las enfermedades en los hombres, y las curan y los convierten en tristes y alegres conforme lo merecieron. ¿Ignoras, por ven- tura, ¡oh Asclepio!, que Egipto es un retrato e imagen del cielo, o, lo que es mas cierto, es una traslación portentosa donde se establecen y descienden todas las cosas que se gobiernan y

practican en el cielo? Y si ha de decir la verdad, añade, esta nuestra tierra es un templo vivo de todo el mundo. Y pues es conveniente que el prudente lo prevea y sepa todo, no es razón que vosotros ignoréis lo que voy a decir.

Vendrá tiempo en que se advertirá que los egipcios inútilmente guardaron tan piadosa y devotamente la religión a los dioses, y que, cesando toda su santa veneración, los dejará frustrados y burlados.” Después Hermes, con muchos raciocinios, prosigue este asunto, donde parece que profetiza o adivina aquella feliz época en que la religión cristiana, cuanto es más verdadera y santa, con tanta más eficacia y libertad destruye y echa por tierra todas las engañosas ficciones; para que la gracia del verdadero Salvador libre al hombre del cautiverio de los dioses, que por si es- tableció el hombre, y los someta a aquel Dios que hizo al hombre. Pero cuando habla, no vaticina estas maravillas, habla como si fuera amigo de estos mismos engaños; ni expresa claramente el nombre cristiano, pero lamenta que se destierren de Egipto las observancias que le hacen semejante al cielo y anuncia con lacrimoso estilo los sucesos venideros; pues era de los que dice el Apóstol:

“que conociendo a Dios no le dieron la gloria de Dios, ni se le mostraron agradecidos, sino que dieron en vano con sus imaginaciones y discursos, y quedó su necio corazón rodeado y sumergido en las tinieblas de su presunción y arrogancia, porque en lo mismo en que se gloriaban de sabios y literatos, en esto mismo quedaron necios e ignorantes, andando tan ciegos que profanaron la majestad de Dios inmortal1 mudándola en la imagen o estatua de hombre mortal”; y lo demás que sería largo referir. Alegando Hermes tan sólidos fundamentos sobre el único y solo Dios verdadero, Criador del mundo, conformes a lo que prescribe la verdad, no sé de qué modo se deja llevar de las, oscuras tinieblas de su corazón a cosas como éstas; que quiere estén sujetos los hombres a los dioses, que confiesa son obras de los mismos hombres, y siente haya de venir tiempo en que esto desaparezca; como si pudiese haber cosa más desdichada que el hombre, a quien dominan los figmentos y estatuas que ha fabricado por sus manos; siendo más fácil que, adorando a los dioses que formó con sus propias manos, deje de ser hombre, que no porque él los adore sean dioses lo que hizo el mismo hombre, porque más presto sucede: “Que el hombre colocado en honrosa condición, y en un estado superior semejante a la imagen de Dios, no conociendo, antes olvidado de su condición y nobleza, se iguale en su miseria a las bestias; que llegue a anteponerse una obra de las manos del hombre a la obra de Dios, hecha por Dios a su semejanza, esto es, al mismo hombre.”

Por eso el hombre pierde algún tanto de ser que tiene de aquel que le crió, cuando se sujeta y toma por superior a lo que formó con sus mismas manos. De que estas falsedades, maldades y sacrilegios desapareciesen se dolía el egipcio Hermes, porque sabía que había de llegar tiempo en que así sucediese, pero lo sentía tan sin pudor, cuanto lo sabía sin fundamento sólido; pues el Espíritu Santo no se lo había revelado como a los santos profetas, que, conociendo y previendo estos admirables sucesos, decían con alegría de su corazón: “Si hi- ciere y fabricare el hombre dioses para sí, presto llegará el desengaño de esta vana ilusión, y experimentará que no son dioses”; y en otro lugar: “Vendrá tiempo, dice el Señor, en que exterminaré del mundo los ídolos y simulacros, y no habrá más memoria de ellos.” Pero sobre este punto vaticinó en términos más claros e incontrastables contra Egipto el santo profeta Isaías por estas palabras:

“Se desharán y desaparecerán cuando viniere el Señor los ídolos que hicieron para, sí los egipcios, y el corazón de éstos se deshará y aniquilará entre sí”; con lo demás que continúa en orden a la misma profecía. De éstos fueron también los que, teniendo una ciencia positiva e infalible de lo venidero, se alegraban y lisonjeaban de que hubiese venido el Mesías prometido, como Simeón y Ana, que al punto que nació Jesús le conocieron; como Isabel, que con espíritu profético le reconoció existente en el vientre de su Madre, y como Pedro cuando, revelándoselo el Eterno Padre, dijo:

“Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo”. Mas a este sabio egipcio le inspiraron su futura destrucción los mismos espíritus, que teniendo presente en carne humaba al Dios todopoderoso, amilanados y llenos de temor y espanto, le dijeron: “¿A qué viniste antes de tiempo a per- dernos?” O porque para ellos repentinamente acaeció lo que creían debía tardar más tiempo en verificarse, o porque llamaban su destrucción y perdición al mismo acontecimiento en que fueron descubiertos, pues siendo conocidos los habían de desamparar y despreciar los hombres, lo cual era antes de tiempo, esto es, antes de la época en que se debe suceder el juicio universal, en el cual serán castigados con eterna condenación, juntamente con todos los hombres que se hallaren asociados a su compañía, como lo insinúa expresamente la verdadera religión, que ni engaña ni puede ser engañada; y no como este sabio que, dejándose llevar por una parte y por otra del viento de cualquiera doctrina, mezclando y confundiendo lo falso con lo verdadero, se duele como si hubiera de extinguirse la religión, que confiesa después llanamente ser un error.

CAPITULO XXIV

Cómo Hermes claramente confesó el error de sus padres y, con todo, le pesó que hubiese de desaparecer Después de algún intervalo vuelve a discurrir sobre el mismo punto y hablar de los dioses hechura del hombre, diciendo de este modo: “Pero ya de estos tales basta lo referido. Volvamos al hombre y a la razón, por la cual, concedida por singular beneficio de Dios, se denominó el hombre animal racional.” Admirables se nos presentan las cualidades del hombre que hemos relacionado por extenso, pero en verdad excede toda admiración que fuera posible al hombre investigar y descubrir la naturaleza divina, y ser autor, criador y único artífice de ella.

Pues como nuestros mayores anduvieron muy errados e incrédulos acerca de los dioses, sin atender a su culto y religión, hallaron traza e invención para formar dioses. Y luego que la descubrieron la apropiaron y aplicaron una virtud conveniente, tomándola de la naturaleza del mundo y mezclándola, y ya que no podían crear almas, invocaron las de los demonios o de los ángeles; y las hicieron entrar, dentro de las imágenes y en los divinos misterios, por los cuales los ídolos pudiesen tener potestad y virtud para hacer bien y mal. No sé si los mismos demonios, a fuerza de conjuros, confesarían esta verdad como la confiesa Hermes; porque dice: nuestros antepasados andaban muy errados e incrédulos acerca de la calidad de los dioses, y, sin advertir a su culto y religión hallaron traza y modo para formar dioses. Porque no dijo que andaban un tanto equivocados para descubrir el arte de hacer dioses, ni contentóse con decir errados, sino que añadió y dijo muy errados. Este grande error e incredulidad de los que no le advertían ni se aplicaban al culto y religión de Dios inventó un raro medio de hacer dioses. Un error tan craso, una incredulidad tan dura, y la aversión o

contradicción del ánimo humanó al culto y religión de Dios, encontró, sin embargo, modo de que el hombre fabricase con artificio dioses.

Duélese de esta inepcia un hombre tan sabio como Hermes, sintiendo haya de venir tiempos en que se abrogue la religión divina. Adviertan, pues, cómo por virtud divina confiesa, aunque implícitamente, la alucinación y error de sus antepasados, y por una fuerza diabólica se siente penetrado de dolor por el futuro castigo de los demonios. Porque si sus mayores, procediendo con notable equivocación sobre la condición de los dioses, y estando dominados de incredulidad y aversión al culto de la religión divina, hallaron un espacioso artificio para crear dioses, ¿qué maravilla, que todo lo que hizo esta arte abominable, contraria a la religión divina, lo quite la religión divina; pues la verdad es la que enmienda y modera el error, y la fe la que convence a la incredulidad, y la conversación la que corrige a la aversión? Porque si, omitiendo las causas, dijera que sus predecesores habían encontrado traza y modo para hacer dioses, sin duda nos tocaba a nosotros, si éramos cuerdos y religiosos, el averiguar cómo de ninguna manera pudieran llegar ellos a conseguir este arte con que el hombre crea dioses, si no fueran equivocados en la verdad, si creyeran cosas dignas de Dios, si advirtieran y aplicaran el ánimo al culto y religión divina.

Podríamos decir nosotros que las causas de este arte vano eran el error inmoderado de los hombres, la incredulidad y la aversión que el ánimo alucinado e infidente tenía a la religión divina, como la desenvoltura de los que se defienden contra la verdad merecían que dijésemos. Pero cuando esto admira el hombre más enterado que todos en lo concerniente a este arte de hacer dioses, y se duele de que ha de venir tiempo en que todas estas ficciones o estatuas de los dioses fabricadas por los hombres se manden públicamente quitar y destruir por las leyes civiles, confesando además y declarando las causas porque llegaran a experimentar tan fatal excidio, diciendo que sus antepasados, poseídos de sus errores e incredulidad, y sin advertir ni aplicar su ánimo al culto y religión divina, descubrieron el arte con que pudieron formar dioses;

dejará de ser muy conforme que nosotros digamos, o, por mejor decir, demos afectuosas y reverentes gracias a Dios nuestro Señor, que por su amor benéfico hacia nosotros se sirvió desterrar y abolir tales errores, con causas contrarias a las que se instituyeron. Porque lo mismo que estableció el error y humano desvarío, lo abrogó la invención de la verdad; lo que introdujo la incredulidad lo quitó la fe, lo que instituyó la aversión que tuvieron al culto divino y a la religión, lo destruyó la conversión sincera a un Dios Santo y verdadero; y no sólo quitó y desterró de Egipto, del cual solamente se duele este sabio, el espíritu de los demonios, sino de toda la tierra, donde se canta con indecible júbilo al Señor un nuevo cántico, como lo, expresaron las letras 'verdaderamente sagradas y verdaderamente proféticas, donde dice la Escritura: “Cantad al Se- ñor un nuevo cántico, cantad y glorificad al Señor toda la tierra.» Pues el titulo del salmo es: “Cuando se edificaba la casa después de la cautividad.”

Pues construyéndose va el Señor por casa la Ciudad de Dios, que es la Santa Iglesia en toda la tierra, después del penoso cautiverio eh que los demonios tenían esclavizados a los hombres, y de estos hombres creyentes, como de unas piedras vivas y sólidas, se edificaba la casa. Pues no, porque el hombre formase dioses a su albedrío, dejaban de poseer al que

los hacía; porque adorándolos se hacía su partidario y compañía, no ya de los insensatos y dolorosos, sino de los astutos demonios.

Pues ¿qué son los ídolos, sino lo que insinúa la Sagrada Escritura?, "que tienen ojos y no ven", y todo lo demás que a este tenor pudo decirse de una masa, aunque artificiosamente labrada, sin embargo, sin vida ni sentido. Con todo, los espíritus inmundos, encerrados por aquella arte nefaria en los mismos simulacros, reduciendo a su compañía las almas de sus adoradores, las veían miserablemente cautivas, por lo que dice el Apóstol: "Sabemos bien que el ídolo es nadie, y lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican y no a Dios; no quiero que os hagáis participes y compañeros de los demonios." Así que después de este cautiverio, en que los malignos demonios tenían esclavizados a los hombres, se va edifi- cando la casa de Dios en toda la tierra, de donde tomó su título aquel salmo que dice: "Cantad al Señor un cántico nuevo. Cantad al Señor toda la tierra. Cantad al Señor y bendecid su nombre. Anunciad cada día su salud. Anunciad y evangelizad a las gentes su gloria, y todos los pueblos sus maravillas, porque es grande el Señor y digno de alabanza sobremanera, y más terrible que todos los dioses; porque todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor hizo los Cielos." El que se dolía de que había de venir tiempo en que se desterrase del mundo el culto y religión de los ídolos y el dominio que tenían los demonios sobre los que le adoraban, instigado del espíritu maligno, quería que durase siempre esta cautividad, la cual concluida, canta el Salmista rey que se va edificando la casa en toda la tierra. Profetizaba Hermes aquello doliéndose, y vaticinaba esto el profeta alegrándose. Y porque es el espíritu vencedor el que cantaba estas divinas alabanzas por medio de los profetas santos, también Hermes, lo que no quería y sentía que se abrogase, por un modo y traza admirable fue obligado a confesar que lo habían establecido no los prudentes, fieles y religiosos, sino los que andaban errados, los que eran incrédulos y opuestos al culto de la religión divina.

Este sabio escritor, aunque los llame dioses, con todo, cuando confiesa que los formaron tales hombres cuales, sin duda, no debemos ser nosotros, aun contra su voluntad, manifiesta que no deben ser adorados por los que no son semejantes a los que los hicieron, esto es, a los sabios, fieles y religiosos, demostrando al mismo tiempo que los mismos hombres que los hicieron se impusieron a sí el subsidio de tener por dioses a los que no lo eran.

Porque es infalible aquella divina expresión del profeta: "Si hiciere y fabricare el hombre dioses, ellos no son dioses." Así que a tales dioses, ha- biéndolos llamado Hermes dioses de tales, fabricados artificiosamente por tales, esto es, demonios, no sé por qué arte encerrados y detenidos en los ídolos con los lazos de sus apetitos o antojos, habiendo, digo, llamado dioses a los que hablan creado los hombres, con todo, no les concedió lo que el platónico Apuleyo (de quien hemos ya hablado demostrando cuán absurda y contradictoria era su opinión) que sean intérpretes e intercesores entre los dioses que hizo Dios y los hombres que crió el mismo Dios, llevando desde la tierra los votos y peticiones, y volviendo del cielo con, los despachos y gracias. Porque es un grande desatino creer que los dioses que crearon los hombres puedan más con los dioses que hizo Dios que los mismos hombres que hizo el mismo Dios.

Pues el demonio, luego que el hombre le encierra con arte sacrílego en el simulacro, vino a ser dios aunque peculiar para tal hombre, no para todos los hombres. ¿Cuál, pues, será este

dios a quien no formara el hombre sino errando y siendo incrédulo, y habiendo vuelto las espaldas al Dios verdadero? Y si los demonios que se adoran en los templos, encerrados no sé por qué arte en las imágenes, esto es, en los simulacros y estatuas visibles por industria de los hombres, que con este artificio los hicieron dioses, caminando errados y vueltas las espaldas al culto y religión divina, no son internuncios ni intérpretes entre los hombres y los dioses, y por sus perversas y torpes costumbres, aun los mismos hombres, aunque infieles y ajenos del culto y religión divina, son sin duda mejores que aquellos a quienes con sus artificios hicieron dioses; resta, pues, que la autoridad que usurpan puedan ejercerla como demonios, ya sea cuando, pareciendo que nos hacen bien nos hacen mal, porque entonces nos engañan mejor, ya cuando a las claras nos dañan. Y con todo, cualquiera operación de éstas no pueden efectuaría por sí mismos, sino cuando y en cuanto se les permite por la alta y secreta providencia de Dios, y no porque puedan mucho sobre los hombres por su amistad de los dioses, como intermedios entre los hombres y ellos.

Porque de ningún modo pueden tener amistad con los dioses buenos, que nosotros llamamos ángeles santos y criaturas racionales, que habitan en las Santas moradas del cielo, ya sean tronos, o dominaciones, a principados, o potestades, de quienes distan tanto cuanto los vicios de las virtudes y la malicia de la bondad.

CAPITULO XXV

De la comunicación que puede haber entre los santos ángeles y los hombres de ningún modo por mediación e intercesión de los demonios debemos aspirar a la amistad o beneficencia de los dioses, o, por mejor decir, de los ángeles buenos, sino por la semejanza de la buena voluntad con que estamos unidos con ellos, vivimos con ellos y adoramos con ellos al mismo Dios que ellos adoran, aunque no los podamos ver con los ojos carnales; pero en cuanto somos miserables por la desemejanza de la voluntad y por la fragilidad de nuestra flaqueza, en tanto nos alejamos de ellos por el mérito de la vida, no por la distancia del cuerpo. Pues, no porque dada la condición de la carne vivamos en la tierra, por eso dejamos de juntarnos y unirnos con ellos, si no gustamos de las cosas terrenas por la inmundicia del corazón. Pero cuando, recuperada la salud, somos como ellos son, entonces, y en la fe, nos acercamos y unimos con ellos si creemos también y esperamos por su intercesión la bienaventuranza de Aquel que los hizo a ellos felices.

CAPITULO XXVI

Que toda la religión de los paganos se empleó y resumió en adorar hombres muertos Y verdaderamente es digno de advertir cómo este egipcio sintiendo el tiempo que habla de sobrevenir, en el cual había de desterrarse de Egipto lo mismo que confiesa fue establecido por los que andaban muy errados y eran incrédulos y contrarios al culto de la religión divina, entre otras cosas, dice: “Entonces esta tierra, que es un venerable asiento de los delubros y templos, estará sumamente llena de sepulcros y difuntos.” Como si de no desaparecer esta vana superstición, no hubieran de morir los hombres, o se hubieran de sepultar los muertos en otra parte que en la tierra, pues seguramente que cuanto más fuese

corriendo el tiempo y los días, tanto mayor había de ser el número de los sepulcros por el número mayor de los muertos.

Sin embargo, parece que se duele porque las memorias y capillas de nuestros mártires habían de suceder a sus delubros y templos. Sin duda por que leyendo esto los que nos tienen mala voluntad y el corazón dañado, imaginen que los paganos adoraron a los dioses en los templos, y que nosotros adoramos a los muertos en los sepulcros, pues es tanta la ceguedad de los hombres impíos, que ofenden y tropiezan con los mismos montes, y no quieren observar las cosas que les dan en los ojos, para no echar de ver y confesar que en todas las historias o memorias de los paganos, o no se hallan, o apenas se encuentran dioses que no hayan sido hombres, y que, con todo, después de muertos, procurasen honrar a todos y reverenciarlos como si fuesen dioses.

Omito lo que dice Varrón, quien sustenta que tienen por dioses manes a todos los difuntos, y lo prueba por los sacrificios que se hacen a casi todos los muertos, entre los cuales refiere también los juegos fúnebres, como si éste fuera el argumento más convincente de su divinidad, puesto que los juegos no suelen dedicarse sino a los dioses. El mismo Hermes, de quien ahora hablamos, en el mismo libro donde, como vaticinando lo venidero y lamentándose, dice:

“Entonces esta tierra, que es un venerable asiento de los delubros y templos, estará inundada de sepulcros y difuntos”; afirma que los dioses de Egipto son hombres muertos. Porque habiendo dicho que sus antepasados, andando muy errados sobre la razón de los dioses incrédulos y sin advertir al culto y religión de los dioses, hallaron artificio para hacer dioses y “luego que le encontraron le aplicaron una virtud congruente y acomodada, tomándola de la naturaleza del mundo y mezclándola; y porque no podían crear almas invocaron las de los demonios o de los ángeles, las hicieron entrar dentro de las imágenes y en los divinos misterios, por las cuales los ídolos pudiesen tener poder y autoridad para hacer bien y mal”; después prosigue, como intentando comprobar esta aserción con ejemplos, y dice:

“Porque tu abuelo, Ioh Asclepio!, que fue el primer inventor de la Medicina, a quien está consagrado un templo en el monte de Libia, cerca de la costa de los cocodrilos, donde yace su hombre mundano, esto es, su cuerpo, porque lo restante de él o, por mejor decir, todo él, si es que está todo el hombre en el sentido de la vida, mejorando se volvió al cielo, de donde acude ahora también a auxiliar en todo a las enfermedades de los hombres con su virtud divina, como antes acostumbraba con el arte de la Medicina.” Ved aquí cómo dijo que adoraban por dios a un hombre difunto en el lugar donde tenía su sepultura, engañándose y engañando, diciendo que volvió al cielo.

Añadiendo después otro ejemplo, dice: “Hermes, mi abuelo, cuyo nombre he heredado yo, pregunto, estando en su patria qué se intitula con su propio nombre, ¿no ayuda y conserva a todos los mortales que de todo el mundo, acuden allí?” Porque Hermes el mayor, esto es, Mercurio, de quien dice que fue su abuelo, refiere que está enterrado en Hermópoli, es decir, en la ciudad de su propio nombre. Ved cómo dice que dos dioses fueron hombres, Esculapio y Mercurio. De Esculapio sienten lo mismo los griegos y latinos, aunque de Mercurio opinan muchos que no fue mortal, quien, sin embargo, dice Hermes que fue su

abuelo. Pero acaso dirán que uno fue aquél y otro éste, no obstante de que tengan un mismo nombre. No reparo mucho en esta objeción, sea o no aquél, y otro distinto éste; con todo, a éste, como a Esculapio, de hombre le hicieron dios, según lo refiere Trimegisto, varón tan apreciado entre los suyos y nieto de Mercurio. Más adelante continúa aún, y dice: "Sabemos de Isis, mujer de Osiris, cuántos beneficios hace a los que la tienen favorable, y cuántos daños a los que la tienen enojada." Y, en seguida, para demostrar que de tal género son los dioses que los hombres crean con el insinuado artificio (donde da a entender que los demonios han resultado de las almas de los hombres difuntos, a quienes por el arte que descubrieron los hombres que caminaban errados, infieles y sin religión, dice que los hicieron entrar dentro de los simulacros, por cuanto los que formaban tales dioses no podían realmente crear almas), habiendo dicho él mismo de Isis lo que tengo referido: "A cuántos sabemos que ha dañado el tenerla irritada", prosiguiendo dice: "porque es muy fácil enojarse los dioses terrenos y mundanos, como aquellos que de ambas naturalezas han formado y compuesto los hombres".

De ambas naturalezas, dice, de alma y de cuerpo, de modo que por el alma se entienda el demonio, y por el cuerpo el simulacro. "Por lo que sucedió, añade, que los egipcios llamaron a estos animales santos, ordenando que en todas las ciudades se adoren las almas de los que en vida los consagraron; de tal suerte, que con sus leyes se gobiernen y se llamen con sus pro- pios nombres." ¿Dónde está aquella que parecía queja lastimosa, que vendría tiempo en que la tierra de Egipto, venerable asiento de los delubros y templos, estaría llena de sepulcros y de muertos? En efecto, el seductor y falso espíritu que impelía a explicarse así, a Hermes fue obligado a confesar por boca del mismo Hermes que ya entonces estaba aquella tierra inundada de sepulcros y de difuntos que eran adorados como dioses. Pero el sentimiento de los demonios les hacía hablar por boca de este sabio, porque les pesaba de ver que se acercaban y amenazaban las duras penas que habían de padecer en las memorias o capillas de los santos mártires; pues en muchos lugares de éstos son atormentados, como lo confiesan ellos mismos, echándolos de los cuerpos de los hombres, de quienes estaban tiránicamente apoderados.

CAPITULO XXVII

Del modo con que los cristianos honran a los mártires Tampoco nosotros fundamos en honor de los mártires templos, sacerdotes, sacrificios y solemnidades porque sean nuestros dioses, sino porque el Dios de éstos es el nuestro. Es cierto que honramos su memoria como de hombres santos, amigos de Dios, que combatieron por la verdad hasta aventurar y perder la vida de sus cuerpos para que se manifestase la verdadera re- ligión, convenciendo y confundiendo las falsas y fingidas religiones, lo cual si algunos lo sentían antes, de miedo lo disimulaban y reprimían. ¿Quién de los fieles oyó jamás que estando el sacerdote en el altar, aunque fuese hecho el sacrificio sobre algún cuerpo santo de cualquier mártir a honra y reverencia de Dios, dijese en sus oraciones: Pedro, o Pablo, o Cipriano, yo te ofrez- co este sacrificio? Pues es manifiesto a todos que se ofrece en sus capillas u oratorios a Dios, que los hizo hombres y mártires, y los honró y juntó con sus santos ángeles en el Cielo, para que con aquella ofrenda demos gracias a Dios por las victorias de estos ínclitos soldados de Jesucristo, y para que, a imitación de semejantes coronas y palmas; renovando su memoria y suplicando al mismo Señor que nos favorezca, nos animemos.

Todas las obras piadosas que practican los hombres devotos en los lugares de los mártires son beneficios que ilustran sus memorias, no sacrificios que se hacen a muertos como a dioses; y todos los que allí llevan sus comidas (aunque esto no lo hacen los mejores cristianos, y en las más partes no hay tal costumbre), con todo, los que lo ejecutan, en poniéndolas allí oran y las quitan, o para comerlas, o para distribuirlas entre los pobres y necesitados, pues sólo pretenden sacrificar y bendecir en aquel santo lugar su comida por los méritos de los mártires, en nombre del Señor verdadero de éstos. Y que esta práctica no sea ofrecer sacrificio a los mártires lo sabe y comprende el que conoce el único y solo sacrificio que allí se ofrece: el sacrificio de los cristianos. Así que nosotros no reverenciamos a nuestros mártires ni con honras divinas ni con culpas humanas, como ellos adoran a sus dioses, ni les ofrecemos sacrificios ni sus crímenes y afrentas las convertimos en un acto de religión suyo.

De Isis, mujer de Osiris, diosa de Egipto, y de sus respectivos padres (quienes escriben que todos fueron reyes, y que sacrificando Isis un día en honor de sus padres descubrió la planta de la cebada, manifestando, las espigas al rey su esposo y a su consejero Mercurio, por lo cual quiere que sea la misma que Ceres), cuántos y cuán grandes crímenes y maldades se hallan escritas no en los poetas, sino en sus escrituras místicas, como lo que escribe Alejandro Magno a su madre Olimpias, conforme al secreto que le descubrió y comunicó un sacerdote llamado León; léanlo, pues, los que quieren o pudieren, y recorran su memoria los que lo hayan leído, y adviertan a qué especie de hombres muertos, o por qué hazañas practicadas por ellos les instituyeron como a dioses culto, religión y sacrificios.

Y no pre- suman con ningún pretexto comparar a estos tales, aunque los reputen por dioses, con nuestros santos mártires, no obstante de que no los tengamos por dioses; porque de este modo no instituimos sacerdotes, ni ofrecemos sacrificios a nuestros mártires, pues esta liturgia es improporcionada, indebida, ilícita, y solamente debida a un solo Dios; de forma que no los entretendremos ni con sus culpas ni con sus juegos torpes y abominables en los cuales celebran éstos, o las abominaciones de sus dioses, si es que en vida, cuando eran hombres, cometieron semejantes crímenes, o las fingidas diversiones y deleites de los malos demonios, si es que no fueron hombres. De esta clase de demonios no tuviera Sócrates un dios, si realmente tuviera un dios, sino que, acaso, estando ajeno e inocente del arte de formar dioses, le acumularon semejante dios los que quisieron ser reputa- dos por excelentes y singulares en el arte. ¿Y para qué me dilato más, puesto que no hay alguno medianamente juicioso que dude no deben ser adorados estos espíritus por la esperanza de conseguir la vida bienaventurada que ha de suceder después de la actual y mortal? Pero seguramente dirán que, aunque es cierto que todos los dioses son buenos, sin embargo, los demonios, unos son buenos y otros malos, y les parecerá que deben adorarse aquellos por quienes hemos de alcanzar la vida feliz y eterna, quienes creen que son buenos; y en cuánto sea cierta o falsa esta opinión, lo demostraremos en el siguiente libro.

LIBRO NOVENO CRISTO, IMPETRADOR DE LA VIDA ETERNA

CAPITULO PRIMERO

A qué término ha llegado e! discurso de que se trata y lo que resta averiguar de él Algunos escritores han opinado que hay dioses buenos y también malos; pero otros, sintiendo con más benignidad de los dioses, los honraron y elogiaron tanto, que no se atrevieron a creer que hubiese dios alguno que fuese malo; y los que sentaron como cierto que los dioses unos son buenos y otros son malos, llamaron asimismo dioses a los demonios, y aunque fuesen dioses, sin embargo, muy pocas veces los designaron con el dictado de demonios, de tal suerte, que confiesan que al mismo Júpiter, que quieren sea el rey y príncipe de los demás, le llamó Homero demonio; mas los que afirman que todos los dioses no son sino buenos, y mucho más excelentes y mejores que los hombres que se reputan por buenos, con razón se conmueven y escandalizan de las obras que practican los demonios, las cuales no pueden negar, y entendiendo que de ningún modo pueden hacerlas los dioses, de quienes opinan que todos son buenos, se ven precisados a distinguir y hacer diferencia entre los dioses y los demonios, de tal suerte, que todo cuanto les desagrada con justa causa en sus obras o en sus malos afectos, con que los ocultos espíritus manifiestan su índole natural, creen que es propio y característico de los demonios y no de los dioses.

No obstante, porque también presumen que estos mismos demonios están colocados en el lugar medio entre los hombres y los dioses para el efecto de que, como ningún dios se mezcla y comunica con el hombre, lleven de acá sus votos y peticiones y traigan de allá lo que hubieren alcanzado; y esto mismo sienten los platónicos, que son los más insignes y famosos entre los filósofos, con quienes como los más excelentes me pareció conducente indagar y examinar esta cuestión de si el culto tributado a muchos dioses sirve para conseguir la vida feliz y bienaventurada que esperamos después de la muerte; por lo mismo en el libro anterior examinamos cómo los mismos demonios que se complacen en ciertos objetos de los que huyen y abominan los hombres cuerdos y virtuosos, esto es, de las acciones sacrílegas, abominables, de las ficciones que inventaron los poetas, no de cualquier hombre, sino de los mismos dioses, de la violencia perversa y digna de un severo castigo, de las artes mágicas, examinemos, digo, cómo los demonios como más allegados amigos, puedan conciliar los hombres buenos con los dioses buenos y hallamos y averiguamos que no pueden practicarlo de modo alguno.

CAPITULO II

Si entre los demonios, a los que los dioses son superiores, hay algunos buenos, con cuyo favor pueda el alma del hombre llegar a obtener la verdadera felicidad Y así, este libro, según lo prometimos al fin del pasado, tratará sobre la diferencia que hay, si quieren que haya alguna, no entre los dioses porque de todos ellos dicen que son buenos, ni de la distinción que hay entre los dioses y los demonios, de quienes separan a los dioses y las diferencias de los hombres, colocando a los demonios entre los dioses y los hombres, sino de la diferencia que hay entre los mismos demonios, que es el asunto perteneciente a la presente cuestión. Por cuanto entre la mayor parte de los filósofos gentiles suele decirse

comúnmente que los demonios, unos son buenos y otros malos; cuya opinión, ya sea también de los filósofos platónicos, ya sea de cualesquier otros, no es razón que la adoptemos sin examinarla escrupulosamente, porque no crea alguno que debe imitar a los demonios con espíritus buenos, y mientras por su mediación desea y procura alcanzar la amistad de los dioses, de todos los cuales cree que son buenos para poder vivir con ellos; después de su muerte, implicado y alucinado con los artificiosos engaños de los espíritus malignos, no vaya errado y descaminado del todo del verdadero Dios, con quien solamente, en quien y de quien consigue únicamente la bienaventuranza el alma humana, esto es, la racional e intelectual.

CAPITULO III

Lo que atribuye Apuleyo a los demonios, a quienes, sin quitarles la razón, no les concede virtud alguna ¿Cuál es, pues, la diferencia que se supone entre los demonios buenos y los malos, supuesto que tratando generalmente de ellos el platónico Apuleyo, y diciendo tantas particularidades de sus cuerpos aéreos, no expresó cosa alguna de las virtudes del alma, de las cuales debieran tener si fueran buenos? Así que omitió la causa por la cual podían ser eternamente felices, mas no pudo callar el indicio por el que consta de su miseria, confesando que la parte principal, que ellos llaman entendimiento, con que dijo que eran racionales, por lo menos la que no estaba prevenida y abroquelada con la virtud, no escapaba de las pasiones desordenadas del alma, sino que también ella, como suelen los ánimos estúpidos, padece de algún modo tempestuosas borrascas y perturbaciones, sobre lo cual se explica así:

“Del número de estos demonios son casi -dice- todos los dioses que acostumbran los poetas, no muy distantes de la verdad, fingir que tienen odio o amor a algunos hombres, concediendo prosperidades, elevando a unos y humillando a otros; así que se compadecen, se irritan, se afligen y alegran, y padecen todo cuanto el ánimo de un hombre sufre, corriendo su tormenta con la misma tribulación y agitación de ánimo por las temibles ondas de pensamientos dudosos; todas las cuales turbaciones y borrascas son muy ajenas de la tranquilidad de los dioses celestiales.”

¿Acaso en estas expresiones hay alguna duda en que diga que se turban como mar proceloso con las bravas borrascas de sus pasiones, no ciertas partes inferiores del alma, sino el mismo espíritu de los demonios, con que efectivamente son animales racionales? De modo que ni merecen que los comparen con los hombres sabios y cuerdos que a semejantes turbaciones del ánimo (de, las que no se libra la flaqueza humana, aun cuando las padecen por la suerte y condición de esta vida mortal) las suelen resistir sin inquietud alguna de su espíritu, sin dejarse arrastrar de ellas para consentir o ejecutar una sola acción que desdiga del camino recto de la sabiduría y ley de la justicia, sino que los demonios, siendo semejantes y parecidos a los hombres necios e injustos, no en los cuerpos, sino en las condiciones, por no decir peores, por ser más antiguos en tiempo, incurables e insanables por la debida pena, corren también la tormenta y borrasca del mismo espíritu, como lo dice este mismo filósofo, sin tener en parte alguna de su ánimo consistencia ni firmeza en la verdad y en la virtud con que suelen contrarrestar las turbaciones y aflicciones del alma.

CAPITULO IV

Lo que sienten los peripatéticos y los estoicos sobre las perturbaciones que suceden en el alma Dos opiniones hay de los filósofos sobre los movimientos del alma que los griegos llaman pathí, y algunos de los latinos, como Cicerón, perturbaciones; otros, aflicciones o afectos, y otros, más expresamente, deduciendo el sentido literal de la voz griega, los llaman pasiones.

Estas perturbaciones, afecciones o pasiones, dicen algunos filósofos que las acostumbra padecer también el sabio, pero moderadas y sujetas a la razón, de modo que el imperio del alma las refrena y reduce a una moderación conveniente. Los que sienten así son los platónicos o aristotélicos, porque Aristóteles fue discípulo de Platón y fundó la secta peripatética; pero otros, como son los estoicos, opinan que de ningún modo padece semejantes pasiones el sabio, aunque de éstos, es decir, los estoicos, prueba Cicerón en los Iibros de finibus bonorum et malorum, que están encontrados con los platónicos y peripatéticos, más en las palabras que en la sustancia, porque los estoicos no quieren llamar bienes, sino co- modidades a los bienes del cuerpo y a los exteriores, porque no quieren que haya otro bien en el hombre sino la virtud, como que ésta es el arte y norma del bien vivir, la cual no se halla sino en el alma, a cuyos bienes llaman los platónicos llanamente y según el común modo de hablar, bienes, aunque en comparación de la virtud con que se vive bien y ajustadamente son bien pequeños y escasos, de donde se sigue que como quiera que los unos y los otros los llamen bienes o comodidades, con todo, los estiman en igual grado, y en esta cuestión, los estoicos no ponen cosa particular, sino que se agradan en la novedad de las palabras; así que soy de parecer que en la actual controversia sobre si el sabio suele tener pasiones o perturbaciones del alma, o si está del todo libre de ellas, es cuestión de palabras, pues presumo que es tos filósofos en este punto sienten lo mismo que los platónicos y los peripatéticos en cuanto a la fuerza y naturaleza del asunto controvertido, no en cuanto al sonido de las palabras; porque omitiendo otras particularidades con que pudiera demostrarlo, por no ser prolijo, expondré solamente una, que será evidentísima.

En los libros intitulados de las Noches Árticas escribe Aulo Gelio, hombre muy instruido y elocuente, que se embarcó en cierta ocasión en compañía de un famoso filósofo estoico. Este sabio, como lo refiere más larga y difusamente el mismo Aulio Gelio, lo cual tocaré bien de paso, viendo la nave combatida de una terrible tempestad v con peligro de sumergirse, conmovido de la fuerza del temor, se demudó totalmente y perdió su color natural.

Los que presenciaron tan fatal desgracia notaron la repentina mudanza, y aunque advertían que les amenazaba la muerte estuvieron curiosamente atentos, observando si el filósofo se turbaba en el ánimo; después sosegada y pasada la borrasca, así como la seguridad y bonanza, dio lugar para hablar y también para divertirse; uno de los que iban en la nave, que era hombre rico, natural de la provincia de Asia, vivía con mucho regalo y ostentación preguntó, bromeándose con el filósofo, por qué había temido y demudado el color, habiendo él permanecido sin recelo alguno en el pasado inminente riesgo. Pero el estoico le respondió lo que Aristipo Socrático, quien oyendo, en ocasión semejante las mismas

palabras de otro hombre, le dijo que con justo motivo no se había turbado por la pérdida de la vida de un hombre tan perdido y disoluto como él, mas que fue muy puesto en razón que temiese por la vida de Aristipo, habiendo así cortado y tapado la boca con tal respuesta a aquel hombre poderoso.

Preguntó después Aulio Gelio al filósofo sobre su anterior terror, no con intención de sonrojarle, sino por saber cuál había sido la causa de su miedo, quien por enseñar y satisfacer completamente a uno que deseaba con vivas ansias saber, sacó luego de un fardito suyo un libro del estoico Epicteto, donde se contenían doctrinas conformes a los decretos y opiniones de Zenón y de Crisipo, los cuales sabemos fueron los príncipes y corifeos de los estoicos. En este libro, dice Aulio Gelio que leyó que había sido opinión de los estoicos que las visiones del alma, que llaman fantasías y no dependen de nuestra potestad y albedrío, acontecen y dejan de acontecer al alma cuanto proceden de representaciones horribles y temibles, y así es necesario que conmuevan y agiten aun el ánimo de un sabio, de modo que se encoja algún tanto de miedo o se intimide con la melancolía, en atención a que estas pasiones previenen y se anticipan al ejercicio del juicio y de la razón; pero que no por eso causaban en él alma la opinión del mal, ni se aprobaban o consentían, porque quieren que esto esté en nuestra mano, y entienden hay diferencia entre el ánimo del sabio y el del necio; que el ánimo del ignorante se rinde a las pasiones, acomodándoles el consentimiento de la voluntad, pero el del sabio, aunque las padezca necesariamente, con todo, conserva y guarda en su íntegra y firme voluntad el verdadero y sólido consentimiento sobre lo que con justa causa debe o no apetecer.

Este raciocinio le he expuesto como he podido, aunque no con tanta extensión como Aulio Gelio, pero, a lo menos, más conciso, y a lo que presumo, más claro, lo cual refiere este escritor haberlo leído en el libro de Epicteto con cuanto dijo y sintió siguiendo la doctrina de los estoicos. Y si esto es cierto no hay diferencia, o muy poca, entre la opinión de los estoicos y la de los otros filósofos sobre las pasiones y perturbaciones del alma, pues unos y otros defienden y eximen el ánimo del sabio de su dominio, y por eso mismo dicen acaso los estoicos que no las padece el sabio, porque no entorpecen con error alguno o manchan su sabiduría, con que efectivamente es sabio.

Sin embargo, suceden en el ánimo del sabio, salva la tranquilidad de la sabiduría, por aquello que denominan comodidades o incomodidades, aunque no los quieren llamar bienes o males; porque si realmente aquel filósofo no estimara aquellos objetos que veía que había de perder en el naufragio, como es esta vida y la salud del cuerpo, no temiera tanto aquel peligro que le publicara tan bien como demudarse y perder su color; con todo, podía padecer aquella extraña conmoción, y tener con esto fija en su ánimo la opinión de que aquella vida y salud del cuerpo, con cuya pérdida le amenazaba aquella cruel tormenta, no eran bienes que a los que los poseían hacían buenos, como lo hace la justicia, y lo que dicen de aquellos que no se deben llamar bienes, sino comodidades, se debe atribuir al debate y contienda que hay sobre las palabras, y no al examen y averiguación de la sustancia. Porque ¿qué importa altercar sobre si se llaman mejor bienes o comodidades, con tal que por miedo de no perderlos, no menos el estoico que el peripatético se estremezca y se demude no llamándolos de un mismo modo, sino estimándolos en un mismo grado? Unos y otros, en efecto, si con riesgo de estos bienes o comodidades los obligasen a que cometan algún pecado o ac- ción torpe, de suerte que de otra conformidad no los puedan conservar, dicen

que más quieren perder todo aquello con que se conserva la vida y salud corporal, que hacer una acción con que se profane y ofenda la justicia. De esta manera, el ánimo, estando fijo en este propósito, no deja prevalecer en sí, contra razón, ninguna perturbación, aunque sucedan averías en las partes inferiores del alma, antes él es señor absoluto de ellas, y, no consintiéndolas, antes resistiéndolas, hace que reine en él la virtud. Tal como éste pinta también Virgilio a Eneas donde dice: Mens inmota manet, lacrymae volvuntur manes: el ánimo está inmóvil, corren en vano las lágrimas.

CAPITULO V

Que las, pasiones que padecen los ánimos no inclinan ni atraen al vicio, sino que prueban la virtud No hay necesidad por ahora de, que demostremos copiosa y particularmente qué es lo que acerca de las pasiones nos enseña la Sagrada Escritura, que es donde se contiene y encierra la erudición cristiana; porque aquella misma alma la sujeta a Dios para que la dirija y favorezca, y las pasiones al alma para que las modere y refrene, de modo que se conviertan en aprovechamiento de la justicia.

En efecto, en la escuela cristiana, no tanto se pregunta si un ánimo piadoso y temeroso de Dios se irrita, sino por qué se enoja; ni si se entristece, sino por qué se melancoliza; ni se teme, sino qué es lo que teme, porque ni el enojarse con quien peca para que se enmiende, ni el entristecerse por un afligido deseando que se libre, ni el temer por el que está en peligro, porque no se pierda, no se yo si hay alguno que, considerándolo bien, lo reprenda. Porque también es opinión particular de los estoicos que la misericordia es reprensible; pero ¿cuánto más razonable fuera que se turbara el otro estoico de compasión y misericordia por librar un hombre que no que mudase el color por temor del naufragio? Mucho mejor, con más humanidad, y conforme al sentir de los piadosos y temerosos de Dios, habló Cicerón en elogio, de César cuando dijo: “Entre todas tus virtudes, ¡oh César!, ninguna hay ni más admirable ni más agradable que la misericordia.” ¿Y qué es la misericordia, sino una compasión de nuestro corazón de la ajena miseria, que nos obliga e impele si podemos ayudarla? Y este movimiento va sujeto y sirve a la razón cuando se usa de misericordia, de modo que se conserve la justicia, ya sea cuando se usa con el necesitado; o cuando se perdona al arrepentido.

A ésta Cicerón, que habló excelente y elocuentemente, no dudó llamarla virtud, a la cual los estoicos no se ruborizan de colocarla entre los vicios, los cuales, sin embargo (como lo hemos visto por el libro de Epicteto, famoso estoico), según la doctrina de Zenón y Crisipo, que fueron los principales jefes de esta secta, admiten semejantes pasiones en el ánimo del sabio, quien, no obstante, quieren que esté exento de todos los vicios. De donde se infiere que no reputan por vicios las pasiones cuando recaen en el sabio, con tal que no prevalezcan contra la virtud y esencia del alma, viniendo a ser una misma la sentencia de los peripatéticos, y aun también la de los platónicos y la de los estoicos, a no ser que, como dice Tulio, ya es costumbre antigua el debatir los griegos sobre el nombre y modo de decir, siendo más aficionados a altercar que a saber la verdad. Pero todavía puede preguntarse con razón si es propio de la flaqueza e inconstancia de la vida presente el padecer semejantes afectos, aun en toda especie de ejercicios virtuosos. Porque los santos ángeles, aunque sin airarse, castiguen a, los que castiga la ley eterna de Dios, y aunque socorran a los miserables sin compadecerse de su miseria y favorezcan sin padecer temor a los enemigos

que ven en, peligro, sin embargo, les acomodamos los nombres de las pasiones, en el uso común del lenguaje humano, por una cierta semejanza que tienen en las obras, mas no por flaqueza alguna en los afectos; así como el mismo Dios, según la divina Escritura, se enoja y, con todo, no se turba con ninguna pasión, en atención a que se aprovechó de esta palabra y la usó el efecto de la venganza, y no porque en él residiese afecto alguno de turbación.

CAPITULO VI

De que especie son las pasiones que confiesa Apuleyo padecen los demonios, quienes dice favorecen a los hombres delante de los dioses. Pero, omitiendo por ahora la cuestión de los santos ángeles, veamos como dicen los platónicos que los demonios, colocados en el lugar medio entre los dioses y los hombres, padecen las terribles borrascas de las pasiones. Porque si no sufrieran semejantes movimientos teniendo el ánimo libre, superior y señor de sí mismos, no dijera Apuleyo que corren su tormenta con la misma turbación y agitación de ánimos por las procelosas ondas de pensamientos. El espíritu de éstos, es decir, la parte superior del alma, con que son racionales, y donde la virtud y la sabiduría, si existiese alguna en ellos, había de tener el mando y señorío para moderar y regir las turbulentas pasiones de las partes inferiores del alma, el espíritu de éstos, digo, como lo confie- sa este platónico, padece una cruel tormenta de perturbaciones, luego el espíritu de los demonios está sujeto a las pasiones de los apetitos, a temores, enojos y todos los otros afectos; ¿qué parte, pues, les queda libre y que sea señora de la sabiduría, con que puedan agradar a los dioses y, a semejanza de los dioses buenos, mirar por los hombres cuando su espíritu, estando sujeto y oprimido de las imperfecciones y vicios de las pasiones, todo lo que naturalmente tiene de discurso y entendimiento, con tanta más eficacia lo aviva para alucinar y engañar cuanto más poseído está del apetito y pasión de hacer mal?

CAPITULO VII

Que los platónicos dicen que los poetas han infamado a los dioses con sus ficciones, haciéndolos combatir entre sí, siguiendo contrarias opiniones. siendo este oficio propio de los demonios y no de los dioses Si alguno dijere que los dioses fingidos por los poetas, aunque no muy distantes de la verdad, que tienen odio o amor a algunos hombres, no son absolutamente del número de todos los demonios, sino de los malos, de quienes dijo Apuleyo que corrían tormenta con las borrascas de su ánimo por las procelosas ondas de sus pensamientos, ¿cómo podremos comprender este enigma, pues cuando lo decía no describía la medianía de algunos en particular, esto es, la de los malos, sino generalmente la de todos los demonios entre los dioses y los hombres, por razón de sus cuerpos aéreos?

Esto, dice, es lo que suponen los poetas al formar dioses de tales demonios, ponerles nombre de dioses, y de éstos distribuir entre los hombres que ellos estiman los amigos y enemigos, con la desenfrenada licencia de su fingido verso, confesando por otra parte que los dioses están muy le- jos de las condiciones de los demonios, así por razón del lugar celestial que ocupan como por la riqueza y abundancia de la bienaventuranza que poseen. Esta es, pues, la ficción de los poetas, llamar dioses a los que no son dioses, y obligarles a reñir entre sí, bajo el nombre de dioses, por amor de los hombres que ellos, según la

parcialidad que han adoptado, aman o aborrecen; y dice que no dista mucho de la verdad esta ficción, porque llamando dioses a los que no lo son, sin embargo, los pintan tan demonios como son en sí mismos.

Por último dice, que de éstos fue aquella Minerva de Homero, “que en medio de las discordias de los griegos acudió a reprimir y aplacar a Aquiles”. Así que, el ser aquella Minerva, quiere que sea ficción poética; porque, en efecto, tiene por diosa a Minerva, y la coloca muy lejos del trato y comunicación de los mortales en el elevado éter, asiento principal entre los dioses, de quienes cree que son buenos y bienaventurados; y ser algún demonio que favorecía a los griegos en contra de los troyanos (como señaló otro que ayudaba a los troyanos en contra de los griegos; a quien distingue el mismo poeta con el nombre de Venus o de Marte, a cuyos dioses pone en lugares y moradas celestiales, sin que se ocupen en semejantes encargos) y el combatir estos demonios entre sí en favor de los que estiman, y en contra de los que aborrecían, esto confesó que dijeron los poetas, sin separarse mucho de la verdad. Pues éstos así lo refirieron por aquellos de quienes confiesa que corren su tormenta como los hombres, con la misma turbación y agitación de ánimo por las procelosas ondas de pensamientos para poder ejercer en favor de unos y contra otros el amor y el odio, no según razón y justicia, sino como acostumbraba el pueblo, semejante a ellos en favorecer a, los cazadores y aurigas en los juegos circenses, inclinándose a la parte que estaba más apasionado; y esto parece fue lo que pretendió el filósofo Platónico, que no se creyese cuando lo dijesen los poetas que lo hacían los mismos dioses, cuyos nombres ellos fingen y ponen, sino los demonios intermedios.

CAPITULO VIII

Cómo define Apuleyo Platónico los dioses celestiales, los demonios aéreos y los hombres terrenos ¿Y qué significa la definición de éste acerca de los demonios? Hay acaso tan poco que advertir en ella, donde tan determinadamente comprendió, sin duda, a todos, cuando dijo que los demonios en el género eran animales; en el ánimo, pasivos; en el entendimiento, racionales; en el cuerpo, aéreos; en el tiempo, eternos; en las cuales cinco cualidades no dijo alguna que al parecer tengan los demonios común, a lo menos con los hombres virtuosos, que no halle también en los malos. Porque comprendiendo a los mismos hombres en una larga descripción, hablando de ellos en su respectivo lugar como de los más ínfimos y terrenos, después de haber tratado primeramente de los dioses celestiales, en habiendo encomendado las dos partes, de lo supremo y de lo ínfimo, pasa a hablar de lo ínfimo.

En el tercer lugar, de los demonios medios, dice lo siguiente: así que los hombres que habitan en la tierra tienen uso de razón y hablan, tienen almas inmortales, los miembros mortales, los pensamientos livianos y congojosos, los cuerpos brutos y sujetos, las condiciones desemejantes y semejantes, los errores, el atrevimiento obstinado, la esperanza pertinaz, el trabajo inútil, la fortuna caduca, siendo en especial mortales, pero todos generalmente perpetuos, mudables sucesivamente en la propagación, gozando de tiempo veloz, de tarda sabiduría, temprana muerte y afligida vida. Aquí, donde refiere tantos particulares pertenecientes a la mayor parte de los hombres, ¿acaso pasó en silencio aquella cualidad que sabía concernía a muy pocos, que es la tarda sabiduría? Lo cual, si lo omitiera, no

podría definir bien y rectamente al hombre con tan prolija descripción, y cuando elogia la excelencia de los dioses, dice que la misma bienaventuranza, adonde pretenden los hombres arribar por medio de la sabiduría, era lo que en ellos aparecía más excelente.

Por lo cual, si quisiera que se entendiera que había algunos demonios buenos, pusiera también en su descripción alguna circunstancia por donde se comprendiera que tenía con los dioses alguna parte de bienaventuranza, o con los hombres cualquiera especie de sabiduría. Pero aquí no refiere cosa alguna buena suya con que los buenos se diferencian de los malos, aunque anduvo escaso en declarar más libremente la malicia de ellos, no tanto por no ofenderlos cómo por no disgustar a sus adoradores, con quienes hablaba.

Sin embargo, dio a entender a los cuerdos y prudentes lo que debían sentir de ellos, supuesto que a los dioses, a todos los cuales quiso que los tuviesen por virtuosos y bienaventurados, los eximió del todo de sus pasiones, juntándolos con ellos en sola la eternidad de los cuerpos; repitiendo una y muchas veces claramente que los demonios en el ánimo son semejantes, no a los dioses, sino a los hombres, y esto no en lo bueno de la sabiduría, de que también pueden participar los hombres, sino en la perturbación de las pasiones, la cual domina en los ignorantes y malos, pero los sabios y virtuosos la tratan de modo que quisieran más no tenerla que vencerla.

Porque si quisiera que se entendiera que los demonios tenían con los dioses la eternidad, no de los cuerpos, sino de los ánimos, sin duda que no distinguiera y apartara a los hombres de la participación de semejante cualidad; pues, sin duda, como Platónico defiende que los hombres tienen igualmente los ánimos eternos, y por eso, describiendo este género de animales, dijo que los hombres tenían las almas inmortales y los miembros mortales. Y así, si por esta razón no tienen los hombres común con los dioses la eternidad, por cuanto en el cuerpo son mortales, luego por la misma la tienen los demonios, porque en el cuerpo son inmortales.

CAPITULO IX

Si por intercesión de los demonios puede granjearse el hombre la amistad de los dioses celestiales ¿Qué tales, pues, serán los medianeros entre los hombres y los dioses, por cuyo medio han de pretender los hombres la amistad y gracia de los dioses, supuesto que con los hombres tienen lo peor, que es en el animal lo más estimable, esto es, el alma, y con los dioses tienen lo mejor, que es en el animal lo más despreciable, que es el cuerpo? Pues constando todo animal de alma y cuerpo, de las cuales dos cualidades, sin duda, el alma es más noble que el cuerpo, y aunque defectuosa y enferma, con todo, es mucho mejor a lo menos que el cuerpo, por muy sano y firme que esté, porque su naturaleza es más excelente; y por las imperfecciones de los vicios no se pospone al cuerpo, así como al oro, aunque esté mohoso, se estima en más que la plata y el plomo, no obstante que estén purísimos estos metales, estos medianeros de los dioses y de los hombres por cuya interposición se junta y comunica lo divino y lo humano, con los dioses participan de un cuerpo eterno y con los hombres de un ánimo vicioso, como si la religión con que quieren los hombres unirse con los dioses por medio de los demonios estuviera colocada en el cuerpo y no en el alma. ¿Y qué pecado, diremos, o qué culpa colgó a estos medianeros

falsos y engañosos, como cabeza abajo, de modo que tenga la parte inferior del animal, esto es el cuerpo, con los superiores, y la superior, esto es el alma, con los inferiores, y que en la parte sujeta, y que sirve que estén unidos con los dioses celestiales, y que con los hombres terrenos sean miserables en la parte que tiene el mundo? Porque el cuerpo es esclavo, como lo dice también Salustio, "que nos servimos y aprovechamos del imperio del alma, y comúnmente del servicio del cuerpo".

Y añadió el filósofo: "Lo uno tenemos común con los dioses, y lo otro con los brutos", pues hablaba de los hombres, que, como las bestias, tienen cuerpo mortal. Pero éstos que los filósofos nos proveyeron por medianeros entre nosotros y los dioses es verdad que pueden decir del alma y del cuerpo: el uno le tenemos común con los dioses, y otro con los hombres; pero, según dije, como trastornados y suspendidos de un modo irregular, teniendo el cuerpo, que es siervo y esclavo, con los dioses, bienaventurado, y el alma, que es la señora, con los hombres, miserable; elevados y encumbrados por la parte inferior, y abatidos y postrados por la superior. Y así, aunque alguno imagine que pueden tener la eternidad con los dioses, por cuanto sus almas con ninguna especie de muerte pueden dividirse del cuerpo como la de los animales terrestres, tampoco debe estimarse en esta conformidad su cuerpo como una eterna carroza de famosos y honrados héroes, sino como una eterna prisión y calabozo de cautivos y condenados.

CAPITULO X

Que, según la sentencia de Plotino, son menos miserables los hombres en los cuerpos mortales que los demonios en los eternos Plotino, escritor cercano a nuestros tiempos, es el que se lleva ciertamente la gloria y fama de haber entendido mejor que los demás a Platón; éste, tratando de las almas de los hombres, dice así: "El padre misericordioso les puso unas prisiones y ataduras mortales"; por lo qué es de dictamen que esto mismo que es ser los hombres mortales en el cuerpo era misericordia de Dios Padre, porque no estuviesen siempre presos en la miseria de esta vida.

De esta misericordia ha parecido indigna la malicia de los demonios, pues en la miseria del ánimo pasivo les cupo, no cuerpo mortal como a los hombres, sino eterno; porque, efectivamente, serían más felices que los hombres si tuvieran con ellos el cuerpo mortal, y con los dioses el alma bienaventurada; y fueran iguales con los hombres si con ánimo miserable por lo menos merecieran también tener con ellos el cuerpo mortal, si adquirieran algún tanto de piedad, de modo que llegaran a conseguir el descanso de los trabajos siquiera en la muerte.

Pero no solamente son más felices que los hombres teniendo un ánimo miserable, sino que son aún más miserables con la perpetua prisión del cuerpo; y no quiso que imaginasen venían a convertirse de demonios en dioses, aprovechando en la práctica de obras piadosas y prudentes, supuesto que dijo expresamente que los demonios eran eternos.

CAPITULO XI

De la opinión de los platónicos, que creen que las almas de los hombres son demonios después de salir de los cuerpos Dice que las almas de los hombres son demonios, y que de hombres se hacen lares, si son de buen mérito, y si de malo, lemures o larvas, y que cuando se ignora si tienen buenos o malos méritos, entonces se denominan dioses Manes.

Y con tal opinión, ¿quién no advierte, por poco que quiera atenderlo, el abismo que descubren para perseverar en las perversas costumbres? Pues por más perversos y abandonados que sean los hombres, creyendo que han de ser o larvas o dioses Manes, vienen a ser tanto peores cuanto más inclinados y deseosos están de causar males; de modo que entienden que aun después de muertos los han de convidar con ciertos sacrificios, como si fuesen honores divinos, a que hagan daño, porque las larvas -dice-, que son unos malos y perjudiciales demonios que se forman de los hombres; pero ésta es otra cuestión, y por eso dice que, en griego, los bienaventurados son llamados Eudémones, por cuanto son buenas almas, esto es, buenos demonios, confirmando también que las almas de los hombres son demonios.

CAPITULO XII

De las tres cosas contrarias con que, según los platónicos, se distingue la naturaleza de los demonios y la de los hombres Pero ahora hablamos de aquellos que descubrió según su propia naturaleza, colocándolos entre los dioses y los hombres, en el género, animales; en el entendimiento, racionales; en el ánimo, pasivos; en el cuerpo, aéreos; en el tiempo, eternos. En efecto, habiendo puesto primeramente a los dioses en el alto cielo, y a los hombres en la tierra, distintos entre sí, así en los lugares como en la dignidad y perfección de su naturaleza, concluye de este modo: “Tenéis dos especies de animales, los dioses, que son muy diferentes de los hombres en la elevación del lugar, en la perpetuidad de la vida, en la perfección de la naturaleza, sin que haya entre ellos ninguna comunicación próxima; así, por ser prolongada en el espacio y distancia que divide las moradas altas de las ínfimas, como porque en el Cielo la vida es eterna e indeficiente, y en la tierra caduca y perecedera, y porque aquellas naturalezas están en la cumbre de la bienaventuranza, y éstas están en lo más despreciable de la miseria.”

Aquí advierto relacionadas tres cosas contrarias acerca de las dos partes extremas de la naturaleza de los animales, esto es, de la suma y de la ínfima, pues las insinuadas tres circunstancias loables y buenas que propuso acerca de los dioses, las vuelve a repetir, aunque con diferentes términos, de manera que coteja las de los hombres con otras tres contrarias. Las tres de los dioses son éstas: la altura del lugar, la perpetuidad de la vida y la perfección de la naturaleza. Estas las volvió a repetir con diferentes palabras, oponiéndolas otras tres contrarias a la condición humana: “Porque es tan grande -dice- el espacio y distancia que divide las moradas sumas de las ínfimas, pues había dicho la altura del lugar y la vivacidad, que añade allá es eterna e in- deficiente y acá caduca y perecedera”, ya, que había dicho la perpetuidad de la vida, y dice, “que aquellas naturalezas están en la cumbre

de la bienaventuranza, y éstas en lo más ínfimo de la miseria”, pues había dicho la perfección de la naturaleza. Tres cosas afirmó sobre los dioses, que son la sublimidad del lugar, la eternidad, la bienaventuranza, y de los hombres otras tres contrarias a éstas, que son el lugar ínfimo, la mortalidad y la miseria.

CAPITULO XlII

Cómo los demonios, supuesto que con los dioses no son bienaventurados, ni con los hombres miserables, son medios entre unos y otros, sin comunicarse con los unos ni con los otros Entre estas tres particularidades de los dioses y de los hombres, porque en medio colocó a los demonios, no hay controversia sobre el lugar, pues entre lo más alto y lo más bajo muy bien viene y se dice el lugar medio. Restan las otras dos, que será razón examinemos con alguna mayor diligencia, indagando si es cierto que, o no les convienen a los demonios, o que se les deben acomodar y distribuir como parece que lo pide la medianía y es innegable que no pueden dejar de convenir a los demonios.

Porque, aunque decimos que el lugar medio no es el sumo ni el ínfimo, no podemos decir de igual manera que los demonios, siendo animales racionales, no son bienaventurados ni miserables, como son las planetas y las bestias, que carecen de sentido o razón, sino que los que participan de razón es necesario que sean miserables o bienaventurados. Asimismo, no podemos afirmar con fundamento que los demonios no son mortales ni eternos, puesto que todos los vivientes, o viven perpetuamente o acaban la vida con la muerte; pero ya dijo este autor que los demonios, en tiempo, eran eternos. ¿Qué resta, pues, sino que los medios de las dos ciudades de los sumos tengan la una, y de las otras dos de los ínfimos la otra? Pues si tuvieran las dos de los ínfimos o las dos de los sumos, no serían ya medios, sino que o se excedieran o inclinaran a una de las partes; así que, según llevamos demostrado, no pueden carecer de ambas, y, por consiguiente, deben medirse con igualdad, tomando de ambas partes la una, y ya que de los ínfimos no pueden tener la eternidad, porque no gozan de ella, solamente pueden obtenerla de los sumos, por lo cual no les queda otra cosa que puedan tener de los ínfimos para cumplir su medianía, sino la miseria.

Según opinión de los platónicos, los dioses que ocupan el lugar más elevado participan de una bienaventurada eternidad, o de una eterna bienaventuranza; los hombres, que obtenían el lugar más humilde, de una miseria mortal, o de una mortalidad miserable, y los demonios, que están en medio, de una eternidad miserable, o de una eterna miseria. Con las cinco cualidades que describió en la definición de los demonios, todavía no probó que eran medios, como lo prometía, pues dijo que en tres cosas convenían con nosotros, en ser animales en el género, en el entendimiento racionales y en el ánimo pasivos, y con los dioses en una, que consistía en ser eternos en tiempo; y asimismo que tenían una propia, que era ser aéreos en el cuerpo. ¿Cómo, pues, serán medios, si en una cualidad convienen con los sumos y en tres con los ínfimos? ¿Quién no advierte cuánto se inclinan y deprimen a los ínfimos pasando de la medianía? Sin embargo, pueden hallarse allí realmente medios, de modo que tengan una propia y peculiar, que es el cuerpo aéreo, como también los sumos ínfimos tienen otra propia suya: los dioses, cuerpo etéreo, y los hombres, terreno, y que las dos son comunes a todos, que es que en el género sean animales y en el ánimo racionales.

Porque hablando este autor de los dioses y de los hombres, “tenéis (dice) dos especies de animales”, y estos autores no suelen llamar a. los dioses sino racionales en el alma. Dos cosas restan, que son: ser pasivos en el ánimo y eternos en el tiempo. En una de éstas convienen con los ínfimos, y en la otra con los sumos, para que, ajustada la medianía con cierta proporción, ni se eleve a lo sumo, ni se incline ni abata a lo ínfimo, y ésta es aquella miserable eternidad o eterna miseria de los demonios, en atención a que quien los llamó pasivos en el ánimo los llamara asimismo miserables si no le dominara el pudor por respeto a sus adoradores. Y supuesto que, según lo confiesan estos mismos filósofos, se gobierna el mundo con la providencia dcl sumo Dios y no por caso fortuito, jamás fuera eterna la miseria de éstos si no fuera excesiva su malicia; luego si los bienaventurados se llaman Eudémones, no son Eudémones los demonios a quienes colocan en el lugar medio entre los hombres y los dioses. ¿Cuál es el lugar de estos buenos demonios que, estando sobre los hombres y debajo de los dioses, acuden a favorecer a los unos y servir a los otros? Porque si son buenos y eternos, sin duda son también bienaventurados; pero la bienaventuranza eterna no consiente que sean medios, pues los compara y aproxima mucho a los dioses.

Por lo cual en vano intentarán demostrar cómo los demonios buenos, si son igualmente inmortales y bienaventurados, se colocan justamente en medio entre los dioses, inmortales y bienaventurados, y los hombres, mortales y miserables; pues teniendo ambas cualidades comunes con los dioses, es a saber, la bienaventuranza y la inmortalidad, y ninguna de ellas con los hombres, que son miserables y mortales, no advierten que los ponen muy distantes y diferentes de los hombres, y juntos con los dioses; y de ningún modo en medio entre unos y otros. Porque entonces fueran medios si tuvieran sus dos cualidades peculiares, no comunes con las dos de cualquiera de ambos, sino con una de las dos de ambos, así como el hombre ocupa un puesto medio entre las bestias y los ángeles, por ser animal racional mortal, siendo los ángeles racionales inmortales y las bestias animales irracionales mortales, teniendo, por lo tanto, de común con los ángeles la razón, y con las bestias la mortalidad. Por consiguiente, cuando buscamos medio entre bienaventurados inmortales y entre los miserables mortales, debemos buscar una cualidad que, siendo mortal, sea bienaventurada o, siendo inmortal, sea miserable.

CAPITULO XIV

Si los hombres, siendo mortales, pueden ser bienaventurados con verdadera bienaventuranza Pero acerca de si siendo el hombre mortal puede también ser bienaventurado, hay grande y reñida controversia entre los sabios, pues ha habido algunos que examinaron con más humildad su condición, y dijeron que el hombre no podía ser capaz de la bienaventuranza mientras existía en la vida mortal; otros se engrandecieron a sí mismos, atreviéndose a decir que los mortales, siendo sabios, podían ser bienaventurados.

Si esto es cierto, ¿por qué no colocaron a éstos por medianeros entre los míseros mortales y los inmortales bienaventurados, supuesto que tenían la bienaventuranza con, los inmortales bienaventurados, y la mortalidad con los infelices mortales? Y si verdaderamente son bienaventurados, a ninguno deben tener envidia, porque ¿hay cosa más miserable que la envidia? Por lo cual deben favorecer y auxiliar en cuanto pudieren a los miserables mortales para que consigan la bienaventuranza, y después de la muerte puedan ser ellos

también inmortales y agregarse a la amable compañía de los ángeles inmortales y bienaventurados.

CAPITULO XV

Del hombre Cristo Jesús, mediador entre Dios y los hombres Y si, lo que es más creíble y probable, que todos los hombres mientras son mortales es indefectible que sean igualmente miserables, debemos buscar un medio que sea no sólo hombre, sino también Dios, a fin de que conduzca a los hombres de esta miseria mortal a la bienaventurada inmortalidad, interviniendo la bienaventurada mortalidad de este medio; el cual convino que ni dejara de hacerse mortal ni tampoco permaneciera mortal. Hízose, pues, mortal, sin disminuir la divinidad del Verbo, recibiendo en sí la instabilidad de la humana naturaleza, pero no permaneció mortal en la misma carne, porque la resucitó de entre los muertos, siendo el fruto de su mediación que ni los mismos por cuya redención se hizo medianero quedaran sumergidos en la muerte perpetua aun de la carne.

Por eso convino que el mediador entre nosotros y Dios tuviera una mortalidad transeúnte y una bienaventuranza permanente y extensiva por los siglos de los siglos, para que con lo mismo que pasa y es puramente temporal se acomodara a la suerte de los que deben morir, y de muertos los lleve a la posesión perpetua de la patria celestial; luego, según esta doctrina, los ángeles buenos no pueden ser medios entre los miserables mortales y ,los bienaventurados inmortales, pues son también bienaventurados e inmortales, y los ángeles malos pueden ser medios, porque son inmortales con aquellos y miserables con éstos.

Al contrario de estos espíritus es el mediador bueno, que contra su inmortalidad y miseria de ellos quiso ser mortal por algún tiempo, y pudo perseverar bienaventurado en la eternidad; por lo que a estos inmortales soberbios y miserables seductores, porque no atrajeran cautelosamente a la miseria por la jactancia de su inmortalidad, los destruyó con la humildad de su afrentosa muerte y con la benignidad de su bienaventuranza respecto de aquellos cuyos corazones purificó con su fe y los libró de la impura y abominable dominación de los espíritus infernales. Así que el hombre, mortal y miserable, desterrado y apartado de los inmortales y bienaventurados, ¿que medios podrá elegir para poder unirse a la inmortalidad y bienaventuranza? Lo que nos puede convidar y agradar en la inmortalidad de los demonios es miserable; lo que nos puede dar en rostro y ofender en la mortalidad de Cristo ya pasó; así que allá nos debemos guardar de la eterna infelicidad, y acá no hay que temer a la muerte, que no pudo ser eterna, y debemos amar y desear la bienaventuranza perpetua; porque con este objeto se interpuso el medio inmortal y miserable, a fin de no dejarnos pasar a la obtención de la felicidad inmortal, pues persevera obstinado en lo que impide, esto es, en la misma miseria; pero al mismo tiempo se interpuso el mortal y bienaventurado para que, pasada la mortalidad, nos hiciese, de muertos, inmortales, lo cual manifestó en sí mismo resucitando glorioso, y para hacernos, de infelices, perpetuamente felices, que es lo que El nunca dejó de ser.

Infiérese, por lo mismo, que el uno es medio malo que divide y separa a los amigos, y el otro es medio bueno que reconcilia a los enemigos, por lo que hay muchos medios que nos dividen y apartan, porque la muchedumbre, que es bienaventurada, viene a serlo por la

participación de un solo Dios, y la multitud de los ángeles malos es miserable por ser privada de la participación de este Dios, la cual podemos decir que se opone más pata impedir que se interpone para ayudar a la bienaventuranza; aun con su misma muchedumbre, en alguna manera embaraza e impide que podamos llegar a la posesión de aquel único bien beatífico que para que pudiéramos llegar a él fue necesario que tuviéramos no muchos, sino un solo mediador, quien fuera el mismo con cuya participación seamos bienaventurados, esto es, el Verbo divino, no hecho, sino Aquel por cuya, mano y omnipotencia se hicieron y criaron todas las cosas.

Mas no por eso es tampoco mediador, por cuanto es Verbo, pues el divino Verbo, que es sumamente inmortal y sumamente bienaventurado, está muy distante de los miserables mortales, y sólo es mediador por lo que es hombre, demostrándonos realmente con esto mismo que no debemos buscar para aquel bien (no sólo bienaventurado, sino también beatífico) otros mediadores, por quienes entendemos que nos conviene procurar otras máquinas y escalas para poder subir y llegar, porque el bienaventurado y beatífico Dios, vistiéndose de nuestra humanidad, nos proveyó de un medio infalible para que pudiéramos llegar a participar de su dignidad, pues Iibrándonos de la mortalidad y miseria no nos lleva a los ángeles inmortales y bienaventurados, para que con su participación seamos igualmente inmortales y bienaventurados, sino que nos dirige a aquella sacrosanta Trinidad con cuya participación los ángeles son también bienaventurados; por lo cual, cuando para ser mediador quiso, en forma de siervo, ser inferior a los ángeles, sin embargo, en la forma que Dios quedó superior a los ángeles, siendo El mismo el que en lo inferior era el verdadero camino de la vida eterna, y en lo superior era la vida misma.

CAPITULO XVI

Si es conforme a razón la sentencia de los platónicos en que dicen que los dioses celestiales, evitando los contagiosos defectos de la tierra, no se mezclan y comunican con los hombres, a quienes favorecen los demonios para que alcancen la gracia y amistad de los dioses Por cuanto no es cierto que el mismo platónico refiere haber dicho Platón que “ningún dios se, mezcla con el hombre”, lo cual, añade, es la principal señal de excelencia, no dejándose profanar con el trato de los hombres; luego confiesa que se dejan profanar los demonios, y por lo mismo no podrán purificar a los hombres que los profanan; según esta doctrina, los unos y los otros, todos, vienen a ser inmundos y profanos: los demonios con el comercio sensible de los hombres, y Estos adorando a los espíritus infernales.

Si es cierto que pueden los demonios ser tratados como sensiblemente de hombres y mezclarse con ellos, sin contaminarse, sin duda, son mejores que los dioses, supuesto que si se mezclaran serían profanados; y esta prerrogativa, dicen, es la principal que tienen los dioses, que por estar tan altamente separados no los puede contaminar el trato de los hombres; y por lo perteneciente al sumo Dios, creador de todas las cosas, a quien nosotros llamamos verdadero Dios, dice que le celebra Platón hablando de este modo: “Que él solamente, a quien por la cortedad e ignorancia del humano lenguaje no le pueden comprender ni una mínima parte, ninguna especie de palabras las más exageradas, y que apenas la inteligencia de este Dios se descubre a los sabios, después de haber primeramente recopilado con el vigor de su ánimo todo lo concerniente a las cualidades corporales, lo

cual les sucede también a ratos, así como suele dejarse ver en unas densísimas tinieblas una luz cándida y apacible entre repentinos relámpagos"; luego si el que es verdaderamente sobre todas las cosas sumo Dios, con una inteligible e inefable presencia, aunque a ratos y como una luz hermosa y agradable en un rápido relámpago, con todo, se descubre a los corazones de los sabios cuando se apartan en cuanto pueden de las cosas corporales, y no puede ser contaminado de ellos, ¿a qué fin colocan, pues, a estos dioses tan distantes en un lugar elevado, por que no se contaminen con el comercio sensible de los hombres?

Como si pudiésemos mejor ver o mirar aquellos cuerpos etéreos, con cuya luz, en cuanto puede, se alumbra la tierra, y si las estrellas (todas las cuales dicen que son dioses visibles), no se contaminan porque las miren y observen, tampoco los demonios se contaminarán cuando los miren y vean los hombres, aunque sea de cerca. ¿O acaso temen que los contaminen los hombres con sus palabras a los que no se contaminan con sus ojos? Y por eso tienen en medio a los demonios para que les refieran las palabras de los hombres, de quienes están tan remotos y desviados para conservarse y perseverar purísimos, sin rastro de mancha. ¿Pues qué diré ya de los demás sentidos? Porque, o los dioses, por oler cuando estuviesen presentes no podrían ser contaminados, o cuando están presentes los demonios pueden efectuarlo con los vapores de los cuerpos vivos de los hombres, quienes no se contaminan en los sacrificios con tanta multitud de cuerpos muertos; en el sentido del gusto, como no tienen necesidad de ir restaurando la humana naturaleza, tampoco hay hombre que los necesite para buscar qué comer de los hombres; por lo tocante al tacto, lo tienen en su libre potestad, pues, aunque parece que este sentido principalmente se denominó trato sensible, con todo, si quisieran se mezclarían con los hombres hasta llegar a ver y que los viesen, a oír y que los oyesen; pero ¿qué necesidad hay del sentido del tacto? Pues ni los hombres se atrevieran a desearlo, gozando de la vista o conversación de los dioses y de los demonios buenos. Y si pasara tan adelante la curiosidad, según fuera de su agrado, ¿cómo pudiera ninguno tocar a Dios o al demonio contra la voluntad de ellos, el que no puede tocar a un pájaro si no es teniéndole preso y asegurado? Luego viendo y dejándose ver, hablando y oyendo, pudieran los dioses, mezclarse corporalmente con los hombres, y si de esta manera se mezclan los demonios, como dije, y no se contaminan, y los dioses se contaminaran si se mezclaran, hacen incontaminables a los demonios y contaminables a los dioses.

Y si se contaminan también los demonios, ¿de qué sirven a los hombres para la obtención de la vida bienaventurada que esperan después de la muerte, supuesto que los contaminados no pueden purificarlos para que, ya limpios, se puedan unir con los dioses incontaminados, entre los cuales y los hombres estaban ellos colocados en el medio? Y si tampoco les hacen este beneficio, ¿de qué aprovecha a los hombres la amistad y mediación de los demonios, a no ser que sea para que los hombres, después muertos, no se pasen a los dioses por ministerio de los demonios, sino que, incorporados unos y otros, vivan contaminados, y, por consiguiente, ni unos ni otros sean bienaventurados?

Así es, si no es, acaso, que diga alguno que el método que observan los demonios para purificar a sus amigos es como el que tienen las esponjas y otras cosas de igual calidad, de suerte que tanto más se ensucian y manchan cuanto más se limpian y purifican los hombres. Y si esto es cierto, los dioses, que por no contaminar huyeron de la proximidad y trato social de los hombres, se mezclan con los demonios, que están más contaminados que ellos.

Si no es que digan que pueden los dioses limpiar a los demonios contaminados por los hombres sin ser contaminados de ellos, lo cual no pueden hacerlo así con los hombres. ¿Y quién ha de creer este desatino, sino aquel a quien los falaces demonios hubieren engañado? Y más que si el dejarse ver y el ver contamina, los hombres ven a los dioses que él dice que son tan visibles, como "son las clarísimas lumbreras del mundo, y, las demás estrellas; y por esta cuenta más seguros están los demonios de esta contaminación de los hombres, ya que no pueden ser vistos si ellos no quieren. O si contamina, no el dejarse ver, sino el ver, nieguen que estas resplandecientes antorchas del mundo, las cuales tienen por dioses, ven a los hombres cuando arrojan sus rayos hasta tenderlos por la tierra, los cuales rayos, no obstante, aunque se derramen y extiendan por todas y cualesquiera obscenidades, no por eso se contaminan; ¿y los dioses se contaminarán si se mezclan con los hombres, aunque fuera necesario para ayudarlos el contacto? Porque los rayos del sol y de la luna tocan la tierra, y con todo, ella no contamina esta luz.

CAPITULO XVII

Que para conseguir la vida bienaventurada, que consiste en la participación del sumo bien, no tiene necesidad el hombre de tal medianero, como es el demonio, sino de uno, como es Jesucristo Pero mucho me admiro que hombres tan doctos, que pospusieron todas las cualidades corpóreas y sensibles a las incorpóreas e inteligibles, tratando de la vida bienaventurada hagan mención de los tratos corporales. ¿Dónde está aquella expresión de Plotino, que dice: "¿Debemos, pues, acogernos y huir a la esclarecida patria donde está el padre, y todo cuanto puede desearse? ¿En qué escuadra o embarcación, o cómo hemos de huir? Procurando (dice) ser semejantes a Dios. Luego si cuanto uno más se asemeja a Dios tanto se les aproxima más, no hay otra distancia que esté lejos de él sino la de semejanza; y tanto más desemejante es el alma del hombre al incorpóreo; eterno e inmutable Dios, cuanto es más apasionada de las cosas temporales y mudables.

Y para remediar y reparar este quebranto, porque a la inmortal pureza que reside en lo sumo no pueden convenir las cosas mortales y abominables que hay en lo ínfimo, es innegable que es necesario un medianero, pero tal que tenga el cuerpo inmortal que parezca a los sumos y el alma poseída de las pasiones, flaca y enfermiza, que se asemeje a los ínfimos, para que con este defecto no nos envidie nuestra salud eterna, antes, por el contrario, nos, favorezca para conseguir la salud espiritual, a no ser tal que, acomodado y ajustado con nosotros, que somos los ínfimos, con la mortalidad del cuerpo, nos suministre los auxilios más eficaces y realmente divinos para purificarnos y librarnos con la inmortal justicia de su espíritu, por la cual quedó con los sumos, no con distancia de lugares, sino con la excelencia de la semejanza.

Este, siendo Dios incontaminable; no puede decirse que tuviese mancha alguna del hombre de cuya carne se vistió, o de los hombres entre quienes conversó y vivió siendo hombre; y no son pequeñas entretanto estas dos saludables máximas que nos demostró con su Encarnación, que ni la verdadera divinidad se puede contaminar con la carne ni por eso debemos imaginar que los demonios son mejores que nosotros porque no están vestidos de la humana naturaleza. Este es, como nos lo dice la Sagrada Escritura, "el medianero de Dios y de los hombres, Cristo Jesús", de cuya divinidad, en que es igual al Padre, y de su

humanidad, en que se hizo semejante a nosotros, no hay aquí lugar para que podamos discurrir como es razón.

CAPITULO XVIII

Que los demonios, mientras nos prometen con su intercesión el camino para Dios, procuran con engaños desviar a los hombres del camino de la verdad Pero los demonios, falsos y engañosos medianeros, siendo miserables por la abominación de su espíritu y malignos por muchas obras suyas, son famosos y conocidos; sin embargo, por medio del espacio de los lugares corporales, y por la sutileza de los cuerpos aéreos, nos procuran retirar y desviar del aprovechamiento y progreso espiritual de nuestras almas, no nos abren el camino para lograr conocer y ver a Dios, sino que nos lo impiden, para que no caminemos por él, llegando a tanto su encono, que nos ponen obstáculos hasta en el camino corporal, que es falsísimo y lleno de error por donde no camina la justicia, porque, en efecto, debemos caminar y subir a Dios no por la excelencia corporal, sino por la espiritual, esto es, por la semejanza incorpórea; sin embargo, en este propio camino corporal que los apasionados de los demonios trazan por las escalas y grados de los elementos, colocando a los demonios aéreos en medio de los dioses etéreos y de los hombres terrenos, entienden y creen que la principal prerrogativa que tienen los dioses es que por esta distancia de los lugares no pueden contaminarse con el trato y comunicación de los hombres, y por eso creen mejor que los demonios son contaminados por los hombres, que no que los hombres son purificados por los demonios, y que los mismos dioses se pudieran contaminar si no los defendiera la elevación del lugar. Y ¿quién es tan estúpido que asienta a que pueda purificarse por esta vía, cuando enseñan que los hombres son los que contaminan, los demonios los contaminados y los dioses contaminables, y no elija antes el camino por donde se evite la concurrencia de los demonios que nos contaminan más, y por donde los hombres se limpian de la contaminación con la gracia de Dios inmutable, para llegar a gozar de la purísima compañía de los ángeles incontaminados?

CAPITULO XIX

Que ya el nombre de demonios, entre sus mismos adoradores, no se usa para significar cosa alguna buena Mas porque no se crea que nosotros alteramos igualmente el genuino sentido de las palabras, por cuanto algunos de estos demonícolas, por decirlo así, cuyo partidario es también Labeón, dicen que otros llaman ángeles a los mismos que ellos llaman demonios, me parece que el asunto me convida a que diga ya alguna cosa de los ángeles buenos, los cuales no niegan éstos que los hay; sin embargo gustan más llamarlos demonios buenos que ángeles; pero nosotros, conforme al estilo de la Sagrada Escritura, bajo cuya creencia somos cristianos, leemos que los ángeles son en parte buenos y en parte malos, mas los demonios nunca son buenos; y en cualquier lugar que en la Divina Escritura se halla este nombre, que en latín dicen daemones o daemonia, no se entienden sino los espíritus malignos, modo de hablar que ha seguido tan generalmente el vulgo, que aun los mismos que se denominan paganos y pretenden que deben adorarse muchos dioses y demonios, casi ninguno hay tan literato y docto que se atreva a decir en buena parte, ni aun a su esclavo, “demonio tienes”, sino que cualquiera a quien se lo dijera ha de entender, sin duda, que le

quiso maldecir. ¿Qué ocasión, pues, nos excita a que, además de la ofensa de tantos oídos que ya casi pueden ser todos los que no suelen tomar este nombre sino en mala parte, no sea forzoso ponernos a declarar lo que hemos dicho, pudiendo, con usar del nombre de ángeles, evitar la ofensa y mal sonido que podía haber con oír el nombre de demonios?

CAPITULO XX

De la cualidad de la ciencia, que hace a los demonios soberbios Aunque en el mismo origen de este nombre, si acudimos a la Sagrada Escritura, hallaremos una exposición digna de consideración. Dícense demonios porque el nombre es griego, dicho así de la ciencia, y el Apóstol que habló por boca del Espíritu Santo dice: “Que la ciencia causa hinchazón, pero que la caridad edifica”; lo cual no se entiende bien de este modo si no entendemos que entonces aprovecha la ciencia cuando va asociada de la caridad, pero sin esta hinchazón, esto es, sin la que levanta y ensoberbece a manera de gran ventosa; hay, pues, en los demonios ciencia sin caridad, y por eso son tan altivos, esto es, tan soberbios, que han procurado todo cuanto pueden, y con quien pueden todavía procuran que los adoren y tributen el honor y el culto que saben que se debe al Dios verdadero; y contra esta soberbia de los demonios que estaba apoderada del linaje humano por sus pecados cuánta fuerza tenga la humildad de Dios que apareció en forma de siervo, no lo acaban de conocer las almas de los hombres, hinchadas con la abominación de la altivez, semejantes a los demonios en la soberbia, aunque no en la ciencia.

CAPITULO XXI

Hasta qué grado quiso el Señor dejarse conocer de los demonios Los mismos, demonios sabían aun esto de modo que al mismo Señor, vestido de la humana flaqueza de nuestra carne, le dijeron: Quid nobis et tibi, Jesu Nazarene? venisti perdere nos? “¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús Nazareno, que has venido a perdernos y atormentarnos?” Claramente se advierte en estas palabras que había en ellos una ciencia muy profunda, mas no caridad, porque temían la pena y castigo que les había de venir de mano del Señor y no amaban la justicia que había en Él, y tanto se dejó conocer de ellos cuanto quiso, y tanto quiso cuanto fue menester; pero dejóse conocer y se les manifestó, no como a los santos ángeles que gozan y participan de su eternidad, según que es Verbo del eterno Padre, sino como fue necesario manifestarles para espantarlos, de cuya potestad, en alguna manera tiránica, había de librar a los que están predes- tinados para su reino y gloria para siempre verdadera y verdaderamente sempiterna. Manifestóse, pues, a los demonios, no en la parte que es vida eterna y luz inmutable que alumbra a los piadosos y temerosos de Dios, la cual los que la alcanzan a ver por la fe que es en él, se purifican y limpian, sino por ciertos defectos temporales de su virtud y por algunas señales de su im- penetrable presciencia, las cuales se pudiesen descubrir a los sentidos angélicos, aun de los espíritus malignos, antes que a la flaqueza de los hombres.

Y así, cuando le pareció reprimirlas y ocultarlas un poco, y cuando se ocultó más profundamente, dudó de él el príncipe de los demonios, y le tentó para saber si era Cristo, examinando todo cuanto Él se dejó tentar para acomodar al hombre que consigo traía para ejemplo y dechado nuestro; pero después de aquella tentación, sirviéndole, como dice el sagrado texto, los ángeles (sin duda, los buenos) y los santos, y, por consiguiente, haciéndose terribles y espantosos a los espíritus inmundos, se fue manifestando más y más a los demonios cuán, grande era, para que a su mandato, aunque en Él parecía de corta estimación por la flaqueza de la carne, nadie, se atreviese a resistir.

CAPITULO XXII

Qué diferencia hay entre la ciencia de los santos ángeles y la ciencia de los demonios Estos ángeles buenos no estiman la ciencia de las cosas corporales y temporales con que se hinchan y ensoberbecen los demonios; no porque las ignoren, sino porque estiman y aprecian sobremanera la caridad de Dios con que se santifican, y en comparación de su hermosura, que es no sólo incorpórea, sino inmutable e inefable. de cuyo santo amor están inflamados, desprecian todas las cosas que están debajo de ella, y que no son lo que es ella, y a sí propios entre ellas, para poder gozar con todas las dotes que les constituye en la clase de una bondad suma de aquel sumo bien, de donde les proviene ser buenos. Y por eso tienen también una noticia más cierta de las cosas temporales y mudables, por cuanto en el Verbo divino que crió el mundo ven las principales causas de ellas, con las que se comprueban unas, se reprueban otras, y todas se gobiernan y ordenan, pero los demonios no contemplan ni ven en la sabiduría de Dios las causas eternas de los tiempos y las que son de algún modo las cardinales, sino que con la experiencia mayor de algunas señales ocultas a nuestros, limitados entendimientos alcanzan a examinar muchas más, cosas futuras que los hombres, y vaticinan algunas veces sus admirables disposiciones.

Finalmente, éstos se engañan a veces y los otros nunca; porque una cosa es conjeturar y comprender bajo el aspecto de las cosas temporales las temporales y con las mudables las mudables expresándolas y aplicándolas el juicio temporal y mudable de su voluntad y limitadas fuerzas, lo cual se permite a los demonios por una razón incomprensible a nosotros; y otra cosa es prever y presagiar en las eternas e inmutables leyes de Dios que viven en su sabiduría las vicisitudes y alteraciones de los tiempos y conocer la voluntad de Dios tan cierta como poderosa con la participación que tienen de su divino espíritu; lo cual, según sus respectivos grados, se concede con recta discreción a los santos y ángeles; así que, no sólo son eternos, sino también, bienaventurados, y el bien con que son felices es su Dios, que es por quien fueron criados, porque gozan sin alteración ni disminución alguna, y sin recelo de perderle jamás, de su participación y contemplación

CAPITULO XXIII

Que el nombre de dioses falsamente se atribuye a los dioses de los gentiles, el cual, con todo, por autoridad de la divina Escritura, viene a ser común así a los santos ángeles como a los hombres Si los platónicos se complacen más de llamar a los ángeles dioses que demonios y de colocarlos entre los dioses, de quienes escribe su maestro Platón que los crió

el sumo Dios, díganlo del modo que les agrade, porque no hay que molestarse ni reparar respecto de ellos en la disputa sobre el nombre; pues si dicen que son inmortales y confiesan llanamente que los crió el sumo Dios, y que son bienaventurados, no por sí mismos, sino por unirse con su Criador, dicen lo mismo que nosotros, llámenles como gusten; que éste sea el dictamen de los platónicos o de todos, o de los más sabios, se puede indagar por sus mismos libros, por cuanto aun en la expresión del nombre con que llaman dioses a estas criaturas inmortales bienaventuradas no hay discrepancia notable entre ellos y nosotros, pues leemos también en nuestras sagradas letras: "el Señor de los dioses se lo dijo"; y en otra parte: "confesad y alabad al que es Dios de los dioses"; en otro lugar: "Rey grande sobre todos los dioses"; porque cuando dice: "terrible es sobre todos los dioses", la razón porque así lo dijo lo declara adelante, y prosigue quoniam omnes Dii, Gentium daemonia, Dominus autem Coelos ,fecit, "porque todos los dioses de los gentiles son demonios, y el Señor es solamente el que hizo los cielos"; dijo, pues, terribles sobre todos los dioses, esto es, sobre todos los dioses de los gentiles, a quienes éstos tienen por tales, siendo así que son demonios, es terrible para ellos, y por eso con miedo y terror decían al Señor: "¿Para qué viniste a perdernos y atormentarnos?" Donde dice igualmente Dios de los dioses no puede entenderse Dios de los demonios, y donde dice Rey grande sobre todos los dioses, líbrenos Dios de decir que es Rey o Caudillo grande sobre todos los demonios. También llama la misma Escritura Sagrada dioses a los hombres del pueblo de Dios: "Yo dije, dice, dioses sois, y todos hijos del Excelso", por lo que podemos entender por Dios de estos dioses al que llamó Dios de estos dioses y sobre tales dioses; Rey grande al que dijo que era Rey grande sobre todos los dioses. Pero cuando nos preguntan, supuesto que se llaman dioses los hombres, por individuos del pueblo de Dios, con quien habla el Señor por medio de los ángeles o por los hombres, ¿cuánto más dignos serán de este honorífico dictado los inmortales que gozan de aquella bienaventuranza, adonde, sirviendo a Dios, desean los hombres llegar? ¿Qué hemos de responder, sino que no en vano la Escritura llame más expresamente dioses a los hombres que a los inmortales y bienaventurados, a quienes se nos promete que seremos iguales en, la resurrección, es a saber, porque no se atreviera la imbecilidad humana a ponernos por Dios algunos de ellos, fundada en su alta excelencia? Lo cual es fácil de evitar en el hombre.

Fue justamente determinado que más clara y distintamente se llamaran dioses los hombres del pueblo de Dios, para que se certificaran más y más y confiaran que era solamente su Dios el que se dijo Dios de los dioses, porque aunque se llamen dioses los inmortales y bienaventurados que gozan de la patria celestial, con todo, no se llamaron dioses de los dioses, esto es, dioses de los hombres del pueblo de Dios; por quienes se dijo: Ego dixi, Dii estis, et filli Excelsi omnes: "Yo dije, dioses sois, y todos hijos del Excelso", de donde proviene lo que dice el Apóstol: "Aunque haya otros que se llamen dioses, ya sea en el cielo o en la tierra, de los cuales, según el nombre y opinión común, se hallan muchos dioses y muchos señores; sin embargo, nosotros sólo tenemos un Dios, que es el Padre, de quien como el verdadero autor y criador del Universo, nos viene todo encaminado para nosotros, y nosotros para ti, y un solo Señor Jesucristo, por quien el Padre hizo las cosas, y a nosotros para él."

No hay motivo para controvertir y altercar con obstinación sobre el nombre, siendo tan evidente y claro el asunto, que no admite duda alguna; pero siempre que decimos que del número de los inmortales bienaventurados envió Dios ángeles que anunciasen a los

hombres su voluntad divina, no les agrada esta referencia, porque creen que este ministerio lo ejercen, no los que llaman dioses, esto es, los inmortales y bienaventurados, sino los demonios, a quienes se atreven a distinguir solamente con el nombre de inmortales, aunque no con el de bienaventurados, o a lo menos si los dicen inmortales y bienaventurados, es de tal modo, que, sin embargo, los llaman demonios buenos y no dioses colocados en lugar elevado, desviados del comercio sensible de los hombres. Y aunque esta discusión parezca precisamente controversia de nombre, no obstante, es tan abominable el nombre de los demonios, que en todo caso debemos desterrarle de entre los santos ángeles.

Ahora, pues, cerremos este libro, sosteniendo que los inmortales y bienaventurados, de cualquier modo que los llamen (que en efecto son criaturas), no son medianeros para conducir a la inmortalidad y bienaventuranza a los miserables mortales, quienes se distinguen de ellos por dos diferencias, por la miseria y por la mortalidad, y los que son medios (que tienen la inmortalidad común con los superiores y la miseria con los inferiores, por cuanto son miserables con su malicia), la bienaventuranza que no poseen, más bien pueden envidiárnosla que dárnosla.

De estas razones se deduce que no tienen aliciente alguno de consideración que nos puedan representar los afectos y aficionados a los demonios, por cuyo respeto debamos reverenciarlos y auxiliarlos como avudadores y protectores; antes como mentirosos, debemos evitar su trato y amistad; pero los que los tienen por buenos, y consiguientemente no sólo por inmortales, sino por bienaventurados, entienden que deben ser adorados por dioses sirviéndolos afectuosamente con sacrificios y ceremonias divinas, para conseguir después de su muerte la vida bienaventurada, cualesquiera que sean ellos y cualquiera que sea el nombre que merezcan; éstos, digo, que los tienen por buenos, no quieren que adoremos con semejante culto sino a un solo Dios, que es quien los crió, y con cuya participación son bienaventurados, como prestándonos este gran Señor su favor y gracia, lo veremos más extensamente en el libro siguiente.

LIBRO DECIMO EL CULTO DEL VERDADERO DIOS

CAPITULO PRIMERO

Que fue también doctrina de los platónicos que la verdadera bienaventuranza la da un solo Dios, ya sea a los ángeles, ya sea a los hombres; pero resta averiguar si los que ellos entienden que por esta misma bienaventuranza deben ser adorados, quieren que Sacrifiquemos solamente a Dios o a ellos también Es cierto, entre todos los que poseen la razón natural, que todos los hombres apetecen ser bienaventurados. Pero mientras la humana imbecilidad procura averiguar exactamente quiénes son bienaventurados, y la norma que observan para conseguir esta felicidad, han resultado en esta discusión muchas y célebres controversias, en las que han consumido el tiempo y sus estudios los filósofos, las cuales sería muy prolijo y nada necesario el intentar referir y discutir.

Porque y el lector recuerda lo que propusimos en el libro VIII acerca de la elección de los filósofos, con quienes podía tratarse la cuestión sobre la vida bienaventurada que ha de

suceder después de la muerte, esto es, si podíamos alcanzarla adorando a un solo Dios verdadero o a muchos dioses, no será su voluntad que volvamos a repetir aquí lo mismo, mayormente pudiendo, con volver a leerlo, si acaso se le hubiere olvidado, ayudar a refrescar la memoria Elegimos con conocimiento de causa a los platónicos, que justamente son los más famosos y cuerdos entre todos los filósofos; porque así como pudieron comprender con las luces de su entendimiento que el alma del hombre, aunque era inmortal, racional o intelectual, con todo no podía ser bienaventurada sin la participación de la soberana luz de aquél por quien ella y el mundo fue criado, así también negaron que alguno pueda conseguir la eterna felicidad que todos los hombres apetecen y desean, a no ser que se una la pureza de un amor casto con aquel sumo bien, que es el inmutable y omnipotente Dios.

Mas porque los platónicos, ya fuese rindiéndose a la vanidad y al error común del pueblo, o, como dice el apóstol de las gentes, Pablo: “Desvaneciéndose con sus imaginaciones y raciocinios”, opinaron o quisieron que debía adorarse a muchos dioses y aun algunos de ellos fueron de opinión que debían ser adorados con honras y sacrificios divinos los demonios (a los cuales hemos contestado ya en lo principal); ahora nos resta examinar y averiguar, con el favor de Dios, cómo los inmortales y bienaventurados, que están en los celestiales tronos, dominaciones, principados y potestades, a quienes los platónicos llaman dioses, y algunos de ellos o demonios buenos o como nosotros, ángeles, cómo ha de entenderse que quieren que los reverenciemos, y con qué culto y religión quieren que los sirvamos; esto es, por decirlo más claro, si quieren que los adoremos, ofrezcamos. sacrificios y les consagremos algunas cosas de nuestro uso, o a nosotros mismos, con ritos y ceremonias sagradas, o solamente a su Dios, que lo es también nuestro. Porque éste es el culto y religión que se debe tributar a la divinidad o, si hemos de decirlo con más expresión, a la misma deidad; y para significar este culto y adoración con sola una palabra, ya que no me ocurre una latina acomodada al asunto, donde es necesario lo doy a entender en la griega.

Porque los nuestros en cualquier parte que se halla en la Sagrada Escritura esta voz latría han interpretado servicio. Por el servicio que debe prestarse a los hombres, conforme al cual prescribe el Apóstol que los siervos estén sujetos a sus señores, suelen llamarle en griego con otro nombre, más por la voz latría, según el uso común con que se explicaron los que nos interpretaron las sagradas letras, o siempre o frecuentísimamente convinieron que se entendiese el servicio que pertenece al culto y reverencia de Dios.

Por lo cual, si se dice solamente culto o reverencia, parece que no es el que se debe a solo Dios; pues asimismo decimos que honramos y reverenciamos a los hombres cuando los nombramos o visitamos con respeto y sumisión. Y no sólo acomodamos el nombre de culto a los objetos a que nos rendimos con religiosa humillación, sino también a algunos que nos están sujetos: pues de este verbo sacan su etimología los agrícolas, los colonos e incolas, y a los mismos dioses no por otra causa los llaman celícolas, sino porque son incolas o moradores del cielo, no reverenciando a éste, sino a los que habitan y moran en él, como unos colonos y habitantes del cielo; no como se llaman colonos los que deben el arrendamiento de las tierras, por utilidad o fomento de la agricultura o labranza, a los señores que las poseen, sino como dice un célebre autor de la lengua latina: “Una ciudad antigua fue ya en cierto tiempo habitada por los colonos tirios”.

De incolo, que es habitar, llamó a los colonos, y no de la agricultura. Por esta misma razón, las ciudades que fundaron otras poblaciones mayores con la gente sobrante de su pueblo se llaman colonias. Y aunque según esta exposición, es, sin duda verdad infalible que el culto no se debe sino a Dios por una significación propia y literal de esta voz, por cuanto el culto en el idioma latino se acomoda también a otras cosas, no obstante, el que se debe a Dios no puede significarse en latín con una palabra sola. Y aun la misma palabra religión, aunque parezca que significa, no cualquier culto, sino el verdadero, único, y propio de Dios (por cuya razón los nuestros interpretan con este nombre lo que en griego se dice Threscia', mas porque según el uso común latino no sólo de los imperitos, sino también de los muy instruidos, se debe la religión a las cognaciones humanas, a las afinidades y a cualesquiera parentescos; con esta palabra no evitamos la ambigüedad, siempre que se trate de la cuestión sobre el culto de la deidad; de modo que no podemos decir con toda confianza que la palabra religión sea exclusiva del culto debido a Dios, pues parece se emplea también para significar la observancia de los deberes ajenos al parentesco humano.

Asimismo la piedad, a quien los griegos llaman Eusebia, suele significar el culto de Dios; con todo, de ella se usa cuando, como humanos y agradecidos, la ejercemos con los padres, y conforme al común lenguaje del vulgo acomodamos este nombre ordinariamente a las obras de misericordia; lo cual sin duda ha procedido de que Dios manda principalmente que nos ejercitemos en ellas, las cuales dice que le agradan como sacrificios o más que sacrificios. De este modo de hablar ha provenido el que llamemos piadoso al mismo Dios, aunque los griegos no le distinguen en su idioma con el nombre de Euseben, sin embargo, de que usen comúnmente de la voz Eusebia para significar la misericordia.

Y así en algunos lugares de la Sagrada Escritura, para que tal distinción se advirtiese mejor, quisieron decir no Eusebian, que suena como si se dijera buen culto, sino Theosebian, que es culto de Dios. Pero nosotros no podemos dar a entender cualquiera significación de las insinuadas con una sola palabra. Así que lo que en griego se dice latría, en latín se interpreta servicio; pero aquel con que reverenciamos a Dios Lo que se dice en griego Threscia, en latín se llama Religión; la que observamos para con Dios. Lo que llaman Theosebia, y nosotros no podemos explicar con sola una palabra, la distinguimos con las voces de "culto de Dios"; éste decimos que se debe tributar únicamente a aquel Dios que es Dios verdadero y que hace dioses a sus adoradores Todos cuantos inmortales y bienaventurados hay en las moradas celestiales, si no nos aman ni quieren que seamos bienaventurados, ciertamente no debemos adorarlos; y si nos aman y estiman, deseando que seamos eternamente felices, sin duda que con tan piadosa idea quieren que lo seamos del mismo modo que los son ellos; y ¿por qué causa han de ser ellos bienaventurados de un modo y nosotros de otro?

CAPITULO II

De lo que sintió el platónico Plotino sobre la superior iluminación En la presente cuestión no sustentamos debate ni controversia alguna con estos insignes filósofos, porque ellos dejaron escrito abundantemente en sus libros en muchos lugares, que con el mismo medio que nosotros podemos adoptar, llegan los ángeles a ser bienaventurados, teniendo por

objeto una luz inteligible, que respecto de ellos es Dios, y es una cosa distinta de ellos, con la que son ilustrados para que resplandezcan, y con su participación son perfectos y bienaventurados.

En repetidas ocasiones y distintos lugares afirma Plotino, declarando la opinión de Platón, que ni aun aquella que imaginan ser el alma del Universo es bienaventurada por algo distinto de aquello porque parece es la nuestra, a saber, por una luz que no es el alma misma, sino aquel por quien ha sido criada e iluminada por esta luz inteligiblemente, resplandece el alma en el entendimiento. Lo cual comprueba con un ejemplo concerniente a las cosas incorpóreas, tomándole de los cuerpos celestes grandes y visibles, diciendo que Dios es como el sol, y el alma del mundo como la luna; pues creen que la luna es iluminada con el objeto o presencia del sol.

Añade, pues, aquel célebre platónico que el alma racional (si es que no debemos llamarla mejor intelectual, de cuyo género entiende que son las almas de los inmortales y bienaventurados, de las que no duda afirmar habitan en los asientos o tronos del Cielo) no tiene sobre sí otra naturaleza superior sino la de Dios, que crió el mundo, y por quien fue asimismo criada, y que no les viene de otra parte a los soberanos espíritus la vida bienaventurada sino de donde nos viene a nosotros, conformándose en este punto con la doctrina evangélica, donde dice el Señor por boca del Evangelista San Juan: “Fue un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan; éste vino por testigo para que diese testimonio de la luz, y todos creyeran por él; no era la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, la cual alumbra a todo hombre que viene a este mundo.” Con cuya diferencia se demuestra bastantemente que el alma racional o intelectual, cual era la que tenía Juan, no podía ser luz para sí mismo, sino que lucía con la participación de otra verdadera luz. Esto lo confiesa también el mismo Juan, cuando testificando de ella, dice: “Todos nosotros, cuanto hemos recibido, lo hemos recibido de su plenitud.”

CAPITULO III

Del verdadero culto de Dios, del cual, aunque le reconocieron como criador del Universo, se desviaron los platónicos, adorando a los ángeles, ya fuesen buenos, ya fuesen malos, como a Dios Si los platónicos y todos cuantos sintieron como ellos; conociendo a Dios, le glorificaran como a tal y tributaran rendidas gracias por los incomparables beneficios que reciben de su bondad, si no hubieran inutilizado sus discursos y raciocinios, y no hubieran dado ocasión a los errores del pueblo, si no hubieran tenido bastante constancia para oponerse a ellos, sin duda confesaran que así los inmortales y bienaventurados como nosotros, mortales y miserables, para poder llegar a ser inmortales y bienaventurados debemos adorar a un solo Dios de los dioses, que es nuestro Dios y Señor, y también el suyo.

A este gran Dios debemos tributar el culto que en griego se dice latría, ya sea en algunos sacramentos, ya sea en nosotros mismos. Porque todos juntos, unidos por la caridad en la sociedad cristiana, somos y representamos su templo, y cada uno de por sí mismo sus verdaderos templos, para que así pueda decirse con verdad que habita en la unánime concordia de todos y en cada uno, no siendo mayor en todos que en cada uno

respectivamente; pues, ni con la grandeza se extiende y dilata, ni repartido entre todos disminuye en lo más mínimo.

Cuando tenemos nuestro corazón levantado y puesto en Dios, entonces nuestro corazón es un verdadero altar, aplacamos su justa indignación por la mediación de un sacerdote, que es su unigénito; le ofrecemos sangrientas víctimas cuando peleamos valerosamente en defensa de las verdades de su incontrastable fe hasta derramar la sangre y rendir la vida en testimonio de estas verdades indefectibles; quemamos y le ofrecemos un suavísimo incienso cuando, postrados ante su divina presencia, nos abrasamos en su santo e inefable amor; ofrecémosle sus dones en nosotros v a nosotros mismos, y en esta oblación piadosa le volvemos lo que realmente es suyo; le consagramos Y dedicamos en ciertos días solemnes la memoria de sus beneficios, para que con el transcurso de los tiempos no se apodere de nuestro corazón la ingratitud y olvido de sus misericordias; le sacrificamos, una hostia de humildad y alabanza en el ara o templo vivo de nuestra alma, con el ardiente fuego de una caridad fervorosa.

Con el laudable objeto de poder ver a ese Señor del modo que puede ser visto y de unirnos con él, nos lavamos y purificamos de todas las máculas de los pecados y apetitos malos e impuros, y nos consagramos bajo sus divinos auspicios. Pues el Señor Dios Todopoderoso es la fuente inagotable de nuestra bienaventuranza, es el único fin de todos nuestros deseos. Eligiendo a este Señor por nuestro único Dios o, por mejor decir, reeligiéndole (pues siendo indolentes y negligentes le hemos perdido), reeligiéndole, digo, de cuyo verbo dicen procedió la voz Religión, caminamos a él por la predilección y el amor para que, llegando a gozar de la visión intuitiva de su deidad, descansemos eternamente en aquellas moradas eternas donde se-remos ciertamente bienaventurados, porque con tan glorioso fin seremos perfectos Nuestro bien y única felicidad, sobre cuyo último fin se han suscitado tan acres disputas entre los filósofos, no es otro que unirnos con el Señor y con un abrazo incorpóreo, si puede decirse así, o con la espiritual unión de este gran Dios, el alma intelectual se llene y fertilice de verdaderas virtudes. Este es el sumo bien que nos manda amemos solamente, cuando nos dice por su cronista y evangelista San Mateo: “Con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra virtud.”

A la posesión de este incomparable bien nos deben dirigir y encaminar los que verdaderamente nos aman, y nosotros debemos conducir a los que amamos tiernamente. Así se cumplen exactamente aquellos dos preceptos divinos, en los cuales, como en compendio, está cifrado lo que contiene la ley y los profetas: “Amarás a Dios tu Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Para que el hombre supiese amarse a sí mismo le determinaron un fin al cual refiriese todas sus acciones para que fuese bienaventurado; porque el que se ama a sí mismo no apetece otra felicidad que el ser bienaventurado; y este fin no es otro que unirse con Dios. Por consiguiente, al que sabe amarse a sí mismo, cuando le mandan que ame al prójimo como a si mismo, ¿qué otra cosa le prescriben sino que en cuanto pudiere le encargue y encomiende el amor de Dios? Este es el culto de Dios, ésta la verdadera religión, ésta la recta piedad, éste es el servicio y obsequio que se debe solamente a Dios. Cualquiera potestad inmortal, por grande y excelente que sea su virtud, si nos ama como a sí misma, quiere, para que seamos eternamente felices, que estemos sujetos y rendidos a aquel Señor a quien estando ella igualmente subordinada, es bienaventurada. Luego si no

adora a Dios es miserable, porque se priva de la felicidad de ver a Dios; pero si adora a Dios no quiere que le adoremos a ella como a Dios; por el contrario, ratifica y favorece con el vigor y sanción inviolable de su voluntad aquella divina sentencia donde dice la Escritura: “Cualquiera que sacrificase a otros dioses que al Señor verdadero sea castigado con pena de muerte.”

CAPITULO IV

Que se debe sacrificio a un solo Dios verdadero Y omitiendo por ahora otras referencias que pertenecen al culto de la religión con que reverenciamos a Dios, a lo menos no hay hombre sensato que se atreva a decir que el sacrificio se deba a otro que a Dios. Muchos ritos hemos tomado efectivamente del culto divino, y los hemos transferido y acomodado a las ceremonias con que honramos y reverenciamos a los hombres, ya sea por la demasiada humildad, ya por la lisonja maligna; pero a los que atribuimos estas invenciones son tenidos por hombres que llaman colendos y reverendos, y si están muy elevados, adorandos; pero ¿quién creyó jamás que el sacrificio se debía a otro sino a quien supo, creyó o fingió que era Dios? Cuán antiguo sea el reverenciar a Dios con el uso del sacrificio, bastantemente nos lo manifiestan los dos hermanos Caín y Abel, entre quienes reprobó Dios el sacrificio del mayor y aceptó el del menor.

CAPITULO V

De los sacrificios que Dios no pide, pero quiso se observasen para significación de los que pide ¡Y quién será tan estúpido e ignorante que crea que lo que se ofrece en los sacrificios es necesario para algunos destinos de que Dios tenga necesidad! Lo cual, aunque en varios lugares lo enseña la Sagrada Escritura, por no dilatarme demasiado, sólo alegare la expresión del salmo: “Dije al Señor, tú eres mi Dios, y no tienes necesidad de mis bienes.” Así hemos de entender que Dios no tiene necesidad de res o animal alguno, o de cualquier otro ente corruptible o terreno; ni siquiera de la misma justicia del hombre, pues todo lo que es servir fiel y legítimamente a Dios, resulta en utilidad del hombre y no de Dios.

Pues nadie afirmará que causa provecho a la fuente porque bebe sus aguas, o a la luz por que ve con ella. Y si los patriarcas antiguos ofrecieron algunos sacrificios con víctimas de varios animales (los cuales, aunque los tiene prescritos en el sagrado texto el pueblo de Dios, no los usa al presente), no debe entenderse sino que con aquellas figuras se significaron las verdades que realmente pasan en nosotros a fin de que nos unamos con Dios, y a este último fin dirijamos también al prójimo; así que el sacrificio visible es un sacramento, esto es, una señal sagrada del sacrificio invisible. Y así el rey penitente en boca del profeta, o el mismo profeta rogando con todo esfuerzo que Dios tuviese misericordia de sus pecados, dice: “Si quisiérais, Señor, sacrificio, yo os le ofreciera seguramente; pero no os pagáis de holocaustos. El sacrificio que quiere Dios es el espíritu atribulado, pues al corazón compungido y humillado no le despreciará Dios.” Notemos y consideremos cómo donde dijo que Dios no quería sacrificio, allí mismo indica que Dios le quiere. No quiere, pues, el sacrificio de una res muerta, y sólo quiere el sacrificio de un corazón contrito. Por la expresión en que dijo que no quería se significa lo que en seguida dijo que quería. Dijo,

pues, que Dios no gustaba de los sacrificios ofrecidos al modo que los ignorantes creen que los quiere para que le sirviesen de diversión y complacencia.

Porque si los sacrificios que únicamente apetece entre otros (que es uno solo; a saber: el corazón contrito y humillado con el dolor verdadero y la penitencia) no quisiera se significaran con los sacrificios que presumieron deseaba, como si fuesen agradables y deleitables al Señor; sin duda que no mandara expresamente en la ley antigua se los ofrecieran. Por lo cual fue indispensable mudarlos al tiempo oportuno y vaticinado en la Escritura, para que no se creyese que los codiciaba el mismo Dios, o a lo menos, que eran aceptables por nuestra parte, no por lo que en ellos se significaba. En esta conformidad dice en otra parte por su real profeta David; "Si fuese posible que alguna vez tuviera hambre, no te diría que me apacentaras o sacrificaras, porque mío es el orbe de la tierra y cuanto en, él se contiene; ¿por ventura he de comer yo las carnes de los toros, o he de beber la sangre de los cabritos?" Como si dijera: si tuviera yo necesidad de estos manjares, no te los pidiera teniéndolos todos en mi poder. Después, prosiguiendo en relacionar lo que significan aquellas cosas, dice: "Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, cumple y paga tus promesas al Altísimo, llámame en el día de la tribulación, yo me libraré y me glorificarás". Asimismo en el profeta Miqueas se lee: "¿Con qué recibiré al Señor, con qué aplacaré a mi Dios excelso? ¿Le he de recibir acaso con holocaustos y con becerritos de un año? ¿Págase Dios por ventura con un millar de carneros, o con diez millares de cabritos gruesos? ¿Le he de ofrecer mis primogénitos por la remisión de mi culpa, y el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? ¿No te ha avisado ya, hombre, lo bueno y lo que quiere el Señor de ti? ¿Y qué otra cosa desea sino que vivas justa y santamente, que seas benigno y misericordioso, pronto y dispuesto para servir y agradar a Dios tu Señor?" Las dos amonestaciones se contienen distintamente en las expresiones de Miqueas quien claramente declara que no pide Dios para sí los sacrificios con que se significan los que le complacen.

En la carta que se inscribe a los hebreos dice: "No os olvidéis de ser benignos y misericordiosos para con los pobres y miserables, pues con estos sacrificios se aplaca a Dios y se consigue su amistad." Y, por consiguiente, donde dice: "más quiero de ti la misericordia que el sacrificio", no es necesario que entendamos otra cosa sino que prefirió un sacrificio a otro sacrificio, mediante a que aquel que todos llaman sacrificio es una figura o representación del verdadero sacrificio, y la misericordia es del mismo modo, verdadero sacrificio, por lo que dice lo que poco antes referí, "que con tales sacrificios se granjea la amistad y gracia de Dios". Todo cuanto leemos que mandó Dios en di- ferentes ocasiones sobre los sacrificios y sobre el ministerio o servicio del Tabernáculo o del templo. se refiere para significar el amor de Dios y del prójimo, porque en estos dos Mandamientos, como dice la Sagrada Escritura, está cifrado y recopilado todo lo que contiene la ley y los profetas.

CAPITULO VI

Del verdadero y perfecto sacrificio Sacrificio verdadero es todo aquello que se practica a fin de unirnos santamente con Dios, refiriéndolo precisamente a aquel sumo bien con que verdaderamente podemos ser bienaventurados. Por lo cual la misma misericordia que se emplea en el socorro del prójimo, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Pues aunque le

haga u ofrezca el hombre, sin embargo, el sacrificio es cosa divina, de modo que aun los antiguos latinos llamaron al sacrificio con el nombre de cosa divina. Así el mismo hombre que se consagra al nombre de Dios y se ofrece solemnemente y de corazón a este gran Señor, en cuanto muere al mundo para vivir en Dios es sacrificio; porque también pertenece a la misericordia la que cada uno usa consigo mismo.

Por eso dice la Sagrada Escritura: “Usa de misericordia con tu alma agradando a Dios”. Cuando castigamos nuestro cuerpo con la templanza, si lo hacemos por Dios, como debemos, no dando nuestros miembros para que se sirva de ellos el pecado por armas e instrumentos para obrar el mal, sino para que use de ellos Dios nuestro Señor como de armas e instrumentos para hacer bien, es igualmente sacrificio: Ruégoos, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis y sacrifiquéis vuestros cuerpos, no ya como animales muertos, sino como una hostia viva, verdaderamente pura y santa, agradable y acepta a Dios, como un sacrificio racional.” Si, pues, el alma, que por ser superior se sirve del cuerpo como de un siervo o de un instrumento cuando usa bien de él y lo refiere a Dios hace un sacrificio, ¿cuánto más aceptable será el sacrificio del alma siempre que éste se refiere a Dios, para que inflamada con el ardiente fuego de su divino amor pierda totalmente la forma de la concupiscencia del siglo, y estando sujeta y rendida al mismo Señor, que es forma inmutable, se reforme y renueve espiritualmente, agradándole y sirviéndole con la brillante cualidad que tomó de la forma y hermosura divina?

Todo lo cual, prosiguiendo el Apóstol el mismo raciocinio, dice: “Y no os conforméis con este siglo, antes transformaros por la renovación de vuestro espíritu en nuevos hombres, para que desde ahora en adelante no aprobéis lo que el vulgo profano adopta, sino lo que fuere grato y agradable a su Divina Majestad, y lo que fuere verdaderamente bueno, agradable y perfecto.” Siendo, como son, verdaderos sacrificios las obras de misericordia, ya sean las que hacemos por nosotros o por nuestros prójimos, referidas a Dios y siendo igualmente cierto que no practicamos las obras de misericordia con otro objeto que con el de libertarnos de la miseria humana, y consiguientemente con el deseo de conseguir la bienaventuranza, cuya felicidad no nos es asequible sino con, el favor de aquel sumo bien de quien dijo el real profeta: “Que todo su bien estribaba en unirse con Dios”; sin duda que toda esta ciudad redimida, esto es, la congregación y sociedad de los santos, viene a ser un sacrificio universal que a Dios ofrece aquel gran sacerdote que se ofreció en la Pasión como cruenta víctima por nuestra redención, para que fuésemos nosotros el cuerpo de tan excelsa cabeza, tomando para consumar esta ilustre obra la humilde forma de siervo. Porque ésta fue la que ofreció el Señor, en ésta fue ofrecido, según ella es medianero, en ésta es sacerdote, en ésta sacrificio incruento. Así que habiéndonos exhortado el Apóstol a que ofrezcamos en holocausto nuestros cuerpos como hostia viva, santa, inmaculada, agradable a Dios, como un sacrificio racional, y que no nos conformemos con las prácticas reprensibles de este siglo, sino que nos reformemos interiormente y volvamos a tomar la forma y hermosura de nuestro espíritu, para que con sentidos perspicaces, sano juicio y discreción notemos y echemos de ver lo que quiere Dios que ejecutemos, esto es, lo que es bueno, lo que es aceptable y perfecto ante su Divina Majestad, puesto que, en realidad de verdad, nosotros somos este sacrificio, nos dice después el mismo Dios por el insinuado Apóstol estas palabras: “Por la gracia que Dios me ha dado, os encargo generalmente a todos que no presumáis de vosotros más de lo que conviene, despreciando a los otros, antes sienta cada uno de si con templanza y modestia, según la porción de dones que le hubiere

repartido el Señor, porque así como este cuerpo visible, aunque es uno, está compuesto de muchos miembros, y no todos tienen un mismo oficio, así la multitud de los fieles vienen a constituir un cuerpo en Jesucristo, y cada uno es miembro del otro, teniendo diferentes dones, según la gracia que Dios nos ha repartido". Este es el sacrificio de los cristianos, formando nosotros, siendo muchos en número, un cuerpo en Jesucristo. Lo cual frecuenta la Iglesia en la celebración del augusto Sacramento del altar que usan los fieles, en el cual la demuestran que en la oblación y sacrificio que ofrece, ella misma se ofrece.

CAPITULO VII

Que el amor que nos tienen los ángeles santos es de tal conformidad, que no gustan que los adoremos, sino a un solo Dios verdadero Con justa razón, los inmortales y bienaventurados que habitan en las moradas celestiales y gozan de la participación y visión clara de su Criador, con cuya eternidad están firmes, con cuya verdad ciertos, y con cuya gracia son santos, porque llenos de misericordia nos aman a los mortales y miserables, para que seamos inmortales y bienaventurados, no quieren que les ofrezcamos sacrificios, sino a Aquel cuyo sacrificio saben que son también ellos juntamente con nosotros. Pues juntamente con ellos somos una Ciudad de Dios; con quien hablando el real profeta dice: "Cosas ilustres y gloriosas están profetizadas de ti, Ciudad de Dios"; y una parte de ella, que está en nosotros, anda peregrinando, y la otra parte, que está en ellos, nos ayuda y favorece.

De la Ciudad soberana, donde la voluntad de Dios sirve de ley inteligible e inmutable, de aquella corte soberana, nos vino por ministerio de los ángeles (quienes cuidan en ella de nosotros) el divino oráculo que dice: "El que sacrificare a los dioses y no lo hiciese solamente a Dios será desterrado de esta Ciudad." Este oráculo, esta ley, este precepto, está confirmado con tantos milagros, que nos manifiesta evidentemente a quien quieren los espíritus angélicos y bienaventurados.. que ofrezcamos nuestros sacrificios, que es únicamente al Dios verdadero, pues nos desean la misma eterna felicidad e inmortalidad de que están gozando y gozarán por toda la eternidad.

CAPITULO VIII

De los milagros con que quiso el Señor, para alentar la fe de las personas piadosas, confirmar sus promesas por ministerio de los ángeles Acaso creerá alguno que revuelvo y examino sucesos más remotos de lo que es necesario, si intento referir los estupendos y antiguos milagros que hizo Dios en confirmación de las promesas que muchos millares de años antes había hecho el patriarca Abraham, empeñándole su divina e indefectible palabra de que su generación conseguiría la bendición de todas las naciones. ¿Quién no ha de llenarse de admiración al observar que Abraham procreó a Isaac de su esposa Sara, siendo tan anciana que naturalmente no podía concebir ni ser fecunda; al meditar que en el sacrificio de Abraham discurrió por el aire una llama que vino del Cielo por medio de las víctimas; al reflexionar que dieron noticia exacta a Abraham los ángeles de Dios del fuego abrasador que había de caer del Cielo sobre los ciudadanos de Sodoma, a cuyos espíritus angélicos había hospedado en su casa bajo la figura y traje de hombres, y de ellos había

sabido la promesa que Dios le había hecho sobre la dilatada posteridad que había de tener; al advertir que, aproximándose el tiempo en que debía descender del Cielo aquel milagroso fuego, consiguiese por mediación de los ángeles el que pudiese salir milagrosamente libre de toda desgracia de la misma ciudad de Sodoma, Lot, su sobrino, hijo de su hermano, cuya mujer en el camino, volviendo la vista hacia la ciudad, y convertida de improviso en estatua de sal, nos advirtió con grande e incomprensible misterio que ninguno en el camino de su libertad debe volver los ojos del apetito a la vida pasada; al considerar cuán grandes son las maravillas que obró Moisés al tiempo de sacar al pueblo de Dios de la dura servidumbre de Egipto, cuando a los magos o sabios de Faraón, rey de Egipto, que tenía oprimido con su tiranía al pueblo escogido, les permitió Dios que hiciesen algunos raros portentos para vencerlos y confundirlos con otros mayores, pues ellos los hacían con encantamientos mágicos y hechicerías, a que son dados con particular afición los ángeles malos, esto es, los demonios, pero Moisés los venció fácilmente con el ministerio de los ángeles, tanto más poderosamente cuanto era más justo que los venciera y humillara en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra; finalmente, desfalleciendo los magos en la tercera plaga, suscitó Moisés hasta diez, que en sí representaban ocultos e impenetrables misterios, a las cuales se rindieron los duros corazones de Faraón y de los egipcios, permitiendo salir libremente al pueblo de Dios; pero luego se arrepintieron y procuraron dar alcance a los hombres, que iban marchando y pasando el mar a pie enjuto, porque por disposición divina se dividieron las aguas y les proporcionó un camino libre y anchuroso, y en este tiempo, queriendo los egipcios acometer pueblo de Dios, entraron en su seguimiento por la misma senda, y volviendo a unir milagrosamente las aguas, quedaron sumergidos en ellas y muertos todos? ¿Qué diré de los milagros que caminando por el desierto los israelitas hizo Dios en tanto número y tan estupendos, como de las aguas, que no pudiendo ser bebidas por su amargura, echando en ellas un leño, como el Señor lo había mandado, perdieron su amargura y hartaron a los sedientos; cómo asimismo, teniendo hambre, les llovió maná del Cielo; cómo habiendo puesto tasa a los que lo cogían, a los que se excedieron de ella se les corrompió y llenó de gusanos, y cómo aunque lo cogieron en doblada cantidad el día antes del sábado (porque el día del sábado no era lícito cogerlo) no se les corrompió; cómo deseando comer carne, que parece no había de bastar ninguna para pueblo tan numeroso, se llenó todo el campo de los hebreos de volatería, y se apagó el ardor de su apetito con el fastidio de la hartura; cómo saliéndoles los enemigos al encuentro pretendiendo prohibirles el paso, y peleando con ellos, con orar Moisés y extender sus brazos en figura de cruz, sin morir ni uno de los hebreos fueron rotos y vencidos los contrarios; cómo a los sediciosos que se habían amotinado en el pueblo de Dios, separándose de la sociedad que Dios había ordenado, para ejemplo visible de las penas, invisibles, abriéndose la tierra, se los tragó vivos; cómo hiriendo una piedra con una vara derramó para tanta multitud abundantísimas aguas; cómo habiéndoles Dios enviado por, justo castigo de sus pecados serpientes que apenas les mordían morían, levantando un leño con una serpiente de metal y mirándola quedaron sanos, así para con esta figura socorrer al pueblo afligido como para figurar con la semejanza de una muerte casi crucificada la muerte que destruyó Cristo con la suya; la cual serpiente, habiéndose guardado en memoria de este beneficio, y comenzando después el pueblo ignorante a adorarla como ídolo, el rey Ezequías, sirviendo a Dios como príncipe religioso, la hizo pedazos, con grande gloria de su celo y religión?

CAPITULO IX

De las artes ilícitas que se usan en el culto de los demonios, de las cuales, disputando el platónico Porfirio, parece que aprueba, a veces, algunas, y que de otras duda y casi las reprueba Estas y otras maravillas semejantes, que sería demasiado prolijidad referir, se hacían para establecer el culto del verdadero Dios y prohibir el de los dioses falsos, las cuales se ejecutaban con una fe sencilla y confianza en Dios, no con encantamientos ni fórmulas verbales, compuestas conforme al arte de su nefaria curiosidad, a, la que o llaman mágica, o con otro nombre más abominable goecia, o con otro más honroso theurgia. Los que pretenden distinguir estas ridiculeces, quieren dar a entender que de los que se entregan al estudio de las artes ilícitas, unos son reprensibles, cuales son los que el vulgo llama maléficos o hechiceros, porque éstos dicen que pertenecen a la goecia, y otros, más loables, a quienes atribuyen la theurgia, siendo indubitable que unos y otros están sujetos y dedicados a los falsos y engañosos ritos de los demonios, bajo los nombres de ángeles.

Porfirio, aunque con poco gusto, en un discurso lleno de algún modo de rubor y empacho, promete cierta purificación del alma por medio de la theurgia; sin embargo, niega que con tal arte pueda alguno conseguir el volver a Dios, de modo que puede advertirse fácilmente cómo anda fluctuando y dudoso con pareceres varios entre el vicio de tan sacrílega curiosidad y entre la profesión de la Filosofía. Porque ya avisa que se guarden los hombres de la profesión de este arte, como falaz y engañosa, la cual se practica no sin notorio riesgo y peligro, y está prohibida severamente por las leyes; ya advierte, rindiéndose a los que la aprueban y elogian, que es útil para purificar una parte del alma, sino la intelectual con que percibimos la verdad de las cosas inteligibles, que no tienen semejanza alguna con los cuerpos, a lo menos la espiritual con que recibimos las imágenes y representaciones vivas de las cosas corporales. Esta dice que por ciertas consagraciones theúrgicas, que llaman teletas, se hace capaz y se dispone para recibir espíritus y ángeles para ver los dioses. Aunque de tales consagraciones confiesa que no se le introduce sombra alguna de purificación al alma intelectual que la haga idónea para ver a su Dios y entender las cosas que son verdaderas. De cuya doctrina puede inferirse qué tal sea la visión que resulta de las theúrgicas consagraciones, y a qué clase de dioses se ofrecen, pues en ella no se ven las cosas que verdaderamente son. Finalmente, dice que el alma racional, o como le agrada llamarla, el alma intelectual, puede elevarse al conocimiento de las cosas celestiales, aunque la parte que en ella es espiritual no esté purificada con arte alguna theúrgica; y asimismo que la espiritual se purga por el theurgo tan escasamente, que no puede arribar a la inmortalidad y eternidad.

Así que, no obstante de que distinga los ángeles de los demonios, diciendo que el lugar que ocupan los demonios es el aire; el lugar etéreo o empíreo el que corresponde a los ángeles, y aconseje que debe usarse de la amistad de algún demonio para que llevándonos él a sus moradas respectivas pueda cada uno elevarse algún tanto de la tierra después de muerto, y diga que hay otro camino para llegar a gozar de la inefable compañía de los ángeles; sin embargo, afirma expresamente que debe cualquiera cautelarse y huir de la sociedad de los demonios cuando asegura que las almas, después de la muerte; satisfaciendo sus culpas, abominan con horror el culto de los demonios, que en vida los acostumbraban engañar.

Con todo, no pudo negar que la misma theurgia, la cual elogia y recomienda como conciliadora de los ángeles y de los dioses, negocia con tales potestades, que o nos envidian

la purgación de las almas, o se rinden y sujetan a las falaces artes de otros envidiosos, refiriendo latamente la queja de cierto caldeo alusiva a este punto. “Quéjase, dice, un buen hombre en Caldea de que se le frustraron las penosas tareas que había sufrido para purificar su alma, habiéndoselas atajado otro, que era poderoso en lo mismo, sólo por envidia, conjurando y ligando las potestades con sus sagradas oraciones para que no le concediesen su petición; luego el uno ligó, dice, y el otro no desligó.” Con lo cual, añade, se da a entender que la theurgia sirve para hacer bien como para hacer mal, y que así los dioses como los hombres están sujetos también a la disciplina y padecen las perturbaciones y pasiones que Apuleyo Comúnmente atribuye a los demonios y a los hombres, aunque distingue, a los dioses de los hombres por la elevación del lugar etéreo y confirma en esta distinción la sentencia de Platón.

CAPITULO X

De la theurgia, que con la invocación de los demonios promete a las almas una falsa purificación Y ved aquí cómo Porfirio, platónico en la secta, dicen que es más docto que el primero por su estudio en el arte theúrgico, el cual pinta a los mismos dioses sujetos y rendidos a pasiones y perturbaciones, puesto que sus conjuros les pudieron aterrar para que no verificasen la purgación del alma, y pudo espantarlos seguramente el que les mandaba ejecutasen lo que era malo, cuando el otro, que les pedía lo que era bueno, por el mismo arte no pudo librarles del miedo para que le hicieran bien. ¿Y quién no advierte que todo esto es invención de los engañosos demonios, a no ser que sea un miserable esclavo suyo y esté privado de la gracia del verdadero libertador? Pues si esto se tratara con los dioses buenos, sin duda que más pudiera con ellos la buena intención del que pretende, purificar el alma que la mala del que lo, pretende impedir. Y si a los dioses virtuosos les pareció indigna de la purificación la persona para quien se pedía, no se negaron por terrores que les impuso el envidioso, y cómo él dice, impedidos del miedo que pudiese causarles otra deidad más poderosa, sino libremente.

Es digno de admiración que aquel benigno caldeo, que deseaba purificar el alma con las consagraciones theúrgicas, no hallase algún otro dios superior que, o les infundiese mayor temor y obligase a los aterrados dioses a hacer bien, o que refrenase a los que les causaban miedo, para que libremente y sin obstáculo hiciesen bien; pero le faltaron sus oraciones y conjuros al buen theurgo para poder purificar primeramente del contagio del temor a los mismos dioses que invocaba con el ánimo de purgar su alma. Y si no, díganme: ¿qué causa hay para que pueda tener a mano y como a su disposición un Dios más poderoso con el objeto de excitarles terror, y no pueda tenerle para que los libre del miedo? ¿Acaso se halla un dios que oiga al envidioso y ponga miedo a los dioses para que no hagan bien, y no se encuentra otro dios que oiga benignamente al bueno, y quite el terror a los dioses para que puedan hacer bien? ¡Oh famosa theurgia, oh graciosa purificación del alma, donde vale más lo que puede y prescribe la inmundicia de la envidia que la pureza de la obra buena, o, por mejor decir, donde es más poderosa la perversa y abominable falacia de los malignos espíritus que la buena y saludable doctrina! Porque, cuando éste refiere de los que ejecuten estas sucias e inmundas purificaciones con tan sacrílegos ritos que notan, como con espíritu terso, y limpio, unas hermosísimas imágenes, o de ángeles o de dioses (Si es que ven algún objeto) es lo mismo que dice el Apóstol: “Que Satanás se suele trans- figurar como en ángel

de luz.” Suyas son aquellas ilusiones y fantasmas con que procura enredar las miserables almas en la religión falsa de muchos y falsos dioses y apartarlos del culto del verdadero Dios, con cuyo favor, y por quien solamente se purifican y sanan de las envejecidas enfermedades del alma, lo cual se dice de Proteo cuando el poeta cuenta que no deja forma ni figura que no tome, persiguiendo unas veces como enemigos; otras, ayudando engañosamente, y ofendiéndolas de to- dos modos con lo uno y con lo otro.

CAPITULO XI

De la carta que escribió Porfirio al egipcio Anebunte, en que le pide le enseñe la diversidad de los demonios Con más cordura procedió Porfirio cuando escribió al egipcio Anebunte, en cuyo escrito, como si pidiera parecer, no sólo descubre, sino que destruye estas sacrílegas artes. Allí reprueba generalmente, a todos los demonios, de quienes dice que por su imprudencia atraen los vapores húmedos, y que por eso no residen en la parte etérea, sino en la aérea, debajo de la luna, y en el mismo globo de este planeta; pero no se atreve a atribuir absolutamente a los demonios todos los engaños, malicias e imperfecciones que con razón le ofenden; pues algunos de ellos, siguiendo el sentir de otros escritores, los llama demonios benignos, confesando no obstante que, generalmente, todos son imprudentes.

Admirase de ver que a los dioses no sólo los sacien y conviden con víctimas, sino que, también los compelan y obliguen a ejecutar lo que los nombres quieren; y si los dioses se distinguen y diferencian de los demonios en lo corpóreo e incorpóreo, ¿cómo ha de presumirse que son dioses el sol y la luna y las demás cosas visibles del cielo, las cuales es indudable que son cuerpos? Y si son dioses, ¿cómo aseguran que unos son benéficos y otros malignos, y cómo siendo corpóreos se unen con los incorpóreos? Pregunta igualmente, como el que duda, si los que adivinan y practican algunas acciones admirables participan de almas más poderosas, o si externamente les acuden y auxilian algunos espíritus, por cuyo medio practican semejantes maravillas. Y sospecha que esta potestad les viene de fuera, pues por medio de piedras y hierbas se ve que no sólo ligan a algunos, sino que abren también puertas cerradas, o hacen algunas maravillas semejantes.

Por lo cual dice que otros son de opinión que hay cierto género de demonios a quienes es connatural y propio el oír y acudir a los que les piden y que son naturalmente cautelosos, mudables en todas formas y con- figuraciones, fingiendo dioses y demonios, y almas de difuntos, y que éstos son los que ejecutan todos estos portentos, que parece que son buenos o malos; pero en los que son realmente buenos no ayudan ni sirven de nada, y ni siquiera los conocen, sino que enredan, acusan e impiden algunas veces a los que de veras siguen la virtud; que son temerarios y soberbios, llenos de arrogancia y fausto, que gustan de los perfumes de los sacrificios, se pagan de lisonjas y todo cuanto dice sobre este género de espíritus cautelosos y malignos que de fuera acuden al alma, y embelecan y engañan los sentidos humanos, dormidos o despiertos, lo afirma, no como un principio inconcuso que le tiene persuadido suficientemente o creído, sino que lo sospecha o duda con tanta ambigüedad y fútiles fundamentos, que asegura que otros son de esta opinión.

En efecto: fue empresa muy ardua para un filósofo tan ingenioso el llegar a conocer o argüir atrevidamente y condenar toda la diabólica chusma, a la cual cualquiera vejezuela cristiana fácilmente conoce, y con singular libertad escupe y abomina, si no es que acaso este filósofo tema ofender a Anebunte, a quien escribe como a una insigne cabeza y pontífice de semejante religión, y a otros aficionados que admiran estas cosas como divinas y pertenecientes al culto y religión de los dioses. Sin embargo, prosigue como preguntando cosas que, consideradas con atención y cordura, no pueden atribuirse sino a potestades y espíritus malignos y engañosos.

Pregunta, pues, por qué invocándolos como buenos los mandan como si fueran malos que ejecuten y practiquen los injustos mandamientos de los hombres; por qué no prestan oídos a los que los invoca y pide algún favor, sí el suplicante hubiere incidido en pecados deshonestos, conduciéndolos, al mismo tiempo tan fácilmente a cualesquiera torpezas y actos venéreos; por qué advierten a sus sacerdotes que les conviene abstenerse de comer ciertos animales, sin duda con el objeto de que no se coinquinen y profanen con los vapores o hálitos de los cuerpos, y por otra parte gustan y dejan captarse de otros vapores más perniciosos, y de la oblación de holocaustos, víctimas y sacrificios, prohibiendo a sus sacerdotes que no toquen los cuerpos muertos, siendo innegable que la mayor parte de sacrificios que se le ofrece constan de cuerpos muertos. ¿De dónde proviene que un hombre sujeto a toda suerte de vicios conmine con terribles amenazas, no al demonio o al alma de algún difunto, sino a los primeros luminares del mundo, sol y luna, o a cualquiera de las deidades celestiales, aterrándolos con ficciones para sacarles la verdad? ¿Por qué los intimida, declarando que hará pedazos el cielo y otros cuerpos poderosos semejantes, cuya ejecución es imposible al hombre, con el ánimo de que, los dioses, como, niños tiernos, inocentes e ignorantes, atemorizados con las ridículas y falsas conminaciones, practiquen exactamente sus mandatos? Y da la razón diciendo por qué Queremon, hombre muy instruido y versado en semejantes asuntos sagrados, escribe que las maravillas que se celebran entre los egipcios por tradición y fama común, así de Isis como de Osiris, su marido, tienen particular fuerza y virtud para obligar a los dioses a que ejecuten cuanto se les ordene, siempre que el que los conjura con sus vanas fórmulas, encantaciones y sortilegios les amenaza que las divulgará o las destruirá de raíz, y todas las veces que con expresiones fuertes les asegura que disipará y aniquilará los miembros de Osiris si no hicieren todo cuanto les prescribe.

De que el hombre amenace con semejantes desatinos a los dioses, no como quiera a los de la clase inferior, sino a los mismos que denominan celestiales y brillan con luz y resplandor refulgente y de que esta conminación no quede sin efecto, antes, por el contrario, que, forzándolos violentamente los obligasen a hacer con tales medios cuanto deseaban, se admira con razón Porfirio; o, por mejor decir, bajo el pretexto de admiración, y como preguntando la causa que motivaba tan extraño suceso, da a entender que obran estas maravillas los mismos espíritus, de quienes dijo ya, según el sentir de otros filósofos, que eran seductores, engañosos y cautelosos, no como él dice naturalmente, sino por su culpa y malicia, quienes se fingen dioses y almas de difuntos, y no fingen ser demonios, sino que realmente lo son y lo que él opina, que los hombres con hierbas, piedras y animales por medio de ciertos sonidos, voces, figuras, ademanes y ficciones, y con ciertas observaciones sobre la conversión y movimiento de las estrellas, fabrican en la tierra ciertos entes singulares para causar y hacer diferentes efectos; todo esto es obra de los mismos

demonios, seductores de los hombres, que tienen subyugados y sujetos a su dominio, gustando y complaciéndose en la ignorancia y errores de los mortales.

Así que, o dudando efectivamente Porfirio, o indagando y preguntando acerca de la causa de estos portentos, refiere extrañas particularidades con que se convencen y arguyen de falsos, demostrando de paso que no pertenecen a las potestades que nos auxilian en la grande obra de conseguir la vida eterna, sino a los demonios cautos y engañosos, que los forman para tenernos más embaucados y alucinados; o porque opinemos y sintamos con más benignidad de un filósofo tan instruido, por tratar con un sabio egipcio aficionado a tales errores, y que presumía o se lisonjeaba de saber los secretos más singulares y las causas más abstractas y recónditas, pretendió ciertamente no ofenderle con la autoridad de doctor y maestro arrogante y presuntuoso, ni turbarle contradiciendo públicamente su opinión, antes con figurada humildad de persona que aparenta desear saber, al preguntarle sobre toda especie de materias, quiso traerle a la consideración de aquellas maravillas y manifestarle de cuán poco momento son y cuánto debe huirse de ellas. Finalmente, casi al fin de la carta le pide que le demuestre y enseñe el camino recto para alcanzar la bienaventuranza, según la doctrina de los sabios de Egipto.

Por lo demás, aquellos que tuviesen trato familiar con los dioses, de modo que por sólo hallar un fugitivo o conseguir la posesión de una heredad, o un honrado casamiento, o por sus negociaciones y otros intereses semejantes inquietarían al divino espíritu, es de parecer que los tales no se aplicaron al estudio de la sabiduría, y que los mismos dioses con quienes tenían amistosa correspondencia aunque en otros puntos les dijesen la verdad, sin embargo, porque nada les advertían sobre la bienaventuranza que les fue útil y a propósito, no eran dio- ses, ni benignos demonios, sino del número de aquellos de quienes dijimos que eran falaces y engañosos, o más ciertamente todo una quimera o ficción humana.

CAPITULO XII

De los milagros que obra el verdadero Dios por ministerio de los santos ángeles Pero porque con estas artes se obran y ejecutan tales y tan raras operaciones que exceden realmente las facultades y fuerzas humanas, ¿qué resta ya sino que todo cuanto observamos que maravillosamente vaticinan y obran como si estuvieran iluminados del espíritu divino, y, no obstante, no se refiere al culto de un solo Dios verdadero, cuya perfecta unión absolutamente (aun según el sentir de los platónicos en diversos lugares) es solamente el único bien que nos hace bienaventurados; ¿qué resta, digo, sino que, considerados atentamente todos aquellos raros portentos, entendamos que son embelecos y engaños con que nos alucinan y divierten los espíritus infernales, cuyo funesto mal debemos evitar, procurando guardarnos de sus cautelas con el amparo y protección de la religión verdadera? Todos los milagros que se hacen por disposición divina, ya sea interviniendo el ministerio de los ángeles, ya sea por otro medio, pero dirigidos siempre a recomendarnos el culto y religión de un solo Dios, en quien consiste solamente la posesión de la bienaventuranza, debemos creer que los hacen realmente aquellos espíritus justos, o por medio de los que nos aman según la verdad y piedad, obrando el mismo Dios en ellos. Porque no debemos prestar nuestra atención a los que niegan que Dios, siendo invisible, no hace milagros

visibles, pues según ellos crió el mundo, del cual no pueden a lo menos negar que es visible.

Cualquier maravilla que sucede en este mundo, sin duda que es de menos entidad que la creación y conservación del mundo, y de cuanto contiene en su dilatada extensión, esto es, es menos que el cielo y la tierra y todo lo que en ellos se contiene, todo lo cual efectivamente lo crió Dios. De que se infiere que así como el que lo hizo es oculto e incomprensible al hombre, así también lo es el modo qué observó para la ejecución de tan grande obra. Así que, aún cuando las maravillas de este mundo visible las tengamos en poco por verlas tan de ordinario y con tanta frecuencia, sin embargo, cuando meditamos en ellas con prudencia y dirección, se nos representan mayores que las más inusitadas y raras; pues la formación del mismo hombre, dotado de tantas y tan estimables perfecciones, es mayor milagro que cualquiera otro que se efectúa por medio del hombre.

Por lo cual Dios, que hizo visibles el cielo y la tierra, no se desdeña de hacer milagros visibles en el cielo y en la tierra, para excitar al alma entregada aún a la contemplación y afición de los objetos visibles, a que tribute culto y adoración a El, que es invisible. El descifrar el lugar y tiempo donde y en el que Dios ha de obrar portentos es un arcano incomprensible y negocio ya determinado sabiamente en su divino consejo, sin que pueda alterarse en lo más, mínimo; como que en sus previos e indefectibles decretos y providencia están ya presentes todos los tiempos que han de venir. Pues este gran Dios, sin moverse temporalmente, mueve todas las cosas temporales, y de una misma manera conoce lo que está por hacer que lo hecho, y de un mismo modo oye a los que le invocan que ve y observa a los que le han de invocar y llamar en sus aflicciones. Pues, aun cuando sus ángeles nos oyen, él nos oye en ellos como en su templo verdadero, y no formado por mano inferior; así como en todos sus santos, y lo que prescribe se ejecute temporalmente, corre ya conforme, a las justas ordenaciones de su santa ley eterna.

CAPITULO XIII

Cómo siendo Dios invisible se dejó ver muchas veces, no según lo que es, sino según lo que podían comprender los que lo veían No nos debe extrañar que siendo invisible se diga que en repetidas ocasiones se apareció visiblemente a los santos padres de la antigua ley, porque de la misma manera que con el sonido o eco de la voz se oye y percibe la sentencia y concepto que está en el oculto seno del entendimiento, así también la forma o figura con que dejó verse Dios (la cual consiste en una naturaleza visible), no era realmente lo que, es el mismo Señor. Sin embargo, el Omnipotente era el que se dejaba ver en aquella forma corporal, así como la misma sentencia o concepto es lo que se oye por el sonido y eco de la voz; no ignoraban los padres que veían a Dios (que es ciertamente invisible) en forma o especie corporal, lo cual no era en realidad de verdad, porque también hablaba con Moisés cuando conferenciaba con el Señor, y, no obstante, le decía: “Si he hallado gracia delante de ti, déjame que te vea para que te conozca.”

Así que, conviniendo, según los inescrutables decretos del Altísimo, que la ley de Dios se diese y publicase no a una persona sola, o ciertos hombres sabios, sino a toda una nación y pueblo inmenso; en presencia de todo ese pueblo se vieron obrar estupendas maravillas en

el mundo donde se daba la ley por uno solo, estando presente toda aquella innumerable multitud a los pavorosos y tremendos estruendos que se oían. Porque el pueblo de Israel no creyó a Moisés, como creyeren los lacedemonios al legislador Licurgo cuando les dijo que había recibido de Júpiter o de Apolo las leyes que él había formado para sí solo, porque cuando se dio la ley al pueblo a quien se mandaba reverenciase y adorase a un solo Dios, a vista del mismo pueblo apareció en cuanto fue necesario la Majestad y Providencia divina con maravillosas señales y movimientos, para promulgar la misma ley que nos enseña cómo ha de servir la criatura a su Criador.

CAPITULO XlV

Cómo debe adorarse un solo Dios, no sólo por los bienes eternos, sino también por los temporales, todos los cuales consisten en la potestad de su providencia Del mismo modo que van fomentándose y aprovechando las buenas y Saludables instrucciones de un hombre virtuoso, así las del linaje humano, en lo referente al pueblo de Dios, fueron creciendo por determinados períodos, como quien crece progresivamente según el estado de su edad, para, que viniera a elevarse de la contemplación de las cosas temporales a las de las eternas, y de las visibles a las invisibles; de modo, que, aun cuando Dios nos prometía premios visibles, no obstante, nos iba recomendado la veneración y adoración de un solo Dios, para que el espíritu humano, por los bienes terrenos y caducos de esta vida transitoria, no se sujetase a otro que al verdadero Criador y Señor absoluto de las almas.

Porque cualquiera que niega que todo cuanto pueden dar a los hombres, o los ángeles, o los hombres, no está en la omnipotencia y sumo poder de un Dios todopoderoso, éste, sin duda, desatina o está demente. A lo menos Plotino, filósofo platónico, tratando de la Providencia divina, prueba, por la hermosura de las hojas y de las flores, que la Providencia llega a abrazar y comprender todo cuanto hay; desde el mismo Dios, cuya hermosura es incomprensible e inefable, hasta estas cosas terrenas y humildes, de todas las cuales, como despreciables que pasan velozmente y en un momento perecen, afirma que no pueden tener los correspondientes números y perfecciones de sus formas, si no les sobreviene la forma de aquella verdadera forma incomprensible e inconmutable que comprende en sí todas las perfecciones. Lo mismo enseña Jesucristo Señor nuestro por estas palabras: “Considerad las flores del campo cómo crecen sin trabajar ni hilar, y, no obstante, os digo que ni aun Salomón en el colmo de su gloria y prosperidad, se vistió como una de éstas.

Pues si a la hierba del campo que hoy nace y mañana se echa al fuego la viste Dios así, ¿cuánto más a vosotros, gente de poca fe?” Así que para el alma del hombre, sujeta a los deseos y propensiones de la tierra, los mismos bienes caducos e inestables que temporalmente desea y necesita en esta vida transitoria son de poco momento en comparación con los bienes eternos de la vida futura; sin embargo, no los acostumbra pedir ni esperar sino de la mano de un solo Dios, a fin de que ni aun con el deseo de éstos se aparte del culto y veneración de Aquel cuya posesión y visión beatífica ha de conseguir por el desprecio y aversión de semejantes bienes terrenos.

CAPITULO XV

Del ministerio con que los santos ángeles sirven a la divina Providencia De tal modo quiso la divina Providencia trazar y ordenar el curso de los tiempos, que, según dije y se lee en los Hechos Apostólicos: “Fue su voluntad que la ley sobre el culto y religión de un verdadero Dios se diese por medio de los edictos de los ángeles”, y que en ellos se mostrase visiblemente la persona del mismo Dios, aunque no en realidad, porque siempre permanece invisible a los ojos corruptibles, sino que por ciertos indicios apareciese visiblemente por medio de la criatura sujeta a su Criador, y que hablase con voces articuladas de lengua humana, gastando en las sílabas sus pausas y detenciones de tiempo, el cual, en su naturaleza, no corporal, sino espiritual; no sensible, sino inteligible; no temporal, sino eterna, ni comienza ni deja de hablar, lo cual, estando cerca de El, oyen más sinceramente, no con el oído del cuerpo, sino con el del espíritu, sus ministros y mensajeros que gozan y participan de su inmutable verdad, siendo bienaventurados e inmortales, y lo que oyen con expresiones inefables sobre lo que deben ejecutar y comunicar a los seres visibles, sensibles y terrenos, lo hacen sin réplica ni dificultad alguna.

Esta ley se dio conforme a la distribución ordenada de los tiempos, la cual tuvo primeramente, como queda dicho, promesas terrenas significativas de las eternas, las cuales celebraron muchos con sacramentos visibles y las entendieron muy pocos. Con todo, en ella con manifiesta contextación y analogía, así dos veces como de expresos mandatos, se manda y establece el culto y veneración de un solo Dios, no de alguno de los que componen la turba de los falsos, sino de Aquel que hizo el cielo y la tierra, y todas las almas y todo espíritu que no es el mismo Dios; porque éste es el que crió y, formó, y ellos son sus hechuras, y para que tengan ser y se conserven, tienen necesidad de valerse en todo del que los hizo.

CAPITULO XVI

Si en la materia de poder alcanzar y merecer la bienaventuranza se debe creer en los ángeles, que piden ser reverenciados con el honor y culto que se debe a Dios, o a aquellos que mandan sirvamos santa y religiosamente, no a ellos, sino a Dios ¿A qué ángeles debemos dar asenso sobre la cuestión de la vida bienaventurada y sempiterna, a los que intentan que los reverenciemos con ritos y ceremonias religiosas, pidiéndonos que los adoremos y ofrezcamos sacrificios, o a los que dicen que toda esta reverencia y culto se debe solamente a un Dios Todopoderoso, Criador de todas las cosas, a quien prescriben que rindamos todo este honor y culto con verdadera piedad; con cuya amable vista y contemplación son también bienaventurados, prometiéndonos que lo seremos también nosotros? Porque la vista de Dios es tan hermosa y digna de un amor tan singular, que sin ella, aunque tenga uno abundancia de otros cualesquiera bienes, no duda Plotino decir que es infelicísimo.

Siendo, pues, cierto que unos ángeles nos mueven e incitan con señales admirables a que adoremos con reverencia y culto de latría a solo Dios, y otros a que se les adore a ellos, es digno de notarse que aquellos nos prohíben el adorar a éstos, y éstos no se atreven a prohibir que sea venerado aquél. De éstos ¿a quiénes debemos dar más crédito? Respóndannos los platónicos, respóndannos cualesquiera filósofos, respóndannos los theurgos, o, por mejor decir los periurgos, por cuanto son acreedores a que se les dé este nombre, por tales artes y estudios; finalmente, respóndannos los hombres, si es que de algún modo vive en ellos algún sentido natural, con el cual les hizo Dios racionales; respóndannos, digo, si se debe ofrecer sacrificios a los dioses o ángeles, que mandan expresamente que se les sacrifique a ellos solos, o solamente a aquel Señor a quien prescriben se haga así los que prohíben que se les ofrezcan víctimas y sacrificios a ellos mismos y a los otros, aunque ni éstos ni aquellos hicieran milagros, sino únicamente mandaran los unos que se les sacrificase a ellos, y los otros ordenaran que solamente se ofreciesen sacrificios a un solo Dios verdadero, debían muy bien advertir con piedad y religión cuál de éstos procedía con fausto y soberbia, y cuál con verdadera religión.

Digo más, aun cuando sólo los que quieren se les sacrifique pudieran mover a los hombres con obras maravillosas, y los que los prohíben y prescriben que se sacrifique a un solo Dios verdadero, no quisiesen practicar estas maravillas y milagros visibles, seguramente debíamos anteponer su autoridad, siguiendo, no el sentido del cuerpo, sino la luz de la razón. Pero habiendo Dios, para recomendarnos la verdad de su palabra, procedido de manera que por estos sus mensajeros y ministros inmortales que predican y celebran no su fausto y soberbia, sino la Majestad Divina, ha hecho milagros mayores, más ciertos y más evidentes, para que los que desean para sí los sacrificios no persuadiesen fácilmente a los flacos, el conocimiento de Dios, probando la falsa religión a sus sentidos con algunos prodigios estupendos; ¿quién habrá tan ignorante que no elija los verdaderos para seguirlos, puesto que halla en ellos mucho más de que poder admirarse? Puesto que los milagros que obran los dioses de los gentiles, de que se hace mención en sus historias (y no hablo de los que en el decurso de los tiempos suceden por ocultas y secretas causas naturales, aunque ciertas y subordinadas a la divina Providencia), como son los inusitados partos de los animales, las apariencias extraordinarias en el cielo y en la tierra, ya sean las que causan espanto y terror, ya las que hacen notables daños y estragos, las cuales dicen que se aplacan y mitigan con ritos diabólicos por la engañosa astucia de los espíritus infernales, sino de los milagros, que con toda evidencia se hacen por la virtud y potestad divina, como es lo que refieren de las imágenes o simulacros de los dioses Penates, que condujo Eneas cuando vino huido de Troya que se mudaron de un lugar a otro; que Tarquino cortó con una navaja una piedra; que la serpiente de Epidauro acompañó la estatua de Esculapio, habiéndola embarcado en su nave para traerla a Roma; que la nave en que iba la estatua de la madre Frigia, no pudiéndola mover todos los esfuerzos de muchos hombres y bueyes, la movió y trajo a la ribera sólo una tierna doncella, atándola su faja para testimonio de su castidad; que la virgen Vestal, sobre cuya honestidad se hacia inquisición, satisfizo a la duda llenando en el Tíber de agua un harnero sin que se le vertiese una gota; estos portentos y otros semejantes de ningún modo deben compararse en virtud y grandeza a los que leemos sucedieron en el pueblo de Dios, cuanto menos los que por las leyes aun de las naciones que adoraron y reverenciaron a, los falsos dioses fueron prohibidos y severamente castigados, es a saber, los mágicos y theúrgicos, que los más de ellos sólo en la apariencia embelesan y engañan los humanos sentidos, como es el hacer bajar la luna, como dice

Lucano, “hasta que llegue de cerca a arrojar su veneno en las hierbas que tiene para este efecto preparadas el encantador”. Y aunque algunos milagros o singulares habilidades suyas, en la grandeza de las obras parece que se igualan con algunos que hacen las personas piadosas y religiosas, con todo, el mismo fin con que se hacen manifiesta qué son, sin comparación, mucho más excelentes los nuestros. Porque con aquellos portentos se pretende recomendar el culto de muchos dioses, a los cuales tanto menos debemos sacrificar cuanto más lo desean, y con éstos se nos encarga el culto de un solo Dios verdadero, quien claramente nos demuestra que no tiene necesidad de semejantes sacrificios así con el testimonio de sus sagradas letras como con haber abrogado el mismo Señor, al tiempo de predicar y promulgar la ley Evangélica, todos los sacrificios y ritos de la Mosaica. Luego si algunos ángeles desean para sí los sacrificios, deben ser pospuestos a los que los desean no para sí, sino para Dios, Criador de todas las cosas, a quien sirven fielmente. Porque con este modo de obrar nos manifiestan el amor sincero que nos profesan, puesto que con el sacrificio intentan sujetarnos, no a sí mismos, sino a aquel gran Dios con cuya vista son bienaventurados y eternamente felices.

Pretenden asimismo que nos acerquemos a conseguir aquel sumo bien, de cuyo amor y obediencia jamás se apartaron, y si los ángeles que quieren se ofrezcan sacrificios no a uno, sino a muchos, quieren se sacrifique no a sí, sino a muchos dioses, cuyos ángeles son ellos mismos, aun así deben ser pospuestos a aquellos que son ángeles de un solo, Dios verdadero, Dios de todos los dioses, a quien ordenan se tribute adoración y sacrificios, de manera que prohíben expresamente el sacrificar a otro alguno, y ninguno de ellos veda el sacrificar a este gran Dios, a quien mandan éstos que se ofrezcan sacrificios. Y si lo que, más da a entender y demuestra sus altivos y arrogantes engaños, ni son buenos, ni ángeles de dioses buenos, sino demonios malos que intentan que sacrifiquemos no a un solo y sumo Dios, sino a ellos mismos, ¿qué mayor favor y amparo debemos procurar contra ellos que el de un solo Dios a quien sirven los ángeles buenos, los cuales ordenan que sirvamos con el sacrificio no a ellos, sino a Aquel cuyo sacrificio debemos ser nosotros mismos?

CAPITULO XVII

De la Arca del Testamento y de los milagros que obró Dios para recomendarnos la autoridad de su ley y promesas Por este motivo la ley de Dios, que se promulgó por ministerio de los ángeles, en la que se mandó reverenciar y adorar con religión divina a un solo Dios de los dioses, prohibiendo severamente la adoración de todos los demás dioses, estaba colocada en el arca que se llamó Arca del Testimonio. Con este nombre se da a entender bastantemente que Dios (a quien adoraban por medio de todos aquellos ritos y figuras) no solía incluirse y encerrarse en lugar alguno cuando desde la misma Arca daba a sus oráculos respuestas y señales visibles, sino que de allí salían los testimonios de su voluntad divina, puesto que la ley que estaba escrita en tablas de piedra estaba allí, como dije, en el Arca, la cual todo el tiempo que peregrinaron por el desierto, llevando consigo el Tabernáculo, que asimismo se llama Tabernáculo del Testimonio, la conducían los sacerdotes con la debida reverencia y veneración.

Servíales también de señal el que de día se les aparecía una nube, la cual de noche resplandecía como fuego, y cuando se movía la nube, se movía todo el campo real, y donde

paraba allí sentaban los reales. Dio Dios al tiempo de la promulgación de su ley santa otros testimonios confirmados con grandes y estupendos milagros, fuera de los que he referido, y además de las respuestas que daba desde el sagrado lugar del Arca. Pues cuando entraron en la tierra de promisión, pasando con la misma Arca por el Jordán, suspendiendo el río el curso de sus aguas por la parte de arriba y corriendo por la de abajo, abrió lugar capaz y enjuto para pasar en seco el Arca y el pueblo. Después, dando siete vueltas con el Arca a la primera ciudad enemiga que encontraron, cuyos ciudadanos, como gentiles, adoraban muchos dioses, repentinamente cayeron al suelo sus fuertes muros, sin combatirlos ni batirlos con máquinas ni otras invenciones guerreras.

En seguida, estando ya en posesión de la tierra de promisión, y por sus enormes pecados, el Arca cayó en poder de sus enemigos, quienes la cautivaron y colocaron con grande honor y reverencia en el templo de su dios tutelar, a quien entre todos veneraban más, y dejándola así cerraron el templo, y abriéndole al día siguiente, hallaron al ídolo que adoraban caído en el suelo y todo quebrado. Conmovidos los idólatras con tan estupendo prodigio, y viéndose vergonzosamente castigados, volvieron el Arca del Testamento al pueblo a quien se la habían tomado; ¿pero de qué modo se hizo la restitución? Pusiéronla sobre un carro y uncieron en él dos vacas recién paridas, quitándolas de la ubre sus becerrillos, y de esta manera las dejaron ir libremente donde quisiesen, intentando por este medio experimentar y probar la eficacia de la potestad divina; pero las vacas, sin tener persona que las guiase ni gobernase, caminando directamente hacia el país de los hebreos, sin hacerlas volver atrás los bramidos de sus hambrientos hijos, pusieron en manos de los que reverenciaban a Dios aquel grande Sacramento de la ley antigua. Estos y otros prodigios semejantes son pequeños respecto del gran poder de Dios, pero son al mismo tiempo grandes para causar temor saludable, enseñar e instruir a los mortales, porque si los filósofos, especialmente los platónicos, son elogiados por cuanto opinaron mejor que los demás, como ya llevo referido, y enseñaron que la divina Providencia administraba y gobernaba igualmente estos objetos ínfimos y terrenos, fundados en el irrefragable testimonio de la numerosa, varia y hermosa procreación de seres que hace, nacer, no sólo entre los cuerpos de los animales, sino también en las flores y las hierbas del campo, ¿con cuánta más claridad y evidencia presenta un testimonio claro de su divinidad lo que acaece en su admirable predicación, donde se recomienda y enseña la religión que prohibe el sacrificar a criatura alguna de las del Cielo, tierra e infierno, mandando que solamente ofrezcamos sacrificios a un solo Dios verdadero, el cual solo, amante y amado, hace bienaventurados? Y definiendo exactamente los tiempos en que había ordenado se hiciesen los antiguos sacrificios, y prometiendo que por medio de otro mejor sacerdote los había de mudar en estado más sublime, nos demuestra y da infalible testimonio de que no los apetece ni quiere, sino que por ellos nos quiere significar otros mejores, no porque El se ensalce o engrandezca con estas honras, sino para que nosotros, encendidos con el fuego de su divino amor, nos alentemos y excitemos a reverenciarle y procuremos unirnos espiritualmente con este Señor, cuya utilidad redunda en nuestro bien, no en el suyo.

CAPITULO XVIII

Contra los que niegan que debe darse. crédito a los libros eclesiásticos sobre los milagros que se hicieron para establecer o instruir el pueblo de Dios ¿Dirá alguno que estos milagros

son falsos y que nunca sucedieron, sino que mintieron los que los escribieron? Todo el que así se explica, si niega que en este particular no debemos creer absolutamente a criatura alguna, podrá decir también que tampoco hay dioses que cuiden de los mortales.

Pues ellos mismos no usaron de otro arbitrio para persuadir a los hombres a que los adorasen, sino obrando estupendos prodigios, los cuales refiere igualmente la historia de los gentiles, cuyos dioses pudieron mejor hacer ostentación de admirables que mostrarse útiles. Y así en esta obra, cuyo libro X tenemos ya entre manos, no nos encargamos de convencer y refutar a los que niegan que hay naturaleza divina, o defienden que no vigila ni cuida de las cosas humanas, sino a los que prefieren y anteponen sus dioses a nuestro Dios, autor y fundador de esta santísima y gloriosísima Ciudad, ignorando que este mismo es también el Autor y Criador invisible e inconmutable de este mundo visible y mudable, verdadero dador de la vida bienaventurada, no con los objetos que ha criado, sino con su propia Persona. Porque su profeta veracísimo dice expresamente: “Mi bien es unirme con Dios.”

Pues el sumo bien de que se disputa entre los filósofos es aquel al cual deben referirse para su consecución todos los oficios y operaciones humanas. No dijo el real profeta, mi sumo bien, o toda mi bienaventuranza es el tener abundancia de riquezas, o el vestirme de púrpura, ó empuñar el cetro, o alcanzar la corona real, o lo que no tuvieron pudor en proferir algunos filósofos, el deleite del cuerpo es mi sumo bien, o lo que mejor dijeron los más sensatos y cuerdos, la virtud de mi alma es mi sumo bien, sino para mí, dice, el unirme con Dios es mi sumo bien y toda mi bienaventuranza.

Esta célebre doctrina se la enseñó al real profeta aquel Señor a quien nos advirtieron los santos ángeles, con el testimonio de los sacrificios legales, que debíamos solamente ofrecer sacrificios; y asimismo el mismo profeta se había hecho un sacrificio de cuyo fuego inteligible estaba interiormente abrasado, y a cuyo espiritual reposo y unión inefable aspiraba con santos deseos.

Pero si los que adoran muchos dioses (como quiera que imaginen y opinen de ellos) creen a las historias civiles, o a los libros mágicos, o lo que tienen por más decente, a los theúrgicos, donde se dice que hicieron milagros, ¿qué razón hay para que no quieran creer que obró Dios estos prodigios, referidos en la Santa Escritura, a la cual se debe tanta mayor fe cuanto sobre todas las cosas es mayor Aquel a quien solo manda que ofrezcamos nuestro sacrificio?

CAPITULO XIX

Razón por que la verdadera religión nos enseña a ofrecer a un solo Dios verdadero e invisible el sacrificio visible Los que imaginan que los sacrificios visibles convienen también a los otros dioses, y que al verdadero Dios, como invisible, le convienen los sacrificios invisibles como a mayor, mayores, y como a mejor, mejores, como son los oficios de la conciencia pura y de la voluntad buena, sin duda, ignoran que estos sacrificios son figuras y señales de estos otros, así como las palabras sonoras son señales de los objetos que representan en el ánimo.

Por cuyo motivo, lo mismo que cuando oramos y alabamos a Dios enderezamos y encaminamos nuestras voces significativas a aquel Señor a quien ofrecemos en nuestro corazón las mismas cosas que significamos, así cuando sacrificamos hemos de entender que no debemos ofrecer el sacrificio visible a otro que aquel gran Dios cuyo sacrificio invisible debemos ser nosotros mismos en nuestros corazones. Y en este piadoso acto nos aplauden, nos dan el parabién y nos ayudan en cuanto pueden todos los ángeles y las virtudes que nos son superiores y más poderosas en la misma bondad y piedad. Y si les deseamos ofrecer este honor, no quieren admitirle, y cuando Dios los envía a nosotros de modo que advirtamos su presencia, nos lo prohíben expresamente.

De esta especie hay muchos ejemplos en la Sagrada Escritura. Opinaron algunos que se debía a los ángeles el mismo honor y culto que se debe a Dios, adorándolos u ofreciéndoles sacrificio, pero los mismos espíritus celestiales se lo vedaron y ordenaron que tributasen esta adoración a aquel Señor a quien sabían que solamente se debía; en cuyo admirable ejemplo imitaron también a los santos ángeles los hombres santos y temerosos de Dios, pues en Licaonia, habiendo milagrosamente sanado San Pablo y Bernabé a un hombre, los tu- vieron por dioses, queriendo los licaonios ofrecerles víctimas en sacrificio, y estorbándolo con humilde piedad los santos Apóstoles, les anunciaron y dieron noticia del Dios verdadero en quien debían creer. Pero los espíritus seductores no por otra causa piden con tanta arrogancia se les tribute este honor, sino porque saben que se debe al verdadero Dios, pues no gustan, como enseña Porfirio y sienten algunos filósofos, de los olores y perfumes de los cuerpos muertos, sino del honor y culto que se debe a Dios, ya que en todas partes tienen abundancia de perfumes, y si quisieran más, ellos mismos podrían proporcionárselo. Así, que los espíritus que se atribuyen a sí mismos con altivez y soberbia la divinidad no gustan del humo del cuerpo, sino del alma del que les suplica para enseñorearse de ella, sujetándola y ganándola para sí, cerrándola el camino para llegar a conocer al verdadero Dios, para que no sea el hombre su sacrificio, sacrificándose a otro que a este gran Dios.

CAPITULO XX

Del sumo y verdadero sacrificio que hizo de sí mismo el mediador de Dios y de los hombres Por lo cual, el verdadero mediador, que tomando la forma de siervo se hizo medianero entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, aunque admite y recibe en la forma de Dios sacrificio con el Padre, con quien es igualmente un solo Dios verdadero, sin embargo, bajo la forma de siervo, más quiso ser incruento sacrificio que recibirle, para que ni aun por este motivo pensase alguno que se debía ofrecer sacrificio a ninguna especie de criatura humana. Por este sacrificio viene a ser el mismo Dios sacerdote, siendo El mismo que ofrece, y El mismo la oblación, la víctima y el sacrificio. Fue su voluntad divina también que fuese sacramento cotidiano el sacrificio de la Iglesia, la cual, siendo cuerpo místico y verdadero de esta misma y suprema cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma en virtud del mandato de Jesucristo. A este verdadero sacrificio figuran en muchas y en diferentes formas y signos los antiguos sacrificios que ofrecían los santos, figurando o representando a éste sólo por medio de tantos, como si un mismo asunto se dijese por muchas y diferentes palabras, para encargarle y recomendarle más próvidamente, sin que de él resultase fastidio alguno. A este sumo y verdadero sacrificio cedieron todos los

sacrificios falsos.

CAPITULO XXI

De la potestad que Dios dio a los demonios para glorificar sus santos por el sufrimiento, los cuales vencieron a los espíritus aéreos, no aplacándolos, sino perseverando en Dios Aquella potestad que en ciertos y determinados tiempos permite y concede Dios a los demonios para que, por medio de los hombres de cuyo corazón están apoderados, ejerciten tiránicamente su rencor y enemistad contra la Ciudad de Dios y que admitan sacrificios, no sólo de los que se los ofrecen voluntariamente, sino también de los que no quieren ofrecérselos y se resisten, por lo cual los persiguen violentamente hasta lograr que se los ofrezcan, no sólo no es daño, sino que resulta en utilidad de la Iglesia para que se cumpla el número de los mártires, a quienes la Ciudad de Dios estima por ciudadanos más ilustres y honrados, cuanto más fuerte y valerosamente pelean contra la impiedad de las potestades y tiranos, hasta derramar su inocente sangre. A éstos, con mayor razón, si lo permitiera el uso común del idioma de la Iglesia, los llamaríamos nuestros héroes. Por cuanto este nombre dicen que se deriva de Juno, dado que Juno, en idioma griego, se llama Hera, y por eso no sé qué hijo suyo, según las fábulas de los griegos, se llamó Heros, significando con esta fábula, como en sentido místico, que el aire se atribuya a Juno, en cuyo lugar dicen que habitan los héroes con los demonios, llamando con este nombre a las almas de los difuntos que hicieron méritos sobresalientes. Por el contrario, se llamarán nuestros mártires héroes si, como llevo indicado, lo admitiera el uso y lenguaje eclesiástico, no porque estuviesen asociados con los demonios en el aire, sino porque vencían a los mismos demonios, esto es, a las potestades aéreas, y en ellas a la misma Juno (signifique esta voz lo que quieran), a la cual, no del todo fuera de propósito, pintan los poetas enemiga de las virtudes, émula y envidiosa de los varones fuertes que caminan al Cielo.

Sin embargo, vuelve a rendirse a ella miserablemente, Virgilio; pues confesándose esta deidad vencida por Eneas no obstante, viene Heleno al mismo Eneas para darle un consejo piadoso y religioso, al decirle: “Ofrecerás prontamente tus votos a Juno, y aplacarás y rendirás a esta poderosa señora con tus humildes dones.” Y, conforme a esta opinión, Porfirio, aunque no siguiendo su dictamen, sino el de los otros, dice que un Dios bueno o el genio no acude a favorecer al hombre sin que primero se haya aplacado el malo, como si entre ellos fueran más poderosos los dioses malos que los buenos (si no es que aplacándolos les concedan su protección), y no queriendo los malos, no pueden aprovechar los buenos, y pueden dañar y ofender los malos, sin que se lo puedan resistir los buenos.

No es ésta la traza que usa la religión verdadera y realmente santa; no vencen de este modo nuestros mártires a Juno, esto es, a las potestades aéreas, émulas de las virtudes de los siervos de Dios. Si conforme al uso común pudiera decirse así, diríamos que de ninguna manera vencen nuestros héroes a la Hera con humildes dones, sino con virtudes divinas. Por eso más a propósito pusieron a Escipión el sobrenombre de Africano, porque venció y conquistó con su valor el África, que si con dones y dádivas aplacara a los africanos sus enemigos para que se aquietaran y no, le causaran daño alguno.

CAPITULO XXII

De dónde dimana la potestad que ejercen los santos sobre los demonios y de dónde procede la verdadera purificación del corazón Los hombres de Dios, por medio de la verdadera piedad, salen vencedores contra la potestad aérea, enemiga y contraria a la piedad, exorcizándola y no aplicándola, y todas sus tentaciones y acometidas las vencen haciendo oración no a ella, sino a su Dios contra ella. Pues ésta no vence o sujeta a alguno si no es con la asociación del pecado. Por lo tanto, la victoria se consigue en nombre de aquel Señor que se hizo hombre y vivió indemne de toda mácula de pecado, para que por la virtud divina del mismo, que era juntamente sacerdote y sacrificio, se realizara la remisión de los pecados, esto es, por el medianero entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús, por cuyo medio, efectuada la purificación de nuestros crímenes, nos reconciliamos y volvemos a la gracia de Dios.

Pues los hombres, cuya purificación no puede hacerse en esta vida por nuestras propias fuerzas y virtud, sino mediante la divina misericordia, por su indulgencia solamente y no por nuestra potencia, pues aun aquella escasa virtud que se dice nuestra, el mismo Dios nos la ha concedido por efecto de su bondad. Muchas facultades y perfección nos atribuyéramos viviendo en esta carne mortal, si no viviéramos bajo la merced y beneficio de Dios todo el tiempo que la traemos, hasta que la dejamos. Por eso nos dio el Señor su gracia por el divino mediador, para que, contemplándonos, manchados con la torpeza del pecado, nos limpiáramos y purificáramos con la semejanza de la carne del pecado. En virtud de la divina gracia con que. Dios manifiesta en nosotros su grande misericordia; caminamos y nos gobernamos en la vida presente por la fe y, después de ella, por la vista clara y beatífica de la verdad inmutable llegaremos a gozar de la plenísima perfección.

CAPITULO XXIII

De los principios en que enseñan los platónicos consiste la purificación del alma Dice también Porfirio que sabía por respuestas de los oráculos que no nos purificamos con los sacramentos Teletas, que llaman ellos de la Luna, ni con los que dicen del Sol, para darnos a entender en esta expresión que no puede purgarse el hombre con ninguna especie de sacramentos de ninguno de los dioses ¿Pues qué sacramentos habrá que nos purifiquen si no purifican los del Sol y de la Luna, que son los dioses principales que reconocen entre los celestiales? Finalmente, dice que declaró el mismo oráculo que los principios no podían purificar, porque habiendo dicho que los sacramentos de la Luna y del Sol no purificaban no entendiese alguno que valían para purificar los sacramentos de algún otro de la turba de las vanas deidades. Ya sabemos qué es lo que entiende por principios, como platónico que es.

Porque entiende a Dios Padre y a Dios Hijo, a quien el estilo griego llama entendimiento paterno o mente paterna; sobre el Espíritu Santo, o nada dice, o no lo dice expresamente, aunque no comprendo de quién pueda decir que es medio entre éstos. Pues si quisiera que entendiéramos la tercera naturaleza, que es la del alma, como la infiere Plotino cuando

disputa de las tres principales sustancias, sin duda que no le llamara medio entre éstos, es decir, medio entre el Padre y el Hijo; porque Plotino pospone la naturaleza del alma al entendimiento paterno, y Porfirio, cuando la llama medio, no la pospone, sino que la interpone.

Efectivamente, dijo estas expresiones como pudo o como quiso, señalando con ellas lo que nosotros llamamos Espíritu Santo; Espíritu no sólo del Padre ni sólo del Hijo, sino de ambos, pues los filósofos hablan con más libertad y con los términos que les agrada, sin reparar en si ofenden en los asuntos difíciles de comprender los oídos religiosos y escrupulosos; pero nosotros no podemos hablar sino con términos muy limitados y precisos porque la libertad en el decir no engendre alguna impía opinión en los objetos que con ella significamos.

CAPITULO XXIV

Del único y verdadero principio que purifica y renueva la humana naturaleza Así que nosotros no decimos que hay dos o tres principios cuando hablamos de Dios, así como tampoco nos es lícito decir que hay dos o tres dioses, aunque hablando de cada uno en particular o del Padre, o del Hijo, o del Espíritu Santo, confesamos también que cada uno es Dios, y sin embargo, no decimos lo que los herejes sabelianos, que el Padre es el mismo que el Hijo, y que el Espíritu Santo es el mismo que el Padre y el Hijo, sino que el Padre es Padre del Hijo, y el Hijo, Hijo del Padre, y que el Espíritu Santo ni es Padre, ni hijo del Padre y del Hijo, por cuya razón dijeron con verdad que no se purifica el hombre sino con el principio, aunque los sabelianos, en su modo de explicarse, pusieron los principios en plural. Pero como Porfirio estaba sujeto a las envidiosas potestades, de quienes, por una parte, se avergonzaba, y, por otra, no se atrevía a reprenderlas ni redargüirlas libremente, no quiso entender que nuestro Señor Jesucristo era el principio con cuya soberana Encarnación nos purificamos, porque le despreció en la misma carne que tomó para que sirviese de sacrificio para nuestra purificación, no comprendiendo afectivamente aquel grande e incomprensible Sacramento por estar lleno de la soberbia, que Cristo abatió con su humildad, siendo verdadero y benigno mediador, manifestándose a los mortales en aquella mortalidad que por libertarse de ella los malignos y engañosos medianeros con extraordinaria arrogancia se ensoberbecieron y prometieron a los miserables mortales, como inmortales, su engañoso y frívolo favor y ayuda.

Así, que este mediador bueno y verdadero nos manifestó y enseñó que el pecado es únicamente lo que es malo, no la sustancia de la carne o la misma naturaleza, la cual pudo recibir sin mácula de pecado con el alma del hombre, y pudo retenerla y dejarla con la muerte y mudarla en mejor estado con la resurrección, mostrándonos de paso que la misma muerte, aunque fuese pena merecida por el pecado, la cual quiso el mismo Dios satisfacer por nosotros (no obstante de estar indemne del más mínimo pecado), no se debía ejecutar aun cuando se pudiese, pecando, antes, si fuese posible, se debía padecer por la justicia; y por eso pudo, muriendo, perdonar los pecados, porque murió y no por su pecado. A este no conoció el filósofo platónico que era el principio, porque le reconociera por purificativo, porque no es el principio la carne o el alma humana, sino el Verbo por quien fueron criadas todas las cosas.

Así que la carne no purifica por sí misma, sino el Verbo, que quiso vestirse de ella cuando "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Y así hablando de la mística comida de su carne, los que no lo habían entendido, ofendidos y escandalizados, se fueron diciendo: "Dura es esta palabra, ¿quién la puede escuchar?", y a los demás que habían quedado les dijo: "El espíritu es el que vivifica; la carne nada aprovecha". Por eso habiendo tomado el principio alma y carne, él es el que purifica el alma y la carne de los creyentes, y por lo mismo, preguntándole los judíos quién era, respondió que era principio, lo cual, sin duda, nosotros, siendo carnales, flacos, sujetos a pecados y envueltos en las tinieblas de la ignorancia, no lo pudiéramos entender si no nos purificara y sanara el mismo Señor por lo que éramos y no éramos. Porque éramos hombres, pero no éramos justos, y en su Encarnación hubo naturaleza humana, pero era justa, no pecadora. Esta es la mediación con que se dio la mano a los caídos y postrados. Esta es la semilla dispuesta por los ángeles, con cuyos edictos se promulgó la ley que mandó adorar y reverenciar un solo Dios, y prometió que vendría este mediador.

CAPITULO XXV

Que todos los santos, así en tiempo de la ley como en los primeros siglos, se justificaron en virtud del sacramento y fe de Jesucristo Asimismo con la fe de este sacramento pudieron purificarse los justos de la antigua ley, viviendo santamente no sólo antes que la ley se diese al pueblo hebreo (porque no le faltó Dios o ángeles que les predicasen), sino también en tiempo de la misma ley; aunque en las figuras de los ritos espirituales pareciese que las promesas que contenían eran carnales, por lo cual se llama Testamento Viejo. Porque hubo entonces también profetas por quienes igualmente que por los ángeles se predicó la misma promesa, y del número de éstos era aquel cuyo dictamen y sentencia tan soberana y tan divina referí poco antes, tratando sobre el fin del sumo bien, del hombre: "Todo mi bien v mi bienaventuranza es unirme con Dios". En cuyo salmo se declara bastantemente la distinción que hay entre los dos Testamentos que se llaman Viejo y Nuevo. Pues por las promesas carnales y terrenas, viendo que los impíos abundaban de ellas, dice que vacilaron sus pies y que estuvo titubeando para caer, pareciéndole como que había servido en vano a Dios, pues los que le despreciaban y no servían fielmente gozaban de la felicidad que él esperaba de tan gran Señor; y que sufrió grandes molestias en el examen de este punto, queriendo averiguar por qué pasaba así; hasta que entró en el santuario de Dios, y entendió y conoció el último fin y destino de los que parecían felices y dichosos, a los ojos de su ignorancia.

Entonces notó que los que se encumbraron sobremanera fueron, como dice, derrotados y abatidos, y que faltaron y perecieron por sus culpas, y todo el colmo de la felicidad temporal se les volvió como un sueño de uno que, despertado de improviso, se halla desamparado de los falsos contentos y objetos deleitables que imaginaba en su fantasía. Y porque en esta tierra o ciudad terrena les parecía que eran, grandes: "Señor, dice, allá en tu Ciudad reducirás a nada aquella su apariencia o imaginaria felicidad." Pero cuán útil le fue no buscar aun las cosas terrenas, sino de la mano de un solo Dios verdadero, en cuyo poder están todas las cosas celestes y terrestres, bien claro lo manifiesta cuando dice: "Yo he sido como una bestia delante de ti, y yo siempre contigo." Como una bestia dijo, efectivamente,

porque no lo entendía. Pues yo no debía esperar de tu mano sino cosas que no puedo tener comunes con los impíos y pecadores, a los cuales, viendo en abundancia, imaginé que te había servido en vano, puesto que la tenían los que no habían querido servirte.

Con todo, yo siempre perseveré contigo, porque aun en el deseo de semejantes objetos no te dejé ni busqué otros dioses, y por eso continúa: "Me tuviste de la mano derecha y me encaminaste por el camino de tu voluntad y ley, y me recibiste y acogiste con mucho honor y gloria." Como que pertenecen a la siniestra todas aquellas cosas de que, viendo a los impíos con abundancia, casi estuvo para caer: "Porque ¿qué tengo yo, dice, en el Cielo sin ti, o qué puedo desear sobre la tierra, sino a ti?» Repréndese a sí mismo, y con razón se arrepiente, porque teniendo un bien tan inestimable en el Cielo (lo que después conoció), buscó y pretendió en la tierra de la mano poderosa de su Dios una cosa tan transitoria y frágil y en algún modo una, felicidad de lodo: "Desfalleció, dice, mi corazón y carne, Dios de mi corazón, es a saber, desfalleció con buen desfallecimiento y deseo, aspirando de las cosas inferiores a la posesión de las superiores"; por lo que dice en otro salmo: "Desea y desfallece mi alma por el goce de los soberanos palacios del Señor"; y asimismo dice en otro: "Desfalleció mi alma por tu salud".

Sin embargo, habiendo hablado de ambas cualidades, esto es, del desfallecimiento del corazón y de la carne, no añadió Dios de mi corazón y de mi carne, sino Dios de mi corazón, pues por el corazón se purifica la carne; y así, dice el Señor: "Limpiad lo que está dentro, y así lo de afuera estará limpio." Después llama a su parte a Dios, y no algo de El, sino El mismo: "Dios, dice, de mi corazón, o Dios que para siempre eres mi parte y mi opción"; porque entre muchas cosas a que se aficionan y escogen los hombres, él quiso elegir a Dios: "Porque los que se alejan, dice, de ti perecerán; destruiste a todos los que fornican y se apartaron de tu fe y religión; esto es, que quieren ser como una prostitución y amancebamiento de muchos dioses." De donde se deduce la otra expresión, por cuya ocasión me pareció conveniente referir lo restante del mismo salmo: "Respecto de mí, todo mi bien y bienaventuranza consiste en unirme con Dios"; no desviarme lejos de él, no andar fornicando por diferentes objetos. Y el unirse con Dios se efectuará perfectamente cuando todo lo que se hubiere de libertad estuviere ya en salvo y libre. Pero ahora es muy a propósito lo que sigue: "Que es poner su esperanza en Dios", "pues la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ya ¿cómo lo espera?, dice el Apóstol, y si lo que no vemos esperamos, con paciencia y su- frimiento lo esperamos".

Viviendo, pues, ahora, con esta esperanza, practiquemos lo que se sigue, y seamos también, según nuestra posibilidad ángeles de Dios, esto es, sus nuncios y mensajeros, anunciando su voluntad y alabando su gloria y divina gracia. Por lo que habiendo dicho: "Ahora pongo mi esperanza en Dios", añadió: "para que anuncie y predique todas sus ala- banzas en las puertas de la hija de Sión" Esta es la gloriosísima Ciudad de Dios, ésta es la que reconoce y reverencia a un solo Dios, ésta es la que nos anunciaron los santos ángeles cuando nos convidaron con su amable compañía, y quisieron que en ella fuéramos conciudadanos suyos, los cuales no gustan de que los veneremos como a dioses nuestros, sino que con ellos adoremos a su Dios, que lo es nuestro, ni que les ofrezcamos sacrificios, sino que con ellos nos ofrezcamos como verdadero sacrificio al Señor.

Así que, sin que pueda dudar ninguno que considerare esto libremente sin perversa obstinación, todos los inmortales bienaventurados que no nos envidian (porque si fueran émulos nuestros ya no fueran bienaventurados), sino que nos estiman sobremanera y desean que seamos también como ellos lo son bienaventurados; más nos favorecen y ayudan cuando reverenciamos con ellos a un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que si les veneráramos a ellos mismos y les ofreciéramos sacrificios.

CAPITULO XXVI

De la inconstancia de Porfirio, que anda vacilando entre la confesión de un verdadero Dios y el culto de los demonios No sé cómo en este particular Porfirio, a mi entender, pudo tener empacho y pudor de sus amigos los theurgos, porque los misterios, o más bien ridiculeces de éstos los comprendió bien, mas no por eso se encargó libremente de la defensa del verdadero Dios contra el culto de muchos dioses falsos. Pues llegó a decir que del número de los ángeles había unos que descendían a la tierra y daban a entender a los prohombres theurgos las máximas y ordenaciones divinas; otros, que en la tierra declaraban los arcanos y atributos que son peculiares del Padre, su alteza y su profundidad en, las ideas. Pregunto, pues: ¿hemos de creer que esos ángeles, cuyo oficio es patentizar la voluntad del Padre, quieren que nos sujetemos y rindamos a otro que a aquel Señor cuya voluntad nos anuncian? Por lo que nos advierte con justa razón el mismo filósofo platónico que a éstos antes los debemos imitar que invocar.

No debemos, pues, temer ofender a los inmortales y bienaventurados que reconocen un solo Dios verdadero, por no ofrecerles sacrificios, pues aquel culto que saben no se debe sino a un solo Dios verdadero, con cuya inefable unión son bienaventurados, sin duda, que no se complacen en que se les atribuya a ellos, ni por figura, alguna significativa ni por el mismo misterio que se significa por los Sacramentos. Porque tal arrogancia es propia de los demonios soberbios, altivos y miserables, de la cual se diferencian mucho la piedad de los que reconocen a Dios y de los que son bienaventurados, no por otro motivo sino por la unión beatífica que tienen con este Señor.

Y para que con toda claridad comprendamos este sumo bien, se sigue necesariamente que nos hayan de favorecer con benignidad sincera, y que no se arroguen facultad alguna por la que nos sujetamos a ellos, sino que nos prediquen y anuncien a aquel gran Dios, bajo cuyos auspicios soberanos nos vengamos a unir con ellos en paz. ¿A qué temes todavía, ¡oh filósofo!, y no hablas libremente contra las émulas potestades que envidian las verdaderas virtudes, y los dones y beneficios del verdadero Dios? Ya has confesado que los ángeles que nos anuncian la voluntad del Padre son diferentes de los otros ángeles que descienden no sé con qué artificio a los hombres theúrgicos; ¿para qué les tributas honores todavía, diciendo que pronuncian portentos divinos? ¿Y qué cosas divinas declaran los que no nos anuncian la voluntad del Padre? En efecto; son aquellos a quienes el envidioso espíritu ligó con sus conjuros a fin de que no practicasen la purificación del alma y a quienes ni el bueno, como tú dices, deseando ellos hacer la purificación, los pudo soltar y ponerlos en su potestad. ¿Aun dudas de que éstos son demonios malignos, o acaso finges que lo ignoras por no ofender a los theúrgicos, por quienes, engañado con la curiosidad, aprendiste como gran beneficio estas perniciosas abominaciones y desvaríos? ¿Y te atreves a esta envidiosa,

no digo potencia, sino pestilencia; no quiero llamarla señora, sino como tú lo confiesas, esclava de los envidiosos y malintencionados; te atreves, digo, trascendiendo este aire de la atmósfera a levantarla, sobre los cielos y colocarla en lugar sublime entre vuestros dioses celestiales y aun a infamar con estas ignominias las mismas estrellas?

CAPITULO XXVII

De la impiedad de Porfirio, que sobrepujó aún el error de Apuleyo ¿Cuánto más tolerable y humano fue el error de Apuleyo, platónico como tú, quien situando a los demonios solamente en lugar inferior a la luna, aunque honrándolos, sin embargo, voluntaria o, forzosamente, confesó, que padecían las flaquezas de las pasiones y perturbaciones del ánimo; pero a los dioses superiores del cielo que pertenecen a los espacios y regiones etéreas, ya sea los visibles que veía que con sus brillantes resplandores alumbran todo el mundo, el sol, la luna y los otros luminares celestes; ya sea los invisibles, de quienes entendía que estaban libres de los defectos y sensaciones de las turbaciones del alma, los distinguió y segregó de éstos con toda la diligencia y exactitud que exigían sus facultades intelectuales? Mas tú aprendiste esta doctrina errónea, no de Platón, sino de tus maestros, los caldeos, elevando los humanos vicios sobre las alturas etéreas y aun sobre las empíreas y sobre el firmamento del cielo, para que así puedan vuestros dioses pronunciar y patentizar los arcanos divinos a los theurgos; y, sin embargo, te haces superior a las inteligencias divinas sólo por el privilegio que gozas de lograr la vida intelectual; de tal conformidad, que efectivamente, no te parecen necesarias para tu uso, como filósofo, las purificaciones del arte theúrgico, y, con todo, las persuades a otros, como para recompensar con esta satisfacción a tus maestros, induciendo engañosamente a los que son incapaces de filosofar o adoptar máximas que confiesas son inútiles para ti, como capaz de superiores inteligencias; con el ánimo de que cuantos estuvieron alejados de la filosofía, y no fueren capaces de penetrar y abrazar su virtud, que es muy ardua y dificultosa y adaptable a muy pocos, acuden con tu autoridad y dictamen a los theúrgicos para que los purifiquen, si no en el alma intelectual, a lo menos en el alma espiritual.

Y por cuanto sin comparación es mayor el número de los que no gustan ni se aplican a filosofar, acuden muchos más a tus secretos e ilícitos preceptores que a las escuelas de Platón, porque ésta fue la promesa que te hicieron los inmundos e infernales espíritus, fingiéndose dioses etéreos, cuyo predicador, panegirista y ángel te has constituido, diciendo que los purificados en el alma espiritual por las operaciones del arte theúrgico aunque no vuelva al Padre con todo habitarán con los dioses etéreos sobre las regiones aéreas No escucha ni admite éstas falsedades la congregación de los fieles, a quienes vino a libertar de la pesada servidumbre y tiranía del demonio Jesucristo nuestro Señor, porque en él tienen la fuente inagotable de sus misericordias para conseguir la purificación de su alma, espíritu y cuerpo, y por eso recibió en sí, sin haber cometido el más mínimo desliz, los pecados de todos los hombres para sanar del contagio del pecado a todo aquello de que consta el hombre.

Y ojalá que tú le hubieras conocido también, y para tu eterna salvación te hubiera. puesto con tanta más seguridad en sus manos, que no, o en las de tu propia virtud, que es en efecto humana, frágil, imbécil, o en las de una perniciosa curiosidad. Porque no te engañaría aquel

gran Dios, a quien, como tú mismo escribes, vuestros oráculos confesaron por santo e inmortal; por quien dijo asimismo el príncipe de los poetas, en estilo poético, y aunque en persona, de otro, con todo, fue veraz si lo refieres a Jesucristo: “Cuando vos reinareis, Señor, si hubieren quedado algunos rastros de nuestras culpas, vos las perdonaréis y libraréis al mundo del perpetuo miedo.” Llámalos, aunque no pecados, a lo menos rastros de pecados, a los que pueden quedar aun en los más aprovechados en la virtud de la justicia por la humana flaqueza e inestabilidad de esta vida; los cuales no los quita ni sana sino el soberano Salvador, por cuyo respecto se compuso este verso; pues que nos dijo Virgilio estas palabras como si fuesen producción de su entendimiento, lo demuestra el cuarto verso de la égloga, que dice: “La santa edad postrera ya es llegada, que la Cumea sagrada había cantado”; donde aparece evidentemente que la sibila Cumea fue la autora de esta predicción.

Pero los theurgos, o, por mejor decir, los demonios, que fingen especies y figuras de dioses, antes profanan que purifican el espíritu del hombre con la falsedad de sus fantasmas y con el engañoso embeleco de sus vanas formas: ¿Pues cómo han de purificar el espíritu del hombre los que tienen tan impuro y sucio el suyo? Porque si no le tuvieran de este modo, de ninguna manera se dejaran ligar con los conjuros del hombre envidioso y malintencionado, ni el mismo beneficio vano y fútil que parece habían de hacer, o de miedo le detuvieran, o con otra igual envidia le denegaran. Basta el que confieses que no puede limpiarse con purificación theúrgica el alma intelectual, esto es, nuestra mente, aunque dices que puede purgarse con semejante arte la parte espiritual, es decir, la inferior a nuestra mente y, sin embargo, confiesas que con esta arte no puede hacerse a él inmortal o eterna. Pero Jesucristo promete la vida eterna, y así concurre todo el mundo, con despecho, mas no sin admiración y terror vuestro. ¿Qué aprovecha decir lo que no pudiste negar, que van errados los hombres con la disciplina theúrgica, y que suceden a infinitos con sus ciegas y necias opiniones, siendo un error evidente acudir con nuestros votos y súplicas a los príncipes y a los ángeles? Y, por otra parte, porque no parezca que has trabajado en vano, diciendo esto vuelves a enviar los hombres a los theurgos, para que éstos purifiquen las almas espirituales de los que no viven conforme al alma intelectual.

CAPITULO XXVIII

Con qué razones ofuscado, Porfirio no pudo conocer la verdadera sabiduría, que es Jesucristo. Así que introduces a los hombres en un notable error, y no te avergüenzas de un daño tan grave profesando amor a la virtud y sabiduría; la cual, si fiel y verdaderamente amaras y profesaras, hubieras conocido a Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, y no hubieras apostatado y dejado su apreciable humildad, llevado de la vana altivez de tu vana ciencia.

Sin embargo, confiesas que puede el alma espiritual purificarse con la virtud de la continencia, sin el auxilio de las ates theúrgicas y sin sus decantados sacramentos, en cuyo estudio te has molestado inútilmente, A veces dices también que después de la muerte estos sacramentos no alivian el alma; de modo que ni a la misma que llamas espiritual parece que aprovecha después de la vida presente; y, no obstante, haces una larga digresión sobre este particular, no por otro fin, a lo que creo, sino por parecer perito y práctico en semejantes

futilezas, y por venderte al gusto de los aficionados a las artes ilícitas, o por excitar la curiosidad de otros excitándolos a abrazarlas, Pero es asimismo cierto lo que dices que se deben temer estas artes, o por el rigor de las leyes, o por el rigor que hay en practicarlas.

Y ¡ojalá que a lo menos oigan y adopten este tu consejo los miserables y que las desamparen, porque en ellas no se aneguen y pierdan, o que por ningún pretexto se aproximen al estudio de ellas! Dices también que no se purifica con ellas la ignorancia, y, por consiguiente, tampoco se purgan muchos otros vicios, sino únicamente por el entendimiento paterno, que sabe y conoce la voluntad paterna. Y, sin embargo, no quieres creer que éste es Jesucristo, pues le desprecias por haber tomado carne humana de una mujer, y por la ignominia que padeció sufriendo muerte de cruz, hallándose efectivamente idóneo para reprender en lo superior a la soberana y suprema sabiduría con despreciarla y abatirla en lo inferior. Y, con todo, es este Señor el que realmente cumple lo que los santos profetas, con mucha verdad y espíritu divino, dijeron de él: "que había de destruir la sabiduría de los sabios, y confundir la prudencia de los prudentes", Pues no hemos de entender que destruye y condena en ellos la sabiduría que les dio, sino la que se atribuyen y arrogan a sí los que no tienen la suya.

Y así, habiendo referido este testimonio profético, prosigue y dice el Apóstol: "¿Adónde está el sabio? ¿Adónde el escriba, intérprete de la ley? ¿Adónde el escudriñador de las cosas de este siglo? ¿Acaso no nos dio a entender Dios que es ignorancia la sabiduría de este mundo?" Y porque los mundanos y carnales por esta hermosísima máquina que Dios hizo con tanta sabiduría, no conocieron con su sabiduría a Dios, quiso Dios salvar los creyentes por la predicación de unos necios e ignorantes a los ojos y estimación de los hombres. Porque los judíos piden prodigios y milagros, los griegos no se contentan sino con la sabiduría que les cuadre, y nosotros, dice, predicamos a Cristo crucificado, cuya humildad escandalizó a los judíos y a los gentiles se les hizo disparate; pero los que el Espíritu Santo llamó a la fe, así de los judíos como de los griegos, advierten que esta humildad de Cristo es virtud de Dios y sabiduría de Dios, pues lo que les parece desvarío e ignorancia en Dios, que es la cruz sobrepuja a toda la fortaleza de los hombres. Esto es lo que desprecian como ignorancia e imbecilidad los que se tienen a sí mismos como sabios y fuertes. Pero ésta es la gracia que sana a los dolientes y enfermos, no a los que con soberbia se jactan de su bienaventuranza, sino a los que con humildad confiesan su verdadera miseria.

CAPITULO XXIX

De la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, la cual se avergüenza de confesar la impiedad de los platónicos Predicas al Padre y a su Hijo, a quien llamas entendimiento o mente del Padre, y al que es medio entre éstos, del cual imaginamos que entendéis que es el Espíritu Santo, y a vuestro modo los llamáis tres dioses. Sobre cuyo particular, aunque usáis de palabras no conformes al rigor de las ciencias y artes, con todo, advertís como quiera, y como por las sombras de una imaginación débil, adónde debe aspirarse; pero la

encarnación del inmutable Hijo de Dios, en que consiste la salvación para que podamos llegar a alcanzar los inefables bienes que creemos o los que podemos comprender por poco que sea con la luz de nuestro entendimiento, no la queréis reconocer.

Así que veis como de lejos y con, una vista caliginosa, la patria adonde debemos tener el término de nuestra carrera; pero no tenéis indagado el camino por donde se debe caminar para llegar a las eternas moradas. Sin embargo, tú mismo confiesas la gracia, pues dices que a pocos se concede el llegar a unirse con Dios por virtud de la inteligencia. No dijiste: pocos gustan o pocos quieren, sino que, diciendo a pocos se concede, sin duda confiesas la gracia de Dios, no la suficiencia del hombre. Usas también aún más expresamente el nombre de gracia, cuando, siguiendo la sentencia de Platón, tampoco pones en duda que el hombre en la vida actual de ningún modo llega a la perfección de la sabiduría; pero que a los que viven según el entendimiento, todo lo que les falta se los puede dar cumplidamente después de esta vida la providencia y gracia de Dios. ¡Oh, si hubieras conocido la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, y su misma encarnación con que recibió alma y cuerpo de hombre, entonces pudieras echar de ver cómo era el dechado y ejemplo sumo de la gracia: Pero ¿qué hago? Veo que en vano hablo con un muerto en cuanto hablo contigo; pero a los que tanto te estiman y aman (o por el amor de cualquiera sabiduría o por la curiosidad de las artes, que fuera más conducente el que no las aprendieras) a quienes hablo, hablando contigo, acaso no hablo en vano.

La gracia de Dios no se nos pudo encomendar más graciosa y agradablemente que con hacer que el mismo Hijo único de Dios, quedándose inmutablemente en la naturaleza divina, se vistiera de la naturaleza humana, se hiciera hombre y diera al hombre esperanza de su gracia y divino amor por medio del hombre, por quien los mortales pudieran venir a unirse con aquel Señor que estaba antes tan lejos de los hombres, siendo inmortal; de los mudables, siendo inmutable; de los impíos, siendo justo; de los miserables, siendo bienaventurado.

Y porque naturalmente puso en nosotros un deseo eficaz de ser bienaventurados e inmortales, quedándose el bienaventurado y haciéndose mortal por darnos lo que deseamos, padeció y nos enseñó a menospreciar y no hacer caso de lo que tenemos. Mas para que pudieran aquietarse vuestros corazones en la inteligencia de esta verdad, era necesaria la humildad, a la cual con gran dificultad se puede persuadir a vuestra dura cerviz.

Porque, ¿qué cosa increíble decimos, especialmente hablando con vosotros, que sentís algunas cosas tales, que con ellas os debéis persuadir a vosotros mismos a creer esto?, ¿qué cosa increíble, pues, os decimos, que Dios tomó alma y cuerpo humano? Vosotros atribuís tanta eficacia al alma intelectual, la cual, sin duda, es la humana, que se puede hacer consustancial a aquella mente materna que confesáis ser el Hijo de Dios. ¿Qué cosa increíble es que a una alma intelectual, por un modo inefable y singular, la tomase Dios y juntase consigo para la salud de muchos? Sabemos por la reiterada experiencia de nuestra propia naturaleza que el cuerpo se une con el alma para formar un hombre entero y cumplido, lo que si no fuera muy ordinario y usado, fuera más increíble sin duda que esto; porque mas fácilmente se debe creer que se puede juntar, aunque sea lo humano con lo divino, lo mudable con lo inmudable, el espíritu con el espíritu, o por usar de los términos que vosotros empleáis, con más facilidad puede juntarse lo incorpóreo con lo incorpóreo

que lo corpóreo con lo corpóreo. ¿Por ventura os ofende el inusitado parto del cuerpo, nacido de una virgen?

Tampoco esto os debe ofender, antes os debe mover a creer en Dios, viendo que el que es admirable nace admirablemente. ¿O acaso el ver que, habiendo una vez dejado el cuerpo con la muerte, habiéndole renovado y mejorado con la resurrección, le subió a los cielos incorruptible ya e inmortal? Podría ser que os resistieseis a creerlo, observando que Porfirio, en los mismos libros que escribió de Regressu animae, de los cuales he citado bastantes particularidades, enseña frecuentemente que debe huirse todo lo que es cuerpo, para que el alma pueda permanecer bienaventurada con Dios. Pero antes él en este particular debió ser corregido, especialmente sintiendo vosotros con él acerca del alma de este mundo visible y de tan ingente mole. Pues siguiendo a Platón decís que el mundo es un animal, y animal beatísimo, el cual queréis también que sea sempiterno. ¿De qué manera, ni jamás dejará el cuerpo, ni jamás carecerá de la bienaventuranza, si para que sea el alma bienaventurada debe huir de todo lo que es cuerpo? También el sol y los demás astros, no sólo confesáis en vuestros libros que son corpóreos (lo que con todos vosotros, cuantos los ven, sin duda lo confiesan), sino que con una pericia y charlatanería extraordinaria (a vuestro parecer profunda) afirmáis que estos astros son animales beatísimos, y por los cuerpos que tienen, sempiternos. ¿Cuál es, pues, la causa por que cuando os predican y persuaden la fe cristiana, entonces olvidáis o fingís que ignoráis lo que acostumbráis a leer y enseñar? ¿Qué razón hay para que por las mismas opiniones, que vosotros refutáis, no queráis ser cristianos, sino porque Cristo vino humilde, y vosotros sois soberbios? De la cualidad que han de tener los cuerpos de los santos en la resurrección (aunque se puede disputar con más sutileza y escrupulosidad entre los doctos y versados en las cristianas escrituras), en que hayan de ser sempiternos no ponemos duda alguna, como en que han de ser de la calidad que manifestó Jesucristo con el ejemplo y primicias de su resurrección.

Pero de cualquiera calidad que fuesen, diciendo que han de ser totalmente incorruptibles e inmortales, y que no impedirán la alta contemplación con que el alma se fija en Dios, y confesando vosotros también que hay en los cielos cuerpos de bienaventurados para siempre, ¿qué razón hay seáis de opinión que para que seamos bienaventurados se debe huir todo lo que es cuerpo, por parecer que con algún pretexto razonable huís de la fe cristiana, si no es lo que repito, que Cristo es humilde y vosotros soberbios? ¿O acaso os corréis o avergonzáis de que os corrijan? Este vicio es característico de los espíritus soberbios. En efecto: causa pudor a los varones doctos el imaginar que los discípulos de Platón vengan a ser, al fin, discípulos de Jesucristo, quien con su divino espíritu enseñó a un pescador para que entendiese y dijese: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y Dios era el Verbo; esto era en el principio en Dios, todas las cosas fueron hechas por Él mismo, y sin Él nada se hizo; lo que se hizo en Él mismo era la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.”

Este principio del Santo Evangelio escrito por San Juan decía un platónico (según acostumbraba a decírnoslo el santo anciano Simpliciano que después fue electo Obispo de Milán) que se debía escribir con letras de oro y colocarle en todas las Iglesias en los sitios más eminentes y distinguidos, y por eso vino a ser vilipendiado por los soberbios este divino Maestro, “porque se dignó hacerse hombre, cubrirse de nuestra carne, bajar a la tierra a vivir con nosotros, sin dejar al mismo tiempo el cielo ni salir del seno de su Padre”;

de modo que no les basta a los miserables el estar dolientes y enfermos, sino que en la misma enfermedad se ensoberbecen y glorían, despreciando y aun avergonzándose de tomar la medicina con que pudieran sanar, lo cual no practican para que les den la mano y levanten, sino para que cayendo, sean más gravemente afligidos.

CAPITULO XXX

Cuántas cosas de Platón ha refutado y corregido Porfirio, no sintiendo con él Si después de Platón se estima por una acción indigna el enmendar o corregir cualquiera doctrina, ¿por qué el mismo Porfirio le enmendó algunas opiniones, y no de poca importancia? Porque es indubitable que escribió Platón que las almas de los hombres, después de la muerte, vuelven a dar la vuelta hasta encerrarse en los cuerpos de las bestias. Esta sentencia sostuvieron su maestro Platón y Plotino, la cual, sin embargo, no agradó, y con justa causa, a su discípulo Porfirio, pues éste opinó que las almas de los hombres volvían a los cuerpos de los hombres, aunque no a los mismos que habían dejado, sino a otros distintos.

Efectivamente, se ruborizó de creer la transmigración a las bestias, porque, acaso, viniendo una madre a parar con su alma en alguna mula, no viniese a traer a cuestas a su hijo, y no tuvo reparo en asentir al disparate de que viniendo una madre a dar en alguna tierna joven, acaso se casaría con su hijo. ¿Con cuánta más razón y decoro se cree lo que los santos y verdaderos ángeles nos enseñaron, lo que los profetas inspirados de Dios dijeron, lo que dijo el mismo Señor, de quien los celestiales mensajeros enviados en tiempo oportuno y anterior anunciaron que había de venir por Salvador del linaje humano, y lo que los Apóstoles, delegados del Altísimo, predicaron, extendiendo el Evangelio por todo el ámbito de la tierra; con cuánto más decoro y razón, digo, se cree que vuelvan las almas una vez a sus propios cuerpos que no el que vuelven tantas veces a diferentes cuerpos? Pero, como llevo insinuado, en gran parte se corrigió Porfirio en esta opinión, a lo menos cuando estableció como sentir suyo que las almas de los hombres sólo podían volver a recaer en los cuerpos de los hombres, no dudando dar al través con las cárceles de las bestias. Dice también que Dios, a este efecto, concedió alma al mundo, para que, viendo y conociendo los males de la materia corporal, acudiese al Padre y no estuviese por más tiempo sujeta al contagio de semejantes dolencias. Cuya opinión, aunque tiene contra sí varios inconvenientes (porque, en efecto, se dio el ánima al cuerpo para que sujetase operaciones buenas y virtuosas, pues no. conociera claramente las malas si no las hiciera), sin embargo, en aquel punto, que no es de poco momento, enmendó la opinión de los otros platónicos, confesando que el alma, purificada ya de todos los males y puesta con el Padre, no ha de volver a padecer ya más los infortunios de este mundo. Con cuya opinión, sin duda, quitó lo que dicen que es especial doctrina de Platón, que así como suceden siempre los muertos a los vivos, así los vivos a los muertos, y demuestra que es falso lo que conforme al dictamen de Platón parece que insinúa Virgilio cuando refiere que las almas purificadas iban a los Campos Elíseos (con cuyo nombre, como por fábula, parece se significan los gozos y contentos de los bienaventurados) y venían a parar en el río Letheo, esto es, en el olvido de las cosas pasadas “para que, olvidadas, vuelvan otra vez al mundo y empiecen de nuevo a desear volver a nuevos cuerpos”.

Con razón descontentó esta sentencia a Porfirio, porque, en realidad de verdad, es desvarío creer que las almas (desde aquella vida, no puede ser bienaventurada sí no es estando cierta de su eternidad) deseen el contagio de los cuerpos corruptibles, y que de allí vuelvan a ellos como si la suma pureza o purificación hiciera que vuelvan a, buscar, la inmundicia. Porque si el purificarse perfectamente hace que se olviden de todos los males, y el olvido de los infortunios causa deseo de los cuerpos en los que han de volver a contaminarse con los males, sin duda que la suma felicidad será causa de la infelicidad, y la perfectísima sabiduría causa de la ignorancia, Y la suma pureza causa de la inmundicia. Ni el alma será allí realmente bienaventurada durante el tiempo que residiere en aquel lugar donde es indispensable que viva engañada, para que sea eternamente feliz.

Porque no será bienaventurada si no estuviere segura, y para que esté segura, falsamente ha de entender que siempre ha de ser bienaventurada, pues alguna vez ha de venir a ser miserable. ¿Y a quién da ocasión de gozo la falsa proposición como gozara con la verdad? Advirtió este inconveniente Porfirio, y por eso dijo que el alma purificada volvía al Padre para no tornar ya, mas a sujetarse al contagio de los malos. Por estos justificados motivos me persuado que, falsamente creyeron algunos platónicos ser como necesario aquel círculo y revolución de unas cosas en otras. Lo cual, aun cuando fuera cierto, ¿de qué podría aprovechar el saberlo; a no ser que acaso por este motivo los platónicos se atreviesen a anteponérsenos en la doctrina, pues nosotros ignorábamos en la vida actual lo que ellos en la otra que es mejor estando purificados sobremanera, y siendo tan sabios no habían de conocer, y creyendo lo falso habían de ser bienaventurados? Lo cual, si es un absurdo y desvarío, seguramente que debe preferirse la opinión de Porfirio a la de los que imaginaron los círculos y revoluciones de las almas con la perpetua alternativa de la bienaventuranza y de la miseria. Y si esto es así, ved cómo un platónico disiente de Platón, sintiendo con más cordura; ved cómo observó éste lo que otro no advirtió, y, sin embargo de ser un maestro tan afamado, no rehusó corregir su dictamen, anteponiendo la verdad al respeto debido a la persona.

CAPITULO XXXI

Contra el argumento de los platónicos con que pretenden probar que el alma es coeterna a Dios ¿Por qué causa no creemos antes a Dios en las cosas que no podemos penetrar ni rastrear con las luces del humano ingenio, diciéndonos el mismo filósofo que aun la misma alma no es coeterna a Dios, sino que fue criada la que no tenía antes ser? Pues para no querer creer esto los platónicos, les parecía que tenían una causa idónea y suficiente, diciendo que lo que no había sido antes en todos los tiempos, después no podía ser sempiterno, aunque del mundo y de los dioses, que escribe Platón haber criado Dios en el mundo, diga expresamente que comenzaron a ser, que tuvieron principio, y, sin embargo, no han de tener fin, sino que por la poderosa voluntad de su Criador han de permanecer para siempre. Pero encontraron modo de entender esta frase diciendo que ese principio no es de tiempo, sino de sustitución.

Porque así como dicen ellos, si un pie estuviese desde la eternidad siempre en el polvo, en todos los tiempos estaría debajo de él, su huella, la cual ninguno podría dudar que la hizo el que la pisa, ni lo uno sería primero que lo otro, aunque lo uno fuese formado por el otro;

así, dicen, también el mundo y los dioses que fueron criados en él existieron siempre, habiendo existido en todos los tiempos el que los hizo, y con todo, fueron hechos. Pregunto, pues: ¿si el alma existió siempre, hemos de decir también que existió siempre su miseria? Y si comenzó en ella alguna operación en el tiempo que fuese ob aeterno, ¿por qué no pudo ser que ella comenzase a existir en el tiempo, sin que antes hubiese sido? Y más, que la bienaventuranza de ésta, que después de la experiencia de los males ha de ser más firme y constante y ha de durar para siempre, como este filósofo lo confiesa, sin duda que principió en el tiempo, y, sin embargo, ¿será para siempre sin haber sido antes? Así que todo el argumento con el cual entienden que nada puede ser sin fin de tiempo, si no es lo que no tiene principio de tiempo, queda deshecho, porque hemos hallado la bienaventuranza del alma, la cual, habiendo tenido principio de tiempo, no tendrá fin de tiempo.

Por lo cual ríndase la humana flaqueza a la autoridad divina, y sobre la verdadera religión creamos a los bienaventurados e inmortales, que no desean para sí la honra que saben se debe a su Dios, que lo es también nuestro; ni mandan que hagamos sacrificios, sino sólo a aquel cuyo sacrificio debemos ser nosotros con ellos, como muchas veces lo he referido, y se debe decir frecuentemente; para que nos ofrezca a aquel sacerdote que (en la naturaleza humana que tomó, según la cual quiso también ser sacerdote) se dignó ser por nosotros sacrificio hasta morir.

CAPITULO XXXII

Del camino general para libertar el alma, el cual, buscándole mal, no le encontró Porfirio, y lo descubrió solamente la gracia cristiana Esta es la religión que contiene el camino general para libertar el alma, pues por ningún otro camino, sino por éste, puede alcanzar su libertad, porque éste es en algún modo el camino real que solamente conduce al reino, al que está inconstante y vacilando con el encumbramiento temporal, sino al que está firme y seguro con la firmeza de la eternidad. Y cuando dice Porfirio en el libro I de Regressu animae, cerca del fin, que no está recibida aún alguna secta o doctrina que demuestre un camino general para librar el alma, ni por la vía de alguna filosofía cierta, ni por la costumbres ni disciplina de los indios, ni por la inducción de los caldeos, ni por algún otro camino, y que aún no ha llegado a su noticia este camino por medio de historia alguna, sin duda confiesa que hay alguno, pero que aún no ha llegado a su noticia.

De modo que no le bastó todo cuanto con la mayor diligencia había estudiado y aprendido en razón de librar el alma, y lo que a él le parecía o, por mejor decir, parecía a otros que trataba. Porque advertía que todavía le faltaba alguna grande y prestante autoridad, que debía seguir sobre negocio tan importante. Y cuando dice que ni por la vía de una filosofía verdadera había llegado a su noticia secta alguna que enseñe y manifieste el camino general para libertar el alma, bastantemente a lo que entiendo muestra, o que aquella filosofía, en que él había estudiado y filosofado no era la verdadera, o que en ella no estaba o se hallaba tal camino. ¿Y cómo puede ser ya verdadera la filosofía donde no se halla este camino? Porque, ¿qué otro camino general hay para libertar el alma sino aquel mismo por donde se libran todas las almas, y, por consiguiente, sin el cual ninguna alma se libra? Y cuanto añade y dice que ni por las costumbres y disciplina de los indios, ni por la inducción de los caldeos, ni por algún otro camino, claramente confiesa que este camino general para librar

el alma no está en lo que había hallado en los indios y en los caldeos, y no pudo remitir al silencio el que había consultado los oráculos divinos de los caldeos, de quienes hace mención ordinaria y continuamente ¿Qué camino general, pues, para libertar el alma quiere dar a entender que no había aún hallado ni en alguna filosofía verdadera ni en las doctrinas de las naciones que se tenían y estimaban como grandes y cultas en las materias de la religión, porque prevaleció entre ellas la curiosidad de querer y conocer y adorar cualesquiera ángeles, del cual camino la historia no le había aún suministrado noticia? ¿Y cuál es ese camino general sino el que no es propio y peculiar de cada nación, y nos le dio Dios para que fuese común generalmente a todas las gentes?

El cual, que exista, este filósofo de más que mediano ingenio, a lo menos no pone duda. Porque no cree que la divina Providencia pudo dejar al, linaje humano sin este camino general para libertar el alma; porque no dice que no le hay, sino que este bien tan singular y este auxilio tan poderoso no está aun recibido, no ha llegado todavía a su noticia, y no es maravilla, porque Porfirio vivió en tiempo en que este universal camino, dirigido a eximir el alma de su última ruina (que no es otro que la religión cristiana), permitía Dios que fuese combatido y perseguido por los, gentiles que adoraban a los demonios, y por los reyes y príncipes de la tierra, a fin de establecer y consagrar el número de los mártires, esto es, de los testigos de la verdad, para demostrarnos por ellos que por la fe de la religión y testimonio de la verdad debemos tolerar y padecer todos los males y penurias corporales. Advertía esto Porfirio e imaginaba que con semejantes persecuciones había de extinguirse y perecer bien presto este camino, y que por eso no era el general para libertar el alma, no entendiendo que lo que a él le movía, y lo que temía padecer si lo escogiera, era para mayor confirmación y para más firme recomendación y aprobación suya. Esta es la única senda para librar el alma, ésta es la que Dios por su misericordia concedió generalmente a todas las naciones, cuya noticia a algunos ha llegado y a otros llegará, sin que pueda decir ¿por qué ahora y por qué tan tarde?, pues a los consejos y altas ideas del que la envía no puede darle alcance la flaqueza del humano ingenio. Lo cual sintió del mismo modo este filósofo cuando dijo que aún no se había recibido este don de Dios, y que no había llegado a su noticia, mas no por eso probó que no era verdadero, porque aún no le había recibido en su fe o no había llegado todavía a su noticia.

Este es, digo, el camino general para librar y salvar a los creyentes, del cual tuvo noticia fiel Abraham, mediante el divino oráculo: “En tu descendencia alcanzarán la bendición todas las gentes.” ,Quien, aunque fue de nación caldeo, no obstante, para que pudiese alcanzar semejantes promesas, y por él se propagase y dilatase su generación, “dispuesta por los ángeles en virtud del Mediador”; en cuya descendencia estuviese este camino general para librar el alma, esto es el que Dios concedió a todas las naciones, le mandó Dios salir de su tierra de entre sus parientes y de la casa de su padre.

Entonces Abraham, siendo el primero que fue libertado de las supersticiones de los caldeos, siguió y adoró a un solo Dios verdadero, a quien creyó fielmente cuando le hizo sus divinas promesas. Este es el camino general, del cual hablando el rey profeta, David, dice: “Dios haya misericordia de nosotros, bendíganos e ilústrenos con la luz de su divino rostro, y tenga misericordia de nosotros para que conozcamos, Señor, en la tierra tu camino, y en todas las gentes tu salud”. Y así, después, al cabo de tanto tiempo, habiendo ya tomado carne de la descendencia de Abraham, dice el Salvador, de sí mismo: “Yo soy el camino, la

verdad y la vida.” Este es el camino general, de quien con tanta anterioridad de tiempo estaba profetizado: “Estará en aquellos últimos días manifiesto y, aparejado el monte, de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y sobrepujará todos los collados, acudirán a él muchas naciones, y dirán: venid y subamos al monte del Señor y a la casa del Señor, Dios de Jacob, y os anunciará su camino, y andaremos por él, porque ha de salir de Sión la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.” Así que este camino no es peculiar a una sola nación, sino generalmente a todas. La ley y la palabra del Señor no paró en Sión y en Jerusalén, sino que salió de allí para derramarse por todo, el mundo.

Y así, el mismo Medianero, después de su Resurrección, estando medrosos sus discípulos, les dijo: “Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley, en los profetas y en los salmos.” Entonces les abrió los ojos del entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo cómo fue necesario que Cristo padeciese y resucitase al tercero día de entre los muertos, y que por todas las gentes se predicase en su nombre la penitencia y remisión de los pecados, empezando desde Jerusalén. Este es el camino general para librar el alma que nos significaron y publicaron los santos ángeles y los santos profetas; lo primero entre unos pocos hombres que bailaron cuando pidieron la gracia de Dios, y especialmente entre la nación hebrea, cuya sagrada República era en algún modo como una profecía y significación de la Ciudad de Dios, que se había de juntar y componer de todas las naciones; nos lo significaron, digo, con el Tabernáculo, con el templo, con el sacerdocio y con los sacrificios, y nos lo profetizaron con algunas expresiones claras y manifiestas, aunque las más veces místicas; pero habiendo ya encarnado y venido en persona el mismo Medianero, y sus santos Apóstoles descubriéndonos ya la gracia del Nuevo Testamento comenzaron a manifestar y enseñar aún más evidentemente todo lo que estaba ya significado con más oscuridad en los tiempos pasados, según la distribución del tiempo y edades del linaje humano, conforme a lo que quiso ordenar y disponer la divina sabiduría, obrando Dios en confirmación de ello muchos portentos y señales maravillosas, de las cuales he referido ya algunas.

Porque no sólo se vieron ángeles y se oyeron hablar los ministros del cielo, sino que también los hombres siervos de Dios, con sola su fe sencilla, lanzaron los espíritus inmundos de los cuerpos y sentidos humanos, sanaron los defectos y enfermedades corporales; las bestias de la tierra y del agua, las aves del cielo, los árboles, elementos y estrellas obedecieron la divina palabra, cedieron los infiernos, resucitaron los muertos, sin contar los milagros propios y peculiares del mismo Salvador, especialmente el de su Nacimiento y Resurrección, de los cuales, en el primero, nos mostró claramente el misterio de la virginidad de su Madre, y en el segundo, un ejemplo de los que al fin han de resucitar. Este es el camino que limpia y purifica a todo hombre, y le dispone, siendo mortal, por todas las partes de que consta, a la inmortalidad. Pues para que no fuese necesario buscar una purificación para la parte que llama Porfirio intelectual, y otra para la que llama espiritual, y otra para el mismo cuerpo, por eso se vistió de todo el verdadero y poderoso Purificador y Salvador. Fuera de este camino, el cual nunca faltó al, género humano, ya cuando se predicaba que habían de suceder estos prodigios, ya cuando nos predican que han sucedido, nadie se libró, nadie se libra, nadie se librará. Sobre lo que dice Porfirio que no ha llegado aún a su noticia por medio de alguna historia el camino general para libertar el alma, ¿qué puede haber más ilustre que esta historia que con tan relevante autoridad se ha divulgado por todo el mundo? ¿O cuál más fiel o verdadero, donde de tal modo se refieren

los sucesos pasados, que se dicen también los futuros, de los cuales vemos muchos cumplidos, y los que restan esperamos también, sin duda, que se cumplirán? Porque no puede Porfirio ni otros cualesquiera platónicos, aun por lo tocante a este camino, despreciar la adivinación o predicción como cosas terrenas y que pertenecen a esta vida mortal como con razón hacen con otros vaticinios y predicaciones de cualesquiera asunto y arte.

Pues aseguran que estas adivinaciones no fueron de hombres ilustrados, y que no debe hacerse caso de ellas, y dicen bien. Porque se efectúan, o por el conocimiento que se tiene de las causas inferiores, así como por el arte de la medicina, por medió de algunas señales antecedentes se pronostican varios sucesos que han de sobrevenir al enfermo, o los espíritus inmundos adivinan las cosas que tiene ya trazadas y dispuestas, y en los corazones y gusto de los impíos hacen que a lo hecho cuadre y corresponda lo dicho, o a lo dicho, lo hecho, para adquirir de algún modo derecho y acción en la imbécil materia de la humana fragilidad. Pero los varones santos que se dirigieron por este camino general, por donde se libran las almas, no procuraron profetizar semejantes sucesos como grandes, aunque no los ignorasen y los dijesen muchas veces para hacerlos creer que no debía estimarse ni dar a entender el sentido humano ni hacer después con facilidad la experiencia de ellos.

Pero otras obras eran verdaderamente grandes y divinas, las cuales, según se les permitía, conocida la divina voluntad, anunciaron que habían de suceder. Porque la venida de Jesucristo hecho hombre, y todo lo que por este gran Señor claramente sucedió y se cumplió en su nombre, la penitencia de los hombres y la conversión de sus voluntades a Dios, la remisión de los pecados y la gracia de la justicia, la fe de los piadosos y justos, y la multitud que por todo el mundo había de creer en el verdadero Dios, la ruina y des- trucción del culto de los ídolos y demonios, y el ejercicio con las tentaciones, la purgación de los aprovechados y la liberación de todo mal; el día del juicio, la resurrección de los muertos, la eterna condenación de los impíos y el reino eterno de la gloriosísima Ciudad de Dios que goza inmortalmente de su vista, todo está dicho y prometido en las Escrituras, hablando de este verdadero camino, del que vemos tantas cosas cumplidas, que piadosamente creemos que han de suceder así las demás.

Y que la rectitud de este camino que nos conduce directamente hasta ver a Dios y unirnos con Él eternamente está depositada en el archivo santo de la divina Escritura, con la misma verdad que se predica y afirma en ella; todos los que no lo creen, y por eso no lo entienden, pueden combatirlo pero no expugnarlo. Por lo que en estos diez libros, aunque menos de lo que esperaban algunos de mí, no obstante, he satisfecho el deseo de otros, cuanto ha sido servido de ayudarme el verdadero Dios y Señor, refutando las contradicciones de los impíos, que al Autor de la Santísima Ciudad, de la cual nos propusimos tratar, prefieren sus dioses. En los cinco primeros de estos diez libros escribo contra los que piensan que deben adorarse los dioses por los bienes de, esta tierra, y en los otros cinco, contra los que entienden que debe conservarse el culto de los dioses por la vida que ha de haber después de la muerte. Así que de aquí adelanté, como lo prometí en el libro I, con el favor de Dios, trataré lo que me pareciese necesario acerca del nacimiento, progreso y debidos fines de las dos Ciudades que dije que en el presente siglo andaban mezcladas y unidas una con otra.

LIBRO UNDECIMO PRINCIPIO DE LAS DOS CIUDADES ENTRE LOS ÁNGELES

CAPITULO PRIMERO

Parte de la obra donde se empiezan a demostrar los principios y fines de las dos Ciudades, esto es, de la celestial y de la terrena. Llamamos Ciudad de Dios aquella de quien nos testifica y acredita la Sagrada Escritura que no por movimientos fortuitos de átomos, sino realmente por disposición de la alta Providencia sobre los escritos de todas las gentes rindió a su obediencia, con la prerrogativa de la autoridad divina, la variedad de todos los ingenios y entendimientos humanos. Porque de ella está escrito: "Cosas admirables y grandiosas están profetizadas de ti, ¡oh Ciudad de Dios!": y en otro lugar: "Grande es, dice el Señor, y sumamente digno de que se celebre y alabe en la Ciudad de nuestro Dios y en su montesano, que dilata los contentos y alegría de toda la tierra"; y poco más abajo: "Así como lo oímos, así hemos visto cumplido todo en la Ciudad del Señor de los ejércitos, en la Ciudad de nuestro Dios; Dios la fundó eterna para siempre; y asimismo en otro salmo: "el ímpetu y avenida de las gentes, como unos ríos caudalosos han de alegrar y acrecentar la Ciudad de Dios, donde el soberano omnipotente Señor puso y santificó su Tabernáculo y asiento; y puesto que Dios está y habita en medio de ella, no se moverá ni faltará para siempre jamás" Por estos y otros testimonios semejantes, que sería demasiado prolijo referir, sabemos que hay una Ciudad de Dios, cuyos ciudadanos deseamos ser con aquella ansia y amor que nos inspiró su divino Autor.

Al Autor y Fundador de esta Ciudad Santa quieren anteponer sus dioses los ciudadanos de la Ciudad terrena, sin advertir que es Dios de los dioses, no de los dioses falsos, esto es, de los impíos y soberbios, que estando desterrados y privados de su inmutable luz, común y extensiva a toda clase de personas, y hallándose por este motivo reducidos a una indigente potestad, pretenden en cierto modo sus particulares señoríos y dominio, y quieren que sus engañados e ilusos súbditos los reverencien con el mismo culto que se debe a Dios, sino que es Dios de los dioses piadosos y santos, que gustan más de sujetarse a sí mismos a un solo Dios que sujetar a muchos a sí propios; adorar y venerar a Dios más que, ser adorados y reverenciados por dioses.

Pero ya hemos respondido a los enemigos de la Ciudad Santa cuanto nos ha sido posible, auxiliados, del poderoso favor de nuestro Señor y nuestro Rey en los diez libros pasados, y sabiendo al presente lo que se espera de mí, y acordándome de lo que prometí, principiaré a tratar, confiado en el auxilio eficaz del mismo Señor y Rey nuestro, lo mejor que alcanzaren mis fuerzas, del nacimiento, progresos y debidos fines de las dos Ciudades, celestial y terrena, de las que dijimos que andaban confundidas en este siglo de algún modo, y mezcladas la una con la otra; y en cuanto a lo primero, diré cómo procedieron los principios de ambas Ciudades en el en- cuentro y diferencia que tuvieron entre sí los ángeles.

CAPITULO II

Del conocimiento de Dios, a cuya noticia no llegó hombre alguno sino por el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Es asunto grande y muy singular el intentar sobrepujar con las limitadas fuerzas del entendimiento a todas las criaturas corpóreas e incorpóreas, y averiguado que son mudables, llegar a la alta contemplación de la inmutable sustancia de Dios, aprender de él y saber de su incomprensible sabiduría, cómo todas las criaturas que no son lo que él, no las crió otro que él. Porque no habla Dios con el hombre por medio de alguna criatura corporal, dejándose percibir de los oídos corporales, de forma que entre el que excita este sonido o eco y el que oye, se hiera el espacio intermedio del aire, ni tampoco por alguna criatura espiritual de las que se visten con representaciones de cuerpos, como en sueños, o de otro modo igual (pues también habla de esta manera como si hablara a los oídos corpóreos, porque habla como si tuviera cuerpo y como por interposición de espacio de lugares corporales), sino que habla Dios al hombre con la misma verdad cuando está dispuesto para oír con el espíritu, no con el cuerpo. Porque de esta forma habla a aquella parte del hombre, que en él, es lo más sublime y apreciable, y a la que sólo el mismo Dios le hace ventaja.

Para que con justa causa se entienda, o, si esto no es posible, a lo menos se crea que el hombre fue criado a imagen y semejanza de Dios, y sin duda según aquella parte se acerca más a Dios omnipotente, con la que él excede a sus partes inferiores, las cuales tiene también comunes con las bestias. Mas por cuanto la misma mente o alma donde reside naturalmente la razón e inteligencia, por causa de ciertos vicios reprensibles y envejecidos, está exhausta de fuerzas, no sólo para unirse con su Señor gozando de Dios, sino también para participar de la luz inmutable, hasta que, renovándose de día en día, y sanando de su mortal dolencia, se haga capaz de tanta felicidad, debió, ante todas cosas ser instruida en la fe, y así quedar purificada.

En cuya infalible creencia, para que con mayor confianza caminase al conocimiento de la verdad; la misma verdad, Dios, Hijo único del Altísimo, haciéndose hombre sin desprenderse de la divinidad, estableció y fundó la misma fe, para que tuviese el hombre una senda abierta para llegar a Dios por medio del Hombre Dios. Porque éste es el medianero entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús. Pues por la parte que es medianero es hombre y verdadero camino de salud. Porque si entre el que camina y el objeto adonde se camina es medio el camino, esperanza habrá de llegar; pero si falta o se ignora Por dónde ha de caminarse, ¿qué aprovecha saber adónde se ha de caminar? Así que sólo puede ser un camino cierto contra todos los errores el que una misma persona sea Dios y hombre: adonde se camina, Dios; por donde se camina, hombre.

CAPITULO III

De la autoridad de la Escritura canónica, cuyo autor es el Espíritu Santo Este Señor, habiéndonos hablado primero por los profetas, después por sí mismo y últimamente por los Apóstoles cuando le pareció conducente, ordenó también una santa Escritura que se llamó canónica, de grande autoridad, a quien damos fe y crédito sobre los importantes dogmas que importa que sepamos y que nosotros mismos no somos idóneos y suficientes para comprender.

Porque si podemos conocer, por nosotros mismos las cosas que no están distantes ni remotas de nuestros sentidos, así interiores como exteriores (por lo que obtuvieron su peculiar nombre las cosas presentes, porque decimos que están tan presentes, esto es, tan delante de los sentidos como está delante de los ojos, lo que cae bajo el sentido de la vista), sin duda que para saber las cosas que están, distantes de nuestros sentidos, porque no podemos saberlas por testimonio nuestro, tenemos necesidad de buscar otros testigos; y a aquellos creemos de cuyos sentidos sabemos que no están, o no estuvieron remotas las tales cosas.

Así que como en las cosas visibles que no hemos visto creemos a las personas que las vieron, y así en los demás objetos que pertenecen particularmente a cada uno de los sentidos corporales, de la misma manera en las cosas que se alcanzan y perciben con el entendimiento (porque él con mucha propiedad se dice sentido, de donde dimanó el nombre sentencia), quiero decir en las cosas invisibles que están distante de nuestro sentido exterior, es necesario que creamos a los que las aprendieron como están dispuestas en áquella luz incorpórea, o a los que las ven como están en ella.

CAPITULO IV

De la creación del mundo, que ni fue sin tiempo, ni se trazó con nuevo acuerdo que sobre ello tuviese Dios, como si hubiese querido después lo que antes no había querido Entre todos los objetos visibles, el mayor de todos es Dios. Pero que haya mundo lo vemos experimentalmente; y que haya Dios lo creemos firmemente. Que Dios haya hecho este mundo, a ninguno debemos creer con más seguridad en este punto que al mismo Dios; pero ¿dónde se lo hemos oído? Nosotros lo hemos oído y sabemos por el irrefragable testimonio de la Sagrada Escritura, donde dice su profeta: “Al principio crió Dios el cielo y la tierra.” Pero pregunto: ¿Se halló presente este profeta cuando hizo Dios el cielo y la tierra? No, por cierto; solamente se halló allí la sabiduría de Dios, por quien fueron criadas todas las cosas, la cual se comunica a las almas santas, las hace amigas y profetas de Dios, y a éstos en lo interior de su alma, sin estrépito ni ruido les manifiesta sus divinas obras e incomprensibles decretos.

A éstos también hablan los ángeles de Dios: “Que ven siempre la cara del Padre Eterno, y anuncian su voluntad a los que conviene.” Entre éstos, fue uno el profeta que dijo y escribió: “Al principio crió Dios el cielo y la tierra”; quien es un testigo tan abonado para que con su testimonio debamos creer a Dios, que con el mismo espíritu divino con que conoció el singular arcano que se le reveló, con ese mismo anunció y vaticinó grandes misterios mucho tiempo antes de promulgarse esta nuestra santa fe.

Pero ¿por qué quiso Dios eterno e inmutable hacer entonces el cielo y la tierra, proyecto que hasta entonces no había realizado? Los que hacen esa pregunta, si son de los que entienden que el mundo es eterno sin ningún principio, y por lo mismo quieren y opinan que no le hizo Dios, se apartan infinito de la verdad, y, alucinados con la mortal flaqueza de la impiedad, desvarían como frenéticos, porque, además de las expresiones y testimonios de los profetas, el mismo mundo, con su concertada mutabilidad y movilidad y con la hermosa presencia de todas las cosas visibles, entregándose al silencio en cierto modo, proclama y

da voces que fue hecho, y que no pudo serlo sino por la poderosa mano de Dios, que inefable e invisiblemente es grande, e inefable e invisiblemente hermoso; pero si son los que confiesan que le hizo Dios, y, con todo quieren que no haya tenido principio en tiempo, sino sólo de creación, de manera que con un modo apenas concebible haya sido siempre hecho, éstos dicen lo bastante como para defender a Dios de una fortuita temeridad, para que no se entienda que de improviso le vino a la imaginación lo que nunca antes le había venido de criar el mundo, y que tuvo un nuevo querer, no siendo de algún modo mudable; sin embargo, no advierto cómo en las demás cosas se pueda salvar este modo de decir, especialmente en el alma, de la cual si dijeran que es coeterna de Dios, en ninguna manera podrán explicar de dónde le sobrevino la nueva miseria que jamás tuvo antes eternamente.

Porque si dijeren que hubo en todo tiempo alternativa entre su miseria y bienaventuranza, es necesario que digan también que siempre estará en esta alternativa, de que deducirán un absurdo; pues aun cuando digan que es bienaventurada en esto, a lo menos no lo será si antevé su futura miseria y torpeza, y si no la prevé ni piensa que ha de ser miserable, sino siempre bienaventurada, con falsa opinión es bienaventurada, que no puede decirse expresión más necia. Y si imaginan que infinitos siglos atrás existió siempre esta alternativa entre la bienaventuranza y la miseria del alma, pero que en adelante, habiéndose ya libertado, no volverá a la miseria; con todo, confesarán por necesidad que nunca, fue verdaderamente bienaventurada, sino que en adelante empieza a serlo con una nueva y no engañosa bienaventuranza, y, por consiguiente, han de decir que le sucede algo nuevo extraordinario que nunca eternamente en lo pasado le sucedió.

Y si negaren que la causa de esta novedad estuvo en el eterno consejo de Dios, negarán también con esto que es el autor de su bienaventuranza, que es una impiedad abominable. Y si dijeren que él, con nuevo acuerdo, trazó que en adelante el alma para siempre fuese bienaventurada, ¿cómo demostrarán que en Dios no hay aquella mutabilidad, que es también contra la opinión de ellos? Y si confiesan que fue criada en el tiempo, pero que en lo sucesivo en ningún tiempo ha de perecer, como el número que tiene verdadero principio y no tiene fin, y que por eso, habiendo una vez experimentado la miseria, si se librase de ella nunca jamás vendrá a ser miserable; por lo menos, no pondrán duda en que esto se hace, quedando en su constancia la inmutabilidad del consejo de Dios. Así pues, crean también que pudo el mundo hacerse en el tiempo y que no por eso en hacerle mudó Dios su eterno consejo y voluntad.

CAPITULO V

Que no deben imaginarse infinitos espacios de tiempo antes del mundo, como infinitos espacios de lugares Asimismo es indispensable que sepamos responder a los que confiesan a Dios por autor y criador del mundo, y, sin embargo, preguntan y dudan acerca del tiempo del principio del mundo, y qué es lo que nos responden sobre el lugar del mundo. Porque de la misma manera se pregunta: ¿por qué razón se hizo entonces y no antes?, como puede preguntarse: ¿por qué fue hecho donde existe, y no en otra parte? Pues si imaginan infinitos espacios de tiempo antes del mundo, en los cuales opinan que no pudo Dios estar ocioso sin empezar la obra, piensan asimismo fuera del mundo infinitos espacios de tiempo antes del mundo, en los cuales opinan que no pudo Dios estar ocioso sin empezar la obra, piensan

asimismo fuera del mundo infinitos espacios de lugares, en los cuales, si alguno dijere que no pudo estar ocioso Dios todopoderoso, pregunto: ¿no se infiere de tal antecedente que le será forzoso soñar con Epicuro innumerables mundos, disintiendo con él solamente en que dice éste que se forman con los fortuitos movimientos de los átomos, y los otros dirán que los hizo Dios si quieren que no esté ocioso, por la interminable inmensidad de Iugares que hay por todas partes fuera del mundo, y que estos tales mundos, como sienten de éste por ninguna causa podrán deshacerse? ¿Por qué disputamos ahora con los que sienten con nosotros que Dios es incorpóreo y criador de todas las naturalezas que no son lo que es este gran Señor? Pues dar entrada en esta controversia de religión a los que defienden que se debe el culto de los sacrificios a muchos dioses sería cosa muy exorbitante e indigna.

Estos filósofos excedieron a los demás en fama y autoridad, porque, aunque con notable distancia, no obstante se aproximaron más que los otros a la verdad. O acaso han de decir que la substancia de Dios (la cual ni la incluyen, ni determinan, ni la extienden en lugar, sino que la confiesan, como es razón sentir de Dios, que está en todas partes con la presencia incorpórea), ¿han de decir, digo, que está ausente de tantos y tan inmensos espacios de lugares como hay fuera del mundo, y que está ocupada solamente en un lugar, y aquél, en comparación de aquella infinidad e inmensidad, tan pequeño como es el lugar donde está este mundo? No presumo que piensen tales disparates. Confesando, pues ellos que existe un mundo, el cual aunque de inmensa grandeza corpórea, con todo, dicen que es finito y determinado en su lugar, y hecho por mano de Dios; lo que responden a la cuestión sobre los infinitos lugares constituidos fuera del mundo, porque Dios en ellos cesa de obrar y está ocioso, eso mismo respóndanse a sí mismo en la controversia sobre los infinitos tiempos antes del mundo, porque, Dios cesó de obrar en ellos y estuvo ocioso. Y así como, no se infiere, ni es consecuencia legítima, que por casualidad; más bien qué por alta disposición y razón divina, haya Dios criado y colocado el mundo en este lugar en donde existe y no en otro (pues habiendo por todas partes infinitos lugares igualmente desembarazados y patentes, pudo escoger éste sin que hubiese en él ninguna prerrogativa o excelencia particular, aunque esta misma disposición y razón divina por qué así lo hizo no la pueda comprender ningún entendimiento humano).

Así tampoco se infiere ni es consecuencia que entendamos haya sucedido a Dios algún suceso por acaso y fortuitamente que le nioviera a criar el mundo más en aquel tiempo que antes, habiendo pasado igualmente los tiempos anteriores por infinito espacio atrás sin haber diferencia alguna por la que en la elección que se pudiese preferir un tiempo a otro. Y si dijeren que son vanas las imaginaciones de los hombres con que piensan infinitos Iugares, no habiendo otro lugar fuera del mundo, les respondemos que de esa manera opinan vanamente los hombres sobre los tiempos pasados en que estuvo Dios ocioso, no habiendo habido tiempo antes de la creación del mundo.

CAPITULO VI

Que el principio de la creación del mundo y el principio de los tiempos es uno, y que no es uno antes que otro Porque si bien se distinguen la eternidad y el tiempo, en que no hay tiempo sin alguna instabilidad movible, ni hay eternidad que padezca mudanza alguna, ¿quién no advierte que no hubiera habido tiempos si no se formara la criatura que mudara

algunos objetos con varias mutaciones, de cuyo movimiento y mudanza (como va a una y otra parte, que no pueden estar juntas, cediendo y sucediéndose en espacios e intervalos más cortos o más largos de pausas y detenciones) se siguiera y resultara el tiempo? Así que, siendo Dios, en cuya eternidad no, hay mudanza alguna, el que crió y dispuso los tiempos, no advierto cómo puede decirse que crió el mundo después de los espacios de los tiempos; si no es que digan que antes del mundo hubo ya alguna criatura con cuyos movimientos corriesen los tiempos.

Y si las sagradas letras (que son sumamente verdaderas) dicen "que al principio hizo Dios el cielo y la tierra", de modo que no hizo otra cosa primero, porque dijeran antes lo que había hecho si hiciera algo antes de todas las cosas que hizo; sin duda que el mundo no se hizo en el tiempo, sino con el tiempo. Porque lo que se hace en el tiempo se hace después de algún tiempo y antes de algún tiempo; después de aquel que ha pasado y antes de aquel que ha de venir: pero no podía haber antes del mundo algún tiempo pasado, porque. no había ninguna criatura con cuyos mudables movimientos fuera sucediendo. Hízose el mundo con el tiempo, pues en su creación se hizo el movimiento mudable, como parece se representa en aquel orden de los primeros seis o siete días, en que se hace mención de la mañana y tarde, hasta que todo lo que hizo Dios en estos días se acabó y perfeccionó al día sexto, y al séptimo, con gran misterio, se nos declara que cesó Dios. Y el querer imaginar nosotros cuáles son estos días, o es asunto sumamente arduo y dificultoso, o imposible, cuanto más el querer decirlo.

CAPITULO VII

De la calidad de los primeros días, porque antes que se hiciese el sol se dice que tuvieron tarde y mañana Por cuanto advertimos que los días ordinarios y conocidos no tienen tarde sino respecto del ocaso, ni mañana sino respecto del nacimiento del sol; sin embargo, los tres primeros de la creación pasaron sin sol; el cual se dice en la Escritura que fue hecho el cuarto; y aunque se refiere que primeramente se hizo la luz con la palabra de Dios, y que Dios la dividió y distinguió de las tinieblas, dando por nombre peculiar a la luz, día, y a las tinieblas, noche; cuál sea aquella luz, cuál sea su movimiento alternativo, y cuál la mañana y tarde que hizo, está bien lejos de nuestros sentidos; ni podemos comprender del modo que es, lo que sin embargo ciertamente debe creerse.

Porque o hemos de decir que hay alguna, luz corpórea, ya sea en las partes superiores del mundo, muy distantes de nuestra vista, ya sea aquella con que después se encendió el sol; o hemos de decir que por el nombre de luz se entiende y significa la Ciudad Santa, que constituyen y componen los santos ángeles y espíritus bienaventurados, de la cual dice el Apóstol: "La Jerusalén que está arriba, nuestra madre, es eterna en los cielos"; y en otro lugar dijo: "Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día, no somos hijos de la noche, ni de las tinieblas." Con todo, en este día se incluye también la tarde y la mañana en cierto modo, porque la ciencia de la criatura en comparación de la ciencia del Criador, en alguna manera se hace tarde, y asimismo esta misma se hace mañana cuando se refiere a la gloria y amor de su Criador; pero jamás se convierte en noche, cuando no se deja al Criador por el amor a la criatura. Finalmente, refiriendo la Escritura por su orden los días primeros de la creación, jamás interpuso el nombre de noche; pues en ningún lugar, dice, hizo la noche,

sino hízose la tarde, e hízose la mañana, un día o el primer día; y así del segundó y de los demás. Porque el conocimiento de la criatura en sí misma está más oscuro y descolorido (por decirlo así) que cuando se conoce en la sabiduría de Dios, como en un modelo y arte de donde se hizo.

Y así más propiamente puede llamarse tarde que noche; la cual tarde, sin embargo, como he insinuado, cuando se refiere para alabar y amar a su Criador, viene a parar en mañana. Todo lo cual, cuando se realiza en el conocimiento de sí mismo, se hace el primer día; cuando en el conocimiento del firmamento, que hay entre las aguas superiores e inferiores y se llama cielo, se hace el segundo día; cuando en el conocimiento de la tierra, mar y de todas las plantas que en la tierra producen semilla y fruto, el tercero día; cuando en el conocimiento de los luminares mayor y menor, y de todas las estrellas, el cuarto día; cuando en el conocimiento de todos los animales del agua y volátiles, el quinto día; cuando en el conocimiento de todos los animales terrestres y del mismo hombre, el día sexto.

CAPITULO VIII

Cómo ha de entenderse el descanso de Dios cuando después de las obras de los seis días descansó el séptimo Pero cuando descansa Dios de todas sus obras al séptimo día, y le santifica, no debe entenderse materialmente como si Dios hubiese padecido alguna fatiga o cansancio ideando y ejecutando tan grandes maravillas en estos días, puesto que dijo y se hicieron todas las cosas con la virtud de sola su palabra inteligible y sempiterna, no sonora y temporal; sino que el descanso de Dios significa el de los que descansan en Dios, así como la alegría de la casa significa el júbilo de los que se alegran en ella, aunque no los cause contento la misma casa, sino algún otro objeto deleitable.

Cuánto más si la misma casa, con su hermosura, alegra a los moradores de ella; de manera que no sólo se llama alegre por aquella figura con que significamos lo contenido por lo que contiene (así como decimos que los teatros aplauden y los prados braman, cuando en los unos aplauden los hombres, y en los otros braman los bueyes), sino también por aquella con que se significa el efecto por la causa eficiente, así como decimos la carta festiva, significando la alegría de los que se llenan de júbilo leyéndola.

Así que convenientisimamente cuando la autoridad profética dice que descansó Dios, se significa el descanso de los que en él descansan, y los que el mismo Seflor hace descansar; prometiendo también esto a los hombres con quienes habla la profecía, y por quienes se escribió ciertamente que también ellos, después de las buenas obras que en ellos y por medio de ellos obra Dios, si acudieren y llegaren a él en esta vida en algún modo con la fe, tendrán en él perpetuo descanso. Porque esto se figuró también conforme al precepto de la ley, con la vacación y fiesta del sábado en el antiguo pueblo de Dios, y así me parece que debemos tratar de ello más particularmente en su propio lugar.

CAPITULO IX

Qué es lo que debemos sentir de la creación de los ángeles, según la Sagrada Escritura Porque me he propuesto al presente la idea de tratar del principio y nacimiento de la Ciudad Santa, y me ha parecido conducente exponer en primer lugar todo lo que pertenece a los santos ángeles, que son parte no sólo grande de esta ciudad, sino también la más bienaventurada, en cuanto jamás ha sido peregrina; procuraré explicar, con el auxilio de Dios, lo que pareciere bastante sobre lo que nos dice acerca de esta materia la Sagrada Escritura. Y aunque es verdad que donde trata de la creación del mundo no nos dice clara y distintamente si crió Dios a los ángeles, o con qué orden los crió, sin embargo, puesto que no dejó de hacer mención de ellos, o los significó con el nombre de cielo cuando dijo: "al principio hizo Dios el cielo y la tierra"; o bajo el nombre de esta luz de que voy hablando.

Y no omitió el hacer mención de ellos se infiere, porque dice que descansó Dios el séptimo día de todas las maravillosas obras que hizo, habiendo principiado de este modo el divino libro: "Al principio hizo Dios el cielo y la tierra", como si antes de la creación del cielo y la tierra al parecer no hubiese hecho otra cosa. Así, que, habiendo empezado por el cielo y la tierra, y la tierra que formó en primer lugar, como dice a continuación la Sagrada Escritura, siendo entonces invisible e informe, y como no hubiese criado aún la luz, opacas tinieblas se extendiesen sobre el abismo, esto es, sobre alguna indistinta confusión de tierra y agua (pues donde no hay luz es necesario que haya tinieblas) y después, habiendo dispuesto la creación especial de todas las cosas, que refiere haber acabado y perfeccionado en los seis días, ¿cómo había de dejar a los ángeles, como si no se incluyeran en las obras de Dios, de las que descansó al séptimo día? Y que Dios crió a los ángeles (aunque aquí no omitió el decirlo, sin embargo, no lo especificó particularmente con toda claridad), en otro lugar lo indica expresamente el sagrado texto; pues hasta en el himno que cantaron los tres mancebos en el horno de fuego, diciendo: "Alabad y bendecid todas las obras del Señor al Señor"; enumerando esas obras divinas hace asimismo mención de los ángeles. Y en el salmo se canta: "Alabad al Señor vosotros que estáis en los cielos; alabadle toda la milicia de los espíritus celestiales; alabadle, Sol y Luna; alabadle todas las estrellas y astros luminosos; alabadle los más encumbrados e ilustres cielos; todas las aguas y raudales cristalinos que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor; porque El es el autor y criador de todos; con sola su divina palabra se hicieron todas las cosas, y con mandarlo se criaron."

También nos manifiesta aquí con toda evidencia el Espíritu Santo que Dios crió los ángeles, pues habiéndolos referido y numerado entre las demás criaturas del cielo, concluye y dice: "porque El es el autor y criador de todas, con sola su divina palabra se hicieron, y con mandarlo se criaron". ¿Y quién será tan necio que se atreva a imaginar que crió Dios los ángeles después de criar todos los seres comunes que se refieren en los seis días? Pero cuándo haya alguno tan idiota y poco instruido, convencerá su vanidad aquella expresión de la Escritura que tiene igual autoridad infalible, donde dice Dios: "Cuando hice las estrellas me alabaron con grandes aclamaciones todos los ángeles."

Luego había ya ángeles cuando crió las estrellas, las que formó en el cuarto día. ¿Diremos acaso que los hizo al tercero día? Ni por pensamiento, porque es indudable cuanto obró en este día dividiendo la tierra de las aguas y repartiendo a cada uno de estos dos elementos sus especies de animales, produciendo al mismo tiempo que la tierra todo lo que está plantado en ella. ¿Acaso diremos que al segundo? Tampoco, porque en él hizo el

firmamento entre las aguas superiores e inferiores, al cual llamó cielo, y en él crió las estrellas al cuarto día. Luego si los ángeles pertenecen a las obras que Dios hizo en estos días, son, sin duda, aquella luz refulgente que se llamó día; el cual, para recomendarnos y darnos a entender que fue uno, no le llamó día primero, sino uno.

Mas ni por eso hemos de inferir que es otro distinto el día segundo o el tercero o los demás, sino que el mismo uno se repite por cumplimiento del número senario o septenario, para darnos individual noticia del senario y septenario conocimiento, es decir: el senario, de las maravillosas obras que Dios hizo; y el septenario, en el que Dios descansó. Porque cuando dijo Dios: "hágase la luz, y se hizo la luz", si se entiende bien en esta luz la creación de los ángeles, sin duda que los hizo partícipes de la luz eterna, que es la inmutable sabiduría de Dios, por quien fueron criadas todas las cosas, a quien llamamos el unigénito de Dios para que, alumbrados con la luz sobrenatural que fueron criados, se hicieran luz y se llamaran día, por la participación de aquella inmutable luz y día, que es el Verbo divino, por quien ellos y todas las cosas fueron criadas. Porque la luz verdadera que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo, ésta también alumbra a todos los ángeles puros y limpios para que sean luz, no en sí mismos, sino en Dios, de quien si se separa el ángel se hace inmundo, como todos los que se llaman espíritus inmundos, que no son ya luz en el Señor, sino tinieblas en sí mismos, privados de la participación de la luz eterna. Porque el mal no tiene naturaleza alguna, sino que la pérdida del bien recibió el nombre de mal.

CAPITULO X

De la simple e inmutable trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios, en quien no es otro la cualidad y otro la substancia Así que el bien que es Dios es solamente simple, y por eso inmutable. Por este sumo bien fueron criados todos los bienes, pero no simples, y por lo mismo mudables. Fueron criados, digo, esto es, fueron hechos, no engendrados; pues lo que se engendró del bien simple, es del mismo modo simple, lo mismo que aquel de que se engendró, cuyas dos cualidades o esencias llamamos Padre e Hijo, y ambos con su Espíritu es un solo Dios, el cual Espíritu del Padre y del Hijo se llama en la Sagrada Escritura Espíritu Santo, con una noción propia de este nombre.

Sin embargo, es otro distinto que el Padre y el Hijo, porque ni es el Padre ni es el Hijo; otro he dicho, pero no otra substancia, porque también éste es del mismo modo simple, bien inmutable y coeterno. Y esta Trinidad es un solo Dios, no dejando de ser simple porque es Trinidad. Y no llamamos simple a la naturaleza del bien, porque está en ella sólo el Padre, o sólo el Hijo, o sólo el Espíritu Santo, mediante a que no está sola esta Trinidad de nombres sin subsistencia de personas, como entendieron los herejes sabelianos, sino que se llama simple porque todo lo que tiene eso mismo es, a excepción de que cada una de las personas se refiere a otra, porque, sin duda, el Padre tiene Hijo, y con todo, él no es el Hijo, y el Hijo tiene Padre, y con todo, él no es Padre.

En lo que se refiere a sí mismo y no a otro, eso es lo que tiene; como a sí mismo se refiere el viviente porque tiene vida, y él mismo es la vida. Así que se dice naturaleza simple aquel a quien no sucede tener cosa alguna que pueda perder, o en quien sea una cosa el que lo tiene y otra lo tenido; asi como el vaso que tiene algún licor, o el cuerpo que tiene color, o

el aire, la luz o calor, o cómo el alma, que tiene la sabiduría; porque ninguna de estas cualidades es aquello que en sí tiene pues el vaso no es el licor, ni el cuerpo es el color, ni el aire la luz o el calor, ni el alma la sabiduría. De donde resulta que pueden privarse también de los objetos que tienen, y convertirse y transformarse en otros hábitos y cualidades; de modo que el vaso se desocupe del licor de que estaba lleno, y el cuerpo pierda el color; el aire se oscurezca o refresque; y el alma deje de saber.

Pero si el cuerpo es incorruptible, como lo es el, que se promete a los santos en la resurrección, aunque es cierto que tiene aquella inadmisible cualidad de la misma incorrupción, no obstante, quedando la sustancia corporal en su natural ser, no se identifica con la incorrupción, porque ésta está toda particularmente esparcida por todas las partes del cuerpo, y no es rnayor en una parte y menor en otra, porque ninguna parte es más incorrupta que la otra; mas el mismo cuerpo es mayor en el todo que en la parte, y siendo en él una parte mayor y otra menor, la que es mayor no es más incorrupta que la que es menor.

Así que una cosa es el cuerpo que no se halla todo en cualquiera parte suya, otra cosa es la incorrupción, la cual en cualquiera parte suya está todo; porque cualquiera parte del cuerpo incorruptible, aun la desigual a todas las demás, es igualmente incorrupta. Porque supongamos, v. gr, no porque el dedo es menor que toda la mano, por esto es más incorruptible la mano que el dedo; así pues, siendo desiguales la mano y el dedo, sin embargo, es igual la incorruptibilidad de la mano y la del dedo; y, consiguientemente, aunque la incorrupción sea inseparable del cuerpo incorruptible, una cosa es la substancia que se llama cuerpo y otra su cualidad de incorruptible. Y por eso también no es así la prenda que tiene. Igualmente la misma alma, aunque sea también sabia, como lo será cuando se librare para siempre de la presente miseria, aunque entonces será sabia para siempre, con todo, será sabia por la participación de la sabiduría inmutable, la cual no es lo mismo que ella.

Porque tampoco el aire, aunque nunca se despoje de la luz que le ilumina, la cual no lo digo como si el alma fuese aire, según imaginaron algunos que no pudieron penetrar y comprender la naturaleza incorpórea, sino porque estas cosas, respecto de aquéllas, con ser todavía tan diversas y desiguales, tienen Cierta semejanza; de modo que muy al caso se dice que así se ilumina el alma incorpórea con la luz incorpórea de la simple sabiduría de Dios, como se ilumina el cuerpo del aire con la luz corpórea, y así como se oscurece cuando le desampara esta luz (porque no son otra cosa las que llamamos tinieblas de los espacios corporales que el aire que carece de luz), de la misma manera se oscurece y cubre de tinieblas el alma privada de la luz de la sabiduna. Así que por esto se llaman aquellas cosas simples, las cuales principalmente y con verdad son divinas; porque no es en ellas una cosa la cualidad y otra la sustancia, ni son por participación de otras divinas, o sabias o bienaventuradas. Con todo, en la Sagrada Escritura se llama múltiple y vario el espíritu de la sabiduría, porque contiene en sí muchos objetos admirables; pero los que tiene, éstos también es él, y es uno todos ellos.

Porque no son muchas, sino una la sabiduría, donde residen los inmensos e infinitos tesoros de las cosas inteligibles, en las cuales existen todas las causas y razones invisibles e inmutables de las cosas, aun de las visibles y mudables, las cuales fueron hechas y criadas

por ésta. Porque Dios no ejecutó operación alguna ignorando lo que debía de hacer, lo cual no puede decirse propiamente de cualquier artífice. Y si sabiendo hizo todas las cosas, hizo sin duda las que sabía. De lo cual ocurre al entendimiento una idea maravillosa, aunque verdadera: que nosotros no podíamos tener noticia de este mundo, si no existiera; pero si Dios no tuviera noticia de él, era imposible que fuera.

CAPITULO XI

Si hemos de creer que los espíritus que no perseveraron en la verdad participaron de aquella bienaventuranza que siempre tuvieron los santos ángeles desde su principio Lo cual, siendo innegable en ninguna manera aquellos espíritus que llamamos ángeles fueron primero tinieblas por algún espacio de tiempo, sino que luego que fueron criados los crió Dios luz; con todo, no fueron criados sólo para que fuesen como quiera y viviesen como quiera, sino que también fueron iluminados para que viviesen sabia y felizmente.

Desviándose algunos de esta ilustración divina, no solamente no llegaron a conseguir la excelencia de la vida sabia y bienaventurada (la cual, sin duda, no es sino la eterna y muy cierta y segura de su eternidad), pero aun la vida racional, aunque no sabia, sino ignorante y destituida de razón, la tienen de manera que no la pueden perder, ni aun cuando quieran. Y cuánto tiempo fueron partícipes de aquella sabiduría eterna antes que pecasen, ¿quién lo podrá determinar? Sin embargo, ¿cómo podremos decir que en esta participación éstos fueron iguales a aquéllos, que son verdadera y cumplidamente bienaventurados porque en ninguna manera se engañan, sino que están ciertos de la eternidad de su bienaventuranza? Pues si en ella fueran iguales, también éstos perseveraran en su eternidad igualmente bienaventurados, porque estaban igualmente ciertos.

Pues así como la vida se puede decir vida, entretanto que durare, no así podrá decirse con verdad la vida eterna si ha de tener fin; por cuanto la vida sólo, se llama vida si se vive; y eterna, si no tiene fin. Por lo cual, aunque no todo lo que es eterno es bienaventurado (porque también el fuego del infierno se llama eterno), con todo, si verdadera y perfectamente la vida bienaventurada no es sino eterna, no era tal la vida de éstos, porque alguna vez se había de acabar; y, por lo tanto, no era eterna, ya supiesen esto, ya ignorándolo imaginasen otra cosa; porque el temor a los que lo sabían y el error a los que lo ignoraban no les permitían ser eternamente felices. Y si esto no lo sabían, de modo que no estribaban ni confiaban en cosas falsas o inciertas, ni se inclinaban con firme determinación a una parte ni a otra acerca de si su bien había de ser sempiterno, o alguna vez había de tener fin; la misma suspensión y duda sobre tan grande felicidad no tenía aquel colmo y plenitud de vida bienaventurada que creemos hay en los santos ángeles. Porque al nombre de vida bienaventurada no le queremos acortar y limitar tanto su significación, que sólo llamemos a Dios bienaventurado, quien sin embargo, de tal manera es verdaderamente bienaventurado, que no puede haber mayor bienaventuranza, en cuya comparación nada significa que los ángeles sean bienaventurados con una bienaventuranza suya, tanta cuanta en ellos puede haber.

CAPITULO XII

De la comparación de la bienaventuranza de los justos que no han alcanzado aun el premio de la divina promesa, con la bienaventuranza de los primeros hombres en el Paraíso antes del pecado Ni éstos solos por lo que toca a la naturaleza racional e intelectual se deben llamar bienaventurados: porque ¿quién se atreverá a negar que los primeros hombres en el Paraíso antes de caer en el pecado, fueron bienaventurados, aunque no estuviesen ciertos de su bienaventuranza, cuán larga había de ser, o si había de ser eterna; la cual, seguramente, hubiera sido eterna si no pecaran?

Pues sin reparo alguno llamamos hoy bienaventurados a los que viven justa y santamente con esperanza de la futura inmortalidad, sin culpa que les estrague la conciencia, consiguiendo fácilmente la divina misericordia para los pecados de la presente flaqueza humana, los cuales, aunque están ciertos del premio de su perseverancia, con todo, se hallan inciertos de ella; porque ¿qué hombre habrá que sepa que ha de perseverar hasta el fin en el ejercicio y aprovechamiento de la justicia, si no es que con alguna revelación se lo certifique el que no a todos da parte de este sublime arcano por justos y secretos juicios, aunque a ninguno engañe?

Así que por lo perteneciente al gusto y deleite del bien presente, más bienaventurado era el primer hombre en el Paraíso que cualquier justo existente en esta humana carne mortal; pero respecto a la esperanza del bien futuro, cualquiera que sabe con evidencia, no con opinión, sino con verdad cierta e inefable, que ha de gozar sin fin, libre de toda molestia, de la amable compañía de los ángeles en la participación del sumo Dios, es más bienaventurado con cualesquiera aflicciones y tormentos del cuerpo que lo era aquel hombre estando incierto de su caída en aquella grande felicidad del Paraíso.

CAPITULO XIII

Si de tal manera crió Diós a todos los ángeles con la misma felicidad, que ni los que cayeron pudieron saber que habían de caer, ni los que no cayeron, después de la ruina de los caídos, recibieron la presciencia de su perseverancia Por lo cual, podrá cualquiera fácilmente echar de ver que de lo uno y de lo otro resulta juntamente la bienaventuranza que con recto propósito desea la naturaleza intelectual, esto es, de gozar del bien inmutable y eterno que es Dios, sin ninguna molestia, y de saber que ha de perseverar en él para siempre, sin que duda alguna le tenga suspenso, ni error alguno le engañe.

De ésta piadosamente creemos que gozan los ángeles de la luz, y que no la tuvieron antes que cayesen los ángeles pecadores que por su malicia fueron privados de aquella luz, lo colegimos por consecuencia; con todo, se debe creer o ciertamente que si vivieron antes del pecado, tuvieron alguna bienaventuranza, aunque no la presciencia de si habían de perseverar. Y, si parece cosa dura el creer, que cuando Dios crió a los ángeles, a unos los crió de modo que no tuvieron la presciencia de su perseverancia o de su caída, y a otros los crió de manera que con verdad cierta e inefable conocieron la eternidad de su bienaventuranza, sino que a todos desde su principio los crió con igual felicidad, y que así estuvieron hasta que éstos, que ahora son malos, por su voluntad cayeron de aquella luz de la suma bondad; sin duda, que es más duro de creer que los santos ángeles estén ahora

inciertos de su eterna bienaventuranza, y que ellos de sí mismos ignoren lo que nosotros pudimos alcanzar y conocer de ellos por la divina Escritura.

Porque ¿qué católico cristiano ignora que no ha de haber ya ningún nuevo demonio de los buenos ángeles, así como tampoco el demonio ha de volver ya más a la sociedad de los ángeles buenos? Porque, prometiendo en el Evangelio, a los santos fieles, que serán iguales a los ángeles de Dios, asimismo les ofrece que irán a gozar de la vida eterna; y si es cierto que nosotros estamos seguros de que jamás hemos de caer de aquella inmortal bienaventuranza, y ellos no lo están, seremos necesariamente de mejor condición que ellos, y no iguales; mas porque de ningún modo puede faltar la verdad de que seremos iguales a ellos, sin duda ellos están también ciertos de su eterna felicidad. De la cual, porque los otros no estuvieron ciertos (porque no iba a ser eterna la felicidad, de la cual pudieran estar asegurados, pues había de tener fin), resta confesar que, o fueron desiguales, o si fueron iguales, después de la caída y ruina de ellos, alcanzaron los otros la ciencia cierta de su felicidad sempiterna.

A no ser que quiera decir alguno que lo que el Señor dice del demonio en el Evangelio: "que el demonio fue homicida desde el principio, y no perseveró en la verdad", debe entenderse de tal modo, que no sólo fue homicida desde el principio, esto es, desde el principio del linaje humano, o sea, desde que fue criado el hombre, a quien con engaños pudiese matar, sino también que desde el principio de su creación no perseveró en la verdad; por lo cual, nunca fue bienaventurado con los santos ángeles, no queriendo sujetarse a su Criador, y complaciéndose, por su soberbia, en su alta potestad, como si fuera propia, con lo cual quedó engañado y engañoso, pues quedó para siempre subyugado a la elevada potestad y omnipotencia del que es Todopoderoso; y el que cón suave sujeción no quiso conservar lo que verdaderamente es, con altivez y soberbia procura fingir lo que no es, para que así se entienda con más claridad lo que insinúa el Apóstol y Evangelista San Juan cuando dice "que el diablo peca desde el principio", esto es, desde que fue criado rehusó la justicia, la cual no puede caber sino en la voluntad piadosa y rendida a Dios.

Los que adoptan esta opinión, pregunto, ¿no sienten lo mismo con otros herejes, esto es, con los maniqueos, y si hay otras sectas pestilenciales que sostengan que tiene el demonio procedente como de un principio contrario a su propia naturaleza mala? Los cuales disparatan tan vanamente, que teniendo con nosotros y en nuestro abono la autoridad de estas palabras evangélicas, no advierten ni consideran que no dijo el Señor: "no tuvo verdad", sino "no perseveró en la verdad"; queriendo manifestar que cayó del conocimiento de la verdad, en la cual, seguramente, si perseverara participando de ella, perseveraría también, en la bienaventuranza con los santos ángeles.

CAPITULO XIV

Con qué frase o modo de hablar dice la Escritura del demonio que no perseveró en la verdad, porque no hay en él verdad Y añadió la razón, como si preguntáramos por dónde consta que no perseveró en la verdad y dice: "Porque no hay verdad en él." Y, sin duda, la hubiera en él si perseverára en ella. Esta causa está expuesta bajo un método de raciocinar

no muy corriente y usado, pues parece que suena así; no perseveró en la verdad porque no hay verdad en él, como si la causa de que no haya perseverado en la verdad fuera porque no hay verdad en él, siendo más bien la causa de no haber verdad en él en no haber permanecido en la verdad. Pero este mismo lenguaje hallamos también en el Salmo, donde dice: “Yo clamé porque me oíste; mi Dios.” Debiendo, al parecer, decir: Me oíste mi Dios porque clamé a ti. Pero habiendo dicho yo clamé, como si le preguntaran por qué señal demostró el haber clamado, manifestando el deseado efecto de haberle oído Dios, muestra, sin duda, el afecto de su clamor como si dijera: por esto doy a entender expresamente que he clamado, porque me habéis oído.

CAPITULO XV

Cómo ha de entenderse la autoridad de la Escritura: desde el principio peca el demonio La expresión que profiere San Juan hablando del demonio: “Desde el principio, el demonio peca”, no entiende que si es natural, de ningún modo es pecado. Pero ¿qué responderán a los testimonios incontrastables de los Profetas, o a lo que dice Isaías, significando al demonio bajo la persona del príncipe de Babilonia: “Cómo cayó Lucifer, que nacía resplandeciente de mañana”; o a lo que dice Ezequiel: “¿Estuviste en los deleites del Paraíso de Dios, adornado de todas las piedras preciosas?” De cuyos testimonios se deduce que estuvo alguna vez sin pecado, porque más expresamente le dice poco después: “Anduviste en tus días sin pecado.” Cuyas autoridades, puesto que no pueden entenderse de otra manera, vienen en confirmación de lo que se dice: que no perseveró en la verdad, para que lo entendamos de manera que estuvo en la verdad, pero que no perseveró en ella; y aquella expresión, que desde el principio el demonio peca, no desde el principio que fue criado se ha de entender que peca, sino desde el principio del pecado, porque de su soberbia resultó el haber pecado.

Ni lo que se escribe en el libro de Job hablando del demonio: “Esta es la primera o principal criatura que hizo el Señor para que se burlasen de él sus ángeles”, con lo que parece concuerda la expresión del real Profeta cuando dice: “Este dragón que formaste para que se burlen de él”, se debe entender de tal modo, que creamos que le crió desde el principio, para que los ángeles se burlasen de él, aunque después de cometido su execrable crimen, le ordenó Dios este castigo. Su principio, pues, es ser hechura del Señor; pues no hay naturaleza alguna, aun entre las más viles y despreciables sabandijas del mundo, que no la haya criado y formado aquel Señor de quien procede toda formación, toda especie y hermosura, todo el orden de las cosas, sin el cual no puede hallarse o imaginarse cosa alguna criada, cuanto más la criatura angélica que en dignidad de naturaleza excede a todas las demás que Dios crió.

CAPITULO XVI

De los grados y diferencias de las criaturas, las cuales de una manera se estiman respecto del provecho y utilidad, y de otra respecto del orden de la razón Entre las criaturas que son de cualquiera especie, y no son lo mismo que es Dios, por quien fueron criadas, se anteponen y aventajan las vivientes a las no vivientes, como también las que tienen facultad

de engendrar o apetecer a las que carecen de esta tendencia; y entre las que viven se anteponen las que sienten a las que no sienten, como a los árboles, los animales; y entre las que sienten se anteponen las que entienden a las que no entienden así como los hombres a las bestias; y entre las que entienden se anteponen las inmortales a las mortales, como los ángeles a los hombres.

Pero se anteponen así siguiendo el orden de la naturaleza; sin embargo, hay otros muchos modos de estimación, conforme a la utilidad de cada cosa; de que resulta que antepongamos algunas cosas insensibles a algunas que sienten, en tanto grado, que si pudiésemos, quisiéramos desterrarlas del mundo; ya sea ignorando el lugar que en él tienen, ya sea, aunque lo sepamos, posponiéndolas a nuestras comodidades e intereses. Porque ¿quién hay que no quiera más tener en su casa pan que ratones, dineros que pulgas? Pero ¿qué maravilla, citando aun en la estimación de los mismos hombres, cuya naturaleza es tan sublime, por la mayor parte se compra más caro un caballo que un esclavo, una piedra preciosa que una esclava? Así que donde hay semejante libertad en el juzgar, hay mucha diferencia entre la razón del que lo considera y la necesidad del que lo ha menester, o el gusto del que lo desea; puesto que la razón estima qué es lo que en sí vale cada cosa según la excelencia de la naturaleza; y la necesidad estima qué es aquel objeto por lo que le desea; buscando la razón lo que juzga por verdad la luz del entendimiento; y el deleite y gusto lo que es agradable a los sentidos del cuerpo. No obstante, tanto vale en las naturalezas racionales un como peso de la voluntad y amor, que aunque por la naturaleza se antepongan los ángeles a los hombres; con todo, por la ley de la justicia, los hombres buenos son preferidos y antepuestos a los ángeles malos.

CAPITULO XVII

Que el vicio de la malicia no es la naturaleza, sino que es contra la naturaleza; a quien no da ocasión o causa de pecar su Criador, sino su propia voluntad Por razón de la naturaleza, no por la malicia del demonio, inferimos que está con justa causa dicho: “Esta es la primera o principal criatura que hizo el Señor.” Porque, sin duda, donde no había vicio de malicia, procedió la naturaleza no viciada, y el vicio es contra la naturaleza, de manera que no puede ser sino en daño de la naturaleza. Así que no fuera vicio el apartarse de Dios, si a la naturaleza, cuyo vicio es el apartarse de Dios, no le correspondiese mejor el estar con Dios; por lo cual, aun la voluntad mala es gran testigo de la naturaleza buena. Pero Dios, así como es Criador benignísimo de las naturalezas buenas, así también justísimarnente ordena y dispone de las voluntades malas, porque cuando ellas usan mal de las naturalezas buenas, el Señor usa bien aun de las voluntades malas.

Por eso hizo que el demonio, que en cuanto es producción de su poderosa mano es bueno, y por su voluntad malo, habiéndole dispuesto y ordenado acá abajo, entre las cosas inferiores, fuese burlado por sus ángeles, esto es, que sacasen fruto y aprovechamiento de sus tentaciones los santos, a quienes desea y procura dañar con ellas. Y porque Dios, cuando le crió, sin duda, no ignoraba la malicia que había de tener, y preveía los bienes que el espíritu infernal había de sacar de su malicia, por este motivo dice el Salmo: “Este dragón que formaste para que le escarnezcan”, aun de que por el mismo hecho de haberle formado,

aunque por su bondad, bueno, se entienda que por su presciencia tenía ya prevenido y dispuesto cómo había de usar de él aunque fuese malo.

CAPITULO XVIII

De la hermosura del Universo, la cual, por disposición divina, campea aún más con la oposición de sus contrarios Dios no criara no digo yo a ninguno de los ángeles, pero ni de los hombres, que supiese con su soberana presciencia había de ser malo, si no tuviera exacta ciencia de los provechos que de ella habían de sacar los buenos; disponiendo de esta manera el orden admirable del Universo, como un hermoso poema, con sus antítesis y contraposiciones. Porque las que llamamos antítesis son muy oportunas y a propósito para la elegancia y ornamento de la elocuencia; y en idioma latino se distinguen con el nombre de oposición, o lo que con más claridad se dice, contraposición. No está recibido entre nosotros este vocablo, aunque también la lengua latina usa de esos artificios y adornos de la elocuencia, como los idiomas de todas las naciones.

Y el Apóstol San Pablo, con estas antítesis en su Epístola Segunda a los Corintios, suave y enérgicamente declara aquel lugar donde dice: “Mostrémonos armados de justicia y buenas obras, a diestro y siniestro, para que caminemos seguros por la gloria y por la ignominia; por la infamia y la buena fe: teniéndonos el mundo por embusteros, siendo hombres de verdad; por no conocidos, siendo, sin embargo, conocidos; por muertos perseverando vivos; por castigados, y no muertos; por tristes, estando siempre alegres; por pobres, enriqueciendo a muchos; como quien nada posee; poseyéndolo todo.” Así como contraponiendo los contrarios a sus contrarios se adorna la elegancia del lenguaje, así se compone y adorna la hermosura del Universo con una cierta elocuencia no de palabras, sino de obras, contraponiendo los contrarios. Con toda claridad nos enseña esta doctrina el Eclesiástico cuando dice: “Así como es contrario al mal el bien, y como es contraria la vida a la muerte, así es contrario al justo, el pecador y esta conformidad observarás en todas las admirables obras del Altísimo de dos en dos las cosas, una contraria a la otra.”

CAPITULO XIX

Qué debe sentirse de lo que dice la Sagrada Escritura que dividió Dios entre la luz y las tinieblas Así que aun cuando la oscuridad de la divina palabra sea también útil para adquirir exacto conocimiento de aquel Señor que produce verdades sensibles, y las saca a la luz del conocimiento, mientras uno la entiende de un modo y otro de otro (pero de tal manera que lo que se percibe en un lugar oscuro se confirme, o con el irrefragable testimonio de cosas claras y manifiestas, o con otros lugares que no admiten duda; ya sea porque revolviendo muchas cosas se viene a conseguir también la inteligencia de lo que sintió el autor de la Escritura; ya sea que aquel arcano, se nos oculte a nuestra escasa trascendencia y, sin embargo, con ocasión de tratar de la profunda oscuridad, se expresan algunas otras verdades); por consiguiente, no me parece absurda y ajena de las obras de Dios aquella opinión sobre si cuando crió Dios la primera luz se entiende que crió los ángeles; y que hizo distinción entre los ángeles santos y los espíritus inmundos, donde dice: “Dividió Dios la luz y las tinieblas, y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche.”

Porque sólo pudo distinguir estas cosas el que pudo saber primero que cayesen, que habían de caer; y que privados de la luz de la verdad habían de quedar en su tenebrosa soberbia. Porque entre este tan conocido día y noche, esto es, entre esta luz y estas tinieblas, mandó que las dividiesen estos luminares del cielo tan patentes a nuestros sentidos: "Háganse, dice, los luminares en el firmamento del cielo, para que den su luz sobre la tierra y dividan el día y la noche"; y poco después: "Hizo Dios, dice, dos luminares grandes, el luminar mayor para que presidiese al día, y el menor a la noche, y con ellos las estrellas, y los colocó en el firmamento del cielo para que difundiesen su luz sobre la tierra y fuesen señores del día y de la noche y para que dividiesen la luz y las tinieblas." Porque entre aquella luz, que es la santa congregación de los ángeles, y resplandece con la inteligible ilustración de la verdad y entre las contrarias tinieblas, esto es, entre aquellas abominables inteligencias de los ángeles malos que se desviaron de la luz de la justicia, aquel Señor pudo hacer división, a quien tampoco pudo estar oculta o incierta la futura malicia, no de la naturaleza, sino de la voluntad.

CAPITULO XX

De lo que dice después de hecha la distinción entre la luz y las tinieblas: "Y vio Dios que era buena la luz" Finalmente, tampoco debe pasarse en silencio que cuando dijo Dios: "Hágase la luz, y se hizo la luz", añadió en seguida: "Y vio Dios la luz que era buena"; no dijo estas expresiones después que hizo distinción entre la luz y las tinieblas, llamando a la luz día, y a las tinieblas noche; porque ninguno se persuadiese que le agradaban también aquellas tinieblas, como la luz. Pues cuando éstas son ya inculpables (entre las cuales y la luz que percibimos con nuestros ojos hacen distinción y división los luminares del cielo), no antes, sino después, se infiere claramente que vio Dios que era bueno "Y púsolos, dice, en el firmamento del cielo, para que difundiesen su luz sobre la tierra, presidiesen al día y a la noche, y dividiesen entre sí la luz y las tinieblas y vio Dios que era bueno."

Entonces ambos resplandecientes luminares le agradaron, porque ambos eran inculpables. Pero cuando dijo Dios "hágase la luz, y se hizo la luz"; sigue inmediatamente: "Y vio Dios la luz que era buena"; e infiere luego: "Separó Dios la luz de las tinieblas, y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche"; pero no añadió aquí: y vio Dios que era bueno, por no llamar buenos a ambas cosas, siendo la una de ellas mala, no por su naturaleza, sino por su propia culpa. Y por eso sólo agradó la luz a su Criador; mas las tinieblas angélicas, aunque las había de disponer en su respectivo lugar, sin embargo, no las había de aprobar.

CAPITULO XXI

De la eterna e inmutable ciencia y voluntad de Dios, con que todo lo que hizo en el Universo le agradó antes de hacerlo, como lo hizo después Porque ¿qué otra cosa debe entenderse en aquella expresión que frecuentemente repite: "Vio Dios que era bueno", sino la aprobación de la obra practicada conforme a la idea, que es la sabiduría de Dios? Porque es cierto que Dios no llegó a comprender entonces que la cosa era buena cuando la crió;

pues si no lo supiera, no hiciera cosa alguna de las que crió. Así que, cuando advierte que es bueno (lo cual si no lo hubiera visto antes de hacerlo, sin duda no lo hiciera), nos enseña y demuestra que aquello es bueno, mas no lo aprende. Platón se atrevió a decir más aún: que se llenó Dios de gozo luego que acabó de ejecutar la admirable obra de la creación del mundo. De cuya doctrina no hemos de inferir que procedía con tanta ignorancia que entendiese que se le había acrecentado a Dios alguna bienaventuranza con la novedad de su obra, sino que quiso manifestar con este su sentir que agradó a su artífice lo mismo que había hecho, como le había complacido en idea cuando lo pensaba hacer; no porque en modo alguno haya variedad en la ciencia de Dios, de suerte que sean diferentes en ella las cosas que aún no son de las que ya son y las que serán; pues no de la misma manera que nosotros prevé Dios lo que ha de ser, o ve lo presente, o mira lo pasado, sino con otra muy diferente de la que acostumbran nuestros discursos y pensamientos.

Pues el Señor no ve, discurriendo de uno en otro, mudando el pensamiento, sino totalmente de un modo inmutable; de forma que entre las cosas que se hacen temporalmente, las futuras aún no son, las presentes ya son, y las pasadas ya no son; pero Dios todas las comprende con una estable y eterna presciencia; no de una manera con los ojos y de otra con el entendimiento, porque no consta de alma y cuerpo; ni tampoco las comprende de un modo ahora y de otro después, pues su ciencia no se muda, como la nuestra, con la variedad del presente, pretérito y futuro: “En quien no hay mudanza ni sombra alguna de vicisitud.” Porque su conocimiento no pasa de pensamiento en pensamiento, sino que a su vista incorpórea están patentes y presentes juntamente todas las cosas que conoce; pues así comprende los tiempos sin ninguna temporal noción, como mueve las cosas temporales sin ninguna mudanza temporal suya. Así que entonces vio que era bueno lo que hizo, cuando vio que era bueno para hacerlo, y no porque lo vio hecho duplicó la ciencia o en alguna parte la acrecentó, como si tuviera menor ciencia primero que hiciese lo que veía, pues no obrara con tanta perfección si no fuera tan consumada su inteligencia, que sus obras no le puedan añadir cosa alguna.

Por lo cual, si a nosotros solamente se nos hubiera de significar quién crió la luz, bastara de- cir: hizo Dios la luz; pero si nos dijeran no solo quién la hizo, sino por qué medio la hizo, sería suficiente decir así: “Dijo Dios: hágase la luz, y se hizo la luz”, para que entendiéramos que no solamente hizo Dios la luz, sino que también la hizo por el Verbo; mas porque convenía que se nos intimasen tres cosas que debíamos saber sobre la creacion de la criatura racional, es a saber, quién la hizo, por quién la hizo, y por qué la hizo, por eso dice: “Dijo Dios: hágase la luz, y se hizo la luz, y vio Dios que la luz era buena.” Por este motivo, si quéremos saber quién la hizo, Dios; si por quién la hizo, dijo: hágase, e hizose; si por qué la hizo, porque era buena. No hay autor más excelente que Dios, ni arte más eficaz que la palabra de Dios; ni causa mejor que lo bueno para que lo criara Dios bueno. Esta causa dice Platón que es la justísima de la creación del mundo, para que por el buen Dios fueran hechas buenas obras, ya sea que esto lo hubiese leído, ya lo hubiese quizá entendido de los que lo habían leído, ya con su agudísimo y perspicaz ingenio hubiese llegado a tener conocimiento de las cosas invisibles de Dios, por medio de las criadas, ya las hubiese aprendido de los que las habían conocido.

CAPITULO XXII

De aquellos a quienes no satisfacen algunas cosas que hizo el buen Criador en la creación del Universo bien hechas, y juzgan que hay alguna naturaleza mala Pero la causa que hubo para criar las cosas buenas, que es la bondad de Dios, esta causa, digo, tan justa y tan idónea, que considera diligentemente, y piadosamente meditada y ponderada, resuelve todas las controversias de los que disputan acerca del principio y origen del mundo; algunos herejes no la comprendieron, porque advierten que a esta necesitada y frágil mortalidad, que procede del justo castigo, la ofenden muchas cosas que no la convienen; como el fuego, el frío, la ferocidad de las bestias u otras cosas semejantes, y no observan y consideran cuánto campean estas mismas en sus propios lugares y naturaleza; cuánta es la hermosura y orden de su disposición; cuánto todas ellas contribuyen por su parte con su hermosura y ornato a formar como una común república; y a nosotros mismos cuántas comodidades nos prestan, usando de ellas con congruencia y discreción, tanto, que los mismos venenos que son perniciosos por la inconveniencia, si convenientemente se aplican, se convierten en saludables medicamentos; y al contrario, cuán dañosos sean aún los objetos del mayor gusto y diversión, como la comida y la bebida, y esta luz, usando de ellas sin moderación y oportunidad.

Por lo que nos advierte la divina Providencia que no despreciemos neciamente las cosas, sino con diligencia procuremos saber la utilidad y provecho que tienen, y cuando nuestro ingenio limitado no lo comprendiese, creamos que está oculto, así como lo estaban algunas otras cosas que apenas pudimos descubrir; pues la utilidad que resulta del secreto, o sirva para ejercitar nuestra humildad o para quebrantar nuestra soberbia, puesto que no hay naturaleza que sea mala, y este nombre de malo no denota otra cosa que una privación de lo bueno. Sin embargo, desde las cosas terrenas hasta las celestiales, desde las visibles hasta las invisibles, algunas buenas son mejores que otras, a fin de que todas fuesen desiguales; pero Dios, artífice grande en las cosas grandes, no es menor en las pequeñas, cuya pequeñez no debe estimarse ni medirse por su grandeza (porque ninguna tienen), sino por la sabiduría del artífice; así como si al rostro de un hombre le rayasen una ceja, cuán cortísima porción seria lo que se le quitaría al cuerpo, y cuán grande a la hermosura, que consta, no de la grandeza, sino de la igualdad y dimensión de los miembros. Y verdaderamente no hay motivo para que nos admiremos que los que piensan que hay alguna naturaleza mala, nacida y propagada de un principio contrario suyo, no quieran admitir esta causa de la creación del mundo, es a saber: que Dios, siendo bueno, hizo cosas buenas; pues creen que forzado y compelido de la extrema necesidad, rebelándose contra él el mal, llegó a formar la fábrica del mundo; y que en la batalla, procurando reprimir y vencer el mal, vino a mezclar con él su naturaleza buena, la cual, habiendo quedado abominablemente profanada y cruelmente cautivada y oprimida con grandes molestias, apenas la puede purificar y librar, aunque no toda, sino que lo que de ella no se pudo purificar de aquella coinquinación, viene a servir de prisión al enemigo que tiene dentro vencido y encerrado.

Pero los maniqueos no fueran tan necios o, por mejor decir, tan insensatos y frenéticos, si creyeran que la naturaleza divina es inmutable, como es totalmente incurruptible, a la cual no hay cosa que pueda ofender o dañar, y con cristiana cordura y juicio sano sintieran que el alma, que pudo mudarse y empeorarse con la voluntad y corromperse con el pecado, y así privarse de la felicidad de gozar de la luz de la inmutable verdad, no era parte de Dios ni

de la naturaleza que es Dios, sino criada, por lo que es muy diferente y desigual a su Criador.

CAPITULO XXIII

Del error con que culpan la doctrina de Origenes Pero es mucho más digno de admiración que algunos que con nosotros admiten un principio de todas las cosas y que ninguna naturaleza que no sea Dios puede tener ser sino del que es su autor, sin embargo, no quisieron creer bien y sencillamente esta causa tan justa y tan sencilla de la creación del mundo, que Dios, siendo, como es, bueno, crió cosas buenas que existieran después de Dios, las cuales, aunque buenas, no eran como Dios, y no las pudo hacer sino Dios bueno; antes dicen que las almas, aunque no son partes de Dios, sino hechas y criadas por Dios, pecaron apartándose de su Criador, y por diferentes progresos, según la diversidad de los pecados, en el espacio que hay desde el cielo y la tierra, merecieron diferentes cuerpos como cárceles y prisiones y que éste es el mundo, y que ésta fue la causa de hacer el mundo, no para que se criaran cosas buenas, sino para que se corrigieran y reprimieran las malas.

De este error con razón culpan y reprenden a Orígenes, porque en los libros que él intitula Periarjon o de los Principios, esto mismo sintió y escribió. Examinando esta obra me lleno de admira- ción al observar que persona tan docta y ejercitada en la literatura eclesiástica, no advirtiese lo primero cuán contrario era esta opinión a la intención de la Sagrada Escritura, obra tan admirable y de tanta autoridad, que, concluyendo la relación de todas las obras de Dios, “y vio Dios que era bueno”, e infiriendo después de haberlas concluido todas: “Y vio Diós todas las cosas que hizo y eran por extremo buenas”, no quiso que se reconociese otra causa de la creación del mundo, sino la de que hizo cosas buenas, Dios bueno. Donde se lee que si ninguno pecara, el mundo estuviera adornado y lleno solamente de naturalezas buenas; y no porque acaeció pecar se llenó todo el Universo de pecados, supuesto que mucho mayor número de justos conservaron en los cielos el orden de su naturaleza.

Y la mala voluntad, no porque rehusó guardar el orden de la natura- leza, por eso se eximió de las leyes del justo Dios, que ordena y dispone rectamente todas las cosas; porque así como una pintura, colocado en su respectivo lugar el color negro, es hermosa, así el mundo, si uno le pudiese ver, aun con los mismos pecadores es hermoso, aunque a éstos, considerados de por sí, los haga torpes y abominables su propia deformidad. Lo segundo debiera advertir Orígenes, y todos los que esto sienten, que si fuera verdadera la opinión de que el mundo fue criado, porque las almas conforme a los méritos de sus pecados tomaran cuerpos como mazmorras, donde estuviesen encerradas pagando su pena; las que pecaron menos, en los cuerpos superiores y más ligeros, y las que más, en inferiores y más graves, sin duda se seguiría que los demonios, que, son lo peor que puede haber, habían de tener cuerpos terrenos, que es lo más inferior y más grave que hay, antes que no los hombres buenos. Mas para que entendiéramos que los méritos de las almas no deben estimarse por la calidad de los cuerpos, el demonio, que es el peor de todos, tiene cuerpo aéreo, y el hombre, aunque al presente es malo, sin, embargo, su malicia es mucho menor y menos grave, y por lo menos lo era antes de que pecara: no obstante, el hombre, digo, tomó cuerpo de lodo y

barro. ¿Y qué mayor desatino puede decirse, que fabricando Dios el sol para que fuese único en el mundo, no atendió su artífice al decoro y ornato de la hermosura, o al bien y conservación de las cosas corporales, sino que se debió a que un alma pecó, de tal suerte, que mereció que la encerrasen en semejante cuerpo? Y, por consiguiente, si sucediera que no una, sino dos, y no dos, sino diez o ciento, pecaran igualmente de una manera, tuviera este mundo cien soles.

Lo cual, para que no aconteciera, no lo previno la admirable providencia del artífice para la conservación y hermosura de las cosas corporales, sino que aconteció por haber progresado tanto un alma pecando que sola se hizo digna de tal cuerpo. Verdaderamente y con justa causa se debe reprimir, no el progreso y desmán de las almas, acerca de las cuales no saben lo que dicen, sino el progreso de los que sienten semejantes disparates, desviándose tanto de la verdad. Así que cuando en cualquiera criatura se preguntan y consideran las tres cosas que he insinuado: quién la hizo, por qué medio la hizo y por qué la hizo, de modo que se responda: "Dios, por el Verbo, y porque es bueno"; si en ello con la profundidad del sentido místico se nos intima la misma Trinidad, esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o si ocurre alguna dificultad porque algún lugar de la Escritura nos impida entenderlo así, es cuestión larga y difusa, y no es razón obligarnos a explicarlo todo en un libro.

CAPITULO XXIV

De la Santísima Trinidad, la cual por todas sus obras sembró y esparció algunos indicios para significársenos Creemos, tenemos y fielmente confesamos que el Padre engendró al Verbo, esto es, a la sabiduría, por quien crió todas las cosas, al Unigénito Hijo, siendo el uno igual al otro, eterno con el coeterno, sumamente bueno con el sumamente bueno; y que el Espíritu Santo es justamente espíritu del Padre y del Hijo, y el mismo consustancial y coeterno con ambos; y que todo esto es una Trinidad por la propiedad de las personas, y un solo Dios por la inseparable divinidad, así como es un solo Dios, todopoderoso por la inseparable omnipotencia, pero de tal modo, que cuando de cada uno de por sí se pregunta sobre estas cualidades, se responda que cualquiera de ellos es Dios, y es todopoderoso; y cuando juntamente de todos digamos que no son tres dioses o tres todopoderosos, sino un solo Dios todopoderoso, tan grande es alli la inseparable unidad en los tres, la cual así se quiso predicar.

Pero si me preguntaren si el Espíritu Santo del buen Padre y del buen Hijo, porque es común a ambos, se puede decir expresamente la bondad de ambos, no me atrevo arrojadamente a determinarlo; sin embargo, más fácilmente me atrevería a llamarle santidad de ambos, no como cualidad común a ambos, sino siendo la misma sustancia y tercera persona en la Trinidad. Y este sentir me parece más probable al observar que siendo el Padre espíritu, y el Hijo espíritu, y el Padre santo, y el Hijo santo, sin embargo, propiamente es la tercera persona la que se llama Espíritu Santo, como santidad sustancial y consustancial de ambos. Pero si no es otra cosa la bondad divina que la santidad, seguramente que aquella cuestión es igualmente conforme a razón, y no atrevida presunción; para que en las obras de Dios, por medio de cierto secreto e incomprensible lenguaje con que se ejercita nuestro entendimiento, entendamos que se nos insinúa y

significa la misma Trinidad, donde dice quién hizo cada criatura, por quién la hizo y por qué la hizo.

El Padre del Verbo dijo “hágase”, y lo que, diciéndolo el mismo Señor, se hizo, sin duda, se hizo por el Verbo; y sobre lo que dice que vio Dios que era bueno, no se nos significa bien claro que Dios, sin necesidad alguna suya, sino solamente por su bondad, hizo lo que hizo esto es, porque es bueno; y lo dijo después de haberlo hecho, para indicarnos que el objeto que fue criado cuadra y conviene a la bondad de aquel por quien fue hecho; cuya bondad, si se entiende que es el Espíritu Santo, toda la Trinidad se nos manifiesta en sus obras. De aquí la Ciudad Santa habitada de los angélicos espíritus celestiales, toma su origen, su información y bienaventuranza.

Porque si preguntan sobre el principio de dónde viene, Dios la fundó; si de dónde es sabia, Dios es el que la ilumina; si de dónde es bienaventurada, Dios es de quien goza; subsistiendo se modifica, con la contemplación se ilustra y con la unión goza de perpetua alegría; vive, ve y ama; vive en la eternidad de Dios, luce en la verdad de Dios y goza en la bondad de Dios.

CAPITULO XXV

Cómo toda la filosofía está dividida en tres partes Fundados en estos principios, a lo que puede entenderse, opinaron y quisieron los filósofos que la disciplina o arte de la sabiduría, esto es, la filosofía, se dividiese en tres partes, o, por mejor decir, pudieron advertir que estaba dividida en tres (porque no procuraron el que así fuese, antes averiguaron que era así); a cuyas partes pudieron llamar: a una, física; a otra, lógica, y a otra, ética (las cuales acostumbran llamar ya muchos escritores en idioma latino: natural, racional y moral, y de ellas brevemente hicimos mención en el Libro VIII); no porque se infiera que en estas tres partes imaginasen o formasen alguna idea, según Dios, de la Trinidad; aunque dicen que Platón fue el primero que halló y enseñó esta división, el cual fue de parecer que no había otro autor que Dios de todas las naturalezas, ni dador de la inteligencia, ni inspirador del amor con que pueda vivirse bien y bienaventuradamente.

Aunque los filósofos sientan diversamente acerca de la naturaleza del Universo, del método de rastrear e indagar la verdad, y del fin del bien a que debemos enderezar y referir todas nuestras acciones, con todo, en estas tres célebres y generales cuestiones ocupan y emplean toda su atención. De modo que habiendo en cada una de ellas mucha variedad de opiniones, sin embargo, ninguno duda que hay alguna causa efectriz de la naturaleza, alguna forma de ciencia y resumen de la vida. También se consideran tres circunstancias en cualquier artífice, para que pueda sacar una buena producción: la naturaleza, la doctrina y el uso. La naturaleza debe atenderse y estimarse según el ingenio, la doctrina según la ciencia y el uso según el fruto.

Tampoco ignoro que propiamente el fruto es del que goza y el uso, del que usa, en lo cual, al parecer, se nota esta diferencia: que gozamos de aquella cosa que, no debiéndose referir a otra, ella por sí misma nos deleita; pero usamos de aquella que buscamos, no por sí, sino por otra (por lo que debemos usar más de las temporales que gozarlas; para que merezcamos gozar de las eternas, no como los ignorantes y los que proceden con error queriendo gozar del dinero y usando de Dios, porque no expenden el dinero por amor de

Dios, sino que adoran a Dios por el dinero); con todo, adoptando el modo de hablar recibido más comúnmente, digo que usamos también del fruto y gozamos del uso, porque en un sentido propio se dicen frutos los del campo, de todos los cuales usamos en la vida presente.

Así que según esta costumbre llamo yo uso en las tres circunstancias que advertí debían considerarse en el hombre, que son la naturaleza, la doctrina y el uso. Por éstas hallaron los filósofos, como insinué, las tres disciplinas o ciencias que creyeron necesarias para conseguir la vida bienaventurada: la natural por amor a la naturaleza, la racional por la doctrina y la moral por el uso. Luego si la naturaleza que tenemos la tuviéramos de nosotros mismos, sin duda que nosotros fuéramos también autores de nuestra sabiduría, y no procuráramos alcanzarla por medio de la doctrina, esto es, aprendiéndola de otra parte. Y nuestro amor, procediendo de nosotros y referido a nosotros, bastara para vivir felizmente, sin tener necesidad de otro algún bien para gozarle; pero supuesto que nuestra naturaleza, para que tuviese ser, necesitó tener a Dios por autor y su Criador, sin duda para que sigamos la verdad al mismo debemos tener por doctor, y al mismo igualmente para que seamos bienaventurados por dador de la suavidad y gozo interior.

CAPITULO XXVI

De la imagen de la Santísima Trinidad, que en cierto modo se halla en la naturaleza del hombre aún no beatificado Y aun nosotros en nosotros mismos reconocemos la imagen de Dios, esto es, de aquella suma Trinidad, aunque no tan perfecta y cabal como es en sí misma, antes sí en gran manera diferentísima; ni coeterna con ella, ni (por decirlo en una palabra) de la misma sustancia que ella; sino que naturalmente no hay cosa en todas cuantas hizo el Señor que más se aproxime a Dios, la cual aún debemos ir perfeccionando con la reforma de las costumbres, para que venga a ser también muy cercana en la semejanza.

Porque nosotros somos y conocemos que somos y amamos nuestro ser y conocimiento. Y en estas tres cosas que digo no hay falsedad alguna que pueda turbar nuestro entendimiento; porque estas cosas no las atinamos y tocamos con algún sentido corporal como hacemos con las exteriores, como el color con ver, el sonido con oír, el olor con oler, el sabor con gustar, las cosas duras y blandas con tocar; y también las imágenes de estas mismas cosas sensibles, que son muy semejantes a ellas, aunque no son corpóreas, las revolvemos en la imaginación, las conservamos en la memoria y por ellas nos movemos a desearlas, sino que sin ninguna imaginación engañosa de la fantasía, me consta ciertamente que soy, y que eso lo conozco y amo. Acerca de estas verdades no hay motivo para temer argumento alguno de los académicos, aunque digan: ¿qué, si te engañas? Porque si me engaño ya soy; pues el que realmente no es, tampoco puede engañarse, y, por consiguiente, ya soy si me engaño. Y si existo porque me engaño, ¿cómo me engaño que soy, siendo cierto que soy, si me engaño? Y pues existiría si me engañase aun cuando me engañe, sin duda en lo que conozco que soy no me engaño, siguiéndose, por consecuencia, que también en lo que conozco que me conozco no me engaño; porque así como me conozco que soy, así conozco igualmente esto mismo: que me conozco.

Y cuando amo estas dos cosas, este mismo amor es como un tercero, y no de menor estimación. Porque no me engaño en que me amo, no engañándome en las cosas que amo, pues aun cuando ellas fuesen falsas, sería cierto que amaba la falsas. Porque ¿cómo me reprendieran rectamente y con justa razón me prohibieran el amor de las cosas falsas, si fuese falso que yo las amaba? Pero siendo ellas verdaderas y ciertas, ¿quién duda que cuando las amo, también su amor es verdadero y cierto? Y tan cierto es que no hay uno solo que no quiera ser, como que no hay ninguno que no quiera ser bienaventurado. ¿Pues cómo puede ser bienaventurado si es nada?

CAPITULO XXVII

De la esencia, de la ciencia y del amor de ambos El mismo ser, en virtud de cierto impulso natural; es tan suave y gustoso, que no por otra causa, aun los que son miserables y extremadamente indigentes no apetecen morir, y advirtiendo que son miserables, no quieren que los libren de la miseria. Aun aquellos que conocen que son y en realidad de verdad son miserables, y no sólo los juzgan por miserables los sabios, por observar que son ignorantes, sino también los que se estiman por dichosos y bienaventurados, porque son pobres y mendigos; aun a ésos, si alguno les concediese la inmortalidad con la condición de que juntamente con ella jamás les faltase la miseria, proponiéndoles que si no quisiesen vivir siempre en la misma miseria no habían de tener de ningún modo ser, sino habían de perecer; seguramente que saltaran de contento y eligieran primero el vivir siempre así, que no el dejar de ser del todo. Testigo es de este aserto la experiencia y la conocida opinión de estos filósofos.

Porque, ¿cuál es la causa por que temen morir, y gustan más vivir en aquella miseria que concluir y acabar con ella de una vez con la muerte, sino porque bastantemente se deja entender cuánto rehusa la naturaleza el no ser? Y por eso, como advierten que han de morir, desean se les conceda por gran beneficio la especial gracia de que les permitan vivir algún tiempo más en la misma miseria y morir más tarde. Luego sin duda manifiestan con cuánto aplauso recibirían la inmortalidad, aun la que no pudiese dejar de ser pobre y menesterosa. ¿Y qué diremos de los animales irracionales, a quienes no se les concedió facultad de considerar sobre este punto, contando desde los más corpulentos y desaforados dragones hasta los más pequeños e imperceptibles gusanillos e insectos? ¿Acaso no dan a entender que quieren y aman el vivir y el ser, y por eso huyen y rehusan el morir con todos los movimientos y demostraciones que pueden? Pues qué, ¿las plantas y todas las matas y arbustos que carecen de sentido para poder evitar con manifiestas mociones su daño, para poder lanzar al aire su renuevo, no fijan y encaminan otro de raíces por la tierra con que poder atraer el sustento y conservar así en cierto modo su ser? Finalmente, los mismos cuerpos, que no solamente carecen de todo sentido, sino también de vida seminal, de tal modo o suben arriba, o bajan abajo, o se nivelan en medio, que conservan su ser, donde pueden existir según su naturaleza. Y cuánto estime y aprecie el conocer, y cuánto desee no ser engañada la naturaleza, puede deducirse de que más quiere uno quejarse y lamentarse disfrutando de juicio sano, que alegrarse estando demente.

La cual virtud e impulso admirable, a excepción del hombre, no la llegan a comprender los demás animales, aunque algunos de ellos, para examinar esta brillante luz corporal, tengan

más agudo y perspicaz el sentido de la vista; mas no pueden arribar al exacto conocimiento de aquella luz incorpórea, con la que de algún modo se ilumina nuestro entendimiento, para que podamos juzgar rectamente de estas cosas; pues conforme a las ilustraciones que recibimos de ella, podemos entender. Sin embargo, los sentidos de los animales irracionales, aunque no contengan en sí ciencia alguna, tienen a lo menos una semejanza de ciencia; pero las demás cosas corporales se llaman sensibles, no porque sienten, sino porque se dejan sentir. Entre ellas, las plantas tienen la semejanza o propiedad común con los sentidos de sustentarse y crecer; y aunque éstas y todos los objetos corpóreos tienen sus causas secretas en la naturaleza, no obstante, por sus formas y varias apariencias con que se hermosea la visible fábrica del Universo, abren camino a los sentidos para que las vean y sientan, de suerte que, en vez de ser incapaces de conocimiento, parece que quieren en cierto modo darse a conocer. Sin embargo, nosotros las conocemos con el sentido corporal, y no juzgamos de ellas con el sentido del cuerpo, porque disfrutamos de otro sentido correspondiente al hombre interior mucho más excelente y noble, con el cual sentimos y conocemos las cosas justas y las injustas: las justas por una especie inteligible, y las injustas por su privación. Al oficio peculiar de este sentido no llega ni la agudeza de los ojos, ni la viveza de los oídos, ni el espíritu del olfato, ni el gusto de la boca, ni el tacto del cuerpo. Allí es donde estoy cierto que soy, y estoy cierto que lo sé, y esto amo; y asimismo estoy firmemente seguro que lo amo.

CAPITULO XXVIII

Si debemos amar tambien al mismo amor con que amamos el ser y saber, para acercarnos más a la imagen de la Trinidad divina Pero ya hemos dicho lo bastante, y cuanto parece que exige la naturaleza de esta obra, sobre la esencia y noticia en cuanto son amadas en nosotros; y cómo se halla también en los demás objetos inferiores a ellas, aunque diferente, una cierta semejanza suya; pero no hemos raciocinado sobre el amor con que se aman; es decir, si amamos ese mismo amor. Es innegable que se ama y lo probamos así: porque los hombres que más rectamente aman, lo aman más. Porque no se llama hombre bueno el que sabe lo que es bueno, sino el que ama lo bueno. ¿Por qué, pues, no advertimos en nosotros mismos que amamos también al mismo amor con que amamos todo lo bueno? Supuesto que también es amor aquel con que se ama lo que no debe amarse, y este amor aborrece en sí el que ama aquel amor con que se ama lo que debe amarse.

Pues ambos pueden hallarse en un hombre; y esto es un bien para la humana criatura, para que, elevándose aquél con que vivimos bien, se humille éste con que vivimos mal hasta que perfectamente sane y se mude en bien todo lo que vivimos. Porque si fuéramos bestias, apreciaríamos la vida carnal y lo que es conforme a sus sentidos, y esto sin duda fuera suficiente bien nuestro, y conforme a esta máxima, yéndonos bien con ello no buscáramos otra cosa. Asimismo, si fuéramos árboles, aunque no pudiéramos amar objeto alguno con la potencia sensitiva, sin embargo, se daría a entender que apetecíamos en cierto modo el ser más fértiles y fructuosos. Si fuéramos piedra, agua, aire o fuego u otra cosa semejante, aunque destituidos de todo sentido y vida, con todo, no estuviéramos privados de cierto apetito en su orden, deseando hallarnos en nuestro propio lugar. Porque las inclinaciones de la balanza del peso son como un peculiar amor de los cuerpos, ya procuren con su gravedad el lugar humilde, ya siendo leves el alto y más elevado.

Pues así como al cuerpo le lleva y conduce su propio peso, así al ánimo su amor dondequiera que vaya. Y puesto que somos hombres criados según la imagen y semejanza de nuestro Criador, a quien pertenece realmente la verdadera eternidad, la eterna verdad, el eterno y verdadero amor, y él mismo es la eterna, verdadera y amable Trinidad, no confusa, ni tampoco separada; discurriendo ahora por los objetos que nos son inferiores (porque tampoco tuvieran ser ni se contuvieran debajo de especie alguna, ni apetecieran o conservaran orden metódico, si no los formara aquel Señor que es sumo, súmamente sabio y sumamente bueno), discurriendo, pues, digo por todas las cosas que hizo Dios con admirable estabilidad; vamos recogiendo algunos como vestigios suyos, que nos ha dejado impresos, en partes más, y en partes menos; pero considerando y observando en nosotros mismos su imagen, como el hijo menor del Evangelio, y volviendo sobre nosotros, levantemos nuestra contemplación y volvamos a aquel Señor de quien nos habíamos apartado, ofendiéndole con nuestros enormes pecados.

Allí nuestro ser no tendrá muerte; allí nuestro saber no padecerá error; allí nuestro amor no sufrirá ofensa. Y ahora, aunque estemos seguros de estas tres cosas y no las creemos por otros testigos, sino que nosotros mismos las sentimos presentes y las vemos con la infalible vista interior del alma; con todo, porque con nuestras limitadas luces no podemos saber cuánto tiempo han de permanecer, o si nunca han de faltar, y adónde han de llegar si obrasen bien, y adónde si mal; por este motivo, o buscamos o tenemos otros testigos, de cuya fe y crédito y de la razón por qué no deba dudarse de ellos, por no ser este lugar propio para tratarlo, lo expondremos después con más exactitud y diligencia. Asi que en este libro hemos hablado de la Ciudad de Dios, a saber, de la que no es peregrina en la presente vida mortal, sino que vive siempre inmortal en los cielos; esto es, de los santos ángeles que están unidos con Dios, y que jamás le desampararan ni desampararán eternamente. Ya hemos dicho cómo entre éstos y aquéllos, que desamparando la luz eterna se convirtieron en tinieblas, Dios al principio puso distinción; prosigamos, pues, con su divino auxilio lo comenzado, y declarémoslo según alcanzaren nuestras débiles fuerzas.

CAPITULO XXIX

De la ciencia de los santos ángeles con que conocen a la Trinidad en su misma divinidad, y ven las causas de las obras en el mismo que las obras, primero que en las mismas obras del artífice Los santos ángeles no tienen noticia de Dios por medio de palabras, sino por la misma presencia de la inmutable verdad, esto es, por el Verbo unigénito del Padre. Y al mismo Verbo, al Padre y al Espíritu Santo; y que ésta es una Trinidad inseparable, de modo que cada persona de por sí en ella es una substancia, y, sin embargo, todas tres no son tres Dioses, sino un solo Dios, lo saben de tal suerte, que no conocen mejor que nosotros nos conocemos a nosotros mismos. Y aun a la misma criatura la conocen mejor allí, esto es, en la divina sabiduría, como en el arte o idea con que fue criada, mejor digo, que en sí misma, y, por consiguiente, a sí mismos mejor allí que en sí mismos, aunque también se conocen a sí en sí mismos, porque son criaturas y un ser distinto de aquel que los crió.

Allí, pues, se conocen como un conocimiento diurno; pero en sí mismos, como un conocimiento vespertino, según dijimos ya. Porque hay mucha diferencia en que se conozca

un objeto en la forma y razón, según la cual fue criado, o en sí mismo; así como de un modo distinto se sabe la rectitud de las líneas o la verdad de las figuras con las luces del entendimiento, y de otra manera cuando se escriben en el polvo; de un modo la justicia en la inmutable verdad, y de otro en el alma del justo Y así consecutivamente lo demás, como el firmamento que observamos haber entre las aguas superiores y las inferiores que se llamó cielo; como en la tierra la congregación de las aguas y la aparición y descubrimiento de la tierra, la creación y formación de las hierbas y de las plantas; como la creación del sol, luna y estrellas; como la de los animales que viven en el aire y en las aguas, es a saber, de los volátiles y peces, y las de las bestias grandes que nadan; como la de otras cualesquiera que andan a pie o arrastrando por la tierra, y la del mismo hombre que excede en excelencia y nobleza a todos los seres creados.

Todas estas cosas, de una manera las conocen los ángeles en el Verbo divino, donde existen sus causas y razones inmutablemente permanentes, según las cuales fueron criadas; y de otra manera en sí mismas, allí participan de un conocimiento más claro, aqui de uno más confuso, como en el conocimiento del arte y de las obras; las cuales obras, cuando se refieren a alabanza y honra de su Criador, amanece y sale la luz como una apacible mañana en los entendimientos de los que las contemplan atentamente.

CAPITULO XXX

De la perfección del número senario, que es el primero que sale cabal, con la cantidad de sus partes Y éstas por la perfección del número senario, repitiendo un mismo día seis veces, se refiere que se concluyó su creación en seis días, no porque Dios tuviese necesidad de tanto espacio de tiempo, o porque no pudo criar juntamente todas las cosas, y que después ellas mismas con sus acomodados movimientos hicieron los tiempos, sino porque nos significó por el número se- nario la perfección y consumación de sus obras. Pues el número senario es el primero que se completa con sus artes; esto es, con su sexta parte, con la tercera y con la media, que son una, dos y tres; las cuales, sumadas, hacen seis.

Y cuando se consideran así los números, deben entenderse las partes de las que podamos señalar la cuota, esto es, qué parte de cantidad sea; asi como la media, la tercera, la cuarta y las demás que se dominan de algún número. Porque, supongamos, v. gr., el número nueve, en el cual el cuarto es una parte suya, pero no por eso podemos decir qué parte de cantidad sea; uno bien pueden caberle, porque es su nona parte, y tres también, porque es su tercera; pero unidas estas dos partes suyas, es, a saber, la nona y la tercera, esto es, una y tres, distan mucho de toda la suma, que es nueve. Y asimismo en el denario; el cuaternio es una parte suya, pero cuanta sea su cuota no puede asignarse; pero una bien puede caberle, porque es su décima parte.

Tiene también la quinta, que son dos; tiene igualmente la mitad, que son cinco; pero sumadas éstas, sus tres partes, la décima, quinta y media, esto es, una, dos y cinco, no llenan el número de diez, porque son ocho; y sumadas las partes del número duodenario, trascienden y suben a más, porque contiene la duodécima, que es una; tiene la sexta, que son dos; tiene también la cuarta, que son tres; tiene la tercera, que son cuatro; tiene la mitad, que son seis; pero una, dos, tres, cuatro y seis hacen, no doce, sino mucho más,

porque vienen a ser dieciséis. Me ha parecido conducente decir esto en compendio, para recomendar la perfección del número senario, que es el primero, como dije, que se viene a formar él mismo de sus partes unidas y sumadas, en el cual finalizó Dios las maravillosas obras de su creación. Por lo cual no debe despreciarse la razón del número; y cuánto debe estimarse, lo advertirán en muchos lugares de la Sagrada Escritura los que con exactitud y escrupulosidad lo consideraren; pues no sin grave fundamento se dice entre las divinas alabanzas: "Todo lo ordenaste, Señor, y dispusiste con medida, número y peso."

CAPITULO XXXI

Del día séptimo, en que se nos encomienda la plenitud y el descanso En el séptimo día, esto es, en un mismo día siete veces repetido (cuyo número también por otro motivo es perfecto), se nos manifiesta y recomienda el descanso de Dios y la santificación de este día. Y así Dios no quiso consagrar como santo este día con ninguna otra obra suya, sino con su reposo, el cual carece de tarde, o de la hora vespertina, porque no hay en él criatura que, siendo conocida de una manera en el Verbo divino y de otra en sí misma, cause diferente noticia; una como diurna, y otra como nocturna o vespertina. Y aunque sobre la perfección del número septenario pueden decirse muchas cosas, sin embargo, este libro crece ya demasiado, y recelo asimismo crea alguno que, aprovechándome de la ocasión, quiero hacer ostentación con más altivez que utilidad de lo poco que sé, así, que conduce atender a la modestia y gravedad que exige el asunto, para que, hablando quizá con extensión del número, no se entienda que me he olvidado de la medida y del peso.

Por lo que baste solamente advertir que el primer número impar total es el ternario, y el total par o igual el cuaternario, y que de estos dos consta el septenario. Por cuyo motivo en repetidas ocasiones se pone por el todo, como cuando se dice: "siete veces caerá el justo y se levantará", esto es siempre que cayere no perecerá, lo cual no se entiende de las culpas y pecados, sino de las tribulaciones que humillan nuestra soberbia; y "siete veces al día te alabaré", que es lo que en otro lugar dice el mismo real profeta, aunque en otro sentido, "siempre estará su alabanza en mi boca". Hállanse en las sagradas letras muchas autoridades semejantes a éstas, donde el número septenario se pone, como insinué, por el todo del asunto que se trata, y por eso con este mismo número se nos significa muchas veces el Espiritu Santo, de quien dice Jesucristo "que nos instruirá en la verdad." Allí esta el descanso de Dios, con el cual se reposa en Dios. Porque en el todo, esto es, en la plenitud de la perfección se halla el descanso, pero en la parte el trabajo y la fatiga.

Por eso trabajamos, cuando sabemos en parte; pero "cuando llegare lo que es perfecto y consumado, desaparecerá lo que es imperfecto y en parte". Y de aquí es que con suma molestia escudriñamos y examinamos estas escrituras santas; pero los santos ángeles, a cuya amable compañía y congregación aspiramos y suspiramos en esta penosísima peregrinación, así como participan de una eternidad permanente, así disfrutan de una singular facilidad en conocer y de una inalterable felicidad en descansar, porque sin molestia suya nos ayudan, pues con los movimientos espirituales, que son puros y libres, no trabajan.

CAPITULO XXXII

Sobre la opinión de los que sostienen que la creación de los ángeles ha sido anterior a la del mundo Pero para que ninguno porfíe con pesadas altercaciones, y digan que no fueron significados los espíritus angélicos en la expresión de la Escritura, "hágase la luz, y se hizo la luz", y enseñe que crió Dios en primer lugar alguna luz corpórea; y que crió los ángeles, no sólo antes de formar el firmamento (el cual, habiéndole criado entre aguas y aguas, se llamó cielo), sino aún antes de lo que se dice: "que en principio hizo Dios el cielo y la tierra"; y que cuando dice en el principio, no lo dice porque aquello fuese lo primero que hizo, habiendo criado antes los ángeles, sino porque todo lo hizo en la sabiduría, que es su Verbo eterno, al cual llama la Escritura principio (así como el mismo Verbo encarnado, según se dice en el Evangelio, preguntado por los judíos quién era, les respondió que era el principio), tampoco me pondré a altercar sobre este punto y argüir contra ellos, señaladamente porque esta opinión me cuadra y me lisonjeo de ver que hasta en el principio del santo libro del Génesis se nos recomienda la Trinidad. Pues cuando dice "en el principio hizo Dios al cielo y la tierra", lo dice para que se entienda que el Padre lo hizo en el hijo, como lo confirma el real profeta cuando dice: "¡Cuán grandes y magníficas son, Señor, tus obras; todas las hiciste en el espíritu de la sabiduría!" Y muy al caso, poco después, hace también mención del Espíritu Santo; pues habiendo explicado la calidad de la tierra que al principio hizo Dios, o a qué especie de materia, destinada para la futura construcción del mundo, había llamado con el nombre de cielo y tierra, prosiguiendo el mismo asunto, dijo: "que la tierra era invisible y descompuesta, y que había tinieblas sobre el abismo de las aguas"; luego para que se verificase la exacta mención que hacía de la Trinidad, dice: "y el espíritu de Dios se movía y extendía por las aguas".

Por lo cual cada uno entenderá el texto como más le agradare, porque es tan profundo y misterioso que para inteligencia de los que lean puede producirnos muchos sentidos, que todos ellos no desdigan ni discrepen de las reglas de la fe cristiana; pero con la condición de que ninguno ponga duda en que los santos ángeles residen en las sublimes moradas del cielo, y aunque no son coeternos a Dios, están, sin embargo, seguros y ciertos de su eterna y verdadera bienaventuranza. Y cuando nos enseña el Señor que los pequeñuelos pertenecen a la compañía de los espíritus celestiales, no sólo dijo "vendrán a ser iguales a los ángeles de Dios", sino que nos manifiesta, también la contemplación y visión beatífica de que gozan los mismos ángeles, cuando dice: "Mirad, no despreceis uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles en los cielos están siempre mirando el rostro de mi Padre, que está en los cielos."

CAPITULO XXXIII

De las dos compañías diferentes y desiguales de los ángeles, que no fuera de propósito se entiende haberlas comprendido y nombrado bajo de los nombres de luz y tinieblas Que hubiesen pecado algunos ángeles, y Dios los arrojase a los lugares más profundos de la tierra, que es como una cárcel suya, donde perseverasen hasta la última condenación que ha de verificarse el día terrible del juicio, lo demuestra con toda evidencia el príncipe de los

apóstoles, San Pedro, por estas palabras: “que Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al abismo, donde las tinieblas les sirven de maromas para ser atormentados y tenidos como en reserva para el día del juicio”. ¿Quién duda que entre éstos y los otros que se conservaron en la gracia del Señor incóIumes de todo pecado, hizo Dios una notable distinción, o con su presciencia o efectivamente por la obra, y que con razón fueron llamados luz? Puesto que a nosotros, que vivimos todavía con la fe y estamos aún en la expectativa de igualarnos con ellos (sin tenerla aún), nos llamó ya el Apóstol luz: “fuisteis, dice, alguna vez tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor”.

Que estos ángeles apóstatas sean designados expresamente con el nombre de tinieblas lo advertirá el que crea realmente que son peores que los hombres infieles. Por lo cual, aun cuando haya de entenderse otra luz en este lugar, del Génesis, donde leemos: “dijo Dios hágase la luz, y se hizo la luz”; y signifique otras tinieblas, cuando dice: “hizo Dios división entre la luz y las tinieblas”; con todo, nosotros entendemos que se significan estas dos angélicas compañías: una, que está gozando de la visión intuitiva de Dios, y otra, que está desesperada por su soberbia; una, a quien dice el real profeta, “adoradle todos sus ángeles”, y otra, cuyo príncipe y caudillo atrevidamente dice: “todo esto te daré, si te postrares y me adorares”; una que está abrasada en el santo amor de Dios; otra, que está humeando de altivez con el amor inmundo de su propia altura; y porque, como insinúa la Sagrada Escritura: “Dios se opone a los soberbios y a los humildes da su gracia”; la una vive y mora en los cielos de los cielos, y la otra, echada y desterrada de ellos, anda tumultuando en este ínfimo cielo aéreo; la una vive tranquila y pacifica con la luz de la piedad; la otra camina turbada y borrascosa con las tinieblas de sus apetitos; la una, teniéndolo por conveniente la divina Providencia, nos favorece con clemencia y nos castiga con justicia; la otra se deshace y abrasa de pura soberbia con el insaciable deseo de sujetarnos y hacernos daño; la una es mensajera de la bondad divina, para que nos aconseje y notifique todo lo que procede de la voluntad divina; la otra anda reprimida y refrenada por la omnipotencia del Altísimo, para que no nos cause tantos perjuicios como quisiera; la una se lisonjea y burla de la otra para que, contra su voluntad, no aprovechen sus persecuciones; la otra tiene envidia de aquella, porque va recogiendo piadosamente sus peregrinos y descaminados.

Habiendo, pues, entendido nosotros en este lugar del Génesis, bajo nombre de luz y tinieblas, significadas estas dos compañías angélicas, entre sí diferentes y contrarias, la una que es de naturaleza buena y de voluntad recta, y la otra también de naturaleza buena, pero de perversa voluntad, y habiéndolas declarado y apoyado con otros testimonios más convincentes de la Sagrada Escritura aunque acaso sintió lo contrario sobre este lugar el que lo escribió, no hemos ventilado inútilmente la oscuridad de esta autoridad; porque cuando no hayamos podido aclarar rastreando la voluntad del autor de este libro, sin embargo, no nos hemos separado de la norma de la fe cristiana, la cual es bien notoria a los fieles por otros testimonios de la Sagrada Escritura que tienen igual autoridad. Pues aunque aquí se refieren las obras corporales que hizo Dios, tienen, sin duda, cierta analogía con las espirituales, según la cual, dice el Apóstol: “todos vosotros sois hijos de la luz e hijos de Dios, pues no lo somos de la noche ni de las tinieblas” Y si también sintió lo mismo que decimos el que lo escribió, nuestra intención y deseos habrán llegado al complemento y único fin del objeto que controvertíamos, de manera que el hombre de Dios, dotado de sabiduría insigne y divina, o, mejor dicho, por Él, el Espíritu Santo refiriendo las obras que hizo Dios, todas las cuales dice que las concluyó al sexto día, de ninguna manera se crea

que omitió los ángeles, ya sea cuando dice: “en el principio”, por que los crió el primero; ya sea lo que más a propósito se entiende en el principio, porque las hizo en el Verbo Unigénito del Padre, según su expresión: “en el principio hizo Dios el cielo y la tierra”, en cuyas palabras nos significa todas las criaturas, las espirituales y corporales, que es lo más creíble o las dos mayores partes del mundo que contienen en su seno todas las cosas criadas; de tal suerte, que primero las propuso todas en general, y después continuó sus partes respectivas según el número misterioso de los días.

CAPITULO XXXIV

Sobre lo que algunos opinan, que debajo del nombre de las aguas que fueron divididas cuando Dios crió el firmamento, se nos significaron los ángeles, y sobre lo que algunos entienden que las aguas no fueron criadas Algunos han entendido que bajo el nombre de las aguas en cierto modo se nos significó la congregación de los ángeles, y que esto es lo que quiere decirse en estas expresiones: “Hágase el firmamento entre agua y agua”; de modo que se entienden colocados sobre el firmamento los ángeles; y debajo del firmamento o de las aguas visibles, la multitud de los ángeles malos, o toda la especie humana. Lo cual, si es cierto, no aparece en el sagrado texto cuándo fueron criados los ángeles, sino sólo que fueron separados los unos de los otros; aunque también hay algunos que niegan (lo cual es una perversa e impía vanidad) que Dios crió las aguas, por cuanto no hallan lugar alguno donde dijese Dios: háganse las aguas. Lo cual podría decir asimismo de la tierra, puesto que no se lee en la Escritura que dijese Dios: “Hágase la tierra.”

Pero responden que dice el sagrado texto: “En el principio crió Dios el cielo y la tierra.” Luego allí debe entenderse también el agua, porque a ambas comprende con un mismo nombre, puesto que “suyo es el mar y él le hizo, hechura de sus manos es la tierra”. Pero los que por las aguas que están sobre los cielos quieren que se entiedan los ángeles, fúndanse en el peso de los elementos, y por eso no imaginan que pudo dar asiento a la naturaleza fluida y grave en la parte superior del mundo; los cuales, si a su modo, y según sus razones y discursos pudieran formar al hombre, no le pusieran en la cabeza la pituita (o humor flemático) que en griego se llama phlegma, y que en los respectivos elementos de nuestro cuerpo ocupa el lugar de las aguas, porque allí es donde tiene la phlegma su asiento muy a propósito, sin duda, según que Dios así lo hizo; pero conforme a la conjetura de éstos, tan absurdamente que si lo ignoráramos y estuviera asimismo escrito en este libro que Dios puso el humor fluido y frío, y por consiguiente grave, en la parte superior a todas las demás del cuerpo humano, estos especuladores y examinadores de los elementos de ningún modo lo creyeran.

Y cuando fueran de los que se sujetaron a la autoridad de la misma Escritura, se persuadirían que bajo este nombre se debía entender alguna otra cosa. Mas porque si cada asunto de los que más se escriben el divino libro de la Creación del Mundo, le hubiéramos de desenvolver y tratar de propósito, fuera indispensable alargarnos y desviarnos demasiado del objeto de esta obra, ya que hemos disputado lo que ha parecido conducente y bastante acerca de las dos clases de ángeles, diferentes y contrarias entre sí, en las cuales se hallan igualmente ciertos principios de las dos ciudades que se conocen en las cosas humanas, de las cuales pienso hablar desde ahora en adelante, concluyamos ya aquí con este libro.

LIBRO DUODECIMO BONDAD Y MALICIA DE LOS ÁNGELES. CREACIÓN DEL HOMBRE

CAPITULO PRIMERO

Cómo la naturaleza de los ángeles buenos y malos es una misma Antes de tratar de la creación del hombre, donde se descubrirá el origen y principio de las dos ciudades en lo tocante al linaje de los racionales y mortales (así como en el libro anterior se manifestó el de los ángeles), creo conducente, para mayor ilustración del asunto, referir primeramente algunos pasajes tocantes a los mismos ángeles, para demostrar, en cuanto alcanzasen nuestras fuerzas, con cuan justa causa y conveniencia decimos que forman juntamente una sociedad los hombres y los ángeles; de suerte, que adecuadamente se diga que las ciudades, esto es, las compañías, no son cuatro, es a saber: dos de ángeles y otras dos de hombres, sino solas dos, fundadas una en los buenos y otra en los malos, no sólo en los ángeles, sino también en los hombres.

No es licito dudar de que los apetitos entre sí contrarios que tienen los ángeles buenos y los malos no nacieron de la diferencia entre sus naturalezas y principios (habiendo criado a los unos y a los otros un solo Dios, que es autor y criador benigno de todas las sustancias espirituales y corporales); si no de la variedad de sus voluntades y deseos; habiendo perseverado constantemente los unos en el bien común a todos, que es el mismo Dios en su eternidad y caridad, y habiéndose los otros deleitado y pagado de su poder, como si ellos fueran su mismo bien, se apartaron del bien superior, beatífico, común a todos, y volviéronse a sí mismos teniendo el ostentoso fausto de su altivez por altísima eternidad, la astucia de la vanidad por verdad indefectible, y la afición de su parcialidad por una caridad individua, se hicieron soberbios, seductores y embusteros. Así que la causa de la bienaventuranza de los unos es unirse con Dios, y la causa de la miseria y desgracia de los otros es por el contrario, el no unirse con Dios por tanto, si cuando preguntamos: ¿por qué los unos son bienaventurados?, no responden bien, porque están unidos con Dios; asimismo, cuando preguntamos ¿por qué los otros son miserables?, se responde muy bien, porque no está unidos con Dios; pues no hay otro bien con que la criatura racional e intelectual pueda ser enteramente feliz sin Dios.

Y por eso, aunque no todas las criaturas puedan ser bienaventuradas (porque no alcanzan este beneficio, ni son capaces de él las bestias, las plantas, las piedras y otros seres semejantes), sin embargo, las que pueden arribar a esta dicha no pueden serlo por sí propias, por cuanto fueron criadas de la nada, sino que han de ser bienaventuradas por aquel Señor por cuya poderosa mano fueron criadas; porque alcanzando a este Señor serán eternamente felices; y perdiéndole, miserables; y así aquel que es bienaventurado, y no con otro bien sino consigo mismo, no puede ser miserable porque no puede perderse a sí mismo. Confesamos, pues, que el inmutable bien no es sino un solo Dios verdadero y bienaventurado, y todo cuanto hizo el Señor, aunque es bueno porque lo hizo, no obstante, son mudables y caducas todas las cosas que produjo porque no las hizo de sí, sino de la nada. Así que, aunque no sean sumos bienes para los que consideran a Dios por el mayor bien, con todo, son grandes e inestimables aquellos bienes mudables que pueden unirse

para ser bienaventurados con el sumo bien inmutable, el cual es en tanto grado bien suyo, que sin él es absolutamente preciso que sean infelices.

Tampoco son entre todas las criaturas las mejores las que no pueden ser miserables; pues no podemos decir que todos los demás miembros de nuestro cuerpo son mejores que los ojos, porque no pueden ser ciegos. Pero así como es mejor la naturaleza sensitiva, aun cuando está doliente, que la piedra, que no puede en modo alguno padecer dolor, así también la naturaleza racional es más excelente, aun siendo miserable, que la que carece de razón y sentido, y, por consiguiente, no es susceptible por su naturaleza de sufrir miseria ni infortunio alguno. Siendo esto cierto, realmente esta naturaleza, criada con tanta excelencia y adornada de tantas dotes y prerrogativas, aunque sea mudable, sin embargo, uniéndose con el bien inconmutable, esto es, con Dios todopoderoso, puede conseguir la bienaventuranza, y no se completa ni se llena su indigencia sino siendo bienaventurada, no bastando a llenar su vacío otro que el mismo Dios; y así verdaderamente, digo que el no unirse con el Señor es un vicio en ella; y todo vicio es dañoso a la naturaleza, y, por consiguiente, contrario a la naturaleza; luego la naturaleza que se une con Dios no se diferencia de la otra sino por el vicio, aunque con este vicio no deja de manifestar la naturaleza cuán noble y cuán excelente sea en su origen; porque donde el vicio con justa causa es reprendido, allí, sin duda, se alaba la naturaleza, puesto que una de las justas represensiones que se dan al vicio es porque con él se deshonra y afea la buena y loable naturaleza. Por eso cuando al vicio en la vista llamamos ceguera, hacemos ver que a la naturaleza de los ojos corresponde la facultad de ver; y cuando al vicio del oído llamamos sordera, demostramos que a su naturaleza pertenece el oír; así, siempre que decimos que es vicio de la criatura angélica el no unirse con Dios, con esta expresión evidentemente declaramos que conviene y es propio de su naturaleza unirse con Dios. Y cuán meritoria y loable acción sea el unirse con Dios para vivir perpetuamente con Él, saber con Él, alegrarse con Él, y gozar de tantos bienes sin error y sin molestia, ¿quién dignamente lo podrá imaginar o expresar? Así también con el vicio de los ángeles, quienes no se unen a Dios por ser todo vicio perjudicial a la naturaleza, bastantemente se da a entender que Dios crió tan buena, tan pura y tan noble la naturaleza de los espíritus infernales, que les es sumamente nocivo el no estar unidos con Dios.

CAPITULO II

Que ninguna esencia es contraria a Dios, porque a aquel Señor que es, y siempre es, parece que se le opone todo lo que no es Sirva esta doctrina para que ninguno imagine, cuando habláremos de los ángeles apóstatas, que pudieron tener otra naturaleza distinta, como criados por otro principio, y que Dios no es el autor de su naturaleza. Pues tanto más fácilmente se librará cualquiera de la impiedad de este error, cuanta fuese mayor la atención con que considere lo que dijo Dios por su ángel, cuando envió a Moisés por su legado a los hijos de Israel, significándole el nombre y autoridad del supremo príncipe y legislador que le enviaba por estas insinuantes y misteriosas palabras: “Yo soy el que soy.”

Porque siendo Dios suma esencia, esto es, siendo sumo, y siendo por esto inmutable, a las cosas que crió de la nada dio el ser, pero no un ser sumo, como lo es su Divina Majestad. A unos distribuyó el ser en más y a otros en menos; y así ordenó respectivamente por sus

grados la naturaleza de las esencias (porque así como del saber toma el nombre la sabiduría, así del ser se llama esencia; bien que con un nombre nuevamente inventado, no usado de los antiguos autores de la lengua latina, pero ya usado en nuestros tiempos para que no faltase en nuestro idioma la voz que los griegos denominan en la suya usia, pues esta palabra está traducida a la letra para decir y significar la esencia); y, por consiguiente, a la naturaleza que sumamente es, de cuya poderosa mano proceden todos los entes que tienen ser, no hay naturaleza contraria sino la que no es, pues a lo que es, se opone, o es contrario el no ser; y por eso, respecto de Dios, esto es, de la suma esencia y autor de todas y cualesquiera esencias, no hay esencia alguna contraria.

CAPITULO III

De los enemigos de Dios, no por naturaleza, sino por voluntad contraria, la cual, cuando a ellos les perjudica, sin duda que daña a una naturaleza buena, porque el vicio, si no daña, no existe. Llámanse en la Sagrada Escritura enemigos de Dios los que contradicen y resisten a su mandado, no por impulso de su naturaleza, sino con sus vicios, con los cuales no son bastante poderosos a dañar al Señor en cosa alguna, sino a sí mismos. Pues son enemigos precisamente por la voluntad que tienen de resistir, y no por la potestad que obtengan de ofender, porque Dios es inmutable y totalmente incorruptible. Por eso el vicio con que resisten a Dios los que se llaman sus enemigos no es mal para Dios, sino para ellos mismos, y esto no por otra causa sino porque estraga en ellos lo bueno que tiene en sí la naturaleza. Así pues, la naturaleza no es contraria a Dios, sino el vicio, porque lo que es malo es contrario a lo bueno. ¿Y quién podrá negar que Dios es sumamente bueno? El vicio, pues, es contrario a Dios, así como lo malo a lo bueno.

También es un bien la naturaleza que vicia y estraga el vicio, por lo cual es contrario también a este bien; pero a Dios solamente, como a lo bueno lo malo; mas a la naturaleza que vicia no sólo es malo, sino dañoso; porque no hay mal alguno que sea dañoso a Dios, sino a las naturalezas mudables y corruptibles; sin embargo, éstas son buenas por el testimonio aun de los mismos vicios; puesto que si no fueran buenas, los vicios no las pudieran causar daño.

Porque ¿qué es lo que les hacen con su daño, sino quitarles su integridad, hermosura, salud, virtud y todo lo bueno de que suele despojarse y desposeerse la naturaleza por el vicio? Lo cual, si totalmente no se halla en ella, así como no le priva de cosa buena, así tampoco le hará daño, y, consiguientemente, no será vicio; porque ser vicio y no hacer daño no puede ser. De donde se infiere que aunque el vicio no puede dañar al bien inmutable, sin embargo, no puede dañar sino a lo bueno, por cuanto no se halla sino donde hace daño. Puede decirse también que no puede haber vicio en el sumo bien, y que el vicio no puede existir si no es en algún objeto bueno. Por eso puede haber en alguna parte solas cosas buenas, y solas malas no las puede haber en ninguna; pues aun aquellas naturalezas que están estragadas por el vicio de una voluntad mala, en cuanto están viciadas y estragadas son malas, y en cuanto son naturaleza son buenas. Y cuando la naturaleza viciada está sufriendo penas además de lo que es ser naturaleza, también es bueno el no estar sin castigo, porque esto es justo, y todo lo justo sin duda es bueno. Porque ninguno paga las penas debidas por los vicios naturales, sino por los contrarios; pues hasta el vicio que por la costumbre habitual y

por el demasiado fomento ha adquirido tales fuerzas que se ha hecho como natural, de la voluntad tomó su primer principio. Hablamos, pues, al presente, de los vicios de la naturaleza que posee un entendimiento capaz de la luz inteligible con la que distinguimos y diferenciamos lo justo de lo injusto.

CAPITULO IV

De la naturaleza de las cosas irracionales o que carecen de vida, la cual, en su género y orden, no desdice de la hermosura y decoro del Universo Pasando a la consideración de los demás seres, seguramente que el imaginar que los vicios de las bestias, árboles y de las demás cosas mudables y mortales, y que carecen de entendimiento, de sentido o vida con que su disoluble naturaleza se estraga y corrompe, son dignos de reprensión, es asunto digno de risa; habiendo recibido las criaturas este orden por voluntad de su Creador, para que, pereciendo unas y sucediendo otras, cumplan en su clase la interior hermosura corporal corceniente a las partes de este mundo.

Por cuanto no habían de igualarse a las cosas celestiales las terrenas, ni debieron éstas faltar en el Universo, porque las otras son mejores. Cuando en estos lugares, donde convenía que hubiese tales seres, nacen unos faltando otros, rindiéndose los menores a los mayores, y convirtiéndose los vencidos en cualidades de los que vencen, éste es el orden que se observa en las cosas mudables y transitorias. El decoro y hermoso ornato de este admirable orden por eso nos deleita y satisface, porque estando nosotros incluidos y arrinconados en una parte de él según la condición de nuestra humana naturaleza, no podemos descubrir y observar el Universo, al cual con grande gracia y conveniencia cuadran las pequeñas partes que nos ofenden. Y así a nosotros en los puntos que somos menos idóneos para contemplar y descubrir la alta providencia del Creador, con justa causa se nos prescribe que la creámos, a fin de que no nos atrevamos, alucinados con la vanidad de la humana temeridad, a reprender y motejar en lo más mínimo las obras del Artífice supremo.

Aunque si prudentemente consideramos los vicios de las cosas terrenas, que no son voluntarios ni penales, nos recomiendan a las mismas naturalezas, de las cuales no hay una sola cuyo autor y criador no sea Dios, porque aun respecto de ellas nos desagrada el que nos quite el vicio, lo que nos agrada, atendida solamente la naturaleza; a no ser que al hombre le descontenten las más veces las mismas naturalezas, cuando le son dañosas, no considerándolas precisamente por su respeto y esencia, sino atendiendo únicamente a su propia utilidad, como se refiere de aquellos animalejos cuya abundancia sirvió de azote para casti- gar la soberbia de los egipcios. Pero siguiendo este modo de opinar, también pondrán tacha en el sol, porque a ciertos delincuentes o deudores los condenan los jueces a que los pongan al sol. Así que, considerada la naturaleza en sí misma, y no conforme a la comodidad o incomodidad que nos resulta de sus influencias, da gloria a su artífice; y en esta conformidad la naturaleza del fuego eterno es también seguramente loable, aunque haya de ser penosa e insufrible a los impíos condenados.

Porque ¿qué objeto hay más hermoso y apacible a la vista que el fuego ardoroso, vivo y resplandeciente? ¿Qué más útil cuando calienta, nos cura y pone en sazón lo que

necesitamos para nuestro sustento, aunque no haya otro más insufrible cuando nos quema? El mismo que para un efecto es pernicioso, aplicado convenientemente y en debido tiempo es muy provechoso. Porque ¿quién podría declarar las utilidades que tiene y causa en el Universo? Ni deben ser oídos los que en el fuego alaban la luz y reprenden el calor, porque le estiman, no por su naturaleza, sino conforme a su bienestar o incomodidad. Quieren ver y no arder; y no consideran que la misma luz que les agrada suele ser dañosa por la disconveniencia o perjuicio que les resulta a los que tienen los ojos llorosos y tiernos; y que en el mismo ardor que les desagrada acostumbran por su propia utilidad a vivir cómodamente algunos animales.

CAPITULO V

Que el Creador es loable en todos los modos y especies de la naturaleza Así que todas las naturalezas, en cuanto tienen ser y, por consiguiente, disfrutan de su orden respectivo, especie y cierta paz consigo mismas, sin duda son buenas; y también cuando residen allí, donde según el orden de la naturaleza deben estar, y conforme a la cualidad y esencia que recibieron, conservan su ser; y las que no recibieron siempre el ser según el estilo y movimiento de las cosas a que por expresa ley del que las gobierna están sujetas, se mudan a un estado mejor o peor, dirigiéndose y caminando por las rectas sendas de la divina Providencia, al fin que incluye en sí la razón principal del gobierno del Universo; de modo que ni la corrupción tan notable, cuanta es la que reduce las naturalezas inestables, mudables y mortales, hasta acabar con ellas con la muerte hace, de tal suerte no ser lo que era, que consiguientemente no resulte y se haga de allí lo que debía ser. Lo cual siendo cierto, Dios, que sumamente es, y por eso toda esencia es obra de sus manos (la cual no es suma porque no debía ser igual al Señor lo que se hizo de la nada, y no podía ser ni existir de modo alguno si no fuera hecha por Dios), ni por la ofensa de vicio alguno debe ser reprendido; antes, por la consideración de todas las naturalezas, debe ser alabado.

CAPITULO VI

Cuál es la causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos y de la miseria de los ángeles malos Por tanto, inferimos rectamente que la verdadera causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos es porque están unidos con él, que es el sumo Ser entre todos los seres. Y cuando indagamos la causa de la miseria de los ángeles malos, con razón se nos ofrece que es porque, volviendo las espaldas al sumo Dios, se miraron a sí mismos, que no son sumos u omnipotentes; y a este vicio ¿cómo le designaremos, sino con el nombre de soberbia? Porque “la soberbia es el origen de todo pecado”. No quisieron, pues, “referir a Dios su fortaleza”, y los que fueran más, si se unieran con el Señor, que es sumo, prefiriéndose a El, antepusieron lo que realmente es menos.

Este fue el primer defecto, la primera falta y el primer vicio de la naturaleza angélica, que fue criada en tal conformidad, que no fue suma, aunque pudo gozar, obteniendo la bienaventuranza de aquel, Señor, que es sumo a quien, volviendo las espaldas, aunque no se aniquiló, pero fue menos que era, y, por tanto, eternamente infeliz. Y si buscamos la causa eficiente de una voluntad tan perversa, hallaremos que es nada. Porque ¿qué es lo que hace

mala a la voluntad, cuando obra alguna acción pecaminosa? Luego la voluntad es la causa eficiente de la mala obra, y la causa principal de la mala voluntad es nada; porque si es algo, o tiene o no tiene voluntad.

Si la tiene, la tiene, sin duda, o buena o mala; si buena, ¿quién ha de ser tan ignorante que diga que la voluntad buena hace a la voluntad mala? Porque si así fuese, la voluntad buena sería causa del pecado, lo que no puede imaginarse. Pero si lo que constituye la voluntad mala también tiene voluntad mala, pregunto: ¿Qué causa es la que la hizo? Y para no proceder de un modo infinito, vuelvo a preguntar: ¿Cuál es la causa de la primera voluntad mala? Porque no hay primera voluntad mala a la cual haya hecho alguna voluntad también mala, sino que aquélla es la primera a quien ninguna hizo; pues si precedió, quien la hiciese, aquella es primero que hizo a la otra. Si respondieren que ninguna causa la hizo, y que por eso existió siempre, pregunto: ¿Acaso estaba en alguna naturaleza? Porque si no estaba en ninguna, tampoco tenía ser, y si en alguna la estragaba, corrompía y causaba perjuicio y daño, y, por consiguiente, la privaba del bien.

Y por eso la voluntad mala no pudo estar en la naturaleza mala, sino en la buena, aunque mudable, a quien este vicio podía dañar; porque si no la hizo daño, sin duda que no fue vicio, y, consiguientemente, tampoco debe decirse que fue voluntad mala; y si hizo daño, el daño que hizo fue quitando o disminuyendo el bien. Luego no pudo haber voluntad eterna mala en cosa alguna dotada de bien natural, el cual, causando daño, podía quitarlo la voluntad mala. Y supuesto que no era sempiterna, pregunto: ¿Quién la hizo? Resta que digan que hizo a la voluntad mala una cosa en la que no hubo ninguna voluntad. Esta, pregunto, ha de ser superior, inferior o igual; si es superior, sin duda es mejor; ¿cómo, pues, carece de voluntad o no la tiene buena? Y esto mismo, sin duda, puede decirse si fuere igual; porque cuando nos fueren igualmente de buena voluntad, no hace uno en el otro voluntad mala. Resta que alguna cosa inferior, que no tiene voluntad, sea la que hizo en la naturaleza angélica, que fue la primera que pecó, la voluntad mala; pero también esta misma cosa, cualquiera que sea, aun la más inferior, hasta la ínfima tierra, por ser naturaleza y esencia, sin duda es buena, y tiene su cierto modo y especie en su género y orden. ¿Cómo, pues, la cosa buena es eficiente de la voluntad mala? ¿Cómo, digo, lo bueno es causa de lo malo? Porque cuando la voluntad, dejando, lo superior y convirtiéndose a los objetos inferiores se hace mala, no es porque es malo aquello a que se convierte, sino porque la misma conversión es perversa. Por eso no fue la cosa inferior la que hizo la voluntad mala, sino ésta la que se hizo mala apeteciendo perversa y desordenadamente la cosa inferior.

Pues si dos igualmente dispuestos en el alma y en el cuerpo observan la hermosura de un cuerpo, y viéndola uno de ellos se mueve a quererla gozar ilícitamente, perseverando el otro constantemente en una voluntad casta, ¿cuál diremos será la causa de que en el uno se haga y en el otro no se haga la voluntad mala? ¿Qué causa la motivó en aquel en que fue hecha? Porque no la hizo la hermosura del cuerpo, puesto que no la produjo en los dos, ocurriendo a un mismo tiempo, y representándose a los ojos de ambos del mismo modo. ¿Por ventura la causa es la carne mortal del que mira? ¿Y por qué no es también la del otro? ¿Acaso es el alma? ¿Y por qué no la de ambos? Porque a los dos pusimos igualmente dispuestos en el alma y en el cuerpo. ¿O por ventura diremos que el uno fue tentado con secreta y oculta sugestión del espíritu infernal, como a esa sugestión o a cualquiera especie de persecución

no hubiera consentido la propia voluntad? Este consentimiento, pues; esta mala voluntad que asintió al que le persuadió mal, preguntamos: ¿Qué cosa fue la que la hizo? Pues para que quitemos el escollo de esta duda, si tienta a los dos una misma tentación, y el uno se rinde y consiente, y el otro persevera el mismo que antes, ¿qué se infiere sino que el uno quiso y el otro no quiso mancillar la castidad? ¿Y por qué sino por la voluntad propia? Supuesto que hubo en el uno y en el otro una misma afección y disposición de cuerpo y alma, a los dos igualmente se les representó una misma hermosura, a ambos acometió igualmente una oculta y peligrosa tentación.

Así que los que quisieren saber que fue el secreto impulso que obró en el uno de éstos la propia voluntad mala, si bien lo miran e investigan, encontrarán que es nada. Porque si dijésemos que él mismo la motivó, ¿qué era él mismo antes de estar poseído de la voluntad mala, sino una naturaleza buena, cuyo autor es Dios, que es un bien inmutable? El que dijere que aquel que consistió al que no le tentó y persuadió (cuando no consintió el otro para gozar ilícitamente de la hermosura del cuerpo que igualmente se representó a los ojos de ambos, habiendo, sido los dos, antes de aquella tentación, semejantes en el alma y en el cuerpo), él mismo se hizo la voluntad mala; sin duda, siendo antes de la voluntad mala, bueno, indague o pregunte por qué la hizo; si porque es naturaleza, o porque fue hecha de la nada, y hallará que la voluntad mala no empezó a ser de aquello porque es naturaleza, sino porque tal fue criada de nada. Pues si la naturaleza es causa de la voluntad mala, ¿qué más podemos decir, sino que lo bueno engendra lo malo, y que lo bueno es causa de lo malo, puesto que por la naturaleza buena se hace la voluntad mala? ¿Y cómo puede suceder que la naturaleza buena, aunque mudable, antes que tenga voluntad mala haga algún mal, esto es, haga la misma voluntad mala?

CAPITULO VII

Que no debe buscarse la causa eficiente de la mala voluntad Ninguno, pues, investigue la causa eficiente de la mala voluntad, por cuanto no es eficiente, sino deficiente, supuesto que ella tampoco es efecto, sino defecto. Pues el dejar la unión del que es sumo por lo que es menos, esto es empezar a tener mala voluntad. Querer, pues, hallar las causas (como dije) de estas defecciones, no siendo eficientes, sino deficientes, es como si uno quisiese ver las tinieblas u oír el silencio, aunque ambas cualidades nos son conocidas: lo primero, no sino por los ojos, y lo segundo, no sino por los oídos, aunque no por su especie, sino por la privación de su especie. Ninguno intente saber de mí lo que sé que ignoro, si no es para aprender a no saber lo que ha de saber, que no puede saberse.

Porque las cosas que se saben, no por su especie, sino por su privación, si puede decirse o entenderse, en cierto modo se saben no sabiendo, de modo que sabiendo no se sepan; pues cuando la vista de los ojos corporales corre por las especies corporales, en ninguna parte observa las tinieblas sino donde empieza a no ver. Así también el silencio pertenece, no a algún otro sentido, sino solamente al oído, el cual, sin embargo, de ninguna manera se percibe, si no es oyendo. Así nuestro entendimiento va comprendiendo las especies inteligibles, pero cuando faltan, aprende no sabiendo. “Porque ¿quién hay que conozca los errores?”

CAPITULO VIII

Del amor perverso con que la voluntad se aparta del bien inmutable y se inclina al bien mudable Esto sé yo, que la naturaleza divina nunca ni por parte alguna puede faltar y que pueden faltar los seres formados de la nada. Los cuales, cuanto más son y obran el bien (pues entonces algo hacen), tienen causas eficientes; pero en cuanto faltan, y con esto obran perversamente (pues qué hacen entonces sino vanidades) tienen causas deficientes. Asimismo estoy firmemente persuadido que cuando se hace la mala voluntad, ésta se efectúa de suerte que, si él no quisiera, no se hiciera, y por eso sigue justamente la pena a los defectos, no necesarios, sino voluntarios. No porque se inclina a las cosas malas, sino porque malamente se inclina; esto es, no a las naturalezas malas, sino porque malamente; pues pasa contra el orden de las naturalezas, de lo que es sumo a lo que es menos.

Por cuanto la avaricia no es vicio del oro, sino del hombre que ama perversamente al oro dejando la justicia, que sin comparación se debía anteponer al oro, Ni la lujuria es vicio de los cuerpos hermosos y delicados, sino del alma que apasionadamente ama los deleites corporales, dejando la templanza con que nos acomodamos a objetos espiritualmente más hermosos e incorruptiblemente más suaves. Ni la jactancia es vicio de la alabanza humana, sino del alma que impíamente apetece ser elogiada de los hombres, despreciando el testimonio de su propia conciencia. Ni la soberbia es vicio del que concede la potestad, sino del alma que perversamente ama su potestad, vilipendiando la potestad más justa del que es más poderoso. Y, por consiguiente, el que ama temerariamente el bien de cualquiera naturaleza, aunque la alcance, él mismo se hace en lo bueno malo y miserable privándose de lo mejor.

CAPITULO IX

Si los santos ángeles, al que tienen por Creador de su naturaleza, lo tienen también por autor de su buena voluntad, difundiendo en ellos su caridad por el Espíritu Santo No existiendo, pues, causa alguna eficiente natural, o si puede decirse así, esencial de la mala voluntad, porque de ella misma principia en los espíritus mudables el mal con que se disminuye y estraga el bien de la naturaleza, ni a semejante voluntad la hace, sino la defección con que se deja a Dios, de cuya defección falta, sin duda, también la causa; si dijésemos que no hay tampoco causa alguna eficiente de la buena voluntad, debemos guardarnos, no se entienda que la voluntad buena de los ángeles buenos no es cosa hecha, sino coeterna a Dios. Porque siendo ellos criados y hechos, ¿cómo puede decirse que ella no fue hecha? Y puesto que fue hecha, pregunto: ¿Si fue hecha con ellos, o ellos fueron primero sin ella? Pero si lo fue con ellos, no hay duda que fue hecha por aquel Señor por quien fueron ellos; y luego que fueron hechos, se unieron a aquel por quien fueron hechos con el amor con que fueron hechos. Y por eso se apartaron éstos de la amable compañía de aquéllos, porque éstos permanecieron en la misma voluntad buena, y aquéllos, faltando a ella, se mudaron, es decir, con la mala voluntad, por el mismo hecho de apartarse del bien, del cual no se separaran si hubieran querido.

Y si los buenos ángeles estuvieron primero sin la buena voluntad, y ésta la hicieron ellos en sí mismos sin que obrase Dios, mejores se hicieron ellos por sí mismos que fueron hechos por Dios. Pero no. Porque ¿qué fueran sin la buena voluntad sino malos? O si por eso no eran malos, porque tampoco tenían mala voluntad (pues no se habían apartado de aquella que aun no habían comenzado a tener), a lo menos entonces aun no eran tales, ni eran tan buenos como empezaron a ser con la buena voluntad. O si no pudieron hacerse a sí mismo mejores que lo que Dios les había hecho, pues ninguno hace las cosas más perfectas que este Señor, sin duda que no pudieran tampoco tener la buena voluntad con que fueron mejores sin la intervención del auxilio de su Creador. Y cuando su voluntad buena hizo que se convirtiesen, no a sí mismos, que eran menos, sino a Dios, que era el sumo y omnipotente, y uniéndose con él fuesen más, y participando de su divina gracia viviesen sabia y bienaventuradamente, ¿qué se deduce sino que la voluntad, por más buena que fuera, quedara indigente y permaneciera en sólo el deseo, si aquel que hizo de la nada la naturaleza buena capaz de sí, llenándola de su gracia, no la hiciera mejor que criándola primero con vivificarla y animarla más deseosa? Porque también debe discutirse: si los buenos ángeles, ellos en sí mismos hicieron la buena voluntad, ¿la hicieron con alguna o sin ninguna voluntad? Si con ninguna, sin duda que no la hicieron; si con alguna, con mala o con buena. Si con mala, ¿cómo pudo la mala voluntad hacer a la buena voluntad? Si con buena, luego ya la tenían, y ésta ¿quién la crió sino el que los crió con la buena voluntad, esto es, con amor casto, para qué se unieran con él, criando en ellos juntamente la naturaleza y dándoles la gracia? Y así, no ha de creerse que los santos ángeles estuvieron jamás sin la buena voluntad, esto es, sin el amor de Dios. Pero éstos, que, habiéndolos criado buenos el Señor, con todo, son malos por su propia voluntad mala (a la cual no hizo la buena naturaleza sino cuando se apartó voluntariamente del bien; de forma que la causa de lo malo no sea lo bueno, sino el desviarse y apartarse de lo bueno), digo que éstos, o recibieron menor gracia en el divino amor que los que perseveraron en la misma, o si los unos y los otros igualmente fueron criados buenos cayendo éstos con la mala voluntad, los otros tuvieron mayor auxilio, con el cual llegaron a la posesión de aquella plenitud de bienaventuranza donde estuviesen ciertos que nunca habían de caer, como lo referimos ya en el libro anterior.

Así que debemos confesar, tributando la debida alabanza y gioria al Creador, que no sólo pertenece a los hombres santos, sino que también puede decirse de los ángeles, "que el amor y caridad de Dios se derramó copiosamente en ellos por medio del Espíritu Santo, que les fue dado"; y que aquel sumo bien de quien dice la Sagrada Escritura: "Mi bien y bienaventuranza es unirme con Dios", no sólo es bien propio y peculiar de los hombres, sino que primero y principalmente es bien cacterístico de los ángeles. Los que comunican y participan de este bien le tienen asimismo con aquel Señor con quien y entre sí se unen en una compañía santa, componiendo una Ciudad de Dios, la cual es un vivo sacrificio suyo y un vivo templo suyo. De cuya parte (la que se va formando de los hombres mortales para incorporarse con los ángeles inmortales, y que al presente, siendo mortal, peregrina en la tierra, o está descansando ya, cuales son los que murieron y moran en los secretos receptáculos y moradas de las almas) observo que ya es conveniente examinar el origen y principio que tuvo siendo su autor el mismo Dios, como se ha dicho de los ángeles, por que de un hombre que crió Dios en el principio, tuvo su origen el humano linaje, según el constante tesmonio de las sagradas letras, las cuales obtienen en toda la tierra, no sin justa razón, admirable autoridad; y entre otras cosas que la misma Escritura dijo con verdadero

espíritu divino, anunció que todas las gentes y las naciones la habían de dar entero crédito y fe.

CAPITULO X

De la opinión de aquellos que creen que así como el mundo existió siempre, los hombres también existieron Dejemos, pues, las vanas conjeturas de los hombres que ignoran lo que dicen sobre la naturaleza o creación del género humano. Porque unos, así como lo creyeron del mundo, imaginan que siempre existieron los hombres. Así, Apuleyo, describiendo este género de animales, dice: "Tomándolos particulannente, son mortales; pero generalmente, en todo su género son perpetuos." Y cuando les objetan: si siempre fue o existió el género humano, ¿cómo puede ser verdadera su historia cuando ésta refiere quiénes fueron, y de las artes e instrumentos de que fueron inventores, quiénes los primeros maestros de las artes liberales y de otras facultades, y quiénes principiaron a poblar esta o aquella provincia o parte de la tierra, y esta o aquella isla? Responden que por ciertos intervalos de tiempo se suelen despoblar y destruir muchas regiones de la tierra con los diluvios y los incendios, aunque no todas, de modo que vienen a reducirse los hombres a un número muy limitado y corto, de cuya generación se vuelve a reparar y restaurar la perdida multitud, reparándose de este modo ordinariamente y criándose nuevos individuos como los primeros, siendo cierto que así se restituyen los que se interrumpieron y consumieron con las inmensas ruinas o desolaciones, siendo cierto que de ninguna manera puede proceder a derivarse el hombre sino de otro individuo de su misma naturaleza. Pero dicen lo que imaginan, y no lo que saben.

CAPITULO XI

De la falsedad de la historia que atribuye muchos miles de años a los tiempos pasados Engáñanlos asimismo algunos mentirosos escritos, los cuales dicen que en la historia de los tiempos se contienen muchos millares de años; siendo así que de la Sagrada Escritura consta no haber transcurrido desde la creación del mundo hasta la actualidad más que seis mil años cumplidos; y, por no alegar aquí infinitos testimonios que demuestren cómo se conoce y comprueba la vanidad y falacia de aquellos escritos donde se refieren muchos más millares de años, sin embargo de no hallarse en ellas autoridad alguna idónea, mencionaré, para ratificar esta falsa aserción, aquella carta de Alejandro Magno a su madre Olimpias, en la cual insertó lo que refería a un sacerdote egipcio, tomando de las escrituras que entre ellos se tienen por sagradas, expresando juntamente en ella, según el orden de los tiempos, el origen de los reinos, de que tiene asimismo noticia la historia griega; entre los cuales, en la misma carta de Alejandro, se hace conmemoración del reino de los asirios, el cual pasa de cinco mil años, según lo relacionado en ella; pero en la historia de los griegos no tiene más que unos mil y trescientos desde que comenzó a reinar Belo, al cual coloca también el egipcio en el principio del mismo reino; y al imperio de los persas y macedonios, hasta el mismo Alejandro, con quien hablaba, le atribuye más de ocho mil años, siendo así que el de los macedonios, hasta la muerte de Alejandro, no se halla entre los griegos que tenga más de cuatrocientos ochenta y cinco, y el de los persas, hasta que expiró con las victorias de

Alejandro, doscientos treinta y tres. Así que, sin comparación, es menor el número de estos años respecto de aquellos de los egipcios, ni pueden llegar a ellos, aunque se triplicaran.

Pues escriben que los egipcios usaron por algún tiempo de años tan cortos que sólo tenían cuatro meses, y así el año más cumplido y verdadero, cual es el que en la actualidad tenemos nosotros, y ellos también, contenia tres años antiguos de los suyos. Pero ni aun de esta manera, como dije, concuerda la historia de los griegos con la de los egipcios en el número de los tiempos, y así, debemos dar más crédito a la griega, porque no excede a la verdad de los años que se hallan en nuestras Escrituras, que son verdaderamente sagradas.

Y si esta carta de Alejandro, que fue tan notoria entre los egipcios, en orden al tiempo, desdice infinito de la probabilidad y fe de lo realmente sucedido, ¿cuánto menos debe creerse a las historias y memorias que nos quieran alegar, llenas de fabulosas antigüedades, contra la autoridad de los libros tan conocidos y divinos, que vaticinaron y dijeron que todo el orbe había de darles crédito, y según lo expresaron así, todo el mundo les prestó gustosamente su asenso, los cuales prueban y demuestran que dijeron verdad en lo que nos refieren de los sucesos pretéritos, cuando vemos que se va cumpliendo con tanta puntualidad todo cuanto dijeron que había de suceder?

CAPITULO XII

De los que opinan que este mundo, aunque no es eterno, sin embargo, se reproduce; esto es, que el mismo mundo al cabo de ciertos siglos vuelve a nacer Otros están persuadidos que el mundo no es eterno, ya piensen que no es uno solo, sino que son innumerables; ya confiesen que es uno solo, pero que por ciertos intervalos de siglos nace y muere innumerables veces. Estos es necesario que confiesen que el linaje humano estuvo primero sin hombres que pudiesen procrear. Porque esto no sucede del mismo modo que en los diluvios e incendios de las tierras, los cuales no suceden generalmente en todo el mundo, y por eso pretenden que siempre quedan algunos pocos hombres con quienes se pudo reparar la generación extinguida. Así también pueden éstos imaginar que, pereciendo el mundo, quedan algunos hombres en el mundo; pero así como piensan que el mundo renace de su materia, así piensan que en él brota de los elementos el linaje humano, y después de sus padres, la generación de los mortales, como la de los otros animales.

CAPITULO XIII

Qué debe responderse a los que ponen por inconveniente que fue tarde la creación del mundo Lo que respondimos cuando tratamos del principio y origen del mundo a los que no quieren creer que no fue o existió siempre, sino que empezó a ser (como también expresamente lo confiesa Platón, aunque, algunos crean que sintió lo contrario de lo que dijo), eso mismo responderé sobre la creación del hombre por satisfacer a los que asimismo se ofenden porque el hombre no fue criado innumerables e infinitos tiempos antes, y porque fue criado tan tarde; pues en la Sagrada Escritura está escrito que ha menos de seis mil años que principió a ser.

Pues si ofende a éstos la brevedad del tiempo, viendo tan pocos años, desde donde refieren nuestras memorias auténticas que fue criado el hombre, consideren que no media un tiempo diuturno o largo, donde hay algún extremo; y cualesquiera espacios y siglos infinitos y limitados cotejados con la infinita eternidad sin límites, no deben tenerse por pequeños, sino por nada. Por consiguiente, si dijésemos, no cinco o seis mil, sino sesenta o seiscientos millares de anos, o si por otros tantos otras tantas veces se multiplicara esta suma, de modo que no tuviésemos nombre, ni número con que expresar los años después que crió Dios al hombre, de la misma manera puede preguntarse por qué no le crió antes. Porque la cesación eterna que tuvo Dios antes de criar al hombre sin principio es tan grande, que si comparamos con ella cualquiera número de tiempos, por grande que sea, con tal que termine en ciertos y determinados, espacios, no debe parecer tanta como si comparásemos una mínima gota de agua a todo el mar y con cuanto el profundo caos del Océano comprende; porque de estas dos cosas, sin duda, la una es muy pequeña y la otra sin comparación muy grande e inmensa; sin embargo, ambas son limitadas, y el espacio de tiempo que procede de algún principio y se acaba con algún término, aunque se dilate y extienda, comparado con lo que no tiene principio, dudo si se debe estimar por cosa mínima o por ninguna. Porque si a ésta poco a poco la fueron quitando desde el fin sus momentos, por brevísimos que sean, decreciendo el número, aunque sea tan inmenso, que no tenga nombre, volviendo hacia atrás (como si fueses quitando al hombre los días, empezando desde aquel en que ahora vive hasta aquel en que nació), al fin, alguna vez llegarás al principio con aquel quitar.

Pero si fueren desmembrando o quitando hacia atrás en el espacio que no tuvo principio, no digo yo poco a poco, pequeños momentos de horas, o de días, o de meses, o cantidades aun de años, sino tan grandes espacios como aquella suma de. años, que no pueda nombrar ningún aritmético por hábil que sea, pero que, en efecto, se consume, quitandola paulatinamente los momentos; y le fueran quitando estos espacios tan grandes, no una, o dos, o muchas veces, sino siempre, ¿qué es lo que harán, puesto que jamás llegarán al principio, porque realmente carece de él? Por lo cual, lo que nosotros preguntamos ahora, al cabo de cinco mil y más años, podrán también nuestros descendientes, aun después de seiscientos mil, preguntar, excitados de la misma curiosidad, si durare, y perseverare tanto tiempo naciendo y muriendo la humana naturaleza, y su ignorante imbecilidad y mortalidad. También pudieran los que nos precedieron, luego que fue criado el hombre, mover esta cuestión; y, finalmente, el mismo primer hombre, un día después, o el mismo en que fue criado, pudo preguntar por qué Dios no le crió antes. Y por más que se anticipara y fuera criado con anterioridad de tiempo, no por eso esta controversia sobre el origen y principio que tuvieron las cosas temporales hallará más sólidos fundamentos entonces que al presente, ni los hallará después.

CAPITULO XIV

De la revolución de los siglos, los cuales algunos filósofos los incluyen dentro de un cierto y limitado fin, y así creyeron que todas las cosas volvían siempre a un mismo orden y a una misma especie No imaginaron los filósofos del siglo que podían, o debían, resolver de otro modo esta controversia sino introduciendo un circuito y revolución de tiempos, con que

dicen que unas mismas cosas se han ido renovando y repitiendo siempre en el mundo, y que así será en adelante, sin cesar jamás, con la revolución de unos mismos siglos que van y vienen; ya se hagan. estos circuitos y revoluciones, permaneciendo en su mismo ser el mundo, o ya por ciertos intervalos, naciendo y muriendo el Universo, produzca siempre como nuevas unas mismas cosas, las pasadas y las futuras.

De cuyo devaneo no pueden eximir y libertar el alma, que es totalmente inmortal, aun cuando haya conseguido la sabiduría, haciéndola que camine sin cesar a la falsa bienaventuranza y que vuelva sin interrupción a la verdadera miseria. ¿Cómo puede ser verdadera bienaventuranza aquella, de cuya eternidad jamás está segura el alma, o por no conocer la futura miseria, procediendo con la mayor ignorancia en la verdad, o por tener con temor noticia de ella? Pero si de los infortunios va caminando a la bienaventuranza para nunca jamás volver a ellos, ya en el tiempo se hace alguna cosa nueva que no tiene fin de tiempo. ¿Por qué no decir lo mismo del mundo? ¿Y por qué no asimismo de un hombre criado en el mundo para que, procediendo con la doctrina sana por una senda recta; excusemos aquellos falsos circuitos y retornos inventados por engañosos sabios? Porque las palabras del Eclesiastés sobre Salomón: "¿Qué fue? Lo mismo que será. ¿Qué se hizo? Lo mismo que se hará; y no hay cosa nueva debajo del sol.

Ninguno puede decir esto es nuevo, porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros"; quieren algunos que se refieran a estos circuitos y revoluciones que vuelven a lo mismo, y lo traen todo a lo mismo; habiéndolo él dicho, o de las demás cosas de que trata arriba, esto es, de las generaciones, unas que van y otras que vienen; de las vueltas que da el sol; de las sendas y caminos de los arroyos o, a lo menos, de todas las cosas generales y corruptibles. Porque hubo hombres antes que nosotros, los hay con nosotros y los habrá después de nosotros. Asimismo animales y árboles, y aun los mismos monstruos que nacen fuera del curso ordinario, aunque son entre sí diferentes, y de algunos de ellos se dice que los hubo una sola vez; sin embargo, en cuanto generalmente son seres raros y monstruosos, también fueron y los habrá; pues no es cosa reciente y nueva que nazca un monstruo debajo del sol. Aunque algunos hayan entendido estas palabras como si el sabio quisiera decir que todas las cosas fueron ya en la predestinación de Dios, que por eso no hay cosa nueva debajo del sol; pero no permita Dios en la fe verdadera que profesamos, que creamos que estas palabras de Salomón signifiquen o digan aquellos circuitos y retornos con que ellos piensan que unas mismas revoluciones de los tiempos y de las cosas temporales van dándo la vuelta; de manera que -pongamos por ejemplo- en este siglo Platón, insigne filósofo, enseñó a sus discípulos en la ciudad de Atenas, en la escuela que se dijo Academia; y después de innumerables siglos, aunque por muy largos y prolijos intervalos, pero ciertos y determinados, el mismo Platón, la misma ciudad, la misma escuela y los mismos discípulos volvieron a ser y existir, y por innumerables siglos después volverán a ser.

Así que Dios nos libre de que creamos esto: "porque una vez murió Jesucristo por nuestros pecados, y habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere, ni la muerte tendrá más dominio sobre él, y nosotros, después de la resurrección, estaremos siempre con el Señor", a quien con confianza decimos ahora lo que nos advierte el real profeta: "Tú, Señor, nos guardarás y ampararás de esta generación para siempre." Y me parece que muy al caso les conviene lo que sigue: "los impíos andan en circuito", no porque ha de venir a dar la vuelta

su vida por los circuitos imaginarios que creen, sino porque es tal en la actualidad el camino errado que llevan, esto es, su falsa doctrina.

CAPITULO XV

De la temporal creación del hombre, la cual hizo Dios, no con nuevo acuerdo o consejo ni con voluntad mudable ¿Y qué maravilla es que andando descaminados en estos circuitos y círculos no hallen entrada ni salida? Pues ignoran qué principio tuvo, ni qué fin tendrá el linaje humano y esta nuestra mortalidad; porque es imposible penetrar la alteza de Dios, pues siendo el Señor eterno y sin principio, sin embargo, por algún principio, empezaron los tiempos; y al hombre, que jamás había criado antes, lo hizo en el tiempo, pero no con algún nuevo y repentino consejo, sino con acuerdo inmutable y eterno. ¿Y quién podrá comprender esta grandeza incomprensible, e investigar lo que es incapaz de indagarse; cómo crió Dios en el tiempo con inmutable voluntad al hombre temporal, antes del cual jamás hubo otro hombre, y con quien solamente multiplicó el humano linaje?

Porque habiendo ya dicho el mismo real profeta: "Tú, Señor, nos guardarás y ampararás de esta generación para siempre"; y habiendo después cargado la mano sobre aquellos en cuya insensata e impía doctrina no se halla para el alma libertad alguna ni bienaventuranza eterna, añade inmediatamente, "en círculo, dice, y alrededor andan los impíos"; como si le dijeran: ¿qué es lo que tú crees, sientes y entiendes? ¿Acaso hemos de pensar que de improviso vino a Dios la voluntad de criar al hombre, a quien jamás durante una infinita eternidad había hecho, siendo Dios, al que nada le puede suceder de nuevo, y en quien no hay cosa mudable? Y porque oyendo nosotros esta doctrina no nos inquietara acaso alguna, duda, inmediatamente respondió hablando con el mismo Dios: "conforme a tu grandeza, multiplicaste a los hijos de los hombres". Sientan, dice, los hombres y estén satisfechos de lo que piensan, e imaginén lo que les agrade y todo cuanto quieran, y de eso disputen y conferencien; vos, Señor, conforme a vuestra grandeza y majestad, la cual no puede comprender ningún entendimiento humano, multiplicaste los hijos de los hombres. Porque es asunto muy escabroso, profundo e incomprensible el querer investigar cómo Dios fue siempre, y cómo quiso hacer primeramente en algún tiempo al hombre; que nunca antes había criado, y cómo, sin embargo, no mudó ni de dictamen ni de voluntad.

CAPITULO XVI

Si para que se entienda que fue siempre Señor así como siempre fue Dios, hemos de creer que no le faltó jamás criatura de quien fuese Señor; y cómo se puede llamar siempre criado lo que no puede decirse coeterno Así como no me atrevo a decir que Dios nuestro Señor alguna vez no fue Señor así no debo dudar que el hombre no existió siempre, sino que en algún tiempo fue criado. Pero cuando considero de quién pudo ser siempre Señor, si la criatura no existió siempre, temo afirmar cosa alguna, porque me considero a mí mismo, y advierto también que dice el Apóstol: "¿Qué hombre hay que baste a saber los altos decretos de Dios? ¿O quién podrá imaginar lo que quiere la voluntad del Señor? Porque los pensamientos de los mortales son falsos y tímidos, inciertos y engañosos nuestros discursos, pues este cuerpo corruptible agrava el alma, y esta habituación de tierra abate y

oprime el espíritu ocupado con varios pensamientos y cuidados.” Entre esta multitud de ideas que revuelvo y hallo en esta terrena habitación y casa (que, en efecto, son muchas, y entre ellas hay alguna en que acaso no pienso, y tal vez sea la verdadera), si dijere que la criatura fue o existió siempre -cuyo Señor fuese el que es siempre Señor y nunca dejó de ser Señor-, pero que esta criatura es ahora una, ahora otra, según los diversos tiempos, para que así no digamos que hay alguna coeterna a su Criador, que es contra la fe y buena razón, nos debamos guardar de que sea un absurdo ajeno de la luz de la verdad, que la criatura mortal haya sido siempre por el orden y sucesión de los tiempos, pasando una y sucediendo otra, y que la inmortal no empiece a ser sino cuando llegaron nuestros siglos, cuando fueron criados los ángeles (si es que los significa aquella luz que primeramente fue criada o aquel cielo de quien dice la Sagrada Escritura: “en el principio hizo Dios el cielo y la tierra”), no habiendo existido antes de ser formados. Porque si decimos que los inmortales fueron siempre, no debe entenderse que son coeternos a Dios.

Y si dijeron que los ángeles no fueron criados en el tiempo, sino que fueron antes de todos los tiempos, para que Dios fuera su Señor, que nunca fue sino Señor; asimismo me preguntarán: si es que fueron criados antes de todos los tiempos, ¿pudieron acaso ser siempre los que fueron hechos? Aquí, por ventura, parece que se podrá responder: ¿cómo no siempre, puesto que lo que es en todo tiempo sin inconveniente se dice que es siempre? Y de tal suerte fueron los ángeles en todo tiempo que fueron criados antes de todos los tiempos; y si con el cielo comenzaron los tiempos, ellos eran ya antes del cielo; pero si el tiempo no tuvo su origen con el cielo, sino que fue todavía antes del cielo, aunque no en horas, días, meses y años (porque estas dimensiones de los espacios temporales que continuamente y con propiedad se llaman tiempos, principiaron con los movimientos de las estrellas, y así, cuando los crió, dijo Dios: “Sirvan de señales y de distinguir los tiempos, días y años”), sino que existió el tiempo en algún movimiento mudable, cuyas partes se sucedieron porque no podían estar juntas; si antes del cielo, digo, en los movimientos angélicos hubo algo de esto y por eso hubo ya tiémpo; y los ángeles, después que fueron criados temporalmente, se movían; así fueron también en todo tiempo, puesto que con ellos se hicieron los tiempos. ¿Y quién dirá que no fue siempre lo que, en otro tiempo fue?

Pero si yo les respondiere esto me dirían: ¿cómo no son coeternos a su Creador si él fue siempre, y ellos fueron siempre? ¿Y cómo puede decirse que fueron criados si se entiende que fueron siempre? A esto ¿qué responderemos? ¿Diremos acaso que fueron siempre, porque fueron en todo tiempo, los que con el tiempo fueron formados, o con quienes fueron hechos los tiempos, y que, sin embargo, fueran criados? Porque tampoco podemos negar que los mismos tiempos fueron criados; aunque ninguno dude que en todo tiempo hubo tiempo. Porque si en todo tiempo no hubo tiempo, resultaría que hubo tiempo cuando no hubo tiempo alguno; ¿y quién habrá tan ignorante que diga esto? Podemos, pues, decir muy bien: hubo tiempo cuando no era Roma, hubo tiempo cuando no era Jerusalén, hubo tiempo cuando no era Abraham, hubo tiempo cuando no era el hombre, y otras cosas semejantes. Finalmente, si no fue criado el mundo con principio de tiempo, sino después de algún tiempo, podemos decir: hubo tiempo cuando no era el mundo; pero decir hubo tiempo cuando no hubo tiempo alguno, es tan contradictorio, como si uno dijera hubo hombre cuando no hubo hombre alguno; o había este mundo cuando no había mundo.

Porque si se entiende de diferentes, de éste y de otro, podrá decirse en cierto modo: hubo otro hombre cuando no había este hombre; y así podremos decir bien; había otro tiempo cuando no había este tiempo; pero hubo tiempo cuando no había tiempo alguno, ¿quién habrá tan ignorante que lo diga? Así, pues; como decimos que fue criado el tiempo, aunque el tiempo fue siempre, porque en todo tiempo hubo tiempo; así también no se sigue que porque siempre fueron los ángeles, no hayan sido criados; de manera que por lo mismo se dice que fueron siempre, porque fueron en todo tiempo; y por eso fueron en todo tiempo, porque en ninguna manera sin ellos pudo haber tiempo, pues donde no hay criatura alguna con cuyos inestables movimientos se hagan los tiempos, no puede haber de ningún modo tiempos; por lo cual, aunque siempre hayan existido, son criados; y no, aunque siempre fueron, por eso son coeternos a su Criador.

Porque Dios siempre fue con eternidad inmutable, pero los ángeles fueron criados; mas por eso se dice que fueron siempre, porque fueron en todo tiempo, y sin ellos los tiempos en ninguna manera pudieron ser; pero el tiempo que corre y pasa con mutabilidad no puede ser coeterno a la eternidad inmutable. Así, pues, aunque la inmortalidad de los ángeles no pasa en el tiempo; ni ha pasado como si ya no fuese; ni es futura como si aun no fuese; con todo, sus movimientos con que se hacen los tiempos pasan de lo futuro a lo pasado, y por eso no pueden ser coeternos a su Criador, en cuyo movimiento no podemos decir que fue lo que ya no es, o que ha de ser lo que aún no es. Por lo cual, si Dios fuese siempre Señor, siempre tendría criatura que le sirviese, aunque no engendrada de si mismo, sino formada por Él de la nada, y no coeterna a su Divina Majestad; porque era antes que ella, aunque en ningún tiempo sin ella; no traspasándola en el espacio, sino precediéndola con la eternidad permanente. Pero cuando respondiere esto a los que me preguntan: ¿cómo el Creador fue siempre Señor, si no hubo siempre criatura que le sirviese; o cómo la criatura fue criada y no es coeterna a su Creador, si siempre fue? Recelo les parezca que más fácilmente afirmo lo que ignoro que enseño lo que sé.

Vuelvo, pues, a lo que nuestro Creador quiso que supiésemos, porque las cosas que quiso las supiesen en esta vida los más sabios, o las que reservó para que las supiesen los que son del todo perfectos en la otra, confieso que exceden a mis débiles fuerzas; pero me pareció exponerlas sin afirmar cosa alguna, para que los que esto leyesen observen de cuántas cuestiones escabrosas, intrincadas e insolubles se deben excusar, y no presuman que son idóneos y hábiles para todo; antes más bien adviertan cuán obedientes debemos ser al saludable precepto del Apóstol: “Yo, nos dice, usando de la gracia y merced ,que Dios me ha hecho, mando a cualquiera de vosotros que no intentéis saber más de lo que conviene, sino que seáis sabios con moderación, conforme a los dones que el Señor repartió a cada uno de la nueva vida espiritual”. Porque si a una criatura pequeña la sustentaren y dieren de comer conforme al estado de sus fuerzas, llegará a crecer y a ser capaz de que le alarguen poco a poco el nutrimiento; pero si le dieren más de lo que exigen sus fuerzas, antes desfallecerá y no crecerá.

CAPITULO XVII

Cómo ha de entenderse que prometió Dios al hombre vida eterna antes de los tiempos eternos Qué siglos hayan pasado antes de la creación del hombre, confieso que no lo sé;

pero no dudo que ninguna cosa criada es coeterna a su Creador. Llama también el Apóstol a los tiempos eternos, y no a los futuros, sino, lo que excita más la admiración, a los pasados, explicándose con estas palabras: “para esperar la vida eterna que nos prómetió Dios, que no miente, antes de los tiempos eternos, y nos cumplió y manifestó a su tiempo su palabra”. Y ved aquí, como dice, que hubo anteriores tiempos eternos, los cuales, sin embargo, no fueron coeternos a Dios, puesto que no sólo el Señor era antes de los tiempos eternos, sino que también nos prometió la vida eterna la cual nos manifestó a su tiempo, esto es, en el tiempo conveniente. ¿Y qué otra prenda más segura que su Verbo? Porque éste es la vida eterna. Pero ¿cómo lo prometió, ya que lo prometió efectivamente a los hombres, que aun no eran, antes de los tiempos eternos, sino porque en su misma eternidad y en su misma palabra y Verbo, coeterno al mismo Dios, estaba ya, mediante la alta predestinación; establecido y decretado lo que a su tiempo debía ser?

CAPITULO XVIII

Qué es lo que la verdadera fe sostiene sobre el inmutable consejo, y voluntad de Dios, contra los discursos de los que quieren que las obras de Dios, derivándolas desde la eternidad, vuelvan siempre por unos mismos círculos y revoluciones de siglos Tampoco pongo en duda en que antes que Dios criase al primer hombre jamás hubo hombre alguno; ni tampoco que él mismo volviese a existir no sé con qué circuitos o rodeos, ni al cabo de cuántas revoluciones; ni otro alguno semejante a él en naturaleza.

Ni de esta fe y creencia me pueden apartar los argumentos de los filósofos, entre los que se tiene por más agudo aquel que dice: que con ninguna ciencia pueden comprenderse las cosas que son infinitas; y así, dicen, las razones que tiene Dios acerca de las cesas finitas que hizo son finitas; y debemos creer que su bondad jamás estuvo ociosa, porque no venga a ser temporal la operación de aquel Señor cuya inacción haya sido antes eterna, como si se hubiese arrepentido de la ociosidad primera sin principio, y por esto hubiese comenzado a obrar; por lo que dicen, es necesario que unas mismas cosas vuelvan por su orden, y que las mismas pasen y corran para tornar siempre a volver, ya sea permaneciendo mudable el mundo, en cual, aunque siempre haya existido sin principio de tiempo, sin embargo, ha sido criado; ya sea repitiendo siempre y debiendo repetir con aquellos circulos y revoluciones su nacimiento y ocaso; porque si dijésemos que alguna vez comenzaron primeramente las obras de Dios, no se entienda que condenó de modo alguno aquella su primera inacción sin principio como ociosa y sin destino, y que por eso, como poco satisfecho de ella, la mudó.

Si dijeren que siempre estuvo haciendo las cosas temporales, aunque ahora unas, ahora otras, y así llego también a formar al hombre, que nunca antes había criado, parecerá que hizo lo que hizo con cierta casual inconstancia, y no con la ciencia (con la que imaginan no puede comprender cualesquiera infinito), sino como por acaso, como le vino a la imaginación. Pero si admitimos, dicen, aquellos circuitos y rodeos con que (o permaneciendo el mundo o mezclando con los propios circuitos sus volubles nacimientos y ocasos) se vuelven a hacer las mismas cosas temporales, ni atribuiremos a Dios el ocio vergonzoso de una tan larga duración sin principio, ni la impróvida temeridad de sus obras; porque si no se repiten y vuelve a hacer las mismas, no puede ninguna ciencia o presciencia suya comprender la infinidad de ellas variadas con tanta diversidad.

De esos argumentos con que los infieles procuran torcer del camino recto a nuestra sencilla y piadosa fe, para que andemos con ellos alrededor, aun cuando la razón no los pudiera refutar, la fe se debiera reir. Además, que con el favor de Dios nuestro Señor, estos volubles circulos que inventa la opinión los deshace la razón clara y manifiesta, por cuanto en esto se engañan, queriendo más caminar en su falso círculo que por el verdadero y derecho camino; pues miden el entendimiento divino del todo inmutable, capaz de cualquiera infinidad, y que enumera todo lo innumerable sin ninguna sucesión alternativa de su pensamiento, con el suyo, que es humano, inestable y limitado, sucediéndoles lo que dice el Apóstol: “que midiendo y compa- rándose ellos mismos a sí mismos, no se entienden y conocen a sí mismos”.

Porque como ellos todo cuanto se les antoja hacer de nuevo, lo hacen con nuevo acuerdo, porque tienen mudable entendimiento, sin duda que considerando e imaginando, no a Dios a quien no pueden imaginar, sino a sí mismos por él, no miden ni comparan a Dios con Dios, sino ellos mismos se comparan a sí mismos. Pero nosotros no podemos ni debemos creer que de un modo está dispuesto Dios cuando esta ocioso y de otro cuando obra, porque no puede decirse que se dispone, como si en su naturaleza sucediese y hubiese alguna novedad que antes no había, por cuanto el que se dispone padece, y es mudable todo el que padece algo. Así, que no se imagine que en su inacción haya ociosidad, inercia o pereza, como tampoco en sus obras, trabajo, conato o industria.

Sabe él estando quieto trabajar, y trabajando estarse quieto. Puede aplicar a la obra nueva no nuevo acuerdo, sino el acuerdo eterno, y sin arrepentirse, de que primero hubiese cesado, empezó a obrar lo que antes no había creado. Pero aunque primero cesó y después obró (lo cual no sé cómo el hombre pueda entenderlo), esto, sin duda, que llamamos primero y postrero, estuvo en las cosas que primero no hubo, y después hubo; pero en Él no mudó alguna voluntad nueva otra voluntad que antes tuviese, sino que con una misma sempiterna e inmutable voluntad hizo que las cosas que crió primero no fuesen hasta que no fueron; y después fuesen cuando comenzaron a ser; manifestando acaso con esto maravillosamente a los que pueden ser capaces de entender estas cosas, que no tenía necesidad de ellas, sino que las crió por su mera gratuita bondad, habiendo estado sin ellas en no menor bienaventuranza desde la eternidad sin principio.

CAPITULO XIX

Contra los que dicen que las cosas que son infinitas no las puede comprender ni aun la ciencia de Dios Sobre el otro punto que dicen, que ni la ciencia de Dios puede comprender las cosas infinitas, les resta el atreverse a decir, sumergiéndose en este profundo abismo de impiedad, que no conoce Dios todos los números. Porque éstos es indudable que son infinitos, pues en cualquiera número que os pareciere parar y hacer fin, este mismo puede, no digo yo que añadiéndole uno, acrecentarse, sino que por alto que sea y por inmensa la multitud que abrace, en la misma razón y ciencia de los números puede no sólo duplicarse, sino multiplicarse. Y de tal modo cada número acaba y termina con sus propiedades, que ninguno de ellos puede ser igual a otro alguno.

Así que son desiguales entre sí y diferentes; cada uno es finito y todos son infinitos. ¿Y que sea posible que Dios todopoderoso no sepa los números por su infinidad, y que la ciencia de Dios llegue hasta cierta suma de números, y que ignore los demás, quién habrá que pueda decirlo, por más ignorante y necio que sea? Y no es posible que se atrevan éstos a despreciar los números y decir que no pertenecen a la ciencia de Dios, pues entre ellos Platón, con grande autoridad, enaltece a Dios, que fabricó el mundo con números. Y entre nosotros leemos que se atribuye a Dios el "que todo lo dispuso según medida, número y peso"; de quien dice asimismo el profeta: "que produce en número el siglo", y el Salvador en el Evangelio: "todos vuestros cabellos, dice, están contados". De ningún modo dudemos de que conoce todos los números Aquel "cuya inteligencia, como dice el salmista, no tiene número". Así que la infinidad del número, aunque no haya número de números infinitos, con todo, no es incomprensible a aquel cuya inteligencia no tiene número. Por lo cual, si lo que comprende la ciencia se limita con la comprensión del que posee la sabiduría, sin duda que cualquiera infinidad en cierto modo inefable es finita y limitada para Dios, pues no es incomprensible a su ciencia.

Y así que la infinidad de los números para la ciencia de Dios, que la comprende, no puede ser infinita, ¿qué presunción es la nuestra, que siendo unos hombrecillos nos atrevemos a poner limites a su ciencia, diciendo que si unas mismas cosas temporales no vuelven con los mismos circuitos y revoluciones de tiempos, no puede Dios en todas las cosas que ha hecho, o preverlas para hacerlas o conocerlas habiéndolas hecho?, cuya sabiduría, siendo una y varia, y uniformemente multiforme, o de muchas formas, con tan incomprensible entendimiento comprende todas las cosas incomprensibles, que si siempre quisiese obrar por más que se siguiesen cosas nuevas y diferentes de las pasadas, no pudiera tenerlas desordenadas e imprevistas, ni las previera de tiempo cercano y próximo, sino que las comprendiera y abrazara en sí con presciencia eterna.

CAPITULO XX

De los siglos de los siglos Lo cual, si lo ejecuta así y si se va uniendo entre sí con una continuada conexión los que acostumbramos llamar siglos de los siglos, aunque transcurriendo unos y otros con un ordenado desorden y desemejanza, y permaneciendo, sin embargo, solos los que se libertan de la miseria en su bienaventurada inmortalidad sin fin; o si se llaman siglos de siglos, los siglos que permanecen en la sabiduría de Dios con una inmoble estabilidad como causas eficientes de estos siglos que pasan con el tiempo, no me atrevo a definirlo.

Porque acaso podrá ser que se llame siglo lo que son siglos, así como no es otra cosa que cielo de cielo, que cielos de cielos. Porque cielo llamó Dios al firmamento sobre el que están las aguas, y, no obstante, dice el real profeta: "Las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor." Qué cosa sea de estas dos, o si fuera de ambas, podemos entender alguna otra por "siglos de los siglos", es una cuestión muy profunda; ni al punto que tratamos impedirá si, dejándola indecisa, la diferimos para adelante; ya sea que podamos definir sobre ella, ya sea que, tratándola con más exactitud, nos hagamos más cautos y reservados, para que en tanta oscuridad no nos atrevamos y arroguemos la facultad de determinar decisivamente sobre un negocio tan escabroso, lo que siempre sería temeraria

e inconsiderablemente. Porque al presente disputamos con los que ponen aquellos circuitos con que entienden que necesariamente unas mismas cosas vuelven siempre por sus intervalos y espacios de tiempo.

Pero cualquiera de aquellas dos opiniones acerca de los siglos de los siglos que sea verdadera no hace al caso para estos circuitos; porque ya sean los siglos de los siglos, no los que, volvieron por aquella su revolución, sino los que corren, derivándose unos de otros con una conexión y trabazón muy concertada, quedando la bienaventuranza de los libertados certísima, sin que tengan recurso alguno los trabajos e infortunios; ya los siglos de los siglos sean eternos, como eficiente de los siglos temporales, como señores de sus súbditos, aquellas revoluciones con que vuelven unos mismos no tienen aquí lugar, a las cuales especialmente confunde y convence la vida eterna de los santos.

CAPITULO XXI

De la impiedad de los que dicen que las almas que gozan de la suma y verdadera bienaventuranza han de tornar a volver una y otra vez por los circuitos de los tiempos a las mismas miserias y aflicciones pasadas ¿Y qué católico temeroso de Dios ha de poder oír que después de haber pasado una vida con tantas calamidades y miserias (si es que merece nombre de vida ésta, que con más razón puede llamarse muerte, tanto más grave que, por amarla, tememos la muerte que de ella nos libra), que después de tan horrendos males, tantos y tan horribles, purificados finalmente por medio de la verdadera religión y sabiduría, lleguemos a la presencia de Dios y nos hagamos bienaventurados con la contemplación de la luz incorpórea (participando de aquella inmortalidad inmutable, con cuyo amor y deseo de conseguirla vivimos), de modo que nos sea preciso al fin dejarla en algún tiempo; y que los que la dejan, privados de aquella eternidad, verdad y felicidad, se vuelvan a enlazar en la mortalidad infernal, en la torpe demencia y abominable miseria donde vengan a perder a Dios, donde aborrezcan la verdad, donde por medio de los detestables vicios vengan a buscar la bienaventuranza; y que esto haya sido y haya de ser una y otra vez sin ningún fin, por ciertos intervalos y dimensiones de los siglos que han sucedido y sucederán; y esto para que Dios pueda en la misma luz de la verdad, no tener noticia exacta de sus obras que hemos de ser miserables, o ciertos y limitados circuitos que van y estando en la cumbre de la suma felicidad vuelven constantemente por nuestras, temamos que lo habremos falsas felicidades y verdaderas miserias.

Porque si allá hemos de ignorarrlas, que aunque alternas con la la calamidad que nos ha de sobrevevolucion incesable, son sempiternas; más sabia es acá nuestra miseria, porque no puede cesar de hacer, ni donde tenemos noticia de la ciencia comprender las cosas que hemos de gozar; y si allá que son inútiles. ¿Quién puede escuchar no se nos ha de esconder la miseria esta doctrina? ¿Quién daría crédito que esperamos, con más felicidad pasa? ¿Quién puede sufrirla? Que si su tiempo el alma miserable; pues, fuese verdad, no sólo con más cordura ha de subir a la bienaventuranza, se pasara en silencio, sino también que la bienaventurada, pues decir según mi posibilidad lo que el suyo ha de volver al estado siento fuera prueba de más sabiduría de miseria. Y así la esperanza que hay el no saberlo. Pues si en la eternidad en nuestra desdicha será dichosa, y no hemos de tener memoria de estas dichada la que hay en nuestra felicidad, y por eso hemos de ser bienaventurados.

Por lo cual se deduce que puesto aventurados, ¿por qué razón aquí; con que aquí padecemos los males presentes la noticia que tenemos de ellas, se nos las tememos los que nos agrava más esta nueva miseria? Y si nazan y aguardan, con más verdad en la vida futura necesariamente las seremos siempre miserables que alguna hemos de saber, a lo menos no las segunda vez bienaventurados. Mas porque esta doctrina es falsa más dichosa la esperanza, que allá el. Y manifiestamente contraria a la religión y posesión del sumo bien; puesto a la verdad (pues; efectivamenque aquí esperamos conseguir la vida que, nos promete Dios aquella verdadera eterna, y allá sabemos que hemos al fin felicidad, de cuya seguridad estaremos alguna vez de perder la vida siempre ciertos, sin que la interrumpa aunque no eterna, ninguna desdicha), sigamos el camino. Y si dijesen que ninguno puede ser recto que para nosotros es Jesucristo, a aquella bienaventuranza, si auxiliados de este ínclito caudillo y escuela de esta vida no hubiere salvador, enderecemos las sendas de estos circuitos y revoluciones, nuestra fe y desviémonos de este vano donde alternativamente suceden el absurdo círculo de los impíos.

Por bienaventuranza y la misena, ¿cómo que si el platónico Porfirio no quiso enseñar que cuanto uno más amare a seguir la opinión de los suyos acerca de Dios, tanto más fácilmente llegarán a de estas revoluciones, idas y venidas la bienaventuranza los que enseñan alternativas de las almas sin cesar un doctrina con que se enfríe el momento, ya fuese movido por este amor? Porque ¿quién habrá que la vanidad, ya lo fuese por tener al no ame más remisa y sabiamente a algún respeto a los tiempos cristianos, y quien sabe que necesariamente ha de mejor decir (según insinúo en el libro X) que el alma fue entregada al venir a dejar y contra cuya verdad y mundo para que conociese los males, sabiduría ha de sentir; y esto cuando y librada y purificada de ellos, cuando con la perfección de la bienaventuranza, volviese al Padre, no padeciese ya y hubiere llegado, según su capacidad, semejantes mutaciones en su estado, a tener plena y cumplida noticia de su vida ¿cuánto más debemos nosotros abominar y huir de ésta sabiduría? Pues ni huir de esta falsedad contraria amigo puede uno amar fielmente a la fe cristiana? Descubiertos, pues, si sabe que ha de venir a ser su enemigo ya, y deshechos estos círculos.

Pero Dios nos libre de creer que no habrá necesidad de decir sea verdad esto, que nos promete que el género humano no tuvo amenaza una verdadera miseria que de tiempo, en que empezara a nunca ha de acabarse, sino que con la existir; pues por no sé qué circuitos interposición de la falsa bienaventuranza y revoluciones no hay cosa nueva en el muchas veces y sin fin se ha de ir del mundo que no haya sido antes por interrumpiendo. Porque ¿qué cosa puede con ciertos intervalos de tiempos, y después no haya de volver a ser. Porque si se liberta el alma para no volver más a las miserias, de manera que nunca antes se ha librado a sí misma, ya se hace en ella algún efecto que jamás se hizo antes, y ésta es, en efecto, cosa muy grande, pues es la eterna felicidad que nunca ha de acabarse. Y si en la naturaleza inmortal ha de haber tan singular novedad, sin que haya sucedido jamás ni haya de volver a suceder con ningún circuito o revolución, ¿por qué porfían que no la puede haber en las cosas mortales? Y si dijeron que no alcanza el alma ninguna nueva bienaventuranza, porque torna a dar vuelta a aquella en que siempre estuvo, por lo menos es nuevo en ella libertarse de la miseria en que nunca estuvo cuando se libra el infortunio; y también lo es la misma miseria que nunca hubo. Y si esta novedad no es de las cosas ordinarias que se gobiernan por la divina Providencia, sino que sucede al acaso, ¿dónde

están aquellos circuitos en quienes no sucede cosa nueva, sino que vuelven a ser las mismas cosas que antes fueron? Y si a esta novedad tampoco la eximen del gobierno de la divina Providencia (ya sea dada el alma a un cuerpo, ya sea que cayó en él) pueden hacerse cosas nuevas, que ni antes habían sido hechas, ni son, sin embargo, ajenas y extrañas del orden natural de las cosas.

Y si pudo el alma forjarse a sí misma por su imprudencia una nueva miseria que no fuese imprevista a la divina Providencia, de manera que ésta la incluyese en el orden y gobierno de las cosas, y de tal estado la misma Providencia la libertase, ¿con qué temeridad y vana presunción humana nos atrevemos a negar que pueda Dios hacer, no para sí, sino para el mundo, cosas nuevas que ni antes las haya hecho ni jamás las haya tenido imprevistas? Y si dijeren que aunque las almas que se hubieren libertado no han de caer en la miseria, pero que cuando esto sucede no sucede cosa nueva en el mundo, porque siempre se han ido librando unas y otras almas, y se libran y librarán, con esto a lo menos conceden si es así, que se forman nuevas almas, y en ellas también nueva miseria y nueva libertad. Porque si dijeren que son las antiguas y de atrás sempiternas, con las cuales diariamente se hacen nuevos hombres (de cuyos cuerpos, si han vivido sabia y rectamente, salen libres, de manera que nunca más vuelven a la miseria) han de decir, por consiguiente, que estas almas son infinitas.

Pues por grande que se suponga que haya sido el número de las almas, no pudiera ser suficiente para los infinitos siglos pasados, para que de ellas se fuesen haciendo siempre los hombres, cuyas almas se libraron siempre de esta mortalidad para no volver después más a ella. No nos podrán explicar de modo alguno cómo en las cosas de este mundo, que suponen no las comprende Dios porque son infinitas, haya un número infinito de almas. Por lo cual, quedando ya excluidas aquellas revoluciones y círculos con que se suponía que el alma necesariamente había de volver a unas mismas miserias, ¿qué otra cosa nos resta que más convenga a la piedad y religión católica, sino creer que no es imposible a Dios criar cosas nuevas que jamás hava hecho, y con su inefable presciencia no tenga voluntad mutable? Pero si el número de las almas que se han librado y no han de volver ya al estado de la miseria se puede siempre acrecentar, examínenlo los que discurren con tanta sutileza sobre limitar la infinidad de las cosas; porque nosotros cerramos y concluimos nuestro argumento por ambas partes.

Pues si se puede, ¿qué razón hay para negar que se pudo criar lo que nunca antes fue criado, si el número que nunca antes hubo de las almas libertadas no sólo se hizo de una vez, sino que jamás se dejará y acabará de hacer? Y si es necesario que haya cierto número limitado de almas libertadas que no vuelvan más a la miseria, y que este número no se acreciente más, también éste, cualquiera que hubiere de ser, nunca fue. Ni realmente pudiera crecer y llegar al término de su cantidad sin algún principio, el cual tampoco existió antes. Para que hubiese este principio fue criado el hombre, antes del cual no hubo hombre alguno.

CAPITULO XXII

De la creación del primer hombre solo, y en él la del linaje humano Habiendo explicado ya, según lo que permiten nuestras facultades, esta difícil y espinosa cuestión por la eternidad

de Dios que va criando nuevas especies sin novedad alguna en su voluntad, no será dificultoso el advertir que fue mucho mejor lo que Dios hizo cuando de un solo hombre, que crió al principio, multiplicó el género humano, que si le empezara por muchos.

Porque habiendo criado a los demás animales, a unos solitarios, agrestes y en cierto modo solivagos, esto es, que apetecen y gustan más de la soledad y de vivir solos, como son las águilas, milanos, leones, lobos y todos los demás que son de esta especie; a otros los hizo aficionados a la sociedad y a vivir congregados para habitar juntos en bandadas y en rebaños, como son las palomas, estorninos, ciervos, gamos y otros semejantes; con todo, no propagó y multiplicó estos dos géneros principiando por uno, sino mandó que fuesen muchos juntos.

Pero el hombre, cuya naturaleza la criaba en cierto modo intermedia entre los ángeles y las bestias, de tal suerte, que si se sujetase a su Criador como a verdadero Señor y guardase con piadosa obediencia su precepto y mandato, pasase al bando y sociedad de los ángeles sin intermisión de la muerte, alcanzando la bienaventurada inmortalidad sin fin, y si usando de su libre voluntad con soberbia y desobediencia ofendiese a Dios, su Señor, condenado a muerte viviese bestialmente y fuese siervo de su propio apetito, y después de la muerte destinado a la pena eterna; le crió uno y singular, no para dejarlo solo sin la humana compañía, sino para encomendarle con esto más estrecha- mente la unión con la misma compañía y el vínculo de la concordia; viniéndose a juntar los hombres entre sí, no sólo por la semejanza de la naturaleza, sino también por el afecto del parentesco, pues aun a la misma mujer que se había de unir con el varón no la quiso crear como a él, sino de él, a fin de que todo el género humano se propagase y extendiese de un solo hombre.

CAPITULO XXIII

Que supo y previó Dios que el primer hombre que crió había de pecar; y juntamente vio el número de los santos y piadosos que de su generación, por su gracia, había de trasladar a la compañía de los ángeles. No ignoraba Dios que el hombre había de pecar, y que, estando ya sujeto a la muerte, había de procrear y propagar hombres asimismo sujetos a la muerte, y que habían de excederse sobremanera los mortales con la licencia y demasía de pecar; que más seguras y pacíficas habían de vivir entre sí, sin tener voluntad racional, las bestias de una especie (cuya propagación empezó de muchas, parte en el agua y parte en la tierra) que los hombres, cuya generación para fomentar la concordia se comenzó a propagar de uno solo. Porque nunca han traído tales guerras entre sí los leones o los dragones, como los hombres. Pero consideraba al mismo tiempo Dios que con su gracia había de convidar y llamar al pueblo piadoso y devoto a su adopcion; y que, absuelto de los pecados y justificado por el Espíritu Santo, le había de unir inseparablemente con los santos ángeles en la paz eterna, habiendo destruido al último enemigo, que es la muerte; al cual pueblo le había de ser no de poca importancia la consideración de cómo Dios, para manifestar a los hombres cuán acepta le es también la unión entre muchos, crió al linaje humano y le propagó de un solo individuo.

CAPITULO XXIV

De la naturaleza del alma del hombre, criada a imagen y semejanza de Dios Crió Dios al hombre a imagen y semejanza suya, porque le dio una alma de tal calidad, que por la razón y el entendimiento fuese aventajada a todos los animales de la tierra, del agua y del aire, que no tendría otra tal mente. Y habiendo formado al hombre del polvo o limo de la tierra, y habiéndole infundido una alma, como dije (ya la hubiese hecho, y se la infundiese soplando, ya, por mejor decir, la hiciese soplando) y queriendo que aquel soplo que hizo soplando (¿porque ¿qué otra cosa es soplar sino hacer soplo?) fuese el alma del hombre, también le crió una mujer para su compañía y auxilio en la generación, sacándole una costilla del lado, obrando como Dios. Porque no hemos de imaginar esto al modo común de la carne, como vemos que los artífices fabrican de cualquier materia cosas terrenas con los miembros corporales, lo mejor que pueden con la industria de su arte.

La mano de Dios es la potencia de Dios, el cual aun las cosas visibles las obra invisiblemente. Pero estas cosas las tienen por fabulosas más que por verdaderas los que miden por estas obras ordinarias y cotidianas la virtud y sabiduría de Dios, que sabe y puede sin semilla criar la misma semilla; pero las que primeramente crió Dios, porque no las entienden, las imaginan infielmente, como si estas mismas cosas que saben y entienden acerca de las generaciones y partos de los hombres, contándolas a los que no tuvieran experiencia de ellas ni las supieran, no se les hiciesen más increíbles, aunque hay muchos que estas mismas las atribuyen antes a las causas corporales de la naturaleza que a las admirables obras de la divina Providencia.

CAPITULO XXV

Si puede decirse que los ángeles han criado alguna criatura, por mínima que sea Pero en estos libros no tratamos ni disputamos con los que no creen que la Majestad Divina es el autor de estas cosas o el que cuida de ellas. Con todo, aquellos que creen a su Platón y sostienen que el sumo Dios que hizo el mundo no crió, sino que con su licencia o mandato, otros menores, que él mismo hizo, criaron todos los animales mortales, y entre ellos al hombre, para que obtuviese el lugar más principal y más próximo a los mismos dioses; si estuviesen exentos de la superstición con que pretenden demostrar que justamente los adoran y ofrecen sacrificios como a autores y criadores suyos, fácilmente se librarán también de la falsedad y engaño de esta opinión. Porque no es lícito creer o afirmar que otro que Dios sea criador de ninguna criatura por mínima y mortal que sea, aun antes que pueda ésta dejarse entender. Y así, los ángeles, a quienes ellos con más gusto llaman dioses, aunque aplican, o mandándoselo Dios o permitiéndoselo, su operación a las cosas que se crían en el mundo, sin embargo, no son más criadores de los animales que lo son los labradores de las mieses y plantas.

CAPITULO XXVI

Que la naturaleza y forma de todas las criaturas no se hace sino por obra divina Porque habiendo dos especies de formas, una que se da exteriormente a cualquiera materia corporal, como son las que fabrican los alfareros y carpinteros y otros artífices semejantes,

que forjan y hacen figuras y formas parecidas a los cuerpos de los animales; y otra que interiormente tiene sus causas eficientes, según el secreto y oculto albedrío de la naturaleza que vive y entiende; la cual, no sólo hace las formas naturales de los cuerpos, sino también las mismas almas de los animales al nacer; la primera forma se puede atribuir a cualesquiera artífices, pero esta otra no, sino solamente a Dios criador y autor de todos las cosas visibles e invisibles, que crió al mundo y a los ángeles sin ningún mundo y sin ningunos ángeles.

Porque con aquella virtud divina, y, por decirlo así, efectiva, que no sabe ser hecha, sino hacer (con que recibió la forma, cuando se hizo, el mundo, la redondez del cielo y la redondez del sol) con la misma virtud divina y efectiva, que no sabe ser hecha, sino hacer, recibió forma la redondez del ojo y la redondez de la manzana, y las demás figuras naturales que vemos se acomodan a todas las cosas que nacen, no extrínsecamente, sino por virtud y potencia intrínseca del Criador, que dijo: “Yo lleno el cielo y la tierra” y “soy aquel cuya sabiduría toca de fin a fin con fortaleza, y con suavidad dispone todas las cosas”. Y así, no sabré decir de qué sirvieron a su Criador la creación de las demás cosas los ángeles que primeramente Dios crió; por- que ni me atrevo a atribuirles lo que acaso no pueden, ni debo derogarles lo que pueden.

Pero la creación y fábrica de todas las naturalezas, por la que son naturalezas, con asentimiento de ellos mismos, la atribuyo a aquel Dios a quien ellos mismos saben que deben con acción de gracias el ser que tienen. Así que decimos que no sólo los labradores no son criadores de gé- nero alguno de frutales, puesto que leemos: “Que ni el que planta es el criador, ni el que riega, sino Dios, que es el que da el incremento”, mas ni aun la misma tierra, aunque parezca una fecunda madre de todos, que promueve lo que brota en renuevos y pimpollos, y lo que está fijo con raíces lo mantiene; porque asimismo leemos: “Que Dios es el que da al grano sembrado su cuerpo como quiere, y a cada semilla su cuerpo conforme a su condición.” Por lo que tampoco debemos llamar a la madre autora y criadora de su hijo, sino antes a aquel que dijo a un siervo suyo: “Antes que te formara en el vientre de tu madre te conocí.”

Y aunque el alma de la que está encinta, estando en esta o aquella disposición, pueda imprimir algunas cualidades al fruto de su vientre, como Jacob, que con las varas de diferentes colores hizo que la cría de sus ganados saliese de diferentes colores; con todo, aquella naturaleza no la crió ella misma, como tampoco se hizo a sí misma. Así que cualesquiera causas corporales o generativas que se apliquen para la procreación de los seres, ya sea por operación de los ángeles o de los hombres, o de cualesquiera animales, ya sea por la conjunción conyugal de varón y hembra, y cualesquiera deseos, pasiones y mociones del alma de la madre, pueden ser poderosos para sembrar algunos lineamientos o colores en los tiernos y suaves embriones; pero a las mismas naturalezas, que en su género se disponen de este o de aquel modo, no las hace sino el sumo Dios, cuyo oculto poder, como lo penetra todo con su inmutable presencia, hace que sea todo lo que en alguna manera tiene que ser de cualquiera manera, poco o mucho que le tenga; porque si el Señor no lo hiciera, no sólo no tuviera tal o tal ser, sino que del todo no pudiera ser.

Por lo cual, si en aquella forma que los artífices dan exteriormente a las cosas corporales, decimos que a las ciudades de Roma y Alejandría las fundaron, no los artífices y

arquitectos, sino los reyes: a la una, Rómulo, y a la otra, Alejandro, con cuya voluntad, acuerdo y orden fueron edificadas; ¿con cuánta más razón no debemos admitir sino a Dios por aútor y criador de las naturalezas, que es el que ni hace ser alguno de otra materia, sino de la que él mismo hizo y formó, ni tiene otros obreros sino los que él crió? Y si retirase su putencia fabricadora de las cosas, por decirlo nsí, no tendrán más ser que el que tuvieron antes que no fuesen ni existiesen. Antes, digo, en eternidad, no en tiempo; porque ¿quién otro es el autor de los tiempos sino el que hizo todas las cosas, con cuyos movimientos alternativos corriesen los tiempos?

CAPITULO XXVII

De la opinión de los platónicos, que piensan que a los ángeles los crió Dios, pero que los ángeles son los que crían los cuerpos humanos El filósofo Platón quiso que los dioses menores que crió el sumo Dios fuesen hacedores de los demás animales, recibiendo del Señor la parte inmortal, y de ellos la mortal. Por lo cual estos dioses no eran criadores de nuestras almas, sino de los cuerpos. Y por cuanto Porfirio, por amor de la purificación del alma, dice que debe huirse de todo lo que es cuerpo, opinando asimismo con su maestro Platón y con los demás platónicos que los que vivieren disoluta y torpemente vuelven a los cuerpos mortales para pagar sus penas (aunque Platón dice que también pasan a los cuerpos de las bestias, y Porfirio solamente a los de los hombres) síguese necesariamente que confiesen que estos dioses a que ellos desean les tributemos adoración como a progenitores y autores nuestros, no son otra cosa que unos fabricadores y arquitectos de nuestras cadenas y cárceles, y no nuestros hacedores, sino crueles carceleros que nos encierran en miserables y horrendos calabozos, y nos ponen gravísimas e insufribles prisiones y cadenas.

O desistan, pues, los platónicos de amenazarnos con las penas que resultan a las almas de estos cuerpos, o no nos prediquen que adoremos a los dioses cuyas obras que hacen en nosotros, ellos mismos nos exhortan a que las huyamos en cuanto pudiéremos y nos libremos de ellas, aunque lo uno y lo otro es falsísimo. Porque ni de esta suerte satisfacen las almas las penas que deben, tornando de nuevo a esta vida penal, ni hay otro autor y criador de todos los que viven así en el cielo como en la tierra, sino Aquel que hizo el cielo y la tierra. Porque si no hay otra causa para vivir en este cuerpo mortal sino la de satisfacer a las merecidas penas por las culpas cometidas, ¿cómo dice el mismo Platón que no pudo hacerse de otro modo el mundo tan perfectamente hermoso y bueno si no le llenara Dios de todo género de animales, esto es, de los inmortales y mortales? Y si nuestra creación, por la que fuimos criados, aunque mortales, es don y beneficio divino, ¿cómo puede ser pena el volver a estos cuerpos, esto es, a los divinos beneficios? Y si Dios (lo que es muy común en la doctrina de Platón) tenía en su eterna inteligencia las ideas y especies, así como las del Universo, así también las de todos los animales, ¿cómo no criaba él mismo todas las cosas? ¿Cómo no había de querer ser artífice de algunas, teniendo su inefable e inefablemente loable entendimiento arte para hacerlas?

CAPITULO XXVIII

Que en el primer hombre nació toda la plenitud del linaje humano, en la cual previó Dios la parte que había de ser honrada y premiada y la que había de ser condenada y castigada Con razón la verdadera religión le reconoce y predica por autor y Criador del mundo y de todos los animales, esto es, de las almas y de los cuerpos. Y entre los terrenos y mortales hizo a su imagen y semejanza, por la causa que he insinuado, si acaso no hay otra más oculta, al hombre solamente, pero no lo dejó solo. Porque nó hay linaje de animal tan desavenido por sus vicios, ni tan sociable por su naturaleza como éste.

Tampoco la humana naturaleza pudiera testificar más a propósito contra el vicio de la discordia, o para prevenir que no la hubiese, o para quitarla cuando la hubiese, que trayéndonos a la memoria aquel primer padre, a quien por eso quiso Dios criarle único. de quien se propagase la humana generación, para que con esta advertencia se viniese a conservar también entre muchos una concorde unión. Con haberle Dios formado una mujer, extrayéndola de su costado, nos dio a entender bien claro cuán amada y querida debe ser la unión del marido y de la mujer. Y estas obras de Dios por eso son extraordinarias e inusitadas, porque son primeras. Y los que no las creen tampoco deben creer que hizo Dios estupendos y admirables prodigios, pues que ni éstos, si se efectuasen según el curso ordinario de la naturaleza, se llamarían prodigios. ¿Y qué cosa hay que se haga en vano bajo un gobierno tan soberano y arreglado de la Divina Providencia, aunque su causa no sea oculta y secreta? Por lo que dice el real profeta: "Venid, y considerad las obras del Señor, los prodigios que hizo en la tierra."

La causa porque Dios hizo a la mujer del costado del varón, y lo que prefiguró éste, que en cierto modo podemos llamar primer prodigio, lo dire en otro lugar con el favor del Señor. Y ahora, porque hemos de poner fin a este libro, consideremos cómo en el primer hombre, que ante todos fue criado, nacieron, aunque no según evidencia, sin embargo, según la presciencia de Dios, en el linaje humano dos compañías o congregaciones de hombres, como dos ciudades; porque de él habían de nacer, unos para venirse a juntar con los ángeles malos en las penas y tormentos, otros con los buenos en el premio eterno por oculto, pero justo juicio de Dios. Pues, como dice la Sagrada Escritura: "Estando todas las sendas y disposiciones del Señor llenas de misericordia y verdad", ni su gracia puede ser injusta, ni cruel su justicia.

LIBRO DECIMOTERCERO LA MUERTE, PENA DEL PECADO DE ADÁN

CAPITULO PRIMERO

De la caída del primer hombre, por quien heredamos el ser mortales Ya que hemos ventilado las escabrosas y difíciles cuestiones sobre el origen de nuestro siglo y del principio del humano linaje, parece exige el orden metódico que continuemos la disputa acerca de la caída del primer hombre, o, por mejor decir, de los primeros hombres; y del origen y propagación de la muerte del hombre. Porque no crió Dios a los hombres de la misma condición que a los ángeles, que, aunque pecasen, no pudiesen morir; sino de tal condición que, cumpliendo con la obligación de la obediencia, pudiesen alcanzar, sin intervención de la muerte, la inmortalidad angélica y la eternidad bienaventurada, y siendo

desobedientes incurriesen en pena de muerte por medio de una justísima condenación, como lo insinuamos ya en el libro anterior.

CAPITULO II

De la muerte que puede sufrir el alma, libre del cuerpo, y de aquella a que está sujeta el alma unida al cuerpo Paréceme llegado el momento de tratar con más exactitud y escrupulosidad de los dos géneros de muerte; pues aunque con verdad se dice que el alma del hombre es inmortal, sin embargo, padece también su peculiar muerte. Se dice inmortal porque en cierto modo nunca deja de vivir y sentir, y el cuerpo por eso es mortal, porque puede faltarle totalmente la vida, y por sí mismo no puede vivir de modo alguno. Así, que la muerte del alma sucede cuando la desampara el Señor, así como la del cuerpo cuando la deja el alma; por lo cual, la muerte del uno y del otro, esto es, de todo el hombre, sucede cuando el alma, desampa- rada de Dios, desampara al cuerpo; porque así ni ella vive con Dios, ni el cuerpo con ella.

A esta muerte de todo el hombre se sigue aquella a quien la autoridad de la Sagrada Escritura llama muerte segunda, la cual nos significó el Salvador cuando dice: “Temed a aquel que tiene potestad para arrojar para siempre al cuerpo y al alma en el infiemo”; lo cual, como no acontece antes que el alma se haya juntado con el cuerpo, sino después, de modo que no haya fuerza que pueda ya dividirlos y apartarlos, puede causar admiración que digamos que el cuerpo muere sin que le desampare el alma; antes si, estando animado y sintiendo, muere atormentado. Porque en aquella pena última y eterna (de la cual trataremos cuando sea conducente en su respectivo lugar), muy bien puede decirse que muere el alma porque no vive con Dios; pero que muera el cuerpo, ¿cómo puede suceder, si vive con el alma? No podría de otra conformidad sentir los tormentos corporales que ha de sufrir después de la resurrección. ¿Diremos, acaso, que por cuanto la vida, cualquiera que sea, es un singular bien, y el dolor un mal, por eso tampoco debe decirse que vive el cuerpo donde el alma no es causa del vivir, sino de padecer con dolor? Así que vive el alma con Dios cuando vive bien, porque no puede vivir bien si no es obrando Dios en ella lo que es bueno; pero el cuerpo vive con el alma cuando el alma vive en el cuerpo, ya viva ella, ya no viva con Dios. Porque la vida de los impíos en los cuerpos no es vida de las almas, sino de los cuerpos, la cual les pueden dar las almas aunque estén difuntas, esto es, desamparadas de Dios, sin que las deje la propia vida, cualquiera que sea, por la cual son también inmortales.

Mas en la última y final condenación, aunque el hombre no dejará de sentir, con todo, porque el mismo sentido ni será suave por el deleite, ni saludable por la quietud, sino penoso por el dolor, no sin razón la llaman mejor muerte que vida, y por lo mismo segunda, porque es después de la primera, con que se hace la división de las naturalezas que estaban juntas, ya sea de Dios y del alma, ya sea del alma y del cuerpo; así que de la primera muerte del cuerpo puede decirse que es buena para los buenos y mala para los malos; pero la segunda, sin dada, que, como no es de ningún bien, así para ninguno es buena.

CAPITULO III

Si la muerte, que por el pecado de los primeros hombres se comunicó a todos los hombres, es también en los santos pena del pecado Pero se ofrece una duda que no es razón omitir: si realmente la muerte, con que se dividen el alma y el cuerpo, es buena para los buenos. Porque si es así, ¿cómo podrá defenderse que ella sea también pena del pecado? Pues no incurrieran en ella seguramente los primeros hombres si no pecaran; ¿y de qué manera podrá ser buena para los buenos la que no pudo suceder sino a los malos? Y, por otra parte, si no podía suceder sino a los malos, ya no podía ser buena para los buenos, antes no la debieran sufrir; ¿pues para qué había de haber pena donde no había qué castigar? Por lo cual hemos de confesar que, aunque Dios crió a los primeros hombres de suerte que si no pecaran no incurrieran en ningún género de muerte, sin embargo, a éstos que primeramente pecaron, los condenó a muerte de modo que todo lo que naciese de su descendencia estuviese también sujeto al mismo castigo, puesto que no había de nacer de ellos otra cosa de lo que ellos habían sido.

Pues la pena, según la gravedad de aquella culpa, empeoró la naturaleza de tal conformidad, que lo que precedió penalmente en los primeros hombres que pecaron, eso mismo siguiese como naturalmente en los demás que fuesen naciendo. Porque no se formó el hombre de otro hombre, así como se formó el hombre del polvo; pues el polvo para hacer el hombre sirvió de materia, pero el hombre para engendrar al hombre sirvió de padre. Por lo tanto, no es la carne lo que es la tierra, aunque de la tierra se hizo la carne; mientras que lo que es el hombre padre es también el hombre hijo.

Todo el linaje humano que se había de propagar por medio de la mujer en sus hijos y generación existió en el primer hombre cuando los dos primeros casados recibieron la divina sentencia de su condenación; y lo que fue hecho el hombre, no cuando le crió Dios, sino cuando pecó y fue castigado, eso fue lo que engendró respecto al origen del pecado y de la muerte. No quedó el hombre reducido con el pecado o con la pena a la ignorancia y debilidad del alma y cuerpo que observamos en los niños (que en esta ignorancia e imbecilidad quiso Dios que entrasen en la vida, como los hijos de las bestias, los tiernos hijos de los padres que había condenado a una vida y muerte propia de bestias, como lo dice la Sagrada Escritura: “El hombre, cuando vivía honrado en la justicia original, no entendió, no uso de la razón, y pecando, vino a ser semejante a las bestias, que no tienen discurso ni razón, siendo mortal como ellas”; y aún observamos en los niños que en el uso y movimiento de sus miembros, y en el sentido de apetecer o evitar, son aún más débiles e indolentes que los más tiernos hijos de los demas animales, como si la virtud humana con tanta mayor excelencia se aventajase sobre todos los demás animales, cuanto más se detiene en dilatar su imperio, retirándole atrás como saeta cuando se estiva el arco); así que no sólo cayó el primer hombre con aquella su ilícita y vana presunción, o le arrojaron y condenaron con justísimo decreto a la rudeza y flaqueza de niños, sino que la naturaleza humana quedó en él corrompida y mudada, de manera que padeciese en sus miembros la desobediencia y repugnancia de la concupiscencia, y quedase sujeta a la necesidad de morir, y así engendrase lo que vino a ser por su culpa y por la pena y castigo que en él hicieron, esto es, hijos sujetos al pecado y a la muerte. Y cuando los niños se libran de esta sujeción del pecado por la gracia, de Jesucristo, nuestro mediador y redentor; sólo pueden padecer la

muerte que aparta y divide al alma del cuerpo, pero no pasan a aquella segunda de las penas eternas, porque están ya libres de la obligación del pecado.

CAPITULO IV

Por qué a los que están absueltos del pecado por la gracia de la regeneración no los absuelven de la muerte; esto es, de la pena del pecado Pero si alguno dudase creer que sufren también esta muerte, si ésta es asimismo pena del pecado, aquellos cuya culpa se perdonó por la gracia, ya está tratada y averiguada esta cuestión en otro libro que intitulé del Bautismo de los niños, donde dije que la causa porque quedaba al alma el haber de pasar por la experiencia de la separación del cuerpo, aunque estuviese absuelta del vínculo del pecado, era porque si consiguientemente al sacramento de la regeneración se siguiera luego la inmortalidad del cuerpo, la misma fe perdiera su fuerza y vigor; la cual entonces es fe, cuando se aguarda con la esperanza lo que aún no se ve en la realidad. Y con la virtud y contraste de la fe en la edad madura habían de llegar a vencer los hombres el temor de la muerte, lo cual principalmente resplandeció en los santos mártires; pues de este contraste. y lucha no hubiera, sin duda, ni victoria ni gloria, porque tampoco pudiera haber este mismo contraste y batalla si después de la regeneración y bautismo no pudieran los santos padecer muerte corporal. ¿Y quién habría que, con los pequeñuelos que se han de bautizar, no acudiese a la gracia de Jesucristo, principalmente por no apartarse y dividirse del cuerpo? No se estimaría, pues, la fe por el premio invisible, ni sería ya fe hallando y recibiendo de contado el premio de sus fatigas. Pero de esta otra conformidad con mucha mayor y más admirable ventaja de la gracia del Salvador, vemos la pena del pecado convertida en utilidad y aprovechamiento de la justicia; porque entonces dijo Dios al hombre: “morirás si pecares”, y ahora dice al mártir: “muere por que no peques”; entonces le dijo: “si quebrantaseis el mandamiento, moriréis de muerte”; ahora les dice: “si rehusareis la muerte, quebrantareis el precepto”.

Lo que entonces debió ponerles freno y temor para no pecar, ahora lo deben admitir y abrazar para que no pequen; y de esta manera, por la inefable misericordia de Dios, la misma pena de los vicios se convierte y trueca en armas para la virtud, y viene a ser mérito del justo aun el castigo del pecador, porque entonces se ganó la muerte pecando, y ahora se cumple la justicia muriendo. Pero esto se entiende en los santos mártires, a quienes el tirano les propone una de dos, o que abjuren la fe o padezcan la muerte, porque los justos más quieren, creyendo, padecer lo que al principio, no creyendo, padecieron los pecadores; pues si éstos no pecaran, no murieran; pero aquéllos pecarán si no mueren Así que murieron aquéllos porque pecaron; éstos no pecan porque mueren; sucedió por culpa de aquéllos que incurriesen en el castigo; sucede por la pena de éstos que no caigan en la culpa; no porque la muerte se haya convertido en cosa buena, siendo antes mala, sino porque Dios dio tanta gracia a la fe, que la muerte, que, según es notorio, es contraria a la vida, se viniese a hacer instrumento por el cual se pudiese pasar a la vida.

CAPITULO V

Que así como los pecadores usan mal de la ley, que es buena, así los justos usan bien de la muerte, que es mala Porque el Apóstol, queriendo demostrar cuán poderoso era el pecado para causar males, cuando falta la ayuda de la gracia, no dudó llamar a la misma ley, que prohíbe el pecado, virtud del pecado: “El aguijón, dice, o el arma con que mata la muerte, es el pecado, y la ley es la virtud o potencia del pecado.” Y con mucha verdad, ciertamente, porque la prohibición acrecienta el deseo de la acción ilícita cuando no amamos la justicia, de modo que con el gusto y deleite de ella venzamos el apetito de pecar.

Y para que amemos y nos deleite la verdadera justicia no nos ayuda y alienta sino la divina gracia. Pero porque no tuviésemos por mala a la ley, porque la llama virtud del pecado, por eso él mismo, tratando en otro lugar de esta cuestión, dice de esta manera: “La ley, sin duda, es santa, y los mandamientos, santos, justos y buenos; luego ¿lo que es bueno me ha causado por sí la muerte? En manera alguna, sino el pecado, por manifestarse pecado, esto es, porque campease la grandeza de su impulso por medio del mismo bien, tomando ocasión de la ley, me obró y causó la muerte para mostrarse el pecado sobremanera pecador, esto es, para manifestar todo su veneno y la inmensidad de su malicia.” Sobremanera, dijo, porque también se añade pecado cuando, habiendo aumentado en sí el apetito de pecar, se desprecia también la misma ley.

Pero ¿a qué fin hemos dicho esto? Para que veamos que así como la ley no es mala cuando acrecienta el apetito de los que pecan, así tampoco la muerte es buena cuando aumenta la gloria de los que padecen; cuando la ley se deja por el pecado y forma prevaricadores y transgresores, o cuando la muerte se recibe por la verdad, y hace mártires; y por eso la ley, aunque es buena porque prohíbe el pecado, y la muerte es mala porque es la paga, recompensa y premio del pecado, sin embargo, así como los malos y peca- dores usan mal, no sólo de las cosas malas, sino también de las buenas, así los buenos y justos usan bien, no solamente de las buenas, sino también de las malas; de donde dimana que los malos usan mal de la ley aunque la ley sea buena, y que los buenos mueren bien aunque la muerte sea mala.

CAPITULO VI

Del mal general de la muerte, con que se divide la sociedad del alma y del cuerpo Por lo cual, en cuanto toca a la muerte del cuerpo, esto es, a la separación del alma del cuerpo, cuando la padecen los que decimos que mueren, para ninguno es buena, porque el mismo impulso con que se separa lo uno y lo otro, que estaba en él viviente unido y trabado, tiene un sentimiento áspero y contrario a la naturaleza en tanto que dura hasta que se extinga y pierda todo el sentido que resultaba de la misma unión del alma y del cuerpo. Toda esta molestia a veces la ataja un golpe en el cuerpo o un trastorno del alma, y no permite que se sienta, con la presteza; pero todo aquello que, en los que mueren con grave sentimiento quita el sentido, sufriéndolo piadosa y fielmente, acrecienta el mérito de la paciencia, mas no la quita el nombre de pena. Y así, siendo la muerte, sin duda, por la descendencia continuada desde el primer hombre, una pena del que nace, con todo, si se emplea por la piedad y justicia, viene a ser gloria del que renace; y siendo la muerte retribución y recompensa del pecado, a veces impetra y alcanza que no se de castigo al pecado.

CAPITULO VII

De la muerte que padecen por la confesión de Jesucristo los que no están bautizados Todos aquellos que, sin haber recibido el agua de la regeneración mueren por la confesión de Jesucristo, les vale ésta tanto para obtener la remisión de sus pecados, como si se lavasen en la fuente santa del bautismo; pues si dijo Jesucristo: “que el que no renaciere con el agua y con el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos”, en otro lugar le eximió, cuando con expresiones no menos generales dijo: “al que me confesare delante de los hombres le confesaré Yo también delante de mi Padre, que está en los cielos; y en otra parte: “el que perdiere por mí su vida, ése la hallará”.

Por eso dice el real profeta: “que es preciosa en los ojos del Señor la muerte de los santos”. ¿Pues qué objeto más precioso y estimable que la muerte, por la que consigue el hombre que se le perdonen todos sus pecados y se le acrecienten más colmadamente los merecimientos? Porque no participan de un mérito tan relevante los que, no pudiendo diferir la muerte, se bautizaron, y pasaron de esta vida remitidos todos sus pecados, como le gozan los que pudieron dilatar la muerte no la difirieron, porque más quisieron confesando a Jesucristo acabar esta vida mortal, que negándole conseguir su bautismo.

El cual seguramente si lo recibieran también se les perdonara en aquel admirable lavatorio el pecado con que, por temor de la muerte, negaron a Jesucristo; pues en el mismo lavatorio se les perdone igualmente aquel tan enorme crimen a los que crucificaron a Jesucristo. ¿Pero cómo, sino con la abundancia de la gracia de aquel soberano espíritu, que donde quiere inspira, pudieran amar tanto al Salvador, que en peligro tan inminente de la vida, pudiendo, con negarle, alcanzar el perdón, no quisieran hacerlo? Así que la preciosa muerte de los santos (a quienes adelantadamente con tanta gracia se les comunicó la muerte de Jesucristo, que para alcanzarle y gozar de él no dudaron emplear y dar voluntariamente su vida) demostró bien llanamente que lo que antes estaba puesto para castigo del que pecase, se había ya convertido en instrumento de donde naciese al hombre más copioso y abundante el fruto de la justicia.

Así pues, la muerte no debe parecer buena porque la veamos transformada en una utilidad tan considerable, no por virtud suya, sino por la divina gracia, la cual determina que la que entonces se propuso por terror y freno para que no pecaran, ahora se proponga que la padezcan para que no se cometa pecado; y para que el cometido se perdone y se conceda a tan plausible victoria la debida palma de la justicia.

CAPITULO VIII

Que en los santos, la primera muerte que padecieron por la verdad fue absolución de la segunda muerte Si reflexionamos con más atención, cuando uno muere fiel y loablemente por la verdad, también huye de la muerte, pues padece algún tanto de ella, porque no se le apodere toda y llegue juntamente la segunda, que jamás se acaba. Sufre que le separen el alma del cuerpo, para que no se aparte ésta del cuerpo cuando Dios se encuentre apartado

del alma; y cumplida la primera muerte de todo hombre, venga a caer en la segunda y eterna. Por lo cual la muerte, como insinué, cuando la padecen los que mueren y hace en ellos que mueran, para ninguno es buena; pero se sufre loablemente por conservar o alcanzar el sumo bien. Mas cuando están en ella los que se llaman ya muertos, no sin motivo se dice que para los malos es mala, y para los buenos, buena; porque las almas de los justos, separadas de sus cuerpos, están ya en descanso, y las de los impíos están satisfaciendo sus debidas penas, hasta que los cuerpos de las unas resuciten para la vida eterna, y los de las otras para la muerte eterna, que se llama segunda.

CAPITULO IX

Si el tiempo de la muerte en que pierden los que mueren el sentido de la vida, se ha de decir que está en los muertos Pero ¿cómo hemos de llamar aquel tiempo en que las almas, separadas de sus cuerpos; están, o participando del sumo bien, o padeciendo el mayor mal? ¿Diremos que es el momento mismo de la muerte, o el tiempo que sigue despues de la muerte? Porque si es después de la muerte, ya no es la misma muerte, que ya ha pasado, sino la vida presente del alma que sigue inmediatamente, o buena o mala. Pues la muerte entonces les era mala, cuando ella existía, esto es, cuando la padecían los que morían, por serles grave y molesto lo que sentían; y de este, mal y penalidad usan bien y se aprovechan los buenos.

Pero la muerte que ya ha pasado, ¿cómo puede ser o buena o mala, supuesto que ya no es? Y si todavía quisieremos considerarlo con más escrupulosidad advertiremos que no será muerte la que dijimos que sentían grave y molesta los que morían; porque entre tanto que sienten, aún viven, y si todavía viven, mejor diremos que están o existen antes de la muerte, que no en la muerte; porque cuando ésta llega quita todo el sentido, el cual, aproximándose la muerte, es penoso y molesto al cuerpo. Por lo mismo es difícil declarar cómo decimos que mueren o están en la muerte los que aún no están muertos, sino que acercándose ya la muerte, están padeciendo una extrema y mortal aflicción; aunque de éstos digamos con propiedad que se están muriendo; mas cuando llega la muerte que los amenaza, ya no decimos que se mueren, sino que están muertos.

Todos los que están muriendo están vivos, porque el que se halla en el último período de la vida, como están, según decimos, los que se encuentran ya dando el alma, mientras no carecen de alma todavía viven. Luego juntamente uno mismo es el que está muriendo y el que vive, aunque se va acercando a la muerte y apartándose de la vida, pero todavía con la vida, porque reside el alma en el cuerpo; y aún no está en la muerte, porque aún no se ha despedido del cuerpo. Y si cuando se ha despedido ya tampoco está entonces en la muerte, sino después de la muerte, ¿quién podrá decir cuándo está en la muerte? Porque tampoco habrá alguno que esté muriendo si nadie puede juntamente estar muriendo y viviendo, pues entre tanto que está el alma en el cuerpo no podemos negar que vive. Y si es mejor decir que está muriendo aquel en cuyo cuerpo ya empieza a mostrarse la muerte, y nadie puede juntamente estar viviendo y muriendo, no sé cuándo diremos que está viviendo.

CAPITULO X

Si la vida de los mortales debe llamarse mejor muerte que vida Porque desde el momento que el hombre comienza a existir y residir en este cuerpo mortal que ha de morir, no puede evitar que venga sobre él la muerte, pues lo que hace su mutabilidad en todo el tiempo de la vida mortal (si es que debe llamarse vida) es que se acabe por llegar a la muerte. No hay alguno que no esté más próximo a ella al fin del año que lo estaba antes del principio del año, y más cercano mañana que hoy, y más hoy que ayer, y más poco después que ahora, y más ahora que poco antes; porque todo el tiempo que vamos viviendo lo desfalcamos del espacio de la vida, cada día se va disminuyendo más y más lo que resta; de manera que no viene a ser otra cosa el tiempo de esta vida que una precipitada carrera a la muerte, donde a ninguno se permite ni parar un solo instante ni caminar con paso alguno más tardo, sino que a todos los lleva un igual movimiento: ni les obliga a que caminen con diferente paso, porque el que tuvo vida más breve no paso más apriesa sus días que el que la disfrutó más larga, sino que, como al uno y al otro les fueron arrebatando igualmente unos mismos momentos, el uno tuvo más cerca y el otro más distante el término adonde ambos corrían con una misma velocidad; y una cosa es el haber andado más camino y otra el haber caminado con paso más lento.

Así que el que consume más dilatados espacios de tiempo hasta Ilegar a la muerte no camina más lentamente, sino que anda más camino. Y si desde aquella hora principia cada uno a morir, esto es, a estar en la muerte, desde que comenzó en él a hacerse la misma muerte, es decir, desde que empezó a desfalcársele la vida (porque en concluyendo de desfalcarla estará ya después de la muerte, y no en la muerte), sin duda que desde la hora que comienza a estar en este cuerpo está en la muerte; porque ¿qué otra cosa se hace todos los días, horas y momentos, hasta que, consumida aquella muerte que se iba fabricando, se cumpla y acabe, y principie ya a ser después de la muerte el tiempo, que cuando ya se iba desfalcando la vida estaba en la muerte? Luego nunca se halla el hombre en la vida desde la hora que está en el cuerpo, y aún le podemos decir más muerto que vivo, puesto que juntamente no puede estar en la vida y en la muerte. ¿O acaso diremos que está juntamente en la vida y en la muerte: en la vida, porque vive hasta que se le desfalque toda, y en la muerte, porque ya muere cuando se le defrauda la vida? Porque si no está en la vida, ¿qué es lo que se le desfalca hasta que se consuma del todo? Y si no está en la muerte, ¿qué es aquello que se le desfalca y quita de la vida? No en vano, en habiendo faltado toda vida al cuerpo, decimos que ya es después de la muerte, sino porque estaba en la muerte cuando se le desfalcaba. Porque si acabado de desfalcar el hombre no está en la muerte, sino después de la muerte, ¿cuándo, sino cuando se desfalca, estará en la muerte?

CAPITULO XI

Si puede uno juntamente estar vivo y muerto Y si es un absurdo el decir que el hombre antes que llegue a la muerte está ya en la muerte (porque ¿a que muerte diremos que se va acercando cuando va cumpliendo los días de su vida, si ya está en ella?), especialmente que es cosa muy dura y extraordinaria el que se diga que a un mismo tiempo está viviendo y

muriendo, puesto que no puede estar en un solo instante velando y durmiendo; resta saber cuándo estará muriendo. Porque antes que venga la muerte no está muriendo, sino viviendo, y cuando hubiere ya venido estará muerto, y no muriendo.

Así que aquello es todavía antes de la muerte, y esto ya después de la muerte ¿Cuándo, pues, está en la muerte? Porque entonces está muriendo; pues así como son tres cosas cuando decimos: antes de la muerte, en la muerte y después de la muerte, asi a cada una de éstas acomodamos otras tres, a cada una la suya cuando está viviendo, muriendo y muerto. ¿Cuándo diremos que estará muriendo, esto es, en la muerte, adonde ni esté viviendo, que es antes de la muerte; ni muerto, que es después de la muerte, sino muriendo, que es en la muerte? Con gran dificultad puede determinarse, porque entre tanto que reside el alma en el cuerpo, principalmente si está con sus sentidos, sin duda que vive el hombre, que consta de alma y cuerpo, y, por consiguiente, hemos de decir que todavía es antes de la muerte, y no en la muerte; y cuando se hubiere partido el alma y quitado todo el sentido del cuerpo, ya decimos que es después de la muerte, y que está muerto.

Desaparece, pues, entre lo uno y lo otro; cuando está muriendo o en la muerte; porque si todavía vive es antes de la muerte, y si dejó de vivir ya es después de la muerte. Así que nunca puede entenderse y comprenderse cuándo esté muriendo o en la muerte. Así también en el discurso del tiempo buscamos el presente y no le hallamos, porque no tiene espacio alguno aquello por donde se pasa del futuro nl pretérito. Pero conviene fijar la atención bastante para que no vengamos de esta manera a decir que no hay muerte alguna en el cuerpo. Porque si la hay, ¿cuándo es, pues ella no puede estar en nadie, ni alguno en ella? Cuando se vive, aun todavía no está, porque esto es antes de la muerte, y no en la muerte; y si se dejó de vivir, ya no está, porque también esto es ya después de la muerte, y no en la muerte. Y, por otra parte, si no hay muerte alguna antes o después, ¿qué es lo que llamamos antes de la muerte o después de la muerte? Porque también lo diremos vanamente si no hay muerte alguna.

Y pluguiera, a Dios que, viviendo bien en el Paraíso, hubiéramos hecho que en realidad de verdad no la hubiera; pero ahora no sólo la hay, sino que también la que hay es tan molesta, que en ninguna manera tenemos palabra para explicarla ni traza alguna para excusarla. Hablemos, pues, conforme al uso y a la costumbre, porque no es razón que hablemos de otro modo, y digamos antes de la muerte primero que suceda la muerte, como lo dice la Sagrada Escritura: “Antes de la muerte no alabes a ningún hombre.” Digamos también cuando sucediere: después de la muerte de fulano o de zutano sucedió esto o aquello; digamos también del tiempo presente como pudiéramos, así como cuando decimos: muriendo fulano hizo testamento, y muriendo dejó esto y aquello a fulano y a zutano, aunque esto en ninguna manera lo pudo hacer nadie sino viviendo, y lo hizo antes de la muerte, y no en la muerte.

Raciocinemos también, como lo hace la Escritura, que sin escrúpulo, alguno llama también muertos, no a los que se hallan después de la muerte, sino en la muerte; y así dice el real Profeta: “Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti.” Pues hasta que vivan y resuciten se dice muy bien que están en la muerte, como decimos que está uno metido en el sueño hasta que despierta; aunque a los que están en el sueño decimos que están durmiendo; con todo, no podemos decir del mismo modo a los que ya han muerto que están

muriendo. Porque no mueren todavía los que, respecto a la muerte del cuerpo, de que tratamos ahora, están ya separados de los cuerpos. Esto es lo que dije que no se podía explicar con palabras; ¿cómo a los que mueren decimos que viven, o cómo a los que ya han muerto, aun después de la muerte, todavía decimos que están en la muerte? Porque ¿cómo se hallan después de la muerte, si aún están en la muerte, principalmente no pudiendo decir que están muriendo? Como a los que están en el sueño decimos que están durmiendo; y a los que en el trabajo, trabajando; y a los que en la pena, penando; y a los que en la vida, viviendo. Pero a los muertos, antes que resuciten, decimos que están en la muerte; y, sin embargo, no podemos decir que están muriendo. Por lo cual muy a propósito, y no sin que le cuadre, me parece que sucedió (cuando no fuese por industria humana, quizá por juicio divino) que este verbo moritur, que es morirse, en el idioma latino no le pudieron declinar los gramáticos por la regla que suelen declinarse sus semejantes.

Porque del verbo oritur se deriva el pretérito ortus est y otros semejantes que se declinan por los participios del tiempo pretérito; pero del verbo moritur, si preguntásemos el tiempo pretérito, responderán mortuus est, duplicando la letra u. Porque así decimos mortuus, como fatuus, arduus, conspicuus y otros tales que no son del tiempo pretérito, sino que, como sus nombres, se declinan sin tiempo. Mas como para que se decline lo que no puede declinarse, pónese y constitúyese un nombre por participio del tiempo pretérito. Sucedió, pues, muy bien, que así como aquello que significa no se puede evitar en la realidad, así el mismo verbo no puede declinarse hablando. Podemos, sin embargo, con el auxilio y gracia de nuestro Redentor, a lo menos, declinar la muerte segunda. Porque ésta es la más grave y el colmo de todos los males, la cual sucede, no por la división del alma y del cuerpo, sino con la unión de ambos para la pena eterna. En ésta, por el contrario, no estarán los hombres, antes de la muerte, ni después de la muerte, sino que siempre se hallarán en la muerte; y, por consiguiente, nunca viviendo, ni jamás muertos, sino muriendo sin fin. Pues nunca le sucederá al hombre peor en la muerte que en donde habrá la misma muerte sin muerte.

CAPITULO XII

Con qué género de muerte amenazó Dios a los primeros hombres si quebrantasen su mandamiento Cuando se pregunta ¿con qué especie de muerte amenazó Dios a los primeros hombres si quebrantaban el mandamiento que les puso, y si no le guardaban obediencia, si con la del alma o la del cuerpo, o con la de todo el hombre, o con la que se dice segunda? Responderemos que con todas. Porque la primera consta de las dos, y la segunda totalmente de todas. Pues así como toda la tierra consta de muchas tierras, y toda la Iglesia de muchas iglesias, así toda la muerte de todas.

Porque la primera consta de las dos: de la del alma y de la del cuerpo; de manera que la primera sea muerte de todo el hombre, cuando el alma sin Dios y sin el cuerpo paga por cierto tiempo sus penas; en la segunda queda el alma sin Dios y con el cuerpo, y satisface las penas eternas. Así que cuando Dios dijo al primer hombre, a quien colocó en el Paraíso, acerca del manjar que le mandaba no comiese: “El día que comiereis de él moriréis de muerte”, no sólo comprendió aquella amenaza la primera parte de la primera muerte, donde el alma queda privada de Dios; ni sola la última, donde el cuerpo queda privado del alma; ni tampoco solamente toda la primera, donde el alma padece sus penas separada de Dios y

del cuerpo, sino que comprendió todo lo que hay de muerte hasta la última, que se llama la segunda, después de la cual no hay otra que la suceda.

CAPITULO XIII

Cuál fue el primer castigo de la culpa de los primeros hombres Apenas quebrantaron nuestros primeros padres el precepto, cuando los desamparó luego la divina gracia y quedaron confusos y avergonzados de ver la desnudez de sus cuerpos. Y así, con las hojas de higuera, que fueron acaso las primeras que, estando turbados, hallaron a mano, cubrieron sus partes vergonzosas, que antes, aunque eran los mismos miembros, no les causaban vergüenza. Sintieron, pues, un nuevo movimiento de su carne desobediente como una pena recíproca de su desobediencia.

Porque ya el alma, que se había deleitado y usado mal de su propia libertad y se había desdeñado de obedecer a Dios, la iba dejando la obediencia que le solía guardar el cuerpo, y porque con su propia voluntad y albedrío desamparó al Señor, que era superior; al criado, que era su inferior, no le tenía a su albedrío, ni del todo tenía ya sujeta la carne como siempre la pudo tener si perseverara ella guardando la obediencia y subordinación a su Dios. Entonces, pues, la carne comenzó a desear contra el espíritu, y con esta batalla y lucha nacimos, trayendo con nosotros el origen de la muerte, y trayendo en nuestros miembros y en la naturaleza viciada y corrompida la guerra continuada con ella o la victoria contra el primer pecado.

CAPITULO XIV

De las cualidades con que crió Dios al hombre, y en la desventura que cayó por el albedrío de su voluntad Dios crió al hombre recto, como verdadero autor de las naturalezas, y no de los vicios; pero como éste se depravó en su propia voluntad, y por ello fue justamente condenado, engendró asimismo hijos malvados y condenados. Puesto que todos nos representamos en aquel uno, cuando todos fuimos aquel uno que por la mujer cayó en el pecado, la cual fue formada de él antes del pecado.

Aún no había criado y distribuido Dios particularmente la forma en que cada uno habíamos de vivir; pero existía ya la naturaleza seminal y fecunda de donde habíamos de nacer; de modo que estando ésta corrupta y viciada por causa del pecado, obligada al vínculo de la muerte y justamente condenada, no podía nacer del hombre otro hombre que fuese de distinta condición. Y así del mal uso del libre albedrío nació el progreso y fomento de esta calamidad, la cual, desde su origen y principio depravado, como de una raíz corrompida, trae al linaje humano con la trabazón de las miserias hasta el abismo de la muerte segunda, que no tiene fin, a excepción de los que se escapan y libertan por beneficio de la divina gracia.

CAPITULO XV

Que pecando Addn; primero dejó él a Dios que Dios le dejase a él, y que la primera muerte del alma fue el haberse apartado de Dios Por lo cual, cuando les dijo Dios morte moriemini, moriréis de muerte, ya que no dijo de muertes, si quisiéremos entender sólo aquella que sucede cuando el alma queda desamparada de su vida, que para ella es Dios (que no la desamparó para que ella desamparase, sino que fue desamparada por haberse desamparado; pues para el daño suyo primero es su voluntad, mientras para su bien, primero es la voluntad de su Criador; así para criarla cuando no era, como para restaurarla y redimirla cuando, pecando, se perdió) por ello decimos que Dios les amenazó y denunció esta muerte al decir: “El día que comiereis de él moriréis de muerte”; como si dijera: “El día que me dejareis por la desobediencia os desampararé por la justicia”; y, sin duda, que en aquella muerte les amenazó y notificó también las demás que infaliblemente se habían de seguir de ella. Porque cuando nació en la carne del alma desobediente el movimiento rebelde y desobediente, por el cual cubrieron sus partes vergonzosas, entonces sintieron la primera muerte con que desamparó Dios al alma. Esta la significaron aquellas palabras cuando, escondiéndose el hombre, despavorido de miedo, le dijo Dios: “Adán, ¿dónde estás?” No como quien le busca por ignorar donde estaba, sino por advertirle con la reprensión que considerase donde estaba al no estar Dios con él.

Pero cuando la misma alma viene ya a desamparar el cuerpo, menoscabado por la edad y deshecho por la senectud, sucede la otra muerte de la cual dijo Dios al hombre, procediendo todavía contra el pecado: “Tierra eres y a la tierra volverás”, para que con estas dos se acabase de cumplir aquella primera muerte, que es la de todo hombre, tras la cual se sigue al último la segunda, si no se escapa y libra el hombre por el beneficio de la divina gracia. Porque el cuerpo, que es de tierra, no volviera a la tierra si no fuera por su muerte, la cual le sucede cuando le desampara su vida, esto es, su alma. Y así consta entre los cristianos que tienen la verdadera fe católica, que tampoco la muerte del cuerpo nos vino por ley de la naturaleza, porque en ella no dio Dios muerte alguna al hombre, sino que nos la dio en pena y castigo del pecado; pues castigando Dios al pecado dijo al hombre, en quien entonces estábamos comprendidos todos: “Tierra eres, y a la tierra volverás.”

CAPITULO XVI

De los filósofos que opinan que la separación del alma y del cuerpo no es por pena o castigo del pecado de desobediencia Pero los filósofos, de cuyas calumnias procuramos defender la Ciudad de Dios, esto es, su Iglesia, se ríen y mofan de lo que decimos, que la división y separación que hace el alma del cuerpo se debe enumerar entre sus penas; porque, efectivamente, ellos sostienen que viene a ser perfectamente bienaventurada, quedando despojada íntegramente de todo lo que es cuerpo, simple sola, y en cierto modo desnuda vuelve a Dios. En lo cual, si no hallara en la doctrina de los mismos filósofos fundamentos con que refutar esta opinión, más prolijidad hubiera de costarme el demostrarles que el cuerpo no es trabajoso y pesado al alma, sino solamente el cuerpo corruptible. Esto mismo quiso decir el sabio (cuyo testimonio citamos en el libro precedente) cuando dijo “que el cuerpo corruptible es el que agrava al alma”; pues añadiendo esta voz, corruptible, dice que agrava al alma, no cualquier cuerpo, sino el que hizo el pecado, con las cualidades que le siguieron con el castigo; y aun cuando esto no lo añadiera, no deberíamos entender otra cosa.

Pero confesando con toda claridad Platón que los dioses hechos y formados por mano del sumo Dios tienen cuerpos inmortales, y añadiendo que el mismo Dios que los crió les prometió por singular beneficio el que hará que vivan eternamente con sus cuer- pos, y que con ninguna especie de muerte se separen de ellos, ¿por qué nuestros adversarios, por sólo el hecho de perseguir la fe cristiana, fingen ignorar lo que saben, contradiciéndose a sí mismos, por no dejar de contradecirnos? Estas son las palabras de Platón, como las refiere Cicerón en latín; introduciendo al sumo Dios, hablando y diciendo a los dioses que crió: “Vosotros, que nacisteis por generación de los dioses, atended que las obras que yo he hecho son indisolubles a mi albedrío, aunque todo lo que está ligado se puede disolver; pero no es bueno disolver lo que está atado con discreción.

Porque habéis nacido, no podéis ser inmortales e indisolubles; no obstante, jamás os disolveréis, ni hado alguno de muerte os quitará la vida, ni será más poderoso que mi idea y voluntad, que es vínculo mayor y más fuerte para vuestra perpetuidad, que el hado a que quedasteis obligados cuando principió vuestra generación.” Y ved aquí cómo Platón dice que los dioses, por la mezcla del cuerpo y del alma, son mortales, y que, sin embargo, son inmortales por la voluntad del Dios que los hizo. Luego, si es pena del alma el residir en cualquier cuerpo, ¿por qué hablándoles Dios como temerosos de que se les entrase casualmente la muerte por sus puertas, esto es, de que se separasen del cuerpo, les asegura de su inmortalidad, no por su naturaleza, que es compuesta, y no simple, sino por su invicta voluntad, con que puede hacer que ni lo engendrado se corrompa ni lo compuesto se resuelva, sino que perseveren incorruptibles? Y si es verdad o no lo que en este particular dice Platón de las estrellas, es otra cuestión; porque no hemos de concederle incontinente que estos globos resplandecientes o estas estrellas que con su luz corpórea alumbran o de día o de noche la tierra, viven con sus almas propias, y éstas intelectuales y bienaventuradas; lo cual asimismo constantemente afirma del mismo mundo, como de un animal donde se contienen todos los demás animales.

Pero ésta (como llevo insinuado) es otra cuestión, la cual no tratamos por ahora de averiguar; sólo quise insinuarla para refutar a los que se glorían de ser llamados platónicos, o quieren seguir su doctrina, y por la vanidad y soberbia de este nombre se ruborizan de ser cristianos, porque tomando el apellido común como el vulgo, no se les disminuya y apoque el de los del palio filosófico, que viene a ser tanto más vano cuanto es menor el número que se halla de ellos; y buscando qué tachar y reprender en la cristiana doctrina, dan contra la eternidad de los cuerpos, como si fuera entre sí contradictorio el que indaguemos la bienaventuranza del alma y queramos que ésta esté siempre en el cuerpo, como encerrada en una molesta y miserable prisión; confesando su jefe y maestro Platón que es merced y beneficio que el sumo Dios hizo a los dioses formados de su mano que nunca mueren, esto es, que nunca se separen y dividan de los cuerpos con que una vez los juntó.

CAPITULO XVII

Contra los que dicen que, los cuerpos terrenos no pueden hacerse incorruptibles y eternos
Pretenden también estos filósofos que los cuerpos terrestres no pueden ser eternos, sosteniendo, por otra parte, que toda la tierra es miembro de su Dios, aunque no del sumo,

sino del grande, esto es, de todo este mundo visible y sempiterno. Habiéndoles, pues, criado aquel Dios sumo, a otro que ellos imaginan que es Dios, esto es, a este mundo, digno de preferirse a todos los demás dioses que están debajo de él; y defendiendo que este mismo es animal, es, a saber, adornado del alma, según dicen racional o intelectual, encerrada en la inmensa máquina de su cuerpo; y habiendo obstinación; de modo que se contradicen claramente a sí mismos con grandes y prolijas disputas, afirmando, por una parte, que el alma, para que sea bienaventurada, no sólo debe huir del cuerpo terreno, sino de todo género de cuerpo, y asegurando, por otra, que los dioses disfrutan de almas beatisimas, y que, sin embargo, las tienen en cuerpos eternos, aunque los celestiales en cuerpos ígneos; y que el alma del mismo Júpiter, que quieren que sea este mundo, está contenida o encerrada por todos los elementos corpóreos de que consta toda esta máquina, principiando desde la tierra hasta el cielo. Por cuanto esta alma imagina Platón que se difunde y extiende por números músicos, desde el íntimo medio de la tierra, que los geómetras llaman centro, hasta las últimas y extremas partes del cielo; de suerte que este mundo sea un animal inmenso, beatísimo y eterno, cuya alma, por una parte, tenga perfecta felicidad de sabiduría, no desamparando su propio cuerpo, y por otra, que este su cuerpo viva por ella eternamente, y que, sin embargo, de no ser simple, sino compuesto de tantos y tan grandes cuerpos, no por eso la puede embotar y entorpecer.

Permitiendo toda esta licencia a sus imaginaciones y sospechas, ¿por qué no quieren creer que, por la divina voluntad y poder, pueden los cuerpos terrenos venir a ser inmortales, donde las almas, sin separarse de ellos con ninguna especie de muerte, sin gravamen ni apego a ellos, vivan eterna y felizmente; así como aseguran que pueden vivir sus dioses en los cuerpos ígneos, y el mismo Júpiter, rey monarca de todos los números, en todos los elementos corpóreos? Porque si el alma, para ser bienaventurada, debe huir y, escaparse de todo lo que es cuerpo, huyan sus dioses de los globos de las estrellas, huya Júpiter del cielo y de la tierra; o, si no pueden, repútenlos por miserables. Pero ni lo uno ni lo otro quieren, pues ni se atreven a dar a sus dioses la separación de los cuerpos, porque no parezca que los adoran siendo mortales, ni la privación de la bienaventuranza, por no confesar que son infelices. Así que para conseguir la eterna felicidad no es necesario huir de cualesquiera cuerpos, sino de los corruptibles, molestos, graves y mortales, no cuales los crió la bondad de Dios o los primeros hombres, sino cuales les obligó a ser la pena del pecado.

CAPITULO XVIII

De los cuerpos terrenos que dicen los filósofos que no pueden estar en los cielos, porque a lo que es terreno, su peso natural lo llama y atrae la tierra Con toda seriedad dicen que el peso natural en la tierra detiene los cuerpos terrenos o los conduce impelidos por fuerza a la tierra, por lo que no pueden estar en el cielo. De los primeros hombres sabemos que estuvieron en una tierra poblada de bosques y fructífera, que se llamó Paraíso; mas porque a esta objeción hemos de responder igualmente, así por el cuerpo de Jesucristo, con que subió glorioso a los cielos, como por los demás santos, quienes los tendrán en la resurrección, es bien que consideremos con alguna más singular atención los dichos pesos terrenos.

Porque si el ingenio humano puede hacer con ciertos artificios que algunos vasos fabricados de metal, cuya materia, Colocada sobre el agua, luego se hunde, anden todavía

nadando sobre ella, ¿cuánto más creíble y eficazmente puede Dios, con un oculto y secreto modo de su divina acción (con cuya omnipotente voluntad, dice Platón, que ni las cosas que no tienen ser por generación se corrompen, ni las compuestas se disuelven, siendo más digno de admiración que estén unidas las incorpóreas con las corpóreas, que cualquiera cuerpo con cualesquiera cuerpos), puede, digo, dar a los cuerpos y máquinas terrenas impulso para que no los deprima y tire hacia la tierra ningún peso; y a las almas, que son ya perfectamente bienaventuradas, que pongan donde quieran sus cuerpos, aunque terrenos, pero ya incorruptibles, y que los muevan donde quieran con una disposición y movimiento facilísimo? Y si pueden los ángeles arrebatar cualesquiera animales terrenos de cualquier parte y ponerlos donde quieran, ¿hemos acaso de creer que no lo pueden hacer sin molestia o que sienten el peso y la carga? ¿Y por qué no creemos que las almas de los santos, que por especial gracia y beneficio de Dios son perfectos y bienaventurados, pueden llevar sin dificultad sus cuerpos donde quisieren y ponerlos donde fuese su voluntad? Pues siendo cierto que acostumbramos imaginar llevando a cuestas el peso de los cuerpos terrenos, que cuanto mayor es la cantidad tanto mayor es la gravedad, de suerte que oprime y fatiga más lo que más, pesa; sin embargo, el alma más fácil y ligeramente lleva los miembros de su cuerpo cuando están sanos y robustos, que cuando están enfermos y flacos.

Y siendo más pesado cuando le llevan otros, el sano y robusto que el flaco y enfermo, con todo, él mismo, para mover y traer su cuerpo, es más ágil cuando, estando bueno y sano, tiene más peso que cuando en la pestilencia o hambre tiene menos fuerza. Tanto puede para sustentar aun los cuerpos terrenos, aunque todavía corruptibles y mortales, no el peso de la cantidad, sino el modo del temperamento. ¿Y quién podía explicar con palabras la diferencia tan grande que hay entre la sanidad presente que decimos y la futura inmortalidad? No arguyan y reprendan, pues nuestra fe los filósofos por los pesos y los cuerpos. Porque no quiero preguntarles por qué causa no creen que puede estar en el cielo el cuerpo terreno, viendo que toda la tierra se sustenta en nada. Porque quizá parezca verosímil la razón y el argumento que se toma del mismo lugar medio del mundo, puesto que acude a él todo lo que es grave. Sólo quiero decir: si los dioses menores, a quienes Platón dio facultad para hacer, entre los demás animales terrestres, al hombre, pudieron, como dice, separar del fuego la calidad que tiene de quemar y dejarle la de resplandecer, como es la que sale y resplandece por los ojos, ¿por qué no concederemos al sumo Dios (a cuya voluntad y potestad concedió él mismo el privilegio de que no se corrompan y mueran las cosas que tienen ser por generación, y que cosas tan diversas e incomparables, como son las corpóreas e incorpóreas entre sí unidas y conglutinadas, no puedan desunirse y descomponerse de modo alguno),que pueda desterrar del cuerpo del hombre, a quien hace la gracia de la inmortalidad, la corrupción, dejarle la naturaleza; conservarle la congruencia de la figura y de los miembros y quitarle la gravedad del peso? Pero al fin de esta obra, si fuese voluntad de Dios, trataremos más particularmente de la fe de la resurrección de los muertos y de sus cuerpos inmortales.

CAPITULO XIX

Contra la doctrina de los que no creen que fueran inmortales los primeros hombres si no pecaron Ahora declaremos lo que principiamos a decir de los cuerpos de los primeros hombres. Pues ni esta muerte, que dicen es buena para los buenos, y que la conocen no sólo

algunos pocos inteligentes o creyentes, sino que es notoria a todos; muerte con que se hace la división del alma y del cuerpo; con la cual, sin duda, el cuerpo del animal que evidentemente vivía, evidentemente muere; no les pudiera sobrevenir a ellos si no se siguiera el mérito del pecado.

Pues aunque no es lícito dudar que las almas de los difuntos piadosos y justos viven en perpetuo descanso, con todo, les fuera tanto mejor vivir con sus cuerpos buenos y sanos, que aun aquellos que son de parecer que de todas maneras es mayor la felicidad de estar sin cuerpo, convéncense de esta opinión, aunque contraria a su propio dictamen. Porque ninguno se atreverá a anteponer sus hombres sabios, que han de morir, o que ya han muerto, esto es, los que carecen de cuerpos o han de dejar los cuerpos, a los dioses inmortales, a quienes el sumo Dios, según Platón, por grande beneficio, les permite una vida indisoluble, esto es, una compañía eterna con sus cuerpos. Y al mismo Platón le parece particular felicidad la de los hombres cuando, habiendo pasado esta vida santa y justamente separados de sus cuerpos, son admitidos en el seno de los mismos dioses, que nunca dejan los suyos "para que, en efecto, olvidados de lo pasado, puedan volver otra vez al mundo y empiecen a desear el volver a nuevos cuerpos"; lo que celebran haber dicho Virgilio siguiendo la doctrina de Platón.

Porque de esta manera entiende que las almas de los mortales no pueden estar siempre en sus cuerpos, sino que, con la necesidad de la muerte, se vuelven a disolver; y que tampoco sin los cuerpos duran perpetuamente, sino que por sus tandas y alternativas piensa que sin cesar se hacen los vivos de los muertos y los muertos de los vivos; de modo que parece que la diferencia que hay de los Sabios a los demás hombres es ésta: que los sabios de la muerte, suben a las estrellas a descansar cada uno algún tiempo más en el astro y constelación que más le agrade, y, desde allí, otra vez, olvidado de la miseria pasada y vencido del deseo de volver a su cuerpo, vuelve a los trabajos y miserias de los mortales; pero los que vivieron neciamente, al momento vuelven a los cuerpos, conforme a sus méritos, o de hombres o de bestias.

En este estado tan duro coloca Platón también a las almas buenas y sabias, a las cuales no les reparte y distribuye cuerpos con que puedan vivir siempre inmortalmente, sino que ni pueden permanecer en los cuerpos, ni sin ellos pueden durar en la eterna pureza. Ya dijimos en los libros anteriores cómo Porfirio, en los tiempos cristianos, se avergonzó de esta doctrina de Platón. y que no sólo eximió a las almas de los hombres de los cuerpos de las bestias, sino que también quiso que la de los sabios de tal manera fuesen libres de los vínculos del cuerpo, que, huyendo de todo lo que es cuerpo, estuviesen junto al Padre gozando de la bienaventuranza sin fin.

Así que por no parecer inferior a Jesucristo, que promete a los santos vida eterna, también él a las almas purificadas las colocó en la eterna felicidad, sin que tengan necesidad de volver a las miserias pasadas; y por contradecir a Jesucristo, negando la re- surrección de los cuerpos incorruptibles, dijo que habían de vivir para siempre, no sólo sin los cuerpos terrenos, sino totalmente sin ningún cuerpo. Sin embargo, a pesar de dicha opinión, no se atrevió a prohibir a estas almas que se sujetasen y respetasen con reverencia religiosa a los dioses corpóreos, porque no creyó que, a pesar de no tener cuerpo alguno, fueran mejores que ellos. Por lo cual, si no han de atreverse, como entiendo que no lo han de efectuar, a

anteponer las almas de los hombres a estos dioses felicísimos, aunque tengan cuerpos eternos, ¿por qué les parece absurdo lo que enseña la fe cristiana, de que a los primeros hombres los crió Dios de tal suerte que, si no pecaran, no se apartaran con ninguna muerte de sus cuerpos, sino que por los méritos de la obediencia fielmente observada, remunerados con la inmortalidad, vivieran con ellos eternamente; y que los santos, en la resurrección, han de tener de tal manera los mismos cuerpos en que aquí fueron afligidos, que ni a su carne le ha de poder acontecer corrupción alguna o dificultad, ni a su bienaventuranza algún dolor o infelicidad?

CAPITULO XX

Que los cuerpos de los santos que descansan ahora con esperanza se han de venir a reparar con mejor calidad que la que tuvieron los de los primeros hombres antes del pecado Y por eso al presente las almas de los santos difuntos no sienten pesar por la muerte con que las separaron de los cuerpos, porque su carne descansa con esperanza, por mas ignominias que parezca que han recibido, estando ya fuera de todo sentido. Y no desean, como opinó Platón, olvidarse de sus cuerpos, sino acordándose de la promesa de aquel Señor que a ninguno engaña, el cual les aseguró que no perderían ni un cabello, con gran deseo y paciencia esperan la resurrección de sus cuerpos en que padecieran muchos trabajos para no sentirlos ya jamás en ellos.

Pues si no aborrecían a su carne cuando ella con su flaqueza resistía al espíritu, y la reprimían por el derecho natural del espíritu, ¡cuánto más la amarán habiendo ella de ser también espiritual! Porque así como muy a propósito se llama carnal el espíritu que sirve a la carne, así la carne que sirve al espíritu se llamará muy bien espiritual; no porque se haya de convertir en espíritu, como algunos piensan, porque dice la Escritura: "Siémbrase (esto es, muere como semilla; que muere para llevar fruto) el cuerpo animal, y resucita cuerpo espiritual"; sino porque con suma y admirable facilidad y obediencia se sujeta al espíritu hasta cumplir la segura voluntad de la indisoluble inmortalidad, libre ya de todo género de molestia, corruptibilidad y pesadumbre. Pues no sólo será cual es ahora, cuando está más robusta y más sana, pero ni cual fue en los primeros hombres antes que pecaran; los cuales, aunque no hubiesen de morir si no pecaran, con todo, usaban como hombres de alimentos, trayendo consigo cuerpos terrenos, aún no espirituales, sino animales.

Los cuales, aunque no se estragasen con la senectud, de manera que necesariamente llegasen a morir (el cual estado, por gracia de Dios, se les concedía en virtud del árbol de la vida, que estaba juntamente con el árbol vedado en medio del Paraíso); con todo, comían también de todos los otros manjares, exceptuando sólo un árbol del que les mandó Dios que no comiesen, no porque el árbol fuese malo, sino por recomendarnos lo bueno de la pura y simple obediencia, que es una grande virtud de la criatura racional, subordinada debajo de su Criador y Señor.

Porque donde no era malo lo que se tocaba, sin duda que si estando vedado se tocaba, pecábase sólo por la desobediencia. Así pues, se sustentaban comiendo de otros manjares para que los cuerpos animales no sintiesen molestia alguna con el hambre y la sed; y del árbol de la vida comían porque no se les entrase la muerte de ninguna suerte, o consumidos

de la vejez, en corriendo y pasando los espacios del tiempo se muriesen; como si todos los demás manjares les sirviesen de sustento y alimento, y aquel del árbol de la vida de Sacramento; de manera que entendamos que sirvió el árbol de la vida en el Paraíso corporal, como en el espiritual, esto es, en el Paraíso inteligible, la sabiduría de Dios, de quien dice, el sagrado texto “que es árbol de vida para los que lo abrazaren”.

CAPITULO XXI

De cómo el Paraíso, donde estuvieron los primeros hombres, se puede bien entender que nos figura y significa alguna cosa espiritual, salva la verdad de lo que la Historia refiere del lugar corporal Algunos alegorizan y refieren todo el Paraíso, donde dice verdaderamente la Sagrada Escritura que estuvieron los primeros hombres, padres del linaje humano, a las cosas inteligibles, y convierten todos aquellos árboles y plantas fructíferas en virtudes y costumbres arregladas para vivir bien, como si no hubiera habido aquellas cosas visibles y corporales, sino que se dijeron o escribieron así para significarnos las cosas inteligibles. Pero no debe deducirse de esto que no pudo haber Paraíso corporal, por cuanto podemos entenderle igualmente que el espiritual, y tanto valdría asegurar que no hubo dos mujeres, Agar y Sara, y dos hijos de Abraham habidos en ellas, uno de la esclava y otro de la libre, porque dice el apóstol que se figuraron en ellas los dos Testamentos; o que no corrió el agua de la piedra que hirió Moisés con la vara, porque allí por una significación figurada puede entenderse también Jesucristo, puesto que dice San Pablo “que la piedra era Cristo”.

Así pues, ninguno contradice que por el Paraíso puede entenderse la vida de los bienaventurados; por sus cuatro ríos, las cuatro virtudes cardinales, prudencia, fortaleza, templanza y justicia; por sus árboles, todas las artes útiles; por el fruto de los árboles, las costumbres de los justos; por el árbol de la vida, la misma sabiduría, madre de todos los bienes; y por el árbol de la ciencia del bien y del mal, la experiencia del precepto violado. Porque puso Dios la pena muy a propósito, puesto que, la puso justamente a los pecadores y, aunque no por su bien, la experimenta el hombre.

Podemos también acomodar toda esta doctrina a la Iglesia, para que así lo entendamos mejor, tomando estos objetos como figuras y profecías de lo venidero; por el Paraíso, a la misma Iglesia, como se lee de ella en los Cantares; por los cuatro ríos del Paraíso, los cuatro Evangelios; por los árboles fructíferos, a los santos; por su fruta, sus obras; por el árbol de la vida, el santo de los santos, que es Jesucristo, y por el árbol de la ciencia del bien y del mal, el propio albedrío de la voluntad, pues ni aun de sí mismo puede el hombre usar muy mal si desprecia la voluntad divina; y así llega a saber la diferencia que hay cuando abraza el bien común a todos; o cuando gusta del suyo propio.

Porque amándose a sí mismo, se premia a sí mismo, para que, viéndose por ello lleno de temores y tristezas, diga aquella expresión del real Profeta, si es que siente sus males: “En mí propio se me ha turbado el alma”; y, enmendado ya, diga: “Mi fortaleza, Señor, la dejaré en tus manos.” Si estas cosas, y otras semejantes, pueden decirse más cómodamente para que entendamos espiritualmente el Paraíso, díganlas en horabuena sin contradicción alguna, con tal que creamos también la certeza de aquella historia que nos refiere fielmente lo que pasó en realidad de verdad.

CAPITULO XXII

Que los cuerpos de los santos, después de la resurrección, serán espirituales, de manera que no se convierta la carne en espíritu Así que los cuerpos de los justos que han de hallarse en la resurrección ni tendrán necesidad de árbol alguno, para que ni la enfermedad ni la senectud los menoscabe y mueran, ni de otros cualesquiera corporales alimentos contra la molestia de la hambre o de la sed, porque infaliblemente y en todas maneras gozarán del don y beneficio inviolable de la inmortalidad; de suerte que si quieren comer podrán hacerlo, pero no por necesidad. Como tampoco comieron los ángeles cuando aparecieron visible y tratablemente, porque tenían necesidad, sino porque querían y podían, por acomodarse con los hombres, usando de cierta benignidad humana en su ministerio.

Pues no debemos creer que los ángeles comieron imaginaria y fantásticamente cuan- do vinieron a ser huéspedes de los hombres, aunque a los que ignoraban si eran ángeles les pareciese que comían con la misma necesidad que acostumbramos nosotros. Y esto es lo que dice el ángel en el libro de Tobías: “Me veíais comer, pero sólo me veíais a vuestro parecer”, esto es, pensabais que comía por necesidad que tenía de reparar el cuerpo, como lo hacéis vos- otros. Pero aunque de los ángeles quizá se puede sostener otra opinión que sea más creíble, sin embargo, la fe cristiana no pone duda que nuestro Salvador, después de la resurrección, teniendo ya el cuerpo espiritual, comió y bebió con sus discípulos, porque lo que vendrán a perder semejantes cuerpos será la necesidad, no la potestad o posibilidad y así serán espirituales, no porque dejarán de ser cuerpos, sino porque se sustentaran y perseverarán con el espíritu que los vivifica.

CAPITULO XXIII

Qué es lo que debemos entender por el cuerpo animal y por el cuerpo espiritual; quiénes son los que mueren en Adán y quiénes los que se vivifican en Cristo Así como estos que aun no poseen un espíritu vivificante, sino una alma viviente, se llaman cuerpos animales, no siendo almas, sino cuerpos, así se denominan espirituales aquellos cuerpos; con todo, de ninguna manera debemos creer que han de ser espíritus, sino cuerpos que han de tener substancia de carne, pero que no han de padecer con el espíritu vivificante im- perfección ni corrupción carnal. Entonces el hombre no será más ya terreno, sino celestial, no porque el cuerpo que se formó de la tierra no será el mismo, sino porque, por don del cielo, será tal que convenga también para morar en el cielo, no por haber, perdido su naturaleza, sino por haber mudado de calidad. Al primer hombre, como era de la tierra terreno, le hizo Dios ánima viviente y no espíritu vivificante, lo cual se le reservaba que viniera a serlo por mérito de la obediencia.

Por eso su cuerpo (que tenía necesidad de comer y de beber para no tener hambre y sed, y el árbol de la vida le guardaba de la necesidad de la muerte y le conservaba en la flor de la juventud, aunque no tuviera la inmortalidad absoluta e indisoluble) indudablemente no era espiritual, sino animal, aunque por ninguna razón muriera si no incurriera pecando en la

sentencia con que Dios le había amenazado. Y fuera del Paraíso, no faltándole los alimentos, pero no dejándole gustar del árbol de la vida, viniera a acabar más tarde, con el tiempo y la senectud, aquella vida, la cual, en el cuerpo, aunque animal (hasta que se hiciera espiritual por el mérito de la obediencia), pudo tener perpetua en el Paraíso, si no pecara. Por lo cual, aun cuando entendamos que juntamente les significó Dios esta muerte manifiesta con que se hace la división del alma y del cuerpo en el anatema con que rigurosamente les amenazó: “En el día que comiereis del árbol vedado moriréis de muerte”; no por eso debe parecer absurdo, porque no dejaron los cuerpos aquel mismo día en que comieron de la fruta vedada y mortífera.

Pues desde este día se empeoró y co- rrompió la naturaleza, y quedando justamente excluida del árbol de la vida, se le siguió la necesidad de la muerte corporal, con cuyo fatal destino hemos nacido nosotros. Por eso no nos dice el Apóstol que el cuerpo morirá por causa del pecado, sino que dice que “el cuerpo está muerto por causa del pecado, pero que el espíritu vive por la justificación.” Después prosigue y dice: “Mas si aquel espíritu que resucitó a Jesucristo de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por el espíritu de Dios, que habita en vosotros.” Así que entonces tendrá espíritu vivificante el cuerpo que ahora tiene alma viviente, y, sin embargo, le llama el Apóstol muerto, porque está ya constituido en la dura necesidad de morir. Pero en el Paraíso, de tal modo tenía alma viviente, aunque no espíritu vivificante, que no se podía decir con propiedad muerto, por cuanto no podía tener necesidad de morir, si no es cometiendo el pecado.

Habiéndonos Dios significado cuando dijo: “Adán, ¿adónde estás?” la muerte del alma, que se efectuó desamparándola el Señor; y cuando dijo: “tierra eres, y a la tierra volverás”, la muerte del cuerpo que se verifica al separarse el alma del cuerpo, debemos creer que no hizo mención de la muerte segunda, porque quiso que estuviese oculta por causa de la dispensación del Nuevo Testamento, donde expresamente se nos manifiesta, para que pnmero se nos hiciese ver que aquella primera muerte, que es común a todos, vino y procedió de aquel pecado que en uno fue común a todos; pero la muerte segunda no es común a todos, “por aquellos que, según el propósito y elección divina, son llamados a la santidad, a los cuales entrevió y predestinó, como dice el Apóstol, que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos”, a quienes la gracia de Dios, por el mediador, libertó de la segunda muerte.

Así que, hablando en estos términos el Apóstol, nos da a entender que fue criado el primer hombre en cuetpo animal; pues queriendo distinguir este animal que al presente tenemos, del espiritual que ha de haber en la resurrección: .”Siémbrase como semilla -dice- en la sepultura nuestro cuerpo, sujeto a la corrupción, y se levantará y resucitará incorruptible; siémbrase ignominioso y feo, y resucitará claro y glorioso; siémbrase sujeto a mil flaquezas, y resucitará con mucha virtud y vigor; siémbrase cuerpo animal sujeto a hambre y sed, y resucitará sutil y espiritual, sin necesidad de comer ni beber.”

Después, para probar está doctrina: “Si hay -dice- cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual.” Y para demostrar qué cosa es cuerpo animal, añade: “Así lo dice la Sagrada Escritura: hizo Dios al primer hombre alma viviente.” De este modo nos quiso manifestar qué cosa es cuerpo animal; aunque el sagrado texto no dijo del primer hombre, que se llamó

Adán, cuando Dios, con su aliento y soplo, crió aquella alma: “Crió Dios al hombre en cuerpo animal”, sino “hizo Dios al primer hombre alma viviente”. Luego, cuando dice el sagrado texto: “Hizo Dios al primer Adán alma viviente”, quiso el Apóstol que entendiésemos el cuerpo animal del hombre; y cómo hemos de entender el espiritual nos lo patentizó, añadiendo: “Pero el ultimo Adán le hizo Dios espíritu vivificante”, aludiendo, sin duda, a Cristo, que resucitó de entre los muertos, de suerte que no puede ya más morir. Después prosigue y dice: “Aunque no fue primero el cuerpo espiritual, sino el animal, y después el espiritual”, donde con más claridad nos dio a entender cómo nos “quiso significar el cuerpo animal en aquella expresión de la Escritura, “que hizo Dios al primer Adán alma viviente”; y cuerpo espiritual en la otra, donde dice: “Y al último Adán espíritu vivificante.” Porque primero es el cuerpo animal, como le tuvo el primer Adán (aunque no cuerpo que muriera si no pecara, como le tene- mos nosotros ahora, de una naturaleza tan trocada y corrompida, como se trocó en él después que pecó, por lo cual le sobrevino la necesidad de morir. Así también al principio quiso y se dígnó tener cuerpo Jesucristo por nosotros, aunque no por necesidad, sino por potestad.

Después es el cuerpo espiritual y cual precedió ya en Cristo, como en cabeza nuestra sucederá también en sus miembros en la última resurrección de los muertos. Añade después el Apóstol la evidentísima diferencia que hay entre estos dos hombres, diciendo: “El primer hombre fue de la tierra, terreno, y el segundo, del cielo, celestial; y cual fue aquel terreno, tales son también los terrenos; y cual es el celestial, tales también los celestiales; como representamos, pues, y vestimos la imagen del terreno, así también representamos y nos vistamos la imagen de aquel que vino del cielo.” Esta doctrina la describió el Apóstol de manera que se realice ahora en nosotros, según el sacramento de la regeneración, como lo dice en otro lugar: “Todos los que os habéis bautizado en Cristo os habéis vestido de Cristo”, esto es, os habéis hecho conformes y semejantes a Él.

Pero, realmente, se acabará de hacer y cumplir esta semejanza en nosotros cuando lo que en nosotros es animal por el nacimiento, se hubiere hecho espiritual por la resurrección. Porque usando nuevamente de sus expresiones, dice: “Nuestra salvación ha sido en esperanza”; esto es, que aunque ahora no la veamos con nuestros ojos, con todo, el rescate se efectuó de suerte que esperamos salvarnos perfectamente. Vestímonos de la imagen y semejanza del hombre terreno por la propagación del pecado y de la muerte, de que nos hizo herederos. la generación; pero de la imagen y semejanza del hombre celestial nos vestimos por la gracia del perdón y de la vida eterna, de que nos hace herederos la regeneración por virtud de Jesucristo, hombre mediador de Dios y de los hombres, que es a quien entiende por el hombre celestial, pues vino del cielo para vestirse del cuerpo de la mortalidad terrena y vestir despúés al cuerpo de la celestial inmortalidad, Por eso llama también celestiales a los otros; pues por la gracia vienen a ser miembros suyos, de modo que Cristo viene a ser uno con ellos, como la cabeza y el cuerpo.

Esto lo dice más claro en la misma epístola con estas palabras: “Por un hombre entró la muerte y por otro hombre la resurrección de los muertos; porque así como morimos todos en Adán, así en Cristo todos resucitaremos a la vida eterna; y esto será ya con el cuerpo espiritual, que será espíritu vivificante”; no porque todos los que mueren en Adán hayan de ser miembros de Cristo (puesto que la mayor parte de ellos irán condenados eternamente a la muerte segunda), sino que por eso dijo todos, en los unos y en los otros, en los que

mueren y en los que vivirán, porque así ,como ninguno muere en cuerpo animal, si no es en Adán, así ninguno revive y resucita en cuerpo espiritual, si no es en Cristo.

Por eso no debemos imaginar que en la resurrección hemos de tener el cuerpo de la misma cualidad que le tuvo el primer hombre antes del pecado; ni aquella expresión con que dice: “Cual es el terreno, tales serán también los terrenos”, debe entenderse, según lo que se hizo, cometiendo el pecado; porque no debemos pensar que antes que pecara tuvo cuerpo espiritual, y que por el pecado y su mérito se mudó en animal. Los que así opinan atienden poco a palabras de un tan ilustre doctor, que dice: “Si hay cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual, como leemos en el Génesis, que hizo Dios al primer hombre alma viviente”; ¿fue, acaso, después de la culpa cuando éste era el primer estado del hombre a que alude el santo Apóstol, para demostrar que era cuerpo animal, tomando dicho testimonio de la ley?

CAPITULO XXIV

Cómo debe entenderse aquel soplo de Dios con que se hizo al primer hombre alma viviente, o aquel de Cristo Nuestro Señor, cuando dijo: Tomad el Espíritu Santo Del mismo modo entendieron algunos con poca consideración aquellas palabras: “Inspiróle Dios soplando en su rostro el espiritú de vida, y quedó hecho el hombre alma viviente, que no le infundió Dios entonces primeramente al hombre alma, sino que a la que ya tenía la vivificó con el Espíritu Santo.” Y se inclinan a creerlo por advertir que Cristo Nuestro Señor, después que resucitó de los muertos, inspiró y sopló, diciendo a sus discípulos: “Tomad el Espíritu Santo.” Por eso piensan que se hizo aquí parte de lo que allá pasó, como si aquí también, prosiguiendo el santo evangelista; dijera: “Hízolo Dios alma viviente”; lo cual, si seguramente dijera, entenderíamos que el espíritu de Dios es una especie de vida de las almas racionales, sin el cual éstas deben tenerse por muertas, aunque con la presencia de ellas parezca que viven los cuerpos. Pero que esto no fue así cuando crió Dios al hombre bastantemente lo declaran las palabras del Génesis, donde se lee: “Y formó Dios del polvo de la tierra al hombre”, cuya expresión, queriendo algunos interpretarla con más claridad, dijeron: “Hizo Dios al hombre del limo o barro de la tierra”, porque había dicho arriba: “Subía de la tierra una fuente y regaba toda la faz de la tierra”, como si por eso debiera entenderse el barro que se forma con la humedad y la tierra. Pero, dicho esto, continúa diciendo la Escritura: “Y formó Dios del polvo de la tierra al hombre”, como se lee en los códices griegos, de cuyo idioma se tradujo al latino la Sagrada Escritura.

Pero dígase formavit o finxit, qúe en griego dice eplasen, aquí no importa nada, aunque más propiamente se dice finxit; pero los que dijeron formavit quisieron huir de la ambigüedad porque en latín es más común decir fingere con respecto a los que componen alguna cosa fingida y disimuladamente. A este hombre, pues, formado del polvo de la tierra o del légamo, porque era el polvo húmedo, y, por decirlo más expresamente, como la Escritura, polvo de la tierra; a éste digo, nos enseña el Apóstol que le hizo Dios cuerpo animal cuando le infundió el alma, “hizo Dios a este hombre alma viviente”, esto es, a este polvo formado le hizo alma viviente.

Pero dirán que ya tenía alma, porque de otra suerte no se llamara hombre, pues el hombre no es el cuerpo solo o el alma sola, sino el que consta del alma y cuerpo. Verdaderamente no es el alma todo el hombre, sino la parte más noble del hombre; ni todo el hombre es el cuerpo, sino parte inferior del hombre; pero cuando está lo uno y lo otro juntos, se llama hombre, al cual nombre, sin embargo, tampoco lo pierden el cuerpo y el alma de por sí, aun cuando hablemos de cada uno de ellos separadamente. Porque ¿quién quita que se diga, según la ley recibida, en el lenguaje ordinario, tal hombre murió y ahora está en descanso o en penas pudiendo solo decirse esto del alma; y tal hombre se enterró en tal o en tal lugar, no pudiéndose entender sino de sólo el cuerpo? Y si dijeren que no suele hablar así la Sagrada Escritura, por el contrario, ella nos confirma de manera que, aun cuando estas dos cualidades están unidas y vive el hombre, sin embargo, a cada cosa de por sí la llama ella con nombre de hombre, es a saber, al alma; hombre interior, y al cuerpo, hombre exterior, como si fueran dos hombres, siendo lo uno y lo otro juntos un hombre.

Pero conviene, saber en qué sentido se dice el hombre imagen y semejanza de Dios, y en cuál se dice el hombre tierra, y qué es lo que ha de ir a la tierra. Porque lo primero se dice según el alma racional que Dios infundió al hombre, esto es, al cuerpo del hombre, soplando, o, como se dice más a propósito, inspirando, y lo último se dice respecto del cuerpo, que formó Dios al hombre del polvo, a quien infundió el alma para que se hiciera cuerpo animal, esto es, el hombre animal viviente. Por eso, en lo que practicó Jesucristo nuestro Señor cuando sopló diciendo: "Tomad el Espíritu Santo", quiso darnos a entender que el Espíritu Santo no sólo es Espíritu del Padre, sino también del mismo Unigénito, porque un mismo Espíritu es el del Padre y el del Hijo, con quien es Trinidad, el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, no criatura, sino Criador.

Pero aquel soplo corporal que salió de la boca carnal no era substancia o naturaleza del Espíritu Santo, sino una significación suya, para que entendiéramos, como insinué, que el Espíritu Santo era común al Padre y al Hijo, porque no tiene cada uno el suyo, sino que uno mismo es el de ambos. Y siempre este Espíritu, en la Sagrada Escritura, en griego se dice Pneuma, como también en este lugar le llamó el Señor cuando le repartió a sus discípulos, significándole con el soplo de su boca corporal; y no me acuerdo que se llame jamás de otra manera en toda la Escritura. Pero donde se lee: "Y formó Dios al hombre del polvo de la, tierra, y le infundió, soplándole en el rostro, espíritu de vida, no pone el idioma griego esta voz Pneuma, que suele significar el Espíritu Santo, sino Pnoen, lo cual más de ordinario se lee de la criatura que del Criador; y así también algunos latinos, para diferenciarlos, quisieron mejor interpretar este mismo nombre y llamarle, no Espíritu, sino soplo.

Este mismo se halla también en griego en Isaías, donde dice Dios: "Yo hice todos los soplos", significando, sin duda, todas las almas. Por ello, lo que en griego se dice Pnoen, los nuestros lo interpretan algunas veces soplo, otras espíritu, otras inspiración o aspiración, y otras también alma; pero la palabra Pneuma siempre es espíritu, ya sea del hombre, como cuando dice el Apóstol: "¿Qué hombre puede saber lo que está encerrado en el pecho del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?"; ya sea de las bestias, como se lee en el Eclesiastés: "¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube al cielo, y si el espíritu de la bestia baja a la tierra, y perece juntamente con el cuerpo?"; ya sea este espíritu corpóreo, que también llamamos viento, porque este nombre se halla en el salmo, donde dice: "El fuego, el granizo, la nieve, la helada y el espíritu tempestuoso"; ya sea, no el espíritu criado, sino

el Criador, como lo es cuando dice el Señor en el Evangelio: “Tomad el Espíritu Santo”, significándonosle con el soplo corporal de su santísima, boca; y donde dice: “Andad y bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, del Hi- jo y del Espíritu Santo”, donde excelentemente y con la mayor evidencia se nos declara la Santísima Trinidad; y donde dice: “Dios es espíritu”, como en otros muchos lugares de la Escritura; pues en todos ellos la versión griega vemos que dice, no Pnoen, sino Pneuma, y la latina, no soplo, sino espíritu. Por lo cual, si cuándo dijo inspiró, o, si se dice con más propiedad, sopló en su cara, le infundió el espíritu de vida, en la versión griega no se pusiera Pnoen, como en ella se lee, sino Pneuma, tampoco podría deducirse que necesariamente debíamos entender el Espíritu Criador, que propiamente se llama en la Trinidad el Espíritu Santo, puesto que consta, como hemos dicho, que Pneuma se suele decir, no sólo del Criador, sino también de la criatura.

Pero dirán que cuando dijo espíritu no añadiera de vida, si no quisiera entender allí el Espírítu Santo, y cuando dijo: “Hizo Dios al hombre alma” no añadiera viventem, viviente, si no sígnificara la vida del alma que se le comunicó por don y gracia del Divino Espíritu; porque viviendo el alma -dicen- con su propia vida, ¿qué necesidad había de añadir viviente, sino para que se entendiese la vida que se le da por el Espíritu Santo? Y esto ¿qué es sino defender con mucho cuidado la parte de la sospecha humana, y no atender sino con mucho descuido a la Sagrada Escritura? Porque ¿qué mucho era, sin ir muy lejos, leer en el mismo libro poco más arriba: “Produzca la tierra el alma viviente”, cuando crió Dios todos los animales terrestres? Después, interponiendo algunos pocos capítulos, aunque en el mismo libro, ¿que mucho era advertir lo que dice: “Que todo lo que tenía espíritu de vida y estaba sobre la tierra había perecido”? Luego si hallamos también en las bestias alma viviente y espíritu de vida, según el estilo de la Sagrada Escritura, y habiendo dicho el griego asimismo en este lugar, donde se lee, todo lo que tenía espíritu de vida, no Pneuma, sino Pnoen, ¿por qué no preguntamos qué necesidad había de añadir viviente, puesto que no puede ser alma si no vive? ¿O qué necesidad había de añadir de vida, habiendo dicho espíritu? Entendemos que la Escritura, según su estilo, dijo espíritu de vida y alma viviente, queriendo dar a entender los animales, esto es, los cuerpos animados, que por el alma participan también de estos sentidos visibles del cuerpo.

Pero en la creación del hombre no reparamos en cómo suele hablar la Escritura, habiendo hablado totalmente conforme a su estilo, por darnos a conocer que el hombre, aun después de haber recibido el alma racional (la cual quiso dar a entender que fue criada, no de la tierra, ni del agua, como toda carne, sino del aliento y soplo de Dios), fue, sin embargo, criado de modo que viviese en cuerpo animal; lo que sucede viviendo en él el alma, como viven aquellos animales de quienes dijo: produzca la tierra almas vivientes, y asimismo los que dijo que tuvieran en sí espíritu de vida, donde también el griego no escribe Pneuma, sino Pnoen, declarando con este nombre, sin duda, no el Espíritu Santo, sino el alma de estos animales. Pero, no obstante, dicen ellos, se deja entender que el soplo de Dios salió de la boca de Dios, el cual, si creyéremos que es el alma, habremos de confesar que es de su misma substancia e igual que aquella sabiduría, que dice: “Yo salí de la boca del Altísimo.” Pero es de advertir que no dijo la sabiduría que la sopló Dios de su boca, sino que ella salió de su boca.

Porque así como nosotros podemos hacer, no de nuestra naturaleza de hombres, sino de este aire que nos circunda y con que respiramos, un soplo cuando soplamos, así Dios todopoderoso, no de su naturaleza, ni de alguna materia criada, sino de la nada, pudo hacer un soplo, el cual con mucha conveniencia se dijo que le inspiró y sopló para infundirle en el cúerpo del hombre, siendo él incorpóreo y el soplo también incorpóreo, pero él inmutable y el soplo mudable; porque siendo él no criado, le infundió criado. Mas para que entiendan los que quieren hablar de las Escrituras y no advierten las frases y metáforas con que habla la Escritura, que no solamente se dice que sale de la boca de Dios lo que es su igual o de su misma naturaleza, oigan o lean lo que dice Dios en el sagrado texto: “Porque eres tibio, y no cálido ni frío, te comenzaré a lanzar de mi boca.”

Así que no hay razón alguna para que resistamos o contradigamos a las palabras evidentes y claras del Apóstol cuando, distinguiendo el cuerpo animal del cuerpo espiritual, esto es, este en que en la actualidad existimos, de aquel en que hemos de estar después, dice: “Arrojóse como semilla en la sepultura el cuerpo animal, y vuelve a nacer y a levantarse cuerpo espiritual; hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual; conforme a lo que dice la Escritura que hizo Dios al primer hombre, Adán, alma viviente, y al último Adán, espíritu vivificante; aunque no fue primero el cuerpo espiritual, sino el animal, y luego el espiritual. El primer hombre de tierra fue terreno, el segundo hombre de cielo fue celestial; cual es el terreno, tales son asimismo los terrenos, y cual es el celestial, tales serán también los celestiales. Luego, así como nos vestimos la imagen y semejanza del terreno, vistámonos igualmente la imag'en y semejanza de aquel que es del cielo.” Sobre todas estas palabras del Apóstol hemos ya raciocinado. El cuerpo animal, con el que dice San Pablo que hizo Dios al primer hombre, Adán, no era formado de suerte que no pudiese morir, sino de manera que no muriera si el hombre no pecara. Porque aquel que con el espíritu vivificante será espiritual e inmortal, no podrá de ningún modo morir; así como el alma que fue criada inmortal, aunque se dice que muere con el pecado, careciendo de una especie de vida suya, esto es, del espíritu de Dios, con que podía vivir sabia y bienaven- turadamente; sin embargo, no deja de vivir con una vida suya propia, aunque miserable, porque la crió Dios inmortal.

También a los ángeles apóstatas, aunque, en cierto modo, murieron pecando, porque apostataron y desampararon la fuente de la vida, que es Dios, bebiendo de la cual podían vivir virtuosa y felizmente; no obstante, no pudieron morir de suerte que totalmente dejasen de vivir y sentir, porque los crió Dios inmortales; y así, después del juicio final los arrojará y condenará a la muerte segunda, de manera que ni aun allí carezcan, de vida, puesto que no han de carecer de sentido, habiendo de vivir en dolor y tormento. Pero los hombres que participan de la gracia de Dios, ciudadanos de los santos ángeles que viven en la bienaventuranza, se vestirán los cuerpos espirituales de modo que ni pequen ya más ni se mueran, sino que gozarán de aquella inmortalidad que, como la de los ángeles, no pueda perderse con el pecado; quedándoles, con todo, la naturaleza de la carne, pero sin rastro de corruptibilidad o imperfección carnal. Réstanos por explorar una cuestión que es indispensable tratemos y, con el auxilio soberano del Señor de la verdad, decidamos formalmente.

Si en los primeros hombres, cuando los desamparó la gracia divina, el apetito de los miembros corporales desobedientes nació del pecado de la desobediencia (por lo que

vinieron a abrirse los ojos sobre su desnudez, esto es, la miraron con más curiosidad, y porque el movimiento torpe resistía al albedrío de la voluntad, cubrieron su cuerpo), ¿cómo vinieran a engendrar y propagar sus hijos si como Dios los crió, perseveraran sin pecar? Pero por ser ya tiempo de concluir este libro, y una cuestión tan célebre no es justo atropellarla, siendo cortos en su examen y exposición, la suspenderemos para tratarla con más comodidad y claridad en el libro siguiente.

LIBRO DECIMOCUARTO EL DESORDEN DE LAS PASIONES, PENA DEL PECADO

CAPITULO PRIMERO

Por la desobediencia del primer hombre, todos caerían en la eternidad de la segunda muerte, si la gracia de Dios no librase a muchos Dijimos ya en los libros precedentes cómo Dios, para unir en sociedad a los hombres, no sólo con la semejanza de la naturaleza, sino también para estrecharlos en una nueva unión y concordia con el vínculo de la paz por medio de cierto parentesco, quiso criarlos y propagarlos de un solo hombre; y cómo ningún individuo del linaje humano muriera si los dos primeros, creados por Dios, el uno de la nada y el otro del primero, no lo merecieran por su desobediencia; los cuales cometieron un pecado tan enorme, que con el se empeoró la humana naturaleza, trascendiendo hasta sus más remotos descendientes la dura pena del pecado y la necesidad irreparable de la muerte, la cual, con su despótico dominio, de tal suerte se apoderó de los corazones humanos, que el justo y condigno rigor de la pena llevara a todos como despeñados a la muerte segunda, sin fin ni término, si de ella no libertara a algunos la inmerecida gracia de Dios.

De donde ha resultado que, no obstante el haber tantas y tan dilatadas gentes y naciones esparcidas por todo el orbe, con diferentes leyes y costumbres, con diversidad de idiomas, armas y trajes, con todo no haya habido más que dos clases de sociedades, a quienes, conforme a nuestras santas Escrituras, con justa causa podemos llamar dos ciudades: la una, de los hombres que desean vivir según la carne, y la otra, de los que desean vivir según el espíritu, cada una en su paz respectiva, y que cuando consiguen lo que apetecen viven en peculiar paz.

CAPITULO II

El vivir según la carne se debe entender no sólo de los vicios del cuerpo, sino también de los del alma Conviene, pues, examinar en primer lugar qué es vivir según la carne y qué según el espíritu; porque cualquiera que por vez primera oyese estas proposiciones, desconociendo o no penetrando cómo se expresa la Sagrada Escritura, podría imaginar que los filósofos, epicúreos son los que viven según la carne, dado que colocan el sumo bien y la bienaventuranza humana en la fruición del deleite corporal, así como todos aquellos que en cierto modo han opinado que el bien corporal es el sumo bien del hombre, como el alucinado vulgo de los filósofos que, sin seguir doctrina alguna, o sin filosofar de esta manera, estando incli- nados a la sensualidad, no saben gustar sino de los deleites que reciben por los sentidos corporales; y que los estoicos, que colocan el sumo bien en el alma,

son los que viven según el espíritu, puesto que el alma humana no es otra cosa que un espíritu.

Sin embargo, atendiendo el común lenguaje de las sagradas letras, es cierto que unos y otros viven según la carne, porque llama carne no sólo al cuerpo del animal terreno y mortal, como cuando dice: “No toda carne es de una misma especie; diferente es la carne del hombre y la de las bestias; y diferente la de las aves y la de los peces”, sino que usa con diversidad de la significación de este nombre; y entre estos distintos modos de hablar, muchas veces también al mismo hombre, esto es, a la naturaleza humana, suele llamar carne, tomando, conforme al estilo retórico, el todo por la parte, como cuando dice: “No hay carne alguna que se justifique por las obras de la ley.” ¿Qué quiso dar aquí a entender sino ningún hombre? Lo cual, con mayor claridad lo dice después. “Ningún hombre se justificará por la ley”; y escribiendo a los gálatas, les dice: “Sabiendo que ningún hombre puede” justificarse por las obras de la ley.” Conforme a esta doctrina se entiende aquella expresión del sagrado cronista: “El Verbo eterno se hizo carne”, esto es, hombre; la cual, como no la comprendieron bien algunos, imaginaron que Jesucristo no tuvo alma humana, porque así como el todo se toma por la parte en el sagrado Evangelio, cuando dice la Magdalena: “Han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto”, hablando solamente de la carne de Jesucristo, la que, después de sepultada, pensaba la habían sacado de la sepultura, así también por la parte se entiende el todo, y diciendo la carne se entiende el hombre, como en los lugares que arriba hemos alegado.

De modo que dando la Sagrada Escritura a la carne diversas significaciones, las cuales sería largo buscar y referir, para que podamos deducir qué cosa sea vivir según la carne (lo cual, sin duda, es malo, aunque no sea mala la misma naturaleza de la carne), examinemos con particular cuidado aquel lugar de la Epístola de San Pablo a los Gálatas: “Las obras de la carne son bien notorias y conocidas; como son los adulterios, fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatrías, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, glotonerías Y otros vicios semejantes, sobre los cuales os advierto, como ya os tengo dicho, que los que cometen semejantes maldades no conseguirán el reino de los cielos.” Todo este lugar del Apóstol, considerado con la madurez y atención correspondiente para el negocio presente, podrá resolvernos esta cuestión: qué es el vivir según la carne.

Porque entre las obras de la carne que dijo eran notorias, y refiriéndolas, las condenó, no sólo hallamos las que pertenecen al deleite de la carne, como son las fornicaciones, inmundicias, disoluciones, embriagueces y glotonerías, sino también aquellas con que se manifiestan los vicios del ánimo, que son ajenos al deleite carnal; porque ¿quién hay que ignore que la idolatría, las hechicerías, las enemistades, rivalidades, celos, iras, disensiones, herejías y envidias, son vicios del espíritu más que de la carne? Puesto que puede suceder que por la idolatría o por error de alguna secta se abstenga uno de los deleites carnales, sin embargo, aun entonces se comprende, por el testimonio del Apóstol, que vive el hombre según la carne, aunque parezca que modera y refrena los apetitos de la carne. ¿Quién no tiene la enemistad en el alma? ¿Quién de su enemigo o de quien piensa que es su enemigo dice: mala carne, sino más bien, mal ánimo tienes contra mí? Finalmente, así como al oír carnalidades nadie dudaria atribuirlas a la carne, así, al oír animosidades, las atribuirá al espíritu; ¿por qué, pues, a estas cosas y a otras tales “el doctor de las gentes en la fe y la

verdad" las llama obras de la carne, sino porque, conforme al modo de hablar con que se significa el todo por la parte, quiere que por la carne entendamos el mismo hombre?

CAPITULO III

La causa del pecado provino del alma y no de la carne, y la corrupción que heredamos del pecado no es pecado, sino pena Si alguno dijere que en la mala vida la carne es la causa de todos los vicios, porque así vive el alma que está pegada a la carne, sin duda que no advierte bien ni pone los ojos en toda la naturaleza humana; porque aunque es indudable "que el cuerpo corruptible agrava y deprime el alma", el mismo Apóstol, tratando de este cuerpo corruptible, había dicho: "Aunque este nuestro hombre exterior se corrompa, sin embargo -añade-, sabemos que si ésta nuestra morada terrena en que vivimos se deshiciese, tenemos por la merced de Dios otra no temporal ni hecha por mano de artífice, sino eterna en los cielos; ésta es por la que también suspiramos, deseando vernos y abrigarnos en aquella nuestra mansión celestial, esto es, deseando vestirnos de la inmortalidad e incorruptibilidad, lo cual conseguiremos si no nos halláremos desnudos, sino vestidos de Cristo; porque entretanto que vivimos en esta morada suspiramos con el peso de la carne, pues no gustaríamos despojarnos del cuerpo, sino vestirnos sobre él de aquella gloria celestial, de manera que la vida eterna embebiese y consumiese, no el cuerpo, sino la corrupción Y mortalidad." Así pues, nos agrava y oprime el cuerpo corruptible; pero sabiendo que la causa de este pesar no es la naturaleza o la substancia del cuerpo, sino su corrupción, no querríamos despojarnos del cuerpo, sino llegar con él a la inmortalidad. Y aunque entonces será también cuerpo, como no ha de ser corruptible, no agravará. Por eso ahora agrava y oprime el alma el cuerpo corruptible, "y esta morada nuestra de tierra no deja alentar al espíritu con el peso de tantos pensamientos y cuidados".

Los que creen, pues, que todas las molestias, afanes y males del alma le han sucedido y provenido del cuerpo, se equivocan sobremanera, porque aunque Virgilio, en aquellos famosos versos donde dice: "Tienen estas almas en su origen un vigor de fuego y una raza y descendencia del cielo, en cuanto no las fatiga y abruma el dañoso cuerpo y las embotan los terrenos y mortales miembros", parece que nos declara con toda evidencia la sentencia de Platón, y, queriendo darnos a entender que todas las cuatro perturbaciones, agitaciones o pasiones del alma tan conocidas: el deseo, el temor, la alegría y la tristeza, que son como fuentes y manantiales de todos los vicios y pecados, suceden y provienen del cuerpo, añada y diga: "De este terreno peso les proviene el dolerse, desear, temer, gozarse, ni de la lóbrega y oscura cárcel en que están pueden o contemplar su ser o soltarse"; con todo, muy disonante y distinto es lo que sostiene y nos enseña la fe; porque la corrupción del cuerpo, que es la que agrava el alma, no es causa, sino pena del primer pecado; y no fue la carne corruptible la que hizo pecadora al alma, sino, al contrario, el alma pecadora hizo a la carne que fuese corruptible.

Y aunque de la corrupción de la carne proceden algunos estímulos de los vicios y los mismos apetitos viciosos, sin embargo, no todos los vicios de nuestra mala vida deben atribuirse a la carne para no eximir de todos ellos al demonio, que no está vestido de carne mortal, pues aunque no podamos llamar con verdad al príncipe de las tinieblas fornicador o borracho u otro dicterio semejante alusivo al deleite carnal, aunque sea secreto instigador y

autor de semejantes pecados, con todo, es sobremanera soberbio y envidioso; el cual vicio de tal modo se apoderó de su vano espíritu, que por él se halla condenado al eterno tormento en los lóbregos calabozos de este aire tenebroso. Y estos vicios, que son los principales que tiene el demonio, los atribuye el Apóstol a la carne, de la cual es cierto que no participa el demonio, porque dice que las enemistades, contiendas, celos, iras y envidias son obras de la carne, de todos los cuales vicios la fuente y cabeza es la soberbia, que, sin carne, reina en el demonio ¿Qué enemigo tienen mayor que él los santos? ¿Quién hay contra ellos más solícito, más animoso, más contrario y envidioso? Y teniendo todas estas deformes cualidades sin estar vestido de la carne, ¿cómo pueden ser obras de la carne sino porque son obras del hombre, a quien, como dije, llama carne? Pues no por tener carne (que no tiene el demonio), sino por vivir conforme a sí propio, esto es, segun el hombre, se hizo el hombre semejante al demonio, el cual también quiso vivir conforme a sí propio “cuando no perseveró en la verdad” para hablar mentira, movido, no de Dios, sino de sí propio, que no sólo es mentiroso, sino padre de la mentira. El fue el primero que mintió, por él principió el pecado y por él tuvo su origen la mentira.

CAPITULO IV

¿Qué es vivir según el hombre y vivir según Dios? Cuando vive el hombre según el hombre y no según Dios, es semejante al demonio; porque ni el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para que perseverara en la verdad y hablara verdad, que es fruto propio de Dios y no mentira, que es de su propia cosecha; por cuanto aun del hombre, dice el mismo Apóstol en otro lugar: “Si con mi mentira campea más y sale más ilustre y tersa la verdad de Dios”, a la mentira la llamo mía y a la verdad de Dios.

Por eso, cuando vive el hombre según la verdad, no vive conforme a sí mismo, sino según Dios; porque el Señor es el que dijo: “Yo soy la verdad”, y cuando vive conforme a sí mismo, esto es, según el hombre y no según Dios, sin duda que vive según la mentira, no porque el mismo hombre sea mentira, pues Dios, que es autor y criador del hombre, ni es autor ni criador de la mentira, sino porque de tal suerte crió Dios recto al hombre, que viviese no conforme a sí mismo, sino conforme al que le crió, esto es, para que hiciese no su voluntad, sino la de su Criador, que el no vivir en el mismo estado en que fue criado para que viviese es la mentira, porque quiere ser bienaventurado aun no viviendo de modo que lo pueda ser; ¿y qué cosa hay más falsa y mentirosa que esta voluntad? Así, pues, no fuera de propósito puede decirse que todo pecado es mentira, porque no se forma el pecado sino con aquella voluntad con que queremos que nos suceda bien o con que no queremos que nos suceda mal; luego mentira es lo que, haciéndose para que nos vaya mejor, por ellos nos va peor. ¿Y de dónde proviene esto sino de que sólo le puede venir el bien al hombre de Dios, a quien, pecando, desampara, y no de sí mismo, a quien siguiendo peca?

Así como insinuamos que de aquí procedieron dos ciudades entre sí diferentes y contrarias, porque los unos vivían según la carne y los otros según el espíritu, del mismo modo podemos también decir que los unos viven según el hombre y los otros según Dios, porque claramente dice San Pablo: “Y supuesto que hay entre vosotros emulaciones y contiendas, ¿acaso no sois carnales y vivís según el hombre? Luego lo que es vivir según el hombre, eso es carnal, pues por la carne, tomada como parte del hombre, se entiende el hombre.”

Poco antes había llamado animales a los hombres, a quienes después llama carnales, diciendo: “Así como ningún hombre sabe los secretos del corazón humano, si no es el espíritu del hombre que está en él, así los de Dios ninguno los sabe si no es el espíritu de Dios, y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que procede de Dios para conocer las mercedes y gracias que Dios nos ha hecho, las cuales, como las conocemos, así las predicamos no con palabras artificiosas y acomodadas a la sabiduría humana, sino con las que hemos aprendido del espíritu, declarando los misterios espirituales con términos y palabras espirituales, porque el hombre animal no entiende ni admite las cosas del espíritu de Dios, teniendo por necedad cuando se aparta de lo que su sentido alcanza.”

Y a estos tales, esto es, a los carnales, dice poco después: “Y yo, hermanos, no os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales”; lo cual se entiende igualmente según la misma manera de hablar, esto es, tomando el todo por la parte, porque por el alma y por la carne, no son partes del hombre, se puede significar el todo, que es el hombre, y así no es otra cosa el hombre animal que el hombre carnal, sino que lo uno y lo otro es una misma cosa, esto es, el hombre que vive según el hombre; así como tampoco se entiende otra cosa que hombres cuando se, dice: “Ninguna carne se justificará por las obras de la ley”, o cuando dice: “Setenta y cinco almas bajaron con Jacob a Egipto”, porque en estos lugares por ninguna carne se entiende ningún hombre, y por setenta y cinco almas se entienden setenta y cinco hombres. Lo que dijo: “No con palabras artificiosamente compuestas y acomodadas a la humana sabiduría”, pudo decirse también a la carnal sabiduría; así como lo que dijo: “Vivís según el hombre”, pudo decirse según la carne; y más se declaró esto cuando añadió: “Porque diciendo unos: yo soy de Pablo, y otros: yo soy de Apolo, ¿acaso no manifestáis que sois hombres?” Lo que antes dijo: Sois animales y sois carnales, más clara y expresamente lo dice aquí: Sois hombres, es decir, vivís según el hombre y no según Dios, que si según él vivieseis, seríais dioses.

CAPITULO V

Aunque es más tolerable la opinión de los platónicos que la de los maniqueos sobre la naturaleza del cuerpo y del alma, con todo, también aquellos son reprobados, porque las causas de los vicios las atribuyen a la naturaleza de la carne En nuestros vicios y pecados no hay motivo para que acusemos con ofensa e injuria del Criador a la naturaleza de la carne, la cual en su orden y especies es buena; pero el vivir según el bien criado, dejando el bien, que es su Criador, no es bueno, ya elija uno vivir según la carne, o según el alma, o según todo el hombre que consta de alma y carne, que es por donde le po- demos llamar también con sólo el nombre del alma y con sólo el nombre de la carne. Porque el que estima como sumo bien a la naturaleza del alma y acusa como mala a la naturaleza de la carne, sin duda que carnalmente ama al alma y que carnalmente aborrece a la carne; pues lo que siente, lo siente con vanidad humana y no con verdad divina. Y aunque los platónicos no procedan con tanto error como los maniqueos, aborreciendo los cuerpos terrenos como a naturaleza mala, supuesto que atribuyen todos los elementos de que este mundo visible y material está compuesto, y todas sus cualidades a Dios como a su verdadero artífice, con todo, opinan que las almas de tal suerte son afectadas por los miembros terrenos y mortales, que de aquí les proceden los afectos de los deseos y temores, de la alegría y de la tristeza,

en cuyas cuatro perturbaciones, como las llama Cicerón, o pasiones, como muchos, palabra por palabra, lo interpretan del griego, consiste todo el vicio de la vida humana; lo cual, si es cierto, ¿por qué en Virgilio se admira Eneas de esta opinión oyendo en el infierno a su padre que las almas habían de volver a sus cuerpos, y exclamando: "¡Oh padre mío! ¿Es posible que hemos de creer que algunas de estas almas han de subir desde aquí a ver el cielo, y que han de volver a encerrarse en la estrecha concavidad de los cuerpos? ¿Qué deseo tan horrible y abominable es éste que tienen de vivir los miserables?" ¿Por ventura, este tan de- testable deseo aun permanece en aquella tan celebrada pureza de las almas, heredado de los terrenos e inmortales miembros? ¿Acaso dice que no están ya limpias y purgadas de todas estas pestes corpóreas cuando otra vez principian a querer volver a los cuerpos? De donde se infiere que aunque fuera cierto lo que es totalmente falso, el que sea una alternativa sin cesar la purificación y profanación de las almas que van y vuelven, con todo, no puede decirse con verdad que todos los movimientos malos y viciosos de las almas nacen y provienen de los cuerpos terrenos, supuesto que, según ellos (como el famoso poeta lo dice), es tanta verdad que aquel horrible deseo no procede del cuerpo, de modo que al alma que está ya purificada de toda pestilencia y contagio corporal, y fuera de todo lo que es cuerpo, la puede compeler y forzar a que vuelva al cuerpo; y así también, por confesión de ellos, el alma no sólo se altera y turba movida de la carne, de manera que desee, tema, se alegre y entristezca, sino que también de suyo y de sí propia puede moverse con estas pasiones.

CAPITULO VI De la naturaleza de la voluntad humana, según la cual las pasiones del alma vienen a ser o malas o buenas Lo que importa es qué tal sea la voluntad del hombre, porque si es mala, estos movimientos serán malos, y si es buena, no sólo serán inculpables, sino dignos de elogio, puesto que en todos ellos hay voluntad, o, por mejor decir, todos ellos no son otra cosa que voluntades; porque ¿qué otra cosa es el deseo y alegría sino una voluntad conforme con las cosas que queremos? ¿Y qué es el miedo y la tristeza sino una voluntad disconforme a las cosas que no queremos? Pero, cuando nos conformamos deseando las cosas que queremos, se llama deseo, y cuando nos conformamos gozando de los objetos, que nos son más agradables y apetecibles, se llama alegría, y asimismo cuando nos es menos conforme y huimos de lo que no queremos que nos acontezca, tal voluntad se llama miedo, y cuando nos conformamos y huimos de lo que con nuestra voluntad nos sucede, tal voluntad es tristeza, y sin duda alguna que, según la variedad de las cosas que se desean o aborrecen, así como se paga de ellas u ofende la voluntad del hombre, así se muda, y convierte en estos o aquellos afectos, por lo que el hombre que vive según Dios y no según el hombre, es necesario que sea amigo de lo bueno, de donde se sigue que, aborrezca lo malo; y porque ninguno naturalmente es malo, sino que es malo por su culpa y vicio, el que vive según Dios debe aborrecer de todo corazón a los malos, de suerte que ni por el vicio aborrezca al hombre, ni ame el vicio por el hombre, sino que aborrezca al vicio y ame al hombre, porque, quitando el vicio, resultará que todo deba amarse y nada aborrecerse.

CAPITULO VII Que el amor y dilección indiferentemente se usa en la Sagrada Escritura en bueno y mal sentido Porque todo el que quiere amar a Dios, y no según el hombre, sino según Dios, amar al prójimo como a sí mismo, sin duda por este amor se llama de buena

voluntad, la cual en la Escritura suele llamarse ordinariamente caridad, aunque también se la denomina amor, porque hasta el Apóstol dice “que debe ser amador o amigo de lo bueno aquel que él manda elegir para gobernar el pueblo”, y el mismo Señor, preguntando y diciendo al apóstol San Pedro: “¿Me quieres más que a éstos?”, respondió: “Señor, tú sabes que te amo.” En otra ocasión le preguntó no si le amaba, sino si le quería Pedro, quien respondió otra vez: “Señor, tú sabes lo que te amo”; pero en la tercera pregunta tampoco dice el Salvador “¿me quieres”, sino “¿me amas?”; donde, prosiguiendo el evangelista, dice “que se entristeció Pedro porque tercera vez le preguntó si le amaba”. Habiendo dicho el Señor, no tres veces, sino una, “¿me amas?”, y dos veces “¿me quieres?”, se da a entender claramente que cuando asimismo decía el Señor: “¿Me quieres?”, no decía otra cosa que “¿me amas?” Pero San Pedro no mudó la palabra de su interior sentimiento, que era una misma, sino que tercera vez respondió: “Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te amo.” He dicho esto porque algunos piensan que una cosa es la dilección o caridad, y otra el amor, pues dicen que la dilección debe tomarse en buen sentido y el amor en malo; sin embargo, es innegable que ni los autores profanos han usado de esta distinción, y, así, adviertan los filósofos si ponen diferencia en esta expresión, o cómo la ponen, en atención a que sus libros con bastante claridad nos insinúan cómo estiman y aprecian el amor en buena parte, y para con el mismo Dios; sin embargo, fue necesario manifestar cómo las Escrituras de nuestra santa religión, cuya autoridad anteponemos a otra cualquiera literatura o ciencia, no constituyen diferencia entre el amor y la dilección o caridad, porque ya hemos demostrado cómo también el amor se dice en buen sentido. Mas porque ninguno imagine que el amor se dice en buena y en mala parte, y que la dilección no, sino en buena, advierta lo que dice el real Profeta: “Quien pone su dilección o cariño en la iniquidad, aborrece a su alma”; y el apóstol San Juan: “Si alguno pusiere su corazón y dilección en el mundo, en este tal no hay dilección y caridad de Dios.” Y ved aquí en un mismo lu- gar la dilección en bueno y en mal sentido. Que el amor se tome en malo, porque en bueno ya lo hemos demostrado, lean lo que dice la Sagrada Escritura: “Serán entonces los hombres amigos y apasionados de sí mismos y amadores del dinero.” De modo que la voluntad recta es buen amor, y la voluntad perversa mal amor, el amor, pues, que desea tener lo que ama, es codicia, y el que lo tiene ya y goza de ello, alegría; el amor que huye de lo que le es contrario, es temor, y si lo que le es contrario le sucede, sintiéndolo, es tristeza; y así, estas cualidades son malas si el amor es malo, y buenas si es bueno. Pero probemos, y comprobémoslo con las sagradas letras. El Apóstol dice: “Desea morir y hallarse con Cristo”, y más acomodadamente: “Deseó mi alma grandemente en todo tiempo, aficionarse a tus preceptos y mandamientos, y el amor de la sabiduría nos conduce al reino eterno.” Pero comúnmente hemos convenido en que al decir codicia o concupiscencia, si no añadimos de qué es la codicia o la concupiscencia, no se pueda tomar sino en mala parte. La alegría en el salmo se toma en buena parte: “Alegraos en el Señor y regocijaos los justos”: “Diste alegría a mi corazón”; y: “Me llenarás de alegría con tu presencia..” El temor se toma en buen sentido en el Apóstol, donde dice: “Entended a lo que toca a vuestra salvación con temor y temblor”; y: “No te engrías y ensoberbezcas; sino teme”; y: “Temo no suceda que, como la serpiente con su astucia embaucó y engañó a Eva así se profanen vuestras potencias interiores y se desvíen de la castidad y pureza que se debe a Cristo.” Pero acerca de la tristeza, a la que llama Cicerón aegritudo, y Virgilio dolor, donde dice dolent, gaudentque, duélense, y se alegran (sin embargo, yo tuve por más conveniente llamarla tristeza, porque la aegritudo o el dolor más ordinariamente se dice de los cuerpos) es más dificultosa la duda sobre si puede entenderse en buen sentido.

CAPITULO VIII

De las tres perturbaciones o pasiones que quieren los estoicos que se hallen en el ánimo del sabio, excepto el dolor o la tristeza, lo cual no debe admitir o sentir la virtud del ánimo De las que los griegos llaman eupathías, y nosotros podemos decir pasiones buenas, y Cicerón en el idioma latino llamó constancias, los estoicos no quisieron que hubiese en el ánimo del sabio más que tres en lugar de tres pasiones, por el deseo, voluntad; por la alegría, gozo; por el temor, cautela; pero en lugar del dolor (a que nosotros, por huir de la ambigüedad, qui- simos llamar tristeza) dicen que no puede haber objeto alguno en el ánimo del sabio; porque la voluntad apetece y desea lo bueno, lo que hace el sabio; el gozo es del bien conseguido, lo cual dondequiera alcanza el sabio; la cautela evitar el mal, lo que debe obviar el sabio. Pero la tristeza, porque es del mal que ya sucedió, son de opinión los estoicos que ningún mal puede traer al sabio y dicen que en lugar de ella no puede haber otra igual en su ánimo; así les parece que; fuera del sabio, no hay quien quiera, goce y se guarde, y que el necio no hace sino desear, alegrarse, temer y entristecerse; y que aquellas tres son constancias y estas cuatro perturbaciones, según Cicerón, y, según muchos, pasiones. En griego, aquellas tres, como insinué, se llaman eupathías, y estas cuatro, pathías.

Buscando yo con la mayor diligencia que pude si este lenguaje cuadraba con el de la Sagrada Escritura, hallé lo que dice el profeta: “No se gozan los impíos, dice el Señor”, como que los impíos pueden más alegrarse que gozarse de los males, porque el gozo propiamente es de los buenos y piadosos. Asimismo en el Evangelio se lee: “Todo lo que queréis que os hagan los hombres, eso mismo haréis vosotros con ellos”, y parece que lo dice porque ninguno puede querer algún objeto mal o torpemente, sino desearlo. Finalmente, algunos intérpretes por el estilo común de hablar añadieron todo lo bueno, y así interpretaron: “Todo el bien que queréis que os hagan a vosotros los hombres”; porque les pareció que era necesario excusar que ninguno quiera que los hombres le hagan acciones inhonestas e indebidas, y por callar las torpes, a lo menos los banquetes excesivos y superfluos, en los cuales, haciendo el hombre lo mismo, le parezca que cumplirá con este precepto.

Pero en el Evangelio citado en idioma griego, de donde se tradujo al latino, no se lee lo bueno, sino: “Todo lo que queréis que hagan con vosotros los hombres, eso mismo haréis vosotros con ellos”; imagino que lo dice así, porque cuando dijo, queréis, ya quiso entender lo bueno, porque no dice cupitis, lo, que deseáis; sin embargo, no siempre debemos estrechar nuestro lenguaje con estas propiedades, aunque algunas veces debemos usar de ellas; y cuando las leemos en aquellos de cuya autoridad no es lícito desviarnos, entonces se deben entender. cuando el buen sentido no pueda hallar otro significado, cómo son las autoridades que hemos alegado, así de los profetas como, del Evangelio. Porque ¿quién ignora que los impíos se regocijan y alegran? Sin embargo, dice el Señor que no se gozan los impíos; ¿y por qué, sino porque cuando este verbo gaudere o gozarse se pone propiamente y en su peculiar sentido significa otra cosa? Asimismo, ¿quién puede negar que está bien mandado que lo que deseamos que otros hagan con nosotros, eso mismo hagamos nosotros con ellos, para que no nos demos unos a otros deleites y gustos torpes?

Y, con todo, es precepto muy saludable y verdadero: “Todo lo que queréis que hagan los hombres, con vosotros, eso mismo haréis vosotros con ellos.” Y esto ¿por qué, sino porque en este lugar la voluntad se usa en sentido propio, sin que se pueda tomar en mala parte? Pero ¿no diríamos en el lenguaje más común que usamos: “No queráis mentir toda mentira”, si no hubiese también voluntad mala, de cuya malicia se diferencia aquella voluntad que nos anunciaron y predicaron los ángeles, diciendo: “Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”, porque inútilmente se dice de buena, si no puede ser sino buena? ¿Y qué alabanza hubiera hecho el Apóstol de la caridad, al decir: “No se alegra del pecado” si no se alegra con él la malicia? Pues hasta en los autores profanos se halla esta diferencia de palabras, porque Cicerón, famoso orador, dijo: “Deseo, padres conscritos, ser clemente”; habiendo puesto este, verbo cupío en bien, ¿quién hay tan poco erudito que no piensa que mejor debía decir volo que cupío? Y en Terencio, un joven libertino llevado de su deshonesto apetito, dice: “Nada quiero sino a Filomena”; y que esta voluntad era deshonesta, bastantemente lo manifiesta la respuesta que allí da un criado anciano, porque dice a su amo: “¿Cuánto mejor te fuera buscar un medio para desechar ese temor de tu corazón, que hablar expresiones con que en vano vayas encendiendo más y más el voraz fuego de tu apetito?” Y que lo que es gaudium o gozo lo hayan también descrito en mal sentido, lo manifiesta aquel verso de Virgilio, donde con suma brevedad compendió estas cuatro perturbaciones: “De este terreno peso les proviene dolerse, desear, temer, gozar.” Dijo también el mismo poeta: “Los malos gozos del alma”, por los ilícitos placeres.

Por lo tanto, los buenos y los malos quieren, se guardan, temen y gozan; y, por decir lo mismo con otras palabras, los buenos y los malos desean, temen y se alegran; pero los unos bien y los otros mal, según que es buena o mala su voluntad. Y aun la tristeza, en cuyo lugar dicen los estoicos que no se puede hallar cosa alguna en el alma del sabio, se halla usada en buena parte, y principalmente entre los nuestros; porque el Apóstol elogia a los corintios de que se hubiesen entristecido según Dios. Pero dirá alguno acaso que el Apóstol les dio el parabién de que se hubiesen acongojado haciendo penitencia, y semejante tristeza no la puede haber sino en los que pecaron; porque dice así: “Veo que aquella carta, aunque sólo por algún tiempo, os entristeció; pero ahora me lisonjeo y lleno de placer, no porque os habéis acongojado, sino porque os habéis entristecido para hacer penitencia; pues os habéis contristado según Dios, de manera que por mi no os ha venido ningún daño o detrimento, porque la tristeza que es según Dios, causa en el hombre para su salud espiritual una penitencia y arrepentimiento inarrepentible; pero la tristeza del mundo motiva la muerte, porque ya veis, como esto mismo que es entristecerse según Dios, cuánta solicitud y cuidado pone en nosotros.”

Y conforme a esta doctrina pueden los estoicos responder por su parte que la tristeza parece muy útil para que se duelan y arrepientan de su pecado, y que en el ánimo del sabio no puede haber causa, porque no hay pecado cuyo arrepentimiento le cause tristeza, ni puede existir algún otro mal cuya pasión y dolor le contriste; porque aun de Alcibíades refieren (si no me engaña la memoria en el nombre de la persona) que creyendo era bienaventurado oyendo los discursos e instrucciones de Sócrates, que le manifestaron era miserable por ser necio e ignorante, se cuenta que lloró. Así que la necedad fue aquí la causa propia de esta inútil e importante tristeza con que el hombre se duele de no ser lo que debe ser; mas los estoicos dicen que no el necio, sino el sabio, es incapaz de tristeza.

CAPITULO IX

De las perturbaciones del ánimo, cuyas afecciones son rectas en el de los justos Pero a estos filósofos, respecto a la cuestión sobre, las perturbaciones del ánimo, ya les, respondimos cumplidamente en el libro IX de esta obra, manifestando cómo ellos disputaban, no tanto sobre las cosas como sobre las palabras, mostrándose más aficionados a disputar y porfiar ridículamente que a investigar la raíz de la verdad; pero entre nosotros (conforme a lo que dicta la Sagrada Escritura y la doctrina sana), los ciudadanos de la ciudad santa de Dios, que en la peregrinación de la vida mortal viven según Dios, éstos, digo, temen, desean, se duelen y alegran. Y por cuanto su amor o voluntad es recta e irreprensible, todas estas afecciones las poseen también rectas, temen el castigo eterno, duélense verdaderamente por lo que sufren: “Porque ellos aquí entre sí mismos gimen y suspiran, para que se verifique en ellos la adopción, esperando la redención e inmortalidad de su cuerpo, alégranse por la esperanza”, “porque se cumplirá ciertamente lo que está escrito en caracteres indelebles, que la muerte quedará absorbida y vencida por el triunfo y victoria de Jesucristo”.

Asimismo temen pecar y ofender a la Majestad Divina; desean perseverar en la gracia, duélense de los pecados cometidos y se alegran de las buenas obras; pues para que teman el caer en la culpa les dice el Salvador: “Que crecerá tanto la iniquidad, que se entibiará la caridad de muchos”; y para que deseen perseverar, les dice: “El que perseverase hasta el fin, se salvara.” Para que se duelan de los pecados, les advierte San Juan: “Si dijésemos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos alucinamos y engañamos, y no hay verdad en nosotros.” Para que se llenen de gozo por las buenas obras, les certifica San Pablo: “Que ama Dios al que da lo que da con alegría y de buena voluntad”; y asimismo, según son débiles o fuertes, temen o apetecen las tentaciones; porque, para temerías, oyen: “Si alguno -dice el Apóstol- cayere en algún crimen, vosotros, los que sois más espirituales, mirad por él, procurando levantarle con espíritu de mansedumbre, considerando cada uno en sí mismo que puede también precipitarse en el abismo del pecado”; y para desearías, oyen que dice un varón fuerte de la Ciudad de Dios, esto es, el real profeta David: “Pruébame, Señor, y tiéntame, abrasa y consume mis entrañas y mi corazón.” Para que se duelan en ellas advierten cómo llora amargamente San Pedro; para que se alegren de ellas, escuchan, como dice Santiago: “Estimad por sumo contento cuando os vieseis afligidos de varias tentaciones.”

Y no sólo por sí propios se mueven con estos afectos, sino también por las personas que desean eficazmente se salven y temen se pierdan, sienten entrañablemente si se pierden y se alegran sobremanera si se salvan, porque tienen puestos los ojos en aquel santo y fuerte varón que se gloria en sus dolores y aflicciones (para citar nosotros que hemos venido a la Iglesia de Jesucristo de en medio de los gentiles a aquel que es doctor de las gentes en la fe y la verdad, que trabajó más que todos sus compañeros los apóstoles y con más epístolas instruyó al pueblo de Dios, no sólo a los que tenía presentes, sino también a los que preveía que habían de venir), porque tenían, digo, puestos los ojos en aquel San Pablo, campeón y atleta de Jesucristo, enseñado e instruido por el mismo Salvador, ungido por El, crucificado con El, glorioso y triunfante en El; a quien en el teatro de este mundo, donde vino a ser “espectáculo de los ángeles y de los hombres”, miramos con satisfacción y con los ojos de

la fe, luchando el gran combate, “corriendo en busca de la palma y gloria de la soberana vocación y caminando siempre adelante”, viéndole cómo “se alegra con los alegres y llora con los que lloran”, “cómo fuera padece persecuciones y dentro temores”, deseando “apartarse ya de su cuerpo y hallarse con Cristo” con ansia de ver “a los romanos por tener algún fruto en ellos como en las demás gentes”, “estimulando a los corintios y temiendo con el mismo celo que no les engañen y desvíen sus almas de la fe y pureza que deben a Cristo, teniendo “una gran tristeza y continuo dolor de corazón por los israelitas”, porque «ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya, no estaban sujetos a la justicia de Dios”, y no sólo manifestando su dolor, sino “también sus lágrimas por algunos que habían pecado y no habían hecho penitencia de sus deshonestidades y fornicaciones”.

Si estos movimientos y afectos que proceden del amor del bien y de una caridad santa se deben llamar vicios, permitamos asimismo que a los verdaderos vicios los llamen virtudes; pero siguiendo estas afecciones a la buena y recta razón, cuando se aplican donde conviene, ¿quién se atreverá a llamarlas en este caso flaquezas o pasiones viciosas? Por lo cual el mismo Señor, queriendo pasar la vida humana en forma y figura de siervo, pero sin tener pecado, usó también de ellas cuando le pareció conveniente, porque de ningún modo en el que tenía verdadero cuerpo de hombre y verdadera alma de hombre era falso el afecto humano.

Cuando se refiere del Redentor en el Evangelio “que se entristeció con enojo por la dureza del corazón de los judíos”, y cuando dijo: “Me alegro por causa de vosotros, para que creáis”, cuando habiendo de resucitar a Lázaro lloró, cuando deseó comer la Pascua con sus discípulos, cuando acercándose su pasión estuvo triste su alma hasta la muerte, sin duda que esto no se refiere con mentira; pero el Señor, por cumplir seguramente con el misterio de la Encarnación, admitió estos movimientos y extrañas impresiones con ánimo humano cuando quiso; así como cuando fue su divina voluntad se hizo hombre. Por eso no puede negarse que, aun cuando tengamos estos afectos rectos, y según Dios, son de esta vida y no de la futura que esperamos, y muchas veces nos rendimos a ellos, aunque contra nuestra voluntad. Así que, en algunas ocasiones, aunque nos movamos no con pasión culpable, sino con amor y caridad loable; aun cuando no queremos, lloramos. Los tenemos, pues, por flaqueza de la condición humana, pero no los tuvo así Cristo Señor nuestro, cuya flaqueza estuvo también en su mano y omnipotencia. Pero entre tanto que conducimos con nosotros mismos la humana debilidad de la vida mortal, si carecemos totalmente de afectos, por el mismo hecho es prueba de que vivimos bien; porque el Apóstol reprendía y abominaba de algunos, diciendo de ellos que no tenían afecto.

También culpó el real profeta a aquellos de quienes dijo: “Esperé quien me hiciera compañía en mi tristeza, y no hubo uno solo.” Porque no dolerse del todo mientras vivimos en la mortal miseria, como lo manifestó también uno de los filósofos de este siglo: “No puede acontecer sino que el ánimo esté dominado de fiera crueldad y el cuerpo de insensibilidad.” Por lo cual, aquella que en griego se llama apatía, y si pudiese ser en latín se diría impasibilidad (porque sucede en el ánimo y no en el cuerpo), si la hemos de entender por vivir sin los afectos y pasiones que se rebelan contra la razón y perturban el alma, sin duda que es buena y que principalmente debe desearse; pero tampoco se halla ésta en la vida actual, porque no son de cua- lesquiera, sino de los muy piadosos, justos y santos aquellas palabras: “Si dijéremos que no tenemos pecado, a nosotros mismos nos

engañamos, y no se halla verdad en nosotros.” Habrá, por consiguiente, apatía o impasibilidad cuando no haya pecado en el hombre; pero al presente bastante bien se vive si se vive sin pecado que sea grave; y el que piensa que vive sin pecado, lo que consigue es no carecer de pecado, sino más bien no alcanzar perdón. Y si ha de decirse apatía o impasibilidad cuando totalmente en el ánimo no puede haber algún afecto, ¿quién no dirá que esta insensibilidad es peor que todos los vicios? Por eso, sin que sea absurdo, puede decirse que en la perfecta bienaventuranza no ha de haber estimulo o vestigio de temor o de tristeza; pero que no haya de haber en la celestial patria amor y alegría, ¿quién lo puede decir sino el que estuviere del todo ajeno de la verdad? Mas si es apatía o impasibilidad no tener miedo alguno que nos espante, ni dolor que nos aflija, la debemos huir en esta vida, si queremos vivir rectamente, esto es, según Dios; y sólo en la bienaventurada la podemos esperar.

Porque el temor de quien dice el apóstol San Juan: “En la caridad no hay temor, antes la caridad perfecta echa fuera el temor, porque va acompañado de pena y de tristeza, y el que teme no ha llegado a la perfección de la caridad”, no es ciertamente de la calidad de aquel con que temía el Apóstol San Pablo que los corintios fuesen seducidos y engañados con alguna infernal astucia, porque este temor no sólo le hay en la caridad, sino que sólo le hay en la caridad. El temor que no se halla en la caridad es aquel del que dijo el mismo apóstol San Pablo: “No habéis vuelto a recibir espíritu de servidumbre y temor.” El temor casto y santo “que permanece en los siglos de los siglos”, si es que ha de existir también en el otro siglo (porque cómo puede entenderse de otra manera que permanece en los siglos de los siglos), no es temor que nos refrena y aparta del mal que puede acontecer, sino que persevera en el bien que no puede perderse, porque donde hay amor inmutable del bien conseguido, sin duda, si puede decirse así, seguro está el temor de que ha de guardarse del mal.

Con el nombre de temor casto se nos significa aquella voluntad con que será necesario que no queramos ya pecar, y que nos guardemos de pecado, no porque temamos que nuestra flaqueza nos induzca al pecado, sino por la tranquilidad con que la caridad evitará el pecado, y no ha de haber temor de ninguna especie en aquella cierta seguridad de los perpetuos y bienaventurados gozos y alegrías. Así se dijo: El temor casto y santo “que permanece perdurable en los siglos de los siglos”, como se dijo: “La paciencia de los pobres no perecerá eternamente”, porque la paciencia no ha de ser eterna, supuesto que no es necesaria sino donde se hayan de padecer trabajos, mientras que será eterna la felicidad adonde se llega por la tolerancia. Por eso se dijo que el temor santo permanece y dura por los siglos de los siglos, porque permanecerá aquello adonde nos conduce el mismo temor. Y siendo esto cierto, ya que hemos de vivir una vida recta e irreprensible para llegar con ella a la bienaventuranza, todos estos afectos los tiene rectos la vida justificada, y la perversa, perversos.

La vida bienaventurada y la que será eterna tendrá amor y gozo no sólo recto, sino también cierto, y no tendrá temor ni dolor, por donde se deja entender y se nos descubre con toda evidencia cuáles deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la Ciudad de Dios, que viven según el espíritu y no según la carne, esto es, según Dios y no según el hombre, y cuáles serán en aquella inmortalidad adonde caminan, porque la ciudad, esto es, la sociedad de los impíos que viven según el hombre y no según Dios, y que en el mismo culto falso y

en el desprecio del verdadero Dios siguen las doctrinas de los hombres o de los demonios, padece los combates de estos perversos afectos como malignas enfermedades y turbaciones del ánimo, y si hay algunos ciudadanos en ella que parece templan y moderan semejantes movimientos, la arrogante impiedad los ensoberbece de manera que por lo mismo es en ellos mayor la vanidad, cuanto son menores los dolores. Y si algunos, con una vanidad tanto más intensa cuanto más rara, han pretendido y deseado que ningún afecto los levante ni engrandezca, y que ninguno los abata y humille, más bien con esto han venido a perder toda humanidad que llegado a conseguir la verdadera tranquilidad, pues no porque alguna materia esté dura, está recta, o lo que está insensible está sano.

CAPITULO X

Si es creíble que los primeros hombres en el Paraíso, antes que pecaran, no sintieron pasión o perturbación alguna Muy a propósito se pregunta si el primer hombre o las primeras personas (porque entre dos fue la unión del matrimonio) tenían estos afectos y pasiones en el cuerpo animal antes del pecado, cuales no los hemos de tener en el cuerpo espiritual después de purificado y consumado todo pecado; que si los tenían, ¿cómo eran tan bienaventurados en aquel famoso sitio de bien- aventuranza, esto es, en el Paraíso? ¿Y quién absolutamente se puede llamar bienaventurado que sienta temor o dolor? ¿Y de qué podían temerse o dolerse aquellos hombres colmados de tantos bienes, donde ni temían a la muerte, ni alguna mala disposición del cuerpo, ni les faltaba cosa que pudiese alcanzar la buena voluntad, ni tenían cosa que ofendiese a la carne o al espíritu del hombre en aquella dichosa vida? Había en ellos amor imperturbable para con Dios, y entre sí los casados guardaban fiel y sinceramente el matrimonio, y de este amor resultaba inexplicable gozo, sin faltarles cosa alguna de las que amaban y deseaban para gozarlo. Había una apacible y tranquila aversión al pecado, con cuya perseverancia por ningún otro extremo les sobrevenía mal alguno que les entristeciese ¿Acaso dirá alguno que deseaban tomar el árbol cuya fruta les estaba prohibido comer, pero temían morir y, según esto, ya el deseo, ya el miedo, inquietaba a aquellos espíritus en aquel delicioso jardín? Líbrenos Dios de imaginar que hubiera cosa semejante donde no había género de pecado; porque no deja de ser pecado desear lo que prohíbe la ley de Dios, y abstenerse de ello por temor de la pena y no por amor a la justicia.

Dios nos libre, digo, que antes de haber pecado alguno cometiesen ya el de hacer con el árbol de la fruta prohibida lo que de la mujer dice el Señor: “Que el que mira a la mujer para desearla, ya peca con ello en su corazón.” Así pues, tan felices fueron los primeros hombres sin padecer perturbación alguna de ánimo y sin sufrir incomodidad alguna en el cuerpo, tan dichosa fuera la sociedad humana si ni ellos cometieran el mal que traspasaron. a sus descendientes, ni alguno de sus sucesores cometiese pecado alguno por donde mereciera ser condenado; permaneciendo esta felicidad hasta que por aquella bendición de Dios: “Creced y multiplicaos” se llenara el número de los santos predestinados y consiguieran otra mayor, cual se les dio a los bienaventurados ángeles, donde tuvieran seguridad cierta de que ninguno había de pecar ni a había de morir; y fuera tal la vida de los santos sin haber sabido qué cosa era trabajo o dolor ni muerte, cual será después la experiencia de todas estas cosas en la incorrupción e inmortalidad de los cuerpos, luego que hubieren resucitado los muertos.

CAPITULO XI

De la caída del primer hombre, en quien crió Dios buena la naturaleza, y viciada no la pudo reparar sino su autor Porque Dios prevé y sabe todas las cosas, por eso no pudo ignorar que el hombre también había de pecar, y como el Señor lo previó y dispuso, debemos hablar de la Ciudad Santa según su presciencia y no según lo que no pudo llegar a nuestra noticia, afirmar que no estuvo en la previsión de Dios. Porque de ningún modo pudo el hombre con su pecado perturbar el divino consejo, como obligando a Dios a mudar lo que había determinado, habiendo previsto Dios, con su presciencia lo uno y lo otro, esto es, cuán malo, había de ser el hombre a quien crió bueno, y lo bueno que aún así había de hacer de él. Pues aunque se dice que muda Dios lo que una vez tenía determinado (y así la Sagrada Escritura metafóricamente dice que Dios se arrepiente), dícese de lo que el hombre esperaba, o según la disposición y orden de las cosas naturales, y no conforme a lo que Dios todopoderoso supo que había que hacer.

Formó, pues, Dios, como lo insinúan las sagradas letras, al hombre recto y, por consiguiente, de buena voluntad, porque no fuera recto si no tuviera buena voluntad, y así la buena voluntad es obra de Dios, porque con ella crió Dios al hombre; pero la mala voluntad primera, que precedió en el hombre a todas las obras malas, antes fue un apartamiento o abandono de la obra de Dios que obra alguna positiva, y fueron malas estas obras de la mala voluntad porque las hizo el hombre conforme a si propio, y no según Dios, de suerte que la voluntad fuese como un árbol malo que produjo malos frutos, o, si se quiere, como el mismo hombre de mala voluntad. Aunque esta mala voluntad no sea conforme a la naturaleza, sino contra la naturaleza, porque es vicio, con todo, es de la naturaleza del vicio, el cual no puede existir sino en la naturaleza, es decir, en aquella que fue criada de la nada, no en la que engendró el Criador de sí mismo, como engendró al Verbo por quien fueron criadas todas las cosas.

Pues aunque formó Dios al hombre del polvo de la tierra, la misma tierra y toda la materia y máquina terrena la crió absolutamente de la nada, y criando el alma de la nada la infundió en el cuerpo cuando hizo al hombre. Y en tanto grado aventajan los bienes a los males, que aunque los males se permitan para manifestar cómo puede también usar bien de ellos la providente justicia del Criador, sin embargo pueden hallarse los bienes sin los males, como es el mismo verdadero y sumo Dios y como son sobre este calignoso aire las criaturas celestiales e invisibles; pero los males no se pueden hallar sin los bienes, porque las naturalezas en que se hallan, en cuanto son naturalezas, son, sin duda, buenas. Quitase el mal no quitando la naturaleza o alguna parte suya, sino corrigiendo y sanando la viciada y depravada. El albedrío de la voluntad es verdaderamente libre cuando no sirve a los vicios y pecados; tal nos le dio Dios, que en perdiéndole por nuestro propio pecado no le podemos volver a recobrar sino de mano del que nos le pudo dar. Y así dice la misma verdad: “Si os librare el Hijo, entonces seréis verdaderamente libres”, que es lo mismo que si se dijera: “Si el hijo de Dios os salvare, entonces seréis ciertamente salvos, porque es Salvador por el mismo motivo que es Libertador.” Vivía, pues, el hombre según Dios en el Paraíso corporal y espiritual, porque el Paraíso no era corporal por los bienes del cuerpo ni espiritual por los del espíritu, sino espiritual para que se gozara por los sentidos interiores, y corporal para

que se gozara por los exteriores. Era verdaderamente lo uno y lo otro por lo uno y por lo otro, hasta que aquel ángel soberbio y, por, consiguiente, envidioso por su soberbia, convirtiéndose en dios a sí propio, y con arrogancia casi tiránica, deseando más tener súbditos que serlo, cayó del Paraíso espiritual (de cuya caída y la de sus compañeros, que de ángeles de Dios se hicieron ángeles suyos, bastantemente traté, según mi posibilidad, en los libros XI y XII de esta obra), y deseando con astucia apoderarse del hombre a quien, porque perseveraba en su estado, habiendo él caído del suyo, tenía envidia, escogió a la serpiente en el Paraíso corporal, donde con aquellas dos personas, hombre y mujer, vivían también los demás animales terrestres sujetos y pacíficos sin hacer daño alguno; escogió, digo, a la serpiente, animal escurridizo que se mueve con torcidos rodeos, acomodado a su designio para poder hablar por ella, y habiéndola rendido por la presencia angélica y por la naturaleza más excelente con astucia espiritual y diabólica, y usando de ella como instrumento, cautelosamente comenzó a platicar con la mujer, empezando por la parte inferior de aquella humana compañía, para de lance en lance llegar al todo, juzgando que el varón no era tan crédulo y que no podía ser engañado sino cediendo y dejándose llevar del error del otro.

Así como Aarón no consintió con el engañado pueblo en la construcción del ídolo siendo él engañado, sino que cedió y se dejó llevar forzado; ni es creíble que Salomón con error pensase que tenía obligación de servir a los ídolos, sino que le compelieron a ejecutar semejantes sacrilegios los halagos y caricias de las mujeres, así se debe creer que Adán creyó a su mujer, como cree uno a otro, el hombre a los hombres, el marido a su mujer, para quebrantar la ley de Dios, no engañado y persuadido de que le decía verdad, sino por condescendencia con ella, obedeciéndola por el amor que la tenía. Porque no en vano dijo el Apóstol: “Adán no fue engañado, la mujer fue la engañada”, porque ella tomó como verdadero lo que le dijo la serpiente, y él no quiso apartarse de su única consorte ni en la participación del pecado.

Mas no por eso fue menos reo y culpable, sino que, sabiéndolo y viéndolo, pecó; y así no dice el apóstol no pecó, sino no fue engañado, porque ya manifiesta seguramente que pecó cuando dice: “Por un hombre entró el pecado en el mundo”; y poco después más claramente: “A semejanza del pecado de Adán.” Por engañados quiso, pues, se entendiesen aquellos que piensan que lo que hacen no es pecado; pero Adán lo supo, porque, de no saberlo, ¿cómo seria verdad que Adán no fue engañado?; aunque como no tenía experiencia del divino rigor y severidad, pudo engañarse en pensar y creer que el pecado era venial; y así por este camino, aunque no fue engañado en lo que la mujer lo fue, se engañó en cómo había de tomar y juzgar Dios la excusa que había de dar, diciendo: “La mujer que me diste por compañera; ella me dio y comí.” ¿Para qué, pues, nos cansamos y alargamos en esto? Verdad es que ambos no fueron engañados, pero ambos pecaron, y por ello quedaron presos y enredados en los lazos del demonio.

CAPITULO XII

De la calidad del primer pecado que cometió el hombre Si alguno dudase por qué la naturaleza humana no se muda con los otros pecados como se mudó con el pecado de aquellos dos primeros hombres, quedando sujeta a la corrupción que vemos y sentimos, y

por ella a la muerte, turbándose y padeciendo tanto número de afectos tan poderosos y entre si tan contrarios, de todo lo cual no sintió ella nada en el Paraíso antes del pecado, aunque estuviese en cuerpo animal; si alguno dudase, repito, y viere en esto dificultad, no por eso debe pensar que fue ligera y pequeña aquella culpa porque se hizo en cosa de comida, que no era mala ni dañosa, sino en cuanto era prohibida; pues no criara Dios cosa mala ni la plantara en aquel lugar de tanta felicidad, sino que en el mandamiento les encargó y encomendó Dios la obediencia, virtud que en la criatura racional es en cierto modo madre y custodia de todas las virtudes, porque crió Dios a la criatura racional de manera que le es útil e importante el estar sujeta y muy pernicioso hacer su propia voluntad y no la del que la crió. Así que este precepto y mandamiento de no comer de un solo género de comida donde había tanta abundancia de otras cosas, mandamiento tan fácil y ligero de guardar tan breve y compendioso para tenerle en la memoria, principalmente cuando aun el apetito no contradecía a la voluntad, lo cual se siguió después en pena de la infracción del precepto, con tanta mayor injusticia se violó y quebrantó, con cuanta mayor facilidad y observancia se pudo guardar.

CAPITULO XIII

En el pecado de Adán, a la mala obra precedió la mala voluntad Antes empezaron a ser malos en secreto que viniesen a caer en aquella manifiesta desobediencia, porque no llegaron a ejecutar aquel horrendo pecado “si no precediera mala voluntad”. Y el principio de la mala voluntad, ¿qué pudo ser sino la soberbia? Porque “la cabeza y fuente de todos los pecados es la soberbia”. ¿Y qué es la soberbia sino una ambición y apetito de perversa grandeza? Porque es maligna altanería querer el alma en algún modo hacerse y ser principio de sí misma, dejando el principio con quien debe estar unida. Esto sucede cuando uno se complace demasiado a sí mismo, y complácese a sí mismo de esta manera cuando declina y deja aquel bien inmutable que debió agradarle más que ella a sí misma. Esta declinación y defecto es espontáneo y voluntario, porque si la voluntad permaneciera estable en el amor del bien superior inmutable, que era el que la alumbraba para que viviese y la encendía para que amase, no se desviara de allí para agradarse a si misma, ni se quedara sin luz, a oscuras, ni sin amor helada; de manera que ni Eva creyera que la decía verdad la serpiente, ni Adán antepusiera al precepto de Dios el gusto de su esposa, ni imaginara que sólo pecaba venialmente si a la compañera inseparable de su vida la acompañaba también en el pecado.

Así que no hicieron la obra mala, esto es, aquella trasgresión y pecado comiendo del manjar prohibido, sino siendo ya malos; aquella fruta era mala porque provenía del árbol malo, y el árbol hízose malo contra naturam; porque si no es por vicio de la voluntad, el cual es contra el buen orden de la Naturaleza, no se hiciera malo; que el depravarse y estragarse con el vicio, no sucede sino en la naturaleza formada en la nada. Así pues, el ser naturaleza lo tiene por ser criatura de Dios, y el degenerar y declinar de Aquel que la hizo, porque fue hecha de la nada. Pero tampoco de tal manera degeneró el hombre que del todo fuese nada, sino que, inclinándose a sí mismo, vino a ser menos de lo que era cuando estaba unido con Aquel que es Sumo en su esencia. Por esto, dejar a Dios y pretender ser en sí mismo, esto es, agradarse y complacerse de sí mismo, no es ser nada; sino, acercarse a la nada; por lo cual la Sagrada Escritura llama por otro nombre a los soberios, “gente que se agrada y paga de sí», porque bueno es tener el corazón levantado o elevado, pero no a sí propio, que es

efecto de la soberbia, sino a Dios, que lo es de la obediencia, la cual no se halla sino en los humildes.

Tiene la humildad cierta cualidad que con modo admirable levanta el corazón, y tiene, cierto atributo la soberbia que deprime y abate el corazón, y aunque parece casi contradictorio que la soberbia esté debajo y la humildad encima, sin embargo, la santa humildad, como se sujeta al superior, y no hay otra cosa más superior que Dios, ensalza y eleva al que hace súbdito de Dios; pero la altivez que hay en el vicio, por el mismo hecho de rehusar la sujeción y subordinación, cae de aquel que no tiene sobre sí superior, y por lo mismo, viene a ser inferior, sucediendo lo que dice la Sagrada Escritura: "Los abatiste cuando iban subiendo y ensalzándose"; y no dijo cuando estaban ya elevados y ensalzados, de modo que primero estuviesen ensalzados y después los derribase y abatiese, sino que cuando iban subiendo, entonces los abatió y derribó; porque el mismo acto de subir y ensalzarse es comenzar a abatirse, por lo cual al presente en la Ciudad de Dios y a la Ciudad de Dios que anda pere- grinando en este siglo se recomienda principalmente la humildad que en su Rey, Cristo, singularmente se celebra; porque el vicio de la soberbia, contrario a esta virtud, nos manifiestan las sagradas letras que domina y reina principalmente en su cruel enemigo, el demonio.

Verdaderamente es ésta una notable diferencia con que se distingue y conoce la una y la otra Ciudad de que vamos hablando, es a saber, la compañía de los hombres santos y piadosos y la de los impíos y pecadores, cada una con los ángeles que la pertenecen, en quienes precedió por una parte el amor de Dios y por otra el amor de sí mismo. Así que el demonio no sorprendiera al hombre en un pecado tan manifiesto, haciendo lo que Dios había prohibido se hiciese si no hubiera él empezado a agradarse y a complacerse de sí mismo. Porque de aquí nació el complacerse en lo que le dijeron: "Seréis como dioses", lo cual pudieron ser mejor estando conformes y unidos con el sumo y verdadero principio por la obediencia, que no haciéndose ellos principio suyo por la soberbia, porque los dioses criados no son dioses por virtud propia, sino por participación del verdadero Dios. Cuando el hombre apetece más, es menos, y queriendo ser bastante para sí mismo declinó de aquel que era verdaderamente bastante para él El mal de agradarse a sí mismo y complacerse el hombre, como si él fuera la luz, apartándole de aquella luz que, si quisiera, también haría luz al hombre; aquel mal, digo, precedió en secreto para que se siguiera este mal que se cometió en público; porque es verdad lo que dice la Escritura: "Que antes que caiga se sube y eleva el corazón, y antes que llegue a alcanzar la gloria se humilla y abate." La caída en secreto precede a la caída en público, no pensando que aquélla es caída; porque ¿quién imagina que la exaltación es caída, hallándose ya el defecto y caída al desamparar al Excelso? ¿Y quién no advertirá que es caída el traspasar evidentemente el mandato? Por eso Dios prohibió un hecho que, una vez cometido, no se pudiese excusar ni defender con ninguna imaginación de justicia, y por eso me atrevo a decir que es de importancia para los soberbios el caer en un pecado público y manifiesto, para que se desagraden de sí mismos los que, por agradarse y pagarse de sí, incurrieron en el más enorme reato. Más útil e importante le fue a Pedro el desagradarse de sí cuando lloró que el agradarse y pagarse de sí cuando presumió, y esto es lo mismo que dice el santo real profeta: "Cárgalos, Señor, de confusión e ignominia para que busquen tu nombre", esto es, para que tú les agrades y se paguen de ti buscando tu nombre, los que buscando el suyo se agradaron y pagaron de sí.

CAPITULO XIV

La soberbia de la transgresión fue peor que la misma transgresión Peor es y mas detestable la soberbia cuando hasta en los pecados manifiestos se pretende la acogida de la excusa, como sucedió en aquellos primeros hombres, entre quienes dijo la mujer: "La serpiente. me engañó y comí"; y el hombre: "La mujer que me diste, ésa me dio del fruto del árbol y comí." De ninguna manera se acuerdan en este caso de pedir perdón; por ningún motivo piden el remedio y la medicina, porque aunque éstos no niegan, como Caín, el pecado que cometieron, no obstante, la soberbia procura cargar a otro la culpa que ella misma tiene: la soberbia de la mujer a la serpiente y la soberbia del hombre a la mujer. Pero más verdadera es la acusación que no la excusa, cuando manifíestamente quebrantaron el divino precepto, porque no dejaron de pecar porque lo hiciera la mujer a persuasión de la serpiente y el hombre a instancias de la mujer, como sí pudiera haber alguna cosa que se debiera creer o anteponer a Dios.

CAPITULO XV

De la justa paga que recibieron los primeros hombres por su desobediencia Porque no atendieron al mandato de Dios, que los había criado y había hecho a su imagen y semejanza, que los había designado por superiores y señores de los demás animales, los había colocado en el Paraíso, les había dado salud y abundancia de todas las cosas, que no les cargó de preceptos numerosos, graves y dificultosos, sino que les dio uno solo, y ése compendioso y levísimo, para conservar la obediencia y la subordinación con que les advertía que él era Señor de aquella criatura a quien estaba bien una libre servidumbre, fueron justamente condenados; condenados de tal modo, que el hombre, que si observara puntualmente el mandamiento fuera espiritual aun en la carne, fuese carnal hasta en el espíritu; y pues con su soberbia se había agradado y pagado de sí, por justicia de Dios fuese entregado a sí mismo para que no estuviese, como había pretendido, en omnímoda, absoluta e independiente potestad, sino que, desavenido igualmente consigo mismo, sufriese debajo de aquel con quien se había avenido pecando una dura y miserable esclavitud, en lugar de la libertad que buscó; muriendo voluntariamente en el espíritu, y debiendo de morir contra su voluntad en el cuerpo; y desertor de la vida eterna, fuera condenado a la muerte eterna, si no le libertase la gracia.

Y el que piensa que semejante condenación es excesiva o injusta, sin duda no sabe medir ni tantear la gravedad de la malicia que hubo en el pecado, donde había tanta facilidad en no pecar; porque así como, no sin razón, se celebra por grande la obediencia de Abraham, porque en sacrificar a su hijo le mandaron una acción dificultosísima, así también en el Paraíso tanto mayor fue la desobediencia cuanto más fácil era lo que se les mandaba. Y así como la obediencia del segundo Adán es más celebrada y digna de perpetuarse en los faustos y anales del mundo, porque fue obediente hasta la muerte, así la desobediencia del primero fue más abominable, porque fue desobedecida hasta la muerte. Porque cuando hay impuesta rigurosa pena a la desobediencia, y lo que manda el Criador es fácil en la ejecución, ¿quién podrá encarecer bastantemente cuán grave maldad sea no obedecer en un

precepto tan obvio y a un mandamiento de tan soberana potestad y so pena tan horrible? Y, en efecto, por decirlo en breves palabras, en la pena y castigo de aquel pecado, ¿con qué castigaron o pagaron la desobediencia sino con la desobediencia? ¿Pues qué cosa es la miseria del hombre sino padecer contra sí mismo la desobediencia de sí mismo, y que ya que no quiso lo que pudo, quiera lo que no puede? Porque aunque en el Paraíso, antes de pecar, no podía todas las cosas, con todo, lo que no podía no lo quería, y por eso podía todo lo que quería; pero ahora, como vemos en su descendencia y lo insinúa la Sagrada Escritura, "el hombre se ha vuelto semejante a la vanidad"; pues ¿quién podrá referir cuánta inmensidad de cosas quiere que no puede, entretanto que él mismo a sí propio no se obedece, esto es, no obedece a la voluntad, el ánimo, ni la carne, que es inferior al ánimo? Porque, a pesar suyo, muchas veces el ánimo se turba y la carne se duele, envejece y muere, y todo lo demás que padecemos no lo sufriéramos contra nuestra voluntad, si nuestra naturaleza obedeciese completamente a nuestra voluntad; pero, a la verdad, padece algunas cosas la carne que no la dejan servir. ¿Qué importa en lo que esto consiste con tal que por la justicia de Dios, que es el Señor, a quien siendo sus súbditos no quisieron servir, nuestra carne, que fue nuestra súbdita, no sirviéndonos, nos sea molesta? Bien que, nosotros, no sirviendo a Dios, pudimos hacernos molestos a nosotros y no a El; porque no tiene el Señor necesidad de nuestro servicio como nosotros del de nuestro cuerpo, y así es nuestra pena lo que recibimos, no suya; y los dolores que se llaman de la carne, del alma son, aunque en la carne y por la carne. Porque la carne ¿de qué se duele por sí sola? ¿Qué desea? Cuando decimos que desea o se duele la carne, o es el mismo hombre, como anteriormente dijimos, o alguna parte del alma que excita la pasión carnal, la cual, si es áspera, causa dolor; si suave, deleite; pero el dolor de la carne sólo es una ofensa del alma que procede de la carne, y cierto desavenimiento de su pasión o apetito; como el dolor del alma que llamamos tristeza es un desavenimiento de las cosas que nos suceden contra nuestra voluntad.

A la tristeza las más veces precede el miedo, el cual también está en el alma, y no en la carne; pero al dolor de la carne no le precede un miedo de la carne que antes del dolor se sienta en la carne. Al deleite le precede el apetito que se siente en la carne, como un deseo suyo, por ejemplo, el hambre y la sed, y el que en los miembros vergonzosos más comúnmente se llama libido, siendo éste un vocablo general para designar todos los apetitos. Porque aun la ira, dijeron los ánti- guos que no era otra cosa que libido, o un apetito de venganza, aunque a veces también el hombre se enfada y enoja con las cosas inanimadas, donde no hay razón alguna de venganza, de manera que de enojo y cólera, porque no escribe bien la pluma, la rompe y arroja. Sin embargo, también esto, aunque menos razonable, es apetito de venganza, y no sé qué, por llamarle así, como sombra de retribución; que los que mal hacen, mal padezcan. Así pues, hay apetito de venganza qye se llama ira; hay apetito o codicia de poseer, que se llama avaricia; hay apetito o deseo, como quiera, de vencer, que se llama pertinacia; hay apetito y ansia de gloriarse o jactarse, que se llama jactancia; hay muchos y varios apetitos que en idioma latino se dicen libidines, que algunos de ellos tienen asimismo sus voces propias, y otros no las tienen; porque ¿quién podrá fácilmente decir cómo se llama el apetito de dominio y señorío, del cual, no obstante, nos muestra y testifica la funesta experiencia de las guerras civiles, que es muy poderoso y señor absoluto de los corazones y almas de los tiranos?

CAPITULO XVI

De la malicia del apetito, que en latín se llama “libido”, cuyo nombre, aunque cuadre a muchos vicios propiamente, se atribuye a los movimientos torpes, y deshonestos del cuerpo Aunque los apetitos de muchas cosas llámanse en latín libidines, cuando se escribe sólo libido, sin decir a qué páasión se refiere, casi siempre se entiende el apetito carnal; apetito que no sólo se apodera del cuerpo en lo exterior, sino también en lo interior, y conmueve de tal modo a todo el hombre juntando y mezclando al efecto del ánimo con el deseo de la carne, que resulta el mayor de los deleites del cuerpo; de suerte que cuando se llega a su fin, se embota la agudeza y vigilia del entendimiento.

CAPITULO XVII

De la desnudez de los primeros hombres y de cómo, después que pecaron, les pareció torpe y vergonzosa Con razón nos avergonzamos de este apetito y con razón también los miembros que, por decirlo así, lo alientan o refrenan no del todo a nuestro albedrío, se llaman vergonzosos; lo cual no fueron antes de que pecara el hombre. Porque, como dice la Escritura, “estaban desnudos y no se avergonzaban”; no porque dejasen de ver su desnudez, sino porque ésta no era aún vergonzosa; porque la carne ni movía el deseo contra la razón, ni en manera alguna con su desobediencia daba en rostro al hombre acusándole de la suya. No crió Dios ciegos a los primeros hombres, como piensa el necio vulgo, porque Adán vio los animales a quienes puso los nombres, y de Eva dice el Evangelio: “Vio la mujer que era buena la fruta del árbol y agradable a la vista.” Tenían, pues, los ojos abiertos, pero no atendían y miraban de manera que conociesen lo que la gracia les encubría, cuando sus miembros ignoraban lo que es desobedecer a la voluntad. Al faltar esta gracia, para que la desobediencia fuese castigada con pena recíproca, hallóse en el movimiento del, cuerpo una desvergonzada novedad, que convirtió en indecente la desnudez y los dejó avergonzados y confusos. De aquí que, después que quebrantaron al descubierto mandamiento de Dios, diga de ellos la Es- critura: “Y se abrieron los ojos de entrambos, y conocieron que estaban desnudos y entrelazaron hojas de higuera y se hicieron sendos ceñidores. Abriéronse, dice, los ojos de entrambos, no para ver, porque también antes veían, sino para discernir y conocer el bien que habían perdido y el mal en que habían caído.

De aquí que el árbol que daba este conocimiento a los que comían su fruto contra la prohibición del mandamiento tomase el nombre de árbol de la ciencia del bien y del mal; porque con la experiencia de los trabajos que se padecen en la enfermedad apréciase mejor el gusto de la salud. Conocieron, pues, que estaban desnudos, estándolo, en efecto, de aquella gracia que era la que hacia que ninguna desnudez del cuerpo (porque la ley del pecado no repugnaba a su espíritu) los avergonzase y confundiese. Conocieron, pues, lo que, por fortuna suya, hubieran ignorado si, siendo siempre fieles y obedientes a Dios, no hubieran cometido un pecado que les forzó a tocar y sentir por experiencia el daño que causan la infidelidad y la desobediencia. Confusos, pues, y avergonzados por la desobediencia de su carne, testigo y pena de la suya propia, acomodaron unas hojas de higuera en la forma que algunos traductores latinos llaman campestría, esto es, succintoría, o ceñidores, para cubrirse con ellos.

Prefiero la palabra campestría, que es latina, y significa calzón, vestido corto que usaban los jóvenes que se ejercitaban luchando en el campo, cubriendo sus cinturas, y de aquí que a los así ataviados les llame el vulgo, campestratos. Así pues, lo que en pena de la culpa de desobediencia movía el apetito desobediente contra el fuero de la voluntad, cubríalo con empacho de vergüenza. De aquí que todas las gentes, por descender de aquel tronco, tan cuidadosamente acostumbran a cubrirse de suerte que algunos bárbaros ni aun en los baños se desnudan.

CAPITULO XVIII

Pudor que acompaña al acto de la generación En el acto mismo de la generación -y no hablo sólo de ciertas uniones carnales que buscan la obscuridad para escapar a la justicia humana, sino también del uso de prostitutas, que la ciudad terrena, al dar su aprobación, lo ha hecho lícito-, aun en este caso permitido e impune, la libido huye la luz y las miradas. Los mismos lupanares tienen por rubor natural una cámara obscura, y así vemos que ha sido más fácil a la impureza eximirse de la prohibición de la ley que a la desvergüenza cerrar el paso al pudor.

Los deshonestos llaman deshonestas a sus acciones, y, siendo amadores de ellas, no se atreven a ser ostensores. Y ¿qué diré del concúbito conyugal, que, según la ley de las Tablas matrimoniales, tiene por objeto la procreación de los hijos? ¿No se busca también para él, aunque es lícito y honesto, un lugar secreto y retirado? Y antes de que el esposo comience su juego de caricias, ¿no echa fuera a todos cuantos alguna necesidad permitía su presencia, a los sirvientes y, a los mismos para- ninfos? Es verdad que el mayor maestro de la elocuencia romana -como alguien le llama- dice que las cosas bien hechas buscan la luz, es decir, aman ser conocidas; pero esta acción recta apetece ser conocida de una manera muy rara, avergonzándose de ser vista. ¿Quién ignora lo que hacen los esposos entre sí con vistas a la procreación de los hijos y cuál es el objeto de celebrar las bodas con tanta pomposidad? Y, sin embargo, en el acto mismo de la generación no permiten que sean testigos ni los hijos, si tienen ya algunos. El conocimiento de esta acción recta ama de tal manera la luz de los ánimos, que rehuye la de los ojos. Y ¿de dónde nace esto sino de que lo naturalmente honesto va del brazo, aunque por pena con lo vergonzoso?

CAPITULO XIX

Los impulsos de la ira y de la liviandad se mueven tan viciosamente, que es necesario para moderarlos el freno de la razón Los filósofos que se acercaron más a la verdad confesaron que la ira y el apetito sensual eran dos partes viciosas del alma, porque se mueven tan turbadamente y sin orden, aun en las cosas que la razón no prohíbe, que tienen necesidad del gobierno de la razón, la cual siendo, según dicen, la tercera parte del alma, está puesta en lugar preeminente para regir a aquellas dos partes, a fin de que, mandando la razón y obedeciendo la ira y la liviandad, pueda conservar el hombre en todas las partes de su alma la justicia. Las citadas partes, pues que, según dichos filósofos, aun en el hombre sabio y templado son viciosas, para que la razón las refrene y desvíe, apartándolas de las cosas a que injustamente se mueven o las suelte para las que permite y concede la ley de la

sabiduría, como es la ira para ejercer el justo castigo, y el apetito sexual para la propagación de la especie humana; las citadas partes, repito, no eran viciosas en el Paraíso antes del pecado, porque no se inclinaban a cosa contraria a la recta voluntad que exigiera contenerlas con el freno de la recta razón.

El moverse ahora de modo que los que viven honesta, justa y santamente las gobiernan a veces con facilidad, y otras con dificultad las repriman y refrenen, no es, sin duda, salud propia de la naturaleza, sino enfermedad que procede de la culpa. Si los actos que provienen de la ira y de los demás afectos (consistan en palabras o en obras) no procura la vergüenza encubrirlos y esconderlos, como hace con los qué proceden del apetito sensual, débese a que los miembros del cuerpo que se emplean en la ejecución de aquellos no dependen en sus movimientos de las pasiones, sino de la voluntad, que es quien los domina. Porque el que enojado y con cólera dice alguna palabra ofensiva o hiere a otro, no pudiera hacer tales cosas si la voluntad no moviera la lengua o las manos, miembros a quienes también mueve la voluntad, aun cuando no haya ira o cólera alguna. Pero respecto de la pasión carnal, de tal manera está apoderado de ellos el apetito sensual, que sólo obedecen a la excitación de éste, sea espontánea o estimulada. Esto es lo que da vergüenza y lo que ruboriza a quien lo ve, y por ello prefiere el hombre, cuando se enoja injustamente con otro, que le miren cuantos quieran, a que le vea alguno cuando, conforme a la razón, condesciende con la pasión de la carne.

CAPITULO XX

De la vanísima torpeza de los cínicos La antedicha razón no la tuvieron presente los filósofos caninos, es decir, los cínicos, al defender la opinión bestial encaminada a suprimir el pudor. El pudor natural, sin embargo, ha podido más que esta opinión. Porque aun cuando han escrito que hizo Diógenes con arrogancia, gloriándose de ello y pensando que sería su secta más famosa si quedara arraigada en la memoria de las gentes esta famosa desvergüenza suya, con todo, después desistieron de esto los cínicos, y más pudo en ellos la vergüenza y el respeto que mutuamente se deben los hombres, que el error y el disparate con que los hombres afectaban ser semejantes a los perros. Ahora también vemos, filósofos cínicos, porque lo son todos los que no sólo visten el palio, sino llevan también su báculo; pero ninguno se atreve a hacer tal cosa, porque si alguno se atreviera, no diré que le apedrearan, sino que, por lo menos, a puro escupirle, le echaran del mundo. Así pues, la naturaleza humana se avergüenza, y con razón, de este apetito torpe que sujeta la carne a su albedrío, apartándola de la jurisdicción de la voluntad, y esta desobediencia prueba claramente el pago que se dio a la desobediencia del primer hombre.

CAPITULO XXI

De la bendición que echó Dios al hombre antes del pecado para que creciese y se multiplicara, no destruida por la prevaricación No creamos en manera alguna que los dos casados que estuvieron en el Paraíso habrían de cumplir por medio de este apetito sensual lo que en su bendición les dijo Dios: “Creced y multiplicaos y henchid la tierra”, porque este torpe apetito nació después del pecado, y después del pecado, la naturaleza, que no es

dcshonesta, al perder la potestad y jurisdicción bajo la cual el cuerpo en todas sus partes le obedecía y servía, echó de ver este apetito, lo consideró, se avergonzó y lo cubrió. Pero la bendición del matrimonio para que los casados creciesen, se multiplicaran y llenaran la tierra, aunque quedó también para los delincuentes, siendo anterior a su falta, quedó para que se conociese que la generación de los hijos es cosa que toca a la honra del matrimonio, y no a la pena del pecado.

Algunos que ignoran, sin duda, la felicidad que hubo en el Paraíso, creen que en él Adán y Eva no tuvieron hijos. Otros no aceptan totalmente la Divina Escritura, donde se lee que, después del pecado, se avergonzaron de verse desnudos, y cómo infieles, se ríen de ella. Otros, aunque aceptan y honran la Escritura, no quieren, sin embargo, que se entienda la frase "creced y multiplicaos" en el sentido de la multiplicación de la carne, porque encuentran otra que se refiere a la multiplicación del espíritu: "Multiplicarás y acrecentarás en mi alma la virtud y fortaleza"; y en lo que continúa diciendo el Génesis: "Y henchid la tierra y sed señores de ella", entienden que la palabra tierra quiere decir el cuerpo que anima el, alma con su presencia, y le domina y sujeta cuando las virtudes se multiplican en ella. Pero añaden que los hijos carnales ni aun entonces los pudieron engendrar, como tampoco ahora pueden, sin el torpe apetito que nació, se vio, se confundió y se cubrió después del pecado; y que dentro del Paraíso no tuvieron hijos, sino fuera de él, como así sucedió; porque después que los echaron de allí los engendraron.

CAPITULO XXII

Cómo Dios ordenó y bendijo el matrimonio Pero en manera alguna dudamos nosotros que el crecer y multiplicar y henchir la tierra conforme a la bendición de Dios es don del matrimonio que instituyó Dios desde el principio, antes del pecado, cuando crió al varón y la mujer, cuya diferencia clara y evidentemente se halla en la carne, pues a esta obra que hizo Dios fue a la que también echó su bendición, según dice la Escritura: "Hízolos Dios varón y mujer", e inmediatamente añade: "Y bendíjolos Dios, diciendo: creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sed señores de ella", etc. Aunque todo esto pueda entenderse en un sentido espiritual, sin embargo, no puede decirse que las palabras varón y mujer deban aplicarse a dos cosas que se encuentran en un solo hombre, con pretexto de que dentro de él una cosa es la que gobierna y otra la gobernada; sino, como evidentemente se echa de ver en cuerpos de diferente sexo, los crió Dios, varón y mujer para que, engendrando hijos, creciesen y se multiplicasen y llenaran la tierra.

El empeño en contradecir sentido tan claro es grandísimo disparate; porque ni del espíritu que manda, ni de la carne que obedece, o del animal racional que rige y del apetito irracional que es regido, o de la virtud contemplativa, que es preeminente, y de la activa, que es inferior, o de la razón del alma y del sentido del cuerpo, sino claramente del vínculo del matrimonio a que se obliga y sujeta uno y otro sexo, hablaba el Señor cuando, preguntado si era lícito por cualquier causa despedir la mujer, porque Moisés, atendiendo a la dureza de corazón de los israelitas, les permitió repudiarla, contestó: "¿No habéis leído que el que los crió al principio los crió varón y mujer, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se juntará con su mujer, y los dos serán una misma carne? No son, pues, ya dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre." Es,

pues, indudable que desde el principio fueron creados los dos sexos en dos seres distintos, como ahora existen, y que se les llama un solo hombre o por la unión del matrimonio o a causa del origen de la mujer, formada del costado del hombre; origen que aprovecha el Apóstol para recomendar que los hombres amen a sus mujeres.

CAPITULO XXIII

Si Adán y Eva hubiesen tenido hijos en el Paraíso, en el caso de no pecar Los que defienden que Adán y Eva no engendraran hijos si no pecaran ¿defienden acaso otra cosa sino que, para aumentar el número de los santos, era necesario el pecado del hombre? Porque si no podían engendrar sino pecando, y si no engendraban quedaban solos, para que hubiese no ya dos hombres, sino muchos, era necesario el pecado. Imposible es defender este absurdo. ¿No es mejor creer que el número de los santos necesario para poblar aquella bienaventurada ciudad fuera tan grande, aunque nadie hubiese pecado, como lo es ahora que la gracia de Dios los elige entre la multitud de pecadores, mientras los hijos de este siglo son engendrados y engendran? Así pues, si el primer matrimonio digno de la felicidad del Paraíso no hubiese pecado, tuviera descendencia digna de su amor, y no apetito que lo avergonzara.

CAPITULO XXIV

La voluntad y los órganos de la generación en el Paraíso 1. Allí el hombre seminaria y la mujer recibiría el semen cuando y cuanto fuere necesario, siendo los organos de la generación movidos por la voluntad, no excitados por la libido. Porque no movemos solamente a nuestro antojo los miembros articulados con huesos, como los pies, las manos y los dedos, sino también movemos los compuestos de nervios fláccidos agitándolos y los enderezamos encogiéndolos a nuestro capricho. Así hacemos con los miembros de la boca y de la cara, que los mueve la voluntad como le place. Los pulmones, que son las vísceras más blandas, exceptuadas las medulas, y por eso resguardadas por la caja torácica para respirar y aspirar y para emitir o modificar la voz, sirven como fuelles de órgano, a la voluntad del que sopla, respira, habla, grita o canta. Y no me detengo a decir que a algunos animales les es natural e innato mover, cuando sienten alguna molestia sobre el cuerpo, solamente la piel que cubre el lugar en que la sienten, y espantan con el temblor de su piel no sólo las moscas que se les posan encima, sino también los aguijones que les clavan. Y porque el hombre no pueda hacer esto, ¿hemos de decir que el Creador no pudo dar esa facultad a los vivientes que quiso? Luego al hombre le fue también posible tener sujetos los miembros inferiores, facultad que perdió por su desobediencia, ya que para Dios fue fácil crearlo de manera que los miembros de su carne, que ahora únicamente son movidos por la libido, los moviera sólo la voluntad. 2. Conocidas nos son las naturalezas de algunos hombres, distintas de los demás y admirables por lo raras, que hacen con su cuerpo a placer cosas que otros no pueden hacer y que, oídas, apenas las creen.

Hay quienes mueven las dos orejas a la vez o por separado; y otros que, sin mover la cabeza, echan sobre su frente la cabellera y la retiran cuando les place. Hay otros que, comprimiendo un poco los diafragmas, sacan como de una bolsa lo que quieren de la infinidad y variedad de cosas que han engullido. Otros hay que imitan y expresan tan a la perfección el canto de las aves y las voces de las bestias y de otros hombres, que, sino se les ve, es imposible distinguirlos. No faltan algunos que, sin fetidez, emiten por el fondo sonidos tan armoniosos, que se diría que cantan por esa boca. Yo mismo he visto sudar a un hombre cuando quería, y a nadie se le oculta que hay algunos que lloran cuando quieren y se anegan en un mar de lágrimas. Pero es mucho más increíble un hecho sucedido hace poco y del que fueron testigos muchos hermanos nuestros.

En una parroquia de la iglesia de Calama había un presbítero llamado Restituto, que, cuando le placía (solían pedir que hiciera esto quienes deseaban ser testigos presenciales de la maravilla), al oír voces que imitaban el lamento de un hombre, se enajenaba de sus sentidos y yacía tendido en tierra tan semejante a un muerto, que no sólo no sentía los toques y los pinchazos, sino que a veces era quemado con fuego sin sentir dolor, hasta más tarde y por efecto de la herida. Y prueba de que su cuerpo no se movía, no porque él lo aguantaba, sino porque no sentía, era que no daba señal alguna de respiración, como un muerto. Sin embargo, contaba después que, cuando hablaban más alto los concurrentes, oía voces como a lo lejos. Si, pues, en la presente vida grávida de pesares por la carne corruptible, hay personas a las que obedece el cuerpo de modo maravilloso y extraordinario en muchas mociones y afecciones, ¿por qué no creemos que, antes de la desobediencia y de la corrupción, los miembros del hombre pudieron servir a la voluntad sin ninguna libido en lo relativo a la generación? El hombre fue abandonado a sí mismo porque abandonó a Dios, complaciéndose en sí mismo, y, no obedeciendo a Dios, no pudo obedecerse a sí mismo. Su más palmaria miseria procede de allí, y consiste en no vivir como quiere. Es cierto que, si viviera a su capricho, se juzgaría feliz; pero en realidad no lo sería si viviera torpemente.

CAPITULO XXV

De la verdadera bienaventuranza, la cual no se consigue en la vida temporal Si lo consideramos con madura reflexión, ninguno sino el que es feliz vive como quiere, y ninguno es bienaventurado sino el justo; y ni aun el mismo justo vive como quiere, si no llega a donde nunca pueda morir, padecer engaño ni ofensa, y le conste y esté asegurado de que siempre sera así; porque esto lo apetece y desea la naturaleza, y no será perfectamente cumplida y bienaventurada si no es consiguiendo lo que apetece. Mas ahora, ¿qué hombre hay que pueda vivir como quiere, cuando el mismo vivir no está en su mano? Porque él quiere vivir, y es indispensable que muera, ¿ha de vivir como quiera el que no vive todo lo que quiere? Y si quisiese morir, ¿cómo ha de vivir a su gusto el que no quiere vivir? Y si acaso quiere morir, no porque no quiere vivir, sino por vivir mejor después de la muerte, aun así no vive como quiere, sino cuando llegare, muriendo, a lo que quiere.

Pero demos que viva como quiere, porque se hizo fuerza y mandó a sí mismo el no querer lo que no puede y querer lo que puede, como lo dice Terencio: “Supuesto que no puedes hacer lo que quieres, ¿te importa querer lo que puedes?; ¿acaso será bienaventurado, porque con paciencia sufra su miseria? Porque la vida no es bienaventurada si no es la que se

desea; y si se ama y posee, es necesario que se ame con mayor afecto que a todo lo demás, pues por ésta se debe desear todo lo demas que se ama; y si se ama tanto cuanto merece ser amada (pues no es bienaventurado el que no ama la vida bienaventurada, cual ella merece), no puede ser que el que así la ama no quiera que sea eterna. Luego será bienaventurada cuando fuere eterna."

CAPITULO XXVI

Que se debe creer que la felicidad de los que vivían en el Paraíso pudo cumplir el débito matrimonial sin el apetito vergonzoso Así que vivía el hombre en el Paraíso como quería, entretanto que quería lo que Dios mandaba; vivía gozando de Dios, con cuyo bien era bueno; vivía sin mengua o necesidad de cosa alguna, y así tenía en su potestad el poder vivir siempre. Abun- daba la comida porque no tuviese hambre, la bebida porque no tuviese sed. Tenía a mano el árbol de la vida porque no le menoscabase la senectud, ni había género de corrupción en su cuerpo, ni por el cuerpo sentía alguna especie de molestia, no había enfermedad alguna, en lo interior ni en lo exterior tenía herida alguna, gozaba de perfecta salud en el cuerpo y de cumplida tranquilidad y paz en el alma; y así como en el Paraíso no hacía frío ni calor, así para los que en él vivían no había objeto que, por deseado o temido, alterase su buena voluntad. No había cosa melancólica y triste, nada vanamente alegre.

El verdadero gozo se iba perpetuando con la asistencia de Dios, a quien amaban con ardiente caridad, con corazón puro, con ciencia buena y fe no fingida, y entre los casados se conservaba fielmente la sociedad indisoluble por medio del amor casto. Había una concorde vigilancia del alma y del cuerpo y una observancia exacta del divino precepto, sin fatiga. No existía cansancio que molestase al ocio, ni sueño que oprimiese contra la voluntad. Donde había tanta comodidad en las cosas y tanta felicidad en los hombres, Dios nos libre de sospechar que no pudieron engendrar sus hijos sin intervención del torpe apetito. Con todo eso, al sumo Dios todopoderoso y al Criador sumamente bueno de todas las naturalezas, que ayuda y remunera las buenas voluntades y da de mano y condena las malas, y ordena y dispone de las unas y de las otras, no le faltó traza y consejo como poder cumplir el número determinado de los ciudadanos que tenía él predestinado en su sabiduría para su ciudad, aun del linaje condenado de los hombres; no diferenciándolos por anteriores méritos, supuesto que toda la masa, como en raíz dañada y corrompida, quedó condenada, sino escogiéndolos con su gracia y mostrando a los libertados la merced que les hace, no sólo por el bien de la libertad propia, sino también por la miseria de los no libertados; pues conoce cada uno que ha escapado de los males por la bondad, no debida, sino graciosa, de Dios cuando se ve libre de la compañía de aquellas personas con quienes justamente pudiera padecer la pena. ¿Por qué, pues, no había de criar Dios a los que sabía que habían de pecar, pues podía manifestar en ellos y por ellos lo que merecía su culpa y lo que les concedía su gracia; y siendo El Criador y dispensador, el perverso desorden de los delincuentes no podía pervertir el orden recto del Universo?

CAPITULO XXVII

De los pecadores, así angeles como hombres, cuya perversidad no perturba a la Providencia divina Por tanto, no pueden practicar acción alguna los pecadores, así los ángeles como los hombres, por la que puedan impedir "las obras grandes de Dios, cuya razón depende de sola su voluntad", porque el que con su providencia y omnipotencia distribuye a cada cosa lo que le pertenece, no sólo sabe usar bien de los bienes, sino también de los males; y así, usando bien Dios del ángel malo, que por mérito de su primera voluntad mala se condenó, obstinó y endureció de manera que ya no puede tener buena voluntad, ¿por qué razón no había de permitir que tentara al primer hombre, a quien había criado recto, esto es, de buena voluntad? Supuesto que estaba ya dispuesto que si confiaba en la ayuda de Dios, el hombre bueno venciera al ángel malo; y si, agradándose a sí propio con soberbia, dejaba a Dios su Criador y auxiliador, había de ser vencido; teniendo el mérito bueno de la voluntad recta favorecida de Dios, y el malo en la voluntad perversa desamparando a Dios.

Y aunque confiar en la ayuda de Dios no le era posible sin la ayuda de Dios, no por eso dejaba de estar en su potestad al apartarse, agradándose a sí propio de estos beneficios de la divina gracia. Porque así como no está en nuestra mano el vivir en este cuerpo sin la ayuda de los elementos, y está en nuestra potestad no vivir en él, como lo hacen los que se matan, así no estaba en nuestra potestad el vivir bien en el cuerpo sin el favor de Dios, aun en el Paraíso, pero estaba en nuestra facultad el vivir mal, aunque con condición de que no había de permanecer la bienaventuranza, sino que había de sobrevenimos la condigna pena y castigo. Pues no ignorando Dios esta caída que había de dar el hombre, ¿por qué motivo no le había de dejar tentar por la malicia del ángel envidioso? Y aunque en ningún modo estaba incierto de si había de ser vencido, con todo, preveía ya entonces que este mismo demonio seria vencido por la descendencia del hombre, ayudada de su gracia con mayor gloria de los santos; y así fue que ni a Dios se le escondió cosa alguna futura, ni por su presciencia compelió a pecar a nadie; y maniféstó con la experiencia a la criatura racional, angélica y humana, la diferencia que hay entre la propia presunción de cada uno y entre su defensa y amparo; porque ¿quién se atreverá a creer o decir que no estuvo en la potestad de Dios el que no cayese ni el ángel ni el hombre? Pero más quiso no quitar la libertad a su albedrío, manifestando de esta manera cuánto mal podía traer la soberbia de ellos, y cuánto bien su divina gracia.

CAPITULO XXVIII

De la calidad de las dos ciudades, terrena y celestial Así que dos amores fundaron dos ciudades; es a saber: la terrena, el amor propio, hasta llegar a menospreciar a Dios, y la celestial, el amor a Dios, hasta llegar al desprecio de sí propio. La primera puso su gloria en sí misma, y la segunda, en el Señor; porque la una busca el honor y gloria de los hombres, y la otra, estima por suma gloria a Dios, testigo de su conciencia; aquélla, estribando en su vanagloria, ensalza su cabeza, y ésta dice a su Dios: "Vos sois mi gloria y el que ensalzáis mi cabeza"; aquélla reina en sus príncipes o en las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar; en ésta unos a otros se sirven con caridad: los directores, aconsejando, y los súbditos, obedeciendo; aquélla, en sus poderosos, ama su propio poder; está di- ce a su

Dios: “A vos, Señor, tengo de amar, que sois mi virtud y fortaleza”; y por eso, en aquélla, sus sabios, viviendo según el hombre, siguieron los bienes, o de su cuerpo, o de su alma, o los de ambos; y los que pudieron conocer a Dios “no le dieron la gloria como a Dios, ni le fueron, agradecidos, sino que dieron en vanidad con sus imaginaciones y discursos, y quedó en tinieblas su necio corazón; porque, teniéndose por sabios, quedaron tan ignorantes, que trocaron y transfirieron la gloria que se debía a Dios eterno e incorruptible por la semejanza de alguna imagen, no sólo de hombre corruptible, sino también de aves, de bestias y de serpientes”; porque la adoración de tales imágenes y simulacros, o ellos fueron los que la enseñaron a las gentes, o ellos mismos siguieron e imitaron a otros, “y adoraron y sirvieron antes a la criatura que al Criador, que es bendito por los siglos de los siglos”. Pero en esta ciudad no hay otra sabiduría humana sino la verdadera piedad y religión con que rectamente se adora al verdadero Dios, esperando por medio de la amable compañía de los santos no sólo de los hombres, sino también de los ángeles, “que sea Dios todo en todos”.

LIBRO DECIMOQUINTO PRINCIPIO DE LAS DOS CIUDADES EN LA TIERRA

CAPITULO PRIMERO

De dos géneros de hombres que caminan a diferentes fines Acerca de la felicidad del Paraíso o del mismo Paraíso y de la especie de vida que en él hicieron los primeros hombres de su pecado, pena y condigno castigo, opinaron variamente muchos escritores y dijeron y escribieron con bastante extensión sobre el particular. Nosotros, asimismo, hemos disputado en los libros precedentes sobre este mismo asunto según lo que resulta de las sagradas letras o lo que hemos leído en ellas, y de su lección y meditación hemos podido entender, conformándonos con su autoridad, las cuales, si quisiéramos desmenuzar e investigar con más particularidad, resultarían ciertamente muchas y varias cuestiones, siendo indispensable llenar con ellas muchos más libros de los que exige esta obra y la cortedad de tiempo de que disfrutamos, el cual, por ser tan escaso, nos impide detenernos en el examen de todas las dudas y objeciones que pueden ponernos los ociosos y nimiamente escrupulosos, quienes son más prontos a preguntar que capaces para entender.

Sin embargo, soy de sentir que quedan plenamente satisfechas y comprobadas las cuestiones más arduas, espinosas y dificultosas que se citan acerca del principio o fin del mundo, o del alma, o del mismo linaje humano, al cual hemos distribuido en dos géneros: el uno, de los que viven según el hombre, y el otro, según Dios; y a esto llamamos también místicamente dos ciudades, es decir, dos sociedades o congregaciones de hombres, de las cuales la una está predestinada para reinar eternamente con Dios, y la otra para padecer eterno tormento con el demonio, y éste es el fin principal de ellas, del cual trataremos después. Mas ya que del nacimiento y origen (ya de los ángeles, cuyo número específico ignoramos, o de los dos primeros hombres) hemos raciocinado lo bastante, me parece que ya es ocasión de tratar de su discurso y progresos, principiando desde que los hombres empezaron a engendrar, hasta los tiempos en que dejarán de procrear; porque todo este siglo en que se van los que mueren, y suceden los que nacen, es el discurso y progreso de estas dos ciudades de que tratamos. El primero que nació de nuestros primeros padres fue Caín, que pertenece a la ciudad de los hombres, y después Abel, que pertenece a la ciudad de Dios; pues así como en el primer hombre, según expresión del apóstol, «no fue primero

lo espiritual, sino lo animal, y después lo espiritual» (de donde cada hombre, naciendo de raíz corrompida primero es fuerza que por causa del pecado de Adán sea malo y carnal, y si renaciendo en Cristo le cupiere mejor suerte, después viene a ser bueno y espiritual), así en todo el linaje humano, luego que estas dos ciudades, naciendo y muriendo, comenzaron a discurrir, primero nació el ciudadano de este siglo, y después de él el que es peregrino en la tierra y que pertenece a la Ciudad de Dios predestinado por la gracia, elegido por la gracia y por la gracia peregrino en el mundo, y por la gracia ciudadano del cielo. En cuanto a su naturaleza, nació de la misma masa, que originalmente estaba toda inficcionada y corrompida; pero Dios, «como insigne alfarero (esta semejanza trae muy a propósito el Apóstol), hizo de una misma masa un vaso destinado para objetos de estimación y aprecio, y otro para cosas viles».

Sin embargo, primeramente se hizo el vaso para destinos humildes y despreciables, y después el otro para los preciosos y grandes; porque aun en el mismo primer hombre, como insinué, primero es lo réprobo y malo, por donde es indispensable que principiemos, y en donde no es necesario que nos quedemos; y después es lo bueno, adonde, aprovechando espiritualmente, lleguemos, y en donde, llegando, nos quedemos. Por lo cual, aunque no todo hombre malo será bueno, no obstante, ninguno será bueno que no haya sido malo; pero cuanto más en breve se mude en mejor, más pronto conseguirá que le nombren con el dictado de aquello que alcanzó, y con el nombre último encubrirá el primero. Así que dice la Sagrada Escritura dé Caín que fundó una ciudad; pero Abel, como peregrino, no la fundó, porque la ciudad de los santos es soberana y celestial, aunque produzca en la tierra los ciudadanos, en los cuales es peregrina hasta que llegue el tiempo de su reino, cuando llegue a juntar a todos, resucitados con sus cuerpos, y entonces se les entregará el reino prometido, donde con su príncipe, rey de los siglos, reinarán sin fin para siempre.

CAPITULO II

De los hijos de la carne y de los hijos de promisión Sombra de esta ciudad e imagen profética, más para significárnosla que para ponerla y hacérnosla realmente presente, fue la que existió en la tierra cuando convino que se designase y llamase también ciudad santa, por razón de la imagen que significa, y no de la verdad, como ha de llegar a ser. De esta sombra o imagen que decimos, y de aquella ciudad libre, que representa, dice el Apóstol de este modo escribiendo a los gálatas: «Respondedme: ¿los que queréis vivir debajo de la ley, no habéis oído lo que dice la ley?» Según refiere la Sagrada Escritura, Abraham tuvo dos hijos, el uno tenido de una esclava, y el otro, de su mujer legítima y libre; pero el tenido de la esclava nació según la carne, esto es, según el curso natural sin milagro o promesa, de joven y fecunda, y él nació de la mujer libre contra el curso ordinario de la naturaleza, nació de vieja y estéril por virtud de la divina promesa, lo cual debemos entender, no sólo literalmente, sino también espiritual y alegóricamente.

Veamos, pues, qué nos quieren dar a entender en sentido alegórico las dos madres y los dos hijos: las dos madres, pues, nos significan dos Testamentos y dos Iglesias, el Testamento Viejo y la antigua sinagoga de los judíos, y el Testamento Nuevo y la nueva Iglesia; de aquél nació un pueblo sujeto a la servidumbre de la ley, y de éste, otro pueblo, por la fe de Jesucristo, libre de la carga y peso de la ley. El uno empezó en el monte Sina, y engendra

los hijos siervos, que es lo que signi- fica Agar; porque Sina es un monte en Arabia que confina con lo que ahora se llama Jerusalén, pues sirve con todos sus hijos; pero la Jerusalén que está en alto es la libre, esposa legítima y madre nuestra, que es lo que nos significa Sara, de la cual estaba profetizado por Isaías, viendo concurrir la multitud de varias gentes y naciones a oír el Evangelio de Jesucristo: alégrate, ¡oh Iglesia de las gentes!, la que te llaman estéril y que no dabas hijos a Dios; prorrumpe en voces de alegría y clama, porque parecías estéril, y desamparada, y tendrás más hijos que la que tenía varón. Nosotros, hermanos, todos somos hijos de promi- sión, como Isaac. Pero así como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido milagrosamente en virtud de la divina promesa, así sucede ahora. Pero ¿qué dice la Sagrada Escritura?: «Echa de casa a la esclava y a su hijo, porque no ha de entrar en la herencia el hijo de la esclava con el hijo de la esposa libre y legítima. Nosotros, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre, lo cual debemos a Cristo, que nos puso en libertad.» Esta explicación que nos enseña la autoridad apostólica nos abre el camino para saber cómo hemos de entender la Sagrada Escritura, que está distribuida en dos testamentos, Viejo y. Nuevo, porque una parte de la ciudad terrena viene a ser imagen de la ciudad celestial, no significándose a sí, sino a ésta, y, por tanto, sirviéndola; pues no fue instituida por sí misma, sino para significar a la otra; y con otra imagen anterior la misma, que fue figura, fue también figurada; pues Agar, la esclava de Sara y su hijo fueron una imagen de esta imagen. Y porque habían de cesar las sombras en viniendo la luz, dijo Sara la libre, que significaba la ciudad libre, a quien, para significar de otro modo servía también aquella sombra: «Echa la esclava y a su hijo, porque no ha de ser heredero el hijo de la esclava con mi hijo Isaac», al cual llama el Apóstol «hijo de la libre». Así que hallamos en la ciudad terrena dos formas, una que nos muestra su presencia, y otra que sirve con su presencia para significarnos la ciudad celestial, A los ciudadanos de la ciudad terrena los produce la naturaleza corrompida con el pecado; pero a los ciudadanos de la ciudad celestial los engendra la gracia, libertando a la naturaleza del pecado; y así, los unos se llaman vasos de ira, y los otros, vasos de misericordia. Esto mismo se nos significa también en los dos hijos de Abraham, pues el uno, que es Ismael, nació naturalmente, según la carne, de la esclava llamada Agar; pero el otro, que es Isaac, nació milagrosamente, según la divina promesa, de Sara, que era libre. Uno y otro fueron hijos de Abraham; pero al uno le engendró el curso ordinario que significa la naturaleza, y al otro le produjo la promesa, que representa la gracia; en el uno se manifiesta la costumbre y uso humano, y en el otro se nos recomienda el beneficio divino.

CAPITULO III

De la esterilidad de Sara, a la cual hizo fecunda la divina gracia Porque Sara era estéril y sin esperanza de tener hijos en el orden físico y natural, deseando siquiera tener de su esclava lo que de sí no podía, diósela para este efecto a su marido, de quien había deseado tener hijos y no lo había conseguido: Nació, pues, Ismael como nacen los hombres, conforme a la ley y curso ordinario de la naturaleza; y por eso dijo la Escritura, según la carne, no porque estos beneficios no sean de Dios, o porque aquello, esto es la generación, no lo haga Dios, cuya sabiduría, como insinúa el sagrado texto, «con fortaleza toca de fin a fin, y con suavidad dispone todas las cosas»; Sino que para significar cómo la gracia concede gratuitamente a los hombres el don de Dios, que no nos es debido, era necesario que naciera el hijo, contra el curso ordinario de la naturaleza; pues la naturaleza niega ya

los hijos a hombre y mujer, cuales eran entonces Abraham y Sara, agregándose a aquella edad la esterilidad de la mujer, la cual no podía dar a luz cuando le faltaba, no edad a la fecundidad, sino fecundidad a la edad. El no deberse, pues, a la naturaleza el fruto de la posteridad significa que la naturaleza humana, corrompida con el pecado, y con justa causa condenada, no merecía en adelante la verdadera felicidad. Muy bien, pues, significa Isaac, nacido en virtud de la divina promesa, los hijos de la gracia, los ciudadanos de la ciudad libre, los compañeros de la paz eterna; donde hay amor, no de la voluntad propia y en cierto modo particular, sino el amor que gusta del bien común e inmutable, y que, de muchos, hace un corazón; esto es, la obediencia del amor, reducida a una suma y perfecta concordia.

CAPITULO IV

De la guerra o paz que tiene la ciudad terrena La ciudad terrena, que no ha de ser sempiterna, porque cuando estuviere condenada a los últimos tormentos no será ciudad, en la tierra tiene su bien propio, del que se alegra como pueden alegrar tales cosas; y porque no es tal este bien, que libre y excuse de angustias a sus amadores, por eso la ciudad de ordinario anda desunida y dividida entre sí con pleitos, guerras y batallas, procurando alcanzar victorias, o mortales o, a lo menos, efímeras; pues por cualquier parte que se quisiese levantar haciendo guerra contra la otra parte suya, pretende ser victoriosa y triunfadora de las gentes, siendo cautiva y esclava de los vicios; y si, cuando vence, se ensoberbece, es mortífera. Pero si considerando la condición y los casos comunes se aflige más con las cosas adversas que le pueden suceder, que se alegra y regocija con las prósperas que le acontecieron, entonces es solamente perecedera esta victoria pues no podrá, por ser eterna, dominar siempre aquellos que pudo sujetar venciendo. Pero no es acertado decir que no son bienes los que apetece esta ciudad, puesto que, en su género ella misma es un bien, y más excelente que aquellos otros bienes. Para gozar de ellos desea cierta paz terrena, y con tal fin promueve la guerra; pues si venciere y no hubiere quien resista, tendr0á la paz, que no tenían los partidos que entre sí se contradecían y peleaban por cosas que juntamente no podían tener.

Esta paz pretenden las molestas y ruinosas guerras, y ésta alcanza la que estime por gloriosa victoria, y cuando vencen los que defendían la causa justa, ¿quién duda que fue digna de parabién la victoria, y que sucedió la paz que se pudo desear? Estos son bienes y dones de Dios pero si no haciendo caso de los mejores, que pertenecen a la ciudad soberana, donde habrá segura victoria en eterna y constante paz, se desean esto bienes, de manera que ellos solos se tengan por tales y se amen y quieras más que los que son mejores, necesariamente resultarán de ello miseria o se acrecentarán las que ya existan.

CAPITULO V

El primer autor y fundador de la ciudad terrena fue fratricida, cuya impiedad imitó con la muerte de su hermano el fundador de Roma. Caín, el primer fundador de la ciudad terrena, fue fratricida, porque vencido de la envidia mató a Abel, ciudadano de la Ciudad Eterna; que era peregrino en esta tierra. Por lo cual nadie debe admirarse que tanto tiempo después, en la fundación de aquella ciudad que había d llegar a ser cabeza de la ciudad terrena de

que vamos hablando, y había de ser señora y reina de tantas gentes y naciones, haya correspondido a este primer dechado que los riegos dice archêtypo, una imagen de su traza género: porque también allí como dio un poeta refiriendo la misma desventura. «Con la sangre fraternal se regaron las murallas que primeramente se construyeron en aquella ciudad pues de este modo se fundó Roma cuando Rómulo mató a su hermano Remo, según refiere la historia romana. Ambos eran ciudadanos de la ciudad terrena, y los dos pretendían la gloria de la fundación de la República romana; pero ambos juntos no podían tenerla tan grande como la tuviera uno solo, pues el que quería la gloria del dominio y señorío, menos señorío sin duda tuviera si, viviendo un compañero suyo en el gobierno, se enervara su potestad, y por eso, para poder tener uno solo todo el mando y señorío, desembarazóse quitando la vida al compañero, y empeorando con esta impía maldad lo que con inocencia fuera menor y mejor. Mas los hermanos Caín y Abel no tenían entre sí ambición, como los otros, por las cosas terrenas, ni tuvo envidia el uno del otro, temiendo el que mató al otro que su señorío se disminuyese, pues ambos reinaran y fueran señores.

Abel no pretendía señorío en la ciudad que fundaba su hermano, y éste mató por la diabólica envidia que apasiona a los malos contra los buenos, no por otra causa sino porque son buenos y ellos malos. Pues de ningún modo se atenúa la pasión de la bondad por que con su poseedor concurra o permanezca también otro; antes la posesión de la bondad viene a ser tanto más anchurosa cuanto es más concorde el amor individual de los que la poseen. En efecto, no podrá disfrutar esta posesión el que no quiere que todos gocen de ella, y tanto más amplia y extensa la hallará cuanto más ampliamente amare y deseare en ella compañía; así que lo que aconteció entre Remo y Rómulo nos manifiesta cómo se desune y divide contra sí misma la ciudad terrena; y lo que sucedió entre Caín y Abel nos hizo ver la enemistad que hay entre las mismas dos ciudad terrena entre sí los buenos y los malos; le pero los buenos con los buenos, si son y perfectos, no pueden tener guerra entre sí. Pero los proficientes, los que van aprovechando y no son aún perfectos, pueden también pelear entre sí, e como un hombre puede no estar de acuerdo consigo mismo; porque aun en un mismo hombre «la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne». Así que la concupiscencia espiritual puede pelear contra la carnal como pelean entre sí los buenos y los malos, o a lo menos las concupiscencias carnales de dos buenos que no son aun o perfectos como pelean entre sí los malos con los malos hasta que llegue la salud de los que se van curando a conseguir la última victoria.

CAPITULO VI

De los sufrimientos que padecen también en la peregrinación de esta vida por la pena del pecado los ciudadanos de la Ciudad de Dios, de los cuales se libran y sanan curándolos Dios Porque es indisposición y dolencia mortal la desobediencia de que disputamos en el libro XIV, que nos quedó en castigo de la primera desobediencia, pena que no sufrimos por naturaleza, sino por vicio de la voluntad, aconseja el Apóstol a los buenos que van aprovechando en la virtud y que viven con fe y esperanza en esta peregrinación terrenal: «Ayudaos unos a Otros a llevar vuestras cargas, y de esta manera observaréis puntualmente la ley de Jesucristo.» Asimismo en otro lugar les dice: «Corregid a los inquietos, consolad a los pusilánimes, ayudad y alentad a los flacos y sed con todos pacientes y sufridos; mirad que ninguno vuelva mal por mal.» Igualmente en otro lugar añade: «Si cayere alguno en

algún delito, vosotros, los que fuereis más espirituales, procurad remediarle con espíritu de mansedumbre, considerándose cada uno a si mismo, no caigas tú también en la tentación. » Y en otra parte: «No se ponga el sol y os anochezca estando enojados y durando el rencor y la cólera.» Y en el Evangelio: «Si pecare contra ti tu hermano, corrígele entre ti y él a solas.» Asimismo de los pecados en que se pretende evitar el escándalo de muchos, dice el Apóstol: «A los que pecan repréndelos públicamente delante de todos, para que los demás se recaten y teman. » Por eso sobre el perdonarnos mutuamente las ofensas también nos da saludables consejos, recomendándonos con tanto cuidado la paz, «sin la cual ninguno podrá ver a Dios». A cuya doctrina viene muy al caso aquel terror que excita en nuestros corazones cuando ordena al otro siervo devolver la deuda de los diez mil talentos que le habían ya perdonado, porque él no remitió la deuda de cien denarios a su consiervo y compañero. Y habiendo propuesto este símil, añadió el buen Jesús y le dijo: «Así también lo hará vuestro Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno de corazón a su hermano.» De este modo se van curando los ciudadanos de la Ciudad de Dios que peregrinan como pasajeros en esta terrena, y suspiran por la paz imperturbable de la soberana patria: y el Espíritu Santo va obrando interiormente en ellos para que aproveche algún tanto la medicina que exteriormente se les aplica; porque, de otro modo, aunque el mismo Dios, por medio de la criatura que le está sujeta, hable y predique a los sentidos corporales, ya sean del cuerpo o los que se nos ofrecen semejantes a ellos en sueños, si deja Dios de gobernar el espíritu con su interior gracia, no hace impresión en el hombre ninguna verdad que le prediquen.

Y suele Dios hacerlo así, distinguiendo los vasos de ira de los vasos de misericordia con la dispensación que sabe, aunque muy oculta, pero muy justa; porque ayudándonos su Divina Majestad de modo admirable y secreto cuando el pecado que habita en nuestros miembros (que mejor podernos llamar pena del pecado), como dice el Apóstol: «No reina en nuestro cuerpo mortal para obedecer a sus apetitos y deseos», ni le darnos nuestros miembros para que le sirvan de armas para la maldad; nos convertimos al espíritu que, gobernado por Dios, no consiente, con su auxilio, en cosas malas; y este espíritu le tendrá ahora el hombre, y le dirigirá con más tranquilidad; y después, habiendo recobrado enteramente la salud y tomada posesión de la inmortalidad sin pecado alguno, reinará con paz eterna.

CAPITULO VII

De la causa y pertinacia del pecado de Caín, y cómo no fue bastante a hacerle desistir de la maldad que había concebido el hablarle Dios Por esto mismo, que según nuestra posibilidad hemos declarado, habiendo Dios hablado a Caín de igual modo que acostumbraba hablar con los primeros hombres, por medio de la criatura, como si fuera un compañero suyo, tomando forma competente, ¿qué le aprovechó? ¿Por ventura no puso por obra la maldad que había concebido de matar a su hermano aun después de habérselo avisado Dios? Porque habiendo diferenciado los sacrificios de ambos, mirando a los del uno y desechando los del otro, lo cual indudablemente no pudo menos de conocerlo Caín por alguna señal visible que lo declarase; y habiendo hecho esto Dios porque eran malas las obras de éste y buenas las de su hermano, entristecióse grandemente Caín y se le demudó el rostro; pues dice la Sagrada Escritura que le dijo el Señor a Caín: «¿Por qué, te has entristecido, y por

qué se ha caído tu rostro? ¿No ves que si ofreces bien, mas no repartes bien, has caído en pecado? Sosiégate, porque a ti se convertirá él y tú le dominarás.»

En este aviso que dio Dios a Caín aquello que dice: «¿No ves que si ofreces bien y no repartes bien has pecado?», porque no está claro a qué fin o por qué causa se dijo, de su oscuridad han nacido varios sentidos, procurando los expositores de la Sagrada Escritura declararlo, interpretando cada uno conforme a las reglas seguras de la fe. Porque muy bien, y rectamente se ofrece el sacrificio cuando se ofrece a Dios verdadero, a quien sólo se debe el sacrificio; pero no se reparte bien, y proporcionalmente cuando no se diferencian bien o los lugares, o los tiempos, o las mismas cosas que se ofrecen, o el que las ofrece, o a quien se ofrecen, o aquellos a quien la oblación se distribuye y reparte para comer, de manera que por división entendamos aquí la discreción, ya sea cuando se ofrece donde no conviene, o que no conviene allí, sino en otra parte, o cuando se ofrece cuando no conviene, lo que no conviene entonces, sino en otro tiempo, o cuando se ofrece lo que en ningún lugar y tiempo se debió ofrecer, o cuando reserva en sí el hombre cosas más escogidas o de mejor condición que las que ofrece a Dios, o cuando la cosa que se ofrece se comunica y reparte con el profano o con otro cualquiera a quien no es lícito.

Cuál de estas cosas fue en la que Caín desagradó a Dios, no se puede averiguar fácilmente; pero porque el apóstol San Juan, hablando de estos hermanos, dice: «No como Caín, que no era hijo de Dios, sino del maligno espíritu, y mató a su hermano, ¿y por qué causa le quitó impíamente la vida? Porque sus acciones eran perversas y detestables y las de su hermano santas y buenas», se nos da a entender que no miró Dios a sus oblaciones, porque repartía mal, dando a Dios lo peor de sus bienes y reservando para sí los mejores, cual hacen los que, siguiendo no la voluntad de Dios, sino la suya, esto es, los que viviendo no con recto, sino con perverso corazón, ofrecen a Dios oblación y sacrificio con que piensan que le obligan no a que les ayude a sanar de sus perversos apetitos, sino a cumplirlos y satisfacerlos. Y esto es propio de la ciudad terrena, reverenciar y servir a Dios o a los dioses para reinar, con su favor, con muchas victorias y en paz terrena, no por amor y caridad de gobernar y mirar por otros, sino por codicia de reinar; porque los buenos se sirven del mundo para venir a gozar de Dios; pero los malos, al contrario, para gozar del mundo se quieren servir de Dios, a lo menos los que creen que hay Dios o que cuida de las cosas humanas, porque son mucho peores los que ni aun esto creen. Viendo, pues, Caín, que había mirado Dios el sacrificio de su hermano y no al suyo, sin duda debía, corrigiéndose, imitar a su virtuoso hermano y no, ensoberbeciéndose, envidiarle; mas porque se entristeció y decayó su rostro, le reprende principalmente Dios el pecado de la tristeza del bien ajeno, y más del bien de un hermano, porque reprendiéndole severamente, le preguntó, diciendo: «¿Por qué motivo te has entristecido y por qué se ha caído tu rostro?», Tenía envidia Caín de su hermano, y esto lo veía Dios y esto era lo que reprendía; pues los hombres que no ven el corazón de su prójimo, bien pudieran dudar y estar inciertos de si aquella tristeza era por el dolor que tenía de su propia maldad cuando vio que había desagradado a Dios, o si era por la bondad con que su hermano agradó a Dios cuando éste miró su sacrificio.

Pero dando razón Dios por qué no quiso aceptar su oblación para que antes se desagradase y se ofendiese de sí propio con razón, que sin razón de su hermano, siendo él injusto porque no repartía rectamente, esto es, no vivía bien, Y siendo indigno de que le aceptasen su sacrificio, demuestra y enseña cuánto más injusto era en aborrecer sin motivo a su justo

hermano. No por eso deja Dios de darle un consejo santo, justo y bueno: «Sosiégate -dice-, porque a ti se convertirá, tú serás señor de éI.» ¿Halo de ser acaso de su hermano? En manera alguna. ¿Pues de quién, sino del pecado? Porque había dicho: «¿No ves que has caído en pe- cado?» Y añade después: «Sosiégate, porque a ti se convertirá, y tú serás señor de él.» Puede entenderse también que la conversión del pecado debe ser al propio hombre, para que sepa que no lo debe atribuir a otro alguno cuando peca, sino a sí propio; porque ésta es una medicina saludable de la penitencia y una petición del perdón no poco conveniente, como cuando dice: «porque a ti su conversión de él», no se entiende será sino sea, a modo de precepto y no de profecía.

Porque será cada uno señor del pecado si no le hiciere señor de sí, defendiéndole, si no le sujetare haciendo penitencia; pues de otra manera, favoreciéndole al principio, le servirá también cuando después impere en su ánimo. Pero para que por el pecado se entienda la misma concupiscencia carnal, de la que dice el Apóstol: «Que la carne apetece contra el espíritu», entre cuyos frutos carnales comprende también la envidia, que sin duda estimulaba a Caín y le encendía contra su hermano, bien se puede entender será, esto es, a ti será su conversión y tú serás sede él porque cuando se conmoviera la carne, que llama pecado el Apóstol, donde dice: «No lo hago yo, sino el pecado que habita en mí» (la cual llaman también los filósofos viciosa, no porque deba llevarse tras sí al espíritu, sino a quien debe mandar el espíritu, apartándola de las acciones ilícitas con la razón), cuando esta carne se conmoviere para hacer alguna acción mala; si nos acomodásemos y abrazásemos con el saludable consejo del Apóstol: «Que no demos fuerzas y armemos al pecado con nuestros miembros», domada y vencida se sometería al espíritu para darle obediencia y reinara sobre ella la razón.

Esto mandó Dios a Caín, que ardía en rencor y envidia contra su hermano, y al que debiera imitar deseaba quitar la vida: «Sosiégate -dice-, esto es, no pongas las manos en ese pecado, no reine él en tu mortal cuerpo, de manera que obedezcas a sus malos deseos y sugestiones, ni le des fuerzas y armas haciendo a tus miembros instrumentos de maldad»; porque a ti se convertirá cuando no le ayudares dándole rienda, sino cuando le refrenares sosegándote, y tú serás señor de él, para que, no dejándole salir con su intento en lo exterior, se acostumbre y habitúe también en lo interior a no moverse estando bajo la potestad y gobierno del espíritu, que quiere lo bueno.

Muy semejante a esto es lo que leemos en el mismo libro del Génesis de la mujer, cuando después del pecado, examinando Dios la causa, oyeron las sentencias de su condenación, el demonio en la serpiente y en sus personas Adán y Eva; porque habiéndole dicho a ella: «Sin duda que he de multiplicar tus tristezas y dolores, y con ellos darás a luz tus hijos», después añadió: «Y a tu marido será tu, conversión y él será señor de ti.» Lo mismo que dijo a Caín del pecado, o de la viciosa concupiscencia y apetito de la carne, dice en este lugar de la mujer pecadora, de donde debemos entender que el varón, en el gobierno de su mujer, se debe haber como el espíritu en el gobierno de su carne, y por eso dice el Apóstol: «Que el que ama a su mujer; a sí propio se ama, porque jamás hubo quien aborreciese su carne.» Estas cosas se deben curar y sanar como propias y no condenarlas como extrañas; pero Caín, como prevaricador que era, así recibió el mandamiento de Dios, porque creciendo en él el pecado de la envidia, cautelosamente y a traición mató a su hermano. Tal fue el fundador de la ciudad terrena. Pero cómo fue Caín figura de los judíos que mataron a

Cristo, pastor verdadero de las ovejas descarriadas que son los hombres, y a quien figuraba Abel, pastor de ovejas que eran bestias, porque en sentido alegórico es cosa de profecía, dejo ahora de referirlo, y me acuerdo que dije lo bastante sobre este asunto, en mi libro contra el maniqueo Fausto.

CAPITULO VIII

Qué razón hubo para que Caín fundase una ciudad al principio del linaje humano Ahora parece oportuno defender la historia para que no parezca increíble lo que insinúa la Escritura: que un, solo hombre fundó una ciudad en la época en que precisamente no había en todo el orbe habitado, más que cuatro, o, mejor dicho, tres, después que un hermano mató al otro, esto es, el primer hombre, padre de todos, el mismo Caín y su hijo Enoch, de quien tomó su nombre la ciudad. Los que en esto reparan no consideran que el cronista de la Sagrada Historia no tuvo obligación de referir y nombrar todos los hombres que pudo haber entonces, sino sólo aquellos que pedía el objeto de su obra; porque el fin principal de aquel escritor, por cuyo medio hacía aquel histórico análisis de hechos el Espíritu Santo, fue llegar, por la sucesión de ciertas generaciones, desde el primer hombre hasta Abraham y después, por los hijos y descendencia de éste, al pueblo de Dios, en quien, por ser distinto de las demás naciones, se habían de prefigurar y vaticinar todos los sucesos que en espíritu se preveían que habían de acontecer en aquella ciudad, cuyo reino ha de ser eterno, y a su rey fundador Jesucristo; pero sin pasar en silencio tampoco lo que fuese necesario referir de la otra sociedad y congregación de hombres que llamamos ciudad terrena, para que de este modo la Ciudad de Dios, cotejada con su adversaria, venga a ser más ilustre y esclarecida.

Así que como la Sagrada Escritura refiere el número de años que vivieron aquellos hombres y concluye diciendo de aquel de quien va hablando, engendró hijos e hijas y que fueron los días que el tal o el cual vivieron tantos años, y que murió, ¿acaso porque no nombra estos mismos hijos e hijas por eso debemos entender que por tantos años como entonces vivían en la primera edad de este siglo no pudieron nacer muchos hombres, con cuyos enlaces y sociedades se pudieran fundar muchas ciudades? Pero tocó a Dios, con cuya inspiración se escribían estos sucesos, el disponer y distinguir primeramente estas dos compañías con sus diversas generaciones, para que se tejiesen de una parte las generaciones de los hombres, esto es, de los que vivían según el hombre, y de otra las de los hijos de Dios, esto es, de los que vivían según Dios, hasta el Diluvio, donde se refiere la distinción y la unión de ambas sociedades: la distinción, porque se refieren de por si las generaciones de ambas, la una de Caín; que mató a su hermano, y la otra del otro, que se llamó Seth, porque también éste había nacido de Adán, en lugar del que mató, Caín; y la unión porque declinando y empeorando los buenos, se hicieron todos tales que los asoló y consumió con el Diluvio, a excepción de un justo que se llamaba Noé, su mujer, sus tres hijos y sus tres nueras, cuyas ocho personas merecieron escapar por medio del Arca de la sumersión y destrucción universal de todos los mortales.

Por ello, pues, de lo que dice la Escritura: «Que conoció Caín a su mujer, concibió y dio a luz a Enoch, y edificó una ciudad, y llamóla con el nombre de su hijo Enoch», no se sigue que hemos de creer que éste fue el primer hijo que engendró, porque no hemos de pensar así porque dice que conoció a su mujer, como si entonces se hubiese juntado la primera vez

con ella, pues aun del mismo Adán, padre universal del humano linaje, no sólo se dijo esto mismo después de concebido Caín, que parece fue su primogénito, sino también más adelante dice la Sagrada Escritura: «Conoció Adán a Eva su mujer, y concibió y dio a luz un hijo, al cual llamó Seth»; de donde se infiere que acostumbra a hablar así la Escritura, aunque no siempre, cuando se lee en ella que fueron concebidos algunos hombres y no precisamente cuando por primera vez se conocieron el varón y la mujer.

Ni tampoco es argumento necesario para que opinemos que Enoch fuese primogénito de su padre porqué llamó a la ciudad con su nombre, pues no sería fuera de propósito que, por alguna causa, teniendo también otros hijos, le amase su padre más que a los otros, como tampoco Judas fue primogénito de quien tomó nombre Judea y los judíos sus moradores. Y aunque el fundador de aquella ciudad tuviese este hijo, el primero de todos, no por eso debemos pensar que puso su nombre a la ciudad que fundó cuando nació, supuesto que tampoco uno solo pudo entonces fundar aquella ciudad (que no es otra cosa que una multitud de hombres unida entre sí con cierto vínculo de sociedad), sino que, creciendo la familia de aquel hombre en tanto número que tuviese ya cantidad considerable de vecinos, pudo entonces efectivamente suceder que fundase una ciudad, y que a la fundada le pusiese el nombre de su primogénito; porque era tan larga la vida de aquellos hombres, que de los que allí se refieren, cuyos años no se omiten, el que menos vivió antes del Diluvio llegó a setecientos cincuenta y tres años, porque muchos pasaron de novecientos, aunque ninguno llegó a mil. ¿Quién hay que pueda dudar que en vida de un hombre se pudo multiplicar tanto el linaje humano que no hubiese gente con que se fundase, no una, sino muchas ciudades? Lo cual podemos conjeturar fácilmente, puesto que de sólo Abraham, en poco más de cuatrocientos años, creció tanto el número de la nación hebrea, que cuando salió aquel pueblo de Egipto se refiere que hube seiscientos mil hombres jóvenes que podían tomar las armas, sin contar la gente de los idumeos, que no pertenece al pueblo de Israel, la que engendró su hermano Esaú, nieto de Abraham, y otras naciones que descendieron del linaje del mismo Abraham y no por vía de su mujer Sara.

CAPITULO IX

De la vida larga que tuvieron los hombres antes del Diluvio, y cómo era mayor la estatura de los cuerpos humanos Todo el que prudentemente considerare las cosas, comprenderá que Caín no sólo pudo fundar una ciudad, sino que la pudo también fundar muy grande en tiempo que duraba tanto la vida de los hombres, aunque alguno, de los incrédulos e infieles quiera disputar acerca del dilatado número de años que, según nuestros autores, vivieron entonces los hombres, y diga que a esto no debe darse crédito. Porque tampoco creen que fue mucho mayor en aquella época la estatura de los cuerpos de lo que son ahora, y, sin embargo, su nobilísimo poeta Virgilio, hablando de una grandísima peña que estaba fija por mojón o señal de término en el campo, la cual en una batalla un valeroso varón de aquellos tiempos arrebató, corrió con ella y, la arrojó, dice que «doce hombres escogidos según los cuerpos humanos que produce el mundo en nuestros tiempos apenas la hicieron perder tierra», significándonos que hubo tiempo en que acostumbraba la tierra a producir mayores cuerpos. ¡Cuánto más sería en los tiempos primeros del mundo, antes de aquel insigne y celebrado Diluvio! En lo tocante a la grandeza de los cuerpos, suelen convencer y desengañar muchas veces a los incrédulos las sepulturas que se han descubierto con el

tiempo, o por las avenidas de los ríos, o por otros varios acontecimientos donde han aparecido huesos de muerto de increíble tamaño.

Yo mismo vi, y no solo, sino algunos otros conmigo, en la costa de Utica o Biserta, un diente molar de un hombre, tan grande que si le partieran por medio e hicieran otros del tamaño de los nuestros, me parece que pudieran hacerse ciento de ellos; pero creo que aquél fuese de algún gigante, porque fuera de que entonces los cuerpos de todos generalmente eran mucho mayores que los nuestros, los de los gigantes hacían siempre ventaja a los demás; así como también después, en otros tiempos y en los nuestros, aunque raras veces, pero nunca faltaron algunos que extraordinariamente excedieron la estatura y el tamaño de los otros. Plinio II, sujeto doctísimo, dice que cuanto más y más corre el siglo, produce la Naturaleza menores los cuerpos; lo cual también refiere Homero en sus obras, no burlándose de ello como de ficciones poéticas, sino tomándolo, como escritor de las maravillas de la Naturaleza, como historias dignas de fe.

Pero, como dije, la altura de los cuerpos de los antiguos muchas veces nos la manifiestan, aun en los siglos últimos, los huesos que se han descubierto y hallado, porque son los que duran mucho. Del número grande de años que vivieron los hombres de aquel siglo no podemos tener en la actualidad experiencia alguna; mas no por eso debemos prescindir de la fe y crédito, que se merece la Historia sagrada, cuyas narraciones son tanto más dignas de crédito cuanto más ciertamente vemos que se va cumpliendo lo que ella nos dijo que había de suceder. Con todo, dice Plinio: «Todavía hay gente o nación donde viven doscientos años.» Así que si al presente se cree que en las tierras que no conocemos viven tanto los hombres cuanto nosotros no hemos podido experimentar, ¿por qué no se ha de creer que lo han vivido también en aquellos tiempos? ¿O acaso es creíble que en una región hay lo que aquí no hay, y es increíble que en algún tiempo hubo lo que ahora no hay?.

CAPITULO X

De la diferencia que parece haber en el número de los años entre los libros hebreos y los nuestros Aunque parece que entre los libros hebreos y los nuestros hay alguna diferencia sobre el número de los años, lo cual no sé cómo ha sido, con todo, no es tan grande que no confirme lo dicho respecto a que entonces los hombres fueron de tan larga vida; porque del mismo primer hombre, Adán, antes que procrease a su hijo Seth, en nuestros libros se dice que vivió doscientos y treinta años, y en los hebreos, ciento treinta; pero después de haberle engendrado, se lee en los nuestros que vivió setecientos, y en los suyos ochocientos, y así en unos y en otros concuerda toda la, suma de los años. En la sexta generación en nada discrepan los unos de los otros; y en la séptima, en que nació Enoch (que no murió, sino que por voluntad de Dios se dice que fue trasladado), hay la misma disonancia que en las cinco anteriores sobre los cien años antes que engendrase al hijo que refiere allí; pero en la suma hay la misma conformidad, porque vivió antes que fuese trasladado, según los libros de los unos y de los otros, trescientos sesenta y cinco anos. La octava generación tiene alguna diversidad, pero menor y diferente de las demás, porque Matusalén, que engendró a Enoch, antes que procrease al que sigue en el orden, vivió, según los hebreos, no cien años menos, sino veinte más, de los cuales, por otra parte, en los nuestros, después que engendró a éste, se hallan añadidos, y en los unos y en los otros está conforme la suma de todos los

años. Solamente en la generación nona, esto es, en los años de Lamech, hijo de Matusalén y padre de Noé, discrepa la suma general, pero no mucho, porque se dice en los hebreos que vivió veinticuatro años más que en los nuestros, pues antes que engendrase al hijo que se llamó Noé tiene seis menos en los hebreos que en los nuestros; pero después que le procreó, en ellos treinta más que en los nuestros, y así, quitados aquellos seis, restan veinticuatro, como queda dicho.

CAPITULO XI

De los años de Matusalén, cuya edad parece que excede al Diluvio catorce años De esta diferencia entre los libros hebreos y los nuestros nace aquella celebrada cuestión de que Matusalén vivió catorce años después del Diluvio. La Sagrada Escritura dice positivamente que en el Diluvio, de todos los que habla sobre la tierra, sólo ocho personas escaparon en el Arca de la ruina universal, en las cuales no fue incluido Matusalén. Pero, según nuestros libros, Matusalén, antes que engendrase al que llamó Lamech, vivió ciento sesenta y siete años; después el mismo Lamech antes que naciese de él Noé, vivió ciento ochenta y ocho años, que juntos suman trescientos cincuenta y cinco; a éstos se añaden seiscientos de Noé, en cuyo sexcentésimo año acaeció el Diluvio; y todos juntos hacen novecientos cincuenta y cinco desde que nació Matusalén hasta el año del Diluvio.

Todos los años que vivió Matusalén se cuentan que fueron novecientos sesenta y nueve, porque habiendo vivido ciento sesenta y siete engendró un hijo que se llamó Lamech, y después de haberle procreado vivió ochocientos dos años, que todos ellos, como he dicho, hacen novecientos sesenta y nueve, de los cuales, quitando novecientos cincuenta y cinco desde que nació Matusalén hasta el Diluvio, quedan catorce, que se cree que vivió después del Diluvio; por ello imaginan algunos que vivió, aunque no en la tierra, donde pereció todo viviente que no pudo existir fuera del agua, sino que vivió algún tiempo con su padre, que habla sido trasladado hasta que pasó el Diluvio, no queriendo derogar la fe a los libros que tiene recibidos la Iglesia por más auténticos, y creyendo que lo de los judíos no contienen la verdad más bien que los nuestros.

Porque no admiten que pudo haber aquí error de los intérpretes antes que falsedad en la lengua que se tradujo a la nuestra por medio de la griega; sino dicen que no es creíble que los setenta intérpretes que juntamente a un mismo tiempo y con un mismo sentido la interpretaron pudiesen errar, o que donde a ellos no les iba nada quisiesen mentir; pero que los judíos, de envidia de que la ley y los profetas hayan venido a nuestro poder por medio de la traducción, mudaron algunas cosas en sus libros por disminuir la autoridad de los nuestros. Esta opinión o sospecha también admítala cada uno como le pareciere; con todo, es cosa cierta que no vivió Matusalén después del Diluvio, sino que murió el mismo año, si es verdad lo que se halla en los libros de los hebreos sobre el número de los años. Lo que a mí me parece de los setenta intérpretes lo diré más particularmente en su propio lugar; al llegar, con el favor de Dios, el momento de tratar de aquellos tiempos cuando lo pida la necesidad y estado de esta obra, porque para la duda presente basta saber que, según los libros de los unos y de los otros, los hombres de aquel siglo tuvieron tan largas vidas que durante la edad de uno que nació el primero, de dos padres que tuvo solos la tierra en aquel tiempo pudo multiplicarse el linaje humano de manera que se pudiera fundar una ciudad.

CAPITULO XII

De la Opinión de los que no creen que los hombres del primer siglo tuvieron tan larga vida como se escribe De ningún modo deben ser oídos los que imaginan que de otra manera se contaban en aquella época los años, esto es, tan breves, que uno de los nuestros tiene diez de aquellos, y por eso dicen, cuando oyen o leen que alguno vivió novecientos años, que deben entenderse noventa, por cuanto diez años de aquellos hacen uno nuestro, y diez de los nuestros son entre ellos ciento. Según este cálculo, creen que era Adán de veintitrés años cuando engendró a Seth, y que éste tenía veinte años y seis meses cuando hubo a su hijo Enos, a todos los cuales asigna la Escritura doscientos cincuenta años, pues según el sentir de éstos cuya opinión vamos refiriendo, entonces un año de los que al presente usamos le dividían en diez partes, a las cuales llamaban años; y cada una de éstas tenía un senario cuadrado, porque Dios finalizó sus obras en seis días para descansar en el séptimo, sobre lo cual dije lo bastante en el libro XI, cap. VII, y seis veces seis, que hacen un senario cuadrado, componen treinta y seis días, los cuales, multiplicados por diez, llegan a trescientos sesenta, esto es, doce meses lunares; porque por los cinco días que faltan, con que se cumple el año solar, y por una cuarta parte de día, la cual multiplicada cuatro veces en el año que llaman bisiesto o intercalar, se añade un día; añadían los antiguos después algunos días para que concurriese el número de los años, a cuyos días los romanos llamaban intercalares, Por esta cuenta, Enos, hijo de Sea, tenía diecinueve años cuando tuvo a su hijo Camán, a los cuales años llama el sagrado texto ciento noventa; y después en todas las generaciones en que antes del Diluvio se refieren los años de los hombres, ninguno casi se halla en nuestros libros que de cien anos, o de allí abajo, o de ciento veinte, o no mucho más, haya engendrado algún hijo, sino los que de menor edad procrearon se dice que tuvieron ciento sesenta años y más, porque ningún hombre, aseguran, puede engendrar de diez años, a cuyo número llamaban entonces cien años.

Dado caso que no sea increíble que de otra manera se contasen entonces los años, añaden lo que se halla en muchos historiadores, que los egipcios tuvieron el año de cuatro meses, los acarnianos de seis meses, los lavinios de trece meses. Plinio II, habiendo dicho que se hallaba escrito que un hombre vivió ciento cincuenta y dos años, y otro diez más, y que otros vivieron doscientos años, otros trescientos, y que otros llegaron a quinientos, algunos a seiscientos y otros aun a ochocientos, piensa que todo esto nació de la ignorancia de los tiempos; porque unos, dice, reducían un año a un verano, otros a un invierno y otros a las cuatro estaciones del año, como los arcades, dice, cuyos años fueron de tres, meses. Añadió también que en cierto tiempo los egipcios, cuyos pequeños años insinuamos arriba, eran de cuatro meses, en una lunación terminaban su año; así que entre ellos se cuenta que vivieron mil años. Con estos argumentos como probables, procurando algunos no destruir la fe de esta sagrada historia, sino confirmaría para que no sea increíble lo que se refiere que los antiguos vivieron tantos años, se persuadieron a sí mismos, y piensan que, no sin razón, lo persuaden a otros, de que entonces un espacio tan corto de tiempo se llamó año, que diez de aquellos hacían uno nuestro, diez nuestros ciento de los suyos. La falsedad de este cálculo se prueba con un evidente e irrefragable documento; pero antes de demostrarlo he creído útil alegar otro, tomado de los libros hebreos, para refutar dicha opinión.

En estos libros se lee que Adán tenía no doscientos treinta, sino ciento treinta años cuando procreó a su tercer hijo. Si estos años hacen trece de los nuestros, sin duda que engendró al primero cuando tenía once años, no mucho más. ¿Quién puede procrear en esta edad conforme a la ley ordinaria de la naturaleza? Pero dejemos a Adán, que quizá pudo hacerlo porque fue criado, y no es creíble que le criara Dios tan pequeño como nuestros niños. Su hijo no contaba doscientos cinco, como leemos nosotros, sino ciento cinco cuando engendró a Enos, y conforme a este cómputo, según el dictamen de éstos aun no tenía once años. ¿Qué diré de Camán, hijo de éste, que aunque contaba, según los nuestros, ciento setenta años de edad, según los hebreos era de setenta cuando engendró a Malaléhel? ¿Qué hombre hay que engendre de siete años, si entonces se llamaban setenta años los que ahora son siete?

CAPITULO XIII

Si en la cuenta de los años debemos preferir la autoridad de los hebreos a la de los setenta intérpretes Aun cuando yo piense así, me replican que aquello es ficción o mentir de los judíos, de lo cual bastantemente hemos ya hablado; porque los setenta intérpretes, varones tan celebrados alabados, no pudieron mentir. Pero si les preguntare qué sea más creíble: o que toda la nación judaica, que está tan extendida y esparcida Por el orbe, pudo de común acuerdo conspirar en escribir esta mentira, y, por envidiar a otros la autoridad, se despojase así de la verdad, o, qué setenta personas, que también eran judíos, juntos en un mismo lugar (porque para ésta famosa labor los había convocado y congregado Ptolomeo, rey de Egipto) enviaran a decir la verdad a los pueblos gentiles, y de acuerdo hicieran este penoso trabajo, ¿quién no advierte cuál sea más fácil de creer? Ninguno que sea sensato debe creer, o que los judíos, por más perversos y malévolos que fueran, pudieran hacer esta laboriosa tarea en tan crecido número de libros tan esparcidos y derramados, o que los setenta varones famosos comunicaron entre sí este particular acuerdo de enviar a los gentiles la verdad Así que con más verosimilitud podría decirse que cuando primeramente se comenzó a trasladar y copiar esta historia de la suntuosa biblioteca de Ptolomeo, entonces pudo hacerse algo de esto en un libro es a saber, en el que primero se copió, del cual se extendió y traspasó a otros muchos, donde pudo también suceder que errase el amanuense. Y no es absurdo sospechar así en la cuestión acerca de la vida de Matusalén, y en la otra donde, por sobrar veinticuatro años, no concuerda la suma. Pero en las demás donde se repite semejante error de suerte que antes de procrear el hijo que se pone en lista, en una parte sobren cien años y en otra falten, y después de engendrado, donde faltaban sobren, y donde sobraban falten, para que concuerde la suma, como sucede en la 1ª , 2ª , 3ª , 4ª , 5ª , 6ª y 7ª generación; parece que el mismo error tiene (si puede decirse) cierta constancia así; y no parece que sucediera al acaso, sino de industria.

De modo que aquella diferencia de números que hay en los libros griegos, latinos y hebreos, donde no se halla esta conformidad continuada por tantas generaciones de cien años, añadidos primero y después quitados, se debe atribuir, no a la malicia de esos judíos ni a la diligencia o prudencia de los setenta intérpretes, sino a error del amanuense que primeramente comenzó a copiar el libro de la biblioteca de dicho rey. Pues aun ahora, cuando los números no se relacionen con algún objeto que fácilmente pueda entenderse, o que nos importe conocer, se escriben con descuido, y con más negligencia se corrigen y

enmiendan. ¿Quién cree, por ejemplo, que debe aprender cuántos millares de hombres tuvieron a cada una de las tribus de Israel? Porque entiende que nada le importa. ¿Y a cuántos hay que adviertan la profundidad de esta importancia? Pues aquí, donde tantas generaciones se ponen en lista, en las que faltan o sobran cien anos, y después de nacido el hijo que se había de contar, faltan donde los hubo y los hay donde faltaron, para que esté conforme la suma, parece que se ha querido persuadir a los que alegan que vivieron los antiguos tan gran numero de años porque los tenían brevísimos, haciéndoles ver que la edad no era madura e idónea para engendrar hijos, si por cada cien años debieran entenderse diez de los nuestros; y para que los incrédulos no dejasen de creer que habían vivido los hombres tanto tiempo, añadió ciento donde no halló la edad idónea para procrear hijos, y esos mismos los volvió a quitar después de engendrados, a fin de que conviniese y concordase la suma, pues de tal manera quiso hacer creíble la conveniencia de la edad apta para engendrar, que no defraudase a todas las, edades del número de lo que vivió cada uno; y el no haber hecho esto en la sexta generación; es lo que más nos persuade a que eso lo hizo, cuando el asunto que decimos lo pedía, pues no lo hizo donde no lo pedía.

En esta generación hallo en los hebreos que Jareth vivió, antes que engendrase a Enoch, ciento sesenta y dos años, que, para él, según la cuenta de los años breves, son dieciséis y algo menos de dos meses, la cual edad es ya idónea para engendrar. Y así no fue necesario añadir cien años breves para que fuesen veintiséis de los nuestros, ni quitar los mismos después de nacido Enoch, porque nos lo había añadido antes que naciese. Así sucedió que en este particular no hubiese va- riedad alguna entre unos y otros libros. Pero, sin duda, vuelve a presentársenos la dificultad cuando en la octava generación, antes que de Matusalén naciese Lamech, hallándose en los hebreos ciento ochenta y dos años, se hallan veinte menos en los nuestros, donde antes se acostumbraba añadir ciento; y después de engendrado Lamech, se restituyan para cumplir la suma, la cual no discrepa en los unos ni en los otros libros.

Porque si ciento setenta años quería que por la edad madurara entendiesen diecisiete, así como no debía añadir nada, así tampoco debía quitar, supuesto que había hallado edad idónea para la generación de los hijos, por la cual, en las otras donde no la hallaba, añadía aquellos cien años. Y verdaderamente la diferencia de los veinte años con razón pudiéramos imaginar que pudo suceder por yerro, si no procurara después restituirlos como primero los había quitado para que conviniera la suma toda entera. ¿O por ventura creeremos que lo hizo con cierta astucia para encubrir aquella industria con que primero solía añadir los cien años, y después quitarlos, repitiendo el engaño donde no era necesario, quitando primero, aunque no de cien años, sino de cualquier número, y después añadiéndole? Pero comoquiera que esta razón se admita, ya se crea que lo hizo así, o no se crea, ya finalmente sea así o no lo sea, evidentemente cuando haya alguna diferencia entre unos y otros libros, de suerte que para la fe de la historia no puede ser verdad lo uno y lo otro será acertado, atenernos con preferencia a la lengua original de donde se tradujo a la otra por los intérpretes; porque aun en algunos libros, como es en tres griegos, en uno latino y en otro siríaco, que están conformes entre sí, se halla que Matusalén murió seis años antes del Diluvio universal.

CAPITULO XIV

Que los años duraban el mismo espacio de tiempo que ahora en los primeros siglos Veamos ya cómo podrá demostrarse con toda evidencia que no fueron tan breves los años que diez de ellos hicieran uno de los nuestros; sino que fueron tan largos como los tenemos ahora (que son los que hace el curso y revolución del sol) los que numeran la vida larga de aquellos hombres. Dice la Escritura que sucedió el Diluvio en el año de la vida de Noé. ¿Por qué dice, pues, que sucedió el Diluvio sobre la tierra el año 600 de la vida de Noé, en el mes segundo y a los veintisiete días de él, si aquel año tan cortó, que diez de ellos hacen uno nuestro, tenía treinta y seis días? Porque un año tan pequeño, sí es que antiguamente tenía este nombre, o no tiene meses, o su mes es de tres días para que pueda tener doce meses. ¿Cómo se dice, pues, el año 6OO, en el mes segundo, a los veintisiete días del mismo mes, sino porque entonces también eran los meses como son ahora? Pues a no ser así, ¿cómo dijera que comenzó el Diluvio a los veintisiete días del mes segundo? Asimismo, después de referir el fin del Diluvio, prosigue: «Y paró el Arca en el mes séptimo, a los veintisiete de dicho mes, sobre los montes, de Ararath, y el agua fue disminuyendo hasta el mes undécimo, y el primer día de dicho mes se descubrieron las cumbres de los montes.» Luego si eran tale los meses, tales, sin duda, eran también los años como los tenemos ahora; porque aquellos meses de tres día no pedían tener veintisiete días.

Y si la parte trigésima de tres días entonces se llamaba día, para que todo proporcionalmente vaya disminuyendo, el Diluvio universal debió durar cuatro días de los nuestros, del cual se dio, que duró cuarenta días y cuarenta noches. ¿Quién podrá sufrir este absurdo y desvarío? Por tanto, desechemos este error, que quiere confirmar y apoyar la fe irrefragable de nuestra Sagrada Escritura en falsas conjeturas, las cuales, por otra parte, la destruyen. Era entones tan grande el día como lo es ahora el cual se divide en veinticuatro horas en el discurso del día y noche; tan grande el mes como lo es ahora, limitándole el principio y fin de una hora tan grande el año como lo es ahora formado por los doce meses lunares añadiendo por causa del curso del sol cinco días, y una cuarta parte de día; tal fue el segundo mes del año 60 en la vida de Noé, y tal el día veintisiete de dicho, mes cuando principio el Diluvio, del cual se dice que duró cuarenta días continuos, los cuales no tenían dos o pocas más horas, sino veinticuatro continuadas de día y de noche. Y tan dilatados años, vivieron los antiguos padres, pasando de novecientos, como los vivió después Abraham hasta el número de ciento setenta y cinco, y después de él su hijo Isaac hasta el ciento y ochenta, y Jacob, hijo de éste, cerca, de ciento y cincuenta como, después de transcurridos algunos años Moisés vivió ciento y veinte, como viven ahora los hombres setenta u ochenta, y no mucho más; de quienes dijo también la Escritura: «Que lo que vivían de más era molestia y dolor.»

La variedad de números que se encuentren entre los libros de los hebreos y los nuestros no afecta a los muchos años que vivían los antiguos; y si ha alguna discordia tal que no pueda ser verdad lo uno y lo otro, la fe y verdad de la historia debemos buscar en el idioma de donde se tradujere las noticias que tenemos. Y pudiéndolo hacer con facilidad los que quieran, no es sin oculto misterio que ninguno se haya atrevido a enmendar por los libros hebreos lo que los setenta intérpretes en muchos lugares parece que afirman con notable diversidad; porque aquella diferencia no la han tenido por falsa o equivocada, ni yo juzgo que debe tenerse por tal, sino que donde no hay error o equivocación del amanuense, debe

creerse que ellos, donde el sentido es conforme a la verdad, con divino espíritu quisieron decir alguna cosa de otra manera, no a modo de interpretes, sino con libertad de profetas, y así con razón se demuestra que la autoridad apostólica, cuando cita los testimonios de las Escrituras, usa no sólo de los hebreos, sino también de estos intérpretes. Pero de este particular, con el favor de Dios, ya prometí que trataría más singularmente en otro lugar más oportuno. Ahora quiero concluir con lo que tenemos entre manos, esto es, que no debemos dudar de que pudo el primer hijo del primer hombre, cuando vivían tanto tiempo, fundar la ciudad eterna, no la que llamamos Ciudad de Dios; por la cual y por el deseo de escribir sobre ella largamente nos hemos tomado la molesta fatiga de una obra tan grande como ésta.

CAPITULO XV

Si es creíble que los hombres del primer siglo no conocieron mujer hasta la edad en que se dice que engendraron hijos Dirá ciertamente alguno: ¿Será posible que hayamos de creer que el hombre que había de ser padre y no tenía resolución firme de permanecer célibe viviese en continencia por espacio de cien años y más, o, según los hebreos, ochenta, setenta y sesenta años, o si no vivió así, que no tuviera hijo alguno? A esta duda se satisface de dos modos: porque o tanto más tardía proporcionalmente fue la pubertad cuanto mayor era la vida del hombre, o, lo que me parece más creíble, no se refieren aquí los hijos primogénitos; sino los que exige el orden de sucesión para llegar a Noé; desde quien asimismo se llega hasta Abraham y después hasta el tiempo, que convenía señalar también, con las generaciones referidas para seguir el curso de la gloriosísima ciudad que peregrina en este mundo y busca con solicitud la patria celestial. Lo que no se puede negar es que Caín fue el primero que nació de varón y mujer, porque luego que nació no dijera Adán lo que se lee que dijo: « He adquirido un hombre por la gracia de Dios», si a ellos dos no se hubiera añadido otro, naciendo el primer hombre.

En seguida nació Abel, a quien violentamente quitó la vida su hermano mayor, y fue el primero que prefiguró la Ciudad de Dios que anda peregrinando, la cual había de padecer injustas persecuciones de los impíos y de los hijos (en cierto modo) de la tierra, esto es, de los que gustan del origen de la tierra y se alegran y gozan con la terrena felicidad de la ciudad terrena. Pero cuántos años tuviese Adán cuando los procreó, no lo dice la Sagrada Escritura. Sucesivamente se pone el orden de otras generaciones, unas de Caín y otras de aquel que engendró Adán en lugar del que mató el hermano, cuyo nombre fue Seth, diciendo, como narra la Escritura: «Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel, a quien dio muerte Caín.» Así pues, estas dos líneas de generaciones, que descienden la una de Seth y la otra de Caín, nos señalan con sus distintos órdenes y genealogías estas dos ciudades de que vamos tratando, la una celestial que peregrina por la tierra, y la otra terrena, que busca y se detiene como si fueran únicos en los gustos terrenos; y ninguno de la estirpe de Caín, desde Adán hasta la octava generación, se declara cuántos años tuviese cuando engendró al que se refiere la Escritura en seguida de él; porque no quiso el Espíritu Santo notar los tiempos antes del Diluvio en las generaciones de la ciudad terrena, sino en las de la celestial, teniéndolas como por más dignas de memoria.

Cuando nació Seth, aunque refiere los años de su padre, ya éste había procreado a otros. Pues que fueron solos Caía y Abel, ¿quién se atrevería a afirmarlo? Porque no por ser solos ellos los nombrados en el catálogo y serie de generaciones que convenía poner, debemos pensar que fueron solos los que entonces engendró Adán porque diciendo, después de haber pasado en silencio los nombres de todos Ios otros, que procreó hijos e hijas, ¿quién sin ser temerario se atreverá a determinar cuánta fue esta descendencia? Dado que pudo Adán, con divina inspiración, decir al punto que nació Seth: Dios me dio otro hijo en lugar de Abel, supuesto que había de ser tal que llenase el colmo de la santidad de Abel, y no porque fuese el primero que naciese después de él en la sucesión del tiempo.

Asimismo lo que insinúa la Escritura, «que tenía Seth doscientos cinco años (o, conforme a los hebreos, ciento cinco) cuando engendró a Enos», ¿quién sin atrevimiento podrá afirmar que éste fue su primogénito, de suerte que no cause admiración y con razón dudemos cómo en tantos años no usó del matrimonio no teniendo o estando ligado con voto alguno de continencia?, O ¿cómo no procreó estando casado, ya que leemos de él «que engendró hijos e hijas y fueron todos los días de Seth novecientos doce años y que murió«? Del mismo modo los que después refiere el sagrado texto dice que procrearon hijos e hijas, sin que pueda deducirse que el que se dice nació fue el primogénito; pues no es creíble que aquellos padres, en una tan avanzada edad, o no fuesen idóneos para la generación, o careciesen de esposas o de hijos.

Tampoco es de presumir que aquellos hijos fuesen los primeros que tuvieron, sino como el cronista de la Sagrada Escritura pretendía llegar por la sucesión de las generaciones, notando los tiempos, hasta el nacimiento y vida de Noé, en cuya época sucedió el Diluvio, sólo refirió las generaciones, no las que primero tuvieron sus padres, sino las que se encontraron en el catálogo del árbol genealógico. Y para que esto se vea más claro y ninguno dude que pudo ser lo que digo, quiero poner un ejemplo: Queriendo el evangelista San Mateo poner, para perpetuo recuerdo de los mortales, la estirpe y descendencia de nuestro Señor Jesucristo, según la carne, por el Orden y descendencia de sus padres, principiando por su padre Abraham y procura solo venir en primer lugar a David, dice: «Que Abraham engendró a Isaac.» ¿Por qué no dijo a Ismael, a quien había engendrado primero? Isaac engendró a Jacob. ¿Por qué no dijo a Esaú, que fue el primogénito?

Porque por ellos no podía llegar a David. Después prosigue: «Jacob engendró a Judas y a hermanos.» ¿Acaso Judas fue su primogénito? Judas engendró a Phares y a Zaram; tampoco algunos de estos mellizos fue primogénito de Judas, sino que antes de ellos había ya tenido otros tres. Así que puso en el orden de las generaciones a aquellos por quienes había de llegar a David, y de allí adonde pretendía. De lo cual puede entenderse que entre los hombres de los primeros siglos, antes del Diluvio, tampoco se refieren los primogénitos sino aquellos por quienes había de continuarse el orden de las generaciones que sucedieron hasta el patriarca Noé, para que no nos fatigue y dé en qué entender la cuestión oscura y no necesaria de su tardía pubertad.

CAPITULO XVI

Del derecho de los matrimonios y de cómo los primeros fueron diferentes de los que después se usaron Teniendo, pues, necesidad el humano linaje, después de la primera unión del hombre, que fue criado del polvo de la tierra, y de su mujer, que fue formada del costado del hombre, del matrimonio entre uno y otro sexo para su multiplicación, y no habiendo otros hombres, tomaron por mujeres a sus hermanas, lo cual, sin duda, cuanto más antiguamente lo hicieron los hombres impeliéndolos la necesidad, más culpable ha sido después prohibiéndolo la religión, prohibición originada por un justo respeto al amor y a la caridad, para que los hombres a quienes importan la concordia se uniesen entre sí con diversos vínculos de parentescos y uno solo no tuviese muchos en una familia, sino que todos se esparciesen por todas, y de este modo tuviesen diversas personas muchos de estos enlaces, para que llegase a unirse más estrechamente la vida civil.

Porque padre y suegro son nombres de dos parentescos, teniendo, pues, cada lino a uno por padre y a otro por suegro, a muchos más se extiende el amor y la caridad. Pero lo uno y lo otro era preciso que fuese Adán de sus hijos y de sus hijas cuando se casaban los hermanos con sus hermanas. Del mismo modo su mujer, Eva, para sus hijos e hijas fue madre y suegra, que si fueran dos mujeres, una madre y otra suegra, más copiosamente se uniera el amor civil y social. Finalmente, la hermana, porque venía a ser esposa, siendo una, tenía dos parentescos, los cuales, distribuidos en diferentes personas, de manera que una fuese la hermana y otra la esposa, se acrecentaba la afinidad social con más número de hombres. Pero entonces no había posibilidad de hacerlo, por no haber otros que los hermanos y hermanas, hijos de los dos primeros hombres.

Posteriormente, cuando fue posible, se estableció que, habiendo abundancia, se tomasen por esposas y mujeres las que no eran ya hermanas, de modo que no sólo no hubiese necesidad de hacer aquello, sino que si se hiciese pecado. Porque si los nietos de los primeros hombres que podían ya recibir por mujeres a sus primas, se casaran con sus hermanas, vinieran a juntarse en un hombre, no ya dos, sino tres parentescos; cuando lo conveniente era extender estos lazos para estrechar mas el amor con una afinidad más numerosa; evitando que un hombre fuese de sus hijos casados, es a saber, del hermano unido con su hermana, padre, suegro y tío; y su mujer de mismos hijos comunes, madre, suegra y tía, y asimismo los hijos de éstos entre sí no sólo fueran hermanos y maridos, sino también primos, porque eran también hijos de hermanos. Todos estos parentescos que trababan con un hombre tres hombres, trabaron con el mismo nueve si se hiciera cada matrimonio con persona de otra familia, de manera que viniera a tener un hombre a una por hermana, a otra por mujer, a otra por prima; a uno por padre, a otro por tío, a otro por suegro; a una por madre, a otra por tía, a otra por suegra; y de este modo el vínculo civil con frecuentes afinidades y parentescos se extendiera más copiosa y numerosamente. Habiendo crecido y multiplicádose el linaje humano, vemos que se observa así aun entre los impíos idólatras, de forma que, aunque por bases perversas se permitan los matrimonios entre hermanos, con todo, la costumbre más loable es abominar de esta libertad licenciosa.

Y habiendo sido lícito en los primeros tiempos del linaje humano el recibir por mujeres a las hermanas, se extraña hoy de tal modo como si nunca hubiera podido suceder: porque, en efecto, para atraer o extrañar el sentido humano, es muy poderosa la costumbre, la cual, como en este caso, pone freno a la inmoderación y destemplanza del apetito, con razón se tiene por acción abominable el innovarla y quebrantarla; porque si es cosa inicua e injusta,

por codicia de la hacienda, traspasar el límite o término colocado en un campo, ¿cuánto más inicuo e injusto será por el apetito de gozar una mujer traspasar los límites de las buenas costumbres? Hemos visto por experiencia en los casamientos de primos en nuestros tiempos, por el grado de parentesco próximo al de hermano, cuántas veces se rechazaba por buena costumbre lo que era lícito hacer según las leyes; porque esto, ni la divina lo prohibió, ni la humana lo había vedado. Sin embargo, rehusaban lo que era lícito por lindar con lo ilícito, pues lo que se hacía con la prima casi parecía que se hacía con la hermana, porque aun entre sí, por el parentesco tan cercano, se llaman hermanos, y lo son casi como nacidos de un padre y de una madre. No obstante, los padres antiguos tuvieron mucho cuidado y diligencia para que el parentesco que se iba paulatinamente apartando y dirimiendo, extendiéndose por las ramas, no se alejase demasiado y dejase de ser parentesco, tornando a unirlo de nuevo con el vínculo del matrimonio antes que se alejase mucho y restaurándole cuando en cierto modo iba ya desapareciendo. Y así, estando ya el mundo poblado de hombres, gustaban de contraer matrimonio, aunque no con hermanas de parte de padre o de madre, o de ambos, sí con mujeres de su linaje. ¿Y quién duda que con más decoro, y honestidad se prohiben también en este tiempo los casamientos entre primos, no sólo por lo que hemos dicho del acrecentamiento y multiplicación de afinidades, para que no tenga dos parentescos una sola persona, pudiéndolos tener dos y crecer el número de la proximidad, sino también porque, no sé cómo, la modestia humana tiene cierta cualidad natural y loable que refrena el apetito, realmente libidinoso, no uniéndose con aquella a quien, por razón de la proximidad, debe tener con pudor un honroso respeto, apetito del que se ruboriza aún la modestia y honestidad de los casados? Así pues, la unión del varón y de la mujer, por lo que toca al linaje humano, es el semillero de la ciudad; aunque sólo la ciudad terrena tiene necesidad de generación, y la celestial, de regeneración para libertarse del daño de la generación.

Si hubo alguna señal corporal y visible de regeneración antes del Diluvio, y si la hubo cuál fue, así como después impuso Dios a Abraham la circuncisión, la Sagrada Historia no lo insinúa. Con todo, no deja de decir que sacrificaron a Dios aquellos antiquísimos hombres, como se observó ya en los dos primeros hermanos. Y de Noé; después del Diluvio, leemos que luego que salió del Arca ofreció a Dios hostias o víctimas y sacrificios. De esto ya hemos hablado en los libros precedentes, diciendo que los demonios que se apropian y atribuyen la divinidad y desean que los tengan por dioses, quieren que les ofrezcan sacrificios y se complacen de tales honores, no por otro motivo sino porque saben que el verdadero sacrificio se debe solamente al Dios verdadero.

CAPUULO XVII

De los dos padres y jefes que nacieron de un padre Siendo, pues, Adán padre y cabeza le ambas generaciones, esto es, de la que pertenece a la ciudad terrena y de la que toca a la celestial, muerto Abel, y habiendo en su muerte figurado un admirable Sacramento y misterio, vinieron a ser dos los padres y progenitores de una y otra generación, Caín y Seth, en cuyos hijos, que fue indispensable nombrarlos, comenzaron mostrarse con más evidencia en la humana estirpe los indicios y señales de estas dos ciudades; porque Caín engendró a Enoch, de cuyo nombre fundó una ciudad terrena, es a saber, la que no peregrina en este mundo, sino la que reposa y descansa en su temporal paz y felicidad; pues

interpretada la palabra Caín, quiere decir posesión, y así; cuando nació, dijeron su padre y su madre: «He adquirido un hombre por don y merced de Dios»; Enoch quiere decir dedicatoria, porque la ciudad terrena se dedica donde funda, por tener allí el fin que pretende y apetece.

Pero Seth, interpretado, quiere decir resurrección, y Enos, su hijo, quiere decir hombre, no como Adán (que también este nombre significa hombre), porque dicen que Adán es común en lengua hebrea al varón y a la mujer, y así habla de él la Sagrada Escritura: «Criólos Dios varón y hembra, bendíjolos, y llamólos por nombre Adán.» No hay duda que la mujer se llamó Eva con propio nombre, mas de tal manera, que Adán, que quiere decir hombre, fuese nombre común a ambos; pero Enos de tal suerte significa hombre; que afirman los instruidos en aquél idioma que no puede acomodarse a la mujer, como hijo de resurrección, donde ni los hombres ni las mujeres se casarán ni ha de haber ge- neración cuando nos lleve allá la regeneración.

Por lo cual, soy de parecer que no en vano debe notarse que en las generaciones que se van sucediendo y multiplicando del que se denomina Seth; aunque se dice que engendró hijos e hijas; no se expresa mujer alguna de las procreadas; pero en las que se suceden aumentan de Caín al mismo fin hasta el término de la sucesión se nombra la última mujer engendrada; porque dice el sagrado texto: «Matusalén procreó a Lamech, y éste tomó en matrimonio dos mujeres; de las cuales, la una se llamó Ada y la segunda Sela; Ada dio a luz a Jobel, que fue padre y cabeza de los que vivían en los tabernáculos apacentando ganado, y el nombre de su hermano fue Jubal.

Este fue él que inventó el salterio y la cítara; también Sela engendró Thobel, el cual fue maestro y artífice de labrar el bronce y hierro, y la hermana de Thobel fue Noema.» Hasta aquí se extienden todas las generaciones de Caín, que son desde Adán ocho, incluso el mismo Adán, es a saber, siete hasta Lamech, el cual estuvo casado con dos mujeres, y la octava generación es la de sus hijos; entre quienes se cuenta también la mujer; donde con la mayor elegancia se nos significó que la ciudad terrena hasta su fin había de tener generaciones carnales, fruto de la unión carnal entre el varón y la mujer, y lo que en ningún otro lugar se halla antes del Diluvio, a excepción de Eva, se observa aquí; donde se ponen por sus nombres propios las mujeres de aquel hombre que se nombra en último lugar por padre. Y así como Caín, que quiere decir posesión, fundador de la ciudad terrena, y su hijo Enoch, que quiere decir dedicatoria, en cuyo nombre fue fundada, muestran que esta ciudad tiene su principio y su fin todo terreno, donde no se esperaba más de lo que puede verse en este siglo; así, siendo Seth, que quiere decir resurrección, padre y cabeza de las generaciones que se refieren aparte, importa que veamos qué es lo que dice de su hijo esta sagrada historia.

CAPITULO XVIII

Qué se nos significó en Abel, Seth y, Enos, que parezca pertenecer a Cristo y a su cuerpo esto es, a su Iglesia «A Seth -dice- le nació un hijo, y le puso por nombre Enos. Este esperó invocar el nombre del Señor Dios.» Efectivamente, clama el testimonio de la verdad; así como con esperanza vive el hombre, hijo de la resurrección, con confianza vive mientras

peregrina por la tierra la Ciudad de Dios, la cual se funda y engendra con la fe en la resurrección de Jesucristo; porque en aquellos dos hombres, Abel, que quiere decir llanto, y su hermano Seth, que significa resurrección, se nos prefigura la muerte del Salvador, y su vida resucitada entre los muertos; de la cual se engendra aquí la Ciudad de Dios, esto es, el hombre que esperó invocar el nombre del Señor Dios.

Pues como dice el Apóstol: «El cumplimiento de nuestra salvación está en la esperanza, pero la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que ve uno y lo que posee ¿cómo puede decirse que lo espera? Y si esperamos lo que no vemos ni poseemos, con paciencia lo aguardamos.» ¿Y quién ha de imaginar que esta doctrina carece de algún profundo misterio? ¿Por ventura Abel no invocó con esperanza el nombre del Señor Dios; cuyo sacrificio refiere la Escritura que fue tan aceptable a Dios? Y el mismo Seth, ¿acaso no invocó con confianza el nombre del Señor Dios, por quien se dijo: «Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel?» ¿Por qué causa se atribuye, pues, a éste con propiedad lo que se entiende que es común a todos los hombres piadosos, sino porque convenía que aquel que nació el primero del padre, y cabeza de las generaciones separadas por la ciudad soberana, figurase al hombre, esto es, la sociedad y congregación de hombres, que vive, no según el hombre en la posesión de la ciudad terrena, sino según Dios, en la esperanza de la felicidad eterna?

Y no dijo la Escritura: «Este esperó en el Señor Dios, o este invocó el nombre del Señor Dios, sino que dijo: «Este esperó invocar el nombre del Señor Dios.» ¿Qué quieren decir las palabras «esperó invocar» sino una profecía de que había de nacer y descender de él un pueblo que, según la elección de la gracia, invocase el nombre del Señor? Esto es lo que dijo otro profeta, y el Apóstol lo explica de este pueblo que pertenece a la gracia de Dios: «Que cualquiera que invocare el nombre del Señor se salvará.» Las palabras de la Escritura: «Y le puso por nombre Enos, que significa hombre, y lo que después añade: «Este esperó invocar el nombre del Señor Dios, bastantemente nos manifiesta que no debe fijar el hombre la esperanza en sí propio, porque, como insinúa en otro lugar la Escritura, «maldito es cualquiera que pone su esperanza en el hombre, y, por consiguiente, ni en si propio, para que sea ciudadano de la otra ciudad que no se dedica como la del hijo de Caín en este tiempo, esto es, en el presuroso curso de este mortal siglo, sino que se dedica en la inmortalidad de la bienaventuranza eterna».

CAPITULO XIX

De la significación que figura la traslación de Enoch Esta genealogía, cuyo progenitor y jefe es Seth, tiene su nombre peculiar de dedicatoria en una de sus generaciones, que es la séptima desde Adán, contando a éste; pues haciendo la numeración desde nuestro primer padre, el séptimo que nació fue Enoch, que quiere decir dedicatoria. Este es el que agradó a Dios, porque fue transportado fuera del mundo y es insigne por el número que le cupo en la lista de las generaciones, que es del día consagrado al descanso, es a saber, el séptimo, principiando desde Adán; pero empezando desde el padre y cabeza de esta estirpe, que se distingue de la descendencia de Caín, esto es, de Seth, es el sexto, en cuyo día fue criado el hombre y acabó o cesó Dios todas sus admirables obras. La traslación de Enoch fue una figura de la dilación de nuestra dedicatoria, la cual vino a hacerse en Cristo nuestra cabeza,

el cual resucitó para no morir más. Resta aún otra dedicatoria de toda la casa y descendencia, cuyo fundamento es el mismo Jesucristo, la cual se difiere para lo último, cuando vendrá a ser la resurrección de todos los que no han de morir ya más llámese casa de Dios, templo de Dios o Ciudad de Dios, es una misma cosa, y no ajena del estilo con que suelen hablar los latinos, porque también Virgilio, a la ciudad imperial o metrópoli de tantos imperios la llama casa de Assaraco, aludiendo a los romanos que por parte de los troyanos traen su origen de Assarado; y á estos mismos los llama casa de Eneas, porque los troyanos, siendo este su castillo cuando vinieron a Italia, fundaron a Roma, Aquel poeta imitó a la Sagrada Escritura, en la cual un pueblo tan grande como el de los hebreos se llama casa de Jacob.

CAPITULO XX

Cómo la sucesión de Caín termina en ocho generaciones, comenzando desde Adán, y entre los descendientes, del mismo padre Adán, Noé es el décimo Dirá alguno: sí pretende el autor de esta historia referir las generaciones, desde Adán por su hijo Seth para Poder llegar a Noé, en cuyo tiempo sucedió el Diluvio, y desde él continuar otra vez el catálogo y serie de los que nacían, hasta llegar a Abraham, desde el cual el evangelista San Mateo principia las generaciones con que llegó a Cristo, rey eterno de la Ciudad de Dios, ¿qué pretende en las generaciones que comienzan desde Caín, y hasta dónde intentar llegar con ellas? Respóndese que hasta el Diluvio, en que feneció y se consumió todo el linaje de la ciudad terrena; aunque se restableció después en los hijos de Noé, dado, que no podrá faltar esta ciudad terrena y congregación de hombres que viven según el hombre hasta el fin del siglo, sobre el cual dice el Señor: «Los lujos de este siglo engendran y son engendrados.» Pero a la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, la regeneración la conduce a otro siglo cuyos hijos ni procrean ni son procreados.

Así pues, aquí el engendrar y ser engendrados es común a una y otra ciudad; aunque la Ciudad de Dios tenga también en la tierra muchos millares de ciudadanos que se abstienen de la generación, como la otra los tiene igualmente por imitación, aunque viven equivocados. A ésta pertenecen también los que, apartándose de la fe; fundaron diversas sectas erróneas y heréticas, puesto que viven según el hombre y no según Dios; y los gimnosofistas de la India, que se dice filosofan desnudos en los despoblados y desiertos de aquella región, son sus ciudadanos y guardan continencia, aunque esto no es bueno sino cuando se hace según y conforme a la fe del Sumo Bien, que es Dios.

Con todo, no se sabe que hiciese esto ninguno antes del Diluvio, pues el mismo Enoch, que era el séptimo empezando desde Adán, y de quien se refiere que fue transportado de este mundo sin que muriese, engendró hijos e hijas antes de su traslación, entre ellos Matusalén, por quien continúa el orden de las generaciones que se han de contar. ¿Y por qué causa se refieren tan pocas Sucesiones en la generación que procede de Caín, si convenía llegar con ellas hasta el Diluvio, y no era tan larga la edad que precedía a la pubertad que estuviese sin tener hijos ciento o más años? Porque si el autor de este libro no pretendía buscar alguno a quien necesariamente hubiese de llegar con el catálogo de las generaciones, como en las que viene de la estirpe de Seth, y sólo deseaba llegar, a Noé, desde quien nuevamente continuara la lista indispensable, ¿qué necesidad había de dejar los hijos primogénitos para

llegar a Lamech, en cuyos hijos termina aquel catálogo, es a saber, en la octava generación, comenzando desde Adán, y en la séptima desde Caín, como si desde allí hubiera de continuar adelante para llegar; o al pueblo israelítico, en el cual la terrena Jerusalén presentó una figura profética de la ciudad celestial, o a Cristo, según su humanidad, el que es sobre todo bendito para siempre, fundador y rey de la Jerusalén celestial, habiendo perecido con el Diluvio toda la prole y descendencia de Caín?

Por donde puede colegirse que en el mismo orden cronológico de generaciones se refirieron los primogénitos. ¿Y por qué son tan pocos? Pues no pudieron ser tan pocos hasta el Diluvio, si la pubertad no guardaba proporción con la duración de la vida y los hombres no tenían entonces hijos tan pronto como ahora, sino según la proporción de aquella larga vida, siendo también tardía la pubertad y edad madura para engendrar. Porque concedido que todos igualmente fuesen de treinta años cuando principiaron a procrear hijos, ocho veces treinta (porque ocho son las generaciones con Adán, y con los que engendró Lamech), son doscientos y cuarenta años. ¿Acaso en todo el tiempo que resta hasta el Diluvio no engendraron? ¿Por qué razón el que escribió esto no quiso contar y referir las generaciones que siguen? Porque desde Adán hasta el Diluvio hay, según nuestros libros, dos mil doscientos sesenta y dos años, y según los hebreos, mil seiscientos cincuenta y seis, y aun cuando creamos que este número menor es el verdadero, quítense de mil seiscientos cincuenta y seis años doscientos cuarenta, ¿por ventura es creíble que por mil cuatrocientos y más años que restan hasta el Diluvio estuvo sin engendrar toda la descendencia de Caín? Al que convenza esta razón, acuérdese que cuando pregunté cómo debemos creer que aquellos antiguos hombres pudieron por tantos años estar sin engendrar hijos, de dos maneras resolvimos esta cuestión: o por la pubertad y edad tardía para procrear según la proporción de una vida tan dilatada, o porque los hijos que se refieren en las generaciones no eran los primogénitos, sino aquellos por quienes el autor del libro podía llegar al que pretendía llegar, como a Noé en las generaciones de Seth.

Por lo cual, si al reseñar las generaciones de Caín no tuvo el autor del Génesis el mismo propósito que al narrar las de Seth, deberemos acudir a la segunda explicación de la pubertad tardía, de manera que viniesen a ser capaces de engendrar después de cíen años de edad; para que corra la lista de las generaciones por los primogénitos, y llegue hasta el Diluvio al justo número de los años. Aunque pudo suceder que por otra causa secreta que ignoro, hasta Lamech y sus hijos refiriese las generaciones de esta ciudad terrena, y después dejase el escritor del libro de contar las demás que pudo haber hasta el Diluvio. Pudo también ser causa de que no continuara la serie de las generaciones por los primogénitos, independientemente de lo tardío: de la pubertad en aquellos hombres, que la ciudad que fundó Caín con el nombre de su hijo Enoch extendiera largamente sus limites y dominio, y que tuviera muchos reyes, no juntamente, sino uno después de otro, de padres a hijos, sin guardar orden de primogenitura. El primero de estos reyes pudo ser Caín; el segundo, su hijo Enoch, cuyo nombre tuvo la ciudad en donde reinó; el tercero, Gaidad, a quien engendró Enoch; el cuarto, Manihel, a quien procreó Gaidad; el quinto, Mathusael, a quien engendró Manihel; el sexto, Lamech, a quien engendró Mathusael, que es el séptimo rey desde Adán por Caín.

No era indispensable que los primogénitos sucedieren en el reino a sus padres, sino los que por mérito, por alguna virtud que interesase a la ciudad terrena o alguna ley, estatuto,

costumbre o buena suerte fueran llamados a la sucesión. Principalmente sucedía al padre por cierto derecho hereditario de reinar el que el padre amaba más cordialmente que a los demás hijos. Y pudo, viviendo y reinando todavía Lamech, suceder el Diluvio, de forma que él con todos los demás hombres se ahogase, a excepción de los que se hallaron en el Arca. No debe maravillarnos que habiendo gran diferencia de años entre los que se ponen en la genealogía desde Adán hasta el Diluvio, no tuviese una y otra estirpe igual número de generaciones, sino por parte de Caín siete, y por la de Seth, diez, porque Lamech es séptimo, contando desde Adán, y décimo Noé. Y se refirieron muchos hijos de Lamech, y no uno solo, como en los precedentes, por ser incierto que le había de suceder en muriendo si quedara tiempo para reinar entre 61 y el Diluvio.

Como quiera que la serie de generaciones que desciende de Caín, sea por primogénitos o por reyes, me parece que no se debe pasar en silencio que siendo Lamech el séptimo desde Adán, se citan tantos hijos suyos para llegar al número undécimo, que significa el pecado. Nombra la Escritura tres hijos y una hija, y por lo que toca a las mujeres con quienes estuvieron casados, puede significar otra cosa de que ahora no nos ocupamos, por tratar sólo de las genealogías. Y de ellas no se dice quiénes fueron hijas. Como la ley se nos presenta con el número denario, por lo que es tan famoso y memorable el Decálogo, sin duda el número undécimo, porque excede al décimo, significa la transgresión de la ley, y por esto el pecado.

De aquí dimana que al Tabernáculo del testimonio, que cuando viajaba el pueblo de Dios era como un templo portátil, mandó Dios que se le hiciesen once velos cilicinos; esto es, hechos de pelos de cabras y camellos, porque en el cilicio está la memoria de los pecados cometidos por los cabritos que han de estar a la siniestra; y confesando esta verdad nos postramos con cilicio, como diciendo lo que expresa el real profeta: «Mi pecado está siempre delante de mis ojos.» Así pues, la estirpe que desciende desde Adán por el perverso Caín concluye con el número undécimo, que significa el pecado, y el mismo número termina en mujer, de la cual tuvo si principio el pecado por el que morimos todos.

Y sucedió que prosiguiese también la sensualidad que resiste al espíritu, porque hasta la misma hija de Lamech, Noema, quiere decir deleite. Pero desde Adán, por Seth, hasta Noé, se nos recuerda el denario, número legítimo, al cual se le añaden tres hijos de Noé. Y habiendo caído el uno, bendice el padre a los dos para que, desechado el réprobo y añadidos los hijos buenos y aceptables al número, se nos presente el número doce, el cual igualmente es insigne por el número de los patriarcas y apóstoles y por las partes del septenario, multiplicadas una por otra, pues le forman tres veces cuatro o cuatro veces tres.

Siendo esto así, creo que nos resta considerar cómo estas dos prosapias, que con sus distintas generaciones nos señalan dos ciudades, una de los terrenos y otra de los regenerados, se vinieron después a mezclar y confundir de forma que mereció perecer con el Diluvio todo el humano linaje, exceptuadas únicamente ocho personas.

CAPITULO XXI

La escritura refiere de distinto modo las generaciones de Caín y de Seth Es digno de advertir cómo en la serie de las generaciones desde Caín, que refiere la Escritura, habiendo contado antes de los demás sucesores a Enoch, que dio nombre a la ciudad fundada por Caín, continuaron los demás, hasta que aquel linaje y toda la estirpe se acabó y feneció con el Diluvio; pero después de haber enumerado a Enos, hijo de Seth, sin proseguir con los demás hasta el Diluvio, interpone un párrafo y dice; «Este es el libro de la generación de los hombres; el día que crió Dios al hombre le crió a su imagen y semejanza. Criólos varón y hembra, los bendijo y llamó por nombre Adán en el día que los crió.» Lo cual, en mi opinión, se interpuso para principiar desde aquí otra vez, y desde el mismo Adán, el cómputo de los tiempos, el cual no quiso hacer el que escribió esto al tratar de la ciudad terrena, como si a ésta la refiriera Dios de forma que no la quisiese computar.

Mas ¿por qué motivo desde aquí vuelve a esta recapitulación después de haber nombrado al hijo de Seth, «hombre que esperó invocar el nombre del Señor Dios», sino porque convenía proponer así estas dos ciudades, la una por el homicida hasta llegar al homicida (porque también Lamech confiesa delante de sus dos mujeres que cometió homicidio), y la otra por aquel que esperó invocar el nombre del Señor Dios? En esta vida mortal, éste es el negocio sumo de la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, el cual nos debía recomendar un hombre engendrado por aquel en quien revivía Abel asesinado. Porque aquel hombre uno es la unidad de toda la ciudad soberana, aunque no la unidad completa, sino la que se ha de ir completando con este diseño y figura profética.

El hijo de Caín, esto es, el hijo de la posesión, ¿qué nombre ha de tener sino el de la ciudad terrena, que se fundó llamándola de su nombre? Porque, en efecto, es de aquellos de quienes dice el salmo «que habían de poner los nombres que ellos tenían a sus tierras», y por eso les sucede lo que dice en otro lugar: «Señor, allá en tu ciudad reducirás a nada sus imágenes.» Pero el hijo de Seth, esto es, el hijo de la resurrección, el que espera invocar el nombre del Señor, es la figura de aquella sociedad y congregación que dice: «Yo, corno oliva fructuosa en la casa de Dios, esperé en su divina misericordia», y de aquella que no pretende en la tierra la gloria vana del nombre célebre, porque «sólo es bienaventurado aquel que pone su confianza en el nombre del Señor y no mira a las vanidades y falsas, locuras de los hombres».

Así pues, habiendo propuesto dos ciudades, una en la posesión de este siglo y otra en la esperanza divina, salidas ambas como de la común puerta de la mortalidad que se abrió en Adán, para que corran a sus propios y debidos fines, empieza la enumeración de los tiempos, en la cual se añaden asimismo otras generaciones, haciendo la recapitulación desde Adán, de cuya estirpe condenada, como de una masa justamente anatematizada, hizo Dios a unos, para deshonra e ignominia, vasos de ira, y a otros, para honor y gloria, vasos de misericordia; dando a los unos lo que se les debe en pena de su crimen, y haciendo a los otros merced de lo que no se les debe en la gracia; para que por la misma comparación y cotejo de los vasos de ira aprenda la ciudad soberana que peregrina la tierra a no confiar en los sentimientos del libre albedrío, sino a esperar invocar el nombre del Señor Dios. Porque la voluntad en la naturaleza, siendo Dios bueno, la hizo buena; pero siendo en sí mismo inmutable, la hizo mudable, pues la hizo de la nada y puede declinar de lo bueno para hacer lo malo, lo que se ejecuta con el libre albedrío; y puede declinar de lo malo para hacer lo bueno, lo cual no se hace sino con el favor y auxilio de Dios.

CAPITULO XXII

De la caída de los hijos de Dios porqué se aficionaron a las mujeres extranjeras, por lo cual todos, exceptuadas ocho personas, merecieron perecer en él Diluvio Propagándose y creciendo el humano linaje con el libre albedrío de la voluntad, participando de la iniquidad, vino a hacerse una mezcla y confusión de ambas ciudades, cuya desventura principió nuevamente por la mujer, aunque no del mismo modo que al principio, porque aquellas mujeres no hicieron entonces pecar a los hombres, alucinadas o seducidas por los engaños de alguno, sino que los hijos de Dios, esto es, los ciudadanos de la ciudad que peregrina en el mundo se aficionaron a las que desde el principio se criaron con malas costumbres en la ciudad terrena, es a saber, en la sociedad de los hombres terrenos, por la gentileza y hermosura de los cuerpos de ellas, cuya hermosura, aunque es un don de Dios bueno y estimable, sin embargo, lo concede también a los malos, porque no parezca singular prerrogativa y gracia a los buenos.

Así que, desamparando el bien incomparable, propio y característico de los buenos, se abatieron y humillaron al bien ínfimo, no peculiar de los buenos, sino común a los buenos y a los malos. Y de este modo los hijos de Dios se enamoraron de las hijas de los hombre, y para alcanzarlas por mujeres y gozar de su hermosura, se acomodaron a las costumbres de la sociedad terrena, desertando de la piedad que guardaban fielmente: en la sociedad y, congregación santa. Porque se aprecie mal la hermosura del cuerpo, bien criado por Dios, pero temporal, carnal e inferior, si por ella se deja a Dios, bien interno y sempiterno; así como desamparando la justicia aman también los avaros el oro sin pecado del oro, sino por culpa del hombre; y lo mismo sucede en todas las criaturas, porque como son buenas pueden ser bien y mal amadas; es a saber, bien, guardando el orden y mal, perturbando el orden, lo cual en estos versos, breve y concisamente, dijo un sabio en elogio del Criador: «Estas cosas tuyas son, y son buenas; Porque tú que eres bueno las criaste; no hay cosa nuestra en ellas, sino que pecamos, amando sin orden, en vez de ti, a la criatura» Pero el Criador, si verdaderamente es amado, esto es, si le ama a El mismo y no a otra cosa en su lugar que no sea El, no se puede amar mal, porque hasta el mismo amor debe ser amado ordenadamente, amando bien lo que debe amarse para que haya en nosotros la virtud con que se vive bien; por lo cual soy de parecer que la definición compendiosa y verdadera de la virtud es el orden en amar o el amor ordenado.

Y así en los Cantares canta a Esposa de Jesucristo que es la Ciudad de Dios, y pide «que ordene en ella el amor». Trastornando, pues, y turbando el orden de este amor y caridad, despreciaron los hijos de Dios a Dios y amaron a las hijas de los hombres, con cuyos dos nombres bastante se distingue y conoce una y otra ciudad. Pues tampoco aquéllos naturalmente dejaban de ser hijos de los hombres, sino que habían comenzado a tener otro nombre por la gracia; porque la misma Escritura, donde dice que los hijos de Dios se aficionaron a las hijas de los hombres, a los mismos los llama también ángeles de Dios, por cuyo motivo muchos se han imaginado que aquéllos no fueron hombres, sino ángeles.

CAPITULO XXIII

Si es creíble que los ángeles, siendo de sustancia espiritual, se enamoraran de la hermosura de las mujeres; se casaran con ellos y de ellos nacieron los gigantes. Hemos tocado de paso en el libro III de esta obra, dejándola por resolver, la cuestión sobre si pueden los ángeles, siendo espíritus puros, conocer carnalmente a las mujeres; porque dice la Sagrada Escritura, «que hace Dios ángeles suyos a los espíritus», esto es, que aquellos que por su naturaleza son espíritus hace que sean ángeles suyos,' encargándoles el honor de ser nuncios y legados suyos; pues lo que en idioma griego se dice angelus, en el latino significa nuncio o mensajero.

Pero es aún controvertible y dudoso, si cuando consecutivamente dice: «y a sus ministros fuego ardiente», habla de sus cuerpos, o quiere significar que sus ministros deben estar encendidos en caridad, como un cuerpo actual. Porque la misma inefable Escritura afirma que los ángeles aparecieron a los hombres en tales cuerpos, que no sólo los pudiesen ver, sino también tocar. Pero que los santos ángeles de Dios pudiesen caer en, alguna torpeza en aquel tiempo, no lo puedo creer, ni que de éstos habló el apóstol San Pedro cuando dijo: «Dios no perdonó a sus ángeles cuando pecaron, sino que dio con ellos en las prisiones tenebrosas del infierno para castigarlos y reservarlos para el juicio final», sino que habló de aquellos que, apostatando y dejando a Dios, cayeron al principio con el demonio, su caudillo Y príncipe, que fue quien de envidia, con fraude serpentina, engañó al primer hombre: Y que los hombres de Dios se llamaron también ángeles, la misma Sagrada Escritura claramente lo testifica, pues aun de San Juan dice: «Yo enviaré mi ángel delante de ti, el cual dispondrá tu camino»; y el profeta Malaquias, por cierta gracia propia, esto es, por la que a él propiamente se le comunicó, se llamó a sí mismo ángel.

Pero lo que hace dudar a algunos es que de los que se llaman ángeles de Dios, y de las mujeres que amaron, leemos que nacieron, no hombres como los de nuestra especie, sino gigantes, como si no hubieran nacido también en nuestros tiempos algunos que en la elevada estatura de sus cuerpos han excedido extraordinariamente la medida ordinaria de nuestros hombres, como tengo referido arriba. ¿No hube en Roma, hace pocos años, antes de la ruina y estragos que los godos hicieron en aquella suntuosa ciudad, una mujer con su padre y madre, cuyo cuerpo en cierto modo gigantesco sobrepujaba y excedía notablemente a todos los demás, y que sólo pata verla acudía singular concurso de todas partes, causando particular admiración que sus padres no eran más altos que los más altos, que ordinariamente vemos.

Pudieron, pues, nacer gigantes aun antes que los hijos de Dios, que se dijeron también ángeles de Dios, se mezclasen con las hijas de los hombres, esto es, de los que vivían Según el hombre, es a saber, los hijos de Seth con las hijas de Caín; porque, la Sagrada Escritura, donde leemos esto, dice así: «Y sucedió después que comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra, y tuvieron hijas. Viendo los ángeles de Dios las hijas de los hombres que eran buenas y de buen aspecto, escogieron, entre todas mujeres para sí, con quienes se casaron, y dijo el Señor Dios: «No permanecerá mi espíritu, esto es, la vida que les he dado, en esto; hombres para siempre, porque son carnales y serán sus días ciento y veinte años.

En aquellos días había gigantes en la tierra, y después de esto, mezclándose los hijos de Dios con las hijas de los hombres, engendraron para sí hijos, estos fueron los gigantes, hombres tan famosos y celebrados desde el principio del mundo.» Estas palabras del sagrado texto bien claro nos manifiestan que ya en aquellos tiempos había habido gigantes en la tierra cuando los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres, amándola: porque eran buenas, esto es, hermosas, pues acostumbra la Sagrada Escritura Mamar buenos también a los hermosos en el cuerpo. Pero después que acaeció esta novedad, nacieron asimismo gigantes, pues dice: «En aquellos días había gigantes sobre la tierra, y después de esto, mezclándose los hijos de Dios con las hijas de los hombres, etcétera.» Luego los hubo ya antes en aquellos días y después de ellos.

Y lo que dice «y engendraban para sí hijos», bastantemente da a entender que antes de caer en aquella flaqueza los hijos de Dios engendraban hijos para Dios, no para sí; esto es, no dominando en ellos el apetito de la torpeza, sino sirviendo al cargo de la generación y propagación; no formando una familia para su fausto y soberbia; sino para que fuesen ciudadanos de la Ciudad de Dios, y asimismo para anunciarles como ángeles de Dios «que pusiesen en Dios su esperanza», imitando a aquel que nació de Seth, hijo de resurrección, y que esperó invocar el nombre del Señor Dios para que con esta esperanza fuesen herederos con sus descendientes de los bienes eternos y, debajo de un Dios Padre, hermanos de sus hijos. Pero no se debe entender que de tal manera fueron ángeles de Dios, que no fuesen hombres, como algunos imaginan. Sin duda alguna, la misma Escritura testifica que fueron hombres; pues habiendo dicho que, viendo los ángeles de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomaron pasa sí esposas entre todas las que escogieron; luego prosigue: «Y dijo el Señor: No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, porque son carnales.» Con el espíritu de Dios llegaron a ser ángeles de Dios e hijos de Dios; pero declinando a las cosas bajas de la tierra, los llama hombres con nombre de la naturaleza, y no de la gracia.

Llamó también a los espíritus desertores, que desamparando a Dios fueron desamparados y carne o carnales. Los setenta intérpretes, llamaron a éstos ángeles de Dios e hijos de Dios, lo cual seguramente no está así en todos los libros, porque algunos sólo dicen hijos de Dios; y Aguila, a quien los judíos anteponen a los demás intérpretes, traduce, no ángeles de Dios ni hijos de Dios, sino hijos de los dioses. Lo uno y lo otro es verdadero; porque eran hijos de Dios, al cual, teniendo por Padre, eran también hermanos de sus padres; y eran hijos de los dioses por haber nacido de los dioses, con quienes ellos mismos eran igualmente dioses, conforme a la expresión del real profeta: «Yo digo que sois dioses, y todos hijos del Altísimo.» Porque Se cree que los setenta intérpretes tuvieron espíritu profético para que cuando mudasen algo con la autoridad del Espíritu Santo, y dijese, lo que interpretaban de modo distinto al que en el original tenía, no se dudase de esto, lo decía el Espíritu Santo.

Aunque esto dice que aun en el hebreo está ambiguo, de forma que se pudo interpretar hijos de Dios e hijos de los dioses. Dejemos, pues, las fábulas de aquellas Escrituras que llaman apócrifas, porque de su principio, por ser oscuro; no tuvieron noticia clara los padres, quienes han transmitido las verdaderas e infalibles Escrituras con certísima fe y crédito hasta llegar a nosotros. Y aunque estos libros apócrifos dicen alguna verdad, con todo, por las, muchas mentiras que narran, no tienen autoridad canónica. No podemos negar que escribió algunas cosas inspiradas Enoch, aquel que fue el séptimo desde Adán, pues lo

confirma el apóstol San Judas Tadeo en su epístola canónica. Con todo, no sin motivo están los libros de Enoch fuera del Canon de las Escrituras que se custodiaban en el templo del pueblo hebreo, por la exacta diligencia de los sacerdotes que se iban sucediendo. Pues por su antigüedad los tuvieron por sospechosos, y no podían averiguar si su contenido era lo mismo que el Santo había escrito, no habiéndolas publicado personas tales que por el orden de sucesión se probase las hubiesen guardado legítimamente. Por la misma razón las cosas que con su nombre se publican y contienen estas fábulas de los gigantes, que no fueron hijos de hombres, con razón creen los prudentes que no se deben tener por suyas; como otras muchas que con el nombre de otros profetas, y otras modernas que con el de los apóstoles publican los herejes. Todo lo cual con el nombre de apócrifo, de diligente examen, está desterrado de los libros canónicos. Conforme a las Escrituras canónicas hebreas y cristianas, no hay duda que antes del Diluvio hubo muchos gigantes, y que éstos fueron ciudadanos de la sociedad terrena de los hombres; y que los hijos de Dios, que según la carne descendieron de Seth, declinaron y se pasaron a esta congregación, dejando la justicia. Y no es maravilla que de ellos pudiesen nacer gigantes, no porque fueran todos gigantes, sino porque hubo muchos más entonces que, en los tiempos que sucedieron después del Diluvio; los cuales quiso criar Dios para manifestar su omnipotencia.

Que no sólo la hermosura corporal, pero ni la grandeza y fortaleza debe estimar el sabio, cuya bienaventuranza consiste en los bienes espirituales e inmortales, que son mucho mejores y más sólidos, y propios de los buenos, no comunes a los buenos y a los malos. Así nos lo refiere el Profeta cuando dice: «Allí vivieron aquellos gigantes tan nombrados desde el principio, de grande estatura y belicosos. No escogió el Señor a éstos, ni les comunicó el verdadero camino de la sabiduría, sino que perecieron; y porque les faltó la sabiduría se perdieron por su consideración.»

CAPITULO XXIV

Cómo se debe entender lo que dijo el Señor de los que hablan de perecer en el Diluvio: «Serán sus días ciento y veinte años.» Lo que dijo el mismo Dios: «Serán sus días ciento y veinte años», no se debe entender como si les anunciara que después de la ruina universal del orbe, la vida de los hombres no había de pasar de ciento y veinte años, pues hallamos que aun después del Diluvio pasaron de quinientos; sino debe entenderse que se explicó así el Señor cuando andaba Noé próximo a cumplir quinientos años, esto es, en los cuatrocientos y ochenta de su vida, (los cuales llama a su modo la Escritura quinientos, significando muchas veces con el nombre del todo la mayor parte), porque a los seiscientos años de Noé, en el mes segundo, sucedió el Diluvio; y así dijo Dios que de ciento y veinte años sería la vida de aquellos hombres, los cuales cumplidos habían de acabar con el Diluvio.

Y no sin razón se cree que sucedió el Diluvio cuando no se halló ya en la tierra quien no mereciese la muerte, con que Dios castigó a los impíos, no porque tal género de muerte cause a los buenos (que alguna vez han de morir) algo que pueda dañarles después de la muerte, aunque ninguno de los que según la Sagrada Escritura descendieron del linaje de Seth murió con el Diluvio. La causa del Diluvio la refiere el Espíritu Santo de esta manera: «Viendo el Señor, dice, que se había multiplicado la malicia de los hombres en la tierra, y

que cada uno no maquinaba en su corazón sino maldades, y esto continuamente, pensó Dios cómo había criado al hombre sobre la tierra, y, reflexionando, dijo: «Destruirá al hombre que crié sobre la tierra; desde el hombre hasta las bestias, y desde las sabandijas y reptiles que andan arrastrándose, hasta las aves del cielo; porque estoy enojado de haberlas criado.»

CAPITULO XXV

Que la ira y enojo de Dios no perturba su inmutable tranquilidad La ira y enojo de Dios no es cierta perturbación de su ánimo, sino un juicio y sentencia con que da su respectiva pena y castigo al pecado; y su pensamiento y meditación es la razón inmutable de las cosas que han de mudarse Porque no es Dios como el hombre, que le pesa de alguna acción que haya ejecutado, sino que tiene sobre todas las cosas su dictamen y determinación tan fija y constante, como es cierta e infalible su presciencia.

Pero si no usara la Escritura tales palabras, no se acomodara tan familiarmente a toda suerte de personas, cuya utilidad espiritual procura, bien poniendo terror a los soberbios, alentaron y despertando a los negligentes, ejercitando a los que trabajan y la buscan, alimentando y sustentando a los inteligentes; lo cual no haría si primero no se inclinase y en algún modo descendiese a los que están postrados y humillados. Y el notificarles asimismo la muerte de todos los animales de la tierra y aves del cielo no es amenazar con la muerte a los animales irracionales, como si hubieran éstos pecado, sino declarar y ponderar la grandeza del estrago que sucedería.

CAPITULO XXVI

El Arca que mandó hacer Dios a Noé en todo significa a Cristo y a su iglesia Ordenó Dios a Noé, hombre justo y, como dice la verdadera Escritura, entre todos los de su tiempo el más perfecto (aunque no como lo han de llegar a ser los ciudadanos de la Ciudad de Dios en aquel estado de inmortalidad en el que se igualarán con los ángeles de Dios, sino como puede haber perfectos en esta peregrinación de la tierra); mandó Dios a Noé que construyese una Arca para salvarse de la inundación del Diluvio con los suyos, esto es, con su mujer, hijos, nueras y con los animales que por orden de Dios entraron con él en el Arca. lo cual es, sin duda, una figura representativa de la ciudad de Dios que peregrina en este siglo, esto es, de la Iglesia, que se va salvando y llega al puerto deseado por el leño en que estuvo suspenso el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, porque aun las mismas medidas y el tamaño de su longitud, altura y anchura significan el cuerpo humano, con el cual real y verdaderamente, según estaba profetizado, había de venir y vino.

Pues la altura de un cuerpo humano, desde la cabeza hasta los pies, es seis veces más que la anchura, que es la que se toma de un lado a otro, y diez veces más que la medida desde las espaldas al vientre. Como si medimos un hombre tendido boca arriba o boca abajo, tiene de largo desde la cabeza hasta los pies seis veces más que el lado de izquierda a derecha, o de derecha a izquierda, y diez lo que tiene de altura de la tierra. Así se hizo el Arca de trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto. Y el haberle hecho puerta en el lado, sin duda significa aquella haga que con la lanza abrieron en el costado del Crucificado, porque por ella entramos los que caminamos a El, y de ella brotaron los

Sacramentos con que los fieles se santifican. Y el mandar que se hiciese de piezas cuadradas significa la estabilidad que tiene por todas partes la vida de los santos, porque dondequiera que volviereis el cuadrado está firme.

Y todo lo demás que se dice de la fábrica de esta Arca son señales de otras propiedades de la Iglesia; pero sería larga digresión quererlas especificar ahora, y ya tratamos de este particular en los libros que escribí contra el maniqueo Fausto, que negaba que en los libros de los hebreos hubiese profecía alguna de Jesucristo. Puede ser que las explicaciones que se den sean unas mejores que otras y algunas mejores que la nuestra, con tal que se refieran a la ciudad de Dios de que tratamos, que anda peregrinando como en un Diluvio en este perverso y corrompido siglo, si el que lo explique no quiere desviarse del sentido literal del autor que escribió esta historia.

Como si alguno, v gr., lo que dice el sagrado texto, «las partes inferiores las harás de dos y de tres cámaras» no quiere que se entienda, como yo expuse en los citados libros, que de todas las gentes y naciones se junta y compone la Iglesia, y lo de dos cámaras se dijo por dos clases de gentes es a saber, los circuncidados y los que no lo estaban, a quienes el Apóstol en otra frase llama judíos y griegos; y lo de tres cámaras, porque todas las naciones se restauraron después del Diluvio, procediendo de los tres hijos de Noé; y quiere dar otra explicación que no sea ajena ni contradiga al Canon de la fe.

Porque como quiso Dios que el Arca tuviese habitaciones o cámaras, no sólo en las partes inferiores, sino también en las Superiores, a esta disposición llamó dos cámaras; y por haber en las superiores otra cámara, díjose que había tres cámaras, de modo que, desde lo bajo a lo alto, eran primera, segunda y tercera habitación; por las cuales se pueden entender aquí aquellas tres excelentes virtudes que recomienda el Apóstol: la fe, la esperanza y la caridad; y con más propiedad y conveniencia los tres frutos evangélicos de treinta, sesenta y ciento; de modo que en lo más bajo tenga su morada la castidad conyugal; sobre és- ta, la de la viuda, y sobre todo, la virginal. Estas y otras mejores interpretaciones pueden darse, con tal de que quepan dentro de la fe cristiana. Lo mismo digo de todo lo demás que aquí se hubiese de declarar, que puede explicarse de diversas maneras, pero atendiendo siempre a una sólida concordia con la fe católica.

CAPITULO XXVII

Del Arca y del Diluvio, y que no debe creerse a los que admiten sólo la historia sin significación alguna alegórica, ni a los que defienden sólo las alegorías, desechando la verdad de la historia Sin embargo, ninguno debe imaginar, o que escribió esto en vano, o que sólo debemos indagar la verdad de la historia sin atender a significación alguna alegórica; o al contrario, que nada de esto sucedió, sino que sólo son figuras verbales; o, sea lo que fuere, nada tiene que ver con las profecías de la Iglesia. Porque ¿quién, si no es un insensato o demente, ha de decir que son libros inútilmente escritos los que se han conservado y custodiado por tantos millares de años con tanta veneración y fidelidad de sucesión? O que debe atenderse sólo a la historia, pues, omitiendo otras particularidades, si por la multitud de los animales era fuerza que se construyera una Arca tan capaz, ¿qué precisión había para que se introdujesen de los animales inmundos dos de cada especie, y

siete de los limpios, pudiéndose conservar unos y otros en igual número? ¿O acaso Dios, que para conservar las especies prescribió que las guardasen, no podía recriarlas del modo que las crió? Y los que sostienen que nada de esto sucedió, sino que sólo son figuras para significar otras cosas, piensan en primer lugar que no pudo ser tan grande el Diluvio que sobrepujase la creciente del agua quince codos las cumbres de los más elevados montes por causa del monte Olimpo, sobre el cual dicen que no pueden subir las nubes, porque es tan elevado como el cielo y no puede experimentarse allí este aire denso donde se engendran los vientos, nieblas y aguas; y no consideran los autores de este argumento que hay allí tierra, que es el más denso de los elementos, a menos que nieguen que sea de tierra la cumbre del monte. ¿Cómo pudo la tierra levantase hasta aquella altura del cielo y el agua no pudo, afirmando los que miden y pesan los elementos que el agua es superior y menos pesada que la tierra? ¿Y qué razón es la que dan para que la tierra, que es más grave e inferior, haya llegado y ocupe lugar del cielo más quieto y tranquilo por tantas series de años, y que al agua, que es más leve y superior, no se le haya permitido que haga esta ascensión, siquiera por un corto espacio de tiempo? Dicen también que en aquella Arca no pudo haber tanta especie de animales, macho y hembra, dos de cada clase de los inmundos y siete de los limpios; pero advierto que sólo cuentan trescientos codos de largura, cincuenta de anchura y treinta de altura, no considerando que hay otro tanto en las partes superiores o segundo piso, y asimismo otro tanto en las superiores de las superiores, esto es, en el tercer piso, y que, por consiguiente, multiplicando tres veces aquellos codos, dan de largo novecientos, de anche ciento y cincuenta, noventa de alto.

Y si quisiésemos pensar lo que Orígenes, no sin agudeza, dijo, que Moisés, hombre de Dios y, como dice la Escritura, «versado en todas las ciencias de los egipcios», que fueron aficionados y dados al estudio de la geometría, pudo significar codos geométricos, uno de los cuales equivale a seis de los nuestros, ¿quién no advierte lo que pudo caber en aquella fabricación tan grande? El argumento de que no pudo hacerse una Arca de tanta grandeza y extensión es calumnia muy necia, observando que se han fabricado ciudades inmensas y muy dilatadas Y que se emplearon cien anos en la construcción de la Arca; a no ser que pueda junta piedra con piedra con sola cal, de modo que venga a formar un muro de muchas millas, y que sea imposible unir maderos con tarugos, abrazaderas, clavos y brea para una Arca, con líneas no curvas, sino rectas la cual no habla de ser necesario echar al mar a fuerza de brazos, sino que la movería y levantaría el agua cuando viniera con el orden natural de los pesos, y que la gobernara sobre las aguas más la divina Providencia que la humana prudencia, para que en ninguna parte padeciera naufragio.

Respecto a los que preguntan con demasiada curiosidad si de las sabandijas más pequeñas, no sólo los ratones y lagartijas, sino también las langostas, escarabajos y, en fin, moscas y pulgas, hubo más cantidad en el Arca de la que ordenó y mandó Dios, deben advertir primeramente los que dudan de esta circunstancia que lo que dice la Sagrada Escritura: «los animales que van arrastrando sobre la tierra, se debe entender de modo que no fue necesario conservar en el Arca no sólo los que nadan debajo del agua, como los peces, sino tampoco los que flotan sobre ella, come varias aves; y cuando dice: «serán macho y hembra», sin duda lo dice para reparar la especie, y, según esto, tampoco fue necesario que hubiese allí los animalejos que pueden nacer sin la unión de macho y hembra de cualquiera materia o de cualquiera corrupción; o que si los hubo, como los suele haber en las casas, pudieron ser sin determinación de cantidad, y si el misterio sacratísimo que se representaba y la figura de

una tan grande maravilla, en realidad de verdad no podía cumplirse de otra manera sino estando allí, en el Arca en determinado número, todos los animales que no podían, prohibiéndoselo su naturaleza, vivir en las aguas, no estuvo esto a cargo de aquel hombre o de aquellos hombres, sino al de Dios; porque Noé no los buscaba y metía en el Arca, sino que, conforme llegaban, los dejaban entrar, y a esto alude lo que dice: «entrarán contigo», es, a saber, no por diligencia humana, sino por voluntad divina.

De modo que no se crea que hubo allí los que carecen de sexo, porque estaba ordenado que fuesen macho y hembra; pues hay algunos animales que nacen de cualquiera cosa, sin haber unión de macho y hembra, y después se vienen a juntar y engendrar, como son las moscas, y otros en quienes no hay macho y hembra, como son las abejas. Pero aquellos en quienes hay macho y hembra, y con todo no engendran, como son los mulos y las mulas, maravilla fuera que se hallaran allí, bastando que estuvieran sus Padres, es a saber, la especie del caballo y del asno; y lo mismo puede decirse de algunos que con la mezcla de diferentes especies procrean otra, aunque si esto importaba para el misterio, allí se hallarían, porque también esta especie tiene macho y hembra. Preguntan además algunos respecto de los manjares que allí podían tener los animales, que se sabe no se sustentan sino de carne, si además dei número determinado hubo allí alguno otros sin quebrantar el mandato, a loa cuales obligase a encerrar allí la necesidad de mantener a los otros, o, lo que es más verosímil si fuera de las carnes pudo haber algunos alimentos que conviniesen para todos; porque conocemos muchos animales que se sustentan de carne, que comen legumbres y frutas, y principalmente higos y castañas. ¿Qué maravilla, pues, si aquel varón sabio, justo y además instruido por Dios de lo que necesitaba cada uno, aprestó y guardó Para cada especie, además de las carnes, el alimento acomodado que le convenía? ¿Y qué cosa no les haría comer el hambre? ¿O qué pudo hacer Dios que no les fuese suave y saludable, pudiendo por divino privilegio concederles que vivieran sin comer, si no conviniera que comieran para el cumplimiento de la figura de tan grande misterio? No cabe, pues, dudar, como no sea por terquedad, que tantas y tan diversas señales de sucesos acaecidos no sirvan para figurarnos la Iglesia.

Porque ya las gentes de tal suerte le han poblado los limpios y los inmundos hasta que llegue a determinado fin y de tal suerte están comprendidos y ligados con el vínculo de su estrecha unión, que por sólo esto, que es evi- dentísimo, no es licito dudar de las demás cosas que se dicen con más oscuridad, y con más dificultad pueden entenderse. Y siendo así, ninguno, por inflexible y obstinado que sea, se atreverá a pensar que esto se escribió inútilmente, ni tampoco que, habiendo sucedido, no tuvo cierta significación, ni que sólo son dichos significativos y no hechos. Ni puede decirse probablemente que son ajenos de representar o significas la Iglesia, sino debe creerse que se escribieron con mucho acuerdo y sabiduría, que realmente sucedieron, que significaron algún misterio, y que éste consiste en representar la Iglesia. Pero ya que hemos llegado a este punto, será bien concluir este libro, podrá continuar en el siguiente el curso de ambas ciudades, la terrena, que vive según el hombre, y la celestial, que vive según Dios, después del Diluvio y durante los demás sucesos que efectivamente acaecieron.

LIBRO DECIMOSEXTO LIBRO DE LAS DOS CIUDADES: DESDE NOÉ HASTA LOS PROFETAS

CAPITULO PRIMERO

Si después del Diluvio, desde Noé hasta Abraham, se hallan algunas familias que viviesen según Dios Después del Diluvio, si los vestigios y señales del camino de la Ciudad Santa se continuaron o se interrumpieron con la intervención de los tiempos perversos, de modo que no hubiese hombre que reverenciase y adorase a un solo Dios verdadero, es problema difícil de averiguar exactamente; no habiendo otras noticias que las que nos suministran las historias, porque en libros canónicos posteriores a Noé, que con su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras mereció salvarse en el Arca de la ruina universal del Diluvio, no hallamos que la Sagrada Escritura celebre con testimonio evidente e infalible la piedad y religión de ningún hombre hasta Abraham, a excepción de los dos hijos de Noé, Sem y Japhet, que él mismo alaba y recomienda en una bendición profética, fijando la vista y vaticinando lo que, transcurridos muchos años, había de suceder.

Por esto también a su hijo mediano, esto es, menor que el primogénito y mayor que el último, que había pecado contra su padre, le maldijo no en su propia persona, sino en la de su hijo y nieto de Noé, con estas terribles palabras: «Maldito será el joven Canaam; siervo será de sus hermanos. Porque Canaam era hijo de Cam, quien no cubrió, antes descubrió la desnudez de su padre cuando dormía. Y así también lo que prosigue, que es la bendición de sus hijos el mayor y el menor, diciendo: «Bendito el Señor Dios de Sem, sea Canaam su siervo; bendiga Dios a Japhet y habite en las casas de Sem», está lleno de sentidos proféticos y cubierto de oscuridad y de velos misteriosos, como lo está el plantar el mismo Noé la viña, el tomar el vino de ella, el dormir desnudo y todo lo demás que allí pasa y se escribe en la Sagrada Escritura.

CAPITULO II

Qué es lo que se figuró proféticamente en los hijos de Noé Pero habiéndose cumplido efectivamente en sus descendientes estos vaticinios, que estaban oscuros y encubiertos, están ya bien claros y perceptibles; porque ¿quién hay que, meditándolos con atención, no los refiera a Cristo? Sem, de cuyo linaje, según la carne, nació Jesucristo, quiere decir nombrado. ¿Y qué cosa más nombrada que Cristo, cuyo augusto nombre derrama por toda la redondez de la tierra su admirable fragancia, de manera que en los Cantares, publicándolo hasta la misma profecía, se compara al ungüento derramado, en cuyas Casas, esto es, en la Iglesia, habita la inmensa multitud de las gentes? Porque Japhet quiere decir amplitud, pero Cam, significa cálido, y el mediano de, los hijos de Noé, diferenciándose de uno y otro y que dándose entre arribes, ni en las primicias de los israelitas ni en la plenitud de los gentiles, ¿qué significa sino el linaje y generación, astuta de los herejes, no con el espíritu de la sabiduría, sino de la impaciencia con que suele hervir el pecho, y corazón de los herejes y perturbar la Paz de los santos? Aunque todo esto viene a redundar en utilidad de los proficientes, conforme a la expresión del Apóstol: «Que conviene que haya herejías para que los buenos se echen, de ver entre vosotros; y por eso mismo dice la Escritura: «El hijo atribulado y ejercitado en las penalidades será sabio, y del Imprudente y malo se

servirá como de ministro y siervo. » Porque muchas cosas que pertenecen a la fe católica, cuando los herejes, con su cautelosa y astuta inquietud, las turban y desasosiegan, entonces, para poderlas defender de ellos, se consideran con más escrupulosidad y atención, se perciben con mayor claridad, se predican con mayor vigor y constancia, y la duda o controversia que excita el contrario sirve de ocasión propicia para aprender.

No sólo los que están manifiestamente separados, sino también los que se glorían y precian del nombre cristiano y viven mal, pueden ser figurados en el segundo hijo de Noé, porque la pasión de Cristo, que fue significada con la desnudez de aquel hombre, la predican con su profesión, y con su perversa vida la desacreditan y deshonran. De ellos se dijo «que por el fruto que dan y por sus obras los conoceremos». Por eso fue maldito Cam en su hijo como en fruto suyo, esto es, en su obra, y su hijo Canaam quiere decir movimiento suyo, lo cual, ¿qué otra cosa es que obra suya? Sem y Japhet figuran la circuncisión y el prepucio, o, como los denomina el Apóstol, los judíos y los griegos, los que, llamados y justificados, habiendo entendido comoquiera la desnudez de su padre, con que se significaba la pasión del Redentor, tomaron su vestidura, pusiéronla sobre sus espaldas y entraron caminando hacia atrás, cubriendo la desnudez de su padre y no viendo la que por respeto y reverencia cubrieron; porque en cierto modo en la pasión de Cristo honramos lo que se hizo por nosotros y abominamos la maldad de los judíos. La vestidura significa el Sacramento; las espaldas, la memoria de lo pasado, porque la pasión de Cristo, en tiempo que vivía Japhet en las casas de Sem, y el mal hermano en medio de ellos, la Iglesia la celebra como ya pasada y no la mira como futura.

Pero el mal hermano en su hijo, esto es, en su obra, es el joven, es decir, el siervo de sus buenos hermanos, cuando los buenos con cordura se aprovechan de los malos para el ejercicio de la paciencia o para el aprovechamiento de la sabiduría. Hay algunos -según dice el Apóstol- que predican a Jesucristo no sincera y fielmente; «pero comoquiera -dice- que prediquen a Cristo o por alguna ocasión o en verdad, yo me alegro y lisonjeo de ello y aun me complaceré más»; porque él es el que plantó la viña de quien dice el profeta: «Esta viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel», y él bebió de su vino. Ya se entiende aquí aquel cáliz del cual dice: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?», y también: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz», con que sin duda significa su pasión ya sea que, como el vino es fruto de la viña, antes nos quiso sig- nificar con esto que de la misma viña, esto es, del linaje de los israelitas, tomó por nosotros, para poder padecer, carne y sangre; y se embriago, esto es, padeció; y se desnudó, porque allí se desnudó, es decir, se descubrió su flaqueza, de la cual dice el Apóstol «que fue crucificado por la flaqueza de la carne», y: Lo que parece flaco en Dios es más fuerte que los hombres, y lo que parece loco, es más sabio que la sabiduría de los hombres.» Y al hablar de Noé la Escritura, después de haber dicho «y se desnudó», añadió: «en su casa», mostrándonos enérgicamente que habla de padecer la cruz y afrentosa muerte de manos de gente de su carne y linaje y de los domésticos de su sangre, esto es, de los judíos.

Esta pasión de Cristo la predican los réprobos sólo en lo exterior con el sonido de la voz, porque no entienden lo que predican; pero los buenos en lo interior conservan este tan grande misterio y dentro del corazón reverencian y honran lo flaco y necio de Dios, que es más fuerte y sabio que los hombres. Figura a los primeros Cam, que, saliendo fuera, anunció y divulgó la desnudez de su padre; pero Sem y Japhet, para encubrirle y velarle, es

a saber, para honrarle y reverenciarle, entraron, esto es, hicieron esto interiormente. Estos secretos de la Sagrada Escritura los vamos rastreando como podemos, más o menos cóngruamente unos que otros, pero teniendo fielmente por cierto que estas cosas no se hicieron ni escribieron sin significación alguna y figura de las cosas futuras, y que no se deben referir sino a Cristo y a su Iglesia, que es la Ciudad de Dios, la cual no se dejó de predicar desde el principio del linaje humano, cuya predicación vemos que por todas partes se cumple.

Así que, después de la bendición de los dos hijos de Noé y de la maldición del uno, que fue el mediano, por mas de mil anos hasta Abraham, no se mencionan ya hombres justos que piadosamente reverenciasen y adorasen a Dios. Y no puedo creer que hubo falta de ellos, sino que fuera alargarse demasiado si se hubieran de referir todos, lo cual sería más diligencia histórica que providencia profética. Así que el escritor de las sagradas letras, o, por mejor decir, el Espíritu Santo, prosigue la relación de los sucesos, con la que no sólo se refiere los pasados, sino también se anuncia los futuros, digo, los que pertenecen a la Ciudad de Dios.

Porque aun todo lo que se dice aquí de los hombres que no son sus ciudadanos, se refiere con el objetó de que ella, con la comparación de sus contrarios, o aproveche ó salga victoriosa, aunque no todo lo que se dice sucedió debemos entender que tiene su significación propia, sino que, con las cosas que significan, se mezclan las que nada significan; pues aunque sólo con la reja se surca la tierra, para poderlo hacer son necesarias asimismo todas las demás partes del arado; y en las cítaras y semejantes instrumentos músicos aunque se acomodan sólo las cuerdas para tocar, sin embargo, para colocar las se ponen con ellas todas las demás cosas de que constan los instrumento músicos, los cuales no se tocan, sino se unen con las que tocadas suenan. As en la historia profética también se refieren algunas cosas que nada significan, pero que están enlazadas y el cierto modo trabadas con las que tienen determinada significación.

CAPITULO III

De las generaciones de los tres hijos de Noé Resta ya que consideremos las generaciones de los hijos de Noé, y que pareciese conducente tratar de ella lo describamos en esta obra, en la que vamos demostrando, siguiendo el orden de los tiempos, el estado y progreso de una y otra ciudad, es a sabe de la terrena y de la celestial. Principia, pues, a referirlas la Sagrada Escritura por el hijo menor, que se llamó Japhet, y nombra a ocho hijos suyos y siete nietos de dos hijos de estos; tres del uno y cuatro del otro, que todos hacen quince; cuatro de los de Cam, esto es, del segundo hijo de Noé, y cinco nietos de un hijo suyo, y dos bisnietos de un nieto, que todos son once. Y habiendo referido éstos, retrocede Como al principio, diciendo: «Chús engendró a Nemrod; éste empezó a ser gigante en la tierra; éste fue gigante cazador contra el Señor Dios; y por eso se dice: como un Nemrod, gigante cazador contra el Señor. Comenzó a reinar en Babilonia Orech, Archad y Chalanne en la tierra de Sennaar, de la cual salió Azur, y edificó a Nínive y a la ciudad de Robooth y a Calach y a Dasem, entre Nínive y Calach.

Esta es la ciudad grande.» Este Chús, padre del gigante Nemrod, es el primero que nombra entre los hijos de Cam, cuyos cinco hijos y dos nietos había ya contado; pero a este gigante, o le procreó después de nacidos sus nietos o, lo que es más creíble, la Escritura, por excelencia suya, habla separadamente de él, pues nos relaciona también con toda exactitud su reino, cuyo principio, cabeza y corte era la nobilísima ciudad de Babilonia y las que con ellas se refieren, ya sean ciudades, ya sean provincias. Respecto a lo que dice de aquella tierra, esto es, de la tierra de Sennaar, perteneciente al reino de Nemrod, salió Asar, que edificó a Nínive y otras ciudades, esto sucedió mucho después, lo cual narra de paso la Escritura con esta ocasión, por la nobleza del reino de los asirios, que maravillosamente dilató y acrecentó Nino, hijo de Belo, fundador de la gran ciudad de Nínive, de quien ésta tomó su nombre, de modo que Nino se llamó Nínive. Asur, de quien tomaron el nombre los asirios, no fue uno de los hijos de Cam, hijo segundo de Noé, sino uno de los hijos de Sem, que fue el hijo mayor de Noé. De aquí resulta que de la estirpe de Sem descendían los que después poseyeron el reino de aquel gigante, y o allí fundaron otras ciudades, y la primera de ellas, Nino, se llamó Nínive.

Desde aquí vuelve al otro hijo. De Cam, que se llamaba Mesraín, y dice los que engendró, no como quien refiere cada persona de por sí, sino siete naciones, y de la sexta, como un sexto hijo, refiere que salió la nación que se llama de Philistim, por donde vienen a ser ocho. Desde aquí vuelve nuevamente a Canaam, en cuya persona maldijo Noé a su padre Cam, y nombra once que engendró. Después, habiendo referido algunas ciudades, dice a qué fin y término llegaron. Y así, incluyendo en la cuenta hijos y nietos, refiere treinta y uno que nacieron de la estirpe de Cam.

Resta ahora referir los hijos de Sem, el mayor de los hijos de Noé, porque a él llega de grado, en grado la relación de estas generaciones, que comenzó por el menor. Pero donde principia a relacionar los hijos de Sem está bastante oscuro, por lo que es indispensable declararlo, le importa mucho para el objeto que nos proponemos, porque dice así: «Y también al mismo Sem, que fue padre de todos sus hijos y hermano mayor de Japhet, le nació Heber». El orden y construcción de las palabras latinas es éste; y, al mismo Sem también le nació Heber, el cual Sem es él, padre de todos sus hijos. Así que quiso dar a entender que Sem era patriarca de, todos los que ha de referir que descendieron de su linaje, ya sean hijos, nietos o bisnietos, y los que de ellos en adelante nacieron, pues no hemos de entender que a este Heber le engendró Sem, sino que es el quinto en la lista y catálogo de sus descendientes, porque Sem, entre otros hijos, tuvo a Arphaxat, Arphaxat a Cainan, Cainan a Sala y Sala a Heber. No en vano, pues, le nombra el primero en la generación que desciende de Sem, y le antepuso también a los hijos, siendo él el quinto nieto, sino porque es verdad lo que se dice que de él se llamaron así los hebreos, aunque podría haber también otra opinión, que de Abraham parezca que se llaman así como hebraheos pero, efectivamente, lo cierto es que de Heber se llamaron hebreos, y después, quitando una letra, hebreos, cuya lengua hebrea pudo poseer solamente el pueblo de Israel, en quien la Ciudad de Dios anduvo peregrinando en los Santos, y en todos fue misteriosamente figurada.

Por este motivo se nombran primeramente seis hijos, de Sem; y después, de uno de ellos nacieron cuatro nietos suyos, y asimismo otro hijo suyo engendró otro nieto, de quien asimismo nació otro bisnieto y después otro tataranieto, que es Heber; y Heber engendró dos hijos, el uno llamado Phalec significa el que divide. Después, prosiguiendo la Escritura,

dando la razón de este nombre, dice: «Porque en su tiempo se dividió la tierra», y lo que quiere decir esta expresión, después se verá. Otro que nació de Heber engendró doce hijos, con los cuales vienen a ser todos los descendientes de Sem veinte y siete. Así que todos los sucesores de los tres hijos de Noé, es a saber, quince de Japhet, treinta y uno de Cam y veinte y siete de Sem, vienen a sumar setenta y tres.

Después prosigue el sagrado texto diciendo: «Estos son los hijos de Sem, según sus familias y lenguas en sus respectivas tierras y naciones.» Y asimismo de todos dice: «Estas son las tribus o familias de los hijos de Noé según los pueblos y naciones; estos fueron los que dividieron las gentes en la tierra después del Diluvio.» De donde se colige que entonces hubo setenta y tres, o por mejor decir (como después lo manifestaremos), setenta y dos, no hombres, sino naciones, porque habiendo referido antes los hijos de Japhet, concluyó así: «De éstos nacieron los que dividieron y poblaron las islas de las gentes en la tierra, cada uno según su lengua, familia o nación.» Y en los hijos de Cam, en otro lugar refiere con más claridad las naciones, cómo lo indiqué arriba: Mesraín engendró a los que se dicen Ludiim», y a este modo los demás, hasta siete naciones; y habiéndolas contado todas, concluyendo su relación, dice: «Estos son los hijos de Cam en sus familias, según sus lenguas, en sus regiones y naciones.»

Por esta causa dejo de referir muchos hijos de otros, porque conforme nacían se iban mezclando con otras gentes, y ellos no bastaron a constituir por sí solos una nación. ¿Pues qué otro motivo hay a que, habiendo contado ocho hijos de Japhet, refiera que de los dos solamente nacieron hilos, y nombrando cuatro hijos de Cam, refiere únicamente los que nacieron de los tres; y nombrando seis hijos de Sem, pone solamente la descendencia de los dos? ¿Acaso los demás no tuvieron hijos? De ningún modo debe creerse tal cosa, sino que como no hicieron nación o gente distinta no merecieron que hiciera mención de ellos, porque conforme nacían se iban enlazando y mezclando con otras naciones.

CAPITULO IV

De la diversidad de lenguas y del principio de Babilonia. Refiriendo el historiador que estas naciones vivían cada una con su lengua, con todo, retrocede a la época en que todos usaban un mismo idioma, luego principia a declarar lo que sucedió, por cuyo motivo nació la diversidad de las lenguas: «No se hablaba dice, en toda la tierra sino una lengua y sucedió que caminando desde la parte oriental hallaron un campo en tierra de Sennaar, y habitaron en él, y si dijeron unos a otros: hagamos adobes y los coceremos al fuego, y sirviólesel ladrillo de piedra y el betún de argamasa, y dijeron: venid, pues, y edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cabeza llegue hasta el cielo, y sirva para, celebrar nuestro nombre antes que nos distribuyamos por todo el ámbito de la tierra Bajó el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres, y dijo el Señor: ved aquí que el pueblo es uno, y no usan sino un idioma todos ellos, y han dado ya en este desatino, y no desistirán de lo comenzado hasta que salgan con su intento; venid, bajemos y confundamos su lengua, de forma que no se entiendan unos a otros.

Esparciólos, pues, Dios desde allí por toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad y la torre; la cual, por este motivo, se llamó Confusión, porque allí confundió Dios la lengua que se hablaba en toda la tierra, y desde allí los derramó Dios por toda ella.» Esta ciudad,

que se llamó Confusión, es Babilonia, cuya admirable construcción celebran también los historiadores gentiles, porque Babilonia quiere decir confusión. Y se infiere que el gigante Nemrod fue el que la fundó, por lo que arriba insinuó de paso, donde, hablando de él sagrado texto, dice: «El principio de su reino fue Babilonia», esto es, que fuese reino y cabeza de las demás ciudades, donde, como Metrópoli, estuviese la corte del rey. Aunque no llegó a ser tan grande majestuosa como lo había trazado la arrogancia y soberbia de los impíos, porque pretendieron una elevación excesiva, a la cual llama la Escritura hasta el cielo, ya fuese ésta la de una sola torre, que principalmente entre otras fabricaban, o la de todas las torres, significan por el número singular, así como se dice soldado y se entienden mil soldados, y la rana y la langosta, pues así llama la Escritura a la multitud de ranas y langostas, en las plagas que Moisés hizo descender sobre los egipcios. ¿Y qué podía hacer la humana y vana presunción? Por más que levantara la altura de aquella fábrica hasta el cielo contra Dios, aunque sobrepujara todas las montañas y aunque traspasara la región de este aire nebuloso, ¿qué podía, en efecto dañar o impedir a Dios cualquiera alteza, por grande que fuera, espiritual o corporal? La humildad, si es la que abre el camino seguro y verdadero para el cielo, levantando el corazón a Dios, y no contra Dios, como la Escritura llamó a este gigante cazador contra el Señor, lo cual algunos, engañados por la palabra griega, que es ambigua, tradujeron, no contra el Señor, sino ante el Señor, porque enantion significa lo uno y lo otro, ante y contra; pues esta misma palabra se halla en el real profeta: «Lloremos ante el señor que nos crió», y la misma en el libro de Job donde dice: «Ha rebosado tu furia contra Dios»; así pues, se debe entender aquel gigante cazador contra Dios. ¿Y qué significa este nombre cazador sino un engañador, opresor y consumidor de los animales terrestres? Levantaba, pues, el y su pueblo la torre contra Dios, con que se nos significa la Impía y maligna soberbia, y con razón se castiga la mala intención, aun cuando no pudo. ¿Cuál fue el género del castigo?

Como el dominio y señorío del que manda consiste en la lengua, en ella fue condenada la soberbia, para que no fuese entendido de los hombres cuando los ordenaba algo, porque él no quiso entender y obedecer el mandamiento de Dios. Así se deshizo aquella conspiración, dejando y desamparando cada uno aquel a quien no entendía, y juntándose sólo con aquel con quien podía a hablar; y por razón de las lenguas se dividieron las gentes y se esparcieron y derramaron por el mundo como a Dios le pareció conducente, quien lo y hizo así por modos ocultos, secretos a e incomprensibles para nosotros.

CAPITULO V

Cómo descendió el Señor a confundir la lengua de los que edificaban la torre. Y dice la Sagrada Escritura: «Descendió el Señor a ver la ciudad y torre que edificaban los hijos de los hombres», esto es, no los hijos de Dios, sino aquella sociedad y ,congregación que vivía según el hombre, la cual llamamos ciudad terrena. Dios no se mueve localmente, porque siempre en todas partes se halla todo; pero se dice que baja cuando practica alguna acción en la tierra que, siendo fuera del curso ordinario de la naturaleza, nos muestra en cierto modo su presencia.

Ni por ver las cosas ocularmente aprende o se instruye temporalmente el que jamás puede ignorar nada, sino que se dice que: ve y conoce en el tiempo lo que hace que se vea y

conozca. Así que no se veía aquella ciudad de la manera que hizo Dios que se viese cuando manifestó cuánto le desagradaba. Aunque también puede, entenderse que bajó Dios a aquella ciudad porque descendieron sus ángeles en quienes habita: de manera que lo que añade: «y dijo el Señor, ved aquí que todo el linaje humano es una nación, y no usan sino de una lengua todos ellos»; y lo que después prosigue diciendo: «Venid, pues, descendamos y confundamos allí su lengua»; o sea un modo de explicar lo que había dicho: que bajó el señor.

Porque si había ya bajado, ¿qué quiere decir, «venid, pues, descendamos y confundamos allí su lengua» (lo cual se entiende que, lo dijo a los ángeles), sino que bajaba en éstos el que estaba en los ángeles que descendían? Y adviértase que no dice venid, bajemos y confundid, sino confundamos allí su lengua, manifestándonos que de tal manera obra por medio de sus ministros, que también ellos son cooperadores de Dios, como dice el Apóstol: «Somos cooperadores de Dios.»

CAPITULO VI

Cómo se ha de entender que habla Dios a los ángeles. Pudiérase también entender de los ángeles aquella expresión cuando crió Dios al hombre en que dice: «Hagamos al hombre, porque no dijo, haré; más porque añade: «a nuestra imagen y semejanza», no es lícito creer que fue criado el hombre a imagen de los ángeles, o que es una misma imagen la de los ángeles y la de Dios, y por eso se entiende bien allí la pluralidad de la Trinidad. Con todo, porque esta Trinidad es un solo Dios, aun cuando dijo hagamos, dice: «e hizo Dios al hombre a su semejanza»; y no dijo hicieron los dioses. Pudiéramos también aquí entender la misma Trinidad, como si el Padre dijera al Hijo y al Espíritu Santo: «Venid, bajemos y, confundamos allí su lengua», si hubiera algún obstáculo que nos prohibiera poder referirlo a los ángeles, a los cuales cuadra el venir a Dios con movimientos santos, esto es, con pensamientos piadosos, con los que ellos consultan la inmutable verdad como ley eterna en aquella su corte soberana.

Porque ellos mismos no son la verdad para sí, sino que participan de la verdad increada; a ella se acercan como a fuente de la vida, para que lo que tienen de sí mismos lo reciban de ella, y por eso es estable el movimiento con que se dice que vienen los que no se apartan de donde están. Ni tampoco habla Dios con los ángeles como nosotros hablamos unos con otros, o con Dios o con los ángeles, o los mismos ángeles con nosotros, o por medio de ellos Dios con nosotros; sino con un modo inefable suyo, aunque éste nos le declare a nuestro modo, porque la palabra soberana de Dios que precede a su obra es la razón inmutable de aquella su operación, cuya palabra no tiene sonido que haga estruendo o ruido, o que pase, sino una virtud que eternamente permanece y que obra temporalmente. Con ésta habla a los santos ángeles; pero a nosotros, que estamos lejos y como desterrados, nos habla de otra manera. Y cuando nosotros también venimos a sentir con el oído interior alguna especie semejante a este lenguaje, entonces nos acercamos a los ángeles.

Así pues, no siempre he de dar razón en esta obra del lenguaje de Dios, porque la verdad inmutable o por sí misma inefablemente habla al espíritu de la criatura racional, o habla por alguna criatura mudable, o por vía de imágenes espirituales a nuestro espíritu, o por voces

corporales al sentido, pues aquello que dice: «No desistirán de lo comenzado hasta que salgan con ellos», no lo dice afirmando, sino como preguntando; pues así suelen explicarse los que amenazan, como dijo Virgilio: «¿No se aprestarán las armas, no saldrá en su seguimiento toda la ciudad?» De esta manera debe entenderse, como si dijera: ¿acaso no desistirán de todo lo que han comenzado a hacer? Pero si lo decimos así, no se expresa y declara la persona que amenaza; y para los que son tardos de ingenio, añadimos la palabra «acaso» diciendo, «acaso no», porque no podemos escribir la voz como la pronuncia el que habla.

De aquellos tres hombres, hijos de Noé, comenzó a haber en el mundo setenta y tres, o, como lo probará la razón, setenta y dos naciones y otro tantos idiomas; los cuales, creciendo y multiplicándose, llenaron y poblaron hasta las islas. Aunque se aumentó mucho más el número de las gentes que el de las lenguas, porque hasta es Africa conocemos muchas y diferente gentes bárbaras que hablan una misma lengua; y habiendo crecido los hombres y multiplicándose el linaje humano, ¿quién duda que pudieron pasar en navíos a poblar las islas?

CAPITULO VII

Si las islas, aun muy apartadas y desviadas de tierra firme, recibieron todo género de animales, de los que se salvaron en el Arca del Diluvio. Pero se ofrece una duda, y es: ¿cómo de toda aquella especie de animales, que no son domésticos ni están sometidos a la educación y cuidado del hombre, ni nacen, como las ranas, de la tierra, sino que se propagan y multiplican por la unión del macho y la hembra, cuales son los lobos y otros de esta clase, cómo después del Diluvio, en el cual perecieron todos lo que no se hallaron en el Arca, pudieron poblar también las islas, si no se multiplicaran más que de aquellos cuya especie, macho y hembra, se conservó en el Arca?

Bien podemos creer que pudieron pasar a las islas nadando, aunque solamente a las más próximas; pero ha algunas tan distantes y apartadas de tierra firme, que parece imposible que ninguna bestia pudiese llegar a ellas a nado; y si los hombres las pasaron en su compañía, y de esta manera hicieron que las hubiese donde ellos vivían, no es increíble que lo hicieran por deseo y afición a la caza, aunque no se debe negar que pudieron pasar por mandato o permiso divino por medio de los ángeles. Aunque si en las islas adonde no pudieron pasar nacieron de la tierra, según el origen primero, cuando dijo Dios: «Produzca la tierra animales vivientes», más claramente se advierte que, no tanto por conservar los animales como por causa del Sacramento y ministerio de la Iglesia, que había de ser compuesta de toda clase de naciones, hubo en el Arca todos los géneros de animales.

CAPITULO VIII

Si descienden de Adán, o de los hijos de Noé, cierta especie de hombres monstruosos que hay También se pregunta si debemos creer que cierto género de hombres monstruosos, como refieren las historias de los gentiles, descienden de los hijos de Noé, o de aquel único

hombre de quien éstos procedieron también, como son algunos que aseguran tienen un solo ojo en medio de la frente, otros que tienen los pies vueltos hacia las pantorrillas; otros que no tienen boca, y que viven sólo con aliento que reciben por las narices; otros que no son mayores que un Codo, a quienes los griegos por el codo llaman pigmeos.

Asimismo afirman que hay una nación en que no tienen más que una pierna, y que no doblan la rodilla, y son de admirable velocidad, a los cuales llaman sciopodas, porque, en el estilo, a la hora de siesta, se echan boca arriba y se cubren con la sombra del pie; otros que careciendo de pescuezo, tienen los ojos en los hombros, y todos los demás géneros de hombres o casi hombres que se hallan en la plaza marítima de Cartago dibujados en mosaico, como copiados de los libros más curiosos de las historias. Y aunque no es necesario creer que existen todas estas especies de hombres, que señalan, con todo, cualquier hombre nacido en cualquier paraje, esto es, que fuere animal racional mortal, por más extraordinaria que sea su forma, o color del cuerpo o movimiento, sonido o voz, cualquier virtud, cualquier parte o cualquiera calidad de naturaleza que tenga, no puede dudar todo el que fuese fiel cristiano que desciende y trae su origen de aquel primer hombre; sin embargo, se deja ver lo que la naturaleza ha producido en muchos, y lo que por ser tan raro nos causa admiración. La razón que se da de los monstruosos partos humanos que acaecen entre nosotros, esa misma puede darse de algunas gentes monstruosas.

Porque Dios es el criador de todas las cosas; Él sabe dónde y cuándo conviene o convino criar algún ser, y sabe con qué conveniencia o diversidad de partes ha de componer la hermosura de este Universo; pero el que no puede alcanzarlo todo, offéndese en viendo una sola parte, como si fuese falsedad, por ignorar la correspondencia y conveniencia que tiene y a qué fin se refiere. Aquí vemos que nacen algunos hombres con más de cinco dedos en las manos y en los pies, y aunque ésta es una diferencia más ligera que aquélla, con todo, Dios nos libre que haya alguno tan idiota que piense que erró el Criador en el número de los dedos del hombre, aunque no sepa por qué lo hizo. Así, aunque acontezca haber mayor diversidad, el Señor sabe lo que hace, y sus obras ninguno con justa razón, puede reprender.

En la ciudad de Hipona hay un hombre que tiene los pies en forma de luna, y en cada uno de ellos dos dedos, y de la misma manera las manos. Si hubiera algún pueblo dotado de esta imperfección, le numerarían entre las historias curiosas y admirables. Pregunto, pues: ¿negaremos por esto que desciende este hombre de aquel que crió Dios primeramente? No hace mucho, porque fue en nuestro tiempo; que hacia la parte oriental de nuestra Africa nació un hombre con los miembros superiores duplicados y los inferiores sencillos: pues tenía dos cabezas, dos pechos y cuatro manos, un vientre y dos pies, como un hombre solo, y vivió tantos años, que por la fama acudían muchos a verle. ¿Quién bastará a referir todos los partos humanos tan desemejantes y diferentes de aquellos hombres de quienes seguramente nacieron? Así como no puede negarse que descienden éstos de aquel hombre primero, así también cualesquiera gentes que cuentan se han descaminado en cierto modo con la diversidad de sus cuerpos del usado curso de la naturaleza, que los más o casi todos suelen tener, si es que les comprende la definición de animales racionales y mortales, debemos confesar que traen su origen y descendencia de aquel primer hombre, aunque sea verdad lo que nos refieren de la variedad de aquellas naciones y de la diversidad tan grande que tienen entre sí y con nosotros.

Porque aun a los monos, micos y esfinges, si no supiéramos que no eran hombres; sino bestias, pudieran estos historiadores, llevados de la vanagloria de su curiosidad; venderlos sin pagar alcabala de su vanidad, como si fueran alguna nación de hombres Pero si en verdad que son hombres éstos de quienes se escriben aquellas maravillas, ¿quién sabe si quiso Dios criar también algunas gentes así, para que cuando viésemos estos monstruos que nacen entre nosotros de los hombres, no imaginásemos que erró su sabiduría, que es de cuyas manos sale la fábrica de la naturaleza humana, como la obra de algún artífice menos perfecto? Así que no nos debe parecer absurdo que como en cada nación hay al no hombres monstruosos, así generalmente en todo el linaje humano haya algunas gentes y naciones monstruosas. Por lo cual, para concluir con tiento y cautamente esta cuestión: o lo que nos escriben de algunas naciones no es cierto, o si lo es, no son hombres, o si son hombres, sin duda que descienden de Adán.

CAPITULO IX

Si es creíble que la parte inferior de la tierra opuesta a la que nosotros habitamos tenga antípodas. Lo que como patrañas nos cuentan que también hay antípodas, esto es, que hay hombres de la otra parte de la tierra dónde el sol nace, cuando se pone respecto de nosotros, que pisan lo opuesto de nuestros pies, de ningún modo se puede creer, porque no lo afirman por haberlo aprendido por relación de alguna historia, sino que con la conjetura del discurso lo sospechan. Porque como la tierra está suspensa dentro de la convexidad del cielo, y un mismo lugar espera el mundo el ínfimo y el medio, por eso piensan que la otra parte de la tierra que está debajo de nosotros no puede dejar de estar poblada de hombres; y no reparan que aunque se crea o se demuestre con alguna razón que el mundo es de figura circular y redonda, con todo, no se sigue que también por aquella parte ha de estar desnuda la tierra de la congregación masa de las aguas; y aunque esté desnuda y descubierta, tampoco es necesario que esté poblada de hombres, puesto que de ningún modo hace mención de esto la Escritura, que da fe y acredita las cosas pasadas que nos han referido.

Porque lo que ella nos dijo se cumple infaliblemente, y demasiado absurdo parece decir que pudieron navegar y llegar los hombres pasando el inmenso piélago del Océano de esta parte a aquella, para que también allá los descendientes de aquel primer hombre viniesen a multiplicar el linaje humano. Busquemos, pues, entre aquellos pueblos, que se dividieron en setenta y dos naciones y en otros tantos idiomas, la ciudad de Dios, que anda peregrinando en la tierra, la cual hemos continuado y traído hasta el Diluvio y el Arca, y hemos manifestado que duró y perseveró en los hijos de Noé por sus bendiciones, principalmente en el mayor, que se llamó Seth, porque la bendición de Japhet fue que viniese a habitar en las casas de su mismo hermano.

CAPITULO X

De la generación de Sem, en cuya descendencia la lista y orden de la Ciudad de Dios se endereza a Abraham. Deber nuestro es conservar en la memoria la sucesión de las generaciones que descienden del mismo Seth, para que nos vaya manifestando después del Diluvio la Ciudad de Dios, como nos la indicaba antes del Diluvio, la sucesión de las generaciones que descendía de aquel que se llamó Seth. Por esta razón la Sagrada Escritura,

después de habernos mostrado que la ciudad terrena estaba en Babilonia, esto es, en la confusión, vuelve recapitulando al patriarca Sem, y empieza desde él las generaciones hasta Abraham, contando también el número de los años en que cada uno engendró el hijo que pertenece a esta sucesión y los que vivió, donde realmente hallamos lo que anteriormente prometí, acerca de por qué se dijo de los hijos de Heber: «El nombre sólo de Phalec, porque en sus días se dividió la tierra.» ¿Pues cómo hemos de entender que se dividió la tierra sino con la diversidad de lenguas? Omitimos los demás hijos de Sem que no pertenecen al asunto; sólo se insertan aquí en el catálogo y sucesión de las generaciones aquellos por cuyo medio podemos llegar a Abraham, como se ponían antes del Diluvio aquellos por los cuales podíamos llegar a Noé en las generaciones que descienden de aquel hijo de Adán, que se llamó Seth.

Da principio de este modo el catálogo de las sucesiones: «Estas son las generaciones de Sem: Sem, hijo de Noé, era de cien años cuando engendró a Arphaxat, el segundo año después del Diluvio; y vivió Sem, después que procreó a Arphaxat, quinientos años, y engendró hijos e hijas, y murió. Y así prosigue lo demás, diciendo el año de su vida en que engendró cada uno al hijo que pertenece a la lista y sucesión de estas generaciones que llegan a Abraham, y cuántos años vivió después, advirtiendo que el tal procreó hijos e hijas, para que entendamos la causa por qué pudieron dilatarse tanto los pueblos, y alucinados con los pocos que numera, no nos aturdamos como los niños, imaginando cómo o por qué medio del linaje de Sem se pudieron llenar y poblar tan inmensos espacios de tierra, tan dilatados reinos, y especialmente el de los asirios, donde Nino, aquel domador de todos los pueblos orientales, reinó con suma prosperidad, dejando a sus descendientes un reino estable y amplio en extremo, que duró por mucho tiempo.

Pero nosotros, por no detenernos más de lo que exige la necesidad, sólo pondremos en la serie de las generaciones no los años que cada uno vivió, sino el año de su vida en que engendró al hijo, para que podamos deducir el número de los años transcurridos desde el Diluvio hasta Abraham, y para que, además de las cosas en que nos es fuerza detenernos, toquemos las otras brevemente y de paso. Así que el segundo año después del Diluvio, Sem, siendo de cien años, engendró a Arphaxat, y Arphaxat, siendo de ciento treinta y cinco, procreó a Cainán, quien de ciento treinta tuvo a Sala; y este Sala tenía los mismos años cuando engendró a Heber; y Heber tenía ciento treinta y cuatro cuando procreó a Phalech, en cuyos días se dividió la tierra. El mismo Phalech vivió ciento y treinta años, y engendró a Raga; y éste ciento treinta y dos, y engendró a Seruch; y éste ciento treinta, y engendró a Nacor; y Nacor setenta y nueve, y procreó a Tharé; y Tharé setenta, y engendró a Abrán; a quien Dios después, mudándole el nombre le llamó Abraham. Suman, pues, los años desde el Diluvio hasta Abraham mil setenta y dos, según la edición Vulgata, esto es, de los Setenta Intérpretes, aunque en los libros hebreos dicen que se hallan muchos menos de los cuales o no dan razón alguna o la dan muy oscura y difícil. Cuando indagamos y buscarnos entre aquellas setenta y dos naciones la Ciudad de Dios, no podemos afirmar qué en aquel tiempo en que todos eran de un labio, esto es, cuando todos hablaban un mismo idioma, ya el linaje humano se había enajenado y apartado del culto y reverencia debida al verdadero Dios; de modo que la verdadera religión hubiese quedado solamente en estas generaciones que descienden del tronco de Sem por Arphaxat hasta llegar a Abraham; aunque desde la arrogante idea de edificar la torre hasta el Cielo, con que se nos significa la

impía altivez y arrogancia, se nos descubrió y manifestó la ciudad terrena; esto es, la sociedad y congregación de los impíos.

Así que, si no fue antes, o si estuvo escondida, o si permanecieron ambas, es a saber, la Ciudad de Dios, en los hijos de Noé que él bendijo, y en sus descendientes y la terrena en aquel que él maldijo y en sus descendientes, entre quienes también naciese aquel gigante cazador contra el Señor, no es fácil de averiguar. Porque acaso, lo que es más creíble, también entre los hijos de aquellos dos; aun antes que se comenzase a fundar Babilonia, hubo ya quien ofendiese y despreciase a Dios entre los hijos de Cam, quien le adorase y tributase culto; con todo, debemos creer que de los unos y de los otros nunca faltaron buenos y malos en la tierra; pues Como dice el real profeta: «Todos han declinado de su obligación, todos se han vuelto abominables, no hay uno solo que obre bien», en ambos salmos donde se hallan estas expresiones se leen también éstas: «¿Acaso no sentirán mi ira y mi omnipotencia todos los que obran maldades, y los que devoran a mi pueblo como si fuese pan?» Luego había entonces pueblo de Dios. Lo que dice «no hay ni uno solo que haga bien», se entiende de los hijos de los hombres, y no para los hijos de Dios; pues antes había dicho: «Miró Dios desde el Cielo sobre los hijos de los hombres para ver si había alguno que conociese a Dios y procurase guardar sus mandamientos.» Y después añade todo lo necesario para darnos a entender que todos los hijos de los hombres, esto es, los que pertenecen a la ciudad que vive según el hombre, y no según Dios, son los malos.

CAPITULO XI

Que la primera lengua que usaron los hombres fue la que después de Heber se llamó hebrea, en cuya familia perseveró cuando sobrevino la confusión de lenguas. Así como cuando todos usaban un solo idioma no por eso faltaron hijos pestilenciales (porque también antes del Diluvio había una sola lengua), y, con todo, merecieron perecer todos ellos en el Diluvio, a excepción de una sola familia, la del justo Noé; así cuando Dios castigó las gentes por los méritos de su arrogante impiedad, con la diversidad de lenguas, las dividió y esparció por la tierra Y cuando la ciudad de los impíos adquirió el nombre de confusión, esto es, se llamó Babilonia, no faltó la casa de Heber, donde se conservó la lengua que todos usaban antes. Así pues, como referí arriba, comenzando la Escritura a contar los hijos de Sem, cada uno de los cuales procreó su nación, el primero que cuenta es Heber, siendo su tercer nieto, esto es, siendo el quinto que desciende de él.

Porque en la familia de éste quedó esta lengua (habiéndose dividido las demás naciones en otras lenguas, cuyo idioma con razón se cree que fue común al principio al humano linaje), es por lo que en adelante se llamó hebrea; pues entonces fue necesario distinguirla con nombre propio de las demás lenguas, así como las demás se llamaron también con sus nombres propios; porque cuando sólo había una, no se llamaba sino lengua humana, o lenguaje, con el cual hablaba todo el linaje humano. Pero dirá alguno: ¿si en los días de Phalech, hijo de Heber, se dividió la tierra por las lenguas, esto es, por los hombres que entonces había en la tierra, de ellos debió tomar su nombre la lengua que era antes común a todos? Es de saber, sin embargo, que el mismo Heber puso por esto este nombre a su hijo, y le llamó Phalech, que quiere decir división, porque nació cuando se dividió la tierra por las lenguas; esto es en su mismo tiempo; de manera que su nombre equivalga a la frase «en sus

días se dividió la tierra»; porque si no viviera Heber todavía cuando se multiplicaron las lenguas, no se designara con su nombre la lengua que pudo permanecer en su casa y familia. Por eso debe creerse que fue la primera común, pues en pena y castigo del pecado sucedió aquella multiplicación y mudanza de idiomas, y sin duda que no debió comprender este castigo al pueblo de Dios. Tampoco Abraham, que tuvo esta lengua, la pudo dejar a todos sus hijos, sino sólo a aquellos que, nacidos y propagados por Jacob, haciendo más insigne con su multiplicación el pueblo de Dios, llegaron a poseer las promesas de Dios y la estirpe y linaje de Cristo. Ni tampoco el mismo Heber dejó esta lengua a toda su descendencia, sino sólo a aquella cuyas generaciones llegan a Abraham. Por lo cual, aunque no conste con evidencia que hubo algún linaje de gente piadosa y temerosa de Dios cuando los impíos fabricaban y fundaban a Babilonia, no fue esta oscuridad para defraudar la intención, de los que la buscaban, sino para ejercitarla.

Porque leyendo que al principio hubo un idioma común a todos, y que de todos los hijos de Sem se celebra Heber, aunque fue el quinto que nació después de él, y viendo que se llama hebrea la lengua que conservó la autoridad de los patriarcas y, profetas, no sólo en su lenguaje, sino también en las sagradas letras, sin duda que cuando se pregunta en la división de lenguas dónde pudo quedar la que antes era común a todos, pues es de creer que allí donde ella permaneció no al- canzó el castigo que sucedió con la mudanza de ellas, ¿qué otra cosa se nos ofrece sino que quedó en la familia y nación de éste, de quien tomó su nombre, y que esto no fue pequeño indicio de la santidad de esta gente, pues castigando Dios las demás con la confusión de lenguas, no alcanzó a ésta dicho castigo? Pero todavía cabe dudar cómo Heber y su hijo Phalech pudieron cada uno constituir y propagar su peculiar nación, si en ambos quedó una misma lengua.

Efectivamente, una sola es la Nación hebrea, la que desciende desde Heber hasta Abraham y la que por él sucesivamente prosigue hasta que creció y se hizo fuerte y numeroso él pueblo de Israel. ¿Cómo pues, todos los hijos referidos de los tres hijos de Noé hicieron cada uno su nación, y Heber y Phalech no hicieron las suyas? Lo más probable en este particular es que el gigante Nemrod estableció igualmente su nación, aunque por causa de la excelencia de su reino y de su cuerpo le nombra separadamente; de forma que queda el número de las setenta y dos naciones y lenguas. Y habla la Escritura de Phalech, no porque propagase una nación (porque ésta es la misma nación hebrea y la misma su lengua) sino por el tiempo notable en que nació, porque entonces se dividió la tierra. Tampoco nos debe sorprender como pudo el gigante Nemrod llegar a la edad en que se fundó la ciudad de Babilonia y tuvo lugar la confusión de lenguas y con ella la división de las gentes; pues aunque Heber sea el sexto después de Noé y Nemrod el cuarto, pudieron concurrir en aquel tiempo; porque este suceso acaeció cuando gozaban de una vida longeva, siendo pocas las generaciones, o cuando nacían más tarde en tiempo que había más.

Sin duda debemos entender ,que cuando se dividió la tierra no sólo habían ya nacido los demás nietos de Noé que se refieren por padres y cabezas de las naciones, sino que contaban tantos años y tenían tan numerosas familias que merecieron llamarse naciones. Y no debemos imaginar que nacieron por el orden que los señala la Escritura, porque siendo así, los doce hijos de Sectas, que era otro hijo de Heber, hermano de Phalech, ¿cómo pudieron formar naciones si entendemos que nació Jectan después de su hermano Phalech, por nombrarle el sagrado texto después de él, supuesto que al tiempo que nació Phalech se

dividió la tierra? Por eso debemos entender que aunque le nombró primero, nació mucho después de su hermano Jectan, cuyos doce hijos tenían ya tan dilatadas familias que pudieron dividirse por sus propias lenguas.

Así pudo nombrarle el primero, siendo en edad postrero, como refino primero entre los descendientes de los tres hijos de Noé los hijos de Japhet, que era el menor de ellos, y luego los hijos de Cam, que era el mediano, y a lo último los hijos de Sem, que era el primero y mayor de todos.

Los nombres de estas naciones en algunas regiones permanecieron, de suerte que aun en la actualidad se advierte de dónde se derivaron; como de Asur los asirios, y de Heber los hebreos; y parte con el tiempo se han mudado, de modo que hombres doctísimos, escudriñando y, examinando las historias más antiguas, apenas han Podido descubrir el origen y descendencia que de éstos traen, no digo todas las naciones, sino ésta a la otra.

Pues de lo que dicen que los egipcios descienden de un hijo de Cam, que se llamó Mesraín, no hay expresión que aluda, o corresponda con el nombre original; así como ni en los etíopes, que defienden que pertenecen a hijo de Cam, que se llamó Chús. Y si todo se considerare, hallaremos que son más los nombres que se han mudado que los que han permanecido.

CAPITULO XII

De la interrupción de tiempo que hace la Escritura en Abraham, desde quien prosigue el nuevo catálogo, continuando la santa sucesión Observemos ahora los progresos de la Ciudad de Dios desde aquella suspensión de tiempo que hace la Sagrada Escritura en el padre de Abraham, desde donde empezamos a tener más clara noticia de ella y donde hallamos más exactas Y evidentes las divinas promesas que ahora vemos se cumplen en Cristo, Según la noticia que tenemos de las sagradas letras, Abraham nació en la región de los caldeos, tierra que pertenecía al reino de los asirios.

En aquella sazón, y ya entre los caldeos, como entre los demás pueblos, prevalecían impías supersticiones, de forma que sólo en la casa de Tharé, de quien nació Abraham, se conservaba el culto y adoración de un solo Dios verdadero, y, según es de creer, la lengua hebrea, aunque dicha casa, según se dice por relación de Jesús Nave, sirvió a los ídolos en Mesopotamia. Mezcláronse todos los demás de la estirpe de Heber paulatinamente con otras naciones o idiomas; por lo cual, así como por el Diluvio universal quedó únicamente intacta la casa de Noé, para la restauración del linaje humano, así en el diluvio de las supersticiones que hubo por el Universo quedó sola la casa de Tharé, en la que se conservó la planta y fundación de la Ciudad de Dios Finalmente, así como la Escritura enumera las generaciones anteriores hasta Noé juntamente con el número de los años, y declara la causa del Diluvio, y antes que comenzase a tratar con Noé la fábrica del Arca, dice: «Estas son las generaciones de Noé», así también aquí, habiendo contado las generaciones que descienden de Sem, hijo de Noé, hasta Abraham, pone un notable párrafo, diciendo: «Estas son las generaciones de Tharé: Tharé engendró a Abraham, Nachor y Aram; Aram engendró a Lot, y murió Aram delante de su padre en la tierra que nació, en la provincia de los caldeos, y

Abraham y Nachor tomaron en matrimonio sus respectivas mujeres: la de Abraham se llamaba Sara, y la de Nachor, Melcha, hija de Aram; este Aram fue padre de Melcha y de su hermana Jesca»; la cual Jesca se cree ser la misma Sara, mujer de Abraham.

CAPITULO XIII

Qué razón hay para que en la emigración de Tharé, cuando de Caldea pasó a Mesopotamia, no se haga mención de su hijo Nachor Después refiere la Escritura cómo Tharé con los suyos desamparó la tierra de los caldeos, vino a Mesopotamia, vivió en Charra, y no hace mención de un hijo suyo que se llamaba Nachor, como si le hubiera dejado y no le trajera consigo. Porque dice así: «Y tomó Tharé a su hijo Abraham, y a Lot, hijo de Aram, su nieto, y a su nuera Sara, mujer de Abraham; su hijo, y los sacó de la provincia de los caldeos, y los trajo a la tierra de Canaam, vino a Charra, y habitó allí. Donde iremos que no hace referencia de Nachor ni de su mujer Melcha. Sin embargo, hallamos después cuando envió Abraham a un criado suyo a buscar una mujer para su hijo Isaac, que dice la Escritura: «Tomó el criado diez camellos de los de su Señor, llevando consigo de todos los bienes y hacienda de su Señor, y vino a Mesopotamia, a la ciudad donde moraba Nachor.»

Con este y otros testimonios de la Sagrada Historia se demuestra, que Nachor, hermano de Abraham, salió también de la provincia de los caldeos y fijó su asiento y habitación en Mesopotamia, donde había vivido Abraham con su padre. ¿Y por qué motivo no hizo mención de él la Escritura, cuando Tharé desde los caldeos pasó a vivir a Mesopotamia, donde no sólo hace mención de Abraham, su hijo, sino también de Sara su nuera, y de Lot su nieto, que los llevó consigo? ¿Sería acaso porque había dejado la piedad y religión de su padre y hermano, acomodándose a la superstición de los caldeos, y después, o porque se arrepintió, o porque fue perseguido y tenido por sospechoso, también se fue de allí? Porque en el libro intitulado Judith, preguntando Holofernes, enemigo de los israelitas, qué gente era aquella con quien tenía que pelear, Achior, capitán general de los amonitas, le respondió de esta manera: «Oiga mi Señor la relación que hará este su siervo sobre el particular, porque le diré la verdad acerca de este pueblo que habita aquí en estas montañas, y no hallará mentira alguna en lo que este su siervo le dirá.

«Este pueblo desciende de los caldeos, y primero habitó en Mesopotamia, porque no quiso adorar los dioses de sus padres, los que adoraban en la tierra de los caldeos, sino que declinó del camino de sus padres, y adoró al Dios del cielo que ellos conocían; y así los echaron y desterraron de la presencia de sus dioses, y se vinieron huyendo a Mesopotamia, y vivieron allí mucho tiempo hasta que les dijo su Dios que saliesen de aquella su habitación, y se fuesen a tierra de Canaam, y viviesen allí»; y todo lo demás que cuenta allí el amonita Achior. De cuyo testimonio consta que la casa de Tharé padeció persecución de los caldeos por la verdadera religión con que ellos adoraban a un solo Dios verdadero.

CAPITULO XIV

De los años de Tharé, que acabó su vida en Charra Muerto Tharé en Mesopotamia, donde dicen que vivió doscientos y cinco años, principian ya a manifestarse las promesas que hizo

Dios a Abraham, lo cual narra la Escritura de esta manera: «Y fueron todos los días de Tharé en Charra doscientos y cinco años y murió en Charra. Pero no hemos de entender que vivió allí todos estos años, sino que los días de su vida, que fueron doscientos y cinco años, los cumplió allí. De otra suerte no supiéramos los años que vivió Tharé, pues no se lee a cuántos años de su vida vino a Charra, y sería un absurdo pensar que en el catalogo de estas generaciones (donde con mucha exactitud se refieren los años que cada uno vivió) solamente no se hubiese hecho memoria de los años que éste vivió. El pasar en silencio los años de algunos que nombra la misma Escritura es porque no están en este catálogo, donde se va continuando la cuenta de los tiempos con la muerte de los padres y la sucesión de los hijos, y este orden y serie de sucesiones que principia en Adán hasta Noé y desde éste se extiende hasta Abraham no contiene uno solo sin enumerar los años respectivos de su vida.

CAPITULO XV

Del tiempo en que fue hecha a Abraham la promesa por la cual, conforme al divino mandato, salió de Charra Lo que después de la referida muerte de Tharé, padre de Abraham, dijo la Escritura: «Dijo Dios a Abraham: sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, etc»; no porque siga en este orden en el texto del libro debemos presumir que sucedió en el mismo. 'Si fuese así sería la cuestión insoluble, pues después de estas palabras, de Dios a Abraham, dice la Escritura: «Y salió Abraham como se lo ordenó el Señor, llevando en su compañía a Lot, y era Abraham de setenta y cinco años cuando salió de Charra.» ¿Cómo puede ser esto verdad si después de la muerte de su padre salió de Charra? Porque siendo Tharé de setenta años, como se nos dice arriba, procreó a Abraham, a cuyo número, añadiendo setenta y cinco años que cumplía Abraham cuando salió de Charra, hacen ciento cuarenta y cinco años: luego de ésta edad era Tharé cuando salió Abraham de aquella ciudad de Mesopotamia; porque andaba en los setenta y cinco de su edad; y por eso su padre, que le había engendrado a los setenta de la suya, tenía, como hemos dicho, ciento cuarenta y cinco años.

No salió, pues, de allí después de la muerte de su padre, esto es, después de los doscientos y cinco años que vivió su padre, sino que el año en que partió del citado pueblo, que era el setenta y cinco de su edad, y su padre le engendró a los setenta, debió ser el año 145; y así debe entenderse que la Escritura a su modo retrocedió al tiempo que había ya pasado en aquella relación; así como antes contó los nietos de Noé que estaban repartidos por sus respectivas naciones y lenguas, y después, como si esto se siguiera según el orden de los tiempos, dice: «En toda la tierra no había sino una lengua y una voz en todos». ¿Cómo, pues, estaban ya distribuidos por sí naciones e idiomas si todos no usaban más de uno, sino porque recapitulando retrocedió a lo que ya había sucedido? Así también dice aquí la Sagrada Escritura: «Y fueron los días de Tharé en Charra doscientos y cinco años, y murió Tharé en Charra»; después, volviendo a lo que dejó por concluir para completar lo que había principiado de Tharé, prosigue: «Y dijo el Señor a Abraham: sal de tu tierra, etcétera.» Consiguientemente a estas expresiones de Dios, continúa:. «Salió Abraham, como se lo dijo el Señor, se fue con él Lot, y Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Charra.» Sucedió, pues, esto cuando su padre andaba en los ciento cuarenta y cinco años de su edad, porque enton ces fue el setenta y cinco de la suya.

Resuélvese también esta duda de otra forma: que los setenta y cinco años de Abraham cuando salió de Charra se cuenten desde el tiempo en que le libertó Dios del fuego de los caldeos, y no desde el año en que nació; como si entendiéramos que nació entonces. San Esteban, en los Hechos apostólicos, refiriendo esto, dice: «El sumo Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham estando en Mesopotamia antes que habitase en Charra, y le dijo: Sal de tu tierra y de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que yo te mostraré.» Conforme a estas palabras de San Esteban, no habló Dios a Abraham después de la muerte de su padre, el cual, sin duda, murió en Charra, donde vivió también en compañía de su hijo, sino antes que viviese en la misma ciudad, aunque estando ya en Mesopotamia. Luego ya había salido de los Caldeos. Lo que continúa diciendo San Esteban: «Entonces Abraham salió de la tierra de los caldeos y habitó en Charra, no manifiesta que lo hizo después que le habló Dios (porque no se salió de la tierra de los caldeos después de aquellas palabras de Dios, puesto que dice que le habló Dios en Mesopotamia), sino que aquel entonces pertenece todo aquel tiempo que transcurrió desde que salió de los caldeos y vivió en Charra, y asimismo lo que sigue: «Y de allí, después que murió su padre, le puso en esta tierra en que ahora habitáis vosotros y vuestros padres.» No dice: después, que murió su padre salió de Charra, sino de allí, después que murió su padre, le trasladó aquí. Por este motivo debe entenderse que habló Dios a Abraham estando en Mesopotamia antes que habitase, en Charra, y que llegó a Charra con su padre guardando consigo el precepto de Dios, y de allí salió a los setenta y cinco años de su edad y a los ciento y cuarenta y cinco de la de su padre. Y el fijar su asiento en la tierra de Canaam y no salir de Charra dice que sucedió después, de la muerte de su padre, porque ya era difunto cuando compró la heredad, cuyo poseedor y señor comenzó a ser en aquel país.

Lo que le dijo Dios estando ya en Mesopotamia, esto es, habiendo ya salido de la tierra de los caldeos: «Sal de tu tierra y de entre tus parientes y de la casa de tu padre» quiere decir, no que sacase de allí el cuerpo, lo cual ya lo había practicado, sino que desarraigase de allí el alma; porque no habla salido de allí, con el corazón si tenía todavía esperanza y deseo de vol- ver, cuya confianza y deseo se debía coartar y atajar mediante el mandato y favor de Dios y la obediencia de Abraham. Y realmente no es creíble que Abraham, después que vino Nachor en seguimiento de su padre; cumpliera el precepto de Dios; de forma que entonces partió de Charra con Sara, su mujer, y con Lot, hijo de su hermano.

CAPITULO XVI

Del orden y la calidad de las promesas que hizo Dios a Abraham Procedamos ya a reflexionar atentamente las promesas que hizo Dios a Abraham, porque en éstas se principiaron a manifestar más al descubierto los oráculos y promesas indefectibles de nuestro gran Dios, esto es, las del Dios verdadero, sobre el pueblo de los santos escogidos, que es el pueblo que vaticinó la autoridad profética. La primera de éstas dice: «Dijo Dios a Abraham: Sal de tu tierra y de entre tus parientes, y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que te manifestaré; te constituiré padre de muchas gentes, te echaré mi bendición, engrandeceré tu nombre, serás bendito, daré mi bendición a los que te bendijeren y mi maldición a los que te maldijeren, y en ti serán benditas todas las tribus y familias de la tierra.»

Debe advertirse que prometió Dios a Abraham dos cosas: la una, que su descendencia habla de poseer la tierra de Canaam, lo cual se significa donde dice: «Ve a la tierra que te manifestaré, y haré que crezcas y te propagues en muchas naciones; la otra, que es mucho más estable, se entiende, no de la descendencia carnal, sino espiritual, por la cual no es solamente padre de la nación israelita, sino de todas las gentes que siguen e imitan el ejemplo de su fe, lo cual le prometió por estas palabras: «Y en ti serán benditas todas las tribus o familias de la tierra;» Eusebio entiende que esta promesa se le hizo a Abraham a los setenta y cinco años de su edad, como que inmediatamente que Dios se la hizo salió Abraham de Charra, pues no puede contradecirse a la Escritura, que dice: «Abraham era de setenta y cinco años cuando salió de Charra.

Es así, que esta promesa se hizo en este año, luego ya vivía Abraham con su padre en charra; porque no pudiera salir de allí si no habitase allí mismo. ¿Acaso contradice esto al testimonio de San Esteban, que dice «que el Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes que habitase en Charra»? Pero ha de entenderse que en un mismo año sucedió todo esto, es a saber: la divina promesa, antes de vivir Abraham ea Charra; su morada en este pueblo, y su partida de él; no sólo porque Eusebio en sus crónicas demuestra que al cabo de cuatrocientos y treinta anos después de esta promesa fue la salida de Egipto del pueblo de Dios cuando se les dio la ley, sino también porque esto mismo lo expresa el apóstol San Pablo.

CAPITULO XVII

De los tres famosos reinos de los gentiles, uno de los cuales, que era el de los asirios, florecía ya en tiempo de Abraham En aquel tiempo florecían Ya tres monarquías de los gentiles, en las cuales la ciudad de los hijos de la tierra, esto es, la congregación de los hombres que viven según el hombre vivía, con pompa y grandeza; es a saber: el reino de los sicionios, el de los egipcios y el de los asirios, aunque el de éstos era mucho más rico y poderoso, porque el rey Nino, hijo de Belo, había sujetado y sojuzgado, a excepción de la India todas las naciones de Asia. Llamo Asia, no aquella parte que es una provincia del Asia mayor, sino toda la Asia, que algunos pusieron por una de las partes del mundo, y los más por la tercera, de modo que sean todas Asia, Europa y Africa, con la cual no dividieron y repartieron igualmente la tierra.

Porque esta parte que llama Asia llega desde el Mediodía por el Oriente hasta el Septentrión; y Europa, desde el Septentrión hasta el Occidente; y consecutivamente, Africa, desde el Occidente hasta el Mediodía; de lo cual resulta que las dos tienen la mitad del orbe, Europa y Africa; y la otra mitad sola Asia. Pero a Europa y Africa hicieron dos partes, porque entre la una y la otra entra el Océano, que se engolfa en las sierras y forman este grande mar. Por lo que si dividiesen el orbe en dos partes, en Oriente y Occidente, el Asia tendría la una, y Europa y Africa, la otra. Uno de los tres reinos que entonces florecían es, a saber, el de los sicionios, no estaba sometido a los asirios, por hallarse en Europa; pero el de los egipcios, ¿cómo no había de estarles sujeto si tenían subyugada a su imperio toda la Asia, a excepción, según dicen, de la India? En Asia prevaleció imperio y dominio de la ciudad impía, cuya cabeza era Babilonia, nombre muy acomodado a esta ciudad terrena, porque Babilonia es lo mismo que confusión. En ella reinaba Nino después de la muerte de

su padre Belo, que fue el primero que allí reinó sesenta y cinco años; y su hijo Nino, que, muerto el padre, sucedió en el reino, reinó cincuenta y dos años, y corría el año 43 de su reinado cuando nació. Abraham, que seria el año de 1200, poco más o menos, antes de la fundación de Roma, que fue como otra segunda Babilonia en el Occidente.

CAPITULO XVIII

Cómo habló segunda vez Dios a Abraham y le prometió que a su descendencia daría la tierra de Canaam. Habiendo salido Abraham de Charra a los setenta y cinco años de edad y ciento cuarenta y cinco de la de su padre, acompañado de Lot, hijo de su hermano, y de Sara, su mujer, partió para la tierra de Canaam y llegó hasta Sichem, donde nuevamente recibió el divino oráculo, el cual narra así la Escritura: «Aparecióséle el Señor a Abraham, y le dijo: A tu descendencia daré ésta tierra»; no le promete aquí aquella sucesión por la que se hizo padre y progenitor de todas las naciones, sino sola aquella por la que es padre únicamente de la nación israelita; y esta descendencia fue la que poseyó la mencionada tierra de Canaam.

CAPITULO XIX

Cómo el Señor conservó indemne el honor de Sara en Egipto, habiendo dicho Abraham que no era su mujer, sino su hermana Habiendo edificado allí un altar e invocado al Señor, partió de allí Abraham y habitó hacia el desierto, de donde, obligado por el hambre, pasó a Egipto, donde dijo que su mujer era su hermana, sin incurrir en mentira, porque también lo era, por ser su parienta, así como Lot, con un mismo parentesco, siendo hijo de su hermano, se llamaba su hermano. Calló, pues, que era su mujer, y no lo negó, dejando en manos de Dios la defensa y conservación del honor de su esposa, y previniéndose como hombre contra las humanas asechanzas, porque si no se guardaba del riesgo todo lo que podía guardarse, fuera más tentar a Dios que esperar en su Divina Majestad; sobre lo cual dijimos lo bastante perorando contra las calumnias del maniqueo Fausto. Por último, sucedió lo que presumió Abraham del Señor, pues Faraón, rey de Egipto, que la había tomado por su esposa, siendo por ello gravemente afligido, la restituyó a su marido; en cuya acción por ningún pretexto debemos creer que la quitó su honor, siendo verosímil que esto no lo permitió Dios a Faraón, por las grandes aflicciones y males con que afligió su espíritu y su cuerpo.

CAPITULO XX

Cómo se apartaron Lot y Abraham, lo cual hicieron sin menoscabo de la caridad Habiendo vuelto Abraham de Egipto al lugar de donde partió, se separó de Lot, hijo de su hermano, en sana paz, amor y concordia, retirándose éste a la tierra de los sodomitas; pues como se hablan enriquecido, comenzaron a tener muchos pastores para la custodia y cuidado de sus ganados, y por las contiendas que éstos suscitaban mutua y continuamente, tomaron tío y sobrino tan saludable medio, con que excusaron la contenciosa discordia de sus familiares, pues estos débiles principios pudieran, según, la instabilidad de las cosas humanas,

acrecentarse y originar entre ellos grandes pesares. Y así, Abraham, por evitarlos, dijo a Lot: «No haya diferencia: ni controversias entre mis pastores y los tuyos, ya que somos deudos y hermanos. ¿Acaso no tienes a tu voluntad y disposición toda la tierra? Separémonos; si tú fueres hacia la derecha, yo me dirigiré a la iz- quierda; y si tú a ésta, yo hacia aquélla; de cuyo ejemplo acaso se originó entre los hombres la costumbre pacífica que se observa siempre que han de partir alguna heredad, que el mayor divida y el menor elija.

CAPITULO XXI

De la tercera promesa que hizo Dios a Abraham, en la que promete a él y a su descendencia para siempre la tierra de Canaam Habiéndose apartado y viviendo cada uno de por sí, Abraham y Lot, obligados más por mantener en paz buena armonía su familia que por algún desliz o atentado capaz de suscita discordias, y morando Abraham en tierra de Canaam y Lot en Sodoma, tercera vez volvió Dios a hablar a Abraham, y le dijo: «Levanta los ojos mira desde el lugar donde estás a Norte y Mediodía, al Oriente y al mal que toda la tierra que ves te la he de dar a ti y a tu descendencia hasta e fin de los siglos para siempre, y hay que tu descendencia sea como las arenas de la tierra.

Si es posible que alguno cuente las arenas de la tierra también podrá contar tu descendencia. Levántate, pues, y paséate por toda la tierra cuan larga y ancha es, y toma posesión de ella, porque a ti te la he de dar.» Tampoco en esta promesa se descubre claramente si se comprende en ella la promesa en que le hizo Dios padre y cabeza de todas las naciones; pues pudiera indicar esto donde dice: «Y haré que sea tu descendencia como las arenas de la tierra, lo cual se dio por un modo de hablar que los griegos llaman hipérbole, que es una manera de hablar metafórica y no propia, y a todos los que entienden la Escritura ninguna duda que suele usar de es modo de hablar, así como de los demás tropos y figuras.

Este tropo, es decir, esta manera de hablar, se usa cuando lo que se dice es mucho más que lo que con aquella expresión se significa; porque ¿quién no advierte cuánto mayor es el número de las arenas que el número que puede haber de todos los hombres, desde mismo Adán hasta el fin del mundo ¿Cuánto mayor será que los descendientes de Abraham, no solo los que pertenecen a la nación israelita, sino también los que hay y ha de haber según la imitación de su fe, en todo el orbe de la tierra, en todas las naciones? La cual descendencia, en comparación de la multitud de los impíos verdaderamente es pequeña, aunque Estos pocos hagan también innumerable multitud, como significó la hipérbole de la arena de la tierra. Aunque, realmente, esta multitud que prometió Dios a Abraham no es innumerable para Dios, sino para los hombres, porque para Dios tampoco lo son las arenas de la tierra. Y pues no solamente la nación israelita, sino toda la descendencia de Abraham, donde está expresa la promesa de muchos hijos, no según la carne, sino según el espíritu, se compara más congruamente a la multitud de las arenas, podemos entender que promete Dios lo uno y lo otro.

Mas por eso dijimos que no parece evidente, porque aun aquella sola nación que, según la carne, desciende de Abraham por su nieto Jacob, creció tanto, que casi llenó todas las partes

del mundo, y muy bien puede ser comparada hiperbólicamente a la inmensidad de la arena, pues ésta sola es innumerable para el hombre. Por lo menos, ninguno duda que significó la tierra llamada Canaam. Pero lo que dice: «Te la daré a ti y a tu descendencia hasta el fin del siglo, pueden ponerlo en duda algunos, si hasta el fin del siglo lo entienden para siempre eternamente; mas si entendiesen, como fielmente sostenemos, que el principio del futuro siglo empieza al terminar el presente, nada les hará dificultad, porque aunque a los israelitas los hayan echado de Jerusalén, con todo, perseveran en otras ciudades de la tierra de Canaam y perseverarán hasta el fin, y habitando en toda aquella tierra los cristianos, también ellos son descendencia de Abraham.

CAPITULO XXII

Cómo Abraham venció a los enemigos de los sodomitas cuando libró a Lot, que era llevado preso, y cómo le bendijo el sacerdote Melquisedec Luego que Abraham recibió esta divina promesa, partió de allí y quedóse en otra población de la misma tierra, esto es, cerca del encinar de Mambré, que está en Chebrón. Habiendo después los enemigos acometido a los de Sodoma, trayendo cinco reyes guerra contra cuatro, y siendo vencidos los de Sodoma y llevando también preso entre ellos a Lot, le libró Abraham, habiendo sacado de su casa y llevado en su compañía para aquella empresa trescientos dieciocho hombres. Y saliendo victorioso recobró todo el ganado de los sodomitas y no quiso tomar cosa alguna de los despojos, ofreciéndolos el rey para quien había alcanzado la victoria; con todo, le bendijo entonces Melquisedec, que era sacerdote de Dios excelso, de quien en la epístola que se intitula A los hebreos (que la mayor parte de los escritores dicen ser del Apóstol San Pablo, aunque otros lo niegan), se escriben muchas y notables singularidades. En aquella población se nos descubrió y significó por primera vez el sacrificio que en la actualidad los cristianos ofrecen a Dios en todo el orbe habitado, y tiene realidad lo que mucho después de este suceso dice el real Profeta hablando de Jesucristo, que estaba aún por venir en carne: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec»; es a saber, no según el orden de Aarón, cuyo orden había de acabarse, 'descubriéndose los ocultos arcanos y misterios que se encubrían bajo aquellas formas significativas.

CAPITULO XXIII

Cómo habló Dios a Abraham y le prometió que había de multiplicarse su descendencia como la multitud de las estrellas, y por creerlo fue justificado aun estando todavía sin circuncidar Entonces habló Dios a Abraham en una visión, y como le ofreciese su protección y extraordinarias mercedes y Abraham estuviese deseoso de tener sucesión, dijo que Eliezer, criado de su casa, había de ser su heredero, y al momento, le, prometió Dios heredero, no al criado de su casa, sino a otro que había, de nacer del mismo Abraham; y otra vez vuelve a prometerle innumerable descendencia, no ya como las arenas de la tierra, sino como las estrellas del cielo, en lo que me parece que le prometió la descendencia, heredera de la felicidad celestial; por lo que respecta a la multitud, ¿qué son las estrellas del cielo para con la arena de la tierra? A no ser que alguno diga que también esta comparación no significa otra cosa que sería innumerable como son las estrellas.

Y, efectivamente es creíble que no pueden verse todas, dado que cuanto más es sutil la vista de uno, tantas más alcanza a ver, y así aun a los que ven con más perspicacia, con razón se sospecha que se les ocultan algunas, además de aquellas que en la otra parte del orbe, distante por un dilatado espacio de nosotros, dicen que nacen y se ponen. Finalmente, todos los que se glorían que han comprendido y escrito el número de todas las estrellas, como Arato, Eudoso y otros, todos éstos quedan en el concepto de ilusos y desacreditados con la irrefragable autoridad de las sagradas letras en el Génesis. Aquí es donde hallamos aquella sentencia; de la cual hace mención el Apóstol recomendándonos y encareciéndonos la divina gracia: «Que creyó Abraham a Dios y que se le reputó por justificación para que no se enaltezca la circuncisión y rehuse admitir a la fe de Cristo a las naciones incircuncisas; pues cuando esto acaeció y se reputó por justificación la fe de Abraham, aún no se había circuncidado.

CAPITULO XXIV

De la significación del sacrificio que mandó Dios le ofreciese Abraham, habiendo éste pedido al Señor que le explicase lo que creía Hablándole Dios en la misma aparición, también le dijo: «Yo soy el Dios que te saqué de la región de los caldeos para darte ésta tierra, de la cual seas el heredero»; pero preguntando Abraham cómo sabría que había de ser su heredero, le dije Dios: «Toma una vaca de tres años, una cabra de tres años y un carnero de tres años, una tórtola y una paloma»; tomó, pues, Abraham todas estas cosas, y las partió, dividió por medio y las colocó enfrente unas de otras, pero no dividió las aves y bajaron (como dice la Escritura) las aves sobre aquellos cuerpos divididos, y sentóse con ellas Abraham, y estando ya para ponerse el sol acometió a Abraham un gran pavor, le invadió un temor tenebroso, y oyó que le dijeron: Ten por cierto que tus descendientes han de peregrinar en tierra ajena, que los han de poner en servidumbre y los han de afligir cuatrocientos años; pero a la nación que ellos sirvieren, yo la juzgaré y castigaré. Después de esto volverán acá con mucha hacienda, pero tú irás con tus padres en paz, habiendo pasado buena vejez, y a la cuarta generación volarán acá, porque aún no se han cumplido hasta ahora los pecados de los amorreos. Habiéndose puesto ya el sol, se levantó una llama, y he aquí un horno humeando, y unas llamaradas que corrían entre aquellas partes divididas por medio.

En aquel día dispuso Dios su testamento y pactó con Abraham, diciendo: Yo daré esta tierra a tus descendientes desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates, es a saber, los ceneos, ceneceos, cedmoneos, cetheos, pherezeos, raphain, los amorreos, cananeos, eteos, gerheseos y jebuseos. Todo esto sucedió en visión, y querer particularmente tratar de raíz de cada cosa sería muy largo y excedería la intención, y propósito de esta obra; bástenos saber que después que dijo la Escritura que creyó Abraham a Dios, y que se le "reputó por justificación, no se desdijo, ni faltó a esta fe, cuando dijo: «Señor, cuyo es el dominio, ¿cómo sabré que seré tu heredero?, porque le había prometido la posesión y herencia de aquella tierra. No dice cómo lo he de saber, como si todavía no lo creyese, sino cómo lo sabré, para que lo que había creído se lo manifestase con alguna semejanza con que pudiese conocer el cómo había de ser. Así como no es desconfianza lo que dijo la Virgen María: «¿De qué manera se hará esto, si yo no conozco varón?» Porque estaba cierta de que había

de ser, preguntaba el modo cómo había de ser, y preguntado esto la dijo el ángel: «Vendrá sobre ti e Espíritu Santo, y te hará sombra la virtud del Altísimo.

En efecto; aquí dio también Dios Abraham el modo y semejanza en la vaca, en la cabra, en el carnero y 'e las dos aves, tórtola y paloma, para que supiese que conforme a éstos había de ser lo que él no dudaba que había de ser. Ya, pues, por la vaca quisiese significar el pueblo puesto debajo de yugo de la ley; por la cabra, que mismo pueblo había de ser pecado y por el carnero, que el mismo pueblo también había de reinar (cuyos animales se, dicen de tres años porque siendo tres los períodos más insignes y notables de los tiempos, es a sabe, desde Adán hasta Noé, desde, Noé hasta Abraham y desde éste hasta David el primero que, reprobado Saúl, establecido por voluntad del Señor el reino de la nación israelita; en este tercer orden y catálogo que comprende desde Abraham hasta David, como quien anda en la tercera edad, llegó a su juventud aquel pueblo), ya signifiquen estas cosas algún otro misterio con más conveniencia, con todo de ningún modo dudo que lo que añadió de la tórtola y de la paloma fueron figuras y significaciones espirituales, y que por lo mismo dice la Escritura: «Que no dividió las aves», porque los carnales son los que se dividen entre sí, pero los espirituales de ninguna ma- nera, ya se desvíen y retiren del trato y comercio 'de los hombres, como la tórtola, ya vivan entre ellos, como la paloma.

Sin embargo, una y otra ave es simple y nada perjudicial, significándonos también que en el pueblo israelita, a quien había de darse aquella tierra, los hijos de promisión' habían de ser individuos, o sin división, y que, heredando el reino, habían de permanecer en la eterna felicidad. Las aves que bajaban sobre los cuerpos que estaban divididos no significa cosa buena, sino los espíritus de este aire, que andan en busca de pasto suyo en la división de los carnales. Que se sentó con ellos Abraham significa que también entre las divisiones de los carnales han de perseverar hasta el fin del siglo los verdaderos fieles, y que al ponerse el sol invadió a Abraham un pavor y un temor tenebroso, y significa que al fin de este siglo ha de haber grande turbación y tribulación en los fieles, de la cual dice el Señor en el Evangelio «que habrá entonces una extraordinaria tribulación, cual no la hubo, desde el principio».

Y lo que dice Abraham: «Ten por indudable que tus descendientes a han de peregrinar por tierra ajena, y que los han de poner en servidumbre, y los han de afligir cuatrocientos años», es clarísima profecía del pueblo de Israel, que había de venir a servir en Egipto, no porque había de permanecer cuatrocientos años en esta servidumbre, afligiéndolos los egipcios, sino que había de suceder esto en el año. Porque así como la escritura dice de Tharé, padre de Abraham: «Fueron los días de Tharé en Charra doscientos y cinco años», no porque allí vivió todo, sino porque allí los cumplió, así también bien aquí interpuso: servirán y los molestarán cuatrocientos años, porque este número se cumplió en aquella aflicción, y no porque todo se paso en ella. Y dice cuatrocientos, años por la plenitud del número, aunque sean algo más, ya se cuenten desde este tiempo en que Dios prometió a Abraham esta felicidades, ya desde que nació Isaac por la descendencia de Abraham, de quien se profetizan todos estos sucesos.

Porque se cuentan, como dijimos arriba, desde el año 7 de Abraham cuando le hizo Dios la primera promesa, hasta la salida de Israel de Egipto, cuatrocientos treinta años, de los cuales hace mención el Apóstol de esto modo: «A esta promesa y pacto, que hizo y juró a Dios Abraham, que llamo yo testamento, no le puede derogar o hacer irrito e inválido la ley

que se promulgó cuatrocientos treinta años después del pacto y testamento.» Así pues, estos cuatrocientos treinta años se podían llamar cuatrocientos, porque no son muchos más, cuanto más habiendo ya pasado algunos de este número cuando Abraham vio y oyó estas maravillas en visión, o cuando, teniendo ya cien anos, tuvo a su hijo Isaac, veinticinco años después de la primera promesa, quedando ya de estos cuatrocientos treinta cuatrocientos cinco, á los cuales quiso Dios llamar cuatrocientos.

Lo demás que sigue de la profecía nadie dudará que pertenece al pueblo israelita, y lo que se añade: «Habiéndose puesto el sol; formóse una llama, y he aquí un horno humeando y unas llamas de fuego que corrieron en tres aquellas medias partes divididas, significa que al fin del siglo han de ser juzgados y castigados los carnales con fuego. Porque así como se nos significa que la aflicción de la Ciudad de Dios, bajo el poder del Anticristo, ha de ser la mayor que jamás ha habido; así como se nos significa, digo, esta aflicción con el tenebroso temor de Abraham cerca de ponerse el sol, esto es, acercándose ya el fin del siglo; así en la puesta del sol, esto es, en el mismo fin, se significa con este fuego el día del juicio, que divide los carnales que se han de salvar por el fuego y se han de condenar en fuego. Después el testamento y promesa que Dios hace a Abraham, propiamente manifiesta la tierra de Canaam y nombra en ella once naciones desde el día de Egipto hasta el grande río Eufrates; no desde el grande río de Egipto, esto es, desde el Nilo, sino desde el pequeño que divide á Egipto y Palestina, donde está la ciudad de Rhinocorura.

CAPITULO XXV

De Agar, esclava de Sara, la cual Sara quiso que fuese concubina de Abraham Desde aquí ya se siguen, los tiempos de los hijos de Abraham, el uno tenido de la sierva Agar, y el otro de Sara, libre, de quienes hablamos ya en el libro anterior; y respecto a lo que sucedió, no hay motivo para echar la culpa a Abraham por haber tomado esta concubina, porque se valió de ella para procrear hijos y no para saciar el apetito carnal, ni por agraviar a su esposa, sino por obedecerla, quien creyó que sería consuelo de su esterilidad si la fecundidad de su esclava la hiciese suya, y con aquel privilegio o derecho que dice el Apóstol «que el varón no es señor de su cuerpo, sino su mujer», se aprovechase la mujer del cuerpo de su marido para conseguir la descendencia que no podía por si misma. No hay en este acto deseo lascivo ni torpeza camal; la mujer entrega a su marido la esclava para tener hijos; por lo mismo la recibe el marido; ambos pretenden, no el deleite culpable, sino el fruto de la naturaleza; finalmente, cuando la esclava se ensoberbeció contra su señora porque era estéril, como la culpa de este desacato, con la sospecha y celos de mujer, la atribuyese Sara antes a su marido que a otra causa, también aquí mostró Abraham que no fue amador esclavo, sin6 procreador libre, y que en Agar guardó el honor y decoro a Sara, no satisfaciendo su propio apetito, sino cumpliendo la voluntad de su esposa; que la admitió, y no la pidió; pues la dijo: «Ves ahí a tu esclava, en tu poder está; haz de ella lo que te pareciere.»

CAPITULO XXVI

Dios promete a Abraham, siendo él anciano y Sara estéril un hijo de ella, y le hace padre y cabeza de las gentes, y la fe de la promesa la confirma y sella con el Sacramento de la Circuncisión Después nació Ismael de Agar, en el cual pudo sospechar Abraham que se cumplió lo que Dios le había prometido cuando, tratando de adoptar a uno de los criados de su casa, le dijo el Señor: «No será este criado tu heredero, sino uno que saldrá de ti será tu heredero.» Para que no imaginase que esta promesa se había cumplido en el hijo que había tenido de su esclava, siendo ya de noventa y nueve años, se le apareció el Señor, y le dijo: «Yo soy Dios, procura ser agradable en mi acatamiento, vivir irreprensible y pondré mi testamento y pacto entre yo y tú, y te multiplicaré extraordinariamente.

Postróse Abraham con el rostro en tierra y le habló el Señor diciendo: «Ven aquí, que yo hago mi pacto contigo, y serás padre y cabeza de muchas gentes, y no será más tu nombre Abrán, sino que te llamarás Abraham, porque te he constituido padre de muchas naciones y te multiplicaré grandemente. Te haré jefe y cabeza de las naciones, y procederán de ti reyes; haré mi pacto entre yo y tú, y entre tu descendencia después de ti por sus generaciones con pacto eterno. Seré tu Dios, y de tus descendientes después de ti, y te daré a ti y a tus sucesores esta tierra en que vives ahora peregrino, es a saber, toda la tierra de Canaam en posesión perpetua, y seré el Dios de ellos. Y dijo Dios a Abraham: Y tú guardarás mi pacto, y tu descendencia después de ti por sus generaciones. Este es el pacto que habéis de guardar entre yo y vosotros, y entre tu descendencia después de ti por sus generaciones; se circuncidará cualquiera varón que hubiese entre vosotros, y os circuncidaréis en la carne de vuestro prepucio, y servirá en señal del pacto fue hay entre yo y vosotros.

Todo infante que tuviese en vuestras generaciones ocho días, circuncídese, ya sea nacido en casa, o esclavo comprado de cualquiera extraño, aunque no sea de tu sangre, se circuncidará, y estará la señal de mi pacto en vuestra carne en convención perpetua. Y el infante que no estuviere circuncidado en la carne de su prepucio al octavo día será excluido de su pueblo, porque no guardó mi pacto. Y dijo Dios a Abraham: Sarai, tu mujer, no se ha de llamar de aquí adelante Sarai, sino Sara. Yo la daré mi bendición, y tendrás de ella un hijo, y será cabeza de muchas naciones, y descenderán de él reyes, caudillos y jefes de naciones. Postróse Abraham con el rostro en tierra, rióse, y dijo en su corazón: ¡Que siendo yo de cien años he de tener un hijo, y siendo Sara de noventa ha de dar a luz! y dijo Abraham a Dios: Viva, Señor, este Ismael, de manera que sea agradable en tu acatamiento; y dijo Dios a Abraham: Bien está, ved aquí que Sara, tu mujer, te dará un hijo y le llamarás Isaac; yo confirmare mi pacto con él; será pacto eterno, seré su Dios, y de su descendencia después de él; y por lo tocante a Ismael, he oído tu petición, he aquí que yo lo he echado mi bendición y le he de multiplicar grandemente; engendrará y producirá doce naciones, y te haré cabeza de una grande nación; pero mi pacto le he de confirmar con Isaac, que es el que ha de nacer de Sara dentro de un año.» Aquí están más claras las promesas de la vocación de los gentiles en Isaac, esto es, en el hijo de promisión, en que se nos significa la gracia y no la naturaleza; porque promete Dios un hijo de un anciano y de una vieja estéril, pues aunque el curso natural de la generación sea también obra de Dios, donde se ve más palpable la operación de Dios, estando la naturaleza viciada e inerte, allí con más claridad se echa de ver la gracia. Y porque esto había de venir a ser, no por generación, sino por regeneración, por eso lo manda Dios, e impone la circuncisión, cuando le promete el hijo de Sara.

Y al mandar que todos se circunciden, no sólo los hijos, sino también los esclavos nacidos en casa y comprados, manifiesta que a todos se extiende esta gracia; porque ¿qué otra cosa significa la circuncisión que una renovación de la naturaleza ya desechada con la senectud? Y el octavo día, ¿qué otra cosa nos significa que a Cristo, quien al fin de la semana, esto es, después del sábado, resucitó? Múdanse también los nombres de los padres, todo suena novedad, y en el Viejo Testamento se entiende que está figurado el Nuevo; porque ¿qué es el Testamento Viejo sino una cubierta y sombra misteriosa del Nuevo? Y ¿qué otra cosa es el que se dice Nuevo sino una manifestación y descubrimiento del Viejo? La risa de Abraham es una alegría del que se muestra agradecido, y no irrisión o burla de quien se manifiesta desconfiado.

Asimismo las palabras que dijo en su corazón: «¡Que de cien años he de tener hijo, y que de noventa ha de dar a luz Sara!» no son de quien duda, sino de quien se admira. Y si alguno dudase de lo que dice: «Y te daré a ti y a tus descendientes esta tierra en que vives ahora», es a saber, toda la tierra de Canaam en posesión perpetua, como se entiende que se cumplió, o se espera que se cumplirá, puesto que ninguna posesión terrena puede ser eterna, entienda y sepa que perpetuo o eterno interpretan los nuestros lo que los griegos llaman «aionión», que se deriva de siglo, porque «aión» en griego quiere decir siglo. Los latinos no se han atrevido a llamar a esto secular, por no darlo otro sentido completamente distinto; porque muchas cosas se llaman seculares que se hacen en este siglo, y pasan en bien breve tiempo; pero lo que llaman «aionión», o no tiene fin, o llega hasta el fin de este siglo.

CAPITULO XXVII

El alma del niño que no se circuncida al octavo día, perece; pues quebrantó el pacto con Dios Asimismo puede ser dudosa la interpretación de lo que dice: «Si el infante que no se circuncidare en la carne de su prepucio perecerá su alma, de su pueblo, porque no guardó mi pacto y testamento», ya que en esto no tiene culpa el niño, cuya alma, dice, que ha de perecer, ni tampoco él quebrantó el testamento y pacto de Dios, sino sus padres, que no le quisieron circuncidar, a no ser que también los niños, no según la propiedad de su vida sino según el origen común del linaje humano, todos hayan quebrantado el testamento y pacto de Dios en aquel «en quien todos pecaron».

Porque son muchos los que se llaman testamentos o pactos de Dios, además de aquellos dos grandes, el Viejo y el Nuevo, como puede observarlo cualquiera en la Sagrada Escritura. El primer testamento y pacto que se efectuó con el primer hombre sin duda fue aquél: «El día que comieseis del fruto del árbol vedado, moriréis»: y así se escribe en el Eclesiástico: «Que toda la carne se envejece y se consume como se gasta y deshace un vestido, porque está en vigor el testamento y pacto desde el principio del mundo, que mueran los que quebrantaren los mandamientos de Dios.»

Habiendo después promulgado Dios la ley con más claridad y diciendo el Apóstol «que donde no hay ley tampoco hay prevaricación», ¿cómo será cierto lo que dice el real Profeta «que a todos los pecadores de la tierra los tiene por prevaricadores», sino porque los que se hallan aprisionados en las cadenas de algún pecado, todos son reos y culpados de haber

prevaricado y sido infractores de alguna ley? Por lo cual, aunque los niños, como enseña la verdadera fe, nacen no particularmente, sino originalmente pecadores, y por eso confesamos que tienen necesidad de que les dispensen la singular gracia de la remisión de los pecados, sin duda que del mismo modo que son pecadores son también infractores de la ley promulgada en el Paraíso; de forma que es verdad lo uno y lo otro que expresa la Escritura: «A todos los pecadores de la tierra tuve por prevaricadores, y donde no hay ley tampoco hay prevaricación.» Y cuando la circuncisión fue signo de la regeneración, no sin causa la generación perderá al niño por causa del pecado original con que se violó el primer testamento y pacto de Dios, si la regeneración no le libra de la pena. Deben, pues, entenderse estos testimonios de las sagradas letras así: «El alma del que no fuere reengendrado perecerá de entre su pueblo porque infringió mi testamento y pacto», supuesto que con todos pecó él en Adán.

Porque si dijera: «porque quebrantó este mi pacto», nos obligaría a entenderlo de esta circuncisión; pero como no declaró qué pacto violó el niño, nos queda libertad para entender que lo dijo por aquel pacto cuya infracción puede comprender al niño. Y si alguno opinare qué no se dijo sino por esta circuncisión, porque en ella el niño quebrantó el pacto dé Dios, no circuncidándose, bosque algún particular modo de hablar con que, sin absurdo, pueda entenderse que por eso se quebrantó el testamento y pacto. Pues aun cuando él no te violó, se quebrantó en él; y aun de este modo es de advertir que el alma del niño incircunciso no perece justamente por alguna negligencia o descuido propio que haya habido en él, sino por la obligación del pecado original.

CAPITULO XXVIII

Del cambio de los nombres de Abraham y de Sara, y cómo no pudiendo engendrar por la esterilidad de Sara y la mucha edad. de ambos, alcanzaron el beneficio de la fecundidad Hecha esta promesa tan grande y tan clara a Abraham, cuando dijo Dios expresamente: «Te he hecho padre y cabeza de muchas gentes, y te multiplicaré grandemente; haré que salgan dé ti muchas naciones y muchos reyes, cuya promesa vemos ahora que se cumple en Cristo.» De allí adelante, a aquellos casados, marido y mujer, no los llama la Escritura como se llama- ban antes, Abrán y Sarai, sino como nosotros los hemos llamado desde el principio, y así los llaman todos Abraham y Sara.

De haber mudado el nombre a Abraham se le da la razón, porque dice: «Haré que seas padre de muchas gentes.» Esto hemos de entender que significa Abraham, pero Abrán, como antes se llamaba, quiere decir padre excelso. No se pone la razón del cambio del nombre de Sara, aunque, según dicen los que escribieron las interpretaciones de los nombres de la Sagrada Escritura, Sarai quiere decir princesa mía, y Sara, virtud; y así se dice en la carta de San Pablo a los hebreos: «Sara, por la fe, recibió virtud para concebir.» Ambos eran ancianos, como dice la Escritura, y ella estéril. Esta es la maravilla que encarece el Apóstol, y por eso dice que estaba ya muerto el cuerpo de Abraham.

CAPITULO XXIX

De los tres hombres o ángeles en quienes se cuenta que se apareció el Señor a Abraham unto al encinar de Mambré Asimismo se apareció Dios a Abraham junto al encinar de Mambré en figura de tres varones, quienes no hay duda que fueron ángeles, aun que hay algunos que imaginan haber sido uno de ellos Nuestro Señor Jesucristo, de quien, dicen, que antes de vestirse de nuestra carne mortal era visible. Puede, ciertamente, Dios, que tiene naturaleza invisible, incorpórea e inmutable, aparecer a los ojos mortales sin cambio alguno suyo, no por sí mismo, sino en figura de alguna de sus criaturas. ¿Qué cosa hay que no esté sujeta y subordinada a este gran Dios? Pero si dicen que algunos de estos tres fue Cristo, porque, habiendo visto tres, habló en singular con el Señor pues dice la Escritura: «Y he aquí que tres varones se acercaron a él, y viéndolos, salió corriendo a recibirlos desde la puerta de su tabernáculo, e inclinándose hacia la tierra, dijo: Señor si he hallado gracia en tu acatamiento, etc.», ¿por qué no advierten, que dos de ellos habían ido a destruir a los sodomitas, estando todavía Abraham hablando con el otro, y llamándole Señor, e intercediendo para que no destruyese en Sodoma al justo juntamente con el pecador? A los otros dos los recibió Lot, y asimismo en el razonamiento que tuvo con ellos, siendo dos; los llamó en singular Señor.

Porque habiéndoles dicho en plural: «Venid, Señor, y serviros de la casa de vuestro siervo», y lo demás que allí dice, sin embargo, leemos después: «Y tomaron los ángeles de la mano a Lot, a, su mujer y á sus dos hijos, porque el Señor le quería perdonar, y luego que sacaron de la ciudad, le dijeron: huye y libra tu vida; no vuelvas la cabeza ni mires atrás, y no pares en esta región; acógete al monte y ponte en salvo porque no perezcas. Y Lot les dijo: Suplícote, Señor, ya que tu siervo ha hallado misericordia en tu acatamiento...», con lo demás que se sigue. Después, a continuación de estas expresiones, le respondió el Señor asimismo en número singular estando en los dos ángeles, diciendo: «He oído tu petición y uso contigo de misericordia.» Es, pues, mucho más creíble que Abraham en los tres, y Lot en los dos, reconocieron al Señor con quien hablaban en persona singular, aun cuando imaginaban que eran hombres, porque no por otra causa los recibieron y hospedaron, sino para servirles como a mortales, y que tenían, necesidad del humano socorro.

Con todo, había ciertamente alguna cualidad en ellos, por la cual eran tan excelentes y notables, aunque bajo apariencia de hombres, que los que los hospedaban no podían dudar que en ellos estaba el Señor, como suele estar en los profetas; y por eso, en repetidas ocasiones, les hablaban en plural, llamándoles señores, y algunas veces en singular, hablando con el Señor en ellos.

Sin embargo, dice expresamente la Escritura que eran ángeles, no sólo en el libro del Génesis, donde se refiere esta historia, sino también San Pablo en su carta a los hebreos, donde, elogiando la hospitalidad, dice: «Que por este motivo algunos, ignorándolo, hospedaron a los ángeles.» Prometiéndole, pues, nuevamente a Abraham aquellos tres varones un hijo de Sara, dice la divina promesa de esta forma, hablando con Abraham «Nacerá de él una nación grande y dilatada, y serán benditas en él todas las gentes de la tierra.» Aquí también se le prometen aquellas dos cosas, brevísima y plenísimamente: la gente de Israel, según la carne, y todas las demás naciones, según la fe.

CAPITULO XXX

Cómo libró Dios a Lot de Sodoma, y asoló a los sodomitas con luego del cielo Después de esta promesa, habiendo Dios librado a Lot de Sodoma, bajó del cielo una lluvia de fuego, y convirtió en cenizas y pavesas toda la región de aquella abominable ciudad, donde eran tan comunes y lícitos los estupros, como otros crímenes que suelen permitir las leyes. Aunque el castigó de éstos fue una figura o representación del futuro juicio de Dios. ¿Qué quiere decir el prohibir a los que libertaban los ángeles volver la vista atrás sino que no hemos de volver con el ánimo y el corazón a la vida pasada que dejamos cuando nos reengendramos por la gracia, si queremos librarnos del ultimo juicio? La mujer de Lot, en el mismo lugar que miró hacia atrás, allí quedo convertida en estatua de sal, dejando a los fieles preservativo para que aprendan a guardarse de igual fracaso.

A poco tiempo sucedió a Abraham en Gerara con Abimelech, rey de aquella ciudad, lo mismo que en Egipto, cuando Faraón le tomó a Sara su esposa. Se la volvió Abimelech sin haberla tocado de modo alguno; también increpando el rey a Abraham porque le había ocultado que era su esposa, diciéndole que era su hermana, contestó Abraham al cargo diciéndole, entre otras cosas: «Realmente es hermana mía por parte de padre, mas no de la de madre», porque por parte de su padre era hermana de Abraham, uniéndoles tan inmediato parentesco; y fue tan hermosa que aun en aquella edad pudo ser apreciada.

CAPITULO XXXI

Del nacimiento de Isaac, según la promesa de Dios Después de esto le nació a Abraham, según la promesa de Dios, un hijo de Sara, a quien llamó Isaac, que quiere decir risa, porque se rió el padre, admirándose de alegría, cuando se lo prometió Dios; y asimismo se rió su madre cuando en otra ocasión se lo ofrecieron aquellos tres mancebos, dudando de contento, aunque se lo zahirió y reprendió el ángel; porque aquella risa, aunque fue también de gozo, sin embargo, no fue, efecto de una fe y esperanza perpetua, por lo que después el mismo ángel la confirmé en la fe, de donde tomó su nombre el niño.

Y que aquella risa no fue burlarse de él, o escarnio, sino celebrar su interior alegría y contento, lo manifestó Sara en que apenas nació Isaac le puso aquel nombre, porque dijo: «Me ha hecho reír el Señor, y cualquiera que lo oyere se reirá y alegrará conmigo.» A muy poco tiempo echan de la casa a la esclava con su hijo, cuya acción significa, según el Apóstol, los dos testamentos: el Viejo y el Nuevo, donde Sara nos representa la figura de la Jerusalén celestial, esto es, de la Ciudad de Dios.

CAPITULO XXXII

De la fe y obediencia de Abraham, con que fue probado, recibiendo orden de sacrificar a su hijo, y de la muerte de Sara Entre otras cosas, que sería larga digresión el relatar, tienta

Dios a Abraham, pidiéndole que le ofrezca en sacrificio a su querido hijo Isaac, para que quedase probada su santa obediencia, y se manifestase a los ojos del mundo, no a los de Dios. No hemos de tener por malas todas las tentaciones, sino que debemos estimar y agradecer la que sirve de prueba. Por lo general, el corazón del hombre no puede tener de otra forma noticia de sí mismo, si no le dijera y declarara sus fuerzas, examinándole y preguntándole en cierto modo la tentación, no con palabras, sino con la misma experiencia; y si en tal caso reconoce la merced de Dios, entonces es santo, entonces se fortalece con la firmeza y fortaleza de la gracia, y no se deja hinchar con la vanidad de la arrogancia.

Nunca, sin duda, creyó Abraham que gustaba Dios de víctimas humanas; pero instando el mandato del Señor, se debe obedecer y no replicar. Con todo, Abraham es digno de elogio, pues habiendo de sacrificar a su hijo, creyó que resucitaría, porque le había dicho Dios, al no querer cumplir la voluntad de su esposa Sara sobre desterrar de su casa a la esclava y a su hijo: «Por Isaac has de tener la descendencia», y, sin embargo, en el mismo lugar prosigue diciendo: «y al hijo de esta esclava le haré que sea padre y cabeza de una gran nación, porque es tu hijo.» ¿Cómo, pues, dice que por Isaac ha de tener la descendencia, llamando Dios también a Ismael su hijo y descendencia? Declarando el Apóstol qué quiere decir por Isaac has de tener tu descendencia, dice; «Que no los que son hijos de Abraham, según la carne, son los hijos de Dios, sino los que son hijos y herederos de la divina promesa, los cuales se reputan por descendientes y verdaderos hijos de Abraham», y por eso los hijos de promisión, para que sean descendientes de Abraham, deben proceder de Isaac, esto es, se congregan y unen a Cristo llamándolos la gracia.

Teniendo, pues, esta promesa por infalible y cierta el piadoso y religioso padre, y observando que por este hijo, a quien Dios mandaba sacrificar, se había de cumplir necesariamente esta promesa, no dudó que podía volvérselo vivo después de haberle sacrificado quien se lo pudo dar, estando naturalmente inhabilitado para la procreación; y de este modo se entiende y expone expresamente en la Epístola de San Pablo a los hebreos: «Insigne -dice- fue la fe de Abraham, que, siendo tentado en Isaac, ofreció a su unigénito, en quien le había hecho Dios sus promesas, y por quien le había dicho: la descendencia que procederá de Isaac será la tuya, en quien he de cumplir mi promesa; creyendo que, aun de entre los muertos, podía resucitarle Dios.» Y por eso añadió: «Que ésta fue igualmente la causa por qué le tomó por figura y semejanza.» ¿Y de quién sino de Aquel de quien dice el mismo Apóstol: «Que no, perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por la redención de todos nosotros»? Por eso también Isaac llevó, como el Señor su cruz, la leña a cuestas, sobre la cual le habían de poner en el lugar del sacrificio.

Finalmente, porque no convino que muriese Isaac, después que ordenó Dios a su padre que no le quitase la vida, ¿qué quiere significar aquel carnero que, habiéndole sacrificado, con la figura de su sangre se cumplió el sacrificio? Pues cuando le vio Abraham estaba asido y enzarzado con los cuernos en una mata: ¿a quién, pues, figuraba éste sino a Cristo nuestro Señor, que antes de ser sacrificado le coronaron los judíos con espinas? Pero dejemos eso y oigamos lo que nos dice el ángel: «Y echó Abraham mano al cuchillo para sacrificar a su hijo, y llamóle el ángel del Señor, y le dijo: Abraham; y éste respondió: Vedme aquí, Señor, ¿qué es lo que mandas? Y le dijo: No descargues tu mano sobre ese joven, ni le hagas daño, porque ahora he conocido que temes a tu Dios, pues por mi amor no has perdonado a tu querido hijo.» Ahora he conocido, quiere decir, ahora he hecho que conozcan lo que Dios

no ignoraba. Después, habiendo sacrificado en lugar de su hijo Isaac al carnero, nombró Abraham, según dice la Escritura, a aquel lugar «el Señor ve», y, como dicen actualmente: «el monte en que el Señor apareció».

Así como dijo: «Ahora he conocido», por decir: he hecho que conozcan, así también aquí «el Señor vio» debe entenderse el Señor apareció, esto es, hizo que le viesen: «Y llamó segunda vez el ángel del Señor a Abraham desde el cielo, diciendo: «Por mí mismo he jurado dice el Señor porque obedeciste mi mandato, y por mi amor no perdonaste a tu querido hijo, cierta e infaliblemente te echaré mi bendición y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena de las playas; y tu descendencia poseerá las ciudades de sus enemigos, y todas los naciones de la tierra serán 'benditas en tu descendencia porque obedeciste mi voz.» De este modo, después del sacrificio que fue figura de Cristo, confirmó Dios también, con juramento aquella promesa de la Vocación de los gentiles en la descendencia de Abraham, pues en muchas ocasiones lo había prometido pero jamás lo había jurado. ¿Y qué es el juramento de Dios verdadero, y que dice siempre verdad, sino una confirmación de la promesa y una especial reprensión de nuestra infidelidad e incredulidad? Después de esto murió Sara a los ciento veintisiete años de su edad, y a los ciento treinta y siete de su marido, porque la llevaba diez años, como dijo el mismo patriarca cuando Dios le ofreció un hijo de ella: «¡Que siendo ya de cien años he de tener un hijo, y siendo Sara de noventa ha de concebir!» Compró Abraham una heredad en que sepultó a su mujer, y entonces, según la relación de San Esteban, fijó su residencia en aquella tierra, porque comenzó a tener en ella posesiones heredadas por la muerte de su padre, quien, según conjeturas probables, falleció dos años antes.

CAPITULO XXXIII

De Rebeca, nieta de Nachor, con quien se casó, Isaac Después de esto, siendo Isaac ya de cuarenta anos, se casó con Rebeca, nieta de su tío Nachor, es a saber, a los ciento y cuarenta años de la edad de su padre, tres años después de muerta su madre. Y cuando para casarse con ella envió su padre a Mesopotamia un criado suyo, ¿qué otra cosa nos quiso significar cuando a este criado le dijo Abraham: «Llega tu mano a mi muslo y júrame por el Señor Dios del cielo y por el Señor: de la tierra que no tomarás ni recibirás por mujer para mi hijo Isaac a ninguna de las hijas de los Cananeos», sino que el Señor Dios del cielo y de la tierra había de venir hecho hombre, descendiendo de aquel tronco y de aquel muslo? ¿Acaso son pequeños estos indicios de la verdad profetizada que vemos cumplida en Jesucristo?

CAPITULO XXXIII

Qué significación tiene el que Abraham, después de la muerte, de Sara, se casó con Cethura ¿Y qué quiere significar que Abraham, después de la muerte de Sara, contrajo matrimonio con Cethura? Lo cual por ningún motivo debemos sospechar que fue efecto de incontinencia, especialmente en una edad avanzada cual era la suya, y en una santidad de fe y virtudes como eran las que ilustraban a este patriarca. ¿Acaso pretendía todavía tener hijos teniendo ya por el inefable testimonio de la divina promesa una multitud tan dilatada de hijos por la estirpe de Isaac, significados en las estrellas del cielo y en la arena de la

tierra? Pero si Agar e Ismael, según la doctrina del Apóstol de las gentes, San Pablo, significaron propiamente a los hombres carnales del Antiguo Testamento, ¿por qué causa Cethura y sus hijos no han de significar y representar del mismo modo los carnales que imaginan pertenecer al Nuevo Testamento?

A las dos las llama la Escritura mujeres y concubinas de Abraham; pero a Sara jamás la llamó concubina, sino solamente mujer, en atención a que aun cuando Sara concedió a su esposo para el efecto de la procreación a su esclava Agar, dice el sagrado texto: «Tomó Sara, mujer de Abraham, a Agar, esclava suya, natural de Egipto, a los diez años de vivir Abraham en la tierra de Canaam, y se la dio a Abraham, su esposo, por mujer», y de Cethura, que la tomó en matrimonio después del fallecimiento de Sara, dice así: «Volvió Abraham a casarse otra vez con una mujer llamada Cethura.» Ved aquí cómo ambas se llaman mujeres y ambas se halla que fueron concubinas, porque añade después la Escritura: «Que dio Abraham toda su hacienda raíz a Isaac su hijo; y a los hijos de- sus concubinas les repartió una porción de los bienes muebles, separándolos de su hijo Isaac aun viviendo él y enviándolos hacia la tierra oriental.»

Así que los hijos de las concubinas tienen algunos bienes, pero no heredan el reino prometido; ni los herejes, ni los judíos carnales, porque a excepción de Isaac, no hay otro heredero: «ni los que descienden de Abraham, según la carne, son los hijos de Dios, sino los que son hijos y herederos de la divina promesa, esos mismos tiene Dios por descendientes y verdaderos hijos de Abraham, de quienes dice la Escritura: la descendencia que procederá de Isaac, esa será la tuya, en quien he de cumplir mi promesa.» En verdad no hallo razón para que Cethura, con quien casó después del fallecimiento de su mujer, se llame concubina, si no es por este misterio; pero el que no quisiere tomarlo bajo está significación, no por eso calumnie a Abraham. ¿Y quién podrá saber si Dios previó esto con su divina presciencia, contra las herejías que habían de suscitarse respecto de las segundas nupcias, para que en el padre y cabeza de muchas naciones, casándose segunda vez después de la muerte de su mujer, se nos manifestase con toda evidencia que no era pecado? Murió, pues, Abraham siendo de ciento setenta y cinco años», y dejó, según este cálculo, a su hijo Isaac en la edad de setenta y cinco años, supuesto que le tuvo en la de ciento.

CAPITULO XXXIV

Que nos significó el Espíritu Santo en los gemelos estando aún encerrados en el vientre de su madre Vemos ya desde ahora cómo van discurriendo los tiempos de la Ciudad de Dios por los descendientes de Abraham, desde el primer año de la vida de Isaac hasta los sesenta en que tuvo hijos. Es digno de nuestra admiración que, suplicando este santo patriarca a Dios le concediese sucesión en su esposa, que era estéril, y condescendiendo el Señor a su petición, y, por consiguiente, habiendo concebido Rebeca, los gemelos luchaban entre sí estando aún encerrados en el vientre de su madre, y teniendo ella un grande pesar por esta novedad, preguntó al Señor la causa de ello, quien le respondió: «Dos naciones traes en tu vientre y dos pueblos se dividirán en tus entrañas: el uno vencerá al otro y el mayor servirá al menor.»

En cuyo vaticinio quiere el Apóstol San Pablo que se nos dé a entender un gran documento sobre la gracia, porque antes que naciesen ni, practicasen acción buena ni mala, sin tener méritos algunos recomendables, eligió Dios al menor, reprobando al mayor, siendo iguales en el pecado original y sin tener ninguno de ellos pe- cado propio. No nos permite ahora el orden y objeto de esta obra alargarnos ea este punto, especialmente habiendo raciocinado sobre él lo bastante en otros libros. Aquellas palabras, donde dice «el mayor servirá al menor», casi ninguno de nuestros santos doctores las han entendido de otra forma, sino que el mayor pueblo de los judíos había de servir al pueblo menor dé los cristianos.

Y en realidad de verdad, aunque puede parecer que se cumplió esto en la nación de los idumeos, la cual descendía del mayor, que tuvo dos nombres (porque se llamaba Esaú y Edom, de donde se dijeron los idumeos), dado que después de algún tiempo había de ser vencida por el pueblo que descendía del menor, esto es, del pueblo de Israel, a quien había de estar sujeta; sin embargo, con más justa causa se cree que algún objeto de mayor entidad se enderezó esta profecía: que un pueblo vencerá al otro y el mayor servirá al menor. ¿Y qué es esto sino lo que vemos claramente que se verifica en los judíos y los cristianos?

CAPITULO XXXVI

De la profecía y bendición que recibió Isaac, del mismo modo que su padre, la cual fue por respeto a los méritos y caridad del mismo padre Recibió también Isaac una profecía como la había recibido en diferentes ocasiones su padre, de la cual dice así la Escritura: «Sobrevino en la tierra una hambre, además de la que sobrevino en tiempo de Abraham, y se trasladó Isaac a Gerara, donde gobernaba Abimelech, rey de los filisteos, y apareciéndosele el Señor, le dijo: No desciendas a Egipto, pero habita en la tierra que yo te señalare; vive en esta tierra; yo estaré contigo y te echaré mi bendición, porque a ti y a tus descendientes tengo de dar toda esta tierra y cumpliré el juramento que hice a tu padre Abraham; multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, les daré toda esta tierra y serán benditas en tu descendencia todas las naciones de la tierra, porque obedeció Abraham a mi voz, observó mis preceptos, mis mandatos, mis justificaciones y mis leyes.» Este patriarca tuvo otra mujer ni concubina alguna, sino que se contentó con la descendencia que tuvo en los dos gemelos que de un parto le dio a luz su esposa.

También receló que la hermosura de ésta padeciese algún peligro viviendo entre extraños, e hizo lo que su padre, publicando que era su hermana y ocultando el que era su mujer, la que era asimismo parienta suya de parte de su padre y de su madre; pero, sin embargo, quedó intacta y libre de la liviandad de los extraños, sabido ya que era su mujer. No debemos, sin embargo, preferirle y anteponerle a su padre porque no conoció a otra que a su mujer propia; y, sin duda, los méritos de la fe, obediencia y sumisión de su padre, pues dice Dios que, por respeto a él, hace a Isaac los beneficios que le dispensa.

«Serán benditas, dice, en tu descendencia todas las naciones de la tierra, porque obedeció Abraham a mi voz y guardó mis preceptos, mis mandatos, mis justificaciones y mis leyes.; y en otra profecía: «Yo, dice, soy Dios de Abraham, tu padre; no temas, porque yo estaré contigo; te he echado mi bendición y multiplicaré tu descendencia por respeto y afecto a tu

padre Abraham.; para que entendamos lo primero cuán castamente hizo Abraham lo que los impuros y lascivos, que pretenden 'justificar sus liviandades con la autoridad de las sagradas letras, creen que practicó por efecto de algún apetito torpe; lo segundo, para que también sepamos cómo hemos de comparar las personas entre sí, no por alguna cualidad o prenda singular que cada uno tenga particularmente, sino que en cada uno debemos considerarlo y ponderarlo todo; porque puede suceder que uno tenga en su vida y costumbres cierta gracia, en que se aventaje a otro y que ésta sea mucho más excelente que aquella en que el otro le excede. Y así, aunque con sano y cuerdo juicio, se prefiera la continencia al matrimonio, sin embargo, es mejor el hombre fiel casado que el infiel continente. Pues el infiel no sólo es menos dignó de elogio, sino muy reprensible. Supongamos a ambos fieles y buenos; aun así, seguramente es mejor el casado fiel y obediente a Dios que el continente de menos fe e incrédulo y menos obediente; pero si en las demás cualidades son iguales, ¿quién duda preferir el continente casado?

CAPITULO XXXVII

Lo que se figura místicamente en Esaú y Jacob Los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, igualmente iban creciendo; pero la primogenitura del mayor se transfiere al menor por pacto y convención que hubo entre ellos; porque al mayor le acometió un desordenado apetito de comer lentejas, que el menor había condimentado para sí; y por ellas vendió a su hermano, con juramento, su derecho de primogenitura. En cuyo ejemplo se nos enseña y advierte cómo puede ser uno culpable en la comida, no por la diferencia del manjar, sino por la demasiada ansia y antojo de él. Llega a la vejez Isaac, y con ella pierde la vista; quiere bendecir a su hijo mayor, y en lugar de él, ignorándolo, bendice al menor; quien, porque su hermano mayor era velloso, acomodándose unas pieles de cabrito, como quien se carga y lleva pecados ajenos, se sometió y dejó tocar de las manos de su padre.

Esta cautela de Jacob, para que no creyésemos que era fraudulenta y engañosa y no dejásemos de buscar en ella el misterio de un célebre arcano, nos la advirtió ya arriba la Escritura, diciendo: «Que Esaú era muy aficionado a. la caza y a estar en el campo, y Jacob, hombre sencillo, amigo de vivir en casa»; esto es, según el sentir de algunos doctores, sin fraude ni malicia. Pero aunque se diga sin engaño o sencillo, mejor dicho, sin ficción, que en griego se dice aplastos, ¿cuál es el engaño que cometió en tomar este hombre sin dolo la bendición? ¿Qué engaño hay en este hombre sencillo? ¿Qué ficción en éste, que no, miente, sino un profundo misterio de la misma verdad? Veamos cuál es la bendición: «¡Oh!, el olor de mi hijo, dice, es como el olor y fragancia que echa de sí un campo cultivado, a quien Dios hizo fértil y alegre; déte, pues, Dios el rocío del cielo. y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y de vino; sírvante las gentes, adórente los príncipes, seas señor de tu hermano y adórente los hijos de tu padre, sea maldito el que te maldijere y bendito el que te bendijere.» La bendición de Jacob es la predicación de Jesucristo a todas las gentes.

Esto es lo que se hizo, esto es lo que se realiza. La ley y la profecía están en Isaac; y también por boca de los judíos bendice ¡a ley a Jesucristo, aun, que ellos no lo saben, porque no saben ni entienden la ley. Llénase el mundo como un campo del olor y fragancia del nombre de Cristo, su bendición es del rocío del cielo, esto es, de la lluvia y riego de la palabra divina, y de la abundancia y fertilidad de la tierra, esto es, de la congregación de las

gentes y naciones; suya es la riqueza del trigo y del vino, esto es, la muchedumbre que va juntando y recogiendo el trigo y el vino en el adorable Sacramento de su Santísimo Cuerpo y Sangre; él es a quien sirven, las gentes, a quien adoran los príncipes; él es el Señor de su hermano, porque su pueblo domina a los judíos; él es a quien veneran y tributan culto los hijos de su Padre, esto es, los hijos de Abraham según la fe, porque también él es hijo de Abraham según la carne; el que le maldijere es maldito, y quien le bendijere, bendito. Digo que a este nuestro Señor Jesucristo los mismos judíos, aunque equivocados, sin embargo, mientras cantan y blasonan la ley y los profetas le bendicen, esto es, verdaderamente le proclaman, imaginando que bendicen a otro, a quien por equivocación o engaño esperan.

Ved aquí que volviendo el mayor por la bendición prometida, se pasma Isaac, y advirtiendo que había bendecido a uno por otro, se admira, y pregunta quién es aquel a quien bendijo; con todo, no se queja de haber sido engañado; al contrario, habiéndose revelado en su interior' este misterio tan grande, excusa y ataja la indignación y enojo, y confirma la bendición: «¿Quién es, dice, el que fue a caza, me la trajo, me la introdujo aquí, y comí de todo antes que tú vinieses, y le bendije, y quedará bendito?» ¿Quién no aguardaría aquí una maldición de un hombre enojado si no se hiciera todo por inspiración divina, y no por traza humana? ¡Oh sucesos, pero sucesos encaminados 'con espíritu profético en la tierra, mas por orden del cielo; manejados por los hombres, pero guiados por el Divino Espíritu! Si quisiéramos examinar cada palabra de por sí, está todo tan lleno de misterios, que fuera necesario escribir muchos libros; pero habiendo de poner modo y tasa con moderación a esta obra, es fuerza que caminemos a otros asuntos.

CAPITULO XXXVIII

Cómo enviaron sus padres a Jacob a Mesopotamia para que se casase allí, y de la visión que vio soñando en el camino, y de sus cuatro mujeres, habiendo pedido no más de una Envían sus padres a Jacob a Mesopotamia para que allí contraiga matrimonio; las palabras que le dice el padre son éstas: «Mira, hijo, que no te cases con ninguna de las hijas de los cananeos; anda, y ve a Mesopotamia a casa de Batuel, tu abuelo, padre de tu madre, y allí tomarás por mujer a alguna de las hijas de Labán, tu tío, hermano de tu madre; y ruego a mi Dios que te eche su bendición, y te acreciente y multiplique, y seas cabeza y caudillo de las gentes, y te dé la bendición de tu padre Abraham a ti y a tu descendencia después de ti, para que heredes y poseas la tierra en que vives, la cual prometió Dios a Abraham.» Aquí ya vemos distinta y separada la descendencia de Jacob de la otra descendencia de Isaac, que principia en Esaú.

Porque cuando dijo Dios: «En Isaac has de tener la descendencia que te he prometido», que es la que pertenece a la Ciudad de Dios, entonces hizo allí distinción y separación de la otra descendencia de Abraham, por el hijo de la esclava, y de la que había de ir después por los hijos de Cethura, pero todavía 'estaba aquí en duda en los dos gemelos ,hijos de Isaac, si aquella bendición pertenecía a ambos o uno de ellos, y si al uno, a cuál lo que se declara y especifica aquí bendiciendo su padre proféticamente a Jacob y diciéndole que sea cabeza y caudillo de las gentes, y que le dé Dios la bendición de su padre Abraham.

Caminando, pues, Jacob a Mesopotamia tuvo una revelación en sueños, la cual refiere así la Escritura: «Partiendo, pues, Jacob de Bersabé, que significa fuente o pozo del juramento, caminó para Charra, y llegando casualmente a cierto lugar, queriendo descansar después de ponerse el sol, tomó una de las piedras que había allí, y acomodándola debajo de su cabeza, durmió en aquel lugar, y soñó y vio una escalera fijada en la tierra, cuya punta se elevaba hasta tocar en el Cielo, que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella, que el Señor estaba apoyado sobre ella, y le dijo: Yo soy Dios de tu padre Abraham, y Dios de Isaac; no temas; la tierra en que duermes te la he de dar a ti y a tu descendencia, y será tu posteridad tan dilatada y numerosa como la arena de, la tierra, y se extenderá hacia el mar occidental, hacia el Oriente, al Septentrión y al Mediodía.; y en ti y en tu descendencia vendrán a ser benditas todas las tribus y familias de la tierra.

Advierte que yo estaré contigo, te guardaré por cualquier parte que vayas, te volveré a está tierra, y no te desampararé hasta que cumpla todo lo que te he prometido. Y despertando Jacob de su sueño, dijo: El Señor está en este lugar, y yo lo ignoraba; y temeroso, añadió: Cuán terrible es este lugar; no hay aquí más que la casa de Dios y la puerta del Cielo. Levantóse Jacob y tomó el canto que había tenido por cabecera, levantóle, y le fijó como padrón para perpetua memoria de los siglos venideros; derramó aceite sobre él, y puso por nombre a aquel lugar Bethel, o casa de Dios.» Estas expresiones encierran, una profecía, y no debemos entender que, como idólatra, derramó aquí el aceite Jacob sobre la piedra, consagrándola como si fuese Dios, porque ni adoró a la piedra ni la ofreció sacrificio, sino que así como el nombre de Cristo se deriva de crisma, esto es, de la unción, sin duda figuró aquí algún misterio que pertenece a este grande Sacramento.

Y esta escalera parece que es la que nos trae a la memoria el mismo Salvador en el Evangelio, donde, habiendo dicho de Nathanael: «Ved aquí al verdadero israelita en quien no hay fraude ni engaño, porque Israel, que es el mismo Jacob, es el que vio esta, visión, y añade: «Con toda verdad os digo que habéis de ver abrirse el Cielo, subir y bajar los ángeles de Dios sobre el hijo del hombre.» Caminó, pues, Jacob a Mesopotamia para casarse allí. Y refiere la Escritura cómo sucedió el llegar a tener cuatro mujeres, en quienes tuvo doce hijos y una hija, sin haber deseado ilícitamente a ninguna de ellas, porque vino con intención de casarse con una; pero como le supusieron una por otra, tampoco desechó aquélla, y siendo en tiempo que ninguna ley prohibía tener muchas mujeres, vino a recibir también por mujer a aquella a quien solamente había dado palabra y fe del futuro matrimonio, la cual, siendo estéril, dio a su marido una esclava suya para tener hijos de ella, e imitando esto, su hermana mayor, aunque ya había concebido y dado a luz, hizo otro tanto, porque deseaba tener muchos hijos.

No se lee, pues, que pidiese Jacob sino una, ni conoció carnalmente a muchas, sino con el fin de procrear hijos, guardando su respectivo privilegio al matrimonio, de conformidad que aun esto no lo hubiese hecho si sus mujeres, que tenían legítima potestad sobre su marido, no se lo rogaran. Tuvo Jacob en sus cuatro, mujeres doce hijos y una hija; después entró en Egipto, porque su hijo José, habiendo sido vendido por sus envidiosos hermanos y conducido a Egipto, llegó a conseguir aquí grande elevación y dignidad.

CAPITULO XXXIX

Por qué razón Jacob se llamó también Israel Llamábase Jacob, como dije poco antes, por otro nombre Israel, de cuyo nombre se llamó más comúnmente el pueblo que descendió de él, el cual se lo puso el ángel cuando luchó con él en el camino, al tiempo de regresar de Mesopotamia, y aquel ángel fue ciertamente figura de Cristo; porque el haber prevalecido Jacob contra él, que fue, sin duda, queriéndolo él, por figurar el misterio, significa la, pasión de Cristo, donde, al parecer, prevalecieron contra él los judíos, y con todo, alcanzó la bendición del mismo ángel que había vencido.

La imposición de este nombre fue, pues, su bendición, porque Israel quiere decir el que ve a Dios, lo cual vendrá a ser al fin el premio de todos los santos. Y el mismo ángel le tocó o hirió en lo más ancho del muslo, y de esta manera le dejó cojo; así que, un mismo Jacob era el bendito v el cojo: bendito, en los que del mismo pueblo creyeron en Cristo, y cojo, en los fieles que no creyeron; porque lo ancho del muslo es la multitud y multiplicación de su descendencia, y más son los que hay en dicha descendencia, de quienes proféticamente dice la Escritura «que cojean y yerran, separándose de sus caminos y sendas».

CAPITULO XL

Como dice la Escritura que Jacob entró en Egipto con setenta y cinco personas, si muchos de los que refiere nacieron 'después que él entró Refiere la Escritura que entraron en Egipto, en compañía de Jacob, setenta y cinco personas, inclusos él y sus hijos, en cuyo número se refieren solamente dos mujeres, la una hija, y la otra nieta. Pero considerado atentamente, no parece que hubo tanto número en la familia de Jacob el día o el año que entró en Egipto, porque en él se cuentan también los bisnietos de José, que no pudieron haber nacido entonces, porque en aquella ocasión tenía Jacob ciento treinta años, y su hijo José treinta y nueve, quien contando que se casó con la hija de Putifar a los treinta o más años, ¿cómo, pudo en nueve años tener bisnietos de los hijos que tuvo de aquella mujer? Así que, no teniendo hijos Efraín ni Manasés, hijos de José, pues cuando entró Jacob en Egipto los halló de menos de nueve años, ¿cómo cuentan, no sólo los hijos, sino también sus nietos en las setenta y cinco personas que entraron entonces en Egipto con Jacob? Porque ponen allí a Machir, hijo de Manasés, nieto de José, Y al hijo del mismo Machir, esto es, a Galaad, nieto de Manasés, bisnieto de José. Allí se halla también otro que procreó Efraín, el otro hijo de José es a saber, Utalaán, nieto de José; y allí estaba también Bareth, hijo de este Utalaán, es decir, nieto de 'Efraín, bisnieto de José, los cuales por ninguna razón pudieron haber nacido cuando vino Jacob a Egipto y halló a sus nietos, los hijos de José, abuelos de estos niños, de menos de nueve años.

Pero, realmente, la entrada de Jacob en Egipto, cuando refiere la Escritura que entró con setenta y cinco personas, no es un día o un año, sino todo el tiempo que vivió José, por quien sucedió que tuviesen entrada en aquella tierra, porque del mismo José habla así el sagrado texto: «Habitó José en Egipto, sus hermanos y toda la casa de su padre; vivió ciento diez años, y vio José los hijos de Efraín hasta la tercera generación. Este es un tercer nieto de Efraín, por que tercera generación llama al hijo nieto y bisnieto. Después prosigue diciendo: «Y los hijos de Machir, hijo de José, nacieron sobre las rodillas de José»; y éste es el mismo nieto de Manasés, bisnieto de José, aunque le nombra en plural, como

acostumbra la Escritura, que a una hija de Jacob llama también hijas, así como en el idioma latino suelen decir liberi en plural a los hijos, aunque no haya más que uno.

Así, pues, cuando se celebra la felicidad de José porque pudo ver sus bisnietos, de ningún modo debemos entender que habían nacido a los treinta y nueve años de su bisabuelo José, cuando vino a visitarle a Egipto su padre Jacob. Lo que engaña a los que miran esto con menos atención es lo que dice la Sagrada Escritura: «Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto juntamente con Jacob, su padre»; y como se cuentan setenta y cinco personas, lo dice no porque fueran con Jacob todas ellas cuando él entró en Egipto, sino, como, ya insinué, porque tiempo de su entrada lo llama todo el que vivió José por quien parece que fue a aquella tierra.

CAPITULO XLI

De la bendición que, Job echó a su hijo Judas Si por causa del pueblo cristiano, donde la Ciudad de Dios anda peregrinando en la tierra, buscásemos la genealogía, según la carne, de nuestro Señor Jesucristo en los hijos de Abraham, dejados a un lado los de las concubina, se nos presenta Isaac; si en los hijos de Isaac, omitido Esaú, que también se llama Edón, se nos ofrece Jacob, que se llama igualmente Israel, si en los del mismo Israel, dejados los demás, se nos ofrece Judas, porque de la tribu de Judá nació Cristo; y así, queriendo va Israel morir en Egipto bendiciendo a sus hijos, veamos como proféticamente bendijo a Judas: «¡Oh Judas!, dice, a ti te alabarán tus hermanos; tus manos prevalecerán sobre la cerviz de tus enemigos; a ti te adorarán los hijos de tu padre; como un león cachorro será Judas.

Subsiste, hijo mío, del renuevo, te recostaste y dormiste cómo león y como cachorro de león. ¿Quién le despertará? No faltará príncipe de Judá ni caudillo de su linaje hasta que vengan todos los sucesos que le están guardados; y él será el que aguardarán, las gentes, el que, atará su pollino a la vid, y con un cilicio en el pollino de su burra; lavara en vino su vestidura, y en la sangre de la uva su manto; rubicundos serán sus ojos por el vino, y sus dientes más blancos que la leche.» Este vaticinio le tengo ya declarado, disputando contra el maniqueo Fausto, y juzgo que es bastante, según esta clara la verdad de esta profecía, en la que asimismo se presagió la muerte de Cristo en la palabra dormir; y el poder no la necesidad que tuvo de sufrir muerte tan afrentosa, en el nombre del león, cuya potestad la declara el mismo Salvador en el Evangelio, cuando dice: «Tengo potestad de dejar mi alma, y potestad tengo para volverla a tomar; nadie me la quita, sino que yo voluntariamente la dejo y la vuelvo a tomar.»

De esta manera bramó el león; de esta manera cumplió lo que dijo, porque a esta potestad pertenece lo que sigue de su resurrección. «¿Quién le despertará?» Esto es, ninguno de los hombres, sino él mismo, que dijo de su cuerpo: «Destruid este templo que veis, y en tres días le volveré a levantar.» Y el género de muerte, esto es, la muerte en cruz, en una palabra se entiende donde dice «subsiste» Y lo que añade: «Te recostaste y dormiste», lo declara el Evangelista cuando dice: «Que, inclinando la cabeza dio su espíritu», o, a lo menos, se nos manifiesta e indica su sepultura donde se recostó cuando durmió, y de donde ningún

hombre le resucitó, así como los profetas resucitaron a algunos, a como el mismo Señor lo practicó con otros, sino que él mismo, desde allí, se levantó como de un sueño.

Y su vestidura la lava en vino, esto es, la limpia de los pecados con su sangre, cuyo misterio y efectos sobrenaturales de esta sangre conocen los bautizados, y por eso añade: «Y en la sangre de la uva su manto.» ¿Qué manto y qué vestidura es ésta sino la Iglesia? Y los ojos encendidos y rubicundos del vino, ¿qué son sino sus hombres espirituales embriagados con la bebida de su cáliz?, de quien dice el real profeta: «Tu cáliz que embriaga, ¡cuán hermoso y agradable es.» Y sus dientes, más blancos que la leche, la cual beben, según el Apóstol, los pequeñuelos, son las palabras con que se sustentan los pequeñuelos que no son idóneos para gustar de manjar más sólido. Así que en él es en quien estaban depositadas y guardadas las promesas de Judas; y hasta que llegó el tiempo en que se habían de cumplir, nunca faltaron de aquel tronco y linaje príncipes, esto es, reyes de Israel, y él es la expectativa de las gentes, lo cual más fácilmente puede verse por los ojos que declararlo con palabras.

CAPITULO XLII

De los hijos de Joseph, a quien bendijo Jacob cruzando proféticamente sus manos Así como los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, figuraron dos pueblos; los judíos y los cristianos, aunque, según la carne, ni los judíos descendieron, de Esaú, sino los idumeos, ni la nación cristiana descendió de Jacob, sino los judíos; pues para esto solamente valió la figura que dice la Escritura: «Que el mayor servirá al menor»; así sucedió también en los dos hijos de Joseph, puesto que el mayor fue figura de los judíos y el menor de los cristianos, a los cuales, bendiciendo Jacob, puso la mano derecha sobre el menor, que tenía a su izquierda, y la izquierda sobre el mayor, que tenía a su derecha.

Pareciéndole pesada y contraria al destino esta acción de Jacob a Joseph, advirtió a su padre, como corrigiendo su error, y le manifestó cuál de ellos era el mayor. Sin embargo, Jacob no quiso mudar las manos, sino dijo: «Bien lo sé, hijo, bien lo sé, y aunque también éste ha de crecer en pueblo, y será ensalzado, su hermano menor ha de ser mayor que él, y su descendencia vendrá a multiplicarse y componer una infinidad, de naciones;» Del mismo modo muestran aquí estos dos aquellas promesas, porque aquél crecerá en pueblo, y éste en muchedumbre de gentes. ¿Qué cosa más evidente que estas dos promesas comprendan el pueblo de Israel y el orbe de la tierra en la descendencia de Abraham, aquél según la carne, y éste según la fe?

CAPITULO XLIII

De los tiempos, de Moisés, de Josué y de los jueces, y después de los reyes, entre los cuales, aunque Saúl es el pri- mero, David, por el sacramento y mérito; es tenido por el principal Muerto. Jacob y muerto también Joseph en, los ciento cuarenta y cuatro 'años siguientes que transcurrieron hasta que salieron de 'Egipto, creció maravillosamente aquella gente, aun oprimida con tantas persecuciones, que llegaron hasta matarles los hijos que les nacían varones, teniendo miedo los egipcios, admirados de ver el acrecentamiento y multiplicación de aquel pueblo.

Entonces a Moisés, que había escapado por industria de sus padres de las manos de los que impíamente quitaban la vida a los niños, le criaron en la casa del rey, preparando Dios en él grandes sucesos y siendo adoptado por la hija de Faraón, que así se llamaban en Egipto todos los reyes, llegó a ser tan excelente y heroico, que saco aquella nación, que prodigiosamente se, había multiplicado, del durísimo y gravísimo yugo de la servidumbre que allí padecía, o, por mejor decir, la sacó Dios por su medio, como se lo había prometido a Abraham.

Porque primero refieren que huyó de allí a la tierra de Madián, pues por defender a un israelita mató a un egipcio, y del miedo que concibió por este hecho, huyó. Después, enviándole, Dios con la correspondiente potestad, y auxiliado del Divino Espíritu, venció a los magos de Faraón que se le opusieron. Entonces hizo venir sobre los egipcios aquellas diez tan famosas plagas, porque no querían dar libertad al pueblo de Dios, convirtiéndoles el agua en sangre, enviándoles ranas, cínifes y moscas, mortandad a su ganado, llagas, granizo, langostas, tinieblas y muerte de los primogénitos; finalmente, viéndose quebrantados los egipcios con tantas y tan ruinosas plagas libertaron, en fin a los israelitas, y, persiguiéndolos por el mar Bermejo, vinieron a perecer; porque a los que huían se les abrió el mar, y les proporciono paso franco, y a los que les perseguían, volviendo a juntarse las aguas, los sumergió en su seno Después, por espacio de cuarenta años anduvo el pueblo de Dios peregrinando por el desierto bajo la dirección de su caudillo Móisés, cuando dedicaron el tabernáculo del testimonio, donde servían a Dios con sacrificios que significaban las cosas futuras, después de haber recibido la ley en el monte con grande terror y espanto; porque daba fe y la confirmaba Dios por medio de maravillosas señales y voces.

Lo cual sucedió luego que salieron de Egipto, y el pueblo empezó a vivir en el desierto cincuenta días después de haber celebrado la Pascua con la inmolación y sacrificio del Cordero, que es figura de Jesucristo, anunciándonos que, por su pasión y muerte, había de pasar de este mundo a su Padre (porque Pascua en el idioma hebreo significa paso o tránsito). Cuando ya fue revelado el Nuevo Testamento, después de sacrificado Cristo, nuestra Pascua consiste en que al quincuagésimo día descendió del Cielo el Espíritu Santo, llamado en el Evangelio dedo de Dios, para recordarnos 'tal hecho que primero precedió en figura, porque también refieren que las Tablas de la Ley se escribieron con el dedo de Dios,. Muerto Moisés, gobernó aquel pueblo Jesús Nave y le introdujo en la tierra de promisión, la dividió y repartió al pueblo.

Estos dos maravillosos caudillos y capitanes hicieron también con extraordinaria prosperidad la guerra, manifestándoles Dios que les concedía aquellas victorias, no tanto por los méritos del pueblo hebreo como por los pecados de las naciones que conquistaban. Después de estos caudillos, estando ya el pueblo establecido en la tierra de promisión, sucedieron en el gobierno los jueces, para que se le fuese verificando a Abraham la primera promesa de una nación, esto es, de la hebrea, y de la posesión de la tierra de Canaam, aunque todavía no de todas las gentes, y de todo el orbe de la tierra, lo cual había de cumplir la venida de Cristo en carne mortal; y no las ceremonias de la ley antigua, sino la fe del Evangelio era quien debía dar cumplimiento a este vaticinio; lo cual fue prefigurando en que introdujo al pueblo en la tierra de promisión no Moisés, que recibió la ley para el

pueblo en el monte Sina, sino Jesús, llamado así porque Dios le ordenó mudar el nombre que antes tenía.

En tiempo de los jueces, según la disposición de los pecados del pueblo y la misericordia de Dios, tuvieron a veces prósperos, y a veces adversos, los sucesos de la guerra. Enseguida de éstos vinieron los tiempos de los reyes, entre quienes el primero que reinó fue Saúl al cual, reprobado, roto, vencido y humillado en una batalla, y desechada su casa y descendencia para que de ella no procediesen ya reyes, sucedió en el reino David, del que Cristo fue llamado especialmente hijo. En David se hizo una pausa, y en cierto modo principió la juventud del pueblo de Dios, conforme a lo cual corrió una sola adolescencia desde Abraham hasta ésta de David, porque no en vano el evangelista San Mateo nos refirió de esta forma las generaciones, y este primer intervalo es, a saber, desde Abraham hasta David, le distribuyó ,en catorce generaciones, mediante a que en la adolescencia empieza el hombre a ser idóneo para la generación, por cuyo motivo el catálogo de las generaciones comenzó desde Abraham, a quien también destinó Dios para padre de muchas naciones cuando le mudó el nombre. Así que antes de Abraham, según esto, fue como una puericia y niñez del pueblo de Dios, esto es, desde Noé hasta el mismo Abraham, y por eso se habló entonces la primera lengua, esto es, la hebrea, porque desde la pubertad principia el hombre a hablar pasada la infancia, la cual se llamó así porque no puede hablar.

Esta edad primera la consume y sepulta el olvido? no de otro modo que consumió a la primera edad del linaje humano el Diluvio porque ¿quién hay que se acuerde de su infancia? Por esta razón en el discurso de es de Dios, así como el libro anterior contiene una edad, la primera, así éste comprende dos, la segunda y la tercera; y en ésta por la vaca de tres años, la cabra de tres años y el carnero de tres años, se impuso el yugo de la ley y se descubrió la abundancia de los pecados, y tuvo su principio el reino terrenal, donde no faltaron algunos hombres puros, cuyo sacramento y misterio se figuró en la tórtola y en la paloma.

LIBRO DECIMOSEPTIMO LA CIUDAD DE DIOS HASTA CRISTO

CAPITULO PRIMERO

En que se trata de los tiempos en que florecieron los profetas Las promesas que Dios hizo a Abraham (a cuya descendencia sabemos que pertenecen por la divina palabra, no sólo la nación israelita, según la carne, sino también las naciones, según la fe), se van cumpliendo exactamente, como lo ha manifestado el discurso que va haciendo la Ciudad de Dios, conforme al orden de los tiempos. Y por cuanto en el libro precedente llegamos hasta el reino de David, comenzaremos a proseguir desde él la relación de todos los sucesos que parecieren suficientes para esta obra, con los demás que se sigue.

Todo el tiempo transcurrido desde que el Santo Samuel principió a profetizar y consecutivamente, hasta que el pueblo de Israel fue conducido cautivo a Babilonia, y asimismo hasta que, según la profecía del Santo Jeremías, regresados a su tierra los israelitas al cabo de setenta años, se restauró la casa del Señor, todo este tiempo es el de los

profetas. Pues aunque el mismo patriarca Noé, en cuyos días pereció toda la tierra con el Diluvio universal, y otros antes y después de él, hasta la época en que comenzó a haber reyes en el pueblo de Dios, por algunas acciones que practicaron o sucesos que prefiguraron y predijeron pertenecen a la Ciudad de Dios y al reino de los Cielos, y con mucha razón los podemos llamar profetas, y más si observamos que algunos de ellos se llamaron así expresamente, como Abraham y Moisés, con todo, llamóse especialmente tiempo de los profetas aquel en que principió a profetizar Samuel, quien ungió por rey, según el orden de Dios, primeramente a Saúl, y reprobado éste, al mismo David, para que de su descendencia fuesen sucediendo los demás mientras conviniese.

Si intentase yo referir todo lo que los profetas han vaticinado de Cristo, entre tanto que la Ciudad de Dios, muriendo en los miembros que morían y naciendo en los que sucedían, ha ido discurriendo por estos tiempos, sería nunca acabar; lo primero, porque la Sagrada Escritura, aunque parece que mientras nos va exponiendo con orden los reyes, sus acciones, empresas y sucesos, se ocupa en referir como un historiador exacto las proezas y operaciones buenas y malas de estos; no obstante, si auxiliado de la gracia del Espíritu Santo la consideramos, la hallaremos no menos, sino tal vez más solícita en anunciarnos los sucesos futuros que en referirnos los pasados; y el intentar hallar este inescrutable arcano escudriñando, y averiguarle disputando, ¿qué operación tan molesta y penosa sería, y cuántos volúmenes no exigiría? Bien lo conocen los que medianamente quieran reflexionarlo.

Lo segundo, porque entre las mismas cosas que no hay duda son profecías, son tantas las de Cristo v del reino de los Cielos, que es la Ciudad de Dios, que para declararlo circunstanciadamente sería necesario formar un tratado más extenso de lo que exige la pequeñez de esta obra. Por lo cual, si estuviere en mi arbitrio, moderaré la pluma y el estilo, de modo que, para cumplir con esta obra, siendo la voluntad de Dios, ni diga una sola expresión que sobre, ni deje de decir lo que sea preciso.

CAPITULO II

En qué tiempo se cumplió la divina promesa sobre la posesión de la tierra de Canaán, la cual poseyó también el pueblo de Israel, según la carne Dijimos en el libro anterior que en las promesas que desde el principio hizo Dios a Abraham, le prometió dos cosas, es a saber: la una, que su descendencia había de poseer la tierra de Canaán, lo cual le significó, donde dice la Escritura: «Marcha a la tierra que yo te manifestaré, y haré que crezcas y formes una numerosa nación»; y la otra, que es mucho más célebre; se refiere no a la descendencia carnal, sino a la espiritual, por la cual viene a ser padre, no de una nación israelita, sino de todas las gentes que siguen e imitan las huellas de su fe, lo cual se le prometió con estas palabras: «Y serán benditas en ti todas las tribus de la tierra.» Después hicimos ver con la autoridad de otros muchos testimonios cómo le hizo Dios estas dos promesas.

Estaba, pues, en la tierra de promisión la descendencia y posteridad de Abraham, esto es, el pueblo de Israel, según la carne, y allí, no sólo ocupando las ciudades enemigas sino eligiendo reyes, había comenzado a reinar; habiéndose cumplido ya en su mayor parte las promesas que hizo Dios sobre este pueblo, no sólo las hechas a los tres patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, y otras en tiempo de éstos, sino también las que hizo por el mismo Moisés, por cuyo ministerio Sacó al citado pueblo de la servidumbre de Egipto, y por quien descubrió y manifestó en su tiempo todas las cosas pasadas, cuando conducía el pueblo por el desierto. Porque no se acabó de cumplir la divina promesa sobre la tierra de Canaán, donde aquel pueblo había de reinar desde el río de Egipto hasta el grande Eufrates, con lo que hizo aquel ínclito capitán Jesús Nave, que introdujo al pueblo de Israel en la tierra de promisión, y conquistando aquellas naciones, la repartió, como Dios lo había ordenado, a las doce tribus, y murió, ni después de él, en todo el tiempo de los jueces se acabó de cumplir, y ya no se profetizaba qué había de suceder, sino se esperaba que se cumpliese.

Se verificó en tiempo de David y Salomón, su hijo, cuyo reino se extendió y dilató tanto cuanto Dios se lo había prometido, porque sojuzgaron a todos aquellos y los hicieron sus tributarios. Así que estaba ya la descendencia de Abraham en tiempo de estos reyes en la tierra de promisión, según la carne, esto es, en tierra de Canaán; de manera que ya no faltaba otra circunstancia para acabarse de cumplir la promesa terrena que Dios les había hecho, sino que permaneciese en la misma tierra la nación hebrea en cuanto a la prosperidad temporal por la sucesión de sus descendientes, sin mudanza ni turbación de su quietud y estado, hasta el fin y término de este siglo mortal, si fuese obediente a las leyes y mandatos de su Dios y Señor. Mas por cuanto sabía Dios que no lo habían de cumplir, los castigó asimismo con penas temporales para ejercitar a los pocos siervos fieles que había entre ellos, y advertir a los que en adelante había de haber en todas las naciones; a las cuates convenía avisar por éstas, puesto que en ellas había de cumplir la otra promesa, revelando y manifestando el Nuevo Tes- tamento de la Encarnación de Jesucristo.

CAPITULO III

De las tres significaciones que tenían las profecías de los profetas, las cuales unas veces se refieren a la Jerusalén terrena, otras a la celestial y otras a las dos Así como aquellos divinos oráculos y otras cualesquiera señales o dichos proféticos que se hicieron hasta aquí

en la Sagrada Escritura a Abraham, Isaac y Jacob, así también las demás profecías que hubo en adelante desde este tiempo de los reyes, parte pertenecen a los hijos carnales de Abraham y parte a aquella su descendencia, en quien se bendicen todas las naciones que son coherederas de Cristo, por el Nuevo Testamento, para alcanzar y poseer la vida eterna y el reino de los cielos; parte pertenecen a la esclava «que engendra esclavos», esto es, a la terrena Jerusalén, «que sirve con sus hijos»; y parte a la libre, que es la Ciudad de Dios, esto es, a la verdadera Jerusalén eterna en los cielos, cuyos hijos, que son los hombres que viven según Dios, son peregrinos en la tierra.

Con todo, hay algunas profecías que pertenecen a ambas, a la esclava propiamente, y a la libre por figura. Así que de tres maneras son las profecías de los profetas: unas pertenecen a la terrena Jerusalén, otras a la celestial y algunas a las dos. Creo que debo probar con ejemplos lo que digo. Envió Dios al profeta Nathan con el encargo de reprender a David un enorme pecado que había cometido, e intimarle los males que le habían de sobrevenir. Esta y otras profecías, cuando algún hombre se hacía digno de merecerlas, ya fuese públicamente, esto es, para la salud y utilidad pública; ya fuese en particular, para el propio provecho de cada uno, con que les daba Dios noticia exacta de algún suceso futuro para bien de la vida temporal, ¿quién duda que pertenecían a la ciudad terrena? Pero cuando dice la Escritura: «Vendrá día, dice el Señor, en que estableceré un nuevo pacto y testamento con la casa de Israel y con la casa de Judá, no según el pacto que hice con sus padres el día que les tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; y porque ellos no permanecieron en la observancia de mi pacto, también yo los desprecié. Este será el pacto que estableceré con la casa de Israel; después de aquellos días, dice el Señor, grabaré mi ley en sus almas y la escribiré en su corazón, miraré por ellos seré su Dios y ellos serán mi pueblo.» Sin duda que aquí vaticina Jeremías la celestial y soberana Jerusalén, cuyo premio es el mismo Dios, y el sumo bien de ella, y todo su bien y felicidad es tener propicio a este Señor y el ser suyo.

Y a las dos pertenece también esto mismo, puesto que a Jerusalén la llama Ciudad de Dios, y en ella profetiza que estará la casa de Dios, cuyo vaticinio parece que se cumplió cuando el rey Salomón edificó aquel suntuosísimo templo; porque todo esto sucedió literalmente en la Jerusalén terrena y fue figura y representación de la Jerusalén celestial.

Esta especie de profecía, que esta como compuesta y mezclada de lo uno y de lo otro en los libros canónicos del Antiguo Testamento, donde se contiene la relación de los sucesos acaecidos, vale mucho y ha ejercitado y ejercita extraordinariamente los ingenios de los que escudriñan y meditan en la Sagrada Escritura, pues lo que se dijo y cumplió á la letra en la descendencia de Abraham, según la carne, también en la descendencia de Abraham, según la fe, hemos de buscar cómo se cumple alegóricamente, en tanto grado, que algunos han opinado que no hay cosa alguna en aquellos libros, o profetizada y sucedida, o sucedida, aunque no profetizada, que no nos insinúe algún misterio que haya de referirse alegóricamente a la Ciudad eterna de Dios y a sus hijos que son peregrinos en esta vida. Pero si esto es cierto, los oráculos y profecías de los profetas, o, por mejor decir, de todos los libros que llamamos Viejo Testamento, serán de dos clases, y no de tres, dado que no habrá allí nada que pertenezca solamente a la Jerusalén terrena, si todo lo que allí se dice y verifica de ella, o por causa de ella, significa algún arcano que alegóricamente haya de,

referirse también a la celestial Jerusalén; por lo tanto, habrá solas dos especies de profecías: la una que pertenezca, a la Jerusalén libre y la otra a las dos.

Pero yo soy de parecer que, así como andan equivocados los que imaginan que los sucesos acaecidos relatados en estos libros no significan más que haber así sucedido, del mismo modo me parecen muy atrevidos los que suponen que cuanto se contiene en estos libros sagrados está envuelto en alegorías. Por eso quise mejor decir que las profecías eran de tres maneras, y no de dos, porque esto es lo que pienso, aunque no culpo o reprendo a los que pudieren, de cualquier suceso que acaeciese, sacar algún sentido espiritual, con tal que primeramente se observe la verdad de la historia. Por lo demás, cuando lo que se dice, de ninguna manera puede. convenir a las cosas que ha hecho o haya de hacer Dios a los hombres, ¿qué cristiano habrá que dude qué esto sería hablar en vano? ¿Y quién habrá que no lo refiera al sentido espiritual, si puede, o que no confiese que lo debe referir el que pueda?

CAPITULO IV

Cómo se figuró el cambio del reino de Israel y del sacerdocio; y lo que antes de este, suceso profetizó la madre de Samuel, representando la persona de la Iglesia Llegado el tiempo de los reyes, cuando David, habiendo Dios reprobado a Saúl, alcanzó el reino de, modo que en lo sucesivo sus descendientes por una dilatada sucesión reinaron en la terrena Jerusalén, el proceso de la Ciudad de Dios nos dio una figura representativa de lo que sucedió, significándonos y comunicándonos (lo que no debe pasarse en silencio) el cambio de las cosas futuras, en cuanto a los dos Testamentos, Viejo y Nuevo, cuando se llegó a mudar el sacerdocio y el reino por el Sacerdote y Rey nuevo y eterno, que es Cristo Jesús.

Porque reprobado el sacerdote Helí y sustituido en el servicio y ministerio de Dios por Samuel, que juntamente ejerció el oficio de sacerdote y de juez, y desechado Saúl, y establecido David en el reino figuraron y representaron lo que digo. También la misma madre de Samuel, llamada Ana, que primero fue estéril y después se alegró con la fecundidad, que Dios la concedió, no parece vaticinar otra cosa cuando, llena de contento, dio al Señor las gracias, devolviéndole el mismo niño ya criado y destetado con la misma devoción que se lo había ofrecido. Pues dice así: «Confirmóse mi corazón en el Señor; mi fortaleza y gloria sea ensalzada en mi Dios; dilatóse mi boca sobre mis enemigos, me he alegrado en tu salud; porque no hay santo como el Señor, y no hay justo como nuestro Dios, y no hay otro que tú que sea santo. No queráis gloriaros, y no queráis hablar soberbias, ni salgan arrogancias de vuestra boca, porque Dios es el Señor de las ciencias, y Dios el que dispone sus invenciones y trazas. Debilitó el arco de los poderosos, y a los flacos armó de virtud y fortaleza; a los que estaban llenos y car- gados de pan los debilitó, y a los hambrientos los enalteció; pues la que era estéril parió siete, y la que tenía muchos hijos se volvió estéril; el Señor es el que mortifica y vivifica, el que lleva a los infiernos y vuelve a sacar de allí; el Señor hace al pobre y al rico; Él le humilla y le ensalza; levanta del polvo de la tierra al pobre, y del estiércol al necesitado para colocarle entre los grandes y poderosos de su pueblo y darle la posesión del trono de la gloria; el que cumple y provee el voto al que se le ofrece, y bendice los años del justo, porque no hay hombre que de suyo sea poderoso.

El Señor debilitará a sus enemigos; el Señor es Santo, no se jacte ni gloríe el prudente con su prudencia, no se lisonjee el poderoso en su potencia y no se gloríe el rico en sus riquezas, y solamente pueda lisonjearse el que se gloría de entender y conocer al Señor, y de hacer juicio y justicia en medio de la tierra. El Señor subió a los cielos y volvió; Él juzgará toda la extensión de la tierra, porque es justo, y es el que da virtud a nuestros reyes, y Él ensalzará la gloria de su Cristo.» ¿Acaso puede presumirse que estas palabras sean de una mujercilla que se alegra y regocija por el hijo que Dios le ha dado? ¿Es posible que el entendimiento humano sea tan opuesto a la luz de la verdad, que no advierta que lo expresado en este vaticinio traspasa la capacidad de una mujer?

Pues el que con los mismos sucesos que comenzaron ya a cumplirse en esta peregrinación de la tierra se mueve, como conviene, ¿por ventura no echa de ver, no ve y conoce que por medio de esta mujer, cuyo nombre de Ana, también significa su gracia, habló así la misma religión cristiana, la misma Ciudad de Dios, cuyo rey y fundador es Cristo, habló en fin la misma gracia de Dios con espíritu profético; de cuya gracia despojará a los soberbios para que caigan; y con ella llenará a los humildes para que se levanten, que es lo que principalmente se ha celebrado en este cántico? A no ser que alguno diga que nada profetizó esta mujer, sino que sólo alabó a Dios, celebrándole con alegría por el hijo que le concedió, condescendiendo a sus peticiones y oraciones ¿Pero qué quiere decir aquella expresión: debilitó el arco de los poderosos, y armó de virtud y fortaleza a los flacos; a los que estaban surtidos de pan los dejó vacíos, y a los hambrientos, satisfechos, porque la que era estéril parió siete, y la que tenía muchos hijos se volvió estéril? ¿Acaso parió ella siete, aunque había sido estéril? Sólo tenía uno cuando decía esto; pero ni aun después parió siete o seis, con los cuales fuese el séptimo el mismo Samuel, sino tres varones y dos hembras.

Además, no habiendo todavía rey en aquel pueblo, lo que puso al fin: «El que dará virtud a nuestros reyes, y ensalzará la gloria de su Cristo», ¿por qué lo decía si no profetizaba? Diga, pues, la Iglesia de Cristo, la ciudad del grande rey, llena de gracia, fecunda de hijo, diga cuánto tiempo ha que reconoce que se vaticinó de ella por boca de esta devota madre: «Sí ha confirmado mi corazón en el Señor; mi fortaleza y gloria se ha ensalzado en mi Dios.» Verdaderamente se confirmó su corazón, y verdaderamente se ensalzó su gloria, porque no fue en sí, sino en el Señor su Dios. Dilatóse mi boca sobre mis enemigos, puesto que la palabra de Dios en las angustias y conflictos no está ligada ni oprimida ni aun en los predicadores atados- y presos. «Me he alegrado, dice, con tu salud.» Este es Cristo Jesús, Salvador y eterna salud, a quien el anciano Simeón, tomándole en sus brazos siendo niño, como se lee en el Evangelio, y reconociéndole por grande: «Ahora, dice, dejaréis, Señor, a vuestro siervo en paz, porque vieron ya mis ojos vuestra salud.»

Diga, pues, la Iglesia «me he alegrado con tu salud, porque no hay santo como el Señor, y no hay justo como nuestro Dios»; santo que santifica, y justo que justifica. «No hay santo fuera de ti, porque nadie lo es, ni llega a serlo sino por ti.» Finalmente, prosigue, «no queráis gloriaros y no queráis hablar palabras vanas y soberbias, ni salgan arrogancias de vuestra boca, porque Dios es el Señor de las ciencias, y nadie sabe lo que Él sabe, porque el que juzga que es algo, siendo nada, él mismo se alucina y engaña.» Esto, dice, hablando con los enemigos de la Ciudad de Dios, que pertenecen a la Babilonia., que presumen de su virtud y se glorían en sí, y no en el Señor, entre quienes comprende también a los israelitas

carnales, ciudadanos terrenos de la terrena Jerusalén, los cuales, como dice el Apóstol, «no sabiendo la justicia de Dios, esto es, la que da Dios a los hombres, que es el solo justo, y el que justifica, y queriendo vendernos la suya», esto es, como si ellos la hubiesen alcanzado por sí mismos y no se la hubiese dado el Señor, «no se sujetar a la justicia de Dios».

En efecto, como soberbios y presuntuosos, piensan satisfacer y agradar a Dios con lo suyo y no con lo de Dios; que es Dios de las ciencias, y por lo mismo testigo de las conciencias, donde ve los pensamientos y proyectos de los hombres que son vanos cuando son de los hombres, y no proceden del Señor. «El que dispone, dice, sus invenciones trazas.» ¿Qué invenciones sino las de que se humillen los soberbios y se levanten los humildes? Porque, sigue diciendo: «Debilitó el arco de los poderosos, y armó a los flacos de virtud fortaleza.» Debilitó el arco, esto es la intención de los que a si propios imaginan tan poderosos, que sin la gracia y favor de Dios, con sola la suficiencia humana, creen que pueden cumplir los mandamientos divinos; y arma de virtud a los que dicen en su corazón: «Tened, Señor, misericordia de mi, porque soy flaco y débil.» «A los que abundaban en pan, dice, los debilito, y a los hambrientos los enalteció.» ¿A quiénes debemos entender por abundantes en pan, sino a estos mismos casi poderosos, esto es, a los israelitas, a quienes comunicó y confió Dios sus oráculos y Escrituras? Pero en este pueblo los hijos de la esclava se debilitaron (con cuya palabra, aunque no muy latina, se declara bien cómo de mayores se hicieron menores, porque aun en los mismos panes, esto es, en los divinos oráculos, en la Divina Escritura, la cual recibieron entre todas las naciones, sólo los israelitas gustan las cosas terrenas.

Pero las gentes a quienes Dios no dio aquella ley, después que por el Nuevo Testamento alcanzaron aquellos oráculos y Escrituras, teniendo mucha hambre, fueron enaltecidos sobre la tierra, porque en ellas no gustaron cosas terrenas, sino celestiales Y como si le preguntaran la causa por qué sucedió esto, dice: «La estéril parió siete, y la que tenía mucha sucesión se esterilizó.» Aquí se descubre todo lo que se profetizaba a los que tienen noticia del número septenario, con que se nos significó la perfección y unión de la Iglesia universal. Y por esto el Apóstol San Juan escribió a siete iglesias, manifestando con esto que escribía a la plenitud de una; y antes Salomón, figurando lo mismo en los Proverbios: «La sabiduría, dice, edificó una casa para sí, y la apoyó sobre siete columnas.» En todas las gentes era estéril la Ciudad de Dios antes que saliese a luz este parto, que la vemos ya en el estado de fecundidad. Vemos también a la que tenía muchos hijos, a la terrena Jerusalén, ya extenuada y estéril; porque todos los que había en ella, hijos de la libre, eran su fortaleza y virtud; pero ahora, cómo tiene la letra y no el espíritu, perdida la virtud, ha decaído y enflaquecido. El Señor es el que, mortifica y vivifica: mortificó a la que tenía muchas hijas y vivificó a la estéril, que dio a luz siete.

Aunque más cómodamente puede entenderse que vivifica a los mismos que había mortificado, porque parece que repitiendo lo mismo, añade: «Condúcelos a los infiernos y vuélvelos a sacar de allí.» Pues a los que dice el Apóstol: «Si habéis muerto con Cristo, agenciad y buscad las cosas del cielo, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre», sin duda que saludablemente los mortifica el Señor a quienes persuade el mismo Apóstol diciéndoles: «Cuidad y meditad en las cosas celestiales, y no en las terrenas», para que ellos sean los que, hambrientos, se levantaron sobre la tierra. «Porque estáis muertos» dice: «Ved cuán saludable y útilmente mortifica Dios»; después prosigue: y «vuestra vida esta

escondida con Cristo en Dios»; ved aquí cómo los vivifica Dios. ¿Pero acaso llevó a estos mismos a los infiernos y los volvió a sacar? Estas dos cosas, sin que haya controversia entre los fieles cristianos, las vemos cumplidas antes que en otro alguno en el que es nuestra cabeza, con quien dijo el Apóstol «que, estaba escondida nuestra vida en Dios».

Porque «cuando no perdonó a su propio hijo, sino que le entregó por la redención de todos», sin duda que le mortificó; y cuando le resucitó de entre los muertos, de nuevo le vivificó. Y porque en la profecía es su voz la que dice: «No dejarás a mi alma en los infiernos»; por eso, a este mismo le llamó y le sacó de los infiernos. Con esta su pobreza hemos enriquecido, porque «el Señor es el que hace al pobre y al rico»; y para que sepamos, lo que es esto, oigamos lo que sigue: «Y él humilla y ensalza», pues, sin duda, los soberbios son a los que humilla, y los humildes a los que ensalza. Porque lo que en otro lugar dice la Escritura: «Que Dios resiste a los soberbios, y a los humildes dar gracia», esto es lo que contiene el discurso de aquel cuyo nombre significa su gracia.

Lo que añade: «Levanta de la tierra al pobre», de ninguno lo entiendo mejor que de Aquel que por nosotros se hizo pobre siendo rico, para que con su indigencia, como poco ha insinuamos, nos hiciéramos ricos; porque a éste levantó de la tierra tan presto, que su cuerpo no sintió corrupción. Ni dejaré de aplicarle lo que sigue: «Y levanta del estiércol al necesitado» puesto que necesitado es lo mismo que pobre, y el estiércol de donde le levantó, congruamente se entiende de los judíos que le persiguieron, y entre ellos San Pablo, cuando perseguía la Iglesia, el cual dice: «Lo que hasta ahora tuve por lucro e interés, eso mismo por Cristo lo estimo por daño y pérdida, y no sólo por perjuicio y pérdida, sino que lo tengo por estiércol, a cambio de ganar a Cristo.»

Así que de la tierra fue ensalzado sobre todos los ricos aquel pobre, y de aquel estiércol fue ensalzado sobre todos los hacendados aquel necesitado, para sentarse con los poderosos de su pueblo, con quienes hablando, dice: «Os sentaréis sobre las doce sillas», y les dará la posesión del trono de la gloria, porque le dijeron aquellos poderosos: «Ved aquí que nosotros lo dejamos todo y te hemos seguido.» Este voto hicieron aquellos poderosos; pero pregunto: ¿por dónde les vino esta felicidad, sino por Aquel de quien aquí inmediatamente se dice: «El que da el voto al que se lo ofrece»? Porque de otra manera también ellos fueron de aquellos poderosos «cuyo arco Él debilitó.

El que da, dice, el voto al que se le ofrece», pues ninguno ofreciera cosa alguna de que hubiera hecho voto al Señor, si no recibiese del mismo Señor lo que había de ofrecer: Prosigue: «Y bendijo los años del justo», es a saber, para que viva eternamente con Aquel de quien el Espíritu Santo dice: «Que sus años no desfallecerán.» Porque allí permanecen los años, pero acá pasan, o, por mejor decir, perecen, porque antes que vengan no son, y cuando hayan venido no serán, pues el llegar y fenecer, todo es uno De estas dos cosas, esto es, da el voto al que se le ofrece y bendice los años del justo, una es la que hacemos, y otra es la que recibimos.

Pero esta segunda no se recibe de Dios, si no se hace la primera con el auxilio de Dios, porque no hay hombre que sin Dios de suyo sea poderoso. «El Señor debilitará a sus enemigos», es a saber, a los que envidian y resisten al hombre que ofrece su voto, para que no pueda cumplir el voto que ofreció. Puede también entenderse (porque la palabra griega

es ambigua) sus enemigos, los enemigos del Señor, pues cuando el Señor nos comenzare a poseer, sin duda el enemigo que era nuestro se hace enemigo suyo, y le venceremos nosotros, aunque no con nuestras propias fuerzas; porque no hay hombre que de suyo, sea poderoso. Así que «el Señor debilitará a sus enemigos, el Señor santo», para que le venzan los santos, a quienes el Señor, santo de los santos, hizo santos.

Y por eso «no se vanaglorie el prudente con su prudencia, y no se lisonjee el poderoso con su potencia, y no se gloríe el rico con sus riquezas, sino gloríese el que se gloría en entender y conocer al Señor, y en hacer juicio y justicia en medio de la tierra». No poco entiende y conoce al Señor el que comprende y sabe que igualmente este don se lo da el Señor para que le entienda y conozca: «¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no lo hayas recibido?» Y si lo has recibido, «¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido», esto es, como si de tu cosecha tuvieras aquello por lo que te glorías? El que vive bien, ése es el que hace juicio y justicia, y vive bien el que obedece al mandato; y el fin del precepto, esto es, a lo que se refiere el mandamiento, «es la caridad de corazón puro, de buena conciencia y fe no fingida». Y esta caridad, como dice el apóstol San Juan: «procede de Dios»; luego el hacer juicio y justicia procede de Dios. ¿Pero qué quiere decir en medio de la tierra? ¿Acaso no están obligados a hacer juicio y justicia los que habitan en los últimos confines de la tierra? ¿Quién hay que tal diga? ¿Para qué, pues, añadió «en medio de la tierra»? Que si no lo añadiera, y sólo dijera: en hacer juicio y justicia, mejor comprendiera este precepto a los unos y a los otros, esto es, a los mediterráneos y a los marítimos.

Mas porque ninguno pensara que después de esta vida, que se pasa en el cuerpo mortal, nos quedaba tiempo para hacer el juicio y justicia, que no hizo mientras estuvo en el cuerpo, y que de esta manera podía escapar del juicio divino, me parece que dijo en medio de la tierra, como si dijera entretanto que uno vive en este cuerpo. Porque en esta vida cada uno trae consigo su tierra, la cual recibe la tierra común al morir el hombre, para volverla cuando resucitare. Por tanto, en medio de la tierra, esto es, en tanto que nuestra alma está encerrada en el cuerpo terreno, es necesario que hagamos juicio y justicia, para que nos aproveche después, «cuando recibiere cada uno, según las obras que hubiere hecho en el cuerpo, o bien o mal». Porque allí el Apóstol por el cuerpo entendió el tiempo en que uno vivió en el cuerpo, pues sí uno con maligna intención y perverso ánimo blasfema, aunque no lo obre con ningún miembro de su cuerpo, no por eso dejará de ser culpado porque no lo hizo con algún movimiento de cuerpo, pues lo hizo en aquel tiempo que vivió en el cuerpo.

De esta manera puede también entenderse congruamente aquella expresión del real profeta: «Dios, nuestro Rey, ante los siglos obró la salud en medio de la tierra»; de forma que nuestro Señor Jesucristo se entienda por nuestro Dios, que es ante todos los siglos, porque él hizo los siglos y obró nuestra salud en medio de la tierra cuando «encarnó el Verbo y habitó en el cuerpo terreno». Después de haber profetizado en estas palabras de Ana cómo se debe gloriar el que se gloría, es a saber, no en sí, sino en el Señor, por causa de la retribución y premio que ha de verificarse en el día del Juicio, dice: «El Señor subió a los cielos; y tronó: El juzgará los confines de la tierra, porque es justo.» Totalmente guardó el orden de la profesión de fe que hacen los fieles cristianos, porque Cristo nuestro Señor subió a los cielos, y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. «Porque ¿quién subió a los cielos, como dice el Apóstol, sino el que descendió primero a estas partes inferiores de la tierra? El que descendió es el que subió sobre todos los cielos para dar

cumplimiento exacto a todas las profecías.» Así, pues, tronó por sus nubes, las que, al subir, llenó del Espíritu Santo. De las cuales, por medio del profeta Isaías, amenaza a la esclava Jerusalén; esto es, a su ingrata viña, que no llovería sobre ella. Y «El juzgará los últimos confines de la tierra», es como si dijera; también juzgará los confines de la tierra, porque no dejará de juzgar las otras partes el que ciertamente ha de juzgar a todos los hombres. Pero mejor se entenderán los extremos de la tierra por los extremos o postrimerías del hombre, puesto que no serán juzgadas las cosas que en el medio y en el decurso del tiempo se mudan, mejorando o empeorando, sino en los extremos que fuere hallado el que ha de ser juzgado. Y así, dice la Escritura, «que el que perseverase hasta el fin, éste se salvará».

El que con perseverancia hiciere juicio y justicia en medio de la tierra. «El da, dice, virtud a nuestros reyes para no condenarlos cuando viniere a juzgar.» Concédeles virtud, con la cual, como reyes, rijan y gobiernen la carne y puedan vencer el mundo en virtud de Aquel que por ellos derramó su sangre. Y ensalzará la gloria de su Cristo. ¿Pero cómo Cristo ha de ensalzar la gloria de, su Cristo? Porque, como dijo antes: el Señor subió a los cielos y se entendía por nuestro Señor Jesucristo. El mismo, ¿cómo dice aquí ensalzará la gloria de su Cristo? ¿Quién es Cristo? ¿Acaso ensalzará la gloria de cualquiera de sus siervos fieles cómo la misma Ana dice en el exordio de este cántico que su gloria, la ensalzó su Dios? Porque a todos los que están ungidos con su unción y crisma muy bien podemos llamarlos Cristos, todos los cuales, sin embargo, haciendo un cuerpo con su cabeza son un Cristo. Esto profetizó Ana, madre de aquel tan santo y tan celebrado Samuel, en el cual se nos representó entonces la mudanza del antiguo sacerdocio, y se cumplió ahora, que se volvió estéril la que tenía muchos hijos, para que tuviera en Cristo nuevo sacerdocio la estéril, que dio a luz siete hijos.

CAPITULO V

De las cosas que un hombre de Dios dijo proféticamente a Helí, significando cómo había de quitarse el sacerdocio que se había instituido según Aarón Pero esto con mayor claridad lo dice un hombre de Dios, a quien el mismo Dios envió al sacerdote Helí, cuyo nombre, aunque se calla, no obstante, por su oficio y ministerio se deja entender que es profeta, porque dice la Escritura: «Y vino un hombre de Dios a Helí, y le dijo: Esto dice el Señor; yo me descubrí y manifesté a la casa de tu padre, cuando estaban en Egipto sirviendo en la casa de Faraón, y elegí la casa de tu padre entre todas las familias de Israel para que me sirviesen y ministrasen en el sacerdocio, subiesen a mi altar, me ofreciesen incienso y vistiesen el Efod, y señalé para la comida y sustento de la casa de tu padre parte de todos los sacrificios de los hijos de Israel, que se hacen con fuego.

Pero, ¿por qué, hollado o envilecido mi incienso y mi sacrificio, honraste más a tus hijos que a mi comiendo con ellos las primicias de todos los, sacrificios que el pueblo de, Israel ofreció en mi acatamiento? Por ello dice el Señor Dios de Israel, yo dije y tenía propuesto que tu casa y la casa de tu padre anduviesen delante de mí para siempre, y ahora, dice el Señor, no ha, de ser así, sino a los que me honraren los he de honrar, y a los que me despreciaren los he de despreciar. Mira que ha de venir día en que he de extirpar y asolar tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no verás jamás anciano alguno de los tuyos en mi casa, y extirparé el varón de los tuyos, de mi altar para que desfallezcan sus

ojos y se deshaga su espíritu, y los que quedaren de tu casa morirán a cuchillo y te servirá de señal lo que sucederá a tus dos hijos Ophni y Finees, que morirán en un día, Y yo me proveeré de un sacerdote fiel que me sirva en todo conforme a mi corazón y mi alma, le edificaré una casa fiel y andará siempre en la presencia de mi Cristo, y sucederá que el que hubiere quedado de tu casa vendrá a adorarle por un óbolo de plata, diciendo: Acomódame en alguna parte de tu sacerdocio para que pueda sustentarme.» No hay testimonio igual a esta profecía, donde tan claramente se profetiza el cambio del antiguo sacerdocio sin que pueda decirse que se cumplió en Samuel.

Pues aunque es cierto que Samuel no era de otra tribu, sino de la que estaba señalada para el servicio del Señor en el santuario y en el altar, con todo, no era de la estirpe de los hijos de Aarón, cuya descendencia estaba designada para que de ella se escogiesen los sacerdotes; por lo cual podemos decir aquí que hubo una sombra y figura del mismo cambio que había de haber con la venida de Jesucristo. Y la misma profecía en el hecho, no en las palabras, propiamente pertenecía al Viejo Testamento y figuradamente al Nuevo, significándose en el hecho lo que de palabra dijo el profeta al sacerdote Helí; porque después hallamos que hubo sacerdotes del linaje de Aarón como fueron Sadoch y Abiathar en tiempo de David, y después otros, antes que llegase el tiempo en que convenía que sucediesen por medio de Jesucristo todas estas cosas que con tanta anticipación estaban profetizadas acerca de mudarse el sacerdocio. ¿Quién, al mirar con ojos fieles todo esto, no dirá que todo está ya cumplido? Ya no tienen los judíos tabernáculo ni templo alguno, ni altar ni sacrificio, y, por consiguiente, ningún sacerdote que, según la ley de Dios, fuese de la estirpe Y descendencia de Aarón; lo cual se refirió igualmente aquí, diciendo el profeta: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo tenía determinado Que tu casa y la casa de tu padre anduviesen perpetuamente delante de mí; pero ahora, dice el Señor, no será así; sino que a los que me honraren los honraré, y a los que me despreciaren los despreciaré.»

Con decir la casa de su padre es claro, que no habla del padre próximo e inmediato, sino de aquel Aarón a quien primero instituyeron y ordenaron sacerdote, de cuya descendencia fuesen consecutivamente los demás, como lo manifiesta lo que dice arriba: «Me descubrí y manifesté, dice, a la casa de tu padre cuando estaba en la tierra de Egipto sirviendo en casa de Faraón, y entre todas las tribus y familias de Israel escogí la casa de tu padre para que me sirviese, en el sacerdocio» ¿Quién era el padre de éste, en la servidumbre de Egipto, que al ser librados de aquel insoportable yugo fue elevado al sacerdocio, sino Aarón? De la descendencia de éste, dice en este lugar, que había de ser de la que no hubiese más sacerdotes; lo cual vemos ya verificado. Abra los ojos la fe, que las cosas están bien próximas y palpables; ellas se ven y se tocan y ellas mismas se ofrecen a la vista, aun de los que no las quieren ver.

«Mira, dice, que vendrá día en que extirparé y destruiré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no se verá jamás anciano alguno de los tuyos en mi casa, y extirparé de mi altar el varón de los tuyos para que desfallezcan sus ojos y se carcoma su espíritu.» Ved aquí que los días que señala aquella profecía ya han llegado; no hay ya sacerdote alguno, según el orden de Aarón, y si hay alguno en la actualidad de su linaje, advirtiendo que en todo el orbe habitado florece el sacrificio incruento que ofrecen los cristianos, y asimismo despojado de aquel honor y dignidad tan preeminente, desfallecen sus ojos, carcómese su espíritu y se consume de tristeza. Lo que sigue después propiamente

pertenece a la casa de Helí, a quien se le presagiaban estos sucesos, «y los, que quedaren de tu casa morirán al golpe del cuchillo, y te servirá de señal lo que sucederá a tus dos hijos, Ophni y Finees, que morirán en un día».

Este fue el signo dado de la mutación del sacerdocio de la casa de Helí, con el cual se nos significó que se había de mudar el sacerdocio de la casa de Aarón; porque la muerte de los hijos de aquél significó la muerte, no de los hombres, sino la del mismo sacerdocio en la familia de Aarón. Pero lo que sigue luego pertenece a aquél sacerdote, cuya figura, sucediendo a éste, fue Samuel; y así, lo que continúa se dice de Jesucristo, verdadero sacerdote del Nuevo Testamento: «Y yo me proveeré de un sacerdote fiel que me servirá en todo conforme a mi corazón y voluntad, y le edificaré una casa fiel.» Esta es la eterna y soberana Jerusalén, y «andará, dice, siempre en la presencia de mi Cristo», es decir, conversará y vivirá, como arriba insinuó, de la casa de Aarón: «Yo dije y tenía ideado que tu casa y la de tu padre anduviesen delante de mí para siempre.» Pero lo que dice andará en la presencia de mi Cristo, se debe entender de la misma casa y no del sacerdote, que es el mismo Cristo, mediador y salvador, así, pues, su casa caminará delante de él. También puede entenderse: él andará (que en latín la palabra transibit significa pasará) de la muerte a la vida todos los días que dura esta mortalidad hasta la consumación de los siglos.

Lo que dice Dios «me sirva en todo conforme a mi corazón y a mi alma», no hemos de juzgarlo en el sentido de que, Dios tiene alma, siendo este gran Señor criador de las almas; mas se dice esto de Dios no propiamente, sino por metáfora, así como se dicen pies, manos y otros miembros del cuerpo. Y para que, según esta doctrina, no creamos que el hombre en esta figura exterior del cuerpo le crió Dios a su semejanza, se añaden asimismo las alas, las cuales no tiene el hombre, y se dicen particularmente de Dios: «Ampárame debajo de la sombra de tus alas», a fin de que entendamos que esto se dice de aquella inefable naturaleza, no con lenguaje propio, sino metafórico.

Lo que añade «y será así, que el que hubiere quedado de tu casa vendrá a adorarle», no se dice propiamente de la casa de Helí, sino de la de Aarón, de la cual, hasta la venida de Cristo, hubo hombres de cuyo linaje aun hasta el presente no faltan; porque de la casa de Helí ya había dicho arriba: «Y todos los que quedaren de tu casa morirán a cuchillo.» ¿Cómo pudo decirse aquí con verdad «y será así, que el que hubiere quedado de tu casa vendrá a adorarle», si es cierto que no ha de escapar nadie del rigor del cuchillo, sino porque quiso que se entendiese que pertenecen al linaje y descendencia, y no de cualquiera, sino de todo aquel .sacerdocio, según el orden de Aarón? Luego existen reliquias predestinadas, de quien dijo el otro profeta: «Que las reliquias se salvarán», conforme a lo cual, añade el Apóstol: «Así también ahora se salvan las reliquias, según la elección de la gracia», esto es, restan aún muchos judíos escogidos por la divina gracia que se salvan; pues muy bien se entiende que es de tales reliquias aquel de quien dice: «El que hubiere quedado de tu casa, sin duda que cree en Cristo»; como en tiempo de los apóstoles, muchos de la misma nación, y aun ahora no faltan, aunque muy raros, que crean, cumpliéndose en ellos lo que este hombre de Dios, prosiguiendo su vaticinio, añade: «Vendrá a adorarle por un óbolo de plata»; ¿a quién ha de adorar sino a aquel Sumo Sacerdote, que es también Dios? Porque en aquel sacerdocio, según el orden de Aarón, no venían los hombres al templo o al altar de Dios a adorar al sacerdote. ¿Qué significa lo de un óbolo de plata sino la brevedad de la palabra de la fe, de quien refiere el Apóstol que dice la Escritura: «Que el

Señor consumará y abreviará su palabra y doctrina en la tierra»? Y que por la plata se entiende la palabra o divina doctrina nos lo muestra el salmista donde dice: «Qué la palabra de Dios es palabra pura y casta, es plata, acendrada y acrisolada al fuego.» ¿Qué es lo que dice el que viene a adorar al sacerdote de Dios y al sacerdote que es Dios? Acomódame en una parte de tu sacerdocio para que coma y me sustente de pan.

No quiero que me coloquen y pongan en el honor y dignidad de mis padres, porque ya no existe tal dignidad; acomódame en un parte de tu sacerdocio, «porque prefiero ser uno de los más abatidos en la casa del Señor», contentándome con ser miembro de tu sacerdocio. Entiende aquí por el sacerdocio el mismo pueblo, cuyo sacerdote es el medianero de Dios y de los hombres, del hombre de Dios Cristo Jesús. Y a este Pueblo llama el apóstol San Pedro «pueblo santo y sacerdocio real», tu sacrificio y no de tu sacerdocio, lo cual, sin embargo, significa el mismo pueblo cristiano. Así dice San Pablo: «Que un pan y un cuerpo somos muchos en Cristo.» Y en otro lugar: «Procura, dice, que vuestros cuerpos sean un sacrificio y hostia viva.» Y añadiendo después, para que coma y me sustente de pan, elegantemente declara el mismo género de sacrificio, porque dice el mismo sacerdote: «Que el pan que nos da ha de dar es su sangre, por la salud del mundo.» Este es el sacrificio, no según el orden de Aarón, sino según el orden del Melchisedech.

Advierta el lector y entiéndalo así. Breve es la confesión, y saludablemente humilde, en que dice: «Acomódame en una parte de tu sacerdocio porque coma y me sustente de pan.» Este pan es el óbolo de plata, lo uno porque es breve, y lo otro porque es palabra, del Señor, que habita en el corazón de los creyentes. Y porque dijo arriba que había dado a la casa de Aarón, para que se sustentase, las víctimas del Viejo Testamento, donde dice: «Y di a la casa de tu padre, para que comiese de todos los sacrificios de los hijos de Israel que se hacen con fuego (pues tales fueron los sacrificios de los judíos), dice aquí: Manducare panem, esto es, para que coma y me sustente de pan, que es en el Nuevo Testamento el sacrificio de los cristianos.»

CAPITULO VI

Del sacerdocio y reino Judaico, los cuales, aunque se dice fundados y establecidos para siempre, no subsisten, para que entendamos que son otros los eternos que se prometen Habiéndose profetizado entonces todos estos futuros acaecimientos con tanto misterio, al presente se ven y manifiestan con la mayor claridad. Sin embargo, no en vano podrá alguno dudar y decir: ¿Cómo creemos que ha de suceder todo lo que en los libros sagrados está anunciado, si esto mismo que dice allí Dios: «Tu casa y la de tu padre andarán delante de mí para siempre» no pudo tener efecto? Porque vemos mudado aquel sacerdocio, y lo que se prometió a aquella casa no, esperamos que haya de cumplirse jamás, pues lo que sucede a éste, que advertimos reprobado y mudado, es lo mismo que se anuncia ha de ser eterno.

El que así raciocina no entiende o no advierte que hasta el mismo sacerdote, según el orden de Aarón, fue como una sombra del sacerdocio, que había de ser eterno; y cuando se, le prometió la eternidad, no se le prometió a la misma sombra y figura, sino a lo que en ella se designaba y figuraba; y porque no se entendiese que la misma sombra había de permanecer, convino que se vaticinase igualmente su transformación. De igual modo el reino de Saúl,

que, efectivamente, fue reprobado y desechado, era una sombra del futuro reino que había de conservarse en la eternidad, mediante a que el óleo santo con que fue ungido, y el crisma, de donde se dijo y llamó Cristo se debe tomar místicamente, y entender que es, un grande misterio, el cual reverenció tanto en Saúl el mismo David, que de terror le palpitó el corazón cuando habiéndose ocultado en una tenebrosa y oscura cueva, donde por acaso el mismo Saúl entró forzado de necesidad natural, le cortó sin que le sintiese, por detrás, un jirón de su manto, para tener con qué probar cómo le había perdonado graciosamente la vida pudiéndole matar, y con esta heroica acción arrancar de su rencoroso corazón la sospecha por la cual, imaginando que el santo David era su enemigo, le perseguía tan cruelmente. Así que, por no ser culpado en un tan grande misterio, violado en Saúl, sólo por haber tocado con aquel intento la vestidura de Saúl, temió, como lo dice la Escritura, «escrupulizó David haber cortado el borde del manto de Saúl». Y a los soldados que estaban con él, y le persuadían que ya que Dios había puesto a Saúl en sus manos, le matase, les dijo: «No quiera Dios que yo cometa semejante crimen contra mi Señor, el ungido del Señor, ni que ponga las manos en él, porque éste es el ungido del Señor.» Con cuyas expresiones se manifiesta claramente que tenía tanto respeto y reverencia a lo que era sombra de lo futuro, no por la sombra, sino por lo que por ella se figuraba.

Así también, las palabras que dijo Samuel a Saúl: «Porque no observaste la orden que por mí te envió el Señor, que si la observaras, sin duda estableciera el Señor tu reino sobre Israel para siempre, ya tu reino no permanecerá en ti, y buscará el Señor una persona conforme a su corazón, a quien mandará que reine sobre su pueblo, porque no guardaste lo que te mandó el Señor», no se deben entender como si Dios hubiera mudado su idea y propuéstose que Saúl reinara para siempre, y que después no quiso cumplir lo prometido, porque pecó, pues no ignoraba que había de pecar, sino que había dispuesto su reino para que fuese figura representativa del reino eterno. Por eso añadió: «Ya tu reino no permanecerá en ti»; luego permaneció y permanecerá el que en él se significó, pero no aquél, porque no había de reinar Saúl para siempre ni sus descendientes, de forma que, a lo menos por los descendientes, sucediéndose unos a otros se cumpliese lo que dice para siempre. «Y buscará el Señor, añade, persona», significando a David o al mismo medianero del Nuevo Testamento, el cual se figuraba igualmente en el crisma con que fue ungido el mismo David y sus descendientes.

No busca Dios al hombre, como si ignorara dónde ha de hallarle, sino que habla por medio del hombre al modo natural de los mortales; y ha blando así nos busca, No sólo a Dios Padre, sino también al mismo unigénito Hijo, «que vino a buscar lo que se había perdido», éramos ya tan conocidos, que en el mismo Cristo nos había ya escogido Dios antes de la creación del mundo. Dijo, pues: «Buscará para sí»; como si dijera: «Aquel que sabe Dios, y supo que era suyo, manifestará y mostrará a otros que es su amigo y familiar», pues en el idioma latino este verbo quaero admite preposición, y se dice acquiro, cuya significación es bien patente. Aunque también, sin el aditamento de la preposición, se entiende que quaerere significa adquirir, por lo cual el lucro se llama igualmente quaestus.

CAPITULO VII

De la división del reino de Israel con que se figura la división perpetua que hay entre el espiritual Israel y el Israel carnal Reincidió Saúl en el pecado de desobediencia, y volvió a decirle Samuel de parte del Señor: «Porque despreciaste la palabra del Señor, te menospreció el Señor para que no seas rey de Israel.» Y en otra ocasión, confesando Saúl este mismo, pecado, pidiendo perdón por él, y rogando a Samuel que volviese a su lado para aplacar a Dios: «No volveré, dice, contigo; pues porque despreciaste el mandato del Señor, te ha desechado a ti el Señor para que no reines sobre Israel. Y volviendo Samuel el rostro para marcharse, le asió Saúl de la punta del manto, y se lo rompió, y díjole Samuel: Hoy ha roto y quitado el Señor el reino de Israel e tu mano, y le dará a tu prójimo, que es mejor que tú, y se dividirá Israel en dos, y no volverá atrás el Señor, ni se arrepentirá de lo determinado, porque no es como los hombres, que se arrepienten y que amenazan y no perseveran.» Este, a quien dice que le ha de despreciar el Señor, para que no sea rey sobre Israel, y que le ha quitado el reino de Israel, reinó cuarenta años, es a saber, otro tanto como el mismo David, y cuando le amenazaban con este infortunio, comenzaba a reinar.

Pero la amenaza significa que no había de venir a reinar ninguno de sus descendientes; para que entendamos y miremos a la descendencia de David, de la cual vino a nacer, según la carne, el medianero, de Dios y de los hombres, el hombre Cristo, Jesús. No dice la Escritura, como se lee en muchos originales latinos: disrupit Dominus regnum Israel de manu, tua, sino que, como yo lo he puesto, se halla en los griegos: dirupit Dominus regnumab Israel de manu tua, de suerte que esto se entienda de tu mano y poder, que es de Israel Así, pues, Saúl representaba la persona de Israel, cuyo pueblo había de perder el reino, habiendo de reinar Jesucristo maestro Señor, no carnal, sino espiritualmente, por el Nuevo Testamento.

Y cuando dice «este reino lo dará a tu prójimo», refiérese al parentesco de la carne, porque, según la carne, Cristo desciende de Israel, de donde descendía también Saúl. Lo que añade bueno sobre ti, aunque puede entenderse mejor que tú, y así lo han interpretado algunos, mejor se toma de esta manera: que es bueno sobre ti; que porque aquél es bueno, sea y esté sobre ti, conforme a la expresión del real Profeta, «hasta que ponga a todos tus enemigos debajo de tus pies», entre los cuales comprende asimismo a Israel, a quien, porque fue su perseguidor, le quitó Cristo el reino. Había allí también otro Israel, sin dolo, como grano de trigo entre paja; porque sin duda de allí eran los apóstoles, de allí tantos mártires, entre los cuales el primero fue San Esteban; de allí tantas iglesias, que refiere el Apóstol San Pablo que, con su conversión, engrandecieron a Dios. No dudo que debe entenderse de este modo lo que se dice: «Y se dividirá Israel en dos»; es, a saber, en Israel enemigo de Cristo y en Israel que sigue a Cristo; en Israel que pertenece a la esclava y en el que pertenece a la libre; porque estos dos géneros primero estaban juntos, cuando Abraham se juntara todavía con la esclava, hasta que la estéril, que se había hecho, fecunda por la gracia de Cristo, dio voces, «echa a la esclava y a su hijo». Es verdad que, por el pecado de Salomón, sabemos que, reinando su hijo Roboán, Israel se dividió en dos partes, y perseveró así, teniendo cada una sus reyes, hasta que los caldeos, con terrible estrago, arruinaron y trasladaron toda la población de aquella tierra.

Pero esto ¿qué tiene que ver con Saúl? Si amenazara con algunos de tales infortunios, antes debiera amenazar al mismo David, cuyo hijo era Salomón. Finalmente, ahora toda la nación hebrea no está dividida entre sí, sino que indiferentemente los hebreos, conformes en un

mismo error, están esparcidos por la tierra. Y aquella división con que Dios, en la persona de Saúl, que representaba la figura de aquel reino y pueblo, amenazó, al mismo reino y pueblo, se nos significó que había de ser eterna e inmutable, según las palabras siguientes: «Y no volverá atrás ni se arrepentirá, porque no es como el hombre, que se arrepiente, que amenaza y no persevera», esto es, el hombre amenaza y no persevera; pero no Dios, que no arrepiente como el hombre, porque cuando leemos que se arrepiente, se nos significa la mudanza de las cosas, quedando inmutable la presciencia divina.

Así que donde dice que no se arrepiente, se entiende que no se muda. Por estas palabras vemos que pronunció Dios una sentencia totalmente irrevocable sobre la división del pueblo de Israel, y del todo perpetua, pues todos los que han pasado o pasan, o pasarán de allí a Cristo, no eran de allí según la presciencia de Dios, aunque lo fuesen según una misma naturaleza del linaje humano, Y efectivamente, todos los israelitas que se convierten, y siguen a Cristo, y perseveran en él, nunca estarán con los israelitas que perseveran en ser sus enemigos hasta el fin de esta vida, sino que perseverarán perpetuamente en la división que aquí nos vaticina. Porque solamente sirve el Testamento Viejo del monte Sina, que engendra los hijos siervos, en cuanto da testimonio al, Testamento Nuevo.

De otra manera, entre tanto que leen a Moisés, les queda el velo puesto sobre sus corazones; pero conforme se vayan convirtiendo y pasando a Cristo se les irá quitando el velo, porque la misma intención de los que pasan es la que se muda del Viejo al Nuevo Testamento; de manera que ninguno pretenda ya recibir la felicidad carnal, sino la espiritual. Por tanto, el mismo gran profeta Samuel, antes que ungiese por rey a Saúl, cuando clamó al Señor por Israel, y le oyó, y estando ofreciendo el holocausto, vinieron los extranjeros a presentar la batalla al pueblo de Dios, y tronó Dios sobre ellos, y los confundió y cayeron delante de Israel, y fueron vencidos: tomó entonces una piedra y la colocó entre la nueva y vieja Maspha, poniéndola por nombre Abenecer, que quiere decir piedra del «auxilio», y dijo: «Hasta aquí nos ayudó el Señor».

Maspha, interpretado, significa contención, Y aquella piedra del auxilio es la mediación del Salvador, por la cual debe pasarse de la vieja Maspha a la nueva, esto es, de la intención con que se esperaba en el reino carnal, a la intención con que, por el Nuevo Testamento, se espera en el reino de los cielos la verdadera bienaventuranza espiritual; y por cuanto no hay objeto más apreciable que éste, hasta aquí esto, hasta su consecución, nos ayuda Dios.

CAPITULO VIII

De las promesas que hizo Dios a David en su hijo, las cuales no se cumplieron en Salomón, sino plenamente en Cristo Considero que me resta manifestar ahora, siguiendo la serie del asunto que prometió al mismo David, que sucedió a Saúl en el reino, con cuya mutación se nos prefiguró la final mudanza, a la cual se endereza todo cuanto nos ha dicho y dejado el Espíritu Santo. Habiendo disfrutado David de muchos sucesos prósperos, se propuso la idea de construir una suntuosa casa a Dios, es a saber, aquel templo tan rico y celebrado, que después fabricó su hijo Salomón.

Teniendo, pues, este pensamiento, mandó Dios al profeta Nathan que se presentase al rey y le diese un mensaje de su parte, en el cual, habiendo dicho Dios que el mis- mo David le había de edificar casa, y que en tanto tiempo no había ordenado a ninguno de su pueblo que le construyese casa de cedro: «Ahora - dice - dirás a mi siervo David: Dios todopoderoso - dice así -, yo te escogí y saqué de entre el ganado para que fueses capitán y cabeza de mi pueblo Israel; me hallé contigo en todas las partes que anduviste; desterré de tu presencia todos tus enemigos, y te di nombre y fama, como a los más celebrados de la tierra. Pondré y señalaré también lugar a Israel mi pueblo, y le estableceré para que habite de por sí, de manera que no se turbe ni se inquiete más los pecadores no le afligirán más, como acostumbraban antes, desde el día que establecí jueces sobre mi pueblo Israel; te daré reposo de todos tus enemigos, y te anunciará el Señor cómo le has de edificar la casa. Y cuando se cumplieren tus días, y tu durmieres con tus padres, yo levantaré, después de muerto tú, a tu hijo salido de tus entrañas, y estableceré su reino.

Este será el que edificará casa a mi nombre, y yo confirmaré el trono de su reino para siempre jamás. Yo le seré como padre, y él me será a mi como hijo mío, y cuando ejecutare alguna acción mala le castigaré con el azote de los hombres; mas no por eso apartaré de él mi misericordia, como la aparté de los que aparté mi rostro. Y su casa será fiel, y su reino permanecerá para siempre delante de mí, y su trono permanecerá estable y firmo para siempre.» El que imagina que una promesa tan grandiosa como ésta se cumplió en Salomón, mucho se engaña, pues atribuye lo que dice, «éste será el que me edificará casa», a que Salomón fue el que edificó aquel famoso templo, y no reflexiona en lo que después dice: «y su casa será fiel, y su reino permanecerá para siempre delante de mi».

Considere, pues, y mire la casa de Salomón llena de mujeres e idólatras que adoraban dioses falsos, y al mismo rey, que solía ser tan sabio, seducido y engañado por ellas, abatido y sumergido en el tenebroso caos de la misma idolatría, y no se atreva a imaginar que Dios o pudo ser mentiroso en esta promesa o no pudo penetrar con su divina presciencia que Salomón y su casa habían de incurrir en este desliz. Ni de aquí debemos tomar ocasión para reparar en esto, aun cuando no viéramos cumplir esta promesa en Cristo Señor nuestro, que nació de la descendencia y linaje de David, según la carne, para que no andemos vanamente y sin utilidad buscando algún otro, como hacen los judíos carnales, pues hasta éstos están tan ajenos de entender, que este hijo que aquí ven escrito, que le promete Dios al rey David, fuese Salomón, que aun después de habérsenos manifestado con tanta evidencia el prometido, con admirable y extraordinaria ceguedad dicen que todavía aguardan otro.

Es cierto que también en Salomón se representó cierta semejanza y figura de lo futuro, en cuanto edificó el templo, y tuvo paz conforme al significado de su nombre (porque Salomón quiere decir pacífico), y a los principios de su reinado procedió con cordura, y sus acciones fueron dignas de grandes elogios. En su persona, como sombra de lo futuro, figuraba a Cristo Señor nuestro; mas no era Cristo. Y así la Escritura dice de él ciertas cosas, como si de él se hubieran profetizado, porque vaticinando la Sagrada Escritura los sucesos que se han efectuado, en cierto modo nos dibuja en él una figura de lo venidero. Pues además de los sagrados libros, donde se relaciona que reinó, también el Salmo 71, se intitula de su mismo nombre; donde se insinúan tantos presagios, que de ningún modo pueden convenirle, y si sólo a nuestro Señor Jesucristo; a quien con toda congruencia se

acomodan, mostrando que en Salomón se nos delineó originalmente la figura del Salvador, y en Cristo se nos representó la misma verdad.

Bien claros están los términos y límites en que se incluyó el reino de Salomón, y, sin embargo, se dice en el Salmo, omitiendo otras particularidades en él contenidas: «que su reino y dominio se dilataría de mar a mar, y desde el río basta los términos y confines del orbe de la tierra»: todo lo cual notamos que va verificándose en Cristo; porque desde el río comenzó a reinar, bautizado por San Juan, y mostrado por éste a los discípulos, quienes le llamaron no sólo Maestro, sino también Señor. No principió a reinar Salomón, en vida de su padre David (lo cual a ninguno de los reyes de Israel ocurrió), sino para que nos constase que no es a él a quien se refiere esta profecía, que había con su padre, diciendo «y cuando se cumplieren tus días y durmieres con tus padres, yo levantaré después de ti a tu hijo salido de tus entrañas, y estableceré su reino».

En lo que sigue: «éste es el que edificará casa», puede entenderse que fue profetizado por Salomón; y lo que ha precedido: «cuando se cumplieren tus días y durmieres con tus padres, levantaré después de ti a tu hijo», debemos entender que se refiere a otro ser pacifico, del cual se vaticina que había de venir a levantar el trono real, no antes, como éste, sino después de la muerte de David. Por mucho tiempo que mediase entre David y Cristo, después de la muerte del rey David, a quien había sido prometido, convenía que viniese quien edificase casa al Señor, no de madera y piedras, sino de hombres, como con el mayor júbilo y contento vemos ahora que la va construyendo. Hablando de esta casa, es decir, los fieles de Cristo dice el Apóstol: «Vosotros sois el templo que Dios santificó.»

CAPITULO IX

Que en el Salmo 88 se halla otra profecía de Cristo semejante a la que en los libros de los Reyes promete Dios por medio del profeta Nathan En el Salmo 88, cuyo título es «Instrucción para Ethan, israelita», se refieren las promesas que Dios hizo al rey David, donde se dicen algunas cosas semejantes a las que se hallan en el libro de los Reyes, como es: «Yo prometí y juré a mi siervo David, que para siempre confirmaré y estableceré tu descendencia»; y también lo que sigue: «Entonces hablaste en visión y en espíritu a tus hijos y profetas, y les dijiste: Yo puse mi favor sobre el Poderoso, y levanté a mi escogido de en medio de mi pueblo; hallé a mi siervo David y le ungí con mi santo óleo, porque mi mano le ha de ayudar y mi brazo le ha de confirmar.

El enemigo no podrá causarle daño alguno, ni los malos y pecadores podrán ofenderle. Yo destruiré delante de él a sus enemigos, y ahuyentaré a los que le aborrecen. Mi verdad y misericordia será con él, y en mi nombre se ensalzará la fortaleza de David: pondré su mano y poderío en el mar, y en los ríos su diestra y potencia. El me invocará: tú eres mi Padre, mi Dios, y el protector de mi salud. Yo le haré primogénito, y le ensalzaré sobre los reyes de la tierra. Para siempre jamás guardaré con él mi misericordia, y mi pacto y testamento se lo cumpliré fiel e inviolablemente. Haré que su descendencia sea perpetua, y su trono perpetuo, mientras durasen los cielos.» Todo lo cual se entiende de nuestro Señor Jesucristo, el cual se comprende con- gruamente bajo el nombre de David por la forma de siervo, que el mismo Mediador tomó de la descendencia de David, naciendo de la Virgen María.

Y prosigue, hablando de los pecados de sus hijos, ciertas cosas que se asemejan a lo que se dice en los libros de los Reyes, y persuaden que se entiendan de Salomón. Porque en el libro de los Reyes dice: «Y si este tu hijo pecare, le castigaré con la vara y azote de los hombres, y con los golpes de los hijos de los hombres; pero no apartaré de él mi misericordia», significando por los toques o golpes las plagas y azotes de la corrección y del castigo. Conforme a esto, dice en otro lugar: «No toquéis a mis cristos y ungidos», lo cual ¿qué otra cosa quiere decir sino que no les hagáis mal, no les ofendáis? En el Salmo 88, como tratando de David, por expresarse allí con cierta semejanza alusiva a esto, dice: «Se dejasen sus hijos mi ley y no observaren mis mandamientos; si profanaren mis sanciones y traspasaren mis preceptos, visitaré y castigaré, con vara sus maldades y con azotes sus delitos, pero no apartaré de él mi misericordia y pacto.» No dijo «de ellos», aunque hablaba de sus hijos, y no de él; dijo de él, porque, bien considerado, quiere decir lo mismo.

Porque era imposible hallar pecado alguno en el mismo Cristo, que es la cabeza de la Iglesia, por el cual fuera necesario que Dios le castigara con azotes y correcciones humanas, guardando su pacto y misericordia, sino en su cuerpo y miembros, que es su pueblo. Por eso dice en el libro de los Reyes iniquitas ejus, su pecado, y en el Salmo, filiorum ejus, de sus hijos, para que entendamos que en cierto modo se dice de él lo que se dice de su cuerpo. Por lo cual, el mismo Señor, desde el Cielo, persiguiendo Pablo a su cuerpo, que son sus fieles, Saulo, Saulo - dice -, ¿por qué me persigues? » Después prosiguió el salmista: «Y no quebrantaré mi fe y verdad no profanaré o mudaré mi testamento y promesa, ni retractaré lo que he dicho por esta boca. Una vez lo prometí y, juré por mi santidad que no engañan a David«»; esto es, no ha de faltar a David mi promesa; porque suele hablar así la Escritura. Y en lo que no ha de mentir, y lo ha de cumplir, añade: «Su descendencia permanecerá para siempre, y su trono y majestad en mi presencia florecerá eternamente como el sol, y como la luna perfecta, que en el Cielo son testigos fidelísimos.»

CAPITULO X

Cómo sucedió en el reino de la Jerusalén terrena diferentemente de lo que prometió Dios para que entendiésemos que la verdad y cumplimiento de la promesa pertenecía a la gloria de otro rey y de otro reino Después de fundamentos tan sólidos, en que estriba una promesa tan singular e interesante a la humana naturaleza, rara que no creyésemos que se habían verificado en Salomón; como si le excluyera, y de él no hiciese mención, para semejante asunto, dice: «Tú, Señor, le desechaste y le aniquilaste.»

Porque esto fue lo que sucedió al reino de Salomón en sus descendientes, hasta venir al deplorable estado de quedar destruida y asolada la misma terrena Jerusalén, que era la cabeza y silla de su reino, y especialmente hasta no quedar piedra sobre piedra del templo, que construyó con tanto esmero el mismo, Salomón. Mas para que no juzgásemos que así lo dispuso Dios, quebrantando, su palabra y promesa, luego añade y dice: Tú, Señor, dilataste enviarnos a tu Cristo.» Luego no es Salomón, ni aun el mismo David, si se difirió la venida del Cristo del Señor; pues aunque se llamaban cristos y ungidos del Señor todos los reyes consagrados con la mística unción y crisma, no sólo desde el rey David en,

adelante, sino también desde Saúl, que fue el primero a quien ungieron por rey de aquel pueblo, porque el mismo David le llama Cristo del Señor; sin embargo, uno era el verdadero Cristo, cuya figura representaban aquéllos con su unción profética; el cual, según la opinión de los que imaginaban que había de entenderse de David o de Salomón, tardaba mucho y dilataba su venida, aunque, según los altos e impenetrables decretos del Señor, se iba aprestando para venir a su tiempo.

Y en el ínterin que se difiere su venida, lo que sucedió en el reino de la terrena Jerusalén, donde aguardaban que había de reinar prosiguiendo este mismo Salmo, lo declara el real profeta, diciendo: «Diste por, tierra con el testamento y promesa que hiciste a tu siervo, profanaste en la tierra su santuario y templo, destruiste todos sus setos y vallados, e hiciste que estuviese encogido y medroso dentro de los reparos y defensas. Le robaron y saquearon todos los pasajeros, viniendo a ser el oprobio y escarnio de sus vecinos, y llenaste de gozo y alegría a todos sus contrarios. Le quitaste el auxilio que solías dar a su espada, y no le acudiste y favoreciste en la guerra. Le desterraste de sus purificaciones, y diste por tierra con su trono. Disminuiste los días que prometiste a su reino, y le has llenado de confusión.» Todo esto pasó, en la Jerusalén esclava, donde reinaron también algunos hijos de la libre poseyendo aquel reino, con dispensación temporal, y el reino de la celestial Jerusalén, cuyos hijos eran, con verdadera fe, esperando en el verdadero Cristo. Y cómo sobrevinieron tales desgracias sobre aquel reino, lo declara la historia para quien quisiere leerlo.

CAPITULO XI

De la substancia del pueblo de Dios, la cual está, y se halla por la sucesión de la carne, en Cristo; quien fue sólo el que tuvo potestad de sacar libre su alma de los infiernos Después de haber vaticinado estos futuros sucesos, vuelve el profeta a hacer oración a Dios, y aun la misma oración es profética: «¿Hasta cuándo Señor, nos vuelves hasta el fin?» Entiéndese faciem Tuam, «nos vuelves tu rostro», como dice en otra parte: «¿Hasta cuándo me vuelves tu rostro?» Esta es la razón por qué aquí algunos libros no escriben avertir, vuelves, sino averteris, volverás, aunque se puede entender avertis misericordiam tuam, vuelves tu misericordia, la que prometiste a David. Y lo que dice, in finem, ¿qué otra cosa es sino hasta el fin? Por cuyo fin deben entenderse los tiempos últimos, cuando aquella nación ha de venir a creer también en Jesucristo, antes del cual fin habían de suceder las calamidades que arriba lloran: por las cuales prosigue aquí diciendo: «¿Acaso ha de arder, como fuego tu ira e indignación? Acuérdate de mi substancia.» Ninguna cosa se entiende aquí mejor que el mismo Jesús, que es la substancia de su pueblo, de quien tomó su naturaleza carnal: «Porque no en vano, dice, criaste a todos los hijos de los hombres»; pues si no fuera un hijo del hombre la substancia de Israel, por el cual hijo del hombre se salvarán muchos hijos de los hombres, sin duda que en, vano fueran criados todos los hijos de los hombres.

Y ahora, aunque toda la naturaleza humana, por el pecado del primer hombre, haya caído de la verdad en la vanidad, por lo cual dice otro Salmo «que se ha transformado y hecho el hombre semejante a la vanidad, y que pasan sus días como una sombra»: con todo, no sin motivo crió Dios todos los hijos de los hombres; porque lo uno libra a muchos de la vanidad por el Medianero, que es Jesucristo Nuestro Señor, y lo otro los que previó que no

habían de libertarse ni salvarse, los crió para la utilidad de los que se habían de salvar, y para poder comparar las dos Ciudades, cotejándolas con su contrario.

Así que no las crió vanamente, si consideramos el hermoso y arreglado orden y disposición que Dios tiene puesto en todas las criaturas racionales. Después sigue: «¿Cuál es el hombre que ha de vivir y no ha de ver la muerte, y ha de sacar su alma del poder del infierno?» ¿Quién es éste, sino aquella substancia de Israel, del linaje y descendencia de David, Jesucristo Nuestro Señor, de quien dice el Apóstol «que habiendo resucitado de los muertos, ya no morirá más, y la muerte no tendrá ya más dominio sobre él?»

Porque de tal suerte vive, y no verá más la muerte, que, efectivamente, una vez murió, pero sacó y libró ya su alma de la mano y potestad del infierno, pues descendió a los infiernos para librar y soltar de aquellas prisiones a algunos pecadores. La sacó y libertó con aquel poder de que hizo mención en el Evangelio: «Poder tengo para despedir mi alma, y poder tengo para volverla a tomar.»

CAPITULO XII

A qué persona debe entenderse que pertenece la petición de las promesas de que hace mención el Salmo cuando dice: «¿Dónde están, Señor, tus antiguas misericordias?» Pero todo lo demás que insinúa este Salmo, donde se lee: «¿Dónde están, Señor, aquellas tus antiguas misericordias y promesas que juraste a David por tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio que padecen tus siervos, que llevé en mi seno, de mano de muchas naciones. ¿Con qué nos zahirieron tus enemigos, Señor? ¿Nos zahirieron con la mudanza de tu Cristo?», con razón se puede dudar si dice esto en persona de aquellos israelitas que deseaban se cumpliese la promesa que hizo Dios a David, o si se dice en persona de los cristianos, que son israelitas, no según la carne, no según el espíritu.

Porque esto se dijo, o escribió en tiempo de Ethan, de cuyo nombre se intituló este Salmo, y en aquel mismo tiempo fue el reino de David, y conforme a esta explicación, no diría: ¿ «Dónde están aquellas tus antiguas misericordias, las que prometiste y juraste a David por tu verdad? » Si el profeta no transformara en sí la persona de los que habían de venir al mundo mucho después, respecto de quienes pudiese ser antigua este tiempo en que se hizo tal promesa al rey David. Puede entenderse que muchos gentiles, cuando perseguían a los cristianos, les zaherían con ignominia la pasión de Cristo, a la cual la Sagrada Escritura llama commutationem, mudanza, porque muriendo, se mudó e hizo inmortal.

Puédese también tomar porque se les haya zaherido a los israelitas la mudanza de Cristo, es a saber, porque entendiendo y esperando ellos que había de ser de su facción, vino a ser de los gentiles, y esto se lo echan en rostro al presente muchas naciones que creyeron en él por el Nuevo Testamento, quedándose ellos en su senectud; de forma que por eso diga: «Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos»; porque también ellos, después de este oprobio, no olvidándolos el Señor, sino teniendo misericordia de ellos, han de venir a creer en él.

Pero el sentido que expuse primero parece más a propósito y conveniente, porque a los enemigos de Cristo, a quien aquí se increpa que los ha dejado Cristo pasándose, a los gentiles, incongruamente se les acomodan estas palabras: «Acuérdate, Señor, del oprobio

de tus siervos», pues tales judíos no es razón que se llamen siervos de Dios, sino que estas palabras cuadran a los qué, cuando padecían por el nombre de Cristo grave opresión de persecuciones, se pudieron acordar de que la promesa que hizo Dios a la descendencia de David era el reino de los cielos, y que por deseo de él, no desesperando, sino pidiendo, buscando y llamando a la puerta, dicen: «¿Dónde están, Señor, aquellas tus antiguas misericordias que prometiste y juraste a David por tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos, que llevé en mi seno, de mano de muchas gentes (esto es, que sufrí con paciencia en mi corazón). ¿Con qué nos zahirieron tus enemigos, Señor? Nos zahirieron con la mudanza de tu Cristo»; teniendo por Cierto, que aquélla no fue o conmutación, sino consumación. ¿Y qué quiere decir acuérdate, Señor, sino que tengas misericordia y nos des por esta humildad, que hemos sufrido con paciencia, la altura y grandeza que prometiste y juraste a David por tu verdad?

Pero si queremos, acomodar estas palabras a los judíos, ¿pudieron decir semejantes razones aquellos siervos de Dios que, después de expugnada y rendida la Jerusalén terrena antes de nacer Nuestro Señor Jesucristo en carne humana, fueron llevados cautivos, los cuales entendían como se debía entender la mudanza de Cristo; es a saber: que debían esperar y aguardar fielmente por él, no la terrena y carnal felicidad, cual fue la que asomó en los pocos años del rey Salomón, sino la celestial y espiritual, la cual, ignorándola entonces los infieles, cuando se alegraban, se mofaban de ver al pueblo de Dios cautivo? ¿Qué otra cosa les zaherían que la mudanza del Cristo, aunque zaherían a los que la entendían los que no la sabían? Por eso la conclusión de este Salmo: «La bendición del Señor para siempre amén, amén», muy bien cuadra gene- ralmente a todo el pueblo de Dios que pertenece a la celestial Jerusalén; ya sean aquellos que estaban encubiertos en el Viejo Testamento antes de revelársenos el Nuevo, ya sea a éstos, que manifiestamente se ve que, después de revelado el Nuevo Testamento, pertenecen a Cristo.

Porque la bendición que nos ha de dar el Señor en el hijo prometido de la descendencia de David, no se debe esperar por corto espacio de tiempo, cual la hubo en los días de Salomón, sino para siempre, de la cual, con infalible esperanza; dicen fiat, fiat, amén, amén; que la repetición de esta palabra es continuación de esta esperanza. Entendiendo, pues, este misterio David, dice en el segundo libro de los Reyes, de donde pasamos a este Salmo: «Has prometido la casa de tu siervo para largo tiempo»; y poco después añade: «Principia, pues, Señor, y echa la bendición a la casa de tu siervo para siempre, etc.», porque entonces estaba próximo a tener un hijo, de quien procedía su descendencia hasta Cristo, por quien había de ser eterna su casa; y también casa de Dios. Es casa de David con respecto al linaje de David, e igualmente casa de Dios por el templo de Dios, fabricado de hombres y no de piedras, donde habite para siempre el pueblo con Dios y en su Dios, y Dios en el pueblo y en su pueblo, de forma que Dios esté llenando a su pueblo y el pueblo lleno de Dios, cuando Dios: «será todas las cosas en todos», y El mismo será el premio en la, paz, como es la fortaleza en la guerra.

Por eso, habiendo dicho en las palabras de Nathan «y te advierte el Señor que le has de edificar una casa», dijo después David: «Porque tú, Señor Todopoderoso; Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo, diciendo que yo te había de edificar una casa.» Porque también nosotros vamos construyendo esta casa viviendo bien, y ayudándonos Dios para que vivamos bien, pues «si el Señor no edificare la casa, en vano se cansan los que la

edifican». Cuando llegare el tiempo de la última dedicatoria de esta casa, entonces será lo que aquí dijo el Señor por medio de Nathan: «Estableceré y señalaré también el lugar a Israel mi pueblo y le plantaré para que habite y viva por sí, de manera que no se turbe ni inquiete más, ni los pecadores le afligirán más, como acostumbraban antes, desde el día que puse jueces sobre mi pueblo Israel.»

CAPITULO XIII

Si esta paz que promete Dios a David puede pensarse que se cumplió en los tiempos que corrieron reinando Salomón Cualquiera que espera en este siglo y en esta tierra una felicidad tan grande como ésta, opina muy neciamente. ¿Acaso habrá alguno que piense que se cumplió esta promesa con la paz de que gozó el rey Salomón? Porque aquella paz la celebra con singular elogio la Sagrada Escritura por la sombra de lo que había de ser. Pero a esta sospecha advertidamente ocurrió la Escritura, cuando habiendo dicho: «Ni los pecadores le afligirán más», luego añade: «como solían antes del día que puse jueces sobre mi pueblo Israel».

Porque antes de haber reyes acostumbraba haber jueces en aquel pueblo, desde que entró en la tierra de promisión. Y sin duda que le humillaba el hijo de la iniquidad, esto es, le molestaba el enemigo gentil y extranjero, por algunos intervalos de tiempos, en que leemos que a veces hubo paz, en otras guerras, y notamos que allí la paz duró más que en los tiempos de Salomón, que reinó cuarenta años, pues en tiempo de uno de los jueces, llamado Aod, hubo ochenta años de paz. Así que por ningún motivo debemos creer que esta promesa aludía a los tiempos de Salomón, y por consiguiente, mucho menos a los de cualquiera otro rey, pues ninguno de ellos reinó en tanta paz como él, ni jamás aquella nación tuvo el reino de suene que no estuviese con cuidado y temerosa de venir a manos de sus enemigos.

Porque en una mutabilidad e inconstancia tan grande como es la de las cosas humanas, ningún pueblo ha habido jamás a quien el cielo haya concedido tanta seguridad que no estuviese con recelo y miedo, en esta vida, de los acontecimientos y maquinaciones de sus enemigos. Luego el lugar que promete aquí para vivir en él con tanta paz y seguridad es eterno y se debe a los eternos en la madre Jerusalén, la libre; en donde verdaderamente será el pueblo de Israel, esto es, estará viendo a Dios, porque esto quiere decir Israel. Y con deseo de este premio debemos vivir santamente esperándolo en esta trabajosa peregrinación.

CAPITULO XIV

Del estudio de David en componer Salmos Discurriendo por el orden de sus tiempos la Ciudad de Dios, primeramente reinó David en la que era sombra de lo que había de ser en lo sucesivo, esto es, en la terrena Jerusalén. Fue David varón muy diestro y aficionado a componer canciones, y dado al eco y armonía de la música, no llevado del gusto común y vulgar, sino penetrado de una intención y ánimo devoto y fiel, pues con ella sirvió a su Dios, que es el verdadero Dios, figurando místicamente con la música un arcano grande y

excelente, pues la consonancia concertada y moderada de diferentes voces nos representa la unión de una ciudad bien ordenada y regida, enlazada entre sí con una concorde variedad.

En efecto, casi toda su profecía se encuentra en los Salmos, y contiene ciento cincuenta el libro que llamamos de los Salmos, aunque algunos dicen que sólo compuso David los que tienen el título de su nombre. Otros hay que piensan que no son suyos sino los que se intitulan Ipsius David, del mismo David, y que los que tienen en el título lsip David, al mismo David, los compusieron otros y los apropiaron a su persona. Pero esta opinión queda refutada por lo que el Salvador dice en el Evangelio, que el mismo David dijo en espíritu que Cristo era su Señor, porque el Salmo 109 principia así: «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como tarima debajo de tus pies.»

Sin embargo, este Salmo no tiene en el título Ipsius David, del mismo David, sino Isip David, al mismo David, como otros muchos Me parece más probable lo que sostienen otros, y es, que todos los ciento cincuenta Salmos los compuso David, y que a algunos les puso nombres de otros, que figuraban y significaban alguna cosa que hacía a su intento, y que los demás no quiso que tuviesen por título nombre de ninguno, según le inspiró el Señor la disposición de esta variedad interpolada de inescrutables arcanos, aunque oculta, pero no sin misterio.

Ni menos debe movernos a no prestar asenso a esta opinión el ver que en aquel libro en algunos Salmos hallamos los nombres de varios profetas que fueron muy posteriores a David, y que lo que en ellos se dice parece que lo dicen ellos; porque bien pudo el espíritu profético, cuando vaticinaba el rey David, revelarle también los nombres de estos profetas que había de haber en lo futuro para que proféticamente se cantase algún asunto que cuadraba y convenía a la persona de ellos, así como reveló Dios a un profeta el nombre del rey Josías, que había de venir a nacer y reinar al cabo dé más de trescientos años después, cuya profeta presagió también las acciones que este rey había de practicar.

CAPITULO XV

Si todas las profecías que de Cristo y de su Iglesia hay en los Salmos las debemos poner y acomodar en el texto y discurso de esta obra Presumo que ya me están aguardando para que en este lugar declare qué es lo que David profetizó en los Salmos de nuestro Señor Jesucristo o de su Iglesia; pero si no satisfago en este particular, como parece que lo pide el deseo de los lectores, aunque ya lo he ejecutado en otro libro, es por impedirlo la mucha materia que falta. Porque no puedo relatarlo todo por no ser prolijo; y recelo que cuando haya escogido algún asunto, a muchos doctos que tienen la bastante noticia en este punto les parezca que he omitido lo más necesario.

Fuera de qué el testimonio y autoridad que se alega debe tomar su vigor y firmeza del contexto de todo el Salmo, de forma que a lo menos en él no haya cosa que lo contradiga, cuando todo sea en su favor, para qué no se crea que a modo de centones vamos recogiendo versos a propósito para lo que queramos, como suele hacerse de un poema famoso, el cual se escribió, no al intento de aquel asunto, sino de otro bien distinto. Para poder manifestarlo en cualquier Salmo, sería necesario examinarlo todo, y cuán penosa y prolija sería esta

operación lo indican bastante los libros que yo y otros han escrito sobre ellos. Lea, pues, éstos el que quisiere y pudiere y hallará cuántas y cuán grandes maravillas haya profetizado de Cristo y de su Iglesia el rey y profeta David, es a saber, del rey y de la ciudad que este rey fundó.

CAPITULO XVI

De las cosas que clara o figuradamente se dicen en el Salmo 44 que pertenecen a Cristo y a su Iglesia Por más propias y claras que sean las palabras que profetizan algún misterio es necesario que vayan mezcladas también con las trópicas y figurativas, las cuales particularmente, por causa de los rudos, ofrecen a los doctos un negocio muy trabajoso para explicarlas; con todo, hay algunas que, al primer aspecto, manifiestan a Cristo y a su Iglesia, aunque quedan entre ellas algunas cosas menos inteligibles para explicarlas despacio, como es aquello en el mismo libro de los Salmos: «Salió de mi corazón una buena palabra (una canción famosa) y, como cosa mía, va dirigida al rey; mi lengua no es más que la pluma en mano de un escribiente que escribe con velocidad: Hermoso eres, ¡oh Rey!, sobre todos los hijos de los hombres.

La gracia se derramó por tus labios, y por eso te echó Dios su bendición para siempre. ¡Oh poderosísimo Señor! Ciñe la espada al lado, encima del muslo; muestra tu hermosura, donaire, majestad y gloria; acomete, camina con prosperidad y reina conforme a la verdad, mansedumbre y justicia. Y con esto, tu poderosa diestra te llevará maravillosamente al fin de tus empresas. Tus flechas agudas, poderosísimo Señor, penetrarán las entrañas de los reyes tus enemigos; los pueblos y naciones se rendirán a tus pies. ¡Oh Dios! Tu real silla es eterna, la vara y cetro de tu reino es vara de justicia y rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad. Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de la alegría y del Espíritu, Santo con más abundancia que a los otros que participan tu nombre y se llaman Cristos y Reyes como tú. Todos tus vestidos derraman de si suavísimo olor de mirra, ámbar y canela, escogidas de los palacios y templos de marfil, con los cuales te dan gusto y honor las castas hijas de los reyes, deseando honrarte y glorificarte.» ¿Quién habrá tan estúpido e ignorante que no entienda que habla de Cristo, a quien predicamos y en quien creemos, viendo cómo se le llama Dios, cuya silla real es para siempre, y ungido de Dios, es decir, como unge Dios, no con unción y crisma visible, sino espiritual e inteligible? Porque ¿quién hay tan rudo en esta religión, o quién puede hacerse tan sordo a la fama que de ella corre por toda la redondez de la tierra, que no sepa que se llamó Cristo, de crisma, esto es, de la unción? Conocido el Rey, Cristo o ungido; lo que aquí designa por metáforas y figuras de cómo es hermoso sobre todos los hijos de los hombres, con una hermosura tanto más digna de ser amada y admirada cuanto es menos corpórea; y cuál sea su espada, cuáles las flechas y lo demás que inserta, no propia, sino metafóricamente, sujeto ya, y debajo del dominio de este Señor, que reina por su verdad, mansedumbre y justicia, indáguese y examínese despacio.

Vuélvanse después los ojos a su Iglesia, esposa de un grande esposo, unida con él con un desposorio espiritual y con un amor divino, de la cual habla en los versos siguientes: Pusiste a la Reina a tu diestra, vestida de ricos paños de oro, labrados con varias y diferentes labores. Oye, hija, y mira; inclina tus oídos y no te acuerdes ya más de tu pueblo,

ni de la casa de tu padre, porque el Rey se aficionará de tu hermosura, porque él es el Señor tu Dios, y los hijos de Tiro le han de adorar y ofrecer dones, y los ricos del pueblo harán sus ruegos delante de tu rostro. Toda la gloria de la hija del Rey es intrínseca y está vestida de oro recamado; detrás de ella traerán las vírgenes al Rey, las conducirán, ¡oh Rey!, a ti sus parientes; las traerán alegres y regocijadas; las traerán al templo del Rey.

En lugar de tus padres te nacerán, Señor, hijos, y tú los harás príncipes de toda la tierra, y ellos se acordarán de tu nombre en las futuras perpetuas generaciones, por lo que los pueblos y las naciones te confesarán y celebrarán públicamente para siempre en todos los siglos de los siglos.» No creo que habrá alguno tan poco cuerdo que presuma que celebra y nos pinta aquí una mujercilla; describe la esposa de aquel de quien dijo: «Tu real silla es eterna; el cetro y vara de tu reino es vara de justicia y rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de alegría con más abundancia que a los otros que participan de tu nombre y se llaman Cristos como tú, es, a saber: ungió con más abundancia a Cristo que a los cristianos. Porque éstos son los que participan de Él, y de la unión y concordia que estos tienen en todas las naciones resulta esta Reina a quien en otro Salmo llama Civitas Regis magni, Ciudad del gran Rey: Esta, tomada en sentido espiritual, es Sión, que quiere decir especulación; porque especula y contempla el sumo bien del siglo futuro, pues allá es donde endereza toda su intención.

Esta es también espiritualmente la Jerusalén de quienes he- mos ya dicho grandes particularidades, cuya contraria es la ciudad del demonio, a la cual dicen Babilonia, que significa confusión. Aunque de dicha Babilonia se desembaraza y exime esta Reina en todas las naciones y gentes por la generación, y de la servidumbre de un rey perverso pasa a un Rey sumamente bueno, esto es, del demonio pasa a Cristo. Por eso la dice: «No te acuerdes ya más de tu pueblo ni de la casa de tu padre.» De esta ciudad impía son los israelitas, que lo son por sola la carne, y no por la fe, enemigos asimismo de este gran Rey y de su Reina. Porque habiendo venido a ellos Cristo, y habiéndole muerto ellos, se hizo Rey de los otros israelitas, que no vio mientras vivió en la tierra en carne mortal.

Y así proféticamente en otro Salmo dice este nuestro Rey: «Me has de librar, Señor, de la contradicción y rebelión del pueblo, y me has de hacer cabeza y príncipe de la gente. El pueblo y nación que yo no vi se sujetó a mi servicio, y oyendo mi nombre y Evangelio me rindió su obediencia.» Este es el pueblo de los gentiles, que no visitó Cristo con su presencia corporal, el cual, no obstante, por haberlo predicado, cree en Él; de manera que con razón se dijo de dicho pueblo en el Salmo que en oyendo su nombre y doctrina, luego le dio la obediencia, porque la fe nace del oído.

Este pueblo, añadido a los israelitas verdaderos, que son los israelitas, no según la carne, sino también según la fe, es la Ciudad de Dios, la cual produjo también al mismo Cristo, según la carne, cuando se hallaba en aquellos israelitas. Porque de éstos descendía la Virgen María, en la cual, para hacerse hombre, tomó Cristo carne. Di esta Ciudad dice otro Salmo: «El hombre llama a Sión madre por haber nacido en ella, y el Altísimo la fundó.» ¿Y quién es este Altísimo sino Dios? Por consiguiente, nuestro Señor Jesucristo Dios, antes que en esta Ciudad por medio de María se hiciese hombre, Él mismo la había fundado en los patriarcas y profetas. Así que, habiéndose anunciado proféticamente tanto tiempo antes esta Reina, que es la Ciudad de Dios, vemos ya cumplido el anuncio: «en lugar de sus

padres le habían nacido hijos a quienes constituiría por cabezas y príncipes de toda la tierra» (porque ya por todo el ámbito de la tierra se hallan hijos de ésta colocados por príncipes y jefes de diferentes pueblos, pues los pueblos que concurren a ella la confiesan con confesión de alabanza eterna para siempre jamás).

Sin duda que todo cuanto aquí se nos dice con tanto énfasis y oscuridad, debajo de metáforas y figuras, como quiera que se entienda, es necesario que se refiera y se acomode a estas cosas que son sumamente claras y manifiestas.

CAPITULO XVII

De las cosas que en el Salmo 109 pertenecen al sacerdocio de Cristo y de las qué en el 21 tocan a su Pasión En el otro Salmo expresamente llama a Cristo Sacerdote, como aquí Rey: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta tanto que ponga a tus enemigos como tarima de tus pies.» El sentarse Cristo a la diestra de Dios Padre lo creemos, no lo vemos; y el poner igualmente a sus enemigos como tarima de sus pies, aún no lo vemos; esto lo veremos al fin; ahora verdaderamente lo creemos; después lo veremos Pero lo que sigue: «Desde Sión extenderá y dilatará el Señor la vara y cetro de tu potencia y reinarás en medio de tus enemigos», está tan claro, que el que lo niega, lo niega, no sólo infiel y miserablemente, sino también con descaro.

Porque hasta los mismos enemigos confiesan que desde Sión se extendió y esparció la ley de Cristo, que nosotros llamamos Evangelio, y ésta es la que reconocemos por vara de su potencia, y que reina en medio de enemigos. Estos mismos entre quienes reina lo confiesan bramando y crujiendo los dientes y consumiéndose de envidia, sin que puedan cosa alguna contra ella. Lo que poco después continúa: «Juró el Señor, y no se arrepentirá de ello», nos significa que ha de ser infalible e inmutable esto que añade, diciendo: «Tú eres sacerdote para siempre, según la orden de Melchisedech.» Y supuesto que ya no existe vestigio del sacerdocio y sacrificio según el orden de Aarón, y por todo el orbe se ofrece bajo de sacerdocio de Cristo lo mismo que ofreció Melchisedech cuando bendijo a Abraham, ¿quién hay que pueda poner duda por quién se explicará así?

A estas cosas, que son claras y manifiestas, se reducen y refieren las que se describen con alguna oscuridad en el Salmo, las cuales ya explicamos en los sermones que hicimos al pueblo cómo se deben entender bien. Asimismo, en aquel lugar donde Cristo declara en profecía la humildad de su Pasión, dice: «Traspasaron y clavaron mis manos y mis pies; me contaron todos mis huesos, y ellos, reflexionando en mi deplorable estado, gustaron de verme así», con cuyas palabras sin duda nos significó su cuerpo, tendido en la cruz, clavado de pies y manos, horadadas y traspasadas con los clavos, presentando así un espectáculo doloroso a cuantos le contemplaban y miraban. Y aún más, añade: «Dividieron entre sí mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes»; cuya profecía, del modo que se cumplió, lo dice la historia evangélica.

Entonces se dejan entender también las demás maravillas que allí se expresan con menos claridad cuando convienen y concuerdan con las que con tanta claridad se nos han manifestado; principalmente porque las que todavía no han pasado no sólo las creemos,

sino que, presentes, las vemos. Así como se leen en el mismo Salmo tanto tiempo antes profetizadas, así las vemos ya presentes y que se cumplen por todo el mundo; porque en el mismo Salmo, poco después, dice: «Se acordarán y convertirán al Señor todos los confines de la tierra; se postrarán en su acatamiento y te adorarán todas las familias de las gentes, porque del Señor es el temor y Él ha de tener el dominio y señorío sobre todas las naciones.»

CAPITULO XVIII

De los Salmos 3, 40, 15 y 67, donde se profetiza la muerte y resurrección del Señor
También hallamos en los Salmos la profecía de la resurrección del Señor; porque ¿qué otra cosa es lo que se canta en nombre de Cristo en el Salmo 3: «Yo dormí, tomé el sueño y me levanté, porque el Señor me recibió y amparó»? ¿Acaso hay alguno tan ignorante que se persuada que nos quiso el profeta vender por un admirable arcano que se durmió y se levantó si este sueño no fuera la muerte y el despertar no fuera la resurrección, la cual convino que, por este término, se profetizara de Cristo? Porque aun en el Salmo 40 se nos declara este vaticinio más expresamente donde, en nombre del Medianero, según su costumbre, se nos refieren como sucesos pasados las que se profetizan que han de suceder, porque los que habían de suceder en la predestinación y presciencia de Dios ya eran como hechos, porque eran ciertos e infalibles: «Mis enemigos, dice, me echaban maldiciones diciendo: ¿Cuándo le llegará la muerte y perecerá su nombre? Si alguno venía a visitarme me hablaba fin- gidamente e iba recogiendo en su corazón falsedades y mentiras, y al salir fuera las comunicaba con otros que me tenían la misma voluntad.

Todos mis enemigos hacían conventículos, murmuraban de mí y trazaban contra mí todo el mal que podían. En una cosa bien injusta e inicua resolvieron contra mí. ¿Por ventura el que duerme no podrá levantarse?» Verdaderamente que estas palabras están de tal forma descubiertas que parece no ha querido decir otra cosa que si dijera: ¿Acaso el que muere no podrá revivir y resucitar? Porque las palabras precedentes nos muestran que sus enemigos le maquinaron y trazaron la muerte, y que esto se ejecutó por medio de aquel que entraba a verle y visitarle y salía a venderle. ¿Habrá alguno a cuya imaginación no se presente que éste es Judas, que, de discípulo, se transformó en traidor? Porque habían de poner por obra lo que maquinaban, quiero decir, que le habían de crucificar y quitar afrentosamente la vida; para manifestar que con su vana malicia en vano darían la muerte al que había de resucitar, añadió este versículo, como si dijera: ¿Qué hacéis, necios? Toda vuestra iniquidad vendrá a parar en mi sueno, en que yo me duerma. «¿Acaso el que duerme no podrá levantarse?» Y, sin embargo, en los versos siguientes nos hace ver que tan execrable crimen no había de quedar sin el merecido castigo, diciendo: «Y aquel que era mi amigo en quien yo confiaba, el que comía mi pan a mi mesa, levantó contra mí su planta»; esto es, me holló y pisó; «pero tú, Señor, dice, ten misericordia de mí y resucítame y yo les daré su pago». ¿Quién hay que pueda ya negar este vaticinio viendo a los judíos después de la pasión y resurrección de Cristo expulsos y desarraigados totalmente de su asiento con el rigor y estragos de la guerra? Porque habiéndole muerto, resucitó, y en el ínterin les dio una instrucción y corrección temporal, además de la que reserva a los que no se enmendaren cuando vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

El mismo Jesucristo, Señor nuestro, declarando a los apóstoles el traidor que le vendía, a pasar del bocado de pan que le daba, refirió también este verso del mismo Salmo, y dijo que se cumplió en él: «El que comía mi pan conmigo a mi mesa levantó sobre mi el carcañal.» Lo que dice: «En quien tenía puesta mi confianza», no corresponde a la cabeza, sino al cuerpo, puesto que no dejaba de conocerle el mismo Salvador, pues poco antes había dicho de él: «Uno de vosotros es diablo calumniador y traidor.» Pero suele transferir a su persona y atribuirse lo que es propio de sus miembros; porque cabeza y cuerpo es un solo Jesucristo, y de aquí la expresión del Evangelio: «Cuando tuve hambre me diste de comer.» Aclarándola más, dice: «Cuando esto hiciste con uno de los más ínfimos de los míos, conmigo lo hiciste.» Dijo, pues, de sí que confió y esperó lo que esperaban y confiaban de Judas sus discípulos cuando le admitió en el número de los apóstoles.

El Cristo que esperan los judíos, no creen que ha de morir, y por eso el que nos anunciaron la ley y los profetas no imaginan que es el nuestro, sino el suyo, de quien dan a entender que no puede padecer muerte y Pasión, y así, con maravillosa vanidad y ceguera, pretenden que estas palabras citadas por nosotros no significan muerte y resurrección, sino sueño y estar despierto. Sin embargo, con toda claridad lo dice asimismo el Salmo 15: «Porque está Dios a mi diestra se ha regocijado mi corazón y se ha alegrarlo mi lengua, y fuera de esto, cuando dejare por un momento el alma también mi carne descansará en esperanza, porque no dejarás a mi alma en el infierno ni consentirás que tu santo vea la corrupción.» ¿Quién podía decir que había descansado su carne con aquella esperanza, de manera que, no dejando a su alma en el infierno, sino volviendo luego al cuerpo, vino a revivir, porque no se corrompiera como suelen corromperse los cuerpos muertos, sino él resucitó al tercer día? Lo cual, sin duda, no puede decirse del real profeta David, pues también clama el Salmo 67, diciendo: «Nuestro Dios es Dios, cuyo cargo es salvarnos; y del Señor son las salidas de la muerte.» ¿Con qué mayor claridad nos lo pudo decir? Porque Dios, qué nos salva, es Jesús, que quiere decir Salvador o que da salud; pues la razón de este nombre se nos dio cuando antes que naciese de la Virgen dijo el ángel: «Parirás un hijo y le llamarás Jesús, porque él ha de salvar a su pueblo y lo ha de libertar de sus pecados.» Y porque en remisión de estos pecados se había de derramar su sangre, no convino, sin duda, que tuviese otras salidas de esta vida, que las de la muerte.

Por eso, cuando dijo: «Nuestro Dios es Dios, cuyo cargo es, salvarnos», añadió: «y del Señor son las salidas de la muerte para manifestarnos que, muriendo, nos había de salvar». Admira que diga y del Señor, como si dijera: tal es la vida de los mortales, que ni aun el mismo Señor salió de ella de otra manera que por la muerte.

CAPITULO XIX

Del Salmo 68, donde se declara la pertinaz incredulidad de los judíos Pero como los judíos no quieren creer de ningún modo los testimonios tan manifiestos e incontrastables de esta profecía, aun después de haberse cumplido los vaticinios con efectos y pruebas tan claras y ciertas, sin duda se cumple en ellos lo que se escribe en el Salmo siguiente. Porque diciéndose en él proféticamente en persona de Cristo ciertas particularidades que pertenecen a su Pasión, se refiere aquello mismo que se verificó en el Evangelio: «Me dieron a comer hiel, y en aquella terrible sed que padecí me dieron a beber vinagre.»

A consecuencia de estos banquetes y de unos manjares de esta calidad, como si los hubiera ya recibido, añade: «Conviértaseles su mesa en trampa, en retribución y tropiezo; ciéguense sus ojos de forma que no vean; encorva y humilla, Señor, siempre sus espaldas.» Esto lo dice no deseándolo, sino que lo anuncia profetizando, en cierto modo como si lo deseara. ¿Y qué maravilla es que no vean cosas tan manifiestas los que tienen los ojos en tinieblas Y ciegos para que no puedan ver? ¿Qué extraño es que no los alce al cielo una nación que, para estar pronta e inclinada a la tierra, tiene siempre encorvadas sus espaldas? Pues por estas palabras, que se toman metafóricamente del cuerpo, se nos denotan los vicios del alma. Baste esta doctrina acerca de los Salmos, esto es, de lo respectivo a la profecía del rey David, para que haya alguna medida en la exposición de este punto y no sea demasiado prolijo, y perdonen los lectores que no lo saben ya, y no se quejen si viesen o imaginaren que he omitido otras particularidades que pudiera acaso alegar como más firmes y sólidas.

CAPITULO XX

Del reino y méritos de David y de su hijo Salomón, y de la profecía que pertenece a Cristo y se halla así en los libros que andan con los que él escribió, como en los que no hay duda que son suyos Reinó David en la terrena Jerusalén y fue hijo de la celestial Jerusalén, tan elogiado por el irrefragable testimonio de las sagradas letras, y que con tanta piedad, religión y devoción confesó y satisfizo sus culpas por medio de la verdadera y saludable acción de la penitencia, que, sin duda, podemos numerarle entre aquellos de quienes dice él mismo: «Felices y bienaventurados aquellos cuyas culpas están perdonadas y cuyos pecados están abiertos y olvidados».

Después de éste, reinó sobre todo el mismo pueblo su hijo Salomón, quien, como insinuamos arriba, principió a reinar ea vida de su padre. Habiendo sido buenos y loables sus principios, sus fines llegaron a ser malos, porque las prosperidades, que suelen dar en qué entender a los mas sabios, le dañaron mucho más que lo que le aprovechó su sabiduría, que en la actualidad y en lo sucesivo es y será memorable y famosa, y entonces fue muy célebre y alabada por todo el mundo. También está averiguado que Salomón profetizó en sus libros, de los cuales tres están admitidos por canónicos, a saber: los Proverbios, el Eclesiastés y el Cántico de los Cánticos; los otros dos, el de la Sabiduría y el Eclesiástico, por la semejanza del estilo, comúnmente se atribuyen también a Salomón.

Y aunque no dudan los más doctos que no son suyos, con todo, los ha recibido desde los tiempos más remotos por canónicos, especialmente la Iglesia Occidental; y en el uno de ellos, que se intitula La Sabiduría de Salomón, expresamente está profetizada la Pasión de Cristo, haciendo mención de los impíos que le mataron, y diciendo: «Oprimamos al justo porque es desabrido para nosotros, y contradice lo que hacemos, y nos da en rostro con los pecados de la ley; divulga y manifiesta las culpas y desórdenes de nuestra vida; jáctase de que tiene noticia y ciencia de Dios, y llámase Hijo de Dios.

Se ha hecho descubridor y reprensor de nuestros pensamientos, y no le pueden ya ver ni sufrir nuestros ojos porque su modo de vivir es diferentes del de los otros y muy otro su instituto; nos tiene en opinión de falsos y adulterinos, y huye de nuestros caminos como de

inmundicias; aventaja los extremos y fines de los justos, y gloriase que tiene por Padre a Dios. Veamos si es verdad lo que dice, probemos a ver el suceso que tienen sus cosas y sabremos en qué para su fin, porque si es verdadero Hijo de Dios, le ayudará y libertará de los contrarios. Probémosle con denuestos y tormentos para ver su modestia y mansedumbre y experimentar su paciencia; condenémosle a una muerte infame e ignominiosa, porque de sus palabras colegiremos lo que Él es.» Esto fue lo que imaginaron ellos, y erraron, porque los cegó su malicia.

En el Eclesiástico nos anuncia la fe de las gentes de este modo: «Ten misericordia de nosotros, Señor Dios de todo lo criado, e infunde tu temor sobre todas las gentes levanta tu mano sobre las naciones infieles y observen tu poder, para que, así como fuiste santificado en nosotros, viéndolo ellos, así viéndolo nosotros seas engrandecido en ellos y te conozcan, así como nosotros te hemos conocido, porque no hay otro Dios sino tú, Señor.» Esta profecía, que está concebida bajo la fórmula de desear y rogar, la vemos cumplida por Jesucristo, aunque lo que no se halla en el Canon de los judíos, no parece que se alega con tanta autoridad y firmeza contra los contradictores.

En los otros tres libros que consta son de Salomón, y los judíos los tienen por canónicos, si quisiéremos mostrar que lo que en ellos se halla semejante o alusivo a esto perteneciente a Cristo y a su Iglesia, requeriría un examen circunstanciado, prolijo y penoso, en el cual, si nos detuviésemos, nos haría ser más largos de lo que conviene. Sin embargo, lo que dicen los judíos en los Proverbios: «Escondamos en la tierra injustamente al varón justo, traguémosle vivo, como lo hace el infierno, y desterremos de la tierra su memoria; tomemos posesión de su preciosa heredad, no está tan enfático y oscuro que, sin trabajar mucho en exponerlo, no pueda entenderse de Cristo y de su heredad, que es la Iglesia Porque alusivo a esto mismo es lo que nos muestra el mismo Señor Jesucristo en una parábola del Evangelio, en la que decían los inicuos labradores: «Este es el heredero; venid, quitémosle la vida y vendrá a ser nuestra la heredad.» Y asimismo aquella expresión del mismo libro, que hemos apuntado ya otra vez, hablando de la estéril que dio a luz siete, los que la oyen leer y saben que Cristo es la sabiduría de Dios, no suelen entenderlo, sino de Cristo y de su Iglesia: «La sabiduría edificó su casa 'y la apoyó sobre siete columnas; sacrificó sus víctimas; echó su vino en la taza.

Envió sus criados a llamar y convidar con una famosa embajada a beber de su taza, diciendo: El que fuere ignorante llléguese a mí, y a los faltos de sentido dijo: Venid y comed de mis panes, y bebed del vino que os he prevenido.» Aquí, sin duda, reconocemos que la sabiduría de Dios, esto es, que el Verbo, tan eterno como el Padre, edificó en las entrañas de la Virgen su casa, que es su cuerpo humano, y que a éste, como a cabeza, le añadió y acomodó como miembros su Iglesia, sacrificando en ella las víctimas de los mártires, y disponiendo la mesa con pan y vino, donde se nos descubre también el sacerdocio, según, el orden y semejanza, de Melchisedech, llaman- do y convidando a los faltos de entendimiento y de sentido; porque, como dice el Apóstol: «Escogió Dios lo más flaco para confundir lo fuerte»; y a estos flacos, sin embargo, les dice lo que sigue: «Dejad de ser necios para que viváis, y buscad la prudencia para que poseáis la vida.»

Y el participar de su mesa es lo mismo que comenzar a tener vida; porque hasta en otro libré, llamado el Eclesiastés, donde dice: «No tiene otro bien el hombre, sino lo que

comiere y bebiere», ¿qué cosa, más creíble podemos entender que nos dice sino lo que pertenece a la participación y comunicación de esta mesa que nos pone el mismo sacerdote, medianero del Nuevo Testamento, según el orden de Melchisedech, con los platos de su cuerpo y sangre? Porque este sacrificio sucedió en lugar de aquellos sacrificios del Viejo Testamento que se ofrecían e inmolaban en sombra y significación de lo futuro; por lo cual echamos de ver que lo que dice el Mediador en el Salmo 39 lo dice proféticamente: «No quisiste ya servirte más de sacrificios y ofrendas, y por eso me hiciste y formaste cuerpo»; porque en lugar de todos aquellos sus sacrificios y ofrendas, se ofrece ya su Cuerpo y se suministra y da a los que participan de él.

En lo que el Eclesiastés dice del comer y beber, lo cual nos lo repite muchas veces y encarecidamente nos los recomienda, bastante nos muestra que no habla de los manjares del gusto de la carne aquello que dice: «Más vale ir a casa donde lloran que donde beben»; y poco después: «El corazón de los sabios se halla en la casa donde lloran, y el corazón de los necios e ignorantes en la casa donde comen y beben.» Pero lo que me parece más digno de referir en este libro es aquello que pertenece a las dos Ciudades: a la del demonio y a la de Cristo, y a sus dos príncipes, Jesucristo y el demonio: «¡Ay de ti, dice, ¡oh tierra!, donde el rey es joven y donde los príncipes andan en banquetes desde la mañana, y bienaventurada la tierra cuyo rey es hijo de nobles y generosos y cuyos príncipes comen a su tiempo para alentar y no quedar confusos!» Joven llamó al demonio por su ignorancia, por la soberbia, temeridad y disolución, y por los demás vicios de que suele abundar este siglo; y a Cristo, hijo de nobles y generosos, esto es, de los santos patriarcas que pertenecen a la Ciudad libre, de quienes desciende según la carne. Los príncipes de la otra ciudad comen y andan en banquetes de mañana, esto es, antes de la hora conveniente, porque no aguardan la felicidad oportuna del siglo futuro, que es la verdadera, queriendo ser bienaventurados luego del presente con el aplauso de este siglo; Pero los que son príncipes de la Ciudad de Cristo aguardan con paciencia el tiempo de la verdadera bienaventuranza. Esto, dice, «para alentar y no quedar confusos»; porque no les saIe vana su esperanza, de la cual dice el Apóstol «que a ninguno deja confuso», y el Salmo: «Todos los que tuvieron puesta en Dios su esperanza no se engañaran.» El libro de los Cantares, ¿qué es sino un espiritual deleite de las almas en el desposorio del rey y reina de aquella ciudad, que es Cristo y su Iglesia? Pero este deleite está envuelto debajo de la corteza y la cubierta de alegorías para que se desee con más fervor, se vea con más complacencia y se nos muestre el esposo, de quien dice en los mismos Cantares «que la misma bondad y santidad está enamorada de él», y para que veamos a la esposa, a quien llama «mi amor y regalo». Muchas cosas paso en silencio por dirigirme ya al fin de esta obra.

CAPITULO XXI

Por los reyes que hubo después de Salomón, así en Judá como en Israel Los demás reyes de los hebreos que sucedieron después de Salomón, si no es por ciertos enigmas de algunas particularidades, que dijeron o hicieron, apenas profetizaron cosa que pertenezca a Cristo y a su Iglesia, así en Judá como en Israel. Porque así se llamaron las dos partes de aquel pueblo, después que por la culpa de Salomón, en tiempo de su hijo Roboán, que sucedió a su padre en el reino, se dividió por justo juicio y castigo de Dios. Las tribus que siguieron a Jeroboán, criado de Salomón, y le alzaron por rey en Samaria, propiamente se llamaban

Israel, aunque este nombre era general a todo aquel pueblo. Y las otras dos tribus, la de Judá y Benjamín, las cuales, por particular afecto a David, y porque no se desarraigasen totalmente de su casa y linaje el reino, quedaron sujetas a la ciudad de Jerusalén, se llamaron Judá, porque Judá era la tribu de donde descendía David, y la otra tribu de Benjamín, como dije, pertenecía al mismo reino, de donde fue Saúl su rey, antes de David.

Pero estas dos tribus juntas, según insinué, se llamaban Judá, y con este nombre se distinguían de Israel, que se denominaban, propiamente las diez tribus, y tenían su rey. La tribu de Leví, como era la sacerdotal y estaba designada al culto y servicio de Dios, y no al de los reyes, era la decimotercera; porque Joseph, que fue uno de los doce de Israel, no constituyó una sola tribu, como los demás, cada uno la suya, sino dos, la de Efraím y la de Manasés. A pesar de esto, la tribu de Leví pertenecía más al reino de Jerusalén por estar allí el templo de Dios, a quien servía. Dividido, el pueblo, el primero que reiné en Jerusalén fue Roboán, rey de Judá, hija de Salomón; y en Samaria, Jeroboán, rey de Israel, criado que fue de Salomón. Y queriendo Roboán hacer guerra a la otra parcialidad, que se había apartado de su obediencia, como a rebelde, mandó Dios al pueblo que no pelease contra sus hermanos, diciéndole por su profeta que él había hecho aquello; de donde se advirtió que en esta disposición no hubo pecado alguno, o del rey de Israel, o del pueblo, sino que se cumplió la voluntad y justo juicio de Dios, lo que Sabido por la una y la otra parte vivieron en paz, porque la división que se hizo no era de la religión, sino del reinó.

CAPÍTULO XXII

Cómo Jeroboán profanó el pueblo que tenía a su cargo con el pecado de idolatría Sin embargo, Jeroboán, rey de Israel, no creyendo, con ánimo impío, a Dios, a quien por experiencia había hallado propicio y verdadero en haberle prometido y dado el reino, temió que, acudiendo sus vasallos al templo de Dios, existente en Jerusalén (donde, conforme a la divina ley, había de presentarse toda aquella nación para ofrecer los sacrificios), se los sonsacasen y volviesen a rendir vasallaje y obediencia a los hijos de David como a descendencia real; para impedirlo estableció la idolatría en su reinó, engañando con impiedad nefanda al pueblo de Dios, y obligándole, como lo estaba él, al culto y reverencia de los ídolos.

Mas no por eso dejó Dios de reprender por sus profetas, no sólo a este rey, sino también a los que le sucedieron e imitaron su impiedad, y al mismo pueblo, porque entre ellos florecieron aquellos grandes y famosos profetas que obraron tan portentosas maravillas y milagros, Elías y Eliseo, su discípulo. Y diciendo Elías: «Señor, han muerto a tus profetas, han derribado tus altares, yo he quedado solo y andan buscando ocasiones para quitarme la vida», le respondió Dios: «Que aun había entre ellos siete mil personas que no se habían arrodillado delante de Baal.»

CAPITULO XXIII

De la variedad del estado de uno y otro reina de los hebreos hasta que en diferentes tiempos a ambos pueblos los llevaron cautivos, volviendo después Judá a su reino, que fue el ultimo que vino a poder de los romanos Tampoco en el reino de Judá, que pertenece a Jerusalén, en los tiempos de los reyes que se fueron sucediendo, faltaron profetas, según que tuvo por

anunciarles lo que les estaba bien, o reprenderles sus pecados, o encomendarles la justicia. Porque asimismo en este reino, aunque mucho menos que en Israel, hubo reyes que ofendieron gravemente a Dios con sus enormes crímenes y que fueron castigados con moderados azotes juntamente con el pueblo; y sin duda no son pequeños los méritos que se celebran de los reyes que fueron píos y temerosos de Dios.

Pero en Israel los reyes, cual más, cual menos, todos los hallamos malos y reprobados. Una y otra parte, según que lo ordenaba o permitía la Providencia divina, o se engrandecía con las prosperidades o la oprimían las adversidades, viéndose afligida, no sólo con guerras extrañas, sino entre sí con las civiles, para que por algunas causas que lo motivaban se manifestase la misericordia de Dios, o su ira, hasta que, creciendo su indignación, toda aquella nación no sólo fue destruida en su tierra por las armas de los caldeos, sino que la mayor parte fue llevada prisionera y transportada a la tierra de los asirios: primeramente la parte que se llamaba Israel, dividida en diez tribus, y después también la que se llama Judá, destruida y asolada Jerusalén y su famoso templo, en cuya tierra estuvo cautiva setenta años, pasados los cuales, dejándolos salir de allí, restauraron el templo que les habían destruido, y aunque muchos de ellos vivían en las tierras de extranjeros e infieles, con todo, desde entonces para en adelante, no tuvieron el reino repartido en dos porciones, y en cada una sus diferentes reyes, sino que en Jerusalén tenían todos una sola cabeza, y acudían al templo de Dios establecido allí, en señalados tiempos, todos los de todas aquellas provincias, en dondequiera que estaban, y de dondequiera que podían; Aunque tampoco entonces les faltaron enemigos de las otras naciones, ni quien procurase conquistarlos; porque Cristo Señor nuestro, cuando nació, los halló ya tributarios de los romanos.

CAPITUOLO XXIV

De los profetas, así de los últimos que hubo entre los judíos, como de los que menciona la historia evangélica cerca del tiempo del nacimiento del Señor En todo aquel tiempo, desde que regresaron de Babilonia, después de Malachías, Ageo y Zacarías que profetizaron entonces, y Esdras, no tu vieron profetas hasta la venida del Salvador, sino otro Zacarías, padre de San Juan, e Isabel su esposa, próximo ya el nacimiento de Cristo; y después de nacido, el anciano Simeón, Ana la viuda, ya muy vieja, y al mismo San Juan, que fue el último de todos; el cual, siendo joven, anunció a Cristo ya mozo, no como futuro, sino que sin conocerle le mostró y enseñó con el conocimiento divino que tenía de profeta, por lo cual dijo el mismo Señor: «La Ley y los profetas hasta Juan.»

Y aunque de las profecías de estos cinco tenemos noticia exacta por el Evangelio, donde hallamos asimismo referido que la misma Virgen María, Madre del Señor, profetizó antes de Juan, con todo, estos vaticinios de estos cinco varones santos no los admiten los judíos, digo, los réprobos; pero los admitió un crecidísimo número de ellos, que creyeron en la fe evangélica. Y en éstos verdaderamente se dividió Israel en dos, con aquella división que por el profeta Samuel se le anunció al rey Saúl que era inmutable. Malachías, Ageo, Zacarías y Esdras son, pues, los últimos a quienes aun los judíos réprobos tienen recibidos en su canon. Porque asimismo se halla lo que éstos escribieron, como lo de los otros que profetizaron entre la grande muchedumbre del pueblo, aunque fueron muy pocos los que no escribieron asunto alguno que mereciese autoridad canónica. De lo que éstos vaticinaron

tocante a Cristo y a su Iglesia me parece decir lo preciso en esta obra; lo que haremos con más comodidad, con el favor del Señor, en el libro siguiente, para que en éste, que es tan extenso, no aglomeremos ya más materias.

LIBRO DECIMOCTAVO LA CIUDAD TERRENA HASTA EL FIN DEL MUNDO

CAPITULO PRIMERO

Sobre lo que queda dicho hasta los tiempos del Salvador en estos diecisiete libros Prometí escribir el nacimiento, progreso y fin de las dos Ciudades, la de Dios y la de este siglo, en la cual anda ahora peregrinando el linaje humano; prometí, digo, escribir esto después de haber convencido y refutado, con los auxilios de la divina gracia, a los enemigos de la Ciudad de Dios, que prefieren y anteponen sus dioses a Cristo, autor y fundador de esta Ciudad, y con un odio, perniciosísimo para sí, envidian impíamente a los cristianos; lo cual ejecuté en los diez libros primeros. Y de las tres cosas prometidas, en los cuatro libros, XI - XIV, traté largamente del nacimiento de ambas Ciudades. Después, en otro, que es el XV; hablé del progreso de ellas desde el primer hombre hasta el Diluvio; y desde allí hasta Abraham, volvieron nuevamente las dos a concurrir y caminar, así como en el tiempo, también en nuestra narración. Pero después, desde el padre Abraham hasta el tiempo de los reyes de Israel, donde concluimos el libro XVI, y desde allí hasta la venida de nuestro Salvador en carne humana, que es hasta donde llega el libro XVII, parece que ha caminado sola, en lo que hemos ido escribiendo, la Ciudad de Dios, siendo así que tampoco en este siglo ha caminado sola la Ciudad de Dios, sino ambas juntas, a lo menos, en el linaje humano, como desde el principio; si bien con sus respectivos progresos han ido variando los tiempos.

Esto lo hice para que corriera primero la Ciudad de Dios de por sí, sin la interpolación ni contraposición de la otra, desde el tiempo que comenzaron a declarársenos más las promesas de Dios hasta que vino aquel Señor que nació de la Virgen, en quien habían de cumplirse las que primero se nos habían prometido, para que así la viésemos más clara y distintamente; no obstante que hasta que Se nos reveló el Nuevo Testamento, jamás caminó ella a la luz, sino entre sombras. Ahora, pues, me resta lo que dejé, esto es, tocar en cuanto pareciere bastante el modo con que la otra caminó también desde los tiempos de Abraham, para que los lectores puedan considerar exactamente a las dos y cotejarlas entre si.

CAPITULO II

De los reyes y tiempos de la Ciudad terrena, que concuerdan con los tiempos que calculan los Santos desde el nacimiento de Abraham En la sociedad humana (que por más extendida que esté por toda la tierra, y por muy apartados y diferentes lugares que ocupe, está ligada con la comunión y lazo indisoluble de una misma naturaleza), por desear cada cual sus comodidades y apetitos, y no ser bastante lo que se apetece para todos, porque no es una misma cosa la deseada, las, más veces hay divi- siones, y la parte que prevalece oprime a la otra. Porque la vencida se rinde y sujeta a la victoriosa, pues prefiere y estima más

cualquiera paz y vida sosegada que el dominio, y aun que la libertad; de suerte que causan gran admiración los que han querido mejor perecer que servir.

Porque casi en todas las naciones en cierto modo está admitido el natural dictamen de querer más rendirse a los vencedores los que fueron vencidos, que quedar totalmente aniquilados con los rigores de la guerra. De aquí provino, no sin alta providencia de Dios, en cuya mano está que cada uno salga vencido o vencedor e la guerra, que unos tuviesen reinos otros viviesen sujetos a los que reinan. Pero entre tantos reinos como ha habido en la tierra, en que se ha dividido la sociedad por el interés y ambición terrena (a la cual con nombre genérico llamamos Ciudad de este mundo), dos reinos vemos que han sido más ilustres y poderosos que los otros el primero el de los asirios, y después el de los romanos, distintos entre sí, así en tiempos como en lugares. Por que como el de los asirios fue el primero, y el de los romanos posterior así también aquel floreció en el Oriente y éste en el Occidente; y, finalmente al término del uno siguió luego el principio del otro. Todos los demás reinos y reyes, con más propiedad los llamaría yo jirones y retazos de éstos. Así que reinaba ya Nino, segundo rey de los asirios, habiendo sucedido a su padre, Belo, que fue el primer que reinó en aquel reino, cuando nació Abraham en la tierra de los caldeos. En aquella época era también bien pequeño el reino de los sicionios de donde el doctísimo Marco Varrón escribiendo el origen del pueblo romano, comenzó como de tiempo antiguo.

Porque de los reyes de los sicionios vino a los atenienses, de éstos a los latinos y de allí a los romanos. Pero todo esto, antes de la fundación de Roma, en comparación del reino de los asirios, se tuvo por cosa fútil y de poco momento; aunque confiese también Salustio, historiador romano, que en Grecia florecieron mucho los atenienses, si bien más por la fama que en la realidad. Porque, hablando de ellos, dice: «Las proezas que hicieron los atenienses, a mi parecer, fueron bien grandes y manifiestas, aunque algo menores de lo que las celebra la fama; porque como hubo allí insignes y famosos escritores, por todo el mundo se ponderan por muy grandes las hazañas de los atenienses; así en tanto se estima la virtud y el valor de los que las hicieron, cuanto las pudieron engrandecer y celebrar con su pluma los buenos ingenios.» Y fuera de esto, alcanzó esta Ciudad no Pequeña gloria por sus letras y por sus filósofos, porque allí florecieron principalmente estos estudios. Pero en cuanto al imperio, ninguno hubo en los siglos primeros mayor que el de los asirios, ni que se extendiese más por la tierra; pues reinando el rey Nino, hijo de Belo, cuentan que sojuzgó toda el Asia, hasta llegar a los términos de la Libia; y el Asia, aunque según el número de las partes del Orbe se dice la tercera, según la extensión, se halla que es la mitad; pues por la parte oriental sólo los indios no le reconocieron señorío, a los cuales, con todo, después de muerto Nino, Semíramis, su esposa, comenzó a hacer la guerra. Y así, sucedió que todos cuantos pueblos o reyes había en aquellas comarcas todos obedecían al reino y corona de los asirios y hacían todo los que les mandaban, Nació, pues, en aquel reino, entre los caldeos, en tiempo de Nino, el patriarca Abraham. Mas por cuanto de los hechos y proezas de los griegos, tenemos mucha más noticia que la de los asirios; y los que anduvieron investigando la antigüedad y origen del pueblo romano vinieron, según el orden de los tiempos; de los griegos a los latinos, y de éstos a los romanos, que también son latinos; debemos, donde fuere necesario, hacer relación de los reyes de Asi- ria, para que veamos cómo camina la ciudad de Babilonia como una primera Roma con la Ciudad de Dios, peregrina en este mundo.

Pero los asuntos que hubiéramos de insertar en esta obra, para comparar entre sí ambas Ciudades, es a saber, la terrena y la celestial; los iremos tomando mejor de los griegos y latinos, entre los cuales se halla la misma Roma como otra se- gunda Babilonia, Cuando nació Abraham reinaba entre los asirios Nino, y entre los sicionios, Europs, que fueron sus segundos reyes, por cuanto los primeros fueron allá Belo y aquí Egialeo. Y cuando prometió Dios a Abraham, habiendo ya salido de Babilonia, que dé él nacería una numerosa nación y que en su descendencia había de recaer la bendición de todas las gentes, los asirios tenían su cuarto rey y los sicionios el quinto; pues en Babilonia reinaba el hijo de Nino, después de su madre Semíramis, a quien dicen que quitó la vida por haberse atrevido a cometer incesto con él. Esta creen algunos que fundó a Babilonia, y lo más probable es que la restaurase; pues cuándo y cómo roe su fundación, ya lo referimos en el libro VI. A este hijo de Nino y de Semíramis, que sucedió a su madre en el reino, algunos le llaman también Nino, y otros Ninias, derivando su nombre del de su padre. En este tiempo reinaba entre los sicionios Telxión, y en su reinado fueron tan apacibles y lisonjeros los tiempos, que después de muerto le adoraron como a dios, ofreciéndole sacrificios y celebrando en su honor y memoria juegos y diversiones públicas. De éste dicen que fue el primero por cuyo respeto se instituyeron tales fiestas.

CAPITULO III

Quien reinaba en Asiria y Sicionia cuando, según la divina promesa, tuvo Abraham, siendo de cien años, a su tuvo Isaac, y cuándo tuvo este de Rebeca, su mujer los gemelos Esaú y Jacob En estos tiempos, según la divina promesa, le nació a Abraham, siendo de cien años, su hijo Isaac, de Sara, su esposa, la cual, siendo estéril y anciana, estaba desahuciada de poder tener hijos. Entonces en Asiria reinaba Arrio, su quinto rey. El mismo Isaac, siendo de edad de sesenta años, tuvo sus dos hijos gemelos, Esaú y Jacob, de su esposa Rebeca, viviendo aún el abuelo de estos niños, que tenía entonces ciento sesenta y cinco años, el cual murió a los ciento setenta y cinco, reinando en Asiria Jerjes, el más antiguo, llamado también Baleo, y en Sicionia Turimaco, a quien algunos llaman Turimaco, que fueron sus séptimos reyes. El reino de los argivos comenzó juntamente con los nietos de Abraham, y el primero que reinó fue macho. No debe pasarse en silencio lo que refiere Varrón, de que los sicionios acostumbraban ya ofrecer sacrificios junto a la sepultura de Turimaco, su séptimo rey.

Reinando los octavos reyes, Armamitre en Asiria, Leucipo en Sicionia e Inacho el primero en Argos, se apareció Dios a Isaac, y le prometió también lo mismo que a su padre, es a saber: a su descendencia, la posesión de la tierra de Canaán, y en su descendencia la bendición de todas las gentes. Estas mismas felicidades prometió asimismo a su hijo, nieto de Abraham, que primero se llamó Jacob, y después Israel, reinando ya Beloc, noveno rey en Asiria, y Phoroneo, hijo de macho, segundo rey en Argos, y reinando todavía en Sicionia Leucipo. En esta era, reinando en Argos el rey Phoroneo, principió la Grecia a ilustrarse más con algunos sabios estatutos promulgados en varias pragmáticas y leyes Con todo, habiendo muerto Phegoo, hermano menor de Phoroneo, le erigieron un templo donde estaba su cadáver y sepulcro, para que le adorasen como a dios y le sacrificasen bueyes.

Creo que le juzgaron digno de tan singular honor porque, en la parte que le cupo del reino (pues su padre le repartió igualmente entre los dos, señalando a cada uno el país donde debía reinar, viviendo aún), edificó oratorios o templos para adorar a los dioses, enseñando también las observaciones de los tiempos por meses y años, y manifestando cómo los habían de distribuir y contar. Admirando en él los hombres que en eran muy idiotas estas cosas nuevas, creyeron o quisieron que después de muerto al punto fuete hecho dios. Porque el mismo modo dicen que lo, hija de Inacho, llamándose después Isis, fue adorada y venerada como grande diosa en Egipto; aunque otros escriben que de Etiopía vino a reinar a Egipto, y porque gobernó por muchos años y con justicia, y les enseñó muchas artes y ciencias, luego que falleció la tributaron el honor de tenerla por diosa, siendo esta honra tan particular, que impusieron la pena capital a quien se atreviese a proferir que había sido criatura humana.

CAPITULO IV

De los tiempos de Jacob y de su hijo José Reinando en Asiria Baleo, su rey décimo; en Sicionia Mesapo, rey nono, a quien algunos llaman también Fefisos, si es que un hombre solo tuvo dos nombres (siendo más verosímil que tomaron un hombre por otro los que sus escritos pusieron otro nombre), y reinando Apis, tercer rey de los argivos, murió Isaac, de ciento y ochenta años, y dejó sus dos gemelos de ciento y veinte. El menor de ellos, que era Jacob, y pertenecía a la Ciudad de Dios, de que vamos escribiendo, habiendo Dios reprobado al mayor, tenía doce hijos entre los cuales, al que se llamó José le vendieron sus hermanos a unos mercaderes que pasaban a Egipto, viviendo aún su abuelo Isaac.

Llegó José a la presencia de Faraón y de los trabajos que sufrió, y de estado humilde en que se vio, fue ensalzado a otro más eminente y distinguido, siendo de edad de treinta años, porque interpretó, auxiliado de divino espíritu, los sueños del rey, y dijo que habían de venir siete años abundantes, cuya abundancia, por excesiva que fuese, la habían de consumir otros siete años estériles que se seguirían, Por esto le nombró el rey gobernador de todo Egipto, librándole de las duras penalidades de la cárcel donde le había llevado la integridad de su castidad, conservada con heroico valor al no consentir en el adulterio con su ama, que estaba torpemente enamorada de él, y le amenazaba que, no condescendiendo a su voluntad, diría a su amo que la había intentado forzar. Por huir de tan próxima ocasión y tan perjudicial, dejó en sus manos la capa, de que le tenía asido.

El segunda año de los siete estériles vino Jacob a Egipto con toda su familia a ver a su hijo, siendo ya de edad de ciento y treinta años, como lo dijo al rey cuando se lo preguntó; y contando José treinta y nueve años, sumados a los treinta que tenía cuando lo hizo el rey su gobernador, los siete de abundancia y los dos de hambre.

CAPITULO V

De Apis, rey de los argivos, a quien los egipcios llamaron Serapis, y le veneraron como a Dios Por estos tiempos, Apis rey de los argivos, habiendo navegando a Egipto y muerto allí, le constituyeron aquellas gentes ilusas por uno de los mayores dioses de Egipto. Y la

razón por que, después de muerto, no se llamó Apis, sino Serapis, la da bien obvia Varrón, pues como el arca o ataúd, dice, en que se coloca al difunto que al presente todos llaman sarcófago, se dice soros en griego, y cómo principiaron entonces a reverenciar en ella a Apis antes que le hubiesen dedicado templo, se dijo primero Sorsapis o Sorapis, y después, mudando una letra, como acontece, Serapis. Y establecieron también por su respeto la pena de muerte a cualquier que dijese que había sido hombre. Como en casi todos los templos donde adoraban a Isis y a Serapis había también una imagen que, puesto el dedo en la boca, parecía que advertía que se guardase silencio, piensa el mismo Varrón que esto significaba que callasen el haber sido hombre.

El buey que con tan particular ilusión y engaño criaba Egipto el honor suyo con tan copiosos regalos, le llamaban Apis, y no Serapis, porque sin el sarcófago o sepultura le reverenciaban vivo, y cuando muerto este buey, buscaban y hallaban algún novillo de su mismo color, esto es, señalado también con manchas blancas, lo tenían por singular portento enviado del cielo. En efecto: no era dificultoso a los demonios, para engañar a estos hombres fanáticos e ilusos, señalar a una vaca, al tiempo que concebía y estaba preñada, la imagen de otro toro semejante, la cual ella sola viese, de donde el apetito de la madre atrajese lo que después viniera a quedar pintado en el cuerpo de su cría; como lo hizo Jacob con las varas de varios colores, para que las ovejas y cabras naciesen varias; pues lo que los hombres pueden con colores y cuerpos verdaderos, eso mismo pueden fácilmente los demonios, con fingidas figuras, representar a los animales que conciben.

CAPITULO VI

Quién reinaba en Argos y Asiria cuando murió Jacob en Egipto Apis, rey, no de los egipcios, sino de los argivos, murió en Egipto, sucediéndole en el reino su hijo Argo, de cuyo nombre se apellidaron los argos, y de aquí los argivos; pues en tiempo de los reyes pasados, ni la ciudad ni aquella nación se denominaban así. Reinando éste en Argos, en Sicionia Erato y en Asiria todavía Baleo, murió Jacob en Egipto, de edad de ciento cuarenta y siete años, habiendo echado su bendición a la hora de su muerte a sus hijos y a sus nietos, los hijos de José; habiendo vaticinado claramente a Cristo, cuando dijo en la bendición que echó a Judá: «No faltará príncipe en Judá, ni cabeza de su descendencia, hasta que vengan todas las cosas que están a él reservadas, y él será a quien esperarán con ansia las gentes.»

Reinando Argo, principió Grecia a usar y gozar de legumbres y frutos de la tierra, y a tener mieses en la agricultura, habiendo conducido de fuera las semillas. También Argo, después de muerto, comenzó a ser venerado por dios, honrándole con templo y sacrificios. Lo mismo hicieron reinando él, y antes de él, con cierto hombre particular que murió tocado de un rayo, llamado Homogiro, por haber sido el primero que unció los bueyes bajo el yugo del arado.

CAPITULO VII

En tiempo de qué reyes falleció José en Egipto Reinando Mamito, duodécimo rey de los asirios, y Plemneo, undécimo de los sicionios, y Argo todavía en Argos, falleció José en

Egipto, de edad de ciento y diez años. Después de su muerte, el pueblo de Dios, creciendo maravillosamente, estuvo en Egipto ciento cuarenta y cinco años, viviendo al principio en quietud, hasta que se acabaron y murieron los que conocían a José. Pasado algún tiempo, envidiando los egipcios su acrecentamiento y temiendo de él funestas consecuencias, hasta que salió libre de este país, padeció innumerables y rigurosas persecuciones, entre las cuales, no obstante, multiplicando Dios sus hijos, crecía, aunque oprimido bajo una intolerable servidumbre. En Asiria y Grecia reinaban por aquel tiempo los mismos que arriba insinuamos.

CAPITULO VIII

En tiempo de qué reyes nació Moisés, y la religión de algunos dioses que se fue introduciendo por aquellos tiempos Reinando en Asiria Safro, rey décimocuarto; en Sicionia Orthópolis, duodécimo, y Criaso, quinto en Argos, nació en Egipto Moisés, por cuyo medio salió libre el pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto, en la cual convino que así ese ejercitado para que pusiese sus deseos y confianza en el auxilio y favor de su Criador. Reinando estos reyes, creen algunos que vivió Prometheo, de quien aseguran haber formado hombres del lodo, porque fue de los más científicos que se conocieron, aunque no señalan qué sabios hubiese en su tiempo.

Dicen que su hermano Atlas fue grande astrólogo, de donde tomaron ocasión los poetas para fingir que tiene a cuestas el cielo, aunque se halla un monte de su nombre, que más verosímilmente parece que, por su elevación, ha venido a ser opinión vulgar que tiene a cuestas el cielo. Desde estos ¿tiempos comenzaron a fingirse otras fábulas en Grecia, y así hallamos hasta el tiempo de Cecróps, rey de los atenienses (en cuyo tiempo la misma ciudad se llamó Cecropia, y en él, Dios, por medio de Moisés, sacó á su pueblo de Egipto), canonizado por dioses algunos hombres difuntos, por la ciega y vana costumbre supersticiosa de los griegos; entre los cuales fueron Melantonice, mujer del rey Criaso; y Forbas, hijo de éstos, el cual, después de su padre, fue sexto rey de los argivos; y Jaso, hijo de Triopa, séptimo rey; y el rey nono Sthenelas, o Stheneleo, o Sthenelo, porque se halla escrito con variedad, en diversos autores.

En estos tiempos dicen también que floreció Mercurio, nieto de Atlante, hijo de su hijo Maya, como lo vemos en las historias más vulgares. Fue muy insigne por la noticia e instrucción que tuvo de muchas ciencias, las cuales enseñó a los hombres, por cuyo motivo, después de muerto, quisieron que fuese dios, o lo creyeron así. Dicen que fue más moderno Hércules, que floreció en estos mismos tiempos de los argivos, bien que algunos le hacen anterior a Mercurio; los cuales imagina que se engaña. Pero en cualquiera tiempo que hayan vivido, consta de historiadores graves que escribieron estas antigüedades que ambos fueron hombres, y que por los muchos beneficios que hicieron a los mortales para pasar esta vida con más comodidad, merecieron que ellos los reverenciasen como a dioses. Minerva fue mucho más antigua que éstos, porque en tiempo de Ogigio dicen que apareció en edad de doncella junto al lago llamado de Tritón, de donde le vino a ésta el nombre de Tritonia, Fue, sin duda, inventora de muchas cosas útiles, y tanto más fácilmente tenida por diosa, cuanto menos noticia se tuvo de su nacimiento; pues lo que cuentan que nació de la

cabeza de Júpiter se debe atribuir a los poetas y sus fábulas, y no a la historia y a los sucesos acaecido.

Tampoco respecto del tiempo en que vivió el mismo Ogigio concuerdan los historiadores; en el cual también hubo un grande diluvio, no aquel genera en que no escapo hombre a excepción de los que entraron en el Arca del cual no tuvieron noticia los historiadores gentiles, ni los griegos, ni los latinos, aunque fue mayor que el que hubo después, en tiempo de Deucalión Desde aquí Varrón principió aquel libro de que hice mención arriba, y no propone o halla suceso más antiguo del cual poder partir y llegar a las cosas romanas, que el diluvio de Ogigio, esto es, el que sucedió en tiempo de Ogigio. Pero los nuestros que escribieron crónicas, Eusebio, y después San Jerónimo, en esta opinión siguieron seguramente a algunos otros historiadores precedentes, y refieren que fue el diluvio de Ogigio más de trescientos años después, reinando ya Foroneo, segundo rey de los argivos. En cualquier tiempo que haya sido, adoraban ya a Minerva como diosa, reinando en Atenas Cecróps, en cuya época aseguran que esta ciudad fue o restaurada o fundada.

CAPITULO IX

Cuándo se fundó, la ciudad de Atenas, y la razón que da Varrón de su nombre Para explicar que se llamase Atenas, que es nombre efectivamente tomado de Minerva, la cual en griego se llama Atena, apunta Varrón esta causa: habiéndose descubierto allí de improviso el árbol de la oliva, y habiendo brotado en otra parte el agua, turbado el rey con estos prodigios, envió a consultar a Apolo Délfico qué debía entenderse por aquellos fenómenos, o qué se había de hacer. El oráculo respondió que la oliva significaba a Minerva, y el agua a Neptuno, y que estaba en manos de los ciudadanos el llamar aquella ciudad con el nombre que quisiesen de aquellos dos dioses, cuyas insignias eran aquéllas. Cecróps, recibido este oráculo, convocó para que dieran su voto a todos los ciudadanos de ambos sexos, por ser entonces costumbre en aquellos países que se hallasen también las mujeres en las consultas y juntas públicas. Consultada, pues, la multitud popular, los hombres votaron por Neptuno, y las mujeres por Minerva; y hallándose un voto más en las mujeres, venció Minerva.

Enojado con esto Neptuno, hizo crecer las olas del mar e inundó y destruyó los campos de los atenienses; porque no es difícil a los demonios el derramar y esparcir algo más de lo regular las aguas. Para templar su enojo, dice este mismo autor que los atenienses castigaron a las mujeres con tres penas: la primera, que desde entonces no diesen ya su sufragio en los públicos congresos; la segunda, que ninguno de sus hijos tomase el nombre de la madre, y la tercera, que nadie las llamase ateneas. Y así aquella ciudad, madre de las artes liberales y de tantos y tan célebres filósofos, que fue la más insigne e ilustre que tuvo Grecia, embelecada y seducida por los demonios con la contienda de dos de sus dioses, el uno varón y la otra hembra, por una parte, a causa de la victoria que alcanzaron las mujeres, consiguió nombre mujeril de Atenas, y por otra, ofendida por el dios vencido, fue compelida a castigar la misma victoria de la diosa vencedora, temiendo más las aguas de Neptuno que las armas de Minerva. Porque en las mujeres así castigadas también fue vencida Minerva, hasta el punto de no poder favorecer a las que habían votado en su favor para que, ya que habían perdido la potestad de poder votar en lo sucesivo, y veían excluidos los hijos de los nombres de mis madres, pudiesen éstas siquiera llamarse ateneas, y merecer

el nombre de aquella diosa a quien ellas hicieron vencedora, con sus votos, contra un dios varón De donde se deja conocer bien cuántas cosas pudiéramos decir aquí y cuán grandes, si la pluma no nos llevara de prisa a otros asuntos.

CAPITULO X

Lo que escribe Varrón sobre el nombre de Areópago y del diluvio de Deucalión Marco Varrón no quiere dar crédito a las fabulosas ficciones en perjuicio de los dioses, por no indignarse contra la majestad, de estas falsas deidades. Por lo mismo, tampoco quiere que el Areópago (que es el lugar donde disputó San Pablo con los atenienses, del cual se llaman areopagitas los jueces de la misma ciudad) se haya llamado así porque Marte, que en griego se dice Ares, culpado y reo de un homicidio, siendo doce los dioses que juzgaban en aquel pago, fue absuelto por seis (pues en igualdad de votos se solía anteponer la absolución a la condenación); sino que, contra esta opinión, que es la más celebrada y admitida, procura alegar otra razón y causa de este nombre, tomada de la noticia de las ciencias más abstractas y misteriosas, para que no se crea que los atenienses llamaron al Areópago del nombre de Marte y Pago, así como Pago de Marte; o sea, en perjuicio y deshonor de los dioses, los cuales cree que no tienen entre sí litigios ni controversias; y dice que esta etimología de Marte no es menos fabulosa y falsa que lo que cuentan de las tres diosas, es a saber: de Juno, Minerva y Venus, quienes, por conseguir la manzana de oro, se dice que delante de París pleitearon y debatieron sobre la excelencia de su hermosura. Estas culpas se cantan y celebran entre los aplausos del teatro, para aplacar con sus fiestas y juegos a los dioses que gustan de ellas, ya sean verdaderas, ya sean falsas.

Esto no lo creyó Varrón, por no dar asenso a cosas incongruentes a la naturaleza o a las costumbres de los dioses; y, con todo, dándonos é la razón, no fabulosa, sino histórica, del nombre de Atenas, refiere en sus libros una controversia tan ruidosa como la de Neptuno y Minerva sobre cuál de ellos daría su nombre a aquella ciudad, quienes disputaron entre sí con ostentación de prodigios, y aun el mismo Apolo, consultado, no se atrevió a ser juez de aquella causa, sino que, para poner fin a la pendencia de estos dioses, así como Júpiter remitió a París la decisión de la causa de las tres diosas, ya insinuada, así también Apolo remitió esta a los hombres, donde tuviese Minerva más votos con que vencer, y en la pena y castigo que dieron a las que le habían suministrado sus sufragios fuese vencida; la cual, en contradicción de los hombres, sus contrarios, pudo conseguir que se llamase Atenas la ciudad y no pudo lograr que las mujeres, sus afectas, se llamasen ateneas.

Por estos tiempos, según escribe Varrón, reinando en Atenas Cranao, sucesor de Cecróps, y, según nuestros escritores Eusebio y San Jerónimo, viviendo todavía el mismo Cecróps, sucedió el diluvio que llamaron de Deucalión, porque era señor de las tierras donde principalmente ocurrió; pero este diluvio de ningún modo llegó a Egipto ni sus comarcas.

CAPITULO XI

En qué tiempo sacó Moisés al pueblo de Israel dé Egipto; y Jesús Nave, o Josué, que le sucedió, en tiempo de qué reyes murió Sacó, pues, Moisés de Egipto al pueblo de Dios en

los últimos días de Cecróps, rey de Atenas, reinando en Asiria Astacades, en Sicionia Marato y en Argos Triopas. Sacado el pueblo, le dio la ley que había recibido en el Monte Sinaí de mano de Dios, la cual se llamó Testamento Viejo, porque contiene promesas terrenas y porque, por medio de Jesucristo, habíamos de recibir el Testamento Nuevo, donde se nos prometiese el reino de los cielos. Pues fue muy conforme a razón que se observase el orden que se guarda en cualquier hombre que aprovecha en Dios, en el cual sucede lo que dice el Apóstol: «Que no es primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, y después lo que es espiritual.» Porque como dice el mismo, y es verdadero: «El primer hombre de la tierra fue terreno, y el segundo, como vino del cielo, fue celestial.»

Gobernó Moisés el pueblo por tiempo de cuarenta años en el desierto, y murió a los ciento veinte de su edad, habiendo asimismo profetizado a Cristo por las figuras de aquellas observancias y ceremonias carnales que hubo en el tabernáculo, sacerdocio, Sacrificios y en otros varios mandatos místicos. A Moisés sucedió Jesús Nave, o Josué, quien introdujo y estableció en sus respectivos territorios el pueblo de Dios en la tierra de promisión, después de conquistar con autoridad y auxilio divino las naciones que poseían aquellas tierras. El cual, habiendo gobernado al pueblo, después de la muerte de Moisés, por espacio de veintisiete años, murió, reinando a este tiempo en Asiria Amintas, rey XVIII; en Sicionia, Corax XVI; en Argos, Danao X, y en Atenas, Erictonio, rey cuarto.

CAPITULO XII

De las solemnidades sagradas que instruyeron a los falsos dioses, por aquellos tiempos, los reyes de Grecia, las cuales coinciden con los tiempos desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué Por estos tiempos, es decir, desde la salida del pueblo de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué, por cuyo medio entró el mismo pueblo en posesión de la tierra de promisión, los reyes de Grecia instituyeron a los falsos dioses ciertas solemnidades sagradas, con las cuales, en solemnes fiestas, celebraban la memoria del diluvio, y cómo los hombres se libertaron de él y de las calamidades que entonces sufrieron, ya subiéndose a lo más elevado de los montes, ya bajando a vivir en los valles. Porque la subida y bajada de los lupercos por la calle que llaman Vía Sacra así la interpretan, diciendo que significan los hombres que por la inundación de las aguas subieron a las cumbres de los montes, y al volver ésta a su antiguo cauce descendieron aquéllos a los llanos.

Por estos tiempos dicen que Dionisio, que también se llama Padre Liber, tenido por dios después de su muerte, descubrió en la tierra de Atenas el uso de la vid a un huésped suyo. Por entonces se establecieron asimismo los juegos músicos dedicados a Apolo Délfico para aplacar su ira, por cuya causa pensaban que habían padecido esterilidad las provincias de Grecia, porque no defendieron su templo, quemado por el rey Danao cuando hizo guerra a aquellas tierras. Y que le instituyesen estos juegos, el mismo lo advirtió con su oráculo; pero en la tierra de Atenas el primero que le dedicó juegos fue el rey Erictonio (Y no sólo a él, sino también a Minerva), en los cuales a los vencedores les daban por premio aceite, porque dicen que Minerva fue la inventora y descubridora del fruto de la oliva, así como Liber del vino.

Por este tiempo, Janto, rey de Creta, cuyo nombre hallamos diferente en otros, dicen que robó a Europa, de la cual tuvo a Radamanto, Sarpedón y Minos, los cuales, sin embargo, es fama común que son hijos de Júpiter, habidos en esta mujer. Pero los que profesan la religión de semejantes dioses, lo que hemos insinuado del rey dé Creta lo juzgan verdadera historia; y lo que cuentan de Júpiter los Poetas, resuena en los teatros y celebran los pueblos, lo consideran como vanas fábulas, para que hubiese materia para inventar juegos que aplacasen a los dioses, aun imputándoles culpas falsas. Por estos tiempos corría la fama de Hércules en Tyria; pero éste fue otro, no aquel de quien hablamos arriba; porque en la historia más secreta y religiosa se refiere que hubo muchos Líberos padres y muchos Hércules. De este Hércules cuentan doce hazañas muy heroicas, entre las cuales no insertan la muerte del africano Anteo, por pertenecer esto al otro Hércules. Refieren en sus historias que él mismo se quemó en el monte Oeta, no habiendo podido sufrir y llevar con paciencia, y con aquella virtud y valor heroico con que había sujetado los monstruos, la enfermedad que padecía. Por estos tiempos el rey, o, por mejor decir, el tirano Busiris, sacrificaba sus huéspedes a sus dioses, Dicen que fue hijo de Neptuno, tenido de Libia, hija de Epapho; pero no creemos que Neptuno cometió este estupro, ni acusamos a los dioses, sino atribúyase a los poetas y teatros, para que haya materia con que aplacar a aquéllos.

De Erictonio, rey de los atenienses, en cuyos últimos anos se halla que murió Josué, dicen que fueron sus padres Vulcano y Minerva; mas por cuanto quieren que Minerva sea doncella, explican que en la controversia y debate que tuvieron ambos, jugueteando Vulcano, con el movimiento violento de los saltos, cayó su semilla en la tierra, y a lo que nació de esta semilla le pusieron aquel nombre; porque en griego eris significa lid o porfía, y cton, la tierra, y de estos dos se compuso el nombre de Erictonio. Con todo, lo que no debe olvidarse es que los más doctos refutan y niegan estas sutilezas de sus dioses, diciendo que esta opinión fabulosa nació de que se halló el muchacho expuesto en un templo que había en Atenas dedicado a Vulcano y Minerva, enroscado en una sierpe lo que significó, que había de ser un grande héroe, y porque el templo era común y se ignoraba quiénes eran sus padres, se dijo ser hijo de Vulcano y de Minerva, Sin embargo, la otra que es fábula, nos declara y manifiesta con más claridad el origen de su nombre, que no ésta que es la historia. Pero ¿qué nos importa, que en sus libros verdaderos enseñen esto a los hombres religiosos, si en los juegos falsos y engañosos deleitan con aquello a los inmundos demonios, a quienes, sin embargo, los religiosos gentiles adoran y reverencian como a dioses? Y cuando nieguen de ellos todas estas cosas, no pueden absolverlos totalmente de la culpa, pues pidiéndolo ellos establecen y celebran unos juegos, en los que se representa con torpezas lo que al parecer con prudencia y discreción se niega. Y advirtiendo al mismo tiempo que con estas falsedades y disoluciones se aplacan los dioses, aunque la fábula nos cuente el crimen que falsamente, imputan a los dioses, el deleitarse con la culpa, aunque sea falsa, es culpa verdadera.

CAPITULO XIII

De las fabulosas ficciones que inventaron al tiempo que comenzaron los hebreos a gobernarse por sus jueces Después de la muerte de Josué, el pueblo de Dios comenzó a gobernarse por jueces, en cuyos tiempos gustaron en ocasiones de la adversidad y calamidades por sus pecados, y a veces de la prosperidad en los consuelos por la

misericordia de Dios. Por este tiempo se inventaron algunas fábulas: la de Triptolemo, quien, por mandato de Ceres, conducido por unas sierpes que volaban, trajo trigo por el aire en ocasión que había escasez y carestía; la del Minotauro, que dicen fue una bestia encerrada en el laberinto, en el cual, luego que entraban los hombres, por los enredos y confusión de los lugares que se veían dentro, ya no podían salir; la de los Centauros, que dicen fue cierta especie de animal, compuesto de hombre y caballo; la del Cerbero, que es un perro de tres cabezas, que hay en los infiernos; la de Frigio y Helles, su hermana, de los cuales dicen que, llevados sobre un carnero, volaban; la de la Gorgona, que dicen tuvo las crines serpentinas, convirtiendo en piedras a los que la miraban; la de Belerofonte, que anduvo en un caballo que volaba con alas, llamado Pegaso; la de Anfión, que con la suavidad de su cítara, dicen, ablandó y atrajo las piedras; la de Dédalo y de su hijo Icaro, que poniéndose unas alas, volaron; la de Edipo, de quien cuentan que a un monstruo llamado Esfinge, que tenía el rostro humano y era una bestia de cuatro pies, habiéndole resuelto un enigma que solía proponer como irresoluble, hizo que se despeñase y pereciese; la de Anto, a quien mató Hércules, que dicen fue hijo de la tierra, por lo cual, creyendo y tocando la tierra, acostumbraba a levantarse más fuerte, y así otras que acaso me habré dejado.

Estas fábulas que hubo hasta la guerra de Troya, en la que Marco Varrón concluyó su libro segundo del origen de la nación romana, las fingieron así los ingenios perspicaces de los hombres, estresacando noticias de algunos sucesos que acaecieron, y constaban las historias, agregando las injurias y oprobios imputados a los dioses. Así fingieron de que Júpiter robó al hermoso joven Ganímedes (cuya execrable maldad la cometió el rey Tántalo, y la fábula la atribuye a Júpiter), y que descendiendo en una lluvia de oro durmió a Danae; en lo que se entiende que con el oro conquistó la honestidad de aquella mujer; cosa que o sucedió o se fingió en aquellos siglos heroicos, o habiéndolo hecho otros, se supuso y atribuyó a Júpiter. No puede ponderarse cuán impíamente han opinado de los ánimos y corazones de los hombres, suponiendo que pudieran sufrir con paciencia estas mentiras; pero, ¡qué digo sufrirías!, si tos hombres las adoptaron también gustosamente, siendo así que con cuanta más devoción reverencian a Júpiter, con tanto más rigor debieran castigar a los que se atrevieron a decir de él tales torpezas.

Pero no sólo no se indignan contra los que supusieron semejantes patrañas, sino que si no representaran tales ficciones en los teatros, pensaran tener enojados e indignados a los mismos dioses. Por estos tiempos Latona dio a luz a Apolo, no aquel a cuyos oráculos dijimos arriba que solían acudir las gentes de todas partes, sino aquel de quien sé refiere que con Hércules apacentó los rebaños del rey Admeto; a quien, sin embargo, de tal suerte le tuvieron por dios, que muchos, y casi todos, piensan que éste y el otro fue un mismo Apolo. Por entonces también el padre Libero o Baco hizo guerra a la India, y trajo en su ejército muchas mujeres que llamaban bacantes, no tan ilustres y famosas por su virtud y valor como por su demencia y furor. Alguno escriben que fue vencido y preso este Libero, y otros que fue muerto en una batalla por Perseo, y hasta señalan el lugar donde fue sepultado, y, con todo, en honor de su nombre, como si fuera Dios, han instituido los impuros demonios unas solemnidades religiosas, o, por mejor decir, unos execrables sacrilegios que llaman bacanales. De cuya horrible torpeza, después de transcurridos tantos años, se como y avergonzó tanto el Senado que prohibió su celebración en Roma. Por estos tiempos, a Perseo y a su esposa Andrómeda, ya difuntos, en tal conformidad los admitieron

y colocaron en el cielo, que no se avergonzaron ni temieron acomodar y designar sus imágenes a las estrellas, llamándolas con sus propios nombres.

CAPITULO XIV

De los teólogos poetas En este mismo tiempo hubo también poetas que se llamaron teólogos porque componían versos en honor y elogio de los dioses; pero de unos dioses que, aunque fueron hombres sabios, fueron hombres o eran elementos de este mundo, que hizo y crió el Dios verdadero, o fueron puestos en el orden de algunos principados y potestades, según la voluntad del que los crió y no según sus méritos. Y si entre tantas cosas vanas y falsas dijeron alguna del único y solo Dios verdadero, adorando juntamente con él a otros que no son dioses y haciéndoles el honor que se debe solamente a un solo Dios, sin duda que no le adoraron legítimamente, además de que tampoco éstos pudieron abstenerse de la infamia e ignominia fabulosa de sus dioses Entre estos teólogos poetas cítanse a Orfeo, Museo y Lino, quienes adoraron a los dioses, y ellos no fueron adorados por dioses, aunque; no sé como la ciudad de los impíos suele hacer, que presida Orfeo en las solemnidades sagradas, o, por mejor decir, en los sacrilegios que se celebran y dedican al infierno.

Habiendo perecido la mujer del rey Athamante, llamada Ino, y despeñándose su hijo Melicertes voluntariamente al mar, la opinión de los hombres los divinizó y puso en el número de los dioses, como lo hizo igualmente con otros hombres de aquel tiempo, entre los cuales fueron Cástor y Pólux. Los griegos llamaron a la latinos, Matuta, y unos y otros la tuvieron por diosa.

CAPITULO XV

Del fin del reino de los argirvos, que fue cuando entre los laurentes, Pico, hijo de Saturno, sucedió el primero en el reino de su padre Por estos tiempos se acabó el reino de los argivos, habiéndose transferido a Micenas, de donde fue Agamenón, y tuvo su origen el reino de los laurentes, donde el primero que reinó fue Pico, hijo de Saturno, siendo juez entre los hebreos Débora, mujer, aunque por su medio gobernaba aquella república el Espíritu Santo, y asimismo era profetisa, cuya profecía es tan oscura que apenas podríamos manifestar aquí que fue relativa a Cristo sin consumir mucho tiempo en exponerla. Ya reinaban los laurentes en Italia, de quienes se deduce con más claridad el origen de los romanos después de los griegos, y,. sin embargo, permanecía todavía el reino de los asirios, en el cual reinaba Lampares, su rey XXIII, habiendo principiado Pico a ser el primero de los laurentes.

De Saturno, padre de éste, vean lo que opinan los que adoran semejantes dioses, que niegan fuese hombre; y de quien escriben otros que reinó también en Italia antes que Pico, su hijo. Y Virgilio lo insinúa bien claro en estas expresiones: «Éste civilizó a la gente indócil e inculta que vivía derramada por las asperezas de los montes, dándoles leyes para la dirección de sus acciones, y quiso mejor que aquel país se llamase Lacio, esto es, escondrijo, porque seguramente había estado escondido en él; y según la voz de la fama en

su tiempo, esto es, reinando él, florecieron los siglos de oro.» Pero dirán que esto es ficción poética, y que el Padre de Pico fue realmente Esterces, el cual, siendo un hombre muy intruido en la agricultura, dicen que halló el secreto de cómo debían fertilizarse los campos con el excremento de los animales el cual de su nombre se llamó estiércol.

Del mismo modo dicen algunos que se llamó éste Estercucio; pero por cualquier motivo que hayan querido llamarle Saturno, a lo menos con razón, a Esterces o Estucio le hicieron dios de la agricultura Y asimismo a Pico, su hijo, le colocaron en el número de otros tales dioses y de él aseguran haber sido famoso agorero y gran soldado. A Pico sucedió su hijo Fauno, segundo rey de los laurentes, a quien igualmente tienen o tuvieron por dios, y a todos estos hombres, después de su muerte, los honraron como a dioses antes de la guerra de Troya.

CAPITULO XVI

De Diómedes, a quien después de la destrucción de Troya pusieron en el número de los dioses, cuyos compañeros dicen que se convirtieron en aves La ruina de Troya, celebrada y cantada por todo el orbe, tanto que hasta los niños la sabían, por su grandeza y por la excelencia del ingenioso lenguaje de los escritores, se extendió y divulgó. Sucedió, reinando ya Latino hijo de Fauno, de quien tomó nombre el reino de los latinos, cesando ya de llamarse de los laurentes. Los griegos, victoriosos, dejando asolada a Troya y regresando a sus casas, padecieron un fuerte descalabro en el camino, siendo rotos y deshechos con diversas y fatales pérdidas y desastres, y, sin embargo, aun con algunos de ellos acrecentaban el número de sus dioses, pues instituyeron por dios a Diómedes y por disposición y castigo del cielo, dicen, que no volvió a su tierra; afirmando también que sus compañeros se convirtieron en, aves y testificando este suceso, no con ficción fabulosa o poética, sino con autoridad histórica; a los cuales compañeros, siendo ya dios, según creyeron los ilusos, no les pudo restituir la forma humana, o a lo menos, como recién entrado en el cielo, no pudo conseguir esta gracia de su rey Júpiter.

Además, aseguran haber un templo suyo en la isla Diomedea, no muy distante del monte Gargano, situado en Apulia, y que estas aves andan volando alrededor de este templo, y que asisten allí continuamente, ocupándose en un ministerio tan santo y admirable como es tomar aguas en los picos y rociarle; y si acontece llegar allí algunos griegos, o descendientes de griegos, no sólo están, quietas, sino que los halagan y acarician; pero si acaso llegan otros de otra nación, acometen a sus cabezas y los hieren tan gravemente que a veces los matan; porque aseguran que con sus fuertes y grandes picos están suficientemente armadas para poder realizar esta empresa.

CAPITULO XVII

Lo que creyó Varrón de las increíbles transfiguraciones de los hombres En confirmación de esto, refiere Varrón otras particularidades no menos increíbles de aquella famosísima maga, llamada Circe, que convirtió los compañeros de Ulises en bestias; y asimismo de los arcades, que, llevados por suerte, atravesaban a nado un estanque donde se transformaban en lobos y con otras fieras semejantes pasaban su vida por los desiertos de aquella región;

pero si acontecía que no comiesen carne humana, otra vez al cabo de nueve años, volviendo a pasar a nado el mismo estanque, recobraban su primera forma de hombres.

Finalmente, refiere asimismo en particular de cierto hombre llamado Demeneto, que habiendo comido del sacrificio que los arcades solían hacer a su dios Lico, inmolándole un niño, se convirtió en lobo, y que pasados diez años, vuelto a su propia figura, se había ejercitado en el arte de la lucha, saliendo victorioso en los juegos olímpicos. No por otra causa piensa el historiador que en Arcadia llamaron Liceo a Pan y a Júpiter, sino por la transformación de hombres en lobos, la cual entendían que no podía hacerse sino con virtud divina; porque lobo en griego se dice lycos, de donde Parece haberse derivado el nombre de Liceo. También dice que los lupercos romanos nacieron de la semilla de estos misterios.

CAPITULO XVIII

Qué es lo que debe creerse de las transformaciones que, por arte o ilusión de los demonios, parece a los hombres que realmente se hacen Pero acaso los que leyesen esto gustarán saber lo que decimos y sentimos acerca de un embeleso y engaño tan grande de los demonios, y lo que deben hacer los cristianos cuando oyen que los ídolos de los gentiles hacen milagros. Lo que diremos es que debe huirse de en medio de Babilonia. Este precepto profético debe entenderse espiritualmente, de forma que de la ciudad de este sitio, que, sin duda, es una sociedad e ángeles malos y hombres impíos, nos apartemos, siguiendo la verdadera fe, que obra por amor, con sólo aprovechar, espiritualmente en Dios vivo. Cuanto mayor viésemos que es la potestad de los demonios en estas cosas terrenas, tanto más firmemente debemos estar asidos del Medianero, porque subimos de estas cosas bajas y despreciables a las sumas y necesarias.

Pues si dijésemos que no debe darse crédito a semejantes sutilezas, no falta ahora quien diga que sucesos como éstos, o los ha oído por muy ciertos, o los ha visto por experiencia, pues aun nosotros, estando en Italia, hemos oído algunas cosas como éstas de una provincia de aquellas regiones, donde decían que las mesoneras, instruidas en tales artes malas, solían dar en el queso a los viajeros que querían o podían cierta virtud con que inmediatamente se convertían en asnos, en que conducían lo que necesitaban, y, concluida su comisión, volvían en sí y a su antigua figura, y que no por eso su alma se transformaba en bestias, sino que se les conservaba la razón y humano discurso; así como Apuleyo, en los libros que escribió del Asno de oro, enseñó, o fingió haber sucedido a si mismo, que, tomando el brebaje o porción destinada a este efecto, quedando en su estado la razón del hombre, se convirtió en asno estas transformaciones, o son falsas, o tan inusitadas, que, con razón no merecen crédito.

Sin embargo, debemos creer firmemente que Dios Todopoderoso puede hacer todo cuanto quiere, ya sea castigando, ya sea premiando, y que los demonios no pueden obrar maravilla alguna, atendida solamente su potencia natural (porque ellos son asimismo en la naturaleza ángeles, aunque por su propia culpa malignos y reprobados), sino lo que el Señor les permitiere, cuyos juicios eternos muchos son ocultos, pero ninguno injusto. Aunque los demonios no crían ni pueden criar naturaleza alguna cuando hacen algún portento, como los

que ahora tratamos, sino que sólo en cuanto a la apariencia mudan y convierten lo que ha criado el verdadero Dios, de manera que nos parezca lo que no es.

Así que por ningún pretexto creerá que los demonios puedan convertir realmente con ningún arte ni potestad, no sólo el alma, pero ni aun el cuerpo humano en miembros o formas de bestias, sino que la fantasía humana, que varía también, imaginando o soñando innumerables diferencias de objetos y, aunque no es cuerpo, con admirable presteza imagina formas semejantes a los cuerpos, estando adormecidos u oprimidos los sentidos corpóreos del hombre puede hacerse que llegue por un modo inefable y que se represente en figura corpórea el sentido de los otros, estando los cuerpos de los hombres, aunque vivos, predispuestos mucho más gravemente y con más eficacia que si tuvieran los sentidos cargados y oprimidos de sueño. Y que aquella representación fantástica, como si fuera corpórea, se aparezca y represente en figura de algún animal a los sentidos de los otros, y que a sí propio le parezca al hombre que es tal como le pudiera suceder y parecer en suelos, y que le parezca que trae a cuestas algunas cargas, cuyas cargas, si son verdaderos cuerpos, los traen los demonios para engañar a los hombres, viendo por una parte los verdaderos cuerpos de las cargas, y por otra los falsos cuerpos de los jumentos. Porque cierto hombre, llamado Prestancio, contaba que le había sucedido a su padre, que, tomando en su casa aquel hechizo o veneno en el queso, se tendió en su cama como adormecido al cual, sin embargo, de ningún modo pudieron despertar, y decía que al cabo de algunos días volvió en sí como quien despierta, y refirió como sueño lo que había padecido, es a saber: que se había vuelto caballo y que habla acarreado y conducido a los soldados, en compañía de otras bestias y jumentos, su vianda, que en latín se dice retica, porque se lleva en las redes, o mochilas; todo lo cual se supo que había sucedido así como lo contó, y a él, sin embargo, le parecía haber soñado.

También refirió otro que estando en su casa, de noche, antes de dormirse, vio venir hacia él un filósofo muy amigo suyo, quien le declaró algunos secretos y doctrinas de Platón, las cuales, pidiéndoselo antes, no se las había querido declarar. Y preguntándole al mismo filósofo por qué había hecho en casa del otro lo que, rogándoselo, no había querido hacer en la suya propia, «no lo hice yo, dice, sino que soñé haberlo hecho.» Así se presentó al que velaba por imagen fantástica lo que el otro soñó. Estas simplezas llegaron a mi noticia, contándolas, no alguno a quien creyera indigno de darle crédito, sino personas que imagino no mentirían. Y por eso, lo que dicen y escriben de que en Arcadia los dioses, o por mejor decir, los demonios, suelen convertir a los hombres en lobos, y que con sus encantamientos transformó Circe a los compañeros de Ulises del modo que va he dicho, me parece que pudo ser, si es que así fue, y que las aves de Diómedes, supuesto que dicen que todavía dura su generación sucesivamente, no fueron convertidas de hombres en aves, sino que presumo las pusieron en lugar de aquella gente que se perdió o murió, como pusieron allá a la cierva en lugar de Ifigenia, hija del rey Agamenón; pues para los demonios no son dificultosos semejantes engaños cuando Dios se los permite Come hallaron después viva aquélla doncella, fue fácil de entender que en su lugar pusieron la cierva; pero los compañeros de Diómedes, porque de repente desaparecieron, y después jamás los vieron, pereciendo, por sus culpas, a manos de los ángeles malos, creyeron los crédulos que fueron transformados en aquellas aves, que ellos trajeron allí de otras partes donde las había y de improviso las pusieron en lugar de los muertos Y acerca de lo que dicen que en los picos traen agua, rocían y purificar el templo de Diómedes, que acariciar a los griegos y

persiguen a las otras naciones, no es maravilla que sucedió así por instinto de los demonios, pues a ellos toca el persuadir que Diómedes fue hecho dios para engañar a los hombres, a fin de que adoren muchos dioses falsos en perjuicio del verdadero Dios, y sirvan con templos, altares, sacrificios y sacerdotes (todo lo cual cuando es correspondiente y bueno, ni se debe sino a un solo Dios vivo y verdadero), hombres muertos, que ni cuando vivieron, vivieron verdaderamente.

CAPITULO XIX

Que Eneas vino a Italia en tiempo que Labdón era juez entre los hebreos Por este tiempo, después de entrada a sangre y fuego y arruinada Troya, vino Eneas con una armada de veinte naves, en las que se habían embarcado las reliquias de los troyanos, a Italia, reinando allí Latino; en Atenas, Menestheo; en Sicionia, Polífices; en Asiria, Tautanes, y siendo juez entre los hebreos Labdón. Muerto Latino, reinó Eneas tres años, reinando los referidos reyes en los mismos pueblos, a excepción de Sicionia, donde a la sazón reinaba ya Pelasgo, y entre los hebreos era juez Sansón, del que como fue tan fuerte y valeroso, se creyó haber sido Hércules.

Como Eneas no pareció cuando murió, le hicieron su dios los latinos. Los sabinos, a su primer rey, Sango, o como otros le llaman, Santo, le pusieron asimismo en el catálogo do los dioses. Por el mismo tiempo, Codro, rey de Atenas, se ofreció de incógnito a los peloponesos, enemigos de sus vasallos, para que le matasen, y así sucedió; y de este modo blasonan que libertó a su patria; porque los peloponesos supieron por un oráculo que saldrían victoriosos si lograban no matar al rey de contrarios; pero éste los engañó, vistiéndose un traje común y provocán- dolos a que le matasen, trabando con ellos una pendencia. De aquí la frase de Virgilio «las pendencias de Codro».

También a éste le honraron los atenienses con sacrificios como a dios. Siendo rey cuarto de los latinos Silvio, hijo de Eneas (no tenido de Creusa, cuyo hijo fue Ascanio, el tercero que allí reinó, sino de Lavinia, hija de Latino, quien dicen haber nacido después de muerto su padre Eneas), y reinando en Asiria Oneo el XXIX, en Atenas Melanto el XVI, y siendo juez entre los hebreos el sacerdote Helí, se acabó el reino de los sicionios, el cual aseguran que duró novecientos cincuenta y nueve años.

CAPITULO XX

De la sucesión del reino de los israelitas después de los jueces Después, reinando los mismos en los insinuados pueblos, concluido el gobierno republicano de los jueces, principió el reino de los israelitas en Saúl, en cuyo tiempo floreció el profeta Samuel, desde el cual comenzó a haber entre los latinos los reyes que llamaban silvios, por el hijo de Eneas, que se llamó Silvio. Los demás que procedieron de él, aunque tuvieron sus nombres peculiares, sin embargo, no dejaron este sobrenombre, así como mucho después vinieron a llamarse césares los que sucedieron a Julio César Augusto. Habiendo, pues, reprobado Dios a Saúl para que no reinase ningún descendiente suyo muerto el sucedió en el reino David, cuarenta años después que empezó a reinar el impío Saúl.

Entonces los atenienses, después de la muerte de Codro, dejaron de tener reyes y comenzaron a tener magistrados para gobernar la república Después de David, que reinó también cuarenta años, su hijo Salomón fue rey de los israelitas, el cual edificó el suntuoso y famoso templo de Jerusalén; en cuyo tiempo entre los latinos se fundó la ciudad de Alba, de la cual en lo sucesivo comenzaron a llamarse los reyes, no de los latinos, sino de los albanos, aunque era en el mismo Lacio. A Salomón sucedió su hijo Roboán, en cuyo tiempo el pueblo de Dios se dividió en dos parcialidades, y cada una de ellas comenzó a tener sus respectivos reyes.

CAPITULO XXI

Cómo entre los reyes del Lacio, el primero, Eneas, y el duodécimo Aventino, fueron tenidos por dioses En el Lacio, después de Eneas, a quien hicieron dios, hubo once reyes, sin que a ninguno de ellos constituyesen por dios; pero Aventino, que es el duodécimo, habiendo muerto en la guerra y sepultándole en aquel monte que hasta la actualidad se llama Aventino, de su nombre, fue añadido al número de los dioses, que ellos asimismo se formaban, aunque hubo otros que no quisieron escribir que le mataron en la guerra, sino dijeron que no pareció, y que tampoco el monte se llamó así de su nombre, sino por la venida de las aves, le pusieron Aventino.

Después de éste no lucieron dios alguno en el Lacio, Sino a Rómulo, fundador de Roma, y entre éste y aquél se hallan dos reyes, el primero de los cuales, por nombrarle con las mismas palabras de Virgilio, diremos: «Es Procas el valiente, gloria y honor de la gente troyana.» En cuyo tiempo, porque ya, en algún modo se iba disponiendo el principio y origen de la ciudad de Roma, aquel reino de los asirios, que en grandeza excedía a todos, acabó al fin, habiendo durado tanto. Porque se trasladó a los medos casi después de mil trescientos cinco años, contando también el tiempo de Belo, padre de Nino, que fue el primero que reinó allí, contentándose con un pequeño reino. Procas reinó antes de Amulio, y éste hizo incluir entre las religiosas vírgenes vestales a una hija de su hermano Numitor, llamada Rea, que se decía también Ilia, la cual vino a ser madre de Rómulo. Suponen que concibió de Marte dos hijos gemelos, honrando y excusando de este modo su estupro, y apoyándolo con que a los muchachos o niños expuestos los crió una loba. Porque este género de animales sostienen que pertenece a Marte, para que efectivamente se área que les dio los pechos a los niños porque conoció que eran hijos de Marte, su señor; aunque no falta quien diga que estando los niños expuestos a la fortuna, llorando amargamente, los recogió al principio cierta ramera, que fue la primera que les dio de mamar.

Entonces a las rameras llamaban lupas o, lobas, y así los lugares torpes donde ellas habitaban se llaman aun ahora lupanares. Consta en la historia que estos tiernos infantes vinieron después a poder del pastor Faústulo, cuya esposa, Acca, los crió. Aunque ¿qué maravilla es que para confusión y corrección de un rey de la tierra, que inhumanamente los mandó echar al agua, quisiera Dios librar milagrosamente a aquellos niños, por quienes había de ser fundada una ciudad tan grande, y socorrerlos por medio de una fiera que les diese de mamar? A Amulio sucedió en el reino del Lacio su hermano Numitor, abuelo de

Rómulo, y en el ano primero, del reinado de Numitor se fundó la ciudad de Roma, por lo cual en lo sucesivo reinó Numitor juntamente con su nieto Rómulo.

CAPITULO XXII

Cómo Roma fue fundada en el tiempo que feneció el reino de los asirios, reinando Ecequías en Judea Por no detenerme demasiado, diré que se fundó la ciudad de Roma como otra segunda Babilonia, y como una hija de la primera Babilonia, por medio de la cual fue Dios servido conquistar todo el ámbito de la tierra, y ponerle en paz, reduciéndole todo bajo el gobierno de una sola república y bajo unas mismas leyes. Estaban ya entonces los pueblos poderosos y fuertes, y las naciones acostumbradas al ejercicio de las armas, de forma que no se rindieran fácilmente, y era necesario vencerlos con gravísimos peligros, destrucciones y asolaciones de una y otra parte, y con horrendos trabajos. Cuando el reino de los asirios sujetó a casi toda el Asia, aunque se hizo con las armas, no pudo ser con guerras tan ásperas y dificultosas, porque todavía eran rudas y bisoñas las gentes para defenderse, y no tan numerosas y fuertes.

Porque desde el grande y universal Diluvio, cuando en el Arca de Noé se salvaron sólo ocho personas, no habían pasado más de mil años cuando Nino sujeto a toda el Asia, a excepción de la India; pero Roma, a tantas naciones como vemos sujetas al Imperio romano, así del Oriente como del Occidente, no las domó con aquella misma presteza y facilidad, porque por cualquiera parte que se iba dilatando y creciendo, poco a poco las halló robustas y belicosas. Al tiempo, pues, que se fundó Roma, hacía setecientos dieciocho años que el pueblo de Israel estaba en la tierra de Promisión; de los cuales, veintisiete pertenecen a Josué, y de allí adelante los trescientos veintinueve al tiempo de los jueces. Y desde que principió a haber allí reyes, han transcurrido trescientos sesenta y dos años, reinando entonces en Judá Achaz, o, según la cuenta de otros, Ezequías, que sucedió a Achaz; del cual consta que, siendo un príncipe lleno de bondad y religión, reinó en los tiempos de Rómulo. Y en la otra parte del pueblo hebreo, que se llamaba Israel, había empezado a reinar Oseas.

CAPITULO XXIII

De la sibila Erithrea, la cual, entre las otras sibilas, se sabe que profetizó cosas claras y evidentes de Jesucristo Por este tiempo dicen algunos que profetizó la sibila Erithrea. De las Sibilas, escribe Varrón que fueron muchas y una sola. Esta Erithrea escribió, efectivamente, algunas profecías bien claras sobre Jesucristo, las cuales también nosotros las tenemos en el idioma latino en versos mal latinizados; pero no consta si todos ellos son suyos, como después llegué a entender. Porque Flaviano, varón esclarecido, que fue también procónsul, persona muy elegante y de una dilatada instrucción en las ciencias, hablando un día conmigo de Cristo, sacó un libro diciendo que eran los versos de la sibila Erithrea, mostrándome un lugar donde en los principios de los versos habla cieno orden de letras dispuestas en tal conformidad, que decían así: Jesus-Christos Ceu Yos Soter, que quiere decir en el idioma latino: Jesus-Christus, Dei Filius Salvator; Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador del mundo. Estos versos, cuyas primeras letras hacen el sentido que he explicado, del mismo modo que los interpretó un sabio en versos latinos, que existen, contienen lo que sigue: «Sudará la tierra, será señal del juicio.

Del Cielo bajará el Rey Sempiterno, vestido como esta de carne, a juzgar a todos los hombres; en cuyo acto verán los fieles y los infieles a Dios al fin del Siglo sen- tado en un elevado trono, y acompañado de los santos. Delante de cuya presencia se presentarán las almas con sus propios cuerpos para ser juzgadas; estará el orbe inculto con espesos matorrales, desecharán los hombres los simulacros, y todas las riquezas y tesoros escondidos. Abrasará la tierra el fuego, y discurriendo por el cielo y por el mar, quebrantará las puertas del tenebroso infierno. Entonces todos los cuerpos de los santos, puestos en libertad, gozarán de la luz; y a los malos y pecadores los abrasará la llama eterna. Todos descubriendo los secretos de sus conciencias, confesarán sus culpas, y Dios pondrá patente lo más escondido del corazón. Habrá llantos, estridor y crujido de dientes. Se oscurecerá el sol, y las estrellas perderán su alegría. Se deshará el cielo, la luna perderá su resplandor. Abatirá los collados, y alzará los valles; no habrá en las cosas humanas cosa alta ni encumbrada.

Se igualarán los montes con los campos, el mar no podrá se surcado ni navegado; la tierra se abrasará con rayos, las fuentes y los ríos se secarán con la violencia del fuego. Entonces sonará desde el cielo la trompeta con eco lamentable y triste, llorando la culpa del mundo, sus dolores y trabajos; y abriéndose la tierra, descubrirá el profundo caos del abismo infernal Los reyes comparecerán ante el Tribunal del Señor. Lloverá el Cielo fuego, mezclado con arroyos de azufre.» En estos versos latinos, traducidos imperfectamente del griego, no se pudo encontrar el sentido que se encuentra cuando vienen a unirse las letras con que principian los versos, donde en el griego se pone la letra ypsilón, por no haberse podido hallar palabras latinas que comenzasen con esta letra y fuesen a propósito para el sentido. Estos son tres versos, el 5, el 18 y el 19. En efecto, si uniésemos todas las letras que se hallan en el principio de todos los versos, sin que leamos las tres que hemos dicho, sino que en su lugar nos acordemos de la ypsilón; como si estuviera puesta en aquellos versos, se hallará en cinco palabras Jesus-Christus, Dei Filius Salvator, Jesucristo Hijo de Dios, Salvador del mundo; pero diciéndolo en el idioma griego, no en el latino. Siendo, como son, veintisiete los versos, este número forma un ternario cuadrado integro, porque multiplicados tres por tres hacen nueve, y si multiplicásemos las nueve partes, para que de lo ancho se levante la figura en alto, serán veintisiete.

Y si de estas cinco palabras griegas, que son Jesus-Christos Ceu Yos Soter, que en castellano quiere decir: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador del mundo, juntásemos las primeras letras, dirán ixtios, esto es, pez; en cuyo nombre se entiende místicamente Cristo, porque en el abismó de la mortalidad humana, como en un caos profundo de aguas, pudo vivir, esto es, sin pecado. Esta sibila, ya sea la Erithrea, o, como algunos opinan, la Cumana, no sólo no tiene en todo su poema, cuya mínima parte es ésta, expresión alguna que pertenezca al culto de los dioses falsos, sino que de tal manera raciocina contra ellos y contra los que los adoran, que parece que nos obliga a que la pongamos en el número de los que tocan a la Ciudad de Dios. Lactancio Firmiano, en sus obras, pone igualmente algunas profecías de la sibila que hablan de Cristo, aunque no declara su nombre; pero lo que él puso por partes, a mi me pareció ponerlo todo junto, como si fuera una profecía larga, la que él refirió como muchas, concisas y compendiosas. Dice: «El vendrá a manos inicuas e infieles. Darán a Dios bofetadas con manos sacrílegas, y de sus inmundas bocas le arrojarán venenosas salivas. Ofrecerá el Señor sus santas espaldas para ser azotadas.

Y siendo abofeteado, callará, porque acaso ninguno sepa quién es, ni de dónde vino a hablar a los mortales, y le coronarán con corona de espinas. Le darán a comer hiel, y a beber vinagre, y mostrarán con estos manjares su bárbara inhumanidad. Porque tú, pueblo ciego y necio, no conociste a tu Dios, disfrazado a los ojos de los mortales; antes le coronaste de espinas, y le diste a beber amarga hiel. Él velo del templo se rasgará, y al mediodía habrá una tenebrosa noche, que durará tres horas. Y morirá con muerte, echándose a dormir por tres días, y después, volviendo de los infiernos, resucitará, siendo el primero que mostrará a los escogidos el principio de la resurrección.» Estos testimonios de las sibilas alegó Lactancio en varios fragmentos y retazos, colocándolos a trechos en el discurso de su disputa, según que le pareció que lo exigía el asunto que intentaba probar, los cuales, sin interponer ni mezclar otra materia, los hemos puesto a continuación en una lista, procurando solamente distinguirlos Con sus principios, por si los que después los escribieran gustaren hacer lo mismo. Algunos escribieron que la sibila Erithrea no floreció en tiempo de Rómulo, sino en el que acaeció la guerra y destrucción de Troya.

CAPITULO XXIV

Cómo reinando Rómulo florecieron los siete sabios. Al mismo tiempo las diez tribus de Israel fueron llevadas en cautiverio por los caldeos. Muerto Rómulo, le honraron como a dios Reinando Rómulo, escriben que vivió Thales Milesio, uno de los siete sabios, que después de los teólogos poetas (entre quienes el más famoso e ilustre fue Orfeo) se llamaron sofos, que en latín significa sapientes (sabios). En este mismo tiempo las diez tribus que en la división del pueblo se llamaron Israel fueron sojuzgadas por los caldeos y conducidas en cautiverio a aquel país quedándose en la provincia de Judea las dos tribus que se llamaban de Judá y tenían su corte y capital del reino en Jerusalén. Muerto Rómulo, como tampoco Pareciese vivo ni muerto por parte alguna, los romanos, como saben todos, le inscribieron en el número de los dioses, lo cual había ya cesado en tanto grado (y después tampoco, en los tiempos de los césares, se hizo por yerro de cuenta, como dicen, sino por adulación y lisonja) que Cicerón atribuye a una particular gloria de Rómulo haber merecido este honor, no en tiempos oscuros e ignorantes, cuando fácilmente se dejaban engañar los hombres. sino en tiempos de mucha policía y erudición, aunque por entonces aun no había brotado, ni se había divulgado la sutil y aguda locuacidad de los filósofos.

Aunque en la época inmediata no hicieron a los hombres, después de muertos, dioses, sin embargo, no dejaron de adorar y tener por dioses a los que los antiguos habían hecho; y con simulacros y estatuas, que no tuvieron los antiguos, acrecentaron este vana e impía superstición, poniéndoles tal cosa en su corazón los malignos espíritus, engañándolos también con los embustes y patrañas de sus falsos oráculos; de forma que las supuestas culpas de los dioses, que ya como en siglo más político, ilustrado y cortesano, no se atrevían a fingir, en los juegos públicos las representaban con demasiada torpeza en reverencia de los mismos falsos dioses. Después de Rómulo reinó Numa, quien con haber querido reforzar y guarnecer aquella ciudad suntuosa con un excesivo número de dioses, sin duda falsos, no mereció, después de muerto, que le colocasen entre aquella turba, como si hubiese llenado el cielo con tanta multitud de dioses, que no pudo hallar allí lugar para sí; Reinando éste en Roma, y empezando a reinar entre los hebreos Manases, rey impío y

malo, quien aseguran que mandó quitar la vida al santo profeta Isaías, escriben también que floreció la sibila Samia.

CAPITULO XXV

Qué filósofos florecieron reinando en Roma Tarquino Prisco, y entre los hebreos Sedecías, cuando fue tomada Jerusalén y arruinado el templo Reinando entre los hebreos Sedecías, y en Roma Tarquino Prisco, que sucedió a Anco Marcio, fue llevado en cautiverio a Babilonia el pueblo judaico, asolada Jerusalén y destruido el famoso templo edificado por Salomón. Porque amonestándolos y reprendiéndolos los profetas por sus abominables pecados y maldades, les anunciaron habían de sobrevenirles estas desdichas, especialmente Jeremías, que les señaló puntualmente hasta el número de los años que habían de vivir en dura ser- vidumbre. Por aquel tiempo dicen que floreció Pitaco Mitileno, uno de los siete sabios; y los otros cinco restantes (a los cuales, por hacerlos siete, les añaden a Thales, de quien arriba hicimos mención, y a Pitaco), escribe Eusebio que florecieron en tiempo que estuvo cautivo el pueblo de Dios en Babilonia; los cuales son: Solón, ateniense; Quilón, lacedemonio; Periandro, corintio; Cleobulo, lidio; Bías, prieneo.

Todos estos, que llamaron los siete sabios, fueron esclarecidos y famosos, después de los poetas teólogos, porque se aventajaron a los demás hombres en cierto modo y género de vivir virtuosa y loablemente; porque compendiaron algunos preceptos tocantes a las costumbres, bajo la forma de adagios o sentencias breves, aunque no dejaron, en cuanto a la literatura, escrita obra alguna, a excepción de lo que dicen, que Solón dejó escritas algunas leyes a los ate- nienses; pero Thales, que fue físico, dejó varios libros de sus dogmas. En el mismo tiempo de la cautividad judaica florecieron Anaximandro, Anaxímenes y Xenófanes, físicos, y también Pitágoras, desde quien principiaron a llamarse filósofos.

CAPITULO XXVI

Cómo al mismo tiempo en que, cumplidos setenta años, se acabó el cautiverio de los judíos, los romanos también salieron del dominio de sus reyes Por este mismo tiempo, Ciro rey de los persas, que lo era también de los caldeos y asirios, mitigándose algún tanto el cautiverio de los judíos, hizo que cincuenta mil de ellos volviesen a Jerusalén con el encargo de restaurar el templo; los cuales comenzaron solamente a poner los primeros fundamentos y edificaron el altar; porque inquietados y molestados por los enemigos, no pudieron continuar su obra, y la suspendieron hasta el reinado de Darío. Por este mismo tiempo también sucedió lo que se refiere en el libro de Judit, el cual dicen que los judíos no lo admiten entre las Escrituras canónicas. Así, pues, en tiempo de Darío, rey de los persas, cumplidos los setenta años que había anunciado el profeta Jeremías, se concedió libertad a los judíos, eximiéndolos de su cautiverio. Reinaba entonces Tarquino, séptimo rey de los romanos, quienes, desterrando a éste, comenzaron a vivir libres del dominio de sus reyes; y hasta este tiempo hubo profetas en el pueblo de Israel, los cuales, aunque han sido muchos, con todo, así entre los judíos como entre nosotros, se hallan pocas escrituras canónicas suyas; de ellos prometí insertar algunas en este libro cuando estaba para concluir el anterior, y ya me parece estoy en estado de cumplir mi oferta.

CAPITULO XXVII

De los tiempos de los profetas, cuyos vaticinios tenemos por escrito, quienes dijeron muchas cosas sobre la vocación de los gentiles al tiempo que comenzó el reino de los romanos y feneció el de los asirios Para que podamos notar sin equivocación los tiempos, retrocederemos algún tanto. Al principio del libro del profeta 9seas, que es el primero de los doce profetas, se lee lo siguiente: «Lo que dijo el Señor a Oseas en tiempo de Ozías, Joathán, Achaz y Ezequías, reyes de Judá.» Amós también escribe que profetizó en tiempo del rey Ozías, y añade igualmente a Jeroboán, rey de Israel, que floreció en la misma época. Asimismo, Isaías, hijo de Amós, ya sea este Amós el profeta que hemos indicado o, lo que es más aceptado, Otro que, no siendo profeta, se llama ha con el mismo nombre, en el exordio de su libro pone los mismos cuatro reyes que designó Oseas, en cuyo tiempo dice que profetizó. Las profecías de Miqueas se hicieron también en estos mismos tiempos, después de los días de Ozías, pues nombra a los tres reyes que siguen, los que nombró igualmente Oseas: a Joathán, Achaz y Ezequías. Estos son los qué, según resulta de sus escritos, profetizaron a un mismo tiempo. A éstos se añade Joás, reinando el mismo Ozías, y Joel, reinando ya, Joathán, que sucedió a Ozías. Los tiempos en que florecieron estos dos profetas los hallamos en las Crónicas y no en sus libros, porque ellos no hicieron mención de la época en que vivieron.

Extiéndense estos tiempos desde Proca, rey de los latinos, o desde su antecesor Aventino, hasta Rómulo, rey ya de los romanos, o también hasta los principios del reinado de su sucesor Numa Pompilio, pues hasta este tiempo reinó Esequias; rey de Judá. En este era nacieron, pues, éstos, que fueron como unas fuentes proféticas cuando feneció el reino, de los asirios y principió el de los romanos, para que, así como al principio del reino de los asirios fue a Abraham a quien con toda expresión y claridad se le hicieron las promesas de que en su descendencia habían de ser benditas todas las naciones, así también se cumpliesen al principio de la Babilonia occidental, en cuyo tiempo, y reinando ella, había de venir al mundo Jesucristo, realizándose las promesas de los profetas, los cuales, en testimonio y fe de un portento tan grande que había de suceder no sólo lo dijeron, sino también lo dejaron escrito.

Aunque en casi todas las épocas hube profetas en. el pueblo de Israel, desde que empezó a tener reyes que lo gobernasen, sólo fueron para utilidad, de aquel, pueblo, y no de las otras naciones; pero comenzó esta escritura profética a formarse con mayor claridad, para aprovechar en algún tiempo a las gentes, cuando se fundaba esta ciudad de Roma, que había de ser en lo sucesivo señora de las naciones.

CAPITULO XXVIII

Qué es lo que Oseas y Amós profetizaron muy conforme acerca del Evangelio de Cristo El profeta Oseas, cuanto es más profundo y misterioso en lo que dice, con tinta más dificultad se deja penetrar y entender; con todo, tomaremos algunas expresiones suyas y las insertaremos aquí en cumplimiento de nuestra promesa: «Y sucederá - dice- que en el

mismo lugar donde se les dijo primeramente: Vosotros no sois mi pueblo, allí son llamados hijos de Dios vivo.» Este testimonio de Oseas lo entendieron igualmente los apóstoles de la vocación del pueblo gentílico, que antes no pertenecía a Dios. Y porque este pueblo gentílico se contiene espiritualmente en los hijos de Abraham, por lo que con mucha propiedad se llama Israel, prosigue, y dice: «Se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel en un solo pueblo, harán que sobre los unos y los otros reine un solo príncipe, y subirán de la tierra.»

Si por lo ocurrido hasta la actualidad intentáramos exponer este pasaje, se tergiversaría el genuino sentido de la expresión profética. Sin embargo, acudamos a la piedra angular y a aquellas dos paredes, la una de judíos y la otra de gentiles, la una con nombre de los hijos de Judá y la otra con nombre de los hijos de Israel, sujetos juntamente unos y otros bajo un mismo principado, y miremos cómo suben de la tierra. Que estos israelitas carnales, que al presente están pertinaces y obstinados y no quieren creer en Jesucristo, han de venir después a creer en él, es decir, sus hijos y descendientes (porque éstos seguramente han de venir a suceder en lugar de los muertos), lo afirma el mismo profeta diciendo: «Muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificios, sin altar, sin sacerdocio y sin manifestaciones.» Y ¿quién no advierte que así están hoy día los judíos? Pero oigamos lo que añade: «Y después se convertirán los hijos de Israel, buscarán al Señor su Dios y a David su rey, temerán y reverenciarán al Señor y a su bondad y majestad infinita en los últimos días y fin del mundo.» No hay cosa más clara que esta profecía, en la cual, en nombre del rey David se entiende a Jesucristo, «que nació como dice el Apóstol-, según la carne, de la estirpe de David».

También nos anunció esta profecía que Cristo había de resucitar al tercero día con aquella misteriosa profundidad profética con que era justo vaticinárnoslo, donde dice: «Nos sanará después de dos días y al tercero resucitaremos»; porque conforme a este presagio es lo que dice el Apóstol: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas celestiales.» Amós habla también sobre esto mismo así: «Disponte, ¡oh Israel!, para invocar a tu Dios, porque yo soy el que forma los truenos, cría los vientos y el que anunció a los hombres su Cristo.» Y en otro lugar, dice: «En aquel día volveré a levantar el tabernáculo de David, que se había caído, y reedificaré sus ruinas; lo que de él había padecido notable daño, lo levantaré y repararé como estaba antes en tiempos antiguos; de forma que las reliquias de los hombres y de todas las naciones que se apellidan con mi nombre me busquen; y lo dice el mismo Señor que ha de obrar estos prodigios.»

CAPITULO XXIX

Lo que profetizó Isaías de Cristo y de su Iglesia El profeta Isaías no es del número de los doce profetas que llamamos menores, porque sus vaticinios son breves y compendiosos respecto de aquellos que, por ser más extensos sus escritos los llamamos mayores, uno de los cuales es Isaías, a quien pongo con los dos ya citados, por haber profetizado en unos mismos tiempos. Isaías, pues, entre las acciones inicuas que reprende, entre las justas que establece y entre las calamidades que amenaza habían de suceder al pueblo por sus pecados, profetizó asimismo muchas más cosas que los otros de Cristo y de su Iglesia, esto es, del rey y de la ciudad que fundó este rey lo cual desempeña con tanta exactitud y

escrupulosidad, que algunos llegaron a persuadirse de que más es evangelista que profeta. Con todo, por abreviar y poner fin a esta obra, de muchas pondré una sola aquí. Hablando en persona de Dios Padre, dice: «Mi siervo procederá con prudencia, será ensalzado y sobremanera glorificado.

Así como han de quedarse muchos absortos en verle (tan fea pintarán los hombres su hermosura y tanto oscurecerán su gloria), así también se llenarán de admiración muchas naciones al contemplarle, y los reyes cerrarán su boca, porque le vivirán los que no tienen noticias de a por los profetas, y los que no oyeron hablar de él le conocerán y creerán en él. ¿Quién habrá que nos oiga que nos dé crédito? Y el brazo del Señor, ¿a quién se lo revelaron? Le anunciaremos que nacerá pequeño, como una raíz de una tierra seca que no tiene forma ni hermosura le vimos y no tenía figura ni gracia, sino que su figura era la más abatida y fea de todos los hombres; un hombre todo llagado y acostumbrado a tolerar dolencias, porque su rostro estaba desfigurado y él afrentado, sin que ninguno hiciese estimación de él. Y realmente él llevaba sobre sí nuestros pecados, y nosotros pensábamos que en sí mismo tenía dolores, llagas y aflicciones; pero él, efectivamente, era llagado por nuestras culpas, afligido y maltratado por nuestros pecados, y el castigo, causador de nuestra paz, descargaba sobre él y con sus llagas sanábamos todos.

Todos como ovejas hablamos errado, siguiendo cada uno su error, y Dios le entregó al sacrificio por nuestros pecados; y siendo castigado y afligido, por eso no abría su boca. Como una oveja le conducían al sacrificio, y como un cordero inocente cuando le esquilan, así no abría su boca; por su humildad y abatimiento, sin oírle, le condenaron a muerte. ¿Quién bastará para contar su vida y generación? Porque le quitarán la vida, y por los pecados de mi pueblo le darán la muerte; les daré a los malos para que guarden su sepultura, y a los ricos para que compren su muerte, porque él no cometió maldad alguna, ni se halló dolo en su boca; sin embargo, quiso el Señor que lo purgase con sus llagas. Si ofrecieres tu vida en sacrificio por el pecado, vendrás a ver larga descendencia, y Dios dispondrá librar su alma de todo dolor, mostrarle la luz y formarle el entendimiento, justificar al justo, que servirá para el bien de muchos, cuyos pecados él llevará sobre sí. Por eso vendrá a tener como herencia a muchos y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su vida en manos de la muerte y fue computado en el número de los peca- dores, no obstante haber cargado con los pecados de todos, y por haber sido entregado por los pecados de ellos a la muerte. Esto es lo que dice Isaías de Cristo. Veamos lo que continúa vaticinando acerca de la Iglesia: «Alégrate -dice- estéril, la que no das a luz; regocíjate y da voces de contento, la que no concebías, porque, dice el Señor, han de ser más los hijos qué ha de tener la que está sola y desconsolada que la que tenía esposo.

Dilata el lugar de tus tabernáculos y ranchos e hinca fuertemente las estacas de tus tiendas: no dejes de hacer lo que te digo; extiende tus cordeles bien a lo largo y afirma bien las estacas. Dilátate todavía a la parte derecha y a la siniestra, porque tu descendencia ha de heredar y poseer las gentes y has de llegar a poblar las ciudades que estaban desiertas. No temas porque has estado confusa, ni te avergüences porque has sido infamada y avergonzada, pues has dé venir a olvidar para siempre la confusión y no te has de acordar más del oprobio de tu viudez, porque el que te dispensa esta gracia es el que se llama Señor de los ejércitos y el que te libra se llama Dios de Israel, Dios de toda la tierra». Baste lo dicho, en lo cual se encierran ciertos enigmas misteriosos que necesitan de competente

explana- ción; pero presumo que será suficiente la simple narración de lo que está tan claro que hasta los mismos enemigos, aun contra su voluntad, lo entenderán con toda claridad.

CAPITULO XXX

De lo que profetizaron Miqueas, Jonás y Joel que pueda aludir al Nuevo Testamento El profeta Miqueas, figurando a Cristo bajo la misteriosa figura de un monte muy elevado y extenso, dice así: «En los últimos días se manifestará el monte del Señor, se establecerá sobre la cumbre de los más empinados montes, se levantará sobre todos los collados; concurrirán a él los pueblos, acudirán muchas gentes, y dirán: Ea, venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob; Él nos enseñará sus caminos, y nosotros andaremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra del Señor. Él juzgará y administrará justicia entre muchos pueblos y pondrá freno a naciones poderosas y remotas.» Y refiriendo Miqueas el pueblo donde había de nacer Cristo, prosigue diciendo: «Y tú, Belén, casa de Efrata, pequeña eres entre tantas ciudades como hay en Judá; sin embargo, de ti saldrá el que será Príncipe de Israel, y su salida o aparición será desde el principio y por toda la eternidad; por eso dejará vivir y permanecer por algún tiempo a los judíos hasta que la que está de parto dé a luz lo que trae encerrado en su vientre y los demás hermanos de este Príncipe que restan se conviertan y junten con los verdaderos hijos de Israel.

El permanecerá y mirará por ellos, y apacentará su rebaño con la virtud del Señor, y vivirán en honor del Señor su Dios, porque entonces será glorificado hasta los últimos fines de la tierra.» El profeta Jonás profetizó a Cristo, no solamente con la boca, sino, en cierto modo, con su pasión, y sin duda más claramente que si a voces hubiera vaticinado su muerte y resurrección. Porque, ¿a qué fin le metió la ballena en su vientre y le volvió á arrojar al tercero día si no para significarnos que Cristo al tercero día había de resucita de lo profundo del infierno? Y aunque todo lo que predice Joel es indispensable declararlo extensamente para que sepa lo que pertenece a Cristo y a su Iglesia, con todo, no omitiré un pasaje suyo, del que se acordaron también los apóstoles cuando, estando congregados los nuevos creyentes, vino sobre ellos el Espíritu Santo, según lo había prometido Jesucristo: «Y después de esto, derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días mi espíritu.»

CAPITULO XXXI

Lo que se halla profetizado en Abdías, Naun y Habacuc de la salud y redención del mundo, por Cristo Los tres profetas de los doce menores, Abdías, Naun y Habacuc, ni nos dicen la época en que florecieron, ni tampoco descubrimos por las crónicas de Eusebio y San Jerónimo el tiempo en que profetizaron, pues aunque ponen a Abdías con Miqueas, sin embargo no lo pusieron en el lugar donde se notan los tiempos, donde por testimonios irrefragables consta especialmente todo lo que escriben que profetizó Miqueas, cuya omisión imagino ha procedido de equivocación o yerro de los que copian con poco cuidado

las producciones literarias ajenas. Al mismo tiempo confieso que tampoco pude inflar en las crónicas que yo posesa los otros dos citados profetas; pero estando designados en el Canon, no es justo que yo pase de largo sin, hacer mención de ellos. Por lo respectivo a los escritos proféticos de Abdías, decimos que es el más breve y sucinto de todos los profetas.

Habla contra la nación Idumea, esto es, contra la descendencia de Esaú, uno de los hijos gemelos de Isaac, nietos de Abraham, es decir, del hermano mayor reprobado por el Señor; y si, según el método de hablar, en que por la parte entendemos el todo, tomamos a Idumea y presumimos que en ella se significan los gentiles, podemos entender de Cristo lo que entre otras cosas dice: «Que en el monte Sión será la salud y santidad»; y poco después, al fin de su profecía, añade: «Y subirán los que se han salvado en el monte Sión para defender el monte de Esaú y el Señor reinará en él.» Es de inferir que se verificó esta predicción cuando los que se salvaron del monte Sión, esto es, los que de Judea creyeron en Cristo (entre quienes principalmente se entienden los Apóstoles) para defender el monte de Esaú. ¿Y cómo le defendieron, sino con la predicación del Evangelio, salvando a los que creyeron para libertarse así de la potestad infernal de las tinieblas y transferirse a la posesión beatífica del reino de Dios? Lo cual consecutivamente declaró, añadiendo: «Y el Señor reinará en él»; porque el monte Sión significa la Judea donde se profetizó que habla de ser la salud y la santidad, que es Cristo Jesús.

El monte de Esaú es Idumea, por la cual se nos significa la Iglesia de los gentiles, que defendieron, como declaré, los rescatados del monte Sión, para que reinase en ella el Señor. Era esto oscuro antes de suceder; pero después de sucedido, ¿qué fiel cristiano habrá que no lo reconozca? El profeta Naun, o, mejor dicho, Dios por él, dice: «Desterraré tus escrituras y estatuas y haré que te sirvan de sepultura, porque ya veo apresurarse por los montes los pies del que ha de evangelizar y anunciar la paz. Celebra ya, ¡oh Judá!, tus fiestas y acude a Dios con tus votos porque ya; no se envejecerán más Consumado está; ya se ha acabado: ya ha subido el que sopla en tu rostro, librándote de la tribulación.» Quién sea el que subió de los infiernos y quién el que sopló en el rostro de Judá, esto es; de los júdios, discípulos de Jesucristo, es fácil de comprender acordándose del Espíritu Santo los que reconocen y están sometidos al Evangelio. Porque al Nuevo Testamento pertenecen aquellos cuyas festividades espiritualmente se renuevan de forma que no puedan envejecer. Por medio del Evangelio vemos ya desterradas y destruidas las esculturas y estatuas, esto es, los ídolos de los dioses falsos; echados ya en perpetuo olvido, como si los sepultaran, y en todo lo respectivo a este particular vemos ya cumplida esta profecía.

Y Habacuc, ¿de qué otra venida, sino de la de Cristo, que es quien había de venir, ha de entenderse que habla cuando dice: «Y me respondió el Señor, y dijo: Escribe esta visión de viva voz, tan claramente que la entienda con facilidad cualquiera que la leyere, porque esta visión, aunque todavía tarde algo, se cumplirá a su tiempo, nacerá al fin y no faltará, y si tardare, aguárdale, porque sin duda vendrá el que ha de venir y no se detendrá más del tiempo que está determinado»?

CAPITULO XXXII

De la profecía que se contiene en la oración y cántico de Habacuc Y en su oración y cántico, ¿con quién habla Habacuc sino con Cristo Señor nuestro, cuando dice: «He oído, Señor, lo que me has hecho entender por tu revelación y me he encogido de temor. ¡ He considerado, Señor, tus obras, y me he quedado absorto!» Porque, ¿qué otra cosa es ésta sino una inefable admiración de la salud eterna, nueva y repentina, que predecía había de venir a los hombres? «Te darás a conocer -añade- en medio de dos animales.» Y este misterioso enigma, ¿qué significa sino que daría a conocer el Verbo del Padre en medio de dos testamentos, o en medio de dos ladrones, o en medio de Moisés y Elías, cuando en el monte Tabor hablaron con el Señor? «Cuando se acercaren los años dice el historiador sagrado serás conocido: cuando llegue su tiempo te manifestarás.» Estas expresiones, porque en sí mismas son sencillas y claras, no necesitan de exposición alguna.

Pero lo que sigue en el profeta: «Cuando se turbare mi alma, Y estuvieseis enojado contra mí, os acordareis de la misericordia», ¿qué quiere decir sino que tomó en sí mismo la persona de los judíos, de quienes descendía?, los cuales, aunque turbados y ciegos, por su infernal ira, crucificaron a Jesucristo: sin embargo, no olvidándose el Señor de su infinita misericordia, dijo: «Padre mío, perdónalos porque no saben lo que se hacen.» «Dios vendrá de Theman, y el Señor de un monte sombrío y espeso.» Estas palabras, en las qué dice el profeta: vendrá de Theman, otros las entienden y dicen así: del Austro, o del Africa, que significa el Mediodía, esto es, el fervor de la caridad y el resplandor de la verdad. Y por el monte umbroso y fragoso, aunque puede entenderse de varios modos, yo más gustosamente lo tomaría por la profundidad y sentido misterioso de las Sagradas Escrituras, en las que se contienen las profecías que hablan de Jesucristo.

Porque en ellas se ven impenetrables arcanos, predicciones sombrías, oscuras y densas que excitan el ánimo de que pretende comprenderlas; de donde proviene que el que logra la felicidad de entenderlas y penetrar su espíritu halla en ellas a Cristo. «Su virtud cubrió los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas», ¿qué es sino lo mismo que dice el real Profeta: «Ensalzado seas Dios sobre todos los cielos, y extiéndase tu gloria sobre toda la tierra»? «Su resplandor será como la luz», ¿qué significa sino que su fama ha de alumbrar a los creyentes? «Y los cuernos en sus manos», ¿qué es sino el trofeo de la cruz? «Y puso la caridad firme y estable en su fortaleza», no necesita de declaración alguna. «Delante de él irá el Verbo, y saldrá al campo detrás de sus pies», ¿qué quiere decir sino que antes de venir al mundo fue profetizado y que después que volvió del mundo, esto es, resucitó y subió a los cielos, fue anunciado y predicado su nombre? «Se paró y se conmovió la tierra», ¿qué es sino que se detuvo para favorecernos con su divina doctrina y que la tierra se conmovió de un modo extraordinario para que, en virtud de esta señal, temiésemos su poder y creyésemos en él? «Miró y se marchitaron las gentes», esto es, se compadeció del hombre y convirtió los pueblos a verdadera penitencia «Quebrantó y destruyó los montes con violencia, esto es, con el vigor y comprobación de los milagros quebrantó la arrogante soberbia de los espíritus altivos. «Bajáronse los collados eternos, esto es, se humillaron en la tierra algún tanto para ser después ensalzados para siempre. «Vi sus entradas eternas por los trabajos, esto es, vi que las penalidades de su caridad no eran sino el premio de la eternidad. «Se pasmarán las tiendas de los etíopes y las tiendas de la tierra de Madián», quiere decir: las gentes quedarán atónitas y turbadas con la repentina nueva de tus maravillas y las que nunca reconocieron homenaje al Imperio romano vendrán a unirse con

el pueblo cristiano y se sujetarán a Cristo. «¿Estáis acaso, Señor, enojado con los ríos, o con los ríos manifestáis vuestro furor y saña, descargáis vuestro impetu contra el mar?.

Esto dice, porque no viene ahora para juzgar al mundo, sino para que por su mediación se salve el mundo y sea redimido de su cautiverio. «Porque subirás sobre tus caballos, y las correrías que con ellos hagas serán la salud.» Esto es, tus evangelistas te llevarán porque serán gobernados por ti y tu Evangelio, y será la salud eterna de los que creyeron en ti. «Sin duda flecharás tu arco contra los cetros, dice el Señor, es decir, amenazarás con tu terrible juicio final aun a los reyes de la tierra. «Con los ríos se abrirá y rasgará la tierra, esto es, con las perennes e intermitentes corrientes de los sermones que te predicaren los ministros santos del Evangelio se abrirán para confesar tu santo nombre los corazones de los hombres, a quienes advierte la Escritura «que rasguen sus corazones y no sus vestidos». ¿Y qué significa: «Te verán y se dolerán los pueblos», sino que llorando serán bienaventurados? ¿Y qué quiere decir, «como fueres andando, derramarás las aguas», sino que andando en aquellos que por todas partes te anuncian y predican, extenderás por todo el orbe los caudalosos ríos de tu doctrina? ¿Y qué es «el abismo dio su voz»? ¿Acaso declaró el abismo y la profundidad del corazón humano lo que en sí por medio de la visión sentían? «La profundidad a su fantasía» es como declaración del verso pasado, porque la profundidad es como el abismo, y lo que dice, á su fantasía, debe entenderse que lo dio su voz, esto es, que le declaró cuanto en si por medio de la visión sentía, puesto que la fantasía es la visión, la cual no la detuvo ni la encubrió, sino que, confesándola, la echó fuera y la manifestó.

«Elevóse el sol y la luna se puso en su orden», esto es, subió Cristo a los cielos y púsose en su orden» la Iglesia bajo la obediencia de su rey. «Tus flechas irán a la luz», esto es, no serán ocultas, sino manifiestas las palabras de tu predicación. «Al resplandor de los relámpagos de tus armas», ha de entenderse que oirán tus tiros; porque el Señor dijo a sus discípulos: «Lo que os digo en secreto predicadlo' en público.» «Con tus amenazas abatirás los hombres, y con tu furor y saña derribarás y sojuzgarás las gentes»; porque a los que se ensalzaren y ensoberbecieren los quebrantarás con el rigor de tu castigo. «Saliste para salvar a tu pueblo y para salvar a tus ungidos; enviaste la muerte sobre las cabezas y sobre los mayores pecadores.» Esto no necesita otra explicación. «Los cargaste de prisiones hasta el cuello.» También se puede entender aquí las prisiones buenas de la sabiduría, de manera que «metan los pies en sus grillos y el cuello en su argolla.» «Rompístelas hasta causar terror y espanto»; entiéndense las prisiones, por cuanto les puso las buenas y les rompió las malas, por las cuales dice el real Profeta: «Rompiste mis lazos y prisiones, y esto hasta excitar un terrible espanto», esto es, maravillosamente. «Las cabezas de los poderosos se moverán con ella», es, a saber, con la admiración y espanto. «Abrirán sus bocas y comerán como elº pobre, que come en lo escondido»; porque algunos judíos poderosos acudieron al Señor admirados de lo que hacía y decía, y hambrientos y deseosos del pan saludable de su doctrina, lo comían en los lugares más ocultos y retirados por miedo de los judíos, como lo dice el Evangelio. «Metiste en el mar tus caballos, turbando la multitud inmensa de las aguas», las cuales ¿qué otra cosa son sino muchos pueblos? Porque ni huyeran los unos con temor, ni acometieran y persiguieran los otros con furor si no se turbaran todos.

«Reparé y quedó absorto mi corazón viendo lo que yo mismo decía por mi boca: penetró un extraño temblor mis huesos y en mí se quedó interiormente trastornado todo mi ser.»

Repara y pon los ojos en lo que dice de que él mismo se turba y atemoriza con lo que él iba diciendo inspirado del divino espíritu de profecía, en el que veía y observaba todo cuanto había de acaecer en lo sucesivo; pues como se alborotaron tantos pueblos, advirtió las tribulaciones que amenazaban a la Iglesia, y como luego conoció ser miembro de ella, dice: «Descansaré en el día de la tribulación, como quien pertenece y es miembro de aquellos que están con gozo en la esperanza y en la tribulación con paciencia», «para que suba -dice- al pueblo de mi peregrinación».

Apartándose, en efecto, del pueblo perverso, pariente carnal suyo, que no es peregrino en la tierra ni pretende la posesión de la patria soberana. «Porque la higuera -añade- no llevará fruto ni las viñas brotarán, faltará la oliva y los campos no produ- cirán qué comer, no habrá ovejas en las majadas ni bueyes en los establos.» Vio aquel pueblo, que había de dar muerte a Cristo, cómo perdería la abundancia de los bienes espirituales, los cuales, cual acostumbran los profetas, los figuró por la abundancia y fertilidad de la tierra, y cómo por esto incurrió aquel pueblo en semejante ira e indignación de Dios, pues no echando de ver la Justicia divina quiso establecer la suya. Luego prosigue: «Pero yo me holgaré en el Señor y me regocijaré en Dios mi salvador; el Señor mi Dios, y mi virtud, pondrá y sentará mis pies perfectamente; me colocará en lo alto para que salga victorioso con su cántico», es, a saber: con aquel cántico en que se dicen algunas cosas semejantes a las del real Profeta. «Puso y afirmó mis pies sobre la tierra, enderezó mis pasos e infundidos en mi boca un nuevo cántico, un himno en alabanza de nuestro Dios.» Así, pues, sale victorioso con el cántico de Señor, el que le agrada con la alabanza del mismo Señor y no con la suya, para que el que se gloría se gloríe en el Señor. Con todo, me parece mejor lo que se lee en algunos libros: «Me alegraré en Dios mi Jesús», que no lo tienen otros, que, queriéndolo poner en latín, no pusieron este nombre que nos es a nosotros más amoroso y más dulce de nombrar.

CAPITULO XXXIII

Lo que Jeremías y Sofonías, con espíritu profético; dijeron de Cristo y de la vocación de los gentiles Jeremías es de los profetas mayores, así como lo es también Isaías, y no de los menores, como son los otros de quienes hemos ya referido algunas particularidades Profetizó reinando en Jerusalén Josías y en Roma Anco Mardo, aproximándose ya la época de la cautividad de los judíos. Extendió sus profecías hasta el quinto mes del cautiverio, como se halla en sus libros. Ponen con él a Sofonías, uno de los menores, porque también dice él que profetizó en tiempo de Josías; pero hasta cuándo, no lo dice. Vaticinó Jeremías, no sólo en tiempo de Anco Marcio, sino también de Tarquino Prisco, que fue el quinto rey de los romanos, puesto que éste, cuando sucedió el cautiverio, ya había comenzado a reinar; por eso, profetizando de Cristo, dice Jeremías: «Prendieron a Cristo nuestro Señor, que es el espíritu y aliento de nuestra boca, por nuestros pecados», mostrando brevemente con esto que Cristo es nuestro Dios y Señor, y que padeció por nosotros. Asimismo en otro lugar se lee: «Este es mi Dios, y no se debe hacer caso de otro en comparación; es el que dispuso todos los caminos de la doctrina y el que la dio a Jacob, su siervo, y a Israel su querido, y después apareció en la tierra y vivió con los hombres.» Algunos atribuyen este testimonio, no a Jeremías, sino a su amanuense o secretario, llamado Baruc; pero la opinión más común es que sea de Jeremías.

Igualmente el mismo Profeta, hablando del mismo Señor, dice: «Vendrá día dice el Señor en que daré a David una semilla y descendencia justa; reinará siendo rey, será sabio y prudente y hará juicio y justicia en la tierra; en tiempo de éste se salvará Judá, Israel vivirá seguro y éste es el nombre con que le llamarán Señor, nuestro Justo.» Y fuera de la vocación futura de las gentes, que ahora vemos cumplida, habló de esta manera: «Señor, Dios mío, y mi refugio en el día de mis tribulaciones, a ti acudirán las gentes desde los últimos confines de la tierra, y dirán: en realidad de verdad que nuestros padres adoraron simulacros e ídolos vanos que no eran de provecho alguno.» Y que no habían de reconocerle los judíos como a verdadero Mesías, quienes, además de su incredulidad, habían de perseguirle hasta quitarle la vida con afrentosa muerte, nos lo da a entender el mismo Profeta por estas palabras: «Grave y profundo es el corazón del hombre. ¿Quién hay que pueda conocerle?» Suyo es también el testimonio que cité en el libro XVII, capítulo III, diciendo que habló del Nuevo Testamento, cuyo Medianero es Cristo, porque el mismo Jeremías dice: «Vendrá tiempo, dice el Señor, en que acabaré de sentar y realizar un testamento y pacto nuevo con la casa de Jacob», y lo demás que allí expresa.

Entretanto, alegaré lo que el profeta Sofonias, oye vaticinó en tiempo de Jeremías, dijo de Cristo con estas expresiones: «Aguardadme; dice el Señor, para el día de mi resurrección, en el cual tengo determinado congregar las naciones y juntar los reyes.» Y en otro lugar dice: «Terrible se manifestará el Señor contra ellos; desterrará todos los dioses de la tierra y le adorarán todos en su tierra, todas las islas de las gentes.» Y poco después añade: «Entonces infundiré en las gentes y en todas sus generaciones un mismo idioma para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan bajo un mismo yugo. De los últimos términos de los ríos de Etiopía me traerán sus ofrendas y sacrificios. En aquel día no te avergonzarás ya de todas tus pasadas maldades, que impíamente cometiste contra mí, porque entonces quitaré de ti las pasiones torpes que te hacían injurioso y tú dejarás ya de gloriarte más sobre mi monte santo; y pondré en medio de ti un pueblo manso y hu- milde; y reverenciarán el nombre del Señor las reliquias que hubiere de Israel.» Estas son las reliquias de quienes habla en otra parte otro Profeta, y lo dice también el Apóstol: «Si fuere el número de los hijos de Israel como las arenas del mar, unas cortas reliquias serán las que se salvarán.» Porque éstas fueron las reliquias que de aquella nación creyeron en Cristo.

CAPITULO XXXIV

De las profecías de Daniel y Ezequiel, que se relacionan con Cristo y su iglesia En la misma cautividad de Babilonia, y en su principio, profetizaron Daniel y Ezequiel, otros dos de los profetas mayores, y entre éstos, Daniel fijó determinadamente con el número de los años el tiempo en que había de venir y padecer Cristo, lo cual seria largo intentar manifestarlo aquí, calculando el tiempo, Y ya lo han practicado otros antes que nosotros. Pero hablando de su potestad y gloria, dice así: «Vi, en una visión nocturna, que venía el Hijo del Hombre en las nubes del cielo, y llegó hasta donde estaba el antiguo en días, y se presentó ante él, y él le entregó la potestad, el honor y el reino para que le sirvan todos los pueblos, tribus y lenguas Cuya potestad es potestad perpetua, que no pasará y cuyo reino no se corromperá.» También Ezequiel, significándonos a Cristo, como acostumbran los profetas, por la persona de David, porque tomó carne de la descendencia de David, y por la forma de siervo, en cuanto hombre, llama siervo de Dios al mismo Hijo de Dios. Así nos le anuncia proféticamente, hablando en persona de Dios Padre: «Yo pondré dice- un pastor sobre mis ovejas para que las apaciente, y éste será mi siervo David; éste las apacentará, él le servirá de pastor y yo, que soy el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será su príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, lo he determinado así.» Y en otro lugar dice: «Y tendrán un rey que los mande y gobierne a todos; no serán ya jamás dos naciones ni se dividirán en dos reinos; no se profanarán más con sus ídolos, con sus abominaciones y con la multitud incomprensible de sus pecados Yo los sacará libres de todos los lugares donde pecaron; los purificaré; serán mi pueblo y yo seré su Dios; mi siervo David será su rey y vendrá a ser un pastor universal sobre ellos.»

CAPITULO XXXV

De la profecía de los tres profetas Ageo. Zacarias y Malaquías Réstanos, pues, tres profetas de los doce menores que profetizaron en lo últimos años de la cautividad: Ageo. Zacarías y Malaquías. Entre éstos, Ageo con toda claridad, nos vaticina a Cristo y a su Iglesia en estas breves y compendiosas palabras.: «Esto dice e] Señor de los ejércitos: de aquí a poco tiempo moveré el cielo y la tierra, el mar y la tierra firme; moveré todas las naciones y vendrá el deseado por todas las gentes.» Esta profecía en parte la vemos cumplida, y lo que de ella resta esperamos ha de cumplirse al fin del mundo. Porque ya movió el cielo con el testimonio de los ángeles y de las estrellas cuando encarnó Cristo; movió la tierra con el estupendo milagro del mismo parto de la Virgen; movió el mar y la tierra firme, puesto que en las islas y en todo el mundo se predica el nombre de Jesucristo, y así vemos venir todas las gentes a acogerse bajo la protección de la fe católica.

Lo que sigue, «y vendrá el deseado por todas las gentes», se espera su cumplimiento en su última venida, pues para que fuese deseado por los que le esperaban se necesitaba primeramente que fuese amado por los que creyeron en él. Y Zacarías, hablando de Cristo y de su Iglesia, dice así: «Alégrate grandemente, hija de Sión, hija de Jerusalén; alégrate con júbilo y contento; advierte que vendrá a ti tu rey justo y salvador; vendrá pobre encima de una pollina y de un asnillo, y su imperio se dilatará de mar a mar y desde los ríos hasta los últimos confines del orbe terráqueo.» Cuándo y cómo nuestro Señor Jesucristo caminando usó de esta especie de cabalgadura, lo leemos en el Evangelio, donde se refiere asimismo

parte de esta profecía cuanto pareció bastante para la ilustración de la doctrina contenida en aquel pasaje. En otro lugar, hablando con el mismo Cristo en espíritu de profecía sobre la remisión de los pecados por la efusión de su preciosa sangre, dice: «Y tú también, con la sangre de tu pacto y testamento, sacaste a los cautivos del lago donde no hay agua.» Cuál sea lo que debe entenderse por este lago puede tener diversos sentidos, aunque conforme; a la fe católica. Yo soy de dictamen que no hay objeto que estas palabras nos signifiquen con más propiedad que el abismo y profundidad seca en cierto modo y estéril de la miseria humana, donde no hay las corrientes de las aguas tersas de justicia, sino lodos y cenegales inmundos de pecados.

Porque de este lago dice el real Profeta: «Me libró del lago de la miseria y del cenagoso lodo.» Malaqúías, vaticinando de la Iglesia, que vemos ya propagada por Cristo, dice explícita y claramente a los judíos en presencia de Dios: Yo no tengo mi voluntad en vosotros; no me agradáis ni me complace la ofrenda y sacrificio ofrecido de vuestra mano; porque desde donde nace el sol hasta donde se pone vendrá a ser grande y glorioso mi nombre en las gentes, dice el Señor, y en todas partes sacrificarán y ofrecerán a mi nombre una ofrenda y sacrificio puro y limpio, porque será grande y glorioso mi nombre entre las gentes.» Viendo, pues, que ya este sacrificio, por medio del sacerdocio de Cristo, instituido según el orden de Melquisedec, se ofrece a Dios en todas ras partes del globo habitado desde el Oriente hasta Poniente, y qué no pueden negar que el sacrificio de los judíos, a quienes dice: «No me agradáis ni me complace el sacrificio ofrecido de vuestra mano», está abolido, ¿por qué aguardan todavía otro Cristo, ya que lo que leen en el Pro- feta y ven realizando no pudo cumplirse por otro que por el mismo Salvador? Porque después, en persona de Dios, dice el mismo Profeta: «Le di mi testamento y pacto, en que se contenía la paz y la vida, y le prescribí que me temiese y respetase mi nombre; la ley de la verdad se hallará en su boca, en paz andará conmigo y convertirá a muchos de sus pecados, porque los labios del Sacerdote conservaran la ciencia y aprenderán la ley de su boca, porque él es el ángel del Señor Todopoderoso.»

Y no hay que admirarnos que llame a Cristo Jesús ángel de Dios Todopoderoso, pues así como se llama siervo por la forma de tal con que se presentó a los hombres, así también se llamó ángel por el Evangelio que anunció a los mortales. Porque si interpretásemos estos nombres griegos, Evangelio quiere decir «buena nueva», y ángel, el que trae la nueva; pues hablando del mismo Señor, dice en otro lugar: «Yo enviaré mi ángel, el cual allanará el camino delante de mí, y luego al momento vendrá a su templo aquel Señor que vosotros buscáis y el Angel del Testamento que vosotros deseáis. Mirad que viene, dice el Señor Dios Todopoderoso. ¿Y quién podrá sufrir el día en que llegare, o quién podrá resistir cuando se dejare ver?» En este lugar nos anunció el Profeta la primera y segunda venida de Cristo; la primera, donde dice: «Y luego al momento vendrá a su templo aquel Señor, esto es, vendrá a tomar su carne», de la cual dice en el Evangelio: «Deshaced este templo y en tres días le resucitaré»; la segunda, donde dice: «Mirad que viene, dice el Señor Todopoderoso. ¿Y quién podrá resistir cuando se dejare ver?» Y en lo que dice: «Aquel Señor que vosotros buscáis, y el Angel del testamento que vosotros deseáis», nos da a entender, y significa, sin duda, que los judíos, conforme a las escrituras, que leen continuamente, buscan y desean hallar a Cristo; pero muchos de ellos al que buscaron y desearon eficazmente no le reconocieron después de venido por tener vendados los ojos de su corazón con sus anteriores deméritos y pecados.

Lo que aquí llama Testamento, y arriba donde dijo: «Le di mi testamento», y aquí donde le llama «Angel del Testamento», sin duda debemos entenderlo del Testamento Nuevo, en el cual las promesas son eternas, no como en el Antiguo, donde son temporales, de las cuales, haciendo en el mundo muchos espíritus débiles y necios grande estimación y sirviendo a Dios verdadero por la esperanza del premio de tales cosas tem- porales, cuando advierten que algunos impíos y pecadores las gozan en abundancia, se turban. Por eso el mismo Profeta, para distinguir la bienaventuranza eterna del Nuevo Testamento de la felicidad terrena del Viejo (la cual en su mayor parte se da también a los malos), dice así: «Habéis hablado pesadamente contra mí, dice el Señor, y preguntáis: ¿qué hemos hablado contra ti? Dijisteis: en vano trabaja quien sirve a Dios ¿Y qué es lo que hemos medrado por haber guardado exactamente sus preceptos y procedido con humildad, pidiendo misericordia delante del Señor Todopoderoso? Siendo así que tenemos por dichosos a los extraños a la religión de Dios, ya que vemos a los pecadores medrados y acrecentados y a los que han ido contra Dios salvos y libres de sus calamidades. Pero los que temían a Dios dijeron en contra posición a estas sutiles quejas, cada uno, respectivamente, a su prójimo todo lo advierte el Señor, y lo oye, y tiene escrito un libro de memoria delante de sí en favor de los que temen a Dios y reverencian su santo nombre.

En este libro se nos significa el Testamento Nuevo. Pero acabemos de oír lo que sigue: «Y a éstos los tendré yo, dice el Señor Todopoderoso, en el día en que he de cumplir lo que digo, como hacienda y patrimonio mío propio; yo los tendré escogidos, como el hombre que tendré elegido a un hijo obediente y que le sirve bien. Entonces volveréis a considerar, y notaréis la diferencia que hay entre el justo y el pecador, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve; sin duda vendrá aquel día ardiendo como un horno, el cual los abrasará y serán todos los pecadores y los que viven impíamente como paja seca, y los abrasará en aquel día, en que vendrá, dice el Señor Todopoderoso, de forma que no quede raíz ni sarmiento de ellos. Pero a los que tienen y confiesan mi nombre les nacerá el sol de la justicia, y. en sus alas vuestra salud y remedio; saldréis y os regocijaréis como los novillos cuando se ven sueltos de alguna prisión y hollaréis a los impíos, hechos cenizas, debajo de vuestros pies en el día en que yo haré lo que digo, dice el Señor Todopoderoso. Este es el que llaman día del juicio, del cual hablaremos, si fuere de voluntad de Dios, más extensamente en su propio lugar.

CAPITULO XXXVI

De Esdras y de los libros de los Macabeos Después de estos tres profetas: Ageo, Zacarías y Malaquías, por los mismos tiempos en que el pueblo de. Israel Salió libre del cautiverio de Babilonia, escribió también Esdras, quien ha sido tenido más por historiador que por profeta (como es el libro que se intitula de Ester, cuya historia en honor de Dios se halla haber sucedido no mucho después de esta época); a no ser que entendamos que Esdras profetizó a Jesucristo en aquel pasaje donde refiere que habiéndose excitado un cuestión y duda entre ciertos jóvenes sobre cuál era la cosa más poderosa del mundo, y diciendo uno que los reyes, otro que el vino y el tercero que las mujeres, quienes por lo general suelen dominar los corazones de los reyes el tercero manifestó y probó que h verdad era únicamente la que todo lo vencía.

Y si registramos el Evangelio hallamos que Cristo es la misma verdad Desde este tiempo, después de reedificado el templo hasta Aristóbulo, no hubo reyes entre los judíos, sino príncipes, y el cómputo de estos tiempo no se halla en las santas Escritura que llamamos canónicas, sino en otro libros, y, entre ellos, en los que se intitulan de los Macabeos, los cuales tienen por canónicos no los judíos, sino la Iglesia, por los extraños y admirables martirios de algunos Santos mártires que contienen, quienes, antes que Cristo encarnase, pelearon valerosamente hasta dar su vida en defensa de la ley santa del Señor, padeciendo cruelísimos y horribles tormentos.

CAPITULO XXXVII

Que la autoridad de las profecías es más antigua que el origen y principio de la filosofía de los gentiles En la época en que florecieron nuestros profetas, cuyos libros han llegado ya a noticia de casi todas las naciones, aun no existía filósofo alguno entre los gentiles, ni quien hubiese tenido tal nombre, porque éste tuvo su exordio en. Pitágoras, natural de la isla de Samos, quien comenzó a. ser famoso cuando salieron los judíos de su cautiverio. Luego con mayor motivo se deduce que los filósofos que le sucedieron fueron muy posteriores en tiempo a los profetas; porque el mismo Sócrates, natural de Atenas, maestro de los que entonces florecieron, y son los príncipes de aquella parte de la filosofía que se llama moral o activa, se sabe por las Crónicas que vivió después de Esdras. A poco tiempo nació Platón, que sobresalió en muchos grados a los demás discípulos de Sócrates.

Y si quisiéramos añadir a éstos los que les precedieron, que aun no se llamaban filósofos, esto es, los sabios, y después los físicos que sucedieron a Thales en la indagación de las causas naturales, imitando su estudio Y profesión, es a saber: Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras y otros varios, antes que Pitágoras se llamase filósofo, ni aun éstos preceden en antigüedad a todos nuestros profetas; porque Thales, después del cual siguieron los otros, dicen que floreció reinando Rómulo, cuando brotó el raudal de las profecías de las fuentes de Israel, en aquellas sagradas letras que se extendieron y divulgaron por todo el mundo. Así, pues, solos los teólogos poetas Orfeo, Lino y Museo, Y algunos otros que hubiera entre los griegos, fueron primero que los profetas hebreos, cuyos escritos tenemos por auténticos.

Con todo, tampoco precedieron en tiempo a nuestro verdadero teólogo Moisés, que efectivamente predicó un solo Dios verdadero, cuyos libros son los primeros que tenemos al presente en el Canon de los sagrados, autorizados con la uniforme y general aprobación de la Iglesia. Y consiguientemente, los griegos, en cuyo país florecieron con especialidad las letras humanas, no tienen que lisonjearse de su sabiduría en tal conformidad que pueda parecer, ya que no más aventajada, a lo menos más antigua que nuestra religión, que es donde se halla la verdadera sabiduría. No obstante, es innegable que hubo antes de Moisés alguna instrucción, que se llamó entre los hombres sabiduría, aunque no en Grecia, sino entre las naciones bárbaras e incultas, como en Egipto; pues a no ser así, no diría la Sagrada Escritura que Moisés estaba versado en todas las ciencias de los egipcios, es a saber: que cuando nació allí, fue adoptado y criado por la hija de Faraón e instruido en las artes y letras humanas Sin embargo, ni aun la sabiduría de los egipcios pudo preceder en tiempo a

la sabiduría de nuestros profetas, ya que Abraham fue también profeta. ¿Y qué ciencias pudo haber en Egipto antes que Isis (a quien después de muerta tuvieron por conveniente adorarla como a una gran diosa) se las enseñase? De Isis escriben que fue hija de Inaco, el primero que principió a reinar en Argos, cuando hallamos por el contexto de la Sagrada Escritura que Abraham tenía ya nietos.

CAPITULO XXXVIII

Cómo el Canon eclesiástico no recibió algunos libros. de muchos santos por su demasiada antigüedad, para que, con ocasión de ellos, no se mezclase lo falso con lo verdadero Si quisiéramos echar mano de sucesos mucho más antiguos, antes de nuestro Diluvio universal, tenemos al patriarca Noé, a quien no sin especial motivo podré llamar también profeta, pues la misma Arca que labró, y en que se libertó del naufragio con los suyos, fue una profecía de nuestros tiempos. ¿Y qué diremos de Enoch, que fue el séptimo patriarca después de Adán? ¿Acaso no se dice expresamente en la carta canónica del apóstol San Judas Tadeo que profetizo? Pero la causa primaria por que los libros de éstos no tengan autoridad canónica, ni entre los judíos ni entre nosotros, fue su demasiada antigüedad, por la cual parecía debían graduarse como sospechosos, para que no se publicasen algunas particularidades absolutamente falsas por verdaderas, puesto que se divulgan también algunas que dicen ser suyas, y se las atribuyen los que ordinariamente creen conforme a su sentido lo que les agrada. Estas obras no las admite la pureza e integridad del Canon, no porque repruebe la autoridad de sus autores, que fueron amigos v siervos de Dios, sino porque no se cree que sean suyas.

No debe causarnos maravilla que se tenga por sospechoso lo que se publica bajo el nombre de tanta antigüedad, puesto que en la misma historia de los reyes de Judá y de los reyes de Israel, que contiene la memoria de los sucesos acaecidos, se refieren muchas cosas de que no hace mención la Escritura, y dice que se hallan en los otros libros que escriben los profetas, y en algunas partes cita también los nombres de estos profetas; y, sin embargo, no está dicha historia en el Canon que tiene admitido el pueblo de Dios. Confieso ignorar la causa de esto, aunque presumo que aquellos a quienes el Espíritu Santo reveló lo que había de estar en la autoridad y Canon de la religión, pudieron también escribir unas cosas, cómo hombres, con diligencia histórica, y otras, como profetas, con inspiración divina, y que éstas fueron distintas; de forma que Pareció que las unas se les debían atribuir a ellos como suyas, y las otras, a Dios, como a quien hablaba por ellos. Así unas servían para mayor abundancia de noticia; las otras, para autoridad de la religión, en cuya autoridad se guarda el Canon. Fuera de éste se citan y alegan algunas particularidades escritas bajo el nombre de los verdaderos profetas; pero no valen ni aun para la copia de noticias, porque es incierto si son de los que se asegura ser; por eso no les damos crédito, especialmente a lo que se halla en ellos contra la fe de los libros canónicos, lo cual demuestra que de modo alguno sean suyos.

CAPITULO XXXIX

Cómo las letras hebreas nunca dejaron de hallarse en su propia lengua No debemos creer lo que algunos presumen: que solamente conservó la lengua hebrea aquel que se llamó Heber, de donde dimanó el nombre de los hebreos, extendiéndose después hasta Abraham, y que las letras hebreas comenzaron con la ley que dio Moisés; antes bien, el citado idioma, con sus letras, se guardó y conservó por aquella sucesión que dijimos de los padres. En efecto, Moisés puso en el pueblo de Dios personas que asistiesen para enseñar las letras antes que tuviesen noticia de ningún escrito de la ley divina.

A éstos llama la Escritura Grammato Isagogos, es decir, introductores de las letras, porque en cierto modo las introducen en los corazones de los que las aprenden, o, por mejor decir, porque introducen en ellas a los mismos que enseñan. Ninguna nación, pues, se jacte y gloríe vanamente de la antigüedad de su sabiduría, como anterior a la de nuestros patriarcas y profetas, que tuvieron sabiduría divina, puesto que ni aún en Egipto, que suele gloriarse falsa y vanamente de la ancianidad de sus letras y doctrinas, se halla vestigio de que alguna sabiduría suya haya precedido en tiempo a la sabiduría de nuestros patriarcas: porque no habrá quien se atreva a decir que fueron peritos en ciencias y artes admirables antes de tener noticia de las letras, esto es, antes que Isis fuese a Egipto y se las enseñase.

Y aquella su famosa ciencia, que llamaron sabiduría, ¿qué era principalmente sino la astronomía u otros estudios semejantes, que suelen ser propósito y aprovechar más para eje, Citar los ingenios que para ilustrar la ánimos con verdadera sabiduría? Por que en lo tocante a la filosofía, que es la que profesa enseñar preceptos reglas inconcusas, para que los hombres puedan ser y hacerse bienaventurados, por los tiempos de Mercurio llamado el Trimegisto, fue cuando florecieron en aquella tierra semejante facultades; lo cual, aunque fue mucho antes que los sabios y filósofos de Grecia, con todo, fue después de Abraham Isaac, Jacob y Joseph; más aún: aun después del mismo Moisés; porque a tiempo que nació Moisés, se sabe que vivía Atlas, aquel célebre astrólogo hermano de Prometeo, abuelo materno de Mercurio el Mayor, cuyo nieto fue este Mercurio Trimegisto.

CAPITULO XL

De la vanidad embustera de los egipcios, que atribuyen a sus ciencias cien mil niños de antigüedad Inútilmente, con vana presunción vociferan algunos diciendo que hace más de cien mil anos que Egipto poseyó el invento de la numeración, movimiento y curso de las estrellas. ¿Y de qué libros diremos que infirieron este número los que no mucho antes de dos mil anos aprendieron las letras de Isis? Porque no es escritor tan despreciable Varrón, y lo dice en su historia; lo cual no desdice tampoco de la verdad de las letras divinas.

Y no habiéndose aún cumplido seis mil años desde la creación del primer hombre, que se llamó Adán, ¿cómo no nos hemos de reír, sin cuidar de refutarlos, de los que procuran persuadirnos acerca del orden cronológico de los tiempos, cosas tan diversas y opuestas a esta verdad tan clara y conocida? ¿Y a quién daremos más crédito sobre las cosas pasadas que al que nos anunció también las futuras las cuales vemos ya presentes? Porque hasta la misma contradicción y disonancia de los historiadores entre sí nos da materia bastante para que creamos antes a aquel que no repugna a la historia divina que nosotros poseemos. Pero los ciudadanos de la ciudad impía, que están derramados por todas las partes del orbe habitado, cuando leen que hombres doctos, cuya autoridad parece no debe despreciarse, discrepan entre sí sobre sucesos remotísimos de la memoria de nuestro siglo, están perplejos sobre a quiénes deben dar mayor crédito; mas nosotros en la historia de nuestra religión, como estriban nuestras aserciones en la divina autoridad, todo lo que se opone a ella no dudamos condenarlo por falsísimo, sea lo que quiera lo demás que contienen las letras profanas, que, ya sea verdad o mentira, nada importa para que vivamos bien y felizmente.

CAPITULO XLI

De la discordia de las opiniones filosóficas y de la concordia de las escrituras canónicas de la Iglesia Pero dejando a un lado la historia, los mismos filósofos de los cuales pasamos a estas cosas, que parece no fueron tan laboriosos en sus estudios e investigaciones, sino por hallar el medio de vivir con comodidad, de forma que, según sus reglas, conseguiremos la bienaventuranza, ¿por qué causa discordaron los discípulos de los maestros y los discípulos entre sí sino porque, como hombres mortales, buscaban este precioso y. oculto tesoro con los sentidos humanos y con humanos discursos y razones? En lo cual pudo haber también cierto amor y deseo de gloria, apareciendo cada uno parecer más sabio y agudo que otro, no ateniéndose al dictamen ajeno, sino queriendo ser el autor e inventor de su secta y opinión.

Con todo, aunque concedamos haber habido algunos, y aun muchos de ellos, a los cuales haya hecho desviar de sus maestros y de sus discípulos el amor de la verdad y el defender lo que creían ser verídico, ya lo fuese o no lo fuese, ¿qué es lo que puede, o dónde, o por dónde se encamina la infelicidad y miseria humana para llegar a la bienaventuranza si no la dirige y conduce la autoridad divina? Nuestros autores, en quienes no en vano se establece y resume el Canon de las letras sagradas, por ningún motivo discrepan entre sí; pero lo que no sin razón creyeron, no sólo algunos pocos de los que en las escuelas y en las aulas, con sus contenciosas, sistemáticas y fútiles disputas se rompan las cabezas, sino infinitos, aun en las ciudades, así los sabios como los ig- norantes, que cuando escribían nuestros

escritores aquellos libros les habló Dios o que el mismo Dios habló por boca de éstos. Y ciertamente interesó fuesen pocos, a fin de que no fuese vilipendiado por la multitud lo que había de ser tan particularmente apreciado y estimado por la religión, aunque. no fueron tan pocos que dejase de ser admirable su conformidad. Pues entre el inmenso número de filósofos que nos dejaron por escrito las memorias y libros de sus sectas y opiniones, no se hallará fácilmente entre quienes convenga todo lo que sintieron y las opiniones que propugnaron, y querer mostrarlo aquí con la extensión necesaria sería asunto largo.

Y en esta ciudad, que tributa culto y homenaje a los demonios, ¿qué autor hay, por cualquiera secta y opinión que sea, de tanto crédito que, por su respeto se hayan desaprobado y condenado todos los demás que opinaron diferentemente y aun lo contrario? ¿Acaso no fueron esclarecidos y famosos en Atenas, por una parte, los epicúreos, que afirmaban no tocar a los dioses las cosas humanas, y por otra los estoicos, que sentían lo contrario y defendían que las regían y tenían los dioses bajo sus auspicios y protecci6n? Por eso me admiro cuando advierto que condenaron a Anaxágoras porque dijo que el sol era una piedra encendida, negando, en efecto, que era dios, puesto que en la ciudad floreció con grande nombre y gloria Epicuro, y vivió seguro creyendo y sosteniendo que no era dios, no sólo el sol o algunas de las estrellas, sino defendiendo que ni Júpiter ni otro alguno de los dioses había en el mundo a quien Ilegasen las oraciones, súplicas y preces de los hombres. ¿Por ventura no vivió allí Aristipo, que hacia consistir el sumo bien y la bienaventuranza en el gusto y deleite del cuerpo, y Antístenes, que defendía hacerse el hombre bienaventurado por la virtud del alma; dos filósofos insignes, y ambos socráticos, que ponían la suma felicidad de nuestra vida en fines tan distintos y entre sí tan contrarios, entre los cuales, el primero decía que el sabio debía huir del gobierno y administración de la república, y el otro, que la debía regir; y cada uno congregaba sus discípulos para según y defender su secta? Porque públicamente en el pórtico, en los gimnasios, en los huertos, en los lugares públicos y particulares, a catervas peleaban en defensa cada uno de su opinión Otros afirmaban no haber más de un mundo; otros, que eran innumerables; muchos, que sólo este mundo tenía origen; algunos, que no le tenía; unos, que había de acabarse; otros, que para siempre había de durar; unos, que se gobernaba y movía por la Providencia divina; otros, que por el hado y la fortuna; unos, que las almas eran inmortales; otros, que mortales; y los que sostenían ser inmortales, unos que transmigraban a bestias, otros que no, y los que decían ser mortales, unos que morían inmediatamente que el cuerpo, otros que vivían aún después mucho o poco tiempo, pero no siempre; unos colocaban el sumo bien en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos, en el cuerpo y en el alma; otros adjudicaban al cuerpo y al alma los bienes exteriores; unos decían, debíamos creer siempre a los sentidos corporales, otros que no siempre y otros que en ningún caso.

Estas y otras casi innumerables diferencias y discordancias de filósofos, ¿qué pueblo hubo jamás, qué Senado, qué potestad o dignidad pública en la ciudad impía que cuidase de juzgarlas y averiguarías en su fondo; de aprobar unas y repudiar otras, sino más bien, sin diferencia alguna y confusamente, tuvo y fomentó en su seno tanta infinidad de controversias de hom- bres que tenían diferentes sentimientos, y no en materia de heredades o casas, o de intereses de dinero, sino sobre asuntos importantes en que se descifra y pronuncia sobre nuestra infelicidad o felicidad eterna? En cuyas disputas, aunque se decían algunas cosas ciertas, sin embargo con la misma libertad se proferían también las falsas; de forma que no en vano esta ciudad tomó el nombre místico de Babilonia, porque Babilonia

quiere decir confusión, como lo hemos ya insinuado otra vez. Ni le interesa a su caudillo, el demonio, el mirar con cuán contrarios errores debaten y riñen entre silos que él juntamente posee por el mérito de sus muchas y varias impiedades.

Pero aquella gente, aquel pueblo, aquella república, aquellos israelitas, «a quien confió Dios sus santas Escrituras, jamás confundieron con igual libertad los falsos profetas con los verdaderos, sino que, conformes entre sí, y sin discordar en nada, reconocieron y conservaron los verdaderos autores de las sagradas letras. A éstos tuvieron por sus filósofos, esto es, por los que amaban su sabiduría; a éstos por sabios, a éstos por teólogos, a éstos por profetas, a éstos por maestros doctores de la virtud y religión. Cualquiera que sintió y vivió conforme sus doctrinas, sintió y vivió, no según los hombres, sino según Dios, que habló por boca de éstos sus siervos. Aquí si prohiben el sacrilegio, Dios lo prohibió; si dicen: «Honraras a tu padre a tu madre», Dios lo mandó; si dicen: «No fornicarás, no matarás, no hurtarás», y así los demás preceptos de Decálogo, no salieron de boca humana estas sentencias, sino de los divinos oráculos.

Todas las verdades que algunos filósofos, entre las opiniones falsas que sostuvieron, pudieron conocer y lo procuraron persuadir con largas y prolijas disputas y discursos, como es la de, que este mundo le hizo Dios, y que Dios le gobierna con su Providencia y cuando enseñaron bien de la hermosura de las virtudes, del amor a la patria, de la felicidad, de la amistad, de las obras buenas y de todo lo que pertenece a las buenas costumbre aunque ignorando el fin y modo con que debían referirse. Todas estas verdades se han enseñado en la otra Ciudad y recomendado al pueblo con voces proféticas, esto es, divinas, aun que por boca de hombres, sin necesidades de disputas, argumentos y demostraciones, para que los que las entendiesen temiesen despreciar, no el ingenió humano, sino el documento divino.

CAPITULO XLII

Que por dispensación de la Providencia divina se tradujo la sagrada Escritura del Viejo Testamento del hebreo a griego para que viniese a noticia de todas las gentes Estas sagradas letras también las procuró conocer y tener uno de los Ptolomeos, reyes de Egipto. Porque después de la admirable, aunque poco lograda potencia de Alejandro de Macedonia, que se llamó igualmente el Magno, con la cual, parte con las armas y parte con el terror de su nombre, sojuzgó a su imperio toda el Asia, o, por mejor decir, casi todo el orbe, consiguiendo asimismo, entre los demás reinos del Oriente, hacerse dueño y señor de Judea; luego que murió, sus capitanes, no habiendo distribuido entre sí aquel vasto y dilatado reino para poseerle pacíficamente, sino habiéndole disipado para arruinarle y abrasarle todo con guerras. Egipto comenzó a tener sus reyes Ptolomeos, y el primero de ellos, hijo de Lago, condujo muchos cautivos de Judea a Egipto. Sucedió a éste otro Ptolomeo, llamado Filadelfo, quien a los que aquél trajo cautivos los dejó volver libremente a su país, y además envió un presente o donativo real al templo de Dios, suplicando a Eleázaro, que a la sazón era Pontífice, le enviase las santas Escrituras, las cuales, sin duda, había oído, divulgando la fama que eran divinas, y por eso deseaba tenerlas en su copiosa librería, que había hecho muy famosa. Habiéndoselas enviado el Pontífice, como estaban en hebreo, el rey le pidió también intérpretes, y Eleázaro le envió setenta y dos, seis de cada

una de las doce tribus, doctísimos en ambas lenguas, es, a saber, en la hebrea y en la griega, cuya versión comúnmente se llama de los setenta.

Dicen que en sus palabras hubo tan maravillosa, estupenda y efectivamente divina concordancia, que, habiéndose sentado para practicar esta operación cada uno de por sí aparte (porque de esta conformidad quiso el rey Ptolomeo certificarse de su fidelidad), no discreparon uno de otro en una sola palabra que significase lo mismo o valiese lo mismo, o en el orden de las expresiones, sino que, como si hubiera sido uno solo el intérprete, así fue uno lo que todos interpretaron, porque realmente uno era el espíritu divino que había en todos. Concedióles Dios este tan apreciable don para que así también quedase acreditada y recomendada la autoridad de aquellas Escrituras santas, no, como humanas, sino cual efectivamente lo eran, como divinas, a fin de que, con el tiempo, aprovechasen a las gentes que habían de creer lo que en ellas se contiene y vemos ya cumplido.

CAPITULO XLIII

De la autoridad de los setenta intérpretes, la cual salva la reverencia que se debe al idioma hebreo, debe preferirse a todos los intérpretes Aunque hubo otros intérpretes que han traducido la Sagrada Escritura de idioma hebreo al griego, como son Aquila, Symmaco y Theodoción, y hay también la versión, cuyo autor se ignora, y por eso, sin nombre del interprete, se llama la quinta edición ésta de los setenta, como si fuera sola la ha recibido la Iglesia, usando de ella todos los cristianos griegos, quienes por la mayor parte no saben si hay otra. Y de esta traducción de los setenta se ha vertido también al idioma latino la que tienen las Iglesias latinas. Aunque no ha faltado en nuestros tiempos un Jerónimo, presbítero, varón doctísimo y muy instruido en, todas las tres lenguas, que nos ha traducido las mismas Escrituras en latín, no del griego, sino del hebreo. Y aunque los judíos confiesen que este trabajo e instrucción de Jerónimo en tantas lenguas y ciencias es verdadero, y pretenden asimismo que los setenta intérpretes erraron en muchas cosas, no obstante, las Iglesias de Jesucristo son de dictamen que ninguno debemos preferir a la autoridad de tantos hombres como entonces escogió el pontífice Eleázaro para un encargo tan importante y arduo como éste Pues aunque no se hubiera advertido en ellos en espíritu, sin duda, divino, sino que, como hombres, convinieran en las palabras de su versión setenta personas doctas, para atenerse todos ellos a lo que de común acuerdo determinaran, ningún intérprete, individualmente, se les debiera anteponer.

Y habiendo visto en ellos una señal tan grande del divino espíritu, sin duda otro cualquiera que ha traducido fiel y legalmente aquellas Escrituras del idioma hebreo en otro cualquiera, este tal, o concuerda con los setenta intérpretes, o si, al parecer, no concuerda, debemos entender que se encierra allí algún arcano profético. Porque el mismo espíritu que tuvieron los profetas cuando anunciaron tan estupendas maravillas, lo tuvieron los setenta cuando las interpretaron; el cual, ciertamente, con la autoridad divina, pudo decir otra cosa, como si el profeta hubiera dicho lo uno y lo otro, porque lo uno y lo otro lo decía el mismo espíritu; y esto mismo pudo decirlo de otro modo para que se manifestase a los que lo entendiesen bien, cuando no las mismas palabras, a lo menos el mismo sentido; y pudo dejarse, y añadir alguna particularidad, para manifestar también con esto que en aquella traducción no hubo

sujeción ni servidumbre a las palabras, sino una potestad divina que llenaba y gobernaba el espíritu del intérprete.

Ha habido algunos que han querido corregir los libros griegos de la interpretación de los setenta por los libros hebreos, y, sin embargo, no se han atrevido a quitar lo que no tenían los hebreos y pusieron los setenta, sino tan sólo añadieron lo que hallaron en los hebreos y no estaba, en setenta. Esto lo notaron al principio de los mismos versos con ciertas señales formadas a manera de estrellas, a cuyas señales llamaban asteriscos. Y lo que no tienen los hebreos y se halla en los setenta, asimismo en el principio de los versos lo señalaron con unas virgulillas tendidas, así como se escriben las notas de las ondas; y muchos de estos libros, con estas notas, andan ya por todas partes, así en griego como en latín; pero lo que no se ha omitido o añadido, sino que se dijo de otra manera, Ya indicando otro sentido compatible y no fuera de propósito; ya declarando de otra forma el mismo sentido, no puede hallarse sino mirando y cotejando los unos libros con los otros. Así que si, como es puesto en razón, no mirásemos a otro objeto en, aquellos libros, sino a lo que dijo el Espíritu Santo por los hombres, todo lo que se halla en los libros hebreos y no se halla en los setenta intérpretes, no lo quiso decir el Espíritu Santo por estos, sino por aquellos profetas, y todo lo que se halla en los setenta intérpretes y no se halla en los libros hebreos, más lo quiso decir el mismo Espíritu Santo por éstos que, por aquéllos; mostrándonos de esta manera que los unos y los otros eran profetas porque de esta conformidad dijo como quiso unas cosas por Isaías, otras por Jeremías, otras por Otros profetas, o de otra manera, una misma cosa por éste que por aquél. En efecto, todo lo que se encuentra en los unos y en los otros, por los unos y por los otros lo quiso decir un mismo Espíritu; pero de tal modo, aquéllos precedieron profetizando y éstos siguieron proféticamente interpretando a aquéllos; porque así como tuvieron aquéllos, para decir cosas verdaderas y conformes, un espíritu de paz, así también en éstos, no conviniendo entre sí, y, sin embargo, interpretándolo todo como por una boca se manifestó que el espíritu era un solo.

CAPITULO XLIV

Lo que debemos entender acerca de la destrucción de los ninivitas, cuya amenaza en el hebreo se extiende al espacio de cuarenta días y en los setenta se abrevia y concluye en tres Pero dirá alguno: ¿cómo sabremos qué es lo que dijo el profeta Jonás los ninivitas, si dijo: «Nínive será destruida dentro de tres días o cuarenta? Porque ¿quién no advierte que no pudo decir las dos cosas entonces, el profeta que envió Dios a infundir terror y espanto a aquella ciudad con la anunciada ruina que tan próxima les amenazaba? La cual, si había de perece al tercero día, sin duda que no aguardaría al cuadragésimo, y si al cuadragésimo, no sería destruida al tercero Así que, si yo fuese preguntado cuál de estas dos cosas dijo Jonás, respondería que me parece más conforme lo que se lee en el hebreo: «Pasados cuarenta días será Nínive arruinada»; pues habiendo los setenta interpretado la Escritura mucho tiempo después, pudieron, decir otra cosa, la cual, sin embargo, viniese al caso y a expresar el mismo concepto, aunque apuntándonos y significándonos lo contrario, y pudiese advertir al lector que, sin despreciar lo uno ni lo otro, se elevase de la historia a la inquisición y examen de aquello, para cuya verdadera inteligencia se escribió la misma historia. Porque aunque es cierto que aquel acaecimiento pasó en la ciudad de Nínive, sin embargó, nos significó alguna otra cosa mayor que aquella ciudad; como sucedió que el mismo profeta

estuvo tres días en el vientre de la ballena, y con ello nos dio a entender que otro, que es el Señor de todos los profetas, había de estar tres días en lo profundo del infierno.

Por lo cual, si en aquella ciudad se nos figuró proféticamente la Iglesia de los gentiles, arruinada ya por la penitencia, de forma que no es lo que fue, por cuanto esto lo hizo Cristo en la Iglesia de los gentiles, cuya figura representaba Nínive, ya fuese en cuarenta días o en tres, el mismo Cristo fue el que se nos significó; en cuarenta días, porque otros tantos conversó con sus discípulos después de su resurrección, subiendo, al cumplirse este plazo, a los cielos, y en tres, porque resucitó al tercero día, como si al lector, atento sólo a distraerse con la historia, hubiesen querido los setenta, siendo a un tiempo intérpretes y profetas, despertarle de su sueño, para que vaya indagando la profundidad misteriosa de la profecía, y le dijeron en cierto modo: busca a aquel mismo en los cuarenta días en quien pudieras hallar asimismo los tres días; lo primero lo hallarás en la Ascención, y lo tercero en su Resurrección.

Por esta razón, con uno y otro número se nos pudo significar muy al caso, así lo que por el profeta Jonás, como lo que por la, profecía de los setenta intérpretes nos dijo un mismo espíritu. Por no ser molesto no me detengo en evidenciar y probar este punto, sostenido en muchos pasajes, donde Parece que los setenta intérpretes discrepan de la verdad hebraica, y, bien entendidos, se halla que están conformes. Yo también, según lo exigen mis, limitados conocimientos, siguiendo las huellas de los apóstoles, que igualmente citaron los testimonios proféticos, tomándolos de ambas partes, esto es, de los hebreos y de los, setenta, he querido aprovecharme de la autoridad de unos y otros, porque una y otra es una misma y ambas divinas. Pero continuemos ya lo que resta como podamos.

CAPITULO XLV

Que después de la reedificación del templo dejaron los judíos de tener profetas, y que desde entonces hasta que nació Cristo fueron afligidos con continuas adversidades, para probar que la edificación que los profetas prometieron no era la de éste, sino la de otro templo Después que la nación judaica empezó a carecer de profetas, sin duda alguna empeoró y declinó de su antiguo esplendor, es a saber, en el mismo tiempo en que habiendo reedificado el templo, después del duro cautiverio que padecieron en Babilonia, pensó que, había de mejorar de fortuna. Porque así entendía aquel pueblo carnal lo que prometió Dios por su profeta Ageo: «Mayor será la gloria de esta última casa que de la primera»; lo cual poco más arriba manifestó debe entenderse por el Nuevo Testamento, donde dijo, prometiendo claramente a Cristo: «Conmoveré todas las naciones y vendrá el deseado por todas las gentes.»

Los setenta intérpretes, con autoridad profética, expresaron otro sentido, que convenía más al cuerpo que a la cabeza, esto es, más a la Iglesia que a Cristo: «Vendrá lo que tiene escogido el Señor entre todas las gentes, esto es, los hombres de quienes dice Jesucristo en el Evangelio: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos», porque de estos tales elegidos de entre las gentes, como de piedras vivas, se ha edificado la casa de Dios por el Nuevo Testamento, mucho más gloriosa que lo fue el templo de Salomón y el restaurado después de la cautividad.

Por esto, desde entonces, no tuvo profetas aquella nación y los mismos romanos para que no entendiesen que esta profecía de Ageo se había cumplido en la restauración del templo. Porque al poco tiempo; con la venida de Alejandro, fue sojuzgada, y aunque entonces no se verificó destrucción alguna porque no se atrevieron a hacerle resistencia, rindiéndose desde luego y recibiéndole en paz, con todo, no fue la gloria de aquella casa tan grande como lo fue estando libre en poder de sus propios reyes. Y aunque Alejandro ofreció sacrificios en el templo de Dios, no fue convirtiéndose a adorar a Dios con verdadera religión, sino creyendo que le debía adorar juntamente con sus falsos dioses.

Después Ptolomeo, hijo de Lago, como insinué en el **CAPITULO** XLII, muerto ya Alejandro, sacó de allí los cautivos, llevándolos a Egipto, a quienes su sucesor, Ptolomeo Filadelfo, con grande benevolencia concedió la libertad, por cuya industria sucedió que tuviésemos lo que poco antes insinué, las Santas Escrituras de los setenta intérpretes A poco tiempo quedaron quebrantados, y destruidos con las guerras que se refieren en los libros de los Macabeos. Enseguida los sujetó Ptolomeo, llamado Epifanes rey de Alejandría, y después AntÍoco, rey de Siria, con infinitos y graves trabajos lo compelió a que adorasen los ídolos, llenándose el templo de las sacrílegas supersticiones de los gentiles; pero su valeroso jefe y caudillo Judas, llamado el Macabeo, habiendo vencido y derrotado a los generales de Antíoco, le limpió y purificó de toda la profanación con que le había manchado la idolatría.

Y no mucho después Alchimo, alucinado por su ambición; sin ser de la estirpe de los sacerdotes que era condición indispensable, se hizo pontífice. Desde entonces transcurrieron casi cincuenta años, en los cuales aunque no vivieron en paz, sin embargo, experimentaron algunos sucesos prósperos; pasados los cuales, Aristóbulo fue el primero que entre ellos, tomando la corona, se hizo rey y pontífice. Porque hasta entonces, desde que regresaron de¡ cautiverio de Babilonia y se reedificó el templo, nunca, habían tenido reyes, sino capitanes y príncipes, aunque el que es rey pueda llamarse también príncipe por la seguridad con que ejerce el mando y el gobierno de su Estado, y capitán por ser conductor y jefe de su ejército; pero no todos los que son príncipes y capitanes pueden llamarse reyes, como lo fue Aristóbulo.

A éste sucedió Alejandro, que también fue rey y pontífice, de quien dicen que reinó cruelmente sobre los suyos. Después de él, su esposa Alejandra fue reina de los judíos. Desde este tiempo en adelante sufrieron mayores trabajos, porque los hijos de Alejandro, Aristóbulo e Hircano; compitiendo entre sí por el reino, provocaron contra la nación israelita las fuerzas de los romanos, a quienes pidió Hircano socorro contra su hermano. A esta sazón ya Roma había conquistado el Africa, se había apoderado de Grecia, y extendiendo su imperio por las otras partes del mundo, no pudiendo sufrirse a sí misma, se acarreó la ruina con su misma grandeza. Porque vino a parar en discordias domésticas, pasando de éstas a las guerras sociales, que fueron con sus amigos y aliados, y luego, a las civiles, disminuyéndose y quebrantándose en tanto grado su poder, que llegó al extremo de mudar el estado de república, y ser gobernada directa y despóticamente por reyes.

Pompeyo, esclarecido y famoso príncipe del pueblo romano, entrando con un poderoso ejército en Judea, apoderó de la ciudad, abrió el templo, no como devoto y humilde, sino

como vencedor orgulloso, y llegó, no reverenciando, sino profanando, hasta Sancta Sanctorum, donde no era lícito entrar sino al sumo sacerdote; y habiendo confirmado el pontificado e Hircano, y puesto por gobernador de la nación sojuzgada a Antípatro, que llamaban ellos entonces procurado llevó consigo preso a Aristóbulo. Desde esta época los judíos comenzaron a ser tributarios de los romanos Después Casio les despojó de cuantas riquezas se guardaban en el templo. Al cabo de pocos años merecieron tener por rey a Herodes, un extranjero descendiente de gentiles, en cuyo reinado nació Jesucristo; porque ya se había cumplido puntualmente el tiempo que nos significó el espíritu profético por boca del patriarca Jacob cuando dijo: «No faltará Príncipe de Judá, ni caudillo de su linaje, hasta que venga aquel para quien están guardadas las promesas y él será el que aguardarán las gentes.» No faltó príncipe de su nación a los judíos hasta este Herodes, que fue el primer rey que tuvieron de nación extranjera. Por esto era ya tiempo que viniese aquel a quien estaba reservado lo prometido por el Nuevo Testamento, para que fuese la esperanza de las naciones. Y no aguardarán su venida las gentes, como vemos aguardan a que venga a juzgar con todo el poder manifiesto de su majestad y grandeza, si primero no creyeran en el que vino a sufrir y ser juzgado con humilde paciencia y mansedumbre.

CAPITULO XLVI

Del nacimiento de nuestro Salvador, según que el Verbo se hizo hombre, de la dispersión de los judíos por todas las naciones, como estaba profetizado Reinando, pues, Herodes en Judea, y en Roma mudádose el estado republicano, imperando Augusto César, y por su mediación disfrutando todo el orbe de una paz y tranquilidad apacible, conforme a la precedente profecía, nació Cristo en el Belén de Judá, nombre manifiesto, de madre virgen; Dios oculto, de Dios Padre. Porque así lo dijo el Profeta: «Una virgen concebirá en su vientre, parirá un hijo, y, se llamará Emmanuel», que quiere decir, Dios es con nosotros; el cual, para dar una prueba nada equívoca que era Dios, obró extraordinarios milagros y maravillas, de las cuales refiere algunas la Escritura Evangélica, cuantas parecieron suficientes para dar una noticia exacta de él y predicar su santo nombre.

Entre ellas la primera es que nació de una manera admirable, y la última, que con su propio cuerpo resucitó de entre los muertos y subió glorioso a los cielos. Pero los judíos, que le dieron afrentosa y cruel muerte, y no quisieron creer en Él, ni que convenía que así muriese y resucitase, destruidos miserablemente por los romanos, fueron del todo arrancados, expelidos y desterrados de su reino, donde vivían ya bajo el dominio de los extranjeros; esparcidos y derramados por todo el mundo (pues no faltan en todas las provincias del orbe); y con sus escrituras nos sirven para dar fe y constante testimonio de que no hemos fingido las profecías que hablan de Cristo, las cuales, consideradas por muchos de ellos, así antes de la Pasión como particularmente después de su resurrec- ción, se resolvieron a creer en este gran Dios. De ellos dijo la Escritura: «Si fuese el número de los hijos de Israel como las arenas del mar, solas unas cortas reliquias serán las que se salvarán. Y los demás quedaron ciegos y obstinados en su error, de los cuales dijo lo Escritura: «Conviértaseles su mesa en lazo, en retribución y escándalo, ciéguenseles los ojos para que no vean, y encórvales, Señor, siempre sus espaldas.» Y por eso, como no dan asenso a nuestras Escrituras, se van cumpliendo en ellas las suyas, las cuales leen a ciegas y sin la debida meditación.

A no ser que quiera decir alguno que las profecías que corren con nombre de las Sibilas, u otras, si hay algunas, que no sean o pertenezcan al pueblo judaico, las fingieron e inventaron los cristianos, acomodándolas a Cristo. A nosotros nos bastan las que se citan en los libros de nuestros contrarios, a los cuales vemos por este testimonio, que nos suministran impelidos por la fuerza de la razón y contra su voluntad, a pesar de tener y conservar estos libros, los vemos, digo, esparcidos por todas las naciones y por cualquiera parte que se extiende la Iglesia de Cristo. Sobre este particular hay una profecía en los Salmos (los cuales igualmente leen ellos), donde dice: «La misericordia de mi Dios me dispondrá, mi Dios me la manifestará en mis enemigos; no los mates y acabes, porque no olviden tu ley; derrámalos y espárcelos en tu virtud;» Mostró, pues, Dios a la Iglesia en sus enemigos, los judíos, la gracia de su misericordia; pues como declara el Apóstol: «La caída de ellos fue ocasión que proporcionó la salvación de las gentes.» Y por eso no los acabó de matar, esto es, no destruyó en ellos lo que tienen los judíos, aunque quedaron sojuzgados y oprimidos por los romanos, para que no olvidasen la ley de Dios y pudiesen servir para el testimonio de que tratamos.

Por lo mismo fue poco decir no los mates, porque no olviden en algún tiempo tu ley, si no añadiera también, derrámalos y espárcelos, puesto que si con el irrefragable testimonio que tienen en sus escrituras se encerraran solamente en el rincón de su tierra, y no se hallaran en todas las partes del mundo, sin duda la Iglesia, que está en todas ellas, no pudiera tenerlos en todas las gentes y naciones por testigos de las profecías que hay de Cristo.

CAPITULO XLVII

Si antes que Cristo viniese hubo algunos, a excepción de la nación israelita, que perteneciesen a la comunión de la Ciudad del Cielo Cuando se lee que algún extranjero, esto es, que no fuese de Israel ni estuviese admitido por aquel pueblo en el Canon de las Sagradas Escrituras, vaticinó alguna cosa de Cristo, y ha llegado a nuestra, noticia o llegare, lo podremos referir y contar por colmo y redundancia, no porque tengamos necesidad de él, aun cuando jamás existiera, sino porque muy al caso se cree que hubo también entre las demás naciones personas a quienes se les reveló este misterio y que fueron compelidas igualmente a anunciarle y hacerle visible, ya fuesen partícipes de la misma gracia, ya estuviesen ajenos de ella; pero tuvo noticia de ello por medio de los demonios, los cuales sabemos que confesaron también a Cristo presente, a quien los judíos no quisieron reconocer.

Ni creo que los mismos judíos se atrevieron a sustentar que alguno perteneció a Dios, a excepción de los israelitas, después que Israel comenzó a ser la propagación progresiva, habiendo reprobado Dios a su hermano mayor. Porque en realidad de verdad, pueblo que se llamase particularmente pueblo de Dios, no le hubo sino el de los israelitas. Sin embargo, no pueden negar hubiera entre las otras naciones algunos hombres que pertenecían a los verdaderos israelitas, ciudadanos de la patria soberana, no por la sociedad y comunión terrena, sino por la celestial; porque si lo negaran fácilmente los convencerán con Job, varón santo y admirable, que ni fue indígena o natural ni prosélito o extranjero, adoptado en el pueblo de Israel sino que siendo del linaje de los idumeos, nació entre ellos y entre ellos mismos murió; quien es tan elogiado por el testimonio de Dios, que por lo respectivo a su piedad y justicia no puede igualársele hombre alguno de su tiempo.

El cual tiempo, aunque no le hallemos apuntado en las Crónicas, inferimos de su mismo libro (el cual los israelitas, por lo que merece, le admitieron y dieron autoridad canónica), haber sido tres generaciones después de Israel. No dudo que fue providencia divina para que por este único ejemplo supiésemos que pudo también haber entre las otras gentes quien viviese, según Dios, y le agradase, perteneciente a la espiritual Jerusalén. Lo que, debemos creer que a ninguno se concedió sino a quien Dios reveló, al mediador único de Dios y de los hombres, el Hombre Cristo Jesús; el cual se les anunció entonces a los antiguos santos que hablan de venir en carne mortal, como se nos ha anunciado a nosotros que vino, para que una misma fe por él conduzca a todos los predestinados a la Ciudad de Dios, a la casa de Dios, al templo de Dios, a gozar de Dios. Todas las demás profecías que se alegan y citan de la gracia de Dios por Cristo Jesús, se puede imaginar o sospechar que sean fingidas por los cristianos.

Y así no hay argumento más concluyente para convencer a toda clase de incrédulos cuando porfiaren sobre este punto, y para confirmar a los nuestros En su creencia cuando opinaran bien, que citar aquellas profecías divinas de Cristo que se hallan escritas en los libros de los judíos, quienes con haberles Dios desterrado de su propio país, esparciéndolos por toda la redondez de la tierra para que diesen este testimonio, han sido causa del crecimiento extraordinario de la Iglesia de Cristo en toda partes.

CAPITULO XLVIII

Que la profecía de Ageo, en que dijo había de ser mayor la gloria de la casa del Señor que lo habla sido al principio, se cumplió, no en la reedificación del templo, sino en la Iglesia de Cristo Esta casa de Dios es de mayor gloria que la primera que se edificó de piedra, de madera y de preciosos metales. Así que la profecía de Ageo no se cumplió en la reedificación de aquel templo, porque después que se restauró jamás se ha visto que haya tenido tanta gloria como tuvo en tiempo del rey Salomón; antes, por el Contrario, se ha experimentado que ha menguado la gloria y esplendor de aquella casa: lo primero, por haber cesado la profecía, y lo segundo, por las infinitas miserias y estragos que ha sufrido la misma nación, llegando al miserable estado de su última ruina y desolación que le causaron los romanos, como consta de, lo que arriba hemos referido.

Pero esta casa, que pertenece al Nuevo Testamento, es sin duda, de tanta mayor gloria cuanto son mejores las piedras vivas con que creciendo y renovándose las fieles, se va edificando. Esta fue significada por la restauración de aquel templo, porque la misma renovación de aquel edificio quiere decir en sentido profético el otro Testamento que se llama Nuevo. Así lo que dijo Dios por el mismo profeta: «Y daré paz en este lugar», por el lugar que significa se debe entender el lugar significado: de forma que porque en aquel lugar restaurado se nos dignificó la Iglesia que habla de ser edificada, por Jesucristo, no se entienda otra cosa, cuando dice: «Daré paz en este lugar», sino daré la paz que significa este lugar. Porque en cierto modo todas las cosas que significan otras parece que las representan, como dijo el Apóstol: «La piedra era Cristo», porque aquella piedra, sin duda, significaba a Cristo. Mayor es, pues, la gloria de la casa de este Nuevo Testamento que la de la casa primera del Vicio Testamento; y se manifestará mayor cuando sea dedicada,

puesto que en aquella época «vendrá el deseado de todas las gentes», como se lee en el texto hebreo. Porque su primera venida no era deseada por todas las naciones, que ignoraban a quién debían desear, y, por tanto, no habían aun creído en Él.

Entonces también, según los setenta intérpretes (por cuanto este sentido es asimismo profético), «vendrán los que ha escogido el Señor de entre tocas las gentes», ya que entonces no vendrán verdaderamente sino los escogidos, de quien dice el Apóstol: «Que nos escogió el Padre Eterno en su hijo Jesucristo antes de la creación del mundo.», Porque el mismo Arquitecto, que dijo: «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos», no lo dijo por los que, llamados, vinieron de forma que después los echaron del convite sino por los escogidos, de quienes mostrará edificada una casa que después no ha de temer jamás ser destruida. Pero ahora, como también llenan las iglesias los que en la era apartará el aventador, no parece tan, grande la gloria de esta casa, como se representará cuando quien estuviere en ella esté de asiento para siempre.

CAPITULO XLIX

Cómo la Iglesia se va multiplicando incierta y confusamente, mezclándose en ella en este siglo muchos réprobos con los escogidos En este perverso siglo, en estos días funestos y malos (en que la Iglesia, por la humillación que ahora sufre, va adquiriendo la altura majestuosa donde después ha de verse, y con los estímulos de tormentos y de dolores, como las molestias de los trabajos y con los peligros de las tentaciones, se va ensayando e instruyendo y vive contenta con sola la esperanza, cuando verdadera y no vanamente se contenta), muchos réprobos y malos se van mezclando con los buenos, y los unos y los otros se van recogiendo como a una red evangélica; y todos dentro de ella en este mundo, como en un mar dilatado, sin diferencia, van nadando hasta llegar a la ribera, donde a los malos los separen de los buenos, y en los buenos, como en templo suyo, sea Dios el todo en todo. Vemos por ahora cómo se cumple la voz de aquel que hablaba en el Salmo: «Les anuncié el Evangelio, les hablé, y se han multiplicado, de suerte que no tienen número.»

Esto va efectuándose en la actualidad, después que primero por boca de Juan, su precursor, y posteriormente por si mismo, les predicó y habló, diciendo: «Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los Cielos.» Escogió discípulos, a los cuales llamó también Apóstoles,, hijos de gente humilde, sin el brillo de la cuna y sin letras, para que todos los portentos que obrasen y cuanto fuesen, lo fuese e hiciese el Señor en ellos. Tuvo entre ellos uno malo para cumplir, usando bien del perverso, la disposición celestial de su Pasión y también para dar ejemplo a su Iglesia de cómo debían tolerarse los malos. Y habiendo sembrado la fructífera semilla del Evangelio, lo que convenía y era necesario por su presencia corporal, padeció, murió y resucitó, manifestándonos con su Pasión (dejando aparte la majestad del Sacramento, de haber derramado su sangre para obtener la remisión de los pecados) lo que debemos sufrir por la verdad, y con la resurrección, lo que debemos esperar en la eternidad. Conversó después y anduvo cuarenta días entre sus discípulos, y a su vista subió a los Cielos, y pasados diez días les envió el Espíritu Santo de su Padre que les había prometido, y el venir sobre los que habían creído fue entonces una señal muy particular y absolutamente necesaria, pues en virtud de ella cada uno de los creyentes

hablaba las lenguas de todas las na- ciones, significándonos con esto que habla de ser una la Iglesia católica en todas las gentes, y que por eso había de hablar todos los idiomas.

CAPITULO L

De la predicación del Evangelio, y cómo) vino a hacerse más ilustre y poderosa con las persecuciones y martirios de los predicadores Después, conforme a aquella profecía, en que se anunciaba «cómo la ley había de salir de Sión y de Jerusalén la palabra del Señor; según predijo el mismo Cristo Señor nuestro, cuando después de su resurrección, estando sus discípulos admirados y absortos de verle, se les abrió los ojos del entendimiento para que entendiesen las Escrituras, diciéndoles: así está escrito y así convenía que padeciera Cristo, resucitara de entre los muertos al tercero día, y se predicara en su nombre la penitencia y remisión de los pecados por todas las gentes, comenzando desde Jerusalén»; y cuando en otra parte respondió a los que le preguntaron cuándo seria su última venida, diciéndoles:«No es para vosotros el saber los tiempos o momentos que puso el Padre en su potestad; con todo, recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros; y daréis testimonio de mí en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria y hasta los últimos confines de la tierra.» Desde Jerusalén, primero, se comenzó a sembrar y extender la Iglesia, y siendo muchos los creyentes en Judea y en Samaria, se dilató también por otras naciones, predicando el Evangelio los que Él mismo, como lumbreras, había provisto de cuanto habían de decir, llenándoles de la gracia del Espíritu, Santo. Porque les dijo: «No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma.» Y así, para que no les entibiase el temor, ardían con el fuego vivo de la caridad.

En fin, éstos, no sólo los que antes la Pasión y después de la resurrección le vieron y oyeron, sino también los que después de la muerte de éstos les sucedieron entre horribles persecuciones, y varios tormentos y muertes de innumerables mártires, predicaron en todo el mundo el Evangelio, confirmándolo el Señor con señales y prodigios, y con varias virtudes y dones del Espíritu Santo; de forma, que los pueblos de la gentilidad, creyendo en Aquel que por su redención quiso morir crucificado con amor y caridad cristiana, reverenciaban la sangre de los mártires, que ellos mismos con furor diabólico habían perseguido y derramado. Y los mismos reyes, que con leyes y decretos procuraban destruir la Iglesia, saludable y gustosamente se sujetaban a aquel nombre, que con tanta crueldad procuraron desterrar de la tierra y comenzaban a perseguir a los, falsos dioses, por quienes antes habían perseguido a los que adoraban al Dios verdadero.

CAPITULO LI

Cómo por las disensiones de los herejes se confirma también y corrobora la fe católica Pero observando el demonio que los hombres desamparaban los templos de los demonios y que acudían al nombre de su Mediador, Libertador y Redentor, conmovió a los herejes para que, bajo el pretexto del nombre cristiano, se opusiesen y resistiesen a la doctrina cristiana, como si indiferentemente, sin corrección alguna, pudieran caber en la Ciudad de Dios, como en la ciudad de la confusión cupieron indiferentemente filósofos que opinaban entre sí diversa y opuestamente. Los que en la Iglesia de Cristo están imbuidos en algún

contagioso error, habiéndoles corregido y advertido para que sepan lo que es sano y recto, sin embargo, resisten vigorosamente y no quieren enmendar sus pestilentes y mortíferas opiniones, sino que obstinada mente las defienden, éstos se hacen herejes, y saliendo del gremio de la Iglesia son tenidos en el número de lo enemigos que la ejercitan y afligen.

Porque aun de este modo con su mal aprovechan también a los verdaderos católicos que son miembros de Cristo, usando Dios bien aun de los malos, «convirtiéndose en bien toda las cosas a los que le sirven y aman». Todos los enemigos de la Iglesia, sea cualquiera el error que los alucine en la malicia que los estrague, si Dios le da potestad para afligirla corporalmen- te, ejercitan su paciencia; y si la contradicen sólo opinando mal, ejercitan su sabiduría, y para que ame también a sus enemigos, ejercitan su caridad y benevolencia, ya los procure' persuadir con la razón y doctrina sana, ya con el rigor y terror de la corrección y disciplina. Así, pues, cuándo el demonio, príncipe de la ciudad impía, mueve contra la Ciudad de Dios, que peregrina en este mundo, sus propias armas, no se le permite que la ofenda en nada; porque sin duda la Divina Providencia la provee con las prosperidades y consuelos para que no desmaye en las adversidades y con éstas ejercite su tolerancia, a fin de no estragarse con las cosas favorables, templando lo uno con lo otro, Por lo cual advertimos haber nacido de aquí lo que dijo en el Salmo: «Conforme a la abundancia de dolores y ansias de mi corazón, en esa misma medida, Dios mío, alegraron mi alma tus consuelos.» De aquí dimana también aquella expresión del Apóstol: «Que estemos alegres con la esperanza y tengamos paciencia en la tribulación.»

Pues tampoco por lo que dice el mismo doctor:«Que los que quieren vivir pía y santamente en Cristo, han de padecer persecuciones», hemos de entender que puede faltar en tiempo alguno; porque cuando se figura uno que hay alguna paz y tranquilidad de parte de los extraños que nos afligen, y verdaderamente la hay, y nos causa notable consuelo, particularmente a los débiles, con todo, no faltan entonces, antes hay muchísimos dentro de casa que con mala vida y perversas costumbres afligen los corazones de los que viven piadosa y virtuosamente; pues por ellos se desacredita y blasfema el nombre cristiano y católico; el cual, cuanto más le aman y estiman los que quieren vivir santamente en Cristo, tanto más les duele lo que practican los malos que están dentro y que no sea tan amado y apreciado como desean de las almas pías. Los mismos herejes, cuando se considera que tienen el nombre cristiano, los Sacramentos cristianos, las Escrituras y profesión, causan gran dolor en los corazones de los piadosos, porque a muchos que quieren ser también cristianos estas discordias y disensiones les obligan a dudar, y muchos maldicientes hallan también en ellos materia proporcionada y ocasión para blasfemar el nombre cristiano, puesto que se llaman cristianos, cualquiera que sea la denominación que quiera dárseles.

Así que, con estas y. semejantes costumbres perversas, errores y herejías, padecen persecución los que quieren vivir piadosamente en Cristo, aunque ninguno les atormente ni aflija el cuerpo; porque la padecen, no en el cuerpo, sino en el corazón. Por eso dijo el salmista: «conforme a la muchedumbre de los dolores de mi corazón», y no dijo de mi cuerpo. Por otra parte, como se sabe que son inmutables e invariables las promesas divinas, y que dice el Apóstol: «Que sabe ya Dios los que son suyos, y que de los que conoció y predestinó a hacerlos conformes a la imagen de su hijo», ninguno puede perderse; por, eso añade el salmista: «y alegraron mi alma tus consuelos». El dolor que sufren los corazones de los buenos, a quienes persigue la mala vida y reprobadas costumbres de los cristianos

malos o falsos, aprovecha a los que le padecen, porque procede de la caridad, por la cual desean que no se pierdan ni impidan a salvación de los otros.

Finalmente, también de la enmienda y corrección de los malos suceden grandes consuelos, los cuales llenan de tanta alegría los ánimos de los bueno cuánto era el dolor que ya les había causado su perdición. Y así en est siglo, en estos días malos, y no sólo desde el tiempo de la presencia corporal de Cristo y de sus Apóstoles sino desde el mismo Abel, que fue primer justo, a quien mató su impío hermano, y en lo sucesivo hasta el fin de este mundo, entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios, discurre peregrinando su Iglesia.

CAPITULO LII

Si debe creerse lo que piensan algunos, que cumplidas las diez persecuciones. que ha habido, no queda otra alguna a excepción de la una cima, que ha de ser en tiempo del mismo Anticristo Y por lo mismo, tampoco me parece debe afirmarse o creerse temerariamente lo que algunos han opinado u opinan de que no ha de padecer la Iglesia más persecuciones, hasta que venga el Anticristo, que las que ya ha padecido esto es, diez; de forma que, la undécima, que será la última, sea por causa de la venida del Anticristo Pues cuentan por la primera la que motivó Nerón, la segunda Domiciano, la tercera Trajano, la cuarta Antonino, la quinta Severo, la sexta Maximino, la séptima Decio, la octava Valeriano, la novena Aureliano y la décima Diocleciano y Maximiano. Imaginan éstos que corno fueron diez las plagas de los egipcios antes que empezase a salir de aquel país el pueblo de Dios, se deben referir a este sentido, de forma que la última persecución del Anticristo represente a la undécima plaga, aquella en que los egipcios, persiguiendo como enemigos a los hebreos, perecieron en el mar Bermejo, pasando por él a pie enjutó el pueblo de Dios.

Pero no pienso yo que lo que sucedió en Egipto nos significó proféticamente estas persecuciones, aunque los que así opinan parece que con mucha puntualidad e ingenio han cotejado cada una de aquellas plagas con cada una de estas persecuciones, no con espíritu profético, sino con humana conjetura, la cual a veces acierta con la verdad, y a veces yerra. Pero ¿qué nos podrán decir de la persecución, en la cual el mismo Dios v Señor fue crucificado? ¿En qué numero la pondrán? y Si presumen que debe principiar la cuenta sin contar ésta, como si debiéramos contar las que pertenecen al cuerpo, y no aquella en que fue perseguida y muerta la misma cabeza, ¿qué harán de la otra que sucedió en Jerusalén después que Jesucristo subió a los cielos; cuando apedrearon a San Esteban; cuando degollaron a Santiago, hermano de San Juan; cuando al Apóstol San Pedro le metieron en una cárcel para darle muerte, libertándole un ángel de las prisiones; cuando fueron ahuyentados y esparcidos los cristianos de Jerusalén; cuando Saulo que después vino a ser el Apóstol San Pablo, destruía y perseguía la Iglesia; cuando ya predicando la fe el mismo Apóstol de las gentes, padeció los mismos ultrajes y trabajos que él solía causar, así en Judea como por todas las demás naciones por dondequiera que con singular fervor iba predicando a Cristo? ¿Por qué motivo les parece que debe comenzarse desde Nerón, ya que entre atroces persecuciones, que sería largo referirlas todas, llegó la Iglesia aumentándose insensiblemente a los de Nerón? Y si piensan que deben ponerse solamente el número

de las persecuciones las que motivaron los reyes, rey fue Herodes, que después de la ascensión del Señor la hizo gravísima.
Y asimismo ¿qué nos responderán del emperador Juliano, cuya persecución no cuentan en el número de las diez? ¿Acaso no persiguió la Iglesia prohibiendo a los: cristianos enseñar y aprender las artes y ciencias liberales? ¿Y privando de su cargo en el ejército a Valentiniano el Mayor, que después fue emperador, porque confesó la fe de Cristo? Y nada diremos de lo que comenzó a practicar en la ciudad de Antioquía, y no continuó por admirarle la libertad y alegría de un joven cristiano, constante en la fe, que entre otros muchos presos para martirizarlos con tormentos, siendo el primero de quien echaron mano, y padeciendo por todo un día acerbísimos tormentos, cantaba alegremente entre los mismos garfios y dolores; en vista de lo cual, el tirano desistió, temiendo sufrir mayor y más ignominiosa confusión y afrenta en los demás; Finalmente, en nuestros tiempos, Valente Arriano, hermano del dicho Valentiniano, ¿por ventura no hizo una terrible carnicería en la Iglesia católica con su persecución en las provincias de Oriente? ¿Y qué diremos, viendo que no consideran que la Iglesia, así como va fructificando y creciendo por todo el mundo, puede padecer en algunas naciones persecución por los reyes, aun cuando no la padezca en otras?

A no ser que no deba contarse por persecución cuando el rey de los godos, en su país, con admirable crueldad persiguió a, los cristianos, no habiendo allí sino católicos, de los cuales muchos merecieron la corona del martirio, como lo oímos a algunos cristianos que, siendo jóvenes, se hallaron entonces allí y se acordaban, sin dudar, de haberlo visto. ¿Y qué diré de la que en la actualidad sucede en Persia? ¿Acaso no se encendió allí la persecución contra los cristianos, aun no bien extinguida, y tan acerba, que algunos se han venido huyendo hasta los pueblos sujetos al imperio de los romanos? Por estas y otras consideraciones semejantes, me parece que no debemos poner número determinado en las persecuciones con que ha de ser ejercitada y molestada la Iglesia; pero, por otra parte, afirmar que después de la última, en que no pone duda cristiano alguno, ha de haber otras por los reyes, no es menor temeridad. Así que esto lo dejamos indeciso, sin aprobar ni desaprobar ninguna de las partes de esta cuestión, y procurando sólo aconsejar al lector que no asegure con atrevida presunción, ni lo uno ni lo otro.

CAPITULO LIII

De cómo está oculto el tiempo de la última Persecución La última persecución que ha de hacer el Anticristo, sin duda la extinguirá con su presencia el mismo Jesucristo, porque así lo dice la Escritura «Que le quitará la vida con el espíritu de su boca y le destruirá con sólo el resplandor de su presencia.» Aquí suelen preguntar: ¿cuándo sucederá esto? Pregunta, sin duda, excusada, pues si nos aprovechara el saberlo, ¿Quién lo dijera mejor que el mismo Dios, nuestro Maestro, cuando se lo preguntaron sus discípulos? Porque no se les pasó esto en silencio cuando estaban, con Él, sino que se lo preguntaron, diciendo: «Señor, acaso en este tiempo habéis, de restituir el reino de Israel?» Y Cristo les respondió: «No es pasa vosotros el saber los tiempos que el Padre puso en su potestad.»' Porque, en efecto, no le preguntaron sus discípulos la hora, o el día o el año, sino el tiempo, cuando el Señor les respondió en tales términos; así que en vano procuramos contar y definir los años que restan de este siglo, oyendo de la boca de la misma verdad que el saber esto no es para

nosotros Con todo, dicen algunos que podrían ser cuatrocientos años, otros quinientos y otros mil, contando desde la ascensión del Señor hasta su última y final venida, y el intentar manifestar en este lugar el modo con que cada uno funda su opinión, sería asunto largo y no necesario, porque sólo usan de conjeturas humanas, sin traer ni alegar cosa cierta de la autoridad de la Escritura canónica.

El que dijo: no es para vosotros el saber los tiempos que el Padre puso en su potestad, sin duda confundió e hizo parar los dedos de los que pretendían sacar esta cuenta. No debe maravillarnos que esta sentencia evangélica no haya refrenado a los que adoran la muchedumbre de los dioses falsos, para que dejasen de fingir, diciendo que por los oráculos y respuestas de los demonios, a quienes adoran como a dioses, está definido el tiempo que ha de durar la religión cristiana.

Porque como veían que no habían sido bastantes acabarla y consumiría tantas y tan terribles persecuciones, antes si con ellas se había propagado extraordinariamente, inventaron ciertos versos griegos, suponiéndolos dados por un oráculo a un sujeto que les consultaba, en los cuales, aunque se absuelve a Cristo como inocente de este sacrílego crimen, dicen que Pedro hizo con sus hechizos que fuese adorado el nombre de Cristo por trescientos sesenta y cinco años, y que acabado el numero de éstos, sin otra dilación dejarían de adorarle. ¡Oh juicios de hombres doctos, ingenios de gente cuerda y literaria, dignos sois de creer de Cristo lo que no queréis creer contra Cristo, que su discípulo Pedro no aprendió de su, divino Maestro las artes mágicas, sino que siendo éste inocente, su discípulo fue hechicero y mágico, y que con estas sus artes e invenciones, a costa de grandes trabajos y peligros que padeció, y, al fin, con derramar su sangre, más quiso Que adorasen las gentes el nombre de Cristo que el suyo propio! Si Pedro, siendo hechicero y malhechor, hizo que el mundo amase así a Cristo, ¿qué hizo Cristo, siendo inocente, para que con tanto cariño le amase Pedro? Ellos mismos, pues, se respondan a sí mismos, y, si pueden, acaben de entender que aquella divina gracia que hizo que, por causa de la vida eterna, amase el mundo a Cristo, fue también la que hizo que por alcanzar de Cristo la vida eterna le amase Pedro hasta dar por él la vida temporal. Además, estos dioses ¿quiénes son que pudieron adivinar estas cosas y no las pudieron estorbar, rindiéndose así a un solo hechicero y a un solo hechizo, en el que dicen fue muerto, despedazado, y con sacrílega ceremonia sepultado, un niño de un año, que permitieron se extendiese y creciese tanto tiempo una secta tan contraria suya; que venciese, no resistiendo, sino sufriendo y padeciendo tan horrendas crueldades de tantas y tan grandes persecuciones, y que Ilegáse a arruinar y destruir sus ídolos, templos, ceremonias y oráculos? Y, finalmente, ¿qué dios es éste, no nuestro, sino de ellos, a quien con una acción tan fea pudo Pedro o atraerle o compelerle a que viniese a hacer todo esto? Porque no era algún demonio, sino dios, según dicen aquellos versos, a quien ordenó este mandato Pedro con su arte mágica. Tal es el dios que tienen los que no tienen ni confiesan a Cristo.

CAPITULO LIV

Cuán absurdamente mintieron los paganos al fingir que la religión cristiana no había de permanecer ni pasar de trescientos sesenta y cinco años Estas y otras particularidades semejantes aglomerara aquí, si no hubiera pasado ya el año que prometió el fingido oráculo,

y el que creyó la ilusa vanidad de los idólatras; pero, como después que se instituyó y fundó el culto y reverencia de Cristo por su propia persona y presencia corporal, y por los Apóstoles, han transcurrido ya algunos, años desde que se cumplieron los trescientos sesenta y cinco, ¿qué otro argumento buscamos para convencer esta falsedad? Aunque no pongamos ni fijemos el principio de este grande asunto en la Natividad de Cristo, porque siendo niño y púbere no tuvo discípulos; con todo, cuando comenzó a tenerlos, sin duda se empezó a manifestar por su corporal presencia la doctrina y religión cristiana, esto es, después que el Bautista le bautizó en el Jordán. Por eso procedió aquella profecía que habla de Él: «Dominará y señoreará todo lo que hay de mar a mar, desde el río hasta los últimos términos del orbe de la tierra.» Mas como antes que padeciese y resucitase de entre los muertos, la fe, esto es, el verdadero conocimiento de Dios, aún no se había dado a todos, porque acabó de darse en la resurrección de Cristo, puesto que así lo dice el Apóstol San Pablo hablando con los atenienses «Ahora avisa y anuncia Dios a los hombres, que todos en todo el mundo hagan penitencia, porque tiene ya aplazado el día en que ha de juzgar al mundo con exacta y rigurosa justicia por medio de aquel varón por quien dio la fe, esto es, el conocimiento de Dios a todos, resucitándole de entre los muertos.»

Para resolver debidamente esta cuestión, mejor tomaremos el hilo de la narración desde allí, especialmente porque entonces dio también Dios el Espíritu Santo, como convino que se diese después de la resurrección de Cristo en aquella ciudad donde había de comenzar la segunda ley, esto es el Nuevo Testamento. Porque la primera, que se llama el Viejo Testamento, se dio en el Monte Sinaí por medio de Moisés. De ésta que había de dar Cristo, dijo el Profeta: «Que de Sión saldría la ley, y la palabra y predicación del Señor, de Jerusalén.» Y así dijo el mismo Señor expresamente que convenía predicar la penitencia en su nombre por todas las naciones, pero principalmente y en primer lugar por Jerusalén. En esta ciudad, pues, comenzó el culto y veneración a este augusto nombre, de forma que creyeron en Jesucristo crucificado y resucitado.

Allí ésta principió con tan ilustres principios, que algunos millares de hombres, convirtiéndose al nombre de Cristo con maravillosa alegría, vendiendo toda su hacienda para distribuirla entre los pobres y necesitados, vinieron a abrazar con un santo propósito y ardiente caridad la voluntaria pobreza; y entre aquellos judíos que estaban bramando y deseando beber la sangre de los convertidos, se dispusieron a pelear valerosamente hasta la muerte por la verdad, no con armado poder, sino con otra arma más poderosa, que es la paciencia. Si esto pudo hacerse sin arte alguna mágica ¿por qué dudan que la virtud divina, que así lo dispuso, pudo hacer lo mismo en todo el mundo? Y si para que en Jerusalén acudiese así al culto y reverencia del hombre de Cristo tanta multitud de gentes que le habían crucificado, o después de crucificado le habían escarnecido, había ya hecho Pedro aquella hechicería, averigüemos desde este año a ver cuando se cumplieron los trescientos sesenta y cinco. Murió Cristo en el consulado de los dos Géminos, a 25 de marzo; resucitó al tercero día, como lo vieron y tocaron los Apóstoles con sus propios sentidos. Después, pasados cuarenta días, subió a los cielos, y a los diez siguientes, esto es, cincuenta días después de su Resurrección, envió el Espíritu Santo. Entonces, por la predicación de los Apóstoles, creyeron en Dios tres mil personas. Así, pues, en aquella época comenzó el culto y reverencia de su nombre, según nosotros lo creemos, y es la verdad, por la virtud del Espíritu Santo; y según fingió y pensó la impía vanidad por las artes mágicas de Pedro. Poco después también, por un insigne milagro, cuando, a una palabra del mismo Pedro, un

pobre mendigo que estaba tan cojo y tullido desde su nacimiento, que otros le llevaban y le ponían a la puerta del templo para que pidiese limosna, se levantó sano en nombre de Jesucristo, creyeron en él cinco mil hombres; y acudiendo después otros y Otros a la misma fe, fue creciendo la Iglesia.

De esta manera también se colige el día en que comenzó el año, es a saber, cuando fue enviado el Espíritu Santo, esto es, a 15 de mayo. Ahora bien: contando los cónsules se ve que los trescientos sesenta y cinco años, se cumplieron el 15 de mayo en el consulado de Honorio y Eutiquiano. Y así el año siguiente, siendo cónsul Manlio Teodoro, cuando según aquel oráculo de los demonios, o ficción de los hombres no había de haber más religión cristiana. sin necesidad de averiguar lo que sucedió en otras partes del mundo, sabemos que aquí, en, la famosa e ilustre ciudad de Cartago, en Africa, Gaudencio y Jovio, gobernadores por el emperador Honorio a 19 de marzo, derribaron los templos y quebraron los simulacros e ídolos de los falsos dioses.

Desde entonces acá, en casi treinta años, ¿quién no sabe lo que ha crecido el culto y religión del nombre de Cristo, principalmente después que se han hecho cristianos muchos de los que dejaban de ser, creyendo en aquel pronóstico o vaticinio como sí fuera verdadero, y cuya ridícula falsedad vieron, al cumplirse el número de los años? Nosotros, pues, que somos y nos hallamos cristianos, no creemos en Pedro, sino en Aquel en quien creyó Pedro, edificados con la doctrina cristiana que nos predicó Pedro, y no hechizados con sus encantos, ni engañados con maleficios, sino ayudados con sus beneficios. Cristo, que fue maestro de Pedro y le, enseñó la doctrina que conduce a la vida eterna, ese mismo es también nuestro maestro.

Pero concluyamos, este libro, en que hemos disputado y manifestado lo bastante para demostrar cuáles hayan sido los progresos que han hecho las dos Ciudades, mezcladas entre sí, entre los hombres, la celestial y la terrena, desde el principio hasta el fin; de las cuales, la terrena se hizo para sí sus dioses falsos, fabricándolos como quiso, tomándolos de cualquiera parte, también de entre los hombres, para tener a quien servir y adorar con sus sacrificios; pero la otra, que es celestial y peregrina en la tierra no hace falsos dioses, sino que a ella misma la hace y forma el verdadero Dios cuyo sacrificio verdadero ella se hace. Con todo, en la tierra ambas gozan juntamente de los bienes temporales, o padecen juntamente los males con diferente fe, con diferente esperanza, con diferente amor, hasta que el juicio final las distinta y consiga cada una su fin respectivo, que no, ha de tener fin. Del fin de cada una de ellas trataremos más adelante.

LIBRO DECIMONOVENO FINES DE LAS CIUDADES

CAPITULO PRIMERO

Que en la cuestión que ventilaron lo filósofos sobre el último fin de los bienes y de los males, halló Marco Varrón doscientas ochenta Y ocho sectas y opiniones Por cuanto advierto que me resta tratar de los correspondientes fines di una y otra ciudad, de la terrena de la celestial, declararé en primer lugar (cuanto fuere necesario para finalizar esta obra) los argumentos con que han procurado los hombres constituirse la bienaventuranza en la

desventura de la vida presente; para que se eche de ver cuánto se diferencia de sus vanidades ilusorias la esperanza que nos ha dado Dios; y la misma cosa, esto es, la bienaventuranza que nos ha de dar; no sólo con la autoridad divina, sino también con la razón cual puede hacerse, por causa de los infieles.

De los últimos fines de los bienes y de los males han disputado los filósofos muchas y muy diferentes cosas y ventilando esta cuestión con particular empeño, lo que han pretendido e hallar qué es lo que hace al hombre bienaventurado. Aquél es el fin de nuestro bien, que nos impulsa a desea las demás cosas, y a él por sí mismo y es el fin del mal lo que nos excita evitar y huir los demás males, y él por sí mismo Así que llamamos ahora fin del bien, no aquel con que fenece y acaba de forma que desaparezca, sino con que se perfecciona, de manera que esté completo; y fin de mal, no aquel con que deja de ser, sino aquel hasta donde llega causándonos daño. Son, pues, los fines el sumo bien y el sumo mal. Para hallar éstos y para conseguir en esta vida el sumo bien y huir de sumo mal, trabajaron infinito, como insinué, los que, en la vanidad lisonjera del siglo, profesaron el estudio de la sabiduría a los cuales, sin embargo, aunque errados por dife- rentes motivos, no permitió la verdadera senda y luz del camino de la verdad, que no pusiesen los fines de los bienes de los males, unos en el alma, otros en el cuerpo y otros en el alma y en el cuerpo. Y en ésta, que es como una división capital de tres sectas generales, Marco Varrón, en el libro de la filosofía, habiéndola examinado con exactitud y agudeza, descubrió tanta variedad de opiniones, que sin dificultad alguna de solas tres llegó a subir al número de doscientas ochenta y ocho sectas, no que efectivamente hubiese ya, sino que pudiera haber, estableciendo ciertas diferencias.

Y para manifestar este punto con la posible brevedad, conviene dar principio por lo mismo que advierte y pone en el libro citado, diciendo: que, son cuatro las cosas que naturalmente apetecen los hombres, sin que para ello sea necesario el auxilio de maestro, ni favor de doctrina alguna, ni industria o arte de vivir que se llama virtud, y que sin duda se aprende; a saber: el deleite con que se mueve gustosamente el sentido sensual del cuerpo; la quietud con que uno está libre de las molestias del cuerpo; la una y la otra, a lo cual Epicuro llama y comprende bajo el solo nombre de deleite; y los principios de la naturaleza, donde se hallan estas cualidades y otras, en el cuerpo; como la integridad de los miembros, salud y perfecta disposición corporal; y en el alma: como las perfecciones que se descubren grandes o pequeñas en los ingenios de los hombres.

Estas cuatro cualidades, el deleite, la quietud, ambas juntas, y los principios de la naturaleza de tal manera se hallan en nosotros, que la virtud (la cual después ingiere y planta en nosotros la doctrina) ó debe apetecerse por estas cosas, o éstas por la virtud, o lo uno y lo otro por sí mismo; y, por consiguiente, nacen ya de aquí dos sectas: porque de esta conformidad cada una se multiplica tres veces, la cual, puesto por ejemplo en uno, no será difícil hallarlo en los demás. Según el deleite del cuerpo se sujete, o se aventaje, o se una a la virtud del alma, constituye tres diferencias de sectas. Sujétase a la virtud cuando se toma para el uso de la misma virtud. Porque al oficio de la virtud pertenece el vivir para la patria y el engendrar hijos por amor a la patria, y ni lo uno ni lo otro puede hacerse sin el deleite corporal, pues, sin él ni se come ni bebe para vivir, ni se engendra para propagar, la especie. Cuando supera la, virtud, el deleite se apetece por lo mismo, y la virtud parece que debe tomarse por el deleite, esto es, que no practique gestión alguna la virtud, sino para

conseguir o conservar el deleite del cuerpo, que es una vida sin duda torpe y deforme, porque, en efecto, la virtud viene a servir al deleite como a su señor, y en tal caso no debe llamarse virtud.

Esta abominable torpeza no dejó de tener algunos filósofos por patronos y defensores, Júntase el deleite a la virtud cuando no se apetecen el uno por el otro, sino que ambas cualidades se apetecen por sí mismas. De igual manera que el deleite, según esté sujeto, o aventajado, o unido a la virtud, ésta y el deleite, o los principios de la naturaleza; pues conforme a la variedad de las opiniones humanas, a veces se sujetan a la virtud, a veces se aventajan y a veces se juntan, y de este modo se llega a completa el número de doce sectas. Este, número viene a doblarse también poniéndole una diferencia, a saber el vivir en sociedad, porque cualquiera que sigue alguna de estas doce sectas, sin duda que lo, hace por si solo, o también por amor a su socio, a quien debe desear lo que apetece para si. Por lo cual serán doce, los que opinan que se debe poseer cada una sólo por amor de si mismo; y otras doce las de aquellos que no sólo por amor de sí creen que debe filosofarse de esta o de otra manera; sino también por amor de los otros, cuyo bien apetecen como el suyo.

Estas veinticuatro sectas se doblan añadiéndoles otra diferencia de los nuevos académicos, con lo cual vienen, a ser cuarenta y ocho. Porque cualquiera de las veinticuatro sectas puede uno tenerla y defenderla como cierta (cual defendieron los estoicos que el bien del hombre con que era bienaventurado, consistía principalmente en la virtud del ánimo); y otro, como incierta, como lo defendieron los nuevos académicos, quienes no teniéndolo por cierto, sin embargo, les pareció verosímil. Resultan, pues, cuarenta y ocho sectas, veinticuatro de los que imaginan que deben seguirse como ciertas, y otras veinticuatro de los que piensan que se deben adoptar por verosímiles. Además, cualquiera de estas cuarenta y ocho sectas puede uno seguirlas con el hábito y traje de los demás filósofos, y otro con el hábito de los cínicos, y por esta diferencia se duplican y componen noventa y seis.

También porque cada una de estas sectas las pueden defender y seguir los hombres, de modo que unos prefieren la vida ociosa, como los que quisieron y pudieron entregarse a los estudios de las letras; otros la vida de negocios, como los que, aunque filosofaban, vivieron muy ocupados en la administración de la república, y en la dirección de los negocios humanos, y otros la quieren sazonada con ambas cosas, como los que gastaron a veces el tiempo de su vida, parte en la ocupación de las ciencias y de la erudición, y parte en el negocio más necesario; por estas diferencias también se puede triplicar el número de estas sectas y llegar a doscientas ochenta y ocho. He insertado esto aquí, tomándolo del libro de Varrón, con la mayor brevedad y claridad que he podido, explicando su sentir con palabras mías. Después de refutar las demás, escoge una, la cual quiere que sea la de los académicos antiguos (los cuales, siguiendo la doctrina de Platón hasta llegar a, Polemón, que fue el cuarto después de Platón que gobernó aquella escuela llamada Academia, quiere parezca que tuvieron sus dogmas por ciertos e indudables, y por eso los distingue de los nuevos académicos, que todo lo tienen por incierto, cuya especie de filosofar tuvo principio en Arquesilao, sucesor de Polemón); y porque presume que aquella secta, esto es, la de los académicos antiguos, carece no sólo de duda, sino también de todo error, será asunto largo intentar manifestarlo aquí según él lo refiere; mas no por eso es razón que lo omitamos del todo.

Primeramente, pues, echa a un lado todas las diferencias que multiplicaron el número de las sectas, las cuales quita, creyendo que no se halla en ellas el fin del sumo bien, pues le parece que no merece nombre de secta filosófica la que no se distingue de las demás en el punto principal, que es tener diferentes fines de los bienes y de los males; puesto que ningún otro impulso excita al hombre a filosofar, sino el deseo de ser bienaventurado, y lo que únicamente hace bienaventurado es sólo el fin del bien; luego ninguna otra causa hay para filosofar sino el fin del sumo bien; por lo cual, la secta que no sigue algún fin del bien, no debe llamarse secta filosófica. Cuando, pues, se pregunta sobre la vida común, y social; si debe tenerla el sabio de forma que el sumo bien con que se hace el hombre bienaventurado le quiera y procure para su amiga como para sí propio, o si todo lo que hace sólo por causa de su bienaventuranza; no se trata del sumo bien, sino se trata de tomar o no tomar compañía para la participación de este bien, no por sí mismo, sino por la misma compañía, por complacerse del bien del compañero como de un bien propio.

Y asimismo, cuando se pregunta sobre los nuevos académicos, que lo tienen todo por incierto, si deben tenerse por inciertas las materias en que se debe filosofar; o como han querida otros filósofos, si las debemos tener por ciertas, no se pregunta qué es, la que se debe perseguir para, alcanzar el fin del sumo bien, sino más bien se pregunta sobre la verdad del mismo bien, que se parece debe perseguirse: si se debe dudar si es bien o no es bien; esto es, por decirlo más claro, si se debe adoptar, de manera que el que lo sigue diga que es verdadero, a más' bien afirme que le parece es verdadero, aunque acaso sea falso, con tal que el uno y el otro sigan un mismo bien. Tampoco en la diferencia que nace del hábito y costumbres de los cínicos se pregunta cuál sea el fin del bien, sino si en aquel hábito y costumbres debe vivir el que sigue el verdadera bien, cualquiera que le parezca verdadero y que debe seguirse. Por último, hubo algunos que aunque siguieron diferentes bienes finales, unos la virtud, otros el deleite, usaron un mismo hábito y un mismo instinto, por lo que se llamaron cínicos. Y esta diferencia de los cínicos con los demás filósofos no importaba ni valía para elegir y conseguir el bien, con el cual se hiciesen bienaventurados; porque si interesara de algún modo para el pre- sente asunto sin duda que el mismo hábito nos obligara a seguir el mismo fin, y otro diferente no nos dejara adoptar el mismo fin.

CAPITULO II

De cómo dejando a un lado todas las diferencias, que no son sectas, sino cuestiones, llega Varrón a las tres definiciones del sumo bien, entre las cuales le parece que se debe escoger una De los tres géneros de vida, es a saber, el uno ocioso, aunque no ociosamente entretenido en la contemplación e inquisición de la verdad; el otro activo en el gobierno de las cosas humanas, y el tercero templado y mezclado del uno y del otro género; cuando se pregunta cuál de éstos debe preferirse, no es la controversia sobre el sumo bien, sino más bien cuál de estos tres géneros nos causa dificultad o facilidad para alcanzar o conservar el fin del bien.

Por cuanto el fin del sumo bien, luego que se llega a su pacífica posesión, al punto hace bienaventurado al pretensor; y en el ocio de las letras, o en el negocio público, o cuando alternativamente se hace lo uno y lo otro, no tan pronto es uno bienaventurado; pues muchos pueden vivir en cualquiera de uno de estos tres géneros y errar en el método de

perseguir el fin del bien con que el hombre se hace bienaventurado. Así que una es la cuestión sobre los fines de los bienes y de los males, que es la que constituye cada una de las sectas filosóficas, y otras son las cuestiones sobre la vida social de la duda e indecisión de los académicos, del, traje y sustento de los cínicos, de los tres géneros de vida, ocioso, activo y compuesto de uno y otro, pues en ninguna de éstas se disputa acerca de los fines, de los bienes y de los males.
Por ello Marco Varrón, señalando estas cuatro diferencias, es a saber, de la vida social, de los académicos nuevos, de los cínicos y de estos tres géneros de vivir, llegó a referir hasta doscientas ochenta y ocho sectas, y aunque haya otras semejantes que puedan añadirse; deja todas aparte porque no afectan a la cuestión del sumo bien, y ni son ni deben llamarse sectas; retrocediendo a aquellas doce, donde se pregunta cuál sea el bien esencia del hombre, con el que, consiguiéndole, es bienaventurado; para manifestar que una de ellas es la verdadera la demás son falsas.

Porque dejando a un lado aquello tres géneros de vida, se le quitan las dos partes de este número, y quedan noventa y seis sectas; y apartando otro lado la diferencia añadida por lo cínicos, se reducen a la mitad, y vienen a ser cuarenta y ocho; y si quitamos lo que pusimos sobre los nuevos académicos, vendrán a quedar la mitad esto es, veinticuatro. Y asimismo, desmembrando lo que se añadió acerca de la vida social, quedarán en doce las sectas que esta diferencia había duplicado hasta veinticuatro. De estas doce no podemos decir cosa particular por lo cual no debamos tenerla por sectas, puesto que nada más se busca en ellas que el fin de los bienes y de los males, y hallados los fines de los bienes, sin duda que, por el contrario, estarán los de los males.

Para que se vengan a formar estas doce sectas, se triplican aquellas cuatro cualidades: el deleite, la quietud, ambos juntos y los principios de la naturaleza, que llama Varrón primigenia. Porque de estas cuatro, cada una de ellas se sujeta a veces a la virtud, de modo que parece que se deben apetecer, no por sí mismas, sino por amor a la virtud; otras veces se aventaja, de forma que parece que la virtud y estas cualidades deben apetecerse por sí mismas, y así triplican el número cuaternario y llegan a constituir doce sectas. De aquellas cuatro cualidades quita Varrón tres, es a saber, el deleite, la quietud y ambas juntas, no porque las repruebe, sino porque los primogénitos, o principios dé la naturaleza, tienen también en sí el deleite o la quietud. ¿Qué necesidad hay de hacer tres de estas dos, es a saber, dos cuando cada una se apetece de por sí, el deleite o la quietud; y de la tercera cuando ambas juntas, pues los principios de la naturaleza las contienen igualmente en sí mismas, y fuera de ellas otras muchas? Así que es de dictamen qué debe tratarse con cuidado y exactitud cuál de estas tres sectas es la que se debe escoger; porque la razón recta no su que sea más de una la verdadera, ya se halle en estas tres o en alguna otra parte, lo cual veremos después. Entretanto, veamos, con la brevedad y claridad que pudiéramos, cómo escoge, de estas tres, una Varrón. Porque las tres nacen cuando los principios de la naturaleza deben apetecerse por la virtud, o la virtud por los principios, o lo uno y lo otro; esto es: la virtud y los principios por sí mismos.

CAPITULO III

Entre las tres sectas que tratan de la inquisición del sumo bien del hombre, cuál sea la que define Varrón que se ha de escoger, siguiendo el parecer de la Academia antigua, según Antioco Cuál de estas tres sectas sea la verdadera y la que se debe seguir, nos lo pretende persuadir en esta forma. Pri- meramente, como en la filosofía no se busca el sumo bien del árbol, ni de las bestias, ni de Dios, sino del hombre, le parece que se debe investigar qué cosa es el hombre, y dice que en la naturaleza del hombre hay dos cosas, cuerpo y alma, y que de estas dos, no duda que el alma es mejor y mucho más excelente; pero opina que se debe indagar si sólo el alma constituye al hombre, de forma que el cuerpo le sirva como el caballo al caballero (porque el caballero no es hombre y cabello, sino solamente hombre; pero se dice caballero, porque en cierto modo tiene alguna relación con el caballo); o si es el cuerpo lo que constituye el hombre, que relacionándose con el alma, como el vaso donde se bebe, con la bebida (porque de la taza y la bebida que contiene la taza no se dice conjuntamente póculo o vaso, sino sólo de la taza, por ser acomodada para tener la bebida); o si ni el alma sola, ni solamente el cuerpo, sino juntamente lo uno y lo otro forman al hombre siendo sólo parte el alma o el cuerpo, y constando todo él de ambas entidades para que sea hombre, como a dos caballos uncidos llamamos bigas o yunta de dos caballos, de los cuales el uno, ya esté a la diestra o la siniestra, es parte de la yunta o yugada, y a ninguno de ellos, esté respecto del otro, le llamamos yunta o yugada, sino a ambos juntos.

De estas tres cosas escoge la tercera, y dice que el hombre ni es el alma sola, ni sólo el cuerpo, sino juntamente el alma y el cuerpo; por lo cual añade que el sumo bien del hombre con que viene a ser bienaventurado consta de los bienes del; alma y de cuerpo. Opina, pues, que los principios de la naturaleza se deben apetecer por sí mismos; y también la misma; virtud, que nos enseña la doctrina como arte de vivir, y es, entre los bienes del alma, singular y apreciable bien Por lo cual, la virtud, esto es, el arte de vivir, luego que ha recibido lo principios de la naturaleza, que existían sin ella, y existían aun cuando le faltaba la doctrina, todas las cosas la apetece por: amor de sí misma, y juntamente se apetece a sí misma, y de todas juntas y de sí misma usa a fue de deleitarse con todas y gozar de todas más o menos, según que cada cosa entre sí es mayor o menor, pero gustando de todas y despreciando algunas menores cuando la necesidad lo pide, por alcanzar y gozar de las mayores. La virtud de ningún modo antepone a sí ninguno de los bienes, ya sean de alma o del cuerpo, porque usa bien así de sí misma como de todos lo demás bienes que hacen al hombre bienaventurado, y donde ella no está por muchos bienes que haya, no solo bienes, ni se deben llamar bienes de aquel a quien, por usar mal de ellos no pueden ser de utilidad.

Así que la vida del hombre, que participa de la virtud y de los otros bienes del alma y del cuerpo, sin los cuales no puede consistir la virtud, se dice bien aventurada Y si goza también de otros sin los cuales puede estar la virtud pocos o muchos, será más bienaventurada; y si de todos, de forma que no le falte bien alguno, ni del alma ni del cuerpo, será felicísima, porque no es la vida lo que es la virtud, pues lo que no toda vida, sino la vida sabía, es virtud. Cualquiera vida puede estar sin virtud alguna, pero la virtud no puede estar sin alguna vida. Esto mismo puede decirse de la memoria y de la razón, y de otras cosas semejantes que haya en el hombre porque estas cosas las tiene también antes de la doctrina, y sin ellas no puede haber doctrina alguna ni, por consiguiente, virtud, porque éstas aprende y adquiere. El correr con ligereza, tener cuerpo hermoso, extraordinarias fuerzas y otras cualidades semejantes son cosas que, pudiendo la virtud hallarse sin ellas, y

ellas sin la virtud, constituyen bienes; pero la virtud también ama estas prendas por respeto a sí misma, y lisa: y goza de ellas virtuosamente.

Esta vida bienaventurada, dicen asimismo ser la social o política, puesto que estima los bienes de los amigos como los suyos, y les desea a los amigos lo que a sí mismo, ya vivan en casa, como la mujer y los hijos, y todos los domésticos, o en el lugar donde tiene su casa, como es la ciudad, y son los que se llaman vecinos y ciudadanos, o en todo el orbe, como son las gentes y naciones que forman la sociedad humana, o en el mundo que se entiende por el cielo y por la tierra; defendiendo estos platónicos que los dioses, a quienes nosotros familiarmente llamamos ángeles, son amigos del hombre sabio. También sostienen que de ningún modo debe dudarse de los fines de los bienes, ni tampoco de los fines de los males; y dicen que ésta es la diferencia que hay entre ellos y los nuevos académicos, y que nada les interesa que filosofe y raciocine cada uno sobre estos fines que tienen por verdaderos, en traje cínico o en otro cualquiera hábito u opinión. Entre los tres géneros de vida: ocioso, activo y compuesto de uno y otro, dicen que les agrada el tercero. Esto es lo que opinaron y enseñaron los antiguos académicos, según lo afirma Varrón, siguiendo a Antioco, maestro de Cicerón y suyo, de quien intenta probar Cicerón que en muchas doctrinas pare más estoico qué antiguo académico. Pero a nosotros, que estamos más obligados a juzgar exactamente de estas materias, que a saber por grande arcano qué es lo que cada uno opinó acerca de ellas, ¿qué nos interesa su discusión?

CAPITULO IV

¿Qué opinan los cristianos del sumo bien y del sumo mal? Si nos preguntaren, pues, qué es lo que responde a cada cosa de éstas la Ciudad de Dios, y primeramente qué es lo que opina de los fines últimos de los bienes y de los males, responderemos que la vida eterna es el sumo bien y la muerte eterna el sumo mal, y que por eso, para conseguir la una y libertarse de la otra, es necesario que Vivamos bien. La Escritura dice «que el justo vive por la fe»; porque ni en la tierra vemos nuestro bien por lo cual es indispensable que, creyendo, le busquemos; ni lo que es vivir bien lo hallarnos en nosotros como producción nuestra, sino cuando, creyendo y orando nos ayuda el que no dio la fe, en que confiemos y creamos que él nos ha de favorecer.

Los que imaginaban que los fine de los bienes y de los males estabas en la vida presente, colocando el sumo bien o en cuerpo o en el alma o en ambos, y por decirlo más claro designándole o en el deleite o en la virtud, o en uno y otro, o en la quietud, o en la virtud, o en ambas, o juntamente en el deleite y quietud, o en la virtud, o en los dos, o en los principios de la naturaleza, o en la virtud; o en uno y otro, pretendieron y quisieron con extraña vanidad ser en la tierra bienaventurados. Búrlase de estos ilusos la misma verdad por medio del real Profeta, diciendo: «Sabe Dios que los discursos y pensamientos de los hombres son vanos»; o, como cita el Apóstol, este testimonio: «Sabe Dios que los discursos y raciocinios de los sabios son vanos y fútiles.» ¿Quién podrá, por más elocuente que sea, explicar y ponderar las miserias de esta vida? Cicerón las deploró como pudo en la consolación que escribió sobre la muerte de su hija, pero ¿cuánto pudo? Pues los principios que llaman naturales, ¿cuándo, dónde y de qué manera pueden tener tan buena disposición en esta vida, que no vacilen y padezcan vicisitudes bajo la inconstancia de los sucesos?

Porque ¿qué dolor contrario al deleite, qué inquietud contraria a la quietud no puede suceder en el cuerpo de un sabio? La falta o debilidad de los miembros quita la integridad al hombre, la fealdad le aja la hermosura, la flaqueza le disipa la salud, el cansancio las fuerzas, las pesadumbres la agilidad. ¿Y qué infortunio de éstos hay que no pueda hacer presa en la carne del sabio?

El estado del cuerpo y también el movimiento, cuando son decentes y congruentes, se cuentan entre los principios de la naturaleza; pero ¿qué sucederá si alguna mala disposición hace temblar los miembros con extrañas convulsiones, y si el espinazo se encorva, de forma que obligue al hombre a poner las manos en el suelo, haciéndole andar en cuatro pies? ¿Acaso no estragará todo el decoro y hermosura del estado y movimiento del cuerpo? ¿Qué diremos de los bienes primogéneos, que llaman del alma, donde ponen dos principios, para comprender y percibir la verdad: el sentido y el entendimiento? ¿Cuán inútil no quedará el sentido, si llega a ser el hombre sordo y ciego? ¿Dónde irá la razón y la inteligencia, dónde la sepultarán si acaece que con alguna enfermedad se vuelve demente? Cuando los frenéticos hacen o dicen desatinos y disparates, por la mayor parte ajenos de su buena intención y loables costumbres, o, por mejor decir, contrarios del todo a su buen propósito y costumbres, si dignamente los consideramos, apenas podemos contener las lágrimas. ¿Qué diré de los endemoniados? ¿Dónde tienen escondido o sojuzgado su entendimiento cuando el espíritu maligno usa a su albedrío de su alma y de su cuerpo? ¿Quién piensa que tal desastre no le puede suceder al sabio en esta vida? Tan defectuoso es lo que se puede percibir de verdad en esta carne mortal que según leemos en el libro de la Sabiduría, que dice las mayores verdades, «el cuerpo corruptible y esta nuestra casa de tierra grava y comprime el alma cargada de la multitud de pensamientos y cuidados».

Pues el ímpetu o el apetito con que practicamos alguna acción, si es que así se dice lo que los griegos llaman ormen (ya que ponen esto también entre los bienes de los principios naturales), ¿acaso no es lo mismo con que se hacen los miserables movimientos de los dementes y las acciones a que tenemos horror y aversión cuando se pervierte el sentido y se trastorna la razón? La misma virtud, que no se halla entre los principios naturales, puesto que viene después a introducirse en ellos con la doctrina, siendo la que se lleva la primacía entre los bienes humanos, ¿qué hace aquí sino traer una perpetua guerra con los vicios, no con los exteriores, sino con los interiores; no con los ajenos, sino con los nuestros, y particularmente aquella que se llama en griego sofrosine, que es la templanza con que se refrenan los apetitos carnales para no llevar el alma, consintiendo en ellos, a despeñarse en los vicios? Porque no deja de haber algún vicio, cuando, como dice el Apóstol, «la carne en sus deseos obra contra el espíritu», a cuyo vicio se opone la virtud, cuando, como insinúa mismo Apóstol, «el espíritu en sus deseos se opone a la carne».

Porque estas dos cualidades, dice, «se contradicen una a la otra, para que no hagamos lo que deseamos»: ¿Y qué es lo que apetecemos ejecutar cuando intentamos ver el cumplimiento del fin del son bien, sino que la carne no desee contra el espíritu y que no haya en nosotros este vicio, sino acuerdo entre carne y el espíritu? Aunque así lo apetezcamos en esta vida puesto que lo podemos conseguir, a lo menos practiquemos esta loable acción con favor de Dios, y no cedamos a la carne que desea contra el espíritu, pues rindiéndose el espíritu, vamos con nuestro consentimiento a cometer pecado. De ningún modo nos persuadamos que entretanto que tuviéremos esta lucha interior hemos

conseguimos la bienaventuranza, a la cual venciendo deseamos llegar. ¿Y quién has ahora ha habido tan sabio que no necesite luchar contra los apetitos y pasiones? ¿Y qué diremos de la virtud llama prudencia? Acaso con toda su vigilancia no se ocupa en diferenciar discernir los bienes de los males, para que en amar los unos y huir de los otros no se incurra en algún error? Con esto, ella misma nos testifica que estamos en los males, o los males están en nosotros; porque nos enseña que es malo consentir en el apetito carnal para pecar, y bueno resistirlo.

Sin embargo, el mal, que la prudencia aconseja no consentir y la templanza rechaza, ni la prudencia ni la templan le destierran de esta vida. La justicia, cuyo oficio primario dar a cada uno lo que es suyo (con cual mantiene en el hombre un orden justo de la naturaleza, que el alma esté sujeta a Dios y el cuerpo al alma, consiguientemente, el alma y el cuerpo a Dios), ¿acaso no muestra que todavía está trabajando en aquella obra no descansando en el fin de ella? Porque tanto menos se sujeta el alma Dios, cuando menos concibe a Dios sus pensamientos, y tanto menos sujeta la carne al alma, cuanto m desea contra el espíritu. Mientras resida en nosotros esta dolencia, este contagio, esta lesión, ¿cómo nos atreveremos a decir que estamos ya salvo? Y si no estamos aún en salvo ¿cómo seremos bienaventurados con la final bienaventuranza? La virtud, que se llama fortaleza, en cualquiera ciencia que se hallare, es evidentísimo testigo de los males y miserias humanas, que la hacen sufrir con paciencia. Cuyos males, no sé por qué pretenden los filósofos estoicos que no son males, pues confiesan que, si fueran tan grandes que el sabio, o no pueda, o no deba tolerarlos, le imperen a darse la muerte y a salir de esta vida. Tan particular es la ceguedad y soberbia de estos hombres que piensan que en la tierra tienen el fin del bien, y que por sí mismos se hacen bienaventurados, que el sabio entre ellos, esto es, cual ellos le pintan con admirable vanidad, aunque ciegue, ensordezca y enmudezca, y aunque le estropeen y laceren los miembros, y le atormenten con dolores, y caigan sobre él todos cuantos males pueden decirse o imaginarse, y tales trabajos que le obliguen a darse la muerte, debe llamar bienaventurada a una vida puesta entre tantos males, vida bienaventurada que, para que se acabe, busca el auxilio de la muerte.

Si es bienaventurada, vívase en ella, y si por el temor de estas calamidades se huye de ella, ¿cómo es bienaventurada? ¿Cómo no se tienen por males los que sobrepujan el bien o virtud de la fortaleza compeliéndola, no sólo a ceder y rendirse, sino a delirar, diciendo que una misma vida es bienaventurada, y persuadiendo que se debe huir de ella? ¿Quién hay tan ciego que no advierta que, si fuera feliz, no debería huirse de ella? Pero si por el contrapeso de su flaqueza, que tanto la oprime, confiesan que se debe huir, ¿qué razón hay para que humillando la cerviz de su soberbia no la confiesen también por miserable? ¿Se mató Catón con admirable constancia, o por impaciencia? Porque no se arrojara a esta acción si no llevara con impaciencia y desagrado la victoria del César, ¿Cuál fue su fortaleza? En efecto, cedió; en efecto, se rindió; en efecto, fue tan vencida, que dejó, desamparó y huyó de la vida bienaventurada. Y si dijeren que no era ya bienaventurada, confesarán que era miserable. ¿Cómo, pues, no eran males los que hacían la vida tan miserable y digna de huir de ella? Los que confiesan que son males, como lo confiesa los peripatéticos y los antiguos académicos, cuya secta defiende Varrón, aunque hablan con más acierto, no dejan de tener un maravilloso error; pues en es tos males, aunque sean tan graves que hayan de librarse de ellos con la muerte, dándosela a sí mismo el que lo padece, pretenden que se halla la vida bienaventurada.

Males son dice, los tormentos y dolores del cuerpo, tanto peores cuándo sean mayores, y para que te libres y carezcas de ellos es necesario que huyas de esta vida. ¿De qué vida?, pregunto. De ésta dice que es afligida con tantos males. ¿Será acaso bienaventurada con estos mismo males, de los cuales dices que se debe huir, o la llamas bienaventurada porque te puedes librar de estos males, con la muerte? ¿Qué sería, pues, si por algún oculto juicio de Dios te hiciesen detener en ellos, no te permitiesen morir, nunca te dejasen sin ellos ni escapar con la muerte? Entonces por lo menos confesarías que era miserable tal vida; luego no deja de ser miserable porque presto se deja, pues cuando fuera sempiterna, también los juzgas y tienes por miserable. Así que no por que es breve, nos debe parecer que no es miseria, o lo que es más absurdo, porque es miseria breve, por eso se puede llamar bienaventuranza. Grande es la fuerza de aquellos males que impelen al hombre, según ellos hasta al más sabio, a quitarse a sí mismo la prenda que le hace hombre, confesando ellos, y diciendo con verdad, que lo primero y más fuerte que nos exige la naturaleza es que el hombre se ame a si mismo, y, por tanto, huya naturalmente de la muerte, que sea tan amigo de sí mismo, que el ser animal y el vivir en esta conjunción y compañía del alma y del cuerpo, lo ame y sumamente lo apetezca.

Grande es la fuerza de los males que vencen este instinto, con que de todos modos, con todas nuestras fuerzas huimos la muerte, y de tal manera queda vencido, que la que ya huíamos, la deseamos, y cuando no la pudiéramos haber de otra conformidad, el mismo hombre se la da a si mismo. Grande es el impulso e influencia de los males que hacen homicida a la fortaleza, si hemos de llamar fortaleza a la que de tal manera se deje vencer de los males, a la que había tomado como virtud a su cargo al hombre para regirle y ampararle, y no sólo no puede guardarle con la paciencia, sitio que se ve forzada a matarle. Y aunque es verdad que debe el sabio tolerar con paciencia la muerte, es la que le viene por otra mano que la suya; y si, según los estoicos, es compelido a dársela a sí propio, confesará que no sólo son males, sino males intolerables los que le llevan a tal extremo.

La vida a quien fatiga el peso de tan grandes y tan graves males, o está sujeta a semejantes casos, por ningún motivo se diría bienaventurada, si los hombres que lo dicen, así como vencidos de los males que les acosan, cuando se dan la muerte, ceden y se rinden a la infelicidad, así vencidos con incontrastables razones, cuando buscan la vida bienaventurada, quisiesen sujetarse y rendirse a la verdad, y no entendiesen que en esta mortalidad debían gozar del fin del sumo bien, donde las mismas virtudes que son a lo menos aquí la cosa mejor y más importante fue puede haber en el hombre, cuanto más nos ayudan contra la fuerza de los peligros, trabajos y dolores, tanto más fieles testigos son de las miserias. Porque si son verdaderas virtudes, que no pueden hallarse sino en los que hay verdadera piedad y religión, no tienen la facultad de poder hacer que no padezco los hombres, en quienes se hallan, ninguna miseria, puesto que no son mentirosas las verdaderas virtudes, para que profesen esta virtud, sino que procuran que la vida humana, la cual es indispensable que con tantos y tan graves males como hay en el siglo, sea mísera, con la esperanza del futuro siglo sea bienaventurada, así como también espera ser salva. Porque ¿cómo es bienaventurada la que no está aún salva? Por lo mismo el Apóstol San Pablo no habla de los hombres impacientes, imprudentes, intemperantes, malos e injustos, sino de los que viven según la verdadera piedad y religión, y de los que, por esta razón, las virtudes que tienen las tienen verdaderas, cuando dice: «Que nuestra salvación ha sido hasta

ahora en esperanza, y la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve y lo posee, ¿cómo lo espera? Y si esperamos lo que lo vemos, con la paciencia aguardamos el cumplimiento de nuestra salvación.»

Luego así como nos salvaron, o hicieron salvos, asegurándonos con la esperanza, así con la misma esperanza nos hicieron bienaventurados, y así como no tenemos en la vida presente la salvación, tampoco tenemos la bienaventuranza, sino que la esperamos en la vida futura, y esto por medio de la virtud de la paciencia, porque aquí vivimos todos entre males y trabajos, los cuales debemos sufrir con conformidad y resignación, hasta que lleguemos a la posesión de aquellos estemos bienes donde todas las cosas será de tal manera que nos den contento inefable deleite, y no habrá ya más que debamos sufrir. Esta salud que se disfrutará en el siglo futuro será también la final bienaventuranza, cuya bienaventuranza, porque no la ven estos filósofos, no la quieren creer y procuran fabricarse para sí una vanísima felicidad con una virtud tan arrogante y soberbia como falsa y mentirosa.

CAPITULO V

Cómo a la vida social y política, aunque es la que particularmente del desearse, de ordinario la trastorna muchos trabajos, encuentros e inconvenientes Lo que dicen que la vida del sabio es política y sociable, también no otros lo aprobamos y confirmamos ce más solidez que ellos. Porque ¿con esta Ciudad de Dios (sobre la cual tenemos ya entre manos el libro décimonoveno de esta obra) habría empezado, o cómo caminaría en sus progresos, o llegaría a sus debidos fin si no fuese social la vida de los santos? Pero en las miserias de la vida mortal, ¿cuántos y cuán grandes males e cierra en sí la sociedad y política humana? ¿Quién bastará a contarlos? ¿quién podrá ponderarlos? Escuchen lo que entre sus poemas cómicos dice un hombre con sentimiento y con dolor de todos los hombres: «Me casé. ¿Qué miseria hay que no hallase en este estado? Me nacieron hijos, y en ellos tuvieron origen otros nuevos cuidados que me aquejaban.»

Todos los inconvenientes que refiere el mismo Terencio que se hallan en el amor, «los agravios, sospecha enemistades, guerras y de nuevo paz», ¿no han llenado del todo la vida humana? ¿Acaso estas desventuras y suceden y se hallan ordinariamente las amistades lícitas y honestas de los amigos? ¿Por ventura no está llena ellas del todo y por todo la vida humana, en la cual experimentamos agravios, sospechas, enemistades, guerra como males ciertos? La paz la experimentamos como bien incierto y dudoso; porque no sabemos, ni la limitación de nuestras luces puede penetrar los corazones de aquellos con quienes la deseamos tener y conservar, y cuando hoy los pudiésemos conocer, sin duda no sabríamos cuáles serían mañana. ¿Quiénes son y deben ser más amigos que los que viven unidos en una misma casa y familia? Y, con todo, ¿quién está seguro de ello, habiendo sucedido tantos males por ocultas maquinaciones, traiciones y calamidades, tanto más amargas cuanto era la paz más agradable y dulce, creyéndose verdadera cuando astuta y dolosamente se fingía? Esto lastima y penetra tan intensamente los corazones de todos, que hace llorar por fuerza, y como dice Tulio: «No hay traición más secreta y oculta que la que se encubrió bajo el velo de oficio o bajo algún pretexto de amistad sincera. Porque fácilmente te podrás precaver y guardar del que es enemigo declarado; pero este mal oculto, intestino y doméstico, no sólo existe, sino que también le mortifica antes que pueda

descubrirle.» Por eso también viene esta sentencia del Salvador: «Los enemigos del hombre son sus domésticos y familiares», sentencia que nos lastima extraordinariamente el corazón; pues aunque haya alguno tan fuerte que lo sufra con paciencia, o tan vigilante que se guarde con prudencia de lo que maquina contra él el amigo disimulado y fingido, sin embargo, es inevitable sienta y le aflija, si es bueno, el mal de aquellos pérfidos y traidores, cuando llega a conocer por experiencia que son tan malos, ya hayan sido siempre malos, fingiéndose buenos, ya se hayan transformado de buenos en malos, cayendo en esta maldad.

Si la casa, pues, que es en los males de esta vida el común refugio y sagrado de los hombres, no está segura, ¿qué será la ciudad, la cual, cuanto es mayor tanto más llena está de pleitos y cuestiones cuando no de discordias, que suelen llegar a turbulencias muchas veces sangrientas, o a guerras civiles, de las cuales en ocasiones están libres las ciudades, pero de los peligros nunca?

CAPITULO VI

Del error en los actos judiciales de los hombres, cuando está oculta la verdad ¿Y qué diremos de los juicios que forman los hombres a otros hombres, juicios que no pueden faltar en las ciudades más tranquilas? Cuán miserables son y dignos de compasión, pues los que juzgan son los que no puede ver las conciencias de aquellos a quienes juzgan. Por ello muchas veces son forzados, a costa de los tormentos de testigos inocentes, a buscar la verdad de la causa que toca a otro.

Cuando sufre y padece uno por su causa y, por saber si es culpa de le atormentan, siendo inocente, sufre una pena cierta por una culpa incierta, no porque esté claro y averiguado que haya cometido tal delito, sino porque se ignora si lo ha cometido. De esto se sigue, por regla general, que la ignorancia del juez viene a ser la calamidad del inocente. Y lo que es más intolerable y lastimoso, y más digno de ser llorado, si fuese posible, con perennes lágrimas es que atormentando el juez al delatado, por no matar con ignorancia a inocente, viene a suceder por la miseria de la ignorancia que mata atormentado e inocente, a quien primero dio tormento por no matarle inocente Porque si éste tal, conforme a la sabiduría e inteligencia de los filósofos, escogiere huir antes de esta vida que sufrir tales tormentos, confesará que cometió lo que no cometió. Condenado éste y muerto, aun no sabe el juez se quitó la vida a un culpado o a un inocente; a quien, por no matarle por ig- norancia a inocente, había atormentado; y así dio tormento por descubrir la verdad a uno libre de delito, y no sabiéndola, le dio la muerte.

En semejantes densas tinieblas como estas de la vida política, pregunto: ¿se sentará en los estrados por juez un hombre sabio, o no se sentará? Seguramente se sentará, porque le obliga a ello y le trae compelido a este ministerio la política humana, y el desampararla lo tiene por acción impía y detestable. Y no tiene por acción abominable el atormentar en causas ajenas a los testigos inocentes; el que los acusados, vencidos por la fuerza del dolor, y confesando lo que no han hecho, sean castigados, siendo también inocentes y sin culpa, habiéndoseles ya atormentado primero siendo inculpables; y que, aun cuando no los condenen a muerte, por lo general, o mueran en los mismos tormentos, o vengan a morir de

resultas de ellos. ¿Acaso no se observa que algunas veces, aun a los mismos que acusan, deseosos seguramente de hacer bien a la sociedad humana, porque las culpas no queden sin el debido castigo, y porque mintie1ron los testigos, y el reo se conservó valeroso en los tormentos, e inconfeso, no pudiendo probar los delitos que le acumularon, aunque se los imputaron con verdad, el juez que ignora esta circunstancia los condena? Tantos y tan grandes males como éstos, no los tienen por pecados, por cuanto no lo hace el juez sabio con voluntad de hacer daño, sino por la necesidad fatal de no saber la verdad, y porque le impulsa la humana política dándole el ministerio peculiar de administrar la justicia.

Esta es, pues, la que por lo menos llamamos miseria del hombre, cuando no sea malicia del sabio. ¿Cómo es posible que atormente a, los inocentes y castigue a los inculpados por la necesidad de no saber y precisión de juzgar, no contentándose con ser irresponsable, sino teniéndose por bienaventurado? Con cuánta más consideración y humildad, reflexionando en sí mismo, reconocerá en esta necesidad la miseria, y la aborrecerá por sí misma. Y si conoce la piedad, exclamará a Dios, diciéndole: «Líbrame, Señor, de mis necesidades.»

CAPITULO VII

De la diversidad de lenguas, que dificulta las relaciones entre los hombres, y de la miseria de las guerras, aun de las que se llaman justas Después de la ciudad sigue el orbe de la tierra, adonde ponen el tercer grado de la política humana, comenzando en la casa, pasando de ésta a la ciudad y procediendo después hasta llegar al orbe de la tierra. El cual, sin duda, como un océano y abismo de aguas, cuanto es mayor, tanto más circundado está de peligros. Adonde lo primero la diversidad de los idiomas enajena y divide al hombre del hombre, porque si en un camino se encuentran dos, de diferentes lenguas, que no se entienda el uno al otro, y no pueden pasar adelante, sino que por necesidad hayan de estar juntos, más fácilmente se acomodarán y juntarán unos animales mudos, aun de distinta especie, que no ellos, a pesar de ser hombres. Porque cuando los hombres no pueden comunicar entre sí lo que sienten, sólo por la diversidad de las lenguas, no aprovecha para que se junte la semejanza que entre sí tienen tan grande de la naturaleza; de forma que con mayor complacencia estará un hombre asociado de un perro que con un hombre extranjero. Pero dirán que por lo mismo la mi penosa ciudad de Roma, para la conservación de la paz política en las naciones conquistadas, no sólo les obligaron a recibir el yugo, sino también su idioma, por lo cual no faltaron, sino sobraron intérpretes. Es verdad; más esto, ¿con cuántas y cuán crueles guerras, y con cuánta mortandad de hombres, y con cuánto derramamiento de sangre humana se alcanzó? Y con todo, no por ello, habiendo acabado todo esto, acabó la miseria de tantos males pues aunque no hayan faltado ni falten enemigos, como los son las naciones extranjeras, con. quienes se ha sostenido y sostiene continúa guerra, sin embargo, la misma grandeza del imperio ha producido otra especie peor de guerras, y de peor condición, es a saber, las sociales y civiles, con las cuales se destruyen más infelizmente los hombres, ya sean cuando traen guerra por conseguir la paz, ya sea porque temen que vuelva a encenderse.

Y si yo quisiese detenerme a decir como lo merece el asunto (aunque sería imposible), tantos y tan varios es tragos, tan duras e inhumanas necesidades de estos males, ¿cuándo habría de concluir con este nuestro discurso? Dirán que el sabio sólo hará la guerra

justamente. Como si por lo mismo no le hubiese de pesar más, si es que se acuerda de que es hombre, la necesidad de sostener las que sean justas; porque si no fueran justificadas, no las declararía, y, por consiguiente, ninguna guerra declararía el sabio; y si la iniquidad de la parte contraria es la que da ocasión al sabio a sustentar la guerra justa, esta iniquidad debe causarle pesar, puesto que es propio de los corazones humanos compadecerse, aunque no resultara de ella necesidad alguna de guerra. Así que todo el que considera con dolor estas calamidades tan grandes, tan horrendas, tan inhumanas, es necesario que confiese la miseria; y cualquiera que las padece, o las considera sin sentimiento de su alma, errónea y miserablemente se tiene por bienaventurado, pues ha borrado de su corazón todo sentimiento humano.

CAPITULO VIII

Cómo la amistad de los buenos no puede ser segura, mientras sea necesario temer los peligros de esta vida Aunque suceda que no haya una ignorancia tan depravada, como ordinariamente ocurre en la miserable condición de esta vida, que, o tengamos por amigo al que realmente es enemigo, o por enemigo al que es amigo, ¿qué objeto hay que nos pueda consolar en esta sociedad humana, tan llena de errores y trabajos, sino la fe no fingida Y el amor que se profesan unos a otros los verdaderos y buenos amigos? A los cuales, cuantos más fueren los que tuviéremos desparramados por los pueblos, tanto más tememos les suceda algún mal de los muchos que se padecen en este siglo; porque no sólo nos da cuidado que les aflija el hambre, las guerras, las enfermedades, el cautiverio, y que en él padezcan aflicciones superiores a cuanto se pueda imaginar, sino lo que hace más amargo el temor, que se conviertan en pérfidos y malos. Y cuando estas penalidades acaecen (que vienen a ser más en número, sin duda, cuantos más son los amigos y más esparcidos se hallan en diferentes poblaciones), y llegan a nuestra noticia, ¿quién podrá creer las angustias y quemazones de nuestro corazón, sino quien las siente por experiencia? Porque más quisiéramos oír que eran muertos; aunque tampoco oyéramos esta triste nueva sin íntimo dolor.

Porque ¿cómo puede ser que la muerte de las personas, cuya vida, por los consuelos de la amistad política, nos daba contento, no nos cause especie alguna de tristeza? Lo cual quien la prohibe y quita, quite y prohiba, si puede, los coloquios y agradable trato y conversación de los amigos; ponga entredicho al vivir en amigable y estrecha sociedad; impida y destierre el afecto de todo aquello a que los hombres naturalmente tienen alguna obligación; rompa los lazos de las voluntades con una cruda insensibilidad, o parézcale que debe usar de ellos de forma que no llegue gusto alguno, ni suavidad de ellos al alma. Y si esto de ningún modo puede ser, ¿cómo no nos ha de ser amarga la muerte de aquel cuya vida nos era dulce y suave? De aquí nace una profunda melancolía, para cuyo remedio se aplican los consuelos de los cordiales amigos.

Con todo, hay mal que no cure; pues cuanto más excelente sea el alma, tanto más pronto y con mayor facilidad sana en él lo que hay que sanar. Así, pues, ya que la vida de los mortales haya de padecer aflicciones y de los, unas veces más blanda, otras m ásperamente, por las muertes de los queridos y amigos, y particularmente aquellos cuyos oficios son necesarios la política y sociedad humana, con todo, querríamos más oír o ver muertos a los

que amamos, que verlos caídos apartados de la fe o buenas costumbres: esto es, que verlos muertos en alma. De esta inmensa y fecundísima materia de males y duelos está bien llena la tierra, por lo cual, dice la Escritura: «¿Acaso no es tentación toda vida del hombre sobre la tierra? por eso dice el mismo Señor: «Infeliz del mundo por los escándalos»; y otra parte: «Por la abundancia de los pecados se resfría la caridad.» De aquí que nos demos el parabién, y nos alegremos cuando mueren los buenos amigos, y que cuando su muerte más nos entristece, nos de más cierto el consuelo, considerando que se han librado ya de los males con que en esta vida aun los buenos, o son combatidos afligidos, o desdicen de su' bondad se estragan, o por lo menos de lo uno y de lo otro corren riesgo.

CAPITULO IX

Cómo la amistad de los ángeles buenos no puede ser manifiesta a hombres de este mundo por los engaños de los demonios Aunque en la sociedad y comunicación que tenemos con los ángeles buenos (la cual pusieron los filósofos que opinaron que los dioses eran nuestros amigos, en el cuarto lugar. subiendo desde la tierra al mundo, para con prender en su sistema también el ciego), por ningún pretexto sostenemos que semejantes amigos nos causen tristeza, ni con su muerte, ni con desdecir de su bondad; con todo, no nos tratan con la familiaridad que los hombres (lo cual pertenece también a las miserias de esta vida), y algunas veces Satanás, según leemos, «se transfigura en ángel de luz», para tentar a los que es menester instruir, con la tentación o a los que merecen ser engañados.

Es necesaria grande misericordia de Dios: para que ninguno, cuando piensa que tiene por amigos a los ángeles buenos, no tenga por amigos fingidos a los malos demonios, que le sean enemigos, tanto más dañosos y perjudiciales cuanto son más astutos y engañosos. ¿Y quién tiene necesidad de esta particular misericordia divina sino la grande miseria humana, que está tan oprimida de la ignorancia, que fácilmente se deja engañar con la ficción de éstos? Así, pues, los filósofos que dijeron en la impía ciudad que los dioses eran sus amigos, indudablemente encontraron y dieron en manos de los malignos demonios, a quienes toda aquella ciudad está sujeta para tener con ellos al fin la pena eterna. Porque de sus ceremonias sagradas o, por mejor decir, sacrílegas, conque creyeron que los debían reverenciar, y de sus juegos y fiestas abominables, donde celebran sus culpas y torpezas, con que se persuadieron que debían aplacarlos, siendo ellos mismos los autores de tales y tan grandes ignominias, bien claramente se puede echar de ver quiénes son los que adoran.

CAPITULO X

Del fruto que les está aparejado a los santos por haber vencido las tentaciones de esta vida Ni los santos ni los fieles que adoran a un solo, verdadero y sumo Dios están seguros de los engaños y varias tentaciones, porque en este lugar propio de la flaqueza humana, y en estos días malignos, aun este cuidado y solicitud no es sin provecho, para que busquemos con más fervorosos deseos el lugar donde hay plenísima v cierta paz. Pues en él los dones de la naturaleza, esto es los que da a nuestra naturaleza el Criador de todas las naturalezas, no sólo serán buenos, sino eternos, no sólo en el alma, la cual se ha de reparar con la sabiduría sino también en el cuerpo, el cual se ha de renovar con la resurrección. Allí las virtudes no

trabajarán, ni sostendrán continuas luchas contra los vicios ni contra cualquiera género de males, sino que gozarán de la eterna paz por premio de su victoria; de modo que no la inquiete ni perturbe enemigo alguno, porque ella es la bienaventuranza final, ella el fin de la perfección, que no tiene fin que lo consuma. Pero en la tierra, aunque nos llamamos bienaventurados cuando tenemos paz (cualquiera que sea la que pueda tenerse en la buena vida), esta bienaventuranza, comparada con aquella que llamamos final, es en todas sus partes miseria. Así que cuando los hombres mortales, en las cosas mortales, tenemos esta paz, cual aquí la puede haber, vivimos bien, de sus bienes usa bien virtud; pero cuando no la tenemos también usa la virtud de los males que el hombre padece. Pero entonces es verdadera virtud cuando todos los bienes, de que usa bien, y todo lo que hace, usando bien de los bienes y los males, y a sí misma se endereza fin adonde tendremos tal y tanta para que no la pueda haber mejor ni mayor.

CAPITULO XI

Cómo en la bienaventuranza de la paz eterna tienen los santos su fin esto la verdadera perfección Podemos, pues, decir que el fin nuestros bienes es la paz, como dijimos que lo era la vida eterna, principalmente porque de la misma Ciudad Dios, de que tratamos en este tan prolijo discurso, dicen en el Salmo: «Alaba, ¡oh Jerusalén! al Señor, y tú, Sión alaba a tu Dios, porque confirmó fortificó los cerrojos de tus puertas y bendijo los hijos que están dentro de ti, el que puso a tus fines la paz porque cuando estuvieren ya confirmados los cerrojos de sus puertas, ya no entrará nadie en ella, ni tampoco nadie saldrá de ella. Por eso, por sus fines debemos aquí entender aquella paz que queremos manifestar que es la final; pues aun nombre místico de la misma ciudad esto es, Jerusalén, como lo hemos insinuado, quiere decir visión de paz mas porque el nombre de paz también le usurpamos y acomodamos a las cosas mortales, donde sin duda no hay vida eterna, por eso quise mejor llamar al fin de esta ciudad, donde estará su sumo bien, vida eterna, que no paz.

Y hablando de este fin, dice el Apóstol: «Ahora, como os ha librado Dios de la servidumbre del pecado y os ha recibido en su servicio, tenéis aquí gozáis del fruto de, vuestra justicia que es vuestra santificación, y esperáis el fin, que es la vida eterna.» Pero por otra parte, como los que no están versados en la Sagrada Escritura por vida eterna pueden entender también la vida de los malos; o también puede tomarse por la inmortalidad del alma, que algunos filósofos admiten o, según nuestra fe, por las penas sin fin de los malos, quienes, sin duda no pueden padecer eternos tormentos, sino viviendo eternamente; al fin de esta ciudad, en la cual se llegará al sumo bien, le debemos llamar, o paz de la vida eterna, o vida eterna en la paz, para que más fácilmente lo puedan entender todos. Porque es tan singular el bien de la paz, que aun en las cosas terrenas y mortales no solemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni, finalmente, podemos hallar cosa mejor. Si en esto nos detenemos algún tanto, no creo seremos pesados a los lectores, así por el fin de esta ciudad de que tratamos como por la misma suavidad de la paz, que tan agradable es a todos.

CAPITULO XII

Cómo los hombres, aun con el crudo rigor de la guerra y todos los desasosiegos e inquietudes, desean llegar al fin de la paz sin cuyo apetito no se halla cosa alguna natural Quien considere en cierto modo las cosas humanas y la naturaleza común, advertirá que así como no hay quien no guste de alegrarse, tampoco hay quien no guste de tener paz. Pues hasta los mismos que desean la guerra apetecen vencer, y, guerreando, llegar a una gloriosa paz. ¿Qué otra cosa es la victoria sino la sujeción de los contrarios? Lo cual conseguido, sobreviene la paz. Así que con intención de la paz se sustenta también la guerra, aun por los que ejercitan el arte de la guerra siendo generales, mandando y peleando. Por donde consta que la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aun con la guerra buscan la paz, pero ninguno con la paz busca la guerra. Hasta los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrecen la paz, sino por tenerla a su albedrío.

No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos desean. Finalmente, aun cuando por sediciones y discordias civiles se apartan y dividen unos de otros, si con los mismos de su bando y conjuración no tienen alguna forma o especie de paz no hacen lo que pretenden. Por eso los mismos bandoleros, para turbar con más fuerza y con más seguridad suya la paz de los otros, desean la paz con sus compañeros. Aún más: cuando alguno es tan poderoso y de tal manera huye el andar en compañía, que a ninguno se descubra, y salteando y prevaleciendo solo oprimiendo y matando los que puede roba y hace sus presas, por lo menos con aquellos que no puede matar quiere que no sepan lo que hace, tiene alguna sombra de paz. Y en su casa sin duda, procura vivir en paz con esta mujer y sus hijos, y con los demás que tiene en ella; y se linsojea y alegra de que éstos obedezcan prontamente a su voluntad; porque si no, se enoja, riñe y castiga, y aun si ve que es menester usar de rigor y crueldad, procura de este modo la paz de su casa, la cual ve que no puede haber si todos los demás en aquella doméstica compañía no están sujetos a una cabeza, que es él en su casa.

Por tanto, si llegase a tener éste debajo de su sujeción servidumbre a muchos, o a una ciudad, o a una nación, de manera que le sirviesen y obedeciesen, como quisiera que le sirvieran y obedecieran en su casa, no se metiera ya como ladrón en los rincones y escondrijos, sino que como rey, a vista de todo el mundo se engrandeciera y ensalzara, permaneciendo en él la misma codicia y malicia Todos, pues, desean tener paz con los suyos, cuando quieren que vivan su albedrío; porque aun aquellos a quienes hacen la guerra, los quieren, pueden, hacer suyos, y en habiéndolo. sujetado, imponerles las leyes de su paz. Pero supongamos uno como el que nos pinta la fábula, a quien por la, misma intratable fiereza le quisieron llamar más semihombre que hombre, aunque el reino de éste era una solitaria y fiera cueva, y él, tan singular en malicia que de ella tomaron ocasión para llamarle Caco, que en griego quiere decir malo; y aunque no tenía mujer que le divirtiese con suaves y amorosas conversaciones, ni pequeños hijos con quienes poder alegrarse, ni grandes a quienes mandar, ni gozase del trato familiar y conversación de ningún amigo, ni de la de su padre Vulcano (a quien sólo en esto podemos decir que se le aventajó, y fue más dichoso; en que no engendró otro monstruo como él); y aunque a ninguno diese cosa alguna, sino a quien podía le quitase todo lo que quería; con todo, en aquella solitaria cueva, cuyo suelo, como le pintan, «siempre estaba regado de sangre fresca o recién vertida», no quería otra cosa que la paz, en la cual ninguno le molestase ni fuerza ni terror de persona alguna le turbase su quietud.

Finalmente, deseaba tener paz con su cuerpo, y cuanto tenía, tanto era el bien de que gozaba, porque mandaba a sus miembros que le obedeciesen puntualmente. Y para poder aplacar su naturaleza sujeta a la muerte, que por la falta que sentía se le rebelaba, y levantaba una irresistible rebelión de hambre para dividir y desterrar el alma del cuerpo; robaba, mataba y engullía, y aunque inhumano y fiero, miraba fiera y atrozmente por la paz y tranquilidad de su vida y salud. Y así, si la paz que pretendía tener en su cueva y en sí mismo la quisiera también con los otros, ni le llamaran malo, ni monstruo, ni semihombre. Si, la forma de su cuerpo, con vomitar negro fuego, espantaba a los hombres para que huyesen y no se asociasen con él, quizá era cruel, no por codicia de hacer mal, sino por la necesidad de vivir. Pero tal hombre, o nunca le hubo, o, lo que es más creíble, no fue cual nos lo pinta la ficción poética. Porque si no cargaran tanto la mano en encarecer y exagerar la malicia de Caco, fuera poca la alabanza que le cupiera a Hércules.

Así que, como dije, más creíble es que no hubo tal hombre, o semihombre, como tampoco otras ficciones y patrañas poéticas; porque las mismas fieras crueles e indómitas, de las cuales tomó parte su, fiereza (pues también le llamaron semifiero), conservan con cierta paz su propia naturaleza y especie; juntándose unas con otras, engendrando, pariendo criando y abrigando á sus hijos, siendo las más de ellas insociables y montaraces; es decir, no como las ovejas, venados, palomas, estorninos y abejas, sino como los leones, raposas; águilas y lechuzas. Porque ¿qué tigre hay que blanda y cariñosamente no arrulle sus cachorros, y tranquilizada su fiereza, no los halague? ¿Qué milano hay, por más solitario que ande volando y rondando la caza para cebar sus unas, que no busque hembra, forme su nido, saque sus huevos, críe sus pollos y no conserve con la que es como madre de su familia la compañía doméstica con toda la paz que puede? Cuanto más inclinado es el hombre y le conducen en cierto modo las leyes de su naturaleza a buscar la sociedad y conservar la paz en cuan está de su parte con los demás hombres, pues aun los malos sostienen guerra por la paz de los suyos; y a toda si pudiesen, los querrían hacer suya para que todos y todas las cosas si viesen a uno; y ¿de qué manera podré conseguirlo sino haciendo, o por amo o por temor que todos consientan convengan en su paz? Así, pues, la soberbia imita perversamente a Dios, puesto que debajo de dominio divino no quiere la igualdad con sus socios, sino que gusta impone a sus aliados y compañeros el dominio suyo, en lugar del de Dios; aborreciendo la justa paz de Dios, y amando su injusta paz Sin embargo, no puede dejar de amar la paz, cualquiera que sea; porque ningún vicio hay tan opuesto a la naturaleza que cancele y borre hasta los últimos rastros y vestigios de la naturaleza.

Advierte que la paz de los malos en, comparación de la de los buenos no debe llamarla paz el que sabe estimar y anteponer lo bueno a lo malo, y lo puesto en razón a lo perverso. Y aun lo perverso, es necesario que en alguna parte, por alguna parte y con alguna parte natural, donde esta, o de que consta, esté en paz; porque de otra manera nada sería. Como si uno estuviese pendiente cabeza abajo, si duda que la situación del cuerpo y el orden natural de los miembros y articulaciones estaría invertido, porque lo que naturalmente debe estar encima está debajo, y lo que debe esta, abajo está encima, y este trastorno como turba la paz de la carne, le es molesto. Sin embargo, como el alma está en paz con su cuerpo, y mira por su salud, de aquí que se duela; si por el rigor de sus molestias desamparase al cuerpo y se ausentase de entre tanto que dura la unión y trabazón de los miembros, lo que queda no está sin cierta tranquilidad de las partes, y por eso hay todavía quien esta colgado.

Cuando el cuerpo terreno inclina y tira hacia la tierra, y cuando con el lazo que está suspenso resiste entonces igualmente aspira al orden natural de su paz, y con la voz de su peso, en cierto modo pide el lugar en que poder descansar; y aunque está ya sin alma y sin sentido alguno, con todo, no se aparta del sosiego natural de su orden, ya sea cuando la tiene, ya cuando inclina y aspira a ella. Porque si le aplican medicamentos y cosas aromáticas que conserven y no dejen deshacer y corromper la forma del cuerpo muerto, todavía una cierta paz junta y acomoda las partes con las partes, y aplica e inclina toda la masa al lugar conveniente, y, por consiguiente, quieto y pacífico. Pero cuando no se pone diligencia alguna en embalsamarlo, sino que lo dejan a su curso natural, todo aquel tiempo está como peleando por la disgregación de humores cuyas exhalaciones molestan nuestros sentidos (porque esto es lo que se siente en el hedor) hasta que, combinándose con los elementos del mundo, parte por parte y paulatinamente se reduzca a la paz y sosiego de ellos. Pero en nada deroga las leyes del sumo Criador y ordenador que administra 'y gobierna la paz del universo, pues aunque del cuerpo muerto de un animal grande nazcan animalejos pequeños, por la misma ley del Criador, todos aquellos cuerpecitos sirven en saludable paz a sus pequeñas almas. Y aunque las carnes de los muertos las coman otros animales, y se extiendan y derramen por cualquiera parte, y se junten con cualesquiera, y se conviertan y muden en cualesquiera cosa, al fin encuentran las mismas leyes difusas y derramadas por todo cuanto hay para la salud y conservación de cualquiera especie de los mortales, acomodando y pacificando cada cosa con su semejante y conveniente.

CAPITULO XIII

De la paz universal, la cual, según las leyes naturales, no puede ser turbada hasta que por disposición del justo Juez alcance cada uno lo que por su voluntad mereció La paz del cuerpo es la ordenada disposición y templanza de las partes. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, a ordenada conformidad y concordia de la parte intelectual y activa. La paz del cuerpo y del alma, la vida metódica y la salud del viviente La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obediencia en la fe, bajo de la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz de la casa, la conforme uniformidad que tienen en mandar obedecer los que viven juntos. La paz de la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en ordenar y obedecer. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima conformísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden; y el orden no es otra cosa que una disposición de cosas iguales y desiguales, que da cada una su propio lugar. Por lo cual los miserables (que en cuanto son miserables sin duda no estarían en paz), aunque carecen de la tranquilidad del orden, donde no se halla turbación alguna; mas porque con razón y justamente son miserable tampoco en su miseria pueden este fuera del orden, aunque no unidos con los bienaventurados, sino apartados de ellos por la ley del orden.

Estos miserables, aunque no están sin perturbación, donde se encuentran, están acomodados con alguna congruencia; así hay en ellos alguna tranquilidad de orden, y, por consiguiente, también alguna paz. Con todo, son miserables, porque si en cierto modo no sienten dolor, sin embargo, no se hallan en parte donde deban estar seguros y su sentir dolor. Pero más miserables son si no viven en paz con la ley que gobierna el orden natural. Cuando sienten

dolor, en la parte que le sienten, se les perturba la paz; pero todavía hay paz donde ni el dolor ofende, ni la misma trabazón se disuelve. Resulta, pues, que hay alguna vida sin dolor, pero no puede haber dolor sin alguna vida; hay alguna paz su guerra alguna, pero guerra no la puede haber sin alguna paz; no en cuanto es guerra, sino porque la guerra supone siempre hombres o naturalezas humanas que la mantienen, y ninguna naturaleza puede existir sin alguna especie de paz. Hay naturaleza sin mal alguno o en la cual no puede haber mal alguno, pero no hay naturaleza sin bien alguno. Por lo cual, ni siquiera la naturaleza del mismo demonio, en cuanto es naturaleza, es cosa mala, sino que la perversidad la hace mala. No perseveró en la verdad; pero no escapó del juicio y castigo de la misma verdad, porque no quedó en la tranquilidad del orden, ni tampoco. escapó de la potestad del sabio Ordenador.

El bien de Dios, que tiene él, en la naturaleza, no le exime y saca del poder de la justicia de Dios, con que le dispone y ordena en la pena; ni Dios allí aborrece o persigue, el bien que crió, sino el mal que el demonio cometió. Porque no quita del todo lo que concedió a la naturaleza, sino que quita algo y deja algo, para que haya quien se duela de lo que se quita. Y el mismo dolor es testigo del bien que se quita y del bien que se deja Pues si no hubiera quedado bien alguno, no se pudiera doler del bien perdido, puesto que el que peca es peor si se complace con la pérdida, de la equidad; pero el que es castigado, si de allí no adquiere algún otro bien, siente la pérdida de la salud. Y porque la equidad y la salud ambas son, bienes, y de la pérdida del bien antes debe doler que alegrar, con tal que no sea recompensa de otro mejor bien (porque mejor bien es la equidad del ánimo que la salud del cuerpo), sin duda con más justo motivo el injusto se duele en el castigo, que se alegró en el delito.

Así, pues, como el contento del bien que dejó cuando pecó es testigo de la mala voluntad, así el dolor del, bien que perdió, cuando padece en el castigo la pena, es testigo de la naturaleza buena. Pues él, que se duele de la paz que perdió su naturaleza, siente el dolor por parte de algunas reliquias que le quedaron de la paz, que le hacen amar la naturaleza. Y sucede con justa razón en el último y final castigo de las penas eternas, que los injustos e impíos lloren en sus tormentos las pérdidas de los bienes naturales, y que sientan la justicia de Dios, justísima en quitárselos, los que despreciaron su liberalidad benignísima en dárselos Así, pues, Dios, con su eterna sabiduría crió todas las naturalezas, y justísimamente las dispone y ordena, y como más excelente entre todas, las cosas terrenas, formó el linaje mortal de los hombres, les repartió algunos bienes acomodados a ésta vida, es a saber, la paz temporal, de la manera que la puede haber en la vida mortal; y esta paz se la dio al hombre en la misma salud, incolumidad y comunicación de su especie; y le dio todo lo que es necesario, así para conservar como para adquirir esta paz (como son las cosas que, convenientemente cuadran al sentido, como la luz que ve, el aire que respira, las aguas que bebe, y todo lo que es a propósito. Para sustentar, abrigar, curar y adornar el cuerpo), con una condición, sumamente equitativa, de modo que cualquier mortal que usaré bien de estos bienes, acomodados a la paz de los mortales, pueda recibir otros mayores y mejores, es a saber, la misma paz de la inmortalidad, y la honra y gloria que a ésta le compete en la vida eterna para gozar de Dios y del prójimo en Dios; y el que usare mal, no reciba aquéllos y pierda éstos.

CAPITULO XIV

El orden y las leyes divinas y humanas tienen por único objeto el bien de la paz Todo el uso de las cosas temporales en la ciudad terrena se refiere y endereza al fruto de la paz terrena, y en la ciudad celestial se refiere y ordena al fruto de la paz eterna. Por lo cual, si fuésemos animales irracionales, no apeteciéramos otra cosa que la ordenada templanza de las partes del cuerpo, y la quietud y descanso de los apetitos; así que nada apeteciéramos fuera del descanso de la carne y la abundancia de los deleites, para que la paz del cuerpo aprovechase a la paz del alma. Porque en faltando la paz del cuerpo se impide también la paz del alma irracional, por no poder alcanzar el descanso y quietud de los apetitos. Y lo uno y lo otro junto, aprovecha a aquella paz que tienen entre sí el alma y el cuerpo, esto es, la ordenada vida y salud.

Porque así como nos muestran los animales que aman la paz del cuerpo cuando huyen del dolor, y la paz del alma cuando por cumplir las necesidades de los apetitos siguen el deleite, así huyendo de la muerte bastantemente nos manifiestan cuánto amen la paz con que se procura la amistad del alma y del cuerpo. Pero como el hombre posee alma racional, todo esto que tiene de común con las bestias lo sujeta a la paz del alma racional, para que pueda contemplar con el entendimiento, y con esto hacer también alguna cosa, para que tenga una ordenada conformidad en la parte intelectual y activa, la cual dijimos que era la paz del alma racional. Debe, pues, querer que no le moleste el dolor, ni le perturbe el deseo, ni le deshaga la muerte, Sara poder conocer alguna cosa útil, y según este conocimiento, componer y arreglar su vida y costumbres.

Mas para que en el mismo estudio del conocimiento, por causa de la debilidad del entendimiento humano no incurra en el contagio y peste de algún error, tiene necesidad del magisterio divino, a quien obedezca con certidumbre, y necesita de su auxilio para que obedezca con libertad. Y porque mientras está en este cuerpo mortal, anda peregrinando ausente del Señor, porque camina todavía con la fe, y no ha llegado aún a ver a Dios claramente; por esto toda paz, ya sea la del cuerpo, ya la del alma, o juntamente del alma o del cuerpo, la refiere a aquella paz que tiene el hombre mortal con Dios inmortal, de modo que tenga la ordenada obediencia en la fe bajo la ley eterna. Y asimismo porque nuestro Divino Maestro, Dios, nos enseña dos principales mandamientos, es a saber, que amemos a Dios y al prójimo, en los cuales descubre él hombre tres objetos, que son: amar a Dios, a sí mismo y al prójimo, a quien le ordenan que ame como a sí mismo (y así, debe mirar por el bien de su esposa, de sus hijos, de sus domésticos y de todos los demás hombres que pudiere), y para esto ha de desear y querer, si acaso lo necesita, que el prójimo mire por él. De esta manera vivirá en paz con todos los hombres, con la paz de los hombres, esto es, con la ordenada concordia en que se observa este orden: primero, que a ninguno haga mal ni cause daño y segundo, que haga bien a quien pudiere.

Lo primero a que está obligado es al cuidado de los suyos; porque para mirar por ellos tiene ocasión más oportuna y más fácil, según el orden así de la naturaleza como del mismo trato y sociedad humana. Y así, dijo el Apóstol «que el que no cuida de los suyos, y particularmente de los domésticos, este tal niega la fe, y es peor que el infiel». De aquí nace también la paz doméstica, esto es, la ordenada y bien dirigida concordia que tienen entre sí

en mandar y obedecer los que habitan juntos. Porque mandan los que cuidan y miran por los otros, como el marido a la mujer, los padres a los hijos, los señores a los criados; y obedecen aquellos a quienes se cuida, como las mujeres a sus maridos, los hijos a sus padres, los criados a sus señores. Pero en la casa del justo, que vive con fe y anda todavía peregrino y ausente de aquella ciudad celestial, hasta los que mandan sirven a aquellos a quienes les parece, manda; puesto que no mandan por codicia o deseo de gobernar a otros, sino por propio ministerio de cuidar y mirar por el bien de los otros; ni ambición de reinar, sino por caridad de hacer bien.

CAPITULO XV

De la libertad natural y de, la servidumbre, cuya primera causa es pecado, por lo cual el hombre que de perversa voluntad, aunque no sea esclavo de otro hombre, lo es de su propio apetito Esto prescribe la ley natural, y crié Dios al hombre. «Sea señor, dice, de los peces del mar, de las aves aire y de todos los animales que dan sobre la tierra.» El hombre racial, que crió Dios a su imagen y semejanza; no quiso que fuese señor si de los irracionales; no quiso que fue señor el hombre del hombre, sino las bestias solamente. Y así, a los primeros hombres santos y justos más lo hizo Dios pastores de ganados que reyes de hombres, para darnos a entender de esta manera qué es lo que exige el orden de las cosas, criadas y qué mérito del pecado. Porque la condición de la servidumbre con derecho se entiende que impuso al pecador, y por eso no vemos se haga mención del nombre siervo en la Escritura hasta que el justo Noé castigó con él el horrible pecado de su hijo.

Así que este nombre tuvo su origen en la culpa; ella le mereció y no la naturaleza. Y aunque la etimología del nombre siervo o esclavo en latín se entiende que se derivó de que a los que podía matar, conforme a la ley de guerra cuando los vencedores los reservaban o conservaban, los hacían siervos, que dando en su poder, por cuanto habían conservado sus vidas, sin embargo tampoco esta diligencia es sin mérito del pecado. Pues aun cuando se haga la guerra justa, por el pecado pelea parte contraria, y no hay victoria, aun cuando sucede a veces que la alcancen los malos, que por disposición y a providencia divina no humille a los vencidos o corrigiendo o castigando sus pecados. Testigo es de esta verdad el siervo de Dios Daniel, cuando en el cautiverio confiesa a Dios sus pecados y los pecados de su pueblo, y protesta con un santo y verdadero dolor que ésta es la causa de aquel cautiverio.

Así, pues, la primera causa de la servidumbre es el pecado; que se sujetase el hombre a otro hombre con el vínculo de la condición servil, lo cual no sucede sin especial providencia y justo juicio de Dios, en quien no hay injusticia y sabe repartir dife- rentes penas conformes a los méritos de las culpas Y, según dice el soberano Señor de nuestras almas: «Que cualquiera que peca es siervo del pecado», así también muchos que son piadosos y religiosos sirven a señores inicuos, aunque no libres, «porque todo vencido es esclavo de su vencedor». Y, sin duda, con mejor condición servimos a los hombres que a los apetitos, pues advertimos cuán tiránicamente destruye los corazones de los mortales, por no decir otras cosas, el mismo apetito de dominar. Y en aquella paz ordenada con que los hombres están subordinados unos a otros, así como aprovecha la humildad a los que sirven, así daña la soberbia a los que mandan y señorean. Pero ninguno en aquella naturaleza en que

primero crió Dios al hombre es siervo del hombre o del pecado. Y aun la servidumbre penal que introdujo él pecado está trazada y ordenada con tal ley, que manda que se conserve el orden natural y prohibe que se perturbe, porque si no se hubiera traspasado aquella ley no habría que reprimir y refrenar con la servidumbre penal.

Por lo que el Apóstol aconseja a los siervos y esclavos que estén obedientes y sujetos a sus señores y los sirvan de corazón con buena voluntad, para que, si no pudieren hacerlos libres los señores, ellos en algún modo hagan libre su servidumbre, sirviendo, no con temor cauteloso, sino con amor fiel, «hasta que pase esta iniquidad y calamidad y se reforme y deshaga todo el mando y potestad de los hombres, viniendo a ser Dios todo en todas las cosas»

CAPITULO XVI

De cómo debe ser justo y benigno el mando y gobierno de los señores Aunque tuvieron siervos y esclavos los justos, nuestros predecesores de tal modo gobernaban la paz de su casa que en lo tocante a estos bienes temporales diferenciaban la fortuna y hacienda de sus hijos de la condición de sus siervos; pero en lo que toca al ser vicio y culto de Dios, de quien deber esperarse los bienes eternos, con un mismo amor miraban por todos los miembros de su casa. Lo cual de tal modo nos lo dicta y manda el orden natural, que de este principio vino derivarse el nombre de padre de familia, y es tan recibido, que aun los que mandan y gobiernan inicuamente gustan de ser llamados con dicho nombres. Pero los que son verdaderos padres de familias miran por todos los de su familia como por sus hijos, para servir y agradar a Dios, deseando llegar a la morada celestial, donde no habrá necesidad del oficio de mandar y dirigir a los mortales, porque entonces no será necesario el ministerio de mirar por el bien de los que son ya bienaventurados en aquella inmortalidad.

Hasta que lleguen allá deben sufrir más los padres porque mandan y gobiernan, que los siervos porque sirven. Así, cuando alguno en casa, por la desobediencia va contra la paz doméstica, deben corregirle y castigarle de palabra, o con el azote o con otro castigo justo y lícito, cuando lo exige la sociedad y comunicación humana por la utilidad del castigado, para que vuelva a la paz de donde se había apartado. Porque así como no es acto de beneficencia hacer, ayudando, que se pierda un bien mayor, así no es inocencia hacer, perdonando, que se incurra en mayor mal.

Toca, pues, al oficio del inocente no sólo hacer mal a nadie, sino también estorbar y prohibir el pecado o castigarle, para que, o el castigado se corrija y enmiende con la pena, u otros escarmienten con el ejemplo. Y porque la casa del hombre debe ser principio o una partecita de la ciudad, y todos los principios se refieren a algún fin propio de su género y toda parte a la integridad del todo, cuya parte es, bien claramente se sigue, que la paz de casa se refiere a la paz de la ciudad; esto es, que la ordenada concordia entre sí de los cohabitantes en el mandar y obedecer se debe referir a la ordenada concordia entre si de los ciudadanos en el mandar y obedecer. De esta manera el padre de familia ha de tomar de la ley de la ciudad la regla para gobernar su casa, de forma que la incomode a la paz y tranquilidad de la ciudad.

CAPITULO XVII

Por qué la Ciudad celestial viene a estar en paz con la Ciudad terrena y por qué en discordia La casa de los hombres que no viven de la fe procura la paz terrena con los bienes y comodidades de la vida temporal; mas la casa de los hombres que viven de la fe espera los bienes que le han prometido eternos en la vida futura, y de los terrenos y temporales usa como peregrina, no de forma que deje prenderse y apasionarse de ellos y que la desvíen de la verdadera senda que dirige hacia Dios. sino para que la sustenten con los alimentos necesarios, para pasar más fácilmente vida y no acrecentar las cargas de este cuerpo corruptible, «que agrava y oprime al alma». Por eso el uso de las cosas necesarias para esta vida mortal es común a fieles o infieles y a una otra casa, pero el fin que tienen al usarlas es muy distinto. También la Ciudad terrena que no vive de la fe desea la paz terrena, y la concordia en el mandar y obedecer entre los ciudadanos la encamina a que observen cierta unión y conformidad de voluntades en las cosas que conciernen a la vida mortal.

La Ciudad celestial, o, por mejor decir, una parte de ella que anda peregrinando en esta mortalidad y vive de la fe, también tiene necesidad de semejante paz, y mientras en la Ciudad terrena pasa como cautiva la vida de su peregrinación, como tiene ya la promesa de la redención y el don espiritual como prenda, no duda sujetarse a las leyes en la Ciudad terrena, con que se administran y gobiernan las cosas que son a propósito y acomodadas para sustentar esta vida mortal; porque así como es común a ambas la misma mortalidad, así en las cosas tocantes a ella se guarde la concordia entre ambas Ciudades. Pero como la Ciudad terrena tuvo ciertos sabios, hijos suyos, a quienes reprueba la doctrina del ciclo los cuales, o porque lo pensaron así o porque los engañaron los demonios creyeron que era menester conciliar muchos dioses a las cosas humanas a cuyos diferentes oficios, por decirlo así, estuviesen sujetas diferentes cosas a uno, el cuerpo, y a otro, el alma; y en el mismo cuerpo, a uno la cabeza y a otro el cuello, y todos los demás a cada uno el suyo.

Asimismo en el alma, a uno el ingenio, a otro la sabiduría, a otro la ira, a otro la concupiscencia; y en las mismas cosas necesarias a la vida, a uno el ganado, a otro el trigo; a otro el vino, a otro el aceite a otro las selvas y florestas. a otro el dinero, a otro la navegación, a otro las guerras, a otro las victorias, a otro los matrimonios, a otro los partos y la fecundidad, y así a los demás todos los ministerios humanos restantes y como la Ciudad celestial reconoce un solo Dios que debe ser reverenciado entiende y sabe pía y sanamente que a el solo se debe servir con aquella servidumbre que los griegos llaman la tria, que no debe prestarse sino a Dios sucedió, pues, que las leyes a la religión no pudo tenerlas comunes con la Ciudad terrena, y por ello fue preciso disentir y no conformarse con ella y ser aborrecida de los que opinaban lo contrario, sufrir sus odios, enojos y los ímpetus de sus persecuciones crueles, a no ser rara vez cuando refrenaba los ánimos de los adversarios el miedo que les causaba su muchedumbre, y siempre el favor y ayuda de Dios. Así que esta ciudad celestial, entre tanto que es peregrina en la tierra, va llamando y convocando de entre todas las naciones ciudadanos, y por todos los idiomas va haciendo recolección de la sociedad peregrina, sin atender a diversidad alguna de costumbres, leyes e institutos, que es con lo que se adquiere o conserva la paz terrena, y sin reformar ni quitar cosa alguna, antes observándolo y siguiéndolo exactamente, cuya diversidad, aunque es

varia y distinta en muchas naciones, se endereza a un mismo fin de la paz terrena, cuando no impide y es contra la religión, que nos enseña y ordena adorar a un solo, sumo y verdadero Dios.

Así que también la Ciudad celestial en esta su peregrinación usa de la paz terrena, y en cuanto puede, salva la piedad y religión, guarda y desea la trabazón y uniformidad de las voluntades humanas en las cosas que pertenecen a la naturaleza mortal de los hombres, refiriendo y enderezando esta paz terrena a la paz celestial. La cual de tal forma es verdaderamente paz, que sola ella debe llamarse paz de la criatura racional, es a saber, una bien ordenada y concorde sociedad que sólo aspira a gozar de Dios y unos de otros en Dios. Cuando llegáremos a la posesión de esta felicidad, nuestra vida no será ya mortal, sino colmada y muy ciertamente vital; ni el cuerpo será animal, el cual, mientras es corruptible, agrava y oprime al alma, sino espiri- tual, sin necesidad alguna y del todo sujeto a la voluntad. Esta paz, entretanto que anda peregrinando, la tiene por la fe, y con esta fe juntamente vive cuando refiere todas las buenas obras que hace para con Dios o para con el prójimo, a fin de conseguir aquella paz, porque la vida de la ciudad, efectivamente, no es solitaria, sino social y política.

CAPITULO XVIII

La duda que la nueva Academia pone en todo es contraria a la certidumbre y constancia de la fe cristiana Respecto a la diferencia que cita Varrón, alegando el dictamen de los nuevos académicos, que todo lo tienen por incierto, la Ciudad de Dios totalmente abomina semejante duda, reputándola como un disparate o desvarío, teniendo de las cosas que comprende con el entendimiento y la recta razón cierta ciencia, aunque muy escasa por causa del cuerpo corruptible, que agrava al alma (porque como dice el Apóstol «en parte sabemos») y en la evidencia de cualquiera materia cree a los sentidos, de los cuales usa el alma por medio del cuerno, porque más infelizmente se engaña quien cree que jamás se les debe dar asenso. Cree, asimismo, en la Sagrada Escritura del Viejo y del Nuevo Testamento, que llamamos canónica, de donde se concibió y dedujo la misma fe con que vive el justo, por la cual sin incertidumbre alguna caminamos mientras andamos peregrinando, ausentes de Dios, y salva ella, sin que con razón nos puedan reprender, dudamos de algunas cosas que no las hemos podido penetrar, ni con el sentido ni con la razón, ni hemos tenido noticia de ellas por la Sagrada Escritura ni por otros testigos a quienes fuera un absurdo y desvarío no dar crédito.

CAPITULO XIX

Del hábito y costumbres del pueblo cristiano Nada interesa a esta Ciudad el que cada uno siga y profese esta fe en cualquier otro traje o modo de vivir, como no sea contra los preceptos divinos, pues con esta misma fe se llega a conseguir la visión beatífica de Dios, y la posesión de la patria celestial, y así a los mismos filósofos, cuando se hacen cristianos, no los compele a que muden el hábito, uso y costumbre de sus alimentos que nada obstan a la religión, sino sus falsas opiniones.

Por eso la diferencia que trae Varrón en el vestir de los cínicos, si no cometen acción torpe o deshonesta, no cuida de ella. Pero en los tres géneros de vida: ocioso, activo y compuesto, de uno y otro, aunque se pueda en cada uno de ellos pasar la vida sin detrimento de la fe y llegar a conseguir los premios eternos, todavía importa averiguar qué es lo que profesa por amor de la verdad y qué es lo qué emplea en el oficio de la caridad. Porque ni debe estar uno de tal manera ocioso que en el mismo ocio no piense ni cuide del provecho de su prójimo, ni de tal conformidad activo, que no procure la contemplación de Dios. En el ocio no le debe entretener y deleitar la ociosidad, sin entender en nada, sino la inquisición, o el llegar a alcanzar la verdad, de forma que cada uno aproveche en ella, y que lo que hallare y alcanzare lo posea y goce y no lo envidie a otro. Y en la acción no se debe pretender y amar la honra de esta vida o el poder, porque todo es vanidad lo que hay debajo del sol, sino la misma obra que se hace por aquella honra o potencia, cuando se hace bien y útilmente; esto es: de manera que valga para aquella salud de los súbditos, que es según Dios, como ya lo declaramos arriba. Por eso cuando dice el Apóstol «que al que desea un obispado es buena obra la que desea», quiso declarar lo que es obispado que nota obra y trabajo, no honra y dignidad. Palabra griega que quiere decir que el que es superior de otros debe mirar por aquellos de quienes es superior y jefe; porque epi quiere decir sobre, y scopos, intención; luego Episcopein debe entenderse de modo que sepa que no es obispo el que gusta de ser superior y no gusta ser de aprovechar.

Así, pues, a ninguno prohiben que atienda al estudio de la verdad, el Cual pertenece al ocio loable y bueno; pero el lugar superior, sin el cual no se puede regir un pueblo, aunque se tenga y administre como es debido, no conviene codiciarle y pretenderle. Por lo cual el amor de la verdad busca al ocio santo y la necesidad de la caridad se encarga del negocio justo. Cuando no hay quien le imponga esta carga debe entretenerse en entender sobre la inquisición de la verdad, pero si se la imponen, se debe tomar por la necesidad de la caridad; pero ni aun de esta conformidad debe desamparar del todo el entretenimiento y gusto de la verdad, porque no se despoje de aquella suavidad y le oprima esta necesidad.

CAPITULO XX

Que los ciudadanos de la ciudad de los santos, en esta vida temporal, son bienaventurados en la esperanza Por lo cual, siendo el sumo bien de la Ciudad de Dios la paz eterna y perfecta, no por la qué los mortales pasan naciendo y muriendo, sino en la que perseveran inmortales, sin padecer adversidad, ¿quién negará o que aquella vida es felicísima o que, en su comparación, ésta que aquí se pasa, por más colmada que esté de los bienes del alma y del cuerpo y de las cosas exteriores, no la juzgue por más que miserable? Con todo, el que pasa ésta, de manera que la enderece al fin de la otra, el cual ama ardientemente, y fielmente espera, sin ningún absurdo se puede ahora llamar también bienaventurado; más por la esperanza de allá que por la posesión de acá. Pero esta posesión sin aquella esperanza es una falsa bienaventuranza y grande miseria, porque no usa de los verdaderos bienes del alma, puesto que no es verdadera sabiduría aquella con que en las cosas que discierne con prudencia y hace con valor, modera con templanza y distribuye con justicia, no endereza su intención a aquel fin, donde será Dios el todo en todas las cosas con eternidad cierta e infalible y perpetua.

CAPITULO XXI

Si conforme a las definiciones de Escipión, que trae Cicerón en su diálogo, hubo jamás república romana Ya es tiempo que lo más sucinta compendiosa y claramente que pudiéremos, se averigüe lo que prometí manifestar en el libro segundo de e obra, es a saber, que según las definiciones de que usa Escipión en los libros de la república de Cicerón, jamás hubo república romana. Porque brevemente define la república, diciendo que es cosa del pueblo, cuya definición si es verdadera, nunca hubo república romana, porque nunca hubo cosa pueblo, cual quiere que sea la definición de la república.

Pues definió pueblo diciendo que era una junta compuesta de muchos, unida con el consentimiento del derecho y la participación de la utilidad común. Y más adelante declara que significa lo que llama consentimiento del derecho; manifestando con esto que sin justicia no puede administrar ni gobernar rectamente la república. Luego donde no hubiere verdadera justicia tampoco podrá haber derecho porque lo que se hace según derecho se hace justamente; pero lo que se ha injustamente no puede hacerse con derecho. Porque no se deben llamar tener por derecho las leyes injustas los hombres, pues también ellos llaman derecho a lo que dimanó y se derivó de la fuente original de la justicia, confesando ser falso lo que suelen decir algunos erróneamente, que sólo es derecho o ley lo que es en favor y utilidad del que más puede. Por lo cual donde no hay verdadera justicia, no puede haber unión ni congregación hombres, unida con el consentimiento del derecho, y, por lo mismo, tampoco pueblo, conforme a la enunciada definición de Escipión o Cicerón.

Y si no puede haber pueblo, tampoco cosa de pueblo, sino de multitud, que no merece nombre de pueblo. Y, por consiguiente, si la república es cosa del pueblo, y no es pueblo el que está unido con el consentimiento del derecho y no hay derecho donde no hay justicia, si duda se colige que donde no hay justicia no hay república. Además, la justicia es una virtud queda a cada uno lo que es suyo. ¿Qué justicia, pues, será la del hombre que al mismo hombre le quita a Dios verdadero, y le sujeta a los impuros demonios? ¿Es esto acaso dar a cada uno lo que es suyo? ¿Por Ventura el que usurpa la heredad al que, la compró y la da al que ningún derecho tiene a ella, es injusto, y el que se la quita asimismo a Dios, que es su Señor y el que le crió, y sirve a los espíritus malignos, es justo? Disputan ciertamente con grande vehemencia y vigor en los mismos libros de república contra la justicia, y en favor de ella. Y como se defiende al principio la injusticia contra la justicia, diciendo que la república no se podía conservar ni acrecentar sino por la injusticia, por ser cosa injusta que los hombres sirviesen a hombres que los dominasen; de cuya injusticia necesita usar la ciudad dominadora, cuya república es grande para imperar y mandar en las provincias; respondióse en defensa de la justicia que esto es justo, porque a semejantes hombres les es útil la servidumbre, establecida en utilidad suya cuando se practica bien, esto es, cuando a los perversos se les quita la licencia de hacer mal, viviendo mejor sujetos que libres.

Y para confirmar esta razón traen un famoso ejemplo, como tomado de la naturaleza, y dicen así: ¿Por qué Dios manda al hombre, el alma al cuerpo, la razón al apetito y a las demás partes viciosas del alma? Sin duda, con este ejemplo consta que importa a algunos y es útil la servidumbre, y que el servir a Dios lo es a todos. El alma que sirve a Dios muy

bien manda al cuerpo, y en la misma alma la razón, que se sujeta a Dios, su Señor, muy bien manda al apetito y a los demás vicios. Por lo cual, siempre que el hombre no sirve a Dios, ¿qué hay en él de justicia? Pues no sirviendo a Dios de ningún modo puede el alma justamente mandar al cuerpo, o la razón humana a los demás vicios, y si en este hombre no hay justicia, sin duda que tampoco la podrá haber en la congregación que consta de tales hombres. Luego no hay aquí aquella conformidad o consejo del derecho que hace pueblo a la muchedumbre, lo cual se dice ser la república.

Y de la utilidad con cuyo lazo también une Escipión a los hombres en esta definición para formar el pueblo, ¿qué diré? Pues si bien, lo consideramos, no es utilidad la de los que viven impíamente, como viven todos los que no sirven a Dios y sirven a los demonios, los cuales son tanto más perversos cuanto más deseosos se muestran, siendo espíritus inmundísimos, de que les ofrezcan sacrificios como a dioses. Así pues, lo que dijimos de la conformidad y consentimiento del derecho, pienso que basta para que se eche de ver por esta definición que no es pueblo que merezca llamarse república aquel donde no haya justicia. Si nos respondieren que los romanos en su república no sirvieron a espíritus inmundos, sino a dioses buenos y sanos, ¿acaso será necesario repetir tantas veces una cosa que está ya dicha con bastante claridad, y aun más de la necesaria? Porque, ¿quién hay que haya llegado hasta aquí por el orden de los libros anteriores de esta obra, que pueda todavía dudar de que los romanos sirvieron a los demonios impuros, sino el que fuere, o demasiadamente necio, o descaradamente porfiado? Mas por no decir quiénes sean éstos, que ellos honraban y veneraban con sus sacrificios baste que la ley del verdadero Dios nos dice: «Que al que ofreciese sacrificios a los dioses, y no solamente a Dios, le quitarán la vida. » Así que, ni a los dioses buenos ni malos quiso que sacrificasen el que mandó esto con tanto rigor y bajo una pena tan acerba.

CAPITULO XXII

Si es el verdadero Dios aquel a quien sirven los cristianos, a quien sólo se debe sacrificar Pero podrían responder, ¿quién es este Dios, o con qué testimonios se prueba ser digno de que le debieran obedecer los romanos, no adorando ni ofreciendo sacrificios a otro alguno de los dioses, a excepción de este nuestro Dios y Señor? Grande ceguedad es preguntar todavía quién es este Dios. Este es el Dios que dijo a Abraham: «En tu descendencia serán benditas todas las gentes.» Lo cual, quieran o no quieran, advierten que puntualmente se cumple en Cristo que, según la carne, nació, de aquel linaje, los mismos enemigos que han quedado de este santo nombre.

Este es el Dios cuyo divino espíritu habló por aquellos, cuyas profecías cumplidas en la Iglesia, esparcida por todo el orbe, he referido en los libros pasados Este es el Dios de quien Varrón, uno de los más doctos entre los romanos, sostiene que es Júpiter, aunque sin saber lo que dice. Lo cual me pareció bien referir, porque Varrón, tan sabio, no pudo imaginar que no existiese este Dios, ni tampoco que era cosa vil, pues creyó que era aquel a quien él tenía por el Sumo Dios. Finalmente, éste es el Dios a quien Porfirio, uno de los más eruditos e instruidos entre los filósofos, aunque enemigo pertinacísimo de los cristianos, por confesión aun de los mismos oráculos de aquellos que él cree que son dioses, confiesa que es grande Dios.

CAPITULO XXIII

Las respuestas. que refiere Porfirio dieron de Cristo los oráculos de los dioses Porque en los libros que llama teologías filosóficas, en los cuales examina y refiere las divinas respuestas en las materias tocantes a la filosofía (y empleo sus mismas palabras traducidas del griego al latín), dice que, pregun- tándole uno de qué dios se valdría para poder desviar a su mujer de la religión de los cristianos, respondió Apolo con unos versos que comprenden estas palabras, como si fueran de Apolo: «Antes podrás escribir en el agua o aventando las ligeras plumas, como una ave, volar por el aire, que separes de su propósito a tu impía mujer, una vez que se ha profanado.

Déjala, como apetece, perseverar en sus vanos engaños, y celebre con inútiles lamentaciones a su Dios muerto, a quien la sentencia de jueces rectos y celosos de la justicia quitó la vida a los golpes del hierro con una muerte, entre las públicas, la más afrentosa.» Después, a consecuencia de estos versos de Apolo, que sin guardar el metro se han traducido, añade él: «En esto sin duda declaró la irremediable sentencia de los cristianos, al decir que los judíos conocen más a Dios qué ellos.» Ved aquí cómo, rebajando a Cristo, antepuso los judíos a los cristianos, confesando que los judíos conocen a Dios. Porque así explicó los versos de Apolo, dónde dice que fue muerto Cristo por jueces rectos y celosos de la justicia, como si, juzgando los judíos rectamente, le hubieran condenado con justo motivo. Sea lo que fuere de este oráculo falso, lo que el mentiroso sacerdote de Apolo dice de Cristo, y lo que Porfirio creyó, o quizá lo que este mismo fingió haber dicho el sacerdote, tal vez haber pensado en ello, ya remos cuán constante es este filósofo en lo que dice, o cómo hace que concuerden entre sí los oráculos. En efecto; dice aquí que los judíos como gente que conoce a Dios, juzgaron rectamente de Cristo, sentenciándole a la muerte más afrentosa. Luego debiera mirar lo que el Dios de los judíos, a quien honra con su testimonio, dice: «Que al que sacrificare a los dioses, y no solamente a Dios, le quite la vida. » Pero vengamos ya a la explanación de asuntos más claros, y veamos cuán grande y poderoso confiesa ser el Dios de los judíos.

Preguntado Apolo cuál era mejor, el Verbo o la ley, respondió, dice, en verso, lo que sigue: Y después pone los versos de Apolo, entre los cuales se contienen éstos, por tomar sólo de ellos lo suficiente. «Pero, Dios, nos dice, es rey engendrador, rey, ante todas las cosas, de quien tiemblan el cielo, la tierra y el mar y tienen temor los abismos de los infiernos, y los mismos dioses, cuya ley es el Padre a quien adoran y reverencian los santísimos hebreos.» Por este oráculo de su dios Apolo, dijo Porfirio que era tan grande el Dios de los hebreos, que temblaban de él los mismos dioses. Habiendo, pues, dicho este Dios que incurría en pena de muerte el que sacrificase a los dioses, me admiro cómo el mismo Porfirio, ofreciendo sacrificios a los dioses, no temió su última ruina.

Dice también este filósofo algunos elogios de Cristo como olvidado aquella ignominia, de que poco antes tratamos, o como si soñaran sus dioses cuando decían mal de Cristo, y al despertar conocieran que era bueno y con razón le alabaran. En efecto: como fuera cosa admirable, «parecerá, dice, a algunos cosa extraña e increíble que voy a decir: que los dioses declararon a Cristo por Santísimo y que se hizo inmortal, y hacen mención de él

llenándole de alabanzas. Pero de los cristianos dicen que son profanos, que están envueltos e implicados en errores, y publican de ellos otras muchas blasfemias semejantes a éstas.» Después pone oráculos de los dioses, que abominan y blasfeman de los cristianos, y añade: «Pero de Cristo, a los que preguntaban si era Dios, respondió Hécate: Ya sabes la serie y proceso del alma inmortal después que ha dejado el cuerpo, y cómo la que se apartó de la sabiduría siempre andaba errando. Aquella alma es de un varón excelentísimo en santidad; a ella adoran y respetan los que andan lejos de la verdad.» Después de las palabras de este oráculo, pone las suyas, y dice: «Así, pues, le llamó varón santísimo, y que su alma, como la de los santos, después de muerto, fue a gozar de la inmortalidad, y que a ésta adoran los cristianos que andan errados.» Y preguntando, dice: «¿Por qué motivo fue, pues, condenado? Respondió la diosa con oráculo: Aunque el cuerpo está siempre sujeto a los tormentos que le combaten, sin embargo, el alma está en la morada celestial de los santos.

Pero aquella alma dio ocasión fatalmente a las otras almas (a quienes los hados no concedieron que alcanzasen los dones de los dioses, ni tuvieron noticia del inmortal Júpiter) que se implicasen en error. Así que son los cristianos aborrecidos de los dioses, porque a los que el hado no permitió conocer a Dios, ni recibió los dones de los dioses, fatalmente les dio Cristo causa para que se enredasen con errores. Pero él fue piadoso, y como los piadosos fue al cielo, por lo que no blasfemarás de éste, antes bien te compadecerás de la demencia de los hombres y del peligro de que aquí nace para ellos tan fácil y tan próximo a precipitarlos en el abismo.» ¿Quién hay tan ignorante que no advierta que estos, oráculos, o los fingió algún hombre astuto, acérrimo antagonista de los cristianos, o por algún otro motivo semejante respondieron así los impuros demonios, para que alabando primero a Cristo, persuadan que con verdad vituperan a los cristianos, y de esta manera, si pudieran, atajen y cierren el camino de la salud eterna, que es en el que se hace cada uno cristiano? Porque les parece que no contradice a la astucia que usan de mil maneras de engañar, que les crean cuando alaban a Cristo, con tal que les crean también cuando vituperan a los cristianos; á fin de que al que creyere lo uno y lo otro, le haga alabar a Cristo, sin que quiera ser cristiano.

De esta manera, aunque alabe el nombre de Cristo, no le libra Cristo del dominio de los demonios; porque alaban a Cristo de forma qué quien creyere que es como ellos nos le predican, no será verdadero cristiano, sino hereje fotiniano, que conoce a Cristo sólo como hombre y no como Dios, y por eso no puede ser salvado por él ni salir de los lazos de estos demonios, que no sabe decir verdad. Pero nosotros, ni podemos aprobar a Apolo cuando vitupera a Cristo, ni a Hecate cuando le alaba, pues el uno quiere que tengamos a Cristo por inicuo y pecador, pues que dice que le condenaron a muerte jueces rectos; y la otra, que le tengamos por hombre piadosísimo, pero por hombre solamente. Igual es la intención de los dos para que no quieran hacerse los hombres cristianos; porque, no siendo cristianos no se podrán librar de su poder. Pero este filósofo, o, por mejor decir, los que dan crédito a semejantes oráculos contra los cristianos, hagan primero, si pueden, que concuerden entre sí Hécate y Apolo sobre Cristo; que, o le condenen los dos, o le alaben también ambos.

Y aunque lo hicieran, abominaremos de los engañosos demonios, así cuando elogian como cuando baldonan a Cristo. Pero como su dios y su diosa discordan entre si sobre Cristo, el uno vituperándole y la otra ensalzándole, cuando blasfeman de los cristianos no les deben creer los hombres si los hombres sienten rectamente. Cuando Porfirio o Hécate, alabando a

Cristo, dicen que Él mismo dio fatalmente a los cristianos motivo para que se implicasen en error, descubre y manifiesta las causas, según él imagina, del mismo error, los cuales, antes que las declare según sus palabras, pregunto si dio Cristo fatal mente a los cristianos causa para enredarse e implicarse en error o si lo dio con su voluntad. En este caso cómo es justo? Y en aquél, ¿cómo es bienaventurado? Pero veamos ya las causas que del error. «Hay -dice- unos espíritus terrenos, mínimos en la tierra sujetos a la potestad de malos demonios.

A estos tales, los sabios de los hebreos (entre los cuales fue uno es Jesús, como lo has oído de boca del oráculo divino de Apolo, que referí arriba), a estos demonios pésimos y espíritus menores prohibían los sabios los hebreos que acudiesen los hombres temerosos de Dios y les vedaban ocuparse en su servicio, prefiriendo que venerasen a los dioses celestiales y mucho más a Dios Padre. Y esto mismo -dice- lo ordenan los dioses, y arriba lo manifestamos, como cuando nos advierten que tengamos cuenta con Dios, y mandan que siempre le reverenciemos. Pero los ignorantes e impíos, a quienes verdaderamente no concedió el hado que alcanzasen de los dioses sus dones ni que tuviesen noticia del inmortal Júpiter, sin querer atender ni a los dioses ni a los hombres divinos, dieron de mano a todos los dioses, y a los demonios prohibidos, no sólo no los quisieron aborrecer, sino que los veneraron y adoraron. Fingiendo que adoran a Dios, dejan de hacer precisamente las acciones por las cuales se adora a Dios. Porque Dios, como autor y padre de todos, de ninguno tiene necesidad; pero es bien para nosotros que le honremos con la justicia y castidad y con las demás virtudes, haciendo que nuestra vida sea una oración que le esté pidiendo continuamente la imitación de sus perfecciones e inquisición de la verdad. Porque la inquisición -dice- puri- fica y la imitación deifica el afecto, ensalzando las obras de Dios.»

Muy bien habla de Dios Padre, y nos dice las costumbres y ritos con que debemos reverenciar, y de estos preceptos están llenos los libros proféticos de los hebreos cuando mandan o elogian la vida de los santos. Pero en lo tocante a los cristianos, tanto yerra o tanto calumnia, cuanto quieren los demonios que él tiene por dioses, como si fuera dificultoso traer a la memoria las torpezas y disoluciones que se hacían en el culto y reverencia de los dioses en los teatros y templos, y ver lo que se lee, dice y oye en las iglesias, o lo que en ellas se ofrece a Dios verdadero, y deducir de eso dónde está la edificación y dónde la destrucción de las costumbres. ¿Quién le dijo o le pudo inspirar, sino el espíritu diabólico, tan vana y manifiesta mentira como la de que a los demonios, que prohiben adorar los Hebreos, los cristianos antes lo reverencian que aborrecen? Al contrario, el Sumo Dios, a quien adoraron los sabios de los hebreos, aun a los ángeles del cielo y virtudes de Dios (a quienes como ciudadanos, en esta nuestra peregrinación mortal, respetamos y amamos), nos veda que les sacrifiquemos, notificándolo rigurosamente en la ley que dio a su pueblo hebreo, e intimándonos con terribles amenazas «que el que sacrificare a los dioses perderá la vida». Y para que ninguno entendiese que la ley mandaba que no sacrificasen a los demonios pésimos y espíritus terrenos, a quien éste llama mínimos o menores (porque también a éstos en las Escrituras Santas los llaman dioses, no de los hebreos, sino de los gentiles, lo cual con toda claridad lo pusieron los setenta intérpretes en el Salmo, diciendo «que todos los dioses de los gentiles son demonios»), pata que ninguno, repetimos, pensase que la ley prohibía sacrificar a estos demonios terrenos, pero que lo permitía a los celestiales, a todos, o a algunos, seguidamente añadió «sino a Dios solo»; esto es: sino solamente a Dios; porque no piense acaso alguno que la frase a Dios sólo s

entiende el Dios Sol a quien se debe sacrificar, y que no deba entenderse así se ve bien claro en el texto griego.

El Dios de los hebreos, a quien honra con relevante testimonio este ilustre filósofo, dio ley a su pueblo hebreo escrita en idioma hebreo, cuya ley no es oscura ni desconocida, sino que está esparcida ya y divulgada por todas las naciones, y en ella esta escrito: «Que el que sacrificare a los dioses y no sólo a Dios, morirá indispensablemente.» ¿Qué necesidad hay de qué en esta ley y en sus profetas andemos a caza de muchas particularidades que se leen a este propósito, pero que digo yo andar a caza, pues que no son dificultosas ni raras, sino que andemos recogiendo las fáciles, y que se ofrecen a cada paso, y las pongamos en este discurso, para los que ven más clara que la luz que el sumo y verdadero Dios quiso que á ninguno otro se ofreciesen sacrificios que al mismo Dios y Señor? Ved, pues, a lo menos esto, que brevemente, o por mejor decir, grandiosamente con amenaza, pero con verdad, dijo aquel Dios, a quien los más doctos que se conocen entre ellos celebran con tanta excelencia; óiganlo, témanlo, obedézcanlo, porque los desobedientes no les comprenda la pena y amenaza de muerte: «El que sacrificare -dice- a los dioses y no solamente a Dios, morirá.»

No porque el Señor necesite de nadie, sino porque nos interesa el ser cosa suya. Así se canta en la Sagrada Escritura de los hebreos: «Dije al Señor: tú eres mi Dios, porqué no tienes necesidad de mis bienes.» Y el sacrificio más insigne y mejor que tiene este Señor somos nosotros mismos. Esto mismo es su ciudad, y el misterio de este grande asunto celebramos con nuestras oblaciones, como lo saben los fieles, así como lo hemos ya visto en los libros anteriores. Los oráculos del cielo declararon a voces por boca de los profetas hebreos que cesarían las víctimas ofrecidas por los judíos. en sombra de lo futuro, y las naciones, desde donde nace hasta donde se pone el sol, ofrecerían un solo sacrificio, como observamos ya que lo practican. De estos oráculos hemos citado algunos, cuantos parecieron bastantes, y los hemos ya insertado en esta obra. Por tanto, donde no hubiere la justicia, de que según su gracia, un solo y sumo Dios mande a la ciudad que le esté obediente, no sacrificando a otro que al mismo Dios, y con esto en todos los hombres de esta misma ciudad, obedientes a Dios, con orden legitimo, el alma mande al cuerpo y la razón a los vicios, para que todo el pueblo viva, se sustente y posea la fe como vive y la posee un justo que obra y se mueve con el amor y caridad con que el hombre ama a Dios como se debe y a su prójimo como a sí mismo; donde no hay esta justicia, repito, sin duda que no hay congregación de hombres, unida por la conformidad en las leyes y derecho, y con la comunión, de la utilidad y bien común, y no habiéndola no hay pueblo; y si es verdaderamente ésta la definición del pueblo, tampoco habrá república, porque no hay cosa del pueblo donde no hay pueblo.

CAPITULO XXIV

Con qué definición se pueden llamar legítimamente, no sólo los romanos, sino también los otros reinos, pueblo y república Si definiésemos al pueblo; no de ésta, sino de otra manera, como si dijésemos: el pueblo es una congregación de muchas personas, unidas entre sí con la comunión y conformidad de los objetos que ama, sin duda para averiguar que hay un pueble será menester considerar las cosas que urna y necesita. Pero sea lo que fuere, lo que

ama, si es congregación compuesta de muchos, no bestias, sino criaturas racionales, y unidas entre sí con la comunión y concordia de las cosas que ama, sin inconveniente alguno se llamará pueblo, y tanto mejor cuanto la concordia fuese en cosas mejores, y tanto peor cuanto en Peores.

Conforme a ésta nuestra definición, el pueblo romano es pueblo, y su asunto principal sin duda alguna es la república. Pero qué sea lo que aquel pueblo haya amado en sus primeros tiempos, y qué en los que fueron sucediendo y cuál su vida y costumbres, con las que llegando a las sangrientas sediciones, y de allí a las guerras sociales y civiles, rompió y trastornó la misma concordia, que es en cierto modo la vida y salud del pueblo, nos lo dice la historia, de la cual extractamos muchas particularidades en los libros precedentes. Pero no por eso diré que no es pueblo, ni que su asunto primario no es la república, entre tanto que se conservare cualquiera congregación organizada y compuesta de muchas personas, unida entre sí con la comunión y concordia de las cosas que ama. Lo que he dicho de este pueblo y de esta república, entiéndase dicho de la de los atenienses, o de otra cualquiera de los griegos, y lo mismo de la de los egipcios, y de aquella primera Babilonia de los asirios, cuando en sus repúblicas estuvieron sus imperios grandes o pequeños, y eso mismo de otra cualquiera de las demás naciones. Porque generalmente la ciudad de los impíos, donde no manda Dios y ella le obedece, de manera que no ofrezca sacrificio a otros dioses sino a él solo, y por esto el ánimo mande con rectitud y fidelidad al cuerpo, y la razón a los vicios carece de verdadera justicia.

CAPITULO XXV

Que no puede haber, verdadera virtud donde no hay verdadera religión Por más loablemente que parezca que manda el alma al cuerpo, y la razón a los vicios, si el alma y la misma razón no sirven a Dios, así como lo ordenó el Señor que debían servirle, de ningún modo manda ni dirige bien al cuerpo y a los vicios. ¿De qué cuerpo y de qué vicios puede ser señora el alma que no conoce al verdadero Dios, ni está sujeta a sus altas disposiciones, sino rendida, para ser corrompida y profanada por los viciosísimos demonios? Por lo cual las virtudes que le parece tener, por las cuales manda al cuerpo y a los vicios, para alcanzar alguna cosa, si no las refiere a Dios, más son vicios que virtudes. Porque aunque algunos opinan que las virtudes son verdaderas y honestas cuando se refieren a sí mismas, y no se desean por otro fin, con todo también en tal caso tienen su hinchazón y soberbia, y, por tanto, no se deben estimar por virtudes, sino por vicios. Porque así como no procede de la carne, sino que es superior a la carne, lo que hace vivir a la carne; así no viene del hombre, sino que es superior al hombre, lo que hace vivir bienaventuradamente al hombre, y no sólo al hombre, sino también a cualquiera potestad y virtud celestial.

CAPITULO XXVI

De la paz que tiene el pueblo que no conoce a Dios de la cual se sirve el pueblo de Dios, mientras peregrina en este mundo Así como la vida de la carne es el alma, así la vida bienaventurada del hombre es Dios, de quien dicen los sagrados libros de los hebreos:

«Bienaventurado es el pueblo cuyo Señor es su Dios.» Luego miserable e infeliz será el pueblo que no conoce a este Dios. Sin embargo, este pueblo ama también cierta paz que no se debe desechar, la cual no la tendrá al fin, por- que no usa y se sirve de ella bien antes del fin. Pero goza de ella en esta vida, y también nos interesa a nosotros, porque entre tanto que ambas ciudades andan juntas y mezcladas, usamos también nosotros y nos servimos de la paz de Babilonia, de la cual se libra el pueblo de Dios por la fe, de forma que entre tanto anda peregrinando en ella.

Por eso advirtió el Apóstol a la Iglesia que hiciese oración a Dios por sus reyes y por los que están constituidos en algún cargo o dignidad pública, añadiendo: «Para que pasemos la vida quieta y tranquila, con toda piedad y pureza.» Y el profeta Jeremías, anunciando al antiguo pueblo de Dios cómo habla de verse en cautiverio, mandándoles de parte de Dios que fuesen de buena gana y obedientes a Babilonia, sirviendo también a Dios con esta conformidad y resignación, igualmente les advirtió y exhortó, a que orasen por ella, dando inmediatamente la razón, «porque en la paz de esta ciudad, dice, gozaréis vosotros de la vuestra»; es á saber, de la paz temporal y común a los buenos y a los malos.

CAPITULO XXVII

De la paz que tienen los que sirven a Dios, cuya perfecta tranquilidad se puede con, seguir en esta vida temporal La paz, que es la propia de nosotros, no sólo la disfrutamos en esta vida con Dios por la fe, sino que eternamente la tendremos con él, y la gozaremos, no ya por la fe, ni por visión sino claramente. Pero en la tierra paz, así la común como la nuestra propia, es paz; de manera que es más consuelo de la nuestra miseria que gozo de la bienaventuranza. Y la misma justicia nuestra, aunque es verdadera, por el fin del verdadero bien a quien refiere, con todo en esta vida es de tal conformidad, que más consta de la remisión de los pecados que de la perfección de las virtudes. Testigo es de esta verdad la oración que hace toda la Ciudad de Dios que es peregrina en la tierra, pues por todos sus miembros dama a Dios: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Oración que tampoco es eficaz para aquellos cuya fe sin obras muerta, sino para aquellos cuya fe obra y se mueve por caridad. Pues aunque la razón esté sujeta a Dios, con todo en esta condición mortal y cuerpo corruptible que agrava y oprime el alma, no es ella perfectamente señora de los vicios, y por eso tiene necesidad los justos de hacer semejante oración. Porque, en efecto, aunque parezca que manda, de ningún modo, manda, es señora de los vicios sin contraste repugnancia.

Sin duda aparece en es cierta flaqueza, aun al que es valeroso y pelea bien, y aun al que es señor de tales enemigos vencidos ya y rendidos; de donde viene a pecar, si no tan fácilmente por obra, a lo menos por palabra, que ligeramente resbala, o con el pensamiento, que sin repararlo, vuela. Por lo cual, mientras hay necesidad de mandar y moderar a los vicios, a puede haber paz íntegra ni plena, pues los vicios que repugnan no se vence sin peligrosa batalla; y de los vencidos no triunfamos con paz segura, sino que todavía es indispensable reprimirlos con solícito y cuidadoso imperio. En estas tentaciones, pues (de todas las cuales brevemente dice la Sagrada Escritura «que la vida del hombre está llena de peligros y tentaciones sobre la tierra»), ¿quién habrá que presuma que vive de manera que no tenga necesidad de decir a Dios perdónanos nuestras deudas, sino algún hombre

soberbio? No un hombre grande, sino algún espíritu altivo, hinchado y presumido, a quien justamente se opone y resiste el que concede su divina gracia a los humildes.

Por lo mismo dice la Escritura: «Que Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia.» Así que en esta vida, la justicia que puede tener a cada uno es que Dios mande al hombre que le es obediente, el alma al cuerpo y la razón a los vicios, aunque repugnen, o sujetándolos, o resistiéndolos; y que así le pidamos al mismo Dios gracia meritoria y perdón de las culpas, dándole acción de gracias por los bienes recibidos. Pero en aquella paz final, a la que debe referirse, y por la que se debe tener esta justicia, estando sana y curada con la inmortalidad e incorruptibilidad, y libre ya de vicios la naturaleza, ni habrá objeto que a ninguno de nosotros nos repugne y contradiga, así de parte de otro como de sí mismo; ni habrá necesidad de que mande y rija la razón a los vicios, porque no los, habrá, sino que mandará Dios al hombre, y el alma al cuerpo, y habrá allí tanta suavidad y facilidad en obedecer cuanta felicidad en el vivir y reinar. Esto allí en todos, y en cada uno será eterno, y de que es eterno estará cierto; por eso la paz de esta bienaventuranza, o la bienaventuranza de esta paz, será el mismo Sumo Bien.

CAPITULO XXVIII

Qué fin han de tener los impíos Pero, al contrario, la miseria de los que no pertenecen a esta ciudad será eterna, a la cual llaman también segunda muerte. Porque ni el alma podrá decirse que vive allí, pues estará privada de la vida de Dios, ni tampoco el cuerpo, puesto que estará sujeto a los dolores y tormentos eternos. Y será más dura e intolerable esta segunda muerte, porque no se podrá acabar la infelicidad de este estado con la misma muerte. Mas, porque así como la mi seria es contraria a la bienaventuranza y la muerte a la vida, así también parece que la guerra es contraria a la paz. Con razón puede preguntarse que, pues hemos celebrado la paz que ha de haber en los fines de los bienes, ¿qué guerra y de qué calidad será, por el contrario, la que ha de haber en los fines de los males? El que hace est pregunta advierta y considere qué es lo que hay dañoso en la guerra, y ver que no es otra cosa que la adversidad y conflicto que tienen las cosas entre sí. ¿Qué guerra puede imaginarse más grave y más penosa que aquella e que la voluntad es tan adversa en la pasión, y la pasión tan opuesta a la voluntad, que con la victoria de ningún de ellas pueden fenecer semejantes enemistades, y donde de tal manera combate con la naturaleza del cuerpo la violencia del dolor que jamás el uno cede y se rinde al otro? Porque aquí, cuando acontece esta lucha, o vence el dolor, y la muerte nos priva del sentido, o perseverando la naturaleza, vence, y la salud nos quita el dolor. Pero en la vida futura el dolor permanece para afligir y la naturaleza persevera para sentir, porque lo uno ni lo otro falta ni se acaba, para que no acabe la pena. Como a estos fines de los bienes y de los males, los unos que deben desearse, y los otros huirse mediante el juicio final, han de pasar a los unos los buenos y a los otros los malos, trataré de dicho juicio final, con el favor de Dios, en el libro siguiente.

EL JUICIO FINAL

CAPITULO PRIMERO

Que aunque Dios en todos tiempos juzga, en este libro señaladamente se trata de su último juicio Habiendo de tratar del último día del juicio de Dios, con los eficaces auxilios del Señor, y de confirmarlo y defenderlo contra los impíos e incrédulos, debemos primeramente sentar, como fundamento sólido de tan elevado edificio, los testimonio divinos. Los que no quieren prestarles su asenso procuran impugnarlos con razones fútiles, humanas, falsas y seductoras, a fin de probar, que significan otra cosa las autoridades que Citamos de la Sagrada Escritura, o negar del todo que nos lo dijo y anunció Dios. Porque, en mi concepto, no hay hombre mortal que los examine, según se hallan declarados, y creyere que los profirió el sumo y verdadero Dios por, medio de sus siervos, que no les reconozca autenticidad y veracidad, ya los confiese con la boca, ya por algún vicio propio, se ruborice o tema confesarlo; ya pretenda defender obstinadamente con una pertinacia rayana en demencia lo que cree ser cierto. Lo que confiesa y aprueba toda la Iglesia del verdadero Dios: qué Cristo ha de descender de los cielos a juzgar a los vivos y a los muertos, éste decimos será el último día del divino juicio, es decir, el último tiempo.

Porque aunque no es cierto cuántos días durará éste juicio, ninguno ignora por más ligeramente que haya leído la Sagrada Escritura, que en ella se suele poner el día por el tiempo. Cuando decimos el día del juicio de Dios, añadimos el último o el postrero, porque también al presente juzga, y desde el principio de la creación del hombre juzgó, desterrando del Paraíso y privando del sazonado fruto que producía el árbol de la vida a los primeros hombres, por la enorme culpa que cometieron; y también juzgó: «Cuando no perdonó á los ángeles transgresores de sus divinas leyes», cuyo príncipe, pervertido por sí mismo, con singular envidia pervierte a los hombres; ni sin profundo, impenetrable y justo juicio de Dios, lo mismo en el cielo aéreo, que en la tierra la miserable vida, así de los demonios como de los hombres, está tan colmada de errores y calamidades.

Pero aun cuando ninguno pecara, no sin recto y justo juicio conservara Dios en la eterna bienaventuranza todas las criaturas racionales que con perseverancia se hubieran unido con su Señor. Juzga también, no sólo al linaje de los demonios y de los hombres, condenándolos a que sean infelices, por el mérito de los primeros pecadores, si no las obras propias que cada uno hace mediante el libre albedrío de su voluntad. Porque, también los demonios ruegan en el infierno que no los atormenten; y, ciertamente, que no sin justo motivo, no se les perdona, mas, según su maldad, se da a cada uno su respectivo tormento y pena. Y los hombres, casi siempre clara y a veces ocultamente, pagan siempre por juicio de Dios las penas merecidas por sus culpas, ya sea en esta vida, ya después de la muerte, aunque no hay hombre que proceda bien y con rectitud sin auxilios y favor divino, ni hay demonio ni hombre que haga mal sin el permiso del divino y justo juicio de Dios, pues, como dice el Apóstol: «»No hay injusticia en Dios», y como añade en otro lugar: «Incomprensibles son los juicios de Dios e investigables sus altas disposiciones.» No trataremos, pues, en este libro de aquellos primeros juicios de Dios ni de estos medios, sino que, con el favor e ilustración del Espíritu Santo, hablaremos del último juicio, cuando Cristo ha de venir del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos.

Este día propiamente se llama del juicio, porque no habrá lugar en él para la queja o querella de los ignorantes de que por qué el malo es feliz y el bueno infeliz. Entonces solamente la de los buenos será tenida por verdadera y cumplida felicidad y la de los malos por digna y suma infelicidad.

CAPITULO II

De la variedad de las cosas humanas, en las cuales no podemos decir que falta el juicio de Dios, aunque no lo alcance nuestro discurso. Pero ahora no sólo aprendernos a llevar con paciencia los males, que padecen y sufren también los buenos, sino a estimar en mucho los bienes, lo que consiguen igualmente los malos, y así, aun en las cosas donde no advertimos la justicia divina, se hallan documentos divinos para nuestra salud.

Porque ignoramos por qué juicio de Dios el que es bueno es pobre, y el que es malo es rico; que éste viva alegre, de quien pensarnos que por su mala vida debiera estar consumido de tristeza, y que ande melancólico el otro, cuya loable vida nos persuade que debiera vivir alegre; que el inocente salga de los tribunales, no sólo sin que se le dé la justicia que merece su causa, sino condenado, ya sea oprimido por la iniquidad del juez, ya convencido con testigos falsos, y que, por el contrario, su rival, perverso en realidad, salga, no sólo sin castigo, sino que, libre y triunfando, se burle y mofe de él; que el malo disfrute de una salud robusta y al bueno le consuman los achaques y dolencias; que los jóvenes bandidos que roban y saltean anden muy sanos y que los que a ninguno supieron ofender, ni aun de palabra, los veamos afligidos con varias molestias y horribles enfermedades; que a los niños que fueran útiles en el mundo no los permita la muerte lograr la vida y que los que parece que no debieran ni nacer gocen y vivan dilatados años; que al que está cargado de culpas y excesos le eleven a honras y dignidades. Y que el que es irreprensible en su conducta esté oscurecido en lastinieblas del deshonor, y todo lo demás que se experimenta semejante a estas desigualdades, que sería imposible resumir y relatar aquí.

Si esto tuviera en su sinrazón constancia, de forma que en esta vida (en la cual el hombre, como dice el real Profeta, «se ha hecho un retrato de la vanidad y sus días Se pasan como sombra») no gozasen de estos bienes transitorios y terrenos sino los malos, ni tampoco padeciesen semejantes males sino los buenos, pudiérase referir esto al justo o al benigno juicio de Dios, a fin de que los que no habían de que los que no habían de gozar de los bienes eternos, considerándose bienaventurados con los temporales, o quedasen burlados o engañados por su culpa y malicia, o por la misericordia de Dios les sirviesen de algún consuelo; y los que no habían de sufrir los tormentos eternos fuesen en la tierra afligidos por sus pecados, cualesquiera que fuesen, o por pequeños que fuesen o fueran ejercitados con los males, para la perfección de las virtudes. Pero como ahora no sólo a los buenos les sucede mal y a los males bien, lo cual nos parece injusto, sino que también a los malos muchas veces les sucede mal y a los buenos bien, vienen a ser más incomprensibles los juicios de Dios y sus altas disposiciones más difíciles de penetrar.

Por eso, aunque no sepamos la razón por qué Dios hace semejantes cosas, o por qué permite que se hagan, habiendo en él suma potencia, suma sabiduría y suma justicia, y no habiendo ninguna flaqueza, ninguna temeridad y ninguna injusticia, sin embargo, con esto

nos da saludables documentos para que no estimemos en mucho los bienes o los males que vemos son co- munes a los buenos y a los malos, y para que busquemos los bienes que son propios de los buenos y huyamos particularmente aquellos males que son propios de los malos. Pero cuando estuviéremos en aquel juicio de Dios, cuyo tiempo unas veces se llama con grande propiedad el día del juicio y otras el día del Señor, echaremos de ver que no sólo lo que entonces se juzgare, sino también todo lo que hubiere juzgado desde el principio del mundo, y lo que todavía se hubiere de juzgar hasta aquel día, ha sido con equidad y justicia. Donde asimismo advertiremos con cuán justo juicio de Dios sucede que se le escondan ahora y pasen por alto al sentido y juicio humano tantos, y casi todos los juicios de Dios, aunque en este particular no se los esconda a los fieles, que es justo lo que se les oculta y no pueden penetrar.

CAPITULO III

Qué es lo que dijo Salomón en el libro del «Eclesiastés» de las cosas que son comunes en esta vida a los buenos y los malos En efecto; Salomón, aquel sapientísimo rey de Israel, que reinó en Jerusalén, así comenzó el libro que se intitula el Eclesiastés, y es uno de los que tienen los judíos comprendidos en el Canon de los libros sagrados: «Vanidad de vanidades, y todo vanidad ¿Qué cosa importante saca el hombre de todo el trabajo que emplea debajo del sol?» Y enlazando con esta sentencia todo lo demás que allí dice refiriendo las penalidades y errores de esta vida, y cómo corre y pasa en el ínterin el tiempo, en el que no se posee cosa que sea sólida ni estable; entre aquella vanidad de las cosas criadas debajo del sol, se queja también, ea cierto modo, de que «haciendo tanta ventaja la sabiduría a la ignorancia cuanta la hace la luz a las tinieblas y siendo el sabio perspicaz y prudente y el necio e ignorante ande a oscuras a ciegas con todo, todos corran una misma fortuna en esta vida que se pasa debajo del sol»; significándonos, en efecto, que los males que vemos son comunes a los buenos y a los malos.

Dice también de los buenos que padecen calamidades como si fueran malos, y que éstos, como si fueran buenos, gozan de los bienes, con estas palabras: «Hay otra vanidad, dice, de ordinario en la tierra: que hay algunos justos a quienes sucede como si hubieran vivido como impíos, y hay algunos impíos a quienes sucede como si hubieran vivido como justos, lo que lo tuve asimismo por vanidad.» Y para intimarnos y notificarnos esta vanidad en cuánto le pareció suficiente, consumió el sapientísimo rey todo este libro, y no con otro fin sino con el de que deseemos aquella vida que no tiene vanidad debajo del sol, sino que tiene y manifiesta la verdad debajo de aquel que crió este sol. Con esta vanidad, pues, ¿acaso no se desvanecería el hombre, que vino a ser semejante a la misma vanidad, si no fuera por justo y recto juicio de Dios? Con todo, durante el tiempo de esta su vanidad, importa mucho si resiste u obedece a la verdad, y si está ajeno de la verdadera piedad y religión, o si par- ticipa de ella, no con fin de adquirir y gozar de los bienes de esta vida, m por huir de los males que pasan, sino por el juicio que ha de venir, por cuyo medio no sólo los buenos llegarán a tener los bienes, sino también los malos los males perpetuos y perdurables.

Finalmente, este sabio concluye dicho libro en tales términos, que viene a decir: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es ser un hombre cabal y perfecto, pues todo

lo que pasa en la tierra, bueno o malo, lo pondrá Dios en tela de juicio, aun lo más despreciado.» ¿Qué pudo decirse más breve, más verdadero y más importante? Temerás, dice, a Dios, y guardarás sus mandamientos, porque esto es todo el hombre. Pues cualquiera que obrare así, sin duda que es fiel observante de los mandatos de Dios, y el que esto no es, nada es, puesto que no se acomoda a la imagen de la verdad, sino que queda en la semejanza de la vanidad. Porque toda esta obra, esto es, todo cuanto hace el hombre en esta vida, o bueno o malo, lo pondrá Dios en tela de juicio, aun lo más despreciable y aun al más despreciado, esto es, a cualquiera que, nos parece aquí despreciado, y por eso pase aquí inadvertido, porque a éste también le ve Dios y no le desprecia, ni cuando juzga se le pasa entre renglones sin hacer caso de él.

CAPITULO IV

Que para tratar del juicio final de Dios se alegarán, primero los testimonios del Testamento Nuevo, y después, los del Viejo Los testimonios que pienso citar en confirmación de este último juicio de Dios los tomaré primeramente del Testamento Nuevo, y después alegaré los del Viejo; pues aunque los antiguos sean primeros en tiempo, deben preferirse los nuevos por su dignidad, porque los viejos son pregones que se dieron de los nuevos. Así que, ante todo, aduciremos los nuevos, y para su mayor confirmación extractaremos también algunos de los viejos. Entre éstos se numeran la ley y los profetas, y entre los nuevos el Evangelio y las letras y escritos apostólicos. Por eso dice San Pablo: «que por la ley se nos manifestó el conocimiento del pecado; pero que ahora sin la ley se nos ha demostrado la justicia de Dios, la cual nos pregonaron y testificaron la ley y los profetas, y la justicia de Dios es la que se nos da por fe de Jesucristo a todos cuantos crecen en él».

Esta justicia de Dios pertenece al Nuevo Testamento, y tiene su testimonio y comprobación en el Viejo, esto es, en la ley y los profetas, por lo que pondremos primero la causa, después alegaremos los testigos. Es orden es también el que Jesucristo nos muestra debemos observar, cuando dijo «que el doctor que es sabio para predicar el reino de Dios, es semejante a un padre de familia que de su despensa o tesoro hace sacar lo nuevo lo viejo». No dijo lo viejo y lo nuevo como lo hubiera dicho, sin duda, si no quisiera guardar mejor el orden de los méritos que el de los tiempos.

CAPITULO V

Con qué autoridades de nuestro Salvador se nos declara que ha de haber juicio divino al fin del mundo Reprendiendo el mismo Salvador las ciudades en donde había practicas y obrado grandes virtudes, prodigios milagros, y, sin embargo, no había creído, y anteponiendo a éstas las cualidades de los gentiles, dice así: «verdad os digo, con menos rigor ser tratadas las ciudades de Tiro y Sidón el día del juicio que vosotros». Y poco después, hablando con otra ciudad «En verdad te digo que con menos rigor y más blandura se procederá con la tierra de los de Sodoma el día del juicio que contigo.» En este texto, evidentemente, declara que ha de venir día del juicio; y en otra parte: «Los ninivitas, dice, se levantarán el día del juicio contra esta gente y la condenarán porque hicieron penitencia con predicación de Jonás, y ved aquí otro que es más que Jonás.

La reina del Austro se levantará el día del juicio contra esta gente, y la condenará, porque ella vino desde lo último del orbe a oír la sabiduría de Salomón, y ved aquí otro que es más que Salomón.» Dos cosas nos enseña en este lugar que vendrá el día del juicio, y que vendrá con la resurrección de los muertos, porque cuando decía esto de los ninivitas y de la reina del Austro sin duda que hablaba de los muertos, los cuales dijo que habían de resucitar el día del juicio. Pero tampoco hemos de entender que dijo «y los condenarán» porque ellos hayan de ser jueces, sino porque en comparación de ellos, con razón serán condenados. En otro lugar, hablando de la confusión que hay en la actualidad entre los buenos y los malos, y de la distinción que habrá después, que sin duda será el día del juicio, trajo una parábola o semejanza del trigo sembrado y de la cizaña que nació entre él, y declarando esta alusión a sus discípulos, dice «El que siembra la buena semilla es el hijo del hombre, y el campo o barbecho es este mundo. La buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña es el demonio; la cosecha es la consumación y fin del siglo, y los segadores los ángeles; así, pues, como se coge la cizaña y la queman con el fuego, así sucederá en el fin del siglo.

Enviará el hijo del hombre sus ángeles, y entresacarán de su reino todos los escándalos, y a todos los que viven mal, y los echarán en el fuego; allí será, el gemir y crujir de dientes; entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre. El que tiene oídos para oír, oiga.» Aquí, aunque no nombre el juicio o el día del juicio, sin embargo, le egresó mucho más, declarándole con los mismos sucesos, y dice que será en el fin del siglo. También dijo a, sus discípulos: «Con verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre estará sentado en la silla de su majestad, estaréis también sentados vosotros en doce sillas, juzgando las doce tribus de Israel». De esta doctrina inferimos que Jesucristo ha de juzgar con sus discípulos. En otra parte dijo a los judíos: «Si yo lanzo los demonios en nombre de Belzebú, vuestros hijos, ¿en nombre de quién los lanzan? Por eso ellos serán vuestros jueces.» No porque dice que han de sentarse en doce sillas debemos presumir que solas doce personas han de ser las que han de juzgar con Cristo, pues en el número de doce se nos significa cierta multitud general de los que han de juzgar por causa de las dos partes del número septenario, con que las más de las veces se significa la universidad, cuyas dos partes es, a saber: el tres y el cuatro, multiplicados uno por otro, hacen doce, porque cuatro veces tres y tres veces cuatro son doce, sin hablar de otras razones que se podrían encontrar en el número duodenario para probar este propósito.

Pues, de otro modo, habiendo ordenado por Apóstol, en lugar del traidor Judas, a San Matías, el Apóstol San Pablo, que trabajó más que todos ellos, no ten- dría dónde sentarse a juzgar, y él, sin duda, manifiesta que le toca con los demás santos ser del número de los jueces, diciendo: «¿No sabéis que hemos de juzgar los ángeles?» También de parte de los mismos que han de ser juzgados existe igual razón por lo que respecta al número duodenario, pues no porque dice, para juzgar las doce tribus de Israel, la tribu de Leví, que es la decimotercera, ha de quedar sin ser juzgada por ellos, o han de juzgar solamente a aquel, pueblo, y no también a las demás gentes.

Con lo que dice de la regeneración, ciertamente quiso dar a entender la universal resurrección de todos los muertos, porque se reengendrará nuestra carne por la

incorrupción, como reengendró nuestra alma por la fe. Muchas particularidades omito que parece se dicen del último juicio; pero consideradas con atención, se halla que son ambiguas y dudosas, o, que pertenecen más a otras cosas, es a saber: o a la venida del Salvador, que por todo, este tiempo viene en su Iglesia, esto es, en sus miembros parte por parte, y paulatinamente, porque toda ella es su cuerpo; o a la destrucción y desolación de la terrena Jerusalén, pues cuando habla de ésta, habla, por lo general, como si hablara del fin del siglo, y de aquel último y terrible día del juicio. De suerte que no se puede echar de ver de ningún modo, si no se coteja entre sí todo lo que los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas, sobre esto dicen, por cuanto uno dice algunas cosas con más oscuridad, y otro las explica más, para que las que aparecen concernientes a una misma cosa, se advierta cómo y en qué sentido las dicen; lo cual procuré hacer en una carta que escribí a Hesiquio, de buena memoria, obispo de la ciudad de Salona, cuyo título es Sobre el fin de este siglo.

Debo insertar aquí lo escrito en el Evangelio de San Mateo acerca de la división que se hará de los buenos y de los malos en el rigurosísimo y postrimero juicio de Cristo: «Cuando -dice- viniere el Hijo del Hombre con toda su majestad, acompañado de todos los ángeles, entonces se sentará en su trono real, y se congregarán ante su presencia todas las gentes: Él apartará a los unos de los Otros, como suele apartar el pastor las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su diestra y los cabritos a la siniestra. Entonces dirá el Rey a los que estarán a su diestra: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que está prevenido para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis y hospedasteis en vuestra casa; estando desnudo, me vestisteis; estando enfermo, me Visitasteis, y estando en la cárcel, me vinisteis a ver.»

Entonces le responderán los justos, y dirán: «¿Cuándo os vimos, Señor, con hambre, y os dimos de comer? ¿Cuándo con sed, y os dimos de beber? ¿Y cuándo os vimos peregrino, y os acogimos y hospedamos? ¿O desnudo, y os vestimos? ¿O cuándo os vimos enfermo o en la cárcel, y os fuimos a ver?» Y les responderá el Rey diciendo: «En verdad os digo, y es así, que todo cuanto habéis hecho con uno de estos mis más mínimos hermanos, lo habéis hecho conmigo.» Entonces dirá también a los que estarán a su mano izquierda: «Idos, apartaos, alejaos de mí, malditos, al fuego eterno que se dispuso para el diablo y sus ángeles». Después censurará a estos otros porque no hicieron las cosas que dijo haber hecho los de la mano derecha.

Y preguntándole ellos también cuándo le vieron padecer alguna de las necesidades indicadas, responden que lo que no se hizo con uno de sus más mínimos hermanos, tampoco se hizo con el Señor. Y concluyendo su discurso: «Estos, dice, irán a los tormentos eternos, y los justos a la vida eterna.» Pero el evangelista San Juan claramente refiere que dijo que en la universal resurrección de los muertos había de ser el juicio, porque habiendo dicho: «Que el Padre no juzgará Él solo a ninguno, sino que el juicio universal de todos le tiene dado y encargado a su Hijo, queriendo que sea juez juntamente con Él, para que así sea honrado y respetado por todos el Hijo como lo es el Padre, porque Quien no honra al Hijo no honra al Padre, que envió al Hijo»; añadió: «En verdad os digo, que el que oye mi palabra y cree a Aquel que me envió, tiene vida eterna y no ven drá a juicio, sino que pasará de la muerte a la vida.» Parece que en este lugar dice también que sus fieles no vendrán a juicio. Pero ¿Cómo ha de ser cierto que por el juicio han de

dividirse y apartarse de los malos, y han de estar a su mano derecha, sino porque en este pasaje puso el juicio por la condenación? Pues a semejante juicio no vendrán los que oyen su palabra y creen a aquel Señor que le envió.

CAPITULO VI

Cuál es la resurrección primera y cuál la segunda Después prosigue, y dice: «En verdad, en verdad os digo que ha llegado la hora, y es ésta en que estamos, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán, porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así la dio también al Hijo para que la tuviese en sí mismo.» No habla aquí de la segunda resurrección, es a saber, de la de los cuerpos, que ha de ser al fin del mundo, sino de la primera, que es ahora, porque para distinguirla dijo: «Ha venido la hora, y es ésta en que estamos», la cual no es la de los cuerpos, sino la de las almas, puesto que igualmente las almas tienen su muerte en la impiedad y en los pecados. Y según esta muerte, murieron, y son los muertos de quienes el mismo Señor dice: «Deja a los muertos que entierren a sus muertos»; es decir, que los muertos en el alma entierren a los muertos en el cuerpo.

Así que, por estos muertos en el alma con la impiedad y pecado, ha venido, dice, la hora, y es ésta en que estamos, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán. Los que la oyeren, dijo, los que la obedecieren, los que creyeren y perseveraren hasta el fin. Pero tampoco hizo aquí diferencia de los buenos y de los malos, porque para todos es bueno oír su voz y vivir, y pasar de la muerte de la impiedad a la vida de la piedad y amistad de Dios. De esta muerte habla el Apóstol, cuando dijo: «Luego todos están muertos y uno murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos y resucitó.»

Así que todos murieron y estaban muertos en los pecados, sin excepción de ninguno, ya fuese en los originales, ya en los que incurrieron por su voluntad, ignorando o sabiendo y no practicando lo que era justo, y por todos los muertos murió uno que estaba vivo, esto es, uno que no tuvo especie alguna de pecado, para que los que consiguieren vida por la remisión de los pecados, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por todos nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación, a fin de que, creyendo en el que justifica al impío, justifica dos y libres de nuestra impiedad, como quien vuelve de la muerte a la vida, podamos ser del número de los que pertenecen a la primera resurrección de las almas, que se hace ahora. Porque a esta primera no pertenecen sino los que han de ser bienaventurados para siempre, y a la segunda, de la que hablará después, manifestará pertenecen los bienaventurados y los infelices. Esta resurrección es de misericordia, y la otra de juicio.

Por eso dijo el real Profeta: «Celebraré, Señor, tu misericordia y tu juicio.» De este juicio, prosigue diciendo: «Y le dio poder para juzgar, porque es hijo de hombre.» Aquí nos declara que ha de venir a juzgar en la misma carne en que vino para ser juzgado, pues por eso dice: porque es hijo de hombre; y enseguida añade, a propósito de lo que tratamos: «No os maravilléis de esto, porque ha de venir hora en la cual todos los que están en las sepulturas han de oír la voz del Hijo de Dios, y saldrán y resucitarán los que hubieren hecho buenas obras, para la resurrección de la vida, y los que las hubieren hecho malas, para la resurrección del juicio.» Este es aquel juicio que poco antes, como ahora puso en vez de

condenación, diciendo: «El que oye mi palabra y cree a Aquel que me envió, tiene vida eterna y no vendrá a juicio, sino que pasará de la muerte a la vida.» Esto es, alcanzando la primera resurrección con que al presente se pasa de muerte a vida, no vendrá a la condenación, la cual significó bajo el nombre de juicio; como también en este lugar donde dice: «y los que las hubieren hecho malas, para la resurrección del juicio, esto es, de la condenación.

Resucite, pues, en la primera el que no quisiere ser condenado en la segunda resurrección, porque ha venido la hora, y es ésta en que estamos, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán, esto es, no serán condenados, que es la segunda muerte, en la cual serán lanzados y despeñados después de la segunda resurrección, que ser la de los cuerpos, los que en la primera, que es la de las almas; no resucitan. Vendrá ahora (y no añade «es ésta en que estamos», porque será el fin del siglo, esto es, el final y grande juicio de Dios), cuando todos los muertos que estuvieren en la sepultura oirán su voz, saldrán y resucitarán No dijo aquí como en la primera resurrección, «y los que oyeren», vivirán, porque no todos vivirán, es saber, con aquella vida, la cual, por cuanto es bienaventurada, se ha llamar sólo vida; pues, en efecto, Si alguna vida no pudieran oír y salir de las sepulturas, resucitando la carne.

Y la razón porque no vivirán todos la declara en lo que sigue: «Saldrán dice, los que hubieren hecho buenas obras a la resurrección de la vida: éstos son los que vivirán; pero los que las hubieren hecho malas, a la resurrección del juicio, éstos son los que no vivirán, porque morirán con la segunda muerte. Porque, en efecto, hicieron obras malas, pues vivieron mal, y vi vieron mal porque en la primera resurrección de las almas que se hace a presente, no quisieron revivir, o habiendo revivido, no perseveraron hasta el fin.» Así que, como hay dos regeneraciones, de las cuáles ya hemos hablado arriba, la una según la fe, que se consigue en la actualidad por el bautismo la otra, según la carne, la cual vendría ser en su incorrupción e inmortalidad por medio del grande y fina juicio de Dios; así también hay de resurrecciones: la una, primera, que tiene lugar ahora, y es de las almas que nos libra de que lleguemos a muerte segunda; y la otra, segunda, que no sucede ahora, sino será al fin del siglo, y tampoco es de las almas, sine de los cuerpos, la cual, por medio del juicio final, a unos destinará a la segunda muerte y a otros a la vida que no tiene muerte.

CAPITULO VII

De los mil años de que se habla en e Apocalipsis de San Juan, y qué es le que racionalmente debe entenderse De estas dos resurrecciones habla de tal manera en el libro de su Apocalipsis el evangelista San Juan, que la primera de ellas algunos de nuestros escritores no sólo no la han entendido, sino que la han convertido en fábulas ridículas, porque en el libro citado dice así: «Yo vi bajar del Cielo un ángel, que tenía la llave del abismo y una grande cadena en su mano; él. tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y le até por mil años, y habiéndole precipitado al abismo, le encerró en él y lo sellé, para que no seduzca más a las naciones, hasta que sean cumplidos los mil años, después de lo cual debe ser desatado por un poco de tiempo. Vi también unos tronos, y a los que se sentaron en ellos se les dio el poder de juzgar.

Vi más, las almas de los que habían sido decapitados por haber dado testimonio a Jesús. y por la palabra de Dios, y que no adoraron la bestia ni su imagen, ni recibieron su señal en las frentes ni en las manos, y éstos vivieron y reinaron con Jesucristo mil años. Los otros muertos no volverán a la vida hasta que sean cumplidos dos mil años; ésta es la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder en ellos, y ellos serán sacerdotes de Dios y de Jesucristo, con quien reinarán mil años.» Los que por las palabras de este libro sospecharon que la primera resurrección ha de ser corporal, se han movido a pensar así entre varias causas, particularmente por el número de los mil años, como si debiera haber en los santos como un sabatismo y descanso de tanto tiempo, es a saber, una vacación santa después de haber pasado los trabajos y calamidades de seis mil años desde que fue criado el hombre, desterrado de la feliz posesión del Paraíso y echado por el mérito de aquella enorme culpa en las miserias y penalidades de esta mortalidad.

De forma que porque dice la Escritura «que un día para con el Señor es como mil años, y mil años como un día», habiéndose cumplido seis mil años como seis días, se hubiera de seguir el séptimo día como de sábado y descanso en los mil años últimos, es a saber, resucitando los santos a celebrar y disfrutar de este sábado. Esta opinión fuera tolerable si entendieran que en aquel sábado habían de tener algunos regalos y deleites espirituales con la presencia del Señor, porque hubo tiempo en que también yo fui de esta opinión. Pero como dicen que los que entonces resucitaren han d entretenerse en excesivos banquetes canales en que habrá tanta abundancia de manjares y bebidas que no sólo n guardan moderación alguna, sino que exceden los límites de la misma incredulidad, por ningún motivo puede creer esto ninguno sino los carnales.

Los que son espirituales, a los que dan crédito a tales ficciones, los llaman en griego Quiliastas, que interpretado a la letra significa Milenarios. Y porque ser asunto difuso y prolijo detenernos e refutarles, tomando cada cosa de por sí, será más conducente que declaremos ya cómo debe entenderse este pasa de la Escritura. El mismo Jesucristo, Señor nuestro dice: «Ninguno puede entrar en casa del fuerte y saquearle su hacienda, sino atando primeramente al fuerte; queriendo entender por el fuerte al demonio, porque éste es el que pudo tener cautivó al linaje humano; y la hacienda que le había de saquear Cristo, son los que habían de ser sus fieles a los cuales poseía él presos con diferentes pecados e impiedades.

Para maniatar y amarrar a este fuerte, vio Apóstol en el Apocalipsis a un ángel que bajaba del Cielo, que tenía la IIave del abismo y una grande cadena en su mano, y prendió, dice, al dragón, aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, y le ató por mil años, esto es, reprimió y refrenó poder que usurpaba a éste para engañar y poseer a los que había de pon Cristo en libertad. Los mil años, por lo que yo alcanzo pueden entenderse de dos maneras: porque este negocio se va haciendo los últimos mil años, esto es, en sexto millar de años, como en el sexto día, cuyos últimos espacios van corriendo ahora, después del cual se ha de seguir consiguientemente el sábado que carece de ocaso o postura del si es a saber, la quietud y descanso de los santos, que no tiene fin; de manera que a la final y última parte de es millar, como a una última parte del día, la cual durará hasta el fin del siglo, la llama mil años por aquel modo particular de hablar, cuando por todo se nos significa la parte, o puso mil años por todos los años de es siglo, para notar con número perfecto la misma plenitud de tiempo.

Pues número millar hace un cuadrado sólido del número denario, porque multiplicado diez veces diez hace ciento, la cual no es aún figura cuadrada, sino llana o plana, y para que tome fondo y elevación y se haga sólida, vuélvense a multiplicar diez veces ciento y hacen mil Y si el número centenario se pone alguna vez por la universalidad o por el todo, como cuando el Señor prometió al que dejase toda su hacienda y le siguiese, «que recibirá en este siglo el ciento por uno; lo cual, a explicándolo el Apóstol en cierto modo, dice: «Como quien nada tiene y lo posee todo; porque estaba antes ya dicho, «el hombre fiel es señor de todo el mundo, y de las riquezas: ¿cuánto más se pondrán mil por la universalidad donde se halla el sólido de la misma cuadratura del denario? Así también se entiende lo que leemos en el real Profeta: «Acordóse para siempre de su pacto y testamento y de su palabra prometida para mil generaciones, esto es, para todas. Y le echó, dice, en el abismo, es a saber, lanzó al demonio en el abismo. Por el abismo entiende la multitud innumerable de los impíos, cuyos corazones están con mucha profundidad sumergidos en la malicia contra la Iglesia de Dios.

Y no porque no estuviese ya allí antes el demonio se dice. Que fue echado allí, sino porque, excluido poseer y dominar con más despotismo a los impíos, pues mucho más poseído está del demonio el que no sólo está ajeno a Dios sino que también de balde aborrece, a los que sirven a Dios. Encerróle, dice, en el abismo, y echó su sello sobre él, para que no engañe ya a las gentes, hasta que se acaben mil años. Le encerró, quiere decir, le prohibió fue pudiese salir, esto es transgredir lo vedado. Y lo que añade: le echó su sello, me parece significa que quiso estuviese oculto, cuáles son los que pertenecen a la parte del demonio y cuáles son los que no pertenecen, cosa totalmente oculta en la tierra, pues es incierto si el que ahora parece que está en pie ha de venir a caer, y si el que parece que está caído ha de levantarse. Y con este entredicho y clausura se le prohibe al demonio y se le veda el engañar y seducir a aquellas gentes que, perteneciendo a Cristo, engañaba o poseía o antes, porque a éstas escogió Dios y el determinó «mucho antes de crear el mundo sacarlas de la potestad de las tinieblas y transferirlas al reino de su amado Hijo, como lo dice el Apóstol, ¿Y qué cristiano hay que ignorar que el demonio no deja de engañar al presente a las gentes llevándola, consigo la las penas eternas, pero no a las que están predestinadas para la vida eterna? No debe movernos que muchas veces el demonio engaña también a los que, estando ya regenerados en Cristo, caminan por las sendas de Dios, «porque conoce y sabe el Señor los que son suyos».

Y de éstos a ninguno engaña de modo que caiga en la eterna condenación. Porque a éstos los conoce el Señor, como Dios, a quien nada se le esconde ni oculta, aun de lo futuro; y no como el hombre, que ve al hombre de presente (si es que ve a aquel cuyo corazón no ve); pero lo que haya de ser después, ni aun de sí mismo lo sabe. Está atado y preso el demonio y encerrado en el abismo para que no engañe a las gentes, de quienes como de sus miembros consta el cuerpo de la Iglesia, a las cuales tenía engañadas antes que hubiese Iglesia, porque no dijo para que no engañe a alguno, sino para que no engañe ya a las gentes, en las cuales, sin duda, quiso entender la Iglesia, has- ta que finalicen los mil años, esto es, lo que queda del día sexto, el cual consta de mil años, o todos los años que en adelante ha de tener este siglo.

Tampoco debe entenderse lo que dice «para que no engañe las gentes hasta que se acaben los mil años», como si después hubiese de engañar a aquellas entes que forman la Iglesia predestinada, a quienes se le prohibe engañar por aquellas prisiones y clausuras en que está, Sino que, o lo dice con aquel modo de hablar que se halla algunas veces en la Escritura, como cuando dice el real Profeta: «así están nuestros ojos vueltos a Dios nuestro Señor, hasta que tenga misericordia y se compadezca de nosotros»; pues habiendo usado de misericordia, tampoco dejaran los ojos de sus siervos de estar vueltos a Dios, su Señor, o el sentido y orden de estas palabras, es así: «le encerró y echó su cuello sobre él hasta que se pasen mil años, Lo que dijo en medio «Y para que no engañe ya a las gentes», está de tal suerte concebido, que debe entenderse separadamente como si se añadiera después: de forma que diga toda la sentencia: «le encerró y echó su sello sobre él hasta que pasen mil años, a fin de que ya no seduzca a las gentes; esto es, que le encerró hasta que se cumplan los mil años, para que no engañe ya a las gentes.

CAPITULO VIII

Sobre, atar y soltar al demonio «Después de éstos, le soltarán, dice, por un breve tiempo». Si el estar amarrado y encerrado es, respecto del demonio, no poder engañar a la Iglesia, el soltarle, ¿será para que pueda? De ningún modo; porque jamás engañará a la Iglesia predestinada y escogida antes de la creación del mundo, de la cual dice la Escritura: «Conoce y sabe Dios los que son suyos.» Sin embargo, estará aquí la Iglesia en el tiempo en que han de soltar ni demonio, así como lo ha estado desde que fue fundada, y' lo estará en todo tiempo; esto es, en los suyos, en los que suceden, naciendo, a los que mueren. Pues poco después dice «que el demonio, suelto, vendrá con todas las gentes que hubiere engañado en todo el orbe de la tierra a hacer guerra a la Iglesia, y que el número de esta gente enemiga será como la arena del mar». «Y ellos se esparcieron sobre la faz de la tierra, y dieron revuelta al campo de los santos, y a la ciudad querida; mas Dios hizo bajar del cielo fuego que los devoró, y el diablo, que los seducía, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, en donde la bestia y el falso profeta serán atormentados de día y de noche por los siglos de los siglos.» Aunque esto ya pertenece al juicio final, me ha parecido conducente referirlo ahora, porque no presuma alguno que por el corto tiempo que estuviere suelto, el demonio no habrá Iglesia en la tierra, o no la hallará en ella cuando le hubieren soltado, o acabará con ella persiguiéndola con toda especie de seducciones.

Así que por todo el tiempo comprendido en el Apocalipsis, es a saber, desde la primera venida de, Cristo hasta el fin del mundo, en que será su segunda venida, no estará atado el demonio; de forma que el estar así amarrado durante el tiempo que San Juan llama mil años, sea no engañar a la Iglesia, pues ni aun suelto ciertamente no la engañará. Porque verdaderamente si el estar atado es respecto de él no poder engañar o no permitírselo, ¿qué será el soltarle, sino poder engañar y darle permiso para esto? Lo cual jamás suceda, sino que el atar al demonio no es permitirle ejercer todo imperio por medio de las tentaciones violentas, o seductoras para engañar los hombres, o forzándolos con violencia a seguir su partido, o engañándolos cautelosamente. Si esta potestad se le permitiese por tan largo tiempo y contra la imbecilidad y flaqueza tantos espíritus débiles, a muchos Dios no quiere que padezcan siendo fieles los derribaría y apartaría de fe, y a los que no fuesen fieles estorbaría que creyesen.

Para que no haga semejante atentado, le amarraron. Le soltarán cuando será breve tiempo (porque leemos que por tres años y seis meses ha de manifestar toda su crueldad con todas sus fuerzas y las de los suyos), y serán tales aquellos a quienes ha de hacer la guerra que no podrán ser vencidos ni con e ímpetu tan grande, ni con tantos daños y ardides. Pero si nunca le desatasen, se descubriría menos su maligna potencia, menos se probaría la fidelísima paciencia de la santa Ciudad, y, finalmente, menos se echaría de ver de cuán gran malicia suya usó tan bien el Omnipotente Dios, pues no le privó del todo que no tentase a los santos, aunque echó fuera de todo lo interior de Él, donde se cree en Dios, para que con su combate exterior aprovechasen, y, maniató pera evitar que derrame y ejecute toda su malicia contra la multitud innumerable de los flacos, con quienes convenía multiplicar y llenar la iglesia, y a los unos que habían de creer no los desviase de la fe de la verdad religión, y a los que creían ya, no los derribase. Le desatarán ni fin para que la Ciudad de Dios cuán fuerte contrario venció con tan inmensa gloria su Redentor, favorecedor y libertad ¿Y qué somos nosotros en comparación de los santos y fieles que habrá entonces? Para probar la virtud de éstos soltarán un tan fuerte enemigo con quien estando, como está, atado, peleamos ahora nosotros con todo riesgo y peligro. Aunque también en este, espacio de tiempo no hay duda que habido y hay algunos soldados de Cristo tan prudentes y fuertes, que si hallaran vivos en este mundo, cuan hayan de soltar al infernal espíritu, dos sus engaños, estratagemas y acometimientos prudente y sagazmente declinarían, y con extraordinaria resignación las sufrirían.

El atar al demonio no sólo se hizo cuando la Iglesia, fuera de la tierra de Judea, comenzó a extenderse por unas ,y otras naciones, sino que también se hace ahora, y se hará hasta el fin del siglo, en que le han de desamarrar, porque también al presente se convierten los hombres de la infidelidad en que él los poseía a la fe, y se convertirán sin duda hasta el fin del mundo. En efecto; átese entonces a éste fuerte, respecto de cualquiera de los fieles, cuando se le sacan de sus manos como cosa suya; y el abismo donde le encerraron no se acabó al morir los que había cuando comenzó a estar encerrado, sino que sucedieron otros a aquéllos, naciendo, y hasta que fenezca este siglo se sucederán los que aborrezcan a los cristianos, en cuyos ciegos y profundos corazones cada día, como en un abismo, se encierra el demonio. Pero hay alguna duda si en aquellos últimos tres años y seis meses, cuando estando suelto ha de mostrar toda su crueldad cuanto pudiere, llegará alguno a recibir la fe que antes no tenía.

Porque como sea cierto lo que dice la Escritura: «Que ninguno puede entrar en casa del fuerte y saquearle su hacienda, sino atando primero al fuerte», ¿estando suelto le saquearan? Parece, pues, que nos impulsa a creer este pasaje de la Escritura, que en aquel tiempo, aunque breve, nadie se unirá al pueblo cristiano, sino que el demonio peleará con los que entonces fueren ya cristianos. Y si hubiere algunos que, vencidos, les siguieren, éstos no pertenecían al número predestinado de los hijos de Dios; porque no en vano el mismo apóstol San Juan, que escribió asimismo esta particularidad en el Apocalipsis, dijo de algunos en su epístola: «Estos han salido de nosotros, mas no eran de los nuestros; porque si hubiesen sido de los nuestros hubieran permanecido con nosotros; más esto ha sido para que se conozca que no son todos de los nuestros.» Pero ¿qué será de los niños? Porque increíble parece que no habrá en aquel tiempo ningún niño hijo de cristiano que 'haya nacido y no le hayan aún bautizado; y que ninguno nacerá tampoco en aquellos días;

o que si los hubiere, por ningún motivo los llevarán sus padres a la fuente do la regeneración.

Pero si esto ha de ser así, ¿de qué forma, estando ya suelto el demonio, le han de quitar estos vasos y esta hacienda si en su casa, ninguno entra a saquearía sin que primero le haya atado? Con todo debemos creer que no faltarán en aquel tiempo ni quien se aparte de la Iglesia, ni tampoco quien se llegue a ella,, sino que realmente serán tan valerosos, así los padres para bautizar sus hijos, como los que de nuevo hubieren de creer que vencerán a aquel fuerte aunque no esté atado; esto es, que aunque use contra ellos de todos sus artificios, y los apriete con el resto de sus fuerzas más que nunca, no sólo con vigilancia le encenderán sus estratagemas, sino que con admirable paciencia sufrirán y se mantendrán contra sus fuerzas, y de esta manera se libertarán de su poder aunque no esté atado.

Ni por eso tampoco será falsa aquella sentencia evangélica que ninguno entrará en la casa del fuerte para saquearle su hacienda, si antes no atare al fuerte»; pues conforme, al tenor de esta sentencia, primeramente se ató al fuerte, y saqueándole sus vasos y alhajas, se ha multiplicado la Iglesia por toda la redondez de la tierra, por todas las naciones de fuertes y de flacos; de forma que con la virtud de la fe robustísima y corroborada con las profecías del cielo ya cumplidas, le pudiese, quitar los vasos, aunque estuviese suelto.

Porque así como debemos confesar que se resfría la caridad de muchos cuando abunda la iniquidad, y sobreviniendo las grandísimas y nunca vistas persecuciones y engaños del demonio, que andará ya suelto, muchos que no están escritos en el libro de la vida se le rendirán, así también debemos imaginar que no sólo, los fieles buenos que alcanzarán aquellos tiempos, sino también algunos de los que estarán todavía fuera por convertir, con los auxilios de la divina gracia, leyendo y considerando las Divinas Escrituras, en las cuales está, profetizado entre las demás cosas el mismo fin, que verán ya venir, estarán más firmes para creer lo que no creían, y más fuertes y valerosos para vencer al demonio, aunque no esté atado; lo cual, si ha de ser así, debe creerse que; precedió el atarle para que continuase el saquearlo y despojarle estando atado y estando suelto, porque esto quiere decir la Escritura cuando insinúa que ninguno entrará en la casa del fuerte para saquearle sus vasos y alhajas si primero no le atase.

CAPITULO IX

En qué consiste el reino en que reinarán los santos con Cristo por mil años, y en qué se diferencia del reino eterno Entre tanto que está amarrado el demonio por espacio de mil años, los santos de Dios reinarán con Cristo también otros mil años, los mismos sin duda, y deben entenderse en los, mismos términos, esto es, ahora, en el tiempo de su primera venida. Porque si fuera de aquel reino (de quien dirá en la consumación de los siglos: «Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesión del reino que está preparado para vosotros»), reinarán ahora de otra manera, bien diferente y desigual, con Cristo sus santos (a quienes dijo: «Yo estaré con vosotros hasta el fin y consumación del siglo») tampoco al presente se llamaría la Iglesia su reino, o reino de los cielos.

Porque en este tiempo, en el reino de Dios, aprende y se hace sabio aquel doctor de quien hicimos arriba mención, «que Saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo», y de la Iglesia han de recoger los otros segadores la cizaña que dejó crecer juntamente con el 'trigo basta la siega. Explicando esto, dice: «La siega es el fin del siglo, y los segadores son los ángeles; así que de la manera que se recoge la cizaña y se echa en el fuego, así será el fin del mundo; enviará el Hijo del hombre sus' ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos.» ¿Acaso ha de recogerlos de aquel reino donde no hay escándalo alguno? Así, pues, de este reino, que es en la tierra la Iglesia, se han de recoger. Además dice: «El que no guardare uno de los más mínimos mandamientos y los enseñare a los hombres, será el mínimo en el reino de los cielos; pero el que los observare exactamente y los enseñare, será grande en el reino de los cielos.»

El uno y el otro dice que estarán en el reino de los cielos, el que no práctica las leyes y mandamientos que enseña, que eso quiere decir solvere, no guardarlos, no observarlos; y el que los ejecuta y enseña, aunque al primero llama mínimo, y al segundo grande Seguidamente añade: «Yo os digo, que si no fuere mayor vuestra virtud que la de los escribas y fariseos», esto es, que la virtud de aquellos que no observan lo que enseñan (porque de los escribas y fariseos dice en otro lugar «que dicen y no hacen»); si no fuere mayor vuestra virtud que la suya, esto es, de modo que no quebrantéis, antes practiquéis lo que enseñáis, «no entraréis, dice, en el reino de los cielos». De otra manera se entiende el reino de los cielos, donde entra el que enseña y no lo practica, y el que practica lo que enseña, que es la Iglesia actual; y de otra, donde se hallará sólo aquel que guardó los mandamientos, que es la Iglesia cual entonces será, cuando no habrá en ella malo alguno. Ahora también la Iglesia se llama reino de Cristo y reino de los cielos; y reinan también ahora con Cristo sus santos, aunque de otro modo reinarán entonces. No reina con Cristo la cizaña, aunque crezca en la Iglesia con el trigo, porque reinan con él los que ejecutan lo que dice el Apóstol: «Si habéis resucitado con Cristo, atended a las cosas del Cielo, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre; buscad las cosas del Cielo, no las de la tierra»; Y de estos tales dice asimismo: «Que su conversar, vivir y negociar es en los Cielos.»

Finalmente, reinan con el Señor los que están de tal conformidad en su reino, que son también ellos su reino. ¿Y cómo han de ser reino de Cristo los que (por no decir otras cosas), aunque están allí hasta que se recojan al fin del mundo todos los escándalos, buscan sólo en este reino sus intereses, las cosas que son suyas y no las de Jesucristo? A este reino en que militamos, en que todavía luchamos con el enemigo, a veces resistiendo a los repugnantes vicios, y a veces cediendo a ellos, hasta que lleguemos a la posesión de aquel reino quietísimo de suma paz, donde reinaremos sin tener enemigo con quien lidiar; a este reino, pues, y a esta primera resurrección que hay ahora se refiere el Apocalipsis. Porque habiendo dicho cómo habían amarrado al demonio por mil años, y que después le desataban por breve tiempo, luego, recapitulando lo que hace la Iglesia, o lo que se hace en ella en estos mil años, dice: «Vi unos tronos, y unos que se sentaron en ellos, y se les dio potestad de poder juzgar.» No debemos pensar que esto se dice y entiende del último y final juicio, sino que se' debe entender por las sillas de los Prepósitos, y por los Prepósitos mismos, que son los que ahora gobiernan la Iglesia.

En cuanto a la potestad de juzgar, que se les da, ninguna se entiende mejor que aquella expresada en la Escritura: «Lo que ligaréis en la tierra será también atado en el cielo, y lo que desatareis en la tierra será también desatado en el cielo. De donde procede esta frase del Apóstol: «¿Qué me toca a mí el juzgar de los que están fuera de la Iglesia? ¿Acaso vosotros no juzgáis también a los que están dentro de ella? «Y vi las almas dice San Juan de los que murieron por el testimonio de Jesucristo y por la palabra de Dios; ha de entenderse aquí lo que después dice, «y reinaron mil años con Jesucristo, es a saber, las almas de los mártires antes de haberles restituido sus cuerpos. Porque a las almas de los fieles difuntos no las apartan ni separan de la Iglesia, la cual igualmente ahora es reino de Cristo. Porque de otra manera no se hiciera memoria de ellos en el altar de Dios, en la comunión del Cuerpo de Cristo, ni nos aprovecharía en los peligros acudir a su bautismo, para que sin no se nos acabe esta vida; ni a la reconciliación, si acaso por la penitencia o mala conciencia está uno apartado y separado del gremio de la Iglesia. ¿Y por qué se hacen estas cosas, sino porque también los fieles difuntos son miembros suyos? Así que aunque no sea con sus cuerpos, ya sus almas reinan con Cristo mientras duren y corren estos mil años. En este mismo libro y ea otras partes leemos: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, en su amistad y gracia, porque ésos en lo sucesivo dice el Espíritu Santo, descansarán de sus trabajos, pues las obras que hicieron los siguen. Por esta razón reinará primeramente con Cristo la Iglesia en los vivos en los difuntos; pues, como dice el Apóstol: «Por eso murió Cristo pata ser Señor de los vivos y de los difuntos. Pero sólo hizo mención de los mártires, porque principalmente reinan después de muertos los que hasta la muerte pelearon por la verdad. Pero como por la parte se entiende el todo, también entendemos todos dos demás muertos que pertenecen a la Iglesia, que es el reino de Cristo. Lo que sigue: «Y los que no adoraron la bestia ni su imagen, ni recibieron su marca o carácter en sus frentes o en sus manos», lo debemos entender juntamente de los vivos y de los difuntos.

Quién sea esta bestia, aun que lo hemos de indaga; con más exactitud, no es ajeno de la fe católica que se, entienda por la misma ciudad impía, y por el pueblo de los infieles enemigo del pueblo fiel y Ciudad de Dios. Y su imagen, a mi parecer, es el disfraz o fingimiento de las personas que hacen como que profesan la fe y viven infielmente, porque fingen que son lo que realmente no son, y se llaman, no con verdadera propiedad, sin con falsa y engañosa apariencia, cristianos. Pues a esta misma bestia pertenecen no sólo los enemigos descubiertos del nombre de Cristo y de su Ciudad gloriosa, sino también la cizaña que es la de recoger de su reino que es la Iglesia, en la consumación del siglo. ¿Y quiénes son los que no adoran a la bestia ni a su imagen, si no los que practican lo que insinúa e Apóstol, «que no llevan el yugo con los infieles», porque no adoran, esto es, no consienten, no se sujetan, ni admiten, ni reciben la inscripción, es saber, la marca y señal del pecado en sus frentes por la profesión, ni en sus manos por las obras? Así que; ajeno de estos males, ya sea viviendo aun en esta carne mortal, ya sea después de muertos, reinan con Cristo, aun en la actualidad, de manera congrua y acomodada a esta vida, por todo el espacio de tiempo que se nos significa con los mil años.

Los demás, dice, no vivieron: «Porque ésta es la hora en que los muertos han de oír la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeron, vivirán», pero los demás no vivirán. Y lo que añade: «hasta el cumplimiento de los mil años», debe entenderse que no vivieron aquel tiempo en que debieron vivir, es decir, pasando de la muerte a la vida. Y así, cuando venga el día en que se verificará la resurrección de los cuerpos, no saldrán de los monumentos y, sepulturas

para la vida, sino para el juicio, esto es, para la condenación, que se llama segunda muerte. Porque cualquiera que no viviere hasta que se concluyan los mil años, esto es, en todo este tiempo en que se efectúa la primera resurrección, no oyere la voz del Hijo de Dios Y no procurare pasar de la muerte a la vida, sin duda que en la segunda resurrección, que es la de la carne, pasará a la muerte segunda con la misma carne.

San Juan añade: «Esta es la primera resurrección: bienaventurado y santo es el que tiene parte en esta primera resurrección.» Esto es, el que participa de ella. Y sólo participa de ella el que no sólo resucita y revive de la muerte que consiste en los pecados, sino que también en lo mismo que hubiere resucitado y revivido permanece. «En éstos, dice, no tiene poder la muerte segunda.» Pero sí la tiene en los demás, de quienes dijo arriba: «Los demás no vivieron hasta el fin de los mil' años», porque en todo este espacio de tiempo, que llama mil años, por más que cada uno de ellos vivió en el cuerpo, no revivió de la muerte en que le tenía la impiedad, para que, reviviendo de esta manera, se hiciera partícipe de la primera resurrección y no tuviera en él poderío la muerte segunda.

CAPITULO X

Cómo se ha de responder a los que piensan que la resurrección sólo pertenece a los cuerpos y no a las almas Hay algunos que opinan que la resurrección no se puede decir sino de los cuerpos, y por eso pretenden establecer como inconcuso que esta primera ha de ser también de los cuerpos. Porque de los que caen, dicen, es el levantarse, y los que caen muriendo son los cuerpos, pues de caer se dijeron en latín los cuerpos muertos cadavera; luego no puede haber, infieren, resurrección de las almas, sino de los cuerpos. Pero ¿cómo hablan contra la expresa autoridad del Apóstol, que la llama resurrección? Porque según el hombre interior, y no según el exterior, sin duda resucitaron aquellos a quienes dice: «Si habéis resucitado con Cristo, atended a las cosas del cielo»; lo cual comprobó en otro lugar por otras palabras: «Para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por virtud de su divinidad, así también nosotros resucitemos y vivamos con nueva vida.» Lo mismo quiso decir en otro lugar. «Levántate tú, que estás dormido; levántate de entre los muertos y te alumbrará Cristo.» Lo que insinúan que no pueden resucitar sino los que caen, por cuyo motivo imaginan que la resurrección pertenece a los cuerpos y no a las almas, porque de los cuerpos es propio el caer, procede de que no oyen estas, palabras: «No os apartéis de él, par que no caigáis»; y «a, su propio Señor toca si persevera o si cae»; y «el que piensa que está firme, mire no caiga. Porque me parece que nos debemos guardar de esta caída del alma y no de la del cuerpo.

Luego si la resurrección es de los que caen, y caen también las almas, sin duda que debemos con ceder que igualmente las almas resucitan. A las palabras que San Juan seguidamente pone: «En éstos no tiene poder la muerte segunda», añade y dice: «Sino que serán sacerdotes de Dios, de Cristo, y reinarán con él mil anos. Sin duda no lo dijo solamente por le obispos y presbíteros, a los cuales llamamos: propiamente en la Iglesia sacerdotes, sino que, como llamamos todos cristos por el crisma y unción mística, así llama a todos sacerdotes, porque son miembros de un sacerdocio, a los cuales llama el apóstol San Pedro: «Pueblo santo y sacerdocio real.» Sin duda que, aunque brevemente y de paso, nos dio a entender que Cristo era Dios, diciendo sacerdotes de Dios y de, Cristo, esto es, del

Padre y del Hijo; pues así como por la forma de siervo se hizo Cristo hijo de hombre, así también se hizo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec, sobre lo cual hemos discurrido en esta obra más de una vez.

CAPITULO XI

De Gog y de Magog, a quienes al fin del siglo ha de mover el demonio, y suelto, contra la Iglesia de Dios «Y cumplidos, dice, mil años, soltarán a Satanás de su cárcel y saldrá engañar las gentes que habitan en los cuatro extremos de la tierra a Gog y Magog, y los traerá a la guerra, cuyo número será como las arenas del mar. Para obligarlos, pues, a esta guerra los seducir. Pues también anteriormente por los medios que podía lo engañaba, causándoles muchos y diferentes males. Y dice: saldrá; esto es, de los, ocultos escondrijos de los odios y rencores saldrá en público á perseguir la Iglesia siendo ésta la última persecución por acercarse ya el último y final juicio, que padecerá la Santa Iglesia en todo el orbe de la tierra, es decir; la universal ciudad de Cristo, de la universal ciudad del demonio en toda la tierra. Y estas gentes, que llama Gog y Magog, no deben tomarse como si fuesen algunos bárbaros que tienen fijado su asiento en alguna parte determinada de la tierra; o los Getas y Masagetas, como sospechan algunos fundados en las letras con que principian estos nombres; o algunos otros gentiles, ajenos y no sujetos a la jurisdicción romana.

Porque da a entender que éstos se hallarán por todo el orbe de la tierra, cuando dice: «las gentes que habrá en algunas partes de la tierra», y éstas, prosigue, son Gog y Magog. Interpretados estos nombres, hallamos que quieren decir Gog el techo y Magog del techo, como la casa y el que sale y procede de la casa. Así que son las gentes en quienes, como dijimos arriba, estaría encerrado el demonio como en un abismo; y él mismo, que parece que sale y dimana de ellas; de suerte que ellas sean el techo y él del techo. Y si ambos nombres los referimos a las gentes y no el uno a las gentes y el otro al demonio, ellas son el techo, porque en ellas ahora se encierra y en cierto modo se oculta aquel nuestro antiguo enemigo, y ellas mismas serán el techo cuando del odio encubierto saldrán al odio público y descubierto. Y lo que dice: «Y subieron sobre la latitud de la tierra y cercaron el ejército de los santos y la ciudad amada», no se entiende que vinieron o que habrán de venir a algún lugar determinado, como si en cierto lugar haya de estar el ejército de los santos y la ciudad querida, pues ésta no es sino la iglesia de Cristo que está esparcida por todo el orbe de la tierra, y dondequiera que, estuviere entonces, que estará en todas las gentes, lo que significó con el nombre de la latitud de la tierra, allí estará el ejército de los santos, allí estará la Ciudad querida de Dios, allí todos sus enemigos, porque también ellos con ella estarán en todas las gentes, la acercarán con el rigor de aquella persecución, esto es, la arrinconarán, apretarán y encerrarán en las angustias de la tribulación. Y no desamparará su milicia, la que mereció que la llamasen con nombre de ejército.

CAPITULO XII

Si pertenece al último castigo de los malos lo que dice: que bajó fuego del cielo, y los consumió Sobre lo que dice: «Que descendió fuego del cielo y los consumió», no debemos entender que éste es aquel último final castigo, que será cuando se les dirá: «Idos de mí, malditos, al fuego eterno». Porque entonces ellos serán los que irán al fuego y no el fuego el que vendrá del cielo sobre ellos. Aquí bien podemos entender por este fuego que baja del cielo la misma firmeza de los santos, con que han de resistir y no ceder a sus perseguidores, para hacer la voluntad de éstos. Pues firmamento es el cielo, cuya firmeza los afligirá y atormentará con ardentísimo rencor y celo, por no haber podido atraer a los santos de Cristo al bando del Anticristo.

Y éste será el fuego que los consumirá, el cual lo enviará Dios, pues por beneficio y gracia suya son invencibles los santos, por lo que rabiarán y se consumirán sus enemigos. Porque así como se toma el celo en buena parte, donde dice: «El celo de tu casa me consume», así, por el contrario, se toma en contraria acepción, esto es, en mala parte, donde dice: «Ocupó el celo al pueblo ignorante, y el fuego ahora consumirá a los contrarios» «Y ahora, es decir, no el fuego del juicio final y sí al castigo que ha de dar Cristo, cuando venga, a los perseguidos de su Iglesia, a los cuales hallará vivos sobre la tierra cuando ha de matar al Anticristo con el espíritu de su boca: «Si a este castigo, digo, llama fuego que desciende del cielo, y que los consume»; tampoco éste será el último castigo de los impíos, sino el que han de padecer después de la resurrección de los cuerpos.

CAPITULO XIII

Si se ha de contar entre los mil años el tiempo de la persecución del Anticristo Esta última persecución, que será la que ha de hacer el Anticristo (como lo hemos ya insinuado en este libro, y se halla en el profeta Daniel), durará tres años y seis meses. El cual tiempo, aunque corto, con justa causa se duda si pertenece a los mil años en que dice que estará atado el demonio, y en que los santos reinarán con Cristo; o si este pequeño espacio ha de aumentarse a los mismos años, y ha de contarse fuera de ellos. Porque si dijésemos que este espacio pertenece a los mismos años, hallaremos que el reino de los santos con Cristo se entiende más tiempo de lo que está él demonio atado.

Pues sin duda los santos con su Rey reinarán también con especialidad durante la persecución, venciendo y superando tantos males y calamidades cuando ya el demonio no estará atado, para que pueda perseguirlos con todas sus fuerzas. En tal caso ¿de qué forma determina esta Escritura y limita lo uno y lo otro, es a saber, la prisión del demonio, y, el reino de los santos, con unos mismos mil años; puesto que tres años y seis meses antes se acaba la prisión del demonio, que el reino de los santos con Cristo en estos mil años?

Y si dijésemos que este pequeño espacio de dicha persecución no debe contarse en los mil años, sino que, cumplidos, debe añadirse, para que se pueda entender bien lo que dice el Apocalipsis de que «los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con el Señor mil años», añadiendo que «cumplidos los mil años soltarán a Satanás de su cárcel», pues así da a entender que el reino de los santos y la prisión del demonio han de cesar a un mismo

tiempo; para que después el espacio de aquella persecución se entienda que no pertenece al reino de los santos ni a la prisión de Satanás, cuyas dos circunstancias, se incluye en los mil años, sino que debe contarse fuera de ellos; nos será forzoso confesar que los santos en aquella persecución no reinarán con Cristo.

Pero ¿quién habrá que, se atreva a decir que entonces no han de reinar con él sus miembros, cuando particular v estrechamente estarán unidos con él, y en el tiempo en que cuanto fuere más vehemente la furia de la guerra, tanto mayor será la gloria de la firmeza y constancia, y tanto más numerosa la corona del martirio? Y si por causa de las tribulaciones que ha de padecer no hemos de decir que han de reinar, se deducirá que tampoco en los mismos mil años cualquiera de los santos que padecía tribulaciones, al tiempo de padecerlas no reinó con Cristo; y, por consiguiente, tampoco aquellos cuyas almas vio el autor de este libro, según dice, que padecieron muerte por dar testimonio de la fe de Cristo y por la palabra de Dios, reinarían con Cristo cuando padecían la persecución, ni eran reino de Cristo aquellos a quienes con más excelencia poseía Cristo.

Lo cual, sin duda, es absurdo, pues sin duda las almas victoriosas de los gloriosísimo mártires, vencidos y concluidos todos los dolores y penalidades, después que dejaron los miembros mortales, reinaron y reinarán con Cristo hasta que terminen los mil años, para reinar también después de recobrar los cuerpos inmortales. Así, pues, las almas de los que murieron por dar testimonio de Cristo las que antes salieron de sus cuerpos y las que han de salir en la misma última persecución, reinarán con hasta que se acabe el siglo mortal se trasladen a aquel reino donde no habrá ya más muerte. Por lo cual llegaran a ser más los anos que los santos remarán con Cristo, que la prisión del demonio, porque cuando el demonio no estará ya atado en aquellos tres años y medio, reinarán con su Rey, el Hijo de Dios.

Cuando San Juan dice: «Los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con el Señor mil años, y, terminados éstos, soltarán a Satanás de su cárcel» debemos entender o que no se acaban los mil años de este reino de los santos, sino los de la prisión del demonio, de manera que los mil años, esto es, todos los años los tengan cada una de las partes, para acabar los suyos en diferentes y propios espacios, siendo el más largo el reino de los santos, y más breve la prisión del demonio; o realmente debemos creer que por ser el espacio de los tres años y medio brevísimo, no se pone en cuenta, sea en lo que parece que tiene de menos prisión de Satanás, o en lo que tiende más el reino de los santos; como lo manifesté hablando de los cuatrocientos años en el capítulo XXIV libro XVI de esta obra, los cuales, aun que eran algo más, sin embargo, lo llamó cuatrocientos. Muchas cosas como éstas hallaremos en la Sagrada Escritura, si así lo quisiéramos advertir.

CAPITULO XIV

De la condenación del demonio con los suyos, y sumariamente de la resurrección de los cuerpos de todos los difuntos y del juicio de la última retribución Después de haber referido esta última persecución, breve y concisamente refiere todo cuanto el demonio y la ciudad enemiga con su príncipe ha de padecer en el último juicio. Porque dice: «Y el demonio, que los engañaba, fue echado en un estanque de luego y azufre, donde la bestia y los seudos o

falsos profetas han de ser atormenta dos de día y de noche para siempre jamás.» Ya dijimos en el capítulo IX, que puede entenderse bien por la bestia la misma ciudad impía y su seudo» profeta y Anticristo, o aquella imagen o ficción de que hablamos aquí.

Después de esto, recapitulando, refiere cómo se le reveló el mismo juicio final, que será en la segunda resurrección de los muertos, es decir, la de los cuerpos, y dice: «Vi entonces un gran trono blanco, y uno sentado, en él, delante del cual la tierra y el cielo huyeron, y no quedó lugar para ellos.» No dice que vio un, trono grande y blanco, y uno sentado sobre él, y que de su presencia huyó el cielo y la tierra, porque esto no sucedió entonces, esto es, antes que se hiciese el juicio de los vivos y de los muertos, sino dijo que vio sentado en el trono a aquel fue cuya presencia huirían el cielo y la tierra; pero huirían después, porque acabado el juicio, entonces dejará de ser este cielo y esta tierra, comenzando a ser nuevo cielo y nueva tierra; pues este mundo pasará, mudándose las cosas, no pereciendo del todo.

Así lo dijo el Apóstol: «Porque se pasa la figura de este mundo, quiero que viváis sin solicitud y cuidado»; de modo que la figura es la que pasa, no la naturaleza. Habiendo, pues, dicho San Juan que vio a uno que estaba sentado en un trono, a cuya presencia (lo que después ha de suceder) huyó el cielo y la tierra: «Después vi, dice, a los muertos grandes y pequeños en pie delante del trono, y fueron abiertos los libros, y después se abrió aún otro libro, que es el libro de la vida, y los muertos fueron jugados por lo que estaba escrito en los libros; según sus obras.» Dice que se abrieron libros y el libro, y que éste es el libro de la vida de cada uno luego los libros que puso en primer lugar deben entenderse los sagrados así los del Viejo como los del Nuevo Testamento, para que en ellos se registren los mandamientos y preceptores que Dios mandó guardar.

El otro, que trata de la vida particular de cada uno contiene cuanto cada uno observó no observó; el cual libro, si carnalmente le quisiéramos considerar, ¿quién podrá estimar su grandeza, prolijidad y extensión? ¿O en cuánto tiempo podrá leerse un libro donde están escritas las vidas de cuantos hombres ha habido y hay? Acaso ha de haber tanto número de ángeles cuanto hay de hombres para que cada uno oiga a su Angel recitar su vida? Luego no ha de ser uno el libro de todos, sino para cada uno el suyo. Pero aquí la Escritura, queriendo darnos a entender que ha de ser uno, dice: «Y se abrió otro libro.» Por lo cual debemos entender cierta virtud divina con que sucederá que a cada uno se le vengan a la memoria todas las obras buenas o malas que hizo y las verá con los ojos de su entendimiento con maravillosa presteza, acusando o excusando a su conciencia el conocimiento que tendrá de ellas.

De esta manera se hará el juicio de cada uno de por sí, y de todos juntamente, cuya virtud divina se llamó libro, porque en ella en cierto modo se lee todo lo que se recuerda haber hecho. Y para demostrar qué clase de muertos han de ser juzgados, esto es, chicos y grandes, recopila y dice, como retrocediendo a lo que había dejado, o, por mejor decir, diferido: «Y el mar dio los muertos que habían sido sepultados en sus aguas; la muerte y el infierno dieron también los muertos que en sí tenían.» Esto, sin duda, sucedió primero que los muertos fuesen juzgados, y, sin embargo, dijo aquello primero. Por eso he dicho que resumiendo volvió a lo que había dejado. Pero después siguió el orden de los sucesos, y para que se explicase este orden, repitió lo que ya se había dicho perteneciente al juicio de los muertos. Y después de referir que dio el mar los muertos que había en él, y que la

muerte y el infierno volvieron los muertos que en sí tenían, añadió inmediatamente lo que poco antes había dicho: «Y cada uno fue juzgado según sus obras», que es lo mismo que antes dijo: «Y los muertos fueron juzgados según sus obras.»

CAPITULO XV

Qué muertos son los que dio el mar para el juicio, o cuáles son los que volvió la muerte y el infierno Pero ¿qué muertos son los que dio el mar que estaban en él? Acaso los que murieron en el mar no están en el infierno? ¿Acaso sus cuerpos se guardan en el mar? O lo que es más absurdo, ¿el mar tenía los muertos buenos y el infierno los malos? ¿Quién ha de pensar tal cosa? Muy a propósito entienden algunos que en este lugar el mar significa este siglo. Así que, queriendo San Juan advertir que habían de ser juzgados todos los que hallará Cristo todavía en sus cuerpos, juntamente con los que han de resucitar, a los que hallará en sus cuerpos los llamó muertos; lo mismo a los buenos de quienes dice el Apóstol «que están muertos acá, y que su vida está escondida y atesorada con Cristo en Dios», como a los malos, de quienes dice el sagrado cronista: «Dejen a los muertos que entierren sus muertos, quienes pueden ser llamados también muertos, porque traen cuerpos mortales.

Por ello dice el Apóstol: «Que el cuerpo está muerto por el pecado, pero el alma vive por la justificación», mostrando que lo uno y lo otro se halla en el hombre viviente y que está todavía en este cuerpo, el cuerpo muerto y el alma viva. No dijo cuerpo mortal, sino muerto; aunque poco después los llama también cuerpos mortales, que es como más comúnmente se llaman. Otros muertos, pues, dio el mar, que estaban en él, esto es, dio este siglo todos los hombres que había en él, porque aun no habían fallecido. Y la muerte y el infierno -dice- fueron sus muertos, los que tenían en sí. El mar les dio, porque así como se hallaron se presentaron, pero la muerte y el infierno los volvieron a dar, porque los redujeron a la vida, de la cual se habían ya despedido. Y acaso no en vano no dice la muerte o el infierno, sino ambas cosas; la muerte, por los buenos que sólo pudieron Padecer la muerte, pero no el infierno; y el infierno, por los malos, los cuales pasarán sus penas respectivas en el infierno.

Porque si con razón parece creemos que también los santos antiguos que creyeron en Cristo antes que viniese al mundo estuvieron en los infiernos aunque en Parte remotísima de los tormentos de los impíos, hasta que los sacó y libró de aquella cárcel la preciosa sangre de Jesucristo y su bajada a aquellos tenebrosos lugares; sin duda en lo sucesivo los fieles buenos, redimidos ya por aquel precio que por ellos se derramó, de ningún modo saben qué cosa es infierno; hasta que, recobrando sus cuerpos, reciban los bienes que merecen.

Y habiendo dicho: «y fueron juzgados cada uno conforme a sus obras», brevemente añadió cómo fueron juzgados: «Y el infierno y la muerte fueron arrojados al estanque de fuego», indicando con estas palabras al demonio, porque es el autor de la muerte y de las penas del infierno, y juntamente todo el escuadrón de los demonios, porque esto es lo que arriba más expresamente, anticipándose, había ya dicho; y el demonio, que los engañaba, fue echado en un estanque de fuego y de azufre. Pero lo que allí expresó con más oscuridad diciendo: «a donde la bestia y el seudo-profeta», aquí lo dice más claro: «y el que no se halló escrito en el libro de la vida, fue arrojado al estanque de fuego». No sirve este libro de memoria a

Dios para que no se engañe por olvido, sino que significa la predestinación de aquellos a quienes ha de darse la vida eterna. Porque no los ignora Dios, y para saberlos lee en este libro, sino que antes la misma presciencia que tiene de ellos, que es la que no se puede engañar, es el libro de la vida donde están los escritos, esto es, los conocidos para la vida eterna.

CAPITULO XVI

Del nuevo cielo y de la nueva tierra Concluido el juicio en el cual nos anunció habían de ser condenados los malos, resta que nos hable también respecto de los buenos. Y puesto que ya nos explicó lo que dijo el Señor en compendiosas palabras: «Estos irán a los tormentos eternos», corresponde ahora que nos declare lo que allí añade: «Y los justos Irán a la vida eterna». «Después de esto vi un cielo nueve y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no le habla.» Según este orden ha de suceder lo que arriba, anticipándose, dijo: que vio uno sentado sobre un uno, a cuya presencia huyó él cielo y la tierra, porque, acabó el juicio universal.

Habiendo condenado a los que no se hallaron escritos en el libro de la vida y echándoles al fuego eterno (cuál sea este fuego y en qué parte del mundo haya de estar, presumo que no hay hombre que lo sepa, sino aquel que acaso lo sabe por revelación divina), entonces pasará la figura de este mundo por la combustión del fuego mundano, como se hizo el Diluvio con la inundación de las aguas mundanas. Así que, con aquella combustión mundana, las cualidades de los elementos Corruptibles que cuadraban a nuestros cuerpos corruptibles perecerán y se consumirán, ardiendo completamente, y la substancia de los elementos tendrá aquellas cualidades que convienen con maravillosa transformación a los cuerpos inmortales, para que el mundo; renovado y mejorado, se acomode concordemente a los hombres renovados y también mejorados en la carne.

Lo que dice: «Y el mar ya no lo había», no me determinaría fácilmente a explicarlo: si se secará con aquel ardentísimo calor o si igualmente se transformará en otro mejor; pues aunque leemos que habrá nuevos cielos y nueva tierra, sin embargo, del mar nuevo no me acuerdo haber leído cosa alguna, sino, lo que se dice en este mismo libro: «Como un mar de vidrio, semejante al cristal». Pero entonces no hablaba del fin del mundo ni parece que dijo propiamente mar, sino como un mar, Igualmente que ahora (como la locución profética gusta de mezclar las palabras metafóricas con las propias, y así ocultarnos en cierto modo su significación, tendiendo un velo a lo que dice) pudo hablar de aquel mar y no del mencionado, cuando dice: «Y dio el mar sus muertos, los que estaban en él»; porque entonces no será este siglo turbulento y tempestuoso con la vida de los mortales, lo que nos significó y figuró con, el nombre de mar.

CAPITULO XVII

De la glorificación, de la Iglesia sin fin después de la muerte «Y yo, Juan, vi bajar del cielo la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que venía de Dios, adornada como una esposa para su esposo. Y oí una voz grande que salía del trono y que decía: Veis aquí el tabernáculo de

Dios con los hombres, y habitará con, ellos y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, quedando en medio de ellos, será su Dios. Dios les enjugará todas las lágrimas de sus ojos y no habrá más muerte, ni más llanto, ni más grito, ni más dolor; porque las primeras a cosas son pasadas; entonces el que esta sentado en el trono, dijo: Veis aquí hago yo nuevas todas las cosas.» Dícese que baja del cielo esta Ciudad porque es celestial la gracia con que Dios la hizo; por eso, hablando con ella, la dice también por medio de Isaías: «Yo soy el Señor que te hizo.»

En efecto, desde su origen y principio desciende del cielo, después que por el discurso de este siglo, con la gracia de Dios, que viene de lo alto va creciendo cada día el número de sus ciudadanos por medio del bautismo de la regeneración, en virtud de Espíritu Santo enviado del cielo. Pero por el juicio de Dios, que será el último y final, que hará su Hijo Jesucristo, será tan grande y tan nueva por especial beneficio de Dios, la claridad con que se manifestará, que ni le quedará rastro, alguno de lo pasado puesto que los cuerpos mudarán igual mente su antigua corrupción y mortalidad en una nueva incorrupción inmortalidad.

Pues querer entender por este tiempo en que reinan con su rey por espacio de mil años, me parece que es demasiada obstinación, diciendo bien claro que les enjugará todas las lágrimas de sus ojos, y que no habrá más muerte, ni llanto, ni clamores, ni género de dolor. ¿Y quién habrá tan impertinente y tan fuera de sí de puro obstinado, que se atreva a afirmar que en los trabajos de la vida mortal no sólo todo el pueblo de los santos, sino cada uno de los santos, dejara de pasar o haber pasado esta vida sin lágrimas algunas ni dolor, siendo así que cuanto uno es más santo, y está más lleno de deseos santos, tanto más abundantes son sus lágrimas en la oración? ¿Acaso no es la ciudad soberana de Jerusalén la que dice: «De día y de noche me sirvieron de pan mis lágrimas»;. «lavaré cada noche mi lecho con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado»? «No ignoras, Señor, mis gemidos». «¿Mi dolor será renovado?» ¿O por Ventura no son hijos suyos los que régimen cargados de este cuerpo, del que no querrían verse despojados, sino vestirse sobre él y que la vida eterna consumiese, no el cuerpo, sino lo que tiene de mortalidad»? ¿Acaso no son aquellos «que teniendo las primicias de la gracia del espíritu tan colmadas, gimen en sí mismos deseando y esperando la adopción de los hijos de Dios, y no cualquiera, no la redención y perfecta libertad e inmortalidad del cuerpo y del alma? ¿Por ventura el mismo Apóstol San Pablo no era ciudadano de la celestial Jerusalén, o no era mucho más cuando «andaba tan triste y con continuo dolor en su corazón por causa de, los israelitas, sus hermanos carnales? «¿Y cuándo dejará de haber muerte en esta ciudad, sino, cuando se diga: ¿adónde esta, ¡oh muerte!, tu tesón? ¿Adónde está tu guadaña? La guadaña de la muerte es el pecado.» El cual, sin duda, no le habrá entonces cuando se le diga: «¿dónde está?»

Pero ahora, no dama y no da voces cualquiera de los humildes e ínfimos ciudadanos de aquella ciudad, sino el mismo San Juan en su epístola: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no está la verdad en nosotros.» Aunque en este libro del Apocalipsis se declaran muchos misterios en estilo profético, para excitar el entendimiento del lector, y hay pocas expresiones en él por cuya claridad se puedan rastrear (poniendo algún cuidado y molestia) las demás, especialmente porque de tal suerte repite de muchas maneras las mismas cosas, que parece que dice otras; averiguándose que estas mismas las dice de una y otra y muchas maneras; con todo, las palabras donde dice «que les

limpiará todas las lágrimas de sus ojos y que no habrá más muerte, ni llanto, ni clamores, ni género de dolor», con tanta luz y claridad se dicen del siglo futuro y de la inmortalidad y eternidad de los santos (Porque entonces solamente, y allí precisamente, no ha de haber estas cosas), que en la Sagrada Escritura no hay que buscar, cosa clara si entendemos que éstas son oscuras.

CAPITULO XVIII

Que es lo que el Apóstol San Pedro predicó del último y final juicio de Dios Veamos ahora qué es lo que igualmente escribió el Apóstol San Pedro de este juicio final: «Primeramente, dice, sabed que en los últimos tiempos vendrán unos impostores artificiosos, que seguirán sus propias pasiones y dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron nuestros padres, todas las cosas perseveran como desde el principio del mundo. Mas ignoran los que esto quieren, que al principió fueron criados los cielos por la palabra de Dios, y que la tierra se dejó ver fuera del agua, y subsiste en medio de las aguas. Y que, por estas cosas, el mundo que entonces era, pereci6 sumergido en las aguas.

Mas los cielos y la tierra que ahora subsisten por la misma palabra están reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Carísimos, una cosa hay que no debéis ignorar, y es que, delante del Señor, un día es como mil años, y mil años como un solo día. No tardará el Señor, como piensan algunos, en cumplir su promesa; sino que por amor de vosotros espera con paciencia, no queriendo que alguno se pierdan, sino que todos se conviertan a Él por la penitencia; porque el día del Señor vendrá cómo un ladrón, y entonces los cielos pasarán con grande ímpetu, los elementos se disolverán por el calor del fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será abrasada. Como todas estas cosas han de perecer, ¿cuáles debéis ser vosotros, y cuál la santidad de vuestra vida y la piedad de vuestras acciones esperando y deseando que venga pronto la venida del día del Señor, en que el ardor del fuego disolverá los cielos y derretirá los elementos? Porque esperamos; según sus promesas, unos cielos nuevos y' una tierra nueva, donde habitará la justicia. En ésta su carta no dice cosa particular de la resurrección de los muertos, aunque, sin duda, ha dicho lo bastante acerca de la destrucción de este mundo, donde, refiriendo lo que acaeció en el Diluvio, aparece que en cierto modo nos advierte cómo hemos de entender y creer que al fin del siglo ha de perecer toda la tierra. Porque igualmente dice que pereció en aquel tiempo el mundo que florecía entonces, y no sólo la tierra, sino también los cielos, por los cuales entendemos, sin duda, el aire, hasta el espacio que entonces ocupó el agua con sus crecientes.

Todo o casi todo este aire, que llama cielo o cielos (no entendiéndose en estos ínfimos los supremos donde están el sol, la luna y las estrellas), se convirtió en agua, y de esta forma pereció con la tierra, á la cual, en cuanto a su primera forma, había destruido el Diluvió. Y los cielos, dice, y la tierra que ahora existe, por el mismo decreto y disposición se conservan reservados para el fuego, para ser abrasados en el día del juicio y destrucción de los hombres impíos. Por lo cual los mismos cielos, la misma tierra, esto es, el mismo mundo que pereció con el Diluvió y quedó otra vez fuera de las mismas aguas, ese mismo está reservado para' el fuego final el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.

Tampoco duda decir que sucederá la perdición de los hombres por el trastorno tan singular y terrible que expe- rimentarán, aunque su naturaleza permanezca en medio de las penas eternas. ¿Preguntará acaso alguno: si, terminado el juicio, ha de arder todo el orbe, antes que en su lugar se reponga nuevo cielo y nueva tierra, y al mismo tiempo que se quemare, dónde estarán los santos, pues teniendo cuerpos es necesario que estén en algún lugar corporal? Puede responderse que estarán en las regiones superiores, donde no llegará a subir la llama de aquel voraz incendio, así como tampoco alcanzaron las aguas del Diluvio, porque los cuerpos que tendrán serán tales que estarán donde quisieren estar. Tampoco temerán al fuego de aquel incendio, siendo, como son, inmortales e incorruptibles, así como los cuerpos corruptibles y mortales de aquellos tres jóvenes pudieron vivir sin daño alguno en el horno de fuego, que ardía extraordinariamente.

CAPITULO XIX

De lo que el Apóstol San Pablo escribió a los tesalonicenses, y de la manifestación del Anticristo, después del cual seguirá el día del Señor Bien advierto que necesito omitir muchas circunstancias que ocurren están escritas sobre este último y fin juicio de Dios en los libros evangélicos y apostólicos, porque no abulte demasiado este volumen; pero por ningún pretexto debemos pasar en silencio lo que el Apóstol San Pablo escribe a los tesalonicenses: «Os rogamos, hermanos, dice, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y por la congregación de los que nos hemos de unir con e Señor, que no os apartéis fácilmente de vuestro dictamen, ni os atemoricéis ni por algún espíritu, ni por palabra, ni por carta, enviada en mi nombre anunciando que llega ya la venida de Señor, no os engañe alguno, porque antes vendrá aquel rebelde, y se manifestará aquel hombre hijo del pecado y de la perdición, el cual se opondrá levantará contra toda doctrina y contra todo lo que se dice y cree de Dio en la tierra de suerte que llegará sentarse en el templo de Dios, vendiéndose a sí mismo por Dios. »¿No os acordáis que cuando estaba todavía entre vosotros os decía estas cosas? Ya sabéis vosotros la causa que ahora le detiene hasta que sea manifestado o venga el día señalado.

El hecho es que ya va obrando o se ve formando el misterio de la iniquidad entre tanto, el que está firme ahora manténgase hasta que sea quitado el impedimento, y entonces se manifestara aquel malvado a quien el Señor quitará la vida con el aliento de su boca, deshará con el resplandor de su presencia a aquel que vendrá con el poder de Satanás, con señales y prodigio mentirosos, y con toda maliciosa sedición, para engañar y perder a los perdidos réprobos, porque no recibieron el amor de la verdad para que salvaran. Y por esto les enviará Dios el artificio del error, a fin de que crear la mentira y sean juzgados y condenados todos los que no creyeren la verdad, sino que consintieren y aprobaren la maldad.» No hay duda que todo esto lo dice del Anticristo y del día, del juicio, por que este día del señor dice que no vendrá hasta que venga primero aquel que llama rebelde a Dios nuestro Señor; lo cual, si puede decirse de todos los malos, ¿cuánto más de éste? Pero en qué templo de Dios se haya de sentar como Dios, es incierto; si será en aquellas ruinas del templo que edificó el rey Salomón o en la Iglesia; porque a ningún templo de los ídolos o demonios llamará el Apóstol templo de Dios. Algunos quieren que en este lugar, por el Anticristo, se entienda, no el mismo príncipe y cabeza, sino en cierto modo todo su cuerpo, esto es, la muchedumbre de los hombres que pertenecen a él juntamente con su príncipe, y

piensan que mejor se dirá en latín, como está en el griego, no in templo Dei, sino in templum Dei sedeat, como si el fuese el templo de Dios, esto es, la Iglesia; como decimos sedet in amicum, esto es, como amigo.

Lo que dice «y ahora bien sabéis lo que le detiene, esto es, ya sabéis la causa de su tardanza y dilación para que se descubra aquél a su tiempo; y porque dijo que lo sabían ellos, no quiso manifestarlo expresamente. Nosotros, que ignoramos lo que aquéllos sabían, deseamos alcanzar con trabajo lo que quiso decir el Apóstol, y no podemos, especialmente porque lo que añade después hace más oscuro y misterioso el sentido. ¿Qué quiere decir «porque ya ahora principia a obrar el misterio de la iniquidad, sólo el que está firme ahora manténgase, hasta que se quite el impedimento? ¿Y entonces se descubrirá aquel inicuo?» Yo confieso que de ningún modo entiendo lo que quiso decir; sin embargo, no dejaré de insertar aquí las sospechas humanas que, sobre esto he oído o leído. Algunos piensan que dijo esto del Imperio Romano, y el Apóstol San Pablo no lo quiso decir claramente porque no le calumniasen e hiciesen cargo de que deseaba mal al Imperio a mano, el cual entendían que había de ser eterno; como esto que dice: «y ahora principia a obrar el misterio de la iniquidad», imaginan que lo dijo por Nerón, cuyas acciones ya parecían se- mejantes a las del Anticristo. Por lo social sospechan algunos que ha de resucitar y que ha de ser el Anticristo; aunque otros piensen que tampoco murió, sino que le escondieron para que creyeran que era muerto, y que vivo está escondido en el vigor de la edad juvenil en que estaba cuando se dijo que le mataron, hasta que se descubra a su tiempo y le restituyan en su reino. Mucho me admira la gran presunción de los que tal opinan.

Sin embargo, lo que dice el Apóstol: «Sólo el que ahora está firme manténgase hasta que se quite de en medio el impedimento», no fuera de propósito, se entiende que lo dice del mismo Imperio Romano, como si dijera: sólo resta que el que ahora reina reine hasta que le quiten de en medio, esto, es, hasta que le destruyan y acaben, y entonces se descubrirá aquel inicuo; por el cual ninguno duda que entiende el Anticristo. Otros también, sobre lo que dice: «Bien sabéis lo que le detiene, y que principia a obrar el misterio de la iniquidad», piensan que lo dijo de los malos e hipócritas que hay en la iglesia, hasta que lleguen a tanto numero que constituyan un numeroso pueblo al Anticristo, y que éste es el misterio de la iniquidad, por cuanto parece oculto; y que, además, el Apóstol amonesta a los fieles que perseveren constantes en la fe que profesan, cuando dice: «Sólo el que ahora está firme manténgase hasta que se quite de en, medio el impedimento», esto es, haga que salga de en medio de la Iglesia el misterio de la iniquidad, que ahora está oculto. Porque a este misterio piensan que pertenece lo que dijo San Juan evangelista en su epístola: «Hijitos, ha llegado la última hora, y como habéis oído decir que ha de venir el Anticristo, también hay ahora muchos Anticristos o doctores falsos; y esto nos da a conocer que ha llegado la última hora.

Estos han salido de nosotros, mas no eran de los nuestros, porque si hubieran sido de los nuestros hubieran permanecido con nosotros.» Igualmente dicen, así como, antes del fin, en esta hora, que llama San Juan la última, han salido muchos herejes de en medio de la Iglesia, a quienes llama muchos Anticristos: así, entonces saldrán de allí todos, los que pertenecerán, no a Cristo, sino a aquel último Anticristo, y entonces se manifestará. Unos conjeturan de una manera y otros de otra, sobre estas palabras oscuras del Apóstol; aunque no hay duda en lo que dijo de que no vendrá Cristo a juzgar a los vivos y a los muertos, si

antes no viniere a engañar a los muertos en el alma su adversario el Anticristo; aunque pertenece al ocultó juicio de Dios el haber de ser engañados por él.

Su venida será, como se ha dicho, con todo el poder de Satanás, con señales y prodigios falsos y engañosos para seducir a los perdidos y réprobos; porque entonces estará suelto Satanás, y obrará por medio del Anticristo prodigios admirables, pero falsos. Aquí suelen dudar si se llaman señales y prodigios mentirosos; porque vendrá a engañar a los sentidos humanos con fantasmas y, apariencias, de forma que parezca que hace lo que no hace, o porque aquellos mismos portentos, aunque sean verdaderos, han de ser para atraer a la mentira a los que creyeren que aquéllos no pudieron hacerse si virtud, divina, ignorando la virtud y potestad que tiene el demonio, principalmente cuando le consideran poder que jamás tuvo. Pues, en efecto, no diremos que fueron fantasmas cuando vino fuego del cielo y consumió de un golpe tan dilatada e ilustre familia, con tantos y tan numerosos hatos de ganado, del santo Job, y cuando el torbellino impetuoso, derribando la casa, le mató los hijos; todo lo cual fue, sin embargo, obra de Satanás, a quien dio Dios este poder. A cuál de estas dos causas las llamó señales y prodigios mentirosos, entonces se echará de ver mejor, aunque por cualquiera de ellas que los llame así serán alucinados y engañados con sus señales y prodigios los que merecerán ser seducidos, porque no recibieron, dice, el amor de la verdad para que se salvaran.

Y no dudó el Apóstol añadir: «y por eso les enviará Dios un espíritu erróneo, para que crean a la mentira y a la falsedad». Dice que Dios le enviará, porque Dios permitirá que el demonio ejecute estas maravillas por sus justos e impenetrables juicios, aunque el demonio lo haga con intención inicua o maligna; «para que sean juzgados, dice, y condenados todos cuantos no creyeren en la verdad, sino que consintieron y aprobaron la iniquidad». Por cuya razón los juzgados serán engañados y los engañados serán juzgados; aunque los juzgados serán engañados por aquellos juicios de Dios, ocultamente justos y justamente ocultos, con los cuales desde el principio, desde que pecó la criatura racional, nunca dejó de juzgar. Y los engañados serán juzgados con el último y manifiesto juicio por Jesucristo, que juzga y condenará justísimamente, habiendo sido el Señor injusta e impíamente juzgado y condenado.

CAPITULO XX

Que es lo que San Pablo, en la p mera epístola que escribe a los tesalonicenses, enseña de la resurrección los muertos Aunque en el citado lugar no hablo de la resurrección de los muertos, no obstante, en la epístola primera escribe a los mismos tesalonicenses dice: «No queremos que ignoréis, he manos, lo que pasa de los muertos para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza; por que si creemos que Jesucristo murió y resucitó, asimismo hemos de creer que Dios, a los que murieron, los ha de volver a la vida por el mismo Jesús, resucitados por Él y con Él; porque os digo en nombre del Señor que nosotros, que ahora vivimos, o lo que vivieren entonces cuando viniere Señor, no hemos de resucitar primero que los otros que murieron ante porque el mismo Señor en persona, con imperio y majestad, a voz y pregón un arcángel, y al son de una trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que hubieren muerto en Cristo resucitará primero; después nosotros, los que

no hallaremos vivos, todos juntamente con los que murieron antes, seremos arrebatados y llevados en las nubes por los aires a recibir a Cristo, y así estaremos siempre con el Señor.

Estas palabras apostólicas, con toda claridad nos enseñan, la resurrección que debe haber de los muertos cuando venga nuestro Señor Jesucristo a jugar a los vivos y los muertos. Pero se suele dudar si los que hallará en la tierra Cristo Señor nuestro vivos, cuya persona transfirió el Apóstol en sí y en los que entonces vivía con él, nunca han de morir, o si en e mismo instante que serán arrebatados juntamente con los resucitados, por los, aires a recibir a Cristo pasarán, con admirable presteza, por la muerte a la inmortalidad. Pues no hemos de juzga imposible que mientras los llevan por los aires, en aquel espacio intermedio no puedan morir y resucitar. Lo que dice: «y así siempre estaremos con el Señor», no debemos entenderlo como si dijera que nos habíamos de quedar con el Señor siempre en el aire; porque ni Él ciertamente quedará allí, porque viniendo ha de pasar, pues al que viene se le sale a recibir, y no al que está quedo.

Y así estaremos con el Señor; esto es, así estaremos siempre, teniendo cuerpos eternos dondequiera que estuviéremos con Él. Según este sentido, parece que el mismo Apóstol nos induce a que entendamos que también aquellos a quienes el Señor hallare vivos en el mundo, en aquel Corto espacio de tiempo han de pasar por la muerte y recibir la inmortalidad, cuando dice: «que todos han de ser vivificados por Cristo»; diciendo en otro lugar, con motivo de hablar sobre la resurrección de los muertos: «El grano que tú siembras no se vivifica, si no muere y se corrompe primero.» ¿Cómo, pues, los que hallare Cristo vivos en la tierra se han de vivificar por Él con la inmortalidad aunque no mueran, advirtiendo que dijo el Apóstol: «lo que tú siembras no se vivifica si primero no muere»? Aunque no digamos con propiedad que se siembra, sino de los cuerpos de los hombres que, muriendo, vuelven a la tierra (como lo expresa la sentencia que pronunció Dios contra el padre del linaje humano, cuando pecó: «tierra eres, y a la tierra volverás»); hemos de confesar que a los que hallare Cristo cuando viniere sin que hayan salido aún de sus cuerpos ni les comprenden estas palabras del Apóstol ni las del Génesis; porque siendo arrebatados a lo alto por las nubes, ni los siembran, ni van a la tierra, ni vuelven de ella; ya no pasen por la muerte, ya la sufran por un momento en el aire. Pero aun se nos ofrece otra duda. El mismo Apóstol, hablando de la resurrección de los cuerpos a los corintios, dice: «Todos resucitaremos»; o, como se lee en otros códices: «Todos hemos de dormir».

Siendo cierto que no puede haber resurrección sin que preceda muerte, y que por el sueño no podemos entender en aquel pasaje sino la muerte, ¿cómo todos han de dormir o resucitar, si tantos como hallará Cristo en sus cuerpos no dormirán ni resucitarán? Si creyéremos que los santos que se hallaren vivos cuando venga Cristo, y fueren arrebatados para salirle a recibir, en el mismo rapto saldrán de los cuerpos mortales y volverán a los mismos cuerpos ya inmortales, no encontraríamos dificultad alguna en las palabras del Apóstol; así, cuando dice que «el grano que tú siembras no se vivificará si antes no muere», como cuando dice «que todos hemos de resucitar» o «todos hemos de dormir»; porque estos tales no serán vivificados con la inmortalidad si primero, por poco momento que pase, no mueren, y así tampoco dejarán de participar de la resurrección aquellos a quienes precede el sueño, aunque brevísimos, pero efectivamente alguno. ¿Y por qué se nos ha de figurar increíble que tanta multitud de cuerpos se siembre en cierto modo en el aire, y que allí luego resucite y reviva inmortal e incorruptiblemente, creyendo, como creemos, lo que

el mismo Apóstol claramente dice: que la resurrección ha de ser en un batir de ojos, y que con tanta facilidad y con tan inestimable velocidad el polvo de los antiquísimos cuerpos ha de, volver a los miembros que han de vivir sin fin? Ni tampoco debemos pensar que se libertarán los santos de aquella sentencia que se pronunció contra el hombre: «tierra eres, y a la tierra has de volver», aun cuando al morir sus cuerpos no caigan en la tierra, sino que en el mismo rapto, al morir, resuciten en el espacio de tiempo que van por el aire; porque a la tierra irás quiere decir, irás en perdiendo la vida, a lo que eras antes que tomases vida, esto es, serás sin alma lo que eras antes que fueses animado (pues tierra fue a la que inspiró Dios en el rostro el soplo de vida cuando fue criado el hombro animal vivo), como si le dijeran: tierra eres animada, lo que antes no eras; tierra serás sin alma, como antes lo eras; lo cual son aun antes de que se corrompan y pudran todos los cuerpos de los difuntos, como también lo serán los santos si murieren, dondequiera que mueran, cuando carecieren de la vida que al momento han de recobrar.

De esta conformidad irán a la tierra, porque de hombres vivos se harán tierra; como se va a la ceniza lo que se hace ceniza, y se va a la senectud lo que se hace viejo, y se va a cascote lo que del barro se hace cascote, y otras sesenta cosas que decimos de esta manera. Pero como ha de ser esto, que ahora conjeturamos según las débiles fuerzas de nuestro limitado entendimiento, po- dremos saberlo entonces. Porque si queremos ser cristianos, es necesario que creamos que ha de haber resurrección de los cuerpos muertos cuando viniere Cristo a juzgar los vivos y muertos, y no es vana en esto nuestra fe porque no podamos perfectamente comprender el cómo ha de ser. Tiempo es ya, como prometimos arriba, de que manifestemos lo que pareciere bastante, de lo que dijeron también los profetas en el Viejo Testamento de este último y final juicio de Dios. En lo cual, a lo que entiendo, no será necesario detenernos mucho, si procurare el lector valerse de lo que hemos ya dicho.

CAPITULO XXI

Qué es lo que el profeta Isaías dice de la resurrección de los muertos y, de la retribución del Nido El profeta Isaías dice: «Resucitarán los muertos, y resucitarán los que estaban en las sepulturas, y se alegrarán todos los que están en la tierra; porque el rocío que procede de ti les dará la salud, pero la tierra de los impíos caerá.» Las primeras expresiones de este vaticinio pertenecen a la resurrección de los bienaventurados; mas en aquellas donde expresa que la tierra de los impíos caerá, se entiende bien claro que los cuerpos de los impíos caerán en la eterna condenación. Y si quisiéramos reflexionar con exactitud y distinción lo que dice de la resurrección, de los buenos, hallaremos que a la primera se debe referir lo que insinúa: «resucitarán los muertos»; y a la segunda, lo que sigue: «y resucitarán los que estaban en las sepulturas». Y si quisiéramos saber de aquellos santos que en la tierra hallará vivos el Señor, congruamente se les puede acomodar lo que añade: «y se alegrarán todos los que están en la tierra, porque el rocío que procede de ti les dará la salud». Salud, en este lugar, se entiende muy bien por la inmortalidad, porque ésta es la íntegra y plenísima salud que no necesita repararse con alimentos como cotidianos. El mismo Profeta, dando primero esperanza a los buenos y después infundiendo terror a los malos, dice de este modo: Esto dice el Señor: «Veis cómo yo desciendo sobre ellos como un río de paz y como un arroyo que sale de madre Y riega la gloria las gentes.

A los hijos de éstos los varé sobre los hombros y en mi los consolaré; así como cuando a la madre consuela a su hijo, así consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados; veréis, y se holgará vuestro corazón, y vuestros huesos nacerán como hierba. Y se conocerá la del Señor en los que le reverencia y su indignación y amenaza en los tumaces; porque vendrá el Señor como fuego, y sus carros como un torbellino para manifestar el grande furor de venganza y el estrago que ha de hacer con las llamas encendidas de fuego pues con fuego ha de juzgar el se toda la tierra, pasará a cuchillo toda carne, y será innumerable el número de los, que matará el Señor.» En la promesa de los buenos, que el Señor declina y baja como no de paz, en cuyas expresiones, duda, debemos entender la abundancia de su paz, tan grande que no puede ser mayor. Con ésta, en efecto, seremos bañados; de la cual hablan extensamente en el libro anterior.

Este río dice que le inclina y deriva sobre aquellos a quienes promete singular bienaventuranza, para que tendamos que en aquella región felicísima que hay en los cielos todas cosas se llenan y satisfacen con este río; mas por cuanto la paz influirá se derramará también en los cuerpos de terrenos la virtud de la incorrupción, e inmortalidad, por eso dice que dina y deriva este río, para que de parte superior en Cierto modo venga bañar también la inferior, y así haga los hombres iguales con los ángeles Por Jerusalén, asimismo, hemos entender, no aquella que es, sierva, en sus hijos, sino la libre, que es más nuestra, y según el Apóstol, «eterna en los cielos», donde, después de trabajos, fatigas y cuidados mortal seremos consolados, habiéndonos llevado como a pequeñuelos suyos en hombros y en su seno; porque, rudos y novatos, nos recibirá y acogerá aquella bienaventuranza nueva y de usada para nosotros con suavísimos regalos y favores. Mil veremos y alegrará nuestro corazón.

No decide lo que hemos de ver; pero ¿qué se, sino a Dios? De forma que se cumpla en nosotros la promesa evangélica de que serán bienaventurados los impíos de corazón, porque ellos verán Dios», y todas las otras maravillas y de grandezas que ahora no vemos; pero, creyéndolas según la humana capacidad no dad, las imaginamos incomparablemente mucho menos de lo que son. «Y veréis, dice, y se holgará vuestro corazón;» Aquí creéis, allí veréis. Pero porque dijo «y se holgará vuestro corazón», para que no pensáremos no que aquellos bienes de Jerusalén pertenecían sólo al espíritu, añadió: «Vuestros huesos nacerán y reverdecerán como la hierba»; donde comprendió la resurrección de los cuerpos como añadiendo lo que no había dicho, pues se harán cuando los viéremos, sino cuando se hubieren hecho los veremos. Ya antes había dicho lo del cielo nuevo y de la tierra nueva, refiriendo muchas veces y de diferentes manera las cosas que al fin promete Dios a los santos.

Habrá, dice, nuevos cielos y nueva tierra; no se acordarán de los pasados, ni les pasarán por el pensamiento, sino que en éstos hallarán alegría y contento; yo me regocijaré en Jerusalén, me alegraré en mi pueblo, y no se oirá más en ella voz alguna de llanto, etc.» Esta profecía intentara algunos espíritus carnales referirla a aquellos mil años ya insinuados, pues conforme a la locución profética, mezcla las frases y modos de hablar metafóricos con los propios para que la intención cuerda y diligente, con trabajo sutil y saludable, llegue al sentido espiritual; pero a la flojedad carnal o En la rudeza del entendimiento que, o no ha estudiado o se ha ejercitado poco, a contentándose con percibir

la corteza de la letra, le parece que no hay que penetrar ni buscar más en lo interior. Y baste haber dicho esto sobre las expresiones proféticas que se escriben antes de este pasaje.

Pero en éste, de donde nos hemos apartado, habiendo dicho: «y vuestros huesos nacerán o reverdecerán como nace y reverdece la hierba», para manifestar que hacía ahora mención de la resurrección de la carne, pero sólo de la de los buenos, añadió: «y se conocerán la mano del Señor en los que le reverencian y sirven». ¿Qué se denota aquí sino la mano del que distingue y aparta sus siervos y amigos de los que le despreciaron. A éstos se refiere en lo que sigue: «Y en su amenaza en los contumaces» o, como dice otro interprete, «en los incrédulos». Tampoco entonces amenazará, sino que lo que ahora dice con amenaza, entonces, se cumplirá efectivamente. Porque «vendrá el Señor dice, como fuego, y sus carros como tempestad, para mostrar el gran furor de su venganza y el estrago que ha de hacer con las llamas encendidas del fuego; pues con fuego ha de juzgar el Señor toda la tierra, y pasará a cuchillo toda la carne, y será innumerable el número de los que herirá el Señor». Ya sea con fuego, o con tempestad o con cuchillo, ello significa la pena del juicio, puesto que dice que el mismo Señor ha de venir como fuego, para aquellos se entiende, sin duda, a quienes ha de ser penal su venida. Y por sus carros (que los llamó en plural) entendemos, no incongruentemente, los ministros angélicos.

En lo que dice que con fuego y cuchillo ha de juzgar toda la tierra toda la carne, tampoco, aquí debemos entender a los espirituales y santos, sino a los terrenos y carnales, de quienes dice la Escritura «que saben gustan de las, cosas de la tierra», que «saber y vivir según la carne muerte», y a los que llama el Señor carne cuando dice: «No permanecer mi espíritu en estos hombres, porque son carne.» Lo que dice aquí: «Muchos serán los que herirá el Señor», de esta herida ha de resultar la muerte segunda. Aun que se puede también tomar en bien el fuego, el cuchillo y la herida, por que igualmente dijo el Señor que quería enviar fuego al mundo. y que vieron sobre los discípulos lenguas como de fuego cuando vino el Espíritu Santo: «No vine, dice el mismo Señor a poner paz en la tierra, sino el cuchillo.» A la palabra de Dios llama Ir Escritura cuchillo de dos filos, aludiendo a los dos Testamentos, y en los Cantares dice la iglesia Santa que está herida de caridad, como si esto viera herida de las saetas del amor pero como leemos aquí, u oímos que ha de venir el Señor castigando, claro está cómo han de entenderse estas palabras.

Después, habiendo referido brevemente los que habían de ser condenado por este juicio, bajo la figura de los manjares que se vedaban en la ley antigua, de los cuales no se abstuvieron significando los pecadores impíos, resume desde el principio la gracia de Nuevo Testamento, comenzando desde la primera venida del Salvador, y con incluyendo en el último y final juicio, de que tratamos ahora. Pues refiere que dice el Señor que vendrá a congregar todas las gentes, y que éstas vendrán y verán su gloria; pues, según el Apóstol, «todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios». Y dice que dejará sobre ellos señales, para que admirándose de ellas, crean en él, y que los que se salvaren de éstos, los despachará y los enviará a diferentes gentes, y a las islas más remotas, donde nunca oyeron su nombre ni vieron su gloria, y que éstos anunciarán su gloria a las gentes, y que traerán a los hermanos de estos con quien hablaba, esto es, a aquellos que siendo en la fe hijos de un mismo Dios Padre, serán hermanos de los israelitas escogidos, y que los traerán de todas las gentes, ofreciéndoles al Señor en jumentos y carruajes (por cuyos jumentos y carruajes se entienden bien los auxilios de Dios por medio de sus ministros e instrumentos de cualquier

género que sean, o angélicos o humanos) a la ciudad santa de Jerusalén, que ahora en los fieles santos está derramada por toda la tierra. Porque donde los ayuda la divina gracia, allí creen, y donde creen allí vienen. Y los comparó el Señor a los hijos de Israel cuando le ofrecían sus hostias y sacrificios con Salmos en su casa; lo cual donde quiera hace al presente la Iglesia y promete que de ellos ha de escoger para sí sacerdotes y levitas, lo que también vemos que se, hace ahora.

Pues no según el linaje de la carne y sangre, como eta el primer sacerdocio según el Orden de Aarón sino como convenía en el Testamento Nuevo, en el que Cristo es el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, vemos en la actualidad que, conforme al mérito que a cada uno concede la divina gracia, se van eligiendo sacerdotes y levitas, quienes no por el nombre de sacerdotes, el cual muchas veces alcanzan los indignos, sino por la santidad, que no es común a los buenos y a los malos, se deben estimar y ponderar. Habiendo hablado así sobre esta evidente y clara misericordia que ahora comunica Dios a su Iglesia, les prometió, también los fines, á los cuales ha de venirse a parar por el último y final juicio, después de hecha la distinción y separación de los buenos y de los malos, diciendo por el Profeta, o diciendo del Señor, el mismo Profeta: «Porque así como permanecerá el cielo nuevo y la tierra nueva delante de mí, dice el Señor, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre y mes tras mes, y sábado tras sábado.

Vendrá toda carne a adorar en presencia en Jerusalén, dice él y saldrán y verán los miembros los hombres que prevaricaron contra mi. El gusano de ellos no morirá, fuego no se apagará, y será visión abominación a toda carne.» Así acaba este Profeta su libro, como así también acabará el mundo. Algunos no traducen los miembros de los hombres, sino cuerpos muertos de varones, significando por cuerpos muertos la pena evidente los cuerpos, aunque no suele llamarse cuerpo muerto sino el cuerpo sin alma, y realmente aquellos han de cuerpos animados, porque de otra manera no podrían sentir los tormentos a no ser que se entienda serán cuerpos muertos, esto es, de aquellos caerán en la segunda muerte; por no fuera de propósito se pueden también llamar cuerpos muertos. Como entiende también la otra expresión cité arriba del mismo Profeta: «La tierra de los impíos caerá.» ¿Y que no ve que de caer se derivó la palabra cadáver. Y que aquellos intérpretes hablaron de varones en lugar de hombres, está claro, aunque nadie dirá que no ha de haber en aquel tormento mujeres prevaricadoras, sino que por más principal, mayormente por aquí de quien fue formada la mujer, se tiende uno y otro sexo. Pero lo que más hace al intento, cuando igualmente de los buenos se dice: «Vendrá toda carne, porque de todo género de hombres constará este pueblo» (puesto que no han de estar allí todos los hombres ya que los más se hallarán en las penas), según principié a decir, cuan el Profeta habla de la carne se refiere a los buenos, y cuando habla de miembros o cuerpos muertos alude los malos, sin duda después de la resurrección de la carne, cuya fe se establece con estos y semejantes vocablos, lo que apartará a los buenos los malos, llevando a cada uno a respectivos fines, declara que será juicio futuro.

CAPITULO XXII

Cómo debe de entenderse la salida de los santos a ver las penas de los malos Pero ¿cómo saldrán los buenos a v las penas de los malos? Acaso con movimiento del cuerpo dejarán

aquellas estancias y moradas bienaventuradas, e irán a los lugares de las penas y tormentos? Ni por pensamiento, no que saldrán por ciencia, porque este modo de decir se nos significó que los que padecerán los tormentos estarán fuera. Y así también el Señor llamó a aquellos lugares tinieblas exteriores, cuya contraposición es aquel infra que dice al buen siervo: «Entiende el gozo de tu señor», para que no pensemos que allá entran los malos a fin de que se sepa y tengan noticias de ellos, antes si parece que salen ellos los buenos por la ciencia que los han de conocer, pues han de comprender y tener exacta noticia de que está fuera. Porque los que estará en las penas no sabrán lo que se hace allá dentro en el gozo del Señor; pero los que estuvieren en aquel gozo, habrán lo que pasará allá fuera en las tinieblas exteriores.

Y por eso dijo saldrán, porque no se les esconderán aun los que estarán allá fuera. Pues si los profetas pudieron sabe estos ocultos sucesos antes que acaeciesen, porque estaba Dios, por muy poco que fuese, en el espíritu de aquellos hombres mortales, ¿cómo no ha de saber entonces las cosas ya sucedidas los santos inmortales cuando «Dios estará y será todo en todos» Permanecerá, pues, en aquella bienaventuranza la descendencia y nombre de los santos; la descendencia, es a saber, de la que dice San Juan: «Que su descendencia permanecerá en él» y el nombre del cual, por el mismo Isaías dice: «Le daré un nombre eterno, y tendrán un mes después de otro y un sábado después de otro sábado»: como quien dice luna tras luna, y descanso tras descanso; Cristo es, sus fiestas y solemnidades serán perpetuas, cosas ambas que tendrán ellos cuando pasaren de estas sombras viejas y temporales a aquellas luces nuevas y eternas. Lo que pertenece al fuego inextinguible y al gusano vivacísimo que ha de haber en los tormentos de los malos, de diferentes maneras lo lían declarado y entendido varios autores; porque algunos atribuyen lo uno y lo otro al cuerpo, otros lo uno y lo otro al alma, otros sólo propiamente el fuego al cuerpo, y el gusano metafóricamente al alma, lo cual parece más creíble.

No es tiempo ahora de disputar sobre esta diferencia, por cuanto en este libro nos hemos propuesto la idea de tratar sólo del juicio final, con el que se efectuará la división y distinción de los buenos y de los malos; y en lo concerniente a los premios y penas, en otra parte lo trataremos extensamente.

CAPITULO XXIII

Qué es Lo que profetizó Daniel de la persecución del Anticristo, del juicio de Dios y del Reino de los Cielos De este juicio final habla Daniel, de tal suerte, que dice que vendrá también primero el Anticristo, y llega con su narración al Reino eterno, de los santos. Porque habiendo visto en visión profética cuatro bestias, que significaban cuatro reinos, y al cuarto vencido por un rey, que se conoce ser el Anticristo, y después de éstos, habiendo visto al Reino eterno del Hijo del hombre, que se entiende Cristo, dios: «Grande fue el horror y admiración de mi espíritu; yo, Daniel, quedé absorto con esto, y sola la imaginación y visión interior me aterró. Y llegué a Uno de los que estaban allí, le pregunté la verdad de todo lo que allí se representaba, y me declaró la verdad.» Después prosigue lo que oyó a aquel a quien preguntó la verdad de todas estas cosas, y como si el otro se las declarara, dice: «Estas cuatro bestias grandes son cuatro reinos que se levantarán en la

tierra, los cuales se desharán y tomarán al fin el Reino los Santos del Altísimo, y le poseerán para siempre por todos los siglos de los siglos.

Después pregunté, dice, particularmente sobre la cuarta bestia porque era muy diferente de las de más, y mucho más terrible: tenía dientes de acero, unas de bronce, comía desmenuzaba y hollaba a las demás con sus pies; también pregunté acerco de los diez cuernos que tenía en la cabeza, y de otro que le nació entre ellos y derribé los tres primeros. Este cuerno tenía ojos, y una boca que hablaba cosas grandes y prodigiosas, y parecía mayor que los demás. Estaba yo atento, y vi que aquel cuerpo hacía guerra a los santos y prevalecía contra ellos, hasta que vino el antiguo de días y dio el Reino a los Santos del Altísimo, llegó el tiempo determinado y vinieron a conseguir el Reino los Santos.» Esto dice Daniel que preguntó. Después, inmediatamente, prosigue y pone lo que oyó, diciendo, y dijo: «Esto es, aquel a quien había preguntado, respondió y dijo: La cuarta bestia será el cuarto reino de la tierra, el cual será mayor que todos los reinos: comerá toda la tierra, la hollará y la quebrantará. Y sus diez cuernos, es porque de él nacerán diez reyes, y tras éstos nacerá otro, que con sus males sobrepujará a todos los que fueron antes de él, y abatirá y humillará a los tres Reyes, y hablará palabras injuriosas contra el, Altísimo, y quebrantará los Santos del Altísimo; le parecerá que podrá mudar los tiempos y la ley, y se le entregará en su mano hasta el tiempo y tiempos y la mitad del tiempo. Y se sentará el juez, le quitará su principado y dominio para acabarle y destruirle del todo para siempre.

Y el reino y potestad y la grandeza de los reyes que hay debajo de todo el cielo se entregará a los Santos del Altísimo. Cuyo reino es reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán. Hasta aquí es lo que me dijo, y a mi, Daniel, me turbaron mucho mis pensamientos, se me demudó el color del rostro y guardé en mi corazón estas palabras que me dijo.» Aquellos cuatro reinos declaran algunos y tienen por los de, los asirios, persas, macedonios y romanos. Quien quisiere saber con cuánta conveniencia y propiedad se dijo esto, lea los Comentarios que escribió sobre Daniel, con particular escrupulosidad y erudición, el presbítero Jerónimo. Pero que ha de venir a ser cruelísimo el reino del Anticristo contra la Iglesia, aunque por poco tiempo, hasta que por el último y final juicio de Dios reciban los santos el Reino eterno, el que leyere esta doctrina, aunque no sea con mucha atención, no podrá dudarlo.

El tiempo y tiempos y la mitad del tiempo se entiende por el número de los días que después se ponen, y alguna vez en la Sagrada Escritura se declara también por el número de los meses, que es un año dos años y medio; año, y, por consiguiente, tres anos y medio. Pues aunque el latín parece que se ponen los tiempos indefinidamente y sin limitación, con todo, aquí están puestos en el número dual, del cual carecen los latinos, como le tienen los griegos, así también dicen que lo tienen los hebreos Dice, pues, tiempos, como si dijera dos tiempos; sin embargó, confieso que recelo nos engañemos acaso en los diez reyes que parece ha de hallar el Anticristo, como si hubiesen de ser diez hombres; y que así venga de repente sin pensarlo al tiempo que no, hay tantos reinos en el dominio romano Porque ¿quién sabe si por el número denario quiso significarnos generalmente todos los reyes, después de los cuales ha de venir el Anticristo, coma con el milenario, centenario y centenario se nos significa por la mayor parte la universalidad, y con otros muchos números que no es necesario ahora referir? En otra parte, dice el mismo Daniel: «Vendrá un tiempo de tanta tribulación, cual no se ha visto después que comenzó a haber, gente en la tierra

hasta aquel tiempo, en el cual se salvarán los de vuestro pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro.

Y muchos que duermen en las fosas de la tierra se levantarán y resucitarán, unos a la vida eterna y otros a la ignominia y confusión eterna. Y los doctos e inteligentes resplandecerán como la claridad y resplandor del firmamento, y todos los justos como estrellas para siempre jamás.» Este pasaje es muy semejante a aquel del Evangelio relativo a la resurrección sólo de los cuerpos de los muertos. Porque de los que allá dice que están en los monumentos o sepulturas, acá dice que duermen en las fosas de la tierra, o, como otros interpretan, en el polvo de la tierra; como allá dice procedent, saldrán, si aquí exurgent, se levantarán. Y como allá: «Los que hicieron buenas obras, a la resurrección de la vida, y los que las hicieron malas, a la resurrección del juicio y condenación», así en este lugar: «Los unos a la vida eterna, y los otros a la ignominia y confusión eterna.» No debe parecernos que hay diversidad alguna, porque dice allá, todos los que están en los monumentos; y aquí el Profeta no dice todos, sino muchos que duermen en las fosas de la tierra, pues en la Escritura algunas veces se pone muchos por todos. Y así, dice Dios a Abraham: «Yo te he hecho padre de muchas gentes», a quien, sin embargo, en otro lugar dice: «En tu semilla y descendencia serán benditas todas las naciones.» De esta resurrección poco después le dicen a este mismo Profeta Daniel también: «Pero tú ven y descansa, porque antes que se cumplan los días de la consumación, tú descansarás y resucitarás en tu suerte al fin de los días.»

CAPITULO XXIV

Lo que está profetizado en los Salmos de David sobre el fin del mundo, y el último y final juicio de Dios Muchas particularidades se hallan en los Salmos relativas al juicio final, pero las más de ellas se dicen de paso y sumariamente. Con todo, lo que allí se dice con completa evidencia acerca del fin de este siglo, no me pareció oportuno remitirlo ni silencio: «Al principio, Señor, tú estableciste la tierra, y los cielos son de tus manos.

Ellos perecerán, pero tú permanecerás, y todos se envejecerán como la vestidura, y como una cubierta los mudarás y se mudarán, mas tú siempre serás el mismo, y tus años jamás faltarán.» Pregunto yo ahora: ¿cuál es la causa porque alabando Porfirio la religión de los hebreos, con que ellos reverencian y adoran al sumo y verdadero Dios, terrible y formidable a los mismos dioses, arguye a los cristianos de grandes necios; aún por testimonio de los oráculos de sus dioses, porque decimos que ha de perecer y acabarse este mundo? Observen aquí cómo en los libros de la religión de los hebreos le dicen a Dios (a quien, por confesión de tan ilustre filósofo, temen con horror los mismos dioses): «los cielos son obras de tus manos: ellos perecerán». ¿Acaso cuando perecieren los cielos no perecerá el mundo, cuya parte suprema y más segura son los mismos cielos? Y si este artículo, como escribe el citado filósofo, no agrada a Júpiter, con cuyo oráculo, como con autoridad irrefragable se culpa y condena a los cristianos, por ser ésta una de las cosas que creen, ¿por qué asimismo no culpa y condena la sabiduría de los hebreos como necia, en cuyos libros tan piadosos y religiosos se halla? Y si en aquella sabiduría de los judíos, que tanto agrada a Porfirio, que la apoya y celebra con el testimonio de sus dioses, leemos que los cielos han de perecer, ¿por qué tan vanamente abomina de que en la fe de los cristianos, entre las demás cosas, o

mucho más que en todas, creemos que ha de perecer el mundo, puesto que si él no perece no pueden perecer los cielos? Y en los libros sagrados que propiamente son nuestros no comunes a los hebreos y a nosotros, esto es, en los libros evangélicos y apostólicos, se lee: «que pasa la figura de este mundo», y leemos «que el mundo pasa», y «que el cielo y la tierra pasarán». Pero imagino que praeferit, transit y transibunt se dice con menos exactitud que peribunt, perecerán.

Asimismo en la epístola del Apóstol San Pedro, donde dice que pereció con el Diluvio el mundo que entonces había, bien claro está qué parte significó por él, todo, y en cuánto y cómo se dice que pereció, y que los cielos se conservaron o repusieron reservados al fuego, para ser abrasados el día del juicio y destrucción de los hombres impíos, y en lo que poco después dice: «Vendrá el día del Señor como un ladrón, y entonces los cielos pasarán con grande ímpetu, los elementos se disolverán por el calor del fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será abrasada»; y después añade: «Pues como todas estas cosas han de perecer, ¿cuáles debéis ser vosotros?»; puede entenderse que perecerán aquellos cielos que dijo estaban puestos y reservados, para el fuego, y que arderán aquellos elementos que están en esta parte más ínfima del mundo, llena de tempestades y mudanzas, en la cual dijo que estaban puestos los cielos inferiores, quedando libres y, en su integridad los de allá arriba, en cuyo firmamento están las estrellas.

Pues lo que dice también la Escritura: que las estrellas caerán del cielo, fuera de que con mucha más probabilidad puede entenderse de otra manera, antes nos muestra que han de permanecer aquellos cielos, si es que han de caer de allí las estrellas, pues o es modo de hablar metafórico, que es lo más creíble, o es que habrá en este ínfimo cielo algo más admirable que lo que ahora hay. Y así es también aquel pasaje de Virgilio: «Vióse una estrella con una larga cola, discurrió por el aire con mucha luz y se ocultó en la selva Idea.» Pero esto que cité del Salmo, parece que no deja cielo que no haya de perecer, por que donde dice: «obras de tus manos son los cielos, ellos perecerán», así como a ninguno excluye que sea obra de [as manos de Dios, así a ninguno excluye de su última ruina.

No querrán, sin duda, explicar el Salmo con las palabras del Apóstol San Pedro, a quien extraordinariamente aborrecen, sino defender y salvar la religión y piedad de los hebreos, aprobada por los oráculos de los dioses, para que a lo menos no se crea que todo el mundo ha de perecer, tomando y entendiendo por el, todo la parte en donde dice: «ellos perecerán», pues sólo los cielos inferiores han de perecer, así como en la citada epístola de San Pedro se entiende por el todo la parte donde dice que pereció el mundo con el Diluvio, aunque sólo pereció su parte ínfima con sus cielos. Pero como he dicho, no se dignarán reconocerlo, por no aprobar el genuino sentido del Apóstol San Pedro, o por no conceder tanto a la final combustión, cuanto decimos que pudo hacer el Diluvio, pretendiendo que no es posible, perezca todo el género humano, ni con muchas aguas, ni Con ningunas llamas. Réstales decir que alabaron sus dioses la sabiduría de los hebreos, porque no habían leído este Salmo. También en el Salmo 49 se infiere que habla del juicio final de Dios, cuando dice: «Vendrá Dios manifiestamente, nuestro Dios, no callará.

Delante de Él irá el fuego abrasando, y en su rededor un turbión terrible. Convocará el cielo arriba, y la, tierra, para discernir y juzgar si pueblo. Congregad a él sus santos, los que disponen y ordenan el testamento y la ley de Dios, y el cumplimiento de ella sobre los

sacrificios.» Esto lo entendemos nosotros de Jesucristo nuestro Señor, a quien esperamos que vendrá del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos. Porque públicamente vendrá a juzgar entre los justos y los injustos, después de haber venido oculto y encubierto a ser juzgado injustamente por los impíos. Este mismo, digo, vendrá manifiestamente, y no callará; esto es, aparecerá y se manifestará con toda evidencia con voz terrible dé juez, el que cuando vino primero encubierto calló delante del juez de la tierra, cuando «como una mansa oveja se dejó llevar para ser inmolado, y no abrió su boca como el cordero cuando, le están esquilando», según lo leemos en el profeta Isaías y lo vemos cumplido en el Evangelio.

Lo tocante al fuego y tempestad, y dijimos cómo había de entenderse, tratando un punto que tiene cierta coherencia y correspondencia con el de la profecía de, Isaías. En lo que dice: «convocará el cielo arriba», puesto que con mucha conformidad los santos y los justos se llaman cielo, esto será lo mismo que dice e Apóstol: «Juntamente con ellos seremos arrebatados y llevados en las nubes por los aires a recibir a Cristo. Porque, según la inteligencia materia y superficial de la letra, ¿cómo se llama y convoca el cielo arriba, no pudiendo estar sino arriba? Lo que añade, «y la tierra para discernir y juzgar su pueblo», si solamente se entiende por la palabra convocara, esto es, convocará también la tierra, y no se entiende la palabra sursum, arriba, parece tendrá este sentido según la fe católica; que por el cielo entendemos aquellos que han de juzgar con el Señor, y por la tierra los que han de ser juzgados. Y al decir «convocará el cielo arriba», no entendemos aquí que los arrebatara por los aires, sino que los subirá y sentará en los asientos de los jueces.

Puede entenderse también «convocará el cielo arriba», esto es, en los lugares superiores y soberanos, que convocará a los ángeles, para bajar con ellos a hacer el juicio. Convocará también la tierra, esto es, los hombres que han de ser juzgados en la tierra. Pero si hemos de suponer que se entiende ambas cosas cuando dice: «la tierra»; es decir, «convocará» y «arriba»; de forma que haga este sentido, convocará el cielo arriba, y convocará la tierra arriba; me parece que no puede dársele otra inteligencia más conforme que la de que los hombres serán arrebatados y llevados por los aires a recibir a Cristo. Y los llamó cielos por las almas, y tierra por los cuerpos. Discernir y juzgar su pueblo, ¿que es sino, mediante el juicio, apartar y dividir los buenos de los malos, como se suelen separar las ovejas de los cabritos? Después, dirigiéndose a los ángeles, dice: «Congreso a él sus justos», porque, sin duda, tan grande negocio habrá de hacerse por ministerio de los ángeles.

Y si preguntásemos y deseásemos saber qué justos son los que habrán de reunir y congregar los ángeles, dice que son los que disponen y ordenan el testamento, la ley de Dios y el cumplimiento de ella sobre los sacrificios. Esta es toda la vida de los justos, disponer el testamento de Dios sobre los sacrificios. Porque o las obras de misericordia están sobre los sacrificios, esto es, se han de preferir a los sacrificios, conforme a lo que, dice Dios: «más quiero la misericordia que el sacrificio», o sobre los sacrificios entendamos en los sacrificios, como decimos, que se hace una grande revolución sobre la tierra, cuando en efecto se hace en la tierra, en cuyo caso, sin duda, las mismas obras de caridad y misericordia son sacrificios muy agradables a Dios, como me acuerdo haberlo declarado ya en el libro X, en cuyas obras los justos disponen el pacto y testamento de Dios, porque las hacen por las promesas que se contienen en su Nuevo Testamento.

Congregados sus justos y colocados a su diestra, les dirá en el último juicio y final sentencia Jesucristo: «Venid, benditos de mi Padre, y poseed el Reino que os está preparado desde la creación del mundo; porque cuando tuve hambre, me disteis de comer», y lo demás que allí refiere en orden a las obras buenas de los buenos, y de los premios eternos que se les han de adjudicar por la última y definitiva sentencia.

CAPITULO XXV

De la profecía de Malaquías en que se declara el último y final juicio de Dios; y quienes son los que dice que se han de purificar con las penas del purgatorio El profeta Malaquías o Malaquí, a quien igualmente llamaron Angel, y piensan algunos que es, el sacerdote Esdras, de quien hay admitidos en el Canon otros libros (porque esta opinión dice Jerónimo que es admitida entre los hebreos), vaticinó el juicio final, diciendo: «Ved que viene el Señor que vosotros aguardáis, dice el Señor Todopoderoso: ¿Y quién podrá sufrir el día de su entrada? ¿O quién se atreverá a mirarle seguro a la cara? Porque vendrá como fuego purificatorio y como la hierba o jabón de los que lavan. Y se sentará como juez a acrisolar y purificar; Como quien acrisola el oro y la plata, purificará los hijos de Leví; los fundirá y colará los hará pasar por el coladero, come dicen, como se pasa el oro y la plata; y ellos ofrecerán al Señor sacrificio en justicia, y agradará al Señor el Sacrificio de Judá y de Jerusalén, come en los tiempos pasados y como en los años primeros.

Y vendré a vosotros en juicio y seré testigo veloz y pronto contra los perversos, contra los adúlteros, contra los que juran en falso en mi nombre, defraudan de su salario a los jornaleros, oprimen con su potencia a las viudas y maltratan a los huérfanos y no guardan su justicia a extraño, y los que no me temen, dice el Señor Todopoderoso, porque y soy el Señor vuestro Dios que no me mudo. Por lo que aquí dice, parece se declara con más evidencia que habrá el aquel juicio varias penas purgatorias para algunos, pues donde dice: ¿Quién sufrirá el día de su entrada? ¿O quién se atreverá a mirarle con confianza la cara? Porque vendrá como fuego purificatorio y como hierba de los que lavan, y se sentará a acrisolar y purificar como quien acrisola el oro plata, y purificará los hijos de Leví y los fundirá como oro y como plata ¿qué otra cosa debemos entender Isaías también se explica alusivamente a esto mismo cuando dice: «Lavará el Señor las inmundicias de los hijos ¿ hijas de Sión y purificará la sangre de en medio de ellos con espíritu de juicio y espíritu de incendio.

A no ser que hayamos de decir que se purifica de las inmundicias, en cierto modo se acrisolarán cuando separen de ellos a los malos por e juicio y condenación penal, de forma que la separación y condenación di los impíos sea la purificación de lo buenos, por cuanto en lo sucesivo vivirá sin mezclarse con ellos lo malos. Pero cuando dice: «Y purificará los hijos de Leví y los fundirá como el oro y la plata, estarán ofreciendo, al Señor sacrificios en justicia y agradar al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén», sin duda que nos manifiesta que los mismos que serán purifica dos agradarán después al Señor con sacrificio de justicia. Así ellos se purificarán de su injusticia con que desagradaban al Señor, y cuando estuvieren ya limpios y puros serán los sacrificios en entera y perfecta justicia. Porque estos tales, ¿qué cosa ofrecen al Señor que le sea más aceptable que a sí mismos? Pero esta cuestión de

las penas purgatorias la habremos de referir pan tratarla con más extensión y por menor en otra parte.

Por los hijos de Leví, de Judá y de Jerusalén debemos entender la misma Iglesia de Dios congregada, no sólo de los hebreos, sino también de las otras naciones, aunque no como ahora es, en la cual si dijésemos: «Que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no esta la verdad en nosotros», sino cual será entonces purgada y limpia con el último juicio, como lo estará el trigo en la era después de aventado, estando también ya purificados con el fuego los que tuvieren necesidad de semejante purificación, de tal conformidad, que no haya ya uno solo que ofrezca sacrificio por sus pecados. Porque los que así lo ofrecen están, sin duda, en pecado, por cuya remisión le ofrecen, para que, siendo agradable y acepto a Dios, se les remita y perdone el pecado.

CAPITULO XXVI

De los sacrificios que los santos ofrecerán a Dios; los cuales han de agradarle como le agradaron los sacrificios en los tiempos pasados y años primeros Queriendo Dios manifestar que su ciudad no Observaría ya entonces estas costumbres, dijo que los hijos de Leví le ofrecerían sacrificios en justicia, luego no en pecados, y, por consiguiente, ni por el pecado. Así podemos entender que en lo que añade «que agradará al Señor el sacrificio de Judá y. de Jerusalén, como en los tiempos pasados y como en los años primeros», inútilmente los judíos se prometen el restablecimiento de sus pasados sacrificios conforme a la ley del Viejo Testamento, pues en aquella época no ofrecían los sacrificios en justicia, sino en pecado) cuando principalmente los ofrecían por la expiación de los pecados, de modo que el mismo sacerdote (el cual debemos creer, sin duda, que era el más justo entre los demás, conforme al mandamiento de Dios) acostumbraba primeramente «ofrecer por sus pecados y después por los del pueblo».

Por lo cual nos conviene declarar cómo debe entenderse esto que dice: «Como en los tiempos pasados y como en los años primeros. Acaso denota aquel tiempo en el que los meros hombres vivían en el Paraíso pues entonces, como estaban puros limpios de todas las manchas del pecado se ofrecían a sí mismos a Dios por hostia y sacrificio purísimo. Por después que fueron expulsados de aquí jardín delicioso por el enorme peca que cometieron, y quedó condenada ellos la naturaleza humana a excepción del Mediador, nuestro Salvad y después del bautismo los niños y los pequeñuelos, «ninguno hay limpio mancilla, como dice la Escritura, aun cl niño nacido de un solo día.

Y si dijesen que también ofrecen sacrificio en justicia los que le ofrecen con fe (porque «el justo de la fe viví aunque a sí mismo se engaña si di que no tiene pecado yo no lo dice porque vive de la fe), ¿acaso habrá quien diga que esta época de la puede igualarse con aquella del último fin, cuando con el fuego del juicio final serán purificados los que ofrecen sacrificios en justicia? Así, pues, con después de tal purificación debe creerse que los justos no tendrán género alguno de pecado, seguramente que aquel tiempo, por lo tocante a no tener pecado, no debe compararse con ningún tiempo, sino con aquel en que los primeros hombres vivieron en Paraíso antes de la prevaricación, con una felicidad inocentísima, Así

que muy bien se entiende que nos significo esto la Escritura cuando dice: «Como en los tiempos pasados y como en los años primeros.»

Pues también por profeta Isaías, después que nos prometió nuevo cielo y nueva tierra, entre otras cosas que refiere allí de la bienaventuranza de los santos en forma de alegorías y figuras misteriosas, cuya congrua declaración me indujo dejar el cuidado que llevo de no ser prolijo, dice: «Los días de mi pueblo serán como los del árbol de la vida.» ¿Y quién hay que haya puesto algún estudio de la Sagrada Escritura, que no sepa dónde estaba el árbol de la vida, de cuya fruta, quedando priva dos los primeros hombres, cuando si propio crimen los desterré del Paraíso quedó guardada por una guardia de fuego muy terrible puesta alrededor del árbol? Y si alguno pretendiere establece como inconcuso que aquellos días del árbol de la vida, de que hace mención el profeta Isaías, se entienden por estos días que ahora corren de la Iglesia de Cristo, y que al mismo Cristo llama proféticamente árbol de la vida, porque él es la sabiduría de Dios, de la cual dice Salomón: «que es árbol de vida para todos los que la abrazaren»; y que aquellos primeros hombres no duraron años en el Paraíso, sino que los echaron de él tan presto que no tuvieron tiempo de procrear allí hijos, y que por lo mismo no se puede entender por aquel tiempo lo que dice: «Como en los tiempos pasados y años primeros», omitiré esta cuestión por no verme precisado (lo que sería alargarme con demasía) a resolver y examinarlo todo, para que parte de esta doctrina la confirme la verdad manifestada. Porque se me ofrece otra inteligencia, para que no creamos que por particular beneficio nos promete el Profeta los tiempos rasados y años primeros de los sacrificios carnales.

Pues aquellas hostias y sacrificios de ley antigua, de ciertas reses y animales sin defecto, ni género de vicio ni imperfección, que mandaba Dios se le ofreciesen en sacrificios, «eran figura de los hombres santos, cual sólo se halló Cristo sin ningún género de pecado. Y por eso, después del juicio, cuando estarán también purificados con el fuego» los que tuvieren necesidad de igual purificación, en todos los santos no se hallará Vestigio de pecado, y así se ofrecerán a sí mismos en justicia; de forma que aque- llas hostias que vendrán a ser del todo sin tacha ni mancilla y sin ningún género de vicio ni imperfección, serán sin duda como en los tiempos pasados, y como en los años primeros, cuando en sombra y representación de esto que había de ser el tiempo designado, se ofrecían purísimas y perfectísimas víctimas; porque habrá entonces en los cuerpos inmortales y en el espíritu de los santos la pureza que se figuraba en los cuerpos de aquellas hostias.

Después por los que no merecerán la purificación, sino la condenación, dice: «Vendré a vosotros en juicio, y será testigo veloz y pronto contra los impíos y contra los adúlteros, etc.» Y habiendo indicado estos pecados dignos del último anatema, añade: «Porque yo soy el Señor vuestro Dios y no me mudo», como si dijera: cuando os haya transformado vuestra culpa en peores y mi gracia en mejores, yo no me mudo. Dice que será Él testigo, porque en su juicio no tendrá necesidad de testigos.

Y éste será pronto y veloz, o porque vendrá de improviso, y con su impensada venida será un juicio acelerado y brevísimo el que nos parecía a nuestro corto modo de entender tardísimo, o porque convencerá a las mismas, conciencias sin prolijidad alguna de palabras pues como dice la Escritura: «Conocerá Dios examinará los pensamientos de los impíos»; y el Apóstol: «Según que sus propios pensamientos los acusaren o excusaren, conforme a

ellos los juzgará Dios el día en que vendrá a juzga los secretos de los hombres por Jesucristo, según el Evangelio que yo os he predicado.» Luego también debemos entender que será el Señor testigo veloz, cuando sin dilación no traerá a la memoria cuanto puede convencernos, y nos castigará la conciencia.

CAPITULO XXVII

Del apartamiento de los buenos y de los malos, por el cual se declara la división que habrá en el juicio final Lo que con otro intento referí de este mismo Profeta en el libro XVII, pertenece también al juicio final, donde dice: «Ya tendré yo a éstos, dice el Señor Todopoderoso, en el día que tengo de hacer lo que digo, como hacienda mía propia, yo los tendré escogidos, como el hombre que tiene elegido a un hijo obediente, y que le sirve bien. Volveré y veréis la diferencia que hay cutre el justo y el injusto y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque, sin duda, vendrá aquel día ardiendo como un horno, el cual los abrasará y serán todos los idólatras y los que sirven impíamente como una paja seca, y los abrasará aquel día que ha de venir, dice el Señor.

Todopoderoso, de manera que ni quede raíz ni ramo de ellos. Pero los que teméis mi nombre, os nacerá el Sol de justicia y vuestra salud en sus alas; saldréis y os regocijaréis como los novillos que se ven sueltos de la prisión, y hollaréis a los impíos hechos ya ceniza debajo de vuestros pies dice el Señor Todopoderoso.» Esta diferencia de los premios y de las penas, que divide a los justos de los pecadores, y que no echamos de ver debajo de este Sol, en la vanidad de esta vida, cuando se nos descubriere debajo de aquel Sol de justicia, en la manifestación de aquella vida, habrá ciertamente un juicio, cual nunca le hubo.

CAPITULO XXXVIII

Que la ley de Moisés debe entenderse espiritualmente, para que, entendiéndola carnalmente, no se incurra en murmuraciones reprensibles En lo que añade el mismo Profeta: «Acordaos de la ley de mi siervo Moisés, que yo le di en Horeb, para que la observase puntualmente todo Israel», refiere a propósito los preceptos y juicios después de haber declarado la notable diferencia que ha de haber entre los que guardaren la ley y entre los que la despreciaren, para que juntamente aprendan asimismo a entender espiritualmente la ley, y busquen en ella a Cristo, que es el Juez que ha de hacer este apartamiento entre los buenos y los malos. Porque no en vano el mismo.
Señor dijo a los judíos: «Si creyeseis a Moisés, también me creeríais a mi, porque de mí escribió él.» Pues como tomaban la ley carnalmente y no sabían que sus promesas terrenas eran figuras de cosas celestiales, incurrieron en aquellas murmuraciones que se atrevieron a propalar: «Vano es el que sirve a Dios. ¿Qué utilidad hemos sacado de haber observado sus mandamientos y vivido sencillamente en el acatamiento del Señor Todopoderoso? Viendo esto tenemos por dichosos a los extraños, pues que vemos medrados y engrandecidos a todos los que viven mal.» Estas sus expresiones, en algún modo, obligaron al Profeta a anunciarles el juicio final, donde los malos ni aun falsa ni aparentemente serán felices; sino que evidentemente serán muy miserables; y los buenos no sentirán miseria, ni aun la temporal, sino que gozarán de una bienaventuranza evidente y eterna. Pues, arriba había

referido algunas palabras de éstos alusivas a lo mismo, que decían: «Todos los malos son buenos en los ojos del Señor, y estos tales deben agradarle.»

A estas murmuraciones contra Dios se precipitaron, entendiendo carnalmente la ley de Moisés. Y por lo mismo dice el rey Profeta que por poco se les fueran los pies, se deslizara y cayera de puro celo y envidia de ver la paz de que gozaban los pecadores; de modo que entre otras cosas viene a decir «¿Cómo es posible que sepa Dios nuestras cosas y que en lo alto se sepa que acá pasa?» Y vino a decir también: «¿Acaso he justificado en vano mi corazón y lavado mis manos entre los inocentes?» Para resolver esta cuestión tan difícil que resulta de ver a los buenos en miseria y a los malos en prosperidad dice: «Esto es asunto muy difícil de comprender para mí ahora, hasta que entre en el Santuario de Dios y le acabe de entender en el día final. Porque en el juicio final no será así sino que descubriéndose entonces la infelicidad de los malos y la prosperidad y felicidad de los buenos, se advertirá otra cosa muy diferente de le que ahora pasa.

CAPITULO XXIX

De la venida de Ellas antes del juicio y cómo descubriendo con su predicación los secretos de la divina Escritura, se convertirán los judíos Habiendo advertido que se acordasen de la ley de Moisés, porque preveía que un después de mucho tiempo no la habían de entender espiritualmente, como sería justo, inmediatamente añade: «Yo les enviaré, antes que venga aquel día grande y famoso del Señor, a Elías Thesbite; él les predicará, y convertirá el corazón del padre al hijo, y el corazón del hombre su prójimo, porque cuando venga no destruya del todo la tierra.» Es muy común en la boca y corazón de los fieles que explicándoles la ley este profeta Elías, grande y admirable, han de venir a creer los judíos en el verdadero Cristo, es decir, en el nuestro; porque este Profeta es el que se espera, no sin razón, que ha de venir antes que venga a juzgar el Salvador, y éste también, no sin causa, se cree que vive aun ahora, puesto que fue al que arrebataron de entre los hombres en un carro de fuego, como expresamente lo dice la Sagrada Escritura.

Cuando viniere éste manifestando a los judíos espiritualmente la ley, que ahora entienden carnalmente, convertirá el corazón del padre al hijo, esto es, el corazón de los padres a los hijos: porque los setenta intérpretes pusieron el número singular por el plural; y quiere decir que también los hijos, esto es, los judíos, entiendan la ley como la entendieron sus padres, es decir, los Profetas, entre, quienes comprendía también al mismo Moisés; pues entonces, se convertirá el corazón de los padres en los hijos, cuando se les enseñare a los hijos la inteligencia de los padres, y el corazón de los hijos en sus padres, cuando lo que sintieron los unos sintieren también los otros. Aquí también, los setenta dijeron: «El corazón del hombre en su prójimo», porque son entre sí muy prójimos los padres y los hijos, aunque en las expresiones de los setenta, los cuales hicieron su versión auxiliados e inspirados del Espíritu. Santo, puede hallarse otro sentido, y éste más selecto: es decir, que Elías ha de convertir el corazón de Dios Padre en el Hijo, no porque hará que el Padre ame al Hijo, sino porque enseñará que el Padre ama al Hijo al fin de que los judíos amen también al mismo que antes aborrecían» que es nuestro Cristo, pues ahora, en sentir, de los judíos, tiene Dios apartado el corazón de nuestro Cristo, dado que no admiten que Cristo es Dios, ni Hijo de Dios.

En dictamen de ellos, pues entonces se convertirá su 'corazón al Hijo, cuando ellos ablandando y convirtiendo su corazón, aprendieren y supieren el amor del Padre para con el Hijo. Lo que sigue: «Y el corazón del hombre su prójimo», esto es, convertirá Elías el corazón del hombre a su prójimo, ¿qué otra cosa puede entenderse mejor que el corazón del hombre al Hombre Cristo? Porque siendo Dios nuestro Dios, tomando forma de siervo, se dignó también hacerse nuestro prójimo. Esto, pues, hará Elías, «porque cuando venga yo, no destruya, del todo la tierra», ya que tierra son todos los que saben y gustan de las cosas terrenas, como hasta la actualidad los judíos carnales, y de este vicio nacieron aquellas murmuraciones contra Dios, cuando decían: «Que le debían de agradar los malos, y que era vano e iluso el que sirve a Dios.»

CAPITULO XXX

Que en el Testamento Viejo, cuando leemos que Dios ha de venir a juzgar, debemos entender que es Cristo Otros muchos testimonios hay en la Sagrada Escritura sobre el juicio final de Dios; pero haríamos larga digresión si intentaremos reunirlos todos. Baste, pues, haber probado que lo dice así el Viejo y el Nuevo Testamento, aunque en el Viejo no está tan expreso que Cristo ha de hacer por sí el juicio, esto es, que haya de venir Cristo desde el cielo a juzgar, como lo está en el Nuevo. Porque cuando dice allá que vendrá el Señor Dios, no se deduce que entienda Cristo, pues el Señor Dios es el Padre, lo es el Hijo y lo es él Espíritu Santo; así que tampoco este punto nos conviene dejar sin examen.

Primeramente manifestaremos, cómo Jesucristo habla como el Señor Dios en los libros de los Profetas, y, sin embargo, aparece evidentemente Jesucristo; para que asimismo, cuando no se expresa así, y, con todo, se dice que ha de venir a aquel juicio final el Señor Dios, se pueda entender de Jesucristo. Hay un pasaje en el profeta Isaías que claramente nos muestra lo mismo que digo. En él dice Dios por su Profeta: «Escuchadme, Jacob, e Israel, a quien yo he puesto este nombre. Yo soy el primero, y soy para siempre. Mi mano fundó la tierra y mi diestra estableció el cielo. Los llamaré, y acudirán juntos; se congregarán todos, oirán. ¿Quién le anunció estas cosas? Como te amaba hice tu voluntad sobre Babilonia, de modo que quité de allí el linaje de los caldeos. Yo le dije y yo lo llamé, y yo le traje y le di buen viaje.

Llegaos a mí, y escuchad lo que digo. Desde el principio nunca dije o hice una cosa a escondidas, cuando se hacían, allí estaba yo; y ahora mi Señor me envió y su Espíritu. En efecto: él es el que hablaba como Señor y Dios, y, sin embargo, no se entendiera Jesucristo si no añadiera: «Y ahora mi Señor me envió y su Espíritu.» Porque esto lo dijo según la forma de siervo, de cosa futura, usando de la voz del tiempo pasado como se lee en el mismo Profeta: «Como una oveja le llevaron a sacrificar»; no dice le llevarán, sino que por lo que había de ser en lo venidero puso la voz del tiempo pasado. Y muy de ordinario usa el Profeta de esta manera de explicarse. Hay otro lugar en Zacarías que nos manifiesta lo mismo con toda evidencia; es decir, que el Todopoderoso envió al Todopoderoso. ¿Quién a quién, sino Dios Padre a Dios Hijo? Porque dice así: «Esto dice el Señor Todopoderoso. Después de la gloria me envió a las gentes que os despojaron a vosotros; porque el que os tocare es como quien me toca a mí en las niñas de los ojos.

Advertid que yo descargaré mi mano sobre ellos, y serán despojos de los que fueron sus siervos, y conoceréis que el Señor Todopoderoso me envió a mi.» Ved aquí Como dice Dios Todopoderoso que le envió Dios Todopoderoso. ¿Quién se atreverá a entender aquí a otro que a Cristo, que habla de las ovejas que se perdieron de la casa de Israel? Porque el mismo Jesucristo dice en el Evangelio: «Que no fue enviado sino para salvar las ovejas que se perdieron de la casa de Israel»; las cuales comparó aquí a las niñas de los ojos de Dios, por el singular y afectuosísimo amor que las tiene; y esta especie de ovejas fueron también los mismos Apóstoles.

Después de la gloria, se entiende de su resurrección (antes de la cual, según dice el Evangelista San Juan: «Que aun no había Dios dado su espíritu, porque aun no se había glorificado Jesús»), también fue enviado a las gentes en sus Apóstoles, y así se cumplió lo que leemos en el real Profeta: «Me sacarás de las contradicciones de mi pueblo, y me harás cabeza de las gentes»; para que los que habían despojado a los israelitas, y a quienes habían servido los mismos israelitas cuando estaban sujetos a los gentiles, fuesen despojados, no del modo que ellos despojaron a los israelitas, sino que ellos mismos fuesen los despojos de los israelitas, porque así lo prometió el Señor a sus Apóstoles, cuando les dijo: «Que los haría pescadores de hombres.»

Y a uno de ellos le dijo: «En lo sucesivo pescarás hombres.» Serán, pues, despojos, más para su bien, como los vasos y alhajas que el Evangelio quita de las manos de aquel fuerte, después de haberle amarrado más fuertemente. Y hablando el Señor por el mismo Profeta, dice: «En aquel día procuraré destruir y acabar todas las gentes que vienen contra Jerusalén, y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y misericordia, y volverán los ojos a mí por aquel a quien mal trataron, y llorarán sobre él, un gran llanto, como sobre un hijo carísimo; y se dolerán corno sobre la muerte del unigénito.» ¿Acaso pertenece a otro que a Dios el destruir y exterminar todas las gentes enemigas de la ciudad santa de Jerusalén, que vienes contra ella; esto es, que le son contrarios, o como otros los han interpretado, vienen sobre ella, esto es para sujetarla a su dominio; o pertenece a otro que a Dios el derramar sobre la casa de David y sobre los moradores de la misma ciudad el espíritu de gracia y de misericordia? Esto, sin duda, toca a Dios, y en persona del mismo Dios lo dice el Profeta; y, sin embargo, manifiesta Cristo que Él es este Dios que obra maravillas y portentos tan grandes y tan divinos, cuando añade y dice: «Y volverán los ojos a mí porque me ultrajaron, y lloraran por ello un gran llanto, como sobre la muerte de un hijo muy querido, y se dolerán como sobre la de un unigénito.» Porque les pesará en aquel día a los judíos, aun a aquellos que entonces han de recibir el espíritu de gracia y misericordia, por haber perseguido, mofado y ultrajado a Cristo en su Pasión, cuando volvieron los ojos a Él y le vieren venir en su majestad, y reconocieron en Él a Aquel a quien, abatido y humillado, escarnecieron y burlaron sus padres.

Aunque también los mismos padres; los autores de aquella tan execrable tragedia, resucitarán y le verán; mas para ser castigados, no para ser corregidos. Así, pues, no se debe entender que se refiere a ellos dónde dice: «Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el Espíritu de gracia y misericordia, y volverán los ojos a mí porque me ultrajaron»; sino que de su linaje y descendencia vendrán los que en aquel tiempo por Elías han de creer. Pero así como decimos a los judíos: vosotros matasteis a Cristo, aunque

este crimen no le cometieron ellos, sino sus padres, así también éstos se dolerán y les pesará de haber hecho en cierto modo lo que hicieron aquellos de cuya estirpe ellos descienden. Y aunque habiendo recibido el espíritu de gracia y misericordia, siendo ya fieles, no serán condenados con sus padres, que fueron impíos, con todo, se dolerán como si ellos hubieran perpetrado el execrable crimen que sus padres cometieron.

No se dolerán, pues, porque les remuerda la culpa del pecado, sino que sentirán con afectos de piedad. Y, en realidad, de verdad, donde los setenta intérpretes dijeron: «Y volverán los hijos a mí porque me ultrajaron», lo traducen del hebreo así: «Y volverán los ojos a mí, a quien enclavaron»; con lo que más claramente se representa Cristo crucificado. Aunque aquel insulto, ultraje y escarnio que quisieron mejor poner los setenta no faltó tampoco al Señor en todo el curso de su Pasión. Porque le escarnecieron y ultrajaron cuando le prendieron, cuando le ataron, cuando le condenaron a muerte, cuando le vistieron con la ignominiosa vestidura y le coronaron de espinas, cuando le, hirieron con la caña en su cabeza, y haciendo burla de Él, puestos de rodillas le adoraron; cuando llevaba a puestas su cruz y cuando estaba clavado en el madero de la cruz. Y así, siguiendo no solamente una interpretación, sino juntándolas ambas, y leyendo que le ultrajaron y enclavaron más plenamente reconocemos la verdad de la Pasión del Señor.

Cuando leemos en los Profetas que vendrá Dios a hacer el juicio final, aunque no se ponga otra distinción, solamente por el mismo juicio debemos entender a Cristo; porque aunque el Padre juzgará, sin embargo, juzgará por medio de la venida del Hijo del Hombre. Pues él no ha de juzgar a ninguno por la manifestación de su presencia, «sino que el juicio universal de todos le tiene entregado a su Hijo», el cual se manifestará en traje de hombre para juzgar, así como siendo hombre fue juzgado. ¿Y quién otro puede ser aquel de quien asimismo habla Dios por Isaías bajo el nombre de Jacob y de Israel, de cuyo linaje tomó su bendito cuerpo, cuando dice así: «Ved aquí a Jacob, mi siervo; yo le recibiré, y a Israel, mi escogido, le ha agradado mi alma le he dado mi espíritu, manifestará el juicio a las gentes. No clamará ni cesará, ni se oirá fuera su voz. No Quebrantará la caña quebrada, ni apagará el pábilo que humea sino que con verdad manifestará el juicio.

Resplandecerá y no le quebrantarán hasta que ponga en la tierra el juicio, y esperarán las gentes en su nombre»? En el hebreo no se lee Jacob e Israel; lo que allí se lee es «mi siervo», porque los setenta intérpretes, queriendo advertir cómo ha, de entenderse aquello pues, en efecto, lo dice por la forma de siervo, en la cual el Altísimo se nos manifestó humilde y despreciable, para significárnosle pusieron el nombre del mismo hombre de cuya descendencia y linaje tomó esta misma forma de siervo. Diósele el Espíritu Santo; lo cual, como narra el Evangelio, se mostró baje la figura de paloma. Manifestó el juicio a las gentes, porque dijo lo que estaba por venir y oculto a las gentes. Por su mansedumbre, no cIamó, y, con todo, no cesó ni desistió de predicar la verdad; pero no se oye su voz afuera, ni se oye, pues por lo que están fuera, apartados y desmembrados de su cuerpo, no es obedecido. No quebrantó ni mató a los mismo judíos sus perseguidores, a quienes compara a la caída quebrada que ha perdido su entereza, y al pábilo o pavesa que humea después de apagar la luz, porque los perdonó el que no venia aún a juzgar, sino a ser juzgada por ellos. En verdad, les manifestó e juicio, diciéndoles con precisión y anticipación de tiempo cuándo habían de ser castigados si perseverasen en si malicia.

Resplandeció su rostro en el monte, y en el mundo su fama, no se doblegó o quebrantó, porque no cedió sus perseguidores, de forma que desistiese y dejase de estar en si y e su Iglesia, y por eso nunca sucedió ni sucederá lo que dijeron o dicen su enemigos: «¿Cuándo morirá y perecerá su nombre?; hasta que ponga en la tierra el juicio.» Ved aquí cómo está claro y manifiesto el secreto que buscábamos. Por que éste es el juicio final que pondrá Cristo en la tierra cuando venga del cielo; de lo cual vemos ya cumplido que aquí últimamente se pone: «Y en su nombre esperarán las gentes.» Si quiera por esto, que no lo pueden negar, crean también lo que descaradamente niegan. Pues ¿quién habrá d esperar lo que estos que todavía no quieren creer en Cristo ven ya, como lo vemos nosotros, cumplido, y porque no pueden negarlo «crujen los dientes y se pudren y consumen»? ¿Quién, digo, podría suponer que las gentes habían de esperar en el nombre de Cristo cuándo le prendían, ataban, herían, escarnecían y crucificaban; cuando los mismos discípulos perdían ya la esperanza que habían comenzado a tener en él? Lo que entonces apenas un ladrón esperó en la cruz, ahora lo esperan las gentes que están derramadas por todo el orbe, y por no morir con muerte eterna se signan con la cruz en que Él murió.

Ninguno hay que niegue o dude que Jesucristo ha de hacer el juicio final de modo y manera que nos lo expresan estos testimonios de la Sagrada Escritura, sino los que, no sé con qué Incrédula osadía o ceguedad, no prestan su asenso a la misma Escritura, la cual se ha cumplido ya, manifestando su verdad a todo el orbe de la tierra. Así que en aquel juicio, o por aquellos tiempos, sabemos que ha de haber todo esto: Elías Thesbite, la fe de los judíos, el Anticristo que ha de perseguir, Cristo que ha de juzgar, la resurrección de los muertos, la separación de los buenos y de los malos, la quema general del mundo y la renovación del mismo. Todo lo cual, aunque debe creerse que ha de suceder, de qué forma y con qué orden acon- tecerá, nos lo enseñará entonces la experiencia, mejor que ahora lo puede acabar de comprender la inteligencia humana. Sin embargo, presumo que sucederá según el orden que dejó referido. Dos libros nos restan tocantes a esta obra para cumplir, con el favor de Dios, nuestra promesa: el uno, tratará de las penas de los malos, y el otro, de la felicidad de los buenos.

En ellos, principalmente, con los auxilios del Altísimo, refutaremos los argumentos humanos que les parece a los infelices que proponen sabiamente contra lo dicho y contra las promesas divinas, y desprecian como falsos y ridículos los saludables pastos con que se alimenta y sustenta la fe que nos da la salud eterna. Pera los que son sabios, según Dios, para todo lo que pareciere increíble a los hombres, con tal que esté en la Sagrada Escritura, cuya verdad de muchos modos está establecida, tienen por indisoluble argumento la verdadera omnipotencia de Dios, el cual saben por cierto que en manera alguna pudo en ella mentir, y que le es posible lo que se le hace imposible al incrédulo e infiel.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO EL INFIERNO FIN DE LA CIUDAD TERRENA

CAPITULO I

Del orden que ha de observarse en esta discusión Habiendo ya llegado, por mano y alta disposición de Jesucristo, Señor nuestro, Juez de vivos y muertos, a sus respectivos fines

ambas ciudades la de Dios y la del demonio, trataremos en este libro con la mayor diligencia y exactitud, según nuestras débiles fuerzas intelectuales, auxiliados por Dios, cuál ha de ser la pena del demonio y de todos cuantos a él pertenecen. He querido observar este orden para venir a tratar después de la felicidad de los santos, porque uno y otro ha de ser juntamente con los cuerpos; y más increíble parece el durar los cuerpos en las penas eternas, que el permanecer sin dolor alguno en la eterna bienaventuranza; y así, cuando haya expuesto que aquella pena no debe ser increíble, me servirá y favorecerá mucho para que se crea con más faci- lidad la inmortalidad, que está libre y exenta de todo género de pena, como es la que han de gozar los cuerpos de los santos. Este orden no desdice del estilo de la Sagrada Escritura, en la cual, aunque algunas veces se pone primero la bienaventuranza de los buenos, como en aquella sentencia: «Los que hubieren practicado obras buenas resucitaran para la resurrección de la vida; y los que las hubieran hecho malas, a la resurrección del juicio y condenación.»

Sin embargo, en varias ocasiones se pone también la última, como en aquella expresión: «Enviará el Hijo del Hombre sus ángeles; recogerán y juntarán de su reino todos los escándalos, y los arrojarán en el fuego ardiendo, adonde habrá llantos y crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.» Y lo que dice el Profeta: «Así irán los malos a las penas eternas, y los buenos a la vida eterna.» Y, finalmente, en las profecías (cuyas autoridades sería asunto largo insinuarías todas), si alguno lo advirtiere, hallará que se guarda algunas veces este orden y otras el otro; pero ya tengo apuntada la causa por qué he hecho elección del citado orden.

CAPITULO II

Si pueden los cuerpos ser perpetuos en el fuego ¿A qué fin he de demostrar, sino para convencer a los incrédulos de que es posible que los cuerpos humanos, estando animados y vivientes, no sólo nunca se deshagan y disuelvan con la muerte, sino que duren también en los tormentos del fuego eterno? Porque no les agrada que atribuyamos este prodigio a la omnipotencia del Todopoderoso; antes, si, niegan que lo demostremos por medio de algún ejemplo.

Si respondemos a éstos que hay, efectivamente, algunos animales corruptibles porque son mortales, que, sin embargo, viven en medio del fuego, y que asimismo se halla cierto género de gusanos en los manantiales de aguas cálidas o terrenales, cuyo calor nadie puede sufrir inmune, y ellos no sólo viven dentro de él sin padecer daño, sino que fuera de aquel lugar no pueden vivir, seguramente que cuando así les mostremos este raro fenómeno, o no lo querrán creer, si no se lo podemos manifestar con evidencia, o si podemos evidenciárselo presentándoselo a sus propios ojos, o probarlo con testigos idóneos, con la misma incredulidad dirán que no basta esta demostración para ejemplo o legítima consecuencia de la cuestión que se trata, por cuanto los tales animales no viven siempre, y en el citado dolor viven sin dolor, puesto que en aquellos elementos, siendo convenientes proporcionados a su naturaleza, vegetan y se sustentan y no se lastiman acongojan, como si no fuera más increíble vegetar, nutrirse y sustentar con semejante alimento, que lastimarse y menoscabarse con él. Porque maravilla es sentir dolor en el fuego, y, con todo, vivir; pero

aun es mayor maravilla vivir en el fuego y no sentir dolor. Y si esto se cree, ¿por qué no otro?

CAPITULO III

Si es consecuencia que al dolor corporal suceda la muerte de la carne Pero, dicen, ningún cuerpo, hay que pueda sentir dolor y que no pueda morir. Y esto, ¿de dónde lo sabemos. Porque ¿quién está seguro de si los demonios sienten dolor corporalmente cuando confiesan a voces que padece horribles tormentos? Y si respondieren que no hay cuerpo alguno terreno, es a saber, sólido y visible, y, por decirlo mejor y en una palabra, que no hay carne alguna que pueda sentir dolor y que no pueda morir, ¿qué otra cosa dicen sino lo que los hombres ha conocido con el sentido del cuerpo con la experiencia? Porque, efectivamente, no conocen carne que no es mortal.

Este es todo el argumento de los que imaginan que de ningún modo puede ser lo que no han visto por experiencia. Pero ¿qué razón hay para hacer al dolor argumento de la muerte, siendo antes indicio y prueba real de vida? Porque aunque preguntamos dudamos si puede vivir siempre, si embargo, es cierto e innegable que vive todo lo que siente dolor, y que cualquiera dolor que sea no se puede hallar sino en objeto que viva. A que es indispensable que viva el que siente dolor, y no es preciso que mate el dolor, puesto que aun a estos cuerpos mortales, y que, en efecto, ha de morir, no los mata o consume todo dolor. La causa de que algún dolor pueda matar consiste en que de tal manera está el alma trabada con el cuerpo que cede a los dolores vivos y se ausenta de él, porque la misma trabazón de los miembros y potencias vitales es tan débil que no puede sufrir y durar contra aquella violencia que causa un extraordinario o sumo dolor. Y entonces el alma se unirá con un cuerpo de tal calidad y en tal modo, que aquella trabazón tampoco la corromperá dolor alguno. Por tanto, aunque al presente no hay carne alguna de tal configuración que pueda sufrir dolor y no pueda sufrir la muerte, sin embargo, entonces será la carne tal cual no es ahora, así como también será tal la muerte cual no es ahora, porque la muerte será sempiterna, cuando ni podrá el alma vivir no teniendo a Dios en su favor, ni estar exenta de dolores del cuerpo, estándose muriendo.

La primera muerte expele del cuerpo al alma, aunque no quiera; la segunda muerte tiene al alma en el cuerpo, aunque no quiera; y así, comúnmente, se dice de una y otra muerte que padece el alma de su peculiar cuerpo lo que no quiere. Consideran nuestros antagonistas que ahora no hay carne que pueda padecer dolor y que no pueda también sufrir la muerte, y no reflexionan en que, sin embargo, hay cierto objeto que es mejor que el cuerpo; porque el mismo espíritu, con cuya presencia vive y se rige el cuerpo, puede sentir dolor y no puede morir. Ved aquí cómo hemos hallado objeto, el cual, teniendo sentido de dolor, es inmortal.

Esto mismo sucederá también entonces en los cuerpos de los condenados, lo que sabemos que sucede en el espíritu de todos; aunque, si lo editásemos con más atención, el dolor que se llama del cuerpo más pertenece al alma, porque del alma es propio el dolerse, y no del cuerpo, aun cuando la causa del dolor nace del cuerpo, cuando duele en aquel lugar donde es molestado el cuerpo. Así como decimos cuerpos sensitivos y cuerpos vivientes,

procediendo del alma el sentido y vida del cuerpo, así también decimos que los cuerpos se duelen, aunque el dolor del cuerpo no puede ser sino procedente del alma.

Duélese, pues, el alma con el cuerpo en aquel su propio lugar donde acontece alguna sensación que duela. Duélese también sola, aunque esté en el cuerpo, cuando, por alguna causa asimismo invisible, está triste estando bueno el cuerpo; porque, en efecto, se dolía aquel rico en el infierno cuando decía: «Estoy en continuo tormento en esta llama»; pero el cuerpo, ni muerto se duele, ni vivo, sino el alma, se duele. Así que si procediera bien el argumento de que puede suceder la muerte porque pudo suceder también el dolor, más propiamente pertenecería él morir al alma, a quien toca con más razón el dolerse; mas como aquella que puede más propiamente dolerse no puede morir, no se prueba que porque aquellos cuerpos hayan de estar en dolores creamos también que han de morir.

Dijeron algunos platónicos que de los cuerpos terrenos y de los miembros enfermizos y mortales le proviene al alma el temer, el desear, el doler y alegrarse. Por lo cual dijo Virgilio: «De aquí procede (refiriéndose a los enfermizos y mortales miembros del cuerpo terreno) que teman, codicien, se duelan y alegren.» Pero ya los convencimos en el libro XIV de esta obra de que tenían las almas, hasta las purificadas, según ellos, de toda la inmundicia del cuerpo, un deseo terrible con que nuevamente principian a querer volver a los cuerpos; y donde puede haber deseo, sin duda también puede haber dolor; porque el deseo frustrado, cuando no alcanza lo que anhela, o pierde lo que había conseguido, se convierte en dolor.

Por lo cual si el alma, que es la que sola o principalmente siente dolor, sin embargo, a su manera, tiene cierta inmortalidad propia y peculiar suya, no podrán morir aquellos cuerpos, porque sentirán dolor. Finalmente, si los cuerpos hacen que las almas sientan dolor, ¿por qué diremos que les pueden causar dolor y no les pueden causar la muerte, sino porque no se sigue inmediatamente que cause la muerte lo que causa el dolor? ¿Y por qué motivo será increíble que de la misma manera aquel fuego pueda causar dolor a aquellos cuerpos, y no la muerte, como los mismos cuerpos hacen doler y sentir a las almas, a las cuales, sin embargo, no por eso las fuerzan a que mueran? Luego el dolor no es argumento necesario y concluyente de que han de morir.

CAPITULO IV

De los ejemplos naturales, de cuya consideración podemos deducir que pueden permanecer vivos los cuerpos en medio de los tormentos Por lo cual, si, como escriben los que han indagado y examinado la naturaleza y propiedades de los animales, la salamandra vive en el fuego; y algunos montes de Sicilia, bien conocidos por sus erupciones y volcanes ardiendo en vivas llamas hace ya mucho tiempo, y continuando con la misma fuerza, permanecen, sin embargo, Integros en su mole, nos son testigos bien idóneos de que no todo lo que arde se consume; y la misma alma nos manifiesta con toda evidencia que no todo lo que puede sentir dolor puede también morir; ¿para qué, pues, nos piden ejemplos de las cosas naturales, a fin de que les demostremos no ser increíble que los cuerpos de los condenados a los tormentos eternos no pierden el alma en el fuego, antes sin mengua ni menoscabo arden, y sin poder morir padecen dolor?

Porque entonces tendrá la substancia de esta carne tal calidad concedida por la mano poderosa de Aquel que tan maravillosas y varias las dio a tantas naturalezas como vemos, que por ser tantas en número no nos causan admiración. ¿Y quién sino Dios, Creador de todas las cosas, dio a la carne del pavo real muerto la prerrogativa de no pudrirse o corromperse? Lo cual, como me pareciese increíble cuando lo oí, sucedió que en la ciudad de Cartago nos pusieron a la mesa una ave de éstas cocida, y tomando una parte de la pechuga, la que me pareció, la mandé guardar; y habiéndola sacado y manifestado después de muchos días, en los cuales cualquiera otra carne cocida se hubiera corrompido, nada me ofendió el olor; volví a guardarla, y al cabo de más de treinta días la hallamos del mismo modo, y lo mismo pasado un año, a excepción de que en el bulto estaba disminuida, pues se advertía estar ya seca y enjuta. ¿Quién dio a la paja una naturaleza tan fría que conserva la nieve que se entierra en ella, o tan vigorosa y cálida, que madura las manzanas y otras frutas verdes y no maduras? ¿Quién podrá explicar las maravillas que se contienen en el mismo fuego, que todo lo que con, él se quema se vuelve negro, siendo él lúcido y resplandeciente, y casi a todo cuanto abrasa y toca con su hermosísimo color le estraga y destruye el color, y de un ascua brillante lo convierte en un carbón muy negro? Pero tampoco es esto regla general; pues, al contrario, las piedras cocidas con fuego resplandeciente se vuelven blancas, y aunque él sea más bermejo y ellas brillen con su color blanco, sin embargo, parece que conviene a la luz lo blanco como lo negro a las tinieblas.

Cuando arde el fuego en la leña, y cuece las piedras, en materias tan contrarias tiene contrarios efectos. Y aunque piedra y la leña sean diferentes, no son contrarias entre sí, como lo son blanco y lo negro, y uno de estos efectos causa en la piedra, y el otro en leña, pues clarifica la piedra y oscurece la leña, siendo así que moriría aquélla si no viviese en ésta. ¿Y qué diré de los carbones? ¿No es un objeto digno de admiración que por una parte sean tan frágiles, que con un ligerísimo golpe se quiebran y con poco que los aprieten se muelen y hacen polvo, y por otra tienen tanta solidez y firmeza que no hay humedad que los corrompa, ni tiempo que los consuma, de forma que los suelen enterrar los que señalan y colocan límites y mojones, para convencer al litigante que al cabo de cualquiera tiempo se levantare y pretendiere que aquella piedra que ha fijado es el mojón y límite? ¿Y quién les dio la virtud de que sepultados en tierra húmeda, en la cual los leños pudrieran, puedan durar incorruptos tanto tiempo, sino aquel fuego que corrompe y consume todo?

Consideremos también, además de insinuado, la maravilla o portento que observamos en la cal cómo se vuele blanca con el fuego, con el cual otras cosas se vuelven, negras; cómo tan ocultamente concibe el fuego del mismo fuego, y convertida ya en terrón, frío al tacto, se conserva tan oculto y encubierto que por ninguna manera descubre a sentido alguno; pero hallándole y descubriéndole con la experiencia, aun cuando no le vemos, sabemos ya que está allí adormecido, por lo que la llamamos cal viva, como el mismo fuego que está en ella encubierto fuese el alma invisible de aquel cuerpo visible. ¿Y qué grande maravilla es que cuando se apaga, entonces se enciende? Porque para quitarle aquel fuego que tiene escondido la echamos en el agua, o la rociamos con agua y estando antes fría, comienza a hervir, con lo que todas las cosas que hierven se en fríán.

Así que expirando como si dijéramos, aquel terrón, se deja ver el fuego que estaba escondido cuando se va; y después, como si hubiese ocupado la muerte, está frío, tanto, que aun cuando le mojen con agua no arderá ya más, y a lo que llamábamos cal viva lo llamamos va muerta. ¿Qué cosa puede haber, al parecer, que pueda añadirse a esta maravilla? Y, con todo puede añadirse: porque si no le echásemos agua, sino aceite, con que se fomenta y nutre más el fuego, no hierve por más y más que le echen. Y si este raro fenómeno le leyéramos u oyéramos de alguna piedra de las Indias, y no pudiéramos experimentarlo, sin duda nos persuadiríamos de que o era mentira, o nos causara extraña admiración.

Las cosas que vemos cada, día con nuestros propios ojos, no porque sean menos maravillosas, sino por el continuo uso y experiencia que tenemos de ellas, vienen a ser menos estimadas; de suerte que hemos ya perdido la admiración de algunas que nos han podido traer singulares y admirables de la India, que es una parte del mundo muy remota de nuestro país. Hay muchos, entre nosotros, que conservan la piedra diamante, especialmente los plateros y lapidarios, la cuál dicen que no cede ni al hierro ni al fuego, ni a otro algún impulso, sino solamente a la sangre del cabrón. Pero los que la tienen y conocen, pregunto, ¿se admiran de ella como aquellos a quienes de nuevo se les acierta a dar noticia exacta de su virtud y potencia? Y a los que no se les enseña, acaso, no lo creen; y si lo creen, se maravillan de lo que no han visto por experiencia; y si, acontece observarlo experimentalmente, todavía se admiran de lo raro y particular; más la continua y ordinaria experiencia paulatinamente nos va quitando el motivo de la admiración.

Tenemos noticia de la piedra imán, que maravillosamente atrae el hierro. La primera vez que lo observé quedé absorto; porque advertí que la piedra levantó en lo alto una sortija de hierro, y después, como si al hierro que había levantado le hubiera comunicado su fuerza y virtud, esta sortija la llegaron o tocaron con otra, y también la levantó; y así como la primera estaba inherente, o pegada a la piedra, así la segunda sortija a la primera. Aplicaron en los mismos términos la tercera, e igualmente la cuarta colgaba ya como una cadena de sortijas trabadas unas con otras, no enlazadas por la parte interior, sino pegadas por la exterior., ¿Quién no se pasmará de ver semejante virtud, que no sólo tenía en sí la piedra, sino que se difundía y pasaba por tantos cuantos tenía suspensos, atados y trabados con lazos invisibles? Pero causa aún mayor admiración lo que supe de esta piedra por testimonio de Severo, obispo de Mileba, quien me refirió haber visto siendo Batanario gobernador de Africa, y comiendo en su mesa el obispo que sacó esta misma piedra, y teniéndola en la mano debajo de un plato de plata, puso un hierro encima del plato y

después, así como por abajo movía la mano en que tema la piedra, así por arriba se movía el hierro, revolviéndole de una parte a otra con una presteza admirable: he referido lo que vi y oí al obispo, a quien di tanto crédito como si yo mismo lo hubiera presenciado.

Diré asimismo lo que he leído de esta piedra imán, y es que si cerca de ella ponen el diamante, no atrae al hierro, y si le hubiese ya leva atado, le suelta al punto que le aproximan el diamante. De la India se transportan estas piedras; pero si habiéndolas ya conocido, dejamos de admirarnos de ellas, cuanto más aquellos de donde las traen, si acaso las tienen muy a mano, y podrá ser que las posean como nosotros la cal, de la que no nos admiramos en verla de una manera que asombra hervir con el agua con que se suele matar el fuego, y no hervir con el aceite, con que se acos- tumbra encender el fuego, por ser cosa ordinaria y tenerla muy a la mano.

CAPITULO V

Cuántas cosas hay que no podemos conocerlas bien, y no hay duda de que existen Sin embargo, los infieles e incrédulos, cuando les anunciamos y predicamos los milagros divinos, pasados o por venir, como no podemos hacer que los vean por sus mismos ojos, nos piden la causa y razón de ellos, la cual, como no se la podemos suministrar (porque exceden las fuerzas del entendimiento humano) imaginan que es falso lo que les decimos. En cambio, debieran, de tantas maravillas como podemos ver o vemos, darnos también la razón. Y si advierten que no es posible al hombre, nos habrán de confesar precisamente que no por eso dejó de suceder alguno de los portentos que referimos, o que no habrá de ser porque no pueda darse razón de ellos, puesto que tales suceden, de los cuales no puede asignarse directamente la causa.

Así que no iré discurriendo por infinitas particularidades que están escritas, de las que han acontecido y han pasado ya sino de las que existen todavía y se conservan en ciertos parajes, donde si alguno quisiere y pudiere ir, averiguará si son ciertas, y solamente referiré algunas pocas. Dicen que la sal de Agrigento, en Sicilia, acercándola al fuego, se deshace y derrite como en agua, y poniéndola en agua chasquea y salta como en el fuego.

Y que entre los garamantas hay una fuente tan fría por el día que no puede beberse, y tan caliente de noche que no puede tocarse. Que en Epiro se halla otra fuente en la cual las hachas, como en las demás, se apagan, estando encendidas; pero, lo que no sucede en las demás, se encienden estando apagadas. Que la piedra asbestos, en Arcadia, se llama así porque una vez encendida, nunca puede ya apagarse. Que la madera de cierta higuera de Egipto no sobrenada como las otras maderas en el agua, sino que se hunde; y lo que es más admirable, habiendo estado algún tiempo en el fondo, vuelve de allí a subir a la superficie del agua, cuando estando mojada debía de ser más pesada con el peso del líquido.

Que en la tierra de Sodoma se crían ciertas manzanas que llegan al parecer a madurar, pero, mordidas o apretadas con la mano, rompiéndose el hollejo, se deshacen y resuelven en humo y pavesas. Que la piedra pirita, en Persia, quema la mano del qué la tiene si la aprieta mucho, por lo que se llama así, tomando su denominación del fuego. Qué en la misma Persia se cría también la piedra selenita, cuya blancura interior crece y mengua con la luna.

Que la isla de Tilos, en la India, se aventaja a las demás tierras porque cualquier árbol que se cría en ella nunca pierde las hojas. De estas y otras innumerables maravillas que se hallan insertas en las historias, no de las que han sucedido y pasado, sino que existen todavía (que intentar yo referirlas aquí, estando empleado en otras materias, sería asunto muy prolijo), dennos la causa, si pueden, estos infieles e incrédulos que no quieren creer las divinas letras, teniéndolas por otras antes que por divinas, porque contienen cosas increíbles, como es ésta de que ahora tratamos; pues no hay razón -dicen- que admita que se abrase la carne y no se consuma, que sienta dolor y no pueda morir.

Hombres, en efecto, de gran discurso y razón y que nos la pueden dar todas las cosas que nos consta son admirables, dennos, pues, la causal las pocas que hemos citado las cuales sin duda, si no supiesen que son y les dijésemos que habían de ser, mucho menos las creerían que los que les decimos ahora que algún día ha ser. Porque ¿quién de ellos nos da crédito si como les decimos que ha haber cuerpos humanos vivos de calidad que han de estar siempre ardiendo y con dolor, y sin embargo jamás han de morir, les dijésemos q en el siglo futuro ha de haber sal tal especie que la haga el fuego derretir como se derrite ahora en el agua, y que a la misma la haga el agua chasquear como chasquea al presente en fuego, o que ha de haber una fuente cuyas aguas en la frialdad de la noche ardan de manera que no se puede tocar, y que en los calores del día están tan frías que no se puedan beber, que ha de haber piedra que con calor abrase la mano del que la apretare, o que, estando encendida por das partes, de ningún modo pueda matarse, y lo demás que, dejando otras infinitas cosas, me pareció referir?

Así que si les dijésemos que había de haber estas cosas en aquel siglo que ha de venir y nos respondieren los crédulos: si queréis que las crean dadnos la razón de cada una de ellas, nosotros les confesaríamos sinceramente que no podíamos, porque a éstas y otras tales obras admirables del Altísimo quedaría rendida la razón y el dé discurso del hombre; pero sin embargo, es razón muy sentada y constante entre nosotros que no sin poderosos motivos hace el Omnipotente cosas que el flaco espíritu del hombre puede dar razón, y que aunque en muchas cosas nos es incierto lo que quiere, con todo, es certísimo que nada es imposible de todo cuanto quiere que nosotros le creemos cuando nos dice lo que ha de suceder, pues podemos creer que es menos poderoso o que miente. Pero estos censores que nos calumnian y motejan nuestra fe y nos pide razón ¿qué nos responden a estas cosas de que no puede dar la causa hombre, y, sin embargo, son así y parecen opuestas a la misma razón natural? las cuales, si las dijéramos a estos infieles e incrédulos que habían de suceder, nos pidieran la razón de ellas, como nos la piden de las que les decimos que han de acontecer. Por consiguiente, ya que en estas y otras semejantes obras de Dios falta la razón, y no por eso dejan de ser, tampoco dejarán de ser aquéllas, porque de las unas ni de las otras no puede el hombre dar la razón.

CAPITULO VI

De las diversas causas de los milagros Acaso dirán aquí que por ningún motivo hay semejantes maravillas y que no las creen; que es falso lo que de ellas se dice, falso lo que se escribe, y añadirán, arguyendo así: Si es que debemos prestar asenso a tales portentos, creed también vosotros lo que asimismo se refiere y escribe que hubo o hay un templo

dedicado a Venus y en él un candelero, en el cual había una luz encendida expuesta al sereno de la noche, que ardía de manera que no podía apagarla ni la ventisca ni el agua que cayese del cielo; por cuyo motivo, como la citada piedra, se llamó también esta candela lychnos asbestos, esto es, candela inextinguible.

Dirán esto para reducirnos al estrecho apuro de que no podamos responderles, porque si les dijésemos que no debe creerse, desacreditaríamos lo que se escribe de las maravillas que hemos referido, y si concediéremos que debe darse crédito, haríamos un particular honor a los dioses de los gentiles. Pero nosotros, como dije en el libro XVIII de esta obra, no tenemos necesidad de creer todo lo que contienen las historias de los gentiles, pues también entre sí los mismos historiadores (como dice Varrón), casi de intento se contradicen en muchas particularidades, sino que, creemos, si queremos, aquello que no se opone a los libros que sin duda tenemos precisión de creer. Y de las maravillas y portentos que se hallan en ciertos parajes, nos bastan para lo que queremos persuadir a los incrédulos que ha de suceder, lo que podemos nosotros asimismo tocar y ver por experiencia, y no hay dificultad en hallar para este efecto testigos idóneos.

Respecto al templo de Venus y a la candela inextinguible, no sólo con este ejemplo no nos estrechan, sino que nos abren un camino muy anchuroso, puesto que a esta candela que nunca se apaga añadimos nosotros muchos milagros o maravillas de las ciencias así humanas como de las mágicas, esto es, las que hacen los hombres por arte e influencia del demonio y las que ejecutan los demonios por sí mismos, lo cuales, cuando intentáramos negarlas iríamos contra la misma verdad de la sagradas letras, a quien creemos sinceramente. Así, pues, en aquella candela o el ingenio y sagacidad humana fabricó algún artificio con la piedra asbesto, o era por arte mágica lo que los hombres admiraban en aquel templo, o algún demonio bajo el nombre de Venus asistía allí presente con tanta eficacia, que pareciese real y efectivo a los hombres este milagro y permaneciese por mucho tiempo.

Los demonios son atraídos para que habiten en las criaturas (que crió Dios y no ellos) con diferentes objetos deleitables conforme a su diversidad; no como animales, con manjares o cosas de comer, sino como espíritus, con señales que convienen al gusto, complacencia y deleite de cada uno por medio de diferentes hierbas, árboles, animales, encantamientos y ceremonias. Y para dejarse atraer de los hombres, ellos mismos primero los alucinan y engañan astuta y cautelosamente, o inspirando en sus corazones el veneno oculto de su malicia, o apercibiéndoles con engañosas amistades. Y de éstos hacen a algunos discípulos, doctores y maestros de otros muchos, porque no se pudo saber, sino enseñándolo ellos antes, qué es lo que cada uno de ellos apetece, qué aborrezca, con qué nombre se trae, con qué se le haga fuerza, de todo lo cual nacieron las artes mágicas, sus maestros y artífices. Pero con esto, sobre todo, poseen los corazones de los hombres, de lo cual principalmente se glorían cuando se transfiguran en ángeles de luz.

Obran, pues, muchos portentos, los cuales, cuanto más los confesamos por maravillosos, tanto más cautamente debemos huirlos. Pero aún estos nos aprovechan también para el asunto que al presente tratamos, porque si tales maravillas pueden hacerlas los espíritus malignos, ¿cuánto mejor podrán los ángeles santos y cuánto más poderoso que todos éstos es Dios, que formó igualmente a los mismos ángeles que obran tan insignes portentos?

Por tanto, si pueden practicarse tantas, tan grandes y tan estupendas maravillas (como son las que se llaman mejanemato invenciones de máquinas y artificios), aprovechándose los ingenios humanos de las cosas naturales que Dios ha criado, de modo que los que las ignoran y no entienden piensan que son divinas (y así sucedió en cierto templo, que poniendo dos piedras imanes de igual proporción y grandeza, la una en el suelo y la otra en el techo, se sustentaba un simulacro o figura hecha de hierro en medio de una y otra piedra, pendiente en el aire, como si fuera milagrosamente por virtud divina para los que no sabían lo que había arriba y abajo y, como dijimos, ya que pudo haber algo de este artificio en aquella candela de Venus, acomodando allí el artífice la piedra asbesto); y si los demonios pudieron subir tanto de punto las obras de los magos, a quien nuestra Sagrada Escritura llama hechiceros y encantadores, que le pareció al famoso poeta que pedían cuadrar al ingenio del hombre, cuando dijo, hablando de cierta mujer que sabía tales artes: «ésta con sus encantos se promete y atreve a ligar y desatar las voluntades que quisiere, a detener las corrientes rápidas de los ríos, a hacer que retrocedan en su curso ordinario los astros, remueve las sombras nocturnas de los finados, verás bramar debajo de los pies la tierra y bajar de los montes los fresnos»; ¿cuánto más podrá hacer Dios lo que parece increíble a los obstinados incrédulos siendo tan fácil a su omnipotencia, puesto que Él es quien hizo y crió la virtud que reside en las piedras y en los otros entes y los ingenios perspicaces de los hombres, que con admirable método se aprovechan de ellos; Él mismo es el que crió las naturalezas angélicas, que son más poderosas que todas las substancias animadas de la tierra, excediendo todo cuanto hay admirable a los ojos humanos, y con virtud maravillosa y suprema, obra, manda y permite todo con admirable sabiduría, sirviéndose y usando de todo, no menos maravillosamente cuanto es más admirable el orden con que lo crió?

CAPITULO VII

Que la razón suprema para creer ¿las cosas sobrenaturales es la omnipotencia del Criador ¿Por qué no podrá hacer Dios que resuciten los cuerpos de los muertos y que padezcan con fuego eterno los cuerpos de los condenados, siendo a que es el que hizo el mundo lleno tantas maravillas y prodigios en el cielo, en la tierra, en el aire y en las aguas, siendo la fábrica y estructura prodigiosa del mismo mundo el mayor y más excelente milagro de cuantos milagros en él se contienen, y de que está tan lleno?

Pero éstos con quien o contra quienes disputamos, que creen que hay Dios, el cual hizo y crió este mundo y que formó los dioses, por cuyo m dio gobierna y rige el orbe; y que no niegan, antes celebran la potestad que en el mundo obran milagros, ya sean espontáneos, ya se consignen por medio de cualquiera acto y ceremonia religiosa, ya sean también mágicos cuando les proponemos la virtud fuerza maravillosa que existe en algunos seres que ni son animales racionales, ni espíritus que tengan discurso ni razón, como son los citados ante suelen responder: esta virtud y vigor es natural, su naturaleza es de esa condición; estas virtudes tan eficaces son peculiares a las mismas naturalezas.

Así que toda su explicación de que el fuego hace fluida y derrite la sal de Agrigento, y el agua la hace chasquear y saltar, es porque ésta es naturaleza. Pero lo cierto es que antes parece ser contra el orden de naturaleza, la cual dio al agua la virtud de deshacer la sal, y no se dio al fuego, y que la sal se tostase fuego y no al agua. Esta misma razón dan de la fuente

existente en el país de los garamantas, donde un Caño es frío de día y hierve de noche, las mando con una y otra propiedad a la que la tocan.

Esta misma dan de otra fuente que, estando fría al parecer de los que la prueban, y apagando como las otras fuentes el hacha encendida, no obstante, es, con efecto bien diferente y no menos maravilloso, pues enciende el hacha apagada. Esta también dan de la piedra asbesto, la cual no conteniendo en sí fuego alguno propio, tomándolo de otro objeto, arde de manera que no puede apagarse. Esta es la que dan de las demás cosas que es excusado referir, las cuales, aunque parezca que tienen una propiedad y virtud desusadas contra la naturaleza, no dan de ello otra explicación sino decir que ésta es su peculiar naturaleza.

Breve y concisa es, a la verdad, esta razón, lo confieso, y suficiente respuesta. Pero siendo Dios el que crió todas las naturalezas, ¿a qué intentan que les demos otra razón eficaz, cuando no dan crédito a algún prodigio, considerándolo imposible, y a su petición de que expliquemos la causa les respondemos que ésta es la voluntad de Dios Todopoderoso? El cual no por otro motivo se llama Todopoderoso, sino porque todo lo que quiere lo puede; como pudo criar tantos y tan prodigiosos seres, que si no se viesen o lo refiriesen aun hoy testigos fidedignos sin duda parecerían imposibles, no sólo los que referí que son muy ignorados entre nosotros, sino los que son sumamente notorios.

Los que los autores refieren en sus libros dando cuenta de ellos personas que no tuvieron revelación del Espíritu Santo, y como hombres quizá pudieron errar, puede' cada uno, sin justa reprensión, dejarlos de creer. Porque tampoco yo quiero que temerariamente se crean todas las maravillas que referí, puesto que no las doy asenso, como si no me quedase duda alguna de ellas, a excepción de las que yo mismo he visto por experiencia, y cualquiera fácilmente puede experimentarlas, como el fenómeno de la cal, que hierve en el agua y en el aceite está fría; el de la piedra imán, que no sé cómo con su atracción no mueve una pajilla y arrebata el hierro; el de la carne de pavo real, que no admite putrefacción, habiéndose corrompido la de Platón; el de que la paja esté tan fría que no deje derretirse la nieve, y tan caliente que haga madurar la fruta; el del fuego, que siendo blanco y resplandeciente, según su brillo, cociendo las piedras las convierte en blancas, y contra esta su blancura y brillantez, que, mando varias cosas, las oscurece, y vuelve negras.

Semejante a éste es aquel prodigio de que con el aceite claro se hagan manchas negras, como se hacen también líneas negras con la plata blanca, y también el de los carbones, que con el fuego se convierte en otra substancia tan opuesta, que de hermosísima madera se vuelve tan desfigurada, de dura tan frágil y de corruptible tan incorruptible. De estas maravillas, algunas las yo como las saben otros muchos, algunas las sé como las saben todo siendo tantas, que sería alargarnos demasiado referirlas todas en este libro. Pero de las que he escrito en él, no las he visto por experiencia, sino que las leí (a excepción del prodigio, de la fuente donde se apagan las hachas que están ardiendo y se enciende las apagadas, y el de la fruta de tierra de los sodomitas, que en lo exterior está como madura y en lo interior como humosa), nunca pude hallar testigos que fuesen idóneos para que me informasen si era verdad. Y aunque no encontré quien me dijese que halla Visto aquella fuente de Epiro, sin embargo, hallé quien conocía otra semejante en Francia, no lejos de la ciudad de Grenoble. Y el de la fruta de árboles del país de Sodoma, no se nos los enseñan las historias

fidedignas, sino que asimismo son tantos que aseguran haberlo visto, que puedo dudar de su identidad.

Todo demás lo conceptúo de tal calidad, que ni me determino a afirmarlo ni a negarlo; sin embargo; lo inserté porque lo, leí en los historiadores de estos mismos contra quienes disputamos, manifestar la diversidad de cosas q muchos de ellos creen hallándolas escritas en los libros de sus literatos, que les den razón alguna de ello los que no se dignan darnos el crédito ni aun dándoles la razón, de que aquello que supera la capacidad y experiencia de su inteligencia, lo ha hacer Dios Todopoderoso. ¿Pues que razón más sólida, más persuasiva más convincente puede darse de tal prodigios, sino decirles que el Todopoderoso los puede obrar y que ha hacer los que leemos, porque los anunció al mismo tiempo que otros muchos verificados ya? Porque el Señor ha las cosas que parecen imposibles, pues dijo que las había de hacer el que prometió e hizo que las gentes incrédulas creyesen cosas increíbles.

CAPITULO VIII

No es contra la naturaleza, que alguna cosa, cuya naturaleza se sal comience a haber algo diferente de que se sabía Y si respondieren que no creen que les decimos de los cuerpos humanos, que han de estar continuamente ardiendo y que nunca han de morir, porque nos consta que fue criada muy de otra manera la naturaleza de los cuerpos humanos, no cabiendo aquí la, explicación que se daba de naturalezas y propiedades maravillosas de algunos objetos, diciendo que son propias de su naturaleza, pues nos consta que esto no es propiedad del cuerpo humano, podemos responderles conforme a la Sagrada Escritura; es a saber; que este mismo cuerpo del hombre de un modo fue antes del pecado cuando no podía morir, y de otro después del pecado, como nos consta ya de la pena y miseria de esta mortalidad, de modo que su vida no puede ser perpetua.

Así pues, muy de otra manera de que ahora a nosotros nos consta y como le conocemos, se habrá en la resurrección de los muertos: pero porque que no dan crédito a la Sagrada Escritura, donde se lee del modo que vivió el hombre en el Paraíso, y cuán libre y ajeno estaba de la necesidad de la muerte (porque si creyesen, no nos alargáramos tanto en disputar sobre la pena que han de padecer los condenados), conviene que aleguemos algún testimonio de lo que escriben los que entre ellos fueron los más doctos, para que se vea claramente que es posible que una cosa llegue a ser de otra manera de lo que al principio fue y le cupo por determinación de su naturaleza. Hállanse referidas en los libros de Marco Varrón, intitulados de Las familias del pueblo romano, estas mismas palabras que extractaré aquí según que allí se leen: Sucedió, dice, en el cielo un maravilloso, portento, porque en la ilustrísima estrella de Venus, que Plauto llama Vespérugo, y Homero, Hespero, diciendo que es hermosísima, Cástor escribe que se advirtió un portento tan singular, que mudó el color, magnitud, figura y curso, cuyo fenómeno ni antes ni después ha sucedido.

Esto dicen Adrasto Ciziceno y Dion Napolitano, famosos matemáticos, que aconteció en tiempo del rey Ogyges.» Varrón, escritor de tanta fama, no llamara a esta extraña maravilla prodigio singular, si no la pareciera que era contra el orden de la naturaleza. Pues decimos

que todos los portentos son contra el Orden de la naturaleza, aunque realmente no lo son. Porque ¿cómo puede ser contra el curso ordinario de la naturaleza lo que se hace por voluntad de Dios, ya que la voluntad de un Autor y Criador, tan grande y tan supremo es la naturaleza del objeto criado? Así que el portento se obra, no contra el orden de la naturaleza, sino en contraposición al del conocimiento que se tiene de la naturaleza. ¿Y quién será suficiente para referir la inmensidad de prodigios que se hallan escritos en las historias de los gentiles? En el que acabamos de exponer pondremos lo que interesa al asunto presente. ¿Qué cosa hay tan puesta orden por el Autor de la naturaleza acerca del cielo y de la tierra como el ordenado curso de las estrellas? ¿Q cosa hay que tenga leyes más constantes? Y, sin embargo, cuando que el que rige y gobierna con sumo imperio lo que crió, la estrella que por su magnitud y brillantez entre las demás es muy conocida, mudó el color y grandeza de su figura, y, lo que más admirable, el orden y la ley fija de su curso y movimiento.

Turbó, duda, entonces, si es que las había algunas reglas de la astrología, las cuales están fijadas con una cuenta tan exacta y casi inequivocable sobre los cursos y movimientos pasados y futuros de los astros, que rigiéndose por estos cánones o tablas se atrevieron decir que el figurado prodigio de estrella de Venus jamás había sucedido. Sin embargo, nosotros leemos en Sagrada Escritura que se detuvo el en su curso, habiéndolo suplicado así a Dios el varón santo Josué, ha acabar de ganar una batalla que tenía principiada, y que retrocedió para significar con este prodigio que Dios ratificaba su promesa de prolongar la vida del rey Ecequías quince años. Pero aun estos milagros, que sabemos los concedió Dios por los méritos de siervos, cuando nuestros contradictores no niegan que han sucedido, los atribuyen a la influencia de las artes mágicas. Como lo que referí arriba que dijo Virgilio: «de la maga que hacía suspender las corrientes de los ríos retroceder el curso de los astros».

En la Sagrada Escritura leemos también que se detuvo un río por la parte de arriba, y. corrió por la de abajo marchando el pueblo de Dios con capitán Josué, de quien arriba hicimos mención, y que después sucedió lo mismo, pasando por el mismo río el planeta Elías, y después el profeta Eliseo, y que se atrasó el mayor de los planetas, reinando Ecequíás, como ahora lo acabamos de insinuar. Mas lo que escribe Varrón sobre la estrella de Venus, o el lucero, no dice fuese favor concedido a alguno que lo solicitase.

No confundan, pues, ni alucinen sus, entendimientos los infieles con el conocimiento de las naturalezas, como si Dios no pudiese hacer en algún ser otro efecto distinto de lo que conoce de su naturaleza la experiencia humana, aunque las mismas cosas de que todos tienen noticia en el mundo no sean menos admirables, y serían estupendas a todos los que las quisieran considerar seriamente, si se acostumbrasen los hombres a admirarse de, otras maravillas y no sólo de las raras. Porque ¿quién hay que discurriendo con recta razón no advierta que en la innumerable multitud de los hombres, y en una tan singular semejanza de naturaleza, con grande maravilla cada uno tiene de tal manera su rostro, que si no fuesen tan semejantes entre sí, no se distinguiría su especie de los demás animales, y si no fuesen entre sí tan desemejantes, no se diferenciarían cada uno en particular de los demás de su especie? De modo que reconociéndolos semejantes, hallamos que son distintos unos de otros. Pero es más admirable la consideración de la semejanza, pues con más justa razón la naturaleza común ha de causar la semejanza.

Y, sin embargo, como las cosas que son raras son las admirables, mucho más nos maravillamos cuando hallamos dos tan parecidas, que en conocerlas y distinguirlas siempre o las más veces nos equivocamos. Pero lo que he dicho que escribió Varrón, con ser historiador suyo, y tan instruido, acaso no creerán que sucedió realmente, o porque no duró y perseveró por mucho espacio de tiempo aquel curso y movimiento de aquella estrella, que volvió a su acostumbrado movimiento, no les hará mucha fuerza este ejemplo. Démosles, pues, otro, que aun ahora se lo podemos manifestar, y pienso que debe bastarles para que comprendan cuando vieren otra cosa en el progreso de alguna naturaleza, de que tuvieran exacta noticia, que deben tasar la potestad de Dios, como si no fuese poderoso para convertirla y transformarla en otra muy diferente de la que ellos conocían.

La tierra de los sodomitas no fue, sin duda, en otro tiempo cual es ahora, sino que era como las demás, y tenía la misma fertilidad, y aun mayor, porque en la Sagrada Escritura vemos que la compararon al Paraíso de Dios. Esta, después que descendió sobre ella fuego del cielo, como lo confirma también la historia de los infiel y lo ven ahora los que viajan a aquellos países, pone horror con su prodigioso hollín, y la fruta que produce encubre la ceniza que contiene en su interior, con una corteza que aparenta estar madura. Ved aquí que no era tal cual es ahora.

Advertid que el Autor de las naturalezas convirtió con admirable mutación su naturaleza en esta variedad y representación tan abominable y fea. Y lo que sucedió hace tanto tiempo, persevera al cabo de tanto tiempo. Como no fue imposible a Dios criar las naturalezas que quiso, no le es imposible mudarías en lo que quisiere. De donde nace también la multitud de aquellos milagros que llaman monstruos, ostentos, portentos y prodigios que si hubiera de referirlos nunca acabaríamos de llegar al fin de esta obra. Dícese que los llamaron monstruos de «monstrando», porque con su significación nos muestran alguna cosa, ostentos de osiendendo; portentos de portendendo, esto es, praeosiendendo y prodigios porque pronostican, esto es, nos dicen las cosas futuras. Pero vean los que por ellos conjeturan adivinan, ya se engañen, ya por instinto de los demonios (que tienen cuidado de intrincar, con las redes de la mala curiosidad los ánimos de los hombres, que merecen semejante castigo adivinen la verdad, ya por decir muchas cosas, acaso tropiecen con alguna que sea verdad.

A nosotros tales por tantos, que se obran como contra el orden de la naturaleza (con el cual modo de hablar dijo también el Apóstol que el acebuche injerto contra si naturaleza en la oliva participa de la crasitud de la oliva), y se llaman monstruos, ostentos, portentos y prodigios nos deben mostrar, significar y pronosticar que ha de hacer Dios lo que dijo que había de hacer de los cuerpos muertos de los hombres, sin que se lo impida dificultad alguna, o le ponga excepción ley alguna natural. Y de que así lo expresó, creo que con claridad lo he manifestado en el libro antecedente, recopilando y tomando de Ia Sagrada Escritura en el Viejo y Nuevo Testamento, no todo lo que toca a este propósito, sino lo que me pareció suficiente para la comprobación de la doctrina comprendida en esta obra.

CAPITULO IX

Del infierno y calidad de las penas eternas Infaliblemente será, y sin remedio, lo que dijo Dios por su Profeta en orden a los tormentos y penas eternas de los condenados: «que su gusano nunca morirá, y su fuego nunca se extinguirá». Porque para recomendarnos esta doctrina con más eficacia, también nuestro Señor Jesucristo, entendiendo por, los miembros que escandalizan al hombre todos los hombres que cada uno ama como a sus miembros, y ordenando que éstos se corten, dice: «Mejor será que entres manco en la vida, que ir con dos manos al infierno al fuego inextinguible, donde el gusano de los condenados nunca mueren y su fuego jamás se apaga.»

Lo mismo dice del pie en estas palabras: «Mejor será que entres cojo en la vida eterna, que no con dos pies te echen en el infierno al fuego perpetuo, donde el gusano de los condenados jamás muere, y el fuego nunca se apaga.» Lo mismo dice también del ojo: «Mejor es que entres con un ojo en el reino de Dios, que no con dos te echen al fuego del infierno, donde el gusano de los condenados jamás muere y el fuego nunca se apaga.» No reparó en repetir tres veces en un solo lugar unas mismas palabras. ¿A quién no infundirá terror esta repetición, y la amenaza de aquellas penas tan rigurosa de boca del mismo Dios? Mas los que opinan que estas dos cosas, el fuego y el gusano, pertenecen a los tormentos del alma y no a los del cuerpo, dicen que los desechados del reino de Dios también se abrasan y queman con la pena y dolor del alma, los cuales tarde y sin utilidad se arrepienten, y por eso pretenden que no sin cierta conveniencia se pudo poner el fuego por este dolor' que así quema, pues dijo el Apóstol: «¿Quién se escandaliza sin que yo no me queme y abrase?»

Este mismo dolor, igualmente, creen que se debe entender por el gusano, porque escrito está, añaden: «que así como la polilla roe el vestido, y el gusano el madero, así la tristeza consume el corazón del hombre». Pero los que no dudan que en aquel tormento ha de haber penas para el alma y para el cuerpo, dicen que el cuerpo se abrasará con el fuego, y el alma será roída en cierto modo por el gusano de la tristeza. Lo cual aunque es más creíble, porque, en efecto, es disparate que haya de faltar el dolor del cuerpo o del alma, con todo, soy de dictamen que es más obvio el decir que lo uno y lo otro pertenece al cuerpo, que no que lo uno ni lo otro; y por lo mismo en aquellas palabras de la Escritura no se hace mención del dolor del alma, porque bien se entiende ser consecuencia legítima aunque no lo exprese; de que estando el cuerpo atormentando así al alma ha de sentir también los tormentos de la ya estéril e infructuosa penitencia Por cuanto leemos asimismo en el Testamento Viejo que «el castigo de la carne del impío es el fuego y el gusano».

Pudo más resumidamente decir el castigo del impío. ¿Por qué dijo pues, de la carne del impío, sino porque lo uno y lo otro, esto es, el fuego y el gusano será la pena y el tormento de la carne? O si quiso decir, castigo de la carne, puesto que ésta será la que se castigará en el hombre esto es, el haber vivido según los impulsos de la carne (y por esto también caerá en la muerte segunda, que significó el Apóstol, diciendo: Si vivieseis según la carne, moriréis), escoja cada uno lo que más le agradare, atribuyendo el fuego al cuerpo, y alma el gusano, lo uno propiamente y lo otro metafóricamente, o lo uno lo otro propiamente al cuerpo; porque ya bastantemente queda arriba averiguado que pueden los animales vivir también en el fuego sin consumirse, en el dolor sin morirse, por alta providencia del Criador Omnipotente; quien el que negare que esto le posible, ignora que de Él procede todo lo que es digno de admiración: en todas las cosas naturales. Pues el mismo Dios es el

que hizo en este mundo todos los milagros y maravillas grandes y pequeñas que hemos referido siendo incomparablemente más aún las que no hemos insinuado Y las encerró en este mundo, maravilla única y mayor de todas cuantas hay. Así que podrá cada uno escoger lo que mejor le pareciere, ya piense que el gusano pertenece propiamente cuerpo o al alma metafóricamente transfiriendo el nombre de las cosas corporales a las incorpóreas.

Cuál estas cosas sea la verdad, ello mismos lo manifestará más fácilmente cuando sea tan grande la ciencia de los santos, que no tenga necesidad de experimentarlas para conocer aquellas penas, sino que les bastará para saberlo la sabiduría que entonces tendrán plena y perfecta (porque ahora «conocemos en parte, hasta que llegue el colmo y perfección»); pero con tal que de ningún modo creamos que aquellos cuerpos serán de tal complexión, que no sientan dolor alguno del fuego.

CAPITULO X

Si el fuego del infierno, siendo corpóreo, puede con su contada abrazar los espíritus malignos, esto es, a los demonios incorpóreos Aquí se ofrece la duda: si no ha de ser aquel fuego incorpóreo como es el dolor del alma, sino corpóreo, que ofenda con el tacto, de suerte que con él se puedan atormentar los cuerpos, ¿cómo han de padecen en él pena y tormento los espíritus malignos? El mismo niego en que están los demonios será el que se acomodará al tormento de los hombres, como lo dice Jesucristo: «Iados de mi, malditos, al fuego eterno, que está preparado al demonio y a sus ángeles.» Porque también los demonios tienen sus peculiares cuerpos, como han opinado personas doctas, compuestos de este aire craso y húmedo cuyo impulso sentimos cuando corre viento; el cual elemento, si no pudiese padecer el fuego, en los baños, cuando está caliente no quemaría; pues para que pueda quemar, primero ha de encenderse. Pero si dijese alguno que los demonios no tienen figura alguna de cuerpo, no hay motivo para que en este punto nos molestemos por averiguarlo, o para que obstinadamente disputemos. Porque ¿qué razón hay para que no digamos que también los espíritus incorpóreos pueden ser atormentados con el fuego corpóreo, por un modo admirable, pero verdadero; puesto que los espíritus humanos, que son sin duda incorpóreos; pudieron ahora encerrarse en los miembros corporales, y entonces se podrán juntar y enlazarse indisolublemente con sus cuerpos?

Seguramente se juntarían, si no tuvieran cuerpo alguno, los espíritus de los demonios, o, por mejor decir, los espíritus demonios, aunque incorpóreos, con el fuego corporal para ser atormentados, no para que el mismo fuego con que se unieren con su unión sea inspirado y se haga animal que conste de espíritu y cuerpo, sino, como dije, que, juntándose con modo admirable inefable, reciban del fuego pena no para que den vida al fuego, pues también este otro modo con que espíritus se unen con los cuerpos y hacen animales, es admirable, y no puede dar alcance el hombre, siendo eso el mismo hombre. Pudiera decir que arderán los espíritus sin tener cuerpo, como ardía los calabozos oscuros del infierno aquel rico cuando decía: «Padezco dolores y tormentos en esta voraz llama»; no viera que está la respuesta en mano, es decir, que tal era aquella llama, cuáles eran los ojos que leva y con que vio a Lázaro, y cuál era lengua para quien deseaba una gotita de agua, y el dedo de Lázaro con que pedía que se le hiciese aquel beneficio; y, con todo, las almas allí estando sin sus cuerpos.

Así también era corpórea aquella llama con que se abrasaba, y aquella gotita de agua que pedía, cuales son también las visiones de los que en sueños o en éxtasis objetos incorpóreos, pero que tiene semejanza de cuerpos. Porque el mismo hombre, aunque se halla en tales visiones con el espíritu y con el cuerpo, con todo, de tal suerte entonces se ve así semejante a su mismo cuerpo que de ningún modo se puede discernir ni distinguir. Mas aquella terrible geehnna que Escritura llama igualmente estanque fuego y azufre, será fuego corpóreo atormentará a los cuerpos de los hombres condenados, y a los aéreos de los demonios, o de los hombres los cuerpos con sus espíritus y de los demonios los espíritus sin cuerpo; juntándose fuego corporal para recibir tormento pena, y no para darle vida, porque como dice la misma Verdad, un mismo fuego ha de ser el que ha de atormentar a los unos y a los otros.

CAPITULO XI

Si es razón y justicia que no sean más largos los tiempos de las penas y tormentos que fueron los de los pecados Pero aquí algunos de éstos contra quienes defendemos la Ciudad de Dios imaginan ser una injusticia que por los pecados, por enormes que sean, es saber, por los que se cometen en L breve tiempo, sea nadie condenado pena eterna, como si hubiese habido ley que ordena que en tanto espacio de tiempo sea uno castigado, cuanto gastó en cometer aquella culpa por la que mereció serlo. Ocho géneros de penas señala Tulio que se hallan prescritas por las leyes: daño, prisión, azotes, talión, afrenta, destierro, muerte y servidumbre. ¿Cuál de estas penas es la que se ajusta a la brevedad y presteza con que se cometió el delito para que dure tanto su castigo cuanto duro el delincuente en cometerle, sino el acaso la pena del talión, que establece padezca cada uno lo mismo que hizo? Conforme a esta sanción es aquella de la ley mosaica que mandaba pagar «ojo por ojo, diente por diente, porque es factible que en tan breve tiempo pierda uno el ojo por el rigor de la justicia; en cuanto se lo quitó a otro por la malicia de su pecado.

Pero si el que da un ósculo a la mujer ajena es razón que le castiguen con azotes, pregunto: el que comete este delito en un instante ¿no viene a padecer los azotes por un tiempo incomparablemente mayor, y el gusto de un breve deleite, se viene a castigar con un largo dolor? ¿Pues qué diremos de la prisión? ¿Acaso hemos de entender que debe estar en ella uno tanto como se detuvo en hacer el delito por el cual mereció ser preso, siendo así que justísimamente paga un esclavo las penas por algunos años en grillos y cadenas, porque con la lengua o con algún golpe dado en un momento amenazó o hirió a su amo? ¿Y qué diremos del daño, la afrenta, el destierro, la servidumbre, que por la mayor parte se dan de modo que jamás se relajan ni remiten? ¿Acaso, según nuestro método de vivir, no se parecen a las penas eternas? Pues no pueden ser eternas, porque no lo es la vida que con ellas se castiga; sin embargo, los pecados que se castigan con penas que duran larguísimo tiempo, se cometen en un solo momento, y jamás ha habido quien opine que tan breves deben ser las penas de los delincuentes como lo fueron el homicidio o el adulterio, o el sacrilegio o cualquiera otro delito, el cual se debe estimar, no por la extensión del tiempo, sino por la grandeza de la malicia.

Y cuando por algún grave delito quitan a uno la vida, ¿por ventura las leyes estiman y ponderan su castigo por el espacio en que le matan, que es muy breve, sino más bien porque le borran para siempre del número de los vivientes? Lo mismo que es el desterrar a

le hombres de esta ciudad mortal con la pena de la primera muerte, es el desterrar a los hombres de aquella ciudad inmortal con la pena de la segunda muerte, Porque así como no preceptúan las leyes de esta ciudad que vuelva a ella ninguno que haya sido muerto, así tampoco las de aquélla que vuelva a la vida eterna ningún condenado a la muerte segunda. ¿Cómo pues, será verdad, dicen, lo que enseña vuestro Cristo: «Que con la medida que midiereis, con esa misma se volverá a medir», si el pecado temporal se castiga con pena eterna? No atienden ni consideran que llama misma medida; no por el igual espacio de tiempo, sino por el retorno d mal; es decir, que el que hiciere mal padezca mal; aunque esto se puede, mar propiamente por aquello a que refería el Señor cuando dijo esto con los juicios y condenaciones. Por tanto el que juzga y condena injustamente si es juzgado y condenado justamente con la misma medida recibe, aunque no lo mismo que dio. Porque con juicio hizo, y padece con el juicio, aunque con la condenación por él dada hizo lo que era injusto, y padece con la condenación que sufre lo que es justo.

CAPITULO XII

De la grandeza de la primera culpa por la cual se debe eterna pena a todos los que se hallaren fuera de gracia del Salvador La pena eterna, por eso parece dura e injusta al sentido humano: porque en esta flaqueza de los sentidos enfermizos y mortales nos falta aquel sentido de altísima y purísima sabiduría con que podamos apreciar la impiedad maldad tan execrable que se cometió con la primera culpa. Porque cuanto más gozaba el hombre de Dios, con tanta mayor iniquidad dejó a Dios, se hizo digno de un mal eterno el que desdijo en sí el bien que pudiera sí eterno. Por eso fue condenada toda descendencia del linaje humano, pues el que primeramente cometió este crimen fue castigado con toda su posteridad, que entonces estaba arraigado en él, para que ninguno escapase de este justo y merecido castigo sino por la misericordia y no debida gracia, el linaje humano se dispusiese de manera que en algunos se manifieste lo que puede la piadosa gracia, y en los demás, lo que el justo castigo. Estas dos cosas juntas no se podían realizar en todos, pues si todos vinieran a parar en las penas de la justa condenación, en ninguno se descubriera la misericordiosa gracia del Redentor.

Por otra parte, si todos pasaran de las tinieblas a la luz, en ninguno se mostrara la severidad del castigo, siendo muchos más los castigados que los que participan de la gracia, para damos a entender en esto lo que de razón se debía a todos. Y si a todos se les re compensara como merecían, nadie jus- tamente pudiera reprender la justicia del que así los castigaba. Pero como son tantos los que escapan libres, tenemos motivo para dar gracias a Dios, el que gratuitamente y por singular fineza nos hace la merced de libertarnos de aquella perpetua cárcel.

CAPITULO XIII

Contra la opinión de los que piensan que a los pecadores se les dan las penas después de es Ia vida, a fin de purificarlos Los platónicos, aunque no enseñan que haya pecado alguno que quede sin condigno castigo, opinan que todas las penas se aplican para la enmienda y corrección, así las que dan las leyes humanas como las divinas; ya sea en la vida actual, ya en la futura; ya se perdone aquí a alguno su culpa o se le castigue de suerte que en la tierra

no quede enteramente corregido y enmendado. Conforme a esta doctrina es aquella expresión de Marón, cuando habiendo dicho de los cuerpos terrenos y de los miembros enfermizos y mortales que a las almas «de aquí les proviene el temer, desear, dolerse, alegrarse, y que estando en una tenebrosa y oscura cárcel, no pueden desde allí contemplar su naturaleza», prosiguiendo, dice: «que aun cuando en el último día las deja esta vida, con todo, no se despide de ellas toda la desventura ni se les desarraiga del todo el contagio que se les pegó del cuerpo; pues es preciso que muchas cosas que con el tiempo se han forjado en lo interior, como si las hubieran injertado, hayan ido brotando y creciendo maravillosamente.

Así que padecen tormentos y pagan las penas de los pasados yerros, y unas tendidas y suspensas en el aire, otras bajo inmenso golfo de las aguas, pagan culpa contraída o se acrisolan con fuego». Los que son de esta opinión quieren que después de la muerte ha otras penas que las purgatorias, de suerte que porque el agua, el aire el fuego son elementos superiores a tierra, quieren que por alguno de los elementos se purifique, medias las penas expiatorias, lo que se había contraído del contagio de la tierra. Porque el aire entiende en lo que dice: «tendidas y colgadas al viento»; el agua en lo que dice: «debajo del inmenso golfo del mar»; y el fuego, le declaró por su nombre propio cuando dijo «se acrisolan en el fuego». Pero nosotros, aun en esta vida mortal, confesamos que hay algunas penas purgatorias, no con que sean afligidos aquellos cuya vida,, con ellas, no se mejora o, por mejor decir, empeora y relaja más, sino que son purgatorias para aquellos que, refrenados con ellas, se corrigen, modera y enmiendan.

Todas las demás penas ya sean temporales o eternas, conforme cada uno ha de ser tratado por la Providencia divina se aplican: o por los pecados, ya sean pasados, o en le que aun vive el paciente, o por ejercita y manifestar las virtudes por medio de los hombres y de los ángeles, ya sea buenos, ya sean malos. Pues aunque uno sufra algún mal por yerro o malicia de otro, aunque es cierto que peca el hombre que damnifica a otro por ignorancia o injusticia, mas no peca Dios, que permite se haga con justo aunque oculto y secreto juicio suyo. Sin embargo, las penas temporales uno las padecen solamente en esta vida otros después de la muerte, otros ahora y entonces; pero todos de aquel severísimo y final juicio. Mas no van a las penas eternas que han de tener después de aquel juicio todos aquellos que después de la muerte las padecía temporales, porque a algunos, lo que no se les perdonó en la vida presente, ya dijimos arriba que se les perdona en la futura, esto es, que no lo pagan con la pena eterna del siglo venidero.

CAPITULO XIV

De las penas temporales de esta vida, a que está sujeta la naturaleza humana Rarísimos son los que no pagan alguna pena en esta vida, sino solamente después, en la otra. Y aunque yo he conocido algunos, y de éstos he oído que hasta la decrépita senectud no han sentido ni una leve calentura, pasando su vida en paz, tranquilidad y salud robusta, sin embargo, la misma vida de los mortales, toda ella, no es otra cosa que una interminable pena, porque toda es tentación, como lo dice la Sagrada Escritura: «Tentación es la vida del hombre sobre la tierra.» ¿Pues no es pequeña pena la misma ignorancia e impericia, la cual en tanto grado nos parece debe huirse, que con penas dolorosas acostumbramos apremiar, a los

niños a que aprendan alguna facultad o ciencia? Y el mismo estudio a que los compelemos con los castigos, les es a ellos tan penoso, que a veces quieren más sufrir las mismas penas con que los forzamos a que estudien, que aprender cualquier ciencia. ¿Quién no se horrorizará y querrá antes morir si, le dan a escoger una de dos cosas: o la muerte, o volver otra vez a la infancia? La cual no, da, principio a la vida riendo, sino llorando, sin saber la causa, anunciando así los males en que entra. Sólo Zoroastro, rey de los Bactrianos, dicen que nació riendo, aunque tampoco aquella risa, por no ser natural, sino monstruosa, le anunció felicidad alguna; porque, según dicen, fue inventor de la magia, la cual le aprovechó muy poco, ni aun contra sus enemigos, para poder gozar siquiera de la vana felicidad de la vida presente, pues le venció Nino, rey de los asirios.

Por tanto, lo que dice la Escritura: «Grave es y muy pesado el yugo que han de llevar los hijos de Adán desde el día que salen del vientre de su madre hasta que vuelven a la sepultura, que es la madre común de todos», es tan infalible que se haya de cumplir, que los mismos niños que están libres ya del vínculo que sólo tenían por el pecado original, por virtud del bautismo, entre otros muchos males que padecen, algunos también son acosados y molestados en ocasiones por los espíritus malignos. Aunque no creemos que este padecimiento puede ofenderles después que acaban la vida por causa de, él en dicha edad.

CAPITULO XV

Que todo lo que hace la gracia de Dios, que nos libra del abismo del antiguo mal, pertenece a la novedad del siglo futuro En aquel grave yugo que llevan sobre sí los hijos de Adán desde el de que salen del vientre de su madre hasta que vuelven a la sepultura, que en el vientre de la madre común de todos, se halla el medio miserable a que se ajusta nuestra vida, para que entendemos que se nos ha hecho pena y como un purgatorio por causa de enorme pecado que se cometió en el Paraíso, y que todo cuanto se hace con nosotros por virtud del Nuevo Testamento no pertenece sino a la nueva herencia de la futura vida, para que recibiendo en la presente la prenda alcancemos a su tiempo aquella felicidad por que se nos dio la prenda, par que ahora vivamos con esperanza, aprovechando de día en día, mortifiquemos con el espíritu las acciones de la carne. Porque «sabe el Señor los que sol suyos, y que todos los que se mueven por el espíritu de Dios son hijos de Dios», aunque lo son por gracia, no por naturaleza. Pues el que es único solo, por naturaleza, Hijo de Dios, por su misericordia y por nuestra redención se hizo Hijo del hombre, para que nos otros, que somos por naturaleza hijos de hombre, nos hiciéramos por si gracia y mediación hijos de Dios. Por que perseverando en sí inmutable, recibió de nosotros nuestra naturaleza, efecto de podernos recibir en ella, sin dejar su divinidad, se hizo partícipe de nuestra fragilidad para que nosotros, transformados en un estado más floreciente, perdiésemos, por la participación de su inmortalidad y justicia, el ser pecadores y mortales, llenos del sumo bien conservásemos en la bondad de su naturaleza el bien que obró en la nuestra. Porque así como por un hombre pecador llegamos a es mal tan grave, así por un Hombre Dios justificador vendremos a conseguir aquel bien tan sublime.

Ninguno debe confiar y presumir que ha pasado de este hombre pecador a aquel Hombre Dios, sino cuando estuviere ya don- de no habrá tentación y cuando tuviere y poseyere aquella paz que busca por medio de muchas batallas, en esta guerra, donde «la carne lucha

contra el espíritu y el espíritu contra la carne»; cuya guerra nunca hubiera existido si la naturaleza humana hubiese perseverado con el libre albedrío en la rectitud en que Dios la crió. Pero como cuando era feliz no quiso tener paz con Dios, ahora que es infeliz pelea consigo, y esto, aunque es también un mal miserable, con todo, es mejor y más tolerable que los primeros años e infancia de esta vida. Porque mejor es lidiar con los vicios, que no que sin ninguna lid ni contradicción dominen y reinen. Mejor es, digo, la guerra, con esperanza de la paz eterna, que el cautiverio sin ninguna esperanza de libertad.

Bien que deseemos carecer también de, esta guerra y nos encendamos con el fuego del divino amor para gozar aquella ordenada paz; donde con constante firmeza lo que es inferior y más flaco se sujeta a lo mejor. Pero si (lo que no quiera Dios) no hubiese esperanza alguna de un bien tan grande, debiéramos querer más vivir en la aflicción y molestia de esta guerra que rendirnos y dejar a los vicios, no haciéndoles resistencia, el dominio sobre nosotros.

CAPITULO XVI

Debajo de que leyes de la gracia están todas las edades de los reengendrados Es tan grande la misericordia de Dios para con los vasos de misericordia que tiene preparados para la gloria, que aun en la primera edad del hombre, esto es, la infancia, que sin hacer resistencia alguna está sujeta a la carne, y en la segunda, que se llama puericia, en la cual la razón aún no ha entrado en esta batalla y está sujeta casi a todos los viciosos deleites (pues aun cuando pueda ya hablar y por lo mismo parezca que ha salido de la infancia, sin embargo, en ella, la flaqueza y flexibilidad de la razón aun no es capaz de precepto), en esta edad, pues, con que haya recibido los Sacramentos del Redentor, si en tan tiernos años acaba el curso de su vida, como se ha trasplantado ya de la potestad de las tinieblas al reino de Cristo, no sólo no sufre las penas eternas, sino que, aun después de la muerte, no padece tormento alguno en el purgatorio. Porque basta la regeneración espíritu para que no se le siga el daño que después de la muerte, junto con muerte, contrajo la generación carnal. Pero en llegando ya a la edad que es capaz de precepto y puede sujeta al imperio de la ley, es indispensable que demos principio a la guerra con los vicios, y que la hagamos rigurosamente, para que no nos obliguen a caer en los pecados que ocasionen nuestra eterna condenación. Que si los vicios no han adquirido aún fuerzas con curso y costumbre de vencer, fácilmente se vencen y ceden; pero si están acostumbrados a vencer y dominar, con grande trabajo y dificultad se podrán vencer.

Ni esto puede ejecutarse sinceramente sino aficionándose a la verdadera justicia, que consiste en la fe Cristo. Porque si nos estrecha la ley con el precepto y nos faltan los auxilios del espíritu, creciendo por la misma prohibición el deseo y venciendo el apetito del pecado, se nos viene aumentar el reato de la prevaricación. Aunque es verdad que algunas veces unos vicios que son claros y manifiestos se vencen con otros vicios ocultos secretos, que se cree ser virtudes, en ellos reina la soberbia y una soberanía despótica de agradarse a sí propio que amenaza ruina. Hemos, pues, de dar por vencidos los vicios cuando se vencen por amor de Dios; cuyo amor ningún otro ni le da sino el mismo Dios, y no de oh modo sino por el mediador de Dios de los hombres, Jesucristo Hombre y Dios, quien se hizo partícipe de nuestra mortalidad por hacernos partícipes de su divinidad. Poquísimos son los

que se hacían dignos de alcanzar tanta felicidad dicha, que desde el principio de su juventud no hayan cometido pecado alguno que pueda condenarles, o torpezas, o crímenes execrables, o algún error de perversa impiedad, a no ser que por un particular don y liberalidad del espíritu triunfen de todo que les podía sojuzgar y sujetar con el deleite carnal. Pero muchos, habiendo recibido el precepto de la ley si se ven vencidos, prevaleciendo los vicios y hechos ya transgresores de la ley, se acogen a la gracia auxiliante, para que de esta manera haciendo áspera y condigna Penitencia y peleando valerosamente, sujetando primero el espíritu a Dios y prefiriéndole a la carne, puedan salir vencedores.

Cualquiera que desea, escapar y libertarse de las penas eternas, no sólo debe a bautizarse, sino también justificarse en Cristo, y así, verdaderamente, pase de la potestad del demonio al yugo suave de Cristo. Y no piense que ha de haber penas del purgatorio sino en el ínterin a que venga aquel último y tremendo juicio. Aunque no puede negarse que igualmente el mismo fuego eterno, a conforme a la diversidad de los méritos, aunque malo, será para algunos más benigno y para otros más rigu- roso, ya sea variando su fuerza y ardor, según la pena que cada uno merece, ya sea ardiendo para siempre lo mismo, pero sin ser para todos igual sufrimiento.

CAPITULO XVII

De los que piensan que las penas del hombre no han de ser eternas Ya advierto que conduce tratar y disputar aquí en sana paz con nuestros misericordiosos antagonistas, que no quieren creer que todos aquellos a quienes el justísimo Juez ha de juzgar por dignos del tormento del infierno, o algunos de ellos, hayan de padecer pena que sea eterna, si no creen que después de ciertos plazos designados, más largos o más cortos, según la calidad del pecado de cada uno, al cabo han de salir de allí libres. En lo cual, sin duda, se mostró demasiado misericordioso Orígenes creyendo que el mismo demonio y sus ángeles, después de graves y dilatados tormentos, habían de salir de aquellas penas y venir a juntarse con los santos ángeles. Pero la Iglesia, con justa causa, reprobó a Orígenes por esta falsa doctrina, como también por otras causas justas, y especialmente por las bienaventuranzas y miserias alternativas, y por las interminables idas y venidas de éstas a aquéllas y de aquéllas a éstas en ciertos intervalos de siglos; pues aun esto, en que parecía misericordioso, lo perdió, puesto que asignó a los santos unas verdaderas miserias con que pagasen sus penas, y unas falsas bienaventuranzas en que no tuviesen gozo verdadero y seguro, esto es, que fuese cierto y sin temor de perder el bien eterno. Pero muy distinta doctrina es aquella en que yerra, con humano afecto, la misericordia de los que imaginan que las miserias de los hombres condenados en aquel juicio han de ser temporales, y la felicidad de todos los que se han de salvar tarde o temprano, eternas. Cuya opinión, si es buena y verdadera porque es misericordiosa tanto mejor será y más cierta cuan fuese más misericordiosa.
Extiéndase, pues, la fuente de esta piedad hasta los ángeles condenados que han de ser libres, a lo menos a cabo de tantos y tan dilatados siglo como quisieren. ¿Por qué causa corre esta fuente hasta llegar a toda la naturaleza humana, y en llegando a Ir angélica se para y se seca? Con todo no se atreven a pasar más adelante con su misericordia y llegar hasta poner igualmente en libertad el mismo demonio. Si alguno se atreve, aunque vence en efecto a éstos, sin embargo, yerra tanto más disformemente y tanto más perversamente

contra la rectitud de la divina palabra cuanto le parece que su opini9'n es más clemente y piadosa.

CAPITULO XVIII

De los que presumen que en el último y final juicio ningún hombre será condenado, por las intercesiones de los santos Hay también algunos, como yo mismo he experimentado en varios coloquios y conferencias a qué he asistido que padeciendo que veneran la doctrina contenida en la Sagrada Escritura, viven por otra parte mal, y sosteniendo su causa propia, atribuyen a Dios para con los hombres mucha mayor misericordia que los ya citados. Porque dicen que aunque sea cierto lo que tiene dicho Dios en orden a los hombres malos e infieles, que son dignos de la pena eterna y merecen ser castigados, sin embargo, cuando llegaren al tribunal y juicio de Dios vencerá la misericordia. Pues los ha de perdonar, dicen, el benigno y piadoso Dios por las oraciones e intercesión de su santo Porque si rogaban por ello cuando se veían perseguidos de sus enemigos, ¿con cuánta más razón cuando los verán postrados, humildes arrepentidos? Pues no es creíble, dicen, que los santos entonces hayan de perder las entrañas de misericordia cuando están plenísimos de perfectísima santidad; y que los que rogabai por sus enemigos cuando ellos mismos tampooo se hallaban sin pecado, en aquella ocasión no rueguen por sus amigos humillados y rendidos cuando se hallarán libres de todo pecado, o que no oirá Dios a tantos y tales hijos suyos cuando serán tan santos que no se hallará en ellos impedimento alguno para ofr sus oraciones.

El testimonio del real Profeta, que dice: «¿Acaso se olvidará Dios de ser misericordioso o contendrá en su ira su piedad?», lo alegan en su favor los que permiten que los infieles o impíos, por lo menos, sean atormentados un largo espacio de tiempo, mas después sean libres de su pena; pero sobre todo lo aducen en su favor estos de que hablamos. Su ira es, dicen éstos, que todos los indignos de la eterna bienaventuranza, por su sentencia, sean castigados con pena eterna. Pero si esta pena permitiere Dios o que sea larga, o ninguna, contendría en su ira sus misericordias, lo cual dice el real Profeta que no hará, pues no dice «¿acaso detendrá largo tiempo en su ira sus misericordias»?, sino afirma que del todo no las detendrá. Así, pues, opinan éstos que la amenaza del juicio de Dios no es falaz, aunque a ninguno haya de condenar, como no podemos decir que fue mentirosa su amenaza cuando dijo que había de destruir a Nínive, y, sin embargo, no tuvo efecto lo que anunció que haría incondicionalmente. Porque no dijo: «Nínive será destruida si no hicieren penitencia y se enmendaren sus moradores», sino que, sin añadir esta circunstancia, anunció la ruina y destrucción de aquella ciudad.

Esta amenaza piensan que es cierta, porque lo que dijo Dios fue lo que ellos verdaderamente merecían padecer, aunque no hubiese de ejecutarlo el Señor. Pues aunque perdonó a los penitentes, dicen, sin duda no ignoraba que habían de hacer penitencia, y, con todo, ab- soluta y determinadamente dijo que habían de ser destruidos. Así que esto, dicen, era verdad en el rigor que ellos merecían, pero no en razón de la misericordia, la cual no detuvo en su ira para perdonar a los humildes y rendidos aquella pena con que había amenazado a los contumaces.

Si entonces perdonó, dicen, cuando con perdonar había de entristecer a su santo Profeta, ¿cuánto más perdonará por los que se lo suplicarán con más compasión, cuando para que los perdone pedirán y rogarán todos sus santos? Esto que ellos imaginan en su corazón piensan que lo pasó en silencie Sagrada Escritura para que muchos corrijan y enmienden por el temor las penas, largas o eternas, y es quien pueda rogar por los que no corrigieren; y, sin embargo, imaginan que del todo no lo omitió la Sagrada Escritura. Porque, dicen, ¿qué quiere decir aquello: «¡Cuán grande es muchedumbre de tu dulzura, Señor que ocultaste a los que te temen», sino que entendamos que por este temor escondió Dios una tan grande tan secreta dulzura de su misericordia? Y añaden que por lo mismo dijo también el Apóstol: «Los encerró Dios a todos en la infidelidad para usar de misericordia con todos»; esto para darnos a entender que a ninguno ha de condenar. Y, no obstante, los que así opinan no extienden su opinión hasta el punto de librar o no condenar al demonio a sus ángeles, porque se mueven con misericordia humana sólo para hombres y defienden principalmente causa, prometiendo como por una general misericordia de Dios hacia el linaje humano, a su mala vida un falso perdón Así se aventajarán a éstos encarecer la misericordia de Dios lo que prometen esta remisión y gracia igualmente al príncipe de los demonios y a sus ministros.

CAPITULO XIX

De los que prometen también a los herejes gracia y perdón de todos sus pecados por la participación del cuerpo de Cristo Hay otros que prometen esta liberación o exención de la pena eterna, no generalmente a todos los hombres, no únicamente á los que hubieren recibido el bautismo de Cristo y participasen de su Cuerpo, aunque viví en medio de cualquiera herejía o doctrina impía que obstinadamente abrazasen, por lo que dice Cristo: «Este el Pan que descendió del cielo, por que si alguno comiere de él, no muera. Yo soy el Pan vivo que descendí del cielo, y si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre»; luego es necesario, dicen, que se libren éstos de muerte eterna, y que lleguen a conseguir alguna vez la vida eterna.

CAPITULO XX

De los que prometen el perdón no a todos, sino a aquellos que entre los católicos han sido regenerados, aun después cayeran en herejía o idolatría Hay otros que prometen igual felicidad no a todos los que han recibido el Sacramento del Bautismo de Jesucristo y su Sacrosanto Cuerpo, sino sólo a los católicos, aunque vivan mal, porque no sólo Sacramentalmente, sino realmente comieron el Cuerpo de Cristo estando en el mismo cuerpo; quienes dice el Apóstol: «Aunque muchos somos un pan, y Componemos solo cuerpo»; de forma que aunque después incurran en algún error ético o en la idolatría de los gentiles, sólo porque en el cuerpo de Cristo, esto es en la Iglesia católica, recibieron el bautismo de Cristo y comieron el cuerpo de Cristo, no llegan a morir para siempre, sino que al fin alguna vez vienen a conseguir la vida eterna y toda aquella impiedad, aunque muy grande, no ocasionará que se eternas las penas, sino sólo largas acerbas.

CAPITULO XXI

De los que enseñan que los que permanecen en la fe católica, aunque vivan perversamente, y por esto merezcan ser quemados, se han de salvar por su creencia en la fe Hay también algunos que, por que dice la Sagrada Escritura? «Que el que perseverare hasta el fin, se salvará», no prometen esta felicidad si a los que perseverasen en el gremio de la Iglesia católica, aunque vivan mal; es a saber: porque se han de salvar por medio del fuego, por el mérito de su creencia, de la cual dice el Apóstol: «Nadie puede poner otro fundamento que el que hemos dicho, que Jesucristo: si alguno edificare sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, leña, heno y paja, a su tiempo se declarará y advertirá lo que cae uno hubiere hecho; porque el día del Señor lo declarará, pues con el fuego se manifestará, y lo que cada uno hubiere practicado, qué tal ha sido probará y averiguará el fuego.

Si perseverare sin recibir daño, lo que uno hubiere obrado sobre el edificio, este tal recibirá su premio; pero sino que hubiere hecho ardiere, padecerán daño las tales obras, mas él se salvará; pero de tal conformidad como lo que sale acendrado por el fuego.» Dicen, pues, que el católico cristiano, como quiera que viva, tiene a Cristo en el fundamento; el cual no le tiene ningún hereje, pues esta destroncado y apartado por la herejía de la unidad y unión de su Cuerpo. Y por causa este fundamento, aunque el católico cristiano viva mal, como el que edificó sobre el fundamento leña, heno y paja, piensan que se salvan por el fuego; esto es, que se libran después de las penas de aquel fuego con que en el último y final juicio serán castigados los malos.

CAPITULO XXII

De los que piensan que cumpliendo las obras de misericordia, los pecados que cometen no están sujetos al juicio de la condenación He hallado también otros que opinan que sólo han de arder en la eternidad de los tormentos los que no cuidaron de hacer por sus pecados las obras de misericordia y limosnas, conforme a la expresión del apóstol Santiago: «Porque será juzgado sin misericordia el que no hubiere usado de misericordia.» Luego el que la practicare, dicen, aunque no corrija ni modere su vida y costumbres, sino que entre aquellas misericordias y limosna que hiciere viviere mal e inicuamente conseguirá en el juicio la misericordia de manera que, o no le castiguen con condenación alguna, o después de algún tiempo, corto o dilatado, salga libre de aquella condenación. Y por eso piensan que el mismo Juez de los vivos y de los muertos no quiso declarar que había de decir otra cosa, así a los de la mano derecha, á quienes ha de conceder la vida eterna, como a los de la siniestra, a quienes ha de condenar a los tormentos eternos, sino las limosnas y misericordias que hubieren hecho o hubieren omitido.

A esto mismo, dicen, pertenece lo que pedimos diariamente en la oración del Padrenuestro: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»; porque cualquiera, que perdona el pecado al que pecó contra él, sin duda usa de misericordia, la cual en tales términos nos la recomienda el mismo Señor que dijo: «Si perdonaseis a los hombres sus pecados, también os perdonará a vosotros vuestro Padre vuestros pecados; y si

no perdonaseis a los hombres, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará a vosotros.» Luego a esta especie de limosna y misericordia pertenece también lo que dice el apóstol Santiago: que usará de juicio sin misericordia con el que no hizo misericordia. Y no dijo el Señor, dicen, grandes o pequeños pecados, sino os perdonará vuestro Padre vuestros pecados, si vosotros igualmente perdonaseis a los hombres. Por lo mismo presumen que a los que viven mal, hasta que acaben el último período de su vida se les perdonará diariamente por esta oración todos los pecados, de cualquier calidad y cantidad que fueren, así como se dice cada día la misma oración con tal que sólo se acuerden de que cuando les piden perdón los que les han ofendido con cualquiera injuria les perdonan de corazón. Luego que haya respondido a todas estas objeciones, con el favor de Dios habré dado fin a este libro.

CAPITULO XXIII

Contra los que dicen que no han de ser perpetuos los tormentos del demonio ni los de los hombres impíos Primeramente conviene que averigüemos y sepamos por qué la Iglesia no ha podido tolerar la doctrina de lo que prometen al demonio, después de muy terribles y largas penas, la purgación o el perdón; porque tantos santos, y tan instruidos en la Sagrada Escritura del Nuevo y Viejo Testamento, no hemos de decir que envidiaron la purificación y la bienaventuranza del reino de los cielos después de los tormentos de cualquiera calidad y especie que sean a cualesquiera ángeles de cualquiera calidad y genero que fuesen; antes bien, vieron que no se pedía anular la sentencia divina, que dijo el Señor había de pronunciar en el último juicio, diciendo: «Idos de mí malditos, al fuego eterno que está preparado para el demonio y sus ángeles» (porque en estos términos hace ver que el demonio y sus ángeles han de arder con fuego eterno); y lo que está escrito en el Apocalipsis: «El demonio, que los engañaba, fue echado en un estanque de fuego y azufre donde también la bestia y los seudoprofetas serán atormentados de día de noche, por los siglos de los siglos lo que allá dijo eterno, aquí lo llamó siglos de los siglos; con estas palabras la Sagrada Escritura no suele signifcar sino lo que no tiene fin de tiempo. Por lo cual no puede hallarse otra causa ni mas justa ni más manifiesta, por la que en nuestra verdadera religión tenemos y creemos firme e irrevocablemente, que ni el demonio ni sus ángeles jamás han de tener regreso a la justicia y vida de los santos; sino porque la Escritura, que a nadie engaña, dice que Dios no los perdonó, que en el ínterin los condenó con anticipación, de forma que los arrojó encerró en las tenebrosas cárceles de infierno, para guardarlos y castigarlo después en el último y final juicio cuando los recibirá el fuego eterno donde serán atormentados por los siglos de los siglos.

Siendo esto así, ¿cómo se han de escapar y librar de la eternidad de esta pena todos o algunos hombres, después de cualquiera tiempo, por largo que sea, sin que quede sin vigor y fuerza la fe con que creemos que ha de ser eterno el castigo y tormento de los demonios? Porque si a los que ha de decir el Señor: «Idos de mí, malditos al fuego eterno, que está preparado a demonio y a sus ángeles», o todos o algunos de ellos no siempre han de estar allí, ¿qué razón hay para que creamos que el demonio y sus ángeles no hayan de estar siempre allí? ¿Acaso, pregunto, la sentencia que pronunciará Dios contra los malos, así ángeles como hombres, ha de ser verdadera contra los ángeles y falsa contra los hombres? Porque así vendrá a ser, sin duda, si ha de valer más, no lo que dijo Dios, sino lo que

sospechan los hombres, y ya que esto no es posible no deben arguir contra Dios; antes sí deben, mientras es tiempo, obedecer al precepto divino los que quisieren escapar y librarse del tormento eterno. Además, ¿cómo se entiende tomar el tormento eterno por el fuego de largo tiempo, y creer que la vida eterna es sin fin, habiendo Cristo en un mismo lugar y en una misma sentencia dicho, comprendiendo ambas cosas: «Así irán éstos al tormento eterno, los justos a la vida eterna»? Si lo une y lo otro es eterno, sin duda o que en ambas partes lo eterno debe entenderse de largo tiempo con fin, o en ambas sin fin perpetuo, porque igualmente se refiere el uno al otro: por una parte el tormento eterno, y por otra, la vida eterna. Y es un notable absurdo decir aquí, donde es uno mismo el sentido que la vida eterna será sin fin y tormento eterno tendrá fin. Y a puesto que la vida eterna de los santos será sin fin, a los que les tocase la de gracia de ir a los tormentos eterno ciertamente no tendrá ésta fin.

CAPITULO XXIV

Contra los que piensan que en el juicio ha de perdonar Dios a todos los culpados por la intercesión de sus santos También esta doctrina procede contra los que, favoreciendo su causa, procuran ir contra la palabra de Dios como con una misericordia mayor; de forma que sea cierto lo que dijo Dios que habían de padecer los hombres no porque hayan de padecer, sino por que lo merecen. Los perdonará, dicen por las fervorosas oraciones de sus santos, los cuales entonces rogará tanto más por sus enemigos cuanto sean más santos, y su oración ser más eficaz y más digna de que la oiga Dios, porque no tendrán ya pecado alguno. ¿Y por qué motivo, con su perfectísima santidad y con aquellas oraciones purísimas y llenas de misericordia, poderosas para alcanzar toda las gracias, no rogarán también por los ángeles a quienes está preparado el fuego eterno, para que Dios temple su sentencia, la revoque y les libre de aquel fuego voraz? ¿O acaso habrá alguno que presuma que también este sucederá, pues también los ángeles santos, juntamente con los hombres santos que en aquella situación serán iguales a los ángeles de Dios, regirán por lo que habían de ser condenados, así ángeles como hombres, para que no padezcan por la misericordia lo que merecían en realidad; cosa que el que estuviese constante en la fe jamás dijo ni dirá? Porque de otra manera no hay razón para que ahora no rueguen también la Iglesia por el demonio y sus ángeles, pues su Maestro, Dios y Señor nuestro, lo ordenó que rogase por sus propios enemigos.

Así que la razón que hay para que la Iglesia no ruegue por los ángeles malos, los cuales sabe que son sus enemigos, la habrá para que, en aquel juicio, tampoco ruegue por los hombres que han de ser condenados a fuego eterno, aunque esté en mayo elevación y perfección de santidad pues al presente ruega por los que entre los hombres se le muestran enemigos, porque es tiempo de poder hace penitencia con fruto. ¿Y qué es lo que principalmente pide por ellos, sino que les dé Dios, como dice el Apóstol arrepentimiento y penitencia, «y que vuelvan en si y se libren de los lazos del demonio, que los tiene cautivos su voluntad»? Finalmente, si la Iglesia tuviese noticia cierta de los que, viviendo todavía, están predestinados al fuego eterno con el demonio, tampoco rogaré por ellos, como no ruega por éste. Pero porque de ninguno está cierta ruega por todos; digo, por los hombres sus enemigos que viven aún en este mundo, aunque no por todos sea oída, pues solamente

lo es por aquellos que aunque contradicen a la Iglesia, sin embargo, de tal manera está predestinados, que oye Dios a la Iglesia que ruega por ellos, y se hace hijos de la Iglesia.

Y si algunos tuvieren hasta la muerte el corazón impertinente, y de enemigos no se convirtieron en hijos, ¿por ventura la Iglesia ruega ya por éstos, es decir, por las almas de los tales difuntos? Por cierto no. ¿Y por qué sino porque ya los tienen en cuenta de que son la parcialidad del demonio, pues mientras vivieron no se transfirieron a Cristo? Pues la misma causa hay para que no se rece por los hombres que han de ser condenados al fuego eterno, que hay para que ni ahora ni entonces se rece por los ángeles malos; la cual existe asimismo para que aunque presente se rece por los hombres vivos no obstante de que sean malos con todo, no se ruegue por los infieles impíos que son ya difuntos. Pues algunos difuntos oye Dios la oración de su Iglesia o la de algunos corazones píos y devotos; por aquellos que siendo reengendrados en Cristo, no vivieron en la tierra tan mal que lo juzga por indignos de semejante misericordia, ni tampoco tan santamente que sea averiguado que no necesita de tal misericordia, así como tampoco, acabada la resurrección de los muerto no faltarán con quienes, después de las penas que suelen padecer las a mas de los difuntos, se use de misericordia, de suerte que no los echen al fuego eterno. Porque no se diría con verdad de algunos que «no se les perdonará ni en este siglo ni en el futuro», si no hubiera a quienes se les perdonara, ya que no en éste, a lo menos en el venidero.

Pero habiendo dicho el mismo Juez de los vivos y de los muertos: «Venid, benditos de mi Padre; tomad la posesión y gozad del reino que os está preparado desde el principio del, mundo»; y a otros, por el contrario: «Idos de mí, malditos, al fuego eterno que está dispuesto para el diablo y sus ángeles, y así irán éstos a los tormentos eternos, y los justos a la vida eterna», es demasiada presunción decir que ninguno de aquellos a quienes dice Dios que irán al tormento eterno ha de ir a padecer las perpetuas penas, y hacer con la fe sincera de esta presunción que se pierda la esperanza o se dude también de la misma vida eterna. Nadie, pues, entienda así el Salme que dice: «¿Acaso ha de olvidarse Dios de usar de su misericordia, o detendrá en su ira sus misericordias?» pensando que la sentencia de Dios es cuanto a los hombres buenos es verdadera, y en cuanto a los malos falsa o en cuanto a los hombres buenos ángeles malos verdadera, y en cuanto a los hombres malos, falsa. Porque lo que dice el real Profeta pertenece los vasos de misericordia, y a los mismos hijos de promisión, entre los cuales era uno también el mismo Profeta quien habiendo dicho: «¿Acaso se olvidará Dios de ser misericordioso, detendrá en su ira sus misericordias?» añadió: «Y dije, ahora comienzo, esta mudanza es de la diestra del Altísimo», declaró, sin duda, lo que vaticinó, «acaso detendrá en su ira sus misericordias». Porque la ira de Dios también alcanza esta vida mortal, donde de «el hombre ha sido hecho semejante a la vanidad, y sus días pasa como sombra»; y con todo, en esta su ira no se olvidará Dios de usar de misericordia, haciendo «que salga el sol para los buenos y para los malos, lloviendo para los justos y los pecadores»; y así no detiene en su ira sus misericordias, y particularmente en aquello que expresamente declaró el Salmo, diciendo: «Ahora comienzo, esta mudanza es de la diestra del Altísimo»; porque en esta vida llena de miserias y trabajos, que es la ira de Dios, muda en mejor los vasos de misericordia, aunque todavía en, la miseria de esta vida corruptible quede su ira, porque ni aun en su propia ira detiene sus misericordias.

Cumpliéndose de este modo la verdad de es divino cántico, no hay necesidad que se entienda también de allá, de donde han de ser atormentados eternamente todos los que no pertenecen a la Ciudad de Dios. Pero los que quieren extender es sentencia hasta los tormentos de los condenados, por lo menos entiéndanse de esta manera: que perseverando e ellos la ira de Dios, que está anunciada para eterno tormento, no detiene Dios en esta su ira sus misericordias y hace Dios que no sean atormentados con tanta atrocidad de penas cuanto ellos merecen; no de tal forma que no padezcan jamás aquellas penas, que alguna vez se acaben, sino que la sufren más benignas y ligeras de las que merecen. Porque así quedará la ira de Dios, y no detendrán sus misericordias. Lo cual no se crea que lo confirmo porque no lo contradigo. Pero a los que piensan qué se dijo más con amenaza que con verdad «idos de mí, malditos, al fuego eterno; irá éstos al tormento eterno, y serán atormentados por los siglos de los siglos el gusano de ellos no morirá, su fuego no se extinguirá, y lo demás que sigue, no tanto yo como la misma Sagrada Escritura, clara y plenamente lo arguye y convence. Porque los ninivitas en esta vida hicieron penitencia y por ser en esta vida fructuosa, por que sembraron en este campo donde Dios quiso que se sembrase con lágrimas lo que después se segase y cogiese con alegría, con todo, ¿quién nega que se verificó en ellos lo que le anuncié el Señor, a no ser que no entienda como Dios suele destruir los pecadores, no sólo enojado, sino también teniendo de ellos misericordia, Porque de dos maneras se suelen destruir los pecadores: o como los sodomitas, cuando se castiga a los mismo hombres por sus pecados, o como loe ninivitas, cuando se destruyén los mismos pecados de los hombres por la penitencia.

Sucedió, pues, lo que dijo el Señor porque fue destruida Nínive, que era mala, y se edificó la buena, que antes no era; y quedando en pie los muros y las casas, se arruinó la ciudad en su mala vida y costumbres. Así, aunque el Profeta se entristeció porque no sucedió lo que aquella gente temió que había de sucederles por su profecía, sucedió lo que por Presciencia de Dios se dijo, pues sabía el que lo anunció cómo habla de cumplirse y mudarse en mejor. Mas, para que conozcan estos impíamente misericordiosos qué es lo quiere decir la Escritura: «¡Cuán grande es la múchedumbre de tu dulzura, Señor, la que ocultaste a los que te temen!», lean también lo que sigue «Y la manifestaste a los que esperan en ti.» ¿Qué quiere decir ocultársela los que te temen y la manifestaste a lo que esperan en ti, sino que a los que por temor de las penas (como los judíos) quieren autorizar y establecer si justicia, que es la de la ley, no es dulce y suave la justicia de Dios, porque no la, conocen? Porque no han gustado de ella, porque esperan en sí mismos no en Él; y por eso se les esconde la abundancia de dulzura de Dios; pues aunque temen a Dios, es con aquel temor servil que no se halla en la caridad, porque «el temor no está con la caridad, antes la caridad perfecta echa fuera el temor». Por eso, a los que confían en el Señor les manifiesta su dulzura inspirándoles su caridad, para que con temor santo (no con el que expele de sí la caridad, sino con el que permanece para siempre), cuando se glorían, se gloríen, en el Señor. Porque la justicia de Dios es Cristo, el cual, como dice el Apóstol, «nos le hizo Dios a nosotros sabiduría nuestra y justicia, santificación y redención para que, como dice la Sagrada Escritura, el que se gloría se gloríe en el Señor.

Esta justicia de Dios, que nos da la gracia sin méritos nuestros, no la conocen aquellos judíos que intentan establecer su justicia y por eso no están sujetos a la justicia de Dios, que es Cristo; en cuya justicia se halla mucha de la dulzura de Dios, por la cual dice el salmista: «Gustad y ved cuán dulce es el Señor.» Y en gustando de ella en esta peregrinación, no nos

hartamos, antes si tenemos hambre y sed de ella para satisfacernos completamente después, cuando le viéremos, cómo es en sí y se cumpla lo que dice la Escritura: «Me hartaré cuando se me manifestare tu gloria.» Así declara Cristo la grande abundancia de su dulzura a los que esperan en Él. Pero si Dios oculta a los que le temen su dulzura, imaginando los que aquí combatimos que es porque no ha de condenar a los impíos, a fin de que no sabiéndolo éstos, y con el temor de ser condenados, vivan bien, y par que de esta manera pueda haber quien ruegue por los que no viven bien, ¿Como la manifiesta a los que confían en, pues según sueñan estos ilusos, por esta dulzura no ha de condenar a lo que no esperan en Él? Busquemos, pues, aquella su dulzura que pone patente a los que esperan en Él y a la que presumen que manifiesta a lo que le menosprecian y blasfeman. Al que en vano busca el hombre, después de este cuerpo, lo que no procura granjear y adquirir en este cuerpo.

También esta expresión del Apóstol «Permitió Dios que comprendiese todos la infidelidad para usar con todos de misericordia», no la dice porque a ninguno ha de condenar, y explicamos antes por qué lo dijo. Hablando el Apóstol de los judíos que después han de creer como los gentiles, que va creían, dice en sus cartas «Porque así como vosotros en otro tiempo no creíais en Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia con ocasión de la incredulidad de los judíos, a también ellos ahora no creen en Cristo, para que después vengan a conseguir misericordia con motivo de la vuestra.» Después añade estas palabras, que equivocadamente complace a los que combatimos: «Permitió Dios que comprendiese a todos la incredulidad para usar con todos de misericordia.» ¿Quiénes son todos sino aquellos de quienes hablaba; como quien dice, ellos y vosotros? Así que Dios permitió que a todo así a los gentiles cómo a los judíos «a quienes antevió y predestinó hace los conformes a su Hijo», los comprendiese la incredulidad, para que, mediante la penitencia, confusos de la amargura de su incredulidad y convirtiéndose por la fe a la dulzura de la misericordia de Dios, entonasen aquel cántico del real Profeta: «¡Cuán grande es la abundancia de tu dulzura Señor, que ocultaste a los qué te teme y manifestaste a los que esperan, no en sí mismos, sino en ti!» Compadécese, pues, de todos los vasos de misericordia. ¿Y quiénes son todos? Todos aquellos que de los gentiles y de los judíos predestinó, llamó, justificó glorificó, no todos los hombres; y de todos aquellos, a ninguno ha de condenar.

CAPITULO XXV

Si los que se han bautizado entre los herejes y se han relajado después viviendo mal, o los que se han bautizado entre los católicos y se han hecho herejes y cismáticos, o los que se han bautizado entre los católicos y, sin apartarse de ellos, han perseverado en vivir mal; pueden, por el privilegio de los Sacramentos, esperar la remisión de la pena eterna Pero respondemos ya también a los que no solamente al demonio y a sus ángeles, pero ni aun a todos los hombres prometen que han de librarse del fuego eterno, sino sólo a aquellos que re hubieren lavado con el bautismo de Cristo, y hubieren participado de su cuerpo y sangre, como quiera que hayan vivido y sea cual fuere la herejía o impiedad en que hayan caído.

Contra éstos habla el Apóstol, diciendo «que las obras de la carne son bien claras y conocidas, como son la fornicación, la inmundicia, la lujuria, la idolatría, las hechicerías, enemistades pleitos, emulaciones, rencores, discardias, herejías, envidias, embriagueces,

glotonerías y otros semejantes vicios, de los cuales os aviso como os lo tengo ya amonestado, que los que practican tales obras no poseerán el reino de Dios.» Lo que aquí dice el Apóstol fuera sin duda falso, si estos ilusos, después de cualquier tiempo, por prolongado que sea, se ven libres y llegar a conseguir el reino de Dios. Mas porque no es falso, seguramente los tales no alcanzarán el reino de Dios Y si nunca han de conseguir la posesión del citado reino, estarán en el tormento eterno, porque no puede darse lugar medio donde, no estén en tormento los que no estuvieren en aquel reino. Por eso, lo que dice Cristo: «Este en el Pan que bajó del cielo para que no muera el que Comiere de él. Yo soy el Pan vivo que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre», con razón se pregunta cómo debe entenderse.

Es verdad que a éstos a quienes ahora respondemos les niegan tal sentido aquellos a quienes después hemos de responder, que son los que prometen esta liberación, no a todos los que tienen el Sacramento del bautismo y del cuerpo de Cristo, sino a solos los católicos, aunque vivan mal porque comieron, no sólo sacramentalmente, sino realmente el cuerpo Cristo, estando, en efecto, dentro de cuerpo; de cuyo cuerpo dice el Apostol: «Aunque somos muchos, somos pan y hacemos un cuerpo.» El que está pues, en la unidad de su cuerpo, es en la unión de los miembros cristianos, cuyo Sacramento, cuando comulgan, los fieles suelen recibir en aliar, este tal se dice verdaderamente que come el cuerpo de Cristo y beba la sangre de Cristo, y, por consiguiente los herejes y cismáticos, que están apartados de la unidad de este cuerpo, pueden recibir el mismo Sacramento, mas no de suerte que les sirva de provecho antes si, de mucho daño, para ser condenados más grave y rigurosamente que si los condenaran por larguísimo tiempo, con tal que fuera limitado, por que no están en aquel vínculo de que nos significa aquel Sacramento. Por otra parte, tampoco éstos, que entienden bien que no debe decir que come el cuerpo de Cristo el que no está en el cuerpo de Cristo, prometen erróneamente a los que de la unidad de aquel cuerpo caen en la herejía o en la superstición de los gentiles, la liberación del fuego eterno.

Lo primero, porque deben considerar cuán intolerable cosa sea y cuán por extremo ajena y descaminada de la doctrina sana que los más o casi todos los que salen del gremio de la Iglesia católica siendo autores de herejías y haciéndose heresiarcas sean mejores que los que nunca fueron católicos o cayeron en los lazos de ellos, casó de que a los tales heresiarcas se les librara del tormento eterno porque fueron bautizados en la Iglesia católica y recibieron al principio, estando en la unión del verdadero cuerpo de Cristo, el Sacramento del sacrosanto cuerpo de Cristo; pue sin duda es peor el que apostató y desamparó la fe, y de apóstata se hizo cruel combatidor de la fe, que aque que no dejó ni desamparó la que nunca tuvo; Lo segundo, porque tambiéi a éstos los ataja el Apóstol, después de haber insinuado las obras de la carne, amenazándoles con la misma verdad: «que los que hacen semejantes obras no poseerán el reino de Dios» Tampoco deben vivir seguros en sus malas costumbres los que, aunque perseveran hasta casi el fin en la comunión de la Iglesia católica, viendo lo que dice la Escritura: «que el que perseverare hasta el fin, se salvará» más por la perversidad y mala disposición de su vida, dejan y desampara la misma justicia de la vida, que para ellos es Cristo, ya sea fornicando, cometiendo en su cuerpo otras inmundicias y maldades, que el Apóstol refiere, o viviendo con excesos de regalos y torpezas, o haciendo parte de aquello que, según dice el Apóstol, priva del reino de Dios.

Los que comete tales vicios estarán en el tormento eterno, pues no podrán estar en el reino de Dios, porque perseverando en esta mala vida hasta los último períodos de la presente, sin duda ni puede decirse que perseveraron en Cristo hasta el fin, pues perseverar el Cristo es perseverar en su fe; cuya fe según la define el mismo Apóstol «obra por, caridad», y la caridad, como dice en otro lugar, «no hace obras malas». Así que no puede decirse que comen el cuerpo de Cristo, ni se deben contar entre los miembros de Cristo, porque, dejando otras particularidades, rió pueden estar juntamente «los miembros de Cristo y los miembros de la ramera». Finalmente, el mismo Cristo, diciendo «el que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí queda y Yo en él», nos manifiesta lo que es el comer, no sólo sacramentalmente, sino realmente el cuerpo de Cristo, y el beber su sangre; porque esto es quedar en Cristo y que quede también en él Cristo. Pues dije estas expresiones como si dijera: el que no queda en mí y en quien no quedo yo, no diga o imagine que come mi cuerpo o bebe mi sangre con fruto; de modo que no quedan en Cristo los que no son sus miembros. Y no son miembros de Cristo los que se hacen miembros de la ramera, si no es dejando de ser pecadores por la pe- nitencia y volviéndose buenos por la reconciliación.

CAPITULO XXVI

Qué cosa sea tener a Cristo por fundamento y a quiénes se promete la salud como por medio del fuego Pero tienen -dicen- los cristianos católicos por fundamento de su creencia a Cristo, de cuya unión no se apartaron, aunque hayan edificado sobre este fundamento cualquiera vida, por perversa que sea, como leña, heño y paja. Así que la fe recta, por la cual Cristo es el fundamento, aunque con daño, pues aquello que se edificó encima ha de ser abrasado, sin embargo los podrá a lo último salvar algun vez y librar de la eternidad de aquel fuego. Responde a éstos breve y concisamente el Apóstol Santiago: «¿Que aprovechará que alguno diga que tiene fe si le faltan, las obras? ¿Acaso sola la fe podrá salvarle?» ¿Y quién es (replican) de quien dice el Apóstol San Pablo: «El se salvará, y cómo ser sino por el fuego.? Busquemos, pues quién sea éste, aunque es innegable no ser el que ellos piensan; porque no puede haber contradicción entre los dichos de los Apóstoles: el que dice que aun cuando uno tenga malas obra le salvará su fe por medio del fuego y el que asegura que si no tuviera obras, no le podrá salvar su fe.

Hallaremos quien pueda ser salvo libre por el fuego, si primero indagamos qué es tener a Cristo por fundamento. Lo cual, para que al momento lo advirtamos en la misma comparación, debemos notar que en la construcción del edificio nada se antepone al fundamento o cimiento. Cualquier que tiene a Cristo en su corazón, d tal suerte que no prefiere a él las cosas terrenas y temporales, ni aun la que son lícitas y permitidas, tiene Cristo por fundamento; pero si las antepone, aunque parezca que profesa la fe de Cristo, no está en el fundamento Cristo, a quien semejantes cosas antepone; cuanto más, si despreciando los preceptos de su salvación ejecuta cosas ilícitas, pues entonces es claro que no antepuso a Cristo, sino que le pospuso y menospreció, despreciando sus mandamientos, cuando contra sus preceptos prefiere, pecando, satisfacer sus apetitos. Así que si un cristiano ama apasionadamente a una ramera, en el fundamento no tiene ya a Cristo; pero si uno estima a su esposa, si es según Cristo, ¿quién duda que por fundamento tendrá a Cristo?; y si es según este siglo, carnalmente; si llevado de torpes apetitos, como lo hacen las gentes que no conocen a Dios, también permisivamente y haciéndonos particular gracia

de este donde, nos concede el Apóstol, o, por mejor decir, por el Apóstol, Cristo que pueda tener por fundamento a Cristo, porque si no antepone a Cristo este apetito y deleite aunque edifique encima leña, heno y paja, Cristo es el fundamento y por eso vendrá a salvarse por el fuego Porque tales deleites y amores terrenos, aunque por la unión conyugal no son damnabíes, con todo, los queman y acrisolará el fuego de la tribulación a cuyo fuego pertenece también la orfandad y cualesquiera calamidades que nos privan de estos gustos.

Por lo mismo al que las hubiere edificado será perjudicial esta edificación, puesto que le privará de lo que edificó encima y se afligirá y atormentará con la pérdida de los placeres que le alegraban; mas Se salvará por este fuego, por el mérito del fundamento; porque en caso que el perseguidor cruel le propusiese si quería más poseer tranquilamente sus deleites o a Cristo, no preferiría aquellos a Cristo. Adviertan en las palabras del Apóstol quién es el que edifica sobre este fundamento oro, plata y piedras preciosas: «el que está, dice, sin mujer cuida de las cosas de Dios y de como agradará a este gran Señor». Miret cómo otro edifica leña, heno y paja: «pero el que se halla casado cuida de las cosas del mundo y de qué manera agradará a su esposa.» «Ha de manifestarse la calidad de las obras que cada uno hubiera hecho, porque el día del Señor lo declarará»: esto es, el día de la tribulación, «puesto que en el fuego (añade) se le revelará». A esta misma tribulación la llama fuego como en otro lugar dice: «los vasos del alfarero los prueba el horno, y a los, hombres justos la tentación de la tribulación», y «cuáles sean las acciones que cada uno hubiere hecho, el fuego lo averiguará».

Y si permaneciere Ia obra que hubiere ejecutado alguno (porque permanece lo que cada uno cuidó de las cosas de Dios, y de cómo agradaría a Dios), «lo que hubiere edificado encima tendrá su premio» (esto es, le recibirá conforme a la exactitud con que hubiere cumplido sus acciones); «pero si la obra que hubiere ejecutado alguno ardiere, padecerá daño» (porque se hallará privado del objeto que amó); y, «sin embargo, se salvará» (puesto que ninguna tribulación le pudo apartar ni derribar de, la constancia, estabilidad y firmeza de aquel fundamento); «pero de tal manera como si fuese por el fuego» (pues lo que poseyó, no sin amor que le causa complacencia, no lo perderá sin dolor que le aflija). Hallamos, pues, en mi concepto, fuego que a ninguno de éstos condene, sino que a uno le enriquece y a otro le daña, y a los dos prueba. Pero si quisiésemos que en este lugar se entienda aquel fuego con que amenaza el Señor a los de la mano siniestra: «Idos de mí malditos, fuego eterno», de forma que crean que entre éstos se incluyen también los que edificaban sobre el fundamento le da, heno y paja, y que serán libre de aquel fuego, después del tiempo que les cupo por los malos méritos, por la méritos del buen fundamento, ¿quién pensamos que serán los de la mar derecha, a quienes dirá: «Venid, benditos de mi Padre y poseed el reír que os está preparado», sino aquellos que edificaron sobre el fundamento oro, plata y piedras preciosas? ha de entenderse en estos términos, sigue que los unos y los otros, es a saber, los de la mano derecha y los de la siniestra, serán atrojados en aquel fuego; fuego del cual dice la Escritura: «Pero de tal conformidad, como fuese por el fuego». Porque los unos y los otros han de ser probados con aquel fuego, de quien dice: «Que día del Señor lo declarará, porque en el fuego se manifestará, y cuál sea la obra que cada uno hubiere ejecutado el fuego lo probará y averiguará.

Luego si lo uno y lo otro lo ha de probar y averiguar el fuego, de modo que cuando la obra de cada uno permaneciere, esto es, no consumiere e fuego lo que, hubiere, edificado encima

recibirá su premio, y cuando la obra de alguno ardiere, padezca daño, si duda no es el eterno aquel fuego. Por que en el fuego eterno serán echado por la eterna condenación sólo los de la mano siniestra, y aquél prueba a lo de la mano derecha. Pero entre éstos a unos prueba de manera que no que me ni consuma el edificio que hallan que ellos han fabricado sobre Cristo, que es el fundamento, y a otros los prueba de otra manera, esto es, de suerte que lo que edificaron encima arda, y por lo mismo padezcan detrimento, aunque se salven porque tuvieron a Cristo, con excelente caridad puesto, firme e inmutable, en el fundamento.

Y si han de salvarse, se sigue que estarán también a la mano derecha, y que con los demás oirán: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado», y no a la mano izquierda; donde se hallarán los, que no se han de salvar, y por eso oirán: «Idos de mí, malditos, al fuego eterno.» Porque ninguno de ellos se libertará de aquel fuego, sino que todos irán al tormento, eterno, donde el gusano de ellos no morirá, y no se apagará el fuego con que serán atormentados de día y de noche para siempre. Pero si después de la muerte de este cuerpo, hasta que llegue aquel día que después de la resurrección de los cuerpos ha de ser el último en que se verificará la condenación y remuneración; si en este espacio de tiempo quieren decir que las almas de los difuntos padecen semejante fuego, y que no lo sienten las que no vivieron con este cuerpo, de manera que su lena heno y paja se consuman y que le sientan las que llevaron consigo tales fábricas, ya sea sólo allá, ya acá y allá ya sea acá para que allá no hallen el fuego de la transitoria tribulación que les abrase y queme las fábricas terrenas, aunque sean veniales y libres de rigor de la condenación, no lo reprendo o contradigo, porque quizá es verdad.

También puede pertenecer a esta tribulación la misma muerte del cuerpo la cual se engendró al cometerse el primer pecado, y la heredó a su tiempo cada uno, según la calidad de su edificio. Pueden ser asimismo las persecuciones de la Iglesia con que fueron condenados los mártires, y las que padecen cualesquier; cristianos, porque éstas prueban como el fuego los unos y los otros edificios, y a los unos los consumen en sus edificadores si no hallan en ellos a Cristo por fundamento, y a los otros los consumen dejando a sus edificadores, si le hallan; porque, en efecto, aunque con daño, ellos se salvarán; y a otros no los consumen, porque los hallan tales que permanecen para siempre.

Habrá también al fin del mundo, en tiempo del Anticristo, una tribulación sin igual. ¡Qué de edificios habrá entonces, así de oro como de heno, sobre el buen fundamento que es Cristo Jesús, para que aquel fuego pruebe a los unos y a los otros, dando a los unos contento y a los otros daño, sin destruir a los unos ni a los otros, por causa de la estabilidad y firmeza del fundamento! Cualquiera que prefiere a Cristo, no digo yo su esposa, de quien usa para el deleite carnal sino las mismas cosas a que tenemos obligación natural y se llaman piadosas, en que no hay estos deleites, amándolas como hombres carnalmente no tienen a Cristo por fundamento; y por lo mismo, no por el fuego será salvo, sino que no se salvará por cuanto no podrá hallarse con el Salvador, quien hablando sobre este asunto con la mayor claridad dice «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí.» Pero en que a semejantes personas ama carnalmente, de forma que no las antepone a Cristo, y quiere antes carece de ellas que de Cristo, cuando llegar a este trance ha de salvarse por el fuego, pues es necesario que la pérdida de ellas le cause tanto dolor cuanto era el entrañable amor que las tenía.

Y el que amare a su padre y a su madre, hijos e hijas, según Cristo, de suerte que cuide y mire por ellos, a fin de conseguir el reino de Cristo y unirse con Él, o que los ame porque son miembros de Cristo, por ninguna razón se halla este amor entre la leña, heno y paja para ser consumido, sin que totalmente será parte del edificio de oro, plata y piedras preciosas. ¿Y cómo puede amar más que a Cristo los que, en efecto, ama por Cristo?

CAPITULO XXVII

Contra la opinión de los que se persuaden que no les han de, hacer daño alguno los pecados que cometieron pues hicieron limosnas Resta únicamente responder a lo que sólo han de arder en el fuego eterno los que no cuidan de distribuir por la remisión de sus culpas las limosnas y hacer las obras de misericordia necesarias, según lo que dice el Apóstol Santiago: «que será juzgado y condenado sin misericordia el que no hizo misericordia. Luego el que la ejerció, dicen, aunque no corrigió su mala vida y costumbres, sino que vivió impía y disolutamente entre las mismas limosnas y, obras de misericordia, con piedad será juzgado, de manera que, o no sea condenado, después de transcurrido algún tiempo se libre de la última condenación.

No por otro motivo piensan que Cristo ha de efectuar el apartamiento y diviséis entre los de la mano derecha y los de la siniestra, sólo por la balanza de haber hecho u omitido las limosnas; de los cuales, a los unos destinará a la posesión de su reino, y a los otros los tormentos eternos. Y para persuadirse que se les pueden remitir los pecados que cometen sin cesar, por grave y enormes que sean, por el mérito de las limosnas, procuran alegar en su favor la oración que nos dictó el mismo Señor, porque así como, añaden, no hay día en que los cristianos no digan esta oración, así no hay pecado algún que se cometa cada día, cualquiera que sea, que por ella no se nos perdone cuando decimos: «perdónanos nuestras deudas», si procurásemos practicar lo que sigue: «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Porque no dice el Señor, según ellos, si perdonaseis los pecados a los hombres os perdonará a vosotros vuestro Padre los pecados pequeños de cada día, sino «os perdonará vuestros pecados», cualesquiera que sean y cuantos quiera, aunque se cometan diariamente y mueran sin haber corregido ni enmendado su vida, entendiendo que por la limosna Tío se les niega el perdón, y presumiendo que; les pueden ser perdo- nados. Pero adviertan éstos que debe hacerse por los pecados la limosna digna y cual es menester; porque si dijeran que cualquiera limosna era poderosa a alcanzar la divina misericordia para los pecados, así para los que se cometen cada día como para los enormes y para cualquiera abominable costumbre de pecar, de manera que el perdón siga cotidianamente al pecado, echarían de ver que decían una cosa absurda y ridícula. Porque, de esta suerte, sería indispensable confesar que un hombre poderoso, con diez dineros que cada día diese de limosna, podría redimix los homicidios y adulterios y cualesquiera otros delitos graves. Y si proferir semejante expresión es un absurdo y grave desatino, ciertamente, si quisiéramos saber cuáles son las limosnas dignas para conseguir el perdón de los pecados, de las cuales decía también aquel precursor de Cristo: «haced frutos dignos de penitencia», sin duda hallaremos que no las practican los que lastiman mortalmente su alma cometiendo cada día graves culpas. Porque en materia de usurpar la hacienda ajena es mucho más lo que hurtan; de lo cual, dando una pequeña parte a los pobres, piensan que para este fin satisfacen y

sirven a Cristo que creyendo que han comprado de él, o, por mejor decir, que cada día compran la libertad y licencia desenfrenada de cometer sus culpas y maldades, y así seguramente puedan ejercitar tales abominaciones.

Los cuales aunque por una sola culpa mortal distribuyesen los miembros necesitados de Cristo todo cuanto tienen, y no desistiesen de semejantes acciones no teniendo caridad, «la cual no obra mal de nada les pudiera aprovechar. El que quisiere hacer limosnas dignas de la remisión de sus pecados principie practicándolas en si misma porque es cosa indigna que no la haga para sí el que las hace al prójimo viendo que dice el Señor: «Amarás tu prójimo como a ti mismo», e igualmente «procura ser misericordioso con tu alma, agradando a Dios». Así que el que no hace esta limosna (que es agradar a Dios) por su alma, ¿como puede decirse que hace limosnas dignas por sus pecados? A este propósito es también aquella sentencia de la Escritura: «que el que es malo para sí, para ninguno puede ser bueno», puesto que las limosnas son las que ayudan a las oraciones y peticiones; y así debemos advertir lo que leemos en el Eclesiástico: «Hijo si hubieres pecado, no pases adelante; antes ruega a Dios que te perdone las culpas ya cometidas.

Luego se deben hacer las limosnas por que, cuando rogásemos que se nos remitan nuestros pecados pasados, seamos oídos, y no para que, perseverando en ellos, creamos que por las limosnas nos dan licencia para vivir mal. Por eso dijo el Señor que había de hacer buenas (a los de la mano derecha) las limosnas que hubiesen distribuido, y cargo riguroso a los de la siniestra de las que no hubiesen hecho, para manifestarnos por este medio cuánto valen las limosnas para conseguir el perdón de sus pecados pasados no para cometerlos continuos y perpetuos libremente, y sin que les cuestión otra molestia. Y no puede decirse que hacen semejantes limosnas los que no quieren enmendar su vida apartándose de Ia ocasión y costumbre arraigada de pecar, que ya tienen como innata en su pervertido corazón. Porque en estas palabras: «Cuando no hicisteis la limosna a uno de estos mis más mínimos siervos, a mi me la dejasteis de hacer», nos manifiesta claramente que no la hacen, aun cuando creen que la hacen. Pues si cuando dan el pan a un cristiano hambriento se lo diesen como si realmente lo diesen al mismo Cristo, sin duda que a sí mismos no se negarían el pan de justicia que es el mismo Jesucristo; porque Dios no mira a quién se da la limosna, sino con qué intención se da.

Así que el que ama a Cristo en el cristiano, le da limosna, con el mismo, ánimo que se llega a Cristo, no con el que quiere apartarse e irse libre y sin castigo de Cristo; que tanto más se va y aleja uno de Cristo cuanto más ama lo que reprueba Cristo. ¿Que le aprovecha a uno el bautizarse si no se justifica? ¿Acaso el que dijo: que no renaciere el hombre con el agua el Espíritu Santo no entrará en, el reino de Dios», no nos dijo también «Si no fuere mayor vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. ¿Por qué razón tantos, por temor de aquello, acuden a bautizarse, y tan pocos, no temiendo esta desgracia, cuidan de justificarse? Así, pues, como no dice uno a si hermano loco por estar enojado con él, sino por su pecado, pues de otra manera merecería el fuego del infierno, así, por el contrario, el que da limosna al cristiano no la da al cristiano si en él no ama a Cristo; y no ama a Cristo el que rehusa justificarse en Cristo.

Si alguno incidiere en esta culpa diciendo a su hermano loco, esto es, si le injuriare Injustamente, no pretendiendo corregirle su pecado, es poco para redimir este pecado el

hacer limosnas, si no añadiere también el remedio de la reconciliación. Porque lo que allí continúa diciéndose es: «Si ofrecieres tu ofrenda en el altar, y ni te acordases que tu hermano tiene alguna queja, contra ti, deja allí tu ofrenda en el altar y ve, ante todas cosas, y reconcíliate con tu hermano, y entonces vendrás y ofrecerás tu ofrenda.» Aprovecha, pues, poco hacer limosnas, por grandes que sean, para redimir cualquier pecado mortal, si se continúa en la costumbre de cometer los, mismos pecados. La oración cotidiana que nos enseñó el mismo Señor (por lo cual la llamamos también Oración Dominical, o del Señor), aunque borra y quita los pecados diarios, cuando se dice cada día «perdónanos nuestras deudas» y cuando lo, que sigue inmediatamente, que es «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», no sólo se dice, sino también se hace: lo cual se dice porque se cometen pecados, y no para cometerlos. Pues con esta oración nos quiso enseñar el Salvador que por más justa y santamente que vivamos en las tinieblas y flaquezas de esta vida no nos faltan pecados, por los cuales debamos rogar para que se nos perdonen, y perdonar nosotros a los que pecan contra nosotros, para que igualmente nos perdonen a nosotros.

Así, pues, no dice el Señor: «Si perdonaseis a los hombres sus pecados os perdonará a vosotros vuestro Padre los vuestros», para que, confiado en esta oración, pudiésemos pecar cada día con seguridad, o por ser tan poderosos que nada se nos diera de las leyes humanas, o por ser tan astutos que engañáramos a los mismos hombres, sino para que supiésemos que no estábamos sin pecados, aunque estuviésemos libres de los mortales. Advirtió esto mismo el Señor a los sacerdotes de la ley antigua en orden a sus sacrificios, a los cuales ordenó que lo ofreciesen primeramente por sus pecados, y después por los del pueblo. También se deben mirar con advertencia las propias palabras de tan grande Maestro y Señor nuestro, pues ni dice si perdonaseis los pecados de los hombres, también vuestro Padre o perdonará a vosotros cualesquiera picados, sino que dice: «vuestros pecados»; porque enseñaba la oración que debían decir cada día, y hablaba con sus discípulos, que estaban, sin dada justificados. ¿Qué quiere decir vuestros pecados, sino los pecados sin los cuales no os hallaréis ni aun vosotros que estáis justificados y santificados.

Los que por esta oración buscan ocasión de poder pecar cada día mortalmente, dicen que el Señor significa también los pecados graves, porque no dijo os perdonará los pecados ligero sino vuestros pecados; pero nosotro considerando la calidad de las personas con quienes hablaba, y notando que dice vuestros pecados, no debemos imaginar otra cosa que los veniales puesto que los pecados de aquellos sujetos no eran ya graves. Pero ni aun los mismos graves, que de ningún modo se deben comete mejorando la vida y costumbres, perdonan a los que piden perdón oran, si no practican lo que allí ordena: «Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»; porque los pecados mínimos, en que incurrir hasta los más justos, no se perdonan de otra manera, ¿cuánto más los que estuvieren implicados en muchas graves culpas, aunque desistan ya cometerlas, no alcanzarán perdón si mostraren duros e inexorablés en perdonar a otros los que hubieren pecado contra ellos? Dice el Señor: «Si perdonaseis a los hombres sus pecados tampoco os perdonará á vosotros vuestro Padre»; y a este intento hace lo que dice igualmente el Apóstol Santiago: «Que será juzgado y condenado sin misericordia el que no hizo misericordia.» Porque nos debemos de acordar, al mismo tiempo, de aquel siervo a quien alcanzó su señor, ajustadas cuentas, en diez mil talentos, y se los perdonó, mandando después que los pagase, porque no se había condolido de su compañero, que le debía cien dineros.

En éstos, que son hijos de promisión y vasos de misericordia, tiene lugar lo que dice el mismo Apóstol: «Que la misericordia se exalta sobre la justicia», pues hasta aquellos justos que vivieron con tanta santidad que tienen privilegio para recibir en los eternos tabernáculos a otros que granjearon su amistad por medio de la ganancia de la iniquidad, para que fuesen tales, los libró por la misericordia Aquel que justifica al impío e imputa esta merced y premio por cuenta de la gracia y no del débito. Porque del número de éstos es el Apóstol, que dice: «Que por la misericordia de Dios consiguió ser fiel ministro suyo.» Y aquellos a quienes los tales reciben en los tabernáculos eternos, debemos confesar que no son de tal vida y costumbres que les baste su vida para libertarlos sin el sufragio e intercesión de los santos, y así en ellos sobrepuja mucho la misericordia a la justicia.

Mas no por eso debemos pensar que algún malvado que no haya mudado su vida. en otra buena, o más tolerable, sea admitido en los eternos tabernáculos y moradas, porque sirvió los santos con la ganancia de la inquidad, esto es, con el dinero o con las riquezas que fueron mal adquiridas, o, si bien adquiridas, no verdaderas, sino las que la iniquidad imaginan que son riquezas, no conociendo cuáles son las verdaderas riquezas, de las cuales están abundantes y sobrados aquellos que reciben a los otros en la eternas moradas. Hay, pues, cierto género de vida que ni es tan mala que a los que viven conformes a ella no les aproveche en parte para conseguir el reino de los cielos la larga liberalidad de las limosnas con que sustentan la necesidad de los justos y se granjean amigo que los reciban en los tabernáculos eternos, ni tan buena que les baste para alcanzar tan grande bienaventuranza, Si por los méritos de aquellos cuya amistad granjearon no alcanzaron misericordia. Suele causarme admiración cuando advierto que aun en Virgilio se hay estampada esta sentencia del Señor que dice: «Procurad granjearos amigo con la ganancia de la iniquidad, para que también ellos os acojan en eternas moradas»; a la cual es mi parecida ésta, donde se dice: «El que recibe al profeta por el respeto y circunstancias de ser profeta, recibirá galardón de profeta, y el que acoge al justo porque es justo, recibirá el premio de justo.» Porque describiendo aquel poeta los campos Elíseos, donde supone que habitan las almas de los bienaventurados, no sólo puso allí los que por sus propios meritos pudieron alcanzar la posesión de aquel ameno lugar, sino que añade: «y los que con sus obras obligaron a otros a que acordasen de ellos».

Es, a la letra, como si les dijera lo que de ordinario suele decir un cristiano cuando humildemente se encomienda a algún justo que es santo, y dice: «acordaos de mi»; y para que sea más factible, procura merecerlo haciéndole obras buenas. Pero cuál sea este método y cuáles los pecados que nos impiden el poder conseguir el reino de Dios, y, sin embargo, nos dejan poder alcanzar indulgencias y perdón por los méritos de los santos nuestros amigos, es sumamente dificultoso el averiguarlo y peligrosísimo el definirlo. Yo, a lo menos aunque hasta ahora no he cesado de trabajar por saberlo, no he podido comprenderlo. Y quizá se nos esconden, para que no aflojemos en el cuidado de guardarnos generalmente de todos los pecados. Porque si se supiesen cuáles son los pecados por los cuáles, aunque permanezcan todavía y no se hayan redimido mejorando la vida se debe solicitar y esperar la intercesión de los santos, la flojedad humana seguramente se implicaría en ellos, no cuidaría de desenvolverse de semejantes enredos con el auxilio de alguna virtud, sino sólo pretendería librarse con los méritos de otros, cuya amistad hubiese granjeado con las limosnas hechas mediante la ganancia o tesoro de la iniquidad; pero no

sabiéndose la que persevere, sin duda se pone mal cuidado y más vigilancia en aprovchar y mejorar la vida, instando en la oración, y no se deja tampoco el cuidado de procurar la amistad de los santos con la riqueza mal adquirida.

Esta liberación, que procede, o de la intercesión de los santos, sirve para que no le arrojen al fuego eterno no para que, si le hubieren echado después de cualquier tiempo, por largo que sea, le saquen de allí. Pues aun los que piensan que se debe entender lo que dice la Escritura de que la buena tierra trae abundante y copios fruto, «una a treinta, otra a sesenta y otra a ciento por uno», en el sentido de que los santos, según la diversidad de sus méritos, libran a los hombres, unos a treinta, otros a sesenta y otros a ciento, suelen sospechar que será en el día del juicio, no, después del juicio. Y viendo uno que con esta opinión los hombres con particular engaño se prometían la gracia y remisión de sus culpas, porque así parece que todos pueden alcanzar la libertad de las penas, dicen que dijo muy a propósito y con cierto gracejo, que antes debíamos vivir bien para que cada uno viniese a ser de los que han de interceder para librar a otros, a fin de quererlo vengan a reducirse tanto los intercesores que, llegando presto cada uno al número que le cabe, de treinta, o de sesenta o de ciento; queden muchos que no puedan ser libres de las penas por intercesión de ellos, y se halle entre estos tales cualesquiera que con temeridad tan vana se promete que ha de gozar del fruto ajeno; Basta haber respondido así por nuestra parte a aquellos que no desechan la autoridad de la Sagrada Escritura, de la cual se sirven comúnmente con nosotros, sino que, como la entienden mal, piensan que ha de ser, no lo que ella nos dice, sino lo que ellos quieren. Con esta respuesta, pues, concluyo este libro, como lo prometí.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO EL CIELO, FIN DE LA CIUDAD DE DIOS

CAPITULO PRIMERO

De la creación de los ángeles y de los hombres En este libro, que será el último, según prometí en el anterior, trataremos de la eterna bienaventuranza de la Ciudad de Dios; la cual, no por los dilatados siglos que alguna vez han terminar se llamó eterna, sino porque como dice el Evangelio, «su reino tendrá fin»; ni tampoco porque inquiriendo y faltando unos, naciendo sucediéndose otros, haya en ella una apariencia de perpetuidad, como un árbol que está siempre verde parece que persevera en El un mismo verde mientras que conforme van cayendo unas hojas, otras que van naciendo conservan la apariencia de su frescura sino porque en ella todos sus ciudadanos serán inmortales, viniendo a conseguir también los hombres lo que nunca perdieron los ángeles santos.

Esto lo hará Dios Todopoderoso su fundador, porque lo prometió y no puede mentir, y para persuadir de ello a los fieles ha hecho ya muchas cosas no prometidas y cumplido muchas prometidas. El es el que al principio hizo mundo tan lleno de seres tan bueno visibles e inteligibles; en el cual nada creó mejor que los espíritus, a quienes dio inteligencia, e hizo capaces para que le viesen y contemplasen, y lo reunió en una comunidad que llamamos Ciudad santa y soberana, en la cual el alimento con que se sustentasen fuesen bienaventurados quiso que fuese el mismo Dios, como vida y sustente común de todos. A esta misma naturaleza intelectual la dio libre albedrío de manera que si quisiese dejar a

Dios que es su bienaventuranza, le sucediera la miseria. Y habiendo Dios que algunos ángeles, por la altivez y soberbia con que habían de presumir bastarse para su vida bienaventurada, serían desertores y apóstatas de tanto bien, no les quite esta potestad, juzgando mejor sacar bien aun las cosas malas que impedir hubiese las malas.

Las cuales no existieran si la naturaleza mudable aunque buena y criada por el sumo Dios, o bien inconmutable, no las hubiera hecho ella misma malas, perecido. Y con el testimonio de este su pecado, se prueba también que la Naturaleza, en su creación, fue buena. Porque si también ella misma no fuera un grande bien, aunque no igual a su Criador, el dejar a Dios, que era como luz suya, no pudiera ser su mal. Pues así como la ceguera es un vicio de los ojos que nos manifiesta fue criado el ojo para ver la luz, y con este vicio se nos declara que es excelente que los demás órganos el órgano capaz de luz (porque no por otra causa sería su vicio el carecer de luz) así la Naturaleza que gozaba de Dios nos enseño con su mismo vicio que fue criada muy buena, con cuyo vicio es miserable, porque no goza de Dios, el cual castigó la caída voluntaria de los ángeles con la justísima pena de la eterna infelicidad, y a los demás que perseveraron en aquel sumo bien le concedió que estuviesen ciertos y seguros de su perseverancia, como premio de la misma perseverancia.

Crió al hombre también con el mismo libre albedrío, atinque terreno, digno del cielo si perseverase en la unión de su Criador, y si le desamparase digno de una miseria, cual conviniese a semejante Naturaleza. Y sabiendo que había de pecar desamparando Dios con traspasar su divina ley, tampoco le privó del libre albedrío, previendo al mismo tiempo el bien que de su mal había de resultar, puesto que del linaje mortal, condenado justamente por su culpa, va, por su gracia recogiendo multitud de gente para con ella suplir la que cayó de los ángeles y que, de este modo, su querida soberana Ciudad no quede sin ciudadanos, antes, quizá, venga a gozar número más copioso.

CAPITULO II

De la eterna e inmutable voluntad de Dios Aunque muchas acciones se practican por los malos contra la voluntad de Dios, este Señor es tan sabio, justo y poder oso, que todas las que parecen contrarias a su voluntad van encarnadas a aquellos fines que con su gusta presciencia previó que eran buenos y justos. Por eso cuando se dice que Dios muda la voluntad de manera que al que se mostraba benigno (pongo ejemplo) se les vuelve airado, ellos se los que se mudan antes y le hallan mudado en cierto modo en las aflicciones que padecen, así como se muda el sol respecto de los que tienen los ojos tiernos y débiles en su organización, y se les vuelve de suave en alguna manera áspero, y de agradable molesto, siendo él en su esencia el mismo que era.

Llámase también voluntad de Dios la que el Señor forma en los corazones de los que obedecen a sus mandamientos, de la cual dice el Apóstol: «Dios es el que obra en nosotros como también en el querer o en voluntad.» Porque así como se di justicia de Dios, no sólo aquella con la cual el Señor es justo, sino también la que obra en el hombre que justifica, por la misma razón sería su ley la que es más de los hombres que suya, aunque dada por Dios a humana descendencia, porque, en efecto, hombres eran a los que decía Cristo: «En vuestra ley está escrito», y en otro lugar: «La ley de su Dios es impresa en su corazón.»

Según esta voluntad que Dios obra en los hombres, también se dice querer o voluntad libre, no lo que el Señor quiere, sino lo que hizo que quisiesen los suyos; así como se dice que conoció, lo que hace que se conozca para los que no lo conocían. Pues diciéndonos el Apóstol: «Ahora que había conocido a Dios, habiéndoos conocido antes Dios», no es lícito que creamos que entonces conoció Dios a los que tenía predestinados antes de la creación del mundo, sino que se dice que el entonces conoció lo que hizo en aquellas circunstancias, fuese conocido.

De acuerdo a estas locuciones o modos de decir, recuerdo haber hablado ya en el libro XVI, capítulo XXXII, y en otros lugares. Según esta voluntad, pues con la cual decimos que quiere Dios que hace que quieran otros, que ignoran lo venidero, muchas cosas quiere y no las pone en ejecución. Porque muchas cosas quieren sus santos que se ejecuten, movidos con santa voluntad inspirada por Dios, y no se verifican, como cuando ruego por algunos piadosamente, y no hace Dios lo que le piden, habiendo el mismo Señor impreso en ellos con su espíritu esta voluntad de suplicar. Por eso cuando, según Dios, quieren y ruegan los santos que se salven todos podemos decir con aquella locución: «quiere Dios y no lo hace», para que digamos que quiere Él mismo que hace que éstos quieran. Pero según su voluntad, que con alta presciencia es eterna, sin duda hizo en el cielo y en la tierra todo cuanto quiso, no sólo lo pasado y presente, sino también lo futuro. Si embargo, antes que llegue el tiempo en que, quiso que se hiciese lo que con su presciencia dispuso, decimos hará cuando Dios quisiere; pero cuando ignoramos no sólo el tiempo en que ha de ser, sino también si ser decimos se hará si Dios quisiere, no porque Dios tendrá entonces nueva voluntad que no tuvo, sino porque lo que está decretado ab aeterno en su inmutable voluntad, sucederá entonces.

CAPITULO III

De la promesa de la eterna bienaventuranza de los santos y de los eternos tormentos de los impíos Omitiendo otras muchas razones con cernientes a esta materia, así como en la actualidad vemos verificado en Cristo lo que prometió a Abraham diciendo: «En tu semilla y descendenos serán benditas todas las naciones», así también cumplirá lo que prometió esta su estirpe, diciendo por el Profeta: «Resucitarán los que estaban en las sepulturas»; y lo anunciado por Isaías, cuando dice: «Que habrá nuevo cielo y nueva tierra, y no se acordarán de lo pasado, ni que vendrá y más al pensamiento: antes sí, hallarán en la novedad alegría y contento, por que yo, haré a Jerusalén alegría, y a mi pueblo contento; me regocijaré en Jerusalén, me alegraré en mi pueblo y no se oirá más en ella llantos y lágrimas»; y lo que por Daniel anunció al mismo Profeta, diciendo: in tempore illo, salvabitur populus tuus omnis qui inventus fuerit scriptus in libro el multi dormientium in terrae pulvere (o, como algunos han interpretado aggere), exurgent, hí in vitam aeternam, et hi in opprobrium, el confusionem aeternam; esto es, «en aquellos días se salvarán los de vuestro pueblo todos los que se hallaren escritos en el libro, y muchos de los que duerme en el polvo o en las fosas de la tierra se levantarán y resucitarán los une a la vida eterna, y los otros a la ignominia y confusión sempiterna»; y la que, en otra parte dice por el mismo Profeta: «Recibirán el reino los santos del Altísimo, y le poseerán para siempre por todos los siglos de los siglos y poco después: «Su reino es reino eterno», y lo demás tocante a esta doctrina que inserté en el libro a lo que allí dejé de poner y se halla escrito en los mismos

libros; todo la cual se habrá de realizar, como se realizó lo que los incrédulos presumía que no había de verificarse, porque prometió lo uno y lo otro, y uno otro dijo que había de venir áquel mismo Dios a quien tiemblan los dioses de los paganos, como lo confiesa hasta el mismo Porfirio, famoso filósofo entre los gentiles.

CAPITULO IV

Contra los sabios del mundo que piensan que los cuerpos humanos no pueden ser trasladados a las moradas del Cielo Hombres doctos y sabios, oponiéndose a la fuerza de una autoridad tan plausible como venerable, que a toda clase de gentes, como lo habían anunciado ya mucho antes, hizo creer esperar esto mismo, creen que arguyen enérgicamente contra la resurrección de los cuerpos, con el testimonio de lo que Cicerón dice en el libro III de República: donde afirmando cómo a Hércules y a Rómulo, de hombres mortales los habían colocado en el número de los dioses, asegura que sus cuerpos no subieron al cielo, puesto que la naturaleza no sufre que lo que es de tierra se quede en otra parte que en la tierra esta es la razón principal de dicho sabios, «cuyos pensamientos y discurso sabe el Señor que son vanos».

Si solamente fuéramos almas, esto es, fuéramos espíritus sin ningún cuerpo, y estando de asiento en el cielo no participáramos de cualidad alguna de la de los animales de la tierra, y nos dijeran que habíamos de venir a unirnos en estrecho vínculo con los cuerpos terrenos para animarlos, pregunto: ¿no arguyéramos con mucho mayor vigor para no dar asenso a esta doctrina, y diríamos que la naturaleza no tolera que una entidad incorpórea venga a unirse con lo que es corpóreo? Y, sin embargo, observamos que la tierra esta poblada de almas vegetantes y que dan vida, con las cuales están unidos y enlazados con maravillosa armonía estos miembros terrenos. ¿Por qué causa, pues queriendo el mismo Dios que formó este animal, no podrá ascender el cuerpo terreno a la altura del cuerpo celeste, si el alma, que es más aventajada y excelente que todos los cuerpos, y, por consiguiente, más que los cuerpos celestes, pudo unirse con el cuerpo terreno? ¿Acaso una partecilla terrena tan pequeña pudo unirse con objeto que fuese mejor para el cuerpo celeste para tener con él sentido y vida; y a esta misma que la tiene sensación y vive se desdeñárá el cielo de recibirla, o admitiéndola no la podrá sufrir, sintiendo y viviendo ésta en virtud de un ser que es mejor que todos los cuerpos celestes? No se hace ahora esta maravilla, porque aún no ha llegado el tiempo en que quiso se hiciese el que ha hecho aquello, que por ser cosa que vemos no se la estima, siendo mucho más admirable que lo que estos ilusos creen. Porque ¿qué razón hay para que no nos admiremos de que las almas incorpóreas, que son más excelentes que los cuerpos celestes, se junten con los cuerpos terrenos, y sí de que los cuerpos terrenos vayan a las mansiones celestiales, siendo corpóreos, sino porque estamos acostumbrados a ver aquello formando lo que somos, y esto aun no lo somos, ni hasta ahora jamás los hemos visto? Bien reflexionado, hallaremos que es obra más admirable de la mano divina unir y trabar en cierto modo lo corpóreo con lo incorporeo, que el juntar cuerpos con cuerpos, aunque sean diferentes, los unos celestiales y los otros terrenos.

CAPITULO IV

De la resurrección de la carne, que algunos no creen, creyéndola todo el mundo Aunque haya sido increíble alguna vez, ya todo el mundo ha creído, menos unos cuantos incrédulos que se admiran de ello, que el cuerpo terreno de Cristo fue llevado a los cielos; la resurrección de su carne, su ascendió y subida a las celestiales mansiones dándole crédito los doctos e indocto los sabios y los ignorantes. Y si ha creído lo que es digno de fe, advierta cuán necios son los que no creen. Y han creído lo que es increíble, también es creíble que se haya creído a lo que es increíble. Estas dos circunstancias increíbles, es a saber, la primera: la resurrección de nuestro cuerpo para siempre, y la segunda: que una maravilla tan increíble como ésta la había de cree el mundo, predijo el Señor que había de suceder mucho antes que esta última se verificase.

Ya, vemos cumplido que creyese el mundo lo que era increíble. ¿Por qué, pregunto, la otra increíble que resta se desespera que también suceda, y se tiene por increíble cuando ya sucedió lo que era increíble, esto es, que cosa tan increíble la creyese el mundo, siendo así que ambas cosas increíbles, de las cuales vemos la una y creemos la otra, la hallamos ya anunciadas en la misma Escritura, por lo cual ha creído e mundo? Y si consideramos el modo como en mundo lo ha creído, hallaremos que es más increíble. Envió Cristo al mas proceloso de este siglo unos pescadores con las redes de la fe, que ignoraba las artes liberales, y por lo que respecta a su ciencia y doctrina, totalmente rudos, sin tener noticia de gramática, sin ir prevenidos ni armado de los sofismas de la dialéctica, ni hinchados con los discursos elocuentes de la retórica, y de esta manera pescó de todo género tanto número de peces, y entre ellos también a los mismos filósofos, lance tanto más admirable cuanto más raro, que si se quiere podemos añadir a los dos increíbles que hemos dicho.

Luego ya tenemos tres sucesos increíbles, que, no obstante, sucedieron Increíble es que Cristo resucitase es carne, y que subiese al cielo con la carne. Increíble es que haya creído el mundo portento tan increíble. Increíble es que hombres de condición humilde, despreciables, pocos e ignorantes, hayan podido persuadir de cosa tan increíble, tan eficazmente al mundo, y hasta a los mismos doctos. De estos increíbles no quieren estos con quienes disputamos creer el primero; el segundo, aunque no quieran, lo ven aun con sus ojos, no comprendiendo cómo ha sucedido, si no creen el tercero.

Es cierto e indudable que la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo con la carne, con que resucitó, ya se predica y se cree en todo el mundo, y si no es creíble, pregunto: ¿cómo ha creído en ello todo el orbe de la tierra? Si muchos, nobles, poderosos y también sabios, dijeran que ellos lo vieron, y lo que así vieron lo divulgaron, no fuera maravilla que el mundo les hubiese creído, aunque hubiera algunos tercos que no lo creyeran. Pero si, cómo es cierto, predicándolo y escribiéndolo unos pocos hombres oscuros, bajos e ignorantes que aquí lo vieron, ha creído el mundo, ¿por qué unos pocos sumamente obstinados no quieren aún creer al mismo mundo que lo cree? El cual creyó a unos pocos hombres humildes, abatidos e ignorantes, porque en testigos tan despreciables más admirablemente lo persuadió por sí mismo el Espíritu Santo. Pues las elegantes arengas con que persuadían fueron, no palabras, sino obras maravillosas, y los que no vieron resucitar a Cristo en carne, subir con ella al cielo, creían a los que decían que lo habían visto, no sólo porque lo decían, sino también porque hacían señales rnilagrosas.

Porque a hombres que conocían que no sabían más que un idioma, y cuando más dos, los veían con admiración hablar de improviso en todos los idiomas. Que uno que nació tullido de los pies desde el vientre de su madre; al cabo de cuarenta años se levantó sano en virtud de sola una palabra que los apóstoles le dijeron en nombre de Cristo. Que los sudarios y lienzos que se quitaban de sus cuerpos servían para sanar los enfermos, y que innumerables dolientes oprimidos con varias enfermedades, poniéndose en orden por, los caminos por dónde habían de pasar, para que les tocase la sombra cuando pasasen, al momento cobraban salud, y otras muchas señales estupendas que hacían en nombre de Cristo. Y, finalmente, veían resucitar los muertos. S concedieron que estos portentos se obraron, como se lee en los escritos apostólicos, ved aquí cómo a aquellos tres prodigios increíbles podemos añadir otros infinitos increíbles. Para que crean un suceso increíble que se dice de la resurrección de la carne, y de la ascensión al cielo, aglomeramos tantos testimonios de tantas increíbles, y, con todo, podemos apartar de su increíble rudeza a este incrédulos, para que den crédito a estas infalibles verdades. Y si no cree tampoco que los apóstoles de Cristo obrasen tales milagros, para que le creyesen la resurrección y ascensión que predicaban de Cristo, a nosotros no basta sólo el gran argumento de que sin milagros, lo haya creído todo orbe de la tierra.

CAPITULO VI

Cómo Roma; amando a su fundador Rómulo, le hizo dios, y la iglesia, creyendo en Cristo, le amó Traigamos también aquí a la memoria lo que celebra y admira Tulio sobre haberse dado crédito a la divinidad Rómulo. Pondró sus mismas palabras como él las escriben: cosa es, dice más admirable la de Rómulo, porque los demás dioses que dicen se hicieron de los hombres, existieron en siglos menos ilustrados, de manera que fue más fácil el fingirlo cuando los imperitos e ignorantes se movían sin dificultad creer.» Pero observamos que los tiempo de Rómulo fueron hace seiscientos años no cabales, habiendo ya adquirido antiguo esplendor las letras y las ciencias, y desterrándose ya aquel antiguo y envejecido error de la vida inculta agreste de los hombres.» Poco después del mismo Rómulo, dice así lo que pertenece a este mismo intento: «lo cual se puede inferir que muchos años antes fue Homero que Rómulo de manera que, siendo ya los hombres sabios y los tiempos ilustrados, apeil había lugar para poder fingir patran. Porque la antigúedad recibió las fábulas compuestas en ocasiones mal e impropiamente; pero estos tiempos, como son ya cultos, rechazando prinpalmente todo lo que es imposible, las admiten.»

Uno de los hombres más doctos elocuentes de su tiempo, Marco Tulio Cicerón, dice que se creyó milagrosamente la divinidad de Rómulo porque los tiempos estaban ya ilustrados y no admitían las falsedades de las fábulas. ¿Y quién creyó que Rómulo fue dios, sino Roma, y esto siendo aún población reducida, y cuando comenzaba a cimentarse su futura gloria? Pórque después los descendientes hubieron de conservar en su memoria necesariamente las tradiciones que recibieron de sus predecesores, para que creciese la ciudad con la superstición que había mamado, en cierto modo, con la leche de su madre, y llegando a poseer un imperio tan vasto y dilatado, desde su cumbre y mayor, elevación, como de un lugar más encumbrado, bañase con esta su opinión las otras naciones. a quien dominaba.

De suerte que, aunque ésta no lo creyesen, llamasen dios a Rómulo por no ofender el honor de la ciudad, a quien rendían vasallaje er asunto de su fundador, llamándole de otra manera que Roma, la cual creyo aquella patraña, no por afición al error sinó por amor desordenado a su fundador. Pero a Cristo, aunque es fundado de la ciudad celestial y eterna, no por que la erigió le tuvo Esta por Dios antes ha de irse fundando paulatinamente porque lo creyó. Roma, después de ya fundada y dedicada, veneró a su fundador como a dios en el templo que le edificó; pero esta Jerusalén, para poderse fundar y dedicar, puso a Cristo Dios su fundador en el fundamento de la fe. Aquélla, amando a Rómulo creyó que era dios; ésta, creyendo que Cristo era Dios, le amó. Así como allá precedió el motivo para que Roma le amase y del amado creyese ya de buena gana aun el bien que era falso así precedió aquí causa, por la que ésta creyese, y con fe sincera, no sin justo motivo amase, no lo que era falso, sino lo que era verdadero. Porque además de tantos y tan estupendos milagros, que persuadieron aún a los más obstinados que Cristo era Dios, también precedieron profecías divinas, dignas por todas sus circunstancias de fe, las cuales, no como los padres creemos que han de cumplirse, sino que las vemos ya plenamente cumplidas; pero de Rómulo, por que fundó a Roma y reinó en ella, oímos y vemos lo que sucedió, y no un portento que antes estuviese vaticinado. Dicen las historias que se sostuvo y creyó que fue transportado entre los dioses; mas no nos prueban que así ocurriera.

Con ninguna señal maravillosa se evidencia que realmente sucediese, pues la loba que crió a los dos hermanos, lo cual se tiene por singular portento, ¿de qué sirve o qué prueba para hacernos ver que era dios, puesto que, por lo menos, si aquella loba no fue positivamente una ramera, sin una bestia, el milagro debía ser común y extensivo a los dos hermanos, y, sin embargo, no tienen por dios a su hermano? ¿Y a quién le prohibieron que confesase por dioses a Rómulo o Hércules, o a otros tales hombres, quiso antes morir que dejarlo de confesar? ¿Hubiera acaso alguna nació que adorara entre sus dioses a Rómulo, si no los obligara a este vanorito con temor del nombre romano? ¿Y quién podrá numerar la inmensa multitud de los que quisieron antes morir con cualquiera género de muerte cruel e inaudita que negar la divinidad de Cristo Así, pues, el temor de la indignación de los romanos, si no se adorara Rómulo, pudo forzar a algunas ciudades que estaban bajo el yugo y jurisdicción romana a adorarle como a dios pero el adorar a Cristo por Dios confesarle por tal un número considerable de mártires esparcidos por todo el ámbito de la tierra, no pudo impedirlo el temor, no ya de alguna ligera ofensa de ánimo, sino de penas y tormentos inmensos y varios, ni aun el terror de la misma muerte, que suele ser más horrible que todos los tormentos juntos.

La Ciudad de Cristo, aunque entonces era todavía peregrina en la tierra y tenía grandes escuadrones de crecido pueblos y gentes, con todo, no cuidó de resistir y pelear contra sus impíos perseguidores en defensa de su vida y salud temporal, antes por conseguir Ia eterna, no repugnó. Los prendían, encarcelaban, atormentaban, abrasaban despedazaban, mataban y, sin embargo, se multiplicaban. No tenían otro modo de pelear para salvar su vida que despreciar la misma vida por el Salvador. Conservo en la memoria que en el libro III de República, de Cicerón, se dice, si no me engaño, que una ciudad buena y consumada en virtud no debe emprender guerra si no es o por la fe o por la salud pública. Y lo que llama salud, o qué quiere significar con esta palabra, en otro lugar lo manifiesta, diciendo: «De estas penas, las que sienten aun los más insensatos, como son indigencia, destierro, prisión y azotes, se libertan en ocasiones los particulares con acabar de improviso la vida.

Más para las ciudades, la pena mayor es Ia misma muerte, la cual parece que ir cierta a cada uno de la pena, porque la ciudad ha de estar establecida y ordenada de tal conformidad, que ser eterna. Así que no hay muerte natural para la república, como la hay para el hombre, en quien la muerte no sólo es necesaria, sino que muchas veces se debiera desear. Mas cuando una ciudad es asolada, destruida y aniquilada, se asemeja en cierto modo (comparando los objetos pequeños con los grandes) a si todo este mundo pereciese y se acabase.» Esto dice Cicerón, porque opina, con los platónicos, que el mundo no ha de fenecer.

Consta, pues, que quiso que la ciudad emprenda la guerra por conseguir aquella salud con la cual permanezca en el mundo, como él dice, eterna; aunque se le mueran y nazcan uno a uno los ciudadanos, como es perenne y perpetuo el verdor de los olivos laureles y demás árboles de esta calidad, cayéndoseles y naciendo una a una las hojas. Porque la muerte, como dice, no la de cada hombre de por sí, que ésta por la mayor parte libra de pena a cada uno, sino la de toda ella, es pena de la ciudad. Por lo cual con razón se duda si obraron bien los saguntinos cuando prefirieron que pereciese, toda la ciudad, a violar la fe de los tratados con que estaban aliados con la República Romana, cuya resolución tanto celebran los ciudadanos de la ciudad terrena.

Mas no penetro como pudieran obedecer a esta doctrina por la cual se ordena que no debe emprenderse guerra sino por la fe o por la salud pública; y no dice cuando estas dos circunstancias concurren juntamente en un mismo peligro, de manera que no se puede guardar la una sin la pérdida de la otra; en tal caso, ¿qué es lo que debe elegirse? Porque, sin duda, si los sagúntinos escogieran la salud, les fuera preciso desamparar la fe; si habían de guardar fe, habían de perder la salud, como, en efecto, lo hicieron. Pero la salud de la Ciudad de Dios es de tal calidad, que se puede conservar o por mejor decir, adquirir con la fe y por la fe; más perdida la fe ninguno puede venir a ella. Y esta idea en unos corazones constantes y sufridos formó tantos y tan ilustres mártires, que no los tuvo, ni pudo, tener tales ni uno solo, cuando fue tenido por dios Rómulo.

CAPITULO VII

Que fue virtud divina y no persuasión humana que el mundo creyese en Cristo Aunque es ridiculez hacer mención de la falsa divinidad de Rómulo cuando hablamos de Cristo, sin embargo, habiendo vivido Rómulo casi seiscientos años antes de Escipión, y confesando que aquel siglo estaba ya ilustrado cultivado con el estudio de las ciencias de manera que no creía lo que no posible; después de seiscientos años tiempo del mismo Cicerón, y especialmente en lo sucesivo, reinando ya Augusto y Tiberio, es a saber, en tiempos más ilustrados, ¿cómo pudiera admirar el entendimiento humano la resurrección de Cristo y su ascensión a los cielos como suceso posible? Mofándose de ella, no la escuchara ni admitiera, si no probaran y demostraran que puede ser, y que fue así la divinidad de misma verdad o la verdad de la divinidad, y los testimonios evidentes los milagros; de forma que por Ir terror y contradicción que pusieron tantas y tan grandes persecuciones, la resurrección e inmortalidad de la carne que precedió en Cristo y la que después ha de suceder en los demás a en el nuevo siglo, no sólo fue creída fielmente, sino predicada con heroico valor, sembrada por toda la redondez de la tierra y regada con la sangre los mártires

para que brotara, se mentara y creciera con más abundancia y fecundidad. Pues se leían los anuncios de los profetas, concurrían las señales, prodigios y virtudes, y la verdad, aunque nueva al sentido y, uso ordinario, mas no contraria a la razón, penetraba en los espíritus hasta que todo el orbe, que la persiguió extraño furor y crueldad, la siguió abrazó con la fe católica.

CAPITULO VIII

De los milagros que se obraron para que el mundo creyese en Cristo, y los que aun continúan obrándose, sin embargo de creer las gentes en el Señor ¿Por qué causa (dicen) no se obran al presente aquellos milagros que predicáis se hicieron entonces? Pudiera congruentemente responder que fue absolutamente necesarios al principio, antes que creyese el mundo en Jesucristo, para que creyera realmente en su sana doctrina. El que todavía para establecer o afirmar su creencia busca prodigios, no deja de ser él un gran prodigio, pues creyendo toda la tierra no cree él. Pero nos hacen esta objeción porque creamos que ni aun entonces se obraron aquellos milagros. Pregunto ¿por qué razón se celebra en toda la tierra con tanta fe el grande misterio de haber subido Cristo al cielo con su propia carne? ¿Por qué en siglos tan ilustrados y que no admitían opinión que no fuese posible, creyó el mundo sin milagros, sucesos milagrosamente increíbles? ¿Acaso dirán que fueron verosímiles y que por lo mismo merecieron crédito? ¿por qué motivo pues no los creen ellos? Bien breve y conciso es nuestro argumento; o es cierto el portento increíble que no se veía le hicieron creíbles otros increíbles, que se hacían y observaban ocularmente, o verdaderamente lo que era tan creíble no tuvo necesidad de milagros para persuadir. Así se confunde y redarguye la nimia incredulidad de estos espíritus preocupados.

Esto digo para confundir a los vanos; porque no podemos negar que hicieron muchos milagros para comprobar aquel singular, grande y saludable prodigio con que Cristo, con la misma carne en que resucitó, subió a los cielos, puesto que en los mismos libros, depositarios de las más venerables verdades, se contienen todos, a los que se obraron, como aquel por cuya fe y confirmación se hicieron. Estos para dar fe y testimonio se divulgaron; éstos con la fe que produjeron fueron más claramente conocidos. Porque se leen en presencia de todo el pueblo para que se crean y no se leyeran al pueblo si no se les diera fe y crédito. También al presente se hacen milagros en su nombre, ya sea por medio de sus Sacramentos, ya por las oraciones o memorias de sus santos, aunque no son tan claros ni ilustres famosos ni se divulguen con tanta gloria como aquellos; porque el Canon de la Sagrada Escritura, el cual convino que se promulgase, hace que lean aquellos por todo el mundo y que queden fijos en la memoria de todo el pueblo; pero éstos, dondequiera que sucedan, apenas se saben en toda la ciudad o por, alguno de los que están en el lugar, porque la mayor parte, aun allí lo saben poquisimos, ignorándolos los demás, principalmente si es grande la ciudad. Y cuando son referidos en otras partes y a otros, no llevan consigo tanta autoridad que sin dificultad o sin poner duda se crean, aunque los refieran y den noticia exacta de ellos los mismos fieles a los fieles cristianos.

El milagro que sucedió en Milán, estando yo ahí, cuando recobró la vista un ciego, pudo llegar a noticia de muchos, porque la ciudad es populosa y dilatada y se hallaba entonces ahí el Emperador, sucediendo el prodigio en presencia de una multitud inmensa de pueblos,

que concurrió a visitar los cuerpos de los bienaventurados mártires Protasio y Gervasio; los cuales, habiendo estado ocultos sin saberse su paradero, se hallaron por revelación en sueños del obispo San Ambrosio, donde aquel ciego, despojándose de sus tinieblas, vio el día. Pero en Cartago, ¿quién sabe, a excepción de muy pocos, la salud que recobró Inocencio, abogado que fue de la audiencia del gobernador, hallándome yo presente y viéndolo con mis propios ojos? Como él con toda su familia era muy devoto, nos hospedó a mí y a mi hermano Alipio cuando veníamos de la otra parte del mar, que aunque no éramos clérigos, sin embargo, ya servíamos a Dios, y entonces posábamos en su casa.

Curábanle los médicos unas fístulas que tenía, siendo muchas y muy juntas, en la parte posterior y más baja del cuerpo. Ya le habían abierto, y lo que restaba de la cura lo continuaba con medicamentos. Padeció, cuando le abrieron, largos y crueles dolores; pero entre muchos senos que tenía, uno se les olvidó a los médicos, ocultándoseles en tal conformidad, que no llegaron a él cuando debieran abrirle con el hierro. Final- mente, habiendo sanado todos los que habían abierto, éste sólo quedo, en cuya curación trabajaban en vano. Y teniendo él por sospechas estas dilaciones y recelando mucho le volviesen a abrir (según ya le había anunciado otro médico doméstico y afecto suyo, a quien los otros no habían admitido para que siquiera viese cuando la primera vez le abrieron cómo hacían la operación, y por una disensión que tuvo con él le había echado de la casa y con dificultad le había vuelto a recibir), exclamó y dijo: «¿Qué, me han de sajar otra vez? ¿He de venir a parar a lo que predijo aquel que no quisisteis que se hallase presente?» Ellos burlándose de aquel médico, decían que era un ignorante, y con buenas palabras y promesas le templaban y disminuían el miedo. Pasáronse otros muchos días; nada de cuanto hacían aprovechaba, y, sin embargo, los médicos perseveraban en sus ofertas de que había de cerrarse aquel seno, no con hierro, sino con medicinas. Llamaron también a otro médico, ya anciano y de gran fama en su facultad. Amonio, que aun vivía, el cual, habiendo registrado la herida, prometió lo mismo que los Otros, confiado en su pericia e inteligencia.

Asegurado el doliente con la autoridad y fallo de éste, como si estuviera ya solo, con extraordinaria alegría motejó y se burló de su médico, que le había vaticinado que le abrirían nuevamente la cisura. Pero ¿para qué me alargo tanto? Al fin se pasaron tantos días en vano, que, cansados y confusos, confesaron que con ningún remedio podía sanar sino con la introducción del hierro. Quedóse absorto el enfermo, mudósele el semblante, turbado del temor y presagio, y cuando volvió en sí y pudo hablar, les mandó que se fuesen y no le visitasen más; no otro recurso le ocurrió es- tando cansado de llorar, y forzado ya de la necesidad, sino llamar a un alejandrino que entonces era tenido por admirable cirujano para que hiciese lo que, enojado, no quiso que practicasen los otros. Pero después que vino éste, y como maestro, advirtió en las cicatrices el trabajo de los otros, como hombres de bien le persuadió que dejase gozar del fin de la cura a aquellos que en ella habían trabajado tanto, porque, viéndolo, le causaba admiración; añadió que, en realidad, sólo sajándole podía sanar, mas que era muy ajeno de su condición quitar la palma de tan singular molestia por tan poca como quedaba que operar a hombres cuyo artificioso estudio, industria y diligencia con admiración había echado de ver en las cicatrices. Volviólos a su gracia y quiso que asistiese el mismo alejandrino a la operación de abrir aquel seno, que ya, por común consentimiento, se tenía, de no hacerlo, por incurable.

Difirióse la operación para el día siguiente; pero luego que se ausentaron los físicos por la demasiada tristeza y melancolía del señor, se excito en aquella casa tal sentimiento, que, como si fuera ya difunto, apenas los podíamos sosegar. Visitábanle a la sazón cada día aquellos santos varones, Saturnino, de buena memoria, que entonces era obispo uzalense; Geloso, presbítero, y los diáconos de la Iglesia de Cartago, entre los cuales estaba y sólo vive ahora el obispo Aurelio, digno de que le nombre con reverencia, con el cual, discurriendo de las maravillosas obras de Dios, muchas veces he tratado sobre este particular y he hallado que tenía muy presente en la memoria lo que vamos refiriendo. Visitándole, como acostumbraban, por la tarde, les rogó con muy tiernas lagrimas que le hicieran favor de hallarse a la mañana siguiente presentes a su entierro más que a su dolor, porque había concebido tanto miedo a los, dolores que antes había pasado, que no dudaba que había de dar el alma en manos de los médicos. Ellos le consolaron y exhortaron a que confiase en Dios y sufriese con esfuerzo y conformidad todo lo que Dios dispusiese.

En seguida nos pusimos en oración, en la cual, como se acostumbra, hincamos las rodillas, y puestos en tierra, él se arrojó como si alguno le hubiese gravemente impelido y derribado al suelo, y comenzó a orar. ¿Quién podrá explicar con palabras apropiadas con qué emoción, con qué afecto, con qué angustia de corazón, con qué abundancia de lágrimas, con qué gemidos y sollozos que conmovían todos sus miembros y casi le ahogaban el espíritu? Si los otros rezaban o si estas demostraciones de ternura y aflicción distraían su atención, no lo sé. De mí sé decir que no podía orar, y sólo brevemente dije en mi corazón: «¿Señor, cuáles son las oraciones que oís de los vuestros si éstas no oís?» Porque me parecía que no le restaba ya más que dar el alma en la oración. Levantémonos, pues, y recibida la bendición del obispo nos fuimos, suplicándoles el doliente que viniesen a la mañana, y ellos exhortáronle a que tuviese buen ánimo.

Amaneció el día tan temido, vinieron' los siervos de Dios como lo habían prometido. Entraron los médicos, aprestando lodo lo que exigía la próxima operación, sacando la horrible herramienta, estando todos atónitos y suspensos, animando al desmayado y consolándole los que allí tenían más autoridad, componen en la cama los miembros del paciente para la comodidad de la mano del que había de hacer la abertura, desatan las ligaduras, descubren la herida, mírale el médico, y armado ya y atento, busca aquel seno que debía abrirse. Escudríñalo con los ojos, tiéntalo con los dedos, y al fin, buscando y examinando todo, halló una firmísima cicatriz. La alegría, alabanzas y acciones de gracias que dieron todos llorando de contento, no hay que fiarlo a mis razones y expresiones patéticas: mejor es considerarlo que decirlo. En la misma ciudad de Cartago, Inocencia, mujer devotísima y de las principales señoras de aquella ciudad, tenía un cáncer en un pecho, dolencia, según dicen los médicos, que no puede curarse con medicamento alguno, y por eso se suele cortar y separar del cuerpo el miembro infecto donde nace, para que el doliente viva algún tiempo más, porque, según sentencia de Hipócrates, como dicen los físicos, de allí ha de resultar la muerte, y más o menos tarde es necesario abandonar del todo la cura. Así lo había insinuado a la paciente un médico perito y muy familiar y afecto de su casa, por lo que ella se acogió solamente a Dios con sus fervorosas oraciones. Adviértela en sueños, aproximándose ya la Pascua, que cuando se hallase presente a las solemnidades del bautismo en el puesto o lugar designado a las mujeres, cualquiera de las bautizadas que primero se encontrase con ella la santiguase la parte dañada con la señal de Jesucristo; así lo hizo y al punto sanó.

El médico, que la había dicho que no tomase ningún remedio si quería prolongar algo más su vida, viéndola después y hallando enteramente sana a la que, habiéndola visto antes, sabía con toda seguridad que adolecía de aquel mal, le preguntó con grandes instancias le significase el remedio que había usado, deseando, a lo que se percibe, saber la medicina que obró más que el aforismo de Hipócrates. Y oyendo lo que había practicado, con voz o tono como quien hace poco caso, y con un sem- blante tal que la buena señora temió dijese contra Cristo alguna palabra contumeliosa o afrentosa, dicen que respondió con devoto donaire: «Pensaba que me habíais de decir alguna cosa grande e inaudita.» Y azorándose y, temblando la señora oyendo esta contestación, añadió: «¿Qué grande maravilla hizo Cristo en curar un cáncer, pues resucitó un muerto de cuatro días?»

Oyendo yo esta respuesta, y sintiendo en el alma que un milagro tan estupendo como aquél sucediese en la insinuada ciudad, en aquella persona que no era de condición baja y estuviese así encubierto, me pareció advertirla y aun reprendería el silencio; pero habiéndome respondido que no lo había callado, pregunté a unas señoras matronas muy amigas suyas, que acaso entonces la acompañaban, si habían tenido antes noticias de este prodigio, quienes me respondieron que no tenían antecedentes de él, ni le habían sabido. ¿Veis, dije yo, cómo lo habéis callado de manera que ni estas señoras con quienes tenéis tanta familiaridad lo han oído? Y porque sumariamente se lo había preguntado, hice lo refiriese todo según el orden de los acaecimientos delante de ellas, quedando todas admiradas y glorificando a Dios por su infinita piedad y misericordia. ¿Y quién tiene noticia de cómo en la misma ciudad un médico que padecía gota en los pies, habiendo dado su nombre para bautizarse, un día antes que recibiese la sagrada ablución prohibiéronle en sueños que se bautizase aquel año ciertos muchachos negros con los cabellos retorcidos, los cuales entendía él que eran los demonios, y no obedeciéndolos, aunque le pisaron por su resistencia los pies, padeciendo acerbísimos dolores cuales jamás los había sentido iguales, antes venciéndolos, no dilató el bautizarse, según lo había ofrecido, y en el mismo bautismo se libró, no sólo del dolor, que le molestaba más cruelmente que nunca, sino también de la misma gota, y en lo sucesivo, aunque vivió después muchos años, jamás le dolieron los pies? Este milagro llegó a nuestra noticia y de algunos pocos cristianos que por la proximidad lo pudieron saber.

Un cierto curubitano, bautizándose, sanó, no sólo de una perlesía, sino también de una disforme bernia, y habiéndose librado de ambas dolencias, como si no hubiera tenido mal alguno en su cuerpo, le vieron partir sano de la fuente de la regeneración. ¿Quién supo este prodigio, a excepción de los vecinos de Curubi, y de algunos pocos que lo pudieron oír casualmente en cualquiera parte? Habiéndolo entendido nosotros, por orden del santo obispo de Aurelio le hicimos venir a Cartago, aunque lo habíamos ya oído a personas de cuya fe no podemos dudar. Hesperio, tribuno que está en nuestra compañía, posee en el territorio fusalense una granja llamada Zubedí y habiendo sabido que los espíritus malignos molestaban su casa, afligiendo a las bestias, y criados, rogó a nuestros presbíteros, estando yo ausente, que fuese alguno de ellos a expelerlos de allí con sus oraciones.

Fue uno y ofreció el santo sacrificio del cuerpo de Cristo, rogando a Dios cuanto pudo que cesase aquella vejación, y al instante, por la misericordia de Dios, cesó. Consiguió éste de un amigo suyo un poco de tierra santa traída de Jerusalén, del paraje donde Cristo fue

sepultado y resucitó al tercero día, la cual colgó en su aposento, porque no le hiciesen también algún daño. Pero viendo ya libre su casa de aquella vejación, le entró un gran cuidado sobre que haría de aquella tierra, a la cual por reverencia no quería conservar más tiempo en aquel aposento. Sucedió casualmente que yo y mi compañero, que era Maximino, obispo entonces de la Iglesia sinicense, nos hallamos allí cerca; nos rogó que fuésemos allá, y fuimos. Y habiéndonos referido todo el suceso nos pidió igualmente en particular que enterrásemos aquella tierra en alguna parte, y se construyese allí un oratorio donde pudiesen congregarse los cristianos a celebrar los misterios sagrados; accedimos á su ruego, y así se verificó. Había allí un mancebo paralítico, de ejercicio labrador, que teniendo noticia del insinuado prodigio, pidió a sus padres que le condujesen sin dilación a aquel santo lugar, lo cual ejecutado, oró, y al momento salió de allí sano por sus pies. En una aldea que se llama Victoriana, que dista de Hipona la Real menos de treinta millas, hay una reliquia de los santos mártires de Milán, Gervasio y Protasio. Llevaron allí un joven, que estando al mediodía, en tiempo de estío, bañando un caballo en lo profundo de un río, se le entró un demonio en el cuerpo, y encontrábase tendido en el suelo, próximo a la suerte, o casi como muerto, cuando entró la señora del pueblo, como acostumbraba, a rezar en la capilla los himnos y oraciones vespertinas con sus criadas y ciertas beatas, y comenzaron a cantar sus himnos.

A estas voces, el joven, como si le hubieran herido gravemente, se levantó, y dando terribles bramidos, se asió del altar, y le tenía fuertemente agarrado sin atreverse a moverle, o no pudiendo, como si con él le hubieran atado o clavado, y pidiendo con grandes lamentaciones que le dejasen, confesaba el demonio dónde, cuándo v cómo había entrado en aquel mozo. Al fin, prometiendo que saldría de allí, fue nombrando todos los miembros que amenazaba se los había de hacer pedazos al salir, y diciendo estas expresiones salió del hombre; pero quedó a este colgando sobre la mejilla un ojo pendiente de una venilla, como de la raíz interior, y pupila, que solía estar negra, se había ya vuelto blanca. Advirtiendo esta deformidad los que estaban presentes porque habían concurrido ya otros las voces que daba, y todos se habían puesto por el en oración, aunque alegraban de verle que estaba ya en sano juicio, por otra parte estaban agitados por causa del ojo, y decían que se llamase un médico.

A la sazón marido de una hermana suya que había conducido a aquel lugar, dijo Poderoso es el Señor, que ahuyentó al demonio por las oraciones de sus santos para restituirle también la vista.» Y como mejor pudo, tomando ojo caído y pendiente, y volviéndolo a su propio lugar, se le ató con un orario o venda, y no permitió que lo desatasen hasta pasados siete días, lo cual ejecutado, le halló ya sano y restituida la vista. Sanaron también otros muchos, y sería extendernos demasiado el numerarlos todos. Conozco una doncella de Hipona que habiéndose untado con el aceite que un sacerdote, rogando por ella había derramado sus lágrimas, quedó inmediatamente sana y libre del demonio. También sé que un obispo oró una vez por un joven que estaba ausente, y no le veía, y al punto le dejó el demonio, que se había posesionado de ella.

Había en nuestra Hipona un anciano llamado Florencio, hombre devoto pobre que se sustentaba con lo que producía su oficio de sastre; había perdido su capa, y no tenía con que comprar otra; púsose en oración delante de los veinte mártires, cuya Iglesia, con, sus reliquias, tenemos mi célebre y suntuosa; pidió en voz clara y perceptible que le vistiesen;

oyeron su ruego unos mancebos que se hallaron allí casualmente, y burlándose de él, cuando se marchó le siguieron dándole vaya, como a quien había pedido a los mártires cincuenta óbolos para comprar la capa. Pero andando el sastre sin responder una sola palabra, vio en la costa un pez muy grande palpitando, que le había arrojado sí el mar, y con la ayuda de aquellos mancebos le cogió y vendió a un bodegenero que se llamaba Carchoso buen cristiano, diciéndole lo que había sucedido, en trescientos óbolos, pensando comprar con ellos lana, para que su mujer le hiciese como mejor pudiera alguna ropa con que vestirse. Pero el bodegonero, abriendo el pecho halló en su vientre un anillo de oro y movido a compasión, y temeroso de Dios, se lo dio al sastre, diciendo «Ves aquí cómo te han dado de vestir los veinte mártires.» Cerca de los baños de Tíbili, llevando el obispo Proyecto las reliquias del glorioso mártir San Esteban, acudió a adorarlas un concurso muy numeroso de gente.

Allí una mujer ciega pidió que la llevasen delante del obispo que traía las santas reliquias, diole unas flores que llevaba, volviólas a recibir, acercólas a los ojos, y al punto vio con grande admiración de los que lo presenciaron: iba muy alegre delante de todos, sin tener ya necesidad de quien la guiase por el camino. Llevando la reliquia del mismo santo mártir, que está en la villa Synicense, comarcana a la colonia Hiponense; Lucilo, obispo del mismo pueble precediendo y siguiendo todos los habitantes, de repente se halló sano, llevando consigo aquel santo tesoro, de una fístula que desde hacía muchísimo tiempo le molestaba, y aguardaba que se la abriese un médico muy amigo suyo. Después, jamás la halló en si cuerpo.

Eucario, sacerdote, natural de España, viviendo en Calama, padeció mucho tiempo había dolor de piedra; libróse de ella por la reliquia del insinuado santo mártir, que condujo allí el obispo Posidio. Este mismo, después, adoleciendo de otra enfermedad, estaba rendido y muerto, de manera que le ataban y los dedos pulgares; pero con los auxilios del dicho santo mártir, habiendo traído de su capilla la túnica del mismo sacerdote y poniéndola sobre el cuerpo como estaba echado, resucitó. Hubo en el mismo pueblo un hombre de linaje ilustre, llamado Marcial ya muy anciano y acérrimo enemigo de la religión cristiana; tenía una hija cristiana y un yerno que se había bautizado en aquel año, los cuales, como cayese enfermo, le pidieron con muchos ruegos y lágrimas que se convirtiese, haciéndose cristiano; pero el no quiso, por más insinuaciones que se le hicieron, y los echó de sí con mucha cólera y enojo. Su yerno tuvo por conveniente acudir a la reliquia de San Esteban ,y rogar por él cuanto pudiese, para que Dios le diera un santo espíritu, a fin de que no dilatase ni en creer en la fe de Cristo.

Hízolo con singulares suspiros y lágrimas y con ardiente afecto lleno de verdadera candad, y al salir de la capilla tomó algunas flores del altar y por noche se las puso debajo de la cabecera, y así se fue sosegado a dormir. Antes de amanecer empieza a dar voces diciendo que vayan incontinenti a llamar al obispo que entonces se hallaba conmigo en Hipona, y habiéndole respondido que estaba ausente pidió que le trajesen sacerdotes. Vinieron, y luego dijo que creía en verdadera fe. Este enfermo, mientras vivió, siempre tuvo en su boca estas santas palabras: «Cristo, recibe mi espíritu», no sabiendo que estas expresiones fueron las últimas que pronunció el bendito mártir San Esteban cuando le apedrearon los judíos, con las cuales al poco tiempo terminó su vida Marcial. Concedió allí mismo el santo mártir la salud a dos enfermos que padecían la gota, uno vecino de aquel pueblo y otro extranjero;

aunque es cierto que el primero sanó del todo, y segundo supo por revelación lo que debía aplicarse cuando le doliese pierna, y, en efecto, usando de es medicina, luego cesaba el dolor.

En una aldea llamada Auduro hay una iglesia, y en ella una reliquia del mártir San Esteban. Unos bueyes de mandados con su carreta atropellaron con las ruedas a un muchacho pequeño que estaba jugando con las eras, y momento, palpitando todo su cuerpo expiró; pero cogiéndole su madre en los brazos, le presentó a San Esteban y no sólo resucitó, sino que se libró sin lesión alguna de la desgracia pasada. Una beata que vivía allí cerca e una granja denominada Caspaliana, cayó enferma, y, desesperanzada de poder sanar, trajeron su túnica a tocar con la santa reliquia, y antes que volviesen con ella murió la enferma. Si embargo, sus padres cubrieron el cuerpo difunto con la túnica, y recobrando el espíritu, se libertó de la muerte resucitando sana y buena. En Hipona, cierto hombre llamad Baso, natural de Syria, se puso en oración delante de la reliquia del mismo santo mártir, rogando por una hija que tenía enferma y en inminente riesgo conduciendo a la capilla el vestido de la doliente, y ved aquí que llegan corriendo los criados de su casa con la fatal nueva de que era difunta su hija; pero como estuviese aún Baso e oración, sus amigos que le acompañaban los detuvieron y ordenaron que no diciese tan triste noticia al padre, para evitar que fuese llorando amargamente por las calles al volver a su casa, que estaba tan llena de los llantos de los suyos. Arrojando sobre la hija su vestido, que traía consigo, resucitó y recobró nueva vida.

En el mismo pueblo, entre nosotros murió de enfermedad el hijo de un cobrador de rentas, llamado Irineo, y estando tendido el cuerpo difunto y disponiéndole ya con gemidos y lágrimas las exequias, uno de sus amigos entre los consuelos que otros le daban le advirtió que untase el cuerpo con el aceite de la lámpara del mismo santo mártir; hízolo así, y revivió el hijo. Asimismo, aquí entre nosotros, Eleusino, tribuno, puso a un niño hijo suyo, que se le había muerto de en, sobre la reliquia del santo mártir, que está en una aldea suya pro, y después de haber hecho oración con mucho fervor y copiosas lágrimas allí mismo le recibió vivo. ¿Qué haré ahora? Pues me insta la palabra que di de acabar esta obra de forma que no puedo relacionar todo lo que sé, y, sin duda, la mayor parte de nuestros católicos, cuando leyeres estos prodigios, se quejarán justamente de mí porque he omitido mucha maravillas, de las cuales, como yo, tienen exacta noticia. Suplícoles me perdonen y consideren cuán largo sereís emprender lo que me fuerza no ejecutar aquí la necesidad del fin que me he propuesto en esta obra. Pues dejando aparte otras particularidades, si quisiera escribir solamente los milagros de las curaciones prodigiosas que he obrado este santo mártir, el glorioso San Esteban, en la colonia calamense y en la nuestra, fuera indispensable formar muchos libros, y, sin embargo no sería posible recopilarlos todos, si no únicamente aquellos de los cuales nos han entregado memorias o relaciones circunstanciadas para que se reciten y publiquen al pueblo.

Quisimos que así se hiciese, advirtiendo que también en nuestros tiempos obraba Dios muchas señales y milagros muy semejantes a los antiguos, que no era conveniente ignorasen muchos. No hace aún dos años que se puso en Hipona la Real esta memoria, y habiendo infinitos prodigios, de los cuales es indudable que no se han presentado testimonios, los que han publicado llegan ya casi a setenta cuando yo escribí éstos. Pero en Calama, donde el mismo memorial tuvo su primer exordio se dan con más frecuencia, es

inconcebiblemente mayor el número de los milagros que se refieren. Sabemos también de otras muchas maravillas que ha obrado el mismo santo mártir en la colonia de Uzali, que está cerca de Utica, cuyo testimonio archivó allí mucho antes que tuviésemos noticia de el en este país el obispo Evodio. No hay allí costumbre de dar memoriales, o, por ,mejor decir, no la hubo antes, porque acaso al presente habrá ya comenzado a usarse; pues hallándome en aquel pueblo hace poco tiempo, exhorté con beneplácito del obispo de dicho lugar a Petronia, señora ilustre, que había sanado milagrosamente de una peligrosa y larga enfermedad (en que nada aprovecharon todos los remedios que usaron 10 médicos), a que diese su relación para que se recitase al pueblo, a lo que condescendió gustosamente. En el cual insertó también lo que aquí no puedo pasar en silencio, aunque me obliga a terminar lo que me resta de esta obra. Dice que la persuadió un judío que metiese en una cinta hecha de cabellos un anillo, y se la ciñese a raíz de la carne debajo de todos los vestidos, y que el anillo tenía debajo de la piedra preciosa una piedra que se halla en los riñones de los bueyes; ceñida con este aparente remedio, caminaba a la capilla del santo mártir. Pero habiendo salido de Cartago, y llegando cerca del río Bragada, se detuvo allí en una heredad suya. Al levantarse para continuar su camino vio delante de sus pies, en el suelo, aquel anillo, y admirándose, tentó la cinta de cabellos con que le traía atado.

Hallándola atada como la había puesto, con sus nudos muy firmes, sospeché que el anillo se habría quebrado o soltado; pero viéndole también integro, maravillada aún más, pareciόle buen pronóstico y seguridad de la salud que esperaba y desatando la cinta juntamente con el anillo la arrojó en el río. No darán crédito a este suceso los que no creen que nació nuestro Señor Jesucristo quedando íntegra virgen su Madre, ni que entró a visitar sus discípulos estando cerradas las puertas; pero a lo menos busquen y averigüen esta maravilla, y si hallaren que es verdad, creerán también aquélla. La mujer es muy conocida; de familia noble; casada ilustremente, vive en Cartago; insigne es la ciudad, insigne es la persona, no dejarán de manifestar la verdad a los que quisieren examinarla. Por lo menos el mismo santo mártir, por cuya intercesión ella sanó, creyó en el hijo de la que permaneció Virgen inmaculada, en el que entró a ver sus discípulos estando cerradas las puertas.

Finalmente, y éste es el motivo por que decimos todas estas particularidades, creyó en Aquel que subió a los cielos con la misma carne con que resucitó, y por eso obra el Señor tan estupendas maravillas, porque por esta fe puso y dio su vida. Así, pues, también ahora se hacen muchos milagros, obrándolos el mismo Dios por medio de quien quiere y como quiere; el cual hizo igualmente aquellos que leemos, aunque éstos no son tan notorios como los otros, y para que no se olviden, se suelen renovar con la frecuente lección de ellos, como preservativo de la memoria. Porque aun donde se pone exacta diligencia, como la que se ha empezado a poner aquí entre nosotros de que se reciten al pueblo los memoriales o relaciones de los que reciben los favores divinos, los que se hallen presentes le oyen sola una vez, y los mismos se hallan presentes; de manera que ni los que los oyeron pasados algunos días se acuerdan de lo que oyeron, y apenas se halla uno que quiera contar lo que oyó al que sabe que estuvo ausente. Uno ha sucedido aquí entre nosotros, que aunque no es mayor que los relacionados, con todo, el milagro es tan claro e ilustre, que imagino no haber uno solo de los ciudadanos de Hipona que no le haya visto o sabido, y ninguno que haya podido olvidarle.

Hubo diez hermanos, siete varones y tres hembras, naturales de la ciudad de Cesárea, de Capadocia, no de humilde prosapia entre sus ciudadanos entre los cuales vino el castigo del cielo por una maldición que fulminó contra ellos su madre, recién viuda y desamparada de ellos, con motivo de la muerte de su padre, muy sentido por una injuria que la hicieron, de forma que todos padecían un terrible temblar de miembros; y no pudiendo tolerar el verse así, tan abominables y vilipendiados, en la presencia de sus vecinos, por donde cada uno quiso se fueron peregrinando por casi todo el Imperio romano. De éstos acertaron venir aquí dos, hermano y hermana, Paulo y Paladia, conocidos ya en otros muchos pueblos por la notoriedad su miseria. Llegaron a esta ciudad; casi quince días antes de la Pascua acudían diariamente a la iglesia, y en ella oraban delante de la reliquia del glorioso San Esteban, suplicándole a Dios que los perdonase ya y les reintegrase en su perdida salud, Allí y donde quiera que iban llamaban la atención de todos los ciudadanos, y algunos que los habían visto en otras partes y sabían la causa de su temblor se lo referían a otros como podían.

Vino la Pascua, y el domingo por la mañana, habiendo ya concurrido la mayor parte del pueblo, estando asido a rejas del santo lugar donde se guardaba la reliquia del santo mártir, haciendo su oración el insinuado mancebo de repente cayó postrado en tierra y estuvo así un gran rato, como quien duerme, aunque no ya temblando como antes, aun cuando dormía. Admirados los que estaban presentes, temiendo unos y lastimándose otros quisieron algunos levantarle; pero otros se lo impidieron diciendo, que era mas conveniente esperar a ver en que paraba. En este tiempo se levantó, y no temblaba, porque estaba ya sano, miraba a los que le observaban. ¿Quién pues, de cuantos le miraban dejó de alabar a Dios? Llenóse toda la iglesia de las voces de los que clamaban y bendecían a Dios; desde allí acudieron a mí corriendo donde estaba sentado para salir. Vienen atropellándose unos a otros, contando el último como cosa nueva lo que había ya referido otro antes. Y estando yo muy contento, y en mi interior dando gracias a Dios; entró también él mismo con otros muchachos, inclinóse a mis rodillas, y levantóse para recibir mi paz; salimos a la presencia del pueblo; estaba llena la iglesia y resonaban por todas partes los ecos de las voces de alegría de los que por uno y por otro lado clamaban sin que ninguno callase, a Dios gracias, a Dios alabanzas. Saludé al pueblo y volvían a clamar lo mismo con mayor fervor y en más alta voz.

En fin, sosegados y estando ya en silencio, leyéronse las solemnidades de la Sagrada Escritura, y al llegar a mi sermón hablé muy poco de la doctrina alusiva al tiempo presente y de aquella actual alegría, porque antes quise dejar que ellos, en la contemplación de aquel divino prodigio, gustasen de cierta celestial elocuencia, no oyéndola, sino meditándola. Comió en mi compañía el hombre, y me refirió muy por menor toda la historia de la común calamidad suya, de su madre y hermanos. Asi que el día siguiente, después de concluido el sermón, prometí que otro día se recitaría al pueblo la relación de aquel milagro. Lo hice el tercer día de Pascua, en las gradas de la exedra o coro, donde desde mi asiento hablaba al pueblo. Dispuse que estuviesen allí los dos hermanos en pie mientras se leía el memorial. Estábalos mirando todo el pueblo, hombres y mujeres, y veían al uno sin aquella terrible y extraña conmoción, y a la otra temblando en todos miembros .Y los que no habían visto a él, advertían el prodigio que había obrado en él la misericordia divina, porque veían a su hermana. Veían lo que por él debían agradecer a Dios y lo que por ella le debían pedir. Habiéndose leído su memorial mandé que se quitasen de allí delante del pueblo, y comencé a exponer más circunstanciadamente aquel infeliz suceso cuando estando yo en esta plática,

oímos otras voces de nuevas congratulaciones por la misma reliquia del bienaventurado mártir.

Volvieron hacia allá los que me estaban oyendo, y empezaron a correr apresuradamente, porque Paladia, luego que bajó de las gradas donde había estado, se había ido a encomendar al santo mártir, y al tocar con las rejas, cayendo asimismo en tierra, como en un sueño se levantó sana. Estando yo preguntando qué era lo que había sucedido y la causa de aquel festivo rumor, entraron con ella en la iglesia dónde estábamos, trayéndola sana de la capilla del santo mártir. Levantóse entonces tan extraordinario clamor y admiración de hombres y mujeres, que parecía que las voces y las lágrimas nunca habían de cesar. Condujéronla al mismo puesto donde poco antes había estado temblando. Alegrábanse de verla vuelta semejante a su hermano los que se habían condolido antes de verla quedar tan desemejante. Y aunque no habían aún hecho su oración por ella, con todo, veían ya cómo tan presto había oído Dios su previa y anticipada voluntad. Oíanse las voces alegres en alabanzas de Dios sin pronunciar palabra, con tanto ruido que apenas lo podíamos tolerar, según nos aturdían. ¿Qué habría en los corazones de los que así se regocijaban, sino la fe de Cristo, por la cual se derramó la sangre de San Esteban?

CAPITULO IX

Que todos los milagros que se hacen por los mártires en nombre de Cristo dan testimonio de aquella fe con que los mártires creyeron en Cristo Estos milagros, ¿de qué otra fe dan auténtico testimonio sino de ésta en que se predica que Cristo resucitó en carne, y que subió a los cielos con su propia carne? Porque aun los mismos mártires de esta fe fueron mártires, esto es, testigos, y dando testimonio a esta fe, sufrieron al mundo, acérrimo y cruel enemigo, y le vencieron, no resistiendo, sino muriendo.

Por esta fe murieron los que pueden alcanzar estas singulares gracias del Señor, por cuyo santo nombre dieron sus vidas. Por esta fe precedió su admirable paciencia, para que en estos milagros se siguiera esta tan grande potencia y virtud. Porque si la resurrección de la carne para siempre, o no sucedió ya en Cristo, o no sucederá, como lo dice Cristo; o como lo han anunciado los profetas que nos vaticinaron a Cristo, ¿cómo pueden hacer tan estupendos prodigios los mártires que dieron su vida por esta fe, con la cual se predice esta resurrección? Porque ya el mismo Dios haga estas maravillas por si mismo del modo totalmente admirable con que, siendo eterno, obra las cosas temporales, ya por sus ministros; y estas mismas que obra por sus ministros; ya las haga también por los espíritus de los mártires, como por hombres que están todavía en sus cuerpos, ya las obre todas por los ángeles, a quienes manda y ordena invisible, inmutable e incorpóreamente, de modo que lo que decimos que se hace por los mártires se haga únicamente por su ruego, impetrándolo ellos, y no obrándolo; ya unos prodigios se ejecuten de ésta, otros de aquella manera, por un medio y modo que es incomprensible a los mortales, con todo, esto mismo da testimonio de aquella fe que predica la resurrección de la carne para siempre.

CAPITULO X

Cuánto más dignamente se reverencian los mártires; por cuya mediación se alcanzan que obre Dios muchos milagros, para que se dé el honor y reverencia a Dios verdadero, que no los demonios, quienes hacen algunos para que tos tengan por dioses Aquí, acaso, dirán que también sus dioses han obrado algunas maravillas. Bien, si ya participan a comparar sus deidades con nuestros hombres muertos. Pregunto: ¿dirán que también tienen dioses que los han formado de hombres muertos, como a Hércules y a Rómulo, y otros infinitos, que están alistados en el catálogo de los dioses? Pero nosotros no tenemos a los mártires por dioses, porque sabemos que un Dios único es el que tenemos. Ni tampoco se deben comparar de ningún modo los milagros que se hacen en las capillas y oratorios de nuestros mártires con los que se dice se han obrado en los templos de sus dioses. Pero si hay alguno que se asemeje, aunque muy remotamente, digo que así como los magos de Faraón quedaron inferiores y vencidos por Moisés, así lo quedan los dioses de estos fanáticos por nuestros mártires.

Los demonios los hicieron con el fausto y presunción de su maldita soberbia, por querer hacerse deidades de ellos; mas los mártires los hacen, o, por mejor decir, los hace Dios, o suplicándoselo ellos, o cooperando con su poderoso influjo para que se acreciente aquella fe con que sostenemos y creemos, no que los mártires son nuestros dioses, sino que tienen y adoran el mismo Dios que nosotros Finalmente los infatuados gentiles edificaron templos a sus dioses, les dedicaron aras, consagraron sacerdotes y ofrecieron sacrificios. Nosotros no fabricamos a nuestros mártires templos, como a dioses, sino memorias u oratorios como a hombres muertos, cuyos espíritus viven con Dios; ni allí les dedicamos aras para ofrecer sacrificios a los mártires, sino a un solo Dios, Dios nuestro y de los mártires, en cuyo sacrificio, como hombres de Dios, y que confesando su santo nombre vencieron el mundo, los acostumbramos nombrar en su lugar y por su orden. Pero el sacerdote que sacrifica, no los invoca, porque a Dios es a quien sacrifica, y no a ellos, aunque sacrifiquen en la capilla o memoria de estos bienaventurados, el que es sacerdote de Dios y no de ellos. Y el sacrificio es la oblación del sacrosanto y verdadero cuerpo de Cristo, el cual no se les ofrece a los santos por cuanto son este mismo sacrificio. ¿A cuáles pues, será más razón que demos crédito cuando hacen milagros: a los que quieren, haciéndolos, ser tenidos por dioses, o a los que cualquier milagro que hacen lo hacen para que se crea en Dios, que lo es también Cristo? ¿A los que quieren que entre sus oficios y solemnidades se celebren igualmente sus torpezas, o a aquellos que no permitieron que sus propias palabras se celebrasen en los oficios divinos, sino que todo aquello en que con verdad los elogian quieren que redunde y se enderece a honor y gloria de Aquel por quien son alabados? Porque en el Señor se glorían y alaban sus almas.

Creamos, pues, a estos que nos dicen verdades y obran maravillas, pues diciendo las verdades padecieron para poder hacer prodigios entre estas verdades, la principal es que Cristo resucitó de entre los muertos y fue el primero que en su carne nos manifestó la inmortalidad de la resurrección, la cual nos prometió que conseguiremos nosotros; o al principio, del nuevo siglo o al fin de éste.

CAPITULO XI

Contra los platónicos que, por la gravedad natural de los elementos, arguyen que el cuerpo terreno no puede estar en el cielo Contra este tan singular don de Dios, estos raciocinadores cuyos argumentos sabe Dios que son útiles y vanos, arguyen con sutileza, fundándose en la natural gravedad de los elementos, porque aprendieron en los dogmas y doctrinas de Platón que los dos cuerpos del mundo, los mayores y los más extensos, están coligados y unidos con los dos medios, es a saber, con el aire y con el agua. Según este principio, dicen ellos, puesto que desde aquí, elevándome hacia arriba, la tierra es la primera y la segunda el agua sobre la tierra; el tercero, el aire sobre el agua; el cuarto, sobre el aire el cielo no puede estar el cuerpo terreno en el cielo, porque todos los elementos están balanceados con mis respectivos pesos, para que guarden y tengan su propio lugar.

Ved aquí con que argumento contradice a la divina omnipotencia la flaqueza humana, en quien domina la vanidad. ¿Pues qué hacen en el aire tantos cuerpos terrenos, siendo el aire el tercero en orden a la tierra? A no ser el pudo dar a los cuerpos terrenos de las aves, por medio de la ligereza de sus plumas, facultad para que pudiesen andar por el aire, no podrá dar a los cuerpos de los hombres ya inmortales virtud de que puedan habitar también en el supremo cielo. Además, los mismos animales terrestres que no pueden volar, entre quienes se comprenden los hombres, por necesidad habían de vivir debajo de la tierra, como los peces, que son animales acuáticos, debajo del agua. ¿Por qué causa el animal terrestre no vive a lo menos en el segundo elemento, que es el agua, sino en el tercero, pues siendo de la tierra, si le obligan a que viva en el segundo elemento, que está sobre la tierra, luego se ahoga, ¿y para vivir vive en el tercero? ¿Acaso procede errado este orden de los elementos, o, por mejor decir, no está el defecto en la naturaleza, sino en el discurso y argumento de estos ilusos? Dejo de decir lo que ya he expuesto en el libro XIII, cap. XVIII; ¡cuántos cuerpos terrestres graves hay, como el plomo, y, sin embargo, el artífice les da forma aparente con que puedan nadar sobre el agua, y niegan al Todopoderoso facultad de dar al cuerpo humano una cualidad y consistencia con que pueda ir al cielo y estar en el cielo! Ya, pues, contra lo que insinué arriba, los que meditan y filosofan sobre este orden y serie de los elementos en que se fundan y estriban, no hallan ni tienen qué decir. Porque si es la tierra la primera, midiendo desde lo más bajo del globo, y accediendo hacia el cielo, el agua la segunda el tercero el aire, el cuarto el cielo, sobre todos está la naturaleza del alma. Porque hasta Aristóteles dijo que era el quinto cuerpo, y Platón que no era cuerpo.

Si fuese el quinto, a lo menos sería superior a los demás; pero si no es cuerpo, será mucho más superior a todos. ¿Qué hace, pues, en el cuerpo terreno? ¿Qué obra en esta materia lo que es más sutil e imperceptible que todos los cuerpos? ¿Qué hace en este peso y gravedad la que es más ligera y menos pesada que todos? ¿Y qué hace en esta forma tan tarda y pesada la que es más ligera que todos? ¿Es imposible que elemento de una naturaleza tan excelente no consiga que se aligere y suba su cuerpo al cielo? ¿Y que siendo ahora poderosa la naturaleza de los cuerpos terrenos para hacer bajar las almas a la tierra, no sean poderosas las almas alguna vez para hacer subir también arriba los cuerpos terrenos? Si nos aproximamos a examinar los milagros que hicieron sus dioses los cuales quieren oponer a los que obran nuestros mártires ¿acaso no hallaremos que estos mismos milagros favorecen nuestra causa? Porque entre los más nombrados prodigios de sus dioses, sin duda uno es al que refiere Varrón, que una virgen vestal, peligrando de ser castigada por una falsa sospecha de haber perdido su virginidad, llenó en el río Tíber un harnero de agua, y sin que le vertiese ni dila tase gota por agujero alguno le trajo a la presencia de los jueces ¿Quién

detuvo el peso del agua sobré él harnero? ¿Quién por tantos agujeros abiertos no permitió que cayese una sola gota en la tierra? Responderán que algún dios o algún demonio.

Si dios, ¿por ventura es mayor que el Dios que crió y dispuso con tan admirable orden el mundo? Si demonio, ¿acaso es más poderoso que el ángel que sirve y obedece al Dios que hizo este mundo? Luego si un dios menor, o un ángel o un demonio pudo detener el peso grave del elemento húmedo, transformando al parecer la naturaleza del agua, ¿será posible que Dios Todopoderoso, que es el que crió los elementos, no pueda quitar al cuerpo terreno el peso grave, para que viva el cuerpo vivificado en el mismo elemento que quiere que viva el espíritu vivificante? Además, colocando el aire entre el fuego por parte de arriba, y el agua por la de abajo, ¿cómo muchas veces le hallamos entre agua y agua, y entre agua y tierra? Porque ¿qué quieren que sean las nubes cargadas de agua, entre las cuáles y el mar se halla el aire? Pregunto: ¿Con qué gravedad y disposición de los elementos sucede que arroyos violentísimos y caudalosos, antes que debajo del aire corran por la tierra, estén colgados sobre el aire en las nubes? ¿Y por qué, en efecto, se halla el aire medio entre lo sumo del cielo y lo más ínfimo de la tierra, por dondequiera que se extiende el orbe, si su lugar propio entre el cielo y el agua, como el del agua entre el aire y la tierra?

Finalmente, si el orden de los elementos está de tal manera dispuesto que; según Platón, con los dos medios; esto es, con el aire y con el agua se juntan los dos extremos, esto es el fuego y la tierra, y tenga el fuego el supremo lugar del cielo y la tierra el ínfimo como fundamento del mundo por cuyo motivo la tierra no puede estar en el cielo, por qué pregunto, el mismo fuego se halla en la tira? Pues según esta razón de tal suerte deben estar estos dos elementos fuego y tierra, en sus propios lugares, en el supremo y en el ínfimo que así como no quieren creer que pueda hallarse en el supremo lo que es peculiar del ínfimo así tampoco se puede hallar en el ínfimo lo que es del supremo, luego así como piensan que no hay o no ha de haber, partecilla alguna de la tierra en el cielo; así tampoco hablamos de ver partecilla alguna de fuego en la tierra. Pero no sólo le hallamos en la tierra, sino también debajo de ella; de manera que rebosa por las cimas de los montes fuera de que vemos por experiencia en el uso común de los hombres que hay fuego en la tierra, y que nace de la tierra; puesto que también le sacan, extraen y nace de la madera y de las piedras que son, sin duda, cuerpos terrenos. Pero dicen que el de arriba es fuego tranquilo, puro, sin perjuicio y sempiterno, y que el de la tierra es túrbido, humoso, corruptible y corrompedor. Sin embargo, vemos que no corrompe los montes donde perpetuamente arde, ni las cavernas de la tierra. Y dado que éste sea diferente de aquél, de forma que pueda proporcionarse y acomodarse en los lugares terrenos, ¿por qué motivo no quieren que creamos que la naturaleza de los cuerpos terrenos, hecha ya incorruptible podrá alguna vez acomodarse en el cielo así como al presente el fuego corruptible se acomoda en la tierra? Luego no alegan razón convincente, ni que persuada sobre la gravedad y orden de los elementos, por la cual despojen a la omnipotencia de Dios de la facultad de no poder hacer a nuestros cuerpos tales que puedan también vivir en el cielo.

CAPITULO XII

Contra las calumnias de los infieles, con los cuales se burlan de los cristianos, porque creen en la resurrección de la carne Pero suelen menudamente preguntar y del mismo modo

burlarse de la fe con que creemos que ha de resucitar la carne. Preguntan si han de resucitar los partos abortivos, y porque dice el Señor: En verdad os digo que no perecerá un cabello de vuestra cabeza, si la estatura y vigor corporal han de ser iguales en todos o ha de ser diferente la grandeza de los cuerpos. Por que si han de ser iguales los cuerpos, ¿cómo han de tener lo que no tuvieron en la tierra en la cantidad del cuerpo aquellos abortos, si es que han de resucitar también? Y si no han de resucitar, porque tampoco nacieron, entablan la misma cuestión respecto a los niños pequeñuelos. ¿Cómo adquieren el tamaño y cantidad de cuerpo que vemos les falta aquí cuando mueren en esta edad? Porque no podrán responder que no han de resucitar los que son capaces, no sólo de la generación, sino también de la regeneración.

En seguida preguntan el modo que ha de tener la misma igualdad, porque si todos han de ser tan grandes y tan altos como lo fueron todos los que aquí fueron grandísimos y altísimos, preguntan, no sólo de los pequeños, sino también de muchos grandes cómo se les ha de pegar lo que aquí les faltó, si allá ha de adquirir cada uno lo mismo que aquí tuvo. Y si lo que dice el Apóstol que todos hemos de venir «a la medida y tamaño de la edad plena de Cristo», cómo también lo que añade: «Que a los que predestinó quiso fuesen conformes a la imagen de su Hijo», debe entenderse que han de tener la estatura y disposición del cuerpo de Cristo todos los cuerpos de los hombres que habrá en el reino a muchos, dicen, se les habrá de desmembrar de la grandeza y longitud del cuerpo. ¿Y cómo realmente se compadece con esta doctrina la de que no ha de perecer un cabello de nuestra cabeza», si de la misma magnitud del cuerpo ha de perecer tanto? Aunque pueda también dudarse de los mismos cabellos si han de volver los que se cortan porque si han de volver, ¿quién no abominará de aquella deformidad notable que resultará de la unión de todos ellos? Esto mismo parece que necesariamente ha de suceder igualmente de las uñas, volviendo otro tanto cuanto hubiere cortado el cuidado y solicitud que se tuvo con el aseo del cuerpo. ¿Y dónde se hallará la hermosura y gracia de que, a lo menos ha de ser mayor en aquella inmortalidad que la que pudo haber en esta corrupción? Si no ha de volver, perecerá; ¿cómo, pues, dicen que no perecerá un cabello de vuestra cabeza?

Lo mismo dificultan sobre la flaqueza y gordura, porque si han de ser todos iguales sin duda que no serán unos flacos y otros gordos; luego a los unos se les añadirá algo y a los otros se les quitará. Por consiguiente, no lo que habían de adquirir con justo título, sino que en alguna parte se les habrá de aumentar lo que no tenían y en otra parte se les habrá de despojar de lo que tenían. Y no poco se conmueven por los diferentes modos con que los cuerpos de los muertos se corrompen y desaparecen, pues unos se convierten en polvo, otros se resuelven en aire, a unos les devoran y consumen las bestias, a otros el fuego, otros se sumergen en el mar o en otras cualesquiera aguas, de manera que sus carnes podridas se resuelven en el elemento húmedo y no creen que todos éstos se pueda volver a recoger en su misma carne y reintegrarse en su primitiva entereza. Hablan también de las fealdades y vicios, ya sea que sucedan después o nazcan con ellas; y aquí hace también alarde con horror y escarnio de los partos monstruosos y preguntan la resurrección que ha de haber de cada deformidad, porque si dijésemos que ninguna cosa de Estas ha de volver al cuerpo del hombre, presumen que han de refutar lo que confesamos de los lugares de las llagas con que resucitó Cristo Nuestro Señor.

En esta materia, la cuestión y duda más dificultosa de todas es la que se propone sobre a qué carne ha de volverse aquella con que se sustentó el cuerpo de otro, que compelido de la hambre, comió de un cuerpo humano, puesto que se convirtió en la carne de aquel que vivió con tales alimentos y suplió los defectos que causó la flaqueza y extenuación del otro. Preguntan pues, si se le vuelve a aquel de quien fue primero aquella carne o aquel de quien vino a ser por último lo cual proponen con el fin de huir el cuerpo a la fe de la resurrección y de esta manera prometer al alma del hombre, o las alternativas verdaderas infelicidades y falsas bienaventuranzas, como lo defendió Platón, o confesar que tras muchas revoluciones y haber andado vagante por diversos cuerpos, al fin alguna vez acaba las miserias y nunca vuelve mas a ellas como siente Porfirio; mas no teniendo cuerpo inmortal, sino huyendo de todo lo que es cuerpo.

CAPITULO XIII

Si los abortos no pertenecen a la resurrección, perteneciendo al numero de los muertos Responderé con el favor de Dios estas objeciones, que, según he referido, me las opone la parte contraria En lo respectivo a los partos abortivos que habiendo tenido vida en el vientre murieron allí, así como no me atrevo afirmar que hayan de resucitar, tampoco me atrevo a negarlo, aunque no advierto motivo para que no les pertenezca la resurrección de los muertos porque o no todos los muertos han de resucitar, o, habrá algunas almas que estén eternamente sin cuerpos, como son las que, aunque en el vientre de su madre, sin embargo efectivamente tuvieron cuerpos, o, si todas las almas han de recobrar los cuerpos que tuvieron dondequiera que, viviendo o muriendo, los dejaron, no hallo causa para poder decir que no pertenez- can a la resurrección de los muertos cualesquiera muertos, aunque hayan fallecido en el vientre de sus madres. Cualquiera opinión que se establezca en orden a éstos lo que dijésemos de los niños ya nacidos se debe entender también de ellos, si han de resucitar.

CAPITULO XIV

Si los niños han de resucitar con el cuerpo que tuvieran si hubiesen crecido en edad Diremos de los niños que no han de resucitar en la pequeñez de cuerpo en que murieron sino que lo que se les había de añadir con el discurso del tiempo, eso habrán de recobrar merced a la acción maravillosa y prestísima de Dios. Pues en las citadas palabras del Señor, donde dice: «No perecerá un cabello de vuestra cabeza», lo que dice es que no le faltará lo que antes tenían; pero no niega que tendrán lo que les faltaba. Y al niño que murió le faltaba la cantidad perfecta de su cuerpo, porque a un niño perfecto sin duda que le falta la perfección de la grandeza del cuerpo, la cual, conseguida, no tiene ya que crecer más. Esta especie de perfección de tal suerte la tienen todos, que con ella se conciben y nacen; pero la tienen virtualmente y en potencia; y no en la cantidad y grandeza, de la manera que todos los mismos miembros están ya ocultamente contenidos en el semen, aunque a los que han nacido ya les faltan algunos, como son los dientes y otras cosas semejantes.

En esta virtud y potencia, impresa naturalmente en la materia corporal de cada uno, parece que está en cierto modo, por decirlo así, urdido y tramado lo que aún no es, o, por mejor

decir lo que está oculto y se descubrirá en el tiempo venidero. En ella, el niño que ha de ser pequeño es ya pequeño o grande. Según esta virtud y potencia; en la resurrección del cuerpo no tenemos los menoscabos del cuerpo, pues aunque la igualdad de todos hubiera de ser de tal conformidad que todos fueran de estatura de gigantes, los que fueron gigantes en este mundo nada perderían en estatura, conforme a lo que dijo Cristo cuando prometió que no se les perdería un cabello; y al Criador que todo lo cría de la nada, ¿cómo pudiera faltarle de donde añadir lo que faltara a los no gigantes, siendo admirable artífice y sabiendo cómo se debe añadir?

CAPITULO XV

Si al modo y tamaño del cuerpo del Señor han de resucitar los cuerpos de todos los muertos Cristo resucito en el tamaño de cuerpo en que murió, y no puede, decirse que cuando venga el tiempo en que todos han de resucitar ha de adquirir su cuerpo aquella grandeza que no tuvo cuando apareció a sus discípulos, con la estatura que éstos le conocían, para que pueda venir a ser igual a los muy grandes. Y si dijésemos que al modo y proporción del cuerpo del Señor se han de reducir también los cuerpos mayores de cualesquiera, habría de perderse mucho de los cuerpos de algunos, habiendo el Señor prometido que ni un Solo cabello se les perdería. Resta, pues, que cada un recobre su estatura, la misma que tuvo siendo mozo, aunque haya muerto anciano, o la que llegara a tener si murió temprano.

Lo que dice el Apóstol acerca de la medida de la edad plena de Cristo, entendemos que lo dijo con otro intento, esto es, que cuando recobrase aquella cabeza, en el pueblo cristiano, la perfección de todos sus miembros, se llena y cumple la medida de su edad o si lo dice aludiendo a la resurrección de los cuerpos, lo entendemos de forma que los cuerpos de los muertos no resuciten ni más ni menos fuera del tamaño de mozos, sino en aquella edad y vigor a que sabemos que llega Cristo en la tierra porque hasta los sabios del siglo definieron e incluyeron la juventud y mocedad del hombre alrededor de los treinta años, desde la cual principia ya el hombre a declinar a los daños y menoscabos de la edad grave y anciana, y por eso no dijo a la medida del cuerpo o a la medida de la estatura, sino a la medida de la edad plena de Cristo.

CAPITULO XVI

Cómo se debe entender el hacerse conformes los santos a la imagen del Hijo de Dios Lo que también dice el Apóstol, «que los predestinados se hacen conformes la imágen del Hijo de Dios», puede también entenderse según el hombre interior. Por ello nos dice en otro lugar: «No queráis conformaros con este siglo, sino reformaos conforme a la novedad de vuestro espíritu» Reformándonos para no conformarnos con este siglo, nos conformamos con e Hijo de Dios. Puede, pues, entenderse que así como el Señor se conformó con nosotros, en la mortalidad, así nosotros nos hagamos conformes a su Majestad Divina en la inmortalidad, lo cual sin duda, pertenece igualmente la misma resurrección de los cuerpos. Pero si en estas palabras no advierte la forma en que han de resucitar lo cuerpos, así como la medida de que habla el Apóstol no debe entenderse de la cantidad, sino de la edad, tampoco estas palabras deben atribuirse a la estatura. Todos, pues, resucitarán tamaños en

el cuerpo como fueron o habían de ser en la edad de la mocedad, aunque nada importará que sea la forma del cuerpo de niño o de anciano, en donde no ha de haber ni quedar flaqueza o imperfección alguna, ni del alma ni del mismo cuerpo. De suerte que cuando alguno quiera porfiar que todos han de resucitar en aquel modo y proporción de cuerpo en que murieron, no hay para qué quebrarse la cabeza en contradecirle.

CAPITULO XVII

Si los cuerpos de las mujeres muertas han de resucitar en su sexo y permanecer así Algunos (por lo que dice San Pablo: «Hasta que nos juntemos todos en un mismo estado de varón perfecto, a la medida de la edad plena y perfecta de Cristo, y nos hagamos conformes a la imagen de Dios») no creen que las mujeres han de resucitar en su propio sexo, sino dicen que todas resucitarán en el de varón, porque Dios hizo solamente al hombre de barro y a la mujer del varón. En mi sentir, mejor lo entienden los que no dudan que ambos sexos han de resucitar, porque no habrá allí apetito malo, que es la causa de la confusión, pues primero que pecaran desnudos estaban, y, sin embargo, no se ruborizaron el hombre y la mujer. Así, pues, a los cuerpos se les quitarán los vicios y defectos, y se les conservará la naturaleza.

El sexo de mujer no es vicio, sino naturaleza, la cual, aunque entonces no se juntará con el varón, sin embargo, tendrá los miembros correspondientes a su sexo, no acomodados al uso ya pasado, sino al nuevo decoro y hermosura con que no se atreverá la concupiscencia de los que la vieren, porque no la habrá, sino que se alabará la divina sabiduría y clemencia que hizo también lo que no era, y lo que hizo lo libertó de la corrupción. Pues al principio de la creación del humano linaje, cuando de la costilla que extrajo Dios del costado del varón que estaba durmiendo formó la mujer, convenía ya entonces con este maravilloso prodigio profetizar a Cristo y a la Iglesia, en atención a que aquel sueño del hombre era el símbolo de la muerte de Cristo, cuyo costado, estando difunto suspenso en la cruz, fue abierto con la lanza, saliendo de la herida sangre y agua, que sabemos son los Sacramentos sobre los que se edifica la Iglesia.

De esta expresión usó también la Escritura, pues no dijo formó, fingió sino «edificó la costilla en mujer». Por ello el Apóstol a lo que es la Iglesia llama edificación del cuerpo de Cristo. La mujer es, pues, criatura y hechura de Dios como el hombre; pero en haberse formado del hombre se nos encomendó la unidad; el hacerla de aquella manera fue figura, como he dicho de Cristo y de la Iglesia, y el que crió ambos sexos, ambos lo restituirá. Finalmente, el mismo Señor Cristo Jesús, preguntado por los saduceos que negaban la resurrección, de cuál de siete hermanos sería la mujer que todos ellos habían sucesivamente tenido por esposa, procurando cada uno conforme a la ley, resucitar la descendencia del hermano, les dijo: «Andais errados, no entendiendo las Escrituras ni la virtud de Dios.» Y en lugar de decir, aprovechando la ocasión: esta mujer que me preguntáis será hombre y no mujer, no lo dijo, sino que «en la resurrección, ni las mujeres ni lo hombres se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo» Iguales a los ángeles, sin duda, en la inmortalidad y bienaventuranza, no en la carne, ni tampoco en la resurrección, de que no tuvieron necesidad lo ángeles, porque no pudieron morir. Así que dijo el Señor que no había de haber casamientos en la resurrección, mas no que no había de haber mujeres, lo dijo donde se trataba de una cuestión que más presto y fácilmente la resolviera negando el

sexo de la mujer, entendiera que éste no le había de haber allá: antes confirmó que le había de haber, diciendo: ni las mujeres se casarán ni los hombres; habrá, pues mujeres y hombres, que en la tierra se suelen casar, pero en el cielo no lo harán.

CAPITULO XVIII

Del varón perfecto, esto es, de Cristo y de su cuerpo: es decir, de la iglesia que es su plenitud Respecto a lo que dice el Apóstol que todos nos hemos de juntar en estado de varón perfecto, importa reflexionar las circunstancias de todo el pasaje, donde se expresa así: «El que descendió es el mismo que el que subió sobre todos los cielos para el cumplimiento de todas las promesas. El mismo designó a unos por apóstoles, a otros por profetas, a otros por evange- listas, a otros por doctores para la consumación y perfección de los santos, a fin de que trabajen en el ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que nos juntemos todos en una misma fe y conocimiento del Hijo de Dios en estado de varón perfecto, a la medida de la edad plena y perfecta según Cristo, de manera que no seamos ya más como niños fluctuantes, dejándonos llevar del viento de cualquiera doctrina inventada por el engaño de los hombres y por la astucia para hacernos errar, sino que, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayamos creciendo en aquel que es nuestra cabeza, Cristo, y en quien todo el cuerpo, trabado y conexo entre si recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección, mediante la caridad.»

Ved aquí quien es el varón perfecto, la cabeza y el cuerpo que consta de todos sus miembros, los cuales a su tiempo vendrán a tener su cumplimiento, aunque cada día se le van juntando al mismo cuerpo, mientras se edifica la Iglesia, de quien San Pablo dice: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros.» Y en otra parte; «Por el cuerpo de Cristo, que, es la Iglesia.» Y, asimismo en otro lugar: «Aunque muchos somos un pan y hacemos un cuerpo» Y de la edificación de este cuerpo dice igualmente aquí: «Para la consumación y perfección de los santos, para que trabajen en el ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo.» Y después prosigue lo que tenemos entre manos: «Hasta que nos juntemos todos en una misma fe y conocimiento del Hijo de Dios en estado de varón perfecto, a la medida y tamaño de la edad plena y perfecta de Cristo», etcétera; hasta que pasa a manifestarnos de qué cuerpo hemos de entender esta medida, diciendo: «Vayamos creciendo en Aquel que es nuestra cabeza, Cristo, y en quien todo el cuerpo trabado y conexo entre sí recibe por todos los vasos y conductos de comunicación según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección, mediante la caridad.»

Así, pues, como hay medida y tamaño de cada parte respectiva, así la hay de todo el cuerpo, que consta de todas sus partes, y, sin duda, medida plena y perfecta, de la cual dice aquí, a la medida de la edad plena y perfecta de Cristo, de cuya plenitud habló también allá donde dice de Cristo: «Y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia, la cual es su cuerpo, y la plenitud de aquel que lo llena todo en todo.» Pero si este texto lo hubiésemos de referir a la forma de la resurrección en que cada uno se ha de hallar, ¿quién impide que donde nombra el varón podamos entender también la mujer, como en el otro pasaje donde dice:

«Bienaventurado es el varón que teme, al Señor», sin duda están com- prendidas también las mujeres que temen al Señor?

CAPITULO XIX

Que no debe haber en la resurrección vicio alguno en el cuerpo que en esta vida del hombre fuere contrario al decoro y hermosura, y que allá, sin alterar ni mudar la sustancia natural, concurrirán en una hermosura la calidad y cantidad ¿Para qué he de dar congrua satisfacción a la objeción relativa a los cabellos y a las uñas? Porque entendido una vez que de tal manera no parecerá parte alguna del cuerpo que no haya deformidad en él, asimismo se comprenderá que los miembros que habían de representar cierta deforme fealdad se han de unir a la masa y no a los lugares donde pueda recibir fealdad la forma de los miembros. Como si hiciésemos un vaso de barro, y vuelto a deshacer y reducido a la misma materia de barro, se volviese a formar de nuevo, no sería necesario que la parte de barro que estuvo en las asas o la que estuvo en el fondo vuelva nuevamente a formar el mismo fondo, con tal que el todo volviese al todo; esto es, que todo aquel barro, sin perderse parte alguna, volviese a todo el vaso; por lo cual, si los cabellos tantas veces cortados, o las uñas cortadas, vuelven a sus propios lugares, no volverán con deformidad, pero tampoco se le perderán al que resucitare, porque con la mutabilidad de la materia se convertirán en la misma carne, para que tengan allí cualquier lugar del cuerpo, guardando la congruencia dc las partes. Aunque lo dice el Señor: «Que no perecerá un cabello de vuestra cabeza», se puede entender con más propiedad, no del largo de los cabellos, sino del número. Por eso dice en otra parte: «Están contados todos los cabellos de vuestra cabeza» No digo esto porque se presuma que se le ha de perder parte alguna a ningún cuerpo de lo que naturalmente tenía, sino lo que le nació deforme y feo (no por otro motivo sino para manifestaros cuán penosa sea la actual condición de los mortales) ha de volver a ser de manera que quede la integridad de la sustancia y perezca la fealdad. Porque si entre los hombres un artífice puede a una estatua que sacó fea por un accidente imprevisto fundirla y volverla a hacer muy hermosa, de suerte que en ella no se pierda cosa alguna de la substancia, solo sí la fealdad; y si en la primera figura había alguna parte indecente y no correspondía a la igualdad de los demás, puede no cortarlo y separarlo del todo de la materia de la cual lo había construido, sino esparcirlo y mezclarlo todo de manera que ni cause fealdad ni disminuya la cantidad, ¿qué debemos imaginar del artífice que es Todopoderoso? ¿No podrá acaso destruir todas las fealdades de los cuerpos humanos, no sólo las ordinarias, sino también las que fueren raras y monstruosas, que son propias de esta vida miserable, y muy ajenas de la futura bienaventuranza de los santos, de forma que cualesquiera que sean las superfluidades de la substancia corporal (en efecto, superfluidades, aunque naturales, pero indecentes y horribles), se quiten sin ningún menoscabo y disminución de la substancia? Así no tienen que temer los que fueron de complexión flaca o gruesa ser allá lo que, si pudieran, no quisieran haber sido tampoco acá. Porque toda a hermosura del cuerpo resulta de la congruencia y simetría de las partes ordenadas con cierta suavidad de color; donde no hay conformidad de pares suele ofender alguna cosa, o porque es pequeña o porque es demasiada.

Y si no habrá deformidad alguna que produce la incongruencia de las partes, pues lo que estuviere mal se corregirá, lo que fuere menos de lo que conviniere al decoro lo suplirá el

Criador con su infinita sabiduría, y lo que fue más de lo que conviene lo quitará, conservando la integridad de la materia, ¿Y cuán grande será la suavidad del color «donde los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre»? Cuyo resplandor debemos creer que cuando resucitó Cristo antes se les encubrió a los ojos de sus discípulos, que imaginar que le faltó a su glorioso cuerpo, porque no pudiera sufrirle la debilidad de la vista humana, y debía dejarse ver de los suyos en la forma que le pudiesen conocer.

Con este fin fue también el patentizarles las cicatrices de sus sacratísima llagas a los que le palpaban y tocaban, y el comer y beber, no porque tenía necesidad del alimento, sino porqué tenía amplia potestad para poderlo hacer. No se ve un objeto, aunque esté presente, por los que ven otros que asimismo están presentes, como decimos que estuvo aquel resplandor y claridad, sin que la viesen los que veían otras cosas, lo cual en griego se llama aorasia, y no pudiéndolo decir en latín nuestros intérpretes, tradujeron en el Génesis por ceguera. Esto fue lo que les dio a los de Sodoma cuando buscaban la puerta del santo varón Lot y no la podían hallar, la cual, si fuera ceguera, por la que nada puede verse, buscaran; no la puerta por dónde entrar, sino quien los encaminara y dirigiera a ella. No sé cómo nos aficionamos de tal suerte a los bienaventurados mártires, que deseamos ver en aquel reino en sus cuerpos las cicatrices de las heridas que sufrieron por el nombre de Cristo, y acaso las veremos, porque en ellos no será deformidad, sino dignidad y resplandecerá una cierta hermosura, aunque en el Cuerpo, no del cuerpo, sino de virtud. Y no porque a los mártires les hayan cortado algunos miembros han de estar sin ellos en la resurrección de los muertos, puesto que les dijo Dios: «No se os perderá un cabello de vuestra cabeza», sino que si fuera decente que en aquel nuevo siglo se vean en la carne inmortal las señales de las gloriosas llagas en la parte donde los miembros fueron heridos, lacerados o estropeados, allí se verán las cicatrices, no con la pérdida pasada, sino con la restitución de los mismos miembros. Así que, aunque entonces no haya vestigio de las imperfecciones y vicios que adquirieron los cuerpos, con todo, no deben llamarse ni tener por vicios las señales de la virtud.

CAPITULO XX

Que en la resurrección de los muertos la naturaleza de los cuerpos, como quiera que estén deshechos, será renovara del todo y en todas sus partes Es un absurdo y desatino pensar que no pueda la omnipotencia del Criador, para resucitar los cuerpos y volverlos a la vida, revocar todo aquello que consumió, o la bestia o el fuego, o lo que deshizo en polvo o en ceniza, o se resolvió en agua, o se exhaló en aire. Absurdo es y disparate que haya seno o secreto en la naturaleza que tenga algún arcano tan escondido a nuestros sentidos, que o se le oculte a la noticia del Criador de todas las cosas o se le escape y exima de su potestad. Queriendo Cicerón, aquel célebre escritor, definir a Dios como pudo, dijo que era un espíritu libre, ajeno de toda mixtión y composición mortal, que lo siente y mueve todo, y tiene movimiento eterno. Esto lo halló y sacó de los libros y doctrinas de los grandes filósofos. Por hablar en el lenguaje de ellos, ¿cómo se le esconde alguna cosa al que todo lo siente, o cómo se le escapa irrevocablemente a que todo lo mueve? Por lo cual nos conviene ya resolver aquella cuestión, que parece la más dificultosa de todas, donde se pregunta: cuando acontece que la carne del hombre muerto se convierte en la carne de otro hombre vivo, que la ha comido. ¿a cuál de los dos se le ha de restituir en la resurrección de

la carne? Porque sí uno, estando muerto de hambre, forzado comiese de los cuerpos muertos de los otros hombres, cuya desventura, que ha acontecido en algunas ocasiones, no sólo nos lo dicen las historias, sino que la infeliz experiencia de nuestros tiempos nos lo enseña, ¿acaso habrá alguno que con razón y verdad pretenda que todo aquello se eliminó de nuevo, y que nada de ello se mudó y convirtió en su carne, pues la misma flaqueza que hubo y ya no la hay, bastantemente nos manifiesta los vicios y daños que se suplieron con aquellos alimentos? Poco antes propuse algunas particularidades, que pueden y deben valer para resolver esta dificultad. Porque todo lo que consumió de las carnes el hambre, sin duda se convirtió en aire, y ya dijimos que Dios Todopoderoso puede restablecer lo que se disipa.

Se restituirá al hombre aquella carne en quien primero comenzó a ser carne humana, pues respecto del otro, se debe tener como tomada de prestado, y como deuda se le ha de restituir a la parte de donde se tomó. La carne que el hambre despojó la restituirá el que puede restablecer lo que se exhaló. Aun en el caso de que se hubiera deshecho y pereciera del todo y no hubiera quedado materia alguna suya en ningún rincón de la naturaleza, de dondequiera que quisiere podrá sacarla y restablecerla el Señor Todopoderoso. Mas por lo que dijo la misma Verdad: «que un cabello de vuestra cabeza no se perderla», es desatino que pensemos que, supuesto que no puede perderse un cabello de la cabeza, se puedan perder tantas carnes como comió y consumió el hambre.

Consideradas y expuestas todas estas razones, según lo exigen nuestras débiles fuerzas intelectuales, se deduce expresamente esta conclusión: que en la resurrección de la carne que ha de haber para siempre, la grandeza de los cuerpos tendrá aquella medida y tamaño que tenía la razón naturalmente impresa en el cuerpo de cada uno para perfeccionar la juventud; o la que tenía cuando estaba ya perfecta, guardando también en la forma y disposición de todos los miembros su conveniente proporción y decoro. Y para que se conserve este decoro cuando se quitare algo a alguna grandeza indecente que hubiere en otra parte, y se esparciere o repartiere por todo, para que ni aquello se pierda y en todo se conserve la congruencia y conveniencia de las partes, no es absurdo creer que allí se puede también añadir algún tanto a la estatura del cuerpo pues se distribuye a todas partes, a fin de que guarden en su decoro y hermosura aquello que si estuviera disformemente en una, no sería decente. Y si porfiaren todavía que resucitará cada uno en la misma estatura de cuerpo en que murió, no hay para qué obstinadamente nos opongamos, con tal que no haya deformidad alguna, ninguna flaqueza, ninguna tardanza, pereza, flojedad ni corrupción, sin que haya cosa que desdiga y no convenga a aquel reino donde los hijos de la resurrección y promisión serán iguales a los ángeles de Dios, cuando no en el cuerpo y en la edad, por lo menos en la felicidad y bienaventuranza.

CAPITULO XXI

De la novedad del cuerpo espiritual, en que se mudará la carne de los santos También se les ha de restituir todo lo que se les hubiere perdido, así a los cuerpos vivos como a los muertos, y juntamente con ello lo que quedó en las sepulturas; y mudando el cuerpo viejo animal en cuerpo nuevo espiritual, resucitarán vestidos de incorrupción e inmortalidad. Si en algún caso grave o por la crueldad de los enemigos todo el cuerpo se hubiera re- suelto

en polvo, esparciéndolo por el aire o por el agua, sin dejar en ninguna parte, en cuanto fuera posible, rastro de él, con todo, por ningún motivo le podrán sacar fuera de la jurisdicción del Criador omnipotente, sino que ni un solo cabello de su cabeza se perderá.

Así pues, la carne espiritual estará sujeta al espíritu, siendo, aunque carne, no espíritu, así como el mismo espíritu carnal estuvo sujeto a la carne, siendo, aunque espíritu, no carne. Por que no según la carne, sino según el espíritu, eran carnales aquellos a quienes decía el Apóstol: «No he podido hablaros como a espirituales, sino como a carnales.» En esta vida el hombre se llama espiritual, aun cuando todavía está en el cuerpo carnal, y halla en sus miembros otra ley repugnante y contraria a la ley de su espíritu; así será igualmente en el cuerpo espiritual cuando la misma carne resucitare, de manera que se haga lo que dice la Escritura: «Que se sembrará el cuerpo animal y nacerá el cuerpo espiritual.» Y cuál y cuán grande sea la gracia del cuerpo espiritual, porque aún no lo hemos visto por experiencia, recelo no se tenga por temerario todo lo que de ella se dice. Con todo, porque no es razón omitir el gozo de nuestra esperanza, por lo que redunda en gloria de Dios y de lo íntimo del corazón, ardiendo en amor santo, dijo el real Profeta: «Enamorado estoy, Señor, de la hermosura de vuestra casa», por los dones y gracias que distribuye en esta vida miserable a los buenos y a los malos, vamos conjeturando con sus divinos auxilios, según podemos, cuán grande y apreciable sea aquel don y gracia, del cual, no habiéndole aun experimentado, no podemos dignamente hablar. Porque paso en silencío cuando Dios hizo al hombre recto; dejó aquella vida feliz y bien aventurada que pasaron aquellos dos primeros casados en la amenidad, fecundidad y delicias del Paraíso, siendo tan breve, que no pudo llegar a noticia de sus hijos; aun en esta que nosotros conocemos, en que todavía vivimos, cuyas tentaciones, o, por mejor decir, en ésta, que es toda tentación, y por más que aprovechemos, no dejamos de padecer, ¿quién será bastante a explicar las señales y demostraciones que experimentamos de la bondad de Dios para con el linaje humano?

CAPITULO XXII

De las miserias y penalidades a que está sujeto el hombre por causa de la primera culpa, y cómo ninguno se libra de ellas sino por la gracia de Cristo Que todo el linaje de los mortales fue condenado por la primera culpa, lo testifica esta misma vida, si debe llamarse vida; la que está llena de tantos y tan molestos trabajos. Porque ¿qué otra cosa nos manifiesta la horrible profundidad de la ignorancia, de donde resulta todo el error que acoge y recoge a todos los hijos de Adán en tenebroso, seno, de donde el hombre no puede salir y librarse sin penalidad, dolor y temor? ¿Qué otra cosa nos demuestra el mismo amor y deseo de tantos objetos varios y perjudiciales, y los daños que de ellos dimanan; los cuidados penosos, las turbaciones, tristezas, miedos; los desordenados contentos, las discordias, debates, guerras, asechanzas, enojos, enemistades, engaños, lisonjas, cautelas, robos, traiciones, soberbias, ambiciones, envidias, homicidios, parricidios, crueldades, fierezas, bellaquerías, disoluciones, travesuras, desvergüenzas, deshonestidades, fornicaciones, adulterios, incestos y tantos estupros y torpezas contra el natural decoro de ambos sexos, que aún es acción reprensible el referirlas; sacrilegios, herejías, blasfemias, perjurios, opresiones de inocentes, calumnias, engaños, prevaricaciones, falsos testimonios, injusticias, violencias, latrocinios y todo lo que de semejantes males no me ocurre ahora a la memoria, y, sin embargo, no faltan en esta vida de los hombres? Y aunque estas

maldades son propias y características de los hombres malos, no obstante, proceden de aquella raíz del error y del perverso amor y deseo con que nacen todos los hijos de Adán.

¿Y quién hay que no sepa con cuánta ignorancia de la verdad, que en los niños se advierte, y con cuánta redundancia de vana codicia, que en los muchachos comienza ya a pulular y descubrirse, entra el hombre en esta vida, de manera que si le dejan vivir como quiere y hacer todo lo que se ofrece a su capricho, viene a caer en estos vicios y excesos, en todos o en muchos de los que he nombrado y en otros que no he podido exponer? Pero como la Providencia divina no desampara del todo a los condenados, y Dios no detiene en su ira sus misericordias, en los mismos sentidos de los hombres están velando la ley y la instrucción contra estas tinieblas en que nacemos, y se oponen a sus ímpetus, aunque ellas también están llenas de trabajos y dolores. Porque, ¿de qué sirven tantos miedos fantásticos y de tan raras especies que se aplican para refrenar las vanidades y afectos de los muchachos? ¿De qué los ayos, los maestros, las palmetas, las correas, las varillas? ¿De qué aquella disciplina, con que dice la Sagrada Escritura que se deben sacudir los costados del hijo querido, porque no se haga indómito, y estando duro, agreste e inflexible, con dificultad pueda ser domado o quizá no pueda? ¿Qué se pretende con todos estos rigores sino conquistar y destruir la ignorancia, refrenar los malos deseos y apetitos, que son los males con que, nacimos al mundo? Porque ¿qué quiere decir que con el trabajo nos acordamos y sin el trabajo olvidamos con trabajo aprendemos y sin trabajo ignoramos, con trabajo somos diligentes y sin trabajo flojos? ¿Acaso no se ve en esto adonde, con su propia gravedad, se inclina la naturaleza viciosa y corrompida y de cuántos auxilios tiene necesidad para librarse de ello?

El ocio, flojedad, pereza, indolencia y negligencia, vicios son, en efecto, con que se huye del trabajo, que aun siendo útil es penoso. Fuera de las molestias y penas que padecen los muchachos, sin las cuales no se puede aprender lo que los mayores quieren, los cuales apenas quieren cosa útil ¿quién explicará con palabras y quién podrá comprender con el pensamiento cuántas y cuán graves son las penas que ejercitan y acosan al hombre, las que no pertenecen a la malicia y perversidad de los malos, sino a la condición y miseria común de todos? ¿Cuán grande es el miedo, cuán grande la calamidad que proviene de las orfandades y duelos, de los daños y condenaciones, de los engaños, embustes y mentiras de los hombres, de las falsas sospechas, de todas las violencias, crímenes y fuerzas, ajenas, pues de ellas muchas veces proceden la pérdidas de bienes, los cautiverios, la prisiones, las cárceles, los destierros los tormentos, las laceraciones de miembros y privación de los sentidos, hasta la opresión del cuerpo para saciar el torpe apetito del opresor, y otras muchas acciones horribles? ¿Qué diré de infinitos casos y accidentes que se teme no sucedan exteriormente al cuerpo, de fríos, calores, tempestades, lluvias, avenidas, relámpagos, truenos, granizo, rayos, terremotos, aberturas de tierras, opresiones de ruinas, de los tropiezos, espantos, o también de la malicia de las caballerías; de tantos tósigos y venenos de plantas, aguas, aires, bestias y fieras; de las mordeduras, o sólo molestas o también mortíferas; de la hidrofobia que dimana de la mordedura del perro rabioso, de manera que a veces de una bestia que es apacible y leal a su dueño nos guardamos con más rigor que de los leones y dragones, porque al hombre que acierta a morder le hace con el pestilencial contagió rabioso, de suerte que viene a ser temido de sus padres esposa e hijos más que cualquiera bestia? ¿Qué de infortunios padecen los navegantes? ¿Y cuáles los que caminan por tierra? ¿Quién hay que camine que no esté sujeto a mil desastres impensados?

Vuelve uno de la plaza a su casa, cae en tierra, teniendo sanos los pies; se quiebra un pie, y de aquella herida pierde la vida.

El sacerdote Heli cayó de la silla en que estaba sentado y murió. Los labradores, o, por mejor decir, generalmente todos los hombres, ¿cuántos fracasos y accidentes no temen que sucedan a los sembrados y frutos del campo, ocasionados por las malignas influencias del cielo, de la tierra y de los animales perniciosos? Y aunque estén ya asegurados de la cosecha del grano que tienen recogido y encerrado en las trojes, sin embargo, a algunos, como los hemos visto, la repentina avenida de un río, huyendo los hombres de su furia, les ha llevado sus graneros con grande porción de trigo. Contra las diversas clases de guerra que nos hacen los demonios, ¿quién puede estar confiado en su inocencia?; pues para que ninguno lo esté, en algunas ocasiones molestan a los niños bautizados, rió habiendo objeto más inocente que ellos permitiendo así Dios que se vea la miserable calamidad de esta vida y lo que debe desearse la felicidad de la futura.

En el mismo cuerpo humano hay molestias nacidas de enfermedades que aún no se conocen ni están escritas ni explicadas todas en los libros de los médicos. Y en los más de ellos, los más selectos específicos, auxilios y medicamentos que se hallan, son tormentos inventados para libertar al hombre del riesgo de los dolores con penosa medicina. ¿Acaso el hombre no ha reducido a los hombres a que no hayan podido abstenerse de las carnes de los hombres, y que se hayan comido, no a hombres que los hallaron muertos, sino habiéndolos ellos mismos muerto con este intento por su propia mano; no a cualesquiera extraños, sino con inhumanidad increíble que causaba el hambre rabiosa que se experimentaba, las madres a sus hijos? Y, finalmente; el mismo sueño, que propiamente tomó el nombre de reposó y quietud, ¿quién será bastante a declarar cuán inquieto y desasosegado está muchas veces con los objetos que se representan en sueños, y con cuán terribles miedos y espantos de cosas falsas, representadas tan al vivo que no las podemos distinguir de las verdaderas, perturbe e inquieta el miserable espíritu y los sentidos, con cuya ilusión y falsedad de visiones más maravillosamente son fatigados y acosados, aun velando ciertos enfermos y hechizados? Los malignos demonios a veces engañan también a los pobres sanos con la innumerable variedad de sus embelecos, y aunque con tales visiones no los muden y reduzcan a su parcialidad, los engañan y alucinan los sentidos solo por el deseo que tienen de persuadirles la falsedad.

Del infierno de esta vida miserable ninguno nos puede librar, sino la gracia del Salvador, Cristo, Dios y Señor nuestro; porque esto significa el nombre del mismo Jesús que quiere decir Salvador, especialmente para que después de esta vida no vayamos a la miserable y eterna, no vida, sino muerte. Pues en esta; aunque tengamos grandes consuelos de medicinas y remedios por medio de cosas santas y de los santos, con todo, no siempre se conceden estos beneficios a los que los suplican, porque no se pretenda y busque por causa de ellos la religión, la cual se debe buscar más para la otra vida, donde no habrá género de mal. Y para este efecto, particularmente a los más escogidos y mejores, ayuda la gracia en esos males, para que los toleren y sufran con corazón tanto más valeroso y fuerte, cuanto más fiel; para lo cual los sabios de este siglo dicen también aprovecha la filosofía; y la verdadera, como dice Tulio, los dioses la concedieron a muy pocos. Ni a los hombres, añade, dieron o pudieron dar don o dádiva mayor; en tanto grado, que aun los mismos contra quienes disputamos son impelidos a confesar que es necesaria la divina gracia para

.conseguir, no cualquiera filosofía, sino la verdadera. Y si a pocos ha concedido Dios el único socorro de la verdadera filosofía contra las miserias de esta vida, también de esta doctrina se deduce cómo el linaje humano está condenado a pagar las penas de las miserias. Y así como no hay (como lo confiesan) don divino ninguno mayor que éste, así se debe creer que no le da otro Dios, Sin aquel que aun los mismos que adora muchos dioses, confiesan ser el mayor de todos.

CAPITULO XXIII

De las cosas que, fuera de los males y trabajos que son comunes a los buenos y a los malos, especialmente padecen los justos Fuera de los males de esta vida mortal, comunes a los buenos y a los malos, tienen también en ella los justos sus molestias propias con que contrastan los vicios, y pasan su vida en las tentaciones y peligros de semejantes batallas. Pues unas veces más y otras menos, nunca deja la carne de desear contra el espíritu y el espíritu contra la carne, para que no ejecutemos lo que queremos, dando fin y consumiendo toda mala concupiscencia sino para que no consintiendo con ella, la sujetemos cuanto pudiéremos, con el favor de Dios, viviendo en continua vela, a fin de que no nos engañe la opinión aparente; para que no nos alucine, razón astuta, para que no nos cieguen las tinieblas de algún error, para que no creamos que lo que es bueno es, malo, o lo que es malo es bueno para que el temor no nos aparte de lo que debemos practicar; para que no se ponga el sol, durándonos el rencor y enojo; para que los odios no, nos conviden a devolver mal por mal; para que no nos sofoque alguna singular y extraordinaria tristeza; para que la ingratitud no nos haga flojos y tardos en hacer bien; para que la conciencia sana no se turbe y congoje por las detractaciones y murmuraciones; para que la sospecha temeraria que tuviéramos de otro no nos engañe; para que la falsa que otros tienen de nosotros no nos quebrante y desmaye; para que no reine pecado en nuestro cuerpo mortal condescendiendo a sus deseos; para que nuestros miembros no sirvan al pecado de armas e instrumentos para hacer mal; para que el ojo no vaya tras lo que desea el apetito; para que no nos rinda el deseo de venganza; para que no se detenga la vista o el pensamiento en lo que nos deleita con daño; para que no oigamos gustosamente palabras malas o indecentes; para que dejemos de hacer lo que no es licito, aunque nos convide el sentido del gusto; para que en esta guerra tan cercada de trabajos y peligros no confiemos en nuestras fuerzas la victoria que estuviere por alcanzar, o la ya conseguida la atribuyamos a nuestras fuerzas, sino a la gracia de Aquel de quien, dice el Apóstol: «Gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo.»

El cual asimismo dice en otro lugar: «De todos, estos riesgos salimos vencedores con grandes ventajas por Aquel que tanto nos amó.» Debemos tener por cierto que con cualquiera virtud o destreza que peleemos venzamos y sojuzguemos, mientras estuviéremos en este cuerpo, no nos puede faltar motivo para decir a Dios: «Perdónanos nuestras deudas» Pero en aquel reino donde estaremos siempre con los cuerpos inmortales, ni tendremos guerras que ganar ni deudas que pagar, las cuales jamás las hubiera si nuestra naturaleza preservara y se conservara en la rectitud con que Dios la creó. Y por eso esta nuestra batalla , donde corremos riesgo y peligro y de que deseamos salir libres con una última y final

victoria, pertenece también a los males y trabajos de esta vida, la cual hemos probado bien claro haber sido condenada por testimonios de tantos y tan grandes males y trabajos.

CAPITULO XXIV

De los bienes de que el Criador llenó también esta vida sujeta a la condenación Pero consideremos ahora esta misma miseria del linaje humano (la cual redunda en alabanza de la justicia del Señor que la castiga) de cuán grande y cuán innumerables bienes la llenó la bondad de aquel mismo que gobierna con su prudencia divina todo lo que crió. Lo primero, aquella bendición que le echó antes de pecar, diciendo «creced, multiplicaos y llenad la tierra», no la quiso revocar después del pecado, y así quedó y perseveró en la generación y descendencia condenada al don de la fecundidad concedida; aquella admirable virtud de las semillas, o, por mejor decir, aquella más admirable con que se crían las misma semillas, impresa en los cuerpos humanos, y en cierto modo engastada y entretejida, no nos la quitó el vicio de pecado, el cual pudo imponernos la necesidad de morir, sino que lo uno y lo otro corre juntamente con este casi inagotable río del linaje humano; así el mal que heredamos de nuestro padre, como el bien de que el Criador nos hizo merced.

En el mal original hay dos cosas: el pecado y el castigo. En el bien original hay otras dos: la propagación y conformación. Pero en lo tocante a los males, que es de lo que al presente tratamos, el uno de los cuales nos provino de nuestro atrevimiento, esto es, el pecado, y el otro es justo juicio de Dios, esto es, el castigo, ya hemos dicho lo suficiente. Ahora pretendo hablar de los bienes que Dios: hizo, y no deja de hacer todavía a la misma naturaleza, aún corrompida y condenada; porque cuando la condenó no la quitó todo lo que la había dado, pues de otra suerte totalmente dejara de ser y existir, ni la apartó de su jurisdicción y potestad, aun cuando la sujetó penalmente al demonio, puesto que ni aun al mismo demonio le eximió de la jurisdicción de su dominio, pues el que subsista la naturaleza del mismo demonio lo hace Aquel que tiene ser sumamente infinito y da ser a todo lo que en algún modo tiene ser. De aquellos dos bienes que dijimos dimanaban como de una caudalosa fuente de su bondad inaccesible, y se comunicaban aún a la naturaleza corrompida con el pecado y condenada con el castigo, le dio la facultad de propagarse cuando la bendijo entre las primeras obras del mundo, de cuya creación descansó al séptimo día. Pero la conformación anda con aquella su obra con que todavía obra. Porque si privase a las cosas criadas de su potencia operativa, ni podrían pasar adelante ni con sus ciertos y tasados movimientos haría los tiempos, ni podrían permanecer en lo que fueron criadas.

Crió Dios al hombre de manera que puso en él fecundidad para propagar otros hombres, coengendrando asimismo en ellos, no la necesidad, sino la posibilidad de recrear; y aunque ésta se la quitó a los que quiso, y, por consiguiente, quedaron esterilizados, con todo, no despojó generalmente al linaje humano de aquella bendición de engendrar una vez concedida a los dos primeros casados. Esta propagación, aunque el pecado no se la quitó al hombre, tampoco es cual sería si ninguno hubiera pecado, pues el hombre, que se vio honrado y engrandecido, después que pecó «se hizo semejante a las bestias», y engendra como ellas, aunque no se extinguió del todo en él una como centella de razón con que fue criado a semejanza de Dios. Y si a esta propagación no se le aplicase la conformación,

tampoco ella se multiplicaría en las formas y modos de su especie. Pues aun cuando no se hubiesen juntado los hombres para la generación, y, no obstante, quisiera Dios llenar la tierra de hombres, así como crió uno sin tener necesidad de la unión del hombre y de la mujer, así también pudiera criarlos a todos; y los que se juntan, si el Señor no crea, ellos no engendran.

Así como dice el Apóstol de la institución espiritual con que el hombre se forma en la piedad y justicia, que «ni el que planta es alguna cosa, ni el que riega, sino el que le da virtud para que crezca, que es Dios», así también puede decirse aquí: ni el que se junta con la mujer, ni el que siembra es alguna cosa; sino el que le da la forma y el ser que es Dios; ni la madre que trae la criatura en el vientre y le sustenta, es alguna cosa, sino el que le da incremento, que es Dios. Pues el Señor, con aquella operación «con que todavía obra» hace que las semillas desplieguen sus números y tomen su perfección, y de ciertos envoltorios secretos e invisibles se desenvuelvan en las formas visibles de tanta hermosura, como vemos; y él mismo, uniendo con admirable modo la naturaleza incorpórea con la corpórea, señora aquella y ésta sujeta, hace al animal. Y esta obra de sus manos es tan grande y tan estupenda, que no sólo al que la considerase en el hombre, que es animal racional y por eso el más excelente y aventajado de todos los animales de la tierra, sino en el más diminuto mosquito del mundo, le causará estupor y le hará dar mil alabanzas y bendiciones a su Criador.

Así que Él mismo concedió al alma del hombre entendimiento; en la cual la razón e inteligencia, en los niños, está en cierto modo adormecida, como si no la hubiera, para que la despierten y ejerciten cuando llegue la edad en que viene a ser capaz de las ciencias y doctrina y hábil e idónea para entender la verdad y aficionarse a le bueno, con cuya capacidad aprenda la sabiduría y alcance las virtudes, con que pelee prudente, fuerte, templada y justamente contra los errores y los demás vicios naturales, y a éstos los venza, no pretendiendo ni deseando otra felicidad que la posesión y visión intuitiva de aquel sumo e inmutable bien. Lo cual, aunque no lo haga la misma capacidad que Dios crió de semejantes bienes en la naturaleza racional, con todo, ¿quién podrá decir como conviene, quién imaginar cuán grande sea el bien, y cuán admirable esta obra estupenda del Omnipotente? Porque además de las ciencias necesarias para vivir bien y llegar a conseguir la felicidad inmortal, a las cuales llamamos virtudes, y se conceden únicamente por la gracia de Dios, que está en Cristo a los hijos de promisión y del reino ¿acaso no son tantas y tan estimable las artes que ha inventado y ejercitado el ingenio humano, parte necesarias parte voluntarias, que la fuerza y natural tan excelente del espíritu y Ia rezón, aun en las cosas superfluas o por mejor decir, en las peligrosas perniciosas que apetece, declara y da testimonio de cuán grandes bienes tenga la naturaleza con que pudo inventa estas artes, aprenderlas y ejercerlas?

A cuán maravillosas y estupendas obras haya llegado la industria humana el materia de vestidos y edificios: cuánto hayan aprovechado y adelantado en la agricultura, cuánto en la navegación, los proyectos que ha inventado y experimentado felizmente en la fábrica y construcción de todo género de vasos, en la hermosa variedad de las estatuas y pinturas; las cosas que ha maquinado para hacer y representar en los teatros, admirables a los que las vieron e increíbles a los que las oyeron; tantas y tan grandes cosas como ha hallado para cazar, matar y domar fieras y bestias agrestes; y contra los mismos hombres, tanta especie

de venenos, armas y máquinas; y para conservar y reparar la salud de los mortales, cuántos medicamentos y auxilios ha descubierto; para el gusto y apetito del paladar, cuántas salsas y excitantes del gusto ha inventado; y para declarar y persuadir sus conceptos y pensamientos, cuán gran multitud y variedad de señales, en las cuales tienen el primer lugar las palabras y las letras; y para deleitar los ánimos, qué de expresiones donosas; graciosas y elocuentes; para suspender el oído, cuánta abundancia de diferentes poemas, qué de órganos e instrumentos músicos, qué de tonos y canciones ha inventado; qué admirables reglas de dimensiones y números, y con cuánta sagacidad ha comprendido los movimientos, orden y curso de los astros; cuán exacta noticia ha alcanzado acerca de las cosas más señaladas del mundo, ¿quién será bastante a referir todo esto, especialmente si quisiésemos no amontonarlo todo en un breve resumen, sino detenernos en cada asunto en particular? Finalmente, en defender los mismos errores y falsedades, ¿cuán sutil ingenio han manifestado los filósofos y herejes? Hablamos ahora de la naturaleza del entendimiento humano con que se ilustra y adorna esta vida mortal, no de la fe y del camino de la verdad con que se adquiere aquella inmortal.

Siendo el autor de esta tan esclarecida naturaleza Dios verdadero y sumo, administrando sabiamente Él mismo todo lo que crió y teniendo en todo suma potestad y suma justicia, sin duda que jamás el hombre cayera en estas miserias, ni de ellas (exceptuados sólo los que se han de salvar) viniera a dar en las penas eternas, si no hubiera pre- cedido un pecado tan execrable y trascendente a la posteridad. Pues aun en el mismo cuerpo, aunque en ser mortal, le tengamos común con las bestias y sea más débil que muchas de ellas, ¿cuán grande hondad de Dios se descubre, cuán grande providencia campea del Sumo Criador? ¿Acaso los lugares propios de los sentidos, y los demás miembros, no están tan ordenados y bien organizados en él; la misma figura y la constitución de todo el cuerpo no está modificada de manera que muestra haberse hecho para el ministerio de un alma racional? Porque no como a los animales irracionales, qué van inclinados á la tierra, crió Dios al hombre, sino que la forma del cuerpo, elevada al cielo, le está diciendo que atienda y procure las cosas celestiales. Pues la maravillosa agilidad de la lengua y de las manos, tan acomodada y conveniente para hablar y escribir y para poner en su punto y perfección las obras de tantas artes y misterios, ¿acaso no nos manifiesta claramente cuán excelente cuerpo vemos acomodado para el ministerio y servicio de un alma tan excelente?

Aun omitidas las necesidades y utilidades de sus obras, es tan armoniosa la congruencia de todas sus partes y tienen entre sí tan bella y tan igual correspondencia, que no sabréis si en su fábrica fue mayor la consideración que se tuvo a la utilidad o a la hermosura. Porque verdaderamente no observamos en este cuerpo cosa criada para la utilidad que no tenga también su hermosura. Y mucho más se nos descubrirá esto, y lo echaremos de ver, si conociéramos los números de las medidas con que toda esta fábrica está entre sí trabada y acomodada, los cuales, quizá, poniendo diligencia en las partes que se dejan ver por de fuera, los podría investigar y conocer la humana industria. Pero en las que están encubiertas y lejos de nuestra vida, como es la grande combinación de las venas, arterias, nervios y entrañas, nadie podrá hallarlos. Pues aunque la diligencia, alguna vez inhumana y cruel, de los médicos que llaman anatómicos ha hecho anatomía de los cuerpos muertos, o también de los que se les han ido muriendo entre las manos, andándolos cortando e inspeccionando menudamente, y en los cuerpos humanos, inhumanamente, han buscado todos los escondrijos y secretos para saber qué, cómo y en qué lugares habían de curar, con todo, los

números de que voy hablando y de que consta la trabazón interior y exterior de todo el cuerpo, como de un órgano, que en griego se dice armonía, ¿para qué tengo de decir que nadie los ha podido hallar, puesto que nadie se ha atrevido a buscarlos? Los cuales, si se pudieran conocer aun en las mismas entrañas, que no ostentan encanto alguno, tanto nos deleitará la hermosura de la razón, que a cualquiera forma aparente, visible y agradable a los ojos se aventajara y antepusiera, a juicio y dictamen de la misma razón que se sirve de los ojos.

Hay algunas cosas en el cuerpo que sólo sirven de ornato, sin tener uso ni utilidad alguna, como en el pecho del hombre los pezones, en el rostro las barbas, que no nos sirven de fortaleza, sino de ornato varonil, como nos lo demuestran las caras tersas y limpias de las mujeres, a las cuales, sin duda, como a más débiles, conviniera mas el fortalecerías. Luego si no hay miembro alguno, a lo menos en éstos que se ven (de que no hay duda), acomodado a algún oficio que no sirva también de algún adorno, y si hay algunas cosas que sólo sirven de ornato y no sirven para destino alguno, pienso que fácilmente se deja entender que en la fábrica del cuerpo prefirió el autor la hermosura a la necesidad. Porque, en efecto, la necesidad te ha de acabar, y llegará el tiempo en que go- cemos uno de otro de sólo la hermosura, sin, ningún género de malicia; la cual, particularmente, lo debemos referir a gloria del Criador, a quien decimos en el Salmo: «que te ha vestido de alabanza y hermosura». Toda la demás belleza y utilidad de las cosas criadas de que la divina liberalidad ha hecho merced al hombre, aunque postrado y condenado a tantos trabajos y miserias, para que la goce y se aproveche de ella, ¿con qué palabras la referiremos? ¿Qué diré de la belleza, tan grande y tan varia, del cielo, de la tierra y del mar; de una abundancia tan grande y de la hermosura tan admirable de la misma luz en el sol, luna y estrellas; de la frescura y espesura de los bosques, de los colores y olores de las flores, de tanta diversidad y multitud de aves tan parleras y pintadas, de la variedad de especies y figuras de tantos y tan grandes animales, entre los cuales los que tienen menor grandeza y cuerpo nos causan mayor admiración? Porque más nos admiran las maravillas que hacen las hormigas y abejas que los disformes cuerpos de las ballenas. ¿Y qué diré del hermoso espectáculo del mar cuando se viste como de librea de diferentes colores, variando su color de muchas maneras, ya de un verde rojo, ya de un verde azul? ¿Con cuánto deleite no le miramos cuando se embravece, y nos causa en ello mayor suavidad siempre que le veamos sin exponernos al combate de las olas? ¿Qué diremos de la abundancia tan copiosa de manjares contra los asaltos del hambre? ¿Qué de la diversidad de los sabores contra el fastidio de la Naturaleza, comunicada del cielo, no buscada en el artificio e industria de los cocineros? ¿Qué de los auxilios y remedios de tanta diversidad de objetos para conservar y alcanzar la salud? ¿Cuán agradable no es la sucesión del día y de la noche y la suave templanza del blando y fresco viento?

En las plantas y animales, ¿cuánta materia y abundancia para adornar y vestir nuestra desnudez? ¿Y quién será bastante a referirlo todo? Esto sólo, que brevemente he como aglomerado, si lo intentase extender y desenvolver, y ponderarlo y examinarlo circunstancialmente, ¿cuánto convendría detenerme en cada ser de por sí, donde se encierra tanta infinidad de virtudes? Y todo esto consuelo es, y alivio de gente miserable y con nada, no premio de los bienaventurados. ¿Qué tales serán aquellos bienes, si éstos son tantos, tales y tan grandes? ¿Qué dará a los que predestinó para la vida el que dio éstos aun a los que predestinó para la muerte? ¿Qué bienes hará que alcancen en aquella vida

bienaventurada aquellos por quienes en esta miseria quiso que su Unigénito padeciese tantos males e infortunios hasta la muerte? Así dice el Apóstol, hablando de los predestinados para aquel reino: «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar también con él todo cuanto hay? ¿Cuáles seremos? ¿Qué bienes recibiremos en aquel reino, pues muriendo Cristo por nosotros hemos recibido ya tal prenda? ¿Cuál será el espíritu del hombre cuando no tenga género de vicio a quien poder estar sujeto, ni a quien poder ceder, ni contra quien, aunque sea con honra y gloria suya, pueda luchar, estando en la perfección de una suma y tranquila virtud? ¿Cuán grande, cuán hermosa cuán cierta ciencia tendrá allí de todas las cosas, sin error ni trabajo alguno donde gustará y verá la sabiduría de Dios en su propio origen con suma felicidad y sin ninguna dificultad? ¿Qué tal será el cuerpo, que estando de todo sujeto al espíritu, y con él su eficientemente vivificado, se verá sin tener necesidad de alimentos? Porque no será animal, sino espiritual, y aunque tendrá substancia de carne, la tendrá sin ninguna corrupción carnal.

CAPITULO XXV

De la pertinacia de algunos en contradecir la resurrección de la carne, que, cómo queda dicho, la cree todo el mundo Pero en lo tocante a los bienes, de que el espíritu gozará después de esta vida, dichoso y bienaventurado no se diferencian de nosotros los filósofos celebrados, que nos contradicen y debaten el punto de la resurrección de la carne. Esto, en cuanto pueden, lo niegan; pero los infinitos que lo han creído dejan muy disminuido el número de los que lo niegan, y vemos que a Cristo, quien en su resurrección hizo demostración de lo que a estos insensatos les parece absurdo, se han convertido con corazón fiel doctos y necios, sabios e ignorantes de este rnundo. Por eso creyó el mundo lo que dijo Dios, el cual también dijo que este punto había de creerlo todo el orbe.

No le compelieron a que lo dijese tanto tiempo antes, con tan singular gloria de los creyentes, los maleficios y hechicerías que dicen de San Pedro, pues Él es aquel Dios (como lo he dicho, ya algunas veces, y no me arrepiento de repetirlo, puesto que lo confiesa Porfirio, y procura probarlo con los oráculos de sus dioses) a quien temen y de quien tienen horror los mismos demonios; a quien elogió dicho filósofo de tal suerte que le llama no sólo Dios Padre, sino también Rey. De ningún modo debemos entender lo que Dios dijo de la manera que quieren aquellos que no han creído lo que anunció que había de creer el mundo. Y pregunto: ¿Por qué no creen como el mundo, y no como unos pocos bachilleres que no han querido creerlo, lo que dijo que había de creer el mundo? Porque si dicen que se debe creer de otra manera, asegurando que es vano lo que dice la Escritura, por no agraviar a aquel Dios a quien dan un tan singular testimonio, el agravio, sin duda, lo hacen aun mayor diciendo que debe entenderse de otra manera, y no como lo creyó el mundo, a quien él mismo alabó porque había de creer, y se lo prometió y cumplió. Y ¿por qué, pregunto, no podrá hacer que resucite la carne y viva para siempre? ¿Acaso creemos que no permitirá esto porque es cosa mala e indigna de Dios? Pero de su omnipotencia, con que obra tantas y tan grandes maravillas increíbles, ya hemos insinuado muchas. Y si buscan alguna que no pueda practicar el Todopoderoso, hay una, yo lo diré, que no puede mentir.

Creamos, pues, lo que puede, y no creamos lo que no puede. Creyendo que no puede mentir, crean que hará lo que prometió que había de hacer. Y créanlo como lo creyó el mundo, de quien dijo que lo había de creer, a quien alabó porque lo había de creer prometiendo qué lo había dé creer, y de quien efectivamente ha manifestado ya que lo ha creído. Que esto sea cosa mala, ¿por dónde lo muestran? Porque allí no ha de haber corrupción, que es el mal del cuerpo del orden de los elementos ya hemos disputado, y de las conjeturas de los hombres bastante hemos hablado. Cuánta facilidad ha de tener en el movimiento el cuerpo incorruptible, del temperamento de la buena disposición y salud de esta vida, la cual en nin- guna manera debe compararse con aquella inmortalidad, bastantemente, a lo que entiendo, lo he tratado en el libro XIII; lean lo que queda dicho en esta obra los que no lo han leído, o no quieren acordarse de lo que leyeron.

CAPITULO XXVI

Como la sentencia de Porfirio;. que a las almas bienaventuradas les conviene huir de todo lo que es cuerpo, queda destruida con la de Platón de que el Sumo Dios prometió a los dioses que jamás se despojarían de los cuerpos Opina Porfirio (replican) que á fin de que el alma sea bienaventurada, debe huir de todo lo que es cuerpo. Luego no aprovecha lo que insinuamos, que había de ser incorruptible el cuerpo si el alma no ha de ser bienaventurada si no es huyendo de todo lo que es cuerpo. Sobre este punto ya disputamos cuanto pareció necesario en el libro XIII; no obstante, diré aquí sólo una cosa. Corrija sus libros Platón, maestro de todos estos espíritus ilusos, y diga que sus dioses, para que sean bienaventurados, habrán de huir de sus cuerpos, esto es, habrán de morir los que dijo que estaban dentro de los cuerpos celestiales; a quienes Dios, que los crió para que pudiesen estar seguros, les prometió la inmortalidad, esto es, que permanecerían eternamente en los mismos cuerpos, no porque tengan esta cualidad por su naturaleza, sino porque prevalecerá en esto la traza y disposición divina.

Donde destruye asimismo aquello que dicen, que por ser imposible no debe creerse la resurrección de la carne. Pues con la mayor claridad conforme al mismo filósofo, donde el Dios increado prometió a los dioses que él crió la inmortalidad, dijo que había de hacer lo que es imposible. Pues de esta manera refiere Platón que habló: «Porque habéis nacido, no podéis ser inmortales e indisolubles; con todo, no seréis disolubles, ni os acabará hado alguno de la muerte, ni serán más poderosos los hados que mi orden y disposición establecida, la cual es un vinculo mayor y más poderoso para vuestra perpetuidad, que aquellos con que estáis ligados» Si es que no sólo son absurdos, sino también sordos los que oyen este anuncio; sin duda que no pondrán duda en que, según Platón, aquel Dios prometió a los dioses que él hizo lo que era imposible, pues el que dice: «Aunque vosotros no podéis ser inmortales», ¿qué otra cosa da a entender sino que lo que no puede ser, lo seréis haciéndolo yo? Resucitará, pues, la carne incorruptible, inmortal y espiritual, el que, según Platón, prometió que haría lo que era imposible. ¿Por qué lo que prometió Dios, y lo que, prometiéndolo Dios que lo había de creer, todavía claman que es imposible, pues nosotros clamamos que el que ha de obrar este portento es aquel Dios, que, aun, según Platón, hace cosas imposibles?

Así, pues, para que las almas sean bienaventuradas, no es necesario huir de todo lo que es cuerpo, sino recibir y tomar aquel cuerpo incorruptible. ¿Y en qué cuerpo inmortal e incorruptible es más conveniente y conforme a razón que se alegren y gocen, que en el mismo mortal e incorruptible en que gimieron y padecieron? Porque de esta manera no habrá en ellos aquella cruel codicia que supone Virgilio siguiendo a Platón. cuando dice: «Y volverán otra vez a desear restituirse a los cuerpos» En esta conformidad, digo, no tendrán deseo o codicia de volver a los cuerpos, puesto que tendrán consigo los cuerpos donde desean regresar, y los tendrán de tal configuración. que nunca se hallarán sin ellos, nunca los dejarán por muerte ni aun por un mínimo espacio de tiempo.

CAPITULO XXVII

De las definiciones contrarias de Platón y de Porfirio, en las cuales, si ambos cedieran, ninguno se apartará de la verdad Platón y Porfirio, cada uno estableció su opinión, que si las pudieran comunicar entre sí, se hicieran acaso cristianos. Platón dijo que las almas no podían estar eternamente sin los cuerpos; por eso sentó que las almas de los sabios al cabo de algún tiempo, por largo que fuese, habían de volver a los cuerpos. Y Porfirio dijo que cuando el alma volviese purificada al Padre, nunca más regresaría a los males actuales de mundo. Si lo verdadero que vio Platón se lo comunicara a Porfirio, que las almas y aun las más purificadas, de los justos y sabios debían de restituirse a lo cuerpos humanos; y, por otra parte, si lo verdadero que vio Porfirio se lo expusiera a Platón, que las almas santas jamás habían de volver a las miserias del cuerpo corruptible, de forma que no dijera cada uno de por sí una de estas dos cosas sola, sino ambas cada uno de ellos dijera las dos, presumo que advertirían que era ya con secuencia legítima el que volviesen la almas a los cuerpos, y que recibiesen y adquiriesen tales cuerpos, que en ellos viviesen bienaventurada e inmortalmente. Porque, según Platón, hasta las al mas santas han de regresar a los cuerpos humanos, y según Porfirio, las almas santas no han de volver a pasar los males presentes del siglo.

Diga pues, Porfirio con Platón, que volverás a los cuerpos, y diga Platón con Porfirio que no volverán a los males, y concordarán así en que volverán a unos cuerpos en que no padezcan mal alguno. Estos no serán sino aquellos que prometió Dios, es decir, que las almas bienaventuradas habían de vivir eternamente con sus cuerpos eternos, cosa que, a lo que entiendo, los dos nos concederían ya fácilmente, supuesto que confiesan que las almas de los santos han de volver a cuerpos inmortales, permitiéndoles volver a los mismos en que sufrieron los males de este siglo, y en que, pera librarse de estas penalidades, sirvieron a Dios piadosa y santamente.

CAPITULO XXVIII

Las opiniones de Platón, Labeón y Varrón, reunidas, confirman lo que creemos de la resurrección de la carne Algunos de nuestros cristianos aficionados a Platón por cierta excelencia que tiene en el decir, y por algunas máximas ciertas que estableció, dicen que opinó también algo que frisa y corresponde con lo que nosotros opinamos acerca de la resurrección de los muertos. Así lo toca Tulio en los libros De Republica, dando a entender

haberlo dicho Platón, más por vía de ficción y fábula que porque quisiese decir que era verdad. Porque supone que revivió un hombre, y refirió algunas particularidades que convenían con la doctrina de Platón.

También Labeón refiere que en un mismo día acertaron a morir dos, a quienes después les mandaron volver a sus cuerpos, y encontrándose después en la encrucijada de una calle, pactaron mutuamente vivir en perpetua amistad, y que así se verificó, hasta que, pasado algún tiempo, volvieron a morir. Pero estos autores nos refieren que acaeció la resurrección de éstos del mismo modo que fue la de aquellos, que sabemos resucitaron y volvieron a esta vida, pero no para que nunca ya muriesen. Un prodigio más admirable cuenta Varrón en los libros que escribió sobre el origen de las familias del pueblo romano, cuyas palabras tuve por conveniente insertar aquí: «Algunos astrólogos escriben, dice, que hay para renacer los hombres la que llaman los griegos Palingenesia o regeneración: ésta escriben que se hace en cuatrocientos y cuarenta años, para que el mismo cuerpo y la misma alma que una vez estuvieron juntos en un hombre vuelvan otra vez a incorporarse.»

Este Varrón, o aquellos no sé que astrólogos, porque no declara los nombres de aquellos cuya opinión refiere, dijeron algo que aunque sea falso (porque en volviendo las almas una vez a los cuerpos que tuvieron jamás las han de volver a dejar después), con todo, deshace y destruye muchos argumentos relativos a la imposibilidad de la resurrección, con que se irritan contra nosotros. Porque a los que opinan u opinaron esto, no les pareció imposible que los cuerpos muertos que se convirtieron o resolvieron en exhalaciones, en polvo, en ceniza, en agua, en los cuerpos de las bestias o fieras que los comieron, o de los mismos hombres vuelvan nuevamente a lo que fueron. Por lo cual Platón y Porfirio, o, por mejor decir, cualquiera de sus adictos que todavía viven, si creen con nosotros que las almas santas han de volver a los cuerpos (como lo dice Platón), y que no han de volver a pasar males algunos (como lo dice Porfirio de forma que de aquí se siga lo que predica la fe cristiana, que han de volver a cuerpos de tal calidad en que vivan bienaventuradamente para siempre, sin ningún mal, tomen también Varrón que han de volver a sus mismos cuerpos en que estuvieron antes, entre ellos quedará resuelta la cuestión de la resurrección de la carne para siempre.

CAPITULO XXIX

De la visión con que en el futuro siglo verán los santos a Dios Veamos ya, auxiliados del divino Espíritu, qué es lo que harán los santos en los cuerpos inmortales y espirituales, al volver a su carne, no carnal, sino espiritualmente. Por lo respectivo aquella noción, o, por mejor decir, quietud y descanso, qué tal ha de ser, quiero decir la verdad, no lo sé, por que nunca lo he visto por los sentidos corporales. Y si dijese que lo he inspeccionado con el espíritu, esto es, de la inteligencia, ¿qué es nuestra con prensión, comparada con aquella excelencia? Reinará allí la paz de Dios, cual, como dice el Apóstol, «supera todo entendimiento». ¿Cuál sino el nuestro, o quizá también el de los santos ángeles? Porque no hemos de decidir que sobrepuja igualmente al entendimiento de Dios.

Luego si los santos han de vivir en paz de Dios, sin duda vivirán en aquella paz que excede todo entendimiento. Que sobrepuje al nuestro no hay duda, y si supera también al de los

ángeles, pues tampoco a ellos parece que los exceptúa, el que dice «todo entendimiento, debemos entender que la paz de Dios la conoce Dios; pero no la podemos conocer nosotros, ni tampoco ángel alguno. Sobrepuja a todo entendimiento, es decir exceptuando el suyo. Mas porque también nosotros según nuestra capacidad, cuando nos hicieron participantes de su paz hemos de tener en nosotros y entre nosotros y con él suma paz, según a lo que se extiende es, nuestro estado, también según su capacidad la saben los santos ángeles. Pero los hombres ahora sin comparación mucho menos, por más excelentes que sean en espíritu; porque debemos considerar cuán grande era el Apóstol, quien decía: «En parte y no del todo sabemos en la actualidad, y en parte profetizamos hasta que llegue lo que es perfecto»; y «vemos ahora por espejo en enigma, pero entonces será cara a cara».

Gozan ya de esta vida los santos ángeles, los cuales se llaman a si mismos nuestros ángeles, porque, libres del poder de las tinieblas y trasladados al reino de Cristo, habiendo recibido la prenda del espíritu, hemos comenzado ya a ser de la parte de aquellos ángeles en cuya compañía gozaremos de la misma santa y dulcísima ciudad de la cual hemos escrito tantos libros de la misma conformidad, pues, son ángeles nuestros los que son ángeles de Dios, como Cristo de Dios es nuestro Cristo. Son de Dios, porque no dejaron a Dios; son nuestros, porque comenzaron a tenernos por sus ciudadanos, y así dijo nuestro Señor Jesucristo: «Mirad, no despreciéis a uno de estos pequeñuelos, porque os digo ciertamente que sus ángeles en los Cielos siempre están viendo la cara de mi Padre, que está en los Cielos.» Como la ven los espíritus angélicos, así también la veremos nosotros; pero no la vemos ahora así. Porque eso dijo el Apóstol lo que antes indiqué: «Vemos al presente por espejo, en enigma, pero entonces veremos cara a cara.» Esta visión intuitiva se nos guarda por medio de nuestra fe, de la cual, hablando el Apóstol San Juan, dice: «Cuando apareciere, seremos semejante a el porque le veremos como es en sí» Por la cara de Dios hemos de entender su manifestación, y no algún miembro, como el que tenemos en nuestro cuerpo y le llamamos cara.

Así que cuando me preguntan que han de hacer los santos en aquel cuerpo espiritual.,no digo lo que veo sino lo que creo, conforme a lo que lee en el real Profeta: «Creo, y conforme a esta creencia hablo.» Digo, pues, que han de ver a Dios en el mismo cuerpo: pero no es cuestión pequeña la de si veremos por el cuerpo por él, como vemos ahora al sol, luna y estrellas, el mar, la tierra y cuanto hay en su ámbito. Es cosa dura decir que los santos tendrán entonces tales cuerpos, que no puedan cerrar y abrir los ojos cuando quisieren; pero más duro es decir que quien cierra los ojos no verá a Dios. Porque sí el Profeta Eliseo, estando ausente del cuerpo, vio a su criado Giezi cómo tomaba los dones que le presentaba Naamán Siro, a quien dicho Profeta había curado de la lepra, cosa que el perverso siervo, como no le veía su señor, pensaba que lo había ejecutado en secreto, ¿cuánto más los santos en aquel cuerpo espiritual verán todas las cosas, no sólo cerrados los ojos, sino también estan- do con los cuerpos ausentes? Porque estará entonces en su colmo y perfección aquello de que ha hablado el Apóstol, diciendo: «En parte, y no del todo, sabremos ahora, y en parte vaticinamos, pero cuando viniere lo que es perfecto, lo que es en parte se deshará.» Después, pera manifestarnos del modo que podía con alguna semejanza lo mucho que dista esta vida de la otra que esperamos, no sólo de cualquiera persona, sino de los que en la tierra florecieron con particular santidad, dice: «Cuando era pequeño, come pequeño sabía, como pequeño hablaba como pequeño discurría; pero hecho ya hombre, dejé las cosas que eran de niño. Vemos ahora por espejo en enigma, pero entonces veremos

cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré, así como soy conocido» Luego si en esta vida (donde la profecía de los hombres admirables debe compararse a aquella vida como la de un niño respecto de la de un hombre) vio, sin embargo, Eliseo cómo tomaba su criado los dones en parte dónde él no estaba, ¿es posible que cuando venga lo que es perfecto, y cuando el cuerpo corruptible no agravará ya no comprimirá el alma, sino que, siendo incorruptible, no estorbará, aquellos santos han de tener necesidad de ojos corpóreos para ver lo que hubieren menester, de los que no tuvo necesidad Eliseo, estando ausente, para ver a su criado? Porque, según los setenta intérpretes, éstas son sus palabras que dijo el profeta a Giezi: «¿Acaso no iba mi espíritu contigo y vi que volvió aquel personaje de su carroza a encontrarte y recibiste el dinero, etc.?» O como las interpretó del hebreo e presbítero Jerónimo; «¿Acaso mi espíritu no estaba presente cuando volvió aquel personaje de su carroza a encontrarte?» Con su espíritu, pues dijo el profeta que vio esto, sin duda ayudado milagrosamente de Dios. Pero con cuánta mayor abundancia gozarán entonces todos de este don cuando Dios «será todo en todos!»

Y, sin embargo, conservarán también aquellos ojos corporales su ministerio, estarán en su propio lugar, y usará de ellos el espíritu por medio del cuerpo espiritual. Porque tampoco aquel Profeta, no porque no tuvo necesidad de ellos para ver al ausente no usó de ellos para ver las cosas presentes, las cuales podía ver con el espíritu, aunque los cerrara, como vio las presentes, adonde con ellos no estaba. Luego sería absurdo decir que aquellos santos en aquella vida no han de ver a Dios, cerrados los ojos, a quien siempre verán con el espíritu. Pero la duda consiste en si le han de ver también con los ojos del cuerpo cuando los tenga abiertos, porque si han de poder tanto en el cuerpo espiritual los ojos espirituales cuanto pueden éstos que ahora tenemos, sin duda no podremos con ellos ver a Dios. Serán, pues, de muy diferente potencia, si por ellos hemos de ver aquella naturaleza incorpórea, que no ocupa lugar, sino que en todas partes está toda. Pues no porque decimos que Dios está en el cielo y en la tierra (pues él dice por el Profeta: «Yo lleno el cielo y la tierra») hemos de decir que tiene una parte en el cielo y otra en la tierra, sino que todo está en el cielo y todo en la tierra, no alternativamente en diferentes tiempos, sino todo juntamente, lo cual no es posible a ninguna naturaleza corporal. Aquellos ojos tendrán una virtud más poderosa, no para que vean más perspicazmente de lo que se dice que ven algunas serpientes o águilas (porque estos animales, por más fina vista que tengan, sólo pueden ver cuerpos), sino para que vean también las cosas incorpóreas.

Quizá esta tan singular virtud de ver se la dio por tiempo en este cuerpo mortal a los ojos del santo varón Job, cuando dice a Dios: «Con el oído de la oreja te oía primero; pero ahora mis ojos te ven, por lo cual me tuve en poco a mí mismo, y me consumí y me tuve por tierra y ceniza.» Aunque no hay obstáculo para entender aquí los ojos del corazón, de los cuales dijo el Apóstol: «que os alumbre los ojos de vuestro corazón». Que con ellos veremos a Dios cuando le hubiéremos de ver, no hay cristiano que lo dude si fielmente entiende lo que dice nuestro Divino Maestro: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.» Pero la cuestión de que ahora tra tamos es si también con los ojos cor porales vemos a Dios. Lo que dice la Escritura: «que toda carne verá al Salvador de Dios», sin género de dificultad se puede entender así, como si dijera: y todo hombre verá al Cristo de Dios; el cual, sin duda se dejó ver en cuerpo, y en cuerpo le veremos cuando viniere a juzgar los vivos y lee muertos.

Hay otros muchos testimonios de la Escritura que comprueban que él sea el Salvador de Dios; pero los que con más evidencia lo declaran, son las palabras de aquel venerable anciano Simeón, que habiendo recibido en sus manos al Niño Cristo, dijo: «Ahora despides, Señor, a vuestro siervo en paz:, ya que han visto mis ojos a vuestro Salvador.» Y también lo que dice Job, como se halla en los ejemplares que están traducidos del hebreo: «y en mi carne veré a Dios», es, sin duda, profecía de la resurrección de la carne; con todo, no dijo por mi carne. Lo cual si dijera se pudiera entender Dios Cristo, a quien se verá por la carne en la carne; mas puede también entenderse: «en mi carne veré a Dios», como si dijera, en mi carne estaré cuando veré a Dios. Lo que dice el Apóstol: «cara a cara», no nos excita a creer que hemos de ver a Dios por cara corporal donde están los ojos corporales, a quien sin intermisión veremos con el espíritu. Porque si no hubiera cara interior del hombre, no dijera el mismo Apóstol: «Pero nosotros, habiéndose quitado el velo de la cara, representando como espejos la gloria del Señor, nos transformamos en una misma imagen con Él, creciendo de gloria en gloria, como a la presencia y comunicación del Espíritu del Señor». Ni de otra manera se entienda lo que dice el real Profeta: «Allegaos a Él, y seréis alumbrados y no se confundirán vuestras caras de vergüenza». Porque con la fe nos allegamos a Dios, la cual está claro que es del espíritu y no del cuerpo. Mas porque no sabemos cuán grande será el acrecentamiento y mejora del cuerpo espiritual, porque hablamos de cosa de que no tenemos experiencia, cuando la Sagrada Escritura no nos muestra claramente sino como por señas nos apunta algunas particularidades que no se puedan entender de otra manera, es fuerza que nos suceda lo que leemos en el libro de la Sabiduría: «que los discursos de los mortales son tímidos e inciertas nuestras providencias o invenciones». Porque si el argumento de los filósofos por el cual pretenden que las cosas inteligibles de tal conformidad se ven con los ojos del entendimiento y con el sentido del cuerpo las sensibles, esto es, las corporales, que el entendimiento no puede ver ni las inteligibles por el cuerpo, ni las corporales por si mismo; si pudiera, digo, ser argumento cierto, sin duda sería también cierto que de ningún modo se pudiera ver a Dios por los ojos del cuerpo, aun espiritual. Pero de este argumento se burla la razón y la autoridad profética, porque ¿quién hay tan encontrado con la verdad que se atreva a decir que Dios no sabe o no conoce estas cosas corporales? ¿Tiene acaso cuerpo por cuyos ojos las pueda aprender? Y lo que poco ha decíamos del Profeta Elíseo, ¿no nos muestra bastante que se pueden ver las cosas corporales, no sólo por el cuerpo, sino también por el espíritu? Pues cuando aquel siervo tomó los dones, sin duda los tomó corporalmente, y, sin embargo, el Profeta lo vio, no por el cuerpo, sino por el espíritu.

Así como consta que se ven los cuerpos con el espíritu, ¿quién sabe si será tan grande la potencia del cuerpo espiritual que con el cuerpo veamos también el espíritu? Porque espíritu es Dios. Además, cada uno conoce y tiene noticia de la vida con que ahora vive en el cuerpo y con que vegeta estos miembros terrenos y los hace que vivan, lo conoce, digo con el sentido interior y no por los ojos corpóreos, y las vidas de los otros, siendo invisibles, las ve por el cuerpo, porque ¿cómo dife- renciamos los cuerpos vivientes de los no vivientes, si no vemos los cuerpos juntamente y las vidas; las cuales no rodemos ver sino por el cuerpo? Pero las vidas sin los cuerpos no las vemos con los ojos corpóreos. Por lo cual puede ser y es muy creíble, que de tal manera veamos entonces los cuerpos del cielo nuevo y de la tierra nueva, como veremos a Dios en todas partes presente y gobernando todas las cosas, aun las corporales, con los cuerpos que tendremos: y lo que viéremos por dondequiera que extendiésemos la vista lo veremos con clarísima perspicacia, no como en

ahora, «que las cosas invisibles de Dios las vemos como un espejo en enigma y en parte», conociéndolas por las cosas criadas; valiéndonos más la fe con que creemos que las especies de las cosas corporales que vemos por los ojos corporales.

Así como vemos a los hombres entre los cuales vivimos y ejercitamos nuestros movimientos vitales; y, viéndolos, no creemos que viven, sino que los vemos, sin que podamos ver su vida sin los cuerpos, y la vemos por los cuerpos, sin que haya en ello duda alguna, así, por dondequiera que lleváremos aquellos espirituales ojos de nuestros cuerpos, veremos también por los cuerpos a Dios incorpóreo, que lo rige y gobierna todo. Si veremos, pues, a Dios con ojos que tengan algo semejante al entendimiento, con el cual se vea también la naturaleza incorpórea, cosa es muy difícil o imposible de mostrarlo con testimonio de la Sagrada Escritura. Más fácil de entender es que de tal manera nos será Dios notorio y visible, que se vea con el espíritu, y lo vea uno en los demás, y lo vea en sí mismo; se vea en el cielo nuevo y en la tierra nueva, y en todas las criaturas que entonces hubiere; se vea también por los cuerpos en todo cuerpo, dondequiera que dirijamos la vista de los ojos del cuerpo espiritual. También veremos patentes los pensamientos unos de, otros. Porque entonces se cumplirá lo que el Apóstol indica después de aquellas palabras: «No queráis antes de tiempo juzgar y condenar a ninguno»; y luego añade: «hasta que venga el Señor y alumbre los secretos de las tinieblas, manifieste los pensamientos del corazón, y entonces tendrá cada uno su alabanza de Dios».

CAPITULO XXX

De la eterna felicidad y bienaventuranza de la Ciudad de Dios, y del sábado y descanso perpetuo ¿Cuán grande será aquella bienaventuranza donde no habrá mal alguno, ni faltará bien alguno, y nos ocuparemos en alabar a Dios, el cual llenará perfectamente el vacío de todas las cosas en todos? Porque no sé en qué otra ocupación se empleen, donde no estarán ociosos por vicio de la pereza, ni trabajarán por escasez o necesidad. Esto mismo me lo insinúa también aquella sagrada canción donde leo u oigo: «Los bienaventurados, Señor, que habitan en tu casa, para siempre te estarán alabando.»

Todos los miembros y partes interiores del cuerpo incorruptible que ahora vemos repartidas para varios usos y ejercicios necesarios porque entonces cesará la necesidad y habrá una plena, cierta, segura y eterna felicidad) se ocuparán y mejorarán en las alabanzas de Dios. Porque todos aquellos números de la armonía corporal de que ya he hablado, que al presente están encubiertos y secretos, no lo estarán, y estando dispuestos por todas las partes del cuerpo, por dentro y por fuera, con las demás cosas que allí habrá grandes y admirables, inflamarán con la suavidad de la hermosura y belleza racional los ánimos racionales en alabanza de tan grande artífice. Qué tal será el movimiento que tendrán allí estos cuerpos, no me atrevo a definirlo, por no poder imaginarlo. Con todo, el movimiento y la quietud, como la misma hermosura, será decente cualquiera que fuere, pues no ha de haber allí cosa que no sea decente. Sin duda que donde quisiere el espíritu, allí luego estará el cuerpo, y no querrá el espíritu cosa que no pueda ser decente al espíritu y al cuerpo. Habrá allí verdadera gloria, no siendo ninguno alabado por error o lisonja del que le alabare. Habrá verdadera honra que a ningún digno se negará, ni a ninguno se le dará; pero ninguno que sea indigno la pretenderá por ambición, porque no se permitirá que haya

alguno que no sea digno. Allí habrá verdadera paz, porque ninguno padecerá adversidad, ni de sí propio ni de mano de otro.

El premio de la virtud será el mismo Dios que nos dio la virtud, pues a los que la tuvieren les prometió a sí mismo, porque no puede haber cosa ni mejor ni mayor. Porque ¿qué otra cosa es lo que dijo por el Profeta: «yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» sino, yo seré su satisfacción, yo seré todo lo que los hombres honestamente pueden desear, vida y salud, sustento y riqueza, gloria y honra, paz y todo cuanto bien se conoce? De esta manera se entiende también lo que dice el Apóstol: «que Dios nos será todas las cosas en todo» Él será el fin de nuestros deseos, pues le veremos sin fin, le amaremos sin fastidio y le elogiaremos sin cansancio. Este oficio, este afecto, este acto, será, sin duda, como la misma vida eterna, común a todos. Por lo tocante a los grados de los premios que ha de haber de honra y gloria, según los méritos, ¿quién será bastante a imaginarlo, cuanto más a decirlo? Pero es indudable que los ha de haber, y verá también en sí aquella ciudad bienaventurada, aquel gran bien que ningún inferior tendrá envidia a ningún superior, así, como ahora los ángeles no tienen emulación de los arcángeles. No apetecerá cada uno ser lo que no le dieron viviendo unido con aquel a quien se lo dieron con un vínculo apacible de concordia; como en el cuerpo no querría ser ojo el miembro que es dedo, hallándose uno y otro con suma paz en la unión y constitución de todo él cuerpo. De tal suerte tendrá uno un don menos que otro, como tendrá el de no desear ni querer más. No dejarán de tener libre albedrío porque no puedan deleitarse con los pecados. Pues más libre estará de la complacencia de pecar el que se hubiere libertado hasta llegar a conseguir el deleite indeclinable de no pecar. Pues el primer libre albedrío que dio Dios al hombre cuando al principio le crió recto, pudo no pecar, pero pudo también pecar; mas este último será tanto más poderoso cuanto que no podrá pecar.

Este privilegio será igualmente por beneficio de Dios no por la posibilidad de su naturaleza. Porque una cosa es ser uno Dios, otra, participar de Dios. Dios, por su naturaleza, no puede Pecar; pero el que participa de Dios, de Dios le viene el no poder pecar. Fue conforme a razón que se observasen estos grados en la divina gracia, dándonos el primer libre albedrío con que pudiese no pecar el hombre, y el último con que no pudiese pecar, a fin de que el primero fuese para adquirir mérito y el segundo para recibir el premio. Mas porque pecó esta naturaleza cuando pudo pecar, con más abundante gracia la pone Dios en libertad hasta llegar a aquella libertad en que no puede. Porque así como la primera inmortalidad que perdió Adán pecando fue el no poder morir, y la última será no poder morir, así el primer albedrío fue el poder no pecar, y el último no poder pecar. Así será inadmisible y eterno el amor y voluntad de la piedad y equidad, como lo será el de la felicidad. Pues, en efecto, pecando no pudimos conservar la piedad. ni la felicidad; pero la voluntad y amor de la felicidad, ni aun perdida la misma felicidad la perdimos. Por cuanto el mismo Dios no puede pecar, ¿habremos de negar que tenga libre albedrío? Tendrá aquella ciudad una voluntad libre, una en todos y en cada uno inseparable, libre ya de todo mal y llena de todo bien, gozando eternamente de la suavidad de los goces eternos, olvidada de las culpas, olvidada de las penas, y no por eso olvidada de su libertad; por no ser ingrata a su libertador.

En cuanto toca a la ciencia racional, se abordará también de sus males pasados; pero en cuanto al sentido y experiencia, no habrá memoria de ellos; como un médico perito en su

facultad sabe y conoce casi todas las enfermedades del cuerpo según se han descubierto y se tiene noticia de ellas por esta ciencia, pero no sabe cómo se sienten en el cuerpo muchísimas que él no ha padecido. Así como se pueden conocer los males de dos maneras, una con las potencias del alma y otra con los sentidos de los que los experimentan; porque, en efecto, de una manera se sabe y se tiene noticia de todos los vicios por la doctrina de la sabiduría, y de otra por la mala vida del ignorante; así también hay dos especies de olvido de los males, porque de un modo los olvida el erudito y docto, y de otro el que los ha experimentado y padecido, el primero olvidándose de la pericia y ciencia, y el otro dejando de sufrirlos. Según este género de olvido que puse en último lugar, no se acordarán los santos de los males pasados, porqué carecerán de todos los males, de forma que totalmente desaparezcan de sus sentidos. Con aquella potencia de ciencia, que la habrá muy singular en ellos, no sólo no se les encubrieran sus males pasados; pero ni aun la eterna miseria de los condenados. Porque, de otra suerte, si no han de saber que fueron miserables, ¿cómo, conforme a la expresión del real Profeta, «han de celebrar eternamente las misericordias del Señor, puesto que aquella ciudad, en efecto; no tendrá objeto de más suavidad y contento que el celebrar está alabanza y gloria de la gracia de Cristo por cuya sangre hemos sido redimidos»? Allí se cumplirá: «descansad y mirad que yo soy Dios», que dice el Salmo, lo cual será allí verdaderamente un grande descanso y un sábado que jamás tenga noche. Este nos lo significó el Señor en las obras que hizo al principio del mundo, donde dice la Escritura: «Descansó Dios al séptimo día de todas las obras que hizo, y bendijo Dios al día séptimo y le santificó, porque en él descansó de todas las obras que comenzó Dios a hacer.»

También nosotros mismos vendremos a ser el día séptimo, cuando estuviéremos llenos de su bendición y santificación. Allí, estando tranquilos, quietos y descansados, veremos que Él es Dios, que es lo que quisimos y pretendimos ser nosotros cuando caímos de su gracia, dando oídos y crédito al engañador que nos dijo: «seréis como dioses» y apartándonos del verdadero Dios, por cuya voluntad y gracia fuéramos dioses por participación, y no por rebelión. Porque ¿qué hicimos sin Él sino deshacernos, enojándole? Por Él creados y restaurados con mayor gracia permaneceremos descansando para siempre, viendo cómo Él es Dios, de quien estaremos llenos cuando Él será todas las cosas en todos. Aun nuestras mismas obras buenas, que son antes suyas que nuestras, entonces se nos imputarán para que podamos conseguir este sábado y descanso, porque si nos las atribuyéramos a nosotros fueran serviles puesto que dice Dios del sábado: «que no practiquemos en él obra alguna servil». Y por eso dice también por el Profeta Ecequiel: «Les di mis sábados en señal entre mí ellos, para que supiesen que yo soy el Señor que los santificó». Esto lo sabremos perfectamente cuando estemos descansando y perfectamente, veamos que Él es Dios.

El mismo número de las edades, como el de los días, si lo quisiéramos computar conforme a aquellos períodos o divisiones de tiempo que parece se hallan expresados en la Sagrada Escritura, más evidentemente nos descubrirá este Sabatismo o descanso porque se halla el séptimo, de manera que la primera edad, casi al tenor del primer día, venga a ser, desde Adán hasta el Diluvio, la segunda desde éste hasta Abraham, no por la igualdad del tiempo, sino por el número de las generaciones, porque se halla que tienen cada una diez. De aquí, como lo expresa el evangelista San Mateo, siguen tres edades hasta la venida de Jesucristo, las cuales cada una contiene catorce generaciones: una desde Abraham hasta David, otra desde éste hasta la cautividad de Babilonia, y la tercera desde aquí hasta el nacimiento de Cristo en carne. Son, pues, en todas cinco, número determinado de generaciones, por lo que

dice la Escritura: «que no nos toca saber los tiempos que el Padre puso en su potestad». Después de ésta como en séptimo día, descansará Dios, cuando al mismo séptimo día, que seremos nosotros, le hará Dios descansar en sí mismo. Si quisiéramos discutir ahora particularmente de cada una de estas edades, sería asunto largo.

Con todo, esta séptima será nuestro sábado, cuyo fin y término no será la noche, sino el día del domingo del Señor, como el octavo eterno que está consagrado a la resurrección de Cristo, significándonos el descanso eterno, no sólo del alma, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Ved aquí lo que haremos al fin sin fin; porque ¿cuál es nuestro fin sino llegar a la posesión del reino que no tiene fin? Me parece que auxiliado de la divina gracia, ya he cumplido la deuda de está grande obra; a los que se les hiciere poco, o a los que también mucho, les pido que me perdonen, y a los que pareciere bastante, no a mí, sino a Dios conmigo, agradecidos, darán las gracias. Amén.